LA ILUSTRACION ARTISTICA

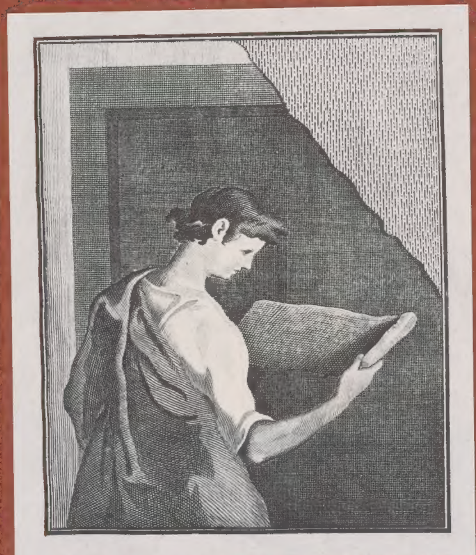


ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS

REDACTADO POR LOS MÁS NOTABLES ESCRITORES NACIONALES

PROFUSAMENTE ADORNADO CON UNA

MAGNIFICA COLECCIÓN DE GRABADOS

DEBIDOS Á LOS PRIMEROS ARTISTAS NACIONALES Y EXTRANJEROS



TOMO VIII.—AÑOS 1889-1890

BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚMS. 309 Y 311

1890

INDICE

DE LOS ARTICULOS CONTENIDOS EN EL TOMO VIII DE LA ILUSTRACION ARTISTICA

INDICE

DE LOS GRABADOS CONTENIDOS EN EL TOMO VIII DE LA ILUSTRACION ARTISTICA

INDICE

DE LAS LAMINAS QUE FORMAN EL ALBUM ARTISTICO

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 1.° DE ENERO DE 1889 — NUM. 366

NUMERO EXTRAORDINARIO.—REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



UNA MADONA, dibujo de Carlos Froschl, copia del cuadro presentado en la Exposición de Munich

SUMARIO



ESTUDIO Á LA PLUMA

NUESTROS GRABADOS

UNA MADONA, dibujo de Carlos Froschl

(Copia del cuadro presentado en la Exposición de Munich)

Es una apuntación deliciosa; una madre llena de ternura, un n..o ue revela superior inteligencia; un grupo de maestro.

Goldoni en la plaza de San Marcos de Venecia estudiando tipos característicos para sus comedias, cuadro de Jaime Favretto

Goldoni es el más célebre autor dramático de Italia en el género cómico. Nació en Venecia en 1707 y se trasladó á París en 1760, donde fué sumamente agasajado por la corte. Fijó su residencia en la capital de Francia y en ella murió cuando la célebre revolución llegó al período llamado del terror. En el teatro italiano puede ser comparado á Moliere, pues sus obras indicaron nuevos derroteros y ejercen aun hoy día saludable influencia.

El autor de este lienzo ha representado al célebre dramático paseando por la plaza de San Marcos de su ciudad natal, completamente dominado por una idea. Sin duda se le ha ocurrido el plan de una de sus comedias y estudia entre los transeuntes los tipos más característicos y apropiados para ella. Algunos paseantes le contemplan con curiosidad y quizás alguno se incline á creerle falto de juicio. ¡Es tan común entre los necios reirse de lo que no comprenden!...

Estudios al aire libre en el lago Frauenchiem fotografía de Herman Koch

Los pintores, como las hormigas, dedican el verano á hacer provisiones para el invierno. Después de todo, no se crea tan fácil es coger el sitio donde piensan recibir aquellas impresiones que por medio de sucesivo trabajo han de convertirse en cuadros: la naturaleza, fuente de inspiración, tiene variadísimas manifestaciones; el talento del artista consiste en buscar la nota armónica de su condición natural. Los lagos tienen bastantes partidarios, porque generalmente se prestan á estudios pintorescos: son el agua sin la grandiosidad del mar, pero al fin y al cabo tienen horizontes variados y orillas menos monótonas que la arenosa playa.

Los pintores alemanes frecuentan el de Frauenchiem, donde encuentran fácilmente bellas perspectivas y recomendables modelos. Algunos de éstos, todos ellos pudiéramos decir, no sospechan por cierto las metamorfosis que sufrirán en la tela y hasta qué punto llamarán la atención en sucesivas exposiciones. Y sin embargo ¡cuántos y cuántos pintores han debido su fama y su fortuna á un modelo ó á una nota de la naturaleza afortunadamente encontrada en la hora de la inspiración!

ESCALERA DEL NUEVO TEATRO IMPERIAL DE VIENA, dibujo original de R. Mandlick

Podrá no ser un asunto pictórico, pero resulta un cuadro agradable. Viena, que es una ciudad monumental por excelencia, ha elevado al arte verdaderos palacios. En ellos é inundadas de luz, sobre fondo de oro, se exhiben la belleza, el lujo y la elegancia. Ante semejantes espectáculos, el hombre que se deja seducir por las apariencias, llega á dudar de que este mundo sea un valle de lágrimas.

DOS AMIGAS, dibujo de J. Llovera

Mejor debió titularlas el autor dos enemigas de la tranquilidad pública, contra las cuales, si pestañearan, aconsejaríamos tomar toda clase de precauciones. Por de pronto no debía permitírselas salir á la calle sin ir acompañadas de un retén de bomberos, provistos de todos los útiles destinados á la extinción de los más voraces incendios.

Achacan algunos á Llovera su predilección por esos dos tipos de mujer que se encuentran repetidos efectivamente y con ligeras variantes de detalle en la mayor parte de sus cuadros y dibujos. Después de todo, ésto no es un defecto: insignes maestros, los más célebres del mundo, Rafael, Ticiano, Murillo, reprodujeron gran número de veces á la mujer, más ó menos ideal, que una vez salió de su paleta. Y ello es que cuando se trata de mozas garridas y se tiene la suerte de dar con los tipos que produjo Llovera desde sus primeras composiciones, ha de ser muy sensible renunciar al efecto seguro de la belleza conocida para ir á parar Dios sabe dónde, en busca de una variedad de éxito dudoso. Así se lo da á entender el público al artista, cuyas obras encuentran comprador seguro en todos los mercados del mundo

UN NÁUFRAGO, dibujo de Greiffenhagen

Los diferentes episodios de la arriesgada vida del marino han inspirado con frecuencia á los pintores y dibujantes de todos los países, los cuales han tratado con mejor ó peor acierto, ora sus alegres costumbres, ora los trances peligrosos en que le coloca el voluble elemento cuyos furores arrostra con ánimo sereno.

El dibujo que hoy reproducimos representa uno de los tristes efectos de esta lucha con las olas; el cadáver de un náufrago arrojado á la playa por el mar. Obra de efecto, sobria en detalles, pero trazada en su misma sobriedad con discreto realismo, se recomienda á la contemplación del aficionado, que no podrá menos de reconocer la destreza del lápiz de su autor.

IDILIO EN LA TEBAIDA, cuadro de G. Gentz

(Presentado en la última Exposición de pinturas de Viena)

Gentz es un pintor orientalista que goza en Austria merecida reputación. Ha llegado á viejo y pinta con el mismo entusiasmo que sentía en sus mejores tiempos, pero no con el mismo éxito. Este cuadro ha figurado en la última Exposición de Viena: es un idilio, un verdadero idilio de amor; así lo titula también el artista. Pero sin negar que la Arcadia en Oriente puede semejarse á ese paisaje y que esos personajes puedan ser verdaderos Nemorinos y Estelas de ébano, ello es que la crítica no ha perdonado al anciano maestro. Por desdicha, el hielo de los años enfría notoriamente el fuego de la inspiración.

APUNTES DEL NATURAL, dibujo á la pluma de Baldomero Galofre

El autor de estos dibujos es uno de los artistas que mejor han sentado el pabellón de España en el extranjero. Diseña como un maestro y posée el secreto del color como lo sentía el malogrado Fortuny, como lo sienten los pocos privilegiados que dominan la pintura. A fuer de artista consigna de primera intención sus impresiones en su *Album de touriste*: de él proceden los dibujos que publicamos, á la vista de los cuales bien podemos decir que cuando Galofre *apunta* tiene la seguridad de hacer blanco.

EL TRABAJO.–IGLESIA DE VALLFOGONA dibujos de Pellicer

Nuestro director artístico es uno de los hombres en quienes la modestia compite con el valer. De muy pocos puede decirse como de él que deban su reputación al exclusivo mérito de sus obras. Siente verdadera pasión por el arte y prefiere formar reputaciones agenas que alardear de la suya propia. No quisiéramos que el presente número extraordinario dejase de contener su firma y nos la envía por duplicado en la forma menos pretenciosa. ¡Dichoso él; dichoso quien es tan rico de mérito que puede permitirse el lujo de no ostentarlo!

EN EL JARDÍN DEL HOSPICIO cuadro de C. Frithjotf Smith

(Presentado en la Exposición de Munich)

El sentimiento cristiano es tan esencialmente delicado y poético que embellece aun aquellos cuadros que de otro modo repugnarían al alma menos sensible. La infancia abandonada, la senectud desvalida, son ocasión de tristísimo espectáculo allí donde la caridad, la caridad hija del cristianismo, no ha tomado á su cargo reparar la desdicha amparando al desamparado y consolando al que necesita de consuelo.

Este carácter cristiano es de ver especialmente en los hospicios, y en ellos se ha inspirado el autor de este cuadro para hacer simpática una escena que, de otro modo, no podría contemplarse sin dolor. Combinación felicísima de realismo y de poesía, el bienestar y relativa felicidad de esos seres cobijados á la sombra de una cruz, eleva el ánimo á la región serena de la caridad, desde la cual ha contemplado el artista á la parte más débil de la humanidad, los viejos y los niños sin amparo.

MATER DOLOROSA, escultura en bronce, de Agustín Querol, grabado de R. Bong

Las manifestaciones religiosas del arte moderno sin estar por lo general impregnadas del misticismo que caracteriza las obras de algunos ilustres maestros de la Edad media y del Renacimiento, tienen en su abono condiciones que las hacen no menos recomendables. El artista de hoy, y es inútil digamos que se trata del artista dotado de verdadero talento, al acometer un asunto religioso, no puede prescindir de atemperarse á la verdad posible, buscando en la forma de expresar un sentimiento, dentro de lo cierto y de lo bello, lo que antes de ahora se obtenía por medio de la exageración física y aun de ciertas representaciones de objetos materiales que explicaban lo que el pincel no dejaba sentir sin tal auxilio. Y con esto opinamos que nada ha perdido el arte ni el objetivo de la pintura religiosa.

Hoy, por ejemplo, como ayer y como siempre, porque el buen artista siempre se remontará á las más sublimes fuentes de inspiración, el asunto de la Virgen dolorosa tentará á los artistas de mayores alientos. Pero ninguno de éstos, como no obedezca á instrucciones obligadas, empleará para reproducir ese *dolor de todos los dolores*, el vulgar, anti-bello y de sobra realista modo de pintar aquel obligado corazón en el cual están clavados siete puñales, ni más ni menos que pudieran clavarse siete alfileres en una almohadilla. Con semejantes recursos puede imbuirse en el vulgo la idea del dolor material; pero ¿será ese nunca el concepto que el cristiano ha de formarse de las supremas angustias, de los sublimes tormentos experimentados por la Madre del Salvador?

Vease á este tenor cómo Querol se ha separado de tan insostenible rutina y convengamos en lo mucho que con ello gana la imagen de la Virgen dolorosa. No es el corazón que sale del pecho impunemente contra todas las leyes de la naturaleza; son las espinas de la irrisoria corona del Verbo las que María quiere hacer penetrar en su corazón para que se confunda en él después de la muerte la sangre que se confundió antes del nacimiento. La Virgen de Querol no siente el dolor en el cuerpo, como otro de tantos mortales; el dolor lo lleva en el alma: el artista tiene presente que según la ortodoxia María *estaba* en el Calvario, es decir estaba de pié, desgarrada por la pena, pero sostenida invisiblemente por el Eterno para que pudiese apurar hasta la última gota del cáliz. ¿A dónde iríamos á parar si la Madre de Dios sintiera como el vulgo de las madres?

EL HERIDO, dibujo á la pluma de A. Fabrés

(Reproducción fotográfica)

Con tal maestría está ejecutado este trabajo que lo de *reproducción fotográfica* pudiera creerse de un herido de verdad. Muchas veces lo hemos dicho; la seguridad con que dibuja Fabrés no tiene superior entre nuestros artistas; una vez concebido el personaje con aquella rara perfección de que nos tiene dadas tantas pruebas, parece como que la transmisión del pensamiento al lienzo ó al papel, sea cosa puramente mecánica, según la precisión con que resulta ejecutada. En medio de las inmensas dificultades con que lucha el que dibuja á la pluma, dígase si en ese *herido* huelga ó falta una sola plumada, si cabe actitud de dolor más natural, desvanecimiento mejor expresado, cuerpo inerte que mejor pese sobre el ensangrentado suelo, impresión más legítimamente obtenida y con el empleo de menores recursos.

Fabrés es uno de esos artistas que están siempre en lo justo y en lo preciso; jamás le hemos visto pedir á lo accesorio ayuda alguna para hacer realzar lo principal, que hace admirar por sí. En esta manera de *hacer* se nos figura que se deja sentir la influencia del antiguo escultor. Es una sospecha cuyo fundamento quizás nos confirme algun día el ilustre artista que nos la sugiere.

UNA NINFA, cuadro de Guillermo Balmer

(Presentado en la Exposición de Viena)

Excelente estudio de mujer, bautizada de ninfa. Con un poco menos de escrúpulo por parte del autor y algo de desorden en el cabello, la hubiese podido titular asimismo Magdalena en el desierto.

UN COMERCIO, boceto de Federico Vezin

Compuso este boceto el insigne Vezin como otro de tantos elementos allegados para su *Mercado de esclavas*, admirado en la última Exposición de Munich. De entrambas figuras puede afirmarse que no tienen pero. El mercader es el tipo de la codicia sin verguenza: la mujer es la imagen de la vergüenza á merced de la codicia.

DÉDALO É ICARO, grupo en yeso de M. Lock

(Presentado en la última Exposición de Munich)

Cuenta la Mitología que Dédalo, hábil artífice, construyó unas alas para su hijo Icaro, con las cuales pudiera remontarse hasta el Olimpo. El artificio debía ser soberbio, puesto que Icaro voló realmente con las alas fabricadas por su padre; pero como éste las prendió con cera al cuerpo de aquél, ocurrió que al aproximarse al sol, se derritió la liga y el atrevido mozo vino al suelo desde las alturas celestes. Dédalo descubrió el cadáver de su hijo y hubo de maldecir su invento.

Este hermoso asunto ha tratado Lock con feliz éxito sacando admirable partido del natural contraste de las dos figuras; elegante, delicada la del adolescente; vigorosa, plenamente desarrollada la del anciano. Difícil sería elegir entre esas dos figuras; pero aun en igualdad de mérito los ojos del espectador se posan insensiblemente en el venerable rostro del padre, retrato del más cruel dolor y del más profundo remordimiento. No es menos expresiva la crispatura de su mano derecha que, con febril movimiento, arranca el cinturón en donde estuvieron pegadas aquellas alas que habían de servir para escalar la mansión de los dioses y fueron testimonio de cómo castigan aquéllos la soberbia impía de los hombres.



GOLDONI EN LA PLAZA DE SAN MARCOS DE VENECIA, ESTUDIANDO TIPOS CARACTERÍSTICOS PARA SUS COMEDIAS, cuadro de Jaime Favretto *(presentado en la Exposición de Munich)*

El Emperador Guillermo y su escolta en las últimas maniobras alemanas

(tipos y detalles del reputado dibujante C. Speyer)

Alemania es una especie de gran cuartel en donde hasta los ciudadanos más pacíficos tienen tipo de soldados y los servicios más ajenos á la guerra se llevan á cabo militarmente. Esto debiera importarle muy poco á una publicación esencialmente artística como la nuestra; pero una vez más resulta probado en aquel moderno imperio que las costumbres ejercen no poca influencia en el arte. Así, á fuerza de ver soldados y presenciar maniobras, aquellos dibujantes sobresalen en reproducir tipos y evoluciones guerreras; circunstancia que se ha evidenciado después de las últimas maniobras dirigidas por el joven presidente de aquella formidable confederación. Véanse los grabados del presente número y se convencerá cualquiera de que C. Speyer no le va en zaga á los Neuville y á los Detaille. De sus dibujos se puede decir que *huelen* á campamento.

Bajo relieve ofrecido á la señora doña Emilia Pardo Bazán por don Lázaro Galdeano, y ejecutado por el escultor señor Tasso.

Tenemos el gusto de incluir en nuestras páginas una copia del artístico bajo relieve que el señor don Lázaro Galdeano ha ofrecido á la ilustrada escritora gallega señora Pardo Bazán, en muestra de su gratitud por haberle dedicado ésta la novela *Insolación*, próxima á ver la luz, y ejecutado con verdadero gusto artístico por nuestro paisano el escultor señor Tasso.

Figura en esta obra la corona condal, por ser la señora Pardo hija única del conde de Pardo Bazán, cuyo escudo de armas se ve más abajo. En el medallón del centro se ve el retrato de la distinguida escritora, y los tres bustos superpuestos á él son los de sus tres hijos. Junto al citado escudo hay un genio inscribiendo en un cartel los títulos de las principales obras de dicha señora, siendo el último que traza el de la novela dedicada al donador de esta obra de arte.

El oportuno y delicado obsequio del señor Galdeano es digno de la ilustre escritora á quien va dirigido.

EL AÑO QUE ACABA Y EL AÑO QUE COMIENZA

¡Un año más! La experiencia se aumenta y con la experiencia también la tristeza. Diríase que vivimos vida larga solamente para saber cosas tristes. En el fin de todos los años examinamos la conciencia que nos acusa y nos castiga con sus remordimientos; á los comienzos del año nuevo juramos en Dios y prometemos por el honor la enmienda. Pero, cual si nuestro libérrimo espíritu fuese un astro sujeto á la mecánica universal, seguimos las órbitas ya recorridas, llevando en nosotros y con nosotros la fatalidad incontrastable de nuestra complexión fisiológica y de nuestro carácter moral. Sin embargo, cosa hermosísima es vivir, cuando se ha vivido para los demás, para el bien universal. Perdemos ilusiones en el trascurso de la vida; pero ganamos experiencias. Sentimos profundas tristezas al acercarnos á la muerte, pero también cierta sublimidad. Se parece nuestro ser á esos bosques del otoño, donde no canta el coro de las avecillas, ni vuela el tropel de las mariposas, ni huelen los aromas de las flores; pero donde las hojas al caerse, toman toques áureos, rojos, bronceados, con tales gradaciones de tintas, armonías de colores, copia y riqueza de matices, que la vista se agrada y la imaginación se aviva, como suelen también al crepúsculo recordatorio de la muerte y de la eternidad, como suelen al crepúsculo vespertino. Así nos despedimos del año que acaba con una festividad tal como la Noche Buena, muy armónica y muy correspondiente con aquella otra Noche de San Juan. Pero, mientras en los solsticios de junio al entrar el verano, las veladas públicas alegran las calles henchidas de júbilo y adornadas de ramaje; ¡ah! en los solsticios de diciembre, al entrar el invierno, las veladas domésticas alegran el hogar henchido de santas melodías despedidas al amor de la lumbre y en torno del Belén. La noche de San Juan puede llamarse la noche del amor, de la serenata, de la magia, del cántico apasionado á las rejas enramadas; del pronóstico y del augurio amoroso consultados por las novias, que sienten abrasárseles el corazón y las mejillas; la Noche Buena puede llamarse la noche del hogar, del zorcico, de la zambomba, de la inocencia, diferenciándose ambas noches entre sí cuanto puede diferenciarse la oda pindárica de la candorosa conseja.

Examinen otros si la Noche Buena se instituyó por la Iglesia griega ó por la Iglesia latina; si San Agustín señaló el 25 de diciembre para la Natividad del Salvador, y el 6 de enero San Epifanio, y otros padres, según San Clemente Alejandrino, á fines de abril y mayo; si en su Homilía trigésima prima el Crisóstomo dice que dos años antes de pronunciada no se conocía tal fiesta; dejemos á los que de sabios y eruditos se precian; y vamos nosotros á recordar lo que hacíamos allá en la infancia nuestra, cuando terminaba un año y venía otro, en estos dos excepcionales meses. Yo recuerdo aun la poesía que todos los años nos reservaba en el santo seno de la familia esta festividad que se llama de Noche Buena. Por la tarde amontonábanse las castañas y las bellotas que se cocían en descomunales ollones; los recentales y las gallinas y los pavos que se aderezaban para los días siguientes; la dulce peladilla de Alcoy, los turrones hechos con almendras de Jijona ó Alicante; los frescos cardos aporcados en los bancales hermosísimos de nuestra Elda; todas las gollerías propias de Pascuas. Los muchachos agujereaban cuantos pucheros les caían en su poder, y tapándoles con pieles de conejo secadas al fuego la boca, y poniendo en estas pieles una cañita atronaban el barrio. Industrias no menos primitivas procurábannos todos los otros instrumentos. El pandero con sus sonajas de hojalata, la castañuela con sus lazos multicolores, no necesitaban más aparato; pero los rabeles aparejados con una guita untosa y los caramillos de caña que envidiara el dios Pan, improvisábanse allí en el patio y en el corral de nuestra casa. Cuando venía la noche, noche de invierno, fría ó lluviosa por fuerza, mientras el viento aullaba en las ramas ó caían, ya el agua, si nublado, ya el hielo, si sereno; bajo la ancha campana de la chimenea chisporroteaban los sarmientos, tan fáciles al fuego, produciendo llamaradas, sobre cuyas rojas chispas lucían, á manera de meteoros entre las columnas de humo, múltiples centellas, y en la ceniza enrojecida deslumbraba nuestra vista el noche-bueno, el inmenso tronco de encina ó de olivo, reservado para este momento y parecido á una gigantesca brasa. ¿Y el Nacimiento? Las estatuas y los cuadros, que luego he visto en el mundo, no han conseguido sumergir mi ánimo en el éxtasis producido por aquellas toscas figuras de barro, cubiertas de chillones colorines. Sobre una mesa de pino echábamos un tapete de muselina ó de indiana recamado por varios ramajes y flecos. En torno de la mesa, altar verdadero, amontonábamos el espliego, la salvia, el tomillo, recién traídos del monte, y que formaban como mullida alfombra, la cual á nuestros pasos despedía fortísimas esencias. Una peña de cartón pintado, polvoreadísimo de vidrio, que en nuestra habla provincial llamamos volador, representaba á Belén, tomando al reflejo de las velas contenidas en los candelerillos de plomo y en las arañas de latón, visos de un rocío de estrellas. Por las quebradas, entre las hojas de lentisco, descendían, reproducidos en barro, los ganados de blancas ovejas guiadas por el pastor, llevando para el niño Dios, colgado al cuello, un tierno recental. Aquí un viejo con pellica y zurrón, aderezaba las gachas puestas á la lumbre en ancho perol: allí una robusta campesina, con su zagalejo azul y su corpiño negro, sobre el cual blanqueaba un pañuelo de hilo, dirigía al abrevadero los potros; más lejos una muchachuela parecía cacarear, según lo hinchado de sus mofletes, como las gallinas que comían trigo y arroz á sus pies; acullá un campesino empinaba la bota de rodillas, mientras otro, junto á él asentado sobre un saco de paja, encentaba panes ó quesos: por las alturas veíase argentear estrella de talco, que guiaba á los Reyes Magos, caballeros en sus hacaneas, envueltos en sus mantos de púrpura forrados de armiño, con sus coronas doradas á las sienes, y sus vasos llenos de mirra é incienso en las manos, mientras abajo, indicado por un ángel de túnica azul que llevaba un *Gloria in excelsis Deo* en letras de oropel, se veía el pesebre, con la mula á un lado y el buey á otro por el primer término; la Virgen y San José por el segundo en contemplación extática; y sobre las pajas el recién nacido, al cual besábamos como á un niño de veras y adorábamos como al Dios de la verdad.

Entonces, aunque supiéramos el *Musa musæ*, no sabíamos gran cosa de tradiciones mitológicas, y por consiguiente no llegábamos á comprender el importantísimo rango alcanzado por los bueyes en la religión de los pueblos. No hubiéramos vuelto con poco desprecio, bostezando y soñolientos, nuestras espaldas á quien viniese á contarnos cómo el buey y la vaca representan la fecundidad de la vida en los himnos vedas; cómo la luna creciente que se eleva por los cielos enrojecidos inspira á los persas la idea de que el toro, compañero de su dios Mithoo, debe ser el primer animal creado sobre la tierra; cómo la vaca rubia simboliza la aurora y pronostica el buen tiempo, al par que la vaca negra simboliza la noche y pronostica la tempestad en las supersticiones eslavas; cómo entre los germanos, los cuatro bueyes hijos de Gefión surcan y remueven con sus arados la tierra patria; y entre los franceses un toro de piel atigrada, engendra en las



ESTUDIOS AL AIRE LIBRE EN EL LAGO FRAUENCHIEM, fotografía directa por Herman Koch



ESCALERA DEL TEATRO IMPERIAL DE VIENA, dibujo original de R. Mandlick

orillas del mar la raza de los merovingios; como Júpiter viene, según las metamorfosis griegas, á través de las ondas jónicas hasta las poéticas orillas donde naciera el arte en pos de la ninfa Europa: en nuestras creencias de entonces resultaba el buey cuya piel, cuyos huesos, cuya carne, cuyos trabajos aprovechan á todos, el más útil entre los animales, á causa de haber calentado con su aliento al Niño Dios, aterido en la terrible noche de diciembre, y la mula estéril por haberse comido las pajas del sagrado pesebre. ¡Con qué gravedad predicaban los muchachos mayores sobre este tema, delante del Belén iluminado, mientras los pequeñuelos oían con verdadera pasión, tan prontos á dar un bollo al pacífico buey, como á romper en mil pedazos la pérfida y espantada mula!

¡Qué noche! Los oídos más acostumbrados al estruendo no podían sufrir las castañuelas repiqueteadas, el gárrulo pandero, la rimbombante zambomba, los caramillos con sus flauteos, los rabeles con sus chirridos, las sonajas de hojalata llenas de perdigones, el campaneo de los almireces, el rasguear de las guitarras, y los innumerables cantares á cuyas cadencias danzaban todos en tropel delante del Niño Dios, con la más desenfrenada alegría y produciendo la más ruidosa algazara. Solamente podía consolarme aquella suave canción que decía:

Esta noche es Noche-Buena
y no es noche de dormir,
que la Virgen va de parto
y á las doce ha de parir.

Sin embargo, el movimiento continuo de aquella tarde, las idas y venidas de la cocina al Nacimiento, el arreglo del Belén, el cántico y el baile, producían sueño más pronto y profundo que el sueño ordinario, quedándonos medio dormidos sobre los bancos y las sillas, hasta que las campanas de las iglesias nos despertaban para llamarnos á la misa del Gallo, cantada á media noche y donde con las algazaras se sumaban las trompetas del órgano.

¿No os ha pasado mil veces, viendo moverse en Noche Buena un corro de niños alrededor de un Nacimiento, apoteosis religiosa de la niñez, deteneros á pensar en las amarguras y en las tristezas que les reserva la vida? Aquel mismo infante divino, que nace entre los coros de los ángeles, bendecido por los pastores, adorado por los reyes, sudará sangre en el Olivete, recibirá hiel y vinagre en los labios, oirá injurias en la agonía, y morirá como el último de los criminales en el más ignominioso de los cadalsos.

Entre nosotros, la fiesta de Noche-Buena sobrepuja en



DOS AMIGAS dibujo de J. Llovera, grabado por Sadurní (Exposición Parés)

esplendor é interés á todas las otras fiestas de Navidad; y entre los franceses, por lo contrario, sobrepuja el Año nuevo. Donde quiera que os encontréis al correr los primeros minutos del mes de enero, estáis en la obligación allí de abrazar y besar á cuantas personas os rodean como señal de la felicidad y de la paz deseadas á todos en el año que allí en aquel momento se abre y empieza. Completamente romano el calendario nuestro, trasmitido por la Ciudad Eterna con otros legados innumerables á la civilización cristiana, enero está consagrado al dios Jano, el dios de las puertas, como agosto se consagró al taimado fundador del Imperio, al inolvidable Augusto, de cuyo apellido se apellidan, de tal apellido presentado á un déspota por la servil adulación, todos cuantos llegan á creerse privilegiados y sacros en este nuestro bajo mundo. El año que ahora empieza viene bajo bien siniestros auspicios. Hace tiempo, hace mucho tiempo, viven los míseros mortales afligidos por el recelo de una guerra, la cual puede traer á nuestro misérrimo planeta, daños tan graves como el desgarre de sus entrañas por los terremotos y el envenenamiento de su aire por el cólera. La guerra me parece mucho más terrible que cualquiera otra de las calamidades terrestres. La fatalidad preside á los elementos regidos por indeclinables leyes materiales y físicas; pero la libertad preside á los azotes verdaderamente sociales. Hay culpa individual y culpa colectiva, y toda culpa trae aparejado su castigo en cumplimiento de las leyes morales. Como una generación infeliz aparecerá esta generación nuestra, si después de haber alcanzado un dominio tan soberano en la naturaleza, no consigue dominio análogo sobre sí misma y no conjura el mal espantoso de la guerra.

Bien es cierto que, desde 1870, se abren todos los

años con este recelo de un conflicto europeo, y se cierran á su vez todos ellos á una sin que haya el conflicto llegado. Por enero del año, que ahora termina, los mismos terrores nos asaltaban y la misma sospecha teníamos. Todo el mundo recelaba, dada la exaltación reinante, un espantoso encuentro, un choque inevitable de los pueblos, como aquel de la tierra con los astros fantaseado por los Apocalipsis monásticos. Anunciábase para la próxima primavera en el mes primero de nuestro año las irrupciones, las talas, los sacos, los incendios, los exterminios, los aniquilamientos propios de una europea catástrofe. Al desatarse los arroyos parleros, al brotar las flores aromáticas, al henchirse de amor y vida los nidos, por abril y mayo, debía caer sobre nosotros algun terror semejante á los terrores producidos por la terrible aproximación del Juicio final. Y sin embargo, corrieron de un punto á otro las escuadras, izáronse las banderas de todos los Estados; sonaron los cañones de todos los pueblos, mas para bendecir la fiesta del trabajo en la Exposición de Barcelona.

Esperemos que suceda el año próximo lo mismo con la Exposición de París. Esperemos que al ver los hombres cómo se necesitan unos á otros y cómo se completan todos, renuncien á las porfías terribles del combate, reemplazándolas con los fecundísimos empeños del trabajo. La chispa de Galvany que lleva el movimiento á la inercia y á la muerte la vida, que cincela como un buril misterioso y graba por procedimientos casi mágicos; la pila de Volta, que pone bajo vuestras manos elementos muy superiores al oro alquímico, aquella electricidad con la cual casi nos apoderamos de las fuerzas creadoras; los grandes telescopios que os pasean por los espacios infinitos y os aproximan á los soles y á los mundos; el pararrayos de Franklin, por cuya virtud el trueno que aterraba en otro tiempo á los dioses, desciende sumiso hasta vuestro poder y dominio; el telégrafo de Moorse que rodea como de nervios al planeta y confía la palabra del hombre á las ligeras alas del relámpago; la máquina de Watt, que ha hecho del humo escapado por las chimeneas á disiparse, de la niebla convertida en algunas gotas, es decir, de lo más tenue, del vapor, de esa alma del rocío, bajo cuyo peso ni siquiera se doblan las flores, una fuerza incontrastable; el espectro solar, que analiza hasta la luz, que descompone hasta la lejana reverberación de las nebulosas y que os muestra la unidad, la identidad y la universalidad del éter; las retortas químicas que han encontrado en sus combinaciones maravillosas los componentes de las partículas del agua y de los suspiros del aire; todos estos prodigios, desde la campana del buzo que explora los abismos del mar y la lámpara de Davy que permite al minero reconocer sin riesgo las venas de hulla, hasta la luz eléctrica del inmortal Edison y el globo que sube allá donde no llegan las águilas, á las atmósferas irrespirables; todas estas victorias de la libertad sobre la fatalidad, de la inteligencia sobre la fuerza, de la voluntad humana sobre la inercia, que han acabado con la horca del pechero, con los castillos del señor, con los terruños del siervo, con las diademas del déspota, deben acabar también con la guerra; y así como los trabajos de la navegación inspiraron á Homero su Odisea y los primeros descubrimientos portugueses á Camoens las Luisiadas, los triunfos del trabajo moderno inspiren poemas de la industria destinados á eclipsar los poemas de la guerra, porque nos presentan el planeta destilando por todos sus poros y despidiendo de todos sus átomos lo más divino que hay en la creación, el inmortal espíritu del hombre. Que así como el año 1888 fué tan solo año de la Exposición de Barcelona, el año 1889 sea tan sólo año de la Exposición de París.

EMILIO CASTELAR.

DIBUJO Á LA PLUMA, de Galofre

UNGUENTO DE SENTIDO COMÚN

La sangre acude á mis mejillas, inclínanse mis párpados y doblo mi cabeza al peso de la vergüenza; siéntome avergonzado, ruboroso y medrosico.

¿Qué me ocurre?

¡Ay! es que véome precisado á confesar pecado de tal magnitud, que hasta las puntas de mi pluma se enrojecen de rubor.

Mas ya que no tuve vergüenza al cometer el pecado, no debo tenerla al confesarlo; así que sépase, que *coram populi* digo á grito pelado ó sin pelar, que no sé una palabra de geografía.

No una, sino muchas veces me he dormido sobre un ejemplar de la geografía de Malte-Brune, y, cosa rara, durante estos sueños, que muchos fueron, no logré aprender hacia qué lado cae el Spitzberg, ni el gran Belt, ni el pequeño Belt, bien que respecto á este último, no es cosa extraña que escapara á mi vista, por su pequeñez.

Perdóneme Ptolomeo mi pecado, el arrepentimiento me salve, que yo juro por Tycho Brahe, enmendarme y averiguar si Pinto y Belinchón están al Norte, al Sur, al Este ó aquél.

Pero hasta entonces, resígnense los que esto leyeren, si no pueden saber si el reino de Tontinópolis está en el Polo ó en el Ecuador, á la derecha ó á la izquierda.

Ello es que en alguna parte debe estar, y no sólo debe sino que está, y tanto es así, que el que esto escribe puede decir los reinos con que Tontinópolis confina.

Si los datos que tengo no son falsos, que no deben serlo; Tontinópolis confina al Norte con Villasofía, al Noroeste con el reino de Insania, al Este con la república de Lirismía, al Oeste con Vilanecia, al Sudeste con La Curialdea, al Sudoeste con



UN NÁUFRAGO, dibujo de Greiffenhagen

la Herculeoloquía y por los otros lados, con reinos, repúblicas y confederaciones habitadas por gentes de poco más ó menos, como la ciudad de Aritmos, la Anarquía, la Arqueoprehistoria y el gran continente de Pecunianópolis.

Con esto ya deben saber mis lectores en dónde está Tontinópolis, y si no lo saben acudan á Vargas encargado desde el Rey que rabió á acá de averiguarlo todo, y si aun así no consiguen saberlo, confiesen paladinamente que saben menos, mucha menos geografía que yo.

El caso es que Tontinópolis, si no existe, ha existido ó ha podido existir, que el *possumus* es innegable y yo aseguro que existió, pues sé que ocurrió allá lo que á referir voy, *ergo* si ocurrió algo, debió existir lugar de la ocurrencia.

Vengan Aristóteles y Kant y niéguenme la fuerza de este silogismo y entonces renunciaré á relatar lo que en Tontinópolis sucedió hace días, meses, años ó siglos, que el tiempo nada importa, pues como el mismo Kant dice y jura y perjura, el tiempo nada es, que ni existencia ni realidad tiene, viniendo á ser algo así como una tostada sin pan ni manteca ni siquiera azúcar para los golosos.

Tontinópolis, en fin, está donde está y lo que yo voy á referir, ocurrió, cuando ocurrió, pero ocurrió, que allá por los años de ciento ó mil ó mil y quinientos, Tontinópolis hallábase gobernada por el rey Sansereni I, quien quedó viudo á los 49 años de edad, sin más retoños que una hija que contaba siete años á la muerte de su madre la reina Doña Memflisa.

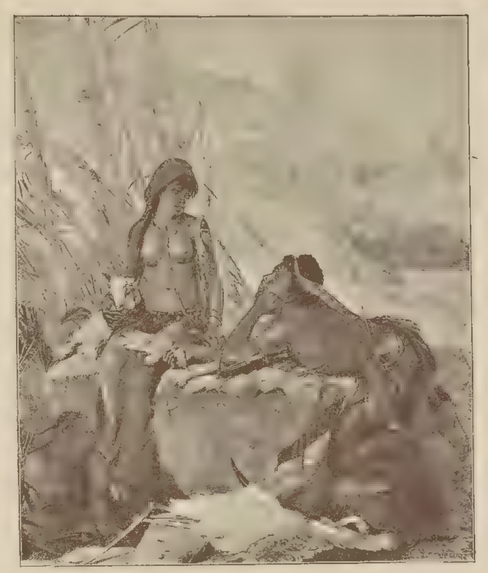
En Tontinópolis, natural era que se hubiera abolido la ley Sálica, así es que la princesita Sanserenina era la llamada á suceder en el trono á Sansereni I.

La niña Sanserenina mostró desde los primeros días de su vida tal madurez de juicio, que chupaba la punta de la nariz de su nodriza, creyendo que chupaba sitio de donde puede sacarse algo sustancioso.

Creció Sanserenina y siguió dando muestras de su sensatez.

A los nueve años quería convertir la veneranda corona que ceñía las sienes de su padre, la secular corona del reino de Tontinópolis, en aro que rodase por los suelos apaleado por el cetro que empuñara el Gran Sinforoso el Magnífico.

A los diez, lloró, babeó, pataleó y rabió porque su aya, la Gran duquesa de la Sotería, no consintió que la augusta princesita Sanserenina rapase sus ducales bigotes con un yatagán que el rey padre tomó en singular batalla á un temido y temible moro vendedor de dátiles.



IDILIO EN LA TEBAIDA, cuadro de G. Gentz

(Presentado en la última Exposición de pinturas celebrada en Viena)

Mas por fin llegó Sanserenina á la edad de la pubertad, que todo llega en este mundo, cuando llega, y cesaron los extravagantes caprichos de la princesita.

Ya no jugaba con la corona y el cetro de su padre ni miraba siquiera los respetables mostachos de su aya, pero ¡ay! que preocupábase demasiado de los bigotes del primer ministro del gobierno del rey y sentía irresistible tentación de engomar las finas guías del más fino bozo de un finísimo paje que en su corte había.

En cierta ocasión, tuvo empeño la discreta princesa en que un palafrenero de las reales caballerizas fuese ministro de Fomento de su padre, y consiguió su deseo y, ¡oh poder de los caprichos femeniles! el palafrenero fué un ministro de Fomento no igual, sino mejor, que todos los doctores, políticos y sabihondos que hasta entonces lo habían sido, pues aquél fomentó la cría caballar, con lo cual algo se consiguió, mientras que los otros fomentaron la vana palabrería, cuando no su fortuna y la de toda su familia.

Otro día la princesa quiso dar en sus salones un baile de trajes, para el cual ella misma trazó los figurines.

El rey su padre no cambió de traje, rey fué en la mascarada, pero obedeciendo á los caprichos de su hija, apareció en el salón con los aditamentos que naciéronle al rey Midas por su avaricia, y á fe que las orejas asnales sentaban al rey Sansereni que ni de perillas.

– ¡Ay! – le decía su hija, – sí parece que toda tu vida las has llevado, papá. ¡Cuánto realce dan á la corona esas orejas, mi buen rey Midas!

El ministro de Gracia y Justicia concurrió al baile y vistió, con arreglo al figurín prescrito por la niña, alta peluca de clown, cubierta á medias por dorada mitra, espada flamígera en la diestra mano, la balanza de la justicia colgada á la espalda, abultado polisón relleno de papel sellado, cortísima toga de colores morado y rojo, zapato con hebillas de plata y al aire las flacuchas pantorrillas cubiertas con medias de seda negras.

– Delicioso traje, – decía la princesa; – la justicia no se ve, pero lo que es la gracia, no te falta; sólo al verte me desternillo de risa.

Las extravagancias é insensateces de Sanserenina, fueron tantas y tales, que llegaron á ser conocidas de los buenos y pacíficos tontinopolitanos, quienes temblaron ante la idea de ser algún día gobernados por ella, y quizá hubieran pensado en armar una revolución, si no hubiese estado tan arraigado en sus corazones el amor á la dinastía y tan convencidos del derecho divino que á sus reyes ó reinas asistía de guiarlos por el camino del bien y de la felicidad.

Mas ocurrió en cierta ocasión algo que excitó tanto los ánimos de los tontinopolitanos, que el gobierno de S. M. Sansereni I y hasta el mismo rey pensaron en curar á la princesita de aquellas intolerables extravagancias.

El caso, á la verdad, merecía que se nombrase una comisión que buscara remedio.

Sanserenina dispuso en cierta tarde una revista de la guardia real de su padre. Privó á los oficiales de sus espadas y de sus lanzas á los soldados y armó á aquellos con cierta arma medicinal, cuyo nombre niégase á estampar mi pluma en el papel, pero que sirve para... para llevar al vientre líquidos que limpian y fijan, ya que no dan



EN EL JARDIN DEL HOSPICIO, cuadro de C. Frithjoff Smith, (presentado en la Exposición de Munich)



MATER DOLOROSA, escultura en bronce de Agustín Querol, grabada por R. Bong



EL HERIDO, notable dibujo á la pluma de D. A. Fabrés, reproducido fotográficamente



APUNTES DEL NATURAL, dibujo á la pluma de B. Galofre

esplendor, sino otra cosa, y á los soldados hízoles empuñar viles escobas en vez de nobles lanzas.

La revista se verificó con gran escándalo de los bizarros generales del reino, y con no menos asombro del protomedicato que quiso ver en aquello terrible epigrama que les indicaba que si los guerreros matan con espadas y arcabuces, ellos asesinan alevosamente, es decir, por detrás, con aquella arma, no de fuego, sino de agua.

A la revista acudió la princesa, hizo que la presentaran las armas, en actitud de disparar, y todo esto hubiera sido recibido por el buen pueblo tontinopolitano, como una broma más ó menos culta, pero no pudo transigir con el descoco de la princesa.

Sanserenina presenció el desfile, vestida con traje griego, al aire la bien formada pantorrilla, desnudos los torneados hombros y algo y aun algos más, coronada la cabeza de malvas y otras hierbas medicinales, y en la diminuta mano aprisionada con guante en el cual veíanse bordadas las armas del reino, en lugar del augusto cetro un inmenso palo de regaliz con dos cebollinos en sus extremos.

Durante el desfile, la princesita rió á carcajadas, bailó desenfrenadamente, dejando ver cosas tales, que aunque regias produjeron la hilaridad del buen pueblo, saltó, manoteó, gritó, movióse como una ardilla, hizo dar volteretas á su aya, arengó á los soldados y, por fin, arrojó su corona al pueblo diciendo: coméosla; y el cetro al general que mandaba la regia guardia, con tal acierto, que uno de los cebollinos dióle en un ojo y el otro hízole saltar uno de los pocos dientes que adornaban la boca del vetusto general.

Aplaudió el pueblo hasta despellejarse las palmas de las manos, que siempre y en todos los tiempos gustó el populacho de ver aporreada á la autoridad, hizo la princesa un picaresco batimán, apuró de un trago un gran vaso de vino de Falerno y fuése hasta palacio en amable consorcio con el palafrenero á quien hizo ministro de Fomento.

– ¡Escándalo! – gritó el pueblo.

– ¡Locura! – exclamaron los médicos.

– ¡Venganza! – chillaron los militares.

– ¡Inmoralidad! – clamaba el clero.

Y el pobre general:

– ¡Árnica, árnica! – decía llevándose ambas manos al inflamado ojo y á la vacía boca.

Al siguiente día, para calmar la excitación popular, publicó el gobierno en el diario oficial, una real orden, disponiendo que la princesa quedara bajo la tutela del eminente filósofo del reino Cecomasín Subjetividad, y que se nombrara una comisión que buscara eficaz remedio para sanar á la desdichada princesa, digna entonces y más que nunca del amor del pueblo por su desdicha.

La real orden convenció al pueblo, quien perdonó á la princesa y por su desdicha púsose á amarla con culto verdaderamente monárquico.

La comisión nombrada, tardó tres meses en reunirse, celebró veintiocho sesiones, nombró un ponente que dictaminase y al cabo de año y medio vino á averiguar que no era de su incumbencia resolver en aquel caso, y que debía pedirse dictamen al Gran consejo del reino.

Lloraba en tanto Sansereni I, el desdichado padre de la princesa y, por fin, con mejor sentido que la comisión nombrada, pidió consejo á Cecomasín Subjetividad, quien fué de parecer se llamase á los magos del reino y fueran éstos quienes dijeran la enfermedad que la princesa padecía y los remedios que para su curación debían emplearse.

Hízose así, pero antes disolvióse siempre de real orden la comisión, no sin darle las gracias y conceder veinte grandes cruces y otros tantos títulos nobiliarios, para otros tantos individuos que la compusieran, concediéndoseles tales gracias por el celo é inteligencia con que habían desempeñado su cometido.

Los magos del reino consultaron las estrellas, echaron en una aljofaina llena de agua un huevo de gallina negra para averiguar el horóscopo de Sanserenina, vieron si el año de su nacimiento era climatérico, trazaron signos y jeroglíficos egipcios, hicieron cábalas y por fin proclamaron enfáticamente que la princesa cometía tonterías porque era tonta, á lo cual el filósofo replicó que fundándose en la razón igual y contraria, los magos eran tontos porque cometían tonterías, y ya sin andarse en más ambages ni rodeos y prescindiendo de comisiones y magias blancas ó negras, fuése al rey y díjole con respeto, sí, mas con decisión:

– Señor, permitidme, que, postrado ante vuestros reales pies, bajo los cuales tiembla la tierra y el mismo cielo se nubla, envidioso de su grandeza (y cierto era que su graciosa majestad tenía unos pies que por su grandeza nublábanse los cielos y temblaba la tierra); permitid que el más humilde de vuestros siervos, aquel cuyos ojos jamás se atreverán á fijarse en los soles que bajo vuestra frente fulguran é irradian toda luz, toda belleza y toda verdad, os diga el resultado de sus pobres estudios respecto á la muy alta, muy noble y augusta princesa Sanserenina.

– Habla, súbdito, – dijo el rey, – mas, piensa en lo que hablas, pues si tus palabras no resuelven el problema, entregaré tu cabeza á la princesa y ella sabrá convertirla en un limpia-plumas.

– Señor, mi cabeza está muy asegurada sobre mis hombros, y mi dicha no será tanta que alcance esta despreciable testa mía, el inmenso é inmerecido honor de servir de limpia-plumas á la más bella de todas las princesas. Esta cabeza, que por vuestra majestad piensa, que por vuestra majestad estudia, ha desubierto el mal de la princesa. La desdichada niña es insensata y su insensatez cúrase sólo con un tarro de ungüento de sentido común.

– ¿Y qué haces – replicó el rey con voz estentórea – que no vas á la botica en busca de ese ungüento? En qué piensas, pues sabiéndolo no aplicas el remedio? ¡Ah, imbécil filósofo! la ambición te ciega; ¿quieres indudablemente, que esa calabaza á que llamas cabeza, alcance el honor de adornar la mesa-escritorio de mi hija? Te engañas, viejo loco, si tal piensas; tamaño honor no lo alcanzarás hasta que encuentres ese ungüento que ha de sanar á mi hija.

– ¡Señor, señor! que si ese ungüento se encontrara por aquí, ni esto sería Tontinópolis, ni V. M. sería rey, ni jamás alcanzaría mi pobre cabeza el honor de que en estos crespos cabellos se limpiaran las plumas de Su Alteza.

– Sea lo que sea y suceda lo que suceda, venga ese ungüento; sane mi hija; reine en mis Estados y moriré tranquilo. Dispón de mis tesoros, vende mi áurea corona, arma mis ejércitos de mar y tierra, conquista el país en que se encuentre ese maravilloso ungüento, y si lo consigues, cúbrete de honores, yo desde ahora te los doy, serás después del rey la primera persona de Tontinópolis, y por lo tanto de todo el universo mundo. Dime, – continuó el rey; – ¿no está mi reino enclavado entre Villasofía, país de los más sabios filósofos, Insania, reino de los médicos más afamados, Lirismía, habitado por los más inspirados poetas, Villanecia por la más antigua y empingorotada aristocracia, Curialdea por los jurisconsultos más profundos, y Herculeoloquía, reino de los más fornidos y esforzados varones? pues en alguno de ellos encontrarás ese precioso ungüento; envía emisarios que recorran esos países y ¡ay de tí! si el ungüento no parece.

Concluyó el rey su discurso y alejóse dejando al pobre Cecomasín con las rodillas clavadas en tierra y con un palmo de boca abierta. Llevóse ambas manos á la cabeza y dijo acariciándola: – Serás limpia-plumas. El ungüento no parecerá: ¿cómo ha de parecer, si yo, que algo tenía, acabo de perderlo? ¿Es acaso de sentido común decir á un rey que no lo tiene, que su hija aun le hace parecer sensato? Moriré, sí, pero antes quiero defender mi pobre cabeza. Enviaré esos emisarios y quizá halle algún medio de engañar á ese rey tirano, y más que tirano imbécil.

Dispúsose todo para la salida de los emisarios y allá se fueron llevándose las esperanzas del rey y dejando á Cecomasín meditando una treta que remediaria la necedad que con su confesión había cometido.

¿Qué hacía entre tanto la ilustre enfermita?

Mientras la nación entera se preocupaba por su salud, ella engordaba, hasta ponerse como un rollito de manteca.

Mientras en todas las iglesias hacíanse rogativas para que el ungüento pareciese, ella sin cuidarse de Dios, hacía mil diabluras.

Pasaba su vida vistiéndose ricos pero extravagantes trajes.

Entretenía sus horas leyendo libros de caballerías, ó idilios pastoriles. Soñaba con un apuesto guerrero que la libertara de la tiranía de su padre que encerrada la tenía, y hacía y decía mil disparates.

Sentía celos de todas las damas de su servicio y poníase furiosa si imaginaba que alguna la superaba en belleza.

Otras veces fingíase pastorcita de la Arcadia y lloraba desdenes de algún Leandro, guardador de puercos.

Y así la ociosidad, la adulación perpetua, la satisfacción de sus más insignificantes caprichos, y sobre todo aquellas lecturas de leyendas fantásticas repetidas día y noche, hicieron de ella un Quijote hembra; que también como al ingenioso hidalgo se le derritieron los sesos por pasarse las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio.

Pasaron días y por fin llegó á la corte de Tontinópolis el emisario enviado al reino de Curialdea. Momentos antes de su llegada súpose que, según él, llevaba el apetecido ungüento.

Echáronse las campanas al vuelo, colgáronse los balcones, quemáronse cohetes y todo júbilo fué la gran Tontinópolis. Mandó el rey Sansereni, que á presencia de la princesa, se reunieran los notables de la corte hallándose entre ellos Cecomasín para que se procediera á untar á Sanserenina con el unguento de sentido común y se lograra la ansiada cura.

Colocóse el rey sobre un alto sitial, teniendo á su lado á la princesa, llegó el emisario polvoriento, pálido y demacrado, refirió en un académico discurso las mil fatigas que pasó para lograr el remedio buscado y, por fin,


EL TRABAJO, estudio para una figura decorativa por Pellicer

sacó de un maletín una amarillenta caja envuelta en pergamino y atada con balduque.

Con precauciones mil, abrióse la caja, y apenas fué abierta, escapáronse de ella mil palabras extrañas: *jus, bastanteado, auto, diligencia, providencia, como mejor proceda* y al final un largo é ininteligible discurso encaminado á probar que lo verde era rojo, que el criminal era inocente, que el dueño de una casa, no era dueño sino detentador, y por último, que no hay más sentencia con sentido común, que aquella que dice: pleitos tengas y los ganes. Abierta que fué la misteriosa caja, levantóse la princesa, hízose con su pañuelo un gorro á manera de birrete y endilgó á los concurrentes un discurso defendiendo su derecho á llevar pantalones, con tales argumentos, que tentado estuvo alguno de cedérselos. Citó la princesa leyes de los griegos, de los romanos, egipcios, cartagineses y gallegos, y por fin concluyó pidiendo para su padre la pena de tres meses y un día de arresto *perpetuo* por el bárbaro delito de paternidad.

¿Quién pudiera describir el alboroto que se armó? Voces por aquí, protestas por allá, rugidos de indignación en la extrema derecha, frenéticos aplausos en la izquierda, tinteros por el aire, el cetro real rodando por los suelos, histéricas carcajadas de la princesa, el tricornio de un alguacil colocado sobre el empinado moño de una coqueta dama de la corte, y una algarabía infernal que terminó en cuanto Cecomasin arrojó por una ventana la caja de unguento de sentido común enviado por la nación llamada Curialdea.

La indignación de Sansereni fué tal que quiso entregar á Cecomasin en manos del verdugo, mas la esperanza de que los otros emisarios trajeran el ansiado remedio salvó la cabeza del pobre hombre.

Larga sería esta historia si detalladamente hubiera de referirse la llegada de los demás emisarios.

El enviado á Villanecia trajo un pequeño frasquito perfumado con ámbar y almizcle; abrióse el frasco y salieron de él genealogías del Rey que rabió y á quien por esto debieron poner bozal, frases sin sentido, cortesías, pasos de rigodón, sangre azul, y otras cosas que de tal modo trastornaron el juicio de la princesa que casi hubo necesidad de ponerla una camisa de fuerza para que olvidase los efectos del ungüento enviado por el país de la distinción aristocrática.

El reino de Insania mandó un tarro de botica, que al ser abierto produjo tales retortijones de vientre á la princesa que á poco si da qué hacer á los enterradores. Del frasco de Insania salieron recetas escritas en latín bárbaro, dracmas de discusiones sobre el vitalismo y organicismo, disquisiciones sobre el hipnotismo y otras muchas cosas muy útiles, pero ni un adarme de sentido común.

Villasofía, país de los filósofos, envió un tratado diciendo que el hombre era un compuesto neutro del yo amalgamado con el no yo, que la subjetividad era igual y opuesta á la objetividad en sus relaciones con lo consciente sensible derivado del juicio, y que el sentido común, sin ser un sentido material en lo referente á la sensualidad, tampoco era común, considerado espiritualmente, según habían dicho San Crisóstomo, Hegel, Tales de Mileto y otro tales. Lirismía envió á la corte de Sansereni una vasija en forma de lira, la cual al ser abierta dejó escapar consonantes, sonetos, odas, romances, dientes de perlas, manos de nieve y una larga melena que al aire agarró la princesa, calósela á manera de peluca y espetó tal tirada de versos, que todos los oyentes quedaron dormidos.

Herculeoloquía mandó unas terribles pesas y una máxima que decía: *Pega y vencerás.* Oyó la máxima Sanserenina, arrancó de la cabeza de su padre la pesada corona de oro, hizo con ella seis ó siete pirricos, y para probar sus fuerzas, soltó tal puñetazo al rey en su augusta nuca, que al suelo vínose Su Majestad, mientras la princesa decía: *Pegué y vencí.*

Lágrimas de sangre derramaba Cecomasin pensando en su futura suerte.

Lágrimas de fuego lloraba el rey, por el dolor que en su nuca sentía, pero más aún porque había perdido la esperanza de que su hija sanase.

En su desconsuelo y en su rabia, díjose: Comparta alguien la pena que sufro, y mandó encarcelar á Cecomasin y dispuso fuese decapitado en el término de tercero día.

Gemía en su calabozo obscuro el imprudente filósofo, cuando una tarde, víspera del día en que debía ser ejecutado, vino á sacarlo de su prisión un hombre de aspecto rudo, de grandes y callosas manos, de rostro afeitado como el de cómico ó clérigo, y vistiendo el traje de los labradores de la sierra más alejada de la capital de Tontinópolis.

– Oye, – dijo el labrador, – no te pese haber aconsejado al rey como le aconsejaste. El ungüento de sentido común se impone siempre, y esta vez se impondrá también. El rey Sansereni me ha concedido tu vida y tu libertad, respondiendo yo con mi cabeza de la curación de la princesa.

– ¿Y la curarás? – dijo el filósofo.

– Sí, – respondió el labrador.

– ¿Con qué?

– Es mi secreto. Tú conoces la teoría, sabes que debe tenerse sentido común, pero no sabes darlo. Yo soy el práctico y sé darlo. Tú el científico, yo el artesano. Te he librado la vida, porque tengo eso qué tú por un momento olvidaste debe tenerse siempre. Sal de estos reinos, ve á ofrecer tus servicios á otro monarca, pero no olvides lo que la experiencia te enseñó: á los reyes se les adula, pero jamás se les dice la verdad. Impónsela si puedes, pero no se la digas, ni les dejes entender que sabes más que ellos. Adios, Cecomasin, – dijo el labrador. – Dios te guarde.

– El va contigo, – contestó el filósofo; – quien así habla, más que un filósofo sabe y vale.

Dichas estas palabras, alejóse el sabio que por un momento olvidóse de su sabiduría y ya nadie supo más de él en el reino de Tontinópolis.

Ahora, seguramente, querrá saber el lector qué es lo que había ocurrido que tal autoridad había dado á un rudo labriego. Pues siga leyendo y satisfará su curiosidad.

Languidecía S. M. Sansereni, creyendo imposible la curación de su hija. Presentóse en el real palacio Prudencio Operator, que este era el nombre del labriego, y después de solicitar y hasta pelear para conseguir se le llevase á la presencia del rey, consiguió su deseo.

– Señor, – dijo, – ¿deseáis que vuestra hija sane de su mal?

– Con el alma lo deseo.

– Yo sabré sanarla, mas necesito ciertas concesiones, – dijo Prudencio.

– Mi reino es tuyo, mis tesoros, mis...

– Nada de eso necesito.

– Habla, cuanto pidas tendrás.

– Primeramente la libertad de Cecomasin.

– Libre es, – repuso el rey.

– Después exijo, – dijo el labriego, – que vuestra hija venga conmigo.

– Eso nunca.

– Con mi vida respondo de la suya.

– Ahogándome estoy y no miro la solidez de la tabla á que me asgo. Llévate á mi hija; ¿qué recompensa me pides, si la curas?

– Ninguna, ella se encargará de dármela.

Prudencio llevóse consigo á Sanserenina.

En palacio le ofrecieron cómodas literas, pero renunció á ellas. Sanserenina llegó á lo más abrupto y empinado de la sierra de Labor, con los antes delicados pies, duros y callosos, como los de las pastorcitas cuya suerte envidió algún día.

Amenazas, arrebatos de ira, súplicas tiernas, lágrimas amargas, nada conmovió el alma dura de Prudencio.

En un elevado pico de una altísima montaña veíase una modestísima choza que bien pudiera calificarse de miserable, rodeada de algunos terrenos cuidadosamente labrados. Aquel fué el término del duro viaje de la dulcísima princesita y del labriego adusto.

Llegados que fueron á la choza, ordenó Prudencio á su huéspeda regia que se desprendiese de su rico traje de brocado, algo ajado por el viaje, y arrojándole á un arroyo que corría á los pies de un despeñadero, dijo:

– Viste esa honrada falda de bayeta; fué de mi madre; jamás tus carnes habrán estado mejor cubiertas.

Pateó y rabió Sanserenina, negóse á vestir aquella remendada falda de bayeta amarilla, pero al fin el frío del anochecer la hizo aceptar aquello que antes mirara con repugnancia y asco.

A la mañana siguiente, apenas había aparecido el sol, despertó Prudencio á Sanserenina y le dijo:

– Voy á mis trabajos, no volveré hasta muy entrada la noche, ahí tienes patatas, pan y carne de cordero, cuando tengas hambre condimenta tu comida; – y diciendo esto se alejó.

Muchas horas pasó la princesa contemplando aquel pan negro y las demás viandas. Lloraba y lloraba y hacíase juramentos de que antes moriría que llevar á su regia boca aquellos repugnantes manjares; mas dieron las seis de la tarde y pudo más el hambre que los juramentos y devoró con avidez un trozo de aquel pan negro.

Repitióse aquella escena y á los pocos días la princesa asaba y cocía patatas y no pasaron muchas semanas sin que aprendiera á hacer algunos guisados de carne de carnero y de patatas que en verdad, que olían tan apetitosamente, que quizá hubieran sido paladeados con verdadero placer hasta por el mismo rey Sansereni.

Transcurrió así algún tiempo y poco á poco desaparecían los accesos de ira y las extravagancias de Sanserenina, pero sin que la curación fuese completa.

Prudencio sin embargo no desconfiaba. Aun falta el último remedio, se decía.

Con el tiempo las ropas interiores de Sanserenina se deterioraron hasta el punto de no poder usarse.

Un día dijo la princesa—Prudencio, no tengo camisa.

– Háztela, – repuso el labriego.

– ¿Y cómo? – dijo la regia niña.

– Toma, – contestó Prudencio, entregándole una rueca, un huso y lino.

Cuánto sufrió la infeliz Sanserenina antes de aprender á hilar; mas al fin aprendió y desde aquel día dióla Prudencio por curada. Sanserenina ocupaba todas las horas del día en los quehaceres domésticos y en dar vueltas al huso y naturalmente no tenía tiempo para pensar en extravagancias.

Dejó Prudencio transcurrir seis meses que él llamó de convalecencia y por fin un día devolvió á su padre á la niña bien untada con el unguento de sentido común.

¡Qué de agasajos hizo el rey á Prudencio, qué de ofrecimientos! mas nada quiso aceptar el discreto labrador.

– Si merezco recompensa, – dijo, – ella vendrá, – y ausentóse de la corte.

¡Oh dolor terrible del rey Sansereni! Su hija volvía curada de su insensatez, mas ¿quién la curaría de aquella melancolía que sufría entonces?

Una tarde acercóse el rey á su hija y acariciándola la dijo con cariñosa voz: – ¿Qué deseas, niña mía?


IGLESIA DE VALLFOGONA DE RIUCORP, en cuyo pórtico está enterrado el célebre rector.

Apunte del natural por Pellicer



UNA NINFA, cuadro de Guillermo Balmer

– Volver á la sierra; sin Prudencio no puedo vivir, esta holganza me mata, necesito hacer algo, necesito que Prudencio... – Vendrá Prudencio, – dijo el rey, – y Prudencio vino y el lector adivinará lo que ocurrió y saboreará la miga de este cuento, si es que la tiene.

Ricardo Revenga

PERSONAS DECENTES

I

El Sr. Roque López era lo que se llama una persona decente. Aunque contaba ya más de catorce años de cesantía, primero hubiera permitido permanecer en su casa condenado á prisión perpetua que salir á la calle sin corbata, chistera y faldones que son, como sabe el curioso lector, las tres prendas esenciales del traje de una persona decente. Su misma prolongada cesantía demostraba elocuentemente el temor, mejor dicho, la decisión inquebrantable del Sr. Roque de no descender de su categoría. ¡Había sido oficial sexto de un Ministerio! Su tío (¡ah! su tío! ¡su señor tío!) había sido clérigo, aunque de misa y media olla, pues los emolumentos nunca consintieron olla entera! La sotana del tío y el empleo del sobrino fijaron decisivamente el porvenir del último, el cual había rechazado con mal disimulada indignación un destino de guardia de consumos, la plaza de sacristán de la parroquia de San Lorenzo, y antes se dejara cortar las blancas manos que ensuciarlas con el polvo y las callosidades del trabajo.

Fiel á su divisa, catorce años vivió muriendo el señor Roque, y vivieron muriendo su mujer y sus tres hijos Ramón, Juan y Rosario, y del todo acabaran unos y otros á no ser por la mujer, por Bernarda que sabía perfectamente cómo se interesa al ultramarinero para que fíe comestibles, cómo se paran los golpes del casero más implacable, cómo en fin se dirigen memoriales á los grandes y sablazos á los pequeños... Delgadita, ajado el rostro por el continuo padecer, con una sonrisa suplicante que había petrificado en sus labios la pedigüeñería perpetua, recorría Bernarda las calles de Madrid cien veces al día; ya entraba en una casa, ya salía de la otra, y jamás volvió á la suya sin cuatro ó cinco reales de vellón, de los que próximamente la mitad se invertían en el consumo doméstico, y tres solían reservarse para los cigarrillos del señor Roque y para que éste no alterase su costumbre de tomar café todas las tardes en el de Zaragoza, de cuatro á seis, en la grata compañía de media docena de amigos, personas muy decentes también. Bernarda, enamorada sinceramente de su marido, hubiérase creído deshonrada si su Roque hubiera tenido necesidad de interrumpir sus costumbres y género de vida. Es muy de las mujeres adorar los defectos de los que aman.

Lo que ni Bernarda ni su marido pudieron pensar durante aquella peregrinación de catorce años por el desierto de la miseria fué en proporcionar á sus hijos un medio decoroso de ganarse la vida. A oficios no habían de dedicarse unos chicos decentes; para carrera no alcanzaban los recursos de la familia; resultado: que cumplieron Ramón los veinte años y Juan los diez y ocho sin ser otra cosa que personas decentísimas como su padre.

Pero he aquí que Juan descubrió de repente cualidades que hasta entonces había tenido muy ocultas, y que no acierta uno á explicarse cómo se desarrollaron en aquel medio ambiente de exquisita decencia que era la atmósfera de la casa de López. Fué el caso que una mañana de domingo apareció Juan en la plazuela de Antón Martín tras de un enorme cesto de baratijas, lleno de bisutería de toda clase de mil desperdicios de bazar, con regular cosecha de juguetes más ó menos deteriorados, y dando cada voz que metía miedo: «A real y medio la pieza, caballeros... Todo, todo se vende á real y medio.»

El Sr. Roque se indignó profundamente cuando supo esto. No concebía él que la sangre de los López fuese capaz de semejante bajeza; no comprendía que así, sin más ni menos, se tirase por la ventana, al lodo de las calles, la decencia de una familia. Pero á pesar de todo Juan se impuso, su industria prosperó, y el mismo señor Roque concluyó por saborear el resultado, pues no le venía mal aquello de comer caliente tres veces al día, y que la tacita de café cuotidiano se reforzase con media copa de ron y marrasquino y un veguero de á diez céntimos la mayor parte de los días. Aquello en verdad no amenguaba, antes bien aumentaba el decoro del señor Roque y afianzaba su crédito de persona decente entre sus contertulios del café.

La quinta (¡maldita contribución de sangre! que decía el Sr. Roque) vino arteramente á cerrar el paréntesis dichoso que la industria de Juan había sabido abrir en la vida de los López. Y mire V., – decía el Sr. Roque aquella tarde á su compañero de café D. Adolfo de la Pericusa, teniente de provinciales retirado, – mire V., ese chico que parecía de arranque y de genio, no encuentra por ahí cuatro mil miserables realejos que se necesitan para la redención. Ya veo que es tan pacato y poquita cosa como yo. – Pero ¿por qué – se atrevió á interrumpirle D. Adolfo – su hermano no se hace cargo de su negocio? – El señor Roque sonriendo de una manera indefinible exclamó: – ¡Ca! no señor; mi hijo Ramón no se rebaja tan fácilmente: se necesitan tripas como las de Juan para despojarse así de la dignidad de persona decente.

II

No era Rosario una señorita, como creía ó fingía creerlo el Sr. Roque: el medio ambiente modeló su alma y el aire de su cuerpo al patrón propio de las cosas en que vivió desde niña, y de las amistades y tratos que las mismas cosas le trajeron consigo. Pero si no señorita, era sí una hembra soberbia de pañuelo á la cabeza que cuando bajaba por la calle de Lavapiés hacia la plazuela en que tenían su hogar los López, robaba ojos y corazones con el sandunguero movimiento de su cuerpecito delgado, fino y flexible, con el hermoso corte y graciosa expresión de su rostro blanco, rosado y trasparente, hasta con el ruido gratísimo que producían sus enaguas almidonadas al rozar con las losas del pavimento. La buena suerte de Juan coincidió con el brote supremo de la magnífica juventud de Rosario, y el dinero ganado con el bazar ambulante que más gallardamente se lució, fué sin duda el empleado en alegres multicolores, faldas de percal, ceñidas chaquetillas y más ceñidos corpiños de raso, ó en mantones de espumilla y alfombrados que caían, no sin graciosa majestad, sobre aquel busto, al que la naturaleza no había concedido más materia que la precisa para que se dibujaran deliciosamente las delicadas curvas del sexo. Era grandísimo el partido de Rosario entre los mocitos garbosos de Lavapiés, y hasta un célebre sobresaliente de espada, que estaba ya entre si ascendía ó no ascendía á matador de número, bebía los vientos por ella.

La triste tarde en que se confirmó la noticia de la quinta de Juan era un verdadero duelo la casa de López. Acababa de regresar de su café (así llamaba al de Zaragoza) el Sr. Roque ó sea el Sr. D. Roque como él gustaba que le dijeran, aunque aquellos insolentones de vecinos no entraban por el Don ni á la viva fuerza; acababa de regresar, repetimos, y no bien dejó caer en un rincón el bastoncito que siempre le acompañaba, y sobre la cómoda el hongo raído que con la cazadora de paño oscuro, pantalón y chaleco más claros y corbata de raso azul constituía su vestuario cuotidiano, dejóse él á su vez caer con indolencia sobre un extremo del sofá de anea que presidía á doce sillas de la misma clase, y después de suspirar profundamente exclamó:

– Y ese muchacho ¿no ha pensado en nada?

– ¿Qué quieres que piense? – respondió Bernarda con voz entrecortada por los sollozos, desde un rincón de la sala, en que permanecía acurrucada. – ¿Qué quieres que piense? – repitió dos ó tres veces. – ¿Se encuentran ahí 4,000 reales á la puerta de la calle? Bastante ha hecho y hace el pobrecito...

– Sí, – respondió en tono satírico el Sr. Roque; – ¡bastante ha hecho! ¡Mucha bulla, mucho desplante, mucho *qué se me da á mí*, y luego cuando la ocasión ha llegado de veras, dejarnos en las astas del toro!

Entró Ramón, el hijo mayor de los López. Era un chicarrón alto y desgarbado, de cara fea y modales bastos.

– Padre, – dijo después de sentarse, – he hablado con el tío Facundo, y se presta á facilitarnos los cuatro mil consabidos.

El Sr. Roque y su mujer abrieron tanto ojo.

– Algo durillas son las condiciones. Pero ya se sabe que no se vende gratis el almíbar.

– Esos tunantes de usureros, – añadió el Sr. Roque, – no son, ni lo fueron nunca personas decentes.

– Pero es el caso, – interrumpió Ramón, – que acabo de hablar con Juan y se niega á tomar el dinero.

Todavía fueron mayores los ojos que abrieron al oir esto el Sr. Roque y Bernarda.

– Y vaya que no lo tomaré, – dijo Juan que entraba en aquel momento y había oido á su hermano. – La quinta sólo dura un par de años; pero si me comprometo con el tío Facundo ó con cualquier otro usurero, quedo esclavo de por vida. No volvería jamás á levantar cabeza.

– Lo que es triquiñuelas no te faltan á tí, – interrumpió el Sr. Roque. – Déjate, hombre, guiar por tu hermano Ramón, que es listo, más listo que tú...

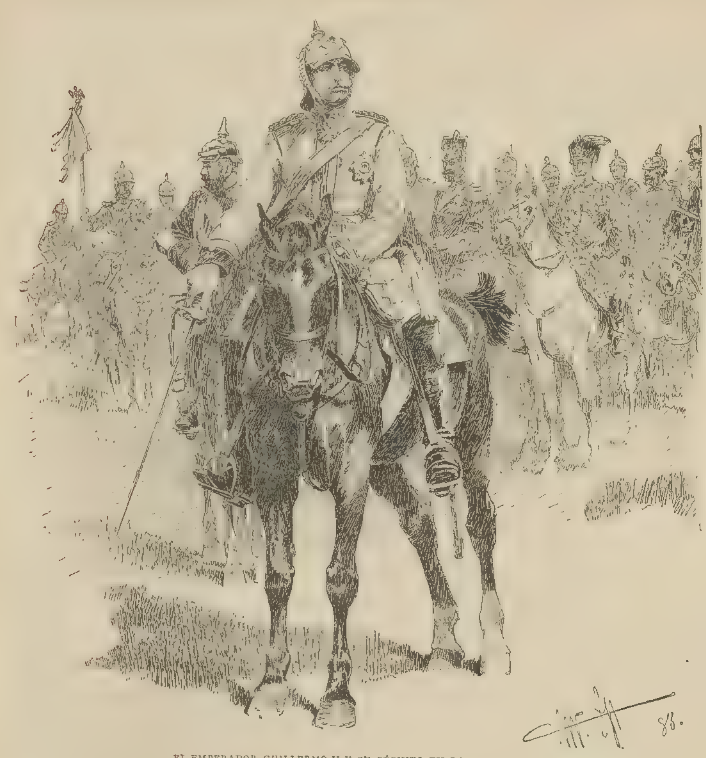
– Pues que apechugue con el canasto como he apechugado yo.



UN COMERCIO, boceto de Federico Vezin



DEDALO E ICARO, grupo en yeso de M. Lock


EL EMPERADOR GUILLERMO II Y SU SÉQUITO EN LAS MANIOBRAS

– ¡Qué bonito, hombre! ¡qué bonito! – dijo picado Ramón. – Lo único que faltaba era eso. Vamos aquí á ser todos mercachifles al menudeo...

Se abrió la puerta que comunicaba la sala con la alcoba y apareció en el dintel Rosario. Estaba en enaguas, y su tentador corsé mal ajustado, no sólo dejaba descubiertas las deliciosas blancuras de hombros, brazos, garganta y espaldas, sino que como copa llena hasta los bordes rebosaba de aquellas dulces curvas que son el supremo encanto de la mujer. En su rostro se notaban las señales de haber llorado mucho.

– No perderías nada, – dijo dirigiéndose á Ramón, – con ganarte honradamente la vida como se la gana Juan y me la ganaré yo en cuanto Juan se marche.

– ¿Qué dices, niña? – interrumpió el Sr. Roque.

– Pues digo, – añadió Rosario en tono firme, – que la que paseará por las calles con el cesto será la hija de mi madre.

– ¡Qué gracia! ¡Si aquí se oyen unas cosas! Vamos, me parece que á una señorita no se la puede pedir más.

– ¡Qué señorita de caracoles! – interrumpió vivamente Rosario á su padre. – Lo que yo quiero es ganarme un pedazo de pan, sin pasar por el sonrojo de pedir.

No se pusieron de acuerdo. Entre el Sr. Roque y Ramón sí acordaron que pretenderían ambos un destino. El Sr. Roque López, en vista del estado precario de la familia, se resignaba á tomar cualquier cosa, cabo de consumos v. g.; Ramón, aunque fuese un miserable empleo de 4,000 reales, aceptaría. En los trances apurados, dijeron padre é hijo, es cuando se conocen los hombres. No es degradación, afirmó sentenciosamente el Sr. Roque, atemperarse á las circunstancias. Ramón adujo el ejemplo de Luis Felipe, rey de los franceses, que en sus malos tiempos se metió en Ginebra á maestro de Matemáticas.

A los pocos días partió Juan á Burgos á incorporarse al regimiento. Hubo lágrimas para inundar á Madrid. A la vuelta de la estación, fué la casa un campo de Agramante. Rosario se empeñaba en seguir la industria de su hermano. No lo consintieron los varones de la familia.

Lo que había que hacer era buscar las dos credenciales, una para el Sr. Roque, otra para Ramón. Bernarda había recibido de su Juan, en la misma estación, minutos antes de arrancar el tren, un paquetito de monedas de plata que montaba veinte duros cabales. Si aquellos duros hubieran hablado ¡qué interesante historia del género psicológico-íntimo hubieran podido referir! Hubieran dicho quizás que un egoísmo inspirado en otros egoísmos, el egoísmo de Juan enardecido por la contemplación de los que veía á su alrededor, los llevó al más escondido rincón del bolsillo del recluta; pero que luego á la vista de la madre y de la hermana llorando, el recluta no pudo resistir, y en un brote de su bondad nativa, volvieron á salir los duros y pasaron á manos de la madre desolada... ¡Hermoso triunfo de la virtud del sacrificio! Duros, no de vil metal como os llaman los poetas, sino transfigurados, por las virtudes que más ennoblecen al hombre, en algo superior á la plata y al oro!

Aquellos veinte duros daban para algunos días. Por lo pronto daban, según el Sr. Roque, para buscar dos destinos con cierto descanso. En este pícaro Madrid, añadía el mismo señor, ya se sabe que sin gastar dinero no se alcanza nada. A casa de uno no le van á traer la sopa boba. Es necesario ir donde va la gente que puede. Y como la gente que puede donde va en Madrid es á los cafés, no hay más remedio que ir á los cafés á buscarla. El Sr. Roque en virtud de esto no dejó de asistir todas las tardes á su café de Zaragoza. Bien es verdad que iba con buen fin el hombre.

Ramón, según él aseguraba, también andaba por aquí y por allá rastreando la huella de algun destinejo. Y ¡mire V. lo que son las cosas en este mundo pícaro, y sobre todo en este Madrid de los diablos! Por ninguna parte, pero lo que se dice por ninguna, descubríase la cola del más miserable empleo á que pudiera asirse el bueno de Ramón. Y eso que de los veinte duros también se llevaba algunos cuartos como de anzuelo para pescar el destino.

Pasaban los días, y pasó todo el verano, y lo que más triste fué para los López pasaron con ellos los veinte duros al lúgubre panteón de *las cosas que fueron*. Y con los veinte duros fueron pasando, desde los cofres de la casa á los estantes de los prestamistas, primero las alhajitas que Juan había comprado á su hermana, luego el reloj del Sr. Roque, después la ropa de todos más lujosa, más tarde la mediana, finalmente las mantas de las camas, y por último los colchones... Cuando en setiembre lanzó sobre la villa coronada el equinoccio sus primeros temporales, las ráfagas del aire penetraron en casa de López con el melancólico desgaire y produciendo el triste ruido que producen al entrar en una casa deshabitada.

Bernarda, excelente mujer que no había tenido en su vida otra debilidad que la de creer como artículos de fe cuanto decía su marido el Sr. Roque, cuya exquisita decencia respetaba profundamente aquella buena hija del pueblo, cayó enferma, quizás de la enfermedad del desengaño. Postrada por la calentura, pasaba Bernarda negros días y más negras noches tirada sobre un jergón de paja hecha polvo, que habían rehusado más de veinte prestamistas.

¿Y Rosario? A Rosario la dominaba el deseo de trabajar. Pero ¡si no la habían enseñado nada! ¡si, según sentencia del Sr. Roque, lo de aprender un oficio no era propio de las señoritas! A veces pasaban por la mente de Rosario ideas egoístas: ella entraría de doncella en una


EPISODIO CINEGÉTICO EN LAS MANIOBRAS

casa, comería bien, tendría cama blanda y caliente; á fin de mes un salario largo ó corto la permitiría ir desempeñando su ropita. Pero ¿y su madre? ¿y su pobre padre, el pobrecito acostumbrado toda su vida á tomar su tacita de café? ¿Qué casta de hijos eran aquellos, pensaba Rosario, que no sabían sacar adelante la casa en aquellos críticos momentos?

Cosía ropa de munición: todo el día, á la cabecera del mal jergón en que yacía su madre: por las noches á entregar la labor y recibir en cambio treinta ó cuarenta céntimos de peseta.

Y lo peor era el genio que había echado el Sr. Roque, que desde que hubo necesidad de empeñar el chaquet no salía de casa. Era la conversación del pobre hombre un lamento continuo. ¡Qué sociedad! exclamaba. Los pillos, los charranes, los sin vergüenzas arriba, este de ministro, el otro de obispo, aquel de gobernador, el de más allá de banquero; entretanto, las personas decentes metidas en un rincón, con la ropa empeñada, sin fumar en todo el santo día un cigarrillo, con la tripa como cañón de órgano. De todo esto tenían la culpa, según el mismo Sr. Roque, Cánovas, Sagasta, Castelar que vendió la república, Pavía que disolvió las Cortes... Mire V., mire V. que haber disuelto ese hombre la representación


VIVAQUE DE DRAGONES



LA RULIA DE ULANOS

nacional... Y se pasea por la calle como sino hubiera roto un plato... Y mientras tanto, que las personas decentes se fastidien... con toda la ropa empeñada...

Aquel sermoneo y aquella filosofía pesimista coreada á intervalos por los lamentos que salían del lecho de Bernarda, formaban en la atmósfera de la sala una nube negra, densa, asfixiante, un como vapor mefítico que sofocaba, que oprimía los pulmones, que achicaba el corazón. En medio de aquella nube sombría, en medio de aquella negra noche trabajaba Rosario en ropa hasta que rompía las agujas y estropeaba las manos.

Llegó para la chica á ser un intenso placer el momento de salir á la entrega. El viento húmedo del otoño aspirábalo con la ansiedad del que se ahoga... Poco á poco fué prolongando su paseo nocturno. Desde la calle del Carmen en que entregaba su tarea hasta la plazuela de Lavapiés invertía ya cerca de dos horas.

III

Un día el humor del Sr. Roque tocó en lo inverosímil. Juró, perjuró, bramó de rabia. Yo quiero, gritaba, que me coloquen. Y esos pillos no quieren colocarme. ¿Acaso una persona decente no merece ser colocada? Si yo me hubiese sublevado en Vicálvaro ó en Alcolea ó en el infierno, á estas horas tendría coche... Y lo que tengo es el estómago vacío. Toda una vida de honradez, toda una vida de persona decente, tal pago recibe en este país que es un presidio suelto. ¡Miserables! Y el Sr. Roque paseaba á largos pasos por la sala como una fiera enjaulada. A veces se le enredaba entre los pies una silla, y la echaba á volar entre un torbellino de ternos y maldiciones.

Rosario permaneció aterrada todo el día. Al oscurecer entró Ramón. No venía de mejor humor que su padre. No encontraba nada. Sólo un oficial de no sé qué ministerio le había prometido darle una credencial, pero para dentro de un par de días... Apenas Ramón nombró al oficial, Rosario dió un grito. Fué, según dijo, que se había pinchado con la aguja.



TOQUE DE BOTA-SILLA

Cerró la noche y salió como de costumbre Rosario. Iba tan aturdida que no reparó en un hombre, un señorito bien trajeado, que fué siguiendo desde la puerta de su casa hasta que ya en la calle de Carretas, poniéndose á su lado y tocándole suavemente en el codo, la saludó de esta manera:

– A los pies de V., Rosarito.

Volvió la cabeza la niña, despertada bruscamente á la realidad por aquel saludo inoportuno. En el puro semblante de Rosario se dibujó el espanto más hondo. Miró á su interlocutor de alto á bajo, confundiéndose en su mirada el relámpago del desprecio con algo del suplicar del náufrago que pide socorro... No supo qué contestar, y cediendo á un primer impulso instintivo, echó á correr hacia la Puerta del Sol.

Era el oscurecer, la hora en que la calle de Carretas rebosaba de gente. Tranvías y carruajes de toda clase obstruían el centro de la calle; una compacta muchedumbre llenaba las aceras.

Rosario, á pesar de sus esfuerzos, no pudo correr: impedíaselo la gente, y de todas suertes se lo hubiera impedido su propia emoción. Fué ésta tan intensa que se desvaneció rapidísimamente. Rosario quedó inmóvil, su alma se sumergió en esa calma profunda, estúpida, que sigue inmediatamente á las grandes tempestades del océano y del corazón. El señorito estaba á su lado.

– Siento mucho, le decía, molestar á V., pero si algo vale la consideración de que jamás, jamás, volveré á importunar á V., yo le suplico que me conceda dos minutos de atención... Sé, Rosario, sé que la he ofendido á usted cruelmente; sé que soy indigno de besar el polvo de sus pies, sé que en su pura imaginación debo yo reflejarme como un asqueroso sapo, y que mis infames proposiciones han debido resonar en su alma de V. como el eco del infierno... Todo lo sé y lo comprendo todo. Pero, Rosario, yo que renuncio á los deseos más vivos de mi espíritu y de mi carne, yo que será esta la última vez que interrumpa sus honrados paseos, yo, á quien V. no volverá á ver más en la vida, no puedo renunciar, no renunciaré al buen concepto y justa estimación que V. debe tenerme. La he ofendido á V., Rosario, porque no la he conocido. V. me juzga un infame porque no me conoce. Yo soy un hombre honrado. Las fáciles costumbres de nuestra sociedad me llevaron más de una vez al pecado; confío en que no me llevarán nunca á la maldad. Perdóneme V., Rosario. Olvide lo que en estos días he tenido la indignidad, la desgracia de proponerle: todo fué un sueño lúgubre. De todo eso sólo quedan en pie mis ofrecimientos; pero sin mis condiciones infames. Yo seré el protector de su padre de V.; yo colocaré á su hermano; pero desinteresadamente... ¿Qué digo desinteresadamente? Con el interés vivísimo de obtener mi rehabilitación en el alma de V. ¿Es esto posible?

La voz del hombre que decía estas cosas parecía realmente conmovida. No hablaba, sollozaba. Rosario sintió una compasión inmensa; tenía ganas de llorar. Dijo: Gracias, y las lágrimas salieron de sus ojos á raudales...

El hombre le cogió una mano diciendo: Por Dios, Rosario.

Tres horas después entraba Rosario en su casa, más pálida que de ordinario, con cierta sonrisa entre melancólica y amarga que daba á su rostro una expresión de poema byroniano ó de copla de Heine que interesaba, repelía y entristecía al mismo tiempo. Nada de esto notaron sin embargo ni el Sr. Roque, ni su hijo Ramón. Lo que sí notaron fué que la chica sacó del bolsillo y dejó caer lentamente sobre el velador cinco monedas de á veinte reales. Padre é hijo manifestaron el asombro más vivo. – ¿Qué es esto? – preguntaron.

– Nada, – respondió Rosario con voz trémula. – Me he atrevido á pedir este dinero en la tienda. Y me lo han adelantado para que nos remediemos de algún modo. También es posible, quizás, que el de la tienda se encargue de buscar las credenciales.

– Pero ¡chica!

– Eso de las credenciales, – dijo Ramón, – se promete pronto, pero se cumple tarde. ¿Ni qué influencia puede tener un tendero, un mercachifle para ese negocio? Las credenciales ya sabremos nosotros buscarlas. Lo que hay ahora de positivo son estos cinco duros que nos vienen como pedrada en ojo de boticario. Ahora mismo me voy á la casa de préstamos de ahí en frente y traeré el chaquet de V. y mi capa. Nos iremos un ratito al café de Zaragoza.

– Sí, sí, – respondió el Sr. Roque. – Pero antes un buen caldo para Bernarda... Tú, Rosario, te encargarás de eso. Dios aprieta, pero no ahoga... En este mundo, hijos míos, no hay que desesperar: lo que hay que conservar á todo trance es la decencia.

Angel Salcedo Ruíz.

LA CUSTODIA DEL AYUNTAMIENTO DE MADRID

En medio de las riquezas artísticas acumuladas en el Museo del Prado y en otros centros de la corte, llama la atención la pobreza de sus templos en objetos antiguos de los destinados al culto, como relicarios, viriles, cálices, alhajas, ornamentos, etc. Por esto interesa estudiar una de las poquísimas obras de orfebrería religiosa que posee la capital, á saber: la custodia, propiedad del Ayuntamiento y sobre cuyo autor nada sabe, ni puede decir el de estas líneas.

Es de plata, y sin duda, una de las mayores (1m60 hasta la cabeza del Salvador) y no de las menos importantes, en el grupo de las que tenemos de estilo del Renacimiento. Consta de dos cuerpos, y por su composición y traza no desmerece de las mejores; aunque el desempeño del pormenor, el repujado y cincelado, diste de la corrección, fuerza y energía de las de Sevilla, Valladolid, Avila y demás de Juan de Arfe, maestro principal de las de este tipo. Presenta una novedad sobre el sistema usualmente seguido: y es que, en realidad, esta custodia más bien son dos, una dentro de otra, reproduciendo la menor, en sus líneas generales, la forma de la exterior que la cobija. Ambas se componen de dos cuerpos, de planta cuadrada el primero y circular el segundo.



¡ALERTA! ¡UN FOSO!

En la grande, de estos dos cuerpos, el inferior está constituído por cuatro columnas que sostienen cuatro arcos rebajados, cerrando una bóveda de casquete esférico, apoyada en cuatro pechinas y con un colgante en el centro; esta construcción se halla además contrarrestada por otras cuatro columnas adosadas por fuera á los ángulos de la planta, á modo de contrafuertes, y coronadas por las estatuillas de los cuatro Evangelistas. Termina el primer cuerpo en una cornisa, decorada, en los ángulos, por cuatro jarroncillos, y en los frentes, encima de los arcos, por los cuatro doctores de la Iglesia, á cada lado de los cuales hay un ángel. Dentro de este primer cuerpo se coloca la otra custodia más pequeña.

El segundo cuerpo, tal vez algo reducido en proporción con el primero, es una rotonda formada por ocho columnas pareadas, sobre las cuales corre una cornisa, que por adorno, en vez de crestería, lleva cuatro ángeles, colocados de modo que corresponden á los cuatro frentes del cuerpo inferior y alternan con otros cuatro en los ex-

tremos. Dentro de esta rotonda se halla el Cordero místico con su banderola; terminando la obra toda, con la estatua del Salvador, vestido de túnica y con el globo en la mano.

Por último, la custodia se encuentra colocada sobre un zócalo, cuyos cuatro ángulos decoran otras tantas pirámides.

Vengamos á la segunda custodia, la menor, colocada, como ya se ha dicho, dentro de la grande. Su cuerpo inferior es análogo al de ésta, pero de estructura adintelada, en vez de arqueada, como ella, en los cuatro huecos que forman sus frentes y que terminan por otros tantos frontones rotos; el centro de cada uno de estos lo ocupa un gran cartel con letreros alusivos. Las ocho columnas que sostienen estos frontones se hallan emplazadas fuera de la planta, dos en cada frente cuyos ingresos resultan por tanto más estrechos, comparativamente, que los de la custodia grande. Este templete descansa también sobre un zócalo bastante alto para llevar en sus cuatro lados otros tantos relieves, que representan la Oración en el huerto, el Lavatorio, la Cena y el Espolio. Dentro de él se coloca el viril para la Sagrada Forma, en medio de cuatro ángeles adorando. El viril es dorado, de estilo churrigueresco y tiene poca importancia.

El cuerpo alto de esta segunda custodia, ya se ha dicho que es también, como el de la grande, una rotonda, con la diferencia de que las columnas que la forman, en vez de ser pareadas, están colocadas equidistantes en la circunferencia de la planta; en el interior de este cuerpo se halla otra imagen del Salvador.

Los pedestales de las columnas llevan figurados en relieve apóstoles, santos y Padres de la Iglesia.

Por último, la custodia se expone y lleva en procesión sobre unas andas de madera, que parecen del mismo gusto neoclásico de las cuatro pirámides de plata que decoran sus ángulos y los ocho jarrones del propio metal que sostienen ramos de flores de cera blanca en sus cuatro frentes. Todo ello se conserva en las Casas Consistoriales.

F. GINER DE LOS RÍOS



BAJO RELIEVE OFRECIDO Á LA SEÑORA DOÑA EMILIA PARDO BAZÁN POR DON LÁZARO GALDEANO, Y EJECUTADO POR EL ESCULTOR SR. TASSO

NOTICIAS VARIAS

EMIGRACIÓN DE LOS TRABAJADORES NEGROS. – El 28 de octubre solicitó lord Salisbury el asentimiento de Francia al arreglo que concede, entre la costa oriental de Africa, las Comoras y Madagascar, el mutuo derecho de visita y de presa de los barcos que no tengan el pabellón de sus respectivos países. El 4 de diciembre declaró sir James Fergusson en la Cámara de los comunes que no había recibido aún ninguna contestación sobre el asunto.

Por otra parte, un hecho reciente muestra hasta qué punto se han hecho sospechosos los ingleses respecto de esto.

El 16 de noviembre el navío inglés *Griffon* abordó en la costa de Zanzibar al vapor belga *Bravo*, que según se dice llevaba 400 esclavos destinados al Estado libre del Congo que necesita trabajadores. Dos de ellos declararon ir contra su voluntad. De aquí un grande escándalo. M. A. Pease interpeló á M. Fergusson en la Cámara de los comunes; y el ministro contestó, que se había probado por la copia de los contratos de empeño, que había comunicado el ministro belga, haberse tomado todas las precauciones oportunas para impedir empeños forzados, habiéndose puesto á disposición del cónsul belga á los dos que protestaron.

El Estado del Congo ha publicado el texto de los contratos en uso para los enganches ó empeños de los negros de la costa oriental de Africa, y se ha visto que estos reglamentos son equitativos respetando la libertad individual.

Añádase que el *Times* insertaba por aquellos días una nota haciendo resaltar que los establecimientos franceses de la costa de Madagascar y del grupo de los Comoras dependían enteramente de la mano de obra de las tribus africanas, y expresaba el pesar de que Francia no se hubiera asociado de una manera completa al bloqueo de la costa oriental.

Es de temer por estas indicaciones que viendo los aliados que el bloqueo no realiza todas sus esperanzas y no comprendiendo que el mal éxito proviene de que la costa mediterránea, ocupada por los turcos, queda abierta al comercio de armas y á la salida de esclavos, culpen á los belgas ó á los franceses del fracaso.

POBLACIÓN DE LOS GRANDES ESTADOS. – El *Anuario de la sección de longitudes* da la indicación de los Estados cuya población pasa de 40 millones de almas. Son siete, pero, por supuesto, se comprende la población de sus posesiones coloniales:

Imperio chino. . . .	404 millones
Imperio británico. . .	285 »
Imperio ruso.	109 »
República francesa. . .	71 »
República americana. .	58 »
Imperio alemán. . . .	48 »
Imperio otomano. . .	41 »

De estos Estados, el más extenso en superficie es el británico, que tiene 23 millones de kilómetros cuadrados. Siguen luego el ruso con 21 millones, 9, el chino con 11, 1, el americano con 9, 3, el turco con 6, 1, Francia con 2, 9, y el alemán un millón 6.

Las cifras relativas á Francia se descomponen de la manera siguiente:

En Francia, los 86 departamentos y el territorio de Belfort comprenden 528,400 kilóm. cuadrados, y cuentan 38.218,903 habitantes, lo que da 72 habitantes por kilómetro cuadrado.

Argelia: 518,334 kilómetros cuadrados, 3.867,465 habitantes; densidad 7,5 habitantes por kilómetro cuadrado.

Otras colonias y protectorados en Africa: 1.903,676 kilómetros cuadrados, 16.805,465 habitantes; densidad 8,9.

Colonias y protectorados en Asia: 469,966 kilómetros cuadrados 15.508,000 habitantes; densidad, 42.

Colonias y protectorados de la Oceanía: 23,395 kilómetros cuadrados, 85,000 habitantes; densidad, 5,5.

Colonias en América: 123,895 kilómetros cuadrados, 399,500 habitantes; densidad 3,2.

No se comprenden en las cifras relativas á Francia, la alta y la baja Alsacia ni la Lorena.

EL TONEL VOLTEANTE DE LA EXPOSICIÓN DE BRUSELAS. – Hace algún tiempo que en las ferias y fiestas públicas se ve un vehículo de nuevo género, que obtiene á pesar del desagrado de su empleo un éxito sorprendente. Es una especie de tonel, ó más bien un gran cilindro de madera, en cuyos bancos interiores se sientan los aficionados. Unas correas los aseguran bien al asiento ligándolos por la cintura y por los pies, y hecho esto se lanza el tonel por un camino inclinado, donde avanza rápidamente rodando sobre rails. Cuando llega al fondo de la pendiente, unos mozos armados de palancas lo vuelven á subir para repetir la función. Estando los viajeros fuertemente ligados á su asiento ruedan impunemente como se representa en el grabado.

Se paga por ver rodar el vehículo y los espectadores que observan á los viajeros no son los que menos se divierten. En cuanto á estos viajeros, que pudiéramos llamar los pacientes, quedan completamente aturdidos, y cuando la velocidad llega á ser *máxima*, no saben ya en qué dirección ruedan. Suelen ser víctimas de algún accidente, pero no por eso pierden la afición á los viajes fantásticos.

Uno de estos toneles se ha explotado en la última feria de París, designándolo con el nombre de *Camino de amor*. Y no ha tenido menor éxito tan vertiginoso invento en la Exposición de Bruselas, donde ha funcionado toda la estación pasada, habiendo sido pacientes algunas damas. Nuestro grabado lo representa como se instaló en París y en la capital de Bélgica.



EL TONEL VOLTEANTE DE LA EXPOSICIÓN DE BRUSELAS

BARCELONA. – IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



AÑO VIII — BARCELONA 7 DE ENERO DE 1889 — NÚM. 367

UN NEGOCIO IMPORTANTE, cuadro de Brozik, grabado por Baude, (Salón de 1888)

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

UN NEGOCIO IMPORTANTE, cuadro de Brozik

El artista ha resuelto el problema de la variedad de la expresión en la unidad del sentimiento. En esa tertulia de compadres una misma idea domina á los cuatro personajes; esa idea es el interés del negocio, pero influyendo de manera distinta en cada uno de los tertulianos, desde algo más que simple curiosidad hasta pronunciada codicia. Escena de carácter íntimo, hállase realzada por una dósis de naturalismo tan en su punto, que ni puede acusarse al autor de llaneza sobrada, ni ha exagerado la parte ideal de toda obra pictórica más allá de lo que permite un cuadro de género.

GUSTAVO EIFFEL y la torre de 300 metros

Refieren los libros Sagrados que la soberbia de los hombres les indujo á construir una torre tan elevada que su cima debía penetrar en el cielo. Pero como la soberbia infunde audacia, mas no ciencia, la Torre de Babel fué testimonio de la impotencia de sus constructores. Menos pretencioso que los antiguos pobladores de la Mesopotamia, un ingeniero francés, apenas se proyecta la Exposición de 1889, concibe la construcción de un monumento, el más elevado de que existe ejemplo ó memoria, y si el mundo entero se preocupa del gran certamen que durante el presente año ha de tener lugar en París, la idea de la torre Eiffel se hace inseparable de la Exposición Universal.

Asombrados los grandes técnicos de todos los países, se echan á discurrir acerca de la posibilidad de construir un monumento metálico de 300 metros de elevación, y mientras los sabios discuten, Eiffel trabaja en su obra.

El problema se halla resuelto. ¿Quién es su autor? Gustavo Eiffel, un hombre que ya pertenece á la posteridad, el gran cíclope del siglo del hierro y del acero, un ingeniero que concibe con la audacia del norte-americano, calcula con la sangre fría del inglés y ejecuta con el buen gusto característico de los hijos de Francia. Nació en Dijon en 1832, y á los 23 años le fué expedido su título profesional por la Escuela Central de Artes y Manufacturas. Desde ese momento parece que se propuso suprimir la palabra *imposible* en los trabajos de ingeniería: Eiffel necesita que le den tan sólo hierro y talleres; lo demás corre de su cargo. El lanzamiento de puentes metálicos sobre pilas rectas le debe procedimientos tan especialmente suyos que en Garabit, por ejemplo, pasa un viaducto aéreo de una sola pieza de 122 metros de altura por 162 de luz. A él se debe lo que pudiéramos llamar colosal osamenta de la estatua de la Libertad iluminando el mundo erigida en Nueva-York, la fachada principal de la Exposición de 1878, las gigantescas esclusas que comunican el Atlántico con el Pacífico en el Canal de Panamá y la gran cúpula giratoria y flotante del Observatorio de Niza que funciona al débil impulso de la mano de un niño, pesando no menos de 100,000 kilogramos.

El grabado en que aparece la famosa torre junto á los monumentos mas elevados del mundo, permite formarse idea de la ya célebre construcción de Eiffel. Honrando á su patria y honrándose á sí mismo el ilustre ingeniero, con esa calma intrépida que nunca le abandona y de la cual es muestra la dulce sonrisa que vaga siempre en sus labios, monta, ensambla y ajusta los *seis y medio millones* de kilogramos de hierro que entrarán en la torre del Centenario. A su término quedará comprobada la victoria del metal sobre los elementos y del genio sobre las fuerzas de la naturaleza.

SALA DE ARMAS
cuadro de Salvador Sanchez Barbudo

El autor de este cuadro, distinguido artista de la colonia española en Roma, es un pintor de historia que no pinta asuntos históricos. Lo que le seduce, lo que le inspira, no son los acontecimientos sino las costumbres; produce cuadros de género, pero siempre volviendo los ojos al pasado y ajustándose absolutamente á época. En la *Sala de armas* se remonta al siglo XVI y agrupa una porción de tiradores, aventureros todos ellos, soldados de las guerras del imperio, procedentes de opuestos bandos y en disposición de servir al príncipe que mejor pague.

La escena está llena de movimiento; los tipos son sumamente variados y las actitudes académicas, simulando combates parciales que con suma facilidad pueden degenerar en verdaderos duelos, dado el temperamento de esos hombres y la verdadera pasión con que se entregan al ejercicio de las armas. La serena figura del maestro contrasta con la de los tiradores, no siendo menos notable la del veterano que, imposibilitado de tomar parte activa en el asalto, sigue sus peripecias con la atención del hombre inteligente. Tiene este cuadro verdadero sabor de época y condiciones de factura que recuerdan á los maestros clásicos.

EL PASEO DE LA CONSULESA
cuadro de J. M. Bredt

(Exposición artística de Munich)

Lejos de su patria, separada de su familia y amigos, dirígese á la playa la esposa del cónsul, con numeroso séquito que la aburre tanto ó más que la sirve. Síguenla de cerca dos esclavas sudanesas, una de ellas niñera, y otra esclava árabe, provistas de tapiz, mesita y refrigerio; cerrando la comitiva los dos indispensables kasvasses, encargados de alejar á los mendigos y demás encuentros molestos. La escena tiene lugar en las afueras de Túnez, á la tenue claridad del sol poniente, á la hora aquella en que la brisa templa la horrible temperatura del día africano. Todo en ese momento invita á la meditación, y la joven consulesa dirige el pensamiento lejos de aquel sitio: la nostalgia hace presa en su corazón sensible, y esa afección constituye la nota dominante del cuadro de Bredt.

EL JARDIN DE LOS RECUERDOS
dibujo de Davidson Knowles

La intención del autor se pasa de poética, pero algo debe concederse á la idealidad del pensamiento generador cuando quiere producirse un tipo por todos conceptos ideal. El dibujo de Davidson representa á la joven de purísimos sentimientos, probablemente dominada por el amor primero, amor inmaculado en que se piensa sin que el carmín del rubor suba á la mejilla. Los dibujantes ingleses no tienen rival en la reproduccion de esos tipos; y ello debiera bastar para que muchos rectificaran el concepto que tienen formado de las hijas de Albión, que si en algo se diferencían de las demás mujeres es en que pocas de éstas igualan su belleza.

EN LA VENTANA, cuadro de Domingo Morelli

Nuestros favorecedores conocen distintas obras del autor de este lienzo, tenido actualmente por uno de los primeros pintores de Italia. Dotado de un talento verdaderamente excepcional y de una fuerza de ejecución que se atempera de perfecto modo á la voluntad del artista, es uno de los pocos que pueden acometer asuntos tan peligrosos como el de este cuadro, seguro de contenerse en el punto preciso para no resultar inconveniente. Porque esa mujer, harto gráficamente lo demuestra su semblante, es la infeliz criatura predestinada á la brutalidad de las pasiones desenfrenadas; en sus facciones se lee toda una historia triste, muy triste, en ellas son de ver las señales indelebles del amor impuro y del placer que engendra el remordimiento. Página horrible del *album* de un artista, Morelli ha pintado á esa mujer, lanzándola en seguida al cieno de una existencia cuyo epílogo tiene lugar fatalmente en una mesa de disección.

PUENTE METÁLICO EN CONSTRUCCIÓN
en el golfo de Forth (Escocia)

Este puente y la torre Eiffel son las dos obras metálicas de mayor importancia que se hayan proyectado y llevado á la práctica hasta nuestros tiempos. Su emplazamiento es algo al Norte de Edimburgo y está destinado á ser cruzado por los trenes del *North British railroaw*, ferrocarril que enlaza á Inglaterra con Escocia.

Cierta estrechez relativa del estuario ó ensenada de Forth, partido en dos secciones por un islote, ha permitido reducir la extensión de la obra de una manera notable; á pesar de lo cual la longitud del puente no es menor de 2,460 metros. Pero en razón de la gran profundidad de la corriente, que en este sitio es de un promedio de 60 metros, los autores del proyecto han adoptado para cada uno de los dos tramos centrales la enorme longitud de 580 metros de eje á eje de las pilas, es decir cerca del triple de los mayores tramos hasta aquí conocidos. Hay, además, otros dos tramos de 230 metros y quince de 50.

Los dos tramos principales dejan un paso libre de 50 metros sobre el nivel de las aguas más altas. Esos tramos están formados por una jácena colosal sostenida por tres gigantescas pilas, situadas una en cada extremo y la tercera en el islote central. La altura máxima de esas pilas es de 110 metros sobre las mayores aguas, y su cimentación alcanza á 27 por debajo de ese nivel. Cada pila está formada por un grupo de cuatro columnas de granito de 15 metros de diámetro y 11 de altura, sentadas bien en roca firme, bien en inmensos cajones de aire comprimido, de 22 metros de diámetro, sepultados en el fondo del mar.

No se ha empleado en esta obra otro metal que el acero en cantidad de cincuenta y tres mil toneladas, con más de cien mil metros cúbicos de mampostería y aglomerados de cal, arena y grava. Este trabajo titánico empezó en 1883 y hoy por hoy pueden darse como resueltas todas sus dificultades. Para formarse idea de las proporciones de ese puente, téngase en cuenta que los buques representados en nuestro grabado para servir de puntos de comparación corresponden á embarcaciones del mayor tonelaje conocido.

SUPLEMENTO ARTISTICO

CONSEJO DE GUERRA
celebrado por el Príncipe de Orange después de haber desembarcado en Inglaterra

cuadro de Glindoni

El 5 de noviembre de 1688, Guillermo de Orange, favorecido por la calma que reinaba en el mar, impidiendo las maniobras de la flota que mandaba Lord Dartmouth, encargado de su persecución, tomó tierra en Torbay, donde hoy día se encuentra el famoso muelle de Brisam. Apenas se hubo verificado el desembarque de la gente, caballos y pertrechos, levantóse terrible galerna del Oeste que obligó á la escuadra enemiga á buscar refugio en el puerto de Portsmouth. La casa de Orange debió principalmente su triunfo á que el mar parecía haber abrazado su causa. Una vez en tierra, recorrió el príncipe el país acompañado del general Schomberg; después de lo cual y en una choza junto á la playa, se celebró Consejo de guerra, con asistencia ademas del coronel Mackay que mandaba las tropas inglesas, el almirante Herbert, Bentinch el fiel amigo del príncipe, y el obispo Burner su capellán. Tal es la escena representada por Glindoni en el cuadro que publicamos en nuestro *Suplemento artístico* y que recomendamos muy eficazmente.

SUBMARINOS Y OTRAS HIERBAS

(BOCETO MARÍTIMO)

Digamos «Alá es grande», con el Profeta, ó si nuestras creencias religiosas se oponen terminantemente á que ni por un momento estemos conformes con el indicado Mahoma, hijo de Abdala, que se sepa, y de otra, exclamemos «Dios sobre todo», con otros profetas más modernos y adaptables á todas las opiniones. La cuestión es encomendarse al ser más supremo posible antes de tocar ni siquiera un pelo de la ropa, de la funda en que pudiera estar metido, á este bélico, terrible mecanismo que, hoy por hoy, sólo pretende hacer añicos los pocos buques que dejen enteros los torpedos y matar á los cinco ó seis marinos que por casualidad feliz escapen, si es que escapan, de la artillería rápida y de la lenta y de las voladuras y de los demonios coronados que ya por todas partes les amenazan.

Nos queda disponible el recurso de no tomar la cosa en serio pensando que gozan de buena salud casi todos los acorazados que iban á echar á pique los torpedos, aquellos torpedos que á su aparición y antes, se iban á comer los niños crudos, y pensando, principalmente, en que para morir de mala manera siempre hay tiempo y que es impropio de personas cuerdas adelantar los acontecimientos cuando éstos, si cumplen lo que prometen, no traen nada bueno.

Para mí fué un sabio el incógnito ascendiente en línea poética de Campoamor que hizo una copla que es una *humorada* ó una *humorada* que era una copla, que oí yo siendo niño y la recordaré aunque me muera de viejo, lo que no es probable; dice así:

> Cada vez que considero
> que me tengo que morir,
> tiendo la capa en el suelo
> y me harto de dormir.

Pero ya que ahora no nos deja ni dormir el formidable estruendo que se ha armado en todo el mundo con motivo de los submarinos porque se ha recrudecido esta antiquísima cantinela, queriendo cada país tener el suyo y el mejor; que hasta los suecos han dejado de hacerse los ídem para entusiasmarse con su paisano Nordenfelt, autor de un buque de esa clase, no durmamos, pero considerando, de todos modos, que *morire habemus*, aprovechemos el rato para platicar un poco no sobre, – guarda, que es podenco, – sino acerca del truculento aparato, que así si no nos coge confesados, nos cogerá, yo confío en ello, más tranquilos. Suponiendo que nos coja.

Conste, porque me conviene hacerlo constar, que al escribir este artículo ni pretendo echar jarros de agua fría sobre las personas ni me propongo empañar el brillo de las cosas: en cuanto á lo primero, sé que la gente pensadora, que es la que me interesa, pues de los impresionistas me río yo, vive en perpetuo invierno y que cuando se entusiasma, porque hay motivo, ni un Niágara *frappé* la entibia; y en orden á lo segundo, diré que todos los alientos del mundo no bastan para empañar por mucho tiempo el platino ni un brillante: se empaña el similor. Conste así, pues, y la verdad por delante; yo por mi parte ni inventaré nada en lo que escriba ni aventuraré una palabra sobre el porvenir. Entren todos y salga el que pueda.

Estos buques, que con más propiedad que submarinos debieran ser llamados buceadores ó autosumergibles, pues bucear es en puridad lo que hacen y sumergirse á voluntad, *in partibus* por ahora, es la única gracia que los distingue, tienen un origen remoto que no aseguraré que «se pierda en la noche de los tiempos» porque todavía no he logrado averiguar el significado de esa frase, ni si tiene alguno, aunque la he visto empleada por personas bastante formales; lo que sí afirmaré es que «se encuentra», el origen aquel, entre las nieblas del Támesis que á las veces hacen noche del día; allí, en efecto, á principios del siglo XVII, durante el reinado de Jacobo, primero como tal Jacobo y como Estuardo real de Inglaterra, fué botado al agua por el holandés Drebbell, que lo había inventado, el buque buceador más antiguo de que tengo noticia, el padre universal de todo submarino como Zapirón, el gato blanco y rubio de Lope de Vega, ó de quien sea la Gatomaquia, fué el padre universal de todo gato.

El buque, naturalmente, no hizo nada de particular, en lo cual, y en buena hora lo digamos, se han parecido al padre todos los infinitos hijos que le han ido saliendo, aunque por aquel tiempo no faltó quien atribuyera el fracaso del invento y que no sirviera para matar gente, no á desgracia de familia sino á que no lo protegió el rey, el *dastardly* ó tímido Jacobo, quien quizá entonces estuviera escribiendo su curioso *treatise* contra el uso del tabaco; y aquí es de razón notar la gran ventaja que tienen los reyes actuales sobre los antiguos: hoy si un rey protege un invento útil, eso va ganando, pero si no le da la real gana de protegerlo, nadie le atribuye el fracaso por la sencilla razón de que el invento prospera como si tal cosa. Verdad es que entonces ocurría también algo de eso, digan lo que quieran los eternos enemigos de las instituciones monárquicas, pues ya hemos visto que el buen Jacobo escribió un tratado contra el uso del tabaco, además de prender á Rawlegh, el importador de la pipa en sus dominios, y sabido es que al poco tiempo fumaban, ó por lo menos adoraban el polvo (snuff), hasta las *misses* más pudibundas de Inglaterra.

En eso quedaron las cosas, en Drebbell, hasta 1774 en que les ocurrió á un inglés y á un americano, Day y Bushnell respectivamente, inventar casi al mismo tiempo un submarinito cada uno, y dicho y hecho: el primero en Plymouth y el segundo en Westbrook (estado del Maine, sobre el Atlántico), se echaron al agua con muy distinto éxito por cierto, pues mientras que Day hizo *patay*, como dicen en Filipinas, ó lo que es igual, murió, Bushnell permaneció sumergido media hora, hizo otras habilidades, aunque ninguna proeza, y acabó su historia, pero dejando establecidos los principios á que muchos años después, cuando se volvió á dar en la flor de los submarinos, acudirían los inventores.

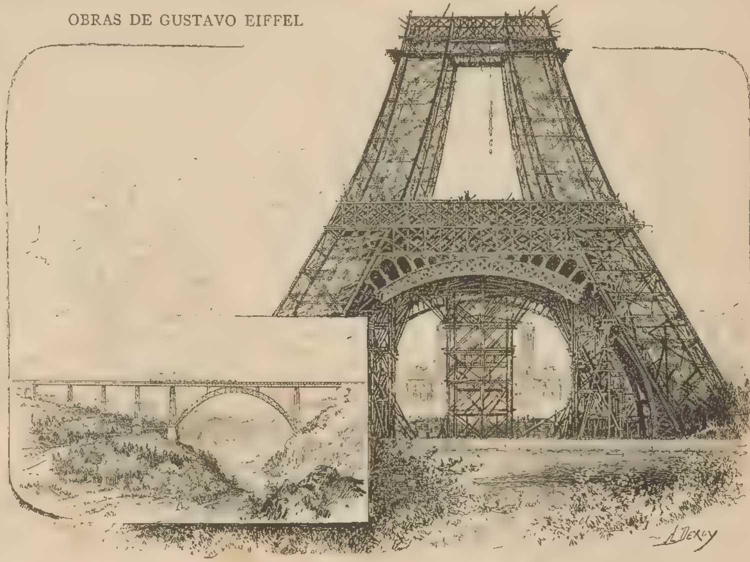
Fulton, el famoso Fulton, el Edison del vapor, tuvo también sus veleidades submarinas y fué el primero que siguió á Bushnell en la lista de aquéllos, pero muchos años más tarde, en 1801; hallábase á la sazón en Francia el futuro inventor del buque de vapor y expuso al general Bonaparte, que era ya primer cónsul, el plan de un submarino cuyo objeto sería aniquilar, como quien no dice nada, á los ingleses: en efecto; ni los aniquiló ni ese es el camino, pero con el *Nautilus*, que así le llamó, ya hizo algo de particular sumergiéndose dentro de él con dos hombres más, con cuatro dicen otros autores, permaneciendo cinco horas debajo del agua en la rada de Brest y anduvo por allí durante cuatro en una dirección prefijada; colocó un torpedo, cargado con 100 libras de pólvora, en los fondos de un buque y lo voló en presencia del almirante Villarez y otros pájaros gordos, pero... una comisión de sabios, sí señor, sabios, nombrada para examinar el invento, negó á Fulton los auxilios que soli-

citaba para continuar su tarea y lo mismo le sucedió con otros sabios en Inglaterra y en América, viéndose entonces obligado á descubrir la aplicación del vapor á la navegación y eso sí que fué cosa buena. Por esta razón, entre otras, llamo sabios á todos los que libraron á la gran inteligencia de Fulton de la quimera submarina, que quimera no más era pretender resolver tan arduo problema con los medios entonces disponibles.

Luego, en 1821, aparece Johnson probando en el Támesis, y sin resultados, otro aparato de éstos que desde entonces dejaron tranquila á la humanidad hasta la aparición de los acorazados en que volvieron ellos á sacar la cabeza aunque también con escaso éxito. Durante la guerra del Slewig-Holstein (1851), probó uno en Kiel un oficial bávaro de artillería, el cual no hizo más que introducir la electricidad en la navegación submarina para incendiar los torpedos, por medio de una batería voltaica que desde el buque de su digno mando, del bávaro, llevaba una chispa eléctrica á la carga de aquéllos, que hasta él reventaban automáticamente, gracias á un aparato de relojería, ó por un choque.

El año 58 y siguientes, un abogado español muy distinguido, don Narciso Monturiol, inventó y perfeccionó el *ictíneo ó barco-pez*, como él le llamaba; hubo gran entusiasmo en el país, suscrición nacional, folletos en pro del invento y en contra del gobierno, que no lo protegía bastante según parece; toros y cañas hubo, pero lo cierto es que después de unas pruebas en extremo satisfactorias, verificadas en Barcelona y en Alicante, se enfrió el entusiasmo, se acabó el dinero y concluyó el ictíneo. Este es el primer submarino, entre los que han llegado á mi noticia, que llevara, ó pretendiera llevar, artillería, y la disparara, ó lo pretendiera, debajo del agua.

OBRAS DE GUSTAVO EIFFEL



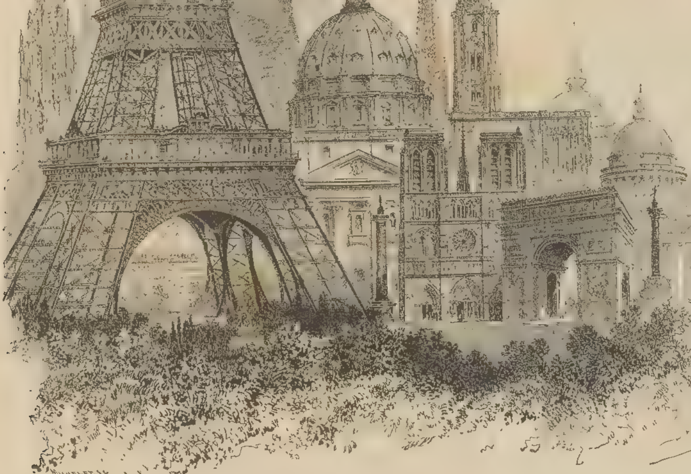
VIADUCTO DE GARABIT — BASE DE LA TORRE EIFFEL

Durante los cinco años próximamente, del 61 al 65, que duró la tremenda guerra separatista de los Estados Unidos, adquirió tal importancia el buque autosumergible, como la adquirieron todos los inventos destructores, que aquello rayó ya en el delirio submarino: allí hubo buques grandes volados y submarinos también volados, sorpresas y destrucciones de estos últimos; encargos de 20 *Strombolis* por los federales, que así llamaron á su tipo preferido, ante el éxito (más moral que material, justo es confesarlo), que obtenían los confederados con su modelo predilecto, llamado *David*. Se acabó aquella terrible campaña y también los submarinos, sin embargo de que los americanos siguieron y siguen construyendo acorazados y cruceros.

Y desde entonces acá continúa la tarea, en proyectos ó realidades, sin que los inventores de cada país se den un punto de descanso (aunque tampoco, hasta la fecha, den definitivamente en el clavo), probándose una vez más en qué proporciones tan consoladoras se va desarrollando la filantropía en este mundo hermoso, «como de Dios al fin obra maestra,» pues ningún inventor hace el arte por el arte ó por la ciencia; todos van á ver quién destroza más en menos tiempo. Los franceses con el *Plongeur* y el *Gymnote;* los ingleses con el *Resurgam*, el *Porpoise* y el *Nautilus*, de Campbell; los rusos con el *Alexandrofsk*, el *Bjevalsky*, el *Szevetzky* y .. basta de gárgaras; los americanos con el *Peacemaker* y los *Holland;* los suecos y los turcos con los distintos modelos *Nordenfelt;* los dinamarqueses con el *Howgaard;* nosotros con el *Peral*, el *Junquera* y el *Cabanyes y Bonet*, premiado con medalla de oro en la Exposición de Barcelona.

La forma general de estos buques es la de un cigarro, más ó menos cilíndrico y ahusado, con una cúpula provista de cristales, que se eleva en su segmento superior en el que puede asimismo ir estivado un bote que con facilidad quede listo para navegar. Los movimientos se han debido á paletas ó hélices horizontales, verticales y hasta universales ó de conexión variable; la dirección se ha obtenido con timones horizontales y verticales; la inmersión y la emersión se logran, además de con las hélices y timones horizontales, llenando ó vaciando á voluntad unos depósitos de agua que aumentan ó disminuyen, según el caso, el peso específico del buque haciendo el oficio de lastre; la respiración animal se puede verificar en el interior porque hay depósitos de oxígeno ó de aire natural, comprimidos á muchas atmósferas, que los van dejando salir, según las necesidades; mientras que ciertas sustancias absorben y neutralizan la atmósfera adulterada: puede también emplearse un tubo ventilador cuyos trozos, dispuestos como los de un telescopio, lleven su extremo hasta fuera del agua, si hace falta, aunque el buque esté sumergido; como agente motor han servido desde la fuerza muscular del hombre, como en los modelos de Bushnell, Fulton y Monturiol, el aire comprimido, el vapor de agua y otros, hasta la electricidad, que es la que hoy priva; la permanencia voluntaria, fija y horizontal del buque á una profundidad determinada se verifica aplicándole un mecanismo propio del torpedo automóvil, accionado y compensado automáticamente. Todo eso se ha conseguido ya con resultados bastante satisfactorios, pero que los tripulantes vean desde cierta profundidad pudiendo apreciar la distancia y lo que ven, esa friolerilla en la guerra, como quien dice, eso, no se ha conseguido aun ni parece fácil mientras las personas continúen usando ojos de persona. Y si algún caballero se atreve á decir más con menos palabras, que lo haga y yo le saludaré con el mayor respeto, porque aseguro que componer este párrafo colocando tanta cosa en él, me ha costado un trabajo atroz.

Soy el primero en admirar al hombre que consagra sus talentos y su actividad á determinar una fórmula que rompa, ó por lo menos quebrante, cualquiera de los infinitos obstáculos con que tropieza la humanidad al moverse dentro de su jaula, y en este sentido no cedo á nadie mi puesto en la vanguardia de los que aplauden al genio que por medio de la navegación submarina, hoy quizá posible ya con la electricidad, quiere abrir á las ciencias nuevos rumbos permitiéndoles llegar al fondo misterioso de los mares donde se esconden las soluciones de tantos interesantísimos problemas; pero desconfío del buque autosumer-



LA TORRE EIFFEL Y LOS MONUMENTOS MÁS ELEVADOS DEL MUNDO

Gran pirá- — San Pedro de — Catedral de — Catedral de — Los Inválidos — El Panteón — Grande Ope…



SALA DE ARMAS, cuadro de Salvador Sánchez Barbudo

gible de guerra. Esta es la quinta esencia de mi artículo.

Cuando apareció el tórpedo Whitehead, el arma más perfecta que hasta el día se ha inventado y algunos de cuyos ingeniosos mecanismos aprovechan los submarinos ahora, todo fueron esperanzas para los débiles y temores para los poderosos; hoy, á los diez años de haber volado el único buque que lo ha sido en guerra por el Whitehead, se ve que tan infundados eran los miedos como las arrogancias; el proyector eléctrico, el cañón de tiro rápido, la red Bullivant, además de los inconvenientes propios del torpedo, garantizan la seguridad del imponente acorazado y del crucero protegido, que siguen enseñoreándose de los mares. También contra el submarino, sobre los que en su misma naturaleza lleva, saldrán otros enemigos poderosos, y en París ha salido ya el caza submarinos de Point-du-Jour, que quizá lo inutilicen en sus efectos militares; pero si el torpedo que no sirve para volar buques no representa más que los despojos malogrados de una maravillosa concepción del genio, en cambio, al buque buceador perfecto, cuando aparezca, si se le cierran los caminos sangrientos de la guerra, siempre le quedará expedito el brillantísimo que conduce al lecho inmaculado del océano, en el que tantos descubrimientos duermen el sueño de Lázaro, y con su concurso podrá la humanidad elevar á la ciencia con perlas y corales un magnífico monumento sobre cuyo frontispicio resplandecerá perdurable el nombre que entre sus conciudadanos lleve el genio á quien se deba el portentoso invento de la NAVEGACIÓN SUBMARINA.

Federico Montaldo

Madrid y diciembre del 88



EL PASEO DE LA CONSULESA, cuadro de J. M. Bredt (Exposición artística de Munich)



UN CONSEJO DE GUERRA DESPUES DEL DESEMBA



ARCO DEL PRINCIPE DE ORANGE,



EL JARDIN DE LOS RECUERDOS, cuadro de Davidson Knowles

LIPA Y CAPOTIN

ó HISTORIA DE DOS GRANUJAS

por D. Daniel Alzamora

¿Por qué la tierna y fraternal amistad de Lipa y Capotín, no ha de ser tan celebrada como la de Pílades y Orestes?

¡Paso á los desconocidos!

¡Atrás las figuras legendarias, por grandes que sean!

¡Abrid camino á los pequeños! Ya que en vida padecieron hambre de pan, démosles hoy que ya murieron un hartazgo de gloria.

¿Acaso los que pisaron la tierra con los pies desnudos y vacío el vientre no han de tener su historiador?

«Dejad á los niños que vengan á mí» – dijo Jesucristo.

Dejadme, – digo yo, – que vaya en busca de pequeños y así cumpliré el refrán de «Dios los cría y ellos se juntan».

Si Arriano fué el historiador de Alejandro, yo quiero ser el de Lipa y Capotín. Y no se crea que á ello me mueva, dada mi pequeñez, la insignificancia de mis héroes

Un Tácito, un Plutarco, un Ovidio, un Herculano, debieron emborronar estas cuartillas que emborronando estoy y referir los grandes hechos de mis héroes; pero ya que aquéllos no pueden hacerlo, que á poder no se negaran á ello, hágolo yo, no sin pedir á sus espíritus que me inspiren, que dirijan mi pluma y pongan tiento en mis manos que bien lo necesitan, pues tiembla por acometer la gigantesca empresa de relatar la historia de dos pequeños.

Yo quisiera poder decir quiénes fueron los padres de Lipa, pero no puedo, por la razón sencilla de que ni el mismo Lipa lo sabía. Cuando era muy niño, una mujer le llevaba siempre colgado á las espaldas y le daba alternativamente, mendrugos de pan duro, golpes aun más duros y apretadísimos besos, de todo lo cual deducía Lipa que aquella debía ser su madre.

Cuando Lipa aprendió á andar, ayudó á su madre en el penoso trabajo de pedir limosna.

Con monótono sonsonete, corría tras de los transeuntes diciendo: *Senoito, teno hame, mucha hame, un ochavito que mi mae tamben tene mucha hame, y no teno pan; que Dios se lo pagará.*

Decía Lipa esta relación con voz gangosa, como se la había enseñado aquella mujer que le acompañaba, la cual creía, como todas las mendigas de oficio, que hablar con la nariz, es hablar con tono lastimero, y que se excita la caridad del prójimo exponiendo á un pobre niño á los rigores del frío en invierno y del calor en verano.

Lipa casi nunca sentía hambre; los mendrugos de pan sobraban siempre en un saco que llevaba colgado á la espalda, hasta el extremo de que en muchas ocasiones podía permitirse el lujo de ser caritativo, matando el hambre de algún perro callejero.

Para Lipa, pedir, recitando aquella larga relación, era un trabajo, como lo es para otros niños recitar la lección de gramática cuyo significado ignoran.

Tumbarse al sol en las aceras, irse á las orillas del Manzanares y hacer allí, con arena, soberbios puentes, ó abrir inmensos canales como un Lesseps en miniatura, era para él, placer de los dioses.

Revolcarse entre el fango, haciendo con la huella de su cuerpo un Cristo, como él decía, era delicia incomparable.

Jugar en invierno *á los botones*, y en verano *á los huesos de albaricoque*, emoción irresistible. ¡Ganar veinte huesos ú otros tantos botones! ¿Habrá ganancia mayor en la tierra? – se decía.

Por huir del trabajo, esto es, por negarse á pedir un ochavito, recibió en su cuerpo tal número de cardenales, que si por ochavos los hubiera cambiado, hubiera podido comprar todo un cesto de peones que cierto comerciante establecido en los arcos de la plaza Mayor vendía á los chicos ricos por la *fabulosa* cantidad de tres cuartos.

Un día, cuando ya contaba Lipa nueve años, estaba con aquella mujer que él sospechó fuera su madre, en una de las aceras de la calle de Toledo, á eso de las siete de la tarde. Por la mañana de aquel día, el mendiguillo, huyendo del trabajo, en un momento en que su madre se descuidó, metióse por entre unas callejas de los barrios bajos y corriendo como alma que lleva el diablo, fuese hasta la pradera del Corregidor y ¡vaya un día que pasó! ¡Qué hermoso sol hacía! ¡Cuánto se revolcó por la hierba!

¡Qué dulce siesta durmió, después de haberse comido casi todo un pan blando, unas sardinas, y haberse bebido un vasito de vino que le dió un señorito que en compañía de una damisela muy pintada, estaba almorzando en un ventorro!

– ¿Almorzará el rey todos los días así? – preguntó Lipa á un compañero suyo.

– Ya lo creo, – le contestó aquél; – ¡qué tonto eres! el rey come *toos* los días, callos y gallinejas, y queso manchego y merengues de los que vende en la calle de Atocha el tío Juan.

– ¡Embustero! no *pué* ser.

– ¡Te digo que sí! ¡Anda! con que me lo ha dicho á mí el tío Juan, que va *toos* los días á palacio y le vende muchas docenas, ciento ú milenta, si no sé cuántas.

– ¡Chico! si yo fuera rey, toos, pero toos, toos me los comería.

– Uy, pues si tú *sabieras* las cosas que cuenta el tío Juan. A mí *ma* dicho que el rey va siempre *vestio* de oro, y que tiene una cama *mu* alta de plata, y un caballo grande, de *verdá* pero de oro, y come lo que quiere y fuma unos puros largos pero *mu* largos, *asin*, – y el chico señaló sobre su brazo izquierdo haciendo un ademán no muy correcto, algo más de una cuarta.

– Quién pillara la colilla, – repuso Lipa.

– Algún día le he de pedir una al tío Juan, que no creas, allí en Palacio *tie* mucha mano y el rey le habla y son muy amigos.

– Ya lo creo, como le vende aquellos merengues tan ricos!

– ¿Tú los has *comío*?

– Sí, un día que fué un *senoritingolo á compale* uno y que se le cayó al suelo y *mia* el tonto no lo quiso coger y yo me lo comí.

Entregado á esta agradable conversación pasó Lipa aquel día, hasta que dieron las seis de la tarde, hora en que despacito emprendió la vuelta hacia la calle de Toledo, sitio en el cual sabía había de hallar á su madre, quien amargaría el final del día, propinándole algunos *molondrones* como ella decía.

No se equivocó Lipa, su madre ó lo que fuera le recibió con los consabidos *molondrones* acompañados de epítetos tales como: Pillo, tunante, granuja, ¿pero tú crees que yo he de *trabajar* toda la vida para que tú gandulees y comas?

– Pero si yo ya he *comío*, y á V. *ná* la pido.

– Pero es que no basta que tú comas, *arrastrao*, – y al decir esto levantó el brazo y pintóse en su rostro la ira, de manera tan amenazadora, que Lipa temiendo la caída, bajó la cabeza, encogió el cuerpo, y escabulléndose picó soleta, según su frase, y echó á correr hacia la acera de enfrente.

Seguíale la mujer, y tan dominada estaba por la ira, que no vió que un tranvía se le echaba encima, ni oyó el pito de aviso.

La lanza del coche derribó á la mujer, un terrible grito de espanto resonó en la calle.

Volvió la cabeza Lipa, vió lo que ocurría, y como un rayo arrojóse á los pies de los caballos y logró asir á su madre por la falda, tiró y tiró. Sintió un fuerte golpe en la pierna izquierda y ya no supo más.

El tranvía se había parado. La mujer había sido muerta por una rueda delantera, que le pasó por la cabeza.

Lipa tenía la pierna izquierda rota por haberlo pisado uno de los caballos.

Llevaron á la mujer al depósito de cadáveres y al niño á la casa de socorro y de allí al hospital general.

Cuando recobró el sentido, preguntó por su madre, le dijeron que estaba mala, pero que se pondría pronto buena.

Le preguntaron que cuál era su nombre y respondió: Lipa.

– Ese será tu apellido, pero ¿y tu nombre? le replicaron.

– José, – dijo, – pero *toos* me llaman Lipa.

– ¿Cómo se llama tu padre?

– ¿Mi padre? yo no tengo padre.

– ¿Es viuda tu madre?

– Yo qué sé, yo he estao siempre con la señá *Ulogia* pero no sé si es mi madre.

– ¿Y por qué lo dudas?

– Toma, pues porque yo la llamaba algunas veces madre, pero ella siempre me llamaba Lipa y nunca hijo.

Cuando ya estaba el niño convaleciente, supo la verdad de lo ocurrido y lloró por la señá Ulogia, y cosa rara, en su llanto decía:

– ¡Ay Dios! que ya no me dará más *molondrones*. – Parecía como sentirlo, y es que tan sólo esa prueba de cariño había recibido, y sólo eso podía echar de menos.

El director del hospital llegó á saber el abandono de aquel niño y dispuso que fuera conducido á un asilo de beneficencia.

Súpolo Lipa por una hermana de la Caridad, quien con vocecita melosa y acariciándole le dijo:

– No te apures, pobre hijo, ya no sufrirás más. Dentro de pocos días te llevarán al asilo y allí te educarán en el santo temor de Dios y dejarás de ser un salvajito como eres. ¡Hijo mío!

– Hijo de... – y aquí soltó Lipa una palabrota fuerte. – ¡Dios con la señá esta!... Yo no quiero ir á *dengún* asilo, que ya tengo uno y bien grande.

Pasó Lipa á la sala de convalecientes, y su idea constante era aquello de que iban á llevarle al asilo, en donde le sujetarían y mortificarían. Comenzó á imaginar un medio que le librara del peligro que le amenazaba y decidió aprovechar la primera ocasión que se le presentara y huir de aquella casa.

– *Manque toos* los días me dieran en el asilo el mismo caldo y la misma comida que aquí, yo no quiero ir al asilo. Pues poquito que me he *burlao* yo de los chicos que van en fila y como si *jueran* carneros, *toos vestios* iguales, y con unas caras; ¡anda, anda! y que se mueran, yo quiero jugar, ir al río y á las ventas y reirme, y en fin, que no quiero, y que no quiero, y no he de ir; *¿pus* no *pueo* hacer lo que me da la gana? Antes la señá *Ulogia* podía mandarme, pero *agora naide* manda en mí, y al que me quiera llevar le pego una pedrada en la canilla, que *tié* que venir aquí como yo á curarse la pata.

No fué preciso que Lipa encojara á nadie, pues aprovechando un descuido de los dependientes del hospital, logró burlar su vigilancia y salir de aquella casa.

Cuando se vió Lipa en la calle de Atocha, sintió alegría mayor que la que debió sentir Colón cuando oyó el grito de «Tierra,» pero no se paró ni un instante para gozar de su triunfo. Corrió como un gamo, con tal velocidad que nadie hubiera dicho que dos meses antes entrara en el hospital con una pierna rota.

Sin volver la vista atrás llegó hasta la plaza de Oriente. Allí el cansancio le hizo detenerse, tomó aliento y comenzó á mirar con recelo hacia todas partes; se le imaginaba que tras de él iban todas las hermanitas de la Caridad, los practicantes con sus blusas negras ribeteadas de amarillo, aquel médico feo, feo, con una barba muy negra y con los ojos uno mirando á Dios y otro al diablo y todos ellos iban gritando: ¡Lipa, Lipa! ¡al asilo!

Vió á lo lejos un guardia de orden público de estúpida fisonomía que á él le pareció amenazadora y emprendió otra vez su rápida carrera hacia el campo del Moro.

Eran ya las ocho de la noche cuando el fugitivo llegó á aquel lugar que creyó seguro asilo. La confianza y cierto dolor que sintió en la pierna, le obligaron á detenerse.

Lanzó un prolongado suspiro y dejóse caer junto al tronco de un árbol.

La emoción y el cansancio le rindieron, cerráronse sus párpados y quedóse dormido.

Como generalmente acontece en la vida, que se confunden en inmensa balumba dolores y placeres, risas y lágrimas, tristezas y alegrías; amalgamáronse en su sueño, tristes recuerdos, horribles temores y dulces esperanzas. Soñó el pobre niño que volvía á la tierra su madre, con la cabeza destrozada, toda cubierta de sangre, despidiendo ira y venganza por los ojos, arrojando espuma por la boca y empuñando con su mano derecha, que colgaba del brazo sostenida por un colgajo de piel, una barra de hierro y con ella le maceraba las piernas y después los brazos y el cuerpo todo mientras le decía: ¡Por tí! ¡por tí!

Sintió Lipa agudísimo dolor, que se calmó de repente al ver una niña que sobre él vaciaba un delantal de color de rosa, en el cual llevaba merengues del tío Juan y el capazo de peones del comerciante de la plaza Mayor.

La niña sentóse á su lado, y con una manita chiquitina como de recién nacida, le alargó un peón y con vocecita de ángel le dijo: juega conmigo.

Ya estaba Lipa arrollando un cordel al peón, cuando de pronto el médico, la *señá* Ulogia, horriblemente desfigurada, las hermanas de la Caridad y los practicantes del hospital, formaron corro á su alrededor á gritar: ¡Al asilo! ¡al asilo!

Cuando despertó Lipa eran ya las nueve de la mañana. El cielo estaba nublado y triste. La primera sensación que experimentó, fué un vacío en el estómago, que ya muchas veces había sentido y cuyo nombre, hambre, no le era desconocido.

Ni aquella dolorosa sensación, ni la tristeza del cielo, llevaron á su espíritu la melancolía. ¡Era libre! ¡Ya no estaba en el hospital ni en el asilo!

Fué á incorporarse rápidamente, pero volvió á caer al suelo, lanzando un agudo quejido.

– ¡Dios! – dijo, – ¡si no me puedo mover! Será una mala postura, – pensó, – pero ya se pasará, ha *estao rompida* la pierna y se ha compuesto, con que... – Y con gran conformidad se sentó y apoyóse en el tronco del árbol junto al cual había dormido. Pero el dolor no se pasaba, antes al contrario, fué aumentando en intensidad, hasta tal punto, que hizo derramar lágrimas al pobre niño.

¡Qué tristes ideas ocurriéronsele entonces! Pensó que volvería al hospital y que ya no lograría escaparse. Quiso pedir socorro, pero pudo más en él el temor de perder la libertad que el dolor.

Tres largas horas pasó así. Cuando ya estaba decidido á pedir auxilio, vió á lo lejos un niño casi de su misma edad y tan harapiento, astroso y sucio como él, y fió más en aquel débil ser, que hubiera fiado en el rey á pasar por allí.

– ¡Chico! ¡chico! – gritó, – pero el otro ni siquiera volvió la cabeza.

– Oye tú, – repitió, – eh, *¿quiés* acercarte que no *pueo* andar?

– Pues cómprate muletas, – dijo el otro.

– Hombre, anda, acércate que no es *groma*.

– Te quiés *chunguear* de mí, pues si voy ahí te rompo una pata.

¿Otra vez quiés que se rompa? pues si no pueo andar porque ya la *i* tenía rota; acércate y si *quiés* pégame, que yo no te *i* de hacer *ná*.

Se acercó el llamado con aire fosco, pero pronto se pintó en su cara otro sentimiento.

Al cuarto de hora, charlaban los dos mendiguillos como si fueran amigos de antiguo. Lipa contando su historia olvidóse de su dolor y hasta del hambre que sentía.

De pronto cuando el nuevo conocido de Lipa estaba refiriendo una aventura que había tenido con un paleto á quien le pegó en el cogote con un perdigón despedido por una goma y reía á casquete quitado, dijo Lipa:

– Oye tú, ¿no *ties* un *peazo* de pan?

– Sí, hombre, y unas manzanas que *man dao* en la plaza de la *Cebá*. ¿Qué *ties* hambre?

– Como que no he comido desde ayer.

– Toma, hombre, toma, – dijo, alargándole un gran trozo de pan, no muy tierno, y una manzana, no muy sana.

Comió Lipa con hambre que envidiarían muchos de los que se alimentan con faisanes trufados.

Cuando hubo terminado su *comida*, dijo:

– Chico, tengo sed.

– Pues levántate y vamos á beber.

– Pero si es que no *pueo*, me duele mucho la pierna; como ayer corrí tanto.

(Continuará)

EL AFICIONADO Á LA PINTURA

Si por acaso se encuentran Vds. en alguna reunión de artistas, y observan un individuo, que con aire de suficiencia, escucha las opiniones que se emiten sobre puntos técnicos, sonriendo desdeñosamente siempre que no se trata de determinada escuela ó señalado maestro, en cuyo caso, se exalta y perora con entusiasmo, defendiendo á capa y espada cualquier artística aberración, no duden ustedes, aquel sujeto es un aficionado.

Es cierto que la intransigencia suele ser vicio común en el reino de las Bellas-Artes, pero es cualidad típica y obligada de los que por afición se dedican á embadurnar lienzos ó modelar figurillas, y que llevan hasta el exceso, su entusiasmo por el maestro que los inició en el camino del Arte, haciéndoles concebir las más lisonjeras esperanzas sobre los ruidosos triunfos que les aguardaban en el cultivo de la belleza. Es cosa de oir las hipérboles y metáforas con que intentan probar que los procedimientos de fulano son superiores á todos los conocidos, que nadie pinta el paisaje, el género ó las marinas, como él, y que sus obras se venden en París ó Nueva York á precios fabulosos y nunca soñados, mientras los demás artistas no son más que unos pobres hombres, que viven de las migajas caídas de la mesa de aquel Epulón prodigioso, del cual se honra en ser discípulo, sintiendo sólo, *carecer de tiempo* para dedicarse por completo á la práctica del arte.

Esta falta de tiempo es otra nota característica de los aficionados *pur sang.* Los pobres andan siempre tan ocupados, que nunca les queda espacio para demostrar con el pincel las excelencias de las doctrinas que predican. Unos tienen que administrar su hacienda, otros han de acudir á la oficina, ó al despacho, y el que nada de eso tiene que hacer, las atenciones de la vida social, las visitas, el paseo y el teatro, le obligan á contentarse con hacer algo á ratos perdidos; por cierto más perdidos de lo que ellos se figuran.

A pesar de todo á poco que Vds. intimen con el sujeto atacado de la enfermedad de la afición, éste les invitará á visitar su *estudio,* que regularmente calificará de *provisional,* pues sólo alguno que otro consigue instalarse de un modo definitivo.



EN LA VENTANA, cuadro de Domingo Morelli

El estudio provisional, suele ser una habitación desprovista de todo género de condiciones y que además de servir de templo al arte, se utiliza para despacho ó comedor y gracias si no sirve de despensa ó cuarto de plancha. De aquí resulta el conjunto más pintoresco que se pueda desear, pues los trebejos artísticos yacen en confuso desorden, entre los muebles y los objetos de uso doméstico. Una manta de Palencia sujeta por dos tachuelas, intercepta en parte la luz del balcón ó la ventana; sobre una mesa figura una estampa sostenida por una pila de libros de agricultura, cirugía ó leyes; á un lado del caballete, la caja deja escapar sobre la estera, los colores y los pinceles, mientras un canasto con ovillos de algodón y agujas de hacer crochet, revelan la precipitada fuga, á que hubo de apelar la señora de la casa sorprendida por inesperada visita. Completan la decoración varios bocetos colgados de las paredes que el autor califica de *cosillas de poca importancia,* pues sus trabajos capitales los ha tenido que regalar á personas que se enamoraron de ellos.

Después de hacer admirar al visitante unos cuantos estudios copiados de Julien ó de Calame, ó lo que es peor de algun cromo, el aficionado, desvanecido con los elogios que son imprescindibles en semejantes casos, muestra una obra capital á medio pintar, hace algunos años, y que cubierta cuidadosamente con algún paño se ostenta en el caballete. Ante ella no tiene el visitante más remedio que echar el resto de las alabanzas y reincidir en el delito de augurar al autor, más gloria que la alcanzada por todos los maestros del Renacimiento.

– ¡Qué lástima, amigo mío! – exclama el curioso levantando la cabeza, entornando los ojos y frunciendo la boca. – ¡Grande lástima, que con unas facultades tan sobresalientes, esté V. malgastando su genio entre la prosa de expedientes! A hombres como V. debería el gobierno pensionarlos para que honrasen á la Nación. Cuidado que está bien este paisaje: ¡si parece de veras! ¡Hombre, y yo que no sabía que era V. todo un artista!

El estudio del aficionado que ha conseguido instalarse de un modo definitivo, tiene un aspecto en todo diferente del anterior, pues es de advertir que pertenece generalmente á persona que disfruta de lo que se llama buena posición. El local construído ad hoc goza de todas las luces y condiciones necesarias. Ricas alfombras, tapices, armas, telas, cerámica exótica, muebles raros y preciosos, etc. etc., forman un conjunto elegante y artístico. Los caballetes de varias formas y mecanismos, aparecen pulimentados y brillantes, y ni en ellos, ni en la caja, ni aun en la paleta se ve la menor mancha ni suciedad. Aquel estudio tan *chic* que huele tan bien, más parece *boudoir* de señorita, que sitio donde se trabaja y se lucha para materializar las ideas qué brotan en la imaginación del artista. Y en efecto, ¿cómo armonizar aquellos jarrones, aquellos divanes y aquellas preciosidades delicadas, con el uso continuo del modelo, unas veces harapiento, otras sucio, y casi siempre grosero y poco cuidadoso? El inteligente comprende en seguida que allí sólo se rinde culto á la exterioridad artística, que allí se habla mucho de artes pero que se pinta muy poco, y que el propietario de tan bello local tiende más á imitar los estudios lujosos de algunos artistas extranjeros, que la práctica asidua y constante con que éstos llegaron á adquirir un nombre glorioso en el mundo artístico.

En fin, sea el estudio provisional ó definitivo, el aficionado, que no pasa de tal, huye siempre de la parte verdaderamente fundamental, que constituye la preocupación constante del verdadero artista. El antiguo y el natural seducen poco á estos pintores de generación espontánea, y es de admirar el sin número de tretas de que se valen para suplir aquellos conocimientos. Todos los métodos que el charlatanismo extranjero ha inventado para dibujar sin maestro, los aplican y ensayan con un entusiasmo digno de mejor causa. Desde la cámara oscura ó clara, hasta los calcos y recortes, todos los medios son buenos para dibujar lo que de otra suerte no sabrían ni siquiera contornar de un modo aceptable.

En estos últimos tiempos, algunos aficionados han creído ver logradas sus aspiraciones con la vulgarización de la fotografía, pero la manipulación de los clichés sólo les ha producido un nuevo desengaño, porque éstos no hacen más que reproducir el natural, y pudiendo ser un auxiliar excelente para el que sabe interpretarle, son de inutilidad absoluta para el que carece del estudio necesario para dibujar el modelo directamente.

Con estos elementos el aficionado gasta lienzo y color sin reparo, y si á pesar de todo, la obra no resulta aceptable, siempre hay un buen amigo artista, que así como quien no hace nada pone mano en el cuadro, y procura remediar la catástrofe, pintando el lienzo de nuevo á pretexto de hacer alguna corrección insignificante.

Y lo mejor del caso es que el beneficiado cree de buena fe que él, y sólo él, es el autor de la obra, sin tener en cuenta que no falta quien compara la factura y colorido del cuadro con otros anteriores y posteriores, y deduce consecuencias nada satisfactorias para el pretendido pintor.

Junto á estos tipos de aficionados prácticos de uno y otro sexo surge otra especie digna también de que le dediquemos algunos renglones; tal es el aficionado teórico, que jamás ha manejado un lápiz ni un pincel, que no ha pisado una vez siquiera las clases de una Academia, y que sin embargo, según dice él mismo «ha visto mucho,» con lo cual y sin más estudios le basta y sobra para hablar *ex catedra* de todo cuanto al arte se refiere, dando consejos, proporcionando asuntos y criticando cuanto sus ojos ven. Alguno de estos señores que conoce varios términos técnicos aprendidos en sus constantes é interminables visitas á los estudios de los amigos, aprovecha la oportunidad que le brinda alguna Exposición de Bellas Artes para escribir críticas que arden en un candil, y que si entre gentes ignorantes pueden lograr algún efecto, en la generalidad de los lectores producen una hilaridad que ciertamente no se propuso el temerario crítico.

A este propósito, recuerdo la broma y algazara con que se comentaban en el Ateneo de Madrid, pocos días después de la apertura de la última Exposición de Bellas Artes, los artículos críticos de cierto periódico importante, cuyo autor no vacilaba en hacer las comparaciones más inverosímiles y estupendas. Así por ejemplo á Sorolla, autor del *Entierro de Cristo,* obra vigorosa é inspirada, pintada con gran valentía y despreocupación, le encontraba semejanza con Quintín Metsys, pintor flamenco fundador de la escuela de Amberes, que vivió de 1466 á 1530, y á cuyas tablas de estilo gótico representando sencillísimos asuntos religiosos y más generalmente, avaros contando monedas, ni aun remotamente pueden por ningún concepto, encontrárseles semejanza con las obras del distinguido artista valenciano.

Otra comparación graciosa fué la de la *Visión del Coliseo,* el cuadro más grande y fantástico que había en el palacio del Hipódromo, con las obras del holandés Gerardo Dow (1613 y 1680), cuya prodigiosa finura de ejecución, hace notables sus cuadros de pequeño tamaño, figurando escenas de la vida doméstica de sus contemporáneos, como v. g. la tan conocida que atesora el Museo del Louvre, denominada la *Mujer hidrópica.*

Como para muestra basta un botón, y no pretendemos hacer por hoy una crítica de los críticos de Bellas-Artes, pasaré por alto otros muchos dislates, que han visto la luz pública en los últimos tiempos, y que coleccionados con oportunidad formarían un tomo de curioso entretenimiento.

La especialidad de la calificación de los cuadros antiguos es otro terreno que proporciona al aficionado teórico ancho campo donde desplegar su osadía y su inventiva. Conocedor únicamente de alguno de los grandes maestros que guarda nuestro riquísimo Museo del Prado, aplica sin reparo aquellos nombres venerables á cualquier copia ó mamarracho en quien él encuentra el estilo de tal ó cual escuela, y si por acaso llega á agotársele el repertorio, ó la obra es de aquellas de difícil calificación, aun para los más peritos, siempre tiene á mano á un Juan de Flandes, un Pietro Veneciano ó un José García López con el cual se sale de apuros y deja al cándido coleccionista, más satisfecho que el director de la *National Gallery* de Londres después de adquirir un Ribera ó Pablo Veronés. Ello sí suele suceder luego que un artista inteligente destruye sin piedad todas aquellas ilusiones, pero ¿qué importa? el propietario de la decantada obra maestra se obstina en la primera calificación, atribuyendo la otra á móviles nada generosos y sigue abusando de la credulidad de los que visitan su modesta pinacoteca, que andando el tiempo, viene á naufragar y dispersarse en los abismos procelosos del Rastro ú otro baratillo por el estilo.

PUENTE METÁLICO EN CONSTRUCCIÓN EN EL GOLFO DE FORTH (ESCOCIA)

ESTRIBO PRINCIPAL DEL PUENTE DE FORTH

Mucho pudiera decir aún sobre los aficionados á la pintura, tanto teóricos como prácticos, y también sobre las *aficionadas*, pero el temor de cansar á mis lectores me obliga á dar por terminado este asunto.

No debo sin embargo dejar la pluma sin declarar que mis apreciaciones más ó menos sangrientas sobre los aficionados á la pintura, en manera alguna se refieren á aquellos que sintiendo palpitar en su alma el amor á lo bello y comprendiendo la verdad de aquel adagio latino que dice *Ars longa, vita brevis*, trabajan con ardor y entusiasmo en adquirir la práctica necesaria para traducir gráficamente las ideas que les sugiere su talento ó su genio. Con ellos no reza este artículo, porque después de todo no son aficionados, son artistas más ó menos adelantados, que marchan por buen camino y que cuando llega el momento oportuno saben y pueden presentarse en un concurso y figurar entre los artistas de profesión que los acogen como á unos hermanos, no como advenedizos ridículos que quieren llegar al pináculo del arte sin molestarse en subir la espinosa y difícil senda que á él conduce.

A éstos se refería el discreto autor de la revista cómica de la Sección de Bellas Artes en la última Exposición Regional Valenciana publicada en el periódico *El Palleter* al decir con sumo donaire en el gracioso dialecto lemosín:

Cuant ú fá un mamarrachet,
Sol quedar molt satisfet,
Diént: soc afisionat.
El pecat sempre es pecat
Y á pecar ningú te dret.

A. Danvila Jaldero.



VISTA DEL PUENTE POR SU LADO ORIENTAL

Barcelona. - Imp. de Montaner y Simón



AÑO VIII — BARCELONA 14 DE ENERO DE 1889 — NÚM. 368

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

BELLAS ARTES

EL CONTINUADOR DE LA RAZA, cuadro de Atilio Simonetti

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

EL CONTINUADOR DE LA RAZA
cuadro de Atilio Simonetti

Simonetti es un artista italiano cuya especialidad son los cuadros de género referentes á los últimos años del siglo pasado. Esa época, en que lo elegante y lo barroco parecen confundirse en la mayoría de las obras de arte, le es conocida en sus menores detalles, y como se dedica con preferencia á la miniatura, de aquí que sus lienzos sean de un *fini* admirable. En cambio, no hay que buscar en ellos esos rasgos de factura valiente, atrevida, que caracterizan á los pintores de imaginación ardiente, á los artistas que juegan en un trance el fruto del estudio de muchos años, á los revolucionarios del pincel, para quienes Velázquez es modelo y castigo, objetivo y pesadilla.

El asunto escogido por Simonetti ha sido tratado por muchos profesores, lo cual no prueba sino que es simpático. La expresión del sentimiento tierno, dulcísimo de la maternidad en el colmo de la dicha, producirá siempre agradable sensación entre los que comprendan, ó mejor, entre los que sientan la filogenitura. No es de extrañar, por lo tanto, que la figura más expresiva de ese lienzo sea la de la joven madre: después de todo, ella sintetiza el pensamiento del autor.

EN LA ESCALERA, acuarela de L. Alma Tadema

Nuestros lectores saben hasta qué grado el autor de esta obra dominaba los asuntos de la época romana. No hay que decir por lo tanto hasta qué punto se halla ajustado á verdad en todos sus detalles, incluso en el visible del cabello postizo de las damas, que es sin duda una antigua debilidad femenina. El autor ha vencido con su acostumbrada habilidad las dificultades de dibujo que voluntariamente se impuso y por el vigor del colorido se confunde su obra con una pintura al óleo. Formó parte de la colección de M. Gambard y hoy es joya del Museo de Kensington.

PERROS GUARDIANES, cuadro de C. de Martino

(Exposición italiana en Londres)

El título de este cuadro no es ciertamente lisonjero para los estúpidos centinelas del Serrallo, cuya fidelidad es simplemente hija de una brutal impotencia. La idea del Harem no es culta por cierto, pero es aun más despreciable la del eunuco que lo custodia. De Martino, á quien seducen las escenas orientales porque se prestan de manera admirable á ser realzadas por su vigoroso colorido, ha querido vengarse quizás de esos hombres de ébano, tan negros de rostro como de alma, de quienes se ríen sus mismas prisioneras, que les desprecian aun más que les temen.

EN VENECIA, cuadro de Luke Fildes
existente en el Museo Manchester

La ciudad de San Marcos es el campo predilecto de los artistas, y esto puede ser motivado por dos razones: la de ser Venecia un vasto museo enriquecido con obras de los primeros artistas del mundo, y la de no parecerse ni en sus cosas ni en sus hombres á tipo alguno de población ó de pobladores que nos sea familiar. La generalidad de los pintores que la visitan reproducen con preferencia sus iglesias, sus palacios, la incomparable plaza de San Marcos, la famosa *piazzeta*, el panorama de la isla de San Jorge, sus canales, sus puentes, un sitio cualquiera de esa ciudad que no se saluda sin tristeza ni se abandona sin pena. Otros artistas, los menos, y entre ellos el autor de este cuadro, se embelesan contemplando á los venecianos, sus tipos, sus costumbres, y mejor aún á las venecianas, de belleza oriental, de mirada que á un tiempo incita y confunde, las cuales por su majestad natural y su dejadez característica parecen nacidas en un alcázar y arrojadas, apenas nacidas, al fango de sus callejuelas. El autor del cuadro que publicamos ha hecho de ellas un buen estudio que corrobora la impresión causada generalmente por esas reinas caídas del Adriático.

LA MODERNA LEIPZIG

La ciudad de Leipzig es uno de los emporios alemanes: de veinte años á esta parte ha sido embellecida y mejorada de notable manera. Su transformación es debida principalmente al patriotismo de sus hijos y al celo de sus administraciones municipales, citadas como modelo.

Publicamos en el presente número algunos grabados de los edificios últimamente construídos: ellos dan una idea del aliento y buen gusto de aquel pueblo. Uno de ellos es la fachada posterior del nuevo teatro sobre el poético estanque de los Cisnes: en el mismo son de ver varias casas de la plaza de Ross, en cuyo fondo se ve el Panorama representando uno de los combates sostenidos por los sajones delante de París en 1870. Representa otro de nuestros grabados el nuevo Palacio de Conciertos, sin rival en el mundo, dotado de cuantos elementos pueden contribuir á los grandes éxitos artísticos de la orquesta y cantantes, que le han creado una fama universal. Publicamos, igualmente, la vista del nuevo Palacio Editorial, cuya magnificencia y riqueza exteriores apenas pueden compararse con la magnificencia y riqueza científicas que de él han salido y salen continuamente. Un pueblo que en tan soberbio alcázar alberga á las letras y á los artistas que en su propagación trabajan, merece ser calificado de pueblo sin par en nuestros tiempos. Finalmente, otro de nuestros grabados da buena idea del monumento la Victoria, conmemorativo de la guerra franco-prusiana, de un estilo completamente nuevo y que por sí solo avalora el talento de Rodolfo Siemering, proyectista y ejecutor de la obra. Fué ésta objeto de apasionada controversia promovida por los artistas rutinarios, que encontraban á faltar en ella los acostumbrados frisos y relieves y la obligada estatua del vencedor en la cúspide. Pero al fin y al cabo el monumento se ha impuesto á todos: es una hermosa apoteosis de la unidad alemana que durará probablemente más que esa unidad misma.

EXCENTRICIDADES ARTISTICAS

Es accidente casi general en todos tiempos y no por ello menos reparable, que el verdadero genio se ha manifestado en el artista, acompañado de rarezas, que han llamado la atención de sus contemporáneos. Y digo el verdadero genio, porque en muchas ocasiones, desventurados á quienes el cielo no quiso agraciar con esta dote, creyeron sin embargo adquirirla, realizando extravagancias que si admiraron al vulgo excitaron sólo desdeñosa compasión, de los que creen que las mejores señales de inspiración artística son las obras que mediante ella se realizan, y no el andar sus autores convertidos en tipos estrafalarios que piensan y obran de distinta suerte que el común de los mortales.

Los artistas españoles desde el Renacimiento acá, ofrecen por lo regular en sus biografías, un carácter más severo y taciturno que los de otros países, sobre todo comparados con los italianos tan propensos á toda clase de extravagancias; algunas de ellas ciertamente indisculpables. Así aun cuando no faltan entre los maestros que ilustraron el arte patrio, tipos excéntricos, sus hazañas rara vez llegaron al límite de las que se cuentan de Cellini, Salvator Rosa, Caravaggio, etc.

En prueba de esta afirmación, voy á referir algunos rasgos característicos de artistas españoles, que por sus excentricidades merecieron de sus contemporáneos el dictado de lunáticos ó la más compasiva admiración.

Merece figurar en primer lugar, Estéban March, nacido en Valencia á fines del siglo XVII, discípulo de Orrente, primero, y luego del insigne Ribera, cuyo estilo vigoroso y realista le impresionó en gran manera.

March poseía excelentes condiciones pictóricas, facilidad en la *factura*, colorido fresco y agradable, y un ingenio nada común. Con tales elementos, llevó á cabo multitud de obras de todo género, pero su especialidad fueron las batallas, en las que puede rivalizar con Snayers, Wouwermans, Vander Meulen, etc., tal fué la verdad con que representó la horrorosa confusión de los combates y hasta el polvo y el humo que envuelve á los peones y jinetes de tan sangrientos episodios.

La habitación donde pintaba, tenía más aspecto de arsenal que de estudio: por las paredes en unión con algunos bocetos y retratos de truhanes harapientos, veíanse mosquetes, arcabuces, pedreñales, lanzas y armas blancas de todas clases. Cubrían el techo en parte, banderas hechas jirones y rodaban por el suelo en revuelta confusión, atambores, clarines, arneses y armaduras de hombres y caballos. En el centro de la estancia un robusto caballete semejante á una máquina de guerra de la antigua tormentaria, sostenía el lienzo que había de recibir la inspiración del bélico artista.

La manera de ejecutar las obras, corría parejas con el local. Preparada la paleta, March llamaba á sus discípulos y les distribuía los clarines y cajas de guerra, mientras él se ponía algunas piezas de armadura, embrazaba una rodela y echaba mano á un recio mandoble. A una señal convenida los alumnos emprendían la más desaforada algarabía que imaginarse pueda y el maestro, dando grandes voces comenzaba á tajos y estocadas, contra las paredes y cuantos objetos había á su alcance. Corrían los discípulos, increpábale su mujer, acudían los vecinos y cuando el escándalo había llegado á su apogeo y el estudio semejaba un verdadero campo de Agramante, entonces Estéban arrojaba á todo el mundo de la habitación y encerrándose en ella, en poco tiempo abocetaba una de sus preciosas batallas, que luego contemplaban extasiados sus discípulos y amigos y más tarde adquirían á buen precio sus numerosos admiradores.

Si tal era su proceder en los asuntos artísticos, no era menos extraña su conducta en la vida doméstica. Cuenta uno de sus biógrafos, que de vez en cuando desaparecía de su casa y vagaba errante por las orillas del Turia ó por las márgenes del lago de la Albufera, hasta que agotadas las provisiones, regresaba á su morada acosado por el hambre. Una noche su mujer y sus discípulos, Senén Vila y Juan Conchillos, le vieron llegar como de costumbre, despeado y famélico. March sin embargo volvía gozoso y satisfecho, pues había logrado coger dos peces de gran tamaño; desgraciadamente en la despensa mal surtida, no existían elementos para condimentar la pesca y hasta la provisión de aceite se había agotado, en vista de lo cual el maestro ordenó á Vila y á Conchillos salieran á comprar lo necesario. En vano los jóvenes recorrieron la ciudad; la noche estaba muy avanzada y no pudieron encontrar quien les vendiera lo que deseaban; regresaron pues temerosos y expusieron á March lo que ocurría. «*Vive Dios*, exclamó éste, *que hemos de comer pescado frito esta noche, aun cuando se oponga el universo; en el estudio hay aceite de linaza suficiente para freir un hombre; tomadlo y preparad los pescados.*» Quisieron la mujer y los discípulos resistir á orden tan disparatada; mas el artista se alborotó de tal suerte, que no hubo más remedio que cumplir sus mandatos. Imagínense mis lectores, lo nauseabundo del guiso que pocos momentos después figuró en la mesa. Conchillos alegó que no tenía apetito, y Vila rehusó probar el pescado hasta que lo hubiera hecho el maestro; y obró con sumo ingenio, pues apenas March cató la fritura, cuando levantándose sin decir palabra arrojó el plato por la ventana y si no lo hubieran contenido toda la vajilla hubiera corrido igual suerte. Hecho esto se retiró á descansar, advirtiendo antes á su mal humorada cónyuge que *los ingredientes que sirven para la pintura jamás deben emplearse en los usos culinarios.*

Tales eran la condición y el carácter del insigne pintor valenciano, quien á pesar de sus excentricidades, no consta cometiera jamás acto alguno que redundase en desprestigio de su honradez.

Contemporáneo suyo nos ofrece la escuela sevillana otro personaje notable por sus rarezas. Francisco Herrera el viejo, artista distinguido, que según Cean Bermúdez «fué el primero que sacudió en Andalucía la manera tímida que conservaron por mucho tiempo nuestros pintores españoles y se formó un nuevo estilo que manifestó el genio nacional.» En efecto, Herrera es uno de los fautores del realismo que á tan alto grado elevó la pintura española en el siglo XVII, á él debió Velázquez sus primeras lecciones y las tendencias á la verdad que desarrolladas más tarde le condujeron al eminente lugar que ocupa entre las glorias artísticas de nuestra España.

Francisco Herrera fué hombre brusco en sus maneras, y arrebatado en el carácter; disputaba con todo el mundo, y á los discípulos les exigía tal puntualidad en el estudio y los trataba tan desatinadamente, que todos ellos incluso Velázquez permanecieron muy poco tiempo á su lado, lo cual por otra parte no le preocupó gran cosa, pues dotado de prodigiosa facilidad de ejecución y acostumbrado á pintar con grandes brochas, despachaba las obras con presteza sin igual y prueba de ello son la multitud de cuadros de su mano que se conservan en Sevilla. Refiere un escritor diciendo haberlo oído contar á algunos pintores ancianos, que cuando el trabajo le apremiaba, una vieja sirviente, única que no le abandonó durante su vida, cogía un brochón que parecía una escoba y embadurnaba los lienzos á su capricho, tras de lo cual Herrera, antes de que se secaran los colores, con singular habilidad comenzaba á modelar figuras y ropajes, concluyéndolos con tal arte, que muchas veces, no tuvo necesidad de segundar la obra. Parece que con tan extraño proceder, los cuadros de Herrera no debieran pasar de una mediana bondad, y sin embargo alguno de ellos, tal como el *Juicio Final* que pintó para la iglesia de San Bernardo, ayuda de parroquia de la Catedral de Sevilla, son un testimonio de su ciencia anatómica, su corrección en el dibujo, su inteligencia en la composición y de su acierto en la expresión y colorido.

Un episodio hay en su vida que de ser cierto haría desmerecer á Herrera, en el concepto de hombre de bien; me refiero á la imputación de monedero falso que le costó larga reclusión en el colegio de jesuítas de San Hermenegildo, durante cuyo encierro pintó el cuadro del altar mayor que representa el santo titular, con tal maestría que Felipe IV al visitar el convento en 1624 le indultó diciendo: «*que quien tal habilidad tenía no podía abusar de ella.*» Tenemos fundadas razones para creer falsa la acusación hecha á Herrera, venganza tal vez, de alguna ofensa personal inferida por el artista con su carácter violento.

Sea de ello lo que fuere, Herrera no modificó su genio con esta desventura y poco después sus hijos hubieron de abandonarle huyendo de sus excentricidades, y entonces el viejo, que ya no tenía con quién reñir en Sevilla, marchó á Madrid donde residió algunos años muriendo en 1656.

En Andalucía también y por la misma época existió otro artista digno de ser incluído entre los más famosos por su genio singular y por su extravagante manera de ser; me refiero á Alonso Cano, el celebérrimo pintor, escultor y arquitecto granadino.

Apenas comenzaba á extenderse por Sevilla la fama del joven artista, cuando un duelo que tuvo con su irascible colega Valdés Leal, le obligó á trasladarse á Madrid donde residió largas temporadas desde 1637 á 1652. Durante su estancia en la corte, en la que halló la más favorable acogida, Alonso no se preocupó en lo más mínimo de sujetar sus instintos, y su historia registra en el mencionado período multitud de anécdotas más ó menos apócrifas, que no hacen formar opinión muy lisonjera del eximio artista. Admira cómo con tales antecedentes se le ocurrió ingresar en el estado eclesiástico, y cómo el Cabildo de la catedral de Granada le dió la colación y posesión del cargo de racionero.

Cuán escasa era su disposición para el sacerdocio lo prueban las continuas desazones que dió al Cabildo durante seis años, en los que pretendió obstinadamente, cobrar las pensiones sin ordenarse *in sacris* y sin cumplir el compromiso de emplear sus facultades en beneficio de la iglesia metropolitana hasta que por fin en 1658 tomó las órdenes sagradas; mas no por ello varió su idiosincrasia, continuando de tal suerte hasta el último de sus días.

Alonso Cano no era sin embargo un malvado, era sencillamente un hombre excéntrico. Mientras por un lado daba pruebas inequívocas de su caridad, repartiendo entre los necesitados su dinero, su ropa y hasta los dibujos y bocetos de sus cuadros, indicándoles al propio tiempo la persona que podría adquirirlos; por otra parte trataba desabridamente á sus discípulos y á los personajes que le favorecían con sus encargos; y sólo el alto concepto que se tenía de su mérito pudo evitar en cierta ocasión que el Santo Oficio de Granada le castigase severamente, por haber profanado una imagen de San Antonio que un Oidor de la Chancillería se atrevió á regatearle.

Una de las manías que más le preocupaban era la aversión á la raza judía, hasta el extremo de que si por acaso tropezaba con algún individuo de aquélla, en la vía pública, corría á su casa é inmediatamente se despojaba de toda la ropa que había rozado con la del hebreo, negándose á usarla más. En cierta ocasión hallándose Cano en el estudio, acertó á penetrar en él un mercader ambulante de objetos orientales. El artista examinó la

mercancía y compró algunas chucherías para desembarazarse del importuno, que salió de la estancia haciendo grandes reverencias y declarando al salir su condición de judío damasceno. Contestó Cano á tal nueva con una serie de improperios y amenazas tales que el israelita huyó espantado; arrojó luego las baratijas lejos de sí é incontinenti hizo venir á un alarife con el cual ajustó el enladrillado nuevo de todo el piso que el hijo de Jacob había hollado con su planta. A tales extremos le conducía su intransigencia en este punto.

No era menor su aversión á las imágenes ó cuadros de malos artistas; por eso en su última enfermedad habiéndole presentado el sacerdote que le ayudaba á bien morir, un crucifijo de mucha devoción pero muy mal esculpido, se negó á mirarlo diciendo: *Deme, Padre, una cruz sola, que yo allá con la fe venero á Jesucristo y le reverencio como es en sí, y como lo contemplo en mi idea.*

El sincronismo de las fechas me lleva insensiblemente á decir dos palabras acerca de las lúgubres manías de Gregorio Hernández, el preclaro escultor que tanta fama logró en Valladolid y en ambas Castillas en el primer tercio del siglo XVII. Hombre de vida ejemplar, alternaba los estudios artísticos con las prácticas más devotas de mortificación y caridad, y en muchas ocasiones dejaba los útiles de esculpir y se encaminaba al cementerio para ayudar á los sepultureros á enterrar los cadáveres de los pobres. Hasta aquí tan edificante conducta sólo prestaría motivo de admiración, pero Gregorio Hernández llevaba más adelante sus tétricas ideas y un contemporáneo refiere que en algunas ocasiones su taller situado en el Campo Grande aparecía cubierto de negros paños y fúnebres atributos, y los asombrados discípulos encontraban á su maestro, rodeado de blandones, vestido de carmelita é inmóvil dentro del ataúd, que al efecto tenía preparado y del que no salía sino á ruegos de su atribulada esposa.

En la época contemporánea no faltarían ciertamente rasgos curiosos de artistas ilustres, dignos de ser conocidos de mis lectores, mas las personalidades á quienes pudiera referirme, ó viven aún ó hace pocos años que bajaron al sepulcro y todavía no está bien definido su carácter. Para entregar al público ciertas intimidades, creo que antes hace falta que el tiempo dé al personaje cierto carácter legendario y fije además el verdadero valor de sus obras; de otra suerte, la narración biográfica corre riesgo de transformarse en medio de ensalzar al que poco vale por otro concepto ó de rebajar legítimos méritos.

Por otra parte el espacio de que puedo disponer es limitado y fuerza es terminar este artículo. Antes sin embargo haré observar que si pudiéramos conocer la vida íntima de los hombres de verdadero genio artístico, asombraría el número de extravagancias que acompañan á la facultad creadora.

La causa de ello hay que buscarla en el predominio de las facultades imaginativas sobre las demás. El culto al arte bello, semejante en sus efectos á los que producen el opio y el haschisch, exaltando el cerebro, conduce al hombre á regiones desconocidas para los demás mortales, embriagándole con sueños fantásticos, que producen, es cierto, goces inexplicables, pero que poco á poco trasforman el organismo, haciéndole más apto para sentir y crear la belleza, pero menos á propósito para las materialidades de la vida, con las que se encuentra en continuo choque. El artista español de los siglos XVI á XVIII, casi siempre creyente y de carácter algún tanto sombrío y altanero, al despertar de sus ensueños incurrió alguna vez en arrebatos de carácter ó místicas rarezas, pero jamás se degradó hasta las sangrientas escenas ó libidinosas orgías que H. Taine refiere de otros artistas del Renacimiento, en sus obras sobre la filosofía del arte.

En nuestro siglo, cediendo á influencias de la vecina nación, ha existido un período en que se creyó indispensable por algunos imitar á los *rapins* de los estudios parisienses, ostentar largas melenas, llevar sombreros estrafalarios, trajes inverosímiles y correr el mayor número posible de aventuras. Hoy, á Dios gracias, han pasado tales modas y si existen excentricidades entre los artistas, son éstas genuinas de cada individuo y no de importación francesa. Por lo demás, ya no estamos en los tiempos en que se permitía á los artistas andar á cuchilladas á la luz de los retablos, y cabe afirmar que todos cuantos al arte se dedican prefieren de seguro el primer lugar en un certamen de su profesión á un premio distinguido en un concurso de personajes excéntricos.

A. DANVILA JALDERO.

LIPA Y CAPOTIN

(Conclusión)

– Pues yo no tengo dónde traer. ¡Ah! sí, espera; la traeré en la gorra.

Dicho esto, corrió hacia una fuente y al poco rato volvió con la gorra llena de agua, con la cual satisfizo Lipa su sed, colocando después el vaso sobre la rama del árbol para que se secase.

Aquella tarde quedó firmada una estrecha amistad entre aquellos niños.

Dieron las seis y el amigo de Lipa, distraído con la conversación y con el juego, pues en su bolsillo llevaba una baraja con la cual jugaron á la brisca, no se dió cuenta de la hora que era. Al notar que anochecía, dijo:

– Chico, yo ya me voy, que sino el amo me va á pegar. ¿Tú no te vas á casa?

– Yo no tengo casa, – respondió Lipa con gran naturalidad.

– ¿Y vas á estarte aquí toda la noche?

– Pues claro.

– *¿Quiés* venir conmigo? Yo creo que el amo no dirá *ná*. En la cuadra hay mucho sitio y allí estaremos los dos.

– No *matrevo.*

– Anda, hombre; y sino nos *quearemos* los dos en cualquier parte, que bancos *pa* dormir ya hay.

Dióse por convencido Lipa; levantóse con gran trabajo y comenzó á andar, pero á los pocos pasos dijo:

– No *pueo,* me duele mucho esta maldita pata.

– Anda, cobarde, – repuso el otro, – agárrate á mí.

Arrastrando la pierna, llegó Lipa hasta la plaza Mayor, pero allí el dolor le impidió continuar. Entonces comenzó á llorar fuertemente, diciendo:

– ¡Ay Dios, que tendré que volver al hospital!

El otro le miró un rato sin decir una palabra.

Seguía el llanto de Lipa, cuando su compañero le dijo:

– No llores, hombre, en casa no te echarán. Mira, de aquí á la calle de Toledo, yo te *pueo* llevar á cuestas: anda, agárrate al cuello; – y diciendo esto se inclinó, presentando sus espaldas á Lipa. Este no se hizo de rogar, agarróse al hombro de su amigo y de pronto se secaron sus lágrimas y dijo:

– ¡Arre, burro!

Así llegaron á un parador de lo último de la calle de Toledo. Allí el amigo de Lipa dijo á la dueña lo que ocurría, y éste fué admitido para dormir en la cuadra.

Allá se fueron los dos amigos, comieron unos mendrugos de pan y se tumbaron sobre la paja.

– ¡Qué bien se está aquí! – dijo Lipa.

– Ya lo creo, – repuso el otro.

Reinó un rato el silencio y comenzóse á oir la acompasada respiración de Lipa, que empezaba á dormirse. Su compañero le despertó diciéndole:

– Oye tú, ¿cómo te llamas?

– Yo Lipa, ¿y tú?

– Yo Capotín.

Cuando á la mañana siguiente despertó Lipa, sentía agudísimos dolores en la pierna.

Por conducto de Capotín supo la dueña del parador los padecimientos del muchacho; y compadecida de él, hizo que le subieran, desde la cuadra en que había dormido, á un cuarto, en el que había un catre que á Lipa pareció de plumas, por más que sólo un menguado y flaco colchón de borra tenía.

La buena y caritativa mujer trató solícitamente al niño, poniéndole en la parte dolorida paños de árnica y dándole de dos en dos horas sendas tazas de caldo, y al mediodía y á la tarde sabrosas chuletas.

Con tales cuidados y la asistencia de un médico, que fué llamado para que sanara á Lipa, no tardó éste en saltar del catre, más fuerte que un roble, y con tales colores en las mejillas, que parecía que de ellas iba á brotar la sangre.

La dueña del parador era una hermosa mujer, como de unos cuarenta años, de elevadísima estatura, carnes superabundantes y pronunciadísimas curvas, que no se dejaban sujetar por tiránico corsé, ó por lo menos, que al ser oprimidas, protestaban saliéndose por todas partes.

La cara de la *Inesona*, como la llamaban en el barrio, era redonda, de un color moreno subido, de grandes ojos negros, boca grande y de labios delgados, sombreado el superior por un vello que era algo más que ligero.

Su cabello era negro también, pero tan negro, que llegaba á tener visos azulados. Inesona peinábase con grandísimo esmero, poniéndose su moño alto como una coronilla y tan estirado y lustroso, que parecía que en él se daba barniz.

Vestía siempre de aparejo redondo y sus modales eran desgarrados, su lenguaje no era de mieles, sino muy al contrario, estaba en perfecta armonía con el de los arrieros que frecuentaban su casa.

Aquel cuerpo ordinario, aquellos modales y aquel su continuo gruñir y jurar, eran, sin embargo, el disfraz de un corazón sensible y de un alma toda bondades y generosidades.

Cuando Lipa hubo recobrado la salud, díjole un día la Inesona:

– Oye tú, Lipa ó Lapa de los demonios, que bien te me has *pegao*, ahora ya estás bueno, con que á ganarte la vida, granuja, que yo no estoy *pa* curar á *toos* los cojos. Si estás cojo vete á Santana, que *toos* van allí con su pata galana.

– Bueno, *señá* Inés, me iré esta misma tarde, – contestó Lipa.

– ¿Y adónde vas á ir, si no tienes padre ni madre ni perrito que te ladre, *condenao*?

– Pues á la calle.

– ¿Y en dónde dormirás esta noche? en la calle también, para que se te vuelva á poner mala la pata y me cueste un dineral remendártela.

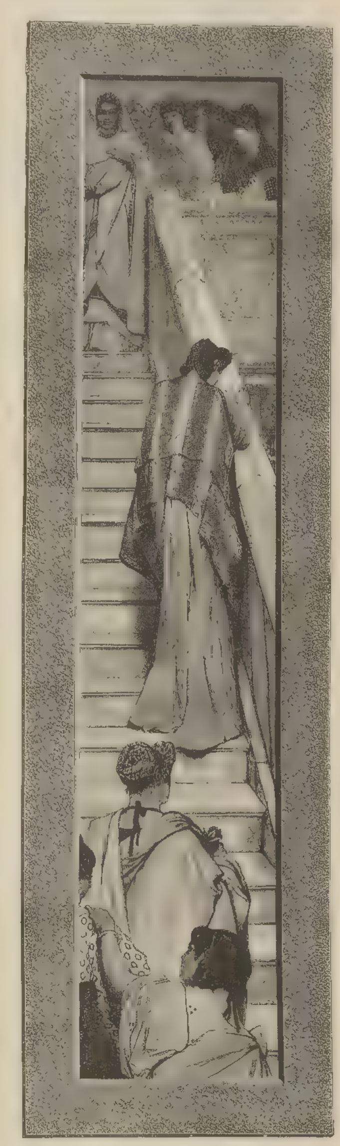
– No señora, si ya estoy *juerte.*

– ¡Ya estás *juerte*, ya estás *juerte!* Cállate, *mequeltrefe*, granuja, ¿tú qué sabes cómo estás? Mira, esta noche vienes á dormir á la cuadra con Capotín, y tú y él os arregláis. Ah, y vente á comer también, que donde comen tres comen cuatro. Pero no creas que te vas á encontrar la papucia de bóbolis bóbolis: si *quiés* llenar la panza, has de trabajar; con que ya lo sabes, ayudarás á Capotín.

– ¡Pero si Capotín no hace *ná!*

– También *tiés* razón, pero no importa, le ayudas. Ahora sois chicos; ya creceréis y entonces serviréis *pa* algo más. Con que á la calle, que aquí sobran los mocosos.

Cambió por completo la suerte de Lipa; pasó de mendigo á propietario de un sitio en una hermosa cuadra y á *caballero* que todos los días recibía de manos de la Inesona un abundante plato de cocido y de cuando en cuando un traguete de buen vino de Arganda.

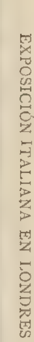


EN LA ESCALERA, acuarela de L. Alma Tadema
existente en el Museo de Kensington

¡Quién como Lipa y Capotín! – decían al poco tiempo todos los antiguos compañeros del primero. – Su trabajo consistía en ayudar á los arrieros á cargar y descargar, trabajo que les ocupaba dos ó tres horas al día. El resto lo empleaban en pasearse por las calles de Madrid: acudir á las puertas de la plaza de toros los días de corrida, ver las paradas, las formaciones, los espectáculos callejeros, admirar los juegos de manos de los *taumaturgos* al aire libre y ser la pesadilla de municipales, paletos, vendedores de papeles públicos y de casi todos los habitantes de la villa y corte, pues no son para referidas las mil travesuras y tretas que inventaban, *pa reirse* un rato – como ellos decían – á costa de los demás.

Lipa y Capotín llegaron á ser célebres y conocidos por Madrid entero. Jamás, durante diez años, se vió solo á uno de ellos. Quien insultaba á Capotín insultaba á Lipa y era apaleado por ambos. Si alguno los comisionaba para que llevasen un baúl ó una maleta, cargábase Lipa

EXPOSICIÓN ITALIANA EN LONDRES



PERROS GUARDIANES, cuadro de C. de Martino, grabado por Mancastropa



EN VENECIA, cuadro de Luke Fildes, grabado por Bong



MODERNOS EDIFICIOS DE LEIPZIG – *Nuevo Palacio de Conciertos*

y á la mitad del camino pasaba el bulto á la espalda de Capotín.

¿Para qué referir lo que á ambos ocurrió desde los diez á los diez y nueve años? Su vida fué siempre la misma: reir, reir y siempre reir. Querer á la *señá* Inesona más que á *naide* y después querer á Timoteo, el hijo de la *señá* Inés.

Hasta ahora no ha habido ocasión de presentar á este personaje, pero ha llegado el momento en que es preciso hacerlo.

Timoteo tenía los mismos años que Lipa y Capotín, era el encanto de su madre. Por él, - decía, – soy yo *buena*. Por él sin duda había recogido á Lipa y Capotín. ¡Si mi Timoteo se hubiera visto como ellos! – pensaba.

Llegó Timoteo á cumplir los veinte años y la patria reclamó de él que empuñase el fusil.

De Lipa y Capotín nadie se acordó, que alguna ventaja ha de tener un mendigo.

Llegó el sorteo, no favoreció la suerte á Timoteo y fué declarado soldado.

Lloraba su madre como una Magdalena, mas no porque fuera soldado, pues influencia tenía para que el chico cumpliera sin salir de Madrid, yendo de ordenanza al ministerio de la Guerra, sino porque iban á sortearle para Cuba, y en Cuba había guerra, y si la suerte le designaba ella no podía librarle.

¡Cuántas lágrimas derramó y cuántos cirios y novenas ofreció á la Virgen de la Paloma, si el chico no iba á Cuba! mas la Virgen no la escuchó. Correspondió á Timoteo ir á Cuba.

Lipa y Capotín se enteraron de lo que ocurría

La noche del día en que esto supieron, sentados los dos en un rincón de la cuadra que tantos años les servía de alcoba, dijo Capotín:

- Chico, Timoteo va á Cuba y la *señá* Inés se va á morir.

– ¿Y qué vamos á hacer?

– Yo ya lo tengo *pensao*.

– Y yo también, que quien se va á Cuba soy yo.

– ¡Cá! soy yo.

– Pues iremos los dos.

—Eso es, y la *señá* Inés se quedará sin Timoteo, que al fin es *soldao*, y sin ninguno de los dos que la ayude cuando más lo necesita.

– Pues quédate tú, que...

– No, señor.

– Mira, los dos no nos podemos presentar: primero me presentaré yo y si salgo *pa* España cambio con Timoteo, pero si saliera también *pa* Cuba te presentas tú: tan mala suerte no hemos de tener que salgamos los tres *pa* allá.

– Bueno, pues yo me presentaré primero.

– No, yo.

– A cara ó cruz.

—Saca una perra.

– Pide, – dijo Capotín.

– Cara.

– Pues salió cruz.

A los pocos días Capotín era soldado, le sortearon y salió para España.

Cambió su suerte con Timoteo, y en una tarde del mes de abril recibió la orden de marchar á Santander para embarcarse.

Despidiéronle á la puerta del parador Inesona y Timoteo, con un llanto que les ahogaba.

Al marcharse, la *señá* Inés le alargó veinticinco duros, diciendo: —Toma, hijo mío, que si no te he *parío*, hijo eres de mi alma; guarda esto *pa* lo que te ocurra; más te daría, pero... – y el llanto no la dejó continuar.

– *Señá* Inés, ¿yo *pa* qué quiero eso, si el rey me da lo que necesito?

—Toma, – replicó Inés metiéndoselos en el bolsillo de la chaqueta.

– ¡Vaya, bueno! Vámonos, Lipa, que se hace tarde.

Fuéronse los dos amigos á la estación.

Renuncio á describir su despedida, sólo diré que momentos antes de partir el tren, se dieron un beso, quizá el primero que habían dado en su vida. Capotín dió á Lipa los veinticinco duros que le había dado la *señá* Inés diciéndole:

– Toma, devuélveselos, aun la debo mucho más de garbanzos.

– ¿Y te vas sin dinero?

—No, tengo nueve pesetas.

—Pues toma cuatro más que tengo yo.

– De tí, sí las tomo.

Partió el tren.

A los seis meses de esto Lipa pidió permiso á la *señá* Inés para irse á Cuba.

—Yo no *pueo* vivir sin Capotín,—dijo.

—Sí, hijo, sí, vete, así estaréis los dos juntos y si os ocurre algo os cuidaréis.

Marchóse Lipa y no tardó en reunirse á Capotín.

Juntos hicieron dos años de campaña.

Al cabo de este tiempo volvió Lipa por enfermo á la Península.

Se restableció pronto y fué destinado al ejército del Norte.

Un día estando á medio kilómetro del mar cargando cartuchos con unos compañeros, cayó una bomba entre ellos.

Lipa se arrojó sobre ella, quiso arrancar la espoleta y no lo logró; entonces agarró la bomba y corrió con ella hacia el mar. Cuando ya le faltaban pocos pasos para llegar, estalló la bomba y el cuerpo de Lipa desapareció en el espacio.

Aquel mismo día, los filibusteros machetearon á Capotín.

Juntos habían vivido en la tierra y juntos entraron en el cielo.

DANIEL ALZAMORA

LEONOR TELLES

(Apuntes para la historia de la separación de Portugal)

A mediados y á fines del siglo XIV parecía inminente la unión de Portugal y Castilla. Ningún obstáculo material ni histórico se oponía á ello. Además estas fusiones de reinos eran fruta del tiempo, si vale la frase, porque entonces empezaban á formarse las grandes nacionalidades. Perdida aquella ocasión, que fué la mejor, volvióse á presentar otra en peores condiciones y desaprovechada con igual torpeza. Felipe II tenía que resolver un problema harto más arduo del que dejó sin solución Juan I, porque Portugal habíase hecho ya potencia colonizadora y sentíase nación. Hoy las dificultades son infinitamente mayores, porque hay por medio recuerdos dolorosos, odios apenas adormecidos y verdaderas antipatías. Puede, pues, asegurarse que el obstáculo que se interpuso en el siglo XIV entre Castilla y Portugal, vino á trastornar para siempre el proceso de formación de la gran nacionalidad española. ¿Quién fué ese obstáculo? Una mujer, la más hermosa, la más astuta y la más inteligente de su tiempo; figura histórica tan interesante como poco conocida en España, y á la que sin embargo rodean atractivos y circunstancias que la hacen particularmente digna de atención.

***

Estamos en 1370 y reina en Portugal Fernando, hijo de Pedro el Cruel ó el Justiciero, contemporáneo del que con igual nombre reinara en Castilla. Era joven y de tan agraciada presencia que ha pasado á la Historia con el nombre del *Hermoso*. Reconocíasele valor, inteligencia y deseo de hacer la felicidad de su pueblo. Pagábale éste con grandes simpatías. Mas había en su carácter un factor que por sí solo neutralizaba todas aquellas cualidades: la imaginación, vehemente en sumo grado. Dejábase arrastrar por ella, tan sin tino, que jamás seguía una línea de conducta, ni desarrollaba plan alguno, ni persistía mucho tiempo en una misma intención. Tal era Fernando de Portugal, llamado además del *Hermoso*, el *Inconstante*, y que sólo tuvo constancia para amar á D.ª Leonor Telles hasta que la muerte vino á cortar el hilo de su pasión. Auxilió á D. Enrique de Trastamara contra D. Pedro. Proclamado aquél, pretendió el trono de Castilla como biznieto de Sancho *el Bravo*, le declaró la guerra y acuñó moneda. Vencido, entró en tratos para contraer matrimonio con la hija del vencedor, á pesar de haberse obligado anteriormente con la del rey de Aragón.

Muy luego se desobligó también con el de Castilla, rendido de amores por D.ª Leonor. Entonces aparece en escena esta mujer singular. Era de noble estirpe, pues pretendía descender de Ordoño II de León. Sin remontarse tan lejos Fernao Lópes, el severo cronista de Don Fernando, resume su genealogía en el capítulo LVII de su crónica (Cómo el rey Don Fernando se namorou de Doña Leonor Telles é casou com ella escomdidamente), haciéndola arrancar de D. Juan Alfonso Tello, conde de Barcellos, en tiempo de D. Pedro. Dejemos la palabra á Fernao Lópes. Nadie con más austera simplicidad que él, con más gravedad en el estilo y más sabor de época, podrá presentar en escena los personajes de este drama histórico. Procuraré conservar de todo esto cuanto pueda al traducirle:

«Ocurrió, pues, que reinando el rey D. Fernando, como dijimos, mancebo y hermoso y hombre de pro, trahia su hermana D.ª Beatriz, hija que fuera de D.ª Ennés, y del rey D. Pedro su padre, gran acompañamiento de damas *(gran casa de donas)* y de doncellas, hijas d' algo y de linaje: porque no había reina, ni otra infanta por entonces á la cual formar corte: y por afecto muy continuado vió nacer en él tal deseo de tenerla por mujer, á doña Leonor, que determinó en su voluntad casarse con ella, cosa en aquel tiempo nunca vista. Y cumple decir más sobre esto: que teniendo así pensado casarse ambos, eran los juegos y conversaciones entre ellos tan á menudo, mezclados con besos y abrazos y otras desenvolturas de semejante especie que hacían á algunos tener deshonesta sospecha de haber sido por él mancillada su virginidad. Vínose en esto á tratar del casamiento entre D. Fernando y la infanta de Aragón, el cual no se realizó según



MODERNOS EDIFICIOS DE LEIPZIG
1. – *Fachada posterior del nuevo teatro.* 2. – *El Panorama*



MONUMENTO DE LA VICTORIA, LEIPZIG, ejecutado por Rodolfo Siemering

hemos contado. Después firmó el rey D. Enrique paces con él como dijimos y fué tratado que casase el rey D. Fernando con su hija la infanta D.ª Leonor, la cual debía serle entregada pasados cinco meses, y habiendo hecho tal trato con el rey D. Enrique, como cosa que había de ser, estando el rey D. Fernando en Lisboa, aconteció venir á su corte, de tierras de Beira donde entonces estaba, D.ª Leonor Telles, mujer de Juan Lorenzo de Cimbra, como ya dijimos, para pasar algunos días con D.ª María su hermana que vivía en casa de la infanta (D.ª Beatriz). Como el rey don Fernando tenía la costumbre de ir á ver muy á menudo á la infanta su hermana, cuando vió en su casa á D.ª Leonor lozana y apuesta y de buen cuerpo, aunque ya de antes la tuviese muy conocida, muy enamoradamente miró sus hermosas facciones y gracias, al punto que olvidando todo el cariño y contento que de cualquier otra mujer pudiera tener, comenzóse á enamorar de esta maravillosamente, y herido así de amor por ella y teniéndola consagrado todo su corazón, de día en día aumentaba más su mal, no descubriendo sin embargo á nadie aquel tan grande amor que en su corazón de nuevo se albergara. Mandó en esto Juan Lorenzo recado á su mujer para que se fuese con él, de quien ya tenía un hijo llamado Alvaro da Cunha. Cuando el rey D. Fernando supo que Juan Lorenzo la mandaba buscar quedó muy enojado de tal embajada, pues ni un momento dejaba de pensar en realizar su pensamiento y viéndose obligado á descubrirlo habló con gran secreto con D.ª María, su hermana (de D.ª Leonor) diciéndole que era su voluntad tomarla por mujer de preferencia á cuantas hijas de rey había en el mundo. D.ª María era sesuda y cuerda y quedó muy turbada cuando tal le oyó decir, viendo que por tal motivo el rey quería desconcertar el casamiento que tenía tratado con la infanta de Castilla, mayormente siendo su hermana casada y mujer de buen hidalgo como era, y su vasallo, por lo que empezó á contradecirle mucho. El rey contestaba á todos sus dichos y respondiendo á lo del casamiento dijo que casaría con ella después de haberse separado de su marido y ella dijo que no creyese que ni aun descasada había de ser su barragana; y el rey encendido de amor por ella juró á D.ª María que... después de separada del marido, la recibiría por mujer.»

No hubo medio de disuadir á D. Fernando. Los mismos parientes de D.ª Leonor, el propio tío de ésta le aconsejaron en contra de su deseo. La unión con Castilla no era repulsiva á los nobles ni al pueblo. Apreciábase pues el desaire hecho á D. Enrique como antipolítico é inconveniente. Murmurábase de la resolución del rey. Todo en vano. Firme éste en su propósito, sentía crecer su amor con las dificultades. Envió una embajada á D. Enrique haciéndole saber que desistía del proyectado enlace. Hallábase el de Castilla en Toro y en vez de llevar á mal la embajada contestó á D. Fernando «Que pois assi era (habla Fernao Lópes) que á el rey nom prazia de casar com sua filha, que nom fazia dello conta, que á ella nom minguaria outro tam homrado casamento.» Más difícil de contentar se mostró el pueblo de Lisboa. Hacía mucho tiempo que los amores del rey con D.ª Leonor eran pasto de las hablillas del vulgo. Los nobles por envidia unos, y otros por espíritu caballeresco, incompatible con el influjo que en los negocios del país ejercía una cortesana, desaprobaban tambien el desaire hecho á la infanta de Castilla. Eran jefes de los descontentos el infante D. Diniz hijo menor de D. Pedro y de D.ª Inés de Castro y el viejo Diego Lópes Pacheco, uno de los matadores de ésta. «Aquél, dice Alejandro Herculano, por altivez de ánimo; éste por gratitud á D. Enrique de Castilla que le había salvado de la triste suerte de Álvaro Gonçalves Coutinho y Pedro Coelho.» Empezóse á hablar del casamiento del rey con D.ª Leonor. Aumentó este rumor el disgusto de los nobles y la irritación del pueblo. El infante, Pacheco y sus amigos supieron aprovechar el estado de los ánimos provocando un motín en Lisboa. Herculano hace de ellos las cabezas del tal motín (1). Ostensiblemente lo fué un sastre llamado Fernao Vasques, el cual seguido de más de 3000 hombres se presentó con gran gritería y actitud nada pacífica delante de palacio. Atemorizóse D. Fernando y envió á preguntar por un su privado á la multitud lo que deseaba. Entonces Fernao Vasques, tomando la palabra en nombre de todos, tronó contra la conducta del rey, que rechazaba una alianza honrosa y ventajosísima, para casarse con una mala mujer, una bruja que le había hechizado, y aseguró que allí estaba el pueblo dispuesto á impedir semejante enlace.

Grandes gritos de aprobación siguieron á la arenga del sastre y con ellos, mueras é insultos á la bruja, á la hechicera, á la manceba del rey. Vió éste sin duda que el tumulto adquiría proporciones tales que por el momento sería locura intentar sofocarle, y cedió. Un enviado suyo presentóse á las masas y las habló diciendo que agradecía á los buenos burgueses de Lisboa el interés que por él se tomaban y que estuviesen tranquilos que no se había casado con D.ª Leonor, ni se casaría nunca.

Apaciguóse con esto el furor popular y al anochecer reinaba profundo silencio en rededor del palacio.

Jamás perdonó D.ª Leonor al pueblo de Lisboa el ultraje recibido. Tan violenta y rencorosa como bella y astuta, juró vengarse y aquella misma noche puso manos á la obra. Dueña absoluta del alma del rey, segura de que le pertenecía por completo, convirtióle en instrumento de su venganza. Lisboa continuaba alborotada sin que pudiera presumirse dónde ni cómo acabaría el alboroto. D.ª Leonor hizo salir al rey camino de Santarem. Lejos de los hidalgos hostiles, su casamiento con el rey era inevitable. Lejos del pueblo sublevado, podía don Fernando reunir sin ruido sus hombres de armas, caer sobre Lisboa y castigarla. ¡Reina y vengada! Estos eran los más vehementes deseos de la adúltera.

No tardó en verlos realizados. De Santarem marchó D. Fernando á través de su reino seguido ya de gran número de hombres de armas y de mucha parte de la nobleza. El infante D. Diniz y el viejo Pacheco, entre otros, le acompañaban. El movimiento de Lisboa podía darse por abortado desde el instante en que el rey lograra huir. Como hábiles cortesanos que eran, Pacheco sobre todo, abandonaban al vencido y se pasaban al vencedor.

(1) *Arrhas por foro d' Hespanha*, por A. Herculano.

Don Fernando publicó desde Eixa una suerte de manifiesto declarando su intención de dar inmediatamente mano de esposo á D.ª Leonor Telles y aquel mismo día cumplió su palabra. Dirigióse á Porto, donde fué recibido con grandes fiestas. Allí entró ya D.ª Leonor á su lado á caballo, como reina, llevando las riendas el infante Don Juan. A muy pocos pasos caminaba el infante D. Diniz triste y meditabundo. Pacheco no se hallaba presente. Comprendiendo que D.ª Leonor no le perdonaría, huyó á Castilla.

En los salones del palacio de Porto se verificó aquel día la ceremonia solemne de besar la mano á la nueva reina. El acto fué señalado por un incidente escandaloso. El infante D. Diniz negóse á prestar este homenaje. Sin la intervención del viejo ayo Arias Gómes, D. Fernando, ciego de ira, hubiera dejado tendido á sus pies al infante.

Vino después de esto la guerra entre Portugal y Castilla, porque no contento D. Fernando con haber faltado á la palabra empeñada alióse al duque de Lencastre. Vencedor D. Enrique, cercó á Lisboa y no entró á saco la ciudad gracias á la mediación del Papa, que puso fin á las hostilidades. En lo más apretado y angustioso del asedio esparcióse en ella el rumor de que existían tratos para entregarla por traición á los castellanos. Dábale fuerza el hecho de estar en el campo de D. Enrique el infante Don Diniz y Diego Pacheco. La furia del pueblo no tuvo límites. Vió que el daño le venía entonces de los castellanos y su rabia fué á estrellarse contra los que les ayudaban. Para nada se acordaba de su verdadera enemiga, á la sazón lejos de allí. Amotinóse de nuevo y las casas de los amigos del infante fueron saqueadas y asesinados sus dueños. Uno de éstos fué colocado en la funda de una máquina de las que servían para arrojar grandes piedras contra los sitiadores. La máquina le lanzó sobre el tejado de la catedral. Fueron allí á recogerle y hallándole vivo volvieron á colocarle en la máquina, que le arrojó al mar, donde murió.

Cuenta Herculano que al entrar en Lisboa D.ª Leonor y contemplar aquel instrumento de tortura de uno de sus enemigos, se sonrió ligeramente. Aunque anecdótico, el rasgo no puede ser más propio del carácter de aquella mujer. El motín de Lisboa ocurrió en 1371. Habían pasado, pues, dos años enteros cuando regresó á la capital. La situación de ésta no podía ser más triste. Durante el sitio habían sufrido sus habitantes toda suerte de calamidades, sospechándose que la inacción de D. Fernando, que no acudió en su socorro, fué una forma de la venganza de la reina. Como si esto fuera poco, todos los que habían tomado parte en el motín contra sus bodas, que no murieron en la guerra ó no lograron huir á Castilla, fueron muertos y confiscados sus bienes.

G. REPARÁZ.

LOS LOBOS SABIOS

El circo de París tiene actualmente en su programa una de las más curiosas exhibiciones, y es una manada ó colección de lobos amaestrados, ó sabios técnicamente. El interés que ofrece este raro espectáculo, nos lleva á describirlo con alguna extensión.

Durante un entreacto traen los mozos del circo al redondel, á fuerza de brazos, una especie de carro, que se parece mucho á los de los saltimbanquis, pero adornado con dibujos y dorados.

Este carro viene completamente cerrado, y luego que se ha dejado en la arena, traen los mismos mozos unas ligeras rejas de hierro de unos dos metros de altura, las cuales, enganchadas rápidamente unas á otras, vienen á formar un amplio recinto, uno de cuyos lados constituye la cerrada y misteriosa carreta.

Los fieros animales parecen un momento deslumbrados por el esplendor de las luces y aturdidos por el ruido de la música y por el hormigueo de los espectadores



MODERNOS EDIFICIOS DE LEIPZIG – *Nuevo Palacio Editorial*

que los rodean; pero muy luego se rehacen y saltando en tierra manifiestan claramente el placer que les causa el momento de libertad que se les concede. De ella se aprovechan sin demora retozando, persiguiéndose, mordisqueándose y rodando por el suelo.

Pasado este momento de expansión, digámoslo así, el *profesor*, como dice solemnemente el programa, el profesor Signor Rudesindo, restablece el orden entre sus alumnos, y á gusto y contentamiento del público se suceden los ejercicios en el orden siguiente.

Adviértase que el profesor lleva en la mano dos látigos, uno de mango corto y otro de mango muy largo, cuyo extremo está armado de una aguda punta, que los alumnos deben conocer perfectamente, pues le guardan el aire al parecer.

Ante todo, giran en redondo los lobos en torno del redondel al galope largo y forman entonces una especie de jauría, haciendo pensar en las numerosas manadas de lobos, que según narración de los viajeros suelen seguir los trineos en las estepas de Rusia. Después de haber girado en un sentido, se detienen de pronto á la voz del domador y vuelven á su carrera circular en sentido opuesto.

Después, y siempre á la voz de mando, saltan y se alinean militarmente en una plataforma preparada delante de sus jaulas. Rompen filas luego y vuelven á bajar á la arena y se ponen de pie apoyando las manos ó patas anteriores en los barrotes de la reja.

Y sigue el ejercicio de las sillas. Un lobo á una orden del domador, se pone en equilibrio, como un funámbulo, con las cuatro patas en el estrecho travesaño del respaldo de una silla. Otro lobo, con las patas posteriores en el respaldo de otra silla, apoya las manos en los hombros del domador. Otros dos lobos saltan sobre los hombros de éste y se sostienen apoyando sus manos en sus brazos extendidos. En tres sillas colocadas á continuación una de otra, se agrupan cuatro lobos de la manera siguiente: dos se ponen de pie sobre los respaldos, y los otros dos, uno á cada lado con los pies en los asientos de las sillas y las manos apoyadas en los respaldos.



EJERCICIOS DE LOBOS SABIOS EN EL CIRCO DE INVIERNO EN PARÍS

Luego agarra el domador á un lobo por la garganta, y apretándole, le hace abrir tamaña boca, en la cual introduce la cabeza.

Después se hace bajar del techo del Circo una escala doble, y los lobos suben sucesivamente por un lado y descienden por otro; pero suben por uno y otro lado, de manera que se encuentran en su camino y se cruzan y siguen, á pesar de que la escala es relativamente estrecha. A una voz del domador, todos los lobos se lanzan á la escala, se aprietan, se amontonan de arriba abajo y forman una especie de cuadro bastante divertido.

Los mozos traen entonces unas barreras que tienen metro y medio de altura, y á pesar de esta elevación las salvan los lobos, saltando con mucha agilidad y destreza.

La última escena es bastante curiosa: del techo desciende poco á poco, pendiente de un cordón, un canastillo de hierro lleno de carne. Luego al punto, con avidez característica, se agrupan los lobos debajo, saltan á una altura prodigiosa en ansia de alcanzar el canastillo y muestran una vivacidad y animación extraordinaria hasta que la apetecida carne cae al suelo á una zarpada del más listo, y entonces se asiste á una escena no menos divertida, pues no habiendo ración para todos, se la ha de llevar el más fuerte ó el más hábil, lo que es ocasión de una batalla.

Terminado el espectáculo, todavía queda algo igualmente divertido, y es el encierro de los lobos en sus jaulas respectivas. El domador abre una puerta y llama á un lobo por su nombre; pero el interpelado comprende muy bien de qué se trata, y si unos acceden obedientes saltando con presteza al carro, otros manifiestan su repugnancia á recogerse tan pronto prefiriendo quedarse fuera. Estos se ocultan detrás de sus compañeros, que entretanto retozan y juegan, y sólo á la eficacia del látigo consienten en volver al encierro.

Sin embargo, algunos lobos protestan de la injusticia del castigo, como lobos libres que son ó debieran serlo, y erizan cuello y lomo y refunfuñan y enseñan los dientes, á punto de gritar: ¡Muera el tirano!

Por último queda sólo un lobezno, que procurando merecer bien de su amo, se arrastra por tierra, haciendo el humilde, á la manera del perro que, habiendo cometido una falta, se arrastra á los pies del amo para evitar el castigo.

Este espectáculo del circo es interesante porque muestra el grado de inteligencia, de docilidad y comprensión que pueden alcanzar tan fieros animales. En efecto, los lobos en estado libre, rodeados de poblaciones y á expensas de cuyos habitantes viven y por éstos constantemente perseguidos, se hallan en un continuo estado de temor y desconfianza, y su extremo salvajismo está por demás justificado.

Pero cuando se les ve en un circo trabajando con docilidad, á la voz del amo, pueden ser asimilados á los perros. De aquí resulta al parecer que entre estos animales hay más bien una diferencia de raza que una diferencia de especie, supuestas, por una parte la inmensa diversidad de las razas caninas, y por otra el hecho cierto de que perros y lobos pueden producir mestizos. Aun bajo el punto de vista del aspecto, los perros de los pastores se parecen mucho á los lobos, y sabido es la admirable inteligencia que estos perros manifiestan en la guarda de los ganados.

Si hay gran número de hechos relativos á la inteligencia de los lobos y á su cualidad de domesticación, hay según nuestra creencia, muy pocos ejemplos de lobos que hayan merecido el epíteto de *sabios*.

Cítanse algunos, sin embargo: el año pasado, en el teatro de *Folies-Bergeres*, hubo de exhibir un domador lobos *sabios*, que ejecutaban ejercicios análogos á los que ejecuta la colección del *profesor* Rudesindo. En Auvernia, país donde abundan los lobos, suelen los cazadores hacer zanjas para coger lobos; y cuando han logrado coger alguno de estos animales, le ponen un bozal y un collarín, y sujeto con una cadena, lo pasean de pueblo en pueblo exhibiéndolo en ferias y mercados. En recompensa de tan buena aprehensión reciben dinero y efectos. La caza de un lobo vivo, equivale para estos cazadores á una pequeña fortuna, como quiera que el lobo viene á ser en sus manos un medio de ganarse la vida. Por la compra de un lobo vivo hubo de comenzar Mr. Pezón su carrera de domador.

Suele suceder que estos lobos, cuando fueron cazados de cachorros, toman apego á su amo, le obedecen dócilmente y aprenden y ejecutan ciertos juegos ó habilidades, como hacer la ronda, saltar por encima de un bastón, ponerse en pie, hacer el mortecino, bailar, etc., á la voz ó indicación del amo.

Para hacer bailar á su lobo, el maestro canta, marca el compás dando en el suelo con su palo y aun dándole ejemplo, es decir bailando él mismo: por imitación y bajo el amago del castigo cuando no basta el halago, muy luego el animal lleva el cuerpo á un lado y otro, se balancea y al parecer hace lo posible por bailar.

El baile ó danza de los lobos no es especial ó exclusiva de la Auvernia. En otro tiempo, según narración del viajero Chardin, era muy corriente en Persia. Chardin refiere, en efecto, haber visto en Tauris, por los años de 1667, lobos amaestrados en la danza. «El pueblo de Tauris, dice, tiene su mayor diversión en esta danza, y de cien leguas de distancia se llevan allí lobos muy bien enseñados á danzar. Los más hábiles se venden hasta á quinientos escudos, y por causa de estos lobos suele haber grandes tumultos en el pueblo, difíciles de calmar á veces.»

Los maestros de lobos suelen hacer ejecutar á sus animales habilidades muy curiosas, que difícilmente podría hacer un perro: una de ellas no es más que la aplicación de uno de los instintos del lobo, cuando se halla en estado salvaje.

En efecto, cuando un lobo mata una oveja, ú otro animal de igual corpulencia, si no puede devorarla tranquilamente en el mismo lugar por temor á los pastores ó á los perros, la coge del cuello con sus presas y volteándola se la carga al lomo y huye con ella rápidamente. Pues los maestros de lobos les hacen repetir esta prueba de instinto, habilidad y fuerza. Al propósito, echan al suelo un saco lleno de paja ó cosa equivalente y desembozan el lobo, sin abandonar la cadena: el lobo se precipita sobre el saco, lo coge de un extremo con los dientes, le da vuelo y se lo atraviesa en el lomo con la mayor gallardía. Así cargado corre á la redonda con aplauso de la concurrencia.

A propósito de la aptitud de los lobos para cargar con su presa, refiere la leyenda cristiana que un día atravesaba un bosque San Herbe, fatigado con pesada carga. Vió luego venir á su encuentro un monstruoso lobo cuya intención no era sino devorarlo; pero el santo calmó al fiero animal y echando en tierra su carga se la hizo tomar y llevar á lomos hasta el límite del bosque. En recuerdo de esta leyenda es de tradición en la escultura representar al santo acompañado de un lobo.

Se cree que los lobos son sensibles á la música, y con esta ocasión se han citado cierto número de hechos. He aquí uno de ellos. Un músico de aldea que volvía de una boda, hubo de caer en una zanja de cazar lobos, en que había caído uno de estos fieros animales. El lobo, todavía más fiero por el hambre, corrió á devorar al pobre músico; pero éste tuvo la feliz inspiración de ponerse á tocar su instrumento, y con esto, retrocedió la hambrienta fiera á un extremo de la zanja, donde parecía escuchar con atención; y mientras el músico estuvo tocando no se movió de allí el lobo. El músico tuvo pues que estar tocando parte de la noche y del día siguiente, pues hasta el medio día no acudieron á salvar al desgraciado los leñadores que trabajaban en el bosque, sorprendidos de oir tal música en aquellas soledades.

(De *La Nature*)

BARCELONA.—IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 21 DE ENERO DE 1889 — NUM. 369

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA



COMPAÑERISMO cuadro de Román Navarro

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

COMPAÑERISMO, cuadro de Román Navarro

(Exposición Universal de Barcelona)

Ninguna amistad improvisada es tan sincera como la amistad que se contrae en el campamento. La comunidad de privaciones y de peligros, la incertidumbre del porvenir, la nostalgia del humilde hogar doméstico, la necesidad de creer que alguno cerrará piadosamente los ojos del cadáver antes de ser arrojado á la fosa anónima, establece entre los soldados lazos de familia, cariño fraternal, compañerismo en vida y en muerte. Esto lo sabe perfectamente el autor del cuadro que publicamos, oficial de caballería en el ejército español, próximo á soltar la espada para empuñar exclusivamente los pinceles del artista.

Y á fe que su preferencia es justificada. Quien como Navarro, fiado casi del todo á sus impulsos propios, sin antecedentes escolásticos y robando horas al penoso ejercicio de las armas, da una muestra de su valer como la del cuadro que titula *Compañerismo,* bien puede prometerse que si renuncia á unos laureles, otros no menos estimados le están deparados. Por de pronto pinta lo que más conoce y lo pinta con verdad y con sentimiento. Ese herido sufre, es indudable; pero sufre con la heroica resignación del que vierte su sangre generosamente sin saber por qué, pero en la justa creencia de que ha cumplido con la patria. El soldado que le sostiene en la silla contempla á su compañero con el cariño de un camarada que harto comprende la facilidad con que en el próximo encuentro puede necesitar iguales demostraciones de afecto; y el imberbe trompeta que ha descabalgado fija la vista en el punto donde tiene lugar la batalla cual si quisiera prepararse para resistir una agresión que pudiera costar cara á su nuevo amigo. En cuanto á los caballos son excelentes estudios del natural.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA que ha publicado las obras más célebres de los pintores antiguos y modernos para que en ellos aprendan los artistas y forme su gusto el público, cree que no menos cumple con la misión que se ha impuesto estimulando en el comienzo de su carrera á cuantos la acometen en las condiciones del Sr. Navarro.

JAMES CLARKE HOOK

Este anciano y laborioso artista, uno de los que mayor renombre gozan en Inglaterra, cuenta hoy cerca de setenta años, y hace ya cerca de treinta que pertenece á la Real Academia de Pintura de Londres, de la que fué elegido individuo por unanimidad de votos. Habiendo pasado sus años juveniles en las colonias inglesas de la costa occidental de Africa, empezó á familiarizarse con el mar en los frecuentes viajes que hizo á su isla natal, procediendo seguramente de esta circunstancia la afición que en su carrera artística ha mostrado á todo cuanto se relaciona con aquel elemento.

Hizo sus primeros estudios en Londres, donde frecuentó asiduamente las galerías del Museo Británico, dedicándose á copiar los mármoles allí conservados de los autores clásicos griegos. Pasó luego á perfeccionarse en Italia, estudiando en Venecia con gran provecho las obras del Ticiano, Tintoretto, Palma el Viejo y otros, y visitando las principales ciudades de aquel país. De regreso á su patria, pintó muchos cuadros de historia, mas su verdadera vocación, por decirlo así, eran las marinas, en las cuales se ha distinguido y distingue de un modo notable. Prueba de ello son los cinco grabados que publicamos, reproducciones de otros tantos lienzos suyos conservados con singular aprecio por sus poseedores.

La laboriosidad de Clarke Hook es tal, que sus biógrafos enumeran hasta ciento ochenta cuadros pintados por él, amén de un número infinito de bosquejos y apuntes. Hoy á pesar de su avanzada edad, conserva el ardor artístico de un joven, y retirado en su solitaria posesión de Silverbeck, divide el tiempo entre su modesto estudio y los trabajos de jardinería á que se dedica tanto por afición cuanto por conservar su vigor y su salud.

COPISTAS EN EL LOUVRE DE PARIS

dibujo de Dudley Hardy

Cuantos hayan visitado en días laborables los salones del principal Museo de Pinturas de la capital de Francia, habrán fijado sin duda su atención en el considerable número de mujeres de toda edad y condición social que se dedican á copiar algunos de los cuadros expuestos, número que cada día va en aumento, á la par que crece en la vecina república la afición á la práctica de las Bellas Artes. Las exposiciones de pinturas, ya generales, ya parciales, se multiplican en París, siendo rara la época del año en que no hay abierta alguna, y como los expositores no pertenecen exclusivamente al sexo fuerte, sino que también el bello toma parte en ellas, y aun tiene constituída una sociedad que celebra anualmente su exposición particular, de aquí el que las damas, y entre ellas bastantes de elevada posición, se dediquen á manejar los pinceles con creciente afán y emulación.

El grabado que publicamos es un bosquejo de varios de los tipos femeniles que puede ver á cualquier hora el visitante del Museo del Louvre, y aunque alguno de ellos está trazado con cierta exageración, rayana si se quiere en caricatura, no por eso dejan de dar una idea de las aficionadas que más asiduamente frecuentan aquel museo, así como de la soltura y destreza del rápiz del hábil dibujante M. Dudley Hardy.

SUPLEMENTO ARTISTICO

EL EMPERADOR GUILLERMO I
victorioso fundador del Imperio Alemán
cuadro de Fernando Keller

La apoteosis es un género pictórico pasado de moda. Hubo un tiempo en que el orgullo excesivo del vencedor ó la excesiva adulación de sus cortesanos buscaban manera de endiosar el éxito, apelando al obligado concurso ó auxilio de la mitología. Los techos y paredes de muchos palacios reales y los Museos de varias naciones están plagados de frescos y cuadros en los cuales el Olimpo entero se halla puesto á contribución para significar las virtudes, más ó menos contestables, de ciertos héroes flamantes.

Mas en nuestros días de positivismo semejantes alegorías parecen cuando menos extravagantes. Se necesita todo el talento de Keller para hacer tolerable esa especie de mascarada simbólica de la fundación de un imperio. Guillermo I es más grande á nuestros ojos vestido con el militar capote de sus soldados, que con ese manto de armiños fuera de lugar y tiempo. Ni es necesaria la cuadriga romana para realzar la idea del triunfo, cuando le bastaba y sobraba al anciano rey de Prusia su caballo de batalla para infundir el respeto que imponen la edad, el talento y la victoria. Otro tanto pudiéramos decir del príncipe heredero, cuya varonil fisonomía se destacaba mucho mejor debajo del férreo casco que con el aditamento de esa corona de laurel que jamás se le hubiera ocurrido ceñir teatralmente á sus sienes.

Esto no disminuye el mérito del cuadro bajo el punto de vista de su factura; todo lo contrario. El lienzo cuya copia publicamos es un anacronismo en nuestros tiempos; pero sin duda puede compararse con los espléndidos de Rubens, que fué gran maestro en este género.

UN SUICIDIO LEGAL

I

¡La Correspondencia de España con el crimen de la calle de Toledo! Así gritaba, por los años de mil ochocientos y... (ponga aquí el lector los que guste) un chiquillo con voz estridente y destemplada.

¡La Correspondencia de España, con la última declaración de Eusebio Velarde! anunciaba con voz gangosa y de ciertos tonos que *olían* á aguardiente, una mujer á juzgar por la falda y el mantón que la cubrían, únicas señales de femeneidad que en ella se veían.

¡La Correspondencia de España! chillaba en el otro extremo de Madrid, la atiplada voz de una encanijada niña de grandes y desnudos pies, desarrollados huesos, color clorótico, inmensos ojazos negros, nariz chata y respingona, boca inmensa y cara y manos sucias, hasta tal extremo, que en ellas se veían, sombras de moras con churretes de melón, chafarrinones de negra uva, y pringosas caricias de suavísima guinda.

¡El crimen de la calle de Toledo!

¡El «Escandaloso,» con la excarcelación de Benita Terrero!

Estos y parecidos anuncios oía el pueblo de Madrid, por los años ya citados, y lacayos de aristocrático y antiguo caserón vistiendo flamantes y galoneadas libreas, olvidaban por un instante la importancia de su elevado cargo y llevaban á sus linajudos señores «La Correspondencia», «El Escandaloso» ó «El Ideal», imitando la conducta de zafias cocineras, ilustrados memorialistas, amables simones, honrados ultramarinos, bizarros tenientes, cesantes perpetuos, virtuosos presbíteros, doncellas de labor ó de cualquier cosa, patronas de huéspedes, viudas de intendentes, estudiantes de derecho, que se torcían siempre al dirigirse hacia la Universidad, cómicos sin contrata, pero eminentes, médicos sin enfermos, abogados sin pleitos, toreros de gran coleta y corazón chico, banqueros sin banca, puntos, sin un punto ni en los calcetines, pobres, ricos, artistas, artesanos, pillos, imbéciles, timadores y timados, y en una palabra, Madrid entero, que se acostaba leyendo detalles del Proceso de la calle de Toledo y soñaba, unos con que eran la víctima y otros el verdugo y se levantaba buscando allá en el fondo del bolsillo de su pantalón ó de la faltriquera, oculta debajo de rojo ó amarillento refajo, una pieza de dos cuartos, módica cantidad por la cual los generosos periodistas, esos cíclopes de la edad presente, que levantan sólidas reputaciones de saber ó de virtud ó destruyen con un solo golpe de su poderosa piqueta, edificios grandiosos de virtud ó de saber, satisfacían la curiosidad de grandes y chicos ansiosos y calenturientos por saber cómo cayó la víctima, qué traje llevaba en el momento del crimen, qué había comido el presunto reo en el día anterior, cuántas puñaladas recibió la víctima y si todas ellas fueron inferidas con puñal de Albacete ó navaja jerezana, si el perro ladró ó no ladró, si estaba ó no anestesiado, si la víctima tenía costumbres buenas ó licenciosas, si vestía el supuesto asesino blusa azul ó chaqueta gris, y otros detalles más ó menos interesantes que provocaban al ser leídas luminosas discusiones sobre la participación en el crimen, de Velarde, ó de Benita, de Juan ó de Pedro. La noche había sido buena para las empresas periodísticas y para los vendedores de papeles públicos.

No quedaba un ejemplar de periódico alguno en manos de mujeres, chiquillos, ancianos, ciegos de ambos sexos, tullidos de ambas piernas, mancos diestros ó siniestros de los que se dedican á llevar á manos de los lectores los diarios que dan cuenta, ora del hecho heroico, ora del repugnante crimen, aquí del descubrimiento prodigioso, allá del descarrilamiento de un tren, ayer de la jura de un rey, mañana del asesinato del presidente de una república; y siempre de si tal personaje político dijo, pensó ó hizo tal cosa; dirá, pensará ó hará tal otra

A eso de la una de la madrugada retirábase un vendedor por la calle de la Magdalena, acariciando los cuartos que en el bolsillo llevaba, producto de la venta del día, cuando le distrajo de tan grata tarea y le detuvo en su camino una voz que dijo:

– ¡Tuerto! ¿te marchabas sin darme el diario?

El así llamado volvió la cara, y fíjese bien el lector y verá que el apodo no se lo habían puesto á humo de pajas, sino por falta del ojo izquierdo.

– Sí señor, respondió el tuerto, *li estao á ustez* esperando en la Puerta del Sol y viendo que no venía, ya me marchaba *pa* casa.

– ¿Me has guardado el diario?

– Aquí está y eso que lo *i podío* vender, dijo el muchacho sacando «El Ideal» del bolsillo de un gran chaquetón que cubría una negra camisa, que á su vez cubría á trozos, y á trozos descubría unas carnes que la hacían parecer blanca.

– Dámelo, dijo el comprador, entregándole una moneda de dos cuartos y poniendo fin al diálogo con un:

– Hasta mañana, – frío y seco como el tiempo que reinaba, y hay que advertir que esto ocurrió en una noche de enero tan excesivamente fría que hasta el pensamiento se helaba.

El comprador de «El Ideal» juega un importantísimo papel en esta historia, cuento ó lo que sea, y por lo tanto debe el lector trabar conocimiento con él.

Ignacio Tordeón era el nombre y apellido que constaba en su cédula personal; treinta y dos años decía el papelucho oficial que contaba Ignacio, y hay que atenerse á la verdad legal; pero examinando al interesado, cualquiera, por poco conocedor que fuera, jurara y perjurara que los cuarenta años no los cumpliría ya, tan encanecido estaba su cabello, apagados sus ojos y macilento su rostro.

No constaban señas particulares en la cédula, mas como cerrando fuertemente los ojos de la cara y abriendo desmesuradamente los del alma podemos ver, los que me lean y yo, á Ignacio, examinémosle y describámosle para que le conozcan aquellos desdichados que padezcan ceguera de los ojos del espíritu.

Era Ignacio de estatura mediana, ojos muy hundidos, muy pequeños y muy azules; tanto que casi parecían blancos. Su barba casi rala tenía ese feo y antipático color rojo azafranado, que según dicen tuvo aquel que á Cristo vendió por treinta dineros; su cabello ya hemos dicho que era cano, casi blanco, la piel de su cara, ó por mejor decir el pellejo, pues por lo basto, duro y cruzado de arrugas aquello pellejo, que no piel era; tenía para mayor adorno, tanta abundancia de pecas, manchas, barros, excrescencias y otras preciosidades por el estilo, que ni era posible definir su color, ni colocar ligeramente la yema del dedo meñique de un recién nacido y encontrar un sitio terso. Ancha y chata la nariz, diminuta la boca y prominente el labio inferior, verdes y amarillentos los escasos dientes, corto cuello, pecho hundido, pero abultada la espalda en justa compensación, y algo patizambo, tal era el protagonista, el héroe novelesco que tengo el honor de ofrecer á mis lectoras.

La cara es el espejo del alma, dice un refrán, y gracias sean dadas al Señor que al fin me presenta ocasión, que calva y todo la agarro por un cabello, para demostrar que los refranes, refranes son siempre, pero verdaderos lo son, cuando lo son.

Feo, muy feo, pero de una fealdad tristísima eran, cara, manos, piernas, pies y todo lo que formaba el cuerpo de Ignacio, y en cambio su alma; pero ¿cómo voy á describir su alma? ¡Quién describe lo impalpable, aquello que ni se sabe lo que es! ¡Quién penetra en las regiones de lo espiritual! ¡Quién ni á bosquejar se atreve la imagen y semejanza de Dios, es decir algo que casi es Dios mismo, y sino, es al menos un soplo divino!

El alma es el alma, y sólo Dios sabe cómo es y sólo Dios juzga de sus virtudes ó pecados. Perdonó á la Magdalena y á la mujer adúltera y quizás haya condenado á alguno tenido y reverenciado como santo. Al hombre sólo le es dado juzgar del alma por los hechos externos, pero, ¿quién, ni á conjeturar se atreve, lo que en el alma se esconde?

El traje que cubría las flaquezas del cuerpo de Ignacio, á todas luces decía, que también en el bolsillo reinaban flaquezas y fealdades, que nada hace el espíritu más flaco y feo que la pobreza, esa hija del infierno y madre legítima de la envidia, la ira y tantos y tantos pecados.

Un sombrero que debió ser negro, sin cinta, pero grasiento, coronaba su cabeza con un par de alas que para sí hubiéralas querido Ícaro, un chaquetón inmenso de color verdoso encubría poniéndose de puntillas, es decir, alargándose cuanto podía, la ausencia de la camisa; un pantalón corto y tímido de genio, hasta el extremo de no atreverse á llegar hasta los pies, pero alegre como unas pascuas pues por todas partes reía, y por algunas que no veía el dueño, á carcajadas y no digo á casquete quitado, pero si á pedazos quitados, y unas botas tan risueñas como el pantalón y pidiendo que su amo diera á sus desmayos un pisto de cerote y ramplones, como decía Quevedo; constituían todo el traje de nuestro hombre feo, pero pobre.

Guardó Ignacio el número del diario que había comprado, dió vueltas y más vueltas por las calles de Madrid y vino por fin á dar con sus huesos á una buñolería situada en la calle de Jacometrezo. Se sentó junto á una mesa que se hallaba en un rincón casi oscuro; pidió seis buñuelos y una copa de aguardiente que le fueron servidos, y sin probar los humeantes buñuelos ni la áspera bebida, sacó su diario y comenzó á leer por donde decía en grue-

os caracteres: «El Crimen de la calle de Toledo.» Leyó una columna y otra después, sin que se trasluciera en su cara la menor señal de que le impresionara lo que leía.

De pronto dió un salto sobre la banqueta en que estaba sentado, levantó los codos que apoyados tenía sobre la mesa, llevó sus manos á la frente, cerró los ojos y volviendo á dejar caer los brazos sobre la mesa, quedó con la cabeza sostenida entre sus manos.

Así pasó cerca de tres horas, dormido para todo aquel que le hubiera visto, mas no para nosotros.

¿Qué pasaba en aquel cerebro? Una formidable tempestad.

Quizás, ni aun con todo el poder que la pluma concede pueda decir concretamente lo que aquel hombre pensaba, mas algo adivinaremos, que por algo tiene la pluma virtud de mágica varita.



PESCA EN LA PLAYA DE DOGGERBANK, cuadro de Clarke Hook, propiedad de David Price

En aquel cerebro formábanse con cierta incoherencia pensamientos como este:

– No; sería un crimen horrible...

– Es una locura..... Mas si no puedo ahuyentar esta idea... ¿No lo había decidido? pues entonces ¿por qué dudo?

– ¡Mi hijo! pobre hijo mío; no verle más, deshonrarle... ¡Ay! pero así no morirá de hambre... El, por salvar su vida accederá. Pero ¡y la madre! me maldecirá desde el cielo.

No; que era madre, y aun si viviera le perdonaría, y se dejara matar mil veces, por darle otra vez la vida que ya le dió con los dolores de sus entrañas.

Dieron las siete de la mañana. Alzó Ignacio la cabeza, recogió el diario que había caído en el suelo y volvió á leer lo que sigue:

«De las últimas pruebas practicadas resulta casi probado que Eusebio Velarde es el asesino de su madre.»

Dobló el diario, pagó el gasto, que no había hecho, pues allí quedaban los buñuelos y el aguardiente, y salió de la buñolería diciendo entre dientes:

– Sí; lo mismo me da de un modo que de otro.

El deber y la necesidad lo exigen. Por mi hijo y por aquella santa mujer confesaré.

Pero y la deshonra del pobre niño..

¡Ah!... yo la evitaré, dijo en voz alta y dando un grito que asustó á un barrendero de la villa que se hallaba entonces en funciones.

Al pensar esto, dibujóse en la feísima cara de Ignacio una sonrisa tan extraña, que créaseme bajo mi palabra honrada, por un momento pareció Ignacio más hermoso que un arcángel.

Con paso precipitado deshizo el camino andado, llegó á la calle de Magdalena donde pocas horas hace que le conocimos, entró en la del Ave María y tan ligero andaba que no me fué posible seguirle; sin duda se perdió por entre aquellas callejas tortuosas, oscuras y sucias de los barrios bajos.

II

Si quiere el lector volver á encontrar á Ignacio, véngase conmigo á la Puerta del Sol, suba para no cansarse en un coche del tranvía que conduce á la Cárcel Modelo, lea la máxima escrita en la puerta: «Odia el delito y compadece al delincuente» y sin echarla en olvido ni por un momento, entre conmigo en aquella casa de corrección, y no pase cuidado alguno, que saldrá de ella cuando guste.

Llegamos á una hora que no es de visitas, pero no importa; sea que los empleados estén distraídos, ó que mi afán por servir al lector es tan grande que me he procurado el bastón de Balzac que nos hace invisibles, el caso es que entramos, recorremos pasillos, burlamos centinelas, descorremos cerrojos y hétenos ya en la celda número 17.

Sentado sobre el camastro está Ignacio.

¿Qué delito le ha llevado allí?

Cinco días después de aquel en que le conocimos fué preso.

Y hora es ya de que expliquemos qué crimen había sido éste. No se imagine nadie que se trata de algo extraordinario desde el punto de vista de la criminalidad.

Repugnante y horrible fué, pero vulgar.

Una noche apareció cosida á puñaladas una señora llamada Petra Velarde. Su cadáver presentaba señales de que los asesinos habían querido borrar las huellas del crimen, quemándolo.

Encerrada con el cadáver se halló á la que había sido su criada Benita Terrero.

Por circunstancias y antecedentes que no hace al caso referir, la voz del pueblo que según el refrán latino, es *vox Dei*, señaló como autor del crimen al hijo de la víctima y como cómplice á la Benita Terrero.

Por una vez el pueblo se equivocó.

Eusebio Velarde y Benita Terrero ya no están en la cárcel.

El único autor del crimen es Ignacio.

¿Cómo había averiguado la verdad la justicia?

Por una casualidad providencial.

Eusebio y Benita acusados negaban siempre, Benita acusaba á un hombre mal fachado de mediana estatura y barba rubia, quien entró en la casa, mató á su señora, apoderóse de gran cantidad de dinero y alhajas, dióle á ella un fuerte golpe que la hizo perder el sentido y no sabía más, según decía.

La declaración de Benita no fué creída. Muchos indicios la acusaban y acusaban á Eusebio, tanto que como en «El Ideal» leyó Ignacio, la justicia consideraba ya casi probado, que ellos eran los autores.

¡Oh! justicia humana y cuán falible serías en tus juicios si la Providencia no viniera en tu ayuda! Mas afortunadamente en aquella ocasión la Providencia ayudó.

Sabíase que el móvil del crimen había sido el robo y constaba que los asesinos se habían llevado muchas alhajas, que por ninguna parte parecían.

Una tarde cuando más despierta estaba la curiosidad del pueblo de Madrid por el célebre crimen, presentóse un hombre mal fachado en una platería, y vendió un guardapelo con las iniciales P. V. grabadas en una de sus caras.

El platero, hombre de poca conciencia, compró la joya que por cierto era modestísima, por menos de la tercera parte de su valor, pero dudó antes de adquirirla, pues el aspecto del vendedor le inspiraba sospechas sobre la procedencia del guardapelo.

La noche de aquella tarde el vendedor de la alhajita fué sorprendido en el momento de introducir la mano en el bolsillo del chaleco de un caballero, con ánimo de hurtarle el reloj.

Llevado al Juzgado Ignacio, que este era el vendedor y el ratero, fué registrado y empleando para ello la fuerza, le sacaron de los bolsillos cuatro duros y una carta en la que se hablaba de haber enviado ciertas alhajas y dinero á Argel y de haber tenido necesidad de vender un guardapelo.

Pidiéronle explicaciones que no dió, pero acosado al fin, incurrió en muchas contradicciones que infundieron sospechas de que no era extraño aquel hombre al crimen de la calle de Toledo.

Refirieron los diarios el suceso al siguiente día. A las pocas horas presentóse en el Juzgado el platero que adquirió el guardapelo, diciendo que un hombre cuyas señas coincidían con las del preso, había vendido en su casa un guardapelo con las iniciales P. V. Petra Velarde, nombre y apellido de la señora asesinada.

Probóse que aquel guardapelo había pertenecido á la víctima. Los porteros de la casa del crimen declararon haber visto entrar á Ignacio pocos días antes.

Benita Terrero le reconoció y por fin todo se descubrió.

Ignacio confesó al fin, ser él el único autor del hecho.

Compadeció el pueblo á Eusebio y á Benita, á quienes había execrado y odió después á Ignacio.

Celebróse el juicio y el que había confesado ser el asesino, fué condenado á pena capital, porque la justicia humana quedó plenamente convencida de su culpabilidad, no sólo por su confesión, sino por otras muchas pruebas.

III

Como en otros tiempos se disponía el pueblo de Madrid á llenar la plaza Mayor para presenciar los autos de fe, disponíase también á rodear la Cárcel Modelo, para presenciar la ejecución de la pena capital en la persona de Ignacio Tordeón.

Dos días antes de aquel en que tanto iban á emocionarse los aficionados al espectáculo de la muerte de un hombre en garrote vil, Eusebio Velarde, el hijo de la víctima, había tenido una larga conferencia con el asesino de su madre.

La justicia había consentido en ello porque el asesino había dicho, que sólo á Eusebio confiaría el sitio en que estaban las alhajas y el dinero robado, si es que el hijo de su víctima le perdonaba.

El generoso hijo le concedió el perdón.

Averiguóse el paradero de las alhajas y todo terminó.

Llegó el día de la ejecución de la pena.

Ignacio subió al tablado con una tranquilidad que fué calificada de cínica.

El pueblo rugía, sonreía Ignacio.

Al sentarse en el banquillo, dijo el reo alzando los ojos al cielo: – ¡Perdonadme, Señor, y perdonadles también á ellos!

Dió el verdugo la vuelta al tornillo y... la justicia se hizo.

IV

Transcurrieron catorce años.

Eusebio Velarde olvidó pronto la desgraciada muerte de su madre.

Heredó una cuantiosa fortuna y dióse á disiparla en el juego y con mujeres fáciles.

Una noche, apareció muerto de un tiro en la cabeza, á la puerta de una casa de no muy buena fama.

Quizá pasó al otro mundo sin darse cuenta siquiera, pues según se dijo, él y el agresor estaban, en el momento de la pendencia, bajo la influencia del alcohol.

Ignacio, aquel que murió en garrote vil, dejó en el mundo un hijo que contaba dos años de edad, cuando su padre sufrió muerte afrentosa.

Por disposición del padre fué el niño, que hallábase en poder de una nodriza, puesto bajo el amparo de un lejano pariente, quien á los pocos días de conocer el testamento de Ignacio y antes de recibir al niño de manos del sacerdote que auxilió en la capilla al padre criminal, recibió una carta anónima en la que se le decía que en el Banco de España hallábanse depositados doce mil duros á nombre del niño y que él, que era el tutor, podría cobrar la renta de dicho capital. Decíasele también que en casa de un notario había un pliego depositado que debería entregarse al niño, cuando éste presentara la partida de defunción de Eusebio Velarde.

Diez y seis años tenía el hijo de Ignacio cuando Eusebio Velarde fué muerto. Su tutor cumpliendo cuanto en la carta se le recomendaba recogió el pliego depositado en casa del notario.

El hijo de Ignacio ignoraba la muerte que sufrió su padre, cuando su tutor puso aquel pliego en sus manos. Lo abrió con gran emoción y leyó lo que sigue:

«Hijo: si cuando llegue este papel á tus manos ignoras que tu padre murió en un patíbulo, cree que Dios ha perdonado mi crimen. Mi crimen, sí, pero ¡ay desgraciado de mí, si ni por un solo momento imaginas que fuí asesino y ladrón!

Oye cuál fué mi crimen.

Tenías dos años y tu nodriza, á quien yo, porque era pobre, muy pobre, no había pagado hacía cinco meses, me amenazó con echarte al arroyo si no la pagaba y te recogía.

Yo estaba enfermo, me habían echado de la casa de comercio en que llevaba la correspondencia, y aunque busqué trabajo, no lo encontré; mi pulso temblaba y mis ojos estaban casi á oscuras.

Durante algún tiempo viví socorrido por D.ª Petra Velarde, quien con su inagotable caridad fué la única persona que hizo, mientras vivió, que ni tú ni yo muriéramos de hambre.

Doña Petra Velarde murió asesinada. Mi situación llegó á ser desesperada.

Pensé en llevarte al hospicio, pero allí no te admitían; no eras huérfano de padre y según la ley, yo casi ciego y casi imposibilitado de los brazos, podía trabajar para mantenerte.

Mi hijo, pensé, va á morir de hambre porque no es huérfano, pues que lo sea y viva. Y la idea del suicidio clavóse en mi frente.

Llegó la justicia á sospechar que el asesino de doña Petra Velarde era su propio hijo. Adquirí yo el convencimiento de que aquellas sospechas eran ciertas, y pensando en que la pobre madre se dejaría arrancar cien veces el corazón, antes que ver morir á su hijo en el patíbulo, dije, porque ella salvó á mi hijo inocente, salvaré yo á su hijo infame y culpable del delito de parricidio.

Medité el plan, que ejecuté como un cómico admirable, y heme ahora que esto escribo, convicto y confeso del delito de asesinato en la persona de doña Petra.

Aquel plan debía librarte de la miseria y te libró.

Para salvar á Eusebio Velarde de la pena de muerte le exigí que depositara doce mil duros, con cuya renta tú no morirás de hambre, pero que deberás entregar á los herederos de Eusebio, cuando por tí puedas ganar tu subsistencia, ó los entregarás á los pobres.

Hazlo así, tu padre te lo ruega.

Muero, pero muero tranquilo. En la tierra tú rogarás por mí; en el cielo doña Petra pedirá á Dios el perdón de mi pecado.

Pienso en todo antes de morir, no te dejo un nombre deshonrado. Con este papel va una declaración de Eusebio Velarde, confesándose autor de la muerte de su madre. Puedes publicarla pues no leerás esta mi triste historia sino hasta después de la muerte de Eusebio.

¡Adios, hijo mío! Puedo decir, cosa extraña, que me *suicido* por mano del verdugo.

Sé que el suicidio es un crimen y le cometo, ¿crees tú que Dios perdonará mi horrendo delito?»

RICARDO REVENGA



LA PESCA DE ARENQUES, cuadro de Clarke Hook, propiedad de Jorge Gurney

LOS VENEZOLANOS (1)

Los usos y costumbres de una nación son indudablemente el resultado de las influencias que tienen sobre el hombre el clima, las producciones de la naturaleza, la situación geográfica, las leyes, los gobiernos, y las relaciones con los demás habitantes de la tierra.

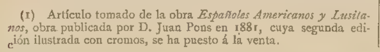
Así vemos las tres zonas en que naturalmente está dividida Venezuela, pobladas de gentes cuyos usos y costumbres difieren bastante entre sí.

En la zona agrícola, el hombre vive al abrigo de suaves climas; los feraces terrenos que posee, le dan tempranas y abundantes cosechas; escasa industria le basta á recoger cuantioso producto de las plantas generosas que prosperan en sus vírgenes comarcas, sin el trabajo de sus manos; y más que los otros habitantes del país, puede estar en roce con los extranjeros que vienen á Venezuela.

A esta reunión de favorables circunstancias, es á lo que se debe el que la mayoría de la población habite esta hermosa parte del territorio de la República. En ella se hallan las principales ciudades y casi todas las industrias que dan vida al comercio interior y exterior.

Los hijos de estas regiones gustan de la sociedad; y así, se les ve plantar sus chozas cerca de las de sus vecinos en lugares convenientes, tanto para atender á sus plantaciones ó estar cerca del lugar de su trabajo, como para prestarse mutuo auxilio en caso de necesidad, y reunirse los días feriados á bailar y divertirse al compás de sus guitarras y *maracas*. Se nota en ellos alguna falta de apego al trabajo, cosa que se comprende al considerar la facilidad con que adquieren la subsistencia. Son muy amigos de diversiones y les encanta la música, que, como dice Baralt, es «afición y embeleso del venezolano.» Son crédulos, hospitalarios, valerosos, de clara inteligencia, y muy fáciles de impresionar por medio de la palabra; de suerte que casi todos los trastornos políticos que después de la independencia han azotado á Venezuela, han tenido su base en la región agrícola del país, debido esto sin duda á la influencia ejercida sobre ellos por los hombres que han proclamado en el país doctrinas diversas.

En los centros de población se conservan las costumbres de los antiguos colonizadores, con algunas modificaciones que necesariamente ha introducido el constante trato con los extranjeros y sobre todo el cambio de las instituciones despóticas y degradantes de la colonia, por las sabias leyes que inspira la libertad. Bajo la dominación española era el pueblo absolutamente pobre, fanáti-



(1) Artículo tomado de la obra *Españoles Americanos y Lusitanos*, obra publicada por D. Juan Pons en 1881, cuya segunda edición ilustrada con cromos, se ha puesto á la venta.



PATOS MARINOS, cuadro de Clarke Hook, propiedad de Henry Jenkins



EL EMPERADOR GUILLERMO I, VICTORIOSO F



NDADOR DEL IMPERIO ALEMAN,

co, y más que esto, ignorante; las altas clases de la sociedad, supersticiosas, llenas de vanidad y sin instrucción alguna; apenas uno que otro virtuoso varón se dedicaba al estudio, y miraba con desdén los títulos y miserias en que ponían todas sus aspiraciones aquellas desdichadas gentes. Hoy, no obstante las sangrientas y desastrosas luchas que ha soportado Venezuela, el pueblo tiene ideas generales de las cosas, aspira á instruirse, y acaso es uno de los menos fanáticos de América.

La alta sociedad no tiene hoy que envidiar en su cultura á la de los países más adelantados: la finura de sus maneras, la franqueza de su trato y la cumplida caballerosidad y gentileza que presiden á todos sus procederes, hacen de ella el encanto de los extranjeros que la frecuentan, y la admiración de los viajeros.



EL BAÑO DE LOS DESHOLLINADORES, cuadro de James Clarke, propiedad de Holbrook Gaskell

Pero hay algo que es más honroso que todo esto para los habitantes de esta zona, y es el espíritu filantrópico que se descubre en toda clase de gentes. Inclinados por naturaleza á la práctica del bien, son caritativos, generosos, y miran como un deber ofrecer sincera hospitalidad á quien la ha menester. En los viajes que hemos tenido ocasión de hacer por las principales poblaciones, ¡cuántas veces hemos admirado prácticas sublimes inspiradas por tan bellas cualidades! Estando en Ciudad de Cura, vimos caer de su caballo á un viajero, arrojando sangre por la boca; pocos instantes después estaba rodeado de numerosas personas del vecindario, que se disputaban el gusto de ponerle á su cuidado. Llevóle al fin á su casa aquel que podía ofrecerle más comodidades, y allí fué colmado de atenciones aquel desconocido, durante tres meses, como si fuera uno de los miembros de la familia.

En Valencia se enfermó gravemente uno de los amigos con quienes habíamos ido á aquella ciudad. Apenas llevábamos allí seis días, y todas nuestras relaciones estaban reducidas á la señora de la casa en que nos habíamos alojado; mas, sabido por los vecinos lo que pasaba, vinieron á ofrecernos sus servicios, y no contentos con esto, acudieron á la habitación del enfermo, y ayudaron eficazmente á la bondadosa dueña de la casa, que trataba de que nada faltase á nuestro amigo.

Quisiéramos citar aquí muchos otros casos como estos que hemos presenciado; pero siendo para ello estrecho el espacio de que podemos disponer, nos abstenemos de hacerlo.

En tiempo del coloniaje y aun algunos años después, tratábase á los jóvenes con suma dureza y barbaridad en las escuelas, colegios y aun en la casa paterna. Basados los padres y preceptores en aquel funesto adagio de que *la letra con sangre entra*, castigaban con azotes y con palos las faltas de la juventud, y llegaba esta barbaridad á ejercerse hasta en mozos de veinte y más años. Cuáles fuesen los frutos de semejante tratamiento, no hay para qué decirlo. Pero al fin, la libertad, «alma de lo bueno, de lo bello y de lo grande,» brilló al cabo sobre la patria nuestra; y á su benéfica luz han desaparecido aquellos menguados hábitos de la esclavitud.

¡Cuán grande y generosa debió de ser aquella generación de héroes, que, á pesar de haber crecido bajo tan funestas prácticas, pudo tener la virtud y constancia necesarias para redimir la patria de la más afrentosa servidumbre, y que sacándola oscura y ensangrentada, de manos de sus terribles dominadores, nos la legó libre, gloriosa y llena de las más bellas esperanzas!

Antes amaba el hijo á su padre como á una especie de deidad amenazante, y casi puede decirse que sólo le temía; hoy le profesa respeto y entrañable amor. Nunca, en aquellos días del pasado, se hubiera atrevido un joven á manifestar á sus padres los secretos de su corazón; había de buscar entre sus amigos, persona en quien depositar sus íntimos sentimientos, y á quien pedir consejo en los trances peligrosos en que á veces se empeña la incauta juventud.

Afortunadamente esto ha desaparecido, y al presente los padres son los mejores amigos de sus hijos, y casi siempre sus más íntimos consejeros; reinan sobre ellos por el dulce imperio del amor, y cuando se ven en la dura necesidad de castigarlos, tratan de evitar toda pena corporal desde que el niño ha entrado en el uso de la razón; comprendiendo muy bien que no se inspiran sentimientos delicados, ni se inclina al cumplimiento del deber por medio de la dureza del castigo, sino despertando en los tiernos corazones aquellas ideas de dignidad y de

VARANDO EL BOTE, cuadro de Clarke Hook, propiedad de David Price

decoro, que son la más sólida base de la rectitud de la razón.

En el pueblo inculto, aun se hace uso de los azotes para castigar á los hijos, pero no con frecuencia; y se nota afortunadamente que esta odiosa costumbre va desapareciendo.

En los colegios particulares se conserva todavía el uso de la palmeta, pero no se aplica generalmente sino á los niños de ocho á doce años. También se observa una decidida tendencia á extinguir esta especie de castigo, y es de esperar que dentro de pocos años ya no exista.

Los que habitan las llanuras son muy diferentes en todos sus hábitos. El clima abrasador en que viven, la lucha constante que sostienen con los elementos y las fieras, y las largas marchas que hacen desde muy temprana edad por las desiertas pampas, ya á pie, ya á caballo, les dan una fuerza muscular prodigiosa y una destreza y agilidad extraordinarias.

Hijo del cruzamiento de las razas española, indígena y africana, el *llanero* es de tez morena, de regular estatura, delgado y de una musculatura muy bien desarrollada. El es, como ha dicho el señor J. M. Samper, «el lazo de unión entre la civilización y la barbarie, entre la ley que sujeta y la libertad sin freno moral; entre la sociedad con todas sus trabas convencionales más ó menos artificiales, y la soledad imponente de los desiertos donde sólo impera la naturaleza con su inmortal grandeza y su solemne majestad.»

El *llanero* es enemigo de residir en las ciudades; cuando se halla en ellas se juzga aprisionado. Sólo le es grato vivir en sus desiertos, gozando de aquella grandiosa perspectiva que ofrecen las interminables llanuras cubiertas de gramíneas gigantescas. Amante de la soledad, construye su choza á orillas de los ríos ó de los caños, donde, con solemne pompa, alzan innumerables palmeras su magnífico follaje. Su compañero inseparable es el caballo: tómalo al atajo en las sabanas desde potro, lo doma con arte peregrina, y enseñándole á secundar todos sus esfuerzos en la terrible lucha que constantemente sostiene con las fieras, lo hace su verdadero amigo en el desierto.

Pobre en extremo, no siempre tiene los necesarios aparejos; así, se le ve á veces saltar sobre su caballo en pelo, y atravesar las llanuras á todo escape, enlazando con suma precisión toros corpulentos y bravíos, ó derribándolos por la cola. Otras, se lanza en las ciénagas, en los caños ó en los ríos caudalosos y los atraviesa á nado, defendiéndose con gran destreza y artificio del enjambre de caimanes y peligrosos cocodrilos que pueblan aquellas aguas. Sin embargo, en muchas ocasiones arrostra el *llanero* todo linaje de peligros aun sin la compañía de su caballo, sin más ayuda que su astucia y su vigorosa constitución; y teniendo por únicas armas una lanza, un sable ó un cuchillo, triunfa de los feroces tigres que amenazan constantemente los ganados; y aun sin arma de ninguna especie aguarda tranquilamente la acometida del más bravo toro, y haciendo uso de su *cobija* «lo capea con singular donaire y brío.»

Tal género de vida hace que el *llanero* sea por demás astuto y cauteloso, enemigo de toda sujeción y servidumbre.

«Ama, como su verdadera y única patria, las llanuras. A ellas se acostumbra fácilmente el habitador de montañas, pero fuera de ellas sus hijos hallan estrecha la tierra, el agua desabrida, triste el cielo.»

«Injustamente se le ha comparado en todo con los beduínos. El *llanero* jamás hace traición al que en él se confía, ni carece de fe y honor como aquellos bandidos del desierto; debajo de su techo recibe hospitalidad el viajero, y ordinariamente se le ve rechazar con noble orgullo el precio de un servicio. No puede decirse de él que sea generoso; mas nunca por amor al dinero se le ha visto prostituirse, como raza proscrita, á villanos oficios.» (1)

No es como muchos han querido pintarle, feroz en sus venganzas, ni desprovisto de toda piedad para con sus enemigos. Por naturaleza intrépido y lleno de un espíritu belicoso, es temible en la contienda, pero sabe perdonar á los rendidos. Si alguna vez comete con ellos actos de crueldad, débelo, no á su propia inclinación, sino á la influencia que sobre él ejerza algún caudillo sanguinario. En su corazón afianza sus raíces la gratitud, como una planta bendita; y así vésele consagrar con todo desprendimiento, á ser útil en lo posible á su bienhechor. «Como creyente, nace, vive y muere á su modo, sin cuidarse del cura ni del sacristán;» (2) y como ciudadano, mira con indiferencia las leyes, desprecia al que no puede soportar una vida como la suya; pero cuando llega la hora en que oye la voz de la libertad que le llama á sus filas, siempre le halla listo para sacrificarse por ella.

Sus costumbres y trabajos le hacen el soldado aguerrido de las llanuras. «Prácticos del terreno y la movilidad que les proporciona su ligero equipaje, los hombres de los llanos no pueden ser vencidos sino por hombres de los llanos, y Venezuela tiene en aquellas inmensas sabanas y en el pecho de sus valerosos hijos el más firme baluarte de la independencia nacional.» (3)

Y ¡cosa admirable! A todas estas condiciones une el *llanero* la de ser poeta, músico y gracioso galanteador de la mujer.

A veces se le ve á la pálida luz de la luna y bajo alguna erguida palma, entonando peregrinas trovas al compás de su guitarra; otras, bajo su choza y en medio de sus *joropos* y *fandangos*, improvisa al son de su bandola, con admirable gracia y facilidad, largos romances ó chistosas coplas. Cuando marcha conduciendo los ganados, entona un canto dulce y melancólico que parece una tierna queja ó un lánguido suspiro, con el cual los guía por aquellas inmensas soledades. Diríase al ver la poderosa influencia que ejerce por este medio sobre su rebaño, que hay en la armonía de su voz algo de mágico.

Tal es el *llanero;* tipo original que reune á la vez las costumbres tártaras y árabes, y los sentimientos dignos que exigen la hospitalidad, la gratitud, el desprendimiento y el patriotismo.

En la zona de los bosques, el suelo agreste é inculto, cubierto de impenetrables selvas donde apenas se oye el rugido de las fieras, el silbido de los vientos, el murmurio de los torrentes ó el variado canto de las aves, tiene una gran semejanza con el hombre que la habita. Rudo é inculto, vive de la pesca, de la caza ó de las frutas silvestres que le ofrecen las vírgenes comarcas en que mora; y sin cuidados que le angustien, «pasa la vida dormitando al dulce murmurio de sus palmas.»

Unos construyen sus propias chozas á orillas de los ríos y bajo la magnífica arboleda que las cubre; otros forman pequeños pueblecillos en apartados y deliciosos lugares, y se entretienen tejiendo *chinchorros* y hamacas que adornan elegantemente con ricas plumas de variados colores; otros, en fin, viven errantes en selvas desconocidas.

Los *guaharibos*, blancos de color y pequeños de estatura, moran en la fértil región donde tiene sus vertientes el caudaloso Orinoco. Los *piaroas*, *macos*, *mapoyes* y otros de condición apacible y amigos de la agricultura, viven tranquilamente en las selvas del Sipapo, del Cuchivero, del Padamo y del Ventuari y otros, construyendo sus chozas, en aquella comarca verdaderamente privilegiada, en donde á la naturaleza le plugo establecer el sistema de aguas negras que no crían ningún insecto.

Los *guaicas*, también blancos, viven sobre el Ocamo, Matacuna y Manaviche; célebres por el uso del *curare*, y enemigos acérrimos de los *guaharibos*.

Tribus errantes habitan las márgenes del Caroni y el Caima, sin que tengan otros medios de subsistencia que la pesca, la caza ó las frutas silvestres. Otras se hallan diseminadas entre la sierra Imaca y el Cuyuní; y allá, en el pantanoso delta del Orinoco, vive la nación *guarauna*, amiga del comercio y que comienza ya á reunirse en pequeños pueblos.

Numerosas tribus se hallan diseminadas á las orillas de los ríos y en medio de las selvas.

Lástima es que los gobiernos que ha tenido hasta hoy Venezuela, hayan descuidado completamente la digna obra de civilizar por medios eficaces á esta parte de los habitantes de la República. Esos seres desdichados, cuya suerte se ha visto con tal indiferencia, reliquia verdadera de los antiguos poseedores de nuestro fecundo suelo, ¿son acaso indignos de que hagamos de ellos miembros útiles á la sociedad, ó creemos que deben civilizarse por sí mismos ó con el solo influjo que sobre ellos pueda ejercer uno que otro viajero que se interna en aquellas soledades?

En los años que tiene Venezuela de haberse constituído en nación independiente, acaso ha venido á la mente de los gobernantes la idea justa de propender á la civilización de los bárbaros que aun habitan parte del país, como una esperanza bella, pero irrealizable.

¡Gloriosa administración aquella bajo cuyos auspicios se lleve á cabo la civilización de esos indígenas, vistos hasta hoy, para mal de la patria, con tanto abandono! Las generaciones venideras bendecirán su nombre con religiosa gratitud y tal obra será considerada para nuestra patria como una segunda y no menos gloriosa emancipación.

MIGUEL TEJERA

(1) Baralt y Díaz, Resumen de la historia de Venezuela
(2) J. M. Samper.
(3) Codazzi, Geografía de Venezuela.

CABALLERO 1.º

El artista nace, lo mismo en el aristocrático salón que en el oscuro portal, donde tiene establecido su taller el consecuente profesor en obra prima.

El genio artístico bulle y hormiguea en el cerebro del joven, bien sea ilustrado ó ya silvestre.

La muchedumbre no sabe apreciar el mérito, cuando el que le posee no se encarga de revelarle, por su propia cuenta.

La ignorancia y la envidia procuran ocultar el talento ajeno.

Pero con el talento ocurre lo mismo que con la virtud: triunfan casi siempre.

He conocido varios casos.

Artistas en borrador que se han elevado desde posiciones sociales ínfimas.

Uno de ellos fué un chico zapatero que sentía arder en su pecho la llama del arte.

Porque hemos convenido en que el Arte dramático se inicie con llamas como la tortilla al rom.

Así como las letras han de vivir siempre en república, pero sin presidente, para no verse obligados los literatos á respetar á uno, como superior en talento.

Dagoberto, nombre que adoptó el oficial de zapatero por parecerle más poético que el de Canuto, que le habían aplicado al bautizarle, soñaba despierto.

¡Cuántas veces imaginó que el tirapié era el cetro de la tragedia, y la lezna «El puñal del Godo» ó de cualquier otro personaje dramático notable!

Cuando el maestro le preguntaba, por ejemplo:

– ¿Has puesto ya las medias suelas al carbonero?

Dagoberto respondía, supongamos:

– ¡Cuántas como esas, tan puras
á diversas criaturas
equivocado apliqué!

– ¿Y el remiendo á la criada del tercero?

– Y se ha hundido el firmamento
y han temblado las esferas.

El maestro miraba á Dagoberto con cierta mezcla de respeto y de temor.

– Yo no sé – pensaba, aunque poco – sí este muchacho es un sábio de nacimiento ó si está «de aquí.»

Dagoberto no faltaba al teatro: todas las noches iba á ver á Vico ó á Mario.

Pero sus simpatías eran para el género dramático.

– ¿Y cómo te arreglas para entrar en los teatros? – le preguntaba con mal contenida emulación el maestro.

– En uno, porque he conseguido pase como de la claque, por un amigo que está de escribiente en una alcaldía y al mismo tiempo, jefe de los alabarderos.

– ¿Y se trata contigo?

– ¿Y por qué no? ¿Acaso no somos todos ciudadanos artistas?

– ¿Artista un jefe de?...

– Si es de los alabarderos de un teatro; de los que aplaudimos.

– ¡Ya!

– En otro teatro, en el de don Antonio, trabajo algunas veces.

– ¿Que trabajas?

– Pues ya lo creo: esta noche misma: ya llevamos veinte representaciones de esta obra.

– Pero, hombre, ¿tú qué has de trabajar?

– ¡Ave María! Si no me ha visto V. ya en la Yedra y en otros teatros.

– Sí, pero una cosa es hacer comedias en sociedad y otra en un público. ¿Y no habías dicho que trabajabas?

– El joven artista se encogió de hombros, como significando:

– Estoy tan acostumbrado á la gloria, que no pienso en ella siquiera.

– ¿Y qué papel haces?

– Pues el «caballero primero.»

– Pero... vamos que esta noche vamos á ir á verte la maestra y yo: ¿nos darás billetes?

– Pediré dos entradas al representante, y si me las da...

El maestro zapatero no volvía en sí, pero en esta ocasión no era por causa del exceso de vino consumido, sino por el asombro.

La maestra le decía:

– ¿Tú crees que todos son tan brutos como tú? Pues no lo sospeches: cualquiera hace más suerte que tú: y le verás en una oficina del Gobierno ó en un establecimiento público, ganando dinero.

Esta suavidad de apreciaciones de su esposa inspiró al maestro sin número de consideraciones sociales.

Deseaba el matrimonio de obra prima que llegara la noche para ver á Dagoberto.

Este les había dicho:

– Esperan Vds. delante de la taberna de los pájaros.

Es un establecimiento *vineario*, en cuyo escaparate se vé una pirámide de pájaros fritos: empapantes para el mosto y tentación de los beodos.

Parece un montón de sietemesinos con frac.

– ¿A qué hora?

– A las siete: la función empieza á las ocho.

Ni los cónyuges de obra prima ni Dagoberto faltaron á la cita.

Empezó el drama y el maestro preguntaba á su esposa, cada vez que se presentaba un actor en escena:

– ¿Es ese?

Hombre si es la dama, – respondía la zapatera.

O:

– Ese es el padre, un hombre con todo el pelo blanco.

A lo que replicaba el maestro:

– En el teatro no te fíes de las aparencias.

– ¡Dale! si conoceré yo al chico...

Llegó el tercer acto.

En una de las escenas aparecían caballeros de la época, negreros, soldados, juglares, escribanos, y pueblo, todo de ambos sexos.

Allí hablaba el galan de un caballero llegado la víspera á la Corte y al cual amenazaba un conflicto gordo: la muerte.

Estando en esto se oía dentro una voz que decía:

– ¡Ah! ¡muerto soy!

Terminó la representación y el matrimonio de obra prima salió del teatro nada satisfecho.

– Sí, ya decía yo que era un embustero ese chico, – opinaba el maestro.

– Nos la ha dao – afirmaba la maestra.

En esto se les presentó Dagoberto, que los esperaba para convidarlos al café, en celebridad de ser aquellala



COPISTAS EN EL LOUVRE DE PARIS, dibujo de Dudley Hardy

primera noche en que no se había equivocado en su papel, ni oyó silbidos en el público.

– ¿Qué tal? – preguntó.

– Esos papeles también los hago yo, – dijo el maestro.

.. ¿Qué? ¿no me han reconocido ustedes?

– No era fácil; como que no has salido al teatro, ni has hecho papel, ni...

– ¿Qué no?

– ¿Quieres divertirte con nosotros?

– ¿No han oído Vds. aquel caballero que grita: ¡Ay! estoy muerto!... digo, no; ya lo he dicho mal como todas las noches: «¡Ah! ¡muerto soy!»

– ¿Eh?

– Pues aquél era yo: el *Caballero* 1.º y en otra que estamos ensayando, que se titula *El perro de Francisco I*... hago...

– Sí, ya me lo figuro: ¿el perro?

– Es el protagonista.

Eduardo de Palacio



Fig. 1. *Silvador* del Perú

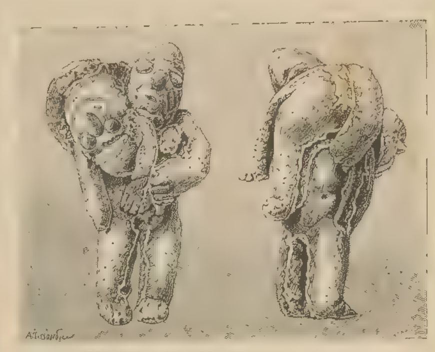


Fig. 2. Barro de Bolivia, de frente y de perfil

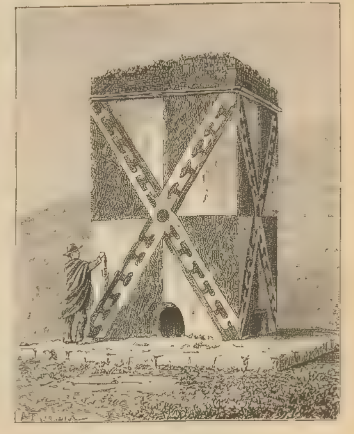


Fig. 3. – *Chulpa* de Bolivia

LOS BARROS COCIDOS

del Museo de Caraças, (Venezuela)

La América es el país clásico de la alfarería de la que aparecen innumerables restos en todas las regiones bañadas por el Atlántico y por el Pacífico. Hállasele en los *mounds* del Arizona y de Nuevo Méjico, en las antiguas sepulturas de California, en los *huacas* del Perú. En todas partes presentan entre sí gran semejanza y con su originalidad de formas demuestran la existencia de un arte indígena sin relación alguna con el arte de nuestros antiguos continentes.

De algunos años á esta parte, los americanos comprendiendo la importancia de estos testigos mudos de pasadas edades, se han dado á formar colecciones y á organizar museos, de entre los cuales merece especial mención el que bajo la sabia dirección del doctor Ernst existe en la capital de Venezuela. He aquí algunos de sus más importantes ejemplares que en los grabados reproducimos:

El *silvador* (fig.1), doble vaso que al llenarse deja oir un silvido producido por el aire que se escapa: fué encontrado en un sepulcro cerca de Ayacucho, siendo muy probable que los peruanos se sirvieran de esta clase de vasos para sus ceremonias religiosas ó funerarias. En el rostro humano que representa llaman la atención el peinado, copia quizás del que entonces llevaban las mujeres, y la frente deformada artificialmente según usanza tan generalizada así en el Norte como en el Sud del continente americano, y que la mayoría de los indígenas conservaron aun después de la conquista llevada á cabo por los españoles.

Las *chulpas*, (fig.3) que en extraordinario número se encuentran en Bolivia y en todo el Callao, son torres unas veces redondas otras cuadradas, formadas por un montón de piedras y de arcilla, y revestidas exteriormente de un paramento de grandes bloques, traquita ó de basalto y de una capa estucada y pintada de blanco y rojo formando variados dibujos. En el centro de estas moles, cuya puerta de entrada apenas pasaba de 18 pulgadas cuadradas, guardábase una caja en la cual se depositaban los huesos humanos después de haberlos despojado de la carne. Estas chulpas, que en grupos de veinte á ciento aparecen en los flancos de las montañas y sobre los peñascos aislados, siendo uno de los rasgos característicos del paisaje, contrastan por su esmerada y elegante construcción con los groseros objetos de barro que en su interior contienen.

De estos barros, el mejor de cuantos hasta ahora han puesto al descubierto las excavaciones, es el señalado de número 2 en nuestros grabados y representa á un indio llevando á cuestas un cadáver. ¿Se trata de un sacrificador con la víctima que acaba de ofrecer á sus dioses insaciables de carne humana ó de un vencedor cargado con los despojos mortales del vencido? Lo ignoramos: la tumba ha guardado el secreto. Los cuerpos están des nudos y con la cabeza cubierta con el pequeño gorro cónico que aun en la actualidad llevan los habitantes de la cordillera de los Andes.

(Tomado de *La Nature*)

LOS RELÁMPAGOS (*Su reproducción fotográfica*)

Está plenamente demostrado que en las ciencias físicas los progresos de cualquiera de ellas influye más ó menos en todas las demás y que todas las ramas del saber humano se desarrollan en cierto modo paralelamente, prestándose mutuo apoyo: véase sino cuán preciosos resultados ha dado la fotografía que en manos de astrólogos, naturalistas, físicos y metereólogos ha descubierto la existencia de fenómenos que el ojo humano no había podido percibir.

De ello son buena prueba los grabados que reproducimos. El ilustre astrónomo Arago al hablar en su magnífica obra sobre el trueno, de los relámpagos en zigzag, dice que rara vez ofrecen estos ramificaciones, opinión que comparten con él otros célebres metereólogos, citándose como excepcionales los que se dividían en dos ó tres ramas á lo sumo. Pues bién, las fotografías obtenidas recientemente en Wakefield (Estados-Unidos) y en París destruyen por completo esta teoría, presentándonos relámpagos en zigzag con ramificaciones innumerables.

Estos estudios interesantes están llamados á aportar, con el tiempo, nociones completamente nuevas á la ciencia de hoy en día.

(Tomado de *La Nature*)

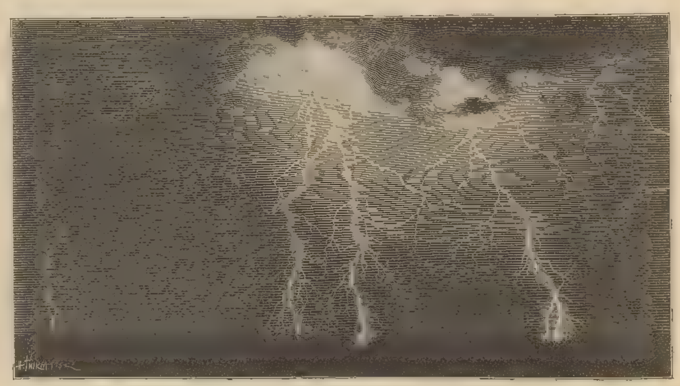


Fig. 1. – Reproducción de una fotografía de relámpago obtenida en los Estados Unidos por Mr. A. H. Binden el día 23 de Julio de 1888 á las 8 y media de la noche.

NOTICIAS VARIAS

MÉJICO. – *Ferrocarril transcontinental.* – El gobierno mejicano ha mandado hacer el estudio de una vía férrea que reuna el Océano Pacífico con el mar de las Antillas. Esta línea, que deberá partir de Tuala, en la costa mejicana del Pacífico, terminará en San Juan Bautista, á unos 160 kilómetros de la bahía de Campeche. Los buques procedentes del Atlántico y del mar de las Antillas, remontarán hasta San Juan Bautista por el río Grijalva: los pasajeros y mercancías pasarán allí de los buques al ferrocarril y podrán efectuar sin interrupción su viaje hasta la costa del Pacífico ó hasta Nueva York. Esta vía será más corta que la de Panamá, por más que la férrea que se trata de crear no deje de tener 375 kilómetros.

***

PEQUEÑAS ANTILLAS. – *Desaparición de la población blanca.* – El americano M. Hearn, que acaba de recorrer las Antillas, se preocupa de la disminución rápida de la población blanca en estas islas. En 1848 la Martinica tenía aún 25,000 blancos; hoy sólo cuenta 8,000 criollos contra 160.000 negros ó mulatos. Muchas islas de las Pequeñas Antillas han perdido la mayor parte de sus colonos. San Vicente es un país yermo; Tabago una ruína; San Martín está medio desierto; San Cristobal se desmenuza; en la Granada ha desaparecido la mitad de la población blanca; Santhomas, tan próspera en otro tiempo, y el puerto más cosmopolita de las Indias occidentales, está en plena decadencia. M. Hearn cree que en la Trinidad, donde hay grandes capitales ingleses y una población trabajadora inteligente, se sostendrá la situación algún tiempo, pero en todos los demás puntos la raza de los antiguos esclavos parecerá que deberá ser dueña de estas islas.

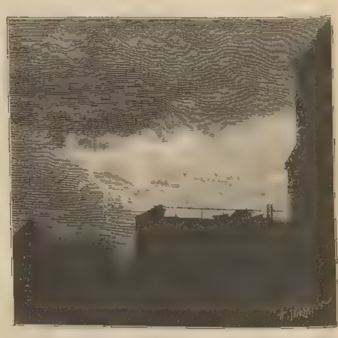


Fig. 2. – Reproducción de una fotografía de relampagos obtenida en París por Mr. Felix Burle, ingeniero el día 22 de Julio de 1888 á las 10 de la noche.

BARCELONA. – IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



AÑO VIII — BARCELONA 28 DE ENERO DE 1889 — NUM. 370

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ESTUDIO, reproducción directa del dibujo de Laureano Barrau

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

ESTUDIO, dibujo de Laureano Barrau

Cuando el autor de la *Rendición de Gerona* se dió á conocer casi repentinamente con su ya famoso cuadro, bien se echó de ver que el artista no había fiado el éxito á la impresión que produce casi siempre un asunto que interesa al honor nacional. Aquellos rostros, unos llenos de admiración hacia los vencidos, otros irradiando de saña contra el vencedor, no eran producto de un feliz acaso ó de un momento de acertada inspiración. No; en todos y cada uno de ellos se veía el profundo estudio del autor y el cariño con que había tratado el natural. Esta circunstancia, sin la cual es muy difícil que un artista acierte en la expresión de los sentimientos, este análisis detallado de las figuras que ha de contribuir tanto como la manera de tratar el asunto á la impresión que éste ha de causar en el juicio del público sano que no se deja seducir por las apariencias; esta circunstancia, decimos, la posee Barrau, y es buena prueba de ello el estudio que del insigne joven insertamos en el presente número. No conocemos á esa mujer, no pertenece seguramente á nuestro pueblo; pero puede asegurarse impunemente que existe y que el artista ha reproducido su cuerpo y su alma, la verdad en la expresión física y la verdad en el orden de los sentimientos. Estudiando de esta suerte es como se llega al dominio del arte. Barrau está en el buen camino; opinamos que llegará al término.

JANUA CŒLI, dibujo de Domingo Morelli

Morelli es uno de los artistas contemporáneos que tienen estilo propio. Sus obras son inconfundibles cuando se han tenido varias de ellas á la vista, como les ocurre á nuestros favorecedores. Aparte cierta manera singularísima de armonizar lo real y lo ideal, objetivo del arte, trata los asuntos con cierta independencia que les imprime carácter de novedad.

Así, por ejemplo, en el dibujo que hoy publicamos no diremos que la *Janua Cœli* (Puerta del Cielo), corresponda exactamente á la idea que por lo general se tiene de esa advocación de la Letanía lauretana; pero es indudable que esa mujer que maravillosamente surca el éter, no puede ser sino la Inmaculada que penetra en su mundo propio: á voces lo está diciendo el ansia amorosa que levanta su seno, la mirada penetrando en los espacios únicamente visibles para ella, la inefable sonrisa que borra las huellas del dolor en ese semblante eternamente joven, eternamente hermoso. Esa composición á la vez tan sencilla y tan poética, es la apología artística, el coronamiento de una vida que transcurrió en el mundo porque Dios quiso que una vez, una vez sola, el cielo bajase á la tierra.

EL BUQUE Á LA VISTA, cuadro de Giuliano

Nuestra generación apenas puede comprender la importancia que en pasados tiempos tenía la llegada de un buque procedente de lejanas tierras. Las exploraciones geográficas llevadas á cabo por entusiastas y á menudo mártires de la ciencia, nos han familiarizado con la existencia de esas regiones del mundo ocultas para nuestros abuelos tras el misterioso velo de lo desconocido. El vapor y la electricidad, el desarrollo del comercio y la imprenta, nos ponen en tan inmediato contacto con nuestros antípodas que hoy sabemos de ellos más en menos tiempo de lo que en el siglo XVII se sabía de la capital de nuestro propio reino. Calcúlese, empero, cuál no había de ser por aquel entonces el efecto de un buque procedente de América ó de Asia y con cuánto interés habían de ser acogidas relaciones y mercancías llegadas de tan distantes y mal conocidas tierras. Explícase, por lo tanto, fácilmente el asunto del cuadro que reproducimos y el ansia que revelan sus personajes á la vista de la embarcación que ha de comunicar cosas tan extraordinarias y descargar presentes á la sazón tan raros. La escena tiene lugar probablemente en Venecia; la luz que la inunda así lo da á entender, con unas palomas que son aves características de la antigua reina del Adriático. Es de suponer que los marinos que se hallan á la vista no aguardan con menos emocion el momento de tomar tierra: todos tienen formada su composición de lugar y repasan la historia del viaje para contar lo que han visto y lo que han soñado á su auditorio enteramente crédulo, puesto que es completamente ignorante.

EL CARDENAL LAVIGERIE
Arzobispo de Cartago, Primado de África

En los primeros años del pontificado de León XIII, era nombrado arzobispo de Cartago y primado de Africa un distinguido sacerdote francés, Carlos Marcial Allemán Lavigerie. En 27 de marzo de 1882 el arzobispo de Cartago era elevado á la púrpura cardenalicia del título de Santa Inés, justo premio á una vida consagrada al amor del prójimo en su porción más desvalida. Porque la preocupación constante, la obsesión pudiéramos decir del cardenal Lavigerie es poner término á la infame trata de esclavos que todavía tiene lugar en las regiones encomendadas á su cristiana solicitud. El apóstol de tan hermosa causa predica con el entusiasmo de Pedro el Ermitaño, y si éste consiguió lanzar á Europa sobre el Asia, el cardenal de Santa Inés la lanzará, si es menester, sobre el Africa, para verificar un rescate igualmente honroso, el rescate de la personalidad humana ultrajada por los esclavistas.

Como el Pedro del siglo XI dejó oir en Clermont su inspirado acento, el del siglo XIX escogió á París para iniciar su decisiva propaganda, y bajo la ancha nave de la iglesia de San Sulpicio, su elocuente palabra enardeció al numeroso auditorio narrando las horribles escenas de que son teatro los oasis del Sahara, el Tombuctu, las orillas del Níger y del Zambezé y la región de los Grandes Lagos Ecuatoriales. De París se trasladó el cardenal á Bélgica, á Londres, á Roma, y en todas partes ha hecho vibrar la cuerda sensible en todos los pechos generosos.

La voz del cardenal Lavigerie no se ha perdido en el desierto. El Sumo Pontífice, dando una muestra fehaciente de sus simpatías por tan humanitaria cruzada, ha entregado al prelado africano la suma de trescientas mil pesetas; otros donativos se han sucedido y, lo que es más importante, las grandes potencias europeas han tomado cartas en el asunto. Es de esperar que el éxito corone los esfuerzos de la civilización cristiana, tan bellamente personificada en este punto por el respetable primado de Africa.

APUNTES, de D. B. Galofre

Dos grabados que una vez más demuestran la fina observación y la ejecución segura de tan insigne artista. Esa charra es un verdadero *bijou*: podría suponérsela una fotografía si la mecánica fuera bastante para imprimir el calor de la vida al cuerpo inmovilizado ante la cámara oscura.

UNA VISITA, cuadro de J. Gisela

Escena de costumbres recomendable por su verdad. La antigua compañera de taller visita á sus amigas, las cuales han dispuesto en su obsequio un agasajo más que modesto. Verdad es que la modestia es la nota dominante de la composición y Dios no permita que por las rendijas de ese estrecho cuarto penetre el humo asfixiante de la tentación que ha respetado hasta ahora á esas lindas y hacendosas planchadoras.

LA ETIQUETA DE LA CORTE ESPAÑOLA

EN EL SIGLO XVII

Conocida cosa es la ceremoniosa y rígida etiqueta introducida en la corte de los monarcas españoles al advenimiento de la casa de Austria, con la que de tal modo se multiplicaron los oficios con nombres exóticos, desfigurados además al acomodarlos á nuestra pronunciación, y tanto se deslindaron los cargos palaciegos, acompasando de manera todos los actos de los cortesanos y sobre todo los de las personas de la real familia, que traspasar sus aledaños, siquiera fuese en una mínima, se consideraba como caso grave y de suma trascendencia.

Las personas reales estaban rodeadas de una especial aureola, hasta donde era difícil llegar, y como este respeto y minuciosidad en la etiqueta alcanzaba á la sociedad española toda, no se hacía extraño á nadie cuando á tan elevadas personas trascendía.

Pero aquel énfasis encopetado llamaba poderosamente la atención de los extranjeros, menos acostumbrados á tan embarazosa copia de fórmulas y ritos, dándoles ocasión á las veces á que en sus relatos de las cosas de España exagerasen lo que sucedía, achaque de que también en nuestros días han padecido los Dumas, los Gautier y otros viajeros, más devotos de sorprender con lo peregrino que con lo exacto de sus relaciones.

Así no es de extrañar que el embajador Bassompierre dijera, y repitiese después el historiador Weis, que la muerte del rey Felipe III fuese debida á un refinamiento de aquella enojosa etiqueta, invención de todo punto falsa, aceptada no obstante como verdad histórica por escritores nacionales, y de la que por cierto se hace cargo, sin correctivo, un discreto narrador de sucesos de aquellos siglos, mi buen amigo Ricardo Sepúlveda, en su ameno y deleitoso libro *Madrid Viejo*.

Refieren aquéllos que el monarca se hallaba un día sentado en su cámara cerca de un brasero fuertemente cargado, cuyo calor era tal que le hacía sudar de congoja.

Paciente el monarca hasta lo increíble, nada dijo.

Advirtiólo el marqués de Povar y lo manifestó al duque de Alba, gentilhombre de cámara de servicio, pero como no correspondía retirar el brasero á las atribuciones de su cargo palaciego, díjolo así al de Povar expresándole que debía dirigirse al duque de Uceda, sumiller de corps.

Convencióse el marqués y antes que retirar el fuego por sí mismo, porque tampoco le correspondía, envió á llamar al de Uceda, que no se hallaba á la sazón en palacio, sino en su retiro ó casa de campo, de modo que cuando llegó estaba Felipe III medio sofocado, tanto, que aquella noche fué acometido de una fiebre con erisipela, que degeneró en escarlata, de que murió.

Este relato, que para muchos ha pasado por moneda corriente, está demostrado que es una fábula (1), hasta el punto de haber errado el bueno de Weis el día de la muerte del rey, que no aconteció el 26 de febrero de 1621, como escribió, sino el 31 de marzo, á las nueve de la mañana, en cuya hora, como dijo Quevedo (2), «pasó á mejor vida, que en los justos tiene más corteses y consoladores nombres la muerte.»

Pero la relación de Weis, aunque falsa, da idea del concepto en que los extraños tenían la aparatosa y singular etiqueta española.

Mas ya que este caso no sea cierto, referiré otro que atestiguan manuscritos contemporáneos, existentes en la Biblioteca Nacional (3), y que demuestra en efecto el rigor de la etiqueta de palacio y de las costumbres en general, especialmente cuando se trataba de la mujer, cuyo decoro era en la sociedad más delicado que el más fino espejo veneciano, pues ya dijo Tirso,

La mujer en opinión,
Mucho más pierde que gana,
Porque es como la campana,
Que se estima por el son.

Sabido es que en marzo de 1623 llegó á Madrid, verdaderamente de incógnito, Carlos Estuardo, príncipe de Gales, con objeto de conocer de cerca á la infanta María de Austria, hermana de Felipe IV, con la que tenía aquél en concierto sus bodas.

Recibió el inglés, aunque luterano, toda suerte de obsequios, si bien el mañero Conde-Duque era contrario al regio enlace, por más que otro aparentaba, y como á tan egregio huésped se debía, diósele alojamiento en la planta baja del Real Alcázar, eligiendo para ello unas habitaciones ricamente alhajadas, que tenían á la espalda los jardines de palacio, que salían al Parque, ameno sitio abierto al público, donde en las mañanas de abril y mayo acudían las damas y galanes de la corte á solazarse y á sus citas de amores, sirviéndoles el recato del manto de tercero en sus entrevistas.

Aconteció que la infanta doña María no disfrutaba de una salud cabal y para corregir sus dolencias opinaron los médicos que debía *tomar el acero* y *salir á andar*, frases con que la terapéutica familiar de entonces significaba los paseos matutinos que emprendían las doncellas tiernas, para devolver á sus mejillas las rosas que les robaban achaques propios de su edad.

Por otra parte, el florido mayo convidaba con sus mañanas, así que se acordó que la joven infanta saliese al Parque de Madrid, que era aquel

. . . . . verde espacio
Que, república de flores
Y laberinto de ramos,
De dosel sirviendo al río,
Sirve de alfombra á Palacio (4).

Conforme á la consabida etiqueta diósele para ello lucido y hasta numeroso acompañamiento de damas y caballeros, desempeñando cada cual su respectivo é importante cargo.

Iban con la infanta como *señoras de honor*, doña Leonor de Toledo, condesa de Santisteban, y la condesa de Salvatierra, ya de edad provecta, y como damas doña María de Guevara, doña Margarita de Zapata, doña Francisca de Tavara, doña Paula de Castro y doña Mariana Enríquez, estas jóvenes, dirigiéndolas, como ayuda de cámara, doña Juana de Esquiróz.

Seguíanlas don Diego y don Francisco de Riaño, éste guarda-joyas y el otro repostero de cámara, llevando respectivamente el sombrero y capote de Su Alteza, y con ellos iba además don Francisco de Mendoza, conduciendo un frasco de plata, para beber la infanta en la fuente del hierro.

Completaban la comitiva don Juan de Labareda y Martín de Salinas, guarda damas, el doctor Santiago, médico de cámara, y el marqués de Bahides.

Aunque con tanto séquito no era cosa de que Su Alteza quedase expuesta á tales horas y en el Parque, á las miradas del profano, si bien respetuoso vulgo de entonces, y se había dado orden á los soldados de la *Guardia Vieja*, que era la especialmente encargada de velar en palacio por las infantas, para colocarse en las eminencias del terreno y puntos convenientes, á fin de que nadie pudiese ver, ni menos acercarse á doña María.

Toda la comitiva de la infanta iba á cargo de don Pedro de Granada, caballero de mucha calidad, del hábito de Alcántara y mayordomo de la reina doña Isabel de Borbón, cuñada de aquella

Sucedió que el príncipe de Gales supo el paseo que emprendía su prometida, y á fuer de enamorado y por galantería, quiso servirla y para ello salió de sus habitaciones por la puerta del jardín que salía al Parque, acompañado del apuesto marqués de Buckingham y otros diez caballeros ingleses, dirigiéndose hacia donde estaba la infanta, que era una de las puertas del Parque, próxima á la *puente segoviana*.

Advirtió el galante intento del príncipe el austero don Pedro de Granada y pareciéndole poco decoroso para la gravedad de una infanta, dijo, dirigiéndose á ésta:

– Suplico á Vuestra Alteza se vuelva por donde viene, porque yo vaya á reconocer aquella gente.

Hízolo ella, y el viejo y severo guardador enderezó sus pasos hacia donde venía el de Gales con sus ingleses, y en encontrándoles dijo cortésmente:

– ¿Qué madrugada ha sido ésta que ha hecho Vuestra Alteza? ¿Viene á caza de la mejor montería de España? Pues vuélvase V. A. que yo soy la guarda.

Quedóse el príncipe sorprendido de aquella intimación y mirando á D. Pedro, quien encarándose con Buckingham, añadió:

– No ha de dar aquí pasos Su Alteza.

Entonces el príncipe replicó:

– En fin, señor, en esta tierra los viejos mandan á los mozos.

A lo que repuso D. Pedro, firme siempre en el puesto:

– En esta tierra, mozos y viejos todos estamos para servir á V. A., pero en queriendo pasar de las órdenes de S. M., nos ha de perdonar, que las hemos de guardar.

Insistió el príncipe en continuar su paseo, si bien prometiendo que iría apartado por la mano derecha del jardín, pero inflexible D. Pedro, replicó:

– No, señor, por donde S. A. entró se ha de volver á salir.

Viendo aquél tal insistencia no tuvo otro remedio que retroceder, yéndose por la puerta de palacio que salía al Parque, abriéndosela el portero Juan Jirión, que á la sazón allí estaba.

El príncipe, no obstante, no cejó por completo, y en-

(1) *Lafuente*, Historia de España (Par. III, lib. III).
(2) Grandes anales de quince días.
(3) Legajo P. 47.

(4) Así describe el Parque Calderón en *Los empeños de un acaso* (Jor. I, esc. XV).

viando á buscar un coche, siguió dando vueltas mientras paseaba la infanta, pero por fuera, hasta que aquélla se retiró, pudiendo dudar si aquello eran pruebas de su tenacidad inglesa ó de sus rendimientos de enamorado.

Ello es que al siguiente día hubo conferencia en palacio para tratar si la infanta debería continuar *tomando el acero* (5) por el Parque, siendo encontrados los pareceres.

Opinaba Don Pedro de Granada que sí, porque no pareciese que se dejaba por lo que el vulgo había hablado de aquella galantería, aunque aconsejaba que, para mayor respeto, se agregase también al acompañamiento, ya numeroso de la infanta, la persona de doña Inés de Zúñiga, mujer del poderoso ministro conde duque de Sanlúcar y Olivares, pero se resolvió que si bien los paseos debían continuar, para salud de doña María, fuese nada más por el pasadizo que desde Palacio conducía al inmediato monasterio de la Encarnación, atravesando la entonces renombrada *Huerta de la Priora.*

Tales y tan recatadas eran por entonces las costumbres y tan rigurosa sobre todo la etiqueta en Palacio.

A bien que el príncipe de Gales, Carlos Estuardo, después de haber estado en Madrid desde el mes de marzo hasta el de setiembre, en tratos y preparativos para su boda, se volvió á Londres soltero y doña María casó, años adelante, con el rey de Hungría, después Fernando III, emperador de Alemania.

JULIO MONREAL.

(5) Mucho se habló en aquel tiempo de la costumbre de salir las damas por las mañanas á tomar el acero y los poetas satíricos la motejaron en sus versos, diciendo Quevedo en una de sus letrillas:

La morena que yo adoro
Y más que mi vida quiero,
En verano *toma acero*
Y en todos los tiempos oro.
Es niña que, por tomar,
Madruga antes que amanezca,
Porque en mi bolsa anochezca,
Que *andar* tras esto es su *andar:*
De beber se fué á opilar,
Chupando se desopila,
Mi dinero despabila,
El que la dora es Medoro,
El que nó pellejo y cuero,
En verano toma acero
Y en todos los tiempos oro.



JANUA CŒLI, dibujo de Domingo Morelli

EL CONTRAMAESTRE (1)

Si alguna persona no familiarizada con los rumores de la playa abre el *Diccionario de la lengua castellana* deseosa de saber lo que *Contramaestre* significa, verá que es: «Oficial de mar que manda las maniobras del navío, y cuida de la marinería bajo las órdenes del oficial de guerra. *Navis, nautarumque subpræfectus.*» El *Diccionario marítimo español*, á seguida consultado, le informará además ser el *Contramaestre:* «Hombre de mar experto, examinado en su profesión y caracterizado en un rango superior á todas las clases de marinería, sobre la cual tiene una autoridad equivalente á la del sargento en la tropa.»

Si no satisfecha todavía acude á las ordenanzas y reglamentos de la marina militar, empeñada en investigar cuáles son en absoluto las funciones de este *oficial de mar*, de qué modo las desempeña, qué conocimientos abraza la pericia que debe acreditar en el examen, sin dificultad averiguará que existe un cuerpo especial denominado de *Contramaestres de la Armada*, formado con aprendices navales, muchachos que cursan teórica y práctica en un buque-escuela del Estado, y con otros hombres de mar que solicitan el ingreso y son aprobados en el referido examen. En este caso visten pantalón, chaleco, chaqueta ó levita, según los casos, y gorra de paño azul, con botones dorados, de ancla; usan galones de oro en el antebrazo, que distinguen las categorías de tercero, segundo y primero; y cuelgan del cuello, pendiente de cordón negro de seda, un pito de plata de forma singular, de sonido muy agudo, que se modula con ciertos movimientos de la mano, y embarcan en los buques para hacer el servicio de instituto; los primeros contramaestres sólo están por lo general en bajeles de gran porte, en que tienen á sus órdenes tres ó cuatro de las clases inferiores. En colectividad se nombran *oficiales de mar, de pito*. Respecto á las funciones, se expresan muy pronto con decir que el contramaestre dirige el cumplimiento de los mandatos superiores en la disposición del buque y en las faenas que requiere su seguridad ó movimiento.

Tanto peor para la persona aludida si con estos datos elementales satisface la curiosidad; habrá formado vaga idea del cargo, no de la personalidad, que constituye uno de los tipos de mayor interés fisiológico, y que ni se define, por tanto, con pocas palabras, ni es fácil con muchas, al menos para mí, bosquejarlo.

El contramaestre de nuestros días, viene á ser, en cierto modo, el último término de la serie que empieza por el cómitre de las galeras de la Edad Media, que sigue con el guardián de nao en las armadas y flotas de Indias, que continúa con el contramaestre de navío de las escuadras distintivamente organizadas por Patiño y Ensenada; y sólo en cierto modo digo, porque si bien tiene el actual con todos ellos el factor común de clase; si es sucesor en el orden, lejos de multiplicar el valor de cada antecedente siguiendo la teoría matemática, está lejos de poseer el prestigio, la autoridad y sobre todo el saber que los anteriores gozaron y lucieron. Tanto como se diferenciaban la galera real, cubierta de oro y seda, dirigida por los hijos de los reyes ó la más alta grandeza de España, é impulsada por la chusma, escoria de la sociedad, sin perder de vista en la navegación la costa mediterránea; el enorme galeón, la nao de alto bordo, la carabela ligera, toscamente entablados, embadurnados de alquitrán, surcando los mares en que los tripulantes intrépidos, por más que libres poco manejables, dibujaban en los mapas la figura de las Indias orientales y occidentales y el sembrado caprichoso de las islas que constituyen el llamado mundo marítimo entre unas y otras; tanto como tales embarcaciones se distinguieron á su tiempo del alteroso navío, magnífica representación de la belleza y de la fuerza armonizadas, unidad táctica de la escuadra que había de disputar en la mar el dominio de la tierra, tanto se apartan dentro de la generalidad de los hombres de mar, por especiales condiciones personales, el cómitre, vestido de teletón y damasco, corriendo la crujía, dando el compás de la boga á son de pito y *mosqueando* con el corbacho ó la anguila las espaldas desnudas de los míseros forzados; el guardián afanoso por estibar bien y pronto los lingotes de plata y los tejuelos de oro extraídos de las minas del Perú y de Nueva-España con destino á la *Casa de Contratación de las Indias* de Sevilla; el contramaestre discurriendo la manera de corregir, con la inclinación de los palos y la variación de los pesos de estiba, las *malas mañas* del navío en el gobierno, en el andar, en el balance y cabeceo. Examinando lo poco que nos dejaron escrito los antiguos de organización naval, se advierte cómo con el progreso de la construcción de las naves coinciden los de las reglas ideadas para manejarlas y dirigirlas de un punto á otro de la mar y la exigencia en los conocimientos y disciplina de los hombres que las tripulan. Ciñéndome al caso concreto del contramaestre, he de anotar lo que con un siglo de intervalo dijeron el capitán Juan de Escalante, el doctor y almirante Diego García de Palacio y otro almirante anónimo, abrazando los reinados de Carlos V á Felipe IV.

«El contramaestre es el cuarto de los cinco mandones de la nao y como lugarteniente del maestre, en cuya absencia representa su mesma persona en todos los casos y cosas que el maestre podía hacer estando en la nao, y todos los que fueren y estuvieren dentro de ella, fuera del capitán y piloto, están obligados á obedecerle en todo lo tocante á su oficio, sin le rebelar en cosa ninguna. Y á cargo del mesmo contramaestre es el aparejar la nao y estar y residir siempre en ella, guardándola y amparándola de todos los peligros é inconvenientes que en cualquiera manera le podrían subceder, y amarrándola y desamarrándola cuando y como conviniere, no rescibiendo ni dejando entrar dentro más que lo que el maestre le mandare y ordenare, y avisándole siempre de todo lo que conviniere y fuere necesario para que su nao esté más segura y guardada, y dándole noticia de lo que en ella pasare, sin encubrir cosa que le importe saber, y haciéndolo así cumplirá bien con su oficio.»

En la segunda época citada se dice:

«El contramaestre es oficio de importancia en esta república náutica: ha de ser persona de mucho trabajo y confianza, y que sepa leer y escribir, por si recibiere alguna cosa en el navío en ausencia del maestre. Gran marinero, y que de la mecánica de la mar sepa todo lo necesario, como dar carena, hacer cabrias, arbolar y des arbolar, y otro cualquier aparejo que se ofreciere arriba y abajo, porque si no lo sabe hacer, no lo sabrá mandar.»

Va explicando después lo que le incumbe en las maniobras, colocación y cuidado de los pertrechos, amarras de la nao, distribución y cargo de la marinería, y acaba encargando:

«Tendrá cuidado de salvar con su pito á la capitana, almiranta y demás navíos, á cada uno como le toca, y si no lo pudiera hacer por sotavento, sea por barlovento, que la cortesía por cualquiera parte es buena.»

«El guardián ha de ser hombre diligente, buen mari-

(1) Artículo tomado de la obra *Españoles Americanos y Lusitanos*, obra publicada por D. Juan Pons en 1881, cuya segunda edición ilustrada con cromos, se ha puesto á la venta.



EL BUQUE Á LA VISTA, cuadro de Giuliano



EL CARDENAL LAVIGERIE, Arzobispo de Cartago, Primado de África

nero, cuidadoso y de mucho trabajo; preside entre los grumetes y pajes, y como quien lidia con gente moza, ha de ser algo riguroso en castigarlos, porque le teman y obedezcan.»

Otro siglo adelante, al advenimiento de la dinastía borbónica en España, la armada, que había llegado á lastimosa nulidad, se organizó por completo *á la francesa* rompiendo con los usos de antaño, creando el estado mayor ó cámara de popa de los bajeles y regimentando el servicio á bordo con deslinde de las diversas atribuciones. Entonces descendió el contramaestre desde la categoría de *mandón* ó jefe á la de subordinado del último oficial, asimilada su clase á la de los sargentos primeros del ejército, aunque en el arreglo recibía de aumento muchas de las obligaciones que eran propias del antiguo maestre, y se multiplicaban en consecuencia la responsabilidad y el trabajo del cargo. Por esto, porque no como quiera se desarraigan los hábitos adquiridos, y en razón á la importancia real y verdadera del oficio, contra el espíritu de la ordenanza vino la práctica consuetudinaria á crear jefatura efectiva para el contramaestre en la parte de proa, dividida ó segregada de la de popa en la organización, que recordaba la composición en brazos del Estado. Siguió, pues, siendo, la del contramaestre, persona de importancia en la *república náutica;* tuvo opción á merecer grado, insignias y honores de oficial y jefe, hasta capitán de fragata, dentro de la clase, y la tradición le conservó el derecho de ser denominado *nuestramo* (nuestro amo) por cuantos alberga la nave, de comandante á cocinero.

Sin otra alteración trascurrió el siglo XVIII con los principios del que corre: el contramaestre á lo Felipe V asistió á los combates de San Vicente y Trafalgar; á la emancipación de las colonias americanas; á la paralización de los trabajos de nuestros arsenales; á la miseria nacional protestada con la guerra de la Independencia, después de la cual acarició la esperanza de renacimiento en era nueva. La era llegó en efecto, mas ¡cuán distinta de lo que se imaginaba! Las trasformaciones del material naval referidas, que la ciencia progresiva del ingeniero con inseguros pasos realizó en el espacio de cuatro siglos, fueron nada comparadas con los efectos de su inventiva en los últimos cincuenta años. Un buen día sustituyó á los cables de cáñamo de veinte á veinticuatro pulgadas de circunferencia con que los navíos se amarraban, exigiendo para su difícil y peligroso manejo *viradores, motoneles, aforros, boyas, bitas*, y tiempo incalculable así para levar el ancla, como para limpiar, secar y colocar el mismo cable en su lugar, la cadena de hierro engrabada en el cabrestante, que con mayor seguridad, incomparable diligencia, manejo sencillo y costo inferior, llena el objeto del rígido mecanismo funicular.

Otro día, los enormes toneles que llenaban la bodega destinados á contener poca y mal agua, cedieron una parte de su espacio á los aljibes de hierro que no obstante medían mayor capacidad y conservaban al líquido las condiciones de trasparencia y salubridad. Después lancha y botes colocados en el combés como cajas japonesas, uno dentro de otro, por resultado de faena larguísima necesitada de cabrestantes y de todos los brazos del equipaje, tras de la preparación especial de vergas y aparejos, tuvieron sitio respectivo en que se aseguran instantáneamente con los pescantes giratorios; y la aplicación del vapor, tímidamente ensayada, fué, cual varilla de hada, cambiando de forma, de dimensión, de objeto, no ya los pertrechos del buque, sino el buque mismo, de que llegó á señorearse dándole impulso y vida.

No hay que decir la impresión que en el contramaestre iban produciendo las innovaciones: era su especialidad la mecánica aplicada; su gala el vencer dificultades con escasos recursos; su mérito acudir á lo imprevisto con ingeniosísimos resortes de imaginación, y paso á paso observaba que el velamen era relegado al puesto de auxiliar remoto; que las máquinas daban reposo á la inteligencia, y que el vapor, rotando la hélice, movía el timón, alimentaba la luz eléctrica, hacía potable el agua del mar, achicaba la sentina, cargaba y descargaba los objetos más pesados y voluminosos, en una palabra, que maleando el hierro, con él formaba vasos capaces de embarcar los mayores navíos de tres puentes que admiró en su tiempo, coraza con que revestirlos, cañones monstruosos que penetraban otras corazas, torpedos traidores y palos y cuerdas y todo lo que proveyeron antes los bosques, dando ocupación al hacha del carpintero de ribera y al mallo del calafate.

Como las obras de Víctor Hugo no han llegado todavía á la camareta de proa de los barcos españoles, no cabe en justicia calificar de plagiario á nuestro contramaestre al oirle exclamar con profunda amargura: *Esto matará aquello*. Su perspicua observación le enseña que donde hay maquinistas y máquinas, no podrá llamarse *nuestro amo* al que no las maneja ni las entiende; y aunque no sepa que la imprenta acabó con los pacientes calígrafos y los pintores que llenaban las hojas de los libros de horas de maravillosas miniaturas y letras de oro; que la fundición eclipsó á los rejeros artistas de las catedrales, tiene aprendido que no hay salmones en el mar de las Antillas ni rabijuncos en el Mediterráneo. Prestemos atención á la fórmula en que confidencialmente revela la filosofía de sus deducciones. Le está mostrando el condestable un cañón de nuevo invento acabado de instalar sobre el montaje, complicado mecanismo de ruedas dentadas, frenos, palancas y cigüeñales. Abierta la recámara por donde entra el proyectil que llega por un canil fijo en los *baos* ó techo, pregunta:



APUNTE, de D. B. Galofre

—¿Qué piensa usted de todo esto, don Antonio?

—¿Qué diablos he de pensar? Que habiendo *hombres de vapor* (1), es de esperar que lleguen á mandar los buques las mujeres.

—De todos modos siempre habrá contramaestres.

—¡Pues no! Ya los hay... con botitos de charol, que van á los cafés, leen *La Democracia*, arreglan la política y...

—¿Y qué?

—Y se marean.

Nuestramo Antonio tiene razón: si en lo sucesivo se conservan en los bajeles del Estado funcionarios que toquen el pito y asuman el cargo y el nombre de contramaestres, en el espacio de una generación conservarán todavía algo de las tradiciones y de la enseñanza de los genuinos contramaestres alquitranados; después tendrán con ellos de común el nombre. Esos marineros rudos, de inteligencia superior, de corazón de oro, se irán con las golondrinas de Becquer.

No por este juicio se sospeche que lo engendre el prurito, no raro, de estimar *que siempre lo pasado fué mejor*, nada de esto; ni pertenezco al número de los aferrados á la idea de la superioridad moral de nuestros abuelos, ni al de los que buenamente creen que los tataranietos han de tener una vértebra más ó menos que nosotros. Admiro la catedral de Estrasburgo y el palacio de cristal de Londres; me gustan las aguasfuertes de Velázquez y los grabados en madera de Pannemacker; lo bello, lo bueno, lo grandioso, me cautivan cualquiera que sea la época de la factura y por tan *hombres* tengo á los vasallos de Salomón, como á los ciudadanos de la república una é indivisible de Dantón, y á los súbditos de la graciosa majestad de doña Victoria, reina de la Gran Bretaña y emperatriz de la India. Dándome á elegir preferiría en viaje por tierra el ferrocarril á la mensajería acelerada, así como para visitar á Polinesia tomaría pasaje en vapor correo que atravesara el canal de Suez, por mucha que fuera la elegancia y la poesía del velero *clíper* aparejado á montar el cabo de Buena Esperanza, cuanto más una nao, fuera ella la carraca *Caca-fogo* de Portugal, con el príncipe de los contramaestres á bordo. La opinión concerniente á esta clase no es, por tanto, caprichosa; se funda en el estudio de una ley natural ineludible: como el francolín que habitaba en las selvas del Manzanares cuando el segundo de los Felipes vino á fijar la corte á su sombra, se va el contramaestre viejo porque cambian las condiciones que lo formaron, ó si se quiere, el medio en que vivía: urge, pues, recoger los trozos más salientes de la figura para que no se borre también de la memoria de las gentes.

Una playita de arena fina abrigada por rocas en que perpetuamente chocan las olas levantando penachos de blanquísima espuma; un promontorio en cuya cima resisten el ardiente soplo de la brisa las matas de taray, por la izquierda; por la derecha, á lo lejos, saliente punta que limita el perfil de la costa y que con el faro que sustenta guía al puerto contiguo las naves; al frente sin límite visible la mar, ora mansa, ora ondulosa, cuando no imponente por la fuerza y el ruido con que bate las piedras y se sube al promontorio mismo, forman el paisaje que al asomar la razón del niño que llamaremos Julián Chumacera, hiere la retina fijando su atención.

En los primeros años ejercita este niño la vista, como las águilas, en discernir la gaviota de la vela allá en el horizonte, y el oído en dominar el estruendo del viento huracanado; más tarde, con los pies en el agua, al registrar los senos de las rocas, hallando diversión en la captura de cangrejos y arranque de mejillones que al mismo tiempo le brindan desayuno, al paso que el ejercicio robustece los miembros y curten la piel el sol y el frío, la observación continuada le enseña el fenómeno de las mareas y la fuerza de la resaca. Antes que distinga un buey de una cabra, sabe diferenciar la dirección sueste de la noroeste, como al calamar del salmonete; mucho antes que el niño de la ciudad conozca el alfabeto, Julián, sin maestro, hace malla, da un *ballestrinque* (2) y se sube por un remo á la lancha varada en la arena.

La educación comienza después, cuando luce los primeros calzones, hechos de una vela inservible de la embarcación de su padre; empatar anzuelos, remendar redes, preparar carnada, desenredar el palangre, poner en canastas las sardinas, son ocupaciones preparatorias hasta el momento en que se le consiente embarcar en el bote, echar mano á la driza y achicar el agua. El día en que por un momento y con recomendaciones se le entrega la caña del timón mientras los marineros arrizan la vela, y el en que corre las seis millas de distancia hasta el puerto vecino, hacen época en su vida. En el segundo ha visto de cerca goletas, bergantines y fragatas que rebajan su querido bote á la categoría de cáscara de nuez y que con la altura de los palos despiertan la ambición de salir hasta el extremo marcado por el movible cataviento. La idea bulle desde entonces en el cerebro de Julián al punto de hacerle desatender la corbina que pica en su aparejo: vocación decidida. El padre espera, no obstante, á que cumpla los diez años, para instalarlo en el barco de cabotaje de un camarada, que conduce cada dos días ladrillos, carbón y patatas, de puerto á puerto, y ya sea este barco falucho, tartana ó quechemarín, satisface por de pronto al aprendiz de hombre de mar, á cuyo cuidado le ponen la escoba, el lampazo y la hornilla del fogón, sin dejarle empero tocar por de pronto á la olla.

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO

(Continuará)

LA HULLA ARTIFICIAL

Desde que el famoso químico Federico Wœlher consiguió preparar la urea en su laboratorio, despertáronse más todavía aquellos deseos de realizar las maravillas de la síntesis química, en feliz hora iniciada por el gran Lavoissier al obtener agua, mediante la sencilla combustión del hidrógeno. Necesitóse, sin embargo, prepotente esfuerzo hasta alcanzar los métodos generales de la ciencia de nuestro tiempo, que hubo menester, respecto de las substancias nombradas orgánicas, del genio admirable del insigne Berthelot para conocer las leyes y mecanismo de su formación, base de aquella labor creadora, magnífico resultado del mismo estudio de los fenómenos químicos; y en cuanto á los minerales, los nombres ilustres de Ebelmen, Senarmont y Sainte Claire Deville van unidos á diversos métodos, cuyos resultados prácticos constituyen no interrumpida serie de admirables adelantos. En el orden de los compuestos de carbono pueden citarse, entre los principales, la síntesis de la alizarina, la de la indigotina y el azúcar artificial, y en el de los minerales, las reproducciones de piedras preciosas, la síntesis de buen número de silicatos, la de los aerolitos y la del carbón de piedra. Y asunto es el último tan importante y trascendental desde el punto de vista de la ciencia, que, confirmadas las teorías y experimentos de Fremy, pondríase término á polémicas y estudios de larga data emprendidos, viniendo á demostrarse, de manera evidente, la formación de los distintos carbones en la Naturaleza, y podríamos asistir á las metamorfosis de los vegetales, desde que fueron seres vivos hasta que se convirtieron en turba, lignito, hulla y antracita; pues no se contenta la síntesis con meras reproducciones de cuerpos más ó menos complicados, sino deduce de sus operaciones las leyes en cuya virtud formáronse en las perennes evoluciones de la energía, ya que sus procedimientos fúndanse, á la continua, en el atento y minucioso estudio de las reacciones características de las diversas substancias y en su manera de desdoblarse cuando sobre ellas actúa la energía en sus variadas formas.

Existe notable diferencia, á lo que entiendo, entre la antigua manera de considerar la síntesis y el modo como ahora se realiza, y esto no ya en punto á métodos, sino sobre todo después de haber demostrado que no es menester partir siempre de los elementos ó cuerpos simples, sino mejor, en punto al alcance de los resultados y modo de interpretarlos, porque en la síntesis actual no es tan esencial el cuerpo mismo que se forma como las diversas reacciones que lo originan, y de ahí su estudio atento y

(1) Así llaman los ingleses á unas maquinitas instaladas en la cubierta de los buques, que facilitan las faenas.

(2) Cierto modo de amarrar una cuerda.

minucioso, el cual consiente, por de pronto, indicar los variados modos de formación de los cuerpos hasta llegar á saber cómo se constituyen conforme á las circunstancias de los fenómenos, y de esta suerte pueden afirmarse los mecanismos empleados por la Naturaleza. Sencillos ejemplos lo demuestran á cada momento. Fouqué y Michel Levy, ilustres continuadores de la obra de Ebelmen, Sainte-Claire Deville y Debray, han estudiado los meteoritos feldespáticos y no feldespáticos; primero el análisis de cada uno de los grupos les reveló caracteres especiales referentes al estado particular de los elementos de estas rocas extraterrestres; luego, dentro de cada grupo pudieron distinguir variedades á las que sirven de tipos piedras recogidas en parajes bastante apartados, y con semejantes datos y el empleo adecuado de elevadísimas temperaturas llegaron á reproducir aerolitos, con idénticos elementos de los naturales, por donde pudieron más tarde establecer, en su teoría de la formación de las rocas eruptivas y de los meteoritos, muy acertadas conjeturas acerca de su manera de constituirse, agrupándose las diversas especies de silicatos y los metales en ellos contenidos. Los datos con todo rigor científico establecidos y los admirables trabajos de Meunier, respecto del asunto, son base del originalísimo y sorprendente trabajo del sabio inglés M. Joseph Normann Lockyer, que llega á establecer la doctrina de que los astros hállanse formados de inmensa masa de bólidos, cuya incesante actividad es causa de sus diversas apariencias y de sus cambios; por donde se llega hasta aplicar, con admirable éxito y perfecto rigor científico, la doctrina de la evolución á las metamorfosis y cambios de los cuerpos celestes. No de otra suerte el estudio de la síntesis de la glucosa llevó á obtener la acrosa ó azúcar artificial que no fermenta, y el de las reacciones que tal cuerpo originan consiente afirmar la teoría de la constitución de los azúcares en general. De su parte la síntesis de la hulla, realizada en los clásicos é interesantísimos trabajos de M. Fremy, haciendo pasar el tejido vegetal por diferentes estados intermediarios, viene á responder cumplidamente á la cuestión de cómo se formaron los carbones fósiles, resolviendo, de tal suerte, uno de los más interesantes problemas de la ciencia.

Reproducir un cuerpo cualquiera partiendo de sus elementos ó de otros cuerpos que los contengan y en determinado ciclo de metamorfosis puedan darlos de modo adecuado para que se combinen, paréceme la obra más excelente de la Química, en la cual afanáronse los sabios de todos los tiempos. Desde los más famosos alquimistas, adeptos de la doctrina de la transmutación de los cuerpos y habilísimos escrutadores de aquel arte incomparable y como ninguno subtil, consistente al cabo en dar con la materia primera, indestructible é irreducible, hasta las últimas síntesis orgánicas de ciertos alcaloides, conseguidas y llevadas á buen término gracias á las maravillas de la soberana ciencia experimental, en todos aparece siempre, á modo de fin y coronamiento de toda labor, la síntesis, y en nuestro tiempo no ya persiguiendo tan sólo obtener uno ó varios cuerpos, sino tratando de explicar cómo la Naturaleza, en su perenne trabajo, pudo formarlos, y aun diré que á la síntesis se acude cuando se busca la solución de problemas tan importantes como el origen del carbón de piedra.

Es la síntesis de la hulla, realizada por M. Fremy, término y consecuencia de una larga serie de estudios referentes á la Química vegetal y determinadamente á la estructura de la planta. El sabio director del Museo de Historia natural de París emprendió, tiempo ha, larga serie de experimentos, cuyo objeto era diferenciar las variedades todas de los diversos tejidos vegetales, apelando siempre á medios químicos con el empleo de adecuados disolventes ó provocando metamorfosis especiales de cada uno. Hízose, por decirlo así, la disección química de las plantas, llegando á las diversas partes de su esqueleto y mereciendo particular atención cuanto se refería á las materias leñosas. La cutosa, la vasculosa, diversos compuestos pécticos y multitud de cuerpos, antes no estudiados, aparecieron con su carácter químico particular, según tienen distinta estructura, aun cuando su composición no varíe. Y basta enunciar la índole del trabajo realizado para comprender su importancia: se trata de una nueva rama de la Química y de extender las aplicaciones de sus métodos y reactivos hasta relacionar la estructura de cada una de las partes del tejido vegetal con las transformaciones químicas que experimenta sometido á diversos agentes de metamorfosis; quiere completarse, de esta suerte, aquella fecunda labor de la Química de las substancias orgánicas sorprendiendo el mecanismo en cuya virtud el cambio de estructura de los tejidos implica variaciones de carácter más trascendental en lo que á las acciones de los reactivos se refiere, y este problema, cuyo interés sube de punto considerando las tendencias actuales de la ciencia, resuélvenlo, en mi entender, respecto de algunas cuestiones, los resultados obtenidos por Fremy en su interesantísimo trabajo que llega hasta reproducir la hulla.

Como en otros casos, el primer paso dado en firme para reproducir el carbón de piedra ha sido el análisis. ¿Cuál es el carácter químico que distingue unos de otros los diferentes carbones? No se resuelve el problema sin cierto trabajo; pues hemos de considerar, dejando aparte la turba á causa de hallarse en ella todavía restos vegetales y partes leñosas inalteradas y substancias úlmicas, que dentro de las especies nombradas lignito, hulla y antracita hay infinitas variedades cuyos caracteres químicos son distintos, y buena prueba de ello se encuentra en la madera fósil ó lignito xiloide y el lignito perfecto, distinguibles, no sólo mediante su variada estructura, la del primero semejante á la madera fibrosa, y el segundo compacta y semejante á la que ofrece la verdadera hulla. Distingue Fremy el lignito xiloide porque el ácido nítrico, en caliente, lo convierte en una especie de resina amarilla ácida, la cual forma con los álcalis una disolución obscura y el compacto es soluble en los hipocloritos y en el ácido nítrico. De aquí deduce el sabio químico francés que la madera fósil se ha formado en la *fermentación turbosa*, que destruyó sólo compuestos celulósicos, dejando apenas alteradas las fibras, las cuales habríanse modificado más hondamente en la especie nombrada compacta. Este ejemplo de análisis extendido en los métodos de Fremy á los combustibles fósiles y á la madera de que proceden, sirve para demostrar la eficacia de los mismos procedimientos, y he aquí cómo resume el autor los resultados obtenidos: «En mis estudios acerca de los combustibles fósiles, dice, traté, en primer término, de marcar algunos caracteres químicos que me permitiesen distinguir entre sí la madera, la turba, los diversos lignitos, la hulla y la antracita, y he encontrado los siguientes: la madera no es atacada de una manera sensible por una disolución débil de potasa, mientras que la turba cede á semejante álcali considerable porción de ácido úlmico; la madera fósil no puede confundirse con los cuerpos anteriores, en cuanto al ácido nítrico la transforma en aquella resina amarilla soluble en los hipocloritos; el lignito no contiene ácido úlmico, pero se disuelve en el ácido nítrico y en los hipocloritos; y en cuanto á las hullas y á la antracita no se disuelven ni en los ácidos, ni en los álcalis, ni en los hipocloritos.»

Semejantes hechos, que constituyen siempre excelente medio para distinguir, mediante reactivos químicos nada complicados, los diferentes carbones, forman la base de la síntesis de la hulla, que, á su vez, y con experimentos concluyentes, puede explicar la manera de constituirse aquel combustible fósil en el transcurso de los tiempos por el lento y nunca interrumpido trabajo de las energías naturales causa de toda metamorfosis, trabajo que á la larga ha conseguido formar rocas y terrenos y agrupar los elementos minerales base de las industrias ahora más prósperas y adelantadas.

Dos partes, igualmente interesantes, comprende la síntesis del carbón de piedra: se necesita demostrar, en primer término, cuáles son los productos orgánicos y los tejidos de las plantas que se transforman y por intervención de qué causas, y luego explicar cómo las partes vegetales pierden su estructura orgánica convirtiéndose en una masa negra, amorfa y frágil. En cuanto al primer punto hiciéronse dos series de ensayos, sometiendo primero las plantas á la temperatura de doscientos ó trescientos grados, en tubos cerrados, durante muchas horas, y después procediendo de igual suerte con substancias elaboradas en el mismo organismo de la planta, tales como el almidón, el azúcar y la goma arábiga, cuerpo este último que debió abundar en los vegetales hulleros. Los tejidos modifícanse profundamente volviéndose negros y quebradizos y desprendiendo agua, ácidos y alquitranes, mas ni se funden ni pierden su peculiar estructura; los cuerpos elaborados en la misma planta modifícanse de otra suerte y producen materias semejantes á la hulla, brillantes, insolubles, muchas veces fusibles, que dan por la calcinación al rojo agua, álcalis, gases y alquitranes, dejando como residuo fijo cok igual al producido cuando se destila el carbón de piedra. De ello puede deducirse algo semejante á nuevo principio científico, á saber: los materiales orgánicos, semejantes al azúcar, al almidón y á las gomas, conviértense en hulla sometidos al calor y á presiones considerables, y si pensamos que la hulla de la goma arábiga contiene 78,78 de carbono, 5,00 de hidrógeno y 16,22 de oxígeno en cien partes, vemos que por los análisis de Regnault no se diferencia gran cosa de la hulla de Blanzy, que contiene 76,48 de carbono, 5,23 de hidrógeno, 16,01 de oxígeno y 2,28 de cenizas.


APUNTE, de D. B. Galofre

Comprêndese en el experimento relatado la obtención de la hulla artificial, mediante un procedimiento nada difícil ni complicado, en cuanto no se aparta del adecuado empleo de dos agentes de metamorfosis tan conocidos como el calor y las presiones. Es, pues, evidente que las substancias orgánicas producidas en el seno de las plantas durante su vida, pueden transformarse en carbón de piedra, sin aguardar el lento trabajo de las energías de la Naturaleza, y cuando los depósitos de hulla almacenados en el interior de la Tierra se agoten, el hombre podrá fabricar el primer elemento de la industria apelando á la síntesis química y á sus admirables procedimientos, según ahora mismo apela cuando quiere obtener el azul del índigo, sin apelar á las plantas indigotíferas, ó el hermoso color de la alizarina sin extraerla de los vegetales. El trabajo notabilísimo de Fremy, comenzado por diferenciar, mediante reacciones químicas, las variedades del tejido de las plantas, llega á semejante punto, y una vez probado como cuerpos hidrocarbonados experimentan las transformaciones hulleras, llégase á preguntar ¿acaso los tejidos no son susceptibles de convertirse en carbón de piedra perdiendo su forma y estructura? Compréndese en semejante pregunta todo el alcance de la síntesis, porque de los resultados experimentales del laboratorio se inducen ya consecuencias aplicables al trabajo de la Naturaleza en el transcurso indefinido del tiempo.

El insigne botánico Van Tieghem ha demostrado que los tejidos vegetales pueden sufrir una especie de fermentacion llamada turbosa, y de otra parte, analizando turbas y lignitos, en su primer período, se observa como á medida que las partes vegetales, tejidos, vasos y fibras pierden su organización, aumenta la cantidad de ácido úlmico. Sometió Fremy este cuerpo al calor y á la presión durante doscientas horas y según su procedencia observó que el ácido úlmico de la turba y el ácido sacarúlmico se transformaban en hulla y que el ácido úlmico derivado de la vasculosa es notable por su fusibilidad y se engendra antes de transformarse los vegetales en hulla originando la que es grasa y fusible. De su parte las mezclas de clorófila con las substancias resinosas dan betunes, semejantes á los naturales, y de todos estos hechos que permitieron fabricar carbón de piedra, dedúcense consecuencias tan importantes como admitir que la hulla natural no es substancia organizada y que fué en sus comienzos materia blanda y pastosa en la que se moldearon las impresiones de las plantas que en ella nótanse á cada punto y que los vegetales hulleros experimentaron primero la fermentación turbosa, que destruyó su organismo, y más tarde el calor y las presiones, actuando sobre la turba, convirtiéronla en hulla, que tal es el contingente aportado por este orden de experimentos al problema de explicar cómo se constituyeron los combustibles fósiles, nunca cual ahora utilizados.

Hace ya bastante tiempo escribía el eximio Liebig estas palabras: «todos los vegetales, en cuanto terminan su vida, hállanse sometidos á dos especies de descomposiciones distintas, de las cuales llámase una fermentación y la otra putrefacción ó combustión lenta; por esta última las partes del cuerpo que se descompone combínanse con el oxígeno del aire, presentando el leñoso de las plantas fenómeno muy particular: convierte el oxígeno en un volumen igual de ácido carbónico y si desaparece aquel gas la putrefacción se detiene.» Así comenzaba á explicar la formación de la hulla, siendo sus palabras á modo de profecía de estos recientes trabajos que consintieron realizar la síntesis del carbón de piedra.

JOSÉ RODRÍGUEZ MOURELO



UNA VISITA, cuadro de J. Gisela

CRÓNICA CIENTÍFICA

EL MICRO-TELÉFONO
del ejército alemán

Aumentando el micrófono la potencia de la voz y la limpieza de la percepción de los sonidos á grandes distancias, ha impulsado mucho los progresos de la telefonía. Hace tiempo que se procuraba utilizar las propiedades acústicas del teléfono para adaptarlo al servicio de la guerra y en este sentido se habían hecho numerosos experimentos así en América, como en Francia y Alemania; pero hasta ahora las mejoras y los perfeccionamientos introducidos entre todos los sistemas conocidos y en uso, no habían dado resultados satisfactorios.

Si hemos de dar fe á ciertos periódicos y entre ellos á los *Neue Militarische Blatter*, dos fabricantes de Berlín, Mix y Genest, han logrado construir un micrófono, que no deja nada que desear como aparato portátil. La administración alemana de correos y telégrafos se ha pronunciado sin reserva por las ventajas de este sistema y se ha decidido en principio su adopción para la correspondencia hablada en todo el imperio.

Creemos complacer á nuestros lectores dándoles algunas indicaciones sobre este micrófono, instrumento práctico y de fácil uso para el servicio del ejército, que funciona ya en Berlín, en Hamburgo, Francfort y en muchas otras ciudades importantes del imperio. Este micrófono puede emplearse en todas partes, y tan bien funciona en el lecho de los enfermos como en una mesa de trabajo, á bordo de un barco como en las más altas montañas. Su uso es perfectamente apropiado al empleo que puede hacerse de él en la guerra.

En la figura 1.ª indicamos la construcción interior de este aparato.

El micrófono está dispuesto en una entalladura practicada en el interior de un ángulo ó recodo de latón C. La membrana *m*, hecha de madera de pinabete, está protegida contra la humedad por un baño de barniz y apretada fuertemente con la pieza F en la caja D. Las dos capas de carbón *bb* están destinadas á poner en movimiento el aparato por la comunicación de los hilos de transmisión. El rodillo de carbón está colocado en K y apretado fuertemente contra la membrana *m* por la pieza *f*. El teléfono está adaptado al ángulo de latón C, como indica la misma figura. La caja de cobre cónica E, que lleva la pieza N de hierro laminado y la pieza O, es á charnela y está atornillada en la plancha R. La regularidad del teléfono es precisamente una de las consecuencias de esta charnela, porque permite mayor ó menor aproximación de la pieza N á la parte imantada del sistema. A este efecto una palanqueta en forma de S sirve para dar á las piezas R y N las posiciones que le convienen para el funcionamiento del aparato. Una envoltura de madera de ébano rodea la herradura imantada *hh* y el recodo de latón C, y la distancia de la abertura del teléfono está regulada por el ángulo C, de modo que el instrumento pueda adaptarse á cada forma de cabeza, como lo muestra la figura 3.

La figura 2.ª indica la disposición de un aparato micro telefónico, aplicado á la pared de una estación para su empleo en un servicio público ó privado. La caja no contiene más que el tafetán, el rodillo de inducción, el timbre y el aparato automático. Un modelo especial tiene la forma de un cofrecito elegante y manual (fig. 3).

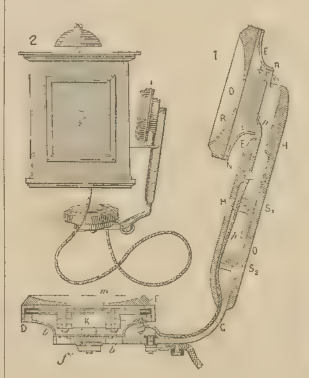


Fig. 1 y 2. – Micro-teléfono del ejército alemán.
1. Corte. – 2. Vista en conjunto.



Fig. 3. – Manera de usar el micro-teléfono del ejército alemán.

El empleo del micrótono, como acabamos de describirlo, es múltiple en el servicio militar, así para el ejército de tierra como para la marina. Por no dar excesiva extensión á esta reseña, sólo indicaremos aquí la importancia que puede tener en los campamentos, entre las columnas de tropa, las estaciones de mando y los puestos importantes, y también en el servicio de guarnición. Igualmente puede sacarse partido ventajoso de este aparato en el servicio de las fortificaciones, en los polígonos y en los campos de tiro de la artillería para la defensa de las fortalezas y de los fuertes aislados, como también á bordo de los barcos.

Desde que la electricidad se ha desarrollado por medio de la industria, no es ya una ciencia teórica y experimental como antes; todos los militares deben conocer sus múltiples aplicaciones, así en tiempo de paz como de guerra. Se emplea la electricidad con grandes ventajas en la artillería, en la ingeniería, en las minas, en el servicio de los torpedos, para el alumbrado del terreno y del mar; se emplea igualmente en la aerostación, en el servicio militar de vías férreas. No debe ignorar el oficial la ciencia telegráfica, las numerosas aplicaciones que esta ciencia ofrece, como tampoco la utilidad de los aparatos telegráficos y particularmente de los teléfonos, que serán un día de un empleo importantísimo en la guerra.

Bajo este concepto, el micrófono Mix y Genest es un progreso que debe conocerse y estimarse.

Barcelona. – Imp. de Montaner y Simón

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 4 DE FEBRERO DE 1889 — NUM. 371

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



INAUGURACION DEL MONUMENTO Á CLAVÉ EN BARCELONA. — CARRO ALEGÓRICO CON QUE TERMINABA LA PROCESION CÍVICA

(Reproducción fotográfica)

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO Á CLAVE carro alegórico, ideado por D. J. Luis Pellicer

Bello y animado espectáculo presentaba la Rambla de Cataluña el día en que fué inaugurado el monumento destinado á honrar la memoria del popular músico-poeta, emplazado en el mismo sitio donde empezó su merecida fama. Por cima de millares de cabezas ondeaban los vistosos pendones de muchas sociedades euterpenses, y cuando el Alcalde de Barcelona puso al descubierto la estatua de Clavé, ni un solo circunstante dejó de lamentar en lo íntimo de su alma que de esos honores póstumos no se hubiera anticipado una pequeña parte siquiera al ilustre compositor durante su rudo y prolongado combate por la vida y el arte.

Lo más notable del cortejo fué sin duda el carro con que terminaba, compendio de los cantos de Clavé, representación de los pensamientos en que se inspiró como poeta y como artista. Dominaba en la composición del carro la nota de la naturaleza, que fué siempre la musa favorita del autor de las *Flors de Maig*, y entre el verdor de los figurados campos y los ramilletes de las pintadas flores se destacaban las vivientes representaciones de esos cantos sin precedente que se propagaron de manera instantánea porque hicieron vibrar la fibra de la patria catalana. Ese carro demostró una vez más el talento del Sr. Pellicer y concilió lo bien pensado de la composición con la elegancia de la forma.

DIBUJOS, de Salvatore de Gregorio

Publicamos en el presente número tres dibujos del joven artista italiano alumno de la Academia de Nápoles. El tipo característico de este artista es sumamente original, pues consiste en buscar la representación de un sentimiento, hasta de un hecho supuesto, por medio de la arquitectura. Comprende tan bien Gregorio esta bella arte que cualquier arquitecto ilustre podría hacer suyos los proyectos que aquél traza sin idea alguna de que puedan realizarse ó traducirse en obra de verdad. El dibujo núm. 3 representa el interior de un templo desierto ó poco menos y parece ilustración de alguna escena de novela fantástica y tenebrosa. No diremos que este género pictórico esté llamado á prosperar, pero es indudable que si mucho talento se necesita para hacer *hablar á las piedras*, muy superior debe ser el del artista que hace hablar á las piedras... pintadas.

MUCHACHA DE CHIOGGIA estudio de Moisés Bianchi, de Monza

Chioggia es el campo predilecto de los estudios y trabajos de Bianchi. No es de extrañar en quien siente singular inclinación hacia los espectáculos siempre grandiosos de ese elemento seductor cuando el céfiro riza su superficie, imponente cuando la tempestad ruge en su fondo. Quien ama el mar ama á los marineros, y es inútil decir que también á las marineras. Bianchi nos ha dado una prueba del cariño con que las estudia en esa muchacha cuya típica belleza no ha sido aún ajada ni por los huracanes de los mares ni por los huracanes más temibles aún de las pasiones. Esa joven que el artista ha encontrado en sus playas favoritas, tiene algo de la belleza de las sirenas, algo que atrae de pronto y que impone seguidamente. Esto consiste en que su rostro lleva impreso con un sello de reflexión y de tristeza prematuras. Si pudiéramos enterarnos de la breve historia de esa niña, sin duda resultaría que su padre encontró ancha é ignorada tumba en el mar que lame su cabaña. De seguro es la huérfana del marinero criada en la soledad de una mansión donde abunda menos el pan de los hijos que las lágrimas de la madre.

LA TRIPLE ALIANZA, cuadro de A. Bakker-Korff

Esta triple alianza es menos temible que la de las potencias del Norte. Aun cuando á primera vista pudiera creerse que el autor ha pintado la sátira del egoísmo que ha condenado á tres mujeres á solterismo perpetuo, pronto se echa de ver todo lo contrario, puesto que su propósito ha sido vindicar á las solteronas de la prevención con que, al igual de las suegras, se las juzga sin razón plausible. Porque una mujer no encontró en su juventud quien supiera apreciar lo que valía, ó porque no quiso venderse al mejor postor, ó porque no le pareció bien entregar su dote á quien no podía entregar su corazón, hétela calificada con cierto desprecio de *solterona*...

Bakker-Korff, apartándose de la vulgar preocupación, no ha querido hacer de sus tres solteronas nada parecido á las tres Parcas; los tipos de esas mujeres son cuando menos respetables, y si se reunen para departir en común y hacer menos dura su triste existencia, es porque la comunidad de la pena engendra más afectos que la comunidad de la dicha. Respetemos la expansión bien modesta de esas damas y calculemos que sin esas visitas, mucho más inocentes de lo que se las juzga, el hogar de la anciana sería un hogar frío, silencioso, desierto, animado únicamente muy de tarde en tarde por la presencia de algún sobrino á quien tarda la hora de heredar á la *solterona*.

EL ABUELO, cabeza de estudio de G. Hackl

Tiene este dibujo todas las condiciones de obra de maestro, habiendo vencido su autor las dificultades de hacer carnes pastosas en un semblante de octogenario sembrado de profundas arrugas. La expresión del personaje está admirablemente reproducida; es un abuelo en quien la vida no se ha extinguido del todo; á la vista de ese hombre puede decirse que se ha encontrado la *rara avis* del *mens sana in corpore sano.*

EL MONUMENTO Á CLAVE proyecto del arquitecto D. José Vilaseca

El fundador de los coros euterpenses fué uno de los hombres más útiles á sus semejantes: el monumento que perpetúa su memoria está muy por debajo de su mérito. Como dijo Zorrilla, á propósito del erigido en Madrid para honrar á Cervantes:

Según como te lo dieron
parece que les pesó.

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA
Medalla de premio

(Proyecto aprobado del escultor don Eusebio Arnau)

Para premiar el mejor modelo de esta medalla hubo que convocar tres concursos de artistas, hasta que en el tercero obtuvo el accésit el del escultor don Eusebio Arnau entre los treinta y dos proyectos presentados, habiendo merecido después la aprobación del Jurado.

Este inteligente artista empezó sus estudios en la Casa de Caridad de nuestra capital, y la Junta directiva del benéfico establecimiento, al observar sus aptitudes y adelantos, le designó excelentes profesores bajo cuya dirección dió tales muestras de progreso en la escultura y grabado en hierro, que en 1887 ganó el premio en metálico con que la Diputación provincial galardona á los alumnos más sobresalientes.

El señor Arnau está llamado á figurar ventajosamente entre la ilustre pléyade de artistas que á tanta altura han puesto el nombre de Cataluña.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

MADONNA, cuadro del profesor T. Grosse

Pintar á la Virgen en la plenitud de su belleza, en el apogeo de su dicha de madre; he aquí el propósito del autor de este lienzo, rico de encanto, de frescura y de poesía. En esos cuerpos, el arte ha sublimado la belleza material con un soplo de la divina esencia. En la obra de Grosse, María no ha sentido aún ninguna de las heridas que la convirtieron más tarde en Virgen de los Dolores. No se la ocultó su misión, pero su felicidad de madre se ha hecho por un momento superior á las infalibles profecías. El rostro no puede ser más dulce, ni la actitud más elegante, ni la impresión más simpática. Para que todo en esta composición sea igualmente plácido, ilumínala un rayo de sol purísimo á través de una atmósfera serena y limpia como el alma de esa mujer, como la mirada de ese niño, resplandeciente de dulzura, tranquilidad y amor.

EL CONTRAMAESTRE

(Conclusión)

Por dicha continuada, otro año más le trae acceso á un buque de guerra que ha recalado por allí: Julián Chumacera, con el título de paje y la ración de bizcocho ordinario, no se cambia por el arzobispo de Toledo. Allí sí que hay palos altos, botes hermosos, velas inmensas; y luego, qué gusto ver cómo se tienden sin más que un trino del pito, y á otra pitada desaparecen por encanto, subiendo como hormigas, juntos los marineros á aferrar las. Pues ¿y los cañones relucientes y las banderas y gallardetes, y la cámara con espejos y las charreteras de los oficiales? Verdad es que la recepción que le disponen los otros pajes nada tiene de cariñosa, acosándole á preguntas, soltando sobre él un chubasco de cuchufletas entre malas pasadas que le hacen caer de cabeza desde el coi ó descender sin gana por la escotilla de la despensa.

– Vamos á ver, pastor, - le dice uno, – ¿cuál de esos cabos es el chafaldete?

– ¿A qué tocan? – dice otro, en el momento en que el pito llama al basurero.

– ¿De dónde habrá salido este animal de bellota, - exclama un tercero, – ignorando que á bordo no hay más cuerdas que la de la campana y de la mecha?

– ¡Si no conoce siquiera una salvachía!

– Pues ha de saber á lo que sabe un rebenque...

Julián lo aprende, en efecto, rascándose la parte más carnosa de su cuerpo, pero no tarda mucho en estar al nivel de los nuevos camaradas, devolviendo broma por broma y golpe por golpe con satisfacción del guardián, amigo de muchachos listos, por más que de vez en cuando *amojele espeso* (1) en prueba de paternal solicitud hacia los educandos.

Aun en botánica hace progresos Julián, á costa de sus haberes, clasificando perfectamente la breva de Puerto Real, el higo de Lepe, naranja de Valencia, damasco de Chiclana, fresones de Ferrol, bergamotas de Vigo, en los estudios del litoral, que se ensanchan con el conocimiento de los dátiles de Berbería, guayabas de Canarias, plátanos de Puerto-Rico, chirimoyas de Méjico, aguacates de Venezuela, piñas de Cuba, nísperos del Japón, lechías de China, mangos de Luzón, lanzones de Mindanao, mangostanes de Joló, símples que le llevan á considerar los compuestos del zumo de la uva y de la caña de azúcar, cual se encuentra en Jerez, en Jamaica ó en Pisco.

Pasando por las plazas de grumete, juanetero y ayudante de timonel, á los veinte años llega á ser Chumacera un excelente marinero, estimado de sus superiores; con todo, ¡instabilidad de los juicios humanos! no está contento. Por evolución de las ideas piensa que desde los barcos del Rey se ve lejos la tierra. La tierra, donde se dan todas aquellas cosas dichas y otras de que no hay que decir sino que á Julián no le disgustan. Solicita en consecuencia la dejación del servicio para ofrecerlo voluntario á la navegación mercantil más ó menos lícita. El destino de la nave le tiene sin cuidado, el riesgo y el trabajo no le preocupan, lo esencial es correr mundo, y lo corre.

Es de consignar que los grandes espectáculos de la naturaleza no le impresionan mucho; cualquiera diría que el humeante penacho del Etna, los *fjords* de Noruega, el panorama de Funchal, el río de Cantón, le eran de mucho antes conocidos, tal es la indiferencia con que los mira; una *caza do pasto* en Lisboa, un *cofijans* (Cofee-House) en *Lievrepul* (Liverpool) despiertan preferentemente su atención, no descuidada ciertamente en los atractivos de las hotentotas del Cabo, de las robustas y coloradas hijas del Eskalda, de las mulatas de Rio-Janeiro ó de las cholitas del Callao. Pasa un año de pesada navegación que le produce seis onzas, seis días de gran vida en tierra por desquite; quedando resto suficiente con que comprar tabaco, jabón, agujas é hilo, todo va bien: vuelta á empezar.

¡Cuántas hojas podrían llenarse con los episodios de la vida del marinero! Aquí no hacen al caso más que los de transición, así el lector curioso ha de buscarlos en otra parte, contentándose con saber que por causa de guerra con el inglés, la convocatoria de la matrícula llama otra vez al servicio de S. M. á Julián Chumacera, hijo de otro y de Manuela Matapón, licenciado de primera campaña voluntaria. La noticia llegó oportunamente, hallándole con tres dedos magullados, sin ocupación y con la última peseta en el bolsillo.

En la segunda campaña obtiene las plazas de artillero de mar, gaviero, timonel, patrón de la lancha, cabo de guardia, las principales á bordo; es hombre de confianza, el ojo derecho del contramaestre; y á resultas de un combate en que salta el primero al abordaje del enemigo, formada la tripulación de popa á proa, después de tocar los pitos á silencio, haciendo el comandante relación de su mérito, que ha llegado á noticia del general de la escuadra, le pone por su mano el distintivo de oficial de mar, premio de la aptitud y la bravura. Allí acabó la perspectiva de futuras expediciones en embarcación *mar chante:* ha empuñado la caña de Indias, símbolo real de la autoridad que le perpetúa en el servicio naval militar.

Pasan, no obstante, muchos años antes de llegar á primer contramaestre ó contramaestre por antonomasia; cambia el petate desde la goleta á la fragata, gasta las macetas de aforrar en los talleres de recorrida de los arsenales y al recibir el nombramiento tiene el cabello gris y algunas cicatrices en el cuerpo. De alegre, decidor y bullanguero se ha tornado grave y poco comunicativo; sábese que en varias ocasiones ha salvado con inminente peligro de su vida la de media docena de personas, pero no hay que hablarle de esto ni hacer alusión á sus acciones de mar ó guerra. Las preguntas le ponen de mal humor y las elude bruscamente.

– Nuestramo Julián, ¿ha estado usted en Liorna?

– Sí.

– ¿Qué hay allí de notable?

– Lo que en todas partes.

– ¿Hace muchos años que empezó usted á navegar?

– He roído alguna galleta desde entonces.

El medio seguro de obligarle á referir algo es tildar á nuestramo Baltasar, nuestramo Pepe, el tuerto, cualquiera de los que le han servido de maestros; entonces encolerizado, perjurando que solamente de algún animal de alcatraz ó marinero del Papa procede la calumnia, explicará cómo dirigieron tal faena, cómo salieron de un trance, acabando por asegurar que no existe en la armada contramaestre que le descalce los zapatos. Los marineros predilectos conocen perfectamente el resorte, que no dejan de tocar cuando conviene.

Algunos ejemplares del tipo suele haber corpulentos, por excepción; en general el contramaestre es enjuto, ágil, sanguíneo y nervioso; limpio en la persona, desaliñado y caprichoso en el traje, refractario á las prescripciones de la uniformidad. Nunca parece tan satisfecho como en los aguaceros de mar en que le es permitido subir á la cubierta con botas hasta la rodilla muy bien ensebadas, impermeable de lona que trasciende el aceite de linaza, y *sueste* (2) de lo mismo, que le presta aparien cia de mascarón de la Edad media. Cuando se hizo reglamentaria la levita, exclamaba un nuestramo mirando los faldones: – *Al mismísimo diablo no se le antojara aparejar urca de mi porte con alas y arrastraderas.*

En el teatro de sus funciones han de verse mejor que en conjunto de relación los especiales rasgos de carácter, por lo que conviene seguir las vicisitudes de Julián Chumacera, elegido *contramaestre de cargo* del navío de sesenta y cuatro cañones *Aquilón* (también tipo), que va á lanzarse al agua en el arsenal de Cartagena.

Las ratas y el contramaestre son los primeros habitantes que embarcan en bajel nuevo: aquéllas sin orden de la Mayoría General del Departamento. Llámase *de cargo* el dicho contramaestre, porque al suyo y bajo responsabilidad personal empiezan á ponerse desde el momento los géneros, pertrechos y objetos diversos que han de contribuir á que el vaso de madera constituya habitación para quinientos hombres, almacén de los víveres y agua, suficientes á alimentarlos durante el trascurso de tres meses, fortaleza en que montar poderosa artillería, pólvora, proyectiles y artificios de fuego, en cantidad de bastar á todo evento, palos, vergas, jarcias y velas de uso, que vienen á ser medio en que obra el viento como propulsor,

(1) *Amojelar*, de *mojel*, especie de trenza de cáñamo que servía para sujetar el cable con el virador, muy á propósito para sentar las costuras del pantalón de los muchachos con alguna desazón del individuo.

(2) *Sueste*, casquete con una cola por la espalda para que escurra el agua.

de la patria, mostrando su bandera.

Puestos uno al lado del otro

clases extremas, es parte en los beneficios que alcanzan á la inferior; propone los ascensos, disculpa las faltas to-



LOS TOROS

NOTAS TAURINAS

EFEMERIDES

AGUSTIN PERERA PEREZ

Seguro es que ninguno de los que asistieron á la corrida de toros verificada en Palencia el 5 de Junio de 1870, habrá olvidado los incidentes de aquella trágica y frustrada fiesta. Difícilmente habrá habido otra que pueda comparársele ni que haya dejado más amarga memoria para cuantos lidiadores tomaron parte en ella



Para dicha corrida se habían enchiquerado reses de D. Fernando Gutiérrez, de Benavente, reses que, como procedentes de la famosa casta vazqueña, tenían mucha fama.

Estaba contratado para torearlas el diestro Agustín Perera con su cuadrilla, y mal podían imaginar uno y otros lo breve y lamentable que había de ser su trabajo.

Sólo el nombre del matador, y esto por su desdicha, ha conservado la historia de la tauromaquia. De los que con él salieron dispuestos á lidiar aquellas malhadadas reses, no hay noticia alguna en los libros.

Ello fué que después de los acostumbrados preliminares, abrióse la puerta de los toriles y se dió suelta al primer bicho, cuyo nombre era *Girón,* y cuyas demás particularidades nos son desconocidas por completo.

Realizadas las suertes de picar y banderillear al toro, en las cuales nada ocurrió que fuese digno de mención, hízose la señal para pasar al último tercio, y Perera empuñó los trastos, endilgó el brindis y fuése hacia el bicho, ante cuya cara desplegó el rojo trapo.

Girón se colaba, poniendo al matador en grave aprieto, y en uno de los pases vació Perera tan mal, que se encontraron en el punto más peligroso para el torero éste y la res. Perera fué enganchado por el pecho y sufrió una cornada sobre la tetilla izquierda, que hizo nece-

guida y una de tarde en tarde, cuando menos se piensa, se tiene una tripulación ejemplar. Es probado. Comunicó esta receta, con la venia

mo es una hormiguita. En otros casos dice que en tierra no se le ha perdido nada.

(proyecto aprobado del escultor don Eusebio Arnau). – *Suplemento artístico: Madonna,* cuadro del profesor T. Grosse.

Para premiar el mejor modelo de esta medalla hubo que convocar tres concursos de artistas, hasta que en el tercero obtuvo el accésit el del escultor don Eusebio Arnau entre los treinta y dos proyectos

mente su atenció
atractivos de las h
coloradas hijas del

LOS TOROS

sario su inmediato traslado á la enfermería.

El público quedó horrorizado ante tal desgracia, pero más horrorizados debieron quedar los lidiadores, puesto que todos ellos, presa de verdadero y unánime pánico, se negaron á seguir toreando, lo cual fué motivo de un escándalo en la plaza.

Trató la autoridad que presidía de convencer á los acobardados diestros de que debían proseguir la lidia, pero todos sus esfuerzos fueron ineficaces.

Hubo que recurrir al castigo, y los toreros pasaron á la cárcel debidamente custodiados por la fuerza pública y entre la rechifla de los espectadores.

Entre tanto, el toro *Girón,* primero y último de aquella breve corrida, seguía en el ruedo, y, por lo visto, no debía de haber en la plaza servicio de cabestros, cuando como único recurso para retirarlo de allí, antes que los más exaltados se resolvieran á bajar al ruedo y ocurrieran más desgracias, se ordenó á la Guardia civil que rematara á tiros á aquel bicho, que no había recibido aún ni una sola estocada.

Los de la benemérita cumplieron la orden rápidamente y así se conjuró el conflicto. Fué aquella, como se ve, una corrida que acabó á tiros y mucho más pronto de lo que nadie pudo suponer.

Agustín Perera, en tanto, encontrábase en situación desesperada. Luchando entre la vida y la muerte estuvo cinco días, y al cabo de ellos pereció, el día 10 de Junio de 1870, el viernes próximo hará de ello exactamente ocho lustros.



No había cumplido aún el pobre Perera los treinta y cuatro años, pues nació el 16 de Agosto de 1836.

Era sevillano y en Sevilla se presentó como matador de novillos por primera vez el 20 de Mayo de 1861.

Progresó lentamente, pues hasta el 24 de Octubre de 1869 no tomó la alternativa de matador de toros, que le dió *Frascuelo* en Madrid, cediéndole el toro *Cariñoso,* de la ganadería de Aleas.

Perera recibió cristiana sepultura en Palencia.

No fué un torero sobresaliente, pero las circunstancias en que perdió la vida merecían ser relatadas, y por ellas se ha conservado memoria de su nombre.

P. P. CHANELA.

DIBUJOS DE MEDINA VERA

un semblante de octogenario sembrado de profundas arrugas. La expresión del personaje está admirablemente reproducida; es un abuelo en quien la vida no se ha extinguido del todo; á la vista de

barcos del Rey se ve lejos la tierra. La tierra, donde se dan todas aquellas cosas dichas y otras de que no hay

contribuir a que el
para quinientos hor

de la patria, mostrando su bandera.
Puestos uno al lado del otro

clases extremas, es parte en los beneficios que alcanzan á la inferior; propone los ascensos, disculpa las faltas to-



LOS BANDIDOS DE LA HOGUERA

9. CONTINUACION

mañana; no hay cosa mejor para refrescar la sangre y cicatrizar las heridas. ¿Necesitáis alguna cosa más?

Francisco pidió algo que comer, prometiendo de nuevo pagar bien lo que se le diese.

La granjera cortó un gran pedazo de pan y un trozo de queso, le entregó una botella de sidra, y le despidió dándole las buenas noches.

El buhonero se disponía á retirarse después de haber dado las gracias, cuando el *Tuerto de Jouy* entró tarareando.

—Todo está tranquilo por ahí—dijo dirigiéndose en apariencia á la granjera,—y nadie piensa sino en acostarse cuanto antes; creo que debemos hacer otro tanto... Mas, decid, ciudadana Bernard, ¿quién va á salir de vuestra casa á tales horas, pues que vuestro marido se dispone á enganchar la calesa?

—¿Va á marchar alguno?—preguntó involuntariamente Francisco.

—¿Qué os importa, amigo mío?—preguntó Ladrange.

—Es que estaba yo pensando que mi mujer estará muy inquieta, y si la persona que marcha fuese á la ciudad, yo podría hacerla un encargo y aun tal vez consentiría en cederme un puesto á su lado.

Daniel tenía vagas sospechas de aquellos dos hombres; además, no quería que viesen á las señoras de Mereville, que de un momento á otro iban á salir de su habitación.

—Es imposible—respondió secamente;—la persona que marcha, que soy yo mismo, no lleva el mismo camino que vos y no puede encargarse de ninguna comisión.

—¿Vos?—preguntó el buhonero.—Yo creía que viajabais á caballo.

—Mejor se va en coche, sobre todo cuando se lleva una linda compañera, ¿no es verdad, ciudadano?—dijo sonriendo el *Tuerto de Jouy*.

Tales preguntas exasperaban más y más á Daniel; sin embargo, dominó su impaciencia y dió á entender á sus interlocutores que el ciudadano Bernard, naturalmente poco sufrido, podía no gustar de que se espiasen sus acciones. En consecuencia, les volvió á intimar que se retirasen al pajar donde ambos debían acostarse, según la costumbre.

La granjera apoyó esta invitación en términos que los curiosos no tuvieron nada que alegar para resistirse por más tiempo, y salieron, el buhonero deseando toda clase de prosperidades á la señora Bernard, y el *Tuerto* dándola las buenas noches con una especie de burla siniestra.

Daniel los siguió porque un sentimiento indefinible le aconsejaba desconfiar de aquellos dos hombres, á pesar de su aspecto inofensivo. Acompañóles, pues, hasta el pajar, y cuando estuvieron dentro, cerró tras ellos la puerta dando dos vueltas á la llave.

—Estas gentes podrán ser muy honradas—dijo á la granjera cuando volvió,—pero no estará demás que duerman bajo llave esta noche. Mañana temprano les abriréis, y acaso ni aun se apercibirán de su cautiverio: toda la prudencia es poca.

La señora Bernard no desaprobó esta medida que la libertaba de una incómoda vigilancia.

—¡Y pensar—murmuró—que mi pobre hija iba á pasar la noche con esos vagabundos...! Pero acaso tendrá un albergue mejor tan luego como haya partido Bernard... ¡Dios mío! ¡Concededme una noche más y moriré contenta!

En aquel instante entraron las señoras con sus envoltorios de viaje. Daniel se encargó de su modesto equipaje, y ya iban á dirigirse al patio donde esperaba el coche, cuando Bernard se presentó casi sin aliento.

—¡Pronto, pronto!—exclamó agitado.—Se oye galope de caballos y ruido de sables por la avenida... ¡Apriesa, apriesa...! Acaso tengamos todavía tiempo.

—Sí, sí, ¡al coche!—gritó Daniel con energía.

Y arrastró consigo á María, mientras que Bernard hacía otro tanto con la marquesa, sin dejarles tiempo para despedirse de la granjera.

Mas apenas pusieron el pie en el patio, el ruido de los caballos se oyó más distintamente.

—¡Ya es tarde!—exclamó Bernard.—No están á cincuenta pasos de aquí.

—¡Salvad á mi hija!—dijo la marquesa.

—No, no, Daniel, no penséis más que en mi madre; ¡yo os lo ruego!

Daniel no sabía qué partido tomar.

—Cerrad la puerta grande—dijo por fin Bernard.

Este se apresuró á empujar las pesadas hojas de la puerta carretera, que afianzó con enormes maderos.

—Ahora, huyamos por el jardín—dijo Daniel, que animaba á las pobres mujeres acongojadas.

Pero no tardaron en reconocer con terror que esta vía de salvación les estaba también cerrada. En aquella dirección se oía un gran rumor, como si la habitación estuviese completamente cercada.

Al mismo tiempo sonaron en la puerta del patio golpes violentos, y una voz robusta intimó á las gentes de la alquería, en nombre de la ley, que franqueasen la entrada á los gendarmes y guardias nacionales encargados de investigar si se ocultaban en la casa emigrados ó sospechosos.

VII

UNA NOCHE DE ANGUSTIA

Al escuchar aquella intimación, Daniel Ladrange se mostró más sorprendido que intimidado, no acertando á comprender cómo una reunión de gendarmes tan numerosa como la que rodeaba la alquería había podido efectuarse sin su conocimiento, y buscando en vano la explicación de circunstancias tan extrañas.

Bernard se acercó á él.

—Estamos cogidos como en una red—dijo en voz baja,—y no hay medio de escapar... ¿Qué hacemos, señor Daniel? ¿Nos defenderemos?

guida y una de tarde en tarde, cuando menos se piensa, se tiene una tripulación ejemplar. Es probado. Comunicó esta receta, con la venia

mo es una hormiguita. En otros casos dice que en tierra no se le ha perdido nada.

(proyecto aprobado del escultor don Eusebio Arnau). – *Suplemento artístico: Madonna*, cuadro del profesor T. Grosse.

Para premiar el mejor modelo de esta medalla hubo que convocar tres concursos de artistas, hasta que en el tercero obtuvo el accésit el

mente su atenc
atractivos de las



FOLLETIN DE BLANCO Y NEGRO



Por la parte del jardín toda retirada era absolutamente imposible. Divisábanse por encima del cercado de zarzas los sombreros galoneados de los jinetes, y hasta se oía crujir el ramaje, como si alguien intentase abrirse paso por medio de los matorrales.

—¡ Defendernos !—exclamó Daniel moviendo la cabeza.—Guardémonos de semejante cosa. Son diez contra uno, y toda tentativa de resistencia nos sería funesta... No, no; volved á la casa con estas señoras, Bernard, y haced que entren también vuestras gentes. Yo voy á recibir á esos hombres y á asegurarme de si vienen con un mandato en regla. Tal vez pueda descubrir en la orden alguna omisión ó informalidad, en cuyo caso usaría de mi derecho impidiéndoles la entrada.

—Bueno, bueno, señor Daniel; vos sabéis mejor que nadie lo que se debe hacer; pero id pronto á ver lo que quieren, porque empiezan á impacientarse.

En efecto, la puerta carretera rechinaba á impulso de los culatazos.

Daniel dirigió á las señoras algunas frases para animarlas, y se dirigió hacia la entrada de la granja, sin escuchar á María, que le decía por lo bajo:

—¡ Por favor, primo mío, no os expongáis !

Cuanto más reflexionaba Daniel, más se confirmaba en la idea de que los asediantes del Breuil no obraban en virtud de poderes regulares.

En aquellos tiempos no era sorprendente que los facciosos ó los malhechores se disfrazasen con el uniforme de la fuerza pública para llevar á efecto con menos peligro algún atrevido golpe de mano.

Tal vez aquellos hombres pertenecían á una ú otra de esta clase de enemigos, y, ¡cosa singular !, esta doble eventualidad, que en cualquier otro momento hubiera aterrado á Ladrange, le parecía al presente menos de temer que una pesquisa legal.

Antes de parlamentar con los desconocidos hubiera deseado verlos distintamente; pero aplicando el ojo á las rendijas de la puerta, sólo entrevió una masa compacta, de la que no se destacaba ninguna forma precisa.

Indiferente á las amenazas y á las imprecaciones que se alzaban en el exterior, Daniel fué en busca de una escalera bajo un cobertizo próximo, y apoyándola en la pared del horno que dominaba la entrada principal de la alquería, trepó al techado de aquel pequeño edificio y desde allí pudo reconocer la fuerza imponente que bloqueaba la casa de Bernard.

Además de los individuos diseminados alrededor del cercado, había una docena de gendarmes á caballo, envueltos en unas capas galoneadas, y una veintena de guardias nacionales á pie.

Aquella tropa estaba armada con sables, fusiles y pistolas, que brillaban á la claridad de la luna.

El desorden y la indisciplina que reinaba en las filas hubieran podido justificar las sospechas de Daniel; pero en aquella época las milicias nacionales participaban de la turbulencia y de las agitadas pasiones de las reuniones populares.

A falta de indicios marcados, el joven juez de paz trataba de ver si entre aquellas gentes descubría algún semblante conocido. Sus funciones le habían puesto en contacto con los oficiales y subalternos de gendarmería del departamento, por lo cual esperaba hallar entre aquella numerosa reunión personas que debía haber visto muchas veces.

Por desgracia, los anchos sombreros y las capas ocultaban los rostros de aquellos hombres, que, por lo demás, se encontraban sumamente alborotados y continuaban golpeando la puerta y dando desaforados gritos.

Un poco apartado divisábase un jinete que parecía ser el jefe de la fuerza; pero todo lo que podía notarse en su exterior, fuera de la capa y el sombrero, eran sus cabellos recogidos y trenzados en coleta, á la moda militar.

Algo más lejos, bajo los árboles de la avenida, una mujer, con un niño en brazos, revelaba en sus ademanes intenso dolor y espanto, á pesar de que se hallaba al parecer en completa libertad.

Fácil es de inferir que Daniel no empleó mucho tiempo en hacer estas observaciones. Impaciente por conocer la verdadera calidad de los asediantes, se puso en pie sobre el tejado del horno, y gritó con voz fuerte que dominaba el tumulto:

—¡ Viva la nación !

Este grito era entonces una contraseña para los amigos del gobierno, y los gendarmes le contestaban por lo común con entusiasta espontaneidad. Sin embargo, entonces no produjo otra cosa que admiración é inquietud; todos callaron y levantaron la cabeza.

Tan pronto como divisaron á Daniel, algunos fusiles y pistolas se apuntaron contra él; pero antes de que se hiciese disparo alguno, el sujeto que tenía apariencia de oficial se adelantó con el sable desnudo.

—¡ Abajo las armas !—dijo profiriendo un juramento ;—ya se os ha dicho que está prohibido hacer fuego hasta nueva orden.

Y como uno de los guardias nacionales tardase en obedecer, el oficial descargó sobre su fusil un sablazo tan violento que hizo brotar chispas del cañón.

A pesar de su bravura, Daniel no pudo menos de estremecerse al verse amenazado de aquel modo; pero se repuso al punto, y habiéndose restablecido abajo el silencio, continuó con voz todavía algo conmovida:

—Vuestros hombres, ciudadano oficial, ni son buenos patriotas ni bien disciplinados... Pero, ¿qué es lo que queréis?

—¡ Brava pregunta !—contestó con t o n o burlón el jefe ;—queremos entrar.

—Muy bien; los habitantes de la alquería no tienen intención de resistir á la fuerza pública si viene provista de un mandato legal. ¿ Traéis ese mandato?

—Sí, por cierto, y os lo enseñaremos tan pronto como nos hayáis abierto.

Continuará.

biendo vencido su autor las dificultades de hacer carnes pastosas en un semblante de octogenario sembrado de profundas arrugas. La expresión del personaje está admirablemente reproducida; es un abuelo en quien la vida no se ha extinguido del todo; á la vista de

barcos del Rey se ve lejos la tierra. La tierra, donde se dan todas aquellas cosas dichas y otras de que no hay

contribuir á que
para quinientos



COMPOSICIÓN Y DIBUJO DE SALVATORE DE GREGORIO

dobles juegos de respeto, herramientas, materiales, un mundo, en fin, ya que á un mundo en pequeña proporción asemeja la majestuosa construcción destinada á prolongar por todo el ámbito del Océano el territorio de la patria, mostrando su bandera.

Puestos uno al lado del otro estos objetos ocuparían seguramente la superficie entera de la plaza mayor de cualquiera de nuestras ciudades; á bordo se colocan metódicamente con tal orden y disposición que todos y cualquiera de ellos se encuentran á mano en el instante en que hacen falta, sorprendiendo el sistema á las mujeres más hacendosas y hábiles en menaje, que no aciertan á comprender, por confesión propia, cómo en tan poco espacio caben tantas cosas.

Todas no pertenecen al cuidado exclusivo del contramaestre; el condestable y el maestre de víveres comparten con él la responsabilidad de custodia y consumo de las que pertenecen á sus oficios; mas el primero las embarca y emplaza pasando ya á bordo á la dependencia respectiva y quedando en la suya las tres cuartas partes del total. El *pliego de cargo*, así denominado aunque tenga más volumen que el Diccionario de la Lengua, empieza expresando:

Un buque con:
Tres palos machos y bauprés.
Un timón con:
Cinco machos de bronce.
Cuatro hembras de bronce en el codaste.

Y por este orden sigue especificando hasta concluir con: Tantas docenas de agujas de coser velas.

La cuenta corriente de este inmenso almacén de objetos que se gastan ó se rompen y se reemplazan, intervenida y ordenada por el contador y segundo comandante, ocupan mucha parte del tiempo al contramaestre que aunque sabe leer casi de corrido y escribir algo más que su nombre, no es muy experto en las operaciones aritméticas; tiene que fiar la redacción de los documentos de descargo al escribiente del detall y la materialidad al *pañolero*, especie de guarda-almacén, que es marinero de su hechura; pero ni se equivoca en las cuentas, ni por rareza se ha dado caso de que en entrega ó recuento haya salido alcanzado contramaestre alguno, antes bien le sobran en cantidad numérica los efectos, y en especie aparecen varios que no han salido del arsenal ni se sabe cómo vinieron á bordo.

Los primeros cien hombres destinados al *Aquilón*, obedecen las indicaciones de nuestramo Julián, que observa cuidadosamente la disposición de cada uno cambiándolos de comisión y de sitio; vigila sobre todo á los que disponen las jarcias muertas que han de asegurar los palos, descubriendo en pocos días cuál es marinero y cuál promete serlo: los primeros conquistan su predilección, éstos su benevolencia; cuando se hagan las propuestas de plazas preferentes tienen en él *padrino*, experimentándolo el día en que el navío sale del arsenal al puerto completamente armado, en disposición de atender á la organización disciplinaria y de dar la última mano á la de policía.

Es momento crítico en que nuestramo Chumacera fija sólidamente las bases del servicio por el sencillísimo procedimiento que sigue. Se trata, por ejemplo, de barrer la cubierta, operación nada complicada. Nuestramo tiene designados, desde que se montó la guardia, once hombres al efecto, y ordena al pañolero que no saque más que diez escobas. Puesto al lado de éstas, da el toque de pito que manda la operación, y como necesariamente queda sin escoba uno de los hombres, le aplica buenamente dos cañazos en parte blanda y un discurso explicando que gran virtud es la diligencia en un navío de sesenta y cuatro cañones. A la media hora se ofrece embarcar un bote, aferrar los toldos ó cualquier acto ordinario, y teniendo cuenta con el último que llega en cada caso, le aplica los dos cañazos y el discurso sentencioso. Con ocho días de repetición seguida y una de tarde en tarde, cuando menos se piensa, se tiene una tripulación ejemplar. Es probado. Comunicó esta receta, con la venia del comandante, á un alto magistrado de la corte que pasó en comisión á Cartagena á estudiar las modificaciones que debieran aplicarse á los preceptos severos de las ordenanzas militares, y que se asombraba viendo que al toque de pito salían los hombres cual si llevaran detrás un toro de seis años.

Al señor Golilla se le hizo novedad le contaran que más ofende al marinero palabra mala de oficial que cañazo de contramaestre, atendiendo á que la autoridad de aquel, originada de un Real Despacho, se impone por la fuerza y temor de la ordenanza, mientras la de éste se admite como natural y necesaria, y viene por procedencia tradicional de otro marinero de origen á constituir superioridad patriarcal. La primera reviste continua tirantez, la segunda se dulcifica por el consejo, la enseñanza y la solicitud.

El oficial se mantiene dentro de las barreras del servicio; el contramaestre va á la cama del enfermo, se vale de mil medios que mejoren el plato del sano; le da un cigarro, sabiendo que no lo tiene. Mediador entre las clases extremas, es parte en los beneficios que alcanzan á la inferior; propone los ascensos, disculpa las faltas tolerables, infunde así en ella respeto amoroso, que en el concepto del magisterio se extiende hasta el guardia-marina, joven aturdido, poco respetuoso de suyo; alcanza la atención del oficial mismo y la consideración del comandante. Cuando éste llame un individuo, se acercará sumiso con la gorra en la mano; llamándolo el contramaestre, gritará: *¡Mande!* antes de aproximarse, y oyéndole decir: *¡Haber, uno!* una docena procurarán con diligencia anticiparse.

Organizado el servicio y establecida la marcha normal, no se prodiga en la cubierta nuestramo; desciende al cuarto piso del *Aquilón*, ó sea al sollado, donde, por privilegio de clase, goza la posesión en la misma proa de un camarote de sección triangular que mide siete pies en el mayor lado: la luz natural no penetra allí jamás directamente; el aire llega á través de mangueras; la temperatura estando entre trópicos, asciende á 30 y 40 grados centígrados, á lo que hay que agregar por la proximidad del pañol, el perfume mezclado de sebo, alquitrán y cucaracha. En el interior del camarote campea como adorno principal un cuadrito bien con la imagen del Santo Cristo de Candás, Cristo tan marinero que fué pescado en la mar con red, bien con la de Nuestra Señora del Mar, de Almería, la de Santa María del Socós, bendita monja que tenía permiso para pasear sobre el Mediterráneo y cogía debajo del brazo un bergantín si lo veía en peligro de zozobrar, ó la de otro santo patrono, siempre que pertenezca á la sección marítima de la corte celestial. Chumacera es cristiano, con pura y hermosa fe, y aunque de vez en cuando se le escape un terno (los sabe en todas las lenguas del universo), sin blasonar de mojigato da en el corazón ferviente culto á María, estrella de la mar. Medrado estaría el grumete de último número que al pasar lista en la guardia de noche, olvidara el: *¡Viva la Virgen!* Al naufragar en la fragata *Preciosa*, Julián hizo voto á Nuestra Señora de una fragatita empavesada, que fué á colgar por su mano del techo de la iglesia de Begoña. Cuando el huracán le arrancó de la cubierta de la corbeta *Topacio*, sobre la isla Aneyada, ofreció también á su protectora una misa, que oyó en la iglesia del Carmen, de Cádiz, marchando descalzo desde el muelle, llevando á hombros con sus compañeros la verga de trinquete.

No hay otro adorno en el camarote; una taquilla de pino guarda el pliego de cargo con el guardarropa, que no es de príncipe; y un caneco de ginebra ó de aguardiente de caña, como preservativo contra el reuma. Un *chinguirito* por la mañana neutraliza la humedad del baldeo, y otro de plus café *aprieta* la digestión. Más de cuatro ayudan con buen ánimo al contramaestre á darle un tiento al frasco en días de temporal en que manda sacarlo á plaza. Penden de sendos clavos las botas y el impermeable, ocupando el mayor espacio la litera con colchoneta y almohada; sábanas no gasta nuestramo, ni le hacen falta, pues que no se desnuda: es máxima suya que así como nadie conoce el momento de dar la vela para el otro mundo, el marinero no sabe tampoco la hora en que le llamarán y hay que estar siempre apercibido á una y otra cosa.

En esto de sentencias y refranes es Chumacera, como Sancho, saco sin fondo, salvo que los de nuestramo son embreados, como el lenguaje figurado que usa.

—¿Qué haces ahí? —pregunta á un grumete que encuentra al paso.

—Pues nada, nuestramo, esperando que toquen *á tomar los medios*.

—*Salta como gallina muerta*, mamalón. ¿A quién se le ocurre sentarse sobre un motón que está trabajando? «Nunca te fíes de mujer que se calla, ni de motón que se queja.»

—Te voy á *amurar el foque*, socairero, —grita á otro que sorprende durmiendo la siesta en la mesa de guarnición. —Ya podías saber que «camastrón que se duerme se lo lleva la corriente.»

A puesta de sol sube ordinariamente Chumacera al castillo de proa á dar un vistazo general al aparejo y oir el parte de los gavieros que han verificado la descubierta; les da las instrucciones para el día siguiente; ordena el reparo de cualquier desperfecto; enciende el cigarro y entonces, si está de buen humor, es la ocasión de hacerle hablar. Tan perdida tiene la afición á la tierra que no baja nunca, á no estar en el arsenal ó en costa inhabitada, que en este caso no dejará de ir á ver si hay algo que pueda servir á bordo y no tenga dueño, porque nuestramo es una hormiguita. En otros casos dice que en tierra no se le ha perdido nada.

Cuéntase, por lo de guardar, que yendo en el *Aquilón* el virrey de Nueva-España con su familia y acompañamiento, se antojó á la virreina distraer la monotonía de la navegación celebrando la fiesta de la Virgen con solemne función improvisada; quería vestir una imagen que por encargo se llevaba á Veracruz y lo hizo con trajes suyos, pero estando los cofres de los más ricos en la bodega y no teniendo á mano con qué hacer el manto, acudió al comandante del navío, que no sabía qué contestar á la exigencia. —Que llamen al contramaestre, —dijo, por



COMPOSICIONES Y DIBUJOS DE SALVATORE DE GREGORIO





MADONNA, cuadro del profesor T. Grosse

decir algo, y al presentarse en la puerta de la cámara – Nuestramo, – añadió, – hace falta un manto para la Virgen. – Chumacera estuvo un momento bajo la misma impresión que su jefe. – ¡Un manto para la Virgen! – repetía; de pronto soltó la frase usual: – ¡Está muy bien! – y á los diez minutos volvió con dos varas de tisú, de verdadero tisú de plata. ¿Cómo poseía el pañol género tan preciado? A las preguntas reiteradas contó el buen Julián que habiendo logrado apagar el incendio de una urca dinamarquesa, le convidó á comer el capitán, á tiempo que estaban reconociendo los géneros averiados, y habiendo salido una pieza de tisú quemada por el lado, de modo que sólo se podían aprovechar los retazos, el dicho capitán le regaló aquellos dos.

– ¿Y para qué le iban á servir á usted? – preguntó el comandante.

– Para esto, – contestó con aplomo.

– Tiene razón, para esto; para el manto de la Virgen, – exclamaron riendo los virreyes

Nuestramo Julián regresó á su camarote haciendo letanías de los caprichos de las mujeres. Ignoro si en algún tiempo le dieron qué sentir; lo que á bordo saben todos, es que mentarlas á nuestramo equivale á nombrar la cuerda en casa del ahorcado: la andanada de improperios que suelta no tiene fin ni cabo: – «Mujer, viento y ventura, pronto se muda» – «¡Benditas sean ellas... en escabeche!»

La injusticia del solterón contramaestre se hace patente en el hecho de deber á una mujer la charretera. Escribiendo á la corte la virreina los acontecimientos del viaje, refiere el lance del manto de la Virgen, que abultado y embellecido por los comentadores llega á oídos del ministro de Marina. Pídense, de resultas, los antecedentes del individuo, se presenta larga hoja de servicios sin tacha, recomendaciones y propuestas traspapeladas, y extendido el despacho real, Julián asciende á don Julián, con alborozo de sus paniaguados.

Vuelve el *Aquilón* por entonces la proa al Oriente en demanda de la península ibérica, y cortando el meridiano de las islas Bermudas, el viento calmoso empieza á inclinarse al norte, por cuya dirección está fosco el horizonte.

– Eh, nuestramo, – interpela el oficial de guardia, – ¿qué opina usted del tiempo? El barómetro no indica variación notable.

– ¡Hum! No entiendo de barómetros; lo que tengo aprendido es que por estos sitios: «A norte nuevo y á sur viejo, no les fíes el pellejo.»

La exactitud del adagio no tarda en confirmarse; antes de una hora reina deshecho temporal. *¡Qué ventania!* el navío *no cabe en la mar.* Se oye por las baterías la voz de *todo el mundo arriba;* el comandante toma la voz de mando, que es el caso en que hace oir su pito el contramaestre; se reduce el velamen, nuevas trincas sujetan á la artillería; corre el bajel con espantosa celeridad con sola la vela del trinquete y sucede un momento de reposo que aprovechan los marineros guareciéndose debajo del castillo.

– Esto se llama andar, – dice uno.

– A este paso, no tardaremos efectivamente en ver á Cabo Priosiño, pero ¿aguantará el trinquete?

– ¿No ha de aguantar? Tres cosas hay de resistencia incalculable: palo de punta, vela en viento y mujer de...

– ¡Eh! ¿Quién rebuzna ahí bajo? – interrumpe nuestramo Chumacera. – Vivo á subir del pañol dos betas nuevas de á siete. Rubito, – prosigue, dirigiéndose á un medio mulato del condado de Niebla, gran marinero, – vas á coserme un brazalote á esa verga que está trabajando más de su obligación. Ayúdale tú, Chato, y cuidadito, hijos míos, agarrarse.

Los dos aludidos ven que se trata de jugar la vida á cara ó cruz; no vacilan, sin embargo, subiendo por la jarcia con la celeridad que la fuerza del viento consiente. Llegados al penol ó extremo de la verga, un horrible crujido esteriliza su voluntad, verga y vela se han hecho pedazos con el ventarrón que azota á la cubierta, y no es esto lo peor, sino que atravesando el barco los golpes de mar destrozan la obra muerta, arran-



MUCHACHA DE CHIOGGIA, estudio de Moisés Bianchi, de Monza

LA TRIPLE ALIANZA, cuadro de A. Bakker-Korff

can de su sitio las embarcaciones y con ellas arrastran unos cuantos hombres desdichados. Se tronca el mastelero de gavia abatiendo tras sí los mastelerillos de los otros palos; cae todo en el navío en confuso montón que embaraza el paso y en el balanceo magulla y hiere. Aquí es donde ha de notarse la sangre fría de Chumacera.

– ¡Ea, muchachos, no hay que aturdirse, vengan hachas! ¡Tú, Edreira, pica aquel estay; Villajoyosa, salta á la batayola y záfame la burda; aquí diez hombres! ¡Talla, talla, talla, bueno; ya está en el agua el principal estorbo! Ahora, aclararme la cubierta.

En los días de sol y brisa no se ve ni se oye al contramaestre; ahora no se aparta del palo mayor más que para ir al de trinquete; ni duerme ni come más que lo que allí le llevan. Roñoso de una filástica en lo ordinario, pródiga lo mejorcito del pañol, hachotes de cera, cabullería nueva, roldanas de bronce; que le pregunten para lo que sirve guardar las cosas. Cuando vuelve Julián al camarote, habiendo agotado el repertorio de las palabras más dulces, repartidas á los marineros con el contenido del consabido caneco, del temporal no queda más que la nota del cuadernillo de bitácora y el navío, bien con los masteleros de respeto, ó con bandolas, si la avería fué más gruesa, navega seguramente. No ha omitido tampoco asistir al lado del capellán, al rezar el responso por los que se borran de la listilla de raciones.

«A mal tiempo, buena cara.» Aprovecha la ocasión explicando en los días sucesivos á sus ahijados lo que pudiera suceder si en lugar de partirse la verga hubiera faltado el palo y cómo se remediaría este ó el otro accidente; explana el panegírico del Chato y el Rubito que tuvieron la sepultura del marinero cumpliendo como buenos; se hace expansivo, hasta el caso fenomenal de referir alguna de sus ocurrencias.

– Vamos á ver á que no acertáis la más rara de las expediciones á que yo he asistido?

– Cuente usted, nuestramo.

– Advierto que no hay cañonazos, ni tierras nuevas, ni naufragio, ni salvamento.

– ¿Pues qué puede ser?

– La expedición de la vacuna.

– ¿Qué es eso de vacuna?

– Ahí veréis. Salimos de Cádiz llevando á bordo unos cuantos niños con un doctor, que se entretenía en irlos vacunando. En Canarias embarcamos veinte ó treinta muchachos más con sus correspondientes niñeras: más que fragata parecía aquello una casa-cuna flotante. Pues así de brazo á brazo, llegó á Puerto-Rico la vacuna fresca y se propagó por toda la isla. Luego fuímos al continente, luego á Filipinas, y en todas partes nos recibían con campanas y cohetes.

– ¿Y para eso sólo iba una fragata con tanta gente y gastos? ¿No se podía enviar la vacuna por el correo?

– ¡Ah cernícalo! ¡Cómo se conoce que no has aprendido el cuento del huevo de Colón! La expedición, repito, es de las notables que ha enviado la nación española, aunque no ande en boca de muchos, y el nombre del doctor, que era don Francisco Balmis, está escrito en el rol de los hombres benéficos.

Nuestramo calló la parte que tuvo en la empresa, haciendo embarcaderos donde no los había, y preparando el buque para una misión tan ajena á su instituto. Les encareció en cambio la inteligencia de otros contramaestres en casos de varada en que es preciso suspender el peso de cuatro ó cinco mil toneladas y discurrir la manera; y cuando perdido el bajel, se han de salvar los pesados objetos sumergidos en el fondo. Les refirió lo ocurrido á los holandeses en el cabo de Buena Esperanza, donde habiéndose hundido en parte la grada en que acababan de construir una fragata, se quebrantó y quedó como clavada, de forma que iban á desbaratarla, al arribar allí un contramaestre que ideó forma de lanzarla al agua (1). Les entretuvo con la ocurrencia del arquitecto Fontana, aterrado ante la perspectiva de su descrédito en el fracaso de elevación del obelisco egipcio en la plaza de San Pedro en Roma. Sabido es que por una pulgada no alcanzaba el monolito á montar la base, y que el bando publicado por orden del papa Sixto V conminando con pena de la vida al que hablara, mantenía á los espectadores en profundo silencio. Uno gritó, sin embargo: *¡Agua á las cuerdas!* Recurso que no se le hubiera ocurrido al fontanero Fontana y que vino á salvar su reputación; la contracción del cáñamo humedecido bastó á poner en su sitio el obelisco. Se buscó inútilmente al autor de la idea, que había escurrido el bulto temeroso de la ejecución del bando; con todo llegó á descubrirse que era un contramaestre de la costa. Por final de sesión contó don Julián la faena de subir la famosa campana de Toledo que, por menos conocida apuntaré yo en extracto, omitiendo pormenores técnicos aunque desaparezca el gracejo con que nuestramo excitaba la hilaridad de los marineros, describiendo escenas tan interesantes como las de los señores del cabildo catedral que oyendo al contramaestre ser necesaria una *pluma*, se la presentaron de ganso, y como rectificara, explicando que lo que quería eran *perchas*, al punto le mandaron llevar las que sirven para colgar la ropa.

La campana de referencia se fundió el año de 1753 por orden del infante cardenal, don Luis de Borbón, arzobispo de Toledo, con encargo de obtenerla con el mayor primor y hermosura, sin atención al coste. Pesó 1.543 arrobas, aparte del badajo, que resultó de 1.400 libras de metal. Para elevarla fué desde Cartagena el contramaestre alférez de fragata don Manuel Pérez, acompañado de tres guardianes de navío y veintidós marineros. Llevó en carros, caballería y cuadernales, que pesaban 1.451 arrobas y cuyo trasporte ida y vuelta, costó 31.114 reales, y el día 30 de setiembre de 1755 la dejó segura en su sitio, habiéndola entrado por la ventana sexta, comenzando á contar por la cara del norte, encima de la puerta de las Palmas, donde empezó el ascenso. La maniobra se ejecutó con orden, precisión y celeridad, porque acudió tropa á formar cordón que contuviera á los curiosos, y se echó pregón por boca del verdugo, aunque no tan severo como el de Roma.

Quedaron tan complacidos los señores capitulares que aparte de un espléndido refresco á los marineros acabada la maniobra, abono de gastos de viaje y alimentos, al despedirlos ofrecieron de gratificación al contramaestre 12.000 reales, á cada guardián 750 y á los marineros 550, con lo que éstos se volvieron muy contentos al departamento, asegurando, al hablar de la campana,

Que caben siete sastres
Y un zapatero,
También la campanera
Y el campanero.

Quince días pasados de la narración de nuestramo Julián, en la amanecida, cantó el tope tierra por la proa y una vela por sotavento. En la tierra se reconoció la torre de Hércules; la vela, que estaba muy próxima, resultó ser fragata de guerra argelina. El pito de Chumacera dejó oir la indicación de silencio; iba á decir cuatro palabras al alma el comandante: después tocaron las cornetas zafarrancho de combate, y de ola en ola repercutieron los cañonazos. Muchos ojos se fijaron en la bandera de Argel, codiciándola; no á fe los del contramaestre, atento tan sólo al aparejo del navío. El médico estaba abajo aplicando vendajes y torniquetes á los heridos; á él le tocaba aplicar también remedio inmediato á un cabo cortado, á un cáncamo roto, á cualquier avería trascendental. La función fué breve; como el *Aquilón* portaba reducida superficie bélica por consecuencia del temporal referido, la fragata aprovechó la superioridad de marcha huyendo á todo trapo. Con el último disparo, ¡qué desgracia! acertó la bala en la serviola del navío y un astillazo desgarró el pecho del contramaestre.

– Vamos, muchachos, no hay que apurarse, – decía á los que le bajaban cuidadosamente al camarote, – algún día tenía que suceder. Avise uno al capellán que quiero ponerme al habla con él, y otro diga al contador que tengo alguna cosa que comunicarle.

– ¿Avisaremos también al médico?

– No es menester; dejadle que se entretenga con los que le necesitan.

El médico acudió, no obstante, observando con pena que eran realmente inútiles los auxilios de la ciencia. La sesión con el capellán no fué muy larga, y tocando el turno al contador, nuestramo, Julián, hablando trabajosamente, expresó la última voluntad.

– Usted me ha de perdonar, señor contador, las molestias que le llevo causadas, y esta nueva, pero tengo ya *el práctico á bordo* y es preciso que haga testamento.

– Diga usted, don Julián, lo que se le ocurra en que yo pueda servirle.

– Primero quisiera que le pidiera usted al señor comandante que me echen al agua.

– En cuanto á eso, como ahora mismo vamos á entrar en puerto, no hay que pensarlo; tendrá usted sepultura sagrada en el cementerio de Ferrol.

– Hubiera preferido la otra; en fin, ¡cómo ha de ser! Para el testamento, ya que hay testigos, sabrá usted que no tengo padre ni madre ni perrito que me ladre. Ahí en la taquilla está el pliego de cargo con las papeletas de exclusión y de consumo.

– No se ocupe usted de eso.

– ¿No me he de ocupar? Todo está en regla. También parecerán cosa de trescientos pesos, cinco más ó menos. Quiero que de ellos se dé media onza para una misa á Nuestra Señora por bien de mi alma; un doblón á cada uno de los marineros que me lleven con los pies para avante. Al pañolero una onza y la ropa, para que se acuerde de los coscorrones que le tengo dados; el pito al timonel Pascual, que no tardará en usarlo; la pipa al gaviero del bauprés; el dinero que sobre después de los gastos, al Hospital de marineros de Nuestra Señora de Buen Aire, en Sevilla, y... no puedo más. Si á alguno le he sentado la mano pesada, que me perdone... que lo he hecho por su bien... y por el del servicio... Caballeros... hasta el valle de Josafat.

Aquella noche, fondeado el *Aquilón* á la boca de la dársena de Ferrol, tenía en la cubierta de cuerpo presente al que fué alma de la proa. Ocho faroles alumbraban la caja, de que no se apartaban los marineros silenciosos. Abajo, en el sollado, el condestable, el carpintero, el calafate, como si dijéramos, la familia del finado, discutían el epitafio que sería más decente escribir en la lápida; la mayoría se inclinaba á poner: «Aquí yace don Julián Chumacera, alférez de fragata, primer contramaestre del navío *Aquilón*. Dios lo tenga en su santa gloria.» A uno de ellos ocurrió consultar al pañolero, más conocedor de los gustos y deseos del difunto. El pañolero compareció con los ojos hinchados como puños.

– Escucha, Martínez, lo que hemos apuntado aquí. ¿Qué te parece?

– Que sobran muchas letras.

– ¿Pues qué pondrías tú?

– Yo, lo que hubiera puesto él:

Aquí yace el contramaestre

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO

(1) Histórico.

LAS PIEDRAS ENCANTADAS

CUENTO DE NOCHE-BUENA

Es la Serratella un mísero pueblecillo de pocas casas, situado en lo alto de una sierra, y en un terreno lo más árido y pedregoso que puede darse. Ninguna señal de vegetación se ve en cuanto la vista alcanza, y en vano es sembrar en aquellos pedregales centeno ó cebada, pues nada allí crece ni prospera.

Pero si los habitantes de la Serratella no pueden mantener ni una sola cabeza de ganado en todo el término, ni coger el grano necesario para su sustento, en cambio, como ya hemos dicho, no tienen que ir á buscar muy lejos los materiales para sus edificaciones.

A una media hora de la aldea, cuyas avenidas son todas inaccesibles riscos, ó temibles desfiladeros, se encuentra una porción de peñascos esparcidos por el suelo, afectando una forma geométrica regular, semejante á la de grandes sillares, cual si fueran ruinas de alguna edificación ciclópea de los tiempos prehistóricos. En una de las masías de aquel término, vetusto y mezquino edificio, enclavado en medio de unos cuantos bancales plantados de viña, vivía un labrador tenido por el más rico de la comarca, sin otro motivo que el de que podía hacer todos los años su matanza, y hartarse de pan de centeno, repugnante masa cocida en el horno de la masía.

También cogía algún vino que le ayudaban á consumir los vecinos de la aldea en las grandes solemnidades cuando se llegaban por aquellos contornos á celebrar alguna reunión política de oposición al gobierno... del pueblo, compuesto del alcalde, alguacil, secretario, el cura y el maestro de escuela. Aunque el municipio contaba además con otros dos concejales, estos eran unos figurones, que para nada figuraban.

Las ventajas arriba expresadas, habían dado á nuestro ricachón cierta altivez que le hacía sumamente difícil en la cuestión de entronques, pues no encontraba en todo el término hombre digno de emparentar con su alcurnia. Pecado que purgaba su pobre hermana Cenobia, cuyos pretendientes eran siempre desairados por el opulento hermano, jefe de la familia.

Entre ellos se encontraba Tadeo, bravo mozo, derecho y fornido, con sus ojos, brazos y piernas cabales, ni chato, ni narigudo, curtido como un cuero, negro como un zapato, con la boca mas grande que un talego, pero con la dentadura blanca, afilada y bien dispuesta. Era un cristiano viejo de los de macha martillo, y si durante los seis días colendos se hacía pedazos á trabajar, lo que es el séptimo no se quedaba nunca sin misa y sin borrachera.

Habíanse conocido Tadeo y Cenobia siendo todavía muy niños y cuando los padres del primero fueron á buscar fortuna á la Serratella, desesperanzados de poderla hacer en la Segarra, pequeño caserío á algunas leguas de allí, en donde tuvieron establecido por algún tiempo un ventorrillo en que se expendía aguardiente para refrescar los arrieros en el verano, y aguardiente para abrigarse el estómago en el invierno.

Porque esa bendita bebida alcohólica tiene la rara virtud de ser refrescante ó tónica, á voluntad del que la toma.

Conforme iban creciendo en edad los dos niños, fueron aumentando sus mutuas simpatías, y por fin el amor estalló en su pequeño pecho con la fuerza de un volcán. Por esto las calabazas del hermano de Cenobia no le desesperanzaron, máxime cuando ésta persistía en recibirle con agrado, y en hablarle con amabilidad.

Era la noche-buena, y como el tiempo fuese muy malo, los habitantes de la masía habían renunciado generosamente á la misa del gallo. Algunos trabajadores de los que por las inmediaciones tenían sus bancales, se habían reunido también en la casa, y el amo de ella, ufano de poder mostrar su esplendidez, había hecho poner al fuego el puchero de las *rosas* y circular una gran bota repleta de lo *negro*, pues sería poco llamar tinto al áspero y endemoniado producto de las cepas serratellanas.

Todas las miradas estaban fijadas en el perol de donde, con frecuentes estampidos, saltaban los granos de maíz convertidos en blanquísimas rosetas, menos las del enamorado joven vueltas constantemente del lado de la codiciada doncella.

No reinaba el mayor silencio, pues si no elocuentes, el vino los había vuelto á todos locuaces, excepto á Cenobia y Tadeo que se deshacían en suspiros, llenos de fuego y de pasión.

Pero hubo un instante en que, sin razón alguna, todas las conversaciones terminaron á la vez, todas las voces callaron, y sólo impidió que el silencio fuese completo, el bullicioso ruido de los granos de maíz saltando en el perol.

En aquel momento cuasi solemne, se abrió bruscamente la puerta de la casa, y un hombre de edad provecta se presentó en medio de la entrada dando á todos las buenas noches. Era un mendigo de Useras que no en-



EL ABUELO, cabeza de estudio de G. Hackl

traba jamás en la iglesia y de quien todas las gentes honradas huían con temor. Tenía fama de brujo, y se aseguraba que sus sortilegios alcanzaban á las personas, á los animales, á las plantas y á los sembrados.

Ello no obstante, como pedía limosna al dueño de la casa, no quiso pecar, en noche tan señalada, de poco caritativo, y ofreció al recién llegado un asiento cerca de la lumbre y un trago de vino.

Cuando éste fué apurado y el mendigo se sintió caliente por dentro y por fuera, manifestó deseos de acostarse, y Cenobia le condujo al establo, donde no había más que una vaca muy flaca y un pollino que hacía gorda á la vaca. Entre ellos se echó nuestro mendigo esperando preservarse del frío con el calor de sus cuerpos.

Iba ya á entregarse completamente al sueño, cuando el canto del gallo, único reloj de la quinta, marcó la media noche. El asno sacudió entonces sus largas y caídas orejas, y habló en estos términos, dirigiéndose á la vaca, su compañera: Salud, amiga mía: ¿qué tal se ha pasado desde la pasada noche-buena, última vez que nos hablamos?

En vez de responder, el cornúpeto dirigió una oblicua mirada hacia el mendigo.

– Sí que valía la pena de que la Santísima Trinidad nos concediese el don de la palabra en tan santa noche, en recompensa de que nuestros abuelos asistieron al nacimiento del Hijo de Dios, para que tuviésemos por auditorio á un perdis como el que nos escucha.

– No seáis tan orgullosa, comadre; más motivos de queja tengo yo, pues de mi raza y familia fué la que llevó sobre sus lomos á Jesús cuando entró triunfante en Jerusalén; pero me contento con lo que las tres Personas me quieren conceder. Además ¿no observas que nuestro huésped está dormido?

– ¡Miserable! todos sus sortilegios no han bastado para enriquecerle, y el diablo, con ser tan amigote suyo, no le ha advertido de la buena suerte que se le puede ofrecer aquí mismo dentro de unos días

– ¿Qué suerte? – preguntó el asno.

– ¿Cómo? ¿Ignoras acaso, hermano rucio, que cada cien años todas las piedras de la explanada corren á beber en la Balsa Blanca, y que durante este tiempo quedan al descubierto los tesoros por ellas ocultos?

– Es verdad, ahora me acuerdo. Pero vuelven las piedras con tantísima rapidez á sus respectivos lugares, que es imposible esquivarlas, y hay inminente riesgo de ser por ellas aplastado, á no tener en la mano una flor de pasionaria que contenga frescos y enteros los atributos todos de la pasión; la corona de espinas, los clavos y las llagas.

– Y no es eso lo peor, – añadió la vaca, – sino que para que los tesoros no se conviertan en polvo inmediatamente después que se aparten de su depósito, es menester que en cambio se deje en aquel sitio un alma bautizada. El demonio exige la muerte de un cristiano para dejar gozar en paz de las riquezas que se le arrebatan.

El mendigo había estado oyendo toda esta conversación sin osar respirar tan sólo

– Ah, cachorros míos, se decía á sí mismo; benditas sean vuestras bocas. ¡Dios os lo pague, hermosos! Sin pensarlo me hacéis el hombre más rico de la tierra. Estad tranquilos: el brujo de Useras no volverá á pasar la noche buena en un establo.

Durmióse entonces profundamente, y al siguiente día se puso en camino para buscar la flor de la pasionaria. Muchos días tuvo que buscar, pues era difícil en aquellas alturas encontrar tales rarezas; pero al fin, á muchas leguas de distancia, y en el jardín de un opulento magnate que tenía una magnífica casa de campo, logró extraer de un invernadero la flor apetecida.

Era ya la víspera de año nuevo cuando el mendigo volvió á la Serratella con el semblante satisfecho del hombre que ha leído en la lista de la lotería premiado el número de su billete y se dirige á la administración para cobrarlo.

Pasando por el camino de la quinta, vió á Tadeo que con un martillo-piqueta estaba dando golpes en la piedra más alta de una de las cercas de que antes hemos hablado.

– Pero, muchacho, ¿qué haces ahí? ¿Pretendes abrir los cimientos de una nueva casa en esos pedruscos?

– No por cierto; pero como ahora no tengo nada que hacer, he querido entretenerme grabando una cruz en estas piedras malditas, seguro de que así haré algo que le sea grato á Dios, que tarde ó temprano me lo recompensará.

– ¿Tienes algo que pedirle?

– Todos los cristianos tenemos que pedirle nuestra salvación.

– ¿Y nada le has de demandar relativamente á Cenobia? – añadió en voz más baja el mendigo.

Tadeo le miró con extrañeza.

– ¿Quién te ha enterado de eso? No en balde eres brujo. Y bien, después de todo, ¡qué importa! en amar á Cenobia no hay ni deshonra ni pecado; y si yo ando detrás de esa muchacha es con buen fin. Pero, por desgracia, su hermano pretende para cuñado un hombre que tenga más reales que ochavos puedo yo juntar al año.

– ¿Y si yo te diese ó te proporcionase más centines que reales desea que tengas tu cuñado, el hermano de Cenobia?

– ¿Tú? – exclamó el mozo.

– Yo.

– ¿Qué me exigirías por ello?

– Nada, sino que me tuvieses presente en tus oraciones.

– ¿De manera que yo no pondría en peligro mi alma?

– No necesitas más que valor.

– Entonces dime lo que he de hacer, – exclamó Tadeo dejando caer su martillo. – Pronto me tienes, aunque hubiera de exponer treinta vidas; pues más afán tengo por casarme que por vivir.

Cuando el mendigo vió que el joven estaba tan bien dispuesto, le refirió que aquella noche los tesoros que aquellas piedras encubrían habían de quedar al descu-

bierto; pero sin advertirle la manera de evitar el ser cogido por ellas á su vuelta.

El joven creyó que no necesitaba más que ligereza y osadía, y por ello dijo:

– Como hay tres Personas distintas y un solo Dios verdadero, que yo he de aprovechar esta ocasión, buen hombre, y que la mitad de la sangre que corre por mis venas está á tu disposición en pago del servicio que acabas de prestarme. Déjame concluir esta cruz que tenía comenzada; cuando sea hora yo iré á buscarte junto al matorral.

Tadeo cumplió su palabra y llegó al punto de la cita una hora antes de la media noche; allí estaba el mendigo con un saco en cada mano y otro al hombro.

– Vaya, – dijo al joven, – cuéntame qué piensas hacer cuando poseas á discreción el oro, la plata y las piedras preciosas

El mozo se sentó en el suelo y contestó:

– Cuando yo tenga plata á discreción, daré á mi amada Cenobia todo lo que desee y haya deseado en esta vida: desde el lienzo hasta la seda, desde el pan hasta naranjas.

– ¿Y cuando tengas todo el oro que quieras? – añadió el brujo.

– Cuando tenga todo el oro que quiera, – siguió diciendo el mozo, – enriqueceré á todos los parientes de Cenobia y á todos los amigos de sus parientes.

– ¿Y cuando tengas todas las piedras preciosas que puedas desear? – dijo por fin el viejo.

– Entonces, – exclamó Tadeo, – haré ricos y dichosos á todos los hombres del mundo y les diré que se lo agradezcan á Cenobia.

En esta plática fuéles pasando el tiempo y la media noche llegó.

En el instante mismo oyóse un gran estrépito y viéronse á la claridad de las estrellas todas aquellas piedras en forma de sillares abandonar sus puestos y lanzarse con rapidez hacia la fuente. Bajaban á lo largo de la cuesta arrastrando la tierra y entrechocándose como un escuadrón de gigantes ebrios. En espantosa confusión pasaron por junto á los dos hombres y se perdieron en la oscuridad de la noche.

Sin detenerse un momento, Tadeo y el mendigo se precipitaron hacia el lugar en que poco antes se hallaban medio enterradas las enormes piedras, y descubrieron unos pozos hasta el borde llenos de oro, de plata y de piedras preciosas.

Tadeo lanzó un grito de admiración é hizo la señal de la cruz; pero el brujo se puso á llenar sus sacos con el oído atento hacia el lado por donde las piedras habían desaparecido.

Ya concluía de llenar su tercer saco, mientras que el joven se atascaba los bolsillos de su chaquetón, cuando un rumor sordo como el de una tormenta que avanza se dejó oir á lo lejos.

Las piedras habían bebido y volvían á sus respectivos lugares

Iban lanzadas, echadas hacia delante, destrozando cuanto se les ponía al paso. Al verlas el joven, exclamó lleno de espanto: ¡La Virgen María nos valga! ¡somos perdidos! – Yo no, – dijo el brujo cogiendo la flor de pasionaria, – aquí tengo mi talismán; era necesario que un cristiano perdiese la vida para asegurarme esta riqueza y tu mala suerte te ha puesto en mi camino; renuncia pues á Cenobia, y prepárate á morir.

En tanto hablaba de este modo, el ejército de las piedras había llegado; pero él presentó su flor mágica y todas se separaron á derecha é izquierda para precipitarse sobre Tadeo.

Este, comprendiendo que para él todo había acabado, se dejó caer de rodillas, y ya iba á cerrar los ojos, cuando la gran piedra que corría á la cabeza se detuvo cerrando el paso como una barrera para protegerle. El joven admirado levantó la cabeza y reconoció la piedra sobre la cual había grabado aquella mañana una cruz. Había quedado bautizada y no podía hacer daño á un cristiano.

Inmóvil permaneció delante del joven hasta tanto que todas sus hermanas habían tomado sus respectivos asientos.

Entonces se lanzó como una ave marina á ocupar el suyo, y encontró en el camino al mendigo fatigado con el peso de los tres sacos cargados de oro.

Al verla venir, el viejo quiso presentarle la flor mágica; pero la piedra había perdido al ser bautizada la sumisión á los encantamientos del demonio, y pasó bruscamente, aplastando al brujo como si fuese un reptil; Tadeo tuvo, aparte de lo que él había recogido, los tres sacos del mendigo, y fué bastante rico para casarse con Cenobia y hacer ricos á todos los vecinos de la Serratella y de las Useras.

Carlos Quevedo



EL MONUMENTO Á CLAVÉ, *proyecto de D. José Vilaseca*

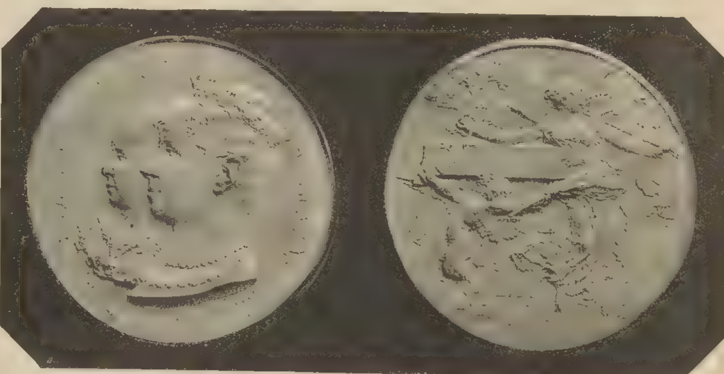
NOTICIAS VARIAS

El Yaraco, bebida fermentada de los salvajes del Alto Orinoco. – El Sr. V. Marceno, en su reciente viaje de exploración al Alto Orinoco, ha observado de cerca las costumbres de los indígenas que habitan en esta región, y reunido, en cantidades suficientes para el estudio, algunos productos de origen vegetal, poco conocidos, pero de los que hacen bastante uso.

Habiendo vivido dos meses con los indígenas de las tribus de Gualubos, ha tenido ocasión de presenciar en todos sus detalles la preparación del licor fermentado (yaraco) con que los indios del Orinoco y del Amazonas se embriagan en sus fiestas. La base de la preparación del yaraco es el cazabe, producto exclusivamente feculento, que se saca de la raíz de yuca reducida á pasta y lavada con agua. Para transformar el cazabe en productos fermentescibles, los indios lo humedecen y después forman con él montoncitos que cubren con hojas, de plátano por lo general. A los pocos días lo amasan y lo baten, haciendo con la masa un cilindro muy envuelto en hojas de plátano que inclinan un tanto, dejando un agujero en la parte inferior, y del cual se ve salir á la mañana siguiente un líquido espeso y muy azucarado.

Cuando se quiere fabricar el líquido fermentado, por ejemplo, la víspera de una fiesta, se introduce por la parte superior del cilindro, y en pequeñas porciones, una infusión de una planta amarga y aromática; este líquido atraviesa la pasta y mana por la parte inferior, formando un jarabe ó melaza que, diluído en agua, fermenta con fuerza y da un licor embriagador. Otras tribus se limitan á echar en el agua la masa entera del cilindro, que, fermentando, da un líquido turbio y alcohólico.

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA



MEDALLA DE PREMIO, *(proyecto aprobado del escultor don Eusebio Arnau)*

Barcelona. - Imp. de Montaner y Simón

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 11 DE FEBRERO DE 1889 — NUM. 372

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

UNA MUJER Á LA MODA, cuadro de A. Simonetti

Que la mujer, sobre todo la mujer bella, ejerce una verdadera soberanía en este mundo, es una verdad tan palmaria que no necesita demostración: Dalila existe siempre entre nosotros, y si no hay Sansones que dejen en sus manos su cabellera, no faltan en cambio Adanes que se presten á ser por ella desplumados.

Simonetti en el bellísimo cuadro que reproducimos ha divulgado la escena que sólo debieron presenciar las dos curiosas amigas, que ocultas tras un biombo se ríen á mandíbula batiente del rendido caballero que busca alivio á sus amorosas cuitas en la correspondencia de desdeñosa beldad. Contempladle humilde, implorando una limosna de cariño y tratando de vislumbrar un destello de esperanza en la burlona sonrisa de la señora de sus pensamientos. Quizás el infeliz enamorado no dobló nunca su cerviz ante los poderosos y sin embargo arrástrase servilmente por conseguir un ligero favor de una débil mujer. ¡Oh poder de la belleza! como dijo el poeta.

Pero esta belleza á su vez obedece á otra soberana que como á esclava la trata. ¿Lo dudáis, por ventura? Pues bien, penetrad en su tocador (aunque sea una indiscreción mayúscula), y la veréis afanarse dando tortura á su talle, violentando su ondeada cabellera, amortiguando el natural carmín de su tez con artificial blancura ó afeándolo con el repugnante colorete; y todo esto y mucho más ¿por qué? Porque hay una reina despótica cuyas leyes extravagantes las mas de las veces y contrarias á la naturaleza casi siempre le es forzoso sufrir; y esta reina absoluta cuyos fallos no tienen apelación y cuyos decretos han de cumplirse so pena de incurrir en la *infamante* calificación de *cursi*, es la MODA.

¿Romperá algún día la mujer las cadenas con que ésta la sujeta? Si tal hace, su omnipotencia será terrible, porque es indudable que los dones de la naturaleza pueden más, mucho más, que los artificios hoy impuestos á la belleza por tan caprichosa como tiránica deidad.

QUIEN ESCUCHA SU MAL OYE
cuadro de C. Sartón

El asunto de este cuadro no se distingue por su originalidad, ni es de los que se prestan á una descripción detenida: basta contemplar la posición de su única figura y la expresión afanosa de su semblante para comprender que en el castigo lleva la penitencia, esto es, que su indiscreta curiosidad le hace descubrir cosas que no son de su mayor agrado.

Por lo demás, en el conjunto y en los detalles, el lienzo de Sartón es un trabajo recomendable.

¡DAD, AHORA, TODOS GRACIAS Á DIOS!
(Coral entonado después de la batalla de Leuthen)

De un dibujo del fresco pintado por Arturo Kampf

Cuenta la historia que Federico II de Prusia, con razón apellidado el Grande, abatido y humillado por la derrota que sus ejércitos sufrieron en Kollin, concibió la idea de suicidarse para evitar el deshonor y sobre todo el ridículo que Europa entera había de hacer pesar sobre él; pero á fuer de caballero quiso morir como un héroe y arengando á sus tropas atacó en Rossbach á los ejércitos de Francia y del Imperio obteniendo una brillante victoria en donde pensaba hallar solo gloriosa muerte. Más adelante en Leuthen, con 35 000 hombres derrotó á 60 000 austriacos haciéndoles 21 000 prisioneros, tomándoles 104 cañones y rescatando 6 000 desertores.

Arturo Kampf, el artista que tanta fama conquistó en la última Exposición de Bellas Artes de Berlín con su «Ultima confesión», ha producido la conmovedora escena del ejército vencedor en dicha batalla dando las gracias al Todopoderoso y entonando el famoso coral que dice: «Dad, ahora, las gracias con el corazón, con los labios y con las manos á Dios cuyas grandezas se manifiestan en nosotros y se extienden por todos los ámbitos del mundo!»

EL TESTAMENTO, cuadro de L. Bokelmann

La escena que Bokelmann presenta en su hermoso cuadro es indudablemente la situación culminante de uno de esos dramas de familia



UNA MUJER Á LA MODA, cuadro de A. Simonetti

que tienen por base un casamiento desigual y un cúmulo de interesadas intrigas.

Una joven, rica heredera, ha contraído matrimonio á disgusto de su padre que por exceso de cariño, consideró no ser bastante el amor de un joven honrado, aunque de posición modesta, para la felicidad de su adorada hija. Contrariado en sus deseos, no quiso más trato con quien tan mal pagara sus cariñosos desvelos; pero bien pronto la tristeza fué minando su existencia y presintiendo un fin próximo hubo de llamar á un notario que diese fe de su voluntad postrera, en la que iba envuelta la palabra desheredación, inspirada, más que en el propio impulso, en las intrigas y sugestiones de unos parientes que pensaron explotar en su provecho la situación de ánimo del infeliz anciano. Mas he aquí que en el momento supremo, preséntase la acongojada hija, se arrodilla á los pies de su padre é implora de él, no la fortuna, que para nada ambiciona, sino el cariño de que por tanto tiempo se ha visto privada. La estupefacción de las dos damas que en el cuadro figuran demuestra cuán poco propicia para sus planes ha sido esta visita; la actitud del padre indica que no esperaba más que un momento oportuno para pronunciar la frase «¡te perdono!» que escrita llevaba en su corazón desde que se cometió la *culpa*.

A fuer de amantes de lo que pudiéramos llamar neo-romanticismo, queremos suponer que todo acabó bien, es decir: que el testamento se modificó y que el anciano, vuelto á los cuidados de su hija y embelesado con las caricias de sus nietecitos (que medrosos esperan el final de la escena que á su vista se presenta), recobraría la salud del alma y del cuerpo, que nada sana y conserva como el calor de la familia.

OBJETOS DE CERÁMICA Y VIDRIO

del Museo Británico

El departamento destinado en el famoso Museo á la conservación de objetos antiguos pertenecientes á dichas ramas del arte, contiene cierto número de ellos consistentes en pequeños recipientes de elegantes formas y brillante color, análogos á varios de los representados en las páginas de este número. Dáseles el nombre de *alabastra*, *amphoræ*, *œnochoi*, etc., y estaban destinados á contener ungüentos y perfumes del tocador de las damas.

Creíase hasta hace poco tiempo que procedían de Grecia y Roma; pero hoy, con más razón, se los considera de origen egipcio y fenicio

Las *alabastra* están copiadas evidentemente de vasijas hechas de alabastro, y sus adornos sinuosos representan con exactitud las vetas naturales de esta piedra, teniendo sus pequeñas asas la misma posición que las de las vasijas de alabastro egipcio, vasijas que se han encontrado entre las reliquias de las primitivas dinastías, y como esto es una prueba de que el arte de la vidriería era ya conocido por los egipcios de aquella época, la antigüedad de algunas de las *alabastra* debe ser sumamente remota. Además, los colores de estos y otros objetos parecidos, especialmente los azules, lapislázuli y turquí así como el encarnado, son positivamente egipcios, y á mayor abundamiento, uno de ellos, conservado en la galería del citado Museo, lleva en una especie de cartela el nombre de *Ra-men-Kheper* ó Tutmosis III, faraón ó rey que vivió hacia el año 1600 a. de J. C.

Otro de nuestros grabados representa uno de los tazones de vidrio multicolor considerados con razón como obras maestras del arte. Naturalmente, son muy pocos en número los ejemplares que existen en toda su integridad, pero los fragmentos que se han encontrado en los sitios donde estuvieron las antiguas ciudades, son muchos y atestiguan la extraordinaria variedad así como el esplendor de los matices de estos preciosos objetos. Varios de dichos tazones, lo propio que cierto número de copas y pateras de la misma construcción, imitan diferentes clases de piedras preciosas, como calcedonias, ágatas, ópalos, etc., y otros presentan acertadas combinaciones de múltiples colores, conocidos con el nombre de *mille fiori*.

Por lo que respecta á los jarros, que en dicha galería son numerosos, uno de los que llaman con justicia la atención por su elegancia, originalidad de su adorno y perfecto estado de conservación, es el representado en la última figura, encontrado en esa tierra de Egipto, tan pródiga en curiosidades de remotísimas épocas, y especialmente en objetos de arte, que estudian con tanto afán como provecho los modernos artistas é industriales.

¡RECUERDOS! cuadro de Enrique Rasch.

Pasó el verano y el otoño llena el cielo de plomizas nubes, el aire de húmedos vapores y la tierra de melancólicos matices, convidando á la meditación y á los tristes recuerdos.

Caída más que sentada en rústico banco, una joven sueña con la pasada primavera de sus amores; su imaginación le reproduce la sentida escena en que el hombre amado le repetía una y mil veces sus amorosos pensamientos y la envolvía en caricias que inundaban de placer inefable todo su ser; quizás esos mismos árboles en que hoy sólo se agitan á impulsos del viento algunas amarillentas hojas prestaron en otros días más felices su grata sombra á los deliquios de la enamorada pareja.

¡Todo ha muerto al morir la naturaleza! ¡Dichosos los que al trasponer el invierno de su existencia logran renacer en eterna primavera!

CUADROS Y LEYENDAS DE LA HISTORIA DE FRANCIA

I

De cómo se entraba en el palacio de los reyes francos contra la voluntad de la reina

Hilperico, rey de los francos de Soissóns é hijo del feroz Cloter (Clotario, según la forma vulgar), hallábase en su campamento de Montdidier á mediados del año 563. Agradábale la libertad de la vida de los bosques y detestaba esas prisiones á que los hombres corrompidos llaman pomposamente ciudades.

En esto, como en todo lo demás, Hilperico no desmentía la raza de los Merovingios (1).

(1) La mayor parte de los autores suponen la denominación de *Merovingios* derivada del nombre de *Meroveo*, jefe más ó menos auténtico de una tribu franca. Tal creencia es errónea. Encuéntranse vestigios de *Merovingios* antes de *Meroveo*, y parece que esta familia era dilatadísima y no perteneció á una sola tribu franca sino á la raza entera. La verdadera forma germánica es *Merowigius*.

En cuanto á Hilperico, debemos advertir que la forma germánica de su nombre es *Hilprik*, de donde los cronistas hicieron *Chilperico*.

En general, los reyes francos gustaban de aquella especie de grandes granjas que les recordaban las villas y aldeas de la vieja Germania, patria de la vida libre, que si no es precisamente la libertad, es al menos un paso para acercarse á ella.

El campamento en que hallamos al rey de Soissóns semejábase á todos los que en igual caso se construían por entonces.

La habitación real era extensa pero baja y pesada, casi toda de madera, con pórticos de estilo romano y adornada con esculturas semi-infantiles. En torno de ella estaban las moradas de los funcionarios de la corte, dispuestas con cierto orden, así como también las de los guerreros que formaban la *truste* del rey, esto es, que le habían prestado juramento de fidelidad. Más lejos veíanse otras casas de apariencia humilde, habitadas por diversas familias que vivían á costa del fausto cortesano. Había allí artistas y artesanos de todas clases, desde el platero y el armero hasta el tejedor y el curtidor, y desde el fabricante de ricos bordados de oro y de plata hasta el simple preparador de tejidos de lana y de lino.

Casi todas las familias que vivían de estas industrias eran galas ó galo-romanas, nacidas en aquella parte del suelo que el rey se había reservado en la conquista ó trasportadas á él como colonos. Pero también había allí, á juzgar por los nombres, las fisonomías y los trajes, germanos y francos. Ambas razas empezaban á mezclarse cambiando entre sí aptitudes y defectos, virtudes y vicios. En el campamento de Hilperico las encontramos ya confundidas bajo el nombre común de *lites* (2), en lengua tudesca, ó de *fiscalines*, en lengua latina, esto es, los que dependen del fisco.

Además de los industriales había en esta corte campestre labradores y pastores cuidando de los establos, de la explotación agrícola del terreno vecino, de las caballerizas, etc. Completaban la población los siervos de los reales dominios.

Hilperico acababa de contraer matrimonio con Andowera, princesa de rara hermosura, al extremo de llegar á hacer concebir á algunos la esperanza de que con su amor conseguiría corregirse del fuego devorador de la lujuria que como á su padre y á sus hermanos le corroía las entrañas.

Por aquellos días había recibido ricos presentes de su hermano Hariberto, rey de París. En palacio se pasaba el tiempo en fiestas ruidosas y banquetes interminables.

Llegamos á los postres de uno de ellos. Sentados á la mesa de Hilperico vense muchos condes y gobernadores de las provincias septentrionales de las Galias, jefes de las tribus francas de allende el Rhin, los duques de los Alamanes, de los Baiwares y de los Turingios, etc., etc. Nobles galos, corteses é insinuantes, se codeaban con francos orgullosos y bruscos, vestidos de pieles; verdaderos salvajes de una rudeza espantosa. Cubría la mesa magnífica vajilla de oro cincelado y los vasos estaban adornados con piedras preciosas.

Los comensales formaban grupos, según las simpatías personales ó el interés de lo que se decía en el corrillo, con ese abandono que sigue por lo general al hartazgo de un banquete, cuando las cabezas no están muy firmes y la lengua anda demasiado suelta.

– No lo creáis, – decía Venancio Honorio, romano de espíritu superficial y trato agradable, dirigiéndose á media voz á un grupo de galo-romanos; – no lo creáis; Hilperico volverá á las andadas. Ahora que se ha ausentado y que nadie nos oye, os lo diré con franqueza. Por sus venas corre la sangre de Clotario, el que degolló á sus sobrinos, el asesino de su propio hijo Chram, el que escandalizó al mundo entero teniendo más mujeres que Salomón y casándose al mismo tiempo con dos hermanas. Pasados los primeros momentos de su pasión por Andowera, Hilperico será lo que su padre y sus hermanos; un sátiro.

– No pienso tan mal de él como tú, – replicó Siagrio, patricio riquísimo y pariente del general romano del mismo nombre. – Hijos ha tenido Clotario que no han ido tan lejos como él en el camino del crimen y de la lujuria. Ahí están Gontrám y Sigheberto...

– No continúes, – interrumpió Venancio Honorio, – Sigheberto es todavía niño; cuando sea hombre le juzgaremos. En cuanto á Gontrám, ¿quién ignora que está medio loco? Ya sabéis que, por lo general, afecta una devoción extremada y maneras sacerdotales. Pues bien, á lo mejor se enfurece y entonces no respeta nada. No hace mucho que mandó asesinar á varios hombres libres porque se le perdió un cuerno de caza; después ha hecho degollar á un franco por si mató ó no mató un búfalo en sus dominios. Ya veis que tampoco en él se desmiente la sangre de Clotario.

– Razón tiene el muy sabio Venancio Honorio, – añadió otro de los presentes. – Hartas pruebas lleva dadas Hilperico de su incontinencia. Hay quien dice haberle conocido ya más de treinta amantes y aun me parecen pocas. Y no hablemos de Hariberto, porque entonces sería cosa de no acabar nunca. No contento con su mujer Ingobergha y con las muchas otras que como concubinas habitan en palacio, ahí le tenéis enamorado al mismo tiempo de las dos hermanas Markowefa y Merofleda y

(2) El *lite* era un germano de la última condición social, al cual se obligaba á cultivar los dominios de la clase guerrera. Agustín Thierry, en sus *Lettres sur l'Histoire de France*, emite la opinión de que esta especie de siervo pertenecía á otra raza distinta de la teutónica y sometida por ella siglos antes. El romano libre y propietario era equiparado al *lite* en el *wergheld* ó precio del hombre, indemnización á pagar en caso de asesinato.

dispuesto á casarse con las dos á imitación de su padre.

Iban sin duda á continuar en su murmuración aquellos cortesanos á quienes prestaba confianza para hablar de este modo el no haberse acercado al grupo ningún franco, y valor para descubrir con tal aspereza los vicios de sus príncipes el odio de raza, cuando el regreso del rey y de la reina con los que les habían acompañado puso término á la conversación.

No había hecho Hilperico otra cosa que sentarse en el trono y ya se disponía á escuchar una poesía, *alusiva al acto*, como se dice hoy en términos periodísticos, compuesta por Venancio Honorio (3), cuando la entrada en escena de un personaje inesperado dejó admirados á todos, suspenso el acto y turbado al rey.

En la puerta del salón, detenida por el respeto ó esperando una seña que la indicara que podía entrar sin incurrir en la cólera terrible del soberano, estaba una mujer de hermosura incomparable y de tan majestuoso porte que todos la creyeron aparición sobrenatural; tal vez un ángel comisionado por el Eterno para traer la bendición del cielo sobre la cabeza de Hilperico.

Era la aparecida de estatura un poco más que mediana, pero sólo un poco, de suerte que no podía decirse de ella que fuera alta, por más que lo admirablemente proporcionado de su cuerpo la diera un aire tal de superioridad y de elegancia que parecía dominarlo todo. Su tez blanquísima contrastaba admirablemente con lo negro de sus cabellos, sus pestañas y sus ojos. Estos sobre todo tenían cierta divina expresión de serenidad, tras la cual se adivinaba un abismo de misterios, tal vez un infierno de pasiones á duras penas comprimidas.

Hízola el rey seña de que se aproximara y entonces se vió que venía seguida de dos pajes, cada uno de los cuales colocó á los pies del trono un magnífico jarro de oro puro adornado con piedras de gran valor.

Era el regalo que los artesanos, pecheros y siervos de Montdidier hacían á su rey y señor, habiendo elegido para mensajera á la más hermosa joven de la ciudad, la incomparable Fredegunda, hija de un pobre menestral á la sazón habitante en el campamento (4).

Todos los demonios de la sensualidad que hacía apenas unas cuantas semanas se habían dormido en el más oscuro rincón del alma tenebrosa de Hilperico, despertaron de repente al aparecer Fredegunda, como á impulsos de un conjuro.

– ¿Quién eres tú, muchacha? – exclamó dirigiéndose á la gentil embajadora con aquel tono que le era peculiar cuando la pasión le dominaba y con aquella desenvuelta familiaridad característica de los bárbaros.

– Me llamo Fredegunda, y soy hija de Briario el armero.

– Poco me importa el nombre de tu padre. Me agradas y desde hoy quedas al servicio de la reina.

Esta que palideciera ligeramente al principio, habíase ido demudando cada vez más hasta estar completamente lívida en el momento en que Hilperico pronunciaba las anteriores palabras.

Había comprendido su situación. Desde aquel momento no era ella en la corte de Hilperico sino lo que Ingonda había sido en la de Clotario é Ingobergha era en la de Hariberto: una amante más y la menos querida de todas.

En la asamblea reinaba un silencio respetuoso, pero en el que no se traslucía la sorpresa ni la admiración.

Aquel espectáculo era frecuentísimo en la corte de los reyes francos, y el que menos de los presentes había presenciado escenas semejantes y otras infinitamente peores diez veces.

– Señor, – dijo Andowera, – aun á riesgo de incurrir en el enojo de mi rey, quisiera pedirle un favor. No pongáis esa mujer á mi servicio. Es hija de un *lite* vuestro y además dícese que tiene pacto con el diablo. Me da miedo.

Fredegunda que no esperaba ser rechazada de modo tan humillante en presencia de toda la corte y menos aún oir que se formulaba contra ella una acusación de hechicería que podía conducirla á la hoguera, Fredegunda que se hallaba poseída de una soberbia satánica, retrocedió un poco y lanzó á la reina una mirada terrible en la que iba envuelto un reto.

Hilperico miró con asombro á su mujer, como no atreviéndose á comprender que hubiese quién se le opusiese así, en presencia de su corte, y después, soltando una carcajada en la cual se sentía vibrar la cólera del franco contrariado en sus dos pasiones dominantes, la soberbia y la lujuria, exclamó:

(3) Venancio Honorio Clemenciano Fortunato, es, como todos los que figuran en esta narración, un personaje rigurosamente histórico. Recomendado al rey Sigheberto por los obispos y condes de Austrasia, obtuvo en la corte de Metz tan generosa hospitalidad que creyó no poder responder á ella sino consagrando su talento poético á su protector Sigheberto.

Su nombre va unido al único episodio romántico de esta época tenebrosa y sangrienta. En uno de sus viajes por las Galias visitó el monasterio de Poitiers, y allí encontró á la desdichada Rodogunda, víctima de Clotario, padre de Hilperico. Ésta y la abadesa del convento, la madre Inés, le obsequiaron con toda clase de finezas como á un ilustre viajero que era. Fortunato respondió á estos obsequios con cuantos rendimientos y galanterías le sugería su espíritu delicado. Estrecháronse las relaciones entre los tres, estableciéndose tan íntimo comercio de ideas y sentimientos, que cuando Fortunato quiso partir, las dos mujeres le dijeron: «¿Partir? ¿Para qué? ¿Por qué no os quedáis entre nosotras?» Y el patricio romano se retiró del mundo, convirtióse en sacerdote de la metropolitana de Poitiers, y continuó haciendo con aquellas dos santas mujeres vida puramente espiritual, sin mezcla alguna de apetitos carnales.

(4) Fredegunda era realmente hija de un franco *lite* del rey Hilperico. Pertenecía, pues, á la clase social más ínfima de su raza.

– Harás en esto y en todo lo que mande. Soy el rey y no me gusta que haya más voluntad que la mía.

Y diciendo esto, volvió las espaldas á Andowera y se retiró tranquilamente á sus habitaciones.

De esta manera tan triste terminaron las últimas fiestas de la luna de miel de Hilperico y Andowera, y entró en el palacio de los reyes de Soissóns la terrible Fredegunda, que había de inundarlo de sangre.



QUIEN ESCUCHA SU MAL OYE, cuadro de C. Sartón

II

En el que Fredegunda se venga y sube al trono de los francos.

Todas las tropas de Hilperico se hallaban dispuestas para partir.

Su hermano Sigheberto, rey de Metz, había sido atacado por los pueblos de la confederación sajona y era necesario acudir en su auxilio. La victoria de los sajones hubiera sido la señal de una invasión de los pueblos de allende el Rhin, esto es, la total destrucción de los francos.

Los que se salvasen de manos del vencedor quedarían reducidos á esclavitud. Esperábales peor suerte que la que ellos habían dado á los romanos.

Clodowig (el Clodoveo de los cronistas) había escarmentado ya á los alemanes en la sangrienta batalla de Tolbiac, pero la división del imperio franco á la muerte de Cloter les daba nuevos alientos, aumentados por la profunda división que existía entre los hijos del vencedor.

La lucha estaba entablada entre dos razas, y tenía que ser, como todas las de esta clase, á muerte.

He aquí por qué Hilperico acudía en socorro de su hermano menor Sigheberto.

Todos los *Heri-zoghe* (voz teutónica que significa algo así como conductor del ejército) con sus hombres de armas habían acudido al llamamiento del rey.

Nada tan imponente como el aspecto de aquellos guerreros cuya impetuosidad era proverbial entre todos los pueblos con quienes habían tenido ocasión de encontrarse en los campos de batalla.

Sus cabellos larguísimos y de un rubio rojizo, levantados y atados en lo más alto del cráneo, formaban sobre él una suerte de penacho, cayendo después hacia atrás sueltos y esparcidos como la cola de un caballo. Llevaban el rostro completamente afeitado á excepción de dos largos mostachos que pendían de ambos lados de la boca. En vez del traje ancho y flotante de los romanos y galo-romanos, usaban ropas ceñidas al tronco del cuerpo y á los miembros. Su arma favorita era un hacha de dos filos, gruesa y de muy corto mango, llamada *francisca* (de *frank-franc)*. Empleaban, además, un arma arrojadiza á la que denominaban *hang*. Era una pica de mediana longitud y que podía utilizarse tanto de cerca como de lejos. La punta era larga y fuerte y estaba armada con una serie de ganchos cortantes y curvos en forma de arpón. Protegíala, además, en casi toda su extensión, una cubierta de hierro para impedir que se quebrase ó fuese partida á cuchilladas.

Comenzaban la batalla arrojando el hacha al rostro ó al escudo del enemigo, con tal acierto, que era rarísimo que erraran el golpe. Después se servían del *hang* para clavarlo en el escudo de aquél, y como era imposible desprenderlo, quedaba su extremidad libre arrastrando por el suelo. Entonces el franco dueño del arma apoyaba sobre ella un pie haciendo fuerza con todo el peso de su cuerpo y obligando al adversario á bajar el escudo descubriendo la cabeza y el pecho. Algunas veces ataban una cuerda al *hang* y tirando de ella uno ó más soldados atraían hacia sí ora un escudo, ora un guerrero sujeto por su armadura.

La parte débil del ejército franco hasta la época de Hilperico había sido la desigualdad del armamento. Sólo la guardia real había usado caballos y lanzas á la romana. La masa del ejército no llevaba casi ninguna arma defensiva, combatiendo la mayor parte sin casco. Poquísimos tenían arco y honda. El *hang* y la *francisca* (frankisk) eran las únicas armas de que todos iban prevenidos.

Pero todo lo suplieron los francos con su furia en el ataque y su ferocidad después de él.

En esto último excedieron á cuantos pueblos se establecieron en los dominios del imperio romano.

Todos tenían confianza en la victoria. Se sabía que Sigheberto disponía de gran número de soldados y que era grande su pericia militar.

Hilperico que se había reconciliado con Andowera, mejor dicho, que no había podido sustraerse á la influencia de su dulce carácter y de su claro entendimiento, despidióse de ella no sin pena. Aun cuando valiente y más que valiente, feroz, sentía quizás abandonar las dulzuras del amor por los azares de la guerra.

Andowera iba á ser madre y con este motivo debían celebrarse espléndidas fiestas á las que Hilperico deseaba asistir.

Fredegunda ocupaba al lado de la reina el puesto que Hilperico le había señalado. Era aquella mujer singular, tan maestra en el arte del disimulo y conocía tan á fondo el de dominar los corazones, que pronto se hizo dueña del de la reina.

Llegó á ser su dama de confianza.

Andowera que la había temido, la estimaba en mucho. Su recato, el cuidado que ponía en evitar todo encuentro con el rey habían disipado todos sus recelos. Quería á Fredegunda como á una hermana y se complacía en recorrer con ella los bosques de Braine y de Montdidier ó en escuchar de sus labios durante las largas noches de invierno extrañas leyendas de brujas y encantamientos ó historias guerreras del gusto de la época, para todo lo cual tenía la astuta dama una habilidad infinita.

Cuando Andowera dió á luz, ocurrióle una duda. ¿Bautizaría á su hija en ausencia del padre? Hilperico le había manifestado el más vivo deseo de asistir á aquella solemnidad y dado su carácter violento y caprichoso era de esperar algún arranque de cólera si no se le complacía. Pero al propio tiempo se ponía en peligro la salvación eterna del nuevo vástago que podía morir sin recibir las aguas redentoras del bautismo.

La situación de la pobre madre era difícil.

Hilperico podía irritarse, é irritado Hilperico era seguro que haría una víctima.

Todos los historiadores están conformes en pintarnos su carácter con los colores más sombríos.

Era feroz, avaro, lujurioso y voraz. Poseía los vicios brutales de su padre, con refinamientos de romano y pretensiones de hombre docto. En teología se creía un sabio.

Parecióle absurdo el dogma de la Trinidad y quiso aclararlo por un decreto en el cual disponía que en lo sucesivo no hubiera *tres personas en una* sino una solamente y que en esta forma se la adorara.

Imagínese la cólera y la santa indignación de los obispos.

En una palabra, Hilperico no había respetado nada, ni humano ni divino.

Era de temer por lo tanto que no respetara á su mujer, si ésta le desagradaba en algo.

Andowera resolvió consultar á Fredegunda.

– Señora, le dijo ésta, ¿cómo podrá ver con satisfacción el rey mi señor á su hija cuando vuelva victorioso, si no está bautizada (1)?

– Tienes razón como siempre, Fredegunda, dijo la reina, y voy á poner en práctica tu consejo.

Fredegunda preparó entonces las cosas para conseguir su doble propósito: vengarse de la reina y satisfacer su ambición.

(1) *Gesta reg. Francor.*, reproducida por A. Thierry, *Récits des temps merovingiens, Premier récit*, pag. 275. Las palabras de Fredegunda están literalmente traducidas de la *Gesta*.

Necesitaba la complicidad del sacerdote que bautizara á la hija de Andowera.

Bertramm, obispo de Burdeos, bárbaro de origen y dado á todos los vicios, la sirvió de dócil instrumento.

Por una botella de buen vino de Chipre Bertramm hubiera vendido de nuevo á Cristo si le hallara en el mundo. Fué en esta ocasión cómplice de Fredegunda por primera vez. Desde entonces quedó como unido á ella y sus nombres aparecen confundidos en una larga historia de adulterios y asesinatos.

El día del bautizo, á la hora indicada para la ceremonia, el bautisterio apareció ricamente adornado con guirnaldas. El obispo, revestido ya de sus hábitos pontificales, esperaba. Toda la corte se hallaba presente.

Sólo la noble dama franca que había de servir de madrina no llegaba.

Se la esperó en vano más de una hora.

La reina vivamente disgustada por este contratiempo no sabía qué resolución adoptar.

Entonces Fredegunda que estaba á su lado, le habló de esta manera:

– ¿Qué necesidad tenéis de madrina, reina mía? No hay dama que merezca el honor de tener en sus brazos á vuestra augusta hija. Si queréis seguir mi consejo, sed vos misma la madrina (2).

Bertramm, lejos de hacer ver á Andowera que esto no era posible y que se faltaba á lo formalmente prescrito por la Iglesia, apoyó á Fredegunda cuanto se lo permitió el estado de embriaguez en que se hallaba.

La reina consintió y la princesa fué bautizada teniendo por madrina á su propia madre.

Pocos días después regresaba Hilperico con su ejército algo disminuído, pero vencedor. Los sajones, sectarios de Odino, se habían batido con aquel valor tenaz de que sólo pudo triunfar por completo Carlomagno, pero los francos sectarios de Cristo habían alcanzado un triunfo completo.

Todas las doncellas del dominio real salieron al encuentro de Hilperico adornadas con guirnaldas y cantando versos en loor suyo.

Al frente de ellas iba la más hermosa de todas: Fredegunda.

– Alabado sea Dios, – dijo adelantándose hacia el rey, – porque ha dado á nuestro señor la victoria sobre sus enemigos y bendito sea mil veces por haberle dado una hija. Pero ¿quién compartirá esta noche el lecho con mi señor? Porque la reina, mi señora, es hoy tu comadre y madrina de tu hija Hideswinda.

Quedóse el rey mirándola de hito en hito y después, con aquel aire zumbón y aquella sonrisa sarcástica á que solía recurrir en las grandes ocasiones, exclamó:

– Pues bien, si no puedo compartir el lecho con la reina, lo compartiré contigo.

En el pórtico de palacio Andowera esperaba á Hilperico rodeada de sus damas y de los dignatarios de palacio y teniendo en brazos á su hija recién nacida.

Apenas vió á su esposo se la presentó con una alegría mezclada de orgullo, que no podía disimular.

Pero el rey, en vez de corresponder á aquel recibimiento, le dijo:

– Mujer, la simpleza de tu espíritu te ha inducido á cometer una acción criminal. Tú ya no puedes ser mi esposa (3).

Y convertido de repente, el reformador de la Trinidad y perseguidor del clero, en rígido observador de las leyes eclesiásticas, desterró á Bertramm y ordenó á Andowera que sin pérdida de tiempo tomara el velo de religiosa en un convento.

La desdichada reina eligió para su retiro un monasterio situado en Mans, pero aun tuvo que detenerse unos días al lado del que fuera su esposo.

Fredegunda ya no tenía prisa de verla salir de la corte. Al contrario, quería hacerla testigo de su triunfo.

En efecto, días después, mientras se celebraban pomposamente las bodas de Fredegunda é Hilperico, salía Andowera sola y olvidada de todos para el monasterio en el que había de perseguirla mucho más terriblemente aún, el odio inextinguible de su antigua camarera.

Mas para la horrible tragedia de Mans así como para los asesinatos de Galeswinta, de Sigheberto, de los hijos de Andowera é Hilperico, de este mismo, de Pretextato obispo de Rouen, y de muchas otras víctimas de esta mujer terrible, no hay ya espacio en este artículo. Sería necesario escribir un libro aunque nos propusiéramos únicamente enumerar los crímenes de Fredegunda, á la cual dejamos en el principio de su sangrienta carrera.

G. REPARÁZ.

(2) *Gesta reg. Francor.* También palabras textuales.

(3) *Gesta reg. Francor.*, t. II, pág. 561. Las palabras atribuídas á todos los personajes que figuran en esta escena están traducidas de dicha *Gesta*.



¡DAD, AHORA, TODOS GRACIAS Á DIOS! Coral entonado después de la batalla de Leuthen (de un dibujo del fresco pintado por Arturo Kampf)



EL TESTAMENTO, cuadro de L. Bokelmann

LA PASANTE

Doña Isabel era el último retoño de una dinastía de maestros de escuela, célebre en la historia de todos los tiempos. Sus padres don Pablo y doña Teresa fueron maestros de escuela; maestros de escuela fueron sus abuelos, sus bisabuelos maestros de escuela, dómine su tatarabuelo y así remontándose de generación en generación, quizá pudiera llegarse á averiguar, que fueron dos las parejas que Dios formó en el sexto día de la creación, una de Adán y Eva que nacieron con ciencia infusa, y otra Eva y otro Adán que nada sabían y que fueron discípulos de los maestros que abrieron su escuela al pie del árbol de la ciencia del bien, del bien solamente, que donde hay ciencia no puede haber mal.

Quizá para que infundiesen respeto á sus discípulos hizo Dios á la primera pareja de maestros, feos, bastante feos, pero no de una fealdad risible, ni mucho menos repugnante, sino grave, respetuosa, pudiera decirse de una fealdad hermosa, si no fuera por el temor de emplear una paradoja inadmisible ó al menos atrevida en demasía. Con el transcurso de los siglos y en virtud de la ley natural de la selección, doña Isabel, si bien conservaba los rasgos de la fealdad característica en su raza, había adquirido mayor hermosura en su fealdad.

Fea, muy fea era doña Isabel, pero en su rostro había tanta simpatía, tanto ángel; que los niños, no sólo no huían de ella sino que la buscaban, acariciaban, y besuqueaban, sin duda porque allí veían la verdadera hermosura. El color del rostro de doña Isabel era algo más que moreno, tenía un tinte así, como de cascariquilla de almendra tostada con cierta mezclilla de verde muy subido, su nariz era como un pico de papagayo, su boca grande, de abultados labios y dientes grandes también y amarillos como bolas de billar muy usadas, y con verduras y negruras que bien claramente probaban que ni aun de nombre conocían la existencia de los dentífricos, ni mucho menos la de los cepillos. En su cara había sólo una cosa hermosa: los ojos, pero de una hermosura no de dibujo sino de expresión. Eran grandes sí, pero salientes y teniendo cada uno la forma de medio huevo. Grandes anteojos de cristal muy grueso, á caballo sobre la acaballada nariz corregían el miopismo de aquellos ojos, que lanzaban á través de los cristales rayos de inteligencia, como el sol lanza en días nebulosos, rayos de luz á través de las nubes, que con necio orgullo quieren ocultar su brillantez.

Con tal rostro y un cuerpo flaco y largo sin ninguna de las deliciosas curvas femeninas, parecía doña Isabel un doctor apergaminado y barbilampiño, envuelto constantemente en una falda lisa y negra, que más que traje mujeril parecía la severa toga de un magistrado.

ANFORA DE FONDO VERDE ESMALTADO DE AMARILLO Y AZUL TURQUÍ

El padre de doña Isabel, don Pablo, era un señor de unos sesenta años, que hacía treinta y ocho que tenía una escuela de párvulos en la calle de Pelayo en Madrid.

Isabel había seguido los estudios de maestra elemental y superior, pero no había pagado los derechos del título, porque vender ciencia produce bastante menos que revender patatas ó varas de puntilla.

Doña Teresa hacía poco que había muerto y su viudo y su hija, si no hallaron consuelo para su dolor, ni mucho menos olvido, encontraron cierto lenitivo en sus niños, como ellos los llamaban. Despertando aquellas infantiles inteligencias, enseñándoles los límites de España, refiriéndoles la historia del sacrificio de Abraham y entonando con ellos ciertas canciones de monótono sonsonete, lloraban unas veces recordando á doña Teresa y sonreían otras viendo los progresos que hacía Angelina, discípula predilecta que había sido de aquella buena señora, y que pasó á su muerte á ser el encanto de don Pablo y de doña Isabel, ó la pasante, como las niñas la llamaban, pues tal oficio ejerció cuando doña Teresa vivía y no logró ascender á pesar de que á su madre sustituyó.

Don Pablo desempeña un papel importante en nuestra historia y merece por lo tanto que se le describa.

Figúrate, lector, caso que quieras conocerle, á un viejecillo, bajo y rechonchete, con el pelo completamente blanco, la barba muy fuerte pero siempre afeitada, resaltando sobre su cara roja con tonos azules muy subidos, que recordaba la carne de un pavo recién desplumado. Fuertes y cerdosas cejas sombreaban unos ojillos azules muy claros, alegres y risueños casi siempre, pero severos y capaces de infundir pavor al párvulo más valeroso, cuando su dueño quería. Mal año para el desdichado chicuelo, que por romper un cristal, ó desentonar al cantar: *dos por dos, cuatro; dos por tres seis;* hiciera enarcar las cejas á don Pablo y ahuyentara de sus gruesos labios una sonrisilla, que sentaba en aquella cara, tan á las mil maravillas, como clavel reventón en negro y lustroso pelo de airosa y linda mozuela. Bien podía el infeliz muchacho encomendarse á los santos todos del cielo, pues sabido era, que sin un cachetito en la mejilla y un caramelo ó paciencia no se escapaba. Castigo inquisitorial cuya gravedad aumentaba don Pablo diciendo con voz terrible:



CAJITAS DE AFEITE DE ANTIMONIO, DEL ANTIGUO EGIPTO

– ¡Carape, con los chiquitos! Sus barrabasadas acaban con mi paciencia y lo que es peor con mis paciencias. Entre cristales y caramelos consumís la mitad de las tres pesetas que me da el Gobierno para que comience á desasnaros. ¡Carape! ¡Carape! ¡Carape!

Hay que advertir, entre paréntesis, aun cuando no se ponga, que *Carape* era la interjección favorita y única de don Pablo.

Hecha esta importante advertencia y puesto que ya son conocidos los personajes principales de esta historia, corresponde ahora que el que la relata, sacando fuerzas de flaqueza y haciendo esfuerzos de memoria describa el lugar de la acción.

Exprimo para ello el poco zumo de mi sesera, pues hace ya muchos años que conocí á don Pablo y visité su escuela y después de masticar unos rabitos de pasa, mi memoria cumple como buena y me representa un salón largo como de unos diez metros, por cinco á cinco y medio de ancho, de alto techo y de ventilación y luz sobradas. En uno de los extremos del salón un entarimado como de un metro de alto al cual se subía por tres escalones; sobre el tablado y en el centro, una ancha mesa, y dos más pequeñas colocadas una á cada lado de la mesa magistral, y la llamo así porque ya se habrá comprendido que era la que ocupaba el maestro. Las mesas pequeñas tenían escritas sobre la tabla de enfrente, una la frase: «Inspector de orden;» otra: «Inspector de clase.» Aquellos elevados puestos sacábanse todas las semanas á oposición y á concurso. La mesilla de «Inspector de clase» la ocupaba el niño ó niña que más aplicación y conocimientos demostraba, y la de «Inspector de orden» el menos revoltoso, y no digo el más formal, porque siempre lo había sido el menos revoltoso. Desde el centro del entarimado y dejando entre sí un espacio como de un metro, partían dos vallas de madera que dividían el salón en partes iguales, ó por mejor decir en cuatro partes iguales, pues al llegar al centro, se bifurcaba la valla, hacia cerca de las paredes, formando una cruz. En el departamento, llamémosle así, primero de la derecha, reuníanse los niños de la primera clase, en el de enfrente los de segunda; en el segundo de la derecha los de tercera y en el restante, los... no sé si me atreva á decirlo, los... los... los meones ¡qué diablo! que así los llamaba don Pablo y así he de llamarlos yo, que cuando él les puso tal nombre, mil motivos tendría para ello.

Los mayores, los que ocupaban la clase primera, eran ya todos caballeretes y damiselas de seis años el que menos, que sabían que cero por cero es cero, que las partes del mundo son cinco, que los reinos de la naturaleza son tres, y otra infinidad de cosas, que mucha gente que peina canas ignora. Los de clase segunda y tercera seguían á estos en ciencia, disminuyendo hasta llegar á los meones que sabían hacer lo que su nombre indica, pedir agua, devorar mendrugos de pan, llorar unas veces, reir otras, y estar siempre colgados de las faldas de doña Isabel. Aquel departamento es el que más llamó mi atención la primera vez que visité la escuela. Me pareció aquello un inmenso nido y doña Isabel la clueca que estuviera dando calor á aquellos polluelos. Y así era, que calor maternal les daba primero, y luego calor intelectual.

Angelina, la discípula predilecta que había sido de doña Teresa y que seguía siéndolo de don Pablo y especialmente de doña Isabel, pertenecía á la primera clase y además desempeñaba casi siempre el cargo de Inspectora de clase.

Era Angelina una niña preciosísima, delgadita de cuerpo y esbelta como una ramita de nardos, del color del nardo también, su carilla de ojos inquietos y movedizos como una ardilla, frente ancha y despejada, pelo negro, abundante y rizoso y en toda su cara expresión de agudísima inteligencia y de cierta malicia impropia de su edad.

Todo seducía en Angelina, pero á los ojos de un buen observador no se hubiera escapado, que su fisonomía indicaba: inteligencia, gracejo, donaire, malicia, pero ni un solo rasgo que permitiera adivinar sentimientos dulces. La vida de Angelina estaba toda en el cerebro, el corazón latía porque la vida material lo exigía así, mas no porque el sentimiento lo ordenara.

Yo, como todos los que conocieron á la niña Angelina, sentí por ella viva simpatía, mas presencié en cierto día una escena que me la hizo repulsiva.

La escena á que me refiero, merece ser relatada por sí, y porque pinta el carácter de los personajes de esta historia.

Entré una mañana en la escuela y apenas puse el pie en el salón, hizo don Pablo sonar un timbre que sobre su mesa había y como movidos por un resorte pusiéronse en pie todos los niños.

Me recibió don Pablo al pie del entarimado, al cual subimos después; me hizo sentar á su lado y volviendo á hacer sonar el timbre, dejáronse caer los niños sobre los banquillos que les servían de asiento, tan á tiempo y con tal igualdad que me parecieron monigotillos á quienes movieran con un cordón.

Quiso el bueno del maestro que sus discípulos dieran ante mí muestras de su profundo saber y comenzó á hacer preguntas á varios, y debo decir en honor de don Pablo que aquellos niños me parecieron unos *Merlinitos*.

Felicité cordialísimamente á don Pablo, quien al oir mi felicitación puso una cara gozosísima y me dijo:

– ¡Oh! aun no conoce V. á la perlita de la casa. Va usted á ver á la octava maravilla. Angelina, – añadió dirigiéndose á la Inspectora de clase

– ¡Presente! – respondió la niña con una voz aguda como nota de clarín, al mismo tiempo que se ponía de pie.

Fijáronse en ella las miradas de todos, sonrió la perlita de la escuela con cierto aire de superioridad y dirigiendo á todas partes sus ojos pareció que decía: Fijaos bien en mí; la Inspectora de clase va á abrir su piquito de oro y os permite que escuchéis las lindezas que va á decir.

Al escuchar á Angelina me expliqué en parte su vanidad. En aquel cuerpo de niña se encerraba el alma de un sabio. Angelina no sólo aprendía todo cuanto se la enseñaba, sino que adivinaba lo desconocido para ella. Presencié un rasgo de claridad de inteligencia que quiero relatar. Después de haberla preguntado el maestro una infinidad de cosas, la hizo salir al encerado á que practicara una multiplicación. Cuando hubo terminado, queriendo yo ver hasta dónde llegaba el maravilloso talento de aquella niña, le dije:

– Eso está muy bien, niña, has multiplicado 88 por 7 y ha dado 616, multiplica ahora 7 por 88 á ver qué producto resulta.

– Pues el mismo, – dijo la niña sin pararse á pensar.

– ¿Estás segura?

– Sí señor.

– ¿Por qué?

– Hombre, – dijo don Pablo – eso es demasiado; ¿cómo quiere V. que una niña adivine...?

– Sí señor, si ya lo sé, – interrumpió Angelina, – porque lo mismo da 88 veces 7, que 7 veces 88, es decir que el que antes era multiplicando puede ahora tomarse por multiplicador sin que el producto varíe.

Quedé asombrado al oir aquella contestación.

Don Pablo levantóse de su sillón, cogió á Angelina en sus brazos y cubriendo de besos su cara decía:

– ¡Bravo! ¡bravo! ¡Si mi Teresa te oyera!... – y no pudo continuar; las lágrimas ahogaron su voz.

Dirigí mi vista hacía el departamento de los pequeñuelos y ví á la pasante que en silencio lloraba también.

En aquel momento entró en el salón una mujer gritando como una desaforada:

– ¿Dónde está ese tunante? ¡lo voy á matar! Don Pablo, hoy que no venga ese pillo á comer, porque...

– Pero ¿qué le pasa á V., señora? Explíquese.



ANFORA, ESMALTADA DE ENCARNADO, AZUL Y BLANCO, CON ASAS DE COLOR VERDE CLARO

– ¡Ese hijo mío, ese pillo, que me va á matar á disgustos! ¿No sabe V. lo que ha hecho? Me ha robado una peseta del cajón del mostrador. ¡Una peseta! El ladronzuelo. Déjeme V. que lo mate.

– Sosiéguese V., señora, que aquí estoy yo para imponer al niño un severo castigo. A ver, señor Fernández, venga V. acá.

El llamado señor Fernández era un niño como de unos cinco años, colorado como una amapola, gordinfloncillo que parecía un rollito de manteca, de nariz chatilla y de ojos muy grandes, y con cierto aire de bondad tal, que á primera vista se veía que pecó sin malicia. Abandonó su asiento con tal asombro pintado en su cara, que movióme á compasión y á risa al mismo tiempo.

ŒNOCHOE DE VIDRIO AZUL, ESMALTADO DE AZUL Y AMARILLO

Apenas hubo llegado el pobre niño junto á don Pablo, éste con voz que se esforzó por hacer terrorífica dijo:

– Señor Fernández, siéntese V. ahí, – y señaló el primer escalón del entarimado; – que va V. á ser juzgado.

Al oir aquellas voces el infeliz niño comenzó á hacer pucheros, hasta que por fin rompió á llorar de un modo estrepitoso.

La pasante entonces acercóse á él y enjugando sus lagrimones, le dió un beso, diciéndole:

– Vamos, hijo, tranquilízate que no será nada, – y en voz baja añadió: – Calla, tonto, que si te dejan sin comer, yo te daré de todo y hasta dulces.

Como por ensalmo se calmó el niño y comenzó el juicio.

– Vamos á ver, tú, Angelina, siéntate en mi sillón. Enrique Pérez y Sebastián Alau, sentaos uno á cada lado de Angelina, vosotros decidiréis en última instancia. El juicio va á empezar. Diga V., señor Fernández, ¿es cierto que ha tomado V. una peseta del cajón de su madre?

El niño guardó silencio.

– Dí la verdad, – le aconsejó la pasante.

– Sí señor, – contestó entonces el niño, con cierta entereza como sintiéndose protegido por doña Isabel.

– ¿Y qué has hecho de ella?

– Pues la he gastado en castañas, – dijo el niño.

– ¿Y te has comido una peseta de castañas? pues ya estás castigado, porque de torozón no te libras.

– No señor, yo no me he comido más que cinco, las otras se las he dado á los chicos.

– ¡Ah! ¡con que tienes cómplices! ¿A qué chicos se las has dado?

– A todos los que me han pedido.



TAZÓN DE VIDRIO COLOR DE ÁMBAR

– Vamos, esa generosidad te disculpa en parte, pero no creas, bribonazo, que te libra de pena. A ver vosotros, pueblo soberano, – dijo don Pablo dirigiéndose á todos sus discípulos, – ¿creéis que el señor Fernández ha hecho bien, cogiendo á su madre una peseta?

– No, no, – contestaron todos los chicos armando una gritería infernal.

– Entonces ¿creéis que se le debe imponer un castigo?

– Sí, sí.

– Ya lo oyes, el pueblo soberano te condena después de haberse comido tus castañas. Ahora vosotros, señores jueces, imponed la pena; – ¿qué dices tú? – preguntó al niño que estaba á la derecha de Angelina.

– Yo; que le dejen sin comer.

– ¿Y tú? – preguntó el maestro al de la izquierda.

– Que le den una buena tunda.

– Mucha severidad mostráis, bandidos. Y tú, Angelina, tú que eres el presidente, ¿qué opinas? Medita, que tu decisión es la irrevocable.

– Yo, – dijo Angelina con cierto tono seco, – para que no vuelva á hacerlo, opino que le dejen sin comer y que le den una buena tunda.

Al oir esto don Pablo, puso cara de vinagre, y dirigió á Angelina una severa mirada. – Está bien, – dijo; – veremos el pueblo soberano lo que dice: – Pueblo soberano, – gritó el bueno del maestro, – ¿estáis conformes con la sentencia dada por Angelina?

– Sí, sí, – gritaron á una voz todos los chicuelos.

– ¡Ah, pillos! ¿de manera que sabeis comeros las castañas y no sabéis perdonar al que os las dió? Pues todos sufriréis castigo. Hoy, en vez de concluirse la clase á las doce se concluirá á la una; y yo como Tribunal supremo, caso la sentencia de Angelina y condeno únicamente al reo á que se quede sin comer, con lo cual le hago un favor, porque ¿verdad, tunante, que ya habrán sido más de cinco, las castañas que te has comido?

– No señor, cinco nada más.

– Está bien; se levanta la sesión.

Transcurrió una media hora y don Pablo dijo:

– ¿No hay ninguno de vosotros que pida misericordia por el reo? – y al decir esto dirigió sus ojos hacia Angelina.

Esta se encontró con la mirada del maestro y volvió á otro lado la cara haciendo cierto mohín de desprecio.

Un niño pequeñín, inspirado sin duda por doña Isabel, se dirigió hacia la plataforma, andando con cierta inseguridad y balanceo que le daba una semejanza con un patito. Cogió la mano de don Pablo, y con esa encanta dora media lengua de los niños, dijo:

– *Senó maesto, peldone usté al nene.*

– Pregúntale si lo volverá á hacer.

Fuése el niño hacia el reo y le dijo:

– ¿Veldad que no lo *halás* más?

– No, – dijo el reo, echándose á llorar.

– Pues no *lores* y dame un beso.

Diéronse un beso los niños, y don Pablo bajando de la plataforma, abrazó á los dos niños y con voz ahogada dijo:

– Ya estás perdonado. – Tú, hijo mío, – dijo levantando al mediador en sus brazos, – quizá no tengas el talento de Angelina, pero tienes corazón, que vale más.

Concluída la clase don Pablo reprendió severamente á Angelina por su crueldad para con el reo. Cuando la filípica concluyó, Angelina, que la había oído con cierto desdén indiferente, contestó: Yo creo que el que la hace debe pagarla.

– Quiera el cielo, – replicó don Pablo, – que alguna vez no te acuerdes de esta frase.

II

Transcurrieron algunos años.

Por una casualidad que nó hace al caso referir, supe que á los pocos meses de la escena referida antes, los padres de Angelina murieron dejándola en el mundo huérfana y pobre. Don Pablo recogió á la pobre huerfanita.

Una tarde en que el viejecillo salió de paseo con su nietecilla, como él llamaba á Angelina, al ir ésta á atravesar de una acera á otra de la Puerta del Sol, un coche se dirigía hacia ella. Don Pablo dió un grito, echó á correr como si tuviera veinte años para salvar á Angelina de ser atropellada por el coche y el atropellado fué él. Una rueda le pasó por encima de la pierna derecha. Fué llevado á la casa de socorro, y después á su casa, y aunque por el pronto sanó, pasados dos años, se fué al cielo á enseñar á los angelitos que *p a n* hacen pan. Doña Isabel siguió cuidando de Angelina, llegó ésta á mujer y se encontró á los veinte años con un título de institutriz y con una belleza soberbia.

Doña Isabel era ya muy viejecita. Muchas veces hablando consigo mismo se decía: – El bien halla siempre su recompensa. Angelina cuando yo sea más vieja me sustituirá en el colegio.

Un día oyó de boca de Angelina lo siguiente:

– Doña Isabel; yo siento mucho tener que dejar á usted, pero me ofrecen en casa de los marqueses de F. una plaza de institutriz y... si... V...

– Yo, hija mía, – dijo la pasante, – no quiero más que felicidad.

. . . .

Más años pasaron.

Angelina salió de casa de los marqueses de F. siendo la querida oficial del marqués.

Bajó el primer escalón, y luego otro y otro después.

A los diez años de haber salido de casa de doña Isabel, volvió á presentarse allí pobre, con los ojos hundidos y cansados por el vicio, vieja antes de tiempo y miserable de cuerpo y alma.

Doña Isabel la recogió con amor.

Al poco tiempo murió Angelina.

La noche de su muerte recordó á la pasante la escena del niño que robó las castañas y dijo:

– ¡Ay! si yo me hubiera contentado con ser pasante como V., pero no quise y el que la hace debe pagarla.

RICARDO REVENGA

BOTAS NUEVAS

– Pero, ¡qué pie tan diminuto!

– ¡Qué precioso!

– Parece impropio de un hombre.

– No sé porqué han de tener los hombres pies de mastodonte.

– Pero tampoco esos piececitos de dama-joven.

Y todo esto y otros diálogos provocaban los pies de Andresito.

¡Qué pies aquellos!

Gracias á Cayatte, que es un profesor en el ramo.

El día fué para Andrés una serie no interrumpida de triunfos.

Le miraban codiciosas todas las muchachas, y con envidia todos los muchachos.

Entró en el café y colocó los pies sobre un velador.

Después, y en vista de que todos los concurrentes le miraban y aun alguno le llamó «imbécil,» se contentó con apoyar los pies en el asiento de una silla.

Un militar brusco él, y mal encarado él, llegó á ocupar la silla, tiró de golpe, y los preciosos pies de Andresito descansaron en el pavimento.

Hubiera llamado «bruto» al oficial, voluntariamente.

Pero se lo impidió el natural temor de mortificarle en su amor propio.

Y aun pensó, aunque de pasada, en las probabilidades de sufrir un puntapié.



[illegible]

Tomó café, y pagó y se dispuso á salir.

¡Desengaño cruel!

Las botas lo impedían.

¿Qué es esto? – exclamó cayendo otra vez en la silla. Para Andresito era aquel un efecto mágico.

¡Entrar tan á gusto y no poder salir!

¡Qué dolores! ¡qué angustias!

– ¡Estoy perdido! – murmuró después de otras dos intentonas para levantarse.

– ¿Se siente V. malo? – le preguntó el camarero.

– ¡Sí! – respondió – no sé qué me pasa.

– Algo de congestión cerebral, – opinó sencillamente el garçon.

– Si es en los pies.



JARRO DE VIDRIO BLANCO OPACO, RODEADO DE UNA ESPIRAL AZUL



¡RECUERDOS! cuadro de Enrique Rasch

– ¡Ah! ¿le oprimen á V. las botas?

– Eso es, – afirmó Andrés, como si le consolara sus dolores la perspicacia del camarero.

– ¿Ha estrenado V. botas?

– Sí señor.

– Yo nunca estreno por eso, – apuntó un caballero que parecía una silueta y que miraba con cierta complacencia los sufrimientos de Andresito.

– ¿Pues qué hace V.? – preguntó éste con timidez.

– Compro botas clásicas, refundidas.

Andrés probó á sacar los pies de las botas.

Imposible.

– ¿Quiere V. que tire yo? – preguntó el camarero.

– Con cuidado, por Dios, que veo las estrellas.

El oficial que estaba en la mesa del lado, replicó:

– Puede que las vea V. de cerca.

– No ha sido mi ánimo ofender á V.

– Como hablaba de estrellas y á mí, por regla general, me revientan los monos como V....

– ¡Ea! no estoy para disgustos – replicó Andresito.

A todo esto el camarero tiraba y tiraba.

Hubo un momento en que, perdido el equilibrio, Andrés vino al suelo.

Pero el camarero continuaba tirando.

Para salir del café hubo de prestarle el dueño del café unas babuchas morunas.

– ¡El moro de los dátiles! – decían unos guasones al ver al infeliz joven.

– ¡Babuchas! ¡eh! ¡venga V. acá! – llamaban otros.

– Mientras logró alquilar un coche para que le llevara á su casa, pasó la amada de Andrés.

Iba con su papá, con su mamá y con su primo.

– ¡Ay! – exclamó éste – mira á tu novio vendiendo *botitos*.

– ¡Andrés!

– ¡Laura!...

– ¿Qué significa esto? – preguntó la madre.

– ¿Qué ha de significar, inocente? – replicó el padre – que ha tomado la *tajada*.

– Hemos concluído para siempre – murmuró Laura.

Al siguiente día y en un círculo oyó hablar del estreno del día anterior y creyó que aludían al de sus botitos.

– No lo olvidaré jamás, – se aventuró á decir. – Estreno más desgraciado...

Uno de los circunstantes sacudió un bofetón á Andresito.

Era el autor del drama estrenado.

– ¡Un lance! – repetían todos.

– Después de esto – como decía el partidario de refundiciones de prendas de vestir y calzado – estrenen ustedes botitos.

Eduardo de Palacio

NOTICIAS VARIAS

Aceite de coco. – Un francés acaba de establecer en Baracoa (Cuba) una industria especial que parece llamada á dar buenos resultados: la de la fabricación de aceite de coco. Según el informe del cónsul de Francia en Santiago de Cuba, se ha instalado esta fábrica con las máquinas más perfeccionadas para que produzca un aceite de toda la pureza apetecida. El aceite de coco, además de sus propiedades medicinales y de su calidad de materia primera para la fabricación de jabones, se usa como lubrificante, y también para el alumbrado. El aceite refinado de coco es más económico que otros muchos aceites vegetales y minerales, muy fluido y con dificultad se oxida y se enrancia.

***

El reloj de la reina Victoria. – Esta soberana posee un reloj astronómico, de 3 piés ingleses de altura por 10 1/2 pulgadas de ancho, obra del siglo XVII. La caja es de concha, incrustada de adornos de plata. En cada lado se vé un obelisco de medio relieve rematado en un águila. Su forma es cuadrangular y cuatro columnas salomónicas de cristal de Venecia sostienen el remate. En cada uno de los cuatro lados hay un cuadrante; el de delante lleva una placa giratoria de plata, y en ella se vé un calendario en el que figuran todos los días del año: va acompañado de otros dos cuadrantes, uno de los cuales marca las horas y el otro los signos del Zodíaco. La péndola representa la imágen alegórica del Tiempo. Detrás hay otros dos cuadrantes astronómicos. Sirve de remate á este objeto de arte una estatua dorada de Atlas sosteniendo el mundo.

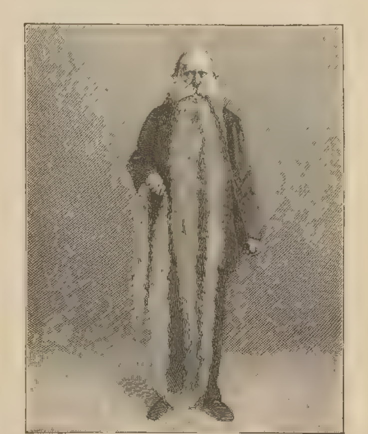


Fig. 1. – Luis Coulón de pie sosteniendo con una mano su barba que le arrastra por el suelo. *(De una fotografía.)*

UNA BARBA EXTRAORDINARIA

Tiene la naturaleza, en medio de sus inmutables leyes, caprichos raros que ora se manifiestan por repugnantes deformaciones, ora se traducen en prodigalidades que no son más que un desarrollo extraordinario de una cualidad física ó de una particularidad corporal.

Entre estas últimas bien merece figurar en primera línea la barba de Luís Coulón, hombre de sesenta y tres años, natural de Vandenesse (Nievre) actualmente establecido en Montluçon.

A los doce años hubo de afeitarse y muy pronto la navaja fué impotente contra su pelo, así es que á los catorce Coulón se encontró con una barba de 30 centímetros que á los veinte era de 1 metro y tiene en la actualidad 2'32 metros.

No han faltado naturalmente especuladores que han hecho brillantes proposiciones al *fenómeno*; uno de ellos, lord William, le ofreció 10 000 francos por una *tournée*, pero Coulón se ha negado siempre á dejarse exhibir.

De las dos fotografías que reproducimos, la primera nos presenta á Coulón (cuya estatura es de 1'59 metros) de pie sosteniendo con el brazo su barba á la manera que los patricios romanos su toga; la segunda nos lo reproduce con la barba arrollada dos veces al cuello, que es como la lleva cuando se viste, por decirlo así, de gala.



Fig. 2. – Cabeza de Luís Coulón con la barba arrollada dos veces alrededor del cuello. *(De una fotografía.)*

De todas las barbas desmesuradas que como curiosidades antropológicas hemos visto descritas en varias ocasiones, ninguna ha alcanzado las proporciones de la de Coulón, por lo que está más que justificado el título con que encabezamos estos apuntes.

Barcelona. – Imp. de Montaner y Simón

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 18 DE FEBRERO DE 1889 — NUM. 373

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA ARCHIDUQUESA ISABEL

S. A. I. Y R. EL PRÍNCIPE HEREDERO RODOLFO DE AUSTRIA

LA ARCHIDUQUESA ESTEFANÍA, *esposa del príncipe Rodolfo*

EL ARCHIDUQUE CARLOS LUIS, *presunto heredero de la corona de Austria-Hungría*

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

RETRATOS

del príncipe Rodolfo de Austria, de su esposa é hija, y del archiduque Carlos Luis

La prensa diaria ha venido ocupándose tan detenidamente de la muerte del príncipe heredero de la corona del imperio austro-húngaro, desde el 30 de enero último en que ocurrió tan trágico suceso, que juzgamos á nuestros lectores perfectamente enterados de las diferentes versiones que acerca de él se han hecho circular, ninguna de las cuales es la expresión fiel y exacta de la verdad, en sentir del pueblo vienés, que sigue viendo en dicha muerte un acontecimiento rodeado de circunstancias contradictorias y misteriosas que el tiempo sólo se encargará de revelar, ya que por ahora razones de alta política se oponen al parecer á ello.

El príncipe Rodolfo contaba poco más de treinta años, puesto que había nacido el 21 de agosto de 1858. Casado en 10 de mayo de 1881 con la archiduquesa Estefanía Clotilde Luisa Herminia María Carlota duquesa de Sajonia, nacida el 21 de mayo de 1864 en el castillo de Laeken, é hija del rey de Bélgica Leopoldo II y de su esposa la reina María Enriqueta, archiduquesa de Austria, ha tenido de su matrimonio con esta princesa una sola hija, la archiduquesa Isabel María Enriqueta Estefanía Gisela, que nació el 2 de setiembre de 1883.

El príncipe austriaco había recibido una educación esmerada; y declarado mayor de edad en 24 de junio de 1877, entró en el servicio militar activo en igual mes de 1878, habiendo sido promovido en setiembre de 1880 al grado de Mayor general y de contra-almirante. El 16 de abril de 1881 se le nombró jefe de la 18.ª brigada de infantería en Praga, y en 1883 ascendió á Feldmariscal teniente y vice-almirante, asumiendo el mando de la 25.ª división del ejército en Viena. Era además coronel del 2.° regimiento de artillería, de otro de lanceros, y de otros tres extranjeros, prusiano, bávaro y ruso.

Pero más que soldado, era por sus gustos, inclinaciones y estudios, hombre de ciencia, notable linguista, excelente juez en materias de arte, sobresaliente ornitologista y estudioso aficionado en las demás ramas de Historia natural. Manifestaba además especial interés por la literatura, habiendo escrito varias obras, particularmente relatos de sus muchos viajes. Había emprendido la publicación de una voluminosa obra titulada: *Austria-Hungría, descrita y dibujada* y él mismo atendía cuidadosamente á su impresión.

Habíase hecho sumamente popular en todo el imperio, y por su afabilidad y llaneza se hacía querer de cuantos personalmente le conocían.

Aunque el difunto príncipe deja una hija, como la constitución austriaca determina expresamente que sólo ciñan la corona las hembras á falta de heredero varón, hoy el presunto heredero imperial es el archiduque Carlos Luis, hermano del emperador, nacido el 30 de julio de 1833, el cual tiene tres hijos, Francisco Fernando, de 26 años de edad, Otón de 23, y Fernando Carlos, de 20. Háse asegurado, aunque no hemos visto confirmada oficialmente la noticia, que el archiduque Carlos Luis ha hecho renuncia de sus derechos al trono en favor de su hijo mayor.

Este archiduque es general de caballería y propietario del regimiento de lanceros n.° 7, jefe del regimiento de lanceros rusos de Lubny n.° 8 y propietario del regimiento de lanceros prusianos n.° 8. Está casado en terceras nupcias con la archiduquesa María Teresa, hija del difunto infante D. Miguel de Portugal.

AMORES CAMPESTRES, cuadro de F. Zonaro

Los cuadros de este artista véneto-napolitano representan siempre escenas de costumbres familiares, tomadas de la vida del pueblo de Venecia y de Nápoles. Una de ellas es el asunto de nuestro grabado en que dos campesinos, él y ella, tienen una entrevista en el campo, entregándole el galán á su amada, á falta de anillo de prometida, una flor. Un vallado los separa, pero el señor cura se encargará presto de allanar con su bendición este y otros obstáculos que á la felicidad de ambos jóvenes se opongan.

LOS VIGIAS, cuadro de E. Renouf

(Salón de 1888)

Este cuadro, que ha tenido el privilegio de atraer las miradas de cuantos, inteligentes ó profanos, han visitado el último Salón ó Exposición de Bellas Artes de París, es una prueba de la predilección que muchos pintores franceses dedican á los asuntos de mar y del acierto con que han llegado á tratarlos. Verdad es que esos tipos especiales, llamados por nuestros vecinos *lobos de mar*, se prestan admirablemente al estudio, y que tanto por sus caracteres físicos cuanto por sus rudas, aunque excelentes y nobles prendas morales, son dignos de la reproducción por el pincel ó el buril.

Que Renouf ha merecido el aplauso obtenido por este lienzo lo afirmará cualquiera al contemplar sus dos únicas figuras, trazadas con pincel tan enérgico, vigoroso y seguro como energía, vigor y seguridad se revela en los dos viejos marinos, curtidos en su constante lucha con los elementos; y si á esto se agrega que el hábil buril de Baude ha sabido imprimir al grabado las mismas recomendables cualidades que avaloran la obra del pintor, se convendrá en que esta lámina, en su misma sencillez, es una de las que adornan dignamente las páginas de cualquier publicación ilustrada.

SUAKIN

Esta ciudad, llamada por los árabes Savakin, palabra formada, según dicen ellos, de *sava* hecho, construído, y *gin*, espíritu maligno, diablo, es el puerto principal de exportación é importación del dilatado país conocido con el nombre de Sudán, perteneciente antes al Egipto, pero desde 1881 en poder del mahdi Mohamed Ahmed «el falso profeta» y de su general más temible, Osmán Digna, que si bien hijo de Suakin, pero descendiente de una familia árabe, ha jurado arrasar su ciudad natal y hacerla desaparecer de la superficie de la tierra.

Suakin, el único punto que de todo el Sudán ha quedado en poder del Egipto, está construído principalmente en una isla coralígena de 4 kilómetros escasos de perímetro, y separado de tierra firme por un brazo de mar poco profundo, de 100 metros de ancho y hoy atravesado por un dique que une la ciudad al continente africano. En la tierra firme está el arrabal Gef, punto de arranque de las dos grandes vías de comunicación del Sudán, una de las cuales se dirige por el Este, á Berber, lugar ribereño del Nilo, por el cual sostiene el comercio relaciones con Jartum (Khartum), capital del Sudán, yendo la otra por el Sud, á Casala, Kedarif y Galabat en la frontera de Abisinia.

Suakin y su arrabal Gef tienen hoy juntos una población de 5000 almas aproximadamente, pero el comercio es casi nulo desde la sublevación del mahdi. Antes, y principalmente desde 1870 hasta 1881, era grande el movimiento y la prosperidad, y millares de camellos cargados de goma, pieles, café, marfil, plumas de avestruz etc., llegaban allí continuamente, aunque con mayor frecuencia antes de la época de las lluvias en el interior, y regresaban con cargamentos de productos europeos, en primera línea tejidos de algodón y ferretería. De esto puede inferirse cuáles han de ser los elementos de la población, bajo todos conceptos muy pintoresca, teniendo en cuenta además de lo dicho la proximidad de los santos lugares del mahometismo, Meca y Medina, y sobre todo las relaciones activas entre Suakin y Djedda, el puerto de la Meca. La población europea es poco numerosa y consiste hoy, como en todo el Oriente, en griegos, en cuyas manos estaba antes el pequeño comercio de todo el Sudán, á los cuales se agregaban los comerciantes al por mayor, griegos, italianos y franceses; hay además los agentes de las líneas de vapores que tocan en Suakin, y empleados europeos al servicio del gobierno egipcio, en su mayor parte ingleses. La población mahometana se compone principalmente de funcionarios civiles y militares egipcios, de comerciantes al por mayor y de traficantes árabes, algunos de ellos riquísimos, pero cuyas ganancias han sufrido notable menoscabo desde que la principal fuente de su riqueza, el tráfico de esclavos, ha desaparecido, ó poco menos, en esta región africana: Osmán Digna desciende, según hemos dicho, de una familia de pequeños traficantes árabes, como ya lo indica la casa de sus padres, representada en nuestro grabado, á los que arruinó completamente la supresión del comercio de seres humanos.

La población indígena la forman bodjas, raza originaria de Africa, aunque se presumen descendientes de árabes. Las numerosas tribus bodjas, entre las cuales figuran también los bicharines y los hadendoas, de los cuales reproducen algunos tipos nuestros grabados, y que dan al mahdi y á su general Osmán Digna el contingente principal de su gente armada, dominan, haciendo vida semi-nómada, al Norte de Suakin hasta la frontera del Egipto, propiamente dicho.

Muy diferentes de los bodjas son los nubios, cazadores de esclavos por excelencia, y los enemigos mas temibles del gobierno egipcio, por cuanto entre ellos se encuentran disueltos los antiguos y excelentes regimientos nubios del Egipto, que acaban de dar tanto que hacer á los defensores de Suakin, así por su valor é instrucción militar, como por la pericia de sus oficiales, negros también, los cuales han sabido dirigir con notable acierto el reciente sitio de Suakin, y tanto, que sus trincheras llegaban ya á 900 metros de los pozos donde los habitantes de la ciudad se proveen de agua potable, y que están situados á 5 kilómetros de la ciudad, en el lecho de un torrente, y defendidos por el «fuerte de aguas» que se ve en otro de nuestros grabados. Ocupados estos pozos por las fuerzas del Mahdi había de rendirse la ciudad; y así habría sucedido sin la llegada oportuna de refuerzos ingleses con cuyo auxilio fueron rechazados los sitiadores después de combates en extremo encarnizados y sangrientos. No por esto renuncian los sudaneses á la recuperación de Suakin ni á la guerra, hasta que se llegue á una solución, ya sea reconociendo el Egipto la independencia del Sudán ó bien reconquistando este país, empresa ardua y problemática en extremo.

SALIENDO DEL BOSQUE, cuadro de A. Moore

Una de las galerías de pinturas que han alcanzado mayor renombre en Inglaterra por el número y excelencia de sus cuadros, es la que posee en Kensington Mr. Humphrey Roberts. Entre los cuadros que llaman la atención en ella, no por sus dimensiones ni por la grandeza del asunto, sino por la delicadeza del dibujo y del colorido y por la frescura y lozanía de que parece impregnado su ambiente, figura el que reproduce nuestro grabado. Tres bellas y juguetonas doncellas, que pudieran tomarse por los últimos destellos de esa edad de oro tan celebrada por pintores y poetas, corren y triscan por ameno bosquecillo; una de ellas, después de saltar la valla que lo separa de la inmediata campiña, se recoge la holgada túnica para continuar por el llano sus alegres escarceos, mientras sus lindas compañeras se deslizan ágiles por aquel obstáculo procurando seguirla en su carrera.

En este lienzo de Alberto Moore es sobre todo de admirar la atrevida composición de los paños de las tres figuras, así como la frondosidad del ramaje del fondo, detalles ambos que ha tratado el artista con sumo acierto.

ESTUDIO DEL NATURAL, dibujo de A. Fabrés

Propiedad de la Excma. Diputación de Barcelona

Son tantas las veces que hemos tenido ocasión de honrar nuestras páginas con los trabajos de este distinguido artista, que ni necesitamos encomiarlos nuevamente, ni llamar hacia ellos la atención del lector, seguros de que éste fijará instintivamente sus ojos en los que le vamos ofreciendo con tanto detenimiento como complacencia.

Por esto al incluir hoy en nuestro número otro de sus bellos estudios, debidamente autorizados por la corporación á que pertenece, nos limitamos á decir: es de Fabrés, y esto basta.

ISAAC PERAL y el submarino de su nombre

No nos proponemos escribir la biografía del hombre ilustre cuyo nombre pronuncian hoy con respeto millones de labios, ni trazar la descripción de su prodigioso invento en el que tiene puesta su atención el mundo entero: una y otra han sido publicadas recientemente hasta la saciedad y por esto hacemos de ellas gracia á nuestros lectores.

Nos proponemos únicamente rendir un tributo de admiración al sabio que ha consagrado su existencia al estudio y solución de uno de los más difíciles y trascendentales problemas de la moderna ciencia y al español entusiasta que despreciando cuantiosas ofertas ha querido que su obra sea de España y sólo para España. ¡Loor á Peral!

Dotado de una inteligencia privilegiada y de una voluntad de hierro, y poseído de una fe ciega en el éxito de su empresa, ha trabajado y trabaja sin cesar movido por esa fiebre del genio que acalla y sujeta á las más apremiantes necesidades de la materia. Mas no se crea que trabaja con el ansia del que duda, con la desesperación del que ve objeto de conmiseración, sino de burla, lo que un día fué ardoroso ensueño, más tarde proyecto factible, es hoy realidad probable y mañana hecho práctico y consumado: no, Peral no trabaja con la excitación del que espera sino con el afán del que está seguro y quisiera dar alas al tiempo y ver terminados por encanto los múltiples trabajos materiales cuya complicación y delicadeza retardan el momento del triunfo decisivo; Peral tampoco lucha con incrédulos sino que dispone de fanáticos.

No hemos de entrar aquí en discusiones sobre excelencias ni prioridades; no hemos de investigar si el invento de Peral merece más ó menos atención, más ó menos aplausos que el de Monturiol; no hemos de analizar las causas que malograron el de éste ni las que han fomentado el de aquél: el templo de la gloria es tan grande que no se ha llenado todavía ni se llenará jamás, ha dicho en su obra maestra el mejor de los autores dramáticos contemporáneos. No nos parece oportuno en este momento evocar recuerdos que podrían ser interpretados como deseo de escatimar aplausos, cuando es más preciso, por lo mismo que el instante es supremo, asociarnos incondicionalmente al entusiasmo en que se agita la nación española.

Sí, aplaudamos todos al ilustre marino: los creyentes venerando al descubridor de nuevos mundos, los incrédulos respetando y honrando al hombre de ciencia, al joven estudioso que sustrayéndose al ambiente de apatía por desgracia reinante en nuestra patria, ha robado horas al descanso y á los placeres para consagrarlas á científicas especulaciones.

¿Hay que esperar para entusiasmarse á que las próximas pruebas den un resultado plenamente satisfactorio? No es así como doña Isabel la Católica llegó á ser dueña del Nuevo Mundo.

¡Entusiasmémonos, sí! que el pueblo que siente y siente con energía no ha llegado al estado de postración en que muchos le suponen, y si es capaz de grandes calaveradas, es también capaz de grandiosas epopeyas.

Si Peral vence será una gloria universal; si resulta vencido, nadie le disputará el título de gloria nacional que ha sabido adquirir legítimamente con su talento, con sus estudios, con su abnegación y con su patriotismo.

¡Gloria á Peral! digamos mientras nos preparamos á exclamar: ¡Gloria al inventor de la navegación submarina!

SUPLEMENTO ARTISTICO

MÚSICA Y VINO, cuadro de Francisco Vinea

¡Cuán diferentes de los actuales eran aquellos tiempos, cuán distintas también las costumbres, para los soldados que combatían bajo las enseñas de los *condottieri* italianos! No conocían cuartel ni alojamiento; se reclutaban entre los hombres que se distinguían por lo levantiscos, violentos ó pendencieros, ó entre los campesinos que aborrecían el freno de la autoridad, ó soñaban aventuras ó preferían á la servidumbre social el único freno eventual de la disciplina militar en el día de la batalla. Rara vez cobraban una paga, pero á menudo se enriquecían con el saqueo y el pillaje. Terminada una campaña, se preparaban á otra, consumiendo las riquezas mal adquiridas en burdeles y tabernas, apurando botellas de buen vino y cortejando á las muchachas, como el apuesto soldado de Vinea, que entona alegres canciones á la graciosa hostelera, canciones expresadas quizás en el libre lenguaje de los campamentos.

El pintor italiano es uno de los artistas contemporáneos que más se distinguen en el género histórico, pues además de sus especiales conocimientos en indumentaria, siente, por decirlo así, el colorido, y sus composiciones se hacen altamente simpáticas por el vigor de su pincel y su sabor local.

UN PETARDO EN EL SIGLO XVII.

Hoy, que tan grande y fundado sobresalto ha producido en la corte y en otras poblaciones, entre ellas Barcelona, la explosión de mortíferos petardos, y cuando hasta dentro del palacio real han llegado á estallar, no será fuera de propósito referir lo que aconteció en el reinado de Felipe IV con uno de aquellos terribles artificios, que estuvo á punto de reventar en otro palacio real y en cuyo atentado el *petardero* fué nada menos que un grande de España.

Los continuos desastres que cual no conjurada tormenta caían sobre la monarquía española hicieron á Felipe IV destituir á su gran valido el Conde-Duque de Olivares, en 23 de enero de 1643, sucediéndole en la dirección de los negocios su pariente D. Luis Méndez de Haro, marqués del Carpio, hombre que suplía en cierto modo con el buen deseo, las dotes de gobierno de que carecía.

El Rey, de quien debía proceder en aquel gobierno toda enérgica decisión, seguía divertido de los negocios de Estado, entreteniéndose con los fútiles pasatiempos de la corte, que si durante la privanza de Olivares éranle por éste cautelosamente y sin tregua presentados, en la del de Haro no carecían de mantenedor, siéndolo su propio hijo el marqués de Liche, quien, acaso por aquel medio quería granjearse el favor del monarca, poniendo el blanco de sus deseos en la privanza para después de los días de D. Luis, si es que, á semejanza de lo que aconteció en el anterior reinado, no maquinaba, como el duque de Uceda hizo, relevar á su propio padre; que para todo podían darle aliento su propia ambición y los ejemplos extraños.

Ello era que el marqués de Liche pasaba por alma de todos los festejos de la corte, y que no se hablaba de continuo en ella más que de las comedias, fiestas campestres y de todo género, en que el desatentado mozo consumía enormes sumas, como por ejemplo en la comedia que para agasajar á los monarcas hizo dar en el real sitio de la *Zarzuela*, donde á 17 de enero de 1657 se puso en escena *El Golfo de las Sirenas*, drama lírico, ó *zarzuela*, de Calderón, que por representarse en aquel palacio tomaron tal nombre ese linaje de obras teatrales.

Costó la fiesta 16,000 ducados (1), dándose una comida de mil platos, para la que sólo una olla enorme, como una tinaja muy grande, coció en su seno manjares que se calculó costaron 8,000 reales.

Este gasto lo pagó, por orden del marqués de Liche, el conde de Pezuela. No era éste un señor de antigua prosapia, sino simplemente un acaudalado banquero ó asentista genovés, heredero del famoso Bartolomé Spínola, que murió á 16 de febrero de 1644 (2), y había con-

(1) Bib. Nac., ms. M. 100.

(2) Avisos manuscritos de D. José Pellicer y Tovar.—Bib. Nacional. – H. 135.

seguido aquel título como premio que también logró entonces otro no menos rico prestamista genovés, Ottavio Centurión, á quien hicieron marqués de Monesterio.

La comedia burlesca que se hizo á los reyes en el Buen Retiro, la velada de San Juan de 1655, había costado en ayuda de costas, vestidos, meriendas y limonadas 100,000 reales, y no contento con esto el de Liche, hizo que pocos días después, á 10 de julio, se representase al rey, que aun permanecía en aquel real sitio, otra comedia, en que los cómicos eran toscos labradores de Jetafe, á quienes al efecto se dió galas, mucha vitualla y se los llevó en coche.

Para la comedia que por las carnestolendas de 1656 dispuso el citado Liche, pidió á éste el tramoyista italiano Luis Baggio, sólo para perfeccionar la maquinaria y apariencias, 30,000 ducados.

Estos, pues, eran los principales títulos con que Liche creía que tenía derecho á obtener el puesto de favorito del monarca, cuando á 17 de noviembre de 1661 aconteció la muerte de su padre el marqués del Carpio.

El joven Liche, que merced á los obsequios referidos había recibido del Rey pruebas de visible deferencia, como lo fué el haberle conferido la grandeza de España por gracia personal, sin que tuviese que aguardar á heredarla de su padre, debió concebir lisonjeras esperanzas del logro de sus deseos, pero le minaban el terreno su pariente el conde de Castrillo y el duque de Medina de las Torres.

Por el mes de enero de 1662, es decir, á poco de muerto D. Luis de Haro, sonó mucho por la corte una farsa ridícula, en que acaso tuvo no poca parte la ambición de los que solicitaban el codiciado puesto que dejara el difunto marqués.

Dióse en decir que alguna persona interesada en ganarse la buena voluntad de Felipe IV, había recurrido al entonces tan abominable y reprobado medio de los hechizos, cosa fácilmente hacedera, según la general superstición del siglo.



AMORES CAMPESTRES, cuadro de F. Zonaro

Afirmábase que se había tratado de hechizar al Rey, preludio infame de lo que años adelante se hizo con el mísero Carlos II, y con motivo de esto hiciéronse pesquisas en Madrid, siendo tan afortunados los pesquisidores que, en efecto, dieron con los culpables y con la materia del hechizo.

Eran aquéllos marido y mujer, á quienes se cogieron *nóminas*, es decir, conjuros escritos, con cuya irrecusable prueba fueron metidos en las prisiones de la Inquisición, que se encargó del asunto, como de su especial competencia, por ser negocio que á las cosas de fe atañía (1).

Entre tanto los oficios que el marqués del Carpio había dejado vacos se distribuyeron entre el cardenal Sandoval, el conde de Castrillo y el duque de Medina de las Torres, y viendo el marqués de Liche que en el reparto no se había contado con él, pretendió ya descubiertamente el cargo de Chanciller mayor del Consejo de Indias, y ser de la Cámara del mismo, cosa que sus émulos no le dejaron alcanzar, por lo que se dió por muy resentido, así que por el mes de enero de 1662 trataba con calor de retirarse á sus estados (2).

A tal extremo habían llegado las cosas, cuando á fines de febrero de aquel año llenó de consternacion y terror á los leales súbditos de Felipe IV el sacrílego atentado cometido contra su persona, frustrado por providencial designio.

Cierto que ya la historia patria registraba como regicida, sin remontarse á la monarquía goda en la que tal delito no fué raro, á Bellido Dolfos, y en más modernos tiempos un hombre tenido por loco, hirió, aquí en Barcelona, gravemente en el cuello al católico rey D. Fernando, pero la lealtad de luengos años había restaurado el crédito que aquellos hechos pudieran mermar, y la nación toda supo con espanto la horrible maquinación tramada contra Felipe el Grande.

En el coliseo del *Buen Retiro*, lucido anfiteatro de aquel suntuoso palacio, debajo de su tablado, fué hallada la terrible máquina que había de privar al Rey de la vida.

Consistía aquélla en tres papelones (petardos que diríamos hoy) rellenos de pólvora, colocados de trecho en trecho, con regueros de comunicación de unos á otros, que todo sería *poco más de tres libras*, y una cuerda de mecha de arcabuz que comunicaba con el primer papelón.

Fortuna fué no pequeña que la mecha se apagó tan oportunamente, que habiéndose llegado á chamuscar el envoltorio de la pólvora, no prendió ésta sin embargo.

El criminal había colocado el maléfico artificio entre las tramoyas de una comedia de *apariencias*, ó como hoy se dice, de *espectáculo*, que debió ser, ó bien *Auristela y Lisidante*, ó acaso *Celos, aun del aire, matan*, ambas de Calderón, y que por prestarse sus asuntos mitológicos al aparato escénico, se representaron en el coliseo del Buen Retiro en un carnaval, que con algún fundamento puede creerse fuera el de 1662 (3).

Apenas se tuvo noticia de tal maldad, encomendóse á un miembro del Consejo de Castilla que inquiriese quién pudiese ser el autor y desde luego se redujo á prisión á cinco personas, una de las cuales era el cómitre de los moros que estaban como esclavos al servicio del Buen Retiro y á uno de los moros.

Poco rato hacía que el alcaide había recibido en la cárcel á los presos, cuando sigilosamente se le presentó un paje del marqués de Liche, que de parte de éste le entregó cincuenta doblones de á ocho, y le ofreció 4,000 ducados más si daba muerte secreta al moro, pinchándole con un alfiler impregnado en el contenido de un cuernecillo que llevaba.

Comprendió el alcaide lo grave del caso, ofreció hacer lo que de él se quería, pero, sin soltar al paje, fué inmediatamente á dar conocimiento del hecho al juez de la causa.

Este, que lo era don Gaspar de Sobremonte, oidor del Consejo Real y del de Italia, fué acto continuo á referir lo averiguado al Rey mismo, con lo que demostraba de paso el buen resultado que había dado la oferta hecha de 1000 doblones al que descubriese al autor (procedimiento también copiado, á lo que parece, modernamente), si bien el alcaide había protestado que no lo hacía por la miserable remuneración de la denuncia, sino por su adhesión á la real persona.

Grandes fueron el asombro é indignación que el Monarca sintió al saber la nueva y fué fama que mirando á un crucifijo exclamó:

–¡Juro por el alto Dios que de esta vez han de tener fin estas cosas!

Acto continuo mandó, por orden firmada de su mano, proceder á la prisión de Liche.

Gracias sin cesar daba el Rey al cielo y muy en especial á la Inmaculada Concepción, á cuyo favor atribuía su salvación, en premio de su ahincado empeño con la Corte Romana para que declarase su intento, relativo á tal misterio.

Vigorizaba su piadosa creencia la circunstancia de que para celebrar la bula expedida respecto á aquel asunto por el pontífice Alejandro VII, se había verificado pocos días antes, el 22 y 23 de febrero, una solemne función religiosa á expensas del Supremo Consejo de Aragón, en el Colegio Imperial de la Compañía de Jesús, pocos años antes acabado de construir (4).

La función había sido magnífica, con asistencia del Consejo pleno y la música de la Real Capilla, que cantó romances en castellano, alusivos al objeto, cuyas agudezas al estilo conceptuoso de la época, fueron muy celebradas.

Como la fiesta era costeada por el Consejo de Aragón, encargóse el sermón á un zaragozano, el Padre Pedro Francisco, que era predicador de S. M. y tenía gran crédito de elocuente y docto, y se solemnizó por las noches con fuegos de artificio y muchas luminarias.

Entre tanto que por orden del Rey se tomaban las disposiciones dichas, inquietábase el marqués de Liche con la tardanza del paje, y haciéndole recelar la intranquila conciencia que le hubiese vendido, fuése á casa del presidente del Consejo de Hacienda don Juan de Góngora, á quien reveló el suceso, si bien alegando que su objeto no era atentar contra la vida del Monarca, sino tan sólo quemar las tramoyas teatrales de la comedia, porque habiéndole costado tanto dinero, iba á lucirse con ellas su afortunado competidor, el duque de Medina de las Torres, lo que había pretendido estorbar.

Conoció el buen presidente la gravedad del caso y no pudo menos de exclamar:

–¡Qué es lo que refiere Vuecencia! ¡Desdichado de él y de la casa de don Luis de Haro, mi señor!

Después le dijo vería si había algún remedio para ellos y con este objeto se dirigió Góngora á casa del conde de Castrillo, presidente de Castilla y tío de Liche, y le refirió la revelación de éste.

Aterrado quedó el conde, y aun cuando eran más de las once de la noche, hizo llamar al secretario del despacho don Luis de Oyangúren para que inmediatamente

(1) Bib. Nac. – [illegible]
(2) Bib. Nac. – [illegible]

(3) Según el «Catálogo cronológico de las comedias de don Pedro Calderón de la Barca» formado por el erudito don Juan Eugenio Hartzenbusch, las referidas comedias se representaron en un carnaval que no fué posterior al del mencionado año.

(4) Es el templo que hoy se conoce por *San Isidro*, cuya advocación tomó por disposición de Carlos III á la expulsión de los jesuítas. Su fábrica suntuosa terminó en 1651. Hoy, pasando por otra nueva modificación, se halla convertido en catedral de la reciente diócesis madrileña.



LOS VIGIAS, cuadro de E. Renouf, grabado por Baude (Salón de 1888)





MÚSICA Y VINO, cuadro de Francisco Vinea (grabado de Ernesto Mancastroppa)



TIRADOR SUDANÉS

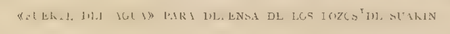


HABENDOAS PARTIDARIOS DE OSMAN DIGNA



BEDUINOS DE PROCEDENCIA BISCKARI





«FUERTE DEL AGUA» PARA DEFENSA DE LOS POZOS DE SUAKIN

CASA DE OSMAN DIGNA





VISTA DE LA PARTE NORTE DE SUAKIN

TIPOS Y VISTAS DE SUAKIN (copia de una fotografía)

diese cuenta al Rey; pero éste hizo saber al presidente que ya estaba al cabo del suceso y había dado orden de prender á Liche y llevarle al castillo de la Alameda, prisión de Estado que ya había visto dentro de sus muros, veinte años antes, al gran duque de Osuna.

Al siguiente día, entre once y doce de la mañana, fué trasladado el magnate á su prisión, desde la casa de don Juan de Góngora donde estaba, conduciéndole en uno de los coches llamados *estufas*, donde le llevaba á su izquierda el alcalde don Bernardo de Bañuelos, pasándole por las calles Mayor y de Alcalá, con gran tropel de alguaciles y arcabuceros, mirado por el vulgo con espanto y sin lástima.

Señaláronle por jueces cinco oidores del Real Consejo, que fueron el ya nombrado don Gaspar de Sobremonte, don Francisco Baños y Manzano, don Francisco de Solís, don García de Porras y don Juan de Arce.

Para más agravar el delito de lesa majestad del marqués, quisieron sus enemigos añadirle la calidad de religión, y á tal objeto avivaron la instrucción del proceso que sobre los ya mencionados hechizos del Rey, seguía la Inquisición, haciendo que se nombrase para secretario del Tribunal de los cinco oidores mencionados, al secretario mismo del temido tribunal de la Fe.

Como la terrible nota que sobre el desatentado mozo había de echar el proceso, podía alcanzar no sólo á su buen nombre, sino al de sus parientes, era grande el disgusto que padecían el conde de Castrillo y el de Monterey, tío el uno, y hermano el otro del de Liche.

Alcanzábale también no pequeño al duque de Medinaceli, con cuya hija estaba casado Liche, así que entre todos procuraban dar traza para librar en el caso lo mejor posible, y empezóse á divulgar la especie de que el marqués estaba endemoniado, añadiéndose que los médicos darían firma sobre ello.

El oidor Sobremonte pretendía, y sobre ello se hizo consulta al Monarca, que declarasen en la causa no sólo el presidente de Castilla y el de Hacienda, sino el mismo Rey.

Eleváronse á éste súplicas por la esposa del delincuente y las duquesas de Feria, Lerma, Béjar y Arcos, y por el duque de Cardona, expresando este último que pues Liche se había propuesto vengarse de su igual el duque de Medina de las Torres y no ofender al Rey, quedaba suficientemente castigado con raparle, encerrándole luego, como á loco, en el hospital del Nuncio, en Toledo.

El Rey les oyó con benignidad, aunque con entereza, y es fama que alguna vez dijo «que se holgara de que aquel desavisado mozo se hubiera fugado, porque así hubiera salvado la vida».

En efecto, el marqués intentó por dos veces escaparse, viendo que no se le trasladaba á Madrid, á pesar de que se quejaba de que le había acarreado tercianas su prisión de Carabanchel.

La segunda vez que procuró la huida, consiguió salir de la prisión disfrazado de mujer, y cuenta que aunque apuesto, era el marqués sumamente feo de rostro. Logró atravesar de aquel modo tres cuerpos de guardia, llevándole hasta la marina, donde había un navío aprestado para recibirle, embarcándole metido en una gran caja, pero la demasiada prisa que se daban á colocarla en un batel, infundió sospechas á los guardas de mar y descubierto, fué puesto á buen recaudo.

El fin de todo fué que si bien los cómplices de Liche expiaron su culpa en el suplicio, el magnate pudo librar la cabeza, merced al poderoso influjo de sus encumbrados parientes y en especial porque el rey D. Felipe IV quiso hacerle tal gracia en memoria de los servicios que en la privanza le había prestado su padre, el buen don Luis de Haro marqués del Carpio.

JULIO MONREAL

BOSQUEJOS MADRILEÑOS

EL CAFÉ IMPERIAL

Es el fénix de los cafés, ha renacido de sus cenizas, aunque con un ala rota, el ala que da á la Carrera de San Jerónimo. El comercio, explotando sus vicisitudes, le ha mutilado. Ha quedado contrahecho, pero giboso y todo se ha levantado de su postración.

Los que asistimos á su nacimiento brillante, deslumbrador, no nos explicábamos su caída. En la vida de los cafés, hay misterios como en la humana.

Parecía como que el café Imperial debía estar exento de los embates de la suerte, y que el sol de su fortuna era gemelo del de la Puerta del Sol.

Y sin embargo, durante años y años ha estado á la sombra.

En vano hacía pinitos para levantarse, adquiría una existencia galvánica por un corto espacio de tiempo, y volvía á caer en la soledad.

Doña Marta Brevé, literata y filósofa distinguida, (Q. S. G. H.) lo cual quiere decir: *Que Salió Ganando Horas*, puesto que murió de una apoplejía fulminante, me decía á propósito del café Imperial:


SALIENDO DEL BOSQUE, cuadro de A. Moore

– Le sucede como á mí, á pesar de sus atractivos no consigue atraer á la gente, como yo, no obstante mi inaudita hermosura, me he quedado para vestir imágenes.

Y en efecto, un día de Carnaval vistió de pámpanos á Pelayo del Castillo.

Lo cierto es que tan benemérito café ha sufrido tremendas peripecias, ó mejor dicho, su larga existencia ha sido una continua peripecia de adversidad.

Ha visto prosperar á todos los cafés adyacentes que al lado suyo son chiribitiles.

Ha sufrido varias invasiones de los unos y de los otros: quiero decir de los cómicos y de los toreros. Sus dueños han estado tres veces á punto de quebrar. Tres de sus camareros se han vuelto locos de inacción.

Un lustro más, como dicen los académicos, y la catástrofe era inevitable.

Pero sonó la hora de la rehabilitación en el reloj de la Puerta del Sol, una hada benéfica, el hada de la música, lo tocó con su mágica varita, y he aquí al café resplandeciente, absorbente y vivificante.

Vivificante sí, porque no sólo se ha regenerado él, sino que ha devuelto nueva vida y dado como nueva cuerda á ciertas clases que se consumían en la tristeza, á las clases de individuos pensionistas por lo civil ó por lo militar, á esas clases decentes á las que repugnan el cante flamenco, los tangos verdes y otros excesos.

Como ya no se juega á los de prendas, esas clases á que aludo, se morirían de tristeza en las largas veladas del invierno, bostezando al lado del brasero y despilfarrando luz, ó de no, tenían que irse á un café cualquiera á oir hablar de política, de tauromaquia y de otras cosas ordinarias; pero las ha llegado su San Martín, quiero decir, que han encontrado honesto recreo compatible con sus recuerdos y aficiones.

El café Imperial ha renacido y les ha hecho rejuvenecer.

Seis apreciables concertistas, pólipos de la música, unidos á un piano por la vértebra de su habilidad musical, han operado este prodigio.

Desde que esta conjunción armónica se efectuó en el comedio del café Imperial, este abandonado local se ha transformado en cielo de la música clásica española.

Y las beldades, que lo eran á mediados del siglo, los conquistadores del antiguo Capellanes, los provincianos aficionados á la Zarzuela por todo lo alto, los músicos contemporáneos de Salas y de Arrieta, y en fin todos los que quisieran retener á lo antiguo que se va, sin excluir por esto los modernos adelantos, han encontrado en el *Imperial* un oasis nocturno henchido de los espejismos de su juventud.

Desde las nueve de la noche, el antes solitario local está lleno de bote en bote, tan lleno, que siguiendo la costumbre barcelonesa, individuos y hasta familias desconocidas se sientan á una misma mesa en amigable consorcio y comunismo: es una especie de pacto sinalagmático conmutativo y musical.

Esta costumbre no ofrece allí inconveniente y sí muchas ventajas y virtudes, porque las pláticas de los concurrentes tienen forzosamente que ser decorosas y discretas.

Por eso no concurren allí ni conspiradores, ni cesantes atrasados que hablen mal del Gobierno, ni timadores que den la última mano á sus proyectadas empresas, ni militares postergados y quejumbrosos.

Allí reina por completo el Arte divino, y excluye todo lo que sea vulgar. Nadie allí compra periódicos, tanto, que los expendedores de éstos han presentado su dimisión al dueño del café. En una ocasión quiso penetrar en él el *Corbatero del Pacífico*, pero tuvo que retirarse en vista de la hostil actitud de la concurrencia.

La orquesta que allí lanza sus acordes, es de buena fe y trabaja con conciencia y á destajo. Los profesores que la constituyen se compenetran en entusiasmo con el público que les escucha. Tocan de todo, pero hay una pieza en la que echan el resto.

Cuando el potpurri ó miscelánea, ó mosaico de las zarzuelas más conocidas, se deja oir, el café entero se estremece de alegría.

Los trozos musicales van pasando como figuras de mágica linterna de recuerdos, y las antiguas beldades y los tenorios averiados sienten un soplo de juventud.

Las notas alternan con los comentarios.

¡Guerra á muerte!... Eso lo estrenó la Santa María.

Ora pro nobis – dice un chusco.

¡Estebanillo! de Oudrid. ¡Qué hombre tan simpático y tan limpio! A mí me hizo el amor.

En las astas del toro, ¿de quién es la música?

De Manuel Domínguez alias *Desperdicios*, y así sucesivamente.

Cuando la orquesta termina la pieza, resuena un aplauso frenético.

Se repite la pieza y se repite el aplauso

Es que los concurrentes se aplauden á sí propios y recuerdan con fruición sus pasados devaneos, y los innumerables niños y niñas que pululan por el café se impregnan en la buena música, y comienzan á detestar los *queos* y los *jipíos* y demás monserga flamenca.

Por eso aquello es un cenáculo de la buena música, aunque se cena poco.

Porque allí lo que se toma, es un pretexto para oir, y evocar dulces memorias.

Pero se toma tanto, aunque al menudeo, que el dueño del café se está haciendo poderoso distrayéndose, que es el mejor modo de hacer fortuna, y los camareros sacan una soldada que para mí la quisiera.

Cuando algún chulo ó chula penetra allí incautamente, siente el mismo malestar de un diablo en una pililla de agua bendita y se va con sus chulerías á otra parte.

Y á las nueve de la noche, repito que el *Imperial* es un oasis semillero de medias tostadas de abajo, ciclón de melodías que se adhieren á los líquidos y sólidos que se consumen, y hace que los temperamentos de los concurrentes se trasformen en musicales.

El café *Imperial* ha suprimido este dictado soberano, por modestia ó democracia, pero los que hemos asistido á su nacimiento siempre le llamaremos por su nombre de pila; y yo, en atención á su utilidad y recreo, me atrevo á indicar al Gobierno que le eleve á la categoría de institución nacional.

JUAN BERMÚDEZ ESCAMILLA

LOS DOS HERMANOS

De dos maridos que tuvo mi madre, nadie la oyó hablar jamás del primero, de modo que lo poco que de él he podido averiguar ha llegado á mis oídos por otro conducto. Creo que apenas hubo cumplido diez y siete años casáronla con un hombre que sólo contaba veintidós y que no bien se celebró la boda partieron los recién casados para el Cumberland en donde alquilaron una pequeña granja situada en las colinas; mas fuese porque los tiempos eran malos ó porque el joven arrendatario carecía de la necesaria experiencia, ello fué que sus negocios no marcharon como les habían hecho creer sus esperanzas y que minado por el dolor murió el infeliz muchacho tísico á la edad de veinticinco años. Mi madre se encontró, pues, viuda con la carga de un niño que apenas sabía andar y con la más grave todavía de una finca cuyo arrendamiento no expiraba hasta dentro de cuatro años. ¡Y si á lo menos esta finca hubiera dado buenos rendimientos! Pero ya he dicho que en manos del primer marido de mi madre había ido de mal en peor: los establos estaban vacíos, las epidemias habían diezmado los rebaños y las pocas reses que habían podido ser salvadas hubieron de venderse en la feria para pagar las deudas más apremiantes; el arca adolecía del mismo mal que los establos y para colmo de desdichas mi pobre madre estaba á punto de dar á luz un segundo hijo. ¡Cuán triste debió ser el primer invierno de su viudez! El país que habitaba es triste y agreste y las granjas que en él hay diseminadas distan á menudo una legua



ESTUDIO DEL NATURAL, dibujo de A. Fabrés *(Propiedad de la Excma. Diputación de Barcelona)*

unas de otras, lo cual hace imposible toda comunicación entre sus habitantes durante los rigores de la estación fría. La hermana de mi madre compadecida de su soledad fuése á vivir con ella y uniendo ambas sus esfuerzos, no dando paz á la aguja y velando las más de las noches, torturaban aquellas dos desdichadas criaturas su imaginación para hacer durar el mayor tiempo posible los schelines, á fuerza de penas ganados y economizados á costa de grandes privaciones. No sé cómo mi hermanita, á la que no pude conocer, cogió un sarampión que en una semana la llevó al sepulcro quince días antes de que viniera al mundo Gregorio. Este golpe era superior á las fuerzas de mi madre, que ni lágrimas tuvo para su hijita. Hame dicho tía Fanny muchas veces que en aquel entonces hubiera dado cuanto le quedaba en el mundo sólo porque se hubiesen humedecido los ojos de su hermana; pero la infeliz madre permaneció un día entero cabe la cuna de su niña, apretando entre las suyas las manecitas de ésta, y contemplando con terrible fijeza aquella pálida y hermosa cabecita, sin que una sola lágrima asomara á sus inmóviles párpados. Lo propio sucedió al día siguiente cuando de la vecina iglesia fueron á buscar el cadáver para darle sepultura: mi madre abrazó por vez postrera á su hija sin pronunciar una palabra y fué á sentarse al alféizar de la ventana para seguir con la vista la fúnebre comitiva compuesta de algunos vecinos, de mi tía y de un primo lejano, únicos amigos á quienes se pudo reunir para asistir á la triste ceremonia: el cortejo desfiló lentamente por un tortuoso sendero cubierto por la nieve que no había cesado de caer en toda la noche y que cual blanco manto se extendía por toda la campiña.

Al regresar del cementerio, tía Fanny encontró á su hermana sentada en el mismo lugar en que la había dejado y con los ojos secos como antes: ni una lágrima surcó sus mejillas hasta el día en que nació Gregorio, pero llegado este momento y como si de repente se hubiese abierto nuevamente en su corazón la fuente del llanto, lloró por espacio de muchos días y de muchas noches, y tanto y tan amargamente lloró, que su hermana y la mujer que con ella la velaba comenzaron á mirarse con ademán contristado y á preguntarse en voz baja qué podrían hacer para calmar á la recién parida, pero ésta les suplicó que no trataran de consolarla y procuró tranquilizarlas diciéndoles que aquellas lágrimas aliviaban á su pobre corazón, tan duramente oprimido durante tanto tiempo por la imposibilidad de llorar. Pasados unos pocos días no parecía ocuparse de otra cosa que de su tierno infante sin recordar, por lo menos así lo decía tía Fanny, al esposo y á la hija que descansaban en el cementerio de Brigham, pero como mi tía era habladora y comunicativa y su hermana, por el contrario, dada á la meditación y á la reserva, bien pudiera ser que aquélla se equivocara al interpretar como olvido el silencio de mi madre. Tía Fanny, algo mayor que su hermana, había conservado la costumbre de tratar á ésta como á una niña, lo cual no era óbice para que fuese una criatura excelente, llena de celo y de abnegación y mil veces más atenta que al suyo propio, al bienestar de su familia. En la época á que me estoy refiriendo ella era casi la única que proveía á la existencia de la pequeña comunidad con sus mezquinas rentas y con el trabajo de sus manos, pues su hermana á quien tantas lágrimas habían debilitado la vista, hallábase imposibilitada de dedicarse á los finos bordados y delicadas labores que le procuraran algunos recursos después de la muerte de su marido. Esto no obstante, era mi madre una mujer todavía joven y en opinión de cuantos la conocían, la más hermosa de todas las mujeres de diez leguas á la redonda. El debilitamiento de la vista que la impedía subvenir con su trabajo á sus propias necesidades y á las de su hijo, fué para ella una prueba terrible: en vano trataba la buena de Fanny de persuadirla de que la dirección de la granja y los cuidados que el pequeño Gregorio exigía, reclamaban todos sus instantes; la infeliz viuda no se dejaba convencer y harto veía que las cosas más indispensables escaseaban, que Fanny no comía su ración siquiera fuese de los alimentos más ordinarios y que Gregorio, niño delicado y de poco apetito, habría necesitado una alimentación más sustancial y más escogida que la que podía dársele.

Una tarde en que una de las hermanas le estaba dando á la aguja mientras la otra mecía á su niño sobre sus rodillas para hacerle dormir, Guillermo Preston, de quien soy hijo, vino á visitar á las dos solitarias. Era este sujeto considerado en el país como un solterón sobrado entrado en años para casarse, y se le creía poco ó nada dispuesto á tomar estado, pues al tiempo á que me refiero había pasado hacía algunos años de los cuarenta; era un rico propietario y se le calculaba la fortuna más redonda y más sólida de la comarca. Amigo en otra época de mi abuelo, había conocido á mi madre y á su hermana en los días prósperos de éstas. En esta primera visita que vengo narrando sentóse entre ambas, pasó largo rato dando vueltas al sombrero en sus manos, hablando poco, escuchando apenas lo que tía Fanny decía, y dirigiendo de cuando en cuando á hurtadillas miradas á mi madre. Durante las visitas sucesivas no dejó traslucir el menor indicio que pudiera explicar la asiduidad con que las visitaba, tanto, que las dos hermanas no supieron la causa de esto hasta que el rico propietario la hubo él mismo confesado. Un domingo, encaminóse mi madre á la iglesia dejando á Gregorio al cuidado de Fanny y permaneciendo en el templo más tiempo del que acostumbraba; á su regreso, en vez de entrar directamente en la cocina para besar á su hijo y saludar á su hermana, como siempre solía hacerlo, corrió á encerrarse en su cuarto en donde bien pronto la oyó sollozar tía Fanny: subir precipitadamente la escalera, llamar á la habitación de mi madre, echarle una tremenda filípica por haberse puesto en tal estado, y ordenarle que sin pérdida de momento abriera la puerta, fueron para mi tía obra de un momento. Mi madre, en cuanto hubo abierto, arrojóse anegada en llanto en brazos de su hermana, y entre sollozos le refirió que Guillermo Preston acababa de pedirle su mano, comprometiéndose solemnemente á encargarse del porvenir de Gregorio, á darle una buena educación y á asegurarle un porvenir, y que ella había consentido en ser su esposa habiéndose dado mutua palabra de casamiento. Esta noticia sorprendió no poco á tía Fanny y aun me temo que la disgustara algo: ya he dicho que en su sentir mi madre había sido sobradamente fácil en olvidar á su primer marido; pues bien, si de ello le quedaba una sombra de duda, este matrimonio tan precipitado la desvanecía por completo. Es más: tía Fanny no pudo menos de pensar que dada la edad de Guillermo Preston, mejor partido era para éste ella que esa rapaza de Elena que, aunque viuda, no contaba todavía veinticuatro años. Sin embargo, como observaba con muy buen juicio la prudente Fanny, desde el momento en que su parecer no había sido consultado por nadie, ¿por qué razón había de exponerlo? Por otra parte, este matrimonio tenía también su lado bueno; de algunos meses á aquella parte la vista de Elena se había de tal suerte debilitado que no era de esperar volviese á recobrarla y una vez esposa del rico Preston para nada la necesitaría y aun si se le antojaba podía permanecer todo el día mano sobre mano. Además, para una viuda joven y sin recursos no era chica carga un niño á quien educar, tarea para la que no era de desdeñar la autoridad de un hombre de bien y acomodado. Pensando de esta suerte tía Fanny acabó por reconciliarse de tal manera con la idea de matrimonio, que llegó á hablar de él con más frecuencia y gana que mi misma madre, la cual desde el día en que dió su palabra á Guillermo Preston no volvió á sonreir ni se atrevió, por decirlo así, á levantar los ojos del suelo. A partir de aquel momento también redobló la ternura que ya antes prodigaba no escasa á su hijo con quien sostenía animadas conversaciones cuando á solas con él se hallaba, sin calcular que el tierno infante era demasiado niño para comprender el sentido de sus plañideras palabras y para prodigarle otros consuelos que sus inocentes caricias infantiles.

El día de la boda Guillermo Preston se llevó á su mujer para hacerla dueña de su rica alquería y tía Fanny regresó á su aldea distante unas dos millas escasas de la nueva morada de su hermana.

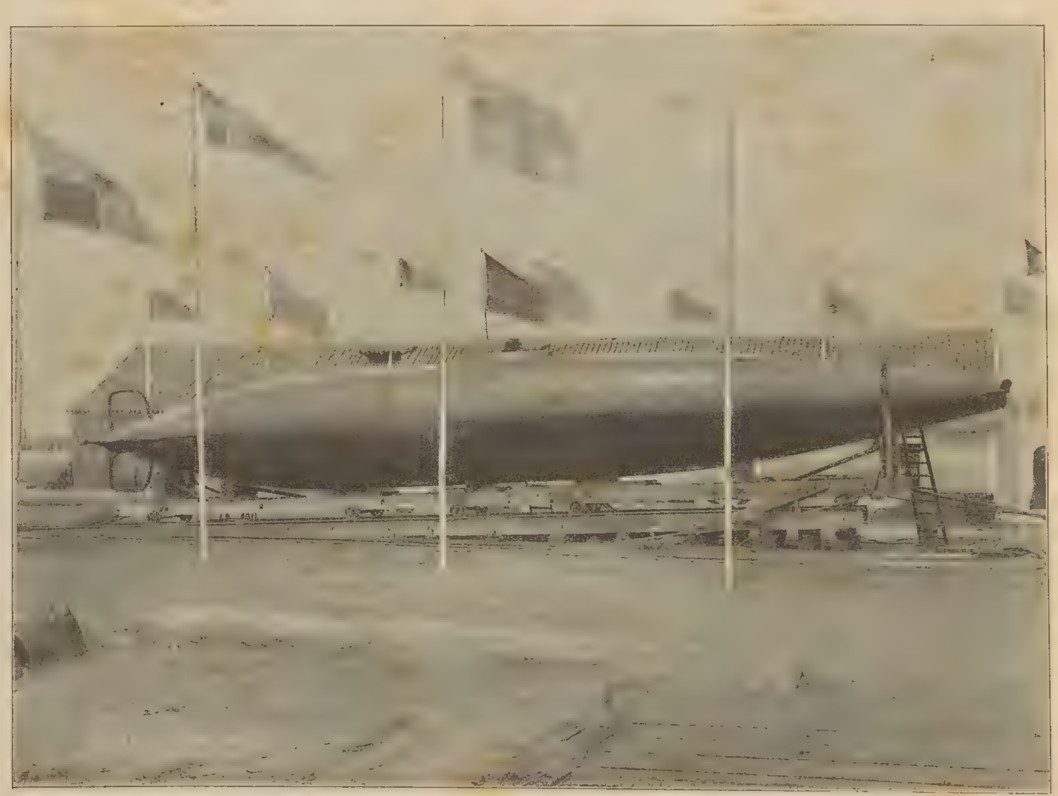
Tengo la íntima convicción de que mi madre hizo cuanto pudo por hacer feliz á mi padre á quien mil veces he oído decir que no había conocido otra mujer más respetuosa, más sumisa, ni más esclava de sus deberes; pero no amaba á su marido, el cual no tardó en darse de ello cuenta. Todo su cariño era para Gregorio: quizás el tiempo hubiera hecho nacer el amor si Guillermo Preston hubiese sabido esperar, mas éste no podía ver sin indignarse cómo la sangre acudía á las mejillas de Elena y cómo brillaban sus ojos apenas Gregorio se acercaba á ella, mientras que para él, para el marido de quien ella y su hijo dependían sólo tenía sumisión y respeto, dulces sí pero glaciales. Poco á poco mi padre llegó á echar en cara á su mujer el cariño que por Gregorio sentía y á concebir contra éste una invencible aversión. Celoso hasta la injusticia de este afecto que como fresco y abundante manantial brotaba de aquel corazón, seco para él, hubiese que-

rido que su esposa le amara más, y en esto sus deseos eran legítimos, pero quería que dejara de amar al niño y en esto aparecía poco razonable y sobrado cruel. Un día, exasperado, agriado su carácter desde hacía mucho tiempo, y devorado por la tristeza, mi padre se abandonó á su resentimiento enfadándose con Gregorio no sé por qué motivo; mi madre salió en seguida á la defensa de su hijo y mi padre en el colmo de la desesperación exclamó que era ya bastante alimentar y educar al hijo de un extraño para tener que sufrir encima que la propia esposa lo defendiera contra él y autorizara todas sus travesuras. Las disputas se envenenaron, la discordia se agravó y mi madre cayó enferma: en tan tristes días vine yo al mundo, llenando mi nacimiento á mi padre de alegría y de orgullo pero al propio tiempo de tristeza. Alegre y orgulloso de tener un hijo, apenábale el estado en que veía á mi pobre madre y al cual le había llevado él con su acceso de cólera. Era mi padre, sin embargo, de los que prefieren enfadarse á arrepentirse y de los que no gustan de reconocer y confesar sus culpas, así es que no tardó en echar sobre Gregorio la parte odiosa de todo lo ocurrido y de aquí que mi prematuro nacimiento fuera un nuevo motivo de agravio de Guillermo Preston contra mi infortunado hermano, agravio al cual se unió muy pronto otro más grave. Desde el punto y hora de mi nacimiento fué mi madre presa de mortal languidez; mi padre llamó á los más famosos médicos del condado y costa de su vida y de su fortuna hubiera querido el pobre hombre salvar á su esposa, si la salvación de ésta hubiese podido comprarse con sangre ó con dinero. ¡Pero en vano! Algunas veces he oído contar á tía Fanny que mi madre, cansada de la vida, habíase dejado morir lentamente por no querer hacer un esfuerzo para seguir viviendo: no obstante, siempre que la he obligado á hablar, la buena mujer ha convenido en que su hermana cumplió todas las prescripciones de los médicos con aquella sumisión resignada de que daba pruebas en todas las circunstancias de su vida. Un día, fué su última súplica, pidió que le llevaran á la cama á Gregorio y cuando lo tuvo á su lado tomó mi mano diminuta y la puso en la de Gregorio. Mi padre entró en aquel momento en el cuarto y viendo que á ambos nos miraba dulce y enternecida, se inclinó hacia ella, le preguntó cómo se sentía y echó al mismo tiempo sobre los dos tiernos hermanastros una mirada llena de grave benevolencia: entonces mi madre, sorprendiendo en su rostro esa expresión de bondad atrevióse á levantar los ojos y á enviarle una sonrisa ¡casi la primera que dirigía á su marido! ¡Y qué sonrisa! ¡Cuán dulce y agradecida! dice tía Fanny deteniéndose siempre en este punto cada vez que relata la escena. Una hora después, mi madre había dejado de existir.

Fanny se instaló en la granja de mi padre; esto era lo mejor que podía suceder en aquellas circunstancias, pues si bien el viudo hubiera deseado volver á su antigua vida de soltero, la carga de los dos chiquillos hacía necesaria en la casa la presencia de una mujer y esto sentado ¿quién más á propósito para ello que la hermana de mi madre? Tía Fanny me tomó, pues, á su cargo desde que nací y como durante mucho tiempo me crié débil y enfermizo, no se apartó noche y día de mi cuna. Tanto como á ella inspiraba cuidado mi salud á mi padre: trescientos años hacía que la finca que ocupaba se venía trasmitiendo de padres á hijos, de modo que aunque no por otra cosa la simple consideración de ser yo el vástago destinado á heredar su patrimonio hubiera sido bastante á los ojos de Guillermo Preston para estimar en mucho mi existencia. Pero para él era yo algo más que un heredero: aquel hombre severo é inflexible con todo el mundo necesitaba, sin embargo, algo en que depositar su cariño y ese algo fuí yo, como lo hubiera sido indudablemente mi madre si en la vida de ésta no hubiese habido un pasado que excitara sus celos. Por lo que á mí hace correspondíle con igual afecto; sí, le quería y quería á cuantos me rodeaban porque todos rivalizaban en demostrarme cariño y deferencias. Con los años desapareció la debilidad de mi complexión y acabé por ser un mozo apuesto y robusto: no había quien al verme no se detuviera para decirme algo halagüeño y cuando mi padre me llevaba á la feria parecíanle pocos cuantos requiebros se me dirigían.

(Continuará)

D. Isaac Peral, *inventor del barco submarino que lleva su nombre*



Vista exterior del submarino PERAL (reproducción fotográfica.)

Barcelona. - Imp. de Montaner y Simón

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 25 DE FEBRERO DE 1889 — NUM. 374

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

CARNAVAL



SIN MÁSCARA, cuadro de Fortunski

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

SIN MÁSCARA, cuadro de Fortunski

El autor de este cuadro podrá ser hijo de los países del Norte; pero el tipo elegido por él y que, á juzgar por su perfecta ejecución, debe haberle inspirado, en demasía quizas, es propio de una región en que, como en Italia ó España, abundan esas morenas, de ojos negros y brillantes, que cubierto el rostro con un aterciopelado antifaz tan negro como ellos, excitan vivísimos deseos de contemplar su rostro libre de tan molesto velo, y después de haberlos satisfecho casi hacen arrepentirse de ello, no por haber hecho sufrir una amarga decepción, sino, antes al contrario, por la indeleble impresión que causan en el corazón de todo amante de la belleza y de la gracia.

Muchos de nuestros lectores se habrán encontrado en este caso en algún baile de máscaras, y a ellos apelamos para que confirmen nuestro aserto.

En cuanto á la obra en sí, se recomienda por el vigor del claro oscuro, por la acertada y picaresca expresión de la fisonomía, propia del momento en que se supone colocada la figura y por la valentía de los toques, todo lo cual revela en Fortunski un artista no vulgar.

EN LA CAMPIÑA DE ROMA, cuadro de A. Braith

La campiña de Roma, considerada en el sentido más lato, comprende la dilatada llanura que se extiende entre los montes Albanos, los Volscos y el mar hasta Terracina, y el valle del Sacco, río que desagua en el Garellano. Dada esta extensión, la campiña tiene 185 kilómetros de largo por 70 de ancho. En tiempo de los antiguos romanos, la campiña estaba adornada con magníficas quintas y jardines, y notables monumentos. Las devastaciones incesantes llevadas á cabo por las invasiones de los barbaros y las muchas guerras de que ha sido teatro Italia, redujeron poco a poco la antes animada campiña á un desierto, y cuantos esfuerzos han hecho después los papas para devolverle su antiguo esplendor, las desecaciones, canalizaciones y colonizaciones, no han bastado para ello, y aun hoy día, en un espacio de muchos kilómetros en torno de Roma, no se encuentran ciudades, pueblos, ni aldeas. Mesones solitarios, caseríos diseminados, ruinas de acueductos, castillos y mausoleos, estacadas que cierran los terrenos de los pastos acotados, vagabundas manadas de bueyes semisalvajes, con pastores armados de una larga pica, indolentes arrieros que guían macilentas recuas de mulas o asnos, polvo y aridez y alguna que otra planta desmedrada, tal es el aspecto actual de aquella región, cobijada por el más hermoso cielo de Italia

Perfectísima idea de estas condiciones de la campiña da el cuadro de Anton Braith que reproducimos. Ese harapiento *contadino*, tendido mas bien que montado sobre un jumento, esos cuadrúpedos que se abrevan después de una fatigosa marcha, las cabras que buscan la escasa sombra de un pequeño ribazo para preservarse de los ardores de un sol abrasador, la carreta que en segundo término aparece rodeada de ese polvo tórrido que seca las fauces, las ruinas que se ven en lontananza, y todo el ambiente, en fin, estan impregnados de un colorido tan local que permite facilmente comprender las condiciones de la comarca y demuestran que el artista es un maestro consumado en el dibujo y en la aplicacion del color.

UNA CONSULTA, cuadro de F. Mestres

(Exposición Parés)

La mejor descripción y juicio que podemos hacer de este cuadro esreproducir la opinion formada acerca de él por uno de nuestros críticos de arte y que vió la luz pública en un periodico de esta capital, cuando este lienzo se expuso en casa de Parés. Dice así:

«Colocado en el sitio preferente del Salon Parés, llama la atención esta semana un precioso cuadro del señor Mestres, joven artista, discípulo de esta Escuela de Bellas Artes, que no ha cumplido aún la edad de diez y siete años. Representa el cuadro una consulta en un despacho. Dos caballeros estan conferenciando con una verdad de expresión y con una naturalidad superiores a todo encarecimiento. Aquellas figuritas respiran y se mueven, y para aumentar el efecto y las dificultades de ejecución, el joven artista no ha titubeado en pintarlas presentandose por oscuro, a causa de recibir la luz de una ventana del fondo. Los pormenores, pintados con una exactitud extraordinaria y con efectos admirables de luz, contribuyen á aumentar la ilusion que produce el cuadro. La mesa y los objetos puestos encima de ella sobresalen por su verdad, así como también la ventana y patio contiguo, en los que la luz esta superiormente interpretada. El cuadro de que hablamos es la primera obra formal del señor Mestres, que inaugura así brillantemente su carrera artística, empezandola por donde concluyen artistas de mucho talento.»

UN COLOQUIO, cuadro de Mauricio Leloir

En realidad no debiera darse tal título á este cuadro, porque el coloquio supone por lo menos dos interlocutores, mientras que en él parece llevar única y exclusivamente la palabra el solícito veterano, cuyas frases no deben hacer gran mella en el animo de su compañera á juzgar por el desvío y hasta aburrimiento que expresa toda su actitud. Coloquios como el presente son los más á propósito para desanimar al más empedernido amador, aunque este amador sea un militar avezado á ser constante y tenaz en toda clase de asedios.

El cuadro de Leloir ha merecido el aplauso de los inteligentes por la expresiva naturalidad de sus dos figuras, así como por la irreprochable verdad de los trajes, propios hasta en sus menores detalles de la época en que el autor supone la escena, y en tales conceptos creemos oportuno ofrecerlo á la contemplacion de nuestros favorecedores

LOS PINTORES NÓMADAS

Uno de los hechos más curiosos, que registra la historia de la pintura holandesa en el siglo XVII, es la existencia en Italia de una colonia de artistas, procedentes de las orillas del Meuse y del Escalda, que semejantes á verdaderos bohemios, recorrían el país sin rumbo determinado, empleando su talento, ya en reproducir con diestro pincel las diversas escenas y paisajes que encontraban á su paso, ya en llevar á cabo las hazañas más truhanescas que pudieran imaginarse, en granjas, tabernas y mesones.

De vez en cuando la banda se dirigía hacia Roma, y establecía sus reales, en alguna *trattoria* conocida de la gente de buen humor, que acudía gustosa á fraternizar con aquellos extranjeros, tan corrientes y tan amigos de los *ravioli*, y el *Lacrima Cristi*. Llegado el momento de emprender sus trabajos, los holandeses encaminaban sus pasos, no hacia los puntos de la Ciudad Eterna famosos por sus monumentos; no hacia las iglesias y monasterios, rico tesoro de las mejores producciones del arte italiano; no hacia los palacios de los potentados y los príncipes, que encerraban en sus galerías maravillas de todo género, no; los pintores nómadas buscaban algún rincón agreste y pintoresco de la campiña romana; un prado donde pacían algunas cabras; un charco medio oculto entre juncos y espadañas, abrevadero de vacas y acémilas; una choza adosada á un ribazo y rodeada de matorrales. La naturaleza en una palabra, éste era el objetivo de aquellos artistas, que por ella, y por admirarla y reproducirla en las diversas y encantadoras fases que presenta bajo el ardiente sol italiano, cabe las pintorescas riberas del Pó, las risueñas del Arno ó las majestuosas del Tíber, habían abandonado las pantanosas llanuras de su patria, sin más equipaje que su entusiasmo y los útiles de la profesión. Por esta causa los artistas de que tratamos, preferían por ejemplo, el estudio de un grupo de árboles iluminados por el sol naciente, al del Apolo del Belvedere; y se entusiasmaban reproduciendo los mendigos romanos y los *lazzaroni* napolitanos, tan típicos en sus fisonomías y tan ricos en harapos pintorescos, mientras veían indiferentes las Logias del Vaticano y los frescos de la Capilla Sixtina.

Eran pues los artistas nómadas, pintores realistas, entusiastas de la naturaleza, para la que guardaban toda su admiración siguiendo la tradición constante de las escuelas de los Países Bajos poco propensas á divagar por las esferas del idealismo. Así no es de extrañar que la pintura de escenas populares y de paisajes tomados del natural, fuese desdeñosamente mirada por los artistas entonces más en moda, tales como el Albano, Furini, Josepino etc. que vivían en una atmósfera viciada de rafaelismo anémico, cuando no de afectación insípida precursora de la terrible decadencia del siglo XVIII.

El pueblo italiano, influído por el arte clásico, que por todas partes le rodeaba, y que ya en siglos anteriores le había hecho despreciar el arte ojival, tampoco hacía gran estima de aquellos cuadros á los que bautizó con el título de *bambochadas;* ya quisiera significar con ello que no merecían más consideración que el de simples *bamboccios*, ó monigotes, ya fuera porque el jefe de los neerlandeses llevaba este mote, gracias á su grotesca figura, que era juzgada por tan ridícula como sus obras

Hora es ya de que dejando las apreciaciones críticas sobre el género de obras realizadas por los pintores nómadas, dediquemos varios párrafos á describir la especial existencia que les valió aquel epíteto, y demos á conocer algunos de los personajes más típicos de la errante cofradía.

Según los datos que nos suministran escritores contemporáneos, y de tiempos posteriores, la compañía ambulante de artistas que nos ocupa, no era muy numerosa y pocas veces se encontraba reunida. Sus individuos recorrían la Italia en todas direcciones, provistos de los útiles necesarios para su trabajo, sentando sus reales en los sitios que llamaban su atención, especialmente en las cercanías de ciudades de alguna importancia. En este caso instalados en una casa de campo, posada ó albergue de cualquier género, trasladaban al lienzo las escenas ó paisajes que más les agradaban y que luego vendían á módico precio, entre los aficionados que atraídos por la voz pública acudían á ver trabajar á aquellos vagabundos. El dinero adquirido de tal suerte, gastábase alegremente en la taberna más inmediata, y en ella el artista triscaba con las campesinas y los pastores que tal vez momentos antes le habían servido de modelos. Como suele suceder á menudo en Italia, á los brindis seguía la música y si la ocasión era á propósito el baile; la escena se animaba, la algazara y el bullicio llegaban á su apogeo y entonces el promovedor de tal reunión, sacaba los lapices y enriquecía su cartera con preciosos apuntes, que guardaba cuidadosamente como base de sus futuros cuadros. Cuéntase que solía acontecer, sobre todo cuando eran varios los artistas que viajaban de tal modo, que estas francachelas degeneraban en verdaderas orgías, y hasta asegura un escritor, que se dió el caso de que los flemáticos holandeses, excitados por el abuso de los vinos del país, é instigados por Pedro Bamboche, arrojaran al Tiber á cierta autoridad que les recordó las prohibiciones vigentes en los Estados Pontificios sobre el uso de la carne en determinados días del año: pero esto si no es una anécdota apócrifa, no pasa de ser un hecho aislado, y todos los historiadores de Bellas Artes que han tratado de estos personajes convienen en que si bien su conducta era bastante desordenada, viviendo como verdaderos bohemios vagabundos, alegres y bromistas, nunca fué temible su encuentro ni deshonraron con actos criminales el buen nombre de que siempre han disfrutado los habitantes de los Países Bajos

Al frente de esta sociedad merecía figurar como fundador y figuraba en efecto por su talento y excentricidad de carácter, el famoso Pedro de Laer, denominado el *Bamboche*, nacido en 1613 en una aldehuela de Holanda cuyo nombre usaba á guisa de apellido.

Era Pedro en lo físico el tipo más extravagante que darse pueda, pues dotado de unas piernas excesivamente largas, su cuerpo no llegaba al volumen ordinario en el hombre, y en cambio la cabeza tenía un tamaño desmesuradamente grande. Estas imperfecciones no le quitaban el buen humor; al contrario, Laer, que tocaba el violín á las mil maravillas, no perdonaba fiesta popular en que lucir su habilidad musical con gran contentamiento de la plebe que celebraba sus dichos y agudezas.

Discípulo en su patria de un tal Juan del Campo, artista desconocido, cuyo nombre parece indicar un origen español, Pedro de Laer permaneció largo tiempo en Italia, y sólo cuando las enfermedades que acompañan á la vejez le advirtieron que era ya tiempo de dejar la vida de aventuras, fué cuando regresó á Harlem para concluir sus días en la casa de su hermano en 1673.

La manera de pintar de Bamboche, era bastante original, pues necesitaba antes pasar largo rato meditando y tocando el violín, pero una vez concebida la idea, cogía los pinceles y con extraordinaria rapidez concluía una de sus preciosas bambochadas representando escenas de ferias, mercados y tabernas, bailes y bodas de gentes de baja condición; ataques de bandidos etc., etc., todo ello bien compuesto y pintado con un color cálido y luminoso, realzado por un toque franco; cualidades que hacen estimadísimas sus obras entre los inteligentes.

Refieren los biógrafos infinidad de historietas referentes á Laer, que demuestran que si bien era excelente artista, era al propio tiempo hombre de poca formalidad y amante sobre todo de bromas y algazaras, motivo por el cual se le consideraba en Roma, como digno jefe de los pintores aventureros.

Indudablemente esta existencia tan singular y azarosa debía ofrecer grandes encantos para aquellos hombres y buena prueba de ello nos ofrece la historia de Karel Dujardin, conocido entre sus compañeros de profesión con el mote de *Barba de chivo*.

Dujardin, natural de Amsterdam en cuya ciudad vió la luz en 1635, fué á Italia en juvenil edad á completar sus estudios. En Roma encontróse con sus paisanos, y pronto su carácter franco y abierto, le granjeó un lugar distinguido entre ellos. Aunque su pincel le proporcionaba bastantes recursos, gastaba tan desordenadamente, que el número de sus acreedores llegó á ser formidable, y para escapar á su persecución, decidió regresar á su patria efectuando el viaje como verdadero artista nómada. En efecto pintando paisajes unas veces y otras retratando á los labriegos, posaderos y alguno que otro hidalgo de lugar, llegó hasta los alrededores de Lión. Su estrella le condujo á la hostería de Mad. Baucis, viuda de edad madura y que aun conservaba algún resto de su pasada belleza, la cual recibió al pintor con singular amabilidad. Dujardin encantado de tan buena acogida, no sólo disfrutó por bastante tiempo de las delicias de la bien provista bodega de Mad. Baucis y de los primores culinarios de su cocinera, sino que alentado por la bondad de la viuda pidióle una fuerte suma que le fué entregada desde luego. Todo marchaba á las mil maravillas y Karel apenas se acordaba ya del objetivo de su viaje, cuando una mañana presentóle un curial la cuenta de los gastos causados en la hostería, que arrojaba una suma capaz de infundir pavor al artista más esforzado, y como si esto no fuese bastante le exigió además la devolución de la cantidad prestada por Mad. Baucis. Dujardin anonadado por tal petición ofreció, según costumbre, saldar el débito con su pincel, mas la taimada viuda negóse á admitir tales proposiciones. Protestó el holandés de su pobreza, y prometió pagar dentro de breve plazo; Mad. Baucis fué inexorable, é insistió en la inmediata satisfacción de la deuda; ó de lo contrario avisó al pintor que se dispusiera á ser encerrado en la cárcel hasta que cumpliera su obligación, lo cual equivalía casi á ser condenado á prisión perpetua. Juraba y perjuraba el pobre Barba de chivo al verse cogido en aquel lazo, y sabe Dios cómo hubiera terminado el lance, cuando de pronto la viuda le hizo una proposición que le dejó estupefacto. Mad. Baucis á cambio del perdón de la deuda le brindó su mano, y con ella toda su fortuna que ascendía á una cantidad respetable. Comprendió Dujardin las tristes consecuencias que para él tendría una negativa y aceptó la oferta poniendo por únicas condiciones las de que la posada sería vendida y el matrimonio trasladaría su residencia á Holanda. Accedió á ello de buen grado la astuta mujer, y por fin pudo Karel continuar su viaje hacia la patria, pero no ya solo, despeado, harapiento y con la caja de pinturas al hombro, sino sobre buena cabalgadura, seguido de regular equipaje, y llevando á la grupa á su esposa radiante de satisfacción.

En Amsterdam establecióse el matrimonio en una bonita casa á orillas de un canal y por algún tiempo pareció que Barba de chivo había olvidado por completo á las buenas mozas trasteverinas, y á los camaradas, con los que había corrido tantas aventuras. Pero un día que Karel se hallaba á la puerta de su casa, acertó á pasar por el canal un barco que conducía un viajero. Era este un compinche de Dujardin llamado Reinst que partía para Italia. Al oir pronunciar este nombre el marido de la ex-posadera, no pudo contener los impulsos de su corazón, y en zapatillas y sin más equipaje que una bolsa bien provista que por casualidad llevaba encima se trasladó al barco, y pocos momentos después los dos amigos perdían de vista la morada del pintor. En vano su desolada esposa le buscó por todas partes, Karel la había abandonado para siempre.

Llegado á Roma, Bamboche que en su calidad de presidente tenía la misión de reunir á los errantes miembros de la corporación, convocó á los compatriotas para celebrar la vuelta al redil de aquella oveja descarriada y tantos excesos se cometieron con tal motivo que Karel contrajo una enfermedad, que andando el tiempo le ocasionó la muerte en Venecia.

Análogas aventuras pudiéramos referir de otros pintores nómadas, mas para nuestro objeto basta con lo dicho, pues por ello puede comprenderse la original manera de ser de los personajes que nos ocupan.

La estancia en Italia de los pintores neerlandeses, de género, no dejó de tener bastante influencia en el terreno pictórico, pues al terminar el siglo XVII, cuando Flandes y Holanda dejaron de tener importancia en el mundo del arte y la decadencia comenzó á hacerse general, un grupo bastante numeroso de artistas italianos se dedicó á cultivar con éxito aquellas bambochadas, que tanto habían despreciado pocos años antes y que no eran otra cosa que el germen de la pintura impresionista de nuestros días.

Juzgados imparcialmente los cuadros de aquellos aventureros sin llegar á la altura de los de Hobbema, Ruysdael, Poter y Van Ostade, constituyen á pesar de ello una de las páginas brillantes de la pintura holandesa; Pedro de Laer, Karel Dujardin, Berghem, A. Both, Swanevelt, Pinacker, Glauber, etc., ocupan un lugar distinguido entre los buenos pintores; y los amantes de lo bello se disputan hoy á fuerza de oro aquellos lienzos vendidos en vida de sus autores por unos cuantos escudos; porque sin dejar de reconocer que el grande arte representado por genios como Miguel Angel, Rafael, Ticiano y Leonardo de Vinci, es digno de ocupar el primer puesto en el mundo pictórico, no cabe negar sin notoria injusticia, que la pintura de género, cuando llena las condiciones exigidas por una estética racional, y es expresión de las bellezas que encierran la naturaleza y la humanidad, es digna de figurar al lado de la que tiene como objeto principal materializar la belleza de las ideas, sentida por la fantasía artística.

A. DANVILA JALDERO.

LOS DOS HERMANOS

(Conclusión)

En casa era yo el Benjamín de mi tía, el predilecto de mi padre, el favorito de los antiguos criados, el amo para los jornaleros y mozos de labranza delante de los cuales dábame cierto aire de autoridad que de fijo no dejaría de ser ridícula.

Gregorio contaba tres años más que yo, y tía Fanny mostrábase con él bondadosa así en sus palabras como en sus actos, pero la costumbre por ella adquirida durante los primeros años de mi vida, de no pensar más que en mí y de subordinarlo todo á mi interés, no le dejaba apenas tiempo de ocuparse de mi hermano. En cuanto á mi padre nunca logró vencer la aversión que sentía hacia el niño, que aunque inocentemente, le disputara el corazón de mi madre y aun tengo motivos para creer que le hacía sin razón responsable de la prematura muerte de su esposa y de la debilidad corporal de mis primeros años: de aquí que en vez de combatir la antipatía que le dominaba, considerara como un deber – por injusto que esto parezca – fomentarla. Esto no obstante, por nada del mundo hubiera Guillermo Preston negado á su hijastro cuanto necesitara y cuanto con dinero pudiera adquirirse, pues esto constituía una cláusula por él aceptada al contraer matrimonio, y era él hombre demasiado honrado para faltar á la palabra empeñada.

Era Gregorio un muchacho torpe, tímido y desgraciado en todo cuanto emprendía: bastaba que se ocupara en una cosa para que esta saliera al revés, y cuando tal sucedía ¡qué de reprensiones, qué de amargos sarcasmos le enderezaban las gentes de la granja, sin esperar á que mi padre volviera la espalda para molestarle y amenazarle! El rubor de la vergüenza empaña mis mejillas siempre que recuerdo que sobrado dispuesto á identificarme con el espíritu que en la casa reinaba, no sentía el menor escrúpulo en tratar con altanería á mi pobre hermano huérfano. Es verdad que nunca le rechacé de mi lado y que jamás me permití poner la mano sobre él, pero la costumbre de ser tratado con toda suerte de preferencias hacíame insolente y me llevaba á veces á exigir de Gregorio más de lo que éste buenamente podía darme: es más, sus negativas me irritaban de tal suerte que no vacilaba en repetir las expresiones de desprecio que oía á los demás lanzar sobre él y cuyo alcance no comprendía por completo. ¿Lo comprendería él mejor que yo? Temo que sí, porque en tales ocasiones quedábase sombrío y silencioso. Entonces mi padre le tachaba de solapado y testarudo, mientras mi tía Fanny creyendo defenderle achacábalo todo no á malicia sino á tontería. A fuerza de oirse llamar obstinado y malicioso acabó Gregorio por serlo en efecto: durante horas enteras se le veía sentado junto al hogar con la cabeza entre las manos, ajeno á cuanto á su lado sucedía, sin despegar los labios ni levantar los ojos que tenía constantemente fijos en el suelo. Si estando así se le antojaba á mi padre darle alguna orden, fuerza le era repetirla tres ó cuatro veces.

Lo que acontecía antes en casa sucedió después en la escuela á que juntos concurríamos: nunca pudo conseguirse de Gregorio que aprendiese una lección, hasta el punto de que el maestro, harto ya de reñirle inútilmente y de pegarle sin obtener enmienda, aconsejó á mi padre que lo sacara de las aulas y le dedicara á un oficio manual al alcance de su limitada inteligencia. Este nuevo golpe volvió á Gregorio más taciturno y más torpe todavía de lo que era. Y sin embargo no había malicia en él: paciente y servicial en extremo, hubiera cogido el cielo con las manos por complacer al mismo que minutos antes le maltratara, pero era tan poco mañoso y tan mala suerte le acompañaba en todo lo que emprendía, que pocas veces dejaban de resultar perjudiciales sus mismos esfuerzos por hacerse útil.

A lo que parece, era yo un estudiante inteligente; por lo menos todo eran para mí estímulos y felicitaciones y aun el dómine de nuestro pueblo pretendía que de mi madera se hacían los sabios, pero mi padre, que sólo había recibido una instrucción elemental, creía innecesaria mayor ciencia y poniendo en práctica sus teorías sobre el particular, sacóme de la escuela prematuramente y me dedicó á las labores de la granja.

Habíase pensado en hacer á Gregorio pastor y para adiestrarle en el oficio pusiéronle bajo la dirección del viejo Tobías á quien sus muchos años empezaban ya á debilitar la actividad. Tobías fué el primero en formar buen concepto de Gregorio y aseguraba á cuantos querían oirle que el muchacho tenía su lado bueno algo velado por la rudeza de su exterior y que nadie le aventajaba en toda la parroquia en encontrar los senderos y atajos de las montañas en medio de las más espesas brumas. En vano trataba mi padre de arrancar de Tobías quejas acerca de la tontería y obstinación de Gregorio; el anciano pastor no se dejaba nunca coger en el lazo y en cuanto comprendía á dónde iba á parar su amo redoblaba sus alabanzas en loor del huérfano.

Tenía yo diez y seis años y contaba por consiguiente Gregorio diez y nueve cuando, cierto día de invierno, me envió mi padre á una aldea vecina para arreglar un asunto: distaba ésta cuatro leguas de nuestra granja siguiendo la carretera real, pero tomando el atajo que cruzaba por la montaña podía ahorrarse una hora larga de camino. «Ve por el camino que quieras, – díjome mi padre, – pero vuelve por la carretera, pues en este tiempo oscurece más de prisa de lo que uno cree y además levántanse á menudo densas nieblas.» A esta advertencia de mi padre añadió el viejo Tobías, á quien una parálisis tenía postrado en el lecho, la profecía de que amenazaba una tormenta.

No tardé mucho en llegar á mi destino y tanta prisa me dí en arreglar mis asuntos que acabé mi trabajo una hora antes de lo que había supuesto mi padre; y creyéndome, por lo mismo, dueño de escoger el camino que más me pluguiera, eché por los senderos de la montaña cuando empezaba á declinar la tarde. El cielo estaba cargado de nubes y sombrío, pero como el viento no se dejaba sentir todavía, reinaba á mi alrededor profundo silencio. Convencido de que la tempestad que se preparaba me dejaría tiempo antes de que estallara de llegar á mi casa, púseme en marcha caminando á buen paso. En pleno día la dirección del camino aparecía perfectamente distinta, pues aunque en muchos puntos varios senderos muy parecidos iban á parar á un mismo sitio, no faltaba una roca, un macizo de árboles ó un declive del terreno conocidos que permitieran orientarse; pero cerrada la noche y aquella había venido prematuramente, hacíase imposible distinguir tales objetos. Esto no obstante, arméme de valor y en la primer encrucijada que encontré seguí por el sendero que yo creía bueno; pero no tardé en notar que me había equivocado cuando me ví en un sitio sin árboles, pantanoso, solitario, agreste á donde parecía no haber llegado nunca un ser viviente á turbar el silencio que reinaba en este terrible desierto. Traté de dar voces con la esperanza de ser oído ó quizás mejor para tranquilizarme con el sonido de mi propia voz, pero ésta, al resonar en medio de aquellas soledades y tinieblas, no hizo más que aumentar mi espanto. De repente sentí caer sobre mi rostro y sobre mis manos abundantes copos de nieve; entonces acabé de desorientarme por completo y ni siquiera logré dar con el sendero que allí me había conducido desapareciendo con ello hasta la esperanza de volver á mi punto de partida. La nieve caía cada vez más espesa y más rápidamente y las tinieblas adquirían tal densidad que parecía que con la mano podía tocárselas. El pantanoso suelo que pisaba se hundía bajo mis pies apenas me quedaba inmóvil: avanzar hubiera sido exponerme á mayores peligros. Mi temeridad juvenil me abandonó y sentí que el llanto iba á asomar á mis ojos: un sentimiento de vergüenza contuvo mis lágrimas y para evitarlas púseme á gritar con todas mis fuerzas, ¡gritos terribles, llenos de angustia, pues aquel trance era para mí de vida ó muerte! Por un instante contuve hasta el aliento con la esperanza de oir algo que á mis voces respondiera, pero ¡nada, nada más que el eco reproduciendo mis gritos; nada más que la despiadada nieve cada vez más abundante! Sentíme dominado por una mortal languidez, por un sueño invencible y sin embargo traté aun de seguir avanzando, aunque sin arriesgarme demasiado lejos por miedo á los precipicios tan frecuentes en aquella parte de las montañas. De cuando en cuando me detenía y lanzaba un nuevo grito ahogado por las lágrimas que me arrancaba la idea de la muerte terrible y solitaria que me amenazaba. Mi familia reunida alrededor del hogar ¡cuán lejos debía estar de imaginarse el peligro que en aquel momento yo corría! ¡De cuánto luto llenaría mi muerte el corazón de mi pobre padre! ¡Y tía Fanny! ¡Qué triste recompensa de los cuidados que me había prodigado! Toda mi vida se me representaba como vago y conmovedor ensueño; las diversas escenas de mis años juveniles desfilaban ante mis ojos arrasados en llanto como vagas y dulces visiones. En el último transporte de desesperación producido por todos estos recuerdos de mi corta existencia, reuní todas las fuerzas que me quedaban para articular un último grito prolongado, dolorido, desesperado. No esperaba más respuesta que la que me devolvieran con débil acento los ecos del monte, pero ¡cuál no sería mi asombro al oir otro grito también prolongado, dolorido y salvaje, tan salvaje que apoderándose de mí un terror supersticioso creí haber oído la voz de uno de esos genios maléficos de la montaña de los cuales tantas cosas fabulosas había escuchado contar en las veladas de invierno cabe el hogar de la granja! Mi corazón, sin embargo, volvió á latir fuerte y precipitadamente y por espacio de uno ó dos minutos me fué imposible seguir gritando, pues el terror ahogaba los sonidos en mi garganta. Entonces oí los ladridos de un perro. ¡Dios eterno! ¿sería, por ventura, el ladrido de Finette, la perra de mi pobre hermano, animal feo al que mi padre largaba un puntapié cada vez que á su lado lo encontraba para demostrarle el aborrecimiento que por él sentía tanto á causa de sus defectos, cuanto porque pertenecía á Gregorio? Cuando tal sucedía, éste llamaba silbando á su perra y con ella iba á sentarse en el campo. En una ó dos ocasiones en que el puntapié, más fuerte que de costumbre, había arrancado al pobre animal un prolongado y triste aullido, mi padre, avergonzado de su propia brutalidad, había desahogado su mal humor en Gregorio echándole en cara su torpeza por no saber adiestrar ni siquiera á un perro y diciéndole que su estúpida costumbre de permitirle que se tendiera sobre el fogón de la cocina sería causa algún día de que se perdiera sin remedio el mejor perro de la cristiandad. A todo esto nada respondía Gregorio: su mirada vaga se perdía en el espacio y ajeno á cuanto le decían quedaba sumido en taciturno silencio.

¡Otra vez, otra vez el ladrido! Sí, era la voz de Finette, no cabía duda. ¡Ahora ó nunca! Hice un esfuerzo supremo y con toda la fuerza de mis pulmones grité: «¡Finette, aquí; Finette aquí, por amor de Dios!» No habían transcurrido diez segundos cuando el pobre animal se encontraba ya á mi lado, restregando contra mis piernas su hocico blanco y caliente, corriendo y saltando á mi alrededor, levantando de cuando en cuando la cabeza para fijar en mí los ojos inteligentes y espantados como si temiera ser recibida á golpes ¡Oh, nada temas, pobre animal! Llorando de alegría caí de rodillas para acariciar á Finette; mi espíritu embotado y debilitado como mi cuerpo no se hallaba en estado de raciocinar, pero el instinto me decía que el auxilio se acercaba y en efecto una forma humana, al principio confusa, se destacaba cada vez más clara al través de la densa niebla.

Era Gregorio envuelto en su manta de pastor. ¡Gregorio! exclamé y le abracé con efusión sin poder articular una palabra más. Después de unos momentos de silencio me exhortó á que reuniera todas mis fuerzas para emprender la marcha de la que, según él, dependía nuestra vida. Era preciso, á ser posible, encontrar el camino de la granja, pero de todos modos hacíase necesario ponernos en movimiento para no quedarnos helados.

– ¡Qué! ¿tampoco tú sabes el camino? exclamé.

– Creía saberlo cuando salí de casa, pero ahora temo haberme extraviado: la nieve me ciega y me parece haber perdido el sendero que conduce á la granja.

Llevaba en la mano su bastón con punta de hierro del que se servía para sondear el terreno, de modo que apretados el uno al otro podíamos ir avanzando sin gran peligro. Por otra parte, convencido de que dada nuestra crítica situación nadie mejor podía servirnos de guía que el buen instinto de Finette, abandonóse por completo á la dirección de esta, pero la oscuridad era tan grande que no nos dejaba ver á un palmo de distancia, así es que Gregorio se veía obligado á llamar continuamente á su perro para ver qué dirección tomaba para volver á nosotros y encaminar nuestros pasos por este lado. La lentitud con que caminábamos helaba mi sangre: todas las fibras, todos los músculos de mi cuerpo se ponían en tensión dolorosa, se hinchaban luego y acababan por paralizarse. Mi hermano, acostumbrado á vivir en la montaña, resistía el frío mejor que yo y sólo despegaba los labios para llamar á Finette: en cuanto á mí á pesar de que quería aparentar entereza y de que no exhalaba la menor queja, sentíame dominado por un sueño mortal que como losa de plomo se dejaba sentir sobre todos mis miembros.

– ¡No puedo más! – dije con voz apagada á mi hermano.

Y recuerdo que rebelándome contra lo que entonces se me antojaba inaudita barbarie, declaré resueltamente que quería dormir aunque no fuera más que cinco minutos; y en realidad érame preciso dormir aun á costa de mi vida.

Gregorio se detuvo: sin duda reconocía en mí esta fase del sufrimiento que produce la intensidad del frío.

– En efecto, sería inútil seguir adelante, – dijo como si hablara consigo mismo: – tan lejos estamos de casa ahora como cuando empezamos á andar; nuestra única esperanza de salvación está en Finette. ¡Ea, muchacho! envuélvete en esta manta y acuéstate al abrigo de esta roca por donde no sopla el viento: voy á echarme á tu lado y á procurar hacerte entrar en calor. Pero dime, antes de dormirte, ¿no tienes ningún objeto que en casa puedan reconocerte como tuyo?

Me molestaba lo que no es decible su insistencia en retardar el instante de entregarme á un sueño reparador, pero sus instancias eran tan vivas que maquinalmente saqué del bolsillo un pañuelo de muy vistoso dibujo que pocos días antes me bordara tía Fanny. Gregorio me lo arrancó de las manos y atándolo al cuello de Finette dijo á ésta:

– ¡Corre, Finette, corre á casa!



EN LA CAMPIÑA DE ROMA, cuadro de A. Braith

Y la perra dando un salto desapareció como una flecha.
¡Al fin podía acostarme! ¡Al fin me era dado dormir! En medio del invencible sopor que paralizaba mis movimientos, sentía vagamente como mi hermano me abrigaba cuidadosamente ¿con qué? No lo sabía ni pretendía averiguarlo: mi aletargamiento y el egoísmo que en aquel momento me dominaba me impedían reflexionar y razonar, que á no ser por esto bien se me hubiera alcanzado que en aquel desierto no era posible aumentar mi abrigo sino despojándose Gregorio del que cubría sus ateridos miembros. Por fin sentí con placer que cesaba de arroparme y que se tendía á mi lado cogiéndome una mano entre las suyas, y diciéndome:

– Tú no puedes acordarte de ello porque eras demasiado pequeño, pero así era como estábamos al lado de nuestra pobre madre el día de su muerte; así puso tu diminuta manecita en la mía. Ahora nos ve y quizás muy pronto estaremos á su lado. En fin ¡hágase la voluntad de Dios!

– ¡Gregorio mío! – exclamé acercándome á él para calentar un poco mis miembros con el contacto del calor de los suyos Mi pobre hermano siguió hablando siempre de nuestra madre hasta que rendido por el sueño dejé de percibir el eco de su dulce voz.

Un instante después (á mí me parecía un instante) despertóme el ruido de muchas voces: multitud de personas se agitaban á mi alrededor y por mis venas circulaba un calorcito delicioso: encontrábame en la granja, acostado en mi excelente cama. A Dios gracias la primera palabra que pronunciaron mis labios fué ¡Gregorio!

Los que me rodeaban cambiaron entre sí miradas extrañas y el rostro de mi padre se contrajo por efecto del esfuerzo que solía hacer cuando quería conservar en su rígida fisonomía su expresión de impasibilidad ordinaria: sus labios se estremecieron y en sus ojos ví asomar lágrimas que nunca había visto brillar en sus párpados.

– ¡Le hubiera dado la mitad de mi fortuna y le hubiera bendecido como á mi propio hijo! ¡Dios mío! Hubiérame prosternado á sus pies para pedirle perdón por la dureza con que siempre le había tratado!

Y no pude oir más; sentí invadido mi cerebro por un torbellino que parecía arrastrarme á la tumba.

Muchas semanas tardé en darme nuevamente cuenta de lo que á mi alrededor pasaba: mi padre había encanecido durante mi enfermedad y sus manos temblaban cada vez que fijaba en mí sus ojos.

Ni volvimos á hablar de Gregorio, ni era posible que lo hiciéramos después de todo lo ocurrido por más que su recuerdo estaba siempre fijo en la mente de todos. Finette iba de un lado á otro sin que nadie se atreviera á molestarla en lo más mínimo y cuando mi padre alargaba la mano para acariciarla el pobre animal asustado y equivocado acerca de la intención que ese movimiento suponía, se escapaba á todo correr y el pobre anciano aterrado por este involuntario reproche lanzaba un hondo suspiro y permanecía largo rato silencioso y taciturno.

Tía Fanny, como siempre habladora, contóme la historia de aquella noche fatal. Mi padre exasperado por mi larga ausencia y quizás más angustiado de lo que quería aparentar, mostróse hacia Gregorio más imperioso y más duro que de costumbre, llegando hasta echarle en cara la pobreza de su padre y su propia torpeza que le hacía inepto para todo y le constituía en gravosa carga de los que le amparaban. Tanto y tanto le dijo que Gregorio se levantó y encaminó á la puerta después de haber silbado á la pobre Finette que permanecía acurrucada debajo de la silla de su amo por miedo de que el mal humor reinante se tradujera para ella en algún mal golpe. Un momento antes mi padre y mi tía habían cambiado algunas palabras sobre mi tardanza. Cuando esto me relataba decíame tía Fanny que más tarde se le había ocurrido que Gregorio, viendo que la tempestad amenazaba estallar de un momento á otro, había salido para ir á mi encuentro. Tres horas después, cuando mi prolongada ausencia había infundido terror y puesto en desorden á todos los de la casa, cuando todos se apresuraban á volar en mi auxilio sin saber hacia dónde buscarme y sin que nadie hubiese advertido la desaparición de Gregorio, ¡pobre, pobre hermano mío! presentóse de repente Finette mostrando el pañuelo que llevaba atado al cuello. Todo el mundo le reconoció y comprendiendo lo ocurrido las gentes de la granja salieron en mi busca llevando el uno unas parihuelas, el otro mantas, un tercero aguardiente y, en una palabra, todo cuanto en aquellos instantes se creyó que podía serme necesario. Púsose en marcha la comitiva y al fin me encontraron dormido y todavía vivo debajo de la roca donde me había colocado Gregorio y á donde el perro de éste condujo á mis salvadores. Estaba yo envuelto en la manta de mi hermano y cubría mis pies su tosco sayal de pastor, mientras él permanecía á mi lado en mangas de camisa, rodeando con uno de sus brazos mi cuello y estampada en su semblante una dulce sonrisa, una de las pocas que en él se habían dibujado durante el curso de su triste existencia.

Las últimas palabras que pronunció mi padre fueron:

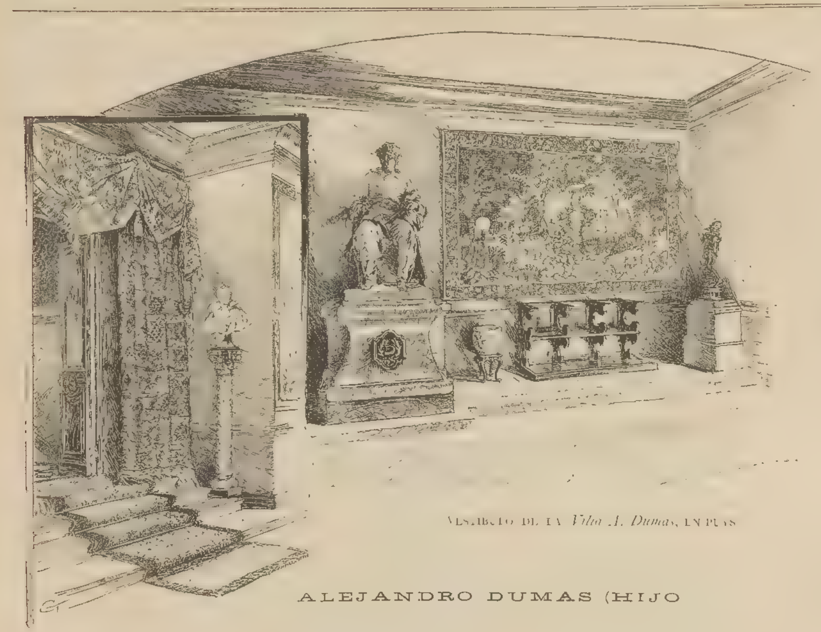
– ¡Que Dios perdone mi dureza de corazón para con el desdichado huérfano!

Pero una cosa demostró todavía mejor su arrepentimiento, si se tiene en cuenta la ardorosa pasión que por mi madre había sentido, y fué un pequeño escrito que después de su muerte hallamos en su pupitre; en él encargaba se le enterrara al pie de la tumba en que descansaba su esposa y que unos años antes había sido abierta para depositar en ella las cenizas del infortunado Gregorio.

M. A.



UNA CONSULTA, cuadro de F. Mestres (Exposición Parés)



VESTÍBULO DE LA *Villa A. Dumas*, EN PUYS

ALEJANDRO DUMAS (HIJO

Voy á decir al parecer una atrocidad, pero no es sino muy cierto: Alejandro Dumas no es conocido. No, el hombre (porque ya comprenderéis que hablo del hombre) no es conocido de la multitud, y todavía se le conoce mal generalmente; más aún, muchos que no lo han tratado ni siquiera visto, ó que lo han visto por casualidad, pero que no saben ellos ni yo porqué sienten particular fruición en juzgarlo duramente, acogen para propalarlas sin cosa de escrúpulo las estúpidas calumnias inspiradas por el odio, ó por la ingratitud, ó por la envidia, que forman su leyenda.

Verdad es que esta leyenda muy rara vez lo ha afectado; pero yo que varias ocasiones he podido ver el fondo del hombre; yo que amo y distingo á este hombre porque es bueno, generoso y sencillo, he sentido más de una vez enojo y despecho al oir que se le acusa ahora de orgulloso, ahora de avaro ó envidioso por personas que no lo han tratado ó que juzgan á su manera la independencia del corazón.

¡Ah! si Dumas quisiera vengarse ¡cuántos engreídos que le muerden y pretenden desgarrar su reputación con negra ingratitud, se verían obligados á meterse otra vez debajo de tierra! Por fortuna para ellos, Dumas tiene el desdén y la piedad de los fuertes.

Si se le mira y observa bien, se ve sin esfuerzo que toda su persona respira la fuerza y el sentimiento neto que obtiene de esta fuerza física y moral. Es uno de los pocos hombres que realizan á la moderna el antiguo ideal del *mens sana in corpore sano:* su estatura alta, recta, como inflexible, sus hombros amplios, sus maneras nobles. Su mirada es franca siempre directa; sus ojos de un color azul claro, azul de acero, espejo de un alma de temple excepcional. ¿Son estas maneras, esta mirada, y añado esa palabra brillante y fría, son estas cualidades las que han acreditado la leyenda de un Dumas orgulloso y malo? ¿Es acaso la aparente fiereza de su filosofía de las pasiones del amor? filosofía harto misericordiosa en *M. Alfonso* y en *Dionisia*, en las *Ideas de Madama Aubray* y en la *Dama de las Camelias;* implacable solamente cuando se trata de luchar contra el *Bruto*, por el amor verdadero, por la familia y por el honor.

Los que tienen el derecho de hablar de Dumas, sus allegados, sus familiares, os dirán todos como yo, que ese afortunado y glorioso hijo de un dramaturgo y novelista de genio, con quien siempre fué respetuoso y tierno, hasta cuando hubo de venir á ser en cierto modo el padre de aquel padre, es un hombre excelente, pero que desde muy temprano tuvo que prevenirse contra la necedad y la bajeza, hizo juramento de no ser nunca víctima de la una ni de la otra y se atrajo por esta noble y viril resolución el odio de muchos; odio tanto más violento, cuanto que siempre ha sido, es y será siempre estúpido é impotente.

«Nacido de un error,» sufrió mucho por este mismo error, como su Clemenceau, durante toda su infancia, que fué en el colegio de Próspero Goubau un continuo martirio. «Estuve para morir, escribe el mismo Dumas. No crecía, me aniquilaba. No tenía gusto para el estudio ni para el juego. Sólo me recogía, me replegaba en mí mismo, adquiriendo así el hábito de reflexión, de observación que había de aprovecharme y garantirme más tarde.»

Luego, el ejemplo de su padre, del buen coloso pródigo, que derramaba en una corte de malignos y sobre Dánaes de contrabando el oro que ganaba con un trabajo sin tregua; este ejemplo fué para él una enseñanza nueva y decisiva, que fortaleciendo sus nacientes facultades de observador, lo arma para las luchas de la vida de una voluntad firme y sagaz que andando el tiempo debía ser invencible.

Tuvo sin duda un período de abandono, de juventud hasta desordenada. «Después de haber sufrido tanto, dice el hombre ilustre, no pretendía más que divertirme en la misma proporción.»

Su padre, que apenas le llevaba veinte años de edad, hizo de él su compañero, y «henos ya de marcha, añade el autor de la *Mujer de Claudio*, tras los placeres del mundo, de todos los mundos.» Este período de su vida es aquel en que conoció y amó á la Dama de las Camelias, ó más exactamente á María Duplessis, porque la denominación de *Dama de las Camelias* es de invención del poeta.

También en aquel tiempo hubo de encontrar á la mujer de nombre misterioso, cuyo recuerdo vive para él en la *Diana de Lis*.

Y el Dumas de aquella época es el que su padre tuvo cuidado de representar en una página de un color maravilloso, mostrándolo á la vez, «activo y perezoso, goloso y sobrio, económico y pródigo, desconfiado y crédulo, cándido y pícaro, de palabra fría y de mano pronta; siempre dispuesto á robarme la caja, como Valerio, y á batirse por mí como el Cid Campeador. Por otra parte, posee el estro más espontáneo, más arrebatador y obstinado que he visto jamás fluir de los labios de un joven; estro que á la manera de una llama mal encerrada se escapa incesantemente así en la melancolía como en la agitación, en la calma como en el peligro, en las situaciones alegres como en las tristes. Fuera de esto, monta audazmente á caballo, maneja muy bien las armas, la espada, la pistola, la escopeta, y baila de una manera superior todas las danzas de carácter que se han introducido en Francia desde la muerte de la inglesa y la agonía de la gavota.»

Pero bajo estas frívolas apariencias, aquel Dumas ocultaba un hombre, que su padre no veía: el futuro autor del *Medio Mundo* y del *Hijo natural*, el moralista dramático, audaz, profundo, completamente original, que iba á renovar la escena y cuya obra es hoy á mi ver, bajo diferentes puntos de vista, la primera de la segunda mitad del siglo.

Divirtiéndose almacenaba lo que pretenciosamente han llamado *documentos humanos;* término de escuela que designa una cosa muy vieja, como quiera que en todos tiempos los maestros pintores de la naturaleza humana se han tomado el trabajo de observarla; sino que les parecía con razón que no valía la pena de que se hablara de ello. Observar antes de pintar; esto cae de su propio peso y no hay necesidad de decirlo

Ahora bien, el alegre y gentil mozo, que orgulloso del nombre de su padre y sin pensar todavía en ilustrar el suyo, paseaba en los gabinetes particulares y entre bastidores su cara de mosquetero; el Alejandro de María Duplessis y de Guimoud y de Adriani, se preparaba, sin pensar en ello, oyendo y mirando, á hacer entrar en nuestra literatura algunos *documentos* más; y no sólo sabía ya ver, oir y retener, sino que también sabía pensar, en busca de una solución para los problemas que hacía surgir en su inteligencia el estudio de la mujer en medios ó circunstancias diversas, y particularmente de la *prostituta*.

Un nuevo *yo* germinaba en él; el yo del confesor y director laico, á quien íbamos á ser deudores de un teatro enteramente nuevo, enteramente consagrado al estudio de las relaciones entre el hombre y la mujer; teatro igualmente nuevo por los procedimientos, que se anunció luego al punto con esa obra del genio de la *Dama de las Camelias*, como la revolución más fausta del siglo, bajo el punto de vista de la acción dramática.

Creo haber probado en un estudio relativamente reciente, publicado por la *Nouvelle Revue*, que estimaba á Enrique Becque, y no he dejado de estimarlo. Nada ha podido debilitar mi admiración á los *Cuervos* y á la *Parisiense;* ni aun ciertos escritos en que el elogio continuo y por lo mismo abrumador, llega á la idolatría por su misma hipérbole.

Lo que me enoja es que se pretenda aparentar en estas páginas demasiado sonoras que se ignora la existencia de Alejandro Dumas, hijo.

El creador de la comedia seria contemporánea, el dramaturgo, que, sin imitar á nadie en un drama sin ejemplo, escribe á una edad en que no hay artista completa-



LA GALERÍA DE CUADROS



EL SALÓN

mente emancipado, mata á Scribe y con la mayor ingenuidad hace por su arte lo que Balzac había hecho por la novela; el admirable sicólogo del *Amigo de las Mujeres* y de una *Visita de Bodas;* ese hombre ilustre vive por su propio derecho. No se intenta rebajarlo, porque sería preciso nombrarlo, y se toma el partido de pasar en silencio su nombre, que como saben todos es de mediana importancia.

Treinta años hace, y aun algo más, que se habla de Dumas, hijo, y yo no creo que haya llegado, ni aun que se acerque siquiera, la hora del justo olvido prometido á su obra por algunos *jóvenes*, que secretamente lo admiran acaso.

El fué, recordadlo bien, él fué quien puso á Emilio Augier en la vía que buscaba hacía ocho años. Emilio Augier hacía piezas en verso, divagando de imitación en imitación, medio romántico, medio clásico, nueva esperanza de la escuela del Buen Sentido. Era neo griego, arcadio y notario, con mucho talento; pero ¿se hubiera podido sospechar que iría de la *Cigüe*, ó del *Joueur de Flûte* á piezas comparables, ya al *Mariage d'Olimpe*, ya á los *Lionnes pauvres*? Sin duda hubiera acabado por desembarazarse y corregirse; pero Dumas fué quien de una vez lo reveló á si mismo.

No llega uno á hacerse autor dramático; el autor dramático nace. Buena prueba es de esta verdad Jorge Sand, que estimó tanto á Dumas, porque en él encontraba en un grado maravilloso estas aptitudes naturales, estas dotes que no se adquieren: la ciencia del relieve, el instinto de la perspectiva, en fin la fuerza. Llamábalo *querido hijo;* y como Dumas merecía su admiración, le pagó su cariño ayudando, favoreciendo su genio, demasiado sencillo ordinariamente para el teatro, á conocer en fin en él la alegría de un triunfo.

Algún día diré la verdad completa sobre el *Marqués de Villemer;* verdad que hace honor así al *hijo querido* como á su *buena madre*. La gratitud del uno fué efectivamente igual al absoluto desinterés de la otra.

Esto me trae de la mano á mi comienzo, y por terminar como empecé, tomo del mismo Jorge Sand estas líneas, de las que no es más que una paráfrasis mi principio.

«Adoro á las personas rectas, tranquilas, serenas y fuertes que tienen la inteligencia en perfecta armonía con su organización. Pero es cosa muy rara.»

Y esto es lo que yo también, como ella, admiro y aplaudo sinceramente en Alejandro Dumas, hijo.

Leopoldo Lacour

CANTANTES

Para las personas observadoras que viven ó que han vivido algunas temporadas en el campo, no es novedad este descubrimiento:

Hay artistas de canto en los pájaros y entre los animales de otras razas.

Voces de tenor, de barítono, de bajo; de tiple, de contralto, de «mezzo soprano» y otras de corista de ambos sexos

Porque la voz de corista, en estos tiempos, no suele ser voz definida, particularmente la voz de señora del cuerpo de coros.

Son voces convencionales de artistas en piernas, que lo mismo pueden parecer de tiple absoluta que contralto constitucional.

En el campo hay artistas espontáneos.

El ruiseñor es el Gayarre de las enramadas, el tenor rural que no admite comparaciones.

El jilguero es un tenorino de zarzuela moderna.

El canario es uno de los altri tenori, para proporcionar descanso al primero, que es el ruiseñor.

Las golondrinas son tiples apasionadas, tiples dramáticas.

El mochuelo, tenor cómico, por horas.

La lechuza es la característica de zarzuela.

En otra compañía el gallo es el tenor, el grillo la tiple aguda.

El pollino es uno de los seres peor apreciados en sociedad.

Se entiende el pollino pobre, porque el asno en buena posición vive halagado por sus contemporáneos.

El pollino, entre otras muchas condiciones excelentes, posee la voz de bajo sin mistificaciones.

Hay poetas que hablan ó escriben del canto del gallo.

Ninguno se ocupa en elogiar el canto del pollino.

Ingratitud manifiesta.

Porque el hombre debe al borrico sin número de consideraciones por sus actos, consignados en la historia.

El perro es otro artista de nacimiento.

En Nueva York, donde tantos sucesos extraordinarios registra la prensa, organizó un profesor de canto un coro de perros.

El faldero era la tiple; el bull-dog el barítono; el mastín bajo cantante; el podenco, caricato; varias perras de lanas eran contraltos y mezzo sopranos.

Cantaban el repertorio de Bellini, Donizetti, Rossini, Verdi; algo de Wagner y la música clásica de Mozart y de Mendelsohn.

Un príncipe extranjero se enamoró de una tiple y la robó para dedicarla á la caza, después de intentar inútilmente comprársela al director.

– Yo no vendo á mis artistas, – replicó el propietario.

La prensa dió cuenta del rapto.

En los Estados Unidos ocurren cosas muy raras.

El cerdo posee también voz, pero no afina.

He oído á varios de ellos cantar el miserere del *Trovador*, en sus postrimerías.

El gato, que parece indiferente para el arte musical, en una temporada del año «se arranca por lo flamenco» y luce sus facultades vocales.

Para los recitados es una especialidad

El loro es refractario al arte; estúpido por naturaleza y plagiario, nada tiene suyo: ni la música ni la letra.

Canta lo que oye y habla lo que le enseñan.

Como en los bosques de España aun no hay leones, ni tigres, ni panteras, porque los ejemplares que hay andan por poblado, no conocemos sus facultades artísticas.

Los poetas cantan con frecuencia esa armonía que llega á sus oídos en el campo, en las noches del estío, para ellos siempre estrelladas como los huevos.

Para disfrutar de esas armonías es preciso poseer oído privilegiado.

Así se encuentra armonía y cantantes en todas partes.

Porque como hay ejemplares de personas sin olfato, los hay de personas sin oído artístico.

Un chico á quien me recomendaron, intentó declararse crítico musical, recién venido.

La primera noche que fué al teatro de la Opera, preguntó:



QUINTA DE ALEJANDRO DUMAS EN PUYS

– ¿Quién es el tenor?

Y le respondieron, indicándole á Uetam:

– Ese.

– ¡Caramba! – exclamó, – parece algo oscuro para tenor.



EL GABINETE DE TRABAJO



UN COLOQUIO cuadro de Mauricio Leloir

– Nada de eso, – le replicó un guasón, – hay tenores más y menos brillantes; algunos que parecen bajos, como ese, aunque como ese hay pocos, créalo V. ¿Un bajo qué es? un tenor rebajado como el vino, ó un tenor en lastre; ¿y un tenor? pues un bajo á quien le sacan punta.

El arte vocal está muy extendido.

Donde menos se piensa aparece un cantante ó una vocal.

Eduardo de Palacio

NOTICIAS VARIAS

El primer cable telefónico submarino. – Parece ser que entre Buenos Aires y Montevideo, á través de la embocadura del río de la Plata, va á establecerse el primer cable telefónico submarino. De construcción especial, permitirá telegrafiar y telefonar simultáneamente por los mismos hilos en una longitud de 50 kilómetros á través de la bahía, que por otra parte, no tiene grandes profundidades. El establecimiento de este cable entre la República Argentina y el Uruguay se ha emprendido por Ocampo, de Buenos Aires, en colaboración de los ingenieros belgas M. M. Mourlon, que han expedido ya todo el material.

***

Aventuras de un reloj. – *La Revista de los joyeros* ha reproducido la siguiente noticia de un antiguo periódico inglés: En diciembre de 1787, algunas personas que pescaban en el Támesis cogieron un lobo marino. Por la poca resistencia que hizo en el momento de su captura, conocieron que el monstruo estaba enfermo ó medio muerto. Lo sacaron á la orilla, lo abrieron y se le encontró en el estómago un reloj de plata con su cadena, una sortija de granate y muchos cabos de galón de oro. Estos objetos hicieron presumir que habían pertenecido á un oficial que, habiendo caido al mar, fué devorado por el animal, suposición muy luego confirmada. El reloj llevaba la inscripción siguiente: «Henry Waston, London, número 1369.» Se acudió á casa del relojero, el cual examinó sus libros y vió que dos años antes había vendido aquel reloj á un tal Thompson, habitante en el East-End. Este Thompson conoció el reloj y manifestó que se lo había regalado á su hijo para su primer viaje por mar.

Sentadas estas premisas, en breve se adquirió la certeza de que el joven oficial había desaparecido una noche, á nueve millas de Falmouth. Creíase generalmente que había desertado mientras estaba de guardia, siendo así que cayó sin duda al agua y el escualo lo devoró. Este animal había podido digerir el hombre, pero no el metal.

LA MUERTE POR LA ELECTRICIDAD

(Experimento en el laboratorio de Mr. Edison en Orange)

Las acciones fisiológicas de la electricidad, tan numerosas y tan poco conocidas todavía, no han empezado verdaderamente á desempeñar cierto papel hasta el momento del descubrimiento de los fenómenos de inducción; pero este papel ha ido creciendo de un modo tan terrible como fúnebre, pues habiendo tenido principio por una distracción, la electricidad sirve ya para hacer pasar de la vida á la muerte á los sentenciados á la última pena en el Estado de Nueva-York.

Con este objeto se han hecho ensayos preliminares en ciertos animales, en el laboratorio que el insigne Edison tiene en Orange, bajo la dirección de M. Harold P. Brown. Después de matar eléctricamente dos novillos, se hizo la prueba con un caballo de 590 kilógramos de peso, estableciendo las comunicaciones representadas en nuestro grabado: su resistencia entre electrodos ó sea ambos polos de la pila era de 11,000 ohms. La potencial media era de unos 50 volts, pero la rotura del voltámetro no permitía apreciar esta fuerza electromotriz sino por el brillo más ó menos intenso de una serie de lámparas de incandescencia montadas en derivación en los dos conductores. Se cerró el circuito con un simple martillazo, es decir, durante un momento de duración casi inapreciable; el animal pareció no experimentar ningún efecto de esta corriente tan rápidamente pasajera; é igual resultado dieron las que duraron cinco y quince segundos; hasta que por fin se aplicó una fuerza electromotriz media total de 700 volts, por espacio de veinticinco segundos. Durante este experimento se desprendía vapor de los electrodos, lo cual indicaba un contacto insuficiente. La muerte fué entonces instantánea.



LA MUERTE POR LA ELECTRICIDAD. – Experimento en el laboratorio de Mr. Edison en Orange

Para enlazar los hilos á las patas del caballo, se le untaron de una pasta húmeda alrededor de la cual se enrollaron aquellos.

Ahora es cuestión de continuar las pruebas, matando un animal más grande, un elefante; á cuyo efecto se ha elegido el elefante *Chief*, el mayor de todos los conocidos en el Estado de Nueva-York, cuyo cuadrúpedo se ha vuelto tan malo y peligroso, que se ha resuelto darle muerte.

Barcelona. – Imp. de Montaner y Simón

LA ILUSTRACION ARTÍSTICA

AÑO VIII — BARCELONA 4 DE MARZO DE 1889 — NUM. 375



1.er PREMIO: SRTA. JENNY COOPER, DE VIENA



2.° PREMIO: SRTA. CONSTANZA RUSCONI, DE RÍMINI



3.° PREMIO: RACHEL VERDIER, DE PARÍS

CONCURSO DE BELLEZAS, EN TURIN, según fotografías de Mr. Schemboche

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

CONCURSO DE BELLEZAS EN TURÍN

Esta clase de certámenes van formando parte obligada de todas las fiestas, y unas veces por reclamo de empresarios de casinos, y otras á modo de nuevo atractivo que rompa la monotonía de los programas de aquellas, empiezan á generalizarse. Abrió la marcha Viena, siguió Spa, últimamente Turín, y ya se anuncian en Niza, París y algún otro punto.

Sin embargo, sucede con estos concursos lo que con la generalidad de las exposiciones: si lo que se exhibe no ofrece algo de sobresaliente, se toca un resultado contrario, y lo que por su originalidad ó novedad debía llamar la atención, se convierte en objeto de burla ó de censura.

Algo de esto ha sucedido en el reciente certamen de belleza de Turín, en el cual la mayoría de las espectadoras valían más por esta cualidad que las mujeres premiadas. A pesar de esto, y cumpliendo con nuestro deber de satisfacer la natural curiosidad de nuestras lectoras y aun de muchos de los lectores, ofrecemos los retratos de las jóvenes que han obtenido los primeros premios. Son éstas la señorita Jenny Cooper, de Viena, rubia, esbelta, de ojos encantadores, muy elegante y de hermosura aristocrática. La segunda es la señora Constanza Rusconi, tipo de la verdadera belleza romañola, morena, gruesa, de magníficos ojos negros y fisonomía llena de vida y de expresión. Es la tercera una parisiense, Mlle. Rachel Verdier, en cuyos rasgos fisionómicos se advierte esa delicadeza de líneas de las mujeres francesas de distinción.

Veremos si el próximo concurso de París, que debe celebrarse en abril próximo, ofrece á los amantes de la belleza en la mujer tipos como los que tan perplejo tuvieron á Páris antes de resolverse á otorgar la manzana de oro.

PRIMAVERA, cuadro de Estefanía de Strechine

Este lindísimo paisaje, tomado en los alrededores de Munich, es obra de una señorita rusa de Odesa, Estefanía de Strechine, que actualmente se perfecciona en su arte en la capital de Baviera y ocupa ya entre los paisajistas de ambos sexos de aquel centro artístico un puesto muy honroso. Su especialidad son los paisajes llenos de luz y colorido, y en cuanto el grabado puede dar idea de una obra pictórica y del genio y especialidad del artista, es ciertamente el que insertamos una reproducción feliz del cuadro original de la joven rusa.

ENTRADA EN NUREMBERG del señor feudal Hans Schuttensamen, ahorcado en 1472

Nadie ignora que durante las épocas más calamitosas y bárbaras de la Edad media, los nobles representantes del feudalismo eran unos verdaderos soberanos en sus respectivos territorios. Los innumerables señores de horca y cuchillo de Alemania y aun de Francia, solían dedicarse, ora por distracción, ora por necesidad, al bandolerismo, cometían mil atrocidades y cuando podían, incendiaban y saqueaban aldeas y aun pequeñas ciudades amuralladas, y los carros y galeras de los comerciantes habían de ir escoltados por tropas mercenarias y muchas veces por uno de aquellos mismos caballeros forajidos y hambrientos con su gente armada. A veces se armaban los vecinos de las ciudades para dar una batida, tomaban, si podían, y destruían algún castillo, ahorcaban al caballero y á su gente ó los quemaban dentro de su fortificada madriguera para lograr así algún tiempo de reposo, siempre corto.

El cuadro de K. Weigand, pintor alemán é hijo de Nuremberg, representa la entrada en esta ciudad de la fuerza ciudadana que conduce preso á uno de aquellos bandoleros de ilustre prosapia, terror de la comarca, con algunos de los suyos, al noble Schüttensamen, que pagó sus tropelías con la vida.

Las aficiones retrospectivas de los alemanes en general, y además el ser el autor del cuadro hijo de Nuremberg donde todavía abundan callejas, edificios, costumbres é innumerables recuerdos de la Edad media y del «Sacro Imperio germánico romano,» hacen que este cuadro sea la imagen exacta de uno de los episodios de aquella agitada época y de sus tipos más salientes.

UN PERCANCE, dibujo de O. Mendez Bringas

Creemos que nuestros lectores contemplarán con gusto este trabajo del joven y estudioso artista Sr. Mendez Bringas, trabajo que aunque por su asunto sencillo exime de toda descripción, pues harto lo comprenderá el que examine las figuras agrupadas en él, avalora las dotes de dicho artista y es una nueva y hermosa página de esas escenas de la vida común con que procuramos amenizar las de nuestro periódico.

RECELO. – ¡SÁLVESE EL QUE PUEDA! dibujos de Stanley Berkeley

A pesar de la característica gravedad inglesa, los dibujantes de la Gran Bretaña sobresalen en los asuntos humorísticos. Díganlo si no el *Punch* y otros periódicos satíricos que han adquirido justificada fama por sus chispeantes caricaturas.

Los dibujos que hoy insertamos, reproducción sin duda de algún episodio presenciado por el autor, no dejan de tener gracia. Ese perro, que con marcado recelo arrebata un ánade á presencia del espantajo colocado para ahuyentar á los pájaros, y que confiado ya en el buen éxito de su criminal tentativa, tiene que soltar su presa y escapar lleno de pánico cuando un golpe de viento agita con violencia al espantajo y le arranca el apabullado sombrero cual proyectil asestado contra el doméstico ladrón, no debe ser un ratero ideal, sino más bien un can adiestrado en la caza, que se apodera de las piezas donde quiera que las encuentra, y esta costumbre ha dado pie á Stanley Berkeley para trazar con tanta destreza como naturalidad las escenas de que seguramente ha sido testigo.

Los lances que diariamente presenciamos en esta vida son graves unos, otros ridículos; y como los artistas son más dados á inspirarse en los primeros que en los segundos, debemos agradecimiento á los que dedican su talento y aptitudes á la reproducción de escenas divertidas, siquiera por lo que distraen nuestro ánimo con su contemplación.

EN EL RESTAURANT, dibujo tomado del natural por R. Taylor

Este dibujo debido al célebre dibujante inglés, parece más bien que tal, una reproducción fotográfica instantánea á juzgar por la expresión de las tres figuras que en él campean, cuyo mérito nos ha inclinado á publicarlo en las páginas de la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA considerando que lo verán con agrado nuestros suscritores.

SUPLEMENTO ARTISTICO

SANTA CECILIA, cuadro de F. Augusto Kaulbach

El escepticismo de la civilización moderna ha podido encontrar defectos en las tradiciones y leyendas de los héroes de una comunidad religiosa en lucha contra todo el mundo antiguo, pero no ha podido despojar aquellos recuerdos piadosos de su encanto y perfume poético. Pocas figuras de la leyenda cristiana se nos aparecen rodeadas de igual tinte melancólico, ni dotadas de tanta gracia y hermosura como la joven descendiente de la antiquísima y noble familia senatorial romana de Cecilios, que selló su fe con su sangre y cuya memoria celebra la Iglesia católica el 22 de noviembre como día en el cual, según remota tradición, la santa acabó su vida á manos del verdugo. En el siglo V era ya venerada la santa en una iglesia dedicada á ella en el Trastevere en Roma. En las pinturas mas antiguas, que datan del siglo VII, está representada en traje de señora romana de elevada alcurnia, ricamente vestida y adornada, pero sin ningún atributo musical, ni los tiene la bellísima estatua yacente de mármol que labró Esteban Maderna en el siglo XVI para el altar de la iglesia de Santa Cecilia, donde hoy se encuentra todavía. A medida que palideció el recuerdo histórico, se fué enriqueciendo la leyenda de la santa con la armonía de la música, el gran poder consolador y conciliador, poder casi sobrenatural é irresistible para las almas sensibles. Así vemos la santa en el cuadro de Bolonia debido al pincel de Rafael. Otro pintor, Francisco Francia, quiso también pintar una santa Cecilia, pero cuando vió en el curso de su trabajo el cuadro de Rafael, quedó tan impresionado que tiró sus pinceles, renunció al arte y murió de tristeza.

Infinitas son las tentativas hechas por otros artistas para presentar la santa bajo el indicado concepto moderno, y una de las mejores es indudablemente la de Federico Kaulbach, director de la Academia de Bellas Artes de Munich, de cuyo cuadro podemos dar hoy una magnífica reproducción, verdadera obra maestra de grabado en madera, y digna por todos conceptos del lienzo original.

EL CABALLO DEL DIABLO

Sucedió aquel día lo que sucede todos los domingos en el otoño: que se quedó el pueblo sin gente.

Apenas salieron de misa mayor comenzó á despajarar todo el mundo. La gente moza salía á bandadas por la *Carrera* hablando mucho, riendo y retozando, y se dirigía hacia el valle de *Ormas* á coger manzanas y á ver si empezaban á caer ya los hayucos para volver á ellos al día siguiente. Los rapaces pasaban el puente de *Lacorban* y marchaban también en bandadas al soto abajo: iban á avellanas á la *Paliella*. Hasta las mujeres de alguna edad iban á moras á las *Sobargas*, ó porque habían estado allá otras veces, ó porque habían leído ú oído lo que decía un romance casero, que venía á ser así como inventario de las riquezas y comodidades del lugar:

> *Tendeña* para las ruedas,
> *Bachende* para las cambas,
> . . . .
> *Las Sobargas* para moras,
> Que tienen muy buenas zarzas.

Todas estas frutas, las moras, los hayucos, las manzanas, las avellanas, y otras muchas más, como las frambuesas, las fresas, las grosellas, las majuelas, las mostajas y los arándanos, se crían por allí en los montes, en los brezales y en los sotos de las orillas del Esla, sin más cultivo que la bendición del Criador de todas las cosas.

El hecho es que Riago parecía aquel domingo un cementerio, pues ni aun había bolera en la plaza de la villa, y eso que estaba un día de sol muy hermoso.

Las mujeres que habían ido á moras procurarían volver para el rosario, que solía ser á media tarde: también volverían la mayor parte de los rapaces de las avellanas; pero los que habían ido á manzanas á *Ormas* no volverían hasta por la noche.

Y tenían que volver dando tropezones, porque no había luna.

Me acuerdo bien; como que me encontré yo después de oscurecido, á boca del valle de San Pedro, con una cuadrilla de moscancías y de mozalbetes capitaneados por Mónica y Agustín que se habían casado hacía muy poco y venían ya ejerciendo de personas formales.

Era yo estudiante, y había salido después del rosario á tirar cuatro tiros á las perdices en las bajeradas de *Sarrelengua;* dí con un bando, que al primer tiro se me pasó al otro valle, donde le tiré tres ó cuatro más, hasta que se oscureció del todo.

Cuando me conocieron los de las manzanas me saludaron afables y corteses. Preguntéles si habían cogido muchas, y ellos á mí cuántas perdices traía, continuando así en amistosa conversación al camino abajo.

Unos minutos después decía Agustín celebrando el encuentro:

– ¡Vaya, vaya!... Yo que sentí ruido en ese escobal y les dije á estos: ¿qué diablo será eso que se siente ahí arriba?... ¡Cuando era nuestro don Juanito!...

– Sí, – repuso Mónica, – y por cierto que no me gustó que mentaras al diablo: ya te he dicho más veces que nunca se debe mentar al diablo en la conversación, y de noche menos, porque han sucedido cosas que... Una vez...

– Ya nos va ésta á contar un cuento, – dijo Agustín.

– Hace bien, – dije yo; – así se nos hará más corto el camino.

– No es cuento, – replicó Mónica, – no señor, no es cuento: es una cosa que ha pasado, y aquí en este mismo valle y hacia este mismo sitio por donde vamos nosotros ahora. No crean ustedes que es mentira. Se lo oí yo contar muchas veces á mi tía Valentina, Dios la tenga en la gloria, y era una mujer que, tanta verdad podrá decir alguno, pero más, no. Pues mire V., señorito, una vez vinieron también á manzanas, como nosotros hoy, la tía Pepa y el tío Andrés de la Redonda, que no sé si V. habrá oído hablar de ellos, pero eran los padres del tío Felix López, que todavía vive, y estaban, como éste y yo ahora, recién casados; y venían con ellos una moza que se llamaba Eusebia y otra que no me acuerdo ahora del nombre.

Anduvieron todo el día por el monte sin encontrar manzanas apenas, hasta que á la puesta del sol, en la *Ruada* cerca de la majada de la *Salsa*, dieron con un manzanalón que tenía muchísimas, más de las que ellos podían traer, aunque fuera en dos veces.

Llevaban unas alforjas blancas de las que se usan para echar la merienda á los segadores y para llevar la fiambrera á las ferias, pero las llenaron en seguida, y haciéndoseles muy cuesta arriba dejar las manzanas allí, llenaron también las mangas de la chaqueta del tío Andrés después de atarlas por la boca, se quitó después una de las mozas la saya bajera y la hicieron servir de costal, atándola por el cuello con una liga y con otra por abajo, y por último, hasta el mandil nuevo de la tía Pepa, atándole las cuatro puntas, sirvió de mochila.

Cargaron como pudieron con las manzanas entre los cuatro, y bajaban arranados con ellas por lo más espeso del monte, cuando dijo el tío Andres sintiendo ya el hombro molido:

– ¡No nos deparara por aquí el diablo algún caballo, donde poder llevar estas manzanas que pesan como hierro!...

Y apenas lo había acabado de decir, cuando sintieron como el estornudo de una caballería entre unas escobas.

– ¡Calla! – dijo el tío Andrés, – pues aquí parece que se siente ruido como si fuera...

– Sí señor, ahí hay una yegua, – dijo una de las mozas.

– ¿Cómo andará por aquí á estas horas? – dijo el tío Andrés acercándose al bulto, y añadió: – es un caballo; y parece muy leal porque se deja coger.

Era efectivamente un caballo negro mohino, al cual el tío Andres cuando acabó de hablar tenía agarrado ya por las crines.

Alegráronse mucho del hallazgo y comenzaron á poner en el caballo la carga que tan afligidos les traía, sin que el animal se moviera.

Pusiéronle sobre el lomo las alforjillas blancas, y terciada como otras alforjas la chaqueta del tío Andrés, y terciado igualmente, como un costal á medio llenar, el manteo de Eusebia, y hasta el mandil de la tía Pepa que también, como digo, iba lleno de manzanas, se le colgaron del pescuezo.

Como el caballo daba muestras de extraordinaria mansedumbre, no se les ocurrió siquiera que se pudiera escapar y le echaron por delante, comenzando á bajar muy contentos por un *trechero* abajo.

Media hora ó poco menos llevarían andando sin novedad, cuando la tía Pepa comenzó á amalearse por haber perdido el rosario y á decir que no hubiera faltado ella al rosario por todas las manzanas del mundo, sino por el antojo y el capricho que se le había metido en la cabeza á Andrés, pero que no lo volvería á hacer, y que era una mala costumbre la de irse los domingos á manzanas ó á avellanas; porque los domingos no eran para eso, sino para santificarlos con oraciones y buenas obras, como le había dicho á ella muchas veces doña Rosalía, la señora escribana vieja con quien había estado sirviendo, la cual siempre decía que el rosario era una oración muy acepta á Dios, porque era toda ella en alabanza de la Santísima Virgen...

En cuanto empezó la tía Pepa á ponderar las excelencias del rosario, notaron que el caballo no andaba ya tan bien como antes; pero el tío Andrés le dió un palo en las ancas diciendo: ¡arre, demonio! y quedándose callada la tía Pepa, el animal siguió su camino.

Mas tornó la tía Pepa á hablar del rosario y á ponderar lo buena que era esta devoción, y tornó el animal á hacer estorvezas, á levantarse de ancas y á morderse, hasta que tales y tan raros movimientos hacía que la tía Pepa exclamó asustada:

– ¡Jesús-María! Pero ¿qué tiene este caballo?...

Y apenas había concluído la exclamación sintieron un estampido terrible acompañado de un fogonazo y el caballo desapareció instantáneamente dejando mucho olor á azufre.

– ¿Y las manzanas? – preguntó uno de los mozuelos.

– Las manzanas, – contestó Mónica, – por allí creo que quedaron esparcidas, pero no se pudieron aprovechar porque también diz que olían á azufre que apestaban. Lo que no volvió á parecer fué la ropa.

– Se quemaría, si es que se vió como un fogonazo, – dijo otro mozalbete.

– O la llevaría el diablo, – dijo Mónica; – lo cierto es que ni el mandil, ni las alforjas, ni la saya, nada encontra-

ron, aunque lo anduvieron buscando por allí después que se les fué pasando el susto, que era muy grande.

–¿Y no volvieron á ver el caballo? – preguntó una apazona, disimulando el miedo.

–No, hija, no, – repuso Mónica. –¿Qué le habían de volver á ver, si no había tal caballo...?

–¿Pues quién era?

–El diablo, hija, el diablo, – continuaba Mónica muy convencida; – el diablo mismo en persona que, como está siempre bien demás discurriendo cómo perder á las almas, en cuanto oyó al tío Andrés afligirse por el peso de las manzanas y desear que el diablo le deparara un caballo, tomó forma de caballo y se presentó á servirle, á ver si así podía enredar al tío Andrés á que le sirviera á él. Pero luego no pudo resistir que se hablara bien del rosario y empezó á cocear, y por último, cuando oyó los nombres de Jesús y de María ya no pudo menos de marcharse dando un estallido. Por eso es muy malo mentar al diablo en las conversaciones.

–Pero ¿se te figura que te vamos á creer todo eso? – dijo Agustín á su mujer cuando acabó aquella relación maravillosa.

–Pues mira, - le contestó Mónica, – si no lo quieres creer lo dejas, que porque tú no lo creas no ha de dejar de ser verdad. Como que yo misma se lo oí contar á mi tía Valentina, la cual... – me acuerdo como si fuera ahora, – decía que la tía Pepa la del tío Andrés le había dicho á ella muchas veces: «El primer mandil que tuve me lo llevó el diablo.»

Y decía que era el primer mandil que había tenido, porque entonces las mujeres no gastaban mandil hasta que no se casaban: el primero era el de las vistas.

Agustín siguió contradiciendo á su mujer sobre la verdad y autenticidad del suceso; Mónica siguió también afirmando que el suceso era cierto, indudable, y sacando de él la consecuencia de que es muy malo mentar al diablo en las conversaciones.

ANTONIO DE VALBUENA

LOS NUEVOS PRESUPUESTOS

ESTUDIO CÓMICO MODERNO DE COSTUMBRES POLÍTICAS

I

EN LOS CUERPOS COLEGISLADORES

Después de tres ó cuatro meses de interesantes discusiones para dilucidar las excelencias del partido que ocupa el poder, sea el que sea; y las excelencias mayores de los partidos que constituyen la oposición (sean los que fueren) y para demostrar al país, que todos los partidos de la oposición cuando fueron poder, hicieron lo mismo que los que hoy gobiernan el país, y que éstos exigirán lo mismo de los otros, cuando vuelvan á la oposición: en virtud de las indicaciones de la prensa de todos los partidos, y en vista de que empieza la época de los calores y que los Diputados y Senadores ansían tomar el fresco y volver á sus hogares, para descansar de las fatigas parlamentarias, se conviene por unos y por otros en que es llegado el tiempo de dar comienzo á la discusión de los *Nuevos presupuestos*.

A ese *teje maneje* de repetidas causas y de idénticos efectos se llama en el lenguaje moderno la *cosa pública;* el *juego de las instituciones* y el *turno pacífico de los partidos*.

El contribuyente ó calla ó protesta; esto es, ó paga ó no paga. En el primer caso, ve aumentar cada día su cuota de contribución, esté al frente del país el gobierno que quiera; y en el segundo ve vender sus fincas para satisfacer al Estado las cantidades que le adeuda.

Hay que hacer sin embargo justicia á todos los partidos. El que manda se afana para convencer á los otros de que es imposible hacer rebajas en los *nuevos presupuestos:* que no se puede vivir con lujo y pagar con miseria: que los servicios aumentan y las fuentes de la *riqueza pública* cada día tienen menos caudal: que no es posible vivir á la moderna y pagar á la antigua: que todo se exige del gobierno cuando se trata de pagar, y nada se le concede cuando de recaudar se trata; y por último que una Nación para ser *grande* necesita tener un gran bolsillo. Los que forman la oposición tratan de convencer al partido que manda, que cuando un país es pobre no puede gastar como el rico; que el que no tiene dinero, no debe tener pretensiones; que dos y dos son cuatro y no cuarenta, y por último que donde no hay *harina todo es mohína*. Verdades todas de tomo y lomo, que dan por resultado inmediato señalar para la próxima orden del día la discusión de los *nuevos presupuestos*.

Y en efecto el día llega: y como si una capa de hielo hubiese caído sobre los fogosos mantenedores del espíritu público; como si una ronquera repentina hubiese privado del uso de la palabra á proteccionistas y defensores del libre-cambio, se abre la sesión en medio del silencio más profundo; y con la ausencia tenaz, hasta el momento de las votaciones, de los padres de la Patria. Los escaños están desiertos: los Vice-presidentes ocupan por lo general el sillón de la Presidencia. El cajón de los caramelos se abre mucho más de tarde en tarde; en las tribunas reservadas no aparece la más bella mitad del género humano, y en la pública duermen el sueño de los justos porteros y municipales No hay miedo de que se turbe el orden público. Se propagan los bostezos; duerme alguno que otro anciano; uno ó dos ministros se agitan desasosegados en el banco azul, ó de la paciencia, y pasan cifras y cifras en apiñado montón, y aterradoras adiciones por los oídos de los Diputados ó Senadores como pasa el sol por el cristal sin *romperle ni mancharle*. Las enmiendas se defienden casi solas; se desechan y se retiran por sí mismas; y excepto algún aficionado á estudios pre-históricos, que se despacha á su gusto entre el silencio de los pocos oyentes, por espacio de dos ó tres horas, todo es calma, tranquilidad y dulce sosiego.

A un día sucede otro; á una semana la siguiente: al capítulo 9 el 10 y el 11 y el 12; y en vista de que el calor aumenta y de lo importante y gravísimo de la discusión, se presentan dos ó tres interpelaciones políticas y se decide que desde el *lunes* empezarán las *sesiones dobles*.

Las patronas de huéspedes se sonríen, al ver que el Diputado que tiene en el gabinete de la sala no vendrá á comer los *filetes* de costumbre; los dueños del *Inglés*, *Fornos* y el *nuevo Suizo*, encargan á sus dependientes, elogien los nuevos vinos recibidos, á los representantes del país; los diputados gallegos deciden por *aproximación*, comer en la *Asturianita* y los oradores preparan sus armas para la discusión política.

Los únicos que se estremecen son los taquígrafos.

Los individuos de la *comisión*... – ¡oh, la comisión! – no dan al brazo paz ni sosiego en recibir cartas de recomendación para que defiendan con calor, si llega el caso de ser atacada, tal ó cual carga de justicia reconocida en el proyecto; tal ó cual carretera declarada ley en tal ó cual fecha; tal ó cual englobado de material, en la letra A. capítulo 5.° artículo 3.° de tal ó cual dirección de tal ó cual Ministerio

¡La comisión! tiene que defender todo lo que el Gobierno propone; rechazar todo lo que las oposiciones traten de modificar; oir á todos; atender á los *activos*, desatentar á los *pasivos;* escuchar, leer, discutir, sumar, restar, comparar, analizar, deducir, y no convencer á nadie.

En una palabra servir á *todos*, y no quedar bien con *ninguno*. Me parece que la cosa no puede ser ni más sencilla, ni más desesperante.

Si á esto se agrega que un gran número de los individuos que forman la *Comisión*, son altos empleados del Gobierno, pero *subordinados* al fin de sus jefes respectivos, se comprenderá lo expuestos que se ven á no poder despachar los expedientes de su *oficina*, y á no parecer por el Ministerio en semanas enteras. Peor para el público que puede esperar impaciente sus resoluciones; peor para los subalternos que no pueden despachar con su jefe; peor para el diputado que *cobra*, y peor para el país que *paga*.

Los únicos que siguen tranquilos, sin dárseles un bledo de semejantes trastornos, son los *expedientes*.

Duermen en sus negociados respectivos.

II

EN LOS MINISTERIOS

Esto ya varía; mientras en los Cuerpos Colegisladores se van aprobando paulatinamente, y como por sí solos, los *nuevos presupuestos*, en los Ministerios cunden la alarma, la actividad y los cabildeos. Al hablar de la *actividad*, no nos referimos á la resolución de los asuntos pendientes. Y la cosa es clara: los que temen que se atente al *personal*, y que por lo tanto puedan formar parte de las *víctimas económicas*, no trabajan hasta que los presupuestos se aprueban y puedan saber á qué atenerse: los que se consideran seguros, no han de obligar á que trabajen los primeros; y unos y otros *esperan*, y *desesperan*, el final de los arreglos.

El Sr. Ministro que ya ha recibido cincuenta cartas de recomendación para cada uno de los empleados de su departamento, las pasa á su secretario, ó secretarios particulares, y los seis escribientes de esta dependencia, contestan á estas *seis mil* cartas en la misma forma.

Excmo. Sr. D. X***

Mi distinguido amigo: Tendré muchísimo gusto en poder complacer á V. atendiendo á su recomendado don Fulano de tal y ya he dispuesto se tome nota en la dirección para cuando se haga el arreglo que exigen los *nuevos presupuestos*.

Suyo etc.

Como el tiempo apremia, y las cartas aumentan, y los interesados redoblan sus esfuerzos, de palabra, de obra, de audiencias, de entrevistas, de indicaciones, de volantes, el Ministro no puede menos de ocuparse de este asunto. Los Jefes del personal cargan con los libros públicos y secretos, y á las altas horas de la noche, en conciliábulo secreto, como los antiguos brujos en Barahona, se extienden sobre la mesa ministerial, cartas, libros y volantes.

–Vamos á ver, – dice su Excelencia: – yo necesito cuatro plazas de 24: ocho de 20, diez y seis de 12 y 24 de seis: aquí están las tres cartas del Presidente del Consejo, las cuatro de S. A., las apuntaciones de los presidentes de las Cámaras, las dos notas del Patriarca de las Indias, las cartas de los Jefes de las minorías, y las esquelas de «doña Fulanita» (que siempre hay una doña Fulanita en cada partido político). Ya he dadó mi palabra y necesito esas vacantes.

–El caso es, – contesta el Jefe del personal, – que como se rebaja millón y medio del personal en los *nuevos presupuestos*, es preciso hacer dobles cesantías que el número de vacantes que V. desea. La mitad para las economías de las Cortes y la otra mitad para esos compromisos. En fin aquí está el libro. Veamos.

El libro se abre por cualquier página.

–A ver, de 24. – (Porque conviene advertir que en los sueldos de los empleados, no se usa la unidad de la peseta más que de oficio; en particular, y para colocaciones y cesantías sobre todo, los sueldos se regulan por reales, suprimiendo los millares, 24 son 24.000 reales y así sucesivamente.)

–Don Lucas Gómez, – lee el jefe.

–¿Quién es ese? – pregunta el Ministro.

–Recomendado de la duquesa de A., del senador P. y de don Emilio.

–A ese no. Otro.

–Don Hermenegildo Blázquez.

–Ese es el primo de la cuñada, del sobrino, del yerno de don Antonio. Otro, otro.

–Alvarito, el hijo del general tal.

–No es posible tocarle. – Otro, hombre, otro.

–Gutiérrez.

–¿Y ese?

–Es sobrino del Obispo de Coria, y le recomiendan todos los Republicanos, dicen que escribe en la *Fe* ó en *El Siglo futuro*.

–Dejarle, dejarle. Otro.

–El Baroncito del Valle. No viene nunca al Ministerio.

–¡Cesante!

–A ese menos que á nadie. Es cosa de Palacio.

–¡Pero, hombre! ¿no hay ninguno sin recomendaciones?

–No hay más que dos; Martínez á quien se ascendió el año pasado por llevar 12 años con 20 y ser el alma del Ministerio por su conocimiento y su práctica en la *Casa;* y Villalpando, su primo de V.

–Pues yo necesito esas plazas.

–¡Pues no las hay!

Lo que ocurre con los de 24, sucede con los de 20, 12 y 8. Cada empleado tiene hoy en su hoja no de servicios, sino de recomendaciones, cuatro ó seis eficacísimas. Desde el Presidente del Consejo de Estado, hasta el último cura ecónomo, *recomienda* á Ministros y directores, parientes, amigos y conocidos. Es un pugilato, un *Steeple chasse;* una lucha á brazo partido.

A una reunión sucede otra; se barajan nombres; se borran hoy los que se vuelven á escribir mañana; el jefe suda, el Ministro se impacienta; los interesados *activos* redoblan sus esfuerzos, los pretendientes-candidatos duplican sus empeños, y todos están seguros de alcanzar sus deseos, porque, Diputados, Senadores, Obispos, Generales, Duques y Banqueros tienen *empeño* en ello.

Y á todo esto esos mismos Generales, Senadores, Diputados, Ministros, Banqueros y Duques claman y piden á voz en grito *Economías:* afirman que la Hacienda pública camina á una bancarrota; que el personal se traga la mayor parte del presupuesto; que con este sistema de recomendaciones no se puede tener Administración, y que es preciso regenerar los servicios públicos, respetar la idoneidad y la honradez, premiar el mérito, y destruir el favoritismo.

A todo esto la prensa ministerial dice todos los días en todos los tonos imaginables que no se *puede hacer más*. La prensa de oposición asegura sin cesar que no se *puede hacer menos*. Y siguen las recomendaciones y llueven las cesantías y granizan los nuevos nombramientos. *A qui la faute?*

III

EN LA GACETA

Precedidos de un preámbulo tan extenso y luminoso, que es imposible leerle, en el cual se hacen estudios comparativos, análisis retrospectivos, cálculos científicos, y vaticinios matemático-rentísticos, aparecen en cuarenta y seis columnas de impresión, letra metida, treinta y siete estados desde la letra *A* á la *R*, con notas al margen, llamadas al pie y advertencias y explicaciones de referencia á la plana 7 desde la columna 28, que forman y constituyen la enmarañada madeja de guarismos de los *nuevos presupuestos*. Del resumen, que es lo único que puede entenderse, poniendo en ello un gran empeño y no menos perspicacia, resulta que el país ha de pagar tantos miles de millones: que el Estado ha de recaudar otros tantos miles: y que si el cálculo de los Ingresos se realiza, y los Gastos no se aumentan con créditos supletorios, dentro de pocos años podremos llegar á la nivelación de los presupuestos, y hasta á un *superabit*, en el caso de que pudiera seguir cuatro ó seis años desempeñando su puesto el mismo Ministro de Hacienda que los firma. ¡Figúrense ustedes! ¡Un Ministro que durase cuatro años en España! Habría que envenenarle para que dejase la poltrona, si no presentaba su dimisión al segundo ejercicio económico. ¡Pues, bonito genio tenemos los Españoles para aguantar un Ministro más de un semestre!

Respecto á las economías del personal que publica la Gaceta, resulta que se han suprimido entre todos los Ministerios ciento catorce plazas de escribientes; treinta y seis de ordenanzas; doce de auxiliares y una de jefe superior de Administración. Se han aumentado 40 de 35.000 reales, 58 de treinta y 95 de 24 y de 20. Se crean 9 direcciones generales más y 49 plazas de Investigadores



PRIMAVERA, cuadro de Estefanía de Strechine



ENTRADA EN NUREMBERG DEL SEÑOR FEUDAL HANS SCHUTTENSAMEN, AHORCADO EN 1472

Copia del celebrado cuadro de K. Weigand





SANTA CECILIA, cuadro de Federico Augusto Kaulbach



UN PERCANCE, dibujo original de Méndez Bringas

generales con gratificaciones generales, indemnizaciones generales y un tanto por ciento de comisión general.

No ha podido hacer otra cosa el Ministro, ni puede publicar ya más la Gaceta de 48 páginas.

IV

EN LA CALLE

Allí se han quedado los ciento catorce escribientes y los treinta y seis ordenanzas. El Jefe superior de Administración cesante, pasa á dirigir el Banco de tal ó de cual, y según se dice, durante el interregno parlamentario, se crearán unas nuevas Administraciones superiores para poder colocar á los veintisiete diputados que no han podido entrar en la nueva combinación de Gobernadores.

Según parece, los contribuyentes han tenido que sufrir un pequeño recargo territorial, otro pequeño recargo por industrial, otro recarguito, aunque más pequeño, por subsidios, y con harto sentimiento del Gobierno, tendrán que sufrir el recargo general por consumos, ó sea por los artículos de comer, beber y arder.

¡Bienaventurados los cesantes que no tienen más recargo que el del hambre, y bienaventurados sobre todo los que padecen *hambre* y *sed* de justicia, porque ellos serán hartos!

LUIS M. DE LARRA

LA IGLESIA DE SAN MILLÁN EN SEGOVIA

Este es uno de los más interesantes monumentos de la antigua ciudad, bajo un doble sentido: el de su valor general para la historia de nuestra arquitectura de los siglos XII y XIII y el que le corresponde como representación característica de los templos de su época y estilo en la localidad, sobre todos los cuales ha debido ejercer grande influjo, especialmente sobre San Martín, San Esteban y la Vera-Cruz, ó iglesia de los Templarios, la cual, fundada con toda certeza en 1208, duda Street sea más antigua que la parte principal de la de San Millán.

Esta consta de tres naves (bajo una sola cubierta) y cuatro ábsides: tres de estos corresponden á aquéllas; y el otro, de mayor resalte que los laterales, cierra al E. el pórtico adosado á todo el largo de la nave del S.; otro pórtico, simétrico á éste y adosado también á la nave del N., parece que debió terminar asimismo en un quinto ábside, hoy sustituído por una construcción moderna. Fundándose sin duda en esta suposición, lo ha representado Street como existente, en la planta que da de este templo: sistema de restauraciones ideales, á que tanto propende, aunque sin advertirlo al lector. De todos modos, siempre son preferibles estas restauraciones á las reales y efectivas, gracias á las cuales nos quedaremos en España pronto sin monumentos, á menos que el Ministro de Hacienda ponga á la costosa profanación el coto que no han sabido atajar nunca las corporaciones destinadas por la ley á este objeto. Pero, digresiones aparte, lo cierto es que el quinto ábside, ó no llegó á edificarse, ó ha sido reemplazado por los actuales departamentos, que sirven de sacristía.

Los tramos de las bóvedas son cinco también en las naves, descansando alternativamente sobre columnas monóstilas y pilares cruciformes; el crucero sostiene una cúpula; entre el pórtico del S. y su ábside, se eleva la torre; al O., la puerta principal tiene una ventana, por bajo de la cual se han abierto otras tres, modernamente; al N. y al S., hay otras dos puertas, que tienen sus correspondientes en los pórticos exteriores. Además de las ventanas ya citadas, queda una en el frontón del brazo S. del crucero; y cuatro, tapiadas actualmente, en el muro de la nave de este mismo lado. En fin, el estilo general de la construcción es el llamado románico del último período, siendo de medio punto todos sus arcos, á excepción de los de la torre, que son algo reentrantes, y de dos apuntados – tres acaso, pues hay uno muy desfigurado, que bien podría ser de este tipo – en la planta baja de la misma.

En cuanto al estado del monumento, casi todas las bóvedas son del siglo pasado; algunos de los pilares se hallan cortados; restaurados otros en la parte inferior de sus fustes; los pórticos tapiados; modernizada la cúpula; tapados con altares barrocos los ábsides y estropeada parte de la construcción del brazo S. del crucero, para reforzar las pilas sobre que luego se levantó la torre, á la cual á su vez se añadió un chapitel en el XVIII. Pero, así y todo, la estructura general del edificio se conserva, presentando los caracteres relevantes de su importancia.

Uno de éstos, y muy principal, son los pórticos. Constituídos por una serie de arcadas (diez á cada lado, sin contar una puerta) que corren paralelas á los muros exteriores de las naves laterales, dejando una galería de la misma anchura que éstas, no son exclusivos de este templo, pues se ofrecen en algunos otros, como las Huelgas de Burgos y la Antigua de Valladolid (si bien ambas sólo los tienen en el lado del Norte). Pero forman en Segovia un rasgo distintivo de casi todas sus iglesias románicas; y si la de San Millán acaso fuese la de más remota fecha, puede asegurarse que, salvo las condiciones y necesidades locales que esta disposición haya venido á favorecer, el ejemplo de tan notable modelo debe haber influído en esa generalidad. Exceptuando la ya citada iglesia de los Templarios, muy gótica en sus formas y que presenta la disposición de dos rotondas concéntricas, ó propiamente dicho, dos prismas dodecagonales, que recuerdan la disposición de las catedrales de Bosra y Esra y la iglesia del Santo Sepulcro, apenas hay templo de esa época, que carezca de ese factor. Su disposición es sin embargo muy diversa. A veces, no hay más que un solo pórtico al Sur (la Trinidad, San Clemente); á veces, dos, al N. y al S., como el que describimos; ya al S. y al O. (San Lorenzo); ya por último tres, al O., al N. y al S. (San Martín). Conviene advertir que, en opinión del señor Riaño, este elemento es de origen oriental.

El estilo de los de San Millán corresponde, en sentir de Street, á la segunda mitad del XIII y serían por tanto posteriores á la fábrica de la iglesia. Sus arcos son redondos; los capiteles prolongados y muy cónicos; los ábacos, enormes; los toros de las basas resaltan casi siempre del plinto; pero los motivos de la decoración están tratados todos en el tipo geométrico, y con una intención tan clásica, que al verlos por vez primera, se siente la impresión de ciertos malos capiteles del Renacimiento. La cornisa, los canes, metopas y tapas se hallan tan ricamente adornados, que tal vez no tienen igual en España, abundando los dibujos geométricos de sabor oriental. La cornisa de los tres arcos del pórtico del N., en su extremo occidental, ó sea hacia la fachada, es mucho más sencilla; será más antigua? Los arcos, sin embargo, son como los otros. Por último, en las archivoltas de las puertas se advierte otro carácter casi constante en Segovia y que ya Street nota como caso para él extraño, á saber: que el número de sus anillos, en vez de igualar al de las columnas, es doble; por lo cual, mientras unos arcos (generalmente decorados con gruesos cordones) descansan sobre los capiteles de aquéllas, otros, que alternan con ellos, se corresponden con los elementos prismáticos que se interponen entre los fustes. No es menos evidente otro rasgo, igualmente general en la localidad y que á Street acaso pasó inadvertido por el poco interés que presta al arte musulmán; y es que los relieves que adornan dichas archivoltas no resaltan de la superficie de éstas. La escultura de esos relieves, cosa general en Segovia, es mediana. Las hojas de las puertas conservan sus antiguos hierros.

Las bóvedas, hoy reconstruídas, se apoyan (según ya queda dicho) alternativamente, en pilares cruciformes y en columnas monóstilas; unos y otras con ricos capiteles y ábacos cuya planta responde á las vueltas de los arcos. Esta disposición es usual en las iglesias románicas de Lombardía y parte de Francia y, como es sabido, responde á la subdivisión en tramos cuadrados de las naves laterales, al modo que lo son los de la principal, á fin de poder cubrirlas por bóvedas de arista, que tan difíciles son de aplicar á plantas rectangulares. Así, los pilares servirían un tiempo para sostener las bóvedas de la nave mayor; y las columnas, para los arcos trasversales de las secundarias. Por esta disposición, parecería que las tres naves debieron estar cubiertas por arista. Sin embargo, Street vacila entre dos hipótesis, distintas de la anterior. Es una, que la nave central haya estado cubierta por un cañón recto y sólo las laterales por arista; otra, que las tres estuviesen cubiertas con un techo de madera, conjetura á que favorece la altura de los pilares exentos, excesiva para sostener una bóveda, así como la de los pilares adosados á los muros exteriores, que, en relación con la de aquéllos, hacen muy difícil la suposición de que hayan existido arcos trasversales. La hipótesis en favor de la cubierta de madera ¿se habría acaso fortalecido para Street, si hubiese visto el hermoso resto de tabla que se guarda en la iglesia y que, por el tipo de su decoración tallada, parece referirse al primer estilo gótico? Pero sólo por tradición – que en verdad no ha de despreciarse – se afirma que ese resto ha pertenecido al supuesto techo antiguo. Hoy día, las tres naves tienen una sola cubierta exterior.

Otro carácter muy interesante de San Millán es su cúpula. – En general, la mayor parte de las iglesias románico ojivales de la localidad tienen cúpulas de las llamadas lombardas, es decir, formadas por cuatro cilindros que se cortan, dejando, por tanto, aristas cóncavas y ángulos muy obtusos: tipo éste poco frecuente en España, aunque no desusado: v. g. la bóveda de la Antecámara en el Palacio de Carracedo (Bierzo, León). – Aquí, abundan esta clase de cúpulas, ya, generalmente, en los cruceros, como esta y la de San Martín, ya en el cuerpo inferior de las torres, como en San Esteban, ya en el centro de la planta poligonal, como en la Vera Cruz. El despiezo de las hiladas suele ser horizontal; sus arranques, trompas, sumamente horizontales también; y los baquetones, que las trasforman en bóvedas de crucería, no cubren las aristas, sino que dividen por la mitad cada uno de los cuatro paños que decoran.

Pero la cúpula de San Millán tiene – como la de la Vera Cruz, probablemente posterior – una particularidad que ofrece asimismo la Sala Capitular (hoy capilla de Talavera) en la Catedral vieja de Salamanca, si bien allí con mayor complicación. Consiste en que sus aristones, en lugar de dos que se cortan en el centro de la bóveda, son cuatro, paralelos é intersecados dos á dos, dejando en dicho centro un cuadrado. Esta peculiaridad parece también provenir del influjo oriental y recuerda algunas cúpulas de Córdoba, del Cristo de la Luz, en Toledo, y de otros edificios más ó menos árabes: y es extraño escapase á la excepcional perspicacia de Street, que ya había advertido este pormenor en Salamanca y en la misma Vera-Cruz de Segovia.

La torre, emplazada, según ya se ha dicho, al lado S., entre el pórtico y su ábside correspondiente, no es, como el arquitecto inglés asienta, y figura en su planta, una construcción posterior al siglo XVI, sino evidentemente mucho más antigua. Cierto que debió erigirse (ó reformarse?) después de la iglesia, de lo cual hay indudables señales en el interior del muro S. Pero, si Street hubiese podido subir á esa torre y examinarla un momento siquiera, le habría asignado fecha bastante más remota. La construcción es de hormigón y tapial. Las ventanas, hoy completamente desfiguradas, han debido ser de herradura, no muy pronunciada – como lo es la única que por dentro queda intacta – y tener, en vez de capitel, una imposta muy tosca y cuya sección es de forma de sierra; la bóveda, gótica, de cuatro paños, hiladas horizontales y dos diagonales prismáticos, que descansan en cuatro ménsulas. Todo esto le da un aspecto que difícilmente parece posterior á los últimos años del siglo XIII, ó á los primeros del XIV. Además, hay otros datos en favor de esta hipótesis (no tienen otro valor las observaciones que preceden). Es una peculiaridad de los templos románicos segovianos el tener siempre torre, y torre de mucha importancia, en comparación con el edificio; mientras que en el resto de España escasean estas construcciones en templos de su época y sus proporciones. San Sebastián, San Justo, San Clemente, el Salvador, Santa Eulalia, San Facundo, San Lorenzo, la Trinidad, la Vera Cruz, San Martín, tienen todas torre, y la de San Esteban es una de las más hermosas que pueden verse dentro y fuera de España. Dichas torres se hallan emplazadas, las más veces, como la de San Millán: en la prolongación del brazo N. del crucero; pocas, en el crucero mismo; algunas, en el S.; y una, la de San Martín, en el penúltimo tramo del O. de la nave central. La estructura de todas ellas es siempre más ó menos análoga á la de San Millán; y el mismo Street cree que la de San Esteban es obra de la primera mitad del siglo XIII. Ahora bien, examinada esta última en su interior, presenta bastante semejanza con la de San Millán, que á lo sumo y atendida la indudable reparación que en la iglesia ya antes quedó notada, podrá ser de un siglo más tarde; pero de ninguna manera posterior al XVI, como Street la declara.

Tales son los rasgos más interesantes de este hermoso templo, uno de los de mayor importancia que de su época poseemos, hasta por sus dimensiones (unos 44 metros por 18), iguales á las de muchas catedrales, v. g. la vieja de Salamanca.

F. GINER DE LOS RÍOS

NOTICIAS VARIAS

EL CONGO. – *M. de Brazza.* Se anuncia la próxima partida de M. de Brazza, cuya permanencia en Francia no ha sido parte á obtener el triunfo completo de sus proyectos sobre la administración de las colonias. En el Congo francés, como en el Estado independiente del Congo, se busca una vía de comunicación tan rápida como barata, para hacer accesible, viniendo de la mar, la gran planicie central del Congo.

Sabido es que el inmenso manto de agua del Congo, que desciende del interior, se detiene en Stanley-Pool á la altura de Brazzaville, en la orilla francesa, y de Leopoldville, en la orilla belga, por una cadena de montañas á través de la cual no puede el río abrirse paso, sino por una serie de treinta y dos cataratas y rápidas corrientes, que hacen su navegación absolutamente impracticable. Para obviar este obstáculo infranqueable, propone el Congo francés facilitar las comunicaciones entre Brazzaville y la costa mejorando la navegación del Quillion-Niari. Por su parte el Congo independiente propone la creación de un ferro carril construído en su territorio, uniendo entre sí los puntos más inmediatos del Congo navegable.

El proyecto francés, que puede llamarse el proyecto Brazza, del nombre de su autor, consiste en establecer un gran barraje en N'Goton, en el punto en que la navegación del Niari cesa ó se hace difícil. Este proyecto que sólo exigiría un desembolso de 1.200.000 francos, daría por resultado hacer navegable el Niari hasta más arriba de Bouenza á un centenar de kilómetros de Brazzaville. Abriríase un camino para los cien kilómetros restantes, y más tarde, gracias al desarrollo del tráfico, sería posible y ventajoso establecer allí una vía férrea. Los gastos de abastecimiento de nuestros puestos se elevarían á 500.000 francos anuales, y gracias á los mejoramientos introducidos, se reducirían á la mitad en lo sucesivo.

Esta vía de comunicación del Quillion-Niari hubo de interesar desde el principio á los exploradores del Gabón y del Congo, como quiera que es la más accesible de todas las que conducen de la costa al Stanley-Pool. Así desde el principio de su acción en el Congo, la Asociación internacional africana había establecido algunos puestos, como Philippeville, Beaudoinville, Rudolfstadt, Stephanieville, que servían de lazos de unión entre la costa y el interior.

Después, cuando Brazza hubo plantado definitivamente nuestro pabellón á orillas del Congo, reconoció á su vez la importancia de este valle para hacer pasar por él sus convoyes. Allí estableció igualmente puestos que muy luego se hallaron mezclados con los de la Asociación africana. Tarde ó temprano, hubieran surgido conflictos de esta embrollada situación, cuando la conferencia de Berlín vino á poner en orden las cosas y á dar fin á las rivalidades de las dos potencias. Gracias á la insistencia de M. de Brazza y á la habilidad y firmeza de nuestros delegados, obtuvo Francia la posesión completa del valle del Quillion-Niari, á pesar de los esfuerzos de la Asociación belga, cuya resistencia indicaba bien á las claras la importancia que daba á este valle.



RECELO, dibujo de Stanley Berkeley



¡SÁLVESE EL QUE PUEDA! dibujo de Stanley Berkeley



EN EL RESTAURANT, dibujo tomado del natural por R. Taylor

Hoy somos dueños indiscutibles de aquellos parajes: trátase sólo ahora de sacar partido mejor que hasta aquí, si no queremos que nos dejen atrás irremediablemente nuestros rivales á orillas del Congo.

El proyecto del Estado independiente del Congo, consistente en establecer un ferrocarril de Matadí á Leopoldville es de otra manera costoso y difícil por sus obstáculos. En razón de los numerosos rodeos impuestos por el relieve del suelo, el trazado de la vía férrea sería de unos 400 kilómetros. Para comprender las dificultades de ejecución bastará decir que de Matadí á Stanley-Pool, hay que subir, á través de una región roqueña y sobre manera accidentada, más de 250 metros de elevación, y luego volver á bajar hacia el M'Poso la vertiente opuesta, que por dos kilómetros y medio de alejamiento ofrece una diferencia de altitud de más de 200 metros.

Para ejecutar estos trabajos, el gobierno belga ha autorizado al Estado del Congo á emitir un empréstito de 150 millones. Como se ve, hay interés en establecer sólidamente nuestra situación comercial á orillas del Quillion-Niari, si queremos hallarnos en estado de luchar en lo sucesivo contra la concurrencia que ha de establecer un día el ferrocarril del Congo.

– Explosión de una locomotora en los Estados Unidos. – Los accidentes son, como es sabido, muy frecuentes en los Estados Unidos á causa del material empleado, á menudo defectuoso ó insuficiente. Tal es el caso de la explosión de una caldera ocurrido recientemente en la línea del ferrocarril de Cincinati á Baltimore.

Trátase de una locomotora, de antigua construcción, que venía sirviendo hacía treinta años. En el momento de la explosión, á unos 1600 metros de Blanchester (Ohío) arrastraba un tren de viajeros y andaba con una rapidez de 48 kilómetros por hora. Y ¡cosa singular! al estallar la locomotora no abandonó ésta la vía, bien que la explosión hubiera roto enteramente el revestimiento de la caldera desde el hogar hasta la chimenea. Las hojas de fundición embarazaron las ruedas motrices, detuvieron la máquina y destruyeron los frenos de aire comprimido.

La explosión se extendió hasta una distancia de 8 kilómetros y la conmoción fué tan violenta que un trozo de la máquina se encontró á 400 metros de distancia del lugar de la catástrofe.

(De La Nature)

LA CIENCIA EN EL TEATRO

UN COMBATE NAVAL EN MINIATURA

Se ha visto últimamente en el Circo de la calle de San Honorato en París, un espectáculo que, infantil al parecer, ofrecía una aplicación muy interesante de la electricidad. Aludimos al combate naval que se representaba en la piscina que sustituye la pista del circo.

A un lado de esta piscina se veía un puerto de guerra, con sus muelles, su faro, sus fortificaciones, reproducido el conjunto en proporciones tan bien guardadas como en la fotografía que reproducimos en la figura 2.ª Diríase que se trata de una vista tomada del natural.

Esta plaza de guerra era atacada por una flotilla de barcos pequeños, pero provistos de máquinas, de manera que podían ir adelante y atrás y dirigirse en todos sentidos, disparar cañonazos, echar á pique ó hacer explosión en un momento dado.

Se han obtenido todos estos efectos por medio de la electricidad, sólo con dos hilos que ligan cada uno de los barcos á un acumulador situado entre bastidores y manejado por un maquinista.

Este ingenioso mecanismo, imaginado por M. Solignac, ingeniero del nuevo Circo, sólo se ha aplicado á un juguete; pero es posible que se aplique también en serio, pudiendo funcionar ya desde la playa, ya desde un barco en alta mar.

La instalación del alumbrado eléctrico del circo comprende máquinas de corriente continua y máquinas de corriente alternativa. Se han empleado estas dos clases de corrientes para llegar á servirse sólo de dos hilos para la maniobra compleja de cada barco.

El propulsor es un hélice accionado por un motor M (fig. 3), y se obtiene la dirección por medio del desplazamiento del hélice en un plano horizontal. A este efecto el cojinete que lo sostiene está soldado á un espigón vertical, atravesando el eje B que lleva los engranajes de trasmisión del motor al hélice. Un movimiento de relojería C. tiende constantemente á hacer girar este eje A; pero es detenido en su marcha por un escape de áncora D, mandado por el electroimán E.

Mientras la paleta está adherida al electro, el árbol A no gira y el hélice permanece en su lugar; pero á la oscilación de la paleta, provocada por una interrupción momentánea de la corriente, el movimiento de relojería obliga al espigón á hacer un cuarto de giro y el hélice se desplaza otro tanto.

El electro E está montado en el círculo general (fig. 1) y sólo tiene una débil resistencia funcionando con poca intensidad; mientras que el motor M ofrece mayor resistencia, está montado en derivación y no comienza á marchar hasta que la intensidad de la corriente es más fuerte.

Tenemos ya, pues, con nuestros dos hilos la marcha y la dirección; bástanos tener á mano un conmutador que permita, bien intercalar resistencias, bien interrumpir momentáneamente la corriente.

Para hacer funcionar la artillería, que está constituída por un revolver, se emplea igualmente por medio del electroimán el escape de un movimiento de relojería que dispara cada vez un tiro de revolver.

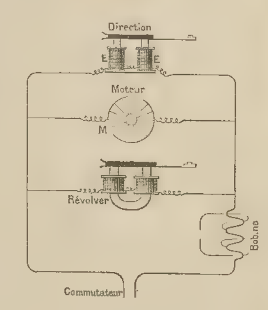


Fig. 1. – Conmutador: sistema de instalación

Mas para que este efecto sea en un todo independiente de los otros dos, lo que no sucedería si se hiciera uso de un electro ordinario, se emplea el principio de los procedimientos polarizados; es decir que el electro, que está en derivación en el circuito general, no puede funcionar sino con una corriente en cierto sentido. Obtenemos pues, siempre con el mismo circuito, un tercer efecto; basta con torcer el sentido ó dirección de la corriente. Se notará que, en este caso, los dos primeros efectos subsisten porque para ellos el sentido de la corriente es indiferente.

Ahora se trata de establecer una vía de agua ó de hacer saltar el barco, dando fuego á un cartucho. Este cuarto efecto se obtiene por medio de una bobina de inducción, cuyo circuito primario forma parte del circuito general, mientras que el hilo está ligado á un cebo fulminante. En tanto que no se haga uso más que de la corriente continua, la bobina permanece inerte; pero si se lanza al circuito una corriente alternativa, luego al punto funciona, el cebo se inflama y el barco salta.

Hay aquí, lo repetimos, hay algo más que un juego, y lo que acaba de hacerse en pequeño, puede muy bien hacerse en grande. La instalación imaginada por M. Solignac prueba una vez más que la electricidad se presta maravillosamente á todos los caprichos del que sabe emplearla.

(De La Nature)



Fig. 2. – Los barquitos eléctricos del nuevo Circo en París. (De una fotografía)

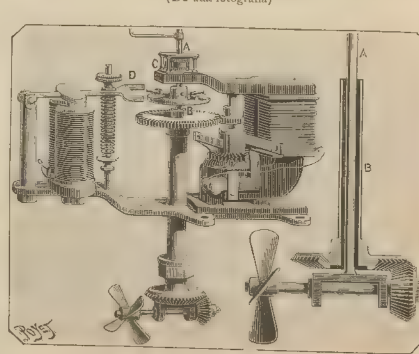


Fig. 3. – Mecanismo de los barquitos eléctricos

Barcelona. – Imp. de Montaner y Simón

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 11 DE MARZO DE 1889 — NÚM. 376

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

NUESTROS GRABADOS

¡VUESTRO PADRE NO VIENE! cuadro de L. da Ríos

Este título nos exime de toda explicación; pero no por esto dejaremos de llamar la atención de nuestros suscritores hacia este cuadro verdaderamente simpático. ¡Qué expresión, qué cúmulo de sentimientos naturales y sencillos en el rostro de esta joven madre! y ¡qué disposición no menos sencilla y expresiva de toda la escena, de cada detalle y del conjunto! Obras maestras pictóricas habrá que por su precio sólo están al alcance de los grandes museos y de los millonarios aficionados á embellecer sus espléndidas moradas con obras célebres de arte, célebres quizás por su colorido, sus ropajes, sus perfiles y aun por la expresión de sus figuras; pero quizás no haya ninguna que aventaje a este modesto cuadro de Da Ríos en cuanto á la armonía del conjunto y de los detalles. El autor de este cuadro es pintor y hombre de sentimiento, observador y dotado de corazón generoso, artista y poeta.

M. RICARDO PIGOTT

Hace pocos días se suicidaba en el Hotel de Embajadores de Madrid, de un tiro de revolver disparado en la boca, un individuo de edad madura, á quien un inspector de policía acababa de intimar que le acompañase al Gobierno civil. Según los documentos hallados en los bolsillos del difunto, el suicida era M. Ricardo Pigott, súbdito inglés, que tanto ha figurado últimamente en el ruidoso proceso entablado en los tribunales de Londres por el diputado irlandés M. Parnell, con motivo de las acusaciones formuladas contra él por el periódico *The Times*.

M. Pigott se había presentado á la redacción de este periódico diciéndose poseedor de unas cartas escritas por el célebre defensor de la causa irlandesa, cartas que comprometían seriamente á éste. La redacción del *Times* fundándose en el testimonio de estas cartas, que consideró auténticas, publicó sus acusaciones y esto dió origen a que M. Parnell le demandara por calumnia ante los tribunales.

M. Pigott, citado ante ellos, compareció en un principio, mas conociendo el peligroso sesgo que para él tomaba el proceso, desapareció de Londres, dejando al *Times* bajo la acción de la justicia, sin poder ya presentar en su defensa al único testigo que debía apoyarla.

Las dudas que ofreció á los jueces la autenticidad de las cartas en cuestión, que han resultado falsas, y la fuga del falsificador, han venido á dar la razón al diputado irlandés y a dejar en posición muy crítica y desairada al popular periódico inglés, cuya empresa, víctima de una criminal superchería, tendrá que abonar una cantidad cuantiosísima por daños y perjuicios así como por las costas del proceso.

La policía inglesa, siguiendo la pista al fugitivo, pudo averiguar que se había refugiado en Madrid bajo el supuesto nombre de Ronald Ponsonby, y por mediacion del embajador de la Gran Bretaña reclamó su extradición, que no ha podido conseguir por haberse suicidado M. Pigott, no sin dejar alguna carta en la que confiesa su delito.

La resonancia que ha tenido este proceso nos ha inducido á publicar el retrato del falsificador, en las diferentes actitudes que ha guardado durante la sustanciación de aquél, y, naturalmente, antes de fugarse de Londres.

La poetisa Beatriz di Pian degli Ontani

El retrato que publicamos no es el de una escritora ilustre é instruída, de ingenio cultivado con la lectura de las obras de los grandes maestros, ni cuyas producciones se distinguen por lo limado y correcto del estilo, ó por los asuntos de filosofía trascendental á que son tan dadas algunas de nuestras modernas escritoras: es el de una cantora de la naturaleza, sencilla, ingenua, espontanea, que sin saber leer ni escribir, pasó gran parte de su vida haciendo versos llenos de encantadora galanura y en conexión con el pintoresco país en que vivía.

Humilde pastora de las montañas de Pistoya, adquirió en su continua y solitaria contemplación de las escenas de la naturaleza, no la rudeza del montañés, sino la exquisita suavidad y sentimiento que en todas las almas delicadas parece infiltrar el ambiente puro que en tales comarcas las rodea. Tal vez la afición al canto del campesino de Pistoya despertara también en ella las aficiones poéticas que le dieron celebridad, pues aquel pueblo canta si trabaja, canta si está alegre lo mismo que si le apena algún sinsabor, y canta á todas horas.

Lo cierto es que Beatriz empezó á improvisar versos desde su más tierna edad, y que estos versos, repetidos en las alegres canciones de los montañeses, le hicieron adquirir cierta fama que fué en aumento hasta el punto de llegar á oídos de algunos escritores notables como el Tommaseo, el Giulani y otros que quisieron conocerla y la han dedicado encomiásticas páginas en algunas de sus obras.

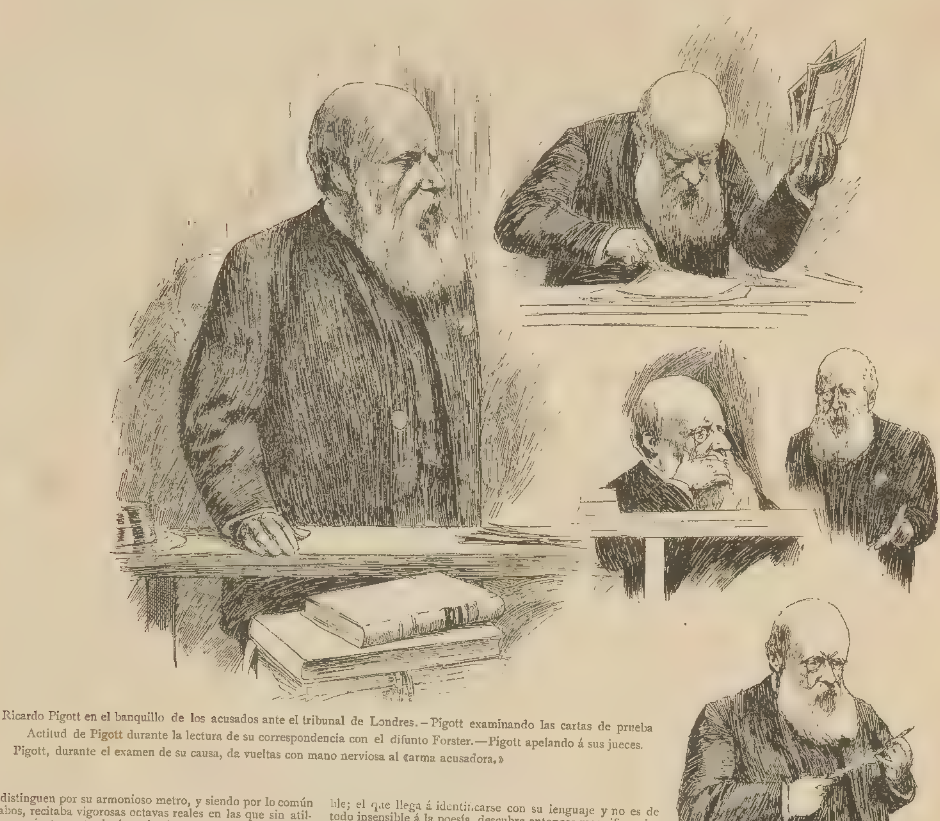
Beatriz, como la cigarra de la fábula, aunque diferenciandose de ésta en que jamás descuidó sus labores y quehaceres por el canto, pasó su vida cantando; únicamente cuando la muerte le arrebató uno de sus hijos, enmudeció algún tiempo, y si después volvió á improvisar, sus versos fueron elegías más bien que poéticos idilios.

Lo más notable en ella es que jamás conoció un modelo literario, a pesar de lo cual, rimaba con tanta perfección como facilidad; sus



¡VUESTRO PADRE NO VIENE! cuadro de L. da Ríos,
(según fotografía de Gesellotrats, de Berlín)

M. RICARDO PIGOTT, *suicidado recientemente en Madrid*



Ricardo Pigott en el banquillo de los acusados ante el tribunal de Londres. – Pigott examinando las cartas de prueba
Actitud de Pigott durante la lectura de su correspondencia con el difunto Forster.—Pigott apelando á sus jueces.
Pigott, durante el examen de su causa, da vueltas con mano nerviosa al «arma acusadora.»

versos se distinguen por su armonioso metro, y siendo por lo común endecasílabos, recitaba vigorosas octavas reales en las que sin atildados rebuscamientos se traducía su instinto, no su estudio, dotado de cuanto puede hacer famoso á un poeta.

Beatriz murió en 1885, á la edad de 80 años, en la modesta pobreza en que había nacido; pero rodeada del aprecio de sus conciudadanos entre los que se había hecho sumamente popular.

Cuando tanto se ensalzan las aptitudes literarias de muchos personajes de méritos discutibles, justo es consignar un recuerdo á estos cantores de la naturaleza, fecundos y espontáneos como ella, y tributarles el homenaje de admiración, de que su humilde posición y su resistencia á la notoriedad les ha privado en vida.

EL SUPLICIO DE TÁNTALO
dibujo de L. B. Bokelmann

Rapaz cruel, tu infantil ignorancia hace pasar á esa pobre perra el suplicio de Tántalo, y á fuer de tal sin esperanza, porque si el animal no es muy listo ó atrevido podrá decir lo que la zorra de las uvas, y el chicuelo se irá regalando con el embutido, si no es para otra persona que le ha enviado por él. Si la perra le arrebata el suculento y codiciado bocado, entonces ¡pobre chico! se ganará algunos mojicones; esto por lo pronto; porque si es inteligente y medra, acaso, y aun sin acaso, le hará pasar mil veces en el curso de su vida una mano invisible los mismos y peores tormentos de Tántalo. Porque tal es el mundo.

¡ADELANTE! cuadro de Yaroslav Vesin

Es una comitiva de boda de una aldea húngara de Transilvania, en medio del invierno, cuando los nevascos muchas semanas repetidos han cubierto montes, valles, corrientes y aldeas con una espesa, resistente y blanca capa de nieve. Para ir á la iglesia, quizás distante, va colocada la comitiva en robustísimos trineos de labrador que resisten tremendos saltos y choques. El húngaro es, como el andaluz, jinete nato, y si por añadidura es hombre del campo robusto y joven, maneja los caballos, tanto si los monta como si tiran de elegantes carruajes de moda ó rústicos trineos, con admirable maestría y puño firme. Aquí se trata de quién llegará primero á la iglesia, triunfo que no quiere dejarse arrebatar el que dirige el trineo de los novios y del padrino que pasan volando por un arroyo helado sin reparar en saltos ni sacudidas, que son ligeras bromas para estas naturalezas fuertes. El resto de la comitiva, que va asi mismo en sus trineos, aparece rezagado en segundo término.

ESTUDIO DEL TALMUD, cuadro de S. Hirszenberg

Con este cuadro ha añadido su autor otro trabajo digno de los anteriores á las interesantes escenas de la vida de los judíos polacos. Las letras hebreas que se ven estampadas en la pared del fondo, á la izquierda, dicen que cierta noche del mes de Adar está destinada á la distracción y al recreo, y los judíos polacos cumplen este como los demás preceptos de su religión, pero cada uno a su manera. Los unos pasan esta noche buena fumando, bebiendo y en platicas alegres; pero los más buscan su distracción y alegría en el estudio del Talmud, el libro más importante de los judíos después de las Sagradas Escrituras. Es el Talmud el archivo de la historia de su religión, de notabilísimas y agudas jurisprudencias, un tesoro de preciosas reglas de vida práctica y de elevada moral. El lenguaje de este libro, casi sagrado para los judíos, parece al principio extraño y á veces hasta ridículo, pero paulatinamente se acostumbra el lector, y á medida que lo entiende y penetra, se siente dominado como por una fuerza mágica y su alma goza de una placidez particular é indefinible; el que llega á identificarse con su lenguaje y no es de todo insensible á la poesía, descubre entonces magnificencias orientales que le cautivan como un tesoro de riquísimas perlas y piedras preciosas.

Pues bien, Hirszenberg nos presenta en su cuadro á un rabino que con cuatro aficionados al estudio del Talmud, han pasado la noche buena del mes de Adar de la manera que hemos dicho. Ya están iniciados en el estudio del Talmud y comprenden sus bellezas, y así han pasado la noche olvidándose de comer, beber y dormir. La vela se ha consumido, la claridad del día empieza á penetrar en el aposento donde están reunidos. Uno de los aficionados se ha dejado vencer por el sueño, otro á duras penas logra mantener los ojos abiertos; dos siguen leyendo y escuchando y el maestro, el rabino, continúa absorto en la lectura, meditando y explicando de vez en cuando lo que ha leído. En cuanto al mérito de la obra de Hirszenberg pueden apreciarla nuestros lectores por el grabado que se publica en este número.

El archiduque Francisco Fernando de Austria

Como complemento de la serie de retratos de algunos individuos de la familia imperial de Austria, que publicamos en uno de los anteriores números, insertamos hoy el del archiduque Francisco Fernando, hijo mayor del archiduque Carlos Luis, hermano del actual emperador, y su presunto sucesor a la corona á consecuencia de la trágica muerte del príncipe Rodolfo.

De llevarse á efecto los deseos que según parece ha demostrado el archiduque Carlos Luis, su hijo mayor será quien ciña dicha corona, y en este concepto ofrece cierto interés de actualidad el retrato que por tal motivo incluímos hoy en nuestras páginas.

ATAQUE Á LA PROPIEDAD AJENA,
cuadro de H. Biedermann-Arendts

Desde hace bastante tiempo se aplican los pintores alemanes á la reproducción de escenas de la vida animal, pero con su especial tendencia al género que necesita más observación y talento de imitación que genio creador y sentimiento profundo, y bajo este punto de vista tienen un buen número de artistas, cuyas obras rivalizan con las de los mejores artistas franceses, como Rosa Bonheur y los ingleses. Una de las principales obras de esta clase, presentada en la Exposición internacional de Munich del año pasado, fué sin duda el cuadro de la Sra. H. Biedermann-Arendts, de cuya obra damos en este número una buena reproducción. Representa una perra con sus tres cachorros instalados en un barril vacío; dos gallinas merodeadoras del corral han descubierto la gamella de la sopa de leche destinada a la familia perruna, y sin respetar el derecho ajeno dan picotazos al pan remojado. Uno, el más valiente de los cachorros, intenta defender la propiedad de la familia, pero con la cobardía propia del animal que no conoce todavía el mundo, mientras otro individuo de la cría prefiere acogerse á lugar seguro y se mete en el fondo del barril, al amparo de su madre.

EL PIRANDO NEGRO

I

El templo está silencioso; la luz penetra débilmente por las altas ventanas; el espíritu de Dios flota en aquel espacio consagrado; las almas unidas en una misma aspiración exhalan el perfume de las oraciones.

En el altar mayor, que resplandece como recordando los esplendores del cielo, se efectúa el misterio que completa la redención humana; el Señor sacramentado está allí; allí están los dos infinitos; el Creador y la creación; el amor presente y las promesas futuras.

Frente al Santuario velan los grandes y los pequeños, los poderosos y los débiles, los de alta inteligencia y los ignorantes, realizando la igualdad humana y fijo su pensamiento en aquella mística Hostia que se ofrece á todos, en la vida de la carne y de la eternidad.

Habéis entrado en la casa de Dios á rendirle gracias por vuestras prosperidades ó á rogarle que aparte de vosotros el cáliz de la amargura, ó quizá á pedirle que os perdone vuestros vicios ó vuestros crímenes. Dobláis la rodilla en tierra; olvidáis el tráfago de la vida, las miserias humanas; no os espanta la idea de la muerte, impotente contra vuestra alma; recordáis los derechos de ésta, y vuestro espíritu se llena de amor hacia el Creador, y de fe en sus inefables promesas.

Súbito oís una voz débil, pero clara, que dice:

– Señora ó caballero, ¿puede V. socorrer á un cesante de Estado?

Aunque os fijéis en esta frase; aunque veáis á vuestro lado una especie de hombre, maniquí viviente envuelto en un sudario negro, no comprendéis el sentido de aquella interrogación, porque la voz no marca la diferencia de las letras mayúsculas y minúsculas. – ¿Cesante de qué estado? – os preguntáis; – ¿del honesto, del de el matrimonio, del de hombre quizá? – Vuestro primer movimiento es de disgusto, de repulsión, porque aquella voz plañidera os ha hecho descender de los altos limbos á que os habéis elevado; pero, *charitas patiens est, benigna est:* sacáis una moneda y la dejáis caer en una mano descarnada, cuyos dedos se asemejan á un manojo de sarmientos.

Aquel fantasma humano, ó mejor dicho inhumano, se desvanece en las venas de la sombra del templo, y oculto en la penumbra de algún pilar, acecha una nueva víctima. Aquel ogro casi eclesiástico, pues la iglesia es el palenque en donde lucha contra la miseria, aquel espectro de la conciencia, más cruel que el mendigo de



LA POETISA BEATRIZ DI PIAN DEGLI ONTANI, de fotografía

Espronceda, no disgusta á vuestros sentidos con su *punzante mal olor*, sino que hiere vuestro espíritu haciéndoos recordar los puntos negros é ininteligibles que manchan la armonía del Cosmos.

En vuestra casa, en los caminos, en los teatros, en los cafés, en las calles, estáis expuestos á llevar un sablazo (no explico esta frase, porque supongo que el lector la conoce); sólo en la iglesia, y especialmente en las *Cuarenta Horas*, desde las siete de la mañana hasta las cuatro de la tarde os halláis en peligro de sufrir *arañazos*, tanto más molestos, cuanto son más imprevistos.

II

Piri en la jerga de la miseria, quiere decir comida, y de esto se deriva la palabra *Pirando* que es sinónimo de hambriento necesitado; es como un mote de oficio, un estigma de perdición, una clasificación con que se designa á una variedad de la especie planta-humana, entre las que vegetan en medio de un enigma eterno: el día de mañana. Todos los españoles vivimos dentro de ese enigma, aunque el mañana sea más ó menos lato según la posición social. El grande de España ignora si el día de mañana conservará su título y su grandeza; el ministro de Hacienda no sabe si podrá cubrir las atenciones del mes próximo; el banquero no está seguro de no suspender sus pagos; el torero... preguntádselo á Frascuelo.

España es un país de poetas y filósofos; esto constituye nuestra grandeza y nuestra pequeñez; todos los españoles sabemos que, como dice Castelar, el mal desaparece en el conjunto, en lo universal, en lo eterno; que la víbora, ó sea el hambre, puede picar al hombre, pero no á toda la humanidad.

De aquí resulta que el arañazo, el sablazo, la deuda y el empréstito están en España á la orden del día, y los españoles respiramos más tranquilos en medio de estas cosas, *per secula seculorum*, que Miss Lurline durante dos ó tres minutos en el fondo de su *aquarium*.

El Pirando tiene la estatura de un niño de trece años y la cabeza como la del gigante Ferragus que defendía la puerta de Mantible. Sus ojos son grises, con la niña blanca y la córnea amarillenta, á causa de vejez prematura: estos ojos, que se hacen vivos y penetrantes en la iglesia durante sus trabajos de gato cazador, fuera del lugar sagrado adquieren la expresión inerte de los de un fantasma mirando el interior de un sepulcro. El cuello de cigüeña del Pirando se incrusta en un busto raquítico y deprimido, bajo el cual resalta un abdomen inconmensurable.

Es un hombre vientre; desnudo debe parecerse á un feto hidrópico.

Lleva un carrik negro, hecho tal vez de una sotana, pero de tan poco vuelo que parece un sudario chorreado de gotas de cera, ya amarillenta como los paños tumulares; y de esto proviene el apodo de *Pirando negro* con el que es conocido entre los menesterosos de su gremio. En el templo anda con una lentitud espectral sin hacer ruido, como la pata afelpada del leopardo; pero por la calle camina apresuradamente, haciendo escarceos, variando de dirección y cojeando, no sé si por causa de los pies ó del calzado, de suerte que cuando el aire levanta las aletas de su carrik se asemeja á un murciélago con una ala rota.

III

Cumplida su misión matinal, después de los *arañazos*, el Pirando, de pordiosero se transforma en hombre de mundo; su carácter se hace altivo, sus aspiraciones elevadas. No habla más que de política y de cosas aristocráticas: son sus pasiones, así como el juego es su vicio. Si queréis gozar de su conversación, id á las horas de comer á alguno de los cuatro famosos *restauranes* conocidos con los nombres de *Pote venenoso*, *Hotel ful*, *Quejido ahogado* ó *Epopeya*. En este último es más difícil que le halléis, porque se come por lista y no se sirven cubiertos á cuatro reales; y el Pirando, en el poema de su vida, se inclina más á los episodios. Si le encontráis comiendo, no necesitaréis hacerle hablar, él inmediatamente *provoca* la conversación.

– ¿Qué hora es, caballero? – os preguntará – mi reloj está parado.

– Tal hora.

– ¡Caramba, qué tarde! Querrá V. creer que con esa maldita votación del Congreso se me ha olvidado que hoy es día de San José y que debía ir á dar los días á Pepe Alcañices y á Pepe Medina-Sidonia; pero á bien que todos los santos tienen octava.

Los susodichos personajes y otros, son amigos y contemporáneos suyos.

A veces en mitad de la conversación exhala un suspiro y exclama:

– ¡Pobre Mariano!

Alude al difunto Duque de Osuna.

La cuestión social le preocupa mucho, porque como no tiene nada que perder teme á la Internacional y por un raro contraste, aunque ferviente católico, recela de la Compañía de Jesús, y no entra nunca en un café que hay en la calle de Alcalá porque dicen que está regentado por un jesuíta.

Durante las épocas en que los suyos no están en el poder se distrae de la política y se entrega al demonio del juego. Vive en un arrabal de las afueras de Madrid (no diré cuál porque no quiero ser delator); en este arrabal está la *timba* de los ciegos. Allí, estos honrados industriales se despluman mutuamente todas las noches; en aquella *partida* el Pirando es el único que ve, ó mejor dicho, que no ve que los ciegos le echan *barajas de vista*.

IV

Durante el bienio progresista de 1854 á 56, un Ministro... también en este relato debo ser discreto por razones que más adelante conocerá el lector. Digo que un Ministro acostumbraba á salir de su Ministerio á las altas horas de la noche y tanto porque vivía cerca, cuanto por dar un paseíto higiénico, se retiraba á pie á su casa.

En aquella época todos los faroles de la vía pública se apagaban á las dos de la mañana, y el Ministro, un tanto rezagado de su hora acostumbrada, se dirigía solo á su domicilio, envuelto en la más completa oscuridad.

De repente una noche sintió un bulto que se le aproximaba y oyó una voz que le dijo:

– Permítame el señor Ministro que le acompañe, que le alumbre y que le hable.

Y casi instantáneamente brilló la luz de una linterna, hasta entonces cerrada.

El bulto de la linterna era un cesante de carne y hueso, que cansado de hacer antesalas en vano, ideó aquel ingenioso medio de ponerse en contacto con el Ministro. Habló á éste de sus años de servicios, de la injusticia con que había sido separado de su modesto destino, y el Ministro que era algo poeta se sintió conmovido, le pidió una nota, prometió colocarle y dejóse acompañar por él hasta la puerta de su casa.

Este encuentro se repitió algunas veces; siempre que el alto funcionario salía del Ministerio á hora avanzada se encontraba al cesante con su linterna. El pretendiente alumbraba el camino del Ministro, si llovía le tapaba con un paraguas, hacíale reparar en los charcos para que no se mojara los pies, le acompañaba hasta la puerta de su casa, y en resolución, estaba tan solícito y obsequioso, que éste se propuso colocarle inmediatamente.

Una noche oscurísima el Ministro se encontró con el cesante y ambos comenzaron á seguir su acostumbrado trayecto.

– Amigo mío, – dijo el Ministro, – mucho he tenido que trabajar en favor de V. ¡Ya se ve, son tantos los pretendientes!

Llegaban á la mitad de la calle de Carretas. Al cesante le palpitaba el corazón.

– He pedido informes sobre V. que han resultado favorables, – continuó el Ministro; – me he hecho cargo de que V. no podía vivir con el mezquino sueldo que antes tenía; he acechado una vacante en Bocigas y... en fin, ahí tiene V. su credencial.

El pretendiente, con mano trémula de alegría, la tomó de la del Ministro, dejó su linterna en el quicio de una ventana que había á la entrada de la calle de la Concepción, desdobló el pliego, le arrimó á la luz y comenzó á leerle.

El Ministro le miraba con la satisfacción del bueno que hace un beneficio.

– ¡Y con ascenso! – exclamó el nuevo empleado, después de algunos minutos. Luego, tomando su linterna, añadió: – ¡buenas noches! – y se alejó precipitadamente.

El Ministro, que esperaba una explosión de gratitud, se quedó solo, á oscuras en mitad de su camino y estupefacto.

V

Pues bien, el Pirando fué el pretendiente de la linterna, pero después ha ensanchado sus relaciones y ahora se codea con las eminencias políticas del partido fusionista. El día de la última crisis ministerial, le encontré en el *Hotel ful*, comiendo apresuradamente, él que suele ser cachazudo.

– ¿Cómo tan de prisa? – le pregunté.

– ¿Pues que no sabe V. la novedad?

– ¿Cuál?

– Crisis declarada.

– ¡Ah!

– Yo he estado todo el día en casa y me vuelvo á ella.

– ¿Pues cómo?

– Es casi seguro que el Presidente del Consejo me llamará.

– ¿Para alguna cartera?

– ¡Claro!

– ¿Y V. aceptará?

– ¿Y qué he de hacer? Sagasta es antiguo amigo y no he de dejarle en las astas del toro.

– ¿Supone V. qué cartera será?

– ¿Cuál ha de ser? la de Estado.

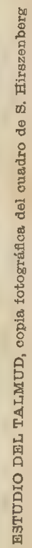
CARLOS COLL



EL SUPLICIO DE TÁNTALO, copia directa de un dibujo de L. Bokelmann



¡ADELANTE! cuadro de Yaroslav Vesin, según fotografía de Pernat, de Munich



ESTUDIO DEL TALMUD, copia fotográfica del cuadro de S. Hirszenberg



BOSQUEJO DE AFICIONADO

Número 130. Estatuíta antigua. Bronce. Fortuna en pie y tutulada, con manto y un cuerno de la abundancia en la mano derecha.

Número 131. Id. Joven vestida estrecha y adornada de collar y brazaletes.

Número 132. Adolescente llevando en la mano el *camillum* ó caja del incienso.

Número 133. Vaso pintado. Danza. Mujeres ejecutando la *cybistesis*.

– La *cybistesis*, eso es Basta por hoy. Vamos á dar una vuelta por el palacio de las ventas.

El que así hablaba era un aficionado, joven todavía, Jorge Riverín, que de acuerdo con su amigo y confidente Garcerie, trabajaba en redactar el catálogo de su colección. Como se ha visto no economizaba los términos térnicos.

Los padres de Riverín habían deseado apasionadamente que su hijo fuera artista. «¡Artista! – decía su padre... – es el más bello destino. Ellos, los artistas, son los dueños del mundo. ¡Un pintor! ¡Oh! ¡un pintor se codea con los príncipes!

El y su mujer eran de esas cabezas débiles que acogen fácilmente y sin examen las ideas vagas y falsas que circulan. Despechado de no haber podido él ser pintor, observaba curiosamente en el niño Jorge, su hijo único, los más ligeros indicios que pudieran revelar aptitudes artísticas inspirando la fausta esperanza de que pudiera un día «codearse con los príncipes.»

Una vez, acompañado de su hijo, que á la sazón tenía cinco años, estaba esperando el ómnibus, para ir á Batignolles. En esto pasó un coche verde.

– He aquí nuestro ómnibus, – dijo el padre.

– No, papá, – contradijo el niño; – el nuestro es un ómnibus amarillo.

Sorprendido y aun admirado el padre, no se olvidó de referir el caso á su mujer, luego que estuvo de vuelta, añadiendo:

– ¡Cómo tiene desarrollado el sentido del color! ¡Oh! ¡será un gran colorista... un veneciano!

Jorge, bastante inteligente, recibió la educación más variada y completa: literatura, bellas artes, todo lo que quiso estudió. Luego viajó, leyó y llegó así á la juventud.

. De regreso de una excursión artística, comenzada por la *Pinacoteca* de Munich, y terminada por el *camino verde de Dresde* (porque era tan aficionado á los marfiles, á los cristales y esmaltes como á la pintura) hubo de encontrar el bueno de Jorge á sus padres, siempre solícitos de su porvenir, instalados en una nueva casa, no menos grande y cómoda que un palacio. Su padre había comprado un hotel en el barrio de Monceaux, avenida de Ruysdael, pagándose de vivir en una calle que llevaba el nombre de un famoso artista.

En el piso superior se había dispuesto con el mayor gusto y sin escasear gastos, un estudio con muy buenas luces y adornado de objetos y muebles tan preciosos como raros, sin que faltara ni un piano de cola.

En el fondo un estrado de dos gradas, lugar destinado á los modelos y á las damas que quisieran retratarse; y estas gradas revestidas con una hermosa piel de oso blanco, fija con triángulos.

Jorge dió las gracias á su madre por haberle preparado este *paraíso;* desde aquel día, pues que tenía ya un estudio, se convino en que era pintor.

A la verdad, Jorge no pintaba mucho; pero recibía á sus amigos en su estudio por las tardes. Sus padres se retiraban discretamente en estas ocasiones y lo dejaban á sus anchas entre *aquellos jóvenes.* Algunos de estos jóvenes frisaban ya en los cuarenta años.

Entonces fué cuando se asoció con Garcerie, que más tarde debía ayudarle en la redacción de su catálogo.

Garcerie pasaba por un *crítico*, por un *escéptico*. Jamás había manejado un pincel ni una pluma, ni se le vió nunca sentarse al piano. Con todo eso, sobre pintura, literatura y música, daba fallos que en su círculo tenían fuerza de oráculos.

Aconsejaba con insistencia á Riverín á reflexionar mucho antes de ponerse á trabajar. Era menester guardarse de la santa rutina; era preciso profesar el santo horror á lo convenido... Si Riverín le hablaba de un cuadro de historia que meditaba y le explicaba su disposición, Garcerie se encogía de hombros, diciendo: «Delacroix entonces.» Si, al contrario, se trataba de un cuadro de género, tomaba su sombrero y su bastón diciendo: «¡Oh! si sientes la necesidad de volver á los holandeses!.. » Cualesquiera que fuesen las concepciones de su amigo, suscitaba siempre alguna objeción.

El mismo se complacía en la irresolución y se gozaba en impedir á los demás que perseveraran. Parecíale la vida como un camino sin objeto; creía que hay que guardarse de ser bastante necios para procurar construirla, modelarla, según un plan, y que vale más considerarla como una simple serie de días que perder de la manera más grata que sea posible. Un almuerzo con amigos y amigas, una repetición, un embarnizado, una discusión de estética, una sentada en una cervecería con cristales á la calle, y tantos otros medios excelentes, en su sentir, para pintar agradablemente el curso de las horas.

Una vez hizo un viaje de dos meses, y libre ya Jorge de aquella influencia negativa, se fió de nuevo en sus fuerzas y bosquejó un gran cuadro, la Fortuna con su rueda. El asunto no era nuevo, pero no importaba: su obra no iba mal. Al regreso de Garcerie, ocultó la pintura bajo un velo, que quitó prontamente para que su amigo pudiera apreciar la obra maestra.

Garcerie exclamó entonces:

– ¡Oh! no enseñes eso á nadie... te pondrías en ridículo, y todo el mundo se te vendría encima, llamando á tu Fortuna la *mujer del velocípedo.*

El cuadro permaneció allí.

A consecuencia de este fracaso, decidió Riverín consagrarse al paisaje, y Garcerie mismo lo exhortaba á ello.

– He aquí para lo que me creo con menos aptitudes en el arte de pintar.

– Seguirás un curso.

– Pero tengo ya treinta años; soy ya viejo, y necesitaría muchos años antes de tener *una nota personal.*

– Corot no comenzó á darse á conocer hasta los cuarenta años.

Riverín frecuentó un estudio célebre. Sus padres lo alentaban y cuchicheaban misteriosamente diciendo:

– Jorge será un buen paisajista.

Hiciera ó no hiciera, lo animaban y aun lo admiraban, y engañados siempre en sus esperanzas, esperaban indefinidamente. Jorge no fatigaba nunca sus anhelos, disponiendo de un crédito ilimitado.

Por lo demás, no era el único de su especie. Tenía por amigos á muchos hombres de su edad, rezagados que habiendo nacido ricos y no estando impelidos por la necesidad, continuaban, largo tiempo después de la edad de la escuela, estudios de pintura ó de música. Trabajaban con profesores, y esto solía traer graciosos errores. Un día, por ejemplo, dijo uno de ellos en casa de un extraño:

– Os dejo para ir á una lección.

– ¿Tenéis discípulos? – le preguntó el otro con cierta sorpresa.

– No; voy á tomar una lección.

Casi todos ellos habían cultivado sus aficiones. Se conocía que habían leído, llevado una vida feliz, vivido desde muy temprano entre lienzos, bronces y mármoles. Componíanse cabezas: el uno pretendía tener un perfil que podría figurar en la moneda; el otro creía poder atribuirse una cara de la Edad media desviada bajo el tipo moderno; este se esforzaba en parecerse á Caracalla ó á Lucio Vero; aquel á un patricio de Génova; estotro al Hamilcar de Haubert. Así, sus caras mismas marcaban una época erudita y refinada, un tiempo en que vuelan por los aires ideas, imágenes sabias, todo un rico polvo artístico y arqueológico.

Paseábanse todos juntos y divagaban por los bulevares recreándose en el aspecto raro y brillante de las cosas y haciendo observaciones sobre las mujeres de vida airada que andan en traje de viudas, ó saboreando el olor místico, olor á incienso, que se respira de pronto, á dos pasos del arroyo, el cual olor proviene del mostrador de un mercader ambulante de piernas desnudas y gorro de Fez, que vende pastillas del serrallo.

Después sentábanse á la mesa de un café, discurriendo sobre Renán ó Gustavo Moreau, ó de Wagner, acusando al público, que no tiene predilección por las obras cinceladas.

Riverín se sentía á veces poseído de enojo deplorando tantas horas perdidas. ¡Qué garrulería! ¡Cuántos cigarros! Durante este tiempo ¿no se podía producir é imponerse? Entonces se encerraba y no abandonaba su estudio sino para sus lecciones.

En estas encerronas hubo de bosquejar muchos paisajes, cuyo título improvisaba desde luego, generalmente con todo este gusto: *El Otoño desde lo alto de la landa de San Crescente;* ó bien: el *Sol poniente en el valle de Nainville;* ó *En el bosque en las cercanías de Montmartre.*

Garcerie lo exhortó á acumular todas sus fuerzas sobre el *Bosque en las cercanías de Montmartre.* Tratábase de *no proceder de nadie;* importaba no parecerse á Rousseau, ni á Dupré, ni á Díaz, ni á Daubigny. Pero á fuerza de concentrarse, de raspar, de repintar, se hartó Riverín de cuadro. «No lo veo ya,» decía. Garcerie le sugirió la idea de volverlo, de ponerlo al revés, para contemplarlo. Así, aun lo *veía* un poco.

Durante este período, dábase aires Riverín de hombre ocupado, de artista aferrado á su labor, para quien es enojoso todo contacto con el mundo exterior. Salía tarde; si había apertura de alguna exposición importante, llegaba al terminar, andando aprisa, saludando con la mano á la ligera, con la barba en desorden y el paletot tirado con abandono sobre su traje de trapillo.

Con todo eso llegó á dudar que hubiera nacido para el paisaje. Un momento se creyó *pastelista nato;* otro momento más ó menos feliz, se dió por *animalista puro*, y pensó seriamente en la acuarela.

– Yo creo, – le dijo Garcerie, – yo creo que eres más bien crítico.

Entonces se resolvió á escribir en un periódico de arte. Su familia aprobó desde luego y aun aplaudió esta *nueva evolución.* Se corrió la voz de que iba á publicar una serie de artículos, como Fromentin. Y se le recomendó y se le facilitaron los medios de obtener honrosos triunfos.

Garcerie le aconsejó al principio que tomara un seudónimo; pero sobre todo ingenioso. Riverín debía firmar sucesivamente: *Maugis – Brielmont – Mortemer – Sagitta – De Volpierre* – Pero por más que meditaba no sabía en qué fijarse.

Pensó también en el asunto de los artículos. – Evitemos, – repetía Garcerie, – evitemos los golpes falsos. – Riverín endilgó un estudio titulado: *El Arte de los Cuatrocentistas* acumulando notas tomadas de Vasari, de Facio, de Ciriaco de Ancona. Después discutió con Garcerie el plan de un ensayo sobre *Fastorino de Siena* y *los Medallistas del Renacimiento.*

Y se determinó á trazar las primeras líneas: «Fastorino representó con la mejor gracia las complicadas elegancias de las mujeres de su tiempo.» Y salió para descansar, y se encontró en la calle á un su amigo con Rosa-Alina.

Rosa-Alina era una judía, á la vez modelo y favorita del amigo. Su fino rostro de tipo asiático hubo de impresionar á Riverín. La vió tomar postura y admiró sus brazos de forma correcta, sus torneadas manos y la actitud noble de toda su persona.

– ¡Qué modelo! dijo á Garcerie. Siento haber abandonado la pintura de historia, porque hubiera querido vestir á esta joven semita de reina judía en un cuadro de historia bíblica, por ejemplo: *Berenice* en el templo para un voto de Nazireato (véase Renán). Esta hermosa joven con diadema, con túnica, con perlas, con su expresión dulce y astuta á la vez, sería una gran figura, y alrededor de ella los esplendores del santuario. Hubiera sido preciso alinear en sus ropas caracteres hebraicos, como en el Van-Eyk del Prado en Madrid.

– O como en la orla del manto de la Virgen de Metsys, en el mismo museo, – añadió Garcerie.

Riverín acarició luego la idea de pintar á Rosa-Alina en un traje que recordara el de la *Desposada judía*, de Rembrandt. Después, habiendo leído un artículo de la *Revista de Ambos Mundos*, prefirió hacer de ella una Delia, como se *dirá en la nota*, explicaba á Garcerie. Aquellas meretrices de Roma eran judías ó sirias, y Rosa-Alina, con su cara deliciosa, sería Delia, la cortesana mitrada, comedianta, música, que sabía llorar bastante artísticamente para arrancar estas palabras al poeta: «¡Oh! ¡cuánto me gustas en lágrimas!»

Habiendo visto Garcerie á Rosa-Alina, declaró á su vez que lo que se podría sacar de ella era una Ester de primer orden.

– ¿Ester? – dijo Riverín. – Sí, Ester, la sultana pérfida, perfumada, afeitada, que como una maga da un filtro al rey Asuero, y por salvar á su raza entrega al rey su bello cuerpo.

Pero, finalmente, prefirió representar á Rosa-Alina de Monima, «la princesa embriagadora, con su fausto semibárbaro, con los brazos cargados de brazaletes y el seno de pesados collares.»

Por desgracia no pudo poner en ejecución tan bello proyecto.

A fuerza de fumar, de trasnochar, de discutir hasta las tres de la madrugada y de recorrer las exposiciones y los espectáculos, cayó peligrosamente enfermo, y como era hijo de padres viejos tenía poca savia y menos fuerzas. Con esto, no tardó mucho el médico en desahuciarlo: sucumbía de consunción, de anemia.

A pesar de todo, solía trabajar algunos días. Garcerie seguía visitándolo, y volvieron á la redacción, tanto tiempo suspendida, del famoso catálogo.

Un día estaba Riverín en vena de dictar:

«N.° 241. Llave de arbaleta. – 242. Llave de caña redonda; imbricaciones grabadas. – 243. Plato de porcelana etrusca con una inscripción en el *marli*...»

Garcerie lo interrumpió.

– Hay que cambiar, – dijo, – la copia de la primera parte. ¿A qué viene á parecerse esto?... Encarga letras góticas, tintas de color, títulos...

Pero Riverín le dió á entender que se sentía peor.

Se repuso un poco y comenzaron á departir. Riverín estaba muy triste:

– ¡Morir! *¡Volver al gran Todo!* – dijo entre dientes. – Pero no; yo quiero sanar, quiero ilustrarme. ¡Cuánta queja tengo del destino! Yo habría podido ser un gran artista si hubiera...

– ¿Qué te ha faltado? – preguntó Garcerie. – En cuanto expresabas un deseo era satisfecho. Has tenido maestros, viajes, colecciones, libros, tiempo.

– ¡Ah! – exclamó Riverín, haciendo un supremo esfuerzo para incorporarse. – «Me ha faltado... el obstáculo »

Y volvió á dejarse caer sobre las almohadas, muriendo en los brazos de su amigo.

FÉLIX NAQUET.

NOTICIAS VARIAS

STANLEY. – *La Independencia belga* publica algunas noticias que, acerca de la expedición Stanley, le ha proporcionado el teniente Baert, el cual acaba de regresar á Bruselas procedente de las Cataratas de Stanley, después de vivir un año con Tippo-Tip, á cuyo servicio estaba en calidad de secretario.

Baert se hallaba en dichas Cataratas durante el período que tuvo por epílogo el asesinato del Mayor Barttelot, y también cuando llegaron del Aruhuimi los enviados de Stanley encargados de entregar á Tippo-Tip de parte del heroico explorador la carta que todo el mundo conoce, y con este motivo tuvo ocasión de adquirir de ellos indicaciones curiosas sobre la marcha de la expedición.

Los dos mensajeros de Stanley llegados á las Cataratas el 25 de agosto de 1888, dice el teniente Baert, tenían el rostro demacrado, pareciendo haber soportado grandes privaciones. Aleccionados sin duda por Stanley, quien se reserva contar él mismo sus aventuras, contestaron á las preguntas que se les hacía limitándose á parafrasear su carta, y diciendo que todo había marchado á pedir de boca; pero su aspecto desmentía sus palabras. El teniente Baert marchó en persona desde las Cataratas á Yambuya, y desde este punto á una jornada más allá por el camino seguido por Stanley para ir en socorro de Emín, habiendo penetrado en un país pantanoso, cruzado por ríos casi impracticables y lleno de altas hierbas entre las que la expedición tuvo que abrirse paso haciendo que cincuenta hombres las cortaran á hachazos.

Más allá las dificultades debían ser mayores, porque según confesión de los mensajeros, Stanley invirtió diez meses en recorrer el trayecto de Yambuya á Wadelai, mientras que después de haber sido provisto de víveres por Emín sólo ha necesitado ochenta y dos días para regresar hasta Nurenya, última localidad ribereña del Aruhuimi, río que Stanley designa en su última carta con el nombre de Bananya, y que está situado á siete días de marcha de Yambuya. Además, los enviados del explorador han confesado que al llegar la expedición casi al término de su viaje, le había sucedido una peripecia dramática, viéndose obligada á trabar una lucha con los habitantes de un pueblo situado á orillas del lago Alberto Nyanza, y que, según dicen, son unos gigantes. En su pintoresco lenguaje añaden: «Estos africanos son tan altos sentados como nosotros de pie.» El citado teniente cree poder inferir de estos hechos y noticias que la expedición ha tenido que hacer los más rudos esfuerzos para llegar á Wadelai, y en último resultado Emín-bajá habrá debido socorrerla en vez de ser socorrido por ella.

Añade Baert que en el momento de salir de las cataratas, llegaba un nuevo paquete de cartas de Stanley para Inglaterra, cartas posteriores á la publicada recientemente, y escritas cuando el explorador retrocedía, saliendo de Nurenya para efectuar otra vez su reunión con Emín. Estas cartas llegarán probablemente á Europa en el mes de marzo.

Según dicho teniente, Stanley no regresará á Europa por el Congo ni por Zanzíbar, sino por otro punto de Africa, ó después de reconquistar á Khartum, quizás en compañía de Emín. Intentará lo que se proponía Gordon, lo que el general Wolseley no pudo hacer; se esforzará por arrancar el Sudán al mahdi y devolverlo á la civilización.



BOSQUEJO DE AFICIONADO, *dibujo de Jeanniot*

Sir Francis de Winton cree por el contrario que Stanley volverá por la costa oriental.

El teniente Baert ha hablado en fin del papel que ha desempeñado Tippo-Tip, y he aquí cómo explica la negativa de este árabe á acompañar á Stanley á Wadelai.

A Tippo-Tip no le han faltado ganas de reunirse con Stanley; pues habría podido comprar por el camino gran cantidad de marfil, y hubiera hecho un magnífico negocio; así es que vaciló mucho antes de renunciar. Después de reflexionarlo, los escrúpulos más honrosos le han decidido á permanecer en su puesto.

Sabía que el rey Leopoldo estaba interesado en la expedición Stanley; pero el *modus vivendi* establecido en las Cataratas le ha parecido de fecha demasiado reciente para poder arrostrar en estos momentos los riesgos de una ausencia prolongada. Tales ideas son las que ha tenido en cuenta el valí para abstenerse de reunirse con Stanley. En cambio ha enviado al explorador una fuerte caravana de refuerzo, compuesta de muchos centenares de hombres y mandada por un pariente suyo, Selim ben Mahmed, rico traficante de Zanzíbar, perfecto conocedor de los países del Aruhuimi, y poseedor de cuanto es necesario para secundar poderosamente la expedición Emín. Esta caravana debe haber efectuado á estas fechas su reunión con la de Stanley. En una palabra, el rey Leopoldo y Stanley tienen en Tippo-Tip, no un enemigo secreto, sino uno de los más preciosos auxiliares, destinado á ser un importante mediador entre la civilización blanca y la barbarie negra.

(*La Exploración*)

***

EL ANTIESCLAVISMO EN AFRICA. – *Estaciones de los misioneros.* – Las naciones interesadas en las misiones del Africa oriental son Inglaterra, Alemania y Francia: las misiones pertenecen al catolicismo ó al protestantismo.

Las inglesas protestantes son las de la Iglesia anglicana (episcopales); las de las Universidades (episcopales); de la Iglesia establecida de Escocia (presbiterianas); de la Iglesia libre de Escocia (presbiterianas); de las misiones de Londres (congregacionistas), y de las Iglesias libres metódicas unidas. No hay misión inglesa católica romana.

Las estaciones de la misión de la Iglesia anglicana se dividen en dos ramas principales, la más antigua de las cuales es la de Mombaza, en la costa; la otra, la del Victoria Nyanza, tiene su base de operaciones en Zanzíbar. A la primera pertenecen las estaciones de Mombaza, Frere Town, Rabai, Kamilikeni, Kisuludini y Schiemba, situadas en el territorio del sultán de Zanzíbar; la de Teita está en la esfera de influencia inglesa y la de Chagga reconoce el protectorado alemán. La Sociedad posee un vapor que hace viajes de Mombaza á Zanzíbar. Las estaciones siguientes pertenecen á la segunda rama: Mamboia, Mpuapua, Kuokué en el U-Sagara; la de Uyui en el U Nyaniembé; Mtingira en el U-Sukuma; Usambiro, Msalala y Nasa en el ángulo Sudeste del Victoria-Nyanza, y Rubaga en el U-Ganda. No todas estas estaciones están ocupadas en la actualidad, por oponerse á ello la dificultad de enviar refuerzos, y además puede suceder que algunas sólo lo estén transitoriamente.

La misión de las Universidades consta de dos ramas, teniendo la principal, que es la de Zanzíbar, un puerto de mar; la otra es la rama del lago Nyassa, cuya base de operaciones es Quilimane, en la colonia portuguesa, puerto que el Zambezé y el Chiré ponen en comunicación con las estaciones del interior.

Dependen de la primera rama las estaciones de Zanzíbar, Mkusi, Amba, Magila, Misosué, en el U-Sambara; Masasi, Newala, Chitangall y Mtua junto al río Rovuma,

y otras muchas más pequeñas. A excepción de la de Zanzíbar, todas están en la esfera de la influencia alemana. A la segunda rama pertenecen las estaciones de la isla de Lukuma, en la costa oriental del lago Nyassa, de Chitesi y de Mayenda. La Sociedad tiene un vapor para navegar por el lago.

La Iglesia establecida de Escocia tiene la estación principal de Blantyre, junto al lago Shirwa, con otras anejas en comunicación con Quilimane por el Chiré y el Zambezé.

Las estaciones de la Iglesia libre de Escocia son Bandaué en la costa occidental del lago; A-Ngoniland en la meseta; Karonga en el extremo N. O. del lago; la del cabo Maclear, al S. de éste, y la de Kikus en la meseta. Un vapor mercante, perteneciente á una compañía comercial, mantiene expeditas las comunicaciones entre el lago y Quilimane.

La Sociedad de las misiones de Londres tiene la estación de Urambo en el U-Nyamuezí; las de las islas Kavala en la costa occidental del Tanganika y de Fambo en la orilla meridional de este lago; las dos últimas están en comunicación con Quilimane por el camino Stevenson, entre los grandes lagos, el Nyassa, y los ríos Chiré y Zambezé; la de Urambo lo está con Zanzíbar al través de un territorio situado en la esfera de la influencia alemana.

La Iglesia libre metodista unida posee las estaciones de Rivé y Yomvú cerca de Mombaza y la de Golbanti en el país de los Gallas. La situación de ésta es peligrosa, y el año pasado fueron asesinados un misionero y su mujer junto con muchos cristianos indígenas.

Las misiones protestantes alemanas son las de Neukirchen, Baviera y Berlín. La primera tiene la estación de Nago, en el país de los Gallas y en la orilla septentrional del Tana. Es una misión reciente que ha pasado por terribles pruebas; su base de operaciones está en Vitu, y funciona en el país de los Wa-Pokomo.

La misión bávara tiene las estaciones de Mbungu y de Jimba cerca de Mombaza; esta misión, muy reciente, se propone catequizar á los Wa-Kamba.

La misión berlinesa, también de reciente fecha, tiene las estaciones de Zanzíbar y de Dar-es-Salam.

La católica alemana, asimismo reciente, se ha instalado en Dar-es-Salam, en oposición á la misión romana de lengua francesa establecida hace tiempo en Bagamoyo.



EL ARCHIDUQUE FRANCISCO FERNANDO DE AUSTRIA, presunto sucesor de la corona de Austria

No hay misiones francesas protestantes. Las católico-romanas son las de Nuestra Señora de África, del Espíritu Santo y del Sagrado Corazón de María, y la de la Compañía de Jesús.

La misión de Nuestra Señora de África es creación del cardenal Lavigerie, arzobispo de Cartago. Se subdivide en dos ramas.

Una, la del Victoria-Nyanza, tiene por estaciones Rubaga en el U-Ganda; Bukumbi al Sur del lago; y Suerú en el U-Nyamuezi: otra, la del Tanganika con la estación de Ruwua en la costa occidental del lago y la de Karema con la cual cuenta mucho M. Lavigerie en su proyecto de cruzada contra la trata.

Las misiones del Espíritu Santo y del Sagrado Corazón de María tienen muchas estaciones, especialmente en Bagamoyo en la costa, y en Mhonda en el Nguna.

Los padres de la Compañía de Jesús tienen una estación en Tete junto al Zambezé, y quizás otras al Norte de este río, sobre cuyos progresos no se tienen datos positivos.

Así pues, hay en totalidad seis misiones anglicanas, cuatro alemanas y tres francesas.

La Sociedad de las misiones africanas trabaja en África hace treinta años; después de ella se fundó la misión francesa de Bagamoyo. Ambas son anteriores á las grandes exploraciones de Livingstone. Las otras son posteriores y algunas muy recientes.

– LOS EXTRANJEROS EN LA EXPOSICIÓN DE PARÍS. – Los países que tienen una sección nacional en la Exposición de 1889 se pueden clasificar en dos categorías: por una parte, los que están representados por comisarios nombrados por su respectivo gobierno, y son:

En Europa: Grecia, Noruega, Serbia, Suiza, San Marino y Mónaco; – en Asia: el Japón, Persia y el reino de Siam; – en Africa: Marruecos y la República Sud-africana; - en Oceanía: Victoria, Nueva Zelanda y la Nueva Gales del Sur; - en América: los Estados Unidos, la República argentina, Bolivia, Chile, Colombia, el Ecuador, Guatemala, Haití, México, Nicaragua, Paraguay, Santo Domingo, el Salvador, el Uruguay y Venezuela.

Por otra parte, los países cuya participación no es oficial sino de iniciativa particular.

En Europa: Austria-Hungría, Bélgica, Gran Bretaña, España, Dinamarca; Países Bajos, Rusia, Italia, Rumanía, Portugal y el Gran Ducado de Luxemburgo; – en América; el Brasil. Muchas de estas comisiones han alcanzado subvenciones de su gobierno. Así por ejemplo, el Parlamento belga ha votado 600,000 francos; las Cortes españolas 500,000 pesetas; el gobierno portugués ha concedido 137,000; el rumano 200,000, el danés 140,000 y el brasileño 750,000

(De la *Gazette Géographique*)



ATAQUE Á LA PROPIEDAD AGENA, cuadro de H. Biedermann-Arendts
presentado en la última Exposición de Munich

BARCELONA. – IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 18 DE MARZO DE 1889 — NÚM. 377

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



MADONNA, cuadro de Carlos Dolce, existente en la Galería Corsini Roma, (grabado por M. Weber)

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

MADONNA, cuadro de Carlos Dolce

En pintura, como en todo, lo bello y lo bueno no pasan nunca de moda; podrá haber habido algún tiempo en que á las obras maestras de Rafael y de Miguel Angel se les atribuyera, á falta de otros, el defecto de un purismo exagerado y en algunos casos de una sencillez llevada hasta el último límite, y sin embargo el ánimo se ha extasiado, se extasía y se extasiará siempre ante los preciosos lienzos de tan portentosos genios. ¿Qué mejor prueba para nuestro aserto que aquel brillante período iniciado á fines del siglo décimosexto en la corte de los Médicis, en ese emporio de sublimidades artísticas que surgió á orillas del Arno, período al cual con razón se ha calificado de «Renacimiento del buen gusto»? Y es que los tiempos varían, pero poco á poco vuelven siempre á lo mejor.

A esta escuela purista que bebía casi todas sus inspiraciones en los abundantes manantiales de la religión y de la fe perteneció Carlos Dolce (1616 á 1686), discípulo de Vignali, cuyas *Mater Dolorosa* y *Santa Cecilia*, reproducidas hasta lo infinito, justifican la fama de que gozó entre sus contemporáneos y en las posteriores generaciones.

La *Madonna* de Dolce es un modelo de dibujo y de colorido, pero tiene, además, otra particularidad nacida del sentimiento que la figura saliente del cuadro respira: los que han admirado esta pintura en la Galería Corsini, de Roma, habrán podido observar que la dulce expresión de la Virgen refleja no solamente la dicha inefable que embarga á la Madre del Salvador – dicha que en las Madonnas de Rafael aparece con tantos encantos retratada, – sino también una pena vaga, indefinida, hija de un divino presentimiento: la Madonna de Dolce parece adivinar que algún día se la invocará con el dictado de *Mater Dolorosa*.

Soldados alemanes de caballería, junto á una fuente

(Del album de croquis de T. Rocholl)

Los militares y la guerra han proporcionado siempre materia abundante para cuadros y sobre todo para apuntes tomados precipitadamente del natural, ora aprovechando un descanso del ejército en campaña, ora sorprendiendo un episodio notable en una sangrienta batalla. El pintor alemán Rocholl ha logrado reunir en un album una porción de preciosos croquis sacados por él, entre los cuales figura el que reproducimos y que representa á unos soldados alemanes de caballería apagando su sed y la de sus cabalgaduras en una rústica fuente. La naturalidad en las actitudes y la expresión de los jinetes y la verdad con que están dibujados los caballos honran al artista que los ha trasladado al papel y justifican la fama de que goza el autor del cuadro al óleo que con el título de «Episodio de la batalla de Vionville» tan celebrado fué en la última Exposición de Munich.

EL RETRATO DEL SARGENTO
cuadro de Meissonier

¿Necesitaremos llamar la atención del lector hacia este grabado, copia exacta de un cuadro del insigne Meissonier? Contémplese detenidamente, examínese la actitud y la expresión de las diferentes figuras en él trazadas, y se convendrá en que es digno de la justa fama de que goza el autor, que añadió con él una página más á las muchas de gloria que constituyen la historia de su vida artística.

LA PUESTA DEL SOL, cuadro de H. Prell

Este cuadro es una tierna y expresiva alegoría. Llegada la hora del crepúsculo vespertino, esa hora en que todo empieza á entregarse al reposo en la naturaleza, la cuidadosa madre regresa al hogar doméstico para recoger en él á su hijuelo. Un ángel, con pintadas alas de mariposa, agita una campanilla como indicando al niño que ha llegado el momento del silencio y de conciliar ese sueño de la inocencia no agitado aun por cuidado alguno, á cuya indicación corresponde la criatura extendiendo su bracito al ángel en ademán de obediencia.

Esta idílica escena, á la que presta mayor encanto todo el ambiente de la amena campiña; y la melancólica luz crepuscular, está presentada con tanta suavidad como delicadeza de tonos y matices, y es una brillante prueba de la imaginación creadora del artista.

REBAÑOS EN EL TORRENTE, cuadro de F. Voltz

En poesía como en pintura, el idilio ha revestido formas distintas según el gusto de la época; así en el siglo décimo octavo no se comprendía este género si no estaba representado por unos pastorcitos muy caprichosamente vestidos, que apacentaran rebaños convencionales en imaginarios paisajes; hoy en cambio, lo primero que al pintor se exige en esto como en todas las especialidades es la reproducción fiel y verdadera de la naturaleza que, dígase lo que se quiera, siempre ofrecerá al artista espectáculos más bellos, más grandiosos y más sublimes que los que pueda forjar la más brillante y excitada fantasía. Dígalo, sino, F. Voltz cuyos cuadros no son menos bellos por ser más naturalistas: sus reses están tan exactamente reproducidas que no habrá ganadero que no conozca á qué razas pertenecen, sus pastores son pastores de verdad y sus paisajes no son ni más ni menos que unos de tantos como pueden verse especialmente en las comarcas del Sud de Alemania. ¿Y negará alguien que el cuadro que reproducimos, por ejemplo, despierta en el ánimo del espectador aquel dulce sentimiento, aquel inefable deleite que en todo el que siente produce la vista de lo realmente bello?

Juan Federico Voltz, hijo del pintor y grabador Juan Miguel Voltz, nació en Nordlingen en 1817: á los 17 años pasó á Munich á proseguir los estudios artísticos que había empezado bajo la dirección de su padre y á los 26 hizo un viaje de estudio por Alemania, Tirol, Italia, Bélgica, Holanda y Francia con el propósito de perfeccionarse en el género de pintura á que se dedicaba y de ampliar sus conocimientos sobre el reino animal. Por la colección de sus cuadros, dibujos, croquis y estudios que después de su muerte expuso la dirección de la Galería Nacional de Berlín, pudieron los críticos y aficionados comprender cuántos años de estudio y de ímprobos trabajos representaban la maestría y el éxito alcanzados por el primer pintor de idilios de los tiempos modernos.

LO QUE NO HAY EN EL PUEBLO – PESCADORA GALLEGA apuntes de B. Galofre

Nuestro asiduo colaborador y paisano es de esos artistas que no pierden ocasión de estudiar toda clase de tipos y figuras hasta en sus menores detalles y actitudes, lo cual hace que las de sus cuadros parezcan, más bien que dibujadas, irreprochables reproducciones fotográficas. Los dos ligeros apuntes que incluímos en este número son una nueva prueba de la notable facilidad de su lápiz, y de la verdad artística que descuella en todas sus obras, por insignificantes que sean.

ZENORA PASTRANA, mujer barbuda

(De una fotografía)

En la Exposición antropológica que tiene actualmente abierta en Munich el señor J. B. Gassner figura el extraordinario ejemplar que reproducimos y que constituye un caso rarísimo de exceso de pelo ó *hypertrichosis*. Zenora Pastrana es una joven de 29 años, de esbelta figura, de graciosos movimientos y sin más defecto físico que tener el cuerpo (á excepción del pecho) y el rostro excesivamente cubierto de pelo: ejecuta con habilidad suma todos los trabajos propios de su sexo, posee á la perfección varios idiomas, tiene conocimientos musicales nada comunes y baila, según afirman testigos presenciales, con gracia encantadora. Este conjunto de buenas cualidades explica que á los 17 años se casara, á pesar de su gran defecto, con un americano que falleció en 1884 en San Petersburgo y del cual tuvo un precioso niño rubio que murió á la edad de 7 años y que no había heredado ni poco ni mucho la hypertrichosis de su madre. Esta, como puede verse en el grabado, tiene la cabeza de hombre con crespa cabellera y poblada barba.

Este fenómeno tiene su explicación científica que destruye por completo la fábula de los supuestos hombres-fieras.

SUPLEMENTO ARTISTICO

VISIÓN DEL EMPERADOR MAXIMIANO
cuadro de E. K. Liska

Maximiano, elevado en 285 por Diocleciano á la dignidad de César y nombrado emperador de Italia y de Africa cuando en 292 se procedió á la división del romano Imperio, distinguióse por la crueldad con que persiguió á los cristianos, muchos de los cuales perecieron por orden suya en medio de los más atroces martirios. En el año 305 abdicó y cinco años después fué asesinado.

¿Llegó á sentir remordimientos por las víctimas á su furor inmoladas? Punto es este que la historia no ha aclarado; pero si realmente los tuvo, difícilmente podrían ser mejor expresados que lo están en el cuadro de E. K. Liska. Atormentado por terribles visiones, abandona el ex-emperador su lecho y encaminándose á la terraza de su palacio busca en la tranquilidad de apacible y serena noche de luna la calma que no le es dado en parte alguna disfrutar. Pero hasta allí le persiguen las sombras de tantos cristianos por él sacrificados: en vano con la faz contra el suelo y envuelto en su manto trata de apartar sus ojos de la triste aparición, en vano procura convencerse de que ésta es simple engendro de su calenturienta fantasía; los mártires están siempre ante su vista y su rostro sereno y radiante de gloria contrasta con la contracción rabiosa de las facciones del mísero verdugo. Liska ha sabido reproducir en admirable lienzo el incontrastable poder que la conciencia ejerce en el ánimo del hombre más malvado.

Esto, y la primorosa ejecución de los detalles que avaloran aun más la obra del célebre profesor de la Escuela de Artes de Praga, justifican el fallo del Jurado que recientemente le otorgó en Munich la segunda medalla de oro.

Desgraciadamente esta perla del arte pictórico ha sido hace poco tiempo destruída en parte por un incendio: una chispa de una de las lámparas eléctricas que iluminaban el salón en donde estaba expuesto el cuadro (en Praga) le prendió fuego consumiendo por completo entre otras cosas la figura del emperador.

Liska, nacido en Mikulovic (Moravia) en 1852, pasó los primeros años de su juventud en Bohemia é hizo sus primeros estudios en la Academia de Artes plásticas de Praga, bajo la dirección del director y de Swerts; desde 1878 á 1880 estudió en Munich con el profesor O. Leitz y últimamente fué nombrado profesor de la citada escuela de Praga.

Entre sus mejores obras pueden citarse, además de la que reproducimos, sus *Manfredo y Astarté*, *Agar é Ismael*, *Caín*, y *Jesucristo en el monte Olivete*.

Además de la medalla de oro conseguida en Munich, ha obtenido un premio en Roma y por concurso fué designado para llevar á cabo la ornamentación del Teatro Nacional Bohemio, de Praga.

EL LABERINTO DEL AMOR

I

Muchos poetas y escritores clásicos, y aun algunos románticos, se han ocupado del Laberinto de Creta. El *hilo de Ariadna* es una frase de la que se ha abusado casi tanto como de la *espada de Damocles*. En cambio, nadie, que yo sepa, excepto Suetonio, é Hipatia de Alejandría, han mencionado el Laberinto del Amor.

Y eso que entre estos dos laberintos media un abismo, el abismo de ser ó no ser.

El Laberinto de Creta es una ficción. Ariadna, desenvolviendo de su madeja el hilo conductor que la asegurase la salida, es el mito del ingenio y de la previsión con los que se sale de los más grandes atolladeros. El Laberinto del Amor es histórico y constituye una de las rarezas de la antigüedad.

Semíramis, la gran reina de Asiria, como toda mujer era caprichosa; y después de erigir á Belo, fundador de su dinastía, un templo suntuoso, concibió el capricho de construir el extraño laberinto de que voy á ocuparme.

La idea del templo era magnífica, digna de Babilonia. Un poeta ha traducido el pensamiento de Semíramis en los siguientes versos:

> ¡Oh, Belo! inmortal padre, dios de dioses!
> Dentro del babilónico recinto,
> un templo he de erigirte, cual dechado
> y homenaje á tu gloria y mi cariño.
> Techos de oro de Tíbar con labores
> de incorruptible alerce entretejidos,
> por columnas de plata sustentados,
> con capiteles de coral marino;
> aunque no á tu grandeza suficientes
> serán del arte humano lo más rico.

La idea del Laberinto es una lucubración; el despilfarro de grandeza de un monarca.

II

El Laberinto estaba situado á cinco millas de Babilonia. No era como el de Creta un jardín lleno de senderos y de recovecos de arbustos, de céspedes y de malezas, sino un edificio construído de macizas piedras. Su forma era cuadrilátera y abarcaba un espacio de siete millas. Tenía una sola puerta, y una hilera de ventanas, ó mejor dicho de claraboyas enrejadas, á gran distancia del suelo. Su construcción exterior no ofrecía nada de particular, si se exceptúa un friso de alto relieve lleno de figuras que representaban á amantes castigados por el exceso de sus pasiones: unos que se arrojaban al mar desde una alta roca, otros que se abrasaban en una pira, y muchos devorados por hidras y endriagos, emblemas de la libidinosidad.

Sobre la puerta del edificio había esta inscripción: *El que después de internado en este recinto, volviere á este umbral, será salvo.*

A los que ingresaban en el Laberinto se les hacía leer ó se les leía la inscripción. Luego penetraban en un vestíbulo, en donde les tapaban los ojos, hasta que les conducían bien adentro, y cuando les devolvían la vista, hallábanse en una galería ó pasillo altísimo de techo, construído de muros de piedra sin adorno alguno, y que recibía la luz por medio de las claraboyas ya mencionadas, ó bien por rompimientos de piedra traslúcida, abiertos en el techo. El piso era también de piedra.

El condenado al Laberinto del Amor, recorría aquél y llegaba á otro y á otros cien todos iguales, de una monotonía desesperadora, cortos, llenos de ángulos y de recodos construídos con un ingenio *desvanecedor;* pues, con efecto desvanecía á cuantos andaban por ellos, haciéndoles perder la noción del sitio en donde se hallaban.

A veces, en la pared de piedra, el prisionero veía una puerta sin hojas; penetraba por ella, y se hallaba en una pieza rotonda en la que invariablemente había los mismos utensilios; una tarima con cabezal de piedra, una pila de piedra que recibía un chorro de agua de un caño de piedra, y una mesa de piedra también, surtida de manjares, fiambres y de frutas. Cómo y quiénes, sin ser vistos, proveían esta mesa, se ignora; era uno de los misterios de aquel extraño recinto.

Debía haber muchas rotondas; pues los prisioneros las encontraban con bastante frecuencia, pero tan enteramente iguales, que los reclusos las confundían entre sí, y perdían la idea de la en que entraban. Todo estaba previsto, en estas piezas había tres huecos hechos en la pared, llenos de prendas de vestir y de calzado de todos tamaños, para que los prisioneros pudiesen renovar sus trajes. En cuanto á calefacción lo cálido del clima la hacía innecesaria.

No había alumbrado. Al llegar la noche el laberinto quedaba en tinieblas, y los reclusos sólo veían la claridad de la luna ó de las estrellas que penetraba tenuemente por las altas claraboyas; así es que los que llevaban algún tiempo encerrados, aleccionados por la necesidad se apresuraban á buscar alguna rotonda, no bien comenzaba el crepúsculo nocturno, para descansar sobre las tarimas de piedra que les proporcionaban una comodidad relativa. Pero sucedía á veces que á algún novicio le sorprendía la noche en las galerías, y tenía que pasarla tendido en el suelo.

No quiero hacer mención de otros lugares muy necesarios, sólo repetiré que todo estaba previsto.

III

Aunque los condenados tuviesen cómplices en el delito por el que eran castigados, siempre ingresaban solos en el Laberinto. Esto les proporcionaba sorpresas y á veces gratas compensaciones. Vagando casi sin cesar por aquellos pasillos encrucijados, con la esperanza de hallar la salida, solían encontrarse con la mujer *consorte* de sus excesos, ó con otras desconocidas que les consolaban más ó menos de su reclusión. Esto parecerá un contrasentido: ¿cómo Semíramis, la severa Semíramis, permitía esta conjunción de sexos? Sin duda por un refinamiento psicológico. Los amantes se hastiaban del amor, ó morían á consecuencia del abuso; eran como el Judío errante desesperado por vivir eternamente, ó bien así como un jugador siempre ganancioso, que concluiría por aborrecer el juego.

Además estos encuentros originaban catástrofes. A veces se encontraban dos que habían sido enemigos ó rivales, ó surgían celos y rivalidades repentinas; y no era extraño hallar en las galerías ó rotondas, hombres y mujeres estrangulados ó con la cabeza deshecha. La reclusión exasperaba las pasiones, los homicidios y suicidios eran frecuentes, y eso que al entrar en aquel recinto, todos eran registrados cuidadosamente, á fin de que no tuviesen armas ó hilos conductores como la previsora Ariadna.

Como es natural á todos los prisioneros predominaba la idea de la libertad. Habían leído ú oído leer la ins-



SOLDADOS ALEMANES DE CABALLERÍA JUNTO Á UNA FUENTE *(Del album de croquis de T. Rocholl)*

cripción de la puerta de entrada, sabían que si encontraban la salida estaban perdonados, y la buscaban con anhelo tenaz. Aquellas altas paredes les ahogaban, el techo pesaba sobre ellos como la losa de un sepulcro, su existencia inactiva era un suplicio en aquel calabozo inmenso; pues tiene razón el que dijo que la monotonía es madre de la desesperación y abuela de la muerte. Sin la esperanza de pisar el umbral deseado, sin la exasperación de la lucha contra aquellos pasillos desvanecedores, que en cierto modo les distraía; la mayor parte de los reclusos se hubieran suicidado, rompiéndose el cráneo contra los muros de piedra, ó estrangulándose. Aun así los muertos menudeaban, y desaparecían al poco tiempo. ¿Cómo y quiénes se los llevaban? Se ignora; por eso he dicho al principio que el Laberinto del Amor constituye una de las rarezas de la antigüedad.

IV

Es de suponer que entraron muchos en el Laberinto del Amor, porque el clima y las costumbres de Asiria predisponían á los desbordamientos amorosos; pero los pocos autores que de esto tratan, sólo hacen mención de dos que llegaron hasta el umbral de salida, y de uno que consiguió salir.

Arbaces era un sacerdote del templo de Belo, en donde por mandato de Semíramis y según versión del antedicho poeta:

Cien fieros tigres con la piel pintada
y cien corderos de vellón albino
se inmolaban al pie del ara sacra
al romper la mañana, en sacrificio.

Arbaces escamoteaba de esta doble hecatombe algunos corderos y algunas pieles de tigre; y descubierto su delito fué condenado al Laberinto del Amor. Se ignora la causa excepcional de este castigo; pues aquél, como ya se ha dicho, estaba destinado exclusivamente á punición de faltas amorosas. El culpable sacerdote ingresó en el laberíntico recinto, y fuese por casualidad, por superior astucia, ó por inspiración de la divinidad á cuyo servicio había estado, consiguió llegar al umbral de salida; pero en aquel momento, cuando creía estar en salvo, cuando veía el sol radiante dorar la campiña de Babilonia, un áspid oculto, no se sabe dónde, se abalanzó á él, picóle en un pie y le produjo instantáneamente la muerte.

Segunda persona que pudo hallar la puerta salvadora, fué una joven llamada Hermione. Esta había huido con su amante, dejando á su padre moribundo. Los que perseguían á la culpable pareja hallaron á la desnaturalizada hija en la frontera de Arisba, sola y abandonada por su infiel seductor. Fué condenada al Laberinto, y casualmente sin duda, encontró la puerta de salida; pero en aquel preciso instante, vió á su pérfido amado, que, capturado también, ingresaba en el recinto condenatorio, é impulsada por su no extinguida pasión, renunció á la libertad, y se encerró con aquél.

Falta sólo mencionar al único que consiguió salir del Laberinto. Era un joven masageta, llamado Orontes. Por codicia se unió á una mujer muy vieja horriblemente fea, pero riquísima. Como es consiguiente, el joven hizo lo que todos los que se hallan en igual caso; dilapidó los bienes de su conjunta persona en orgías y devaneos, y concibió hacia ella un horror invencible; hasta que cansado de sufrir reproches y rarezas, la abandonó, pero con *eclat* como diría un francés. Una noche, estando ambos en el vestíbulo de su casa, Orontes amordazó, ató y desnudó por completo á su vieja consorte, tomó cuanto pudo y huyó de Babilonia, dejando abierta de par en par la puerta de su morada, que daba á la calle. Los madrugadores vieron á la vieja amarrada á un poste y en aquel traje primitivo, el hecho cundió por la ciudad y hubo un *escándalo risueño*, que llegó á los oídos de Semíramis.

Se persiguió al calavera masageta y fué preso. Condenaron á los dos ex-amantes: á él por su vil proceder, á ella por su erotismo extemporáneo, y por un refinamiento de crueldad les hicieron ingresar juntos en el Laberinto del Amor. Es de suponer lo que sucedió allí dentro. El joven, en cuanto pudo, se escabulló de su compañera, por entre aquellas encrucijadas, y sin duda inspirado por la repulsión que hacia ella sentía y por el temor de encontrársela, consiguió hallar la puerta de salida, y lo que nadie hasta entonces, la libertad.

V

El Laberinto del Amor no existe. Ni aun quedan vestigios de él en lo que fué campiña de Babilonia; pero la idea que materializó la gran Reina de Asiria, es eterna. Acaso en el transcurso del tiempo y con el mayor grado de civilización se modificarán y encauzarán las pasiones, pero la del amor siempre tendrá en el espíritu humano un laberinto inextricable.

F. MORENO GODINO

PERSONAJES CÓMICOS

PARA HACER UN DRAMA REALISTA

Francamente, y digan ustedes lo que quieran, no vuelvo á casa de mi antiguo amigo Cosme, amigo y compadre, porque es de saber que fuí padrino en su boda con la hija de Carrasquillo, un agente de negocios muy pesado que tiene fritos á los jefes de negociado de todos los centros administrativos. Cosme, abogado sin pleitos, un tantico tocado de poeta chirle, que se vale de la circunstancia de no existir ya Colón, ni Calderón, ni Cervantes, ni Espartero, ni Prim, para dispararles alevosamente de cuando en cuando una poesía, y si vivieran no lo haría impunemente, vocal de una infinidad de Juntas de Sociedades para el fomento de esto, lo otro y lo de más allá, que no fomentan maldita la cosa, estaba un poquito escaso de fondos, cesante de un destinillo que le dió un ministro á quien se lo sacó su hermana Adela, una viuda que ha dado mucho que hablar en Madrid. Conoció en el teatro de la Comedia, en el que tenía entrada por munificencia del empresario, á la hija de Carrasquillo, una joven bastante compuesta, con los ojos tiernos, la boca espléndida, la nariz no precisamente griega, pero algo inclinada á la derecha, y á pesar de todo, le impresionó sabiendo que era hija única y el padre persona bien acomodada y relacionada.

No teniendo cosa mejor que hacer Cosme, hizo el amor á Trini, que así quiere Trinidad que la llamen, y le *hizo* unos versos, que no se los quisieron publicar en *El Tío Jindama*, y me *hizo* que le presentase á Carrasquillo, y en fin, *hizo* de modo que á los dos meses ya estaban hechas la ropa y las diligencias matrimoniales, coronando la fiesta con hacerme ser su padrino, lo que me costó regalar á la novia una sombrilla encarnada como no hay otra en Madrid y al novio una colección de *La Lidia*, que no me hacía falta. Y siempre agradeceré al padre el empeño que tuvo de pagar él solo el banquete en Fornos y las cajas de dulces que repartió á los conocimientos, bien que para conseguir de mí que le cediese esta satisfacción hubo de suplicármelo casi con lágrimas en los ojos; de tal suerte, con tanta energía y decisión defendía yo mis derechos de padrino. Por esto el padrinazgo me salió por una friolera, de lo que me holgué grandemente, y el bueno de Carrasquillo quedó persuadido de que si llego yo á pagar el alboroque, habría sido capaz de gastarme un dineral, y lo hubiera sentido el hombre porque, «ustedes, me dijo con su habitual delicadeza, los que escriben todas esas historias y novelas en los papeles, ya sé que están Vds., por lo regular, á la cuarta pregunta.»

Siete meses largos hace que Cosme se casó con Trini, y vive en casa de su suegro, que le utiliza en la agencia de negocios y anda viendo como le hace hombre, según la propia frase de Carrasquillo. Yo visité á esta apreciable familia los primeros días después del fausto suceso, pero luego, tres ó cuatro veces fuí y no estaba Cosme, y su mujer no se había levantado, ó la estaban peinando, y Carrasquillo tenía gente, y no volví. El otro día me encontré á Carrasquillo que salía de Gracia y Justicia, adonde había ido, me dijo, á sacar unos papeles de un canónigo de Cuenca, y me reconvino porque no iba á ver á Cosme y á su mujer.

– Y yo también me he casado, – añadió, – dejándome absorto.

– ¿Usted?

– Sí, señor. No hemos dado parte á nadie porque... ¿para qué?... Mi mujer es una viuda, ya mujer hecha, y que no está metida en los trotes de la sociedad, una persona formal y de peso... y ni ella ni yo hemos querido dar un cuarto al pregonero con nuestro casamiento.

– Han hecho Vds. muy bien.

– Mire V., era caso de conciencia, porque la que es hoy mi señora, la conocí á poco de quedarme viudo... relaciones antiguas, ¿sabe V.?... y mientras estuvo Trini soltera, es claro, no pensé en darle madrastra, pero en cuanto la casé con Cosme, dije: «Ahora es la mía,» y he cumplido con esa señora como estaba en el orden. Su marido fué de la curia, pero no servía para el oficio por ser demasiado hombre de bien; sin embargo, dejó á su viuda un poco de papel que yo se lo he manejado, y estoy seguro de que si en el cielo ó donde se halle ha sabido nuestro enlace se habrá alegrado, porque muchas veces le oí decir, cuando ella le reprochaba que no tenía carácter ni



EL RETRATO DEL SARGENTO, facsímil de un agua fuerte de Mongin, cuadro de Meissonier



LA PUESTA DEL SOL, cuadro de H. Prell



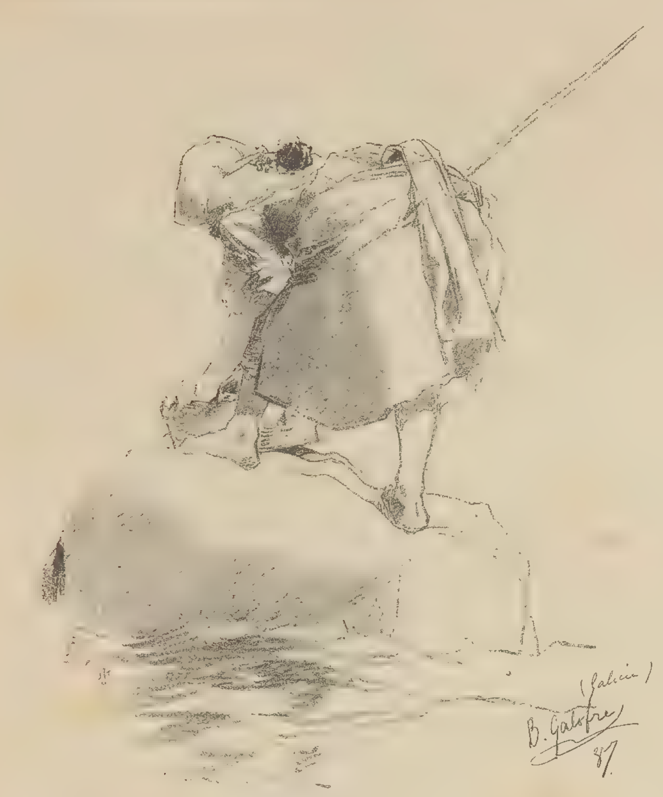
VISIÓN DEL EMPERADOR



... MAXIMIANO, cuadro de E. K. Liska



REBAÑOS EN EL TORRENTE, cuadro de F. Voltz



PESCADORA GALLEGA, *apunte de B. Galofre*

trastienda, ni picardía: – «Con Carrasquillo es con quien tú debías haberte casado;» – que bien sabía el pobre que yo no me mamo el dedo como él, Dios le tenga en la gloria. Con que no deje V. de ir por casa alguna noche. Ahora no salimos porque Trini está embarazada y anda fastidiosilla y á Cosme no le deja salir solo, y allí nos estamos los cuatro, y suelen bajar las andaluzas del 3.°, y subir el pedícuro del principal, Fernández, que está ganando un dineral, operando á lo mejor de Madrid.

Anoche me hallaba tan aburrido y mal humorado, que dudando estuve si iría á ver una comedia simbólica ó á Carrasquillo y su familia, pero me decidí por este último espectáculo, que sería, sin duda, el de la felicidad ajena, tan grato para toda persona de buenos sentimientos.

¡Jesús! nunca hubiera ido. ¡Qué familia! La mujer de Cosme está horrorosa. Dicen que el amor todo lo embellece, pero á Trini la ha afeado el amor, ó lo que sea, de una manera muy alarmante. Los ojos con ribete sanguinolento, la boca desmesurada le llega de oreja á oreja, la nariz se le ha afilado y torcido un poco más, y en fin, la pobre ha perdido la esbeltez y gallardía de doncella, que era, en puridad, su único atractivo. ¡Y qué fastidiosa y enojosa! Cosme, cuando yo entré, iba á salir por no faltar á una junta de la sociedad para fomento del arbolado, pero Trini se había sentido indispuesta y ya no salía Cosme.

Advertí que éste llevaba en el ojal de la levita una roseta así á modo de insignia, y le pregunté:

– ¿Qué es eso?.. ¿Estás condecorado ó es el distintivo de la sociedad de arboricultura?...

– Es, – me dijo Carrasquillo, – que le hemos dado la cruz de Isabel la Católica, y no pasará mucho tiempo sin que le saquemos la encomienda.

Dí la enhorabuena á mi amigo por tan señalada distinción, aunque me pareció que para premio de su acción heroica mejor le habría convenido la de San Fernando.

– Ahora saldrá Gregoria, – me dijo Carrasquillo, – que está allá dentro peleando con las criadas, y como ella es tan mujer de su casa...

– ¿Y qué dice de bueno la amable Trini?... – pregunté á la feísima esposa.

– ¿Qué quiere V. que le diga? – me contestó con aire displicente. – Ni salgo á ninguna parte, ni tengo humor de vestirme siquiera, ya ve V. como estoy, envuelta en esta bata y sin ganas de moverme... Estoy mala...

– Vamos, pero ese es un mal pasajero, y presumo que ha de ser origen de venturas y alegrías sin cuento.

Me parece que no pude aludir más delicadamente al estado interesante de la mujer de Cosme.

Ella contestó haciendo un mohín, con que agravó un momento su fealdad:

– Dios quiera.

– El que está bueno, mucho mejor que antes de casarse, es Cosme. Bien se conoce que su mujercita le cuida...

– ¿Este?... – exclamó Carrasquillo, – éste propiamente está hecho un toro. Tal vida lleva el hombre. Un día, por gusto, te has de pesar en la báscula, – dijo á su yerno, que le miró furioso, – y verás como pesas una barbaridad. ¿No es verdad, Trini?...

– ¡Jesús! no le diga V. eso, – contestó Trini, – que le da rabia. ¿No conoce V. que quiere presumir de elegante y airoso?... ¡Ave María! son Vds. más tontos los hombres...

—Muchas gracias, señora, por la parte que me toca.

– No lo digo por V. Lo digo por mi marido. Desde que se ha casado se compone y se perfila mucho más. ¿No le ve V. que parece que va de conquista?

– Pero mujer, – replicó mi amigo contrariado, – ¡qué conquista ni qué calabaza! ¿no te dije que iba á una junta de la sociedad esa de los árboles?...

– ¿Y qué te importan á tí los árboles?...

– Es cuestión de higiene, de salubridad, de civilización, de ornato público y de buen gusto.

– ¡Bah! ¡bah! ¡pamplinas! – repuso la interesante esposa.

– Bueno, – dijo él con desabrimiento, – ya no voy, no se hable más de los árboles.

– Pues, hijo, haces muy mal en no ir, porque á mí no me importa un pito que vayas á esa junta ó á otra parte. Lo que es por mí te puedes ir y no volver hasta mañana.

– ¿Pues no dijiste que te ponías mala?

– Sí, pero ya estoy buena. Anda, anda á decir dónde se han de plantar los arbolitos. Siempre es bueno tener un pretexto para poder salir á todas horas.

– Yo no necesito pretextos y digo siempre la verdad...

– Sí, ya lo creo, menos cuando no.

La conversación entre los cónyuges iba tomando un carácter de gravedad que me pareció conveniente cortarla.

– A propósito, – dije, – ¿sabe V. á quien ví anoche en el Real?... A la de Redaño con su madre. Ya se ha quitado el luto y estaba elegantísima.

– Hijo, pues ahora será elegante, porque lo que es hasta ahora... Empiece V. porque tiene un cuerpo como un costal.

– Costales como ella me dieran á mí, – observó el padre.

– ¡Papá, por Dios!... – murmuró la pudibunda embarazada.

– Pronto se ha lanzado otra vez al mundo... Se conoce que la muerte del marido no le ha causado mucha pena.

– Señora, ya hace dos años largos que murió Redaño.

– Era muy buena persona.

– Con una cara de perro dogo, – observó Cosme.

– Un hombre muy agradable era, y un marido ejemplar, – dijo Trini, – no tenía presunción ni miraba á otra mujer que la suya... ni era, en fin, como otros... que al poco tiempo de casarse enseñan la oreja...

– Oye, oye, eso lo dice por tí, querido yerno. Esta noche estás un poco excitada, hijita.

– Sí, como siempre, – dijo sin poderse contener el marido.

– Esa excitación, – observé yo con la mayor candidez, – es efecto del estado interesantísimo en que se halla esta amable señora.

Y la amable señora me miró con llamaradas de ira en aquellos ojillos en que rebosaban el mal humor y los malos humores.

Y acaso me habría contestado una inconveniencia, si no hubiese hecho su entrada en el gabinete la esposa de Carrasquillo, una gran mujer, jamona, guapetona, frescachona, francota, risueña, que me alargó una mano gorda y blanda, y me dijo que tenía muchas ganas de conocerme.

– Yo le hacía á V. más joven, – añadió.

– Lástima, señora, – le contesté, – que no pueda usted hacer esa buena obra de rejuvenecerme.

– Vamos que no es V. tan viejo.

– No señora, tanto no, pero más de lo que quisiera.

– ¿Y cómo encuentra V. á Trini?...

– Muy bien, – contesté mintiendo.

– El embarazo la tiene á la pobre muy fastidiada. Y ella tiene la culpa, porque se ha acobardado, y no se atreve á moverse temiendo que le vaya á suceder alguna cosa. Yo bien le predico, pero no me hace caso. Todo el día había de estar en la calle, en paseo, viendo gente, distrayéndose, y por la noche al teatro, donde echen de esas comedias que hacen reir las tripas. ¡Jesús! si yo estuviera en su pellejo, no habría de soltar en todo el día el brazo de este buen mozo – (y miró á Cosme) – y le llevaría de acá para allá á todas horas. Una muchacha debe lucir el marido, sobre todo cuando el marido es como *verbo en gracia* que dijo el otro.

Y seguía mirando á Cosme que se hacía el distraído.

– Vaya, señora, – dijo Trini, – parece que está usted enamorada de él.

– ¡Jesús! mujer, contigo no puede una gastar una broma. Que diga el señor si no tengo razón en aconsejarte que no te apoltrones estando tan adelantada como estás, y teniendo un marido que te lleve y te traiga y que está siempre deseando complacerte, y que al pobre le tienes sin salir de casa los días y las noches...

– ¿Quién le detiene?...

– Mira, hija, con los hombres no hay que tirar mucho de la cuerda. Digo, esa es mi opinión.

– Usted, – dijo la mujer de Cosme, queriendo herir en lo vivo á su madrastra, – ya se conoce que tiene mucha experiencia. ¿Verdad, papá?...

– Lo que tiene Gregoria, y siento que esté delante, – contestó Carrasquillo, – es mucho saber y muchísimo sentido.

– Sí, aquí la tonta sólo soy yo, – dijo Trini.

– Y á todo callaba el pacientísimo cordero, – murmuró la frescachona mirando á Cosme que se estiraba el bigote.

De pronto se levantó mi amigo, y acercándose con simulada humildad á su mujer, le preguntó:

– ¿Estás mejorcita?... Saldré á ver si llego á tiempo á la junta.

– Sí, vete á la junta ó á donde te dé la gana, – contestó.

– ¿Adónde ha de ir más que á donde dice?... – dijo la madrastra. – Quien no le conociera y te oyera creería que el pobre Cosme es un tronera y un descastado. Vaya V., vaya V., Cosme, á su junta, y tráigale V. á su mujercita algún regalito, unos dulcecitos, que á la señorita le gusta mucho el mimo.

– Señora... – exclamó Trini, y creí que iba á soltar cuatro frescas á la mujer de su padre, pero se contuvo y añadió: – Más vale callar.

Aproveché la ocasión para despedirme. Trinidad me contestó con despego, Carrasquillo agradeció mucho mis plácemes por su casamiento con mujer de tan buenas prendas como Gregoria, y ésta, pasándose de cortés, y sin duda poco acostumbrada á recibir visitas, salió hasta la puerta con Cosme y conmigo, me hizo muchos ofrecimientos, me dió memorias para mi familia á la que no conoce, y á Cosme le despidió dándole una cariñosa palmadita en el hombro, y diciéndole:

– ¡Cuidadito con lo que se hace, buena pieza!

En la calle díjome Cosme que está harto de su mujer, y me hizo un grande elogio de las cualidades de la de Carrasquillo.

– Como habrás visto, – añadió, – es una mujer muy natural y muy llana y una jamona de superior categoría. No sé cómo no pegué á mi suegro cuando me dijo que se iba á casar, pero luego que la ha traído á casa, te digo que me he reconciliado con él y le he agradecido el favor que me ha hecho, porque no puedes figurarte qué vida tan arrastrada era la que llevaba antes con mi mujer y su padre.

– Basta, – le dije, – adivino el drama.

– ¿Qué drama?

– El de tu casa. Tú el marido infiel, tu suegro el marido estúpido y el padre tonto de capirote, Gregoria la

esposa adúltera y la madrastra implacable, y tu mujer la víctima.

Cosme se echó á reir, y nos despedimos, proponiéndome no volver á visitar una casa donde empieza á desarrollarse la acción de un drama realista con su adulterio y todo.

CARLOS FRONTAURA

EL PERRO GENEROSO

Un fabricante establecido en las inmediaciones de París tenía un magnífico perro de Terranova con el objeto de que el animal con sus ladridos advirtiera á los malhechores, que no se permitía la entrada en los vastos jardines que cercaban la fábrica, y en caso necesario castigara con sus dientes á los atrevidos que no hicieran caso de tales advertencias.

Había en la fábrica un aprendiz llamado Carlos, de doce años de edad, que aunque no tenía malas inclinaciones, carecía de la fuerza de voluntad necesaria para huir del mal cuando se acompañaba de otros muchachos de malos sentimientos.

Como el fabricante ignoraba las travesuras de mal género que fuera del establecimiento é instigado por sus compañeros, cometía Carlos, tenía en él tal confianza que le encargó la manutención y limpieza del perro.

Hacía dos meses que el aprendiz tenía á su cuidado al animal, cuando éste, sin que nadie pudiera averiguar la causa, perdió casi todo el apetito y en lugar de correr alegremente de un lado á otro como tenía por costumbre, permanecía echado día y noche sin hacer caso de nadie. No cabía duda alguna de que el animal estaba enfermo.

Carlos enteró á su principal de lo que ocurría, y éste le ordenó que al día siguiente que era domingo acompañara al perro al establecimiento de un albéitar muy entendido que vivía en el arrabal opuesto y le encargara su curación si la tenía, y que en caso contrario le diera muerte para que no se prolongaran los sufrimientos del pobre animal.

Salió el muchacho con la intención de cumplir fielmente con las órdenes de su amo, pero no había andado aún un cuarto de hora cuando tropezó en las inmediaciones del Sena con un compañero de muy malos antecedentes que le estaba ya aguardando para pescarle algunos cuartos, ó lograr por lo menos que le pagara el gasto en una especie de cafetín ó taberna, que era todos los días de fiesta el punto de reunión de un sin fin de pilluelos.

– No puedo ir hoy contigo, – le dijo Carlos de buenas á primeras, – porque he de acompañar el perro á que le reconozca el albéitar y le cure si tiene remedio.

– ¿Pero precisamente en un día como el de hoy que tenemos dispuestas grandes diversiones, te has de privar tú de nuestra compañía?

– No hay remedio: he de cumplir lo que me han ordenado.

– Dile mañana á tu principal que el perro se ha escapado. ¡Suéltalo!

– No puede ser, porque el perro una vez en libertad volvería por sus pasos á los talleres y me comprometería.

– Pues con echarle al Sena estamos en paz.

Aunque Carlos se opuso tenazmente en un principio á aceptar el siniestro plan de su compañero, cedió por fin á sus ruegos, y empujando los dos muchachos al animal lograron arrojarle al agua, pero con tan mala suerte que tras el animal cayó el desgraciado Carlos, mientras que su compañero en lugar de acudir en su auxilio ó por lo menos dar voces para que le socorrieran, echó á correr en dirección opuesta, para no comprometerse ni poco ni mucho.

A consecuencia del susto que la caída le produjo perdió Carlos completamente el sentido, y aunque era un buen nadador nada pudo hacer para evitar que le arrastrara la impetuosa corriente del caudaloso Sena.

El pobre animal, á pesar de su gran debilidad, hizo esfuerzos supremos para alcanzar una especie de muelle inmediato al puente y casi había ya logrado su intento cuando divisó á Carlos á quien la fuerza de la corriente había llevado á la orilla opuesta.

Al ver al muchacho cambió el perro rápidamente su rumbo, centuplicó desesperadamente sus esfuerzos hasta que logró dar alcance á Carlos, asirle por la blusa y ponerle en salvo.

Acudieron al lugar del suceso cuantos tuvieron la dicha de presenciar el acto heroico del animal, prodigaron á Carlos los cuidados que su estado requería, secaron al fuego sus ropas y al cabo de hora y media le acompañaron á sus talleres; allí confesó á su principal todo lo que había ocurrido y éste le concedió su perdón en la confianza de que después de tan terrible escarmiento abandonaría las malas compañías.

Aquella misma tarde acompañó al perro al establecimiento del albéitar, ordenó éste el plan curativo que creyó necesario, y con éste y los grandes cuidados de Carlos desapareció por completo la enfermedad del animal.

En lo sucesivo Carlos en lugar de frecuentar las tabernas, permanecía en los talleres, aun en las horas que tenía libres, pues tomó tal cariño al perro que no estaba á gusto sino á su lado.

Para no quedar nunca ocioso aprendió á leer y á escribir; su principal viéndole aplicado se encargó de completar su educación y con el tiempo el aprendiz Carlos llegó á ser mayordomo.

Con el trato de los malos compañeros hubiera sido indudablemente un criminal; aplicado al trabajo y al estudio fué un hombre útil á la sociedad.

ALBERTO LLANAS.



LO QUE NO HAY EN EL PUEBLO, *apunte de B. Galofre*

EL EDIFICIO DE LA UNIVERSIDAD
en Alcalá de Henares

I

El 14 de marzo de 1500 (aunque algunos escritores señalan otras fechas), puso el Cardenal Cisneros la primera piedra del famosísimo edificio, bajo el nombre de Colegio de San Ildefonso y dirección de Pedro Gumiel; pero esta obra primera, de ladrillo y mucho más modesta, fué sustituída en gran parte, á poco de morir Cisneros, por la presente, harto más suntuosa y que se debe á Rodrigo Gil de Ontañón (ayudante de su padre Juan en las Catedrales de Segovia y nueva de Salamanca) y á otros varios constructores que le sucedieron.

Sabida es la nombradía que aquel centro de enseñanza alcanzó en España y aun fuera de ella; que en 1836 se suprimieron en él los estudios, trasladándolos á Madrid; que más tarde se vendió aquel monumento en 30,000 reales al conde de Quinto; y que, por último, en 1851, á fin de evitar su demolición, varios vecinos de Alcalá lo adquirieron en 90.000 reales, cediendo su uso á los PP. Escolapios, los cuales, desde 1861, tienen establecido en él uno de sus colegios.

La antigua fachada, de Gumiel, pertenecía probablemente al estilo mudejar; pero, aunque según documentos de la época era tan sólida, que costó trabajo á Ontañón deshacerla, acaso en la mente del fundador tampoco estaba destinada á subsistir: á esto – según la tradición, al menos – parece que alude la inscripción (*en luteam olim celebra marmoream*) que hizo poner en dicha fachada primitiva y hoy se lee en la balaustrada del primer patio, obra del siglo XVII.

Este edificio, que comprendía en un tiempo, no sólo al referido Colegio Mayor, sino á otros varios, ha experimentado, como debe el lector presumir, graves vicisitudes y alteraciones, que, según se acaba de ver, comenzaron muy desde el principio y siguieron hasta nuestros días, en los cuales, las partes que de él conservan carácter monumental son: la fachada, el paraninfo, la capilla y alguno de los patios.

Fué la primera mandada hacer por el Rector don Juan Turbalán, en 1540 (43 años después de la fundación), el cual encargó la nueva obra, como ya se ha dicho, á Ontañón. La reconstrucción duró de 1541 á 1553: en este tiempo, derribó gran parte de la obra antigua, salvándose la capilla y algún otro departamento, reformó los tres patios principales é hizo la fachada actual.

Compónese ésta de un gran cuerpo central y dos alas laterales. El primero tiene tres pisos, con tres huecos en cada uno de los dos inferiores y diez en el último, donde forman una galería repartida en dos tramos, separados por la decoración central que sube desde la portada. El hueco de ésta se halla cerrado por un arco carpanel con archivolta y jambas de escaso resalte al uso del tiempo, y adornadas por el cordón franciscano; en la clave, lleva dos genios alados, mascarones, cintas y bichas; y análogos motivos ocupan las enjutas. A cada lado de la puerta, dos columnas corintias sostienen el entablamento; en el piso principal, otras columnas pareadas corresponden con ellas; y ocupa el centro, sobre la puerta, un balcón idéntico á todos los de esta zona, salvo en las dos figuras con alabardas que lo flanquean y los dos escudos de Cisneros que en la parte superior resaltan. Otras dos estatuas se apoyan sobre estos pares de columnas, á la parte exterior. El tercer piso de esta composición central se halla adornado lateralmente por pilastras pareadas, á plomo sobre las columnas inferiores; en cada uno de los huecos que dejan entre sí esas pilastras, hay una estatua, á la que debió corresponder otra en lugar análogo en cada uno de los pisos inferiores, pues conservan repisas para ellas en los intercolumnios. Por último, entre esos pares queda un amplio lienzo, que interrumpe, como ya se ha dicho, la galería alta y llenan las armas imperiales, rematando en un frontón triangular, en cuyo centro, dando la bendición, entre grupos de ángeles, asoma el indispensable Padre Eterno de casi todos los frontones de la época, descendiente más ó menos legítimo del de Miguel Angel en la capilla Sixtina.

Esto, en cuanto al centro de la fachada. Perfilan cada uno de sus lados y los separan de las alas, abajo, una pilastra decorada, y sobre ella, una columna: recuérdese que, por esta parte, sólo tiene dos pisos la fachada. En el lienzo que queda en el inferior, hay una hermosa ventana, con jambas, dintel y frontones adornados y con medallones en los tímpanos; arriba, corresponde un balcón, semejante en un todo al del centro, ó sea, de arco redondo, flanqueado por dos columnas, cartelas y flameros y coronado por un bello frontón, en cuyo fondo se ostenta el escudo de Cisneros con dos bichas. – Por último, sobre la imposta se levanta la galería alta, de que ya se ha hablado, cuyos huecos, también de arco redondo, se dividen por columnas estriadas y cuya cornisa cierra una balaustrada, decorada á trechos por flameros, salvo en las dos esquinas, donde les sustituyen dos cuerpos cónicos, algo semejantes á los pináculos góticos.

Las alas laterales del edificio ofrecen disposición análoga. En la planta baja, se repiten las ventanas del cuerpo central; pero se añade otra en cada lienzo, más alta y pequeña, que descompone la simetría de aquél, si bien concierta con la del opuesto. La zona del principal se halla ocupada por dos ventanas, una encima de otra, que vienen como á subdividirla en dos zonas, aunque sin imposta ni elemento alguno que acuse la subdivisión. De ambas ventanas, la inferior es la más rica, presentando una columna á cada lado, frontón, estatuas, escudos y jarrones.

Y entre la ventana superior y el ángulo que forma el resalte del cuerpo central, hay otra ventanilla cuadrada, que ofrece – si bien del lado opuesto – la misma falta de simetría que en el piso inferior ha poco se notaba. A excepción de estos diminutos huecos, todos los demás poseen hermosas rejas, ya de traza gótica, ya de Renacimiento.

No es este el único resto ojival que presenta la fachada. Además de los pináculos de la cornisa y de aquella falta de simetría en los huecos, las pilastras y columnas que perfilan los ángulos del cuerpo central, como los de las alas, recuerdan algo de la función y carácter de los contrafuertes. Pero, salvo estos raros extremos, en su conjunto esta fachada corresponde por completo al tipo del Renacimiento, dentro del cual constituye una de las más importantes y características muestras de nuestra arquitectura civil. La distribución general de las masas es de buen efecto; la decoración, ostentosa y por lo común bien compuesta, aunque sólo de mediana ejecución; y si en la manera disparatada y arbitraria de combinar cartelas, frontones y motivos, fuera de toda razón aparente, se revela el germen de una degeneración inevitable, achaque es este de todo el sistema arquitectónico del tiempo. Rompiendo el vínculo interno y esencial entre la estructura y la decoración de los edificios, entre la función mecánica y la función estética de cada uno de sus elementos, sienta un principio característico de todos los estilos decadentes, como lo había sido ya, por lo demás, el del último gótico, cuya caprichosa profusión hereda el Renacimiento y casi eleva á ley fundamental de sus evoluciones. Pues en cuanto á esa ruptura y á esa sinrazón en el ornato, el gótico del XV ó del XVI es en verdad muy otra cosa que el del XIII y tan vituperable como el plateresco y el Renacimiento fastuoso.

No se entiendan pues estas observaciones en el sentido romántico sentimental y exclusivista de los idólatras de la Edad media, incluso Street, ni de sus diatribas contra lo que ellos llaman «estilo pagano» de los edificios.

F. GINER DE LOS RÍOS



SEÑORA PASTRANA, mujer barbuda (de una fotografía)

LAS CANALIZACIONES ELÉCTRICAS en Londres y en París

En los momentos en que muchas compañías van á dar en breve principio en París á instalar el alumbrado eléctrico, no huelgan algunas consideraciones sobre las canalizaciones eléctricas ni recordar cuanto se ha hecho hasta aquí acerca de este asunto.

Hablaremos ante todo de las canalizaciones de la ciudad de Londres. Todas eran hasta hoy *aéreas*. En los tejados de las casas hay empotrados postes de hierro (fig. 1), con aisladores de porcelana por los que pasan los alambres en todas direcciones, no siendo raro ver en un mismo apoyo cables destinados á la luz eléctrica junto á otros para los servicios telegráfico y telefónico. Los cables destinados á las corrientes alternativas de alta tensión (2400 voltz) están colocados del mismo modo. Citaremos principalmente los cables de la estación de *Grosvenor Gallery* (sistema Ferranti) que surcan la ciudad en varios sentidos y se extienden en un círculo de 4 kms. de radio. La estación de *Oxfort Street* por transformadores Mordey (2400 volts) tiene asimismo sus cables colocados en los tejados.

Los propietarios de las casas se habían prestado hasta ahora á otorgar las autorizaciones solicitadas al efecto, mas en vista de los numerosos circuitos que varias compañías se disponían á instalar para la distribución del fluido eléctrico, la *Board of Trade* ha resuelto negar todas las peticiones de permisos presentadas con tal objeto. Estas peticiones deberán transformarse en solicitudes de órdenes provisionales; no siendo dudoso que en estos momentos se estudien con atención, los inconvenientes de los circuitos aéreos, y que los subterráneos sean los únicos tolerados en el mismo Londres.

Y en efecto, los primeros presentan graves inconvenientes y ofrecen serios peligros. Si estalla una tempestad algo violenta ó caen copiosas nevadas, cosa frecuente en Londres, al punto se rompen muchos hilos y caen bastantes postes: á los perjuicios materiales hay que agregar los peligros que ofrecen unos hilos que están á muy alta diferencia de potencial, entre otros el de que si llegan á caer sobre una persona, perece ésta como herida por un rayo. Estas desgracias, que han ocurrido con frecuencia en los Estados Unidos, han obligado á los norteamericanos á resolver que en lo sucesivo todas las canalizaciones sean subterráneas.

Por otra parte, el aspecto de las ciudades ganará mucho si se adoptan tales medidas, pues es poco agradable, desde el punto de vista del ornato, ver esas series de hilos mezclados en todos sentidos, cruzándose, ramificándose, á menudo con soportes de los más variados, y esto en un mismo tejado y á corta distancia. Entre todos los modelos, citaremos el representado en la fig. 2.

Para evitar los efectos de inducción, los hilos están á veces cruzados en varios sentidos (fig. 3), de suerte que no se ve más que una red inextricable de alambres. La Compañía de Teléfonos ha tenido, por esto, la precaución de instalar en los tejados unas torrecillas de madera, en las que todos sus hilos están perfectamente separados, aunque á cierta distancia llegan forzosamente á parecer una madeja.

Por todas estas razones plausibles, creemos que tarde ó temprano desaparecerán los hilos aéreos. Ya tenemos un ejemplo de ello en las canalizaciones que la compañía de *South Kensington* ha hecho en Londres. Esta estación central hace la distribución por medio de acumuladores situados en sus talleres. Los conductores son de cobre desnudo, colgados de aisladores de porcelana en canaleras de ladrillo cerradas. Estas canaleras (figs. 4 y 5) están construídas debajo de la acera, y basta levantar la baldosa para inspeccionar los circuitos. Al pronto parece que esta disposición no ofrezca ventajas, en razón de las derivaciones que pueda haber; pero M. Crompton está satisfecho del funcionamiento de este sistema, y jamás ha habido avería alguna en los hilos. Se examina la canalización de vez en cuando y se limpian éstos.

En clase de canalización subterránea, también debemos mencionar la de algunos cables de la estación de *Grosvenor Gallery*, situados debajo de tierra en tubos de hierro.

París está á la zaga de Londres por este concepto. Las estaciones de la *cité Bergere* y del *faubourg St. Martin* tienen cables aéreos; pero las nuevas Compañías que acaban de obtener concesiones no podrán menos de establecer canalizaciones subterráneas. Las cloacas se han reservado eventualmente para los cables del servicio municipal, lo que tal vez no sea una ventaja, si se considera que los cables, aunque pasan por debajo de abrigos protectores, como molduras y otros, pueden estar á merced del personal que circula por la cloaca, y expuestos á la humedad y á otras muchas causas de averías. Hay que añadir que las cloacas están ya ocupadas por cables telefónicos, telegráficos y tubos de distribución de aire comprimido.

En la fig. 6 representamos el corte de una en la avenida de la Opera. A es una cañería de agua de 1 metro de diámetro, B y C otras dos de 10 centímetros, D el conducto para las distribuciones de aire comprimido, de 20 centímetros, E muchos gruesos manojos de hilos telegráficos y telefónicos, F el tubo de paso del aire comprimido para arreglar la hora de los relojes neumáticos, y aun habría que añadir los tubos que sirven para el correo neumático en París. Se echará especialmente de ver el gran número de conductores establecido ya. En tales condiciones de instalación, sobre todo para corrientes alternativas, es absolutamente indispensable tomar precauciones para evitar los fenómenos de inducción. Parecería que el medio más ventajoso á este fin fuese el adoptar cables concéntricos; pero estos cables, usados ya en muchas distribuciones, presentan graves inconvenientes tanto por las derivaciones cuanto por la seguridad del servicio, y á pesar de las pruebas hechas, no se han adoptado enteramente en la práctica. Es pues muy probable que no se utilicen las cloacas.

Las varias compañías de alumbrado eléctrico tendrán pues que ingeniarse para encontrar modelos de cañerías á fin de colocar en ellas sus cables del modo más ventajoso posible.

(De *La Nature*)

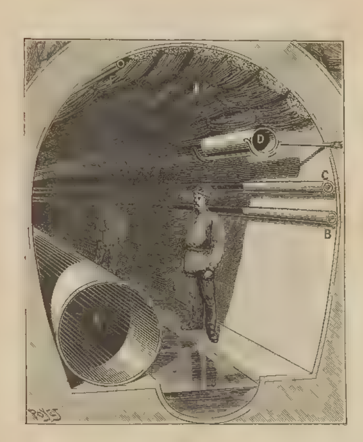
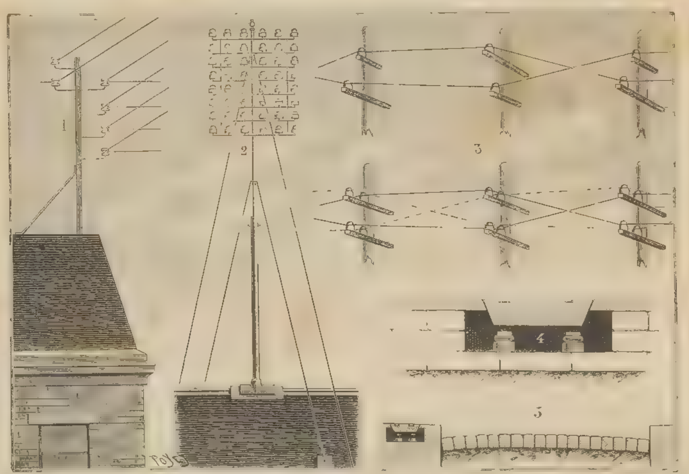


Fig. 6. – Sección vertical de una cloaca de la avenida de la Opera, en la que se ven las canalizaciones eléctricas



Figs. 1 á 5. – Diferentes sistemas de canalizaciones eléctricas y subterráneas en Londres

BARCELONA.—IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

AÑO VIII — BARCELONA 25 DE MARZO DE 1889 — NÚM. 378

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

URIEL ACOSTA Y BARUCH SPINOZA
cuadro de S. Hirszenberg

Uriel Acosta, nacido en Portugal en 1591, descendiente de familia judía convertida al cristianismo, fué educado en la religión católica y llegó á desempeñar un cargo en un colegio religioso, pero acosado por invencibles dudas acerca de la divinidad de la religión cristiana, hubo de huir á Amsterdam, en donde abrazó el judaísmo; y como tampoco pudiera aplacar en su nueva fe la sed de verdad en que su alma se abrasaba, acabó por declarar que el Antiguo Testamento era una abusiva invención de los fariseos, declaración que le valió ser excomulgado. Quince años después entró de nuevo en la comunión judía; sin embargo, viéndose odiado, escarnecido, y finalmente lanzada contra él excomunión mayor, puso fin á su vida disparándose un pistoletazo en 1640.

Diez y ocho años contaba Baruch Spinoza cuando se suicidó su amigo y maestro Uriel Acosta: como él abrazó el judaísmo en Amsterdam y como él se separó de una religión que era demasiado estrecha para acomodar á ella sus elevadas ideas religiosas y filosóficas. Su panteísmo se refleja aun hoy día en la filosofía alemana y de él derivan más ó menos las teorías de Fichte, Hegel y Schelling. Mortalmente perseguido por los judíos de Amsterdam, huyó á La Haya en donde falleció en la mayor miseria, dejando escritas algunas obras que le han inmortalizado.

¡Encantador contraste el que ofrecen en el cuadro de Hirszenberg las dos figuras de los filósofos de Amsterdam! El rostro de Acosta es la expresión del dolor que siente próximo su fin después de una existencia combatida por el choque entre los fulgores del pensamiento que libremente vuela y las tinieblas de una generación supersticiosa y fanática; la angelical faz de Spinoza es el rayo de luz que viene á consolar los últimos momentos del maestro mártir, poseído de una idea que forma la esencia de toda su vida.

¡Feliz el artista que ha sabido trasladar al lienzo tan simpáticas figuras despertando en el ánimo de los que las contemplan, sentimientos de conmiseración respetuosa hacia unos de tantos mártires del fanatismo religioso!

CENTRO DE MESA Y COPA ARTÍSTICA
(Exhibidos en la Exposición de Bellas Artes de Munich)

Los dos objetos representados en estos grabados han figurado en la última Exposición de Bellas Artes de Munich.

El primero de dichos grabados figura el remate de un magnífico centro de mesa, de plata, ofrecido por los pueblos y ciudades de Baden al Gran Duque heredero con motivo de su matrimonio. El dibujo de esta importante y artística pieza es del profesor H. Gotz,



URIEL ACOSTA Y BARUCH SPINOZA, cuadro de S. Hirszenberg

director de la Escuela de Artes y Oficios de Carlsruhe; sus numerosas figuras han sido modeladas por H. Volz; y la ornamentación por Rodolfo Mayer, profesor de dicha Escuela. La base de este centro, que es de ébano con incrustaciones de plata, sostiene cuatro figuras alegóricas, representando el Mar, la Tierra, el Trabajo y el Descanso, rodeadas de emblemas apropiados, como delfines, perros, frutos y herramientas. Sobre ellas hay un capitel con tres musculosas figuras humanas que sostienen un hemisferio encima del cual descuella otra figura de mujer medio desnuda agitando una antorcha.

La copa de plata que representa el segundo de estos grabados ha sido ofrecida como premio por el Gran Duque de Baden al vencedor de las carreras de caballos de Pforzheim. La ha dibujado asimismo el profesor Hernán Gotz, y ejecutado Luis Par, joyero de cámara de Carlsruhe.

EN UN TEATRO POPULAR DE NÁPOLES dibujo de E. Limmer

El pueblo italiano, en medio de los defectos que con más ó menos razón le han atribuído algunos viajeros superficialmente observadores, tiene una gran cualidad no poco envidiable, la de ser un pueblo niño que cual ningún otro se entrega incondicionalmente á la más franca alegría y halla deleites sin cuento en los más infantiles placeres.

¿Cuántos siglos hace que polichinela representa sus bufonadas en la escena? ¿Cuántos que arlequín inventa las más inocentes tretas para arrancar á su amada de las garras de su tutor? Pues á pesar de esto el espectáculo resulta siempre nuevo y las cotidianas palizas que el infeliz polichinela recibe, son hoy acogidas con las mismas risotadas que lo eran hace centenares de años por una sociedad menos gastada que las actuales generaciones.

El dibujo que reproducimos es la mejor razón que podemos dar en pro de nuestro aserto; dibujo de impresión más que de ejecución acabada, parece la reproducción de un cliché fotográfico obtenido en uno de los momentos más divertidos de la representación escénica, hasta el punto de que sin ver el escenario casi podría describirse punto por punto la escena que en él se está desarrollando en aquel instante.

Este es el mejor elogio que puede apetecer un artista.

ABANDONANDO EL PAÍS, cuadro de Frank Holl

Cuatro individuos se hallan sentados en el banco de una estación de ferro-carril, el cual está arrimado á la pared de una sala de espera en cuya oscura ventana se lee el rótulo «Tercera clase.» En este rótulo viene á refundirse la síntesis de la patética escena, que tiene además por fondo la oscura entrada de dicha sala en la que aparecen confusas las figuras de dos soldados y el empleado encargado de taladrar los billetes.

Las cuatro personas sentadas en el banco son un viejo aldeano, un soldado joven, una doncella y una melancólica viuda, que está contando las escasas monedas, último recurso que le queda. Todos ellos ya por sus deberes, ya por su miseria, se ven obligados á abandonar el país, y alejarse del hogar doméstico, en busca de otra región que les proporcione mayores recursos ó algún lenitivo á sus penas.

Este cuadro, uno de los mejores del artista inglés, ha sido celebrado con justicia por los inteligentes, pues es de esos lienzos en que se ve expresada con exquisita suavidad uno de los más dolorosos episodios que en esta vida afligen el corazón humano.

ÁRABES JUGANDO AL CHAQUETE cuadro de L. Carlos Muller

El pueblo árabe es jugador por excelencia: el vicio del juego está tan profundamente arraigado en él, que bajo este concepto no puede establecerse distinción entre clases, pues lo mismo el noble que el plebeyo, el amo que el criado todos juegan, sólo que unos se dedican á juegos elevados como el ajedrez, patrimonio casi exclusivo de la gente ilustre, al paso que otros se entretienen en juegos fáciles, más al alcance de sus menguadas inteligencias.

La partida de chaquete que en su hermoso cuadro reproduce Muller es reflejo fiel de esta pasión tan desarrollada entre los orientales: analícense todas las figuras que entran en la composición, estúdiese la expresión de los semblantes y las actitudes así de los jugadores como de los simples espectadores y se comprenderá cuán embebidos están todos y cada uno de ellos en sus respectivas funciones y cuán abstraídos viven, en aquel momento, de cuanto les rodea. La escena pasa en un café, y sin embargo de lo que menos se cuidan los personajes es de la aromática bebida en cuya preparación no tienen rival los árabes; ni siquiera piensan en la repleta pipa que abandonada á un lado constituye para ellos en aquellos instantes un placer muy secundario: el juego y sólo el juego absorbe por completo su atención. Y no se crea que busquen en este vicio la más pequeña ganancia, nada de eso; las más de las veces juegan únicamente por jugar, lo cual no es óbice para que sientan las mismas zozobras y las mismas alegrías que en nuestras casas de juego experimentan los que aventuran su fortuna á los azares del monte, del baccarat ó de la ruleta. Jugadores platónicos, por decirlo así, dan con ello muestras de una superioridad no pequeña sobre el hombre civilizado, que en el tapete verde se embrutece consumiendo el porvenir de una familia y marchando generalmente á pasos agigantados hacia la desesperación y la deshonra.

Monumento dedicado á Víctor Manuel, en Bolonia
(Obra de G. Monteverde)

La ciudad de Bolonia asociándose al movimiento de gratitud que ha hecho brotar en todas partes monumentos dedicados á la memoria del amado monarca, inauguró en 11 de junio de 1888 el que en honor de éste levantara en la histórica plaza del Mercado, enfrente de la famosa catedral de San Petronio. Sobre un pedestal de cinco metros de altura álzase la estatua ecuestre de Víctor Manuel, notabilísima no sólo por lo perfecto de la ejecución sino por la expresión del regio jinete y por la actitud del brioso caballo. El traje de campaña que viste el rey, la firmeza con que se apoya en los estribos y sobre la silla, y la manera cómo sostiene las riendas de su montura indican que el artista quiso reproducir al ilustre caudillo en el momento de aprestarse para un ataque; el caballo con la cabeza gacha y las orejas tiesas piafa impaciente esperando el momento en que sienta en sus ijares la señal de lanzarse á la carrera.

Monteverde ha estado felicísimo en su obra imprimiendo en ella bellísimos rasgos que más brotaron del corazón del patriota que de la mente del artista. Se comprende: la figura del rey *galantuomo* despierta tan vivos sentimientos en el ánimo de los italianos que es imposible que un artista, y sobre todo un artista de las relevantes condiciones de Monteverde, se sustraiga á su influencia y deje de exteriorizarlos cuando el cincel ó el pincel por su mano movidos hayan de reproducir plásticamente ó en el lienzo al monarca amigo del pueblo, al inmortal fundador de la unidad italiana.

EL RAMO DE BODA

I

El clima de París no es muy propicio para las flores. Muchos años, el invierno se prolonga atrozmente á expensas de la primavera, y los meses de abril y mayo, que tan pródigos de colores y perfumes se muestran en las costas de nuestro Mar Latino, suelen ser allí fecundos en extemporáneos fríos y turbonadas, que no dejan florecer las márgenes del Sena.

Tal vez por eso mismo, no hay pueblo en el mundo tan aficionado á las flores como los parisienses.

El arreglo interior de las casas no es completo si no alternan con los muebles algunas plantas de salón. No hay mesa bien servida sin su centro de flores. Las flores son el complemento indispensable de la *toilette* del bello sexo, y no hay elegante del sexo contrario que no se prenda una flor en el ojal de la levita. Con flores se rinde culto á las Vírgenes en los altares de la fe y entre flores se rinde culto á Venus en los santuarios del amor. Y hay, en fin, virtud que resiste heroicamente á los incentivos de la riqueza, y sucumbe al embriagador efecto de un hermoso ramo de flores, ofrecido con oportunidad.

¿Quién extrañará, pues, que arraiguen y prosperen esas numerosas y magníficas tiendas de flores naturales, que el paseante admira en las calles más céntricas de París? ¿Y quién no se explicará que hallen fácil venta las enormes cantidades de flores y plantas con que se llenan diariamente los mercados especiales de La Cité, el Chateau-d'Eau, La Magdalena y otros muchos que han ido *floreciendo*, en la gran ciudad?

¿De dónde proceden tantas flores, preguntarán Vds., si las pocas que se obtienen en la zona parisién sólo se conservan, durante ciertas épocas del año, en invernaderos y en estufas?

La locomotora, hada incansable de nuestro siglo, ha hecho el milagro. Ella es la que surte diariamente los mercados del Norte con los productos más exquisitos de la flora meridional.

II

Una de las tiendas de flores más aparroquianadas de París era la de Julieta Morel, á quien todo el mundo designaba familiarmente con su solo nombre de pila.

Julieta, cuya edad rayaría en los treinta, era una morena de buen garbo, muy afable y simpática. Su don de adivinar el gusto de la gente le había valido aquella clientela, tan distinguida como numerosa.

Surtía de primorosas flores lo mismo á las ricas herederas del comercial *faubourg* Saint-Denis, que á las bellas mundanas del barrio Breda, y su parroquia se extendía por los aristocráticos *faubourgs* de Saint-Honoré y Saint-Germain.

Las noches de estreno, los artísticos ramos de Julieta llovían en el escenario y se amontonaban en el cuarto de la artista en boga. Los días de boda notable, sus guirnaldas de azahar adornaban el busto de la desposada.

Aun en pleno invierno, la tienda de Julieta parecía un jardín en perenne primavera. La rauda locomotora seguía operando el milagro.

Detrás de los cristales del mostrador, grandes manojos de rosas sonreían á los transeuntes, junto á flexibles ramos de lila que se inclinaban lánguidamente en lindos jarros de cristal de Bohemia.

Más allá, veíanse jacintos ostentando penachos de flores en erguidos y verdes tallos; camelias con sus pétalos de terciopelo blanco, rosado ó purpurino; brezos delicados y frágiles; violetas de Parma; fragantes jeringuillas; ramos de naranjo y limonero en flor, cuyo perfume delicioso dominaba á todos los de aquel jardín en miniatura.

Verdes plantas servían de fondo oscuro á los claros matices. Formiones de Nueva Zelandia y begonias de plateados reflejos se confundían en la penumbra de mimosas y azaleas. En último término se alzaban palmeras majestuosas; y todo estaba dispuesto con tal arte y exquisito gusto, que resultaba una encantadora armonía de aquella inmensa variedad de formas y matices.

III

En la tienda de Julieta, tres lindas jóvenes estaban ocupadas todo el día en hacer ramos, montar guirnaldas y guarnecer canastillos y jardineras.

La más bonita y más hábil de las tres floristas era Blanca Sary, ahijada de Julieta.

Con su blanco cutis, ligeramente rosado en las mejillas; con sus rubios cabellos, que al sol adquirían tonos de oro en hebras; con sus grandes ojos de un azul intenso como el cielo meridional de donde procedían tantas flores, Blanca parecía una Virgen de Guido Reni.

Tenía diez y ocho años, y su belleza resplandeciente había adquirido fama en todo París. Pero su joven madrina ejercía sobre ella una exquisita vigilancia.

Los señoritos que constituían su corte de adoradores, suspiraban en vano delante del mostrador en que la graciosa florista hacía ramilletes con admirable destreza y refinado gusto.

¡Cuántos madrigales sin más efecto que una sonrisa burlona ó un gesto de incredulidad, cuando no una mueca de desprecio!

A Blanca le importaban poco las galanterías, y miraba con la mayor indiferencia á los hombres que iban á hacer el oso en la tienda.

Sin embargo, entre los parroquianos de Julieta había uno que tenía el privilegio de hacer salir dos frescas rosas á las pálidas mejillas de Blanca.

El privilegiado era el marqués de Laval, hombre de mundo, muy considerado en los círculos de la alta sociedad, entregado en cuerpo y alma á cuantos placeres exigía entonces el buen tono. Su nombre esmaltaba con frecuencia las crónicas de la vida parisién. Su mayor preocupación consistía en hallar medio de gastar *dignamente* cien mil francos de renta. Tenía treinta años y pertenecía á una de las familias más distinguidas de Francia.

Cuando Blanca le veía entrar en la tienda, experimentaba una profunda emoción, de que se apercibían las demás oficialas.

– No tiene mal gusto, – se susurraban al oído. – ¡Si creerá que el marqués va á pedir su blanca mano!

Como otros muchos, Laval estaba prendado de la hermosura de Blanca. Pero de esto á pensar en casarse con ella, mediaba un abismo.

¿Cómo era posible, – reflexionaban las cavilosas floristas, – que tan noble *sportman* pensase en ceñir una corona de marquesa á la frente de una pobre oficialilla, hija de un oscuro maestro de escuela?

La muchacha había quedado huérfana á los doce años, y su madrina la acogió enseñándola su oficio.

Todo esto era muy santo y muy bueno, sin duda alguna, pero muy vulgar é indigno del encopetado señor marqués de Laval, cuya estirpe se remontaba á las Cruzadas.

IV

En el Club, conocía el marqués algunos socios que sentían por Blanca un ardoroso entusiasmo rayano del amor.

Más de un seductor de oficio había apostado que triunfaría de la sólida virtud de la florista; pero aun los más tenaces se habían visto al fin en la precisión de declararse vencidos.

La virtud de la muchacha fué proclamada plaza inexpugnable.

Después de haber rechazado en su fuero interno la idea de un enlace matrimonial con la ahijada de Julieta, el joven marqués convenía en que la belleza incomparable de Blanca corría parejas con su candor; y pensaba, además, que si cualquier otro marqués hubiese tenido el capricho de tomarla por esposa, la simple oficiala de florista se hubiera transformado fácilmente en una elegantísima marquesa.

Los amigos de Laval, temerosos de que cometiese alguna locura, resolvieron apartarlo de la florista por medio de otras distracciones. Le hicieron trabar amistad con el viejo duque de Holtry, cuya hija, Matilde, era una hermosa y simpática morena, digna de servir de modelo para una Venus andaluza.

El marqués de Laval estuvo atento, amable, casi galante con la simpática Matilde; en vista de lo cual sus oficiosos amigos auguraron para sus gestiones un resultado magnífico, proclamándose émulos de Metternich y de Cavour en materia diplomática.

Con todo, el marqués, sin dejar de frecuentar los salones del duque de Holtry, continuaba siendo parroquiano asiduo de Julieta Morel, en cuya casa pasaba á menudo las horas muertas.

Aunque no debían ser tan muertas como parecía, las horas pasadas por Laval en el taller de Blanca, á juzgar por las maliciosas murmuraciones de las demás floristas, compañeras de la ahijada de Julieta.

Ya fuese con el objeto de cortar aquellas murmuraciones, ó bien á causa de un notable enfriamiento en el entusiasmo del marqués, éste parecía ocuparse cada día menos de Blanca.

Pero este cambio de conducta coincidió con un considerable aumento en la pasión de Laval por las flores, – á lo menos por las de casa de Julieta, – pues cada día las compraba en mayor cantidad.

Las maliciosas suposiciones de las floristas no cesaron, pero cambiaron de objetivo, pues de pronto se observó que quien atraía al marqués era, al parecer, el ama de la casa. Y ello nada tenía de inverosímil, por cuanto Julieta era incontestablemente una real moza.

Varias veces, el marqués había entablado con ella animada conversación en voz baja. Esto no ofrecía en sí gran cosa de particular. Pero había la circunstancia agravante de que aquellos coloquios íntimos se habían celebrado detrás de unas palmeras de anchas hojas, que ocultaban discretamente á los interlocutores, con gran disgusto de las curiosas oficialas.

Estas murmuraban por su parte largas retahilas de comentarios, que no cesaban hasta que de entre las palmeras aparecía otra vez Julieta con cara de pascuas.

¿Qué era de Blanca, mientras tanto?

La pobre muchacha languidecía á ojos vistas. Su bellísimo rostro tomaba un pronunciado tinte de melancolía, y sus grandes ojos miraban con una tristeza que partía el corazón.

Sus compañeras no dejaban de mortificarla á menudo con picantes alusiones al desvanecimiento de las ilusiones vanas que ciertas jóvenes soñadoras acarician con sobrada facilidad. No hay nada peor, para una chica, que llenarse la cabeza de románticas ilusiones. Así echaban su cuarto á filosofía aquellas picaruelas, mientras sus hábiles manos confeccionaban ramos y guirnaldas, que parecían obra de hadas impecables.

El marqués tomaba parte, á veces, en la conversación de las floristas; y era de notar que con frecuencia hablaba de lo que al parecer mortificaba más á la pobre Blanca. A propósito de cualquier cosa, aludía al viejo duque de Holtry y ponderaba las cualidades de su bella hija. Más de una vez llegó al extremo de dar á comprender que sus amigos acariciaban un proyecto de unión entre las dos familias, y que él veía sin disgusto el resultado de las gestiones de aquellos diplomáticos casamenteros.



REMATE DE UN CENTRO DE MESA, *regalado al Gran Duque heredero de Baden, con motivo de su matrimonio*

V

Mientras tanto, la pobre Blanca lloraba en secreto la pérdida de sus doradas ilusiones.

El mes de diciembre llegaba á la mitad de sus días.

Desde la aurora, caía sobre París una nieve finísima y abundante, que daba cierto aire de respetable vejez á los árboles de los paseos y cubría de blanquísima y mullida alfombra el asfalto del *bulevar*.

Un elegante cupé se arrimó á la acera y paró delante de la tienda de Julieta Morel.

Del coche saltó el marqués de Laval, que entró apresuradamente en casa de la florista.

– ¡A ver! – gritó á Julieta. – Necesito un ramo magnífico, enteramente blanco, símbolo de pureza. Que se haga en seguida. Pongan flores de exquisita fragancia. Tiene que ser una verdadera obra artística, del mejor gusto.

– Quedará V. complacido al momento, señor marqués, – contestó la dueña de la tienda; y añadió con intencionada sonrisa: – Perdone V. mi curiosidad; pero ¿se puede saber á quién va destinado ramo tan excepcional? Lo encarga V. con tanto entusiasmo, que indudablemente debe de ir á parar á manos de persona muy distinguida y apreciada.

– ¡Al fin hija de Eva! – exclamó el marqués, haciendo á la florista una cómica reverencia. – Pero voy á satisfacer su natural curiosidad.

Y como el joven *clubman* hiciese una pausa para buscar tal vez en su mente la forma que había de dar á su interesante revelación, los ojos de Julieta y los de sus oficialas se fijaron en el rostro del marqués, como puntos de interrogación apremiantes é imperiosos.

El de Laval dirigió una rápida mirada á las floristas y contestó, emitiendo sus palabras á través de una amable sonrisa:

– Sepan Vds., señoras curiosillas, que se trata nada menos que del primer ramo que voy á regalar á mi novia.

– ¡Ah! – exclamaron ellas en muy diversos tonos.

Julieta hizo una mueca maliciosa, que nadie podía comprender, á excepción del marqués.

Las oficialas dirigieron á Blanca una mirada escrutadora, llena de pícara intención.

La pobre chica se puso pálida como una muerta y estuvo á punto de desfallecer. Pero tuvo fuerzas para dominar su emoción.

Entonces, como en el trastorno de una terrible pesadilla, oyó resonar en sus oídos zumbantes estas palabras de Julieta:

– ¿Has oído, Blanca? El señor marqués desea una maravilla de buen gusto y elegancia. Voy á reservarte la confección de ramo tan exquisito. Confío en tu habilidad. A ver cómo te luces.

Blanca bajó los ojos, haciendo con la cabeza una señal afirmativa, pero sin poder articular una sílaba siquiera.

– Se lo recomiendo á V. mucho, – añadió el marqués, apoyándose en el mostrador detrás del cual estaba sentada la hermosa ahijada de Julieta.

La joven levantó los ojos y dirigió á su interlocutor una mirada llena de melancólica tristeza.

El marqués perdió un momento la serenidad que se esforzaba en dar á su actitud; pero dominóse tan pronto, que ni las perspicaces oficialillas pudieron observar el efecto que en él produjera la intensa mirada de su amiga.

– Ponga V. mucho azahar, – continuó diciendo el aristocrático parroquiano. – El azahar es la flor que más gusta á mi novia... lo mismo que á V., si no me engaño...

Blanca bajó otra vez los ojos nublados ya por la tristeza, y á punto de dejar escapar las lágrimas.

Y continuó el marqués con aparente calma:

– Envuelva V. luego el ramo en finísimas blondas, y átelo con una ancha cinta de seda nacarada... En fin, haga V. un verdadero ramo de boda.

La joven florista, trémula, turbada, sentía espesarse la nube que se le había puesto en los ojos. Pronto acabó por no ver nada y por oir á duras penas. En la imposibilidad de contestar, inclinó otra vez la cabeza en señal afirmativa, mientras hacía girar maquinalmente entre sus dedos una guirnalda de rojos claveles.

Despidióse el marqués, ocultando la profunda emoción que experimentaba, y se precipitó en su cupé, que echó á rodar con apagado ruido por la espesa capa de nieve.

VI

Pero aun no había terminado el suplicio de Blanca.

Julieta, que al parecer no se apercibía de la emoción de su ahijada, escogió con solícito cuidado las flores que en su concepto eran más dignas de figurar en el ramo encargado por el espléndido marqués.

Cuando hubo llenado de flores una preciosa cestita de mimbre de Holanda, se la presentó á Blanca diciéndole entre jovial é imperiosa:

– ¡Ea, muchacha, manos á la obra! Y á ver como haces que resulte una obra maestra.

Entonces llegó para la sentimental florista lo más cruel de su tormento.

Parecíale que las flores se sonreían irónicamente en sus manos y que las espinas le desgarraban el corazón.

La pobre muchacha sintió que se desvanecía toda la fuerza moral de que había hecho acopio para disimular las impresiones de su alma. Y al romperse aquel dique de mal sostenida indiferencia, se desbordaron en un mar de lágrimas todos los sentimientos que la pobre enamorada había contenido en su delicado corazón. Y el llanto que inundó sus bellos ojos, fué cayendo en breve sobre el ramo como grandes gotas de rocío.

Pero ¡ay! no era el rocío refrigerante y vivificador de las frescas mañanas de abril y mayo. Era la candente lava de un volcán que destruye y mata.

Cada lágrima calcinaba una hoja de aquellas delicadas flores, y el ramo no tardó en presentar numerosas huellas de la tempestad desencadenada en el alma de la florista.

Afortunadamente, Blanca no se apercibía de aquellos estragos, y continuaba combinando flores y hermanando matices, con un gusto menos calculado que instintivo.

Entre el vaivén de los parroquianos y bajo las miradas maliciosas de las oficialas, Blanca concluyó por fin el ramo destinado á la futura esposa del hombre á quien ella tanto amaba.

Aunque las horas habían transcurrido con abrumadora lentitud para la infeliz enamorada, sometida al más cruel de los suplicios, se había hecho tarde. Era muy avanzada la noche, y la calma que reinaba en las calles de París, cubiertas de nieve, era indicio de que por aquel día se había concluído el trabajo en la tienda de Julieta.

Las oficialas se envolvieron en confortables abrigos, y se echaron alegremente á la calle, donde las esperaban (á pesar del frío y de la nieve) intrépidos novios, dispuestos á acompañarlas, no sólo á sus domicilios, sino hasta la mismísima Siberia, pues llevaban en el corazón bastante fuego para derretir todo el hielo del mundo.

Quedáronse, pues, solas Blanca y su madrina.

Quebrantada y vacilante, la joven levantóse y pidió venia para recogerse.

– A ver el ramo, – dijo Julieta.

Sin fuerzas para cogerlo, Blanca se lo señaló con la mano derecha, al mismo tiempo que con la izquierda se apretaba fuertemente el corazón, como queriendo contener la vida que por aquella entraña se le figuraba á punto de escaparse.

Julieta examinó el ramo, puesto en un jarro de hermosa porcelana de Sevres. Al punto echó de ver el estrago producido en las flores por el llanto de su pupila. Sólo entonces se hizo cargo del tormento á que durante algunas horas la había tenido sometida, y se arrepintió de todo ello. No queriendo prolongar aquel martirio, fingió hallar el ramo exento de toda mácula, y dijo á la muchacha entre dos cariñosos besos:

– ¡Bravo, bravísimo! Hija mía, has hecho verdaderamente una obra maestra. Estoy segura de que ha de gustarle mucho á la futura marquesa de Laval.

Blanca tomó una palmatoria y empezó á subir los sesenta y pico de escalones que conducían á su cuartito, situado en el piso tercero, junto al de su madrina.

– Julieta se quedó, – dijo ella – esperando al marqués que debía volver por el ramo.

A la luz de la palmatoria que Blanca llevaba en la mano, pudo verse como de sus grandes ojos se desprendían dos gruesas lágrimas, y como en su frente se marcaban señales de los encontrados pensamientos que en su mente se agitaban.

VII

A solas con su pena, en su linda habitación, Blanca pudo dar rienda suelta á sus sollozos.

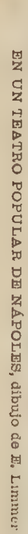
– ¡Qué locura! – pensaba. – ¿Cómo pude hacerme la ilusión de que una pobre florista como yo fuese correspondida en formales y honestos amores por tan rico y noble caballero?

Mucho le costaba desprenderse de aquella vaga pero dulcísima esperanza que había sido el encanto más poético de su vida; pero ¡ay! la realidad fría, implacable, hundía en un abismo el castillo encantado de sus ensueños de amor.

– ¡Todo se acabó! – se decía. – Dentro de un mes, qui-



COPA OFRECIDA POR EL GRAN DUQUE DE BADEN AL VENCEDOR EN LAS CARRERAS DE CABALLOS DE PFORZHEIM



EN UN TEATRO POPULAR DE NÁPOLES, dibujo de E. Limmer

zás antes, la señora marquesa de Laval vendrá en compañía de su esposo á escoger flores para algún traje de baile!...

Trémula y llorosa se arrebujó en su cama; pero de tal modo se sintió toda la noche agitada por la tensión de sus nervios y el torbellino de sus ideas, que no pudo reconciliar el sueño hasta la madrugada. A los primeros resplandores del nuevo día cayó en un sopor febril, sacudida aún por un temblor convulsivo y bañado el rostro por las lágrimas.

Entonces tuvo Blanca un grato sueño.

En un templo lleno de flores, incienso y luces, con el altar mayor ricamente engalanado; á los acordes del órgano, cuyas voces se dilataban majestuosamente por las grandiosas naves; entre una multitud de elegantes damas y apuestos caballeros, se adelantó hacia el presbiterio una tímida y hermosa joven, vestida de blanco. Y aquella joven era ella misma, y aquel albo traje era de boda, y llevaba en la mano aquel ramo de flores, objeto de tantos incidentes y causa de tan honda pena. Arrodillóse sobre un almohadón de terciopelo carmesí, y á su lado se hincó también de rodillas el prometido esposo – el gallardo marqués de Laval...

El sol plateaba los nevados techos y las cornisas de las casas, cuando Julieta, acabada de levantarse, se asomó por entre las cortinas de su ventana.

Concluída su *toilette*, se acercó de puntillas al cuarto de Blanca. Aplicó el oído á la puerta y la empujó con tiento. No la extrañó encontrar á la muchacha acostada todavía. Las lágrimas sorprendidas la víspera en los ojos de la pobre enamorada, le habían hecho presumir que pasaría una noche de agitación y de insomnio.

Acercóse á la cama, y merced á la tamizada luz que penetraba por las cortinas de la ventana, vió con sorpresa que el rostro de su pupila había experimentado una transformación completa. En vez de las huellas de tristeza observadas en la noche anterior, ahora ofrecía una especie de irradiación de inefable gozo. Sus labios entreabiertos dibujaban una angelical sonrisa, y de vez en cuando se movían como articulando alguna palabra imperceptible.

Julieta aplicó un suave beso en la serena frente de su ahijada, quien, al contacto de unos labios, se estremeció ligeramente y respondió con un beso en el vacío.

Después de un instante de muda contemplación, Julieta volvió con tiento á su cuarto, cogió el ramo del marqués, que había subido al recogerse, y fué á colocarlo con el jarro de Sevres sobre la chimenea del dormitorio de Blanca. Dirigió á la joven una mirada y una sonrisa de tierno afecto, y fué á colocarse en el pasillo, junto á la puerta, después de cerrarla con estrépito.

Al ruido de la puerta, Blanca despertó con sobresalto.

Había cesado de nevar.

Un hermoso sol, mensajero de alborozo, que producía brillantes reflejos en los frisos y ventanas, hirió con flechas de oro los entornados ojos de la bella durmiente.

Esta se incorporó en la cama y dió un grito de sorpresa. Delante del espejo de la chimenea, se alzaba majestuoso el ramo de flores del marqués, cual copo enorme de fragante nieve, envuelto en ondas de encaje.

Un satinado billete asomaba una de sus puntas por entre dos rosas. Blanca se apresuró á cogerlo y leyó estas solemnes palabras:

«El marqués de Laval tiene la honra de pedir la mano de la señorita Blanca Sary.»



ABANDONANDO EL PAÍS, cuadro de Frank Holl

ÁRABES JUGANDO AL CHAQUETE, cuadro de L. Carlos Muller

– ¿Estoy soñando todavía? – exclamó Blanca echándose en brazos de Julieta que acababa de entrar.

– No, hija mía. Era para tí el ramo destinado á la futura marquesa de Laval.

Juan B. Enseñat

EL EDIFICIO DE LA UNIVERSIDAD en Alcalá de Henares

II

El teatro académico, ó Paraninfo, es un gran salón rectangular. Arrimada á sus muros, corre una plataforma; en el centro de sus lados mayores, frente á la puerta, se alza la tribuna; en la parte superior, ábrese una galería de diez y ocho huecos; y el techo es un artesonado morisco, de madera. En la plataforma, se encontraba la sillería para los claustrales, obra sencilla, de nogal, grecoromana, que parece ser la que hoy se halla repartida en el Paraninfo viejo y otras cámaras de la Universidad de Madrid. Además, dícese que, en su tiempo, había unas gradas de azulejos de colores, divididas por barandas de hierro dorado; y en el centro, otra plataforma, con el mismo adorno, donde se colocaban los graduandos y los oradores: nada de esto existe. El estilo de la tribuna es del Renacimiento; formada de tableros azules con relieves dorados, se halla muy mal restaurada, como igualmente otras partes del Paraninfo. Los balcones de la galería son de arco rebajado; tienen una balaustrada de piedra, hoy tabicada por detrás y se hallan divididos por pilastras y coronados por una cornisa: todo ello, profusamente adornado con grandes placas de estuco, en el gusto del Renacimiento también: hojas, candelabros y jarrones, de buen estilo.

El artesonado es, en su estructura, del tipo árabe; y su traza, de estrellas de 6 puntas, combinadas con exágonos, el fondo de los cuales adorna un florón dorado; los casetones son quizá demasiado grandes para la altura del salón, defecto frecuente en nuestros artesonados de este tiempo. Sin embargo, sus autores, Bartolomé Aguilar y Hernando de Sahagún, lo son también del admirable techo de la Sala Capitular de Toledo, uno de los que menos adolecen de aquella falta. Ayudáronles en la obra los pintores Luis de Medina, Diego López, Alonso Sánchez y Juan de Borgoña; y sin duda que, con todos sus defectos, tendría muy otro ver, al concluirse, que hoy, después de la despiadada restauración que ha sufrido.

La capilla (la del Colegio de San Ildefonso, pues en otro cuerpo de edificio está la del de San Pablo) forma un rectángulo prolongado de 41 metros por 9,50 en la nave, y poco más de 9 en el presbiterio, separado de aquélla por el arco de triunfo, del último tipo gótico; de los 41 metros de longitud, corresponden al presbiterio 13. A los pies de la iglesia, sobre la puerta principal, se alza el coro, que ocupa unos 8 metros de aquella longitud. En el muro S., hay una ventana y un púlpito; casi á la mitad del del N., una puerta, que comunica con uno de los patios laterales. En el centro del presbiterio, estuvo hasta mediados de este siglo el sepulcro de Cisneros, hoy en la Magistral; y en el fondo, sobre tres gradas, hay un altar moderno é insignificante. – Los techos de este edificio son dos, ambos artesonados mudejares, uno para la nave toda, y otro, más alto, para el presbiterio solo; hallándose uno y otro protegidos por cubiertas de muy alta armadura.

Esta capilla, acaso la parte más interesante que resta del monumento, parece corresponder á la obra primitiva, ó sea de Gumiel, aunque Madrazo cree que su decoración es contemporánea de la del Paraninfo. La semejanza no es con todo tan indiscutible. Según ya vimos, la ornamentación de aquél es completamente del Renacimiento, y la de la Capilla (en medio de algunos pormenores moriscos), en general, plateresca, entendiendo por este término la combinación de aquel estilo con el gótico – combinación que por mucho tiempo se ha creído exclusivamente española, pero que abunda en muchos otros países, no sólo en Portugal, sino en Italia y hasta en Inglaterra. - El único factor común, y en verdad no despreciable, es el procedimiento y material de la decoración, que en ambos departamentos es de ataurique, aunque con diverso estilo en los motivos. Los de las pilastras, que dividen á los muros en entrepaños, así como los de éstos, son de Renacimiento; los arcos ciegos y ornamentales, que van de pilastra á pilastra, góticos; en el friso y la crestería que corona la decoración, se mezclan ambos elementos; y el entablamento (muy destruído), mudejar, perfilado por el cordón franciscano. – Las puertas, menos una, difícil de reconocer, son de arco rebajado.

Los dos artesonados, el de la nave y el del presbiterio, mudejares también, según se ha dicho, tienen las líneas moriscas y las hojas pintadas en el fondo de los casetones; recuérdese que las del techo del Paraninfo son de relieve. Pertenecen al Renacimiento; y á pesar del lamentable estado de abandono en que se encuentran, por más que sería más lamentable la idea de «restaurarlos» como el del Paraninfo, exceden á éste en finura. – El de la nave se ochava en los dos ángulos contra el muro del presbiterio, cortándose en plano por el otro extremo, sobre el coro, tal vez desde un principio, tal vez á consecuencia de las obras que se hicieron al sustituir la primitiva fachada de esta capilla por la actual, de que luego hablaremos. – El artesonado del presbiterio forma una pirámide truncada, cuya base es un octógono prolongado.

El arco de triunfo tiene adornada su archivolta con el mismo cordón que se ve en otras partes del edificio, y el intradós, con motivos de Renacimiento; á cada lado presenta una decoración gótica; y lo cerraba una hermosa verja dorada – según dicen – la cual se vendió con el retablo.

En el lienzo del Sur, dijimos, se halla el púlpito, que es octogonal y plateresco, cubierto por un pináculo gótico.

El coro descansa sobre un arco rebajado; y su entarimado, sobre 4 columnas de Renacimiento; la sillería, de este mismo estilo y muy semejante á la de la Iglesia Magistral de la misma ciudad, consta de dos cuerpos y ofrece poco interés.

No lo tiene mayor la fachada actual, greco-romana, compuesta de una puerta con arco de medio punto, con una columna y una pilastra á cada lado, un medallón encima, que representa á San Ildefonso, y dos escudos de Cisneros.

Por último, la cubierta exterior del presbiterio forma una especie de cúpula ciega de ocho lados desiguales, correspondientes á los del artesonado que protege, y cuyos muros se elevan unos 4 metros. Este sistema de hacer resaltar la cubierta del presbiterio sobre la de la nave, tiene acaso precedentes moriscos y constituye un tipo que se perpetúa luego en nuestras iglesias del XVII, singularmente en Castilla; aunque, por lo común, sin que esta especie de cúpula salga de la planta cuadrada. Aquí, los muros, al exterior, se hallan decorados con atauriques ojivales, figurando arcos ciegos y otros motivos. Esta construcción llamó la atención á Street, aunque erróneamente la creyó de época más moderna.

De los muchos enterramientos de hombres ilustres, cuyos restos descansaron un tiempo en esta iglesia, quedan todavía los de los arquitectos Gumiel y Sopeña, del «divino» Vallés y algunos otros.

Por el presbiterio se da ingreso á la sacristía, que es un salón con artesonado del Renacimiento, sostenido sobre tres columnas, muy destrozadas, que lo dividen en tres naves.

Resta decir algo de los patios. Nada menos que 13, tuvo un tiempo; pero de los que hoy aun subsisten, sólo merecen especial mención el principal, el de los *Continuos* y el de San Pablo. – El primero, rectangular reconstruído por Sopeña en el siglo XVII, es greco-romano y consta de tres pisos con sus correspondientes galerías, formadas por 96 columnas, seudo-dóricas en los dos inferiores y jónicas en el tercero, sobre el cual corre una balaustrada de piedra, dividida por pirámides, en cuyos pedestales van repartidas las letras de la leyenda en otro lugar ya mencionada: *en luteam olim celebra marmoream*. La balaustrada va interrumpida por un gran medallón en cada lado: representan, dos de ellos, á Santo Tomás de Villanueva y á Cisneros; y los otros dos, las armas de éste. Dichas esculturas, como la del brocal de pozo que ocupa el centro del patio, son obra de Francisco de la Dehesa y bastante malas. Por el contrario, el patio, en el tipo de Herrera, tiene buenas proporciones y aun es más esbelto de lo que suelen serlo los nuestros de aquel tiempo.

Del segundo patio, ó de los «Continuos,» sólo llegó á hacerse un frente, que no existe. Pero el tercero, llamado «trilingüe,» donde está la puerta del Paraninfo, se conserva bastante bien. Tiene dos pisos; y su claustro, formado por 36 columnas jónicas en el cuerpo inferior y otros tantos pilares octogonales en el de arriba, es obra de Francisco de la Cotera, á mediados del siglo XVI. En cuanto al patio de San Pablo, correspondiente al colegio de este nombre, aunque comprendido en el mismo edificio, es del estilo último ojival y de corta importancia.

F. Giner de los Ríos

UN FERRO-CARRIL POR LAS MONTAÑAS PEDREGOSAS en el estado de Colorado (Estados Unidos)

La red de ferrocarriles en el mundo toma de año en año, de día en día pudiera decirse, una extensión prodigiosa, llamada seguramente á modificar completamente los futuros destinos de los pueblos. Un hecho es la construcción de esa inmensa vía férrea transcaspiana, cuya ejecución han perseguido los rusos con la constancia y fuerza de voluntad que los caracteriza y que une la Europa al centro del Asia. Mientras estos trabajos se hacen en Asia, en todas partes se efectúan otros semejantes en América. Pero todavía en los Estados Unidos es donde el desarrollo de los ferro carriles es más rápido y se realiza con mayor actividad la construcción de las vías férreas.

Siempre es curioso registrar la historia de esas nuevas construcciones que á menudo toman en América el carácter de los episodios de una novela, y tal es el caso del nuevo ferrocarril que va á pasar por las Montañas Pedregosas del Colorado. Está destinado á reemplazar otro camino deficiente que contorneaba las montañas en las cercanías de Silverton (fig. 1.ª) y va á elevarse cerca de 4000 metros de altitud para pasar por la orilla del famoso lago de Plata (fig. 2.ª), en cuyos alrededores abundan los minerales preciosos. El trasporte de los rails se verifica á lomo de asnos, llevando cada uno dos, cuyos extremos posteriores arrastran por el suelo.

Nada es más curioso que la partida de Silverton de semejante expedición: nuestros lectores tendrán una idea exacta porque nuestro grabado (fig. 3.ª) es la reproducción de una fotografía.

El nuevo ferrocarril está destinado á unir en prosperidad dos ciudades, Ouray, estación término de un ramal del *Denver and Rio Grande Railroad*, y Silverton, que termina otro ramal de la misma compañía. Estas dos ciudades están separadas por altas montañas y profundos valles.

La nueva vía férrea tendrá 22 millas ó sean 35 kilómetros de longitud, y su construcción ha de ofrecer serias dificultades; pero atraviesa regiones mineras de gran riqueza á cuya explotación asegurará muy pronto una extensión considerable.

Hace unos 10 años la producción minera de Colorado no excedía de tres á cuatro millones de dollares (15 ó 20 millones de pesetas) anuales; en 1880 pasó de 22 millones de dollares (110 millones de pesetas). Y gran número de minas están aún por explotar.

LAS ANTIGÜEDADES MEXICANAS en la próxima Exposición universal de París

Nadie ignora cuán grande es la riqueza de México en antigüedades de toda clase que ofrecen al historiador, al antropólogo y al arqueólogo una mina inagotable que explotar. El gobierno mexicano no ha retrocedido ante ningún sacrificio para hacer valer los tesoros de la historia de su país en la futura Exposición parisiense, y en la actualidad se construye en ella á su costa un pabellón especial para las antigüedades de México. Dicho gobierno hace gastos considerables para esta Exposición, á la que se propone enviar plantas raras, ejemplares geológicos y mineralógicos, mármoles y piedras preciosas, organizado todo ello por el distinguido arqueólogo el doctor D. Antonio Peñafiel.

Entre las colecciones más notables que figurarán en el pabellón especial de antigüedades mexicanas, citaremos la de Eugenio Goupil, de París, hijo de México; colección que contiene objetos de mucho valor y de gran belleza.

Nuestros grabados reproducen exactamente algunos de ellos. La figura 2 representa cuatro vasos funerarios encontrados en unas tumbas de las cercanías del palacio de Mitla, en Oaxaca. El mayor de ellos tiene cuarenta centímetros de altura por treinta y dos de anchura; las dimensiones del menor, que representa al dios Murciélago, son quince y catorce respectivamente. M. Martin, antiguo cónsul de Francia en aquella República, trajo en 1845 estos objetos, que son divinidades zapotecas.

La figura 1 es una estatuilla de tierra cocida, probablemente imagen del dios de la guerra. Lleva al cuello un collar formado de mandíbulas superiores ó paladares humanos; en la mano derecha tiene un vaso de sacrificio en forma de garra de tigre; y aunque la izquierda está estropeada, es probable que empuñara un arma, ó por lo menos un cuchillo de sacrificios. Ostenta también un ancho cinturón guarnecido de objetos de dudosa nomenclatura, si bien por analogía puede suponerse que son restos humanos: en el centro de este cinturón se ve una cabeza de guerrero con una gola adornada de curiosos grabados.

El tocado de la estatua se parece á ciertos tocados guerreros de los naturales de la Oceanía, con la diferencia de que esta imagen está rapada de un solo lado, el izquierdo; por consiguiente, este lado tenía, como para los aztecas (por ejemplo, el dios Huitzilopochtli) una significación importante; pero con variantes.

Esta curiosa muestra del arte cerámico de los antiguos zapotecas tiene gran valor histórico, y fué encontrada en una tumba de la misma localidad que los vasos anteriores: tiene setenta y dos centímetros de alto por treinta y cuatro de ancho.

A derecha é izquierda de la figura 1 hay un vaso funerario y una cabeza de ídolo; en el centro se ve un vasito de madera de zapote encarnado y tallado, de la misma procedencia.

Por los ejemplares que acabamos de mencionar, podrá juzgarse de la importancia de las colecciones mexicanas que figurarán en la Exposición de París de este año.

(De La Nature)

EL INSTITUTO PASTEUR

No creemos necesario recordar el origen de la suscrición que ha asegurado la fundación del *Instituto* Pasteur. Todos los periódicos han dado cuenta de los grandes trabajos del ilustre químico, y por lo mismo suponemos á nuestros lectores enterados de los principales hechos de esta memorable historia, historia interesante del tratamiento profiláctico de la rabia, una de las más preciosas conquistas de esa nueva rama de la ciencia, que llaman técnicamente la *microbia*.

Levántase actualmente el Instituto en medio de un amplio terreno de la calle de Dutot en París: millares de

UN FERRO-CARRIL POR LAS MONTAÑAS PEDREGOSAS

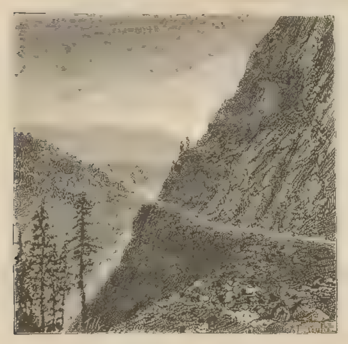


Fig. 1. El camino en las Montañas Pedregosas



Fig. 2. El lago de plata (á 3800 metros de altitud)



Fig. 3. Silverton. Partida de una expedición para la construcción de una vía férrea. Transporte de rails á lomo de asnos

suscritores de todas las regiones de Francia han contribuído generosamente á su construcción, y al llamamiento de M. Pasteur han respondido también todos los países del mundo, comprendiendo desde luego la grande importancia y el interés general del establecimiento.

La suscrición, que sigue todavía abierta, ha producido ya más de dos millones y medio de francos, habiéndose consagrado millón y medio á la adquisición del terreno, á las construcciones, adecuadas facultativamente al objeto, y á las necesidades interiores del edificio, terminado ya á estas fechas (1).

Como ya es sabido, pues tuvo el hecho la mayor resonancia, se inauguró el *Instituto Pasteur*, el 14 de noviembre del año próximo pasado en presencia de M. Carnot, presidente de la república, de casi todos los ministros, de muchos miembros del Instituto de Francia y de su Academia y de gran número de otras notabilidades.

El secretario perpetuo de la Academia de ciencias Mr. Bertrand, abrió la sesión felicitando á su ilustre colega del Instituto y dándole gracias, con tanta elocuencia como oportunidad, en nombre de la ciencia, de Francia y de la humanidad entera.

Siguióle en el uso de la palabra Mr. Christophle, director del Crédito territorial, hablando con mucho ingenio y habilidad de los grandiosos resultados de la suscrición, á que han contribuído así los grandes como los pequeños bolsillos.

Sentimos no disponer de mayor espacio para reproducir en esta reseña las oportunas y bien dichas palabras del Director del Crédito; pero en cambio insertaremos sin importantes supresiones el discurso de M. Pasteur, el héroe de esta gran victoria de la paz.

Este discurso, como se verá, es un modelo de elocuencia: los sentimientos que brotan del corazón, la llama sagrada del patriotismo y los más elevados pensamientos brillan alternativamente en él con el mismo esplendor.

«El que, dentro de veinte años, escriba nuestra historia contemporánea é investigue cuáles han sido, á través de los hechos políticos, los pensamientos íntimos de Francia, podrá decir con orgullo que ha puesto en el primer lugar de sus aspiraciones la enseñanza en todos sus grados. Desde las escuelas rurales hasta los laboratorios de los altos estudios, todo se ha fundado ó renovado. Discípulo ó profesor, cada cual ha tenido en ello su parte.

»Los grandes maestros de la Universidad, sostenidos por los poderes públicos, han comprendido que, si era preciso hacer correr como amplios ríos, la enseñanza primaria y secundaria, preciso era también cuidarse de las fuentes, es decir de la enseñanza superior. Ellos han dado á esta enseñanza la atención que le es debida y el lugar que le corresponde. Semejante instrucción sólo se reservará á un pequeño número; pero de este pequeño número y de sus escogidos dependen la prosperidad, la gloria, y en último análisis, la supremacía de un pueblo.

»He aquí lo que se dirá y lo que se hará en honor de los que han provocado y secundado este gran movimiento.

»En cuanto á mí, señores, si he tenido la satisfacción de llegar en algunas de mis investigaciones hasta el conocimiento de principios que el tiempo ha consagrado y hecho fecundos, es porque no se me ha negado nada de lo que he necesitado.

»Y el día en que, presintiendo el porvenir que iba á abrirse ante el descubrimiento de la atenuación de los virus, me dirigí á mi país para que nos permitiera, por la fuerza y vuelo de las iniciativas privadas, crear laboratorios que no sólo se aplicarían al método de profilaxia de la rabia, sino también al estudio de las enfermedades virulentas y contagiosas, aquel día nos dió Francia á manos llenas.

»Suscriciones colectivas, liberalidades privadas, donativos magníficos debidos á fortunas que siembran el bien como el labrador el trigo; todo lo trajo, hasta el ahorro hecho por el operario á costa del salario de su rudo trabajo.

»Mientras se realizaba esta obra de concentración francesa, dábannos tres soberanos generoso testimonio de efectiva simpatía. El sultán quiso ser uno de nuestros suscritores; el emperador del Brasil, ese ilustre emperador, letrado y científico, inscribió su nombre con la alegría de un colega, y el czar saludaba la vuelta de los rusos, sometidos á nuestro tratamiento y respondía á su curación con una largueza verdaderamente imperial.

»En presencia de los médicos rusos que han de trabajar en nuestros laboratorios y tienen ya puesto honroso

ANTIGUEDADES MEXICANAS EN LA PRÓXIMA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS



Fig. 1. – Divinidad zapoteca en tierra cocida



Fig. 2. - Vasos funerarios mexicanos. – Colección de M. E. Eugenio Goupil

entre nosotros, dirijo al emperador de Rusia el homenaje de nuestra respetuosa gratitud.

»Cómo se han centralizado todas estas sumas en la caja del Crédito territorial y cómo se ha hecho uso de ellas, acabáis de oirlo, señores. Pero lo que M. Christophle no os ha dicho es el esmero y solicitud con que ha procedido en la gestión de estos bienes nacionales.

»Antes de poner la primera piedra, decidió, á pesar mío, el comité de patronato de la suscrición que llevara mi nombre el Instituto. Mis objeciones persisten contra un título que reserva á un hombre el homenaje debido á una doctrina. Pero me siento turbado por semejante exceso de honor y mi gratitud no es menos viva ni menos profunda. Nunca se ha encontrado un francés, dirigiéndose á otros franceses, más conmovido que yo estoy en este momento.

(1) El Instituto Pasteur se ha construído según los planos de M. Petit, á quien sorprendió la muerte en sus trabajos en octubre de 1887. Sin embargo, se siguieron fielmente sus planos por su digno sucesor Mr. Brebant.

»Ved pues edificada esta gran casa, de la que podrá decirse que no hay una piedra que no sea signo material de una idea generosa: todas las virtudes han contribuído á levantar esta mansión del trabajo.

»¡Ah! tengo, sin embargo, la profunda melancolía de entrar en ella como un hombre *vencido por el tiempo*, que no tiene ya en torno de sí á ninguno de sus maestros, ni aun siquiera á ninguno de sus compañeros de lucha, ni á Dumas, ni á Bouley, ni á P. Bert, ni á Vulpian, que después de haber sido contigo, mi querido Graucher, el consejero de la primera hora, ha sido el defensor más convencido y más enérgico del método.

»Sin embargo, tengo el dolor de decirme: No existen ya, después de haber tomado valerosamente parte en las discusiones, que no provoqué yo jamás, pero que debí mantener: si no pueden oirme proclamar lo que debo á sus consejos y apoyo; si me siento tan triste en su ausencia como el día siguiente de su muerte, tengo á lo menos el consuelo de pensar que todo lo que hemos defendido juntos, todo perdurará.

»Nuestros colaboradores y discípulos participan igualmente de nuestra fe científica.

»El profesor Graucher dirigirá el servicio del tratamiento de la rabia, con la competente colaboración de los distinguidos doctores Chantemesse, Charrin y Terrillon.

»El ministro de Instrucción pública ha autorizado á M. Duclaux, el más antiguo de mis discípulos y colaboradores, y actualmente catedrático de la facultad de ciencias, para trasladar aquí la clase de química biológica, que explica en la Sorbona, y él será quien dirija el laboratorio de microbia general.

»Mr. Chamberland se encargará de la asignatura de la microbia en sus relaciones con la higiene.

»El doctor Roux enseñará los métodos micróbicos en sus aplicaciones á la medicina.

»Y dos ilustres rusos, los doctores Metchnikof y Gamaleia, nos ayudarán en la obra con tan noble desinterés como espontaneidad, siendo de su competencia la morfología de los organismos inferiores y la microbia comparada.

»Bien conocéis, señores, las esperanzas que nos infunden los trabajos del doctor Gamaleia; y de intento me sirvo de la palabra *esperanzas*. La aplicación al hombre está lejos de haberse hecho en este momento; pero se ha hecho la más ruda y difícil etapa.

»Constituído nuestro Instituto, como acabo de decir, será un asilo para el tratamiento de la rabia, un centro de investigaciones para las enfermedades infecciosas y un lugar de enseñanza para los estudios que dependen de la microbia. Nacida ayer, pero nacida completamente armada, esta ciencia nueva saca tal fuerza de sus recientes victorias que arrastra todos los espíritus.

»Conservad, carísimos colaboradores, conservad el noble entusiasmo que venís mostrando desde la primera hora; pero asociadlo por manera inseparable á la más severa prueba. No aceptéis nada que no pueda probarse de un modo sencillo y decisivo.

»Dad culto al espíritu crítico. Reducido á sí solo, no es despertador de idea, ni estímulo de grandes cosas. Sin él todo es caduco; siempre tiene la última palabra. Lo que aquí os pido, y lo que pediréis á vuestra vez vosotros á los discípulos que forméis, es lo más difícil para el inventor.

»Creer que se ha encontrado un hecho científico importante, tener la fiebre de anunciarlo y verse obligado, durante días y semanas y meses y aun años enteros, á combatirse á sí mismo, á arruinar sus propios experimentos y no proclamar su invención hasta haber agotado todas las hipótesis contrarias, sí, es una tarea arduísima.



MONUMENTO DEDICADO Á VÍCTOR MANUEL, EN BOLONIA, por G. Monteverde

»Pero cuando después de tantos esfuerzos, se llega en fin á la certidumbre, se siente la mayor alegría que pueda sentir alma humana, y todavía la idea de contribuir al honor y gloria de la patria hace más y más viva y profunda esta alegría.

»Si la ciencia no tiene patria, el hombre de ciencia debe tenerla, y á ella debe referir la influencia que sus trabajos puedan tener en el mundo.

»Si me fuera permitido, señor presidente, terminar con una reflexión filosófica, suscitada en mi ánimo por su presencia en esta sala de trabajo, diría que dos leyes contrarias parecen hoy en lucha: una ley de sangre y de muerte que, imaginando cada día nuevos medios de combate, obliga á los pueblos á estar siempre dispuestos y apercibidos para el campo de batalla; y otra ley de paz, de trabajo y de salud que sólo tiende á librar al hombre de las plagas que por donde quiera lo rodean.

»La una busca las conquistas violentas; la otra sólo el alivio de la humanidad: ésta pone la vida humana sobre todas las victorias; aquélla sacrificaría millares de existencias á la ambición de uno solo.

»La ley cuyos instrumentos somos, hasta procura, en medio de la carnicería, curar los sangrientos males de la cruel ley de guerra. Los apósitos inspirados por nuestros métodos antisépticos pueden preservar á millares de soldados.

»¿Cuál de estas dos leyes triunfará de la otra? Sólo Dios lo sabe. Pero lo que podemos nosotros asegurar es que la ciencia francesa se habrá esforzado, obedeciendo á esta ley de humanidad, en dilatar las fronteras de la vida.»

Después de la ceremonia de inauguración recorrieron los asistentes los edificios y jardines del Instituto. El monumento principal tiene la fachada paralela á la calle Dutot: la planta baja comprende el laboratorio de M. Pasteur, la administración, los caloríferos y las cavas. El segundo cuerpo de edificio, unido al primero por una gran galería, constituye el verdadero establecimiento micróbico, donde está instalado, en la planta baja, el servicio de la rabia.

A la derecha del edificio se penetra en la sala de espera de las personas sometidas al tratamiento; registro, archivos, inoculación, etc., forman los diferentes servicios de las salas que siguen. El ala izquierda de este segundo edificio comprende en su planta baja, una sala de cátedras, un laboratorio de disección, estufas, un gabinete de zoología, un laboratorio de fotografía y almacenes.

Detrás de este edificio hay diseminados en el jardín construcciones anexas. Mencionaremos como de importancia especial, el departamento de los animales en observación ó experimento, el de los animales rabiosos y las perreras.

Después de haber echado una ojeada al conjunto del establecimiento, visitemos más especialmente el primer piso de los dos edificios principales. El primer cuerpo de edificio, cuya fachada viene á dar á la calle Dutot, comprende, á la derecha, los departamentos de M. Pasteur, y á la izquierda, el salón biblioteca, en que se celebró la sesión inaugural. La galería de comunicación permite pasar de esta parte del edificio á la instalación de los laboratorios. Al extremo de cada ala del segundo edificio, dos grandes salones sirven de laboratorios á los discípulos, hallándose separados por una serie de otros laboratorios y por piezas reservadas al director, al preparador y á las colecciones. El segundo piso es en cierto modo la repetición del primero y asegura el espacio necesario á numerosos trabajadores.

La figura 2 ofrece el aspecto de la fachada principal: las cuatro ventanas indicadas á la izquierda del dibujo son las de la biblioteca, y las otras cuatro de la derecha corresponden á los departamentos del director. Una gran verja, con dos puertas laterales, cierra el establecimiento por la parte de la calle Dutot.

Todo está pues bien comprendido y bien ejecutado en tan magnífico monumento, donde el aire y la luz circulan ampliamente, pudiendo decirse con toda exactitud que el Instituto Pasteur es uno de los más bellos entre los establecimientos científicos modernos. Las construcciones no están amontonadas unas sobre otras, y el jardín que las circuye las aisla entre sí con un vasto espacio.

Este mismo jardín está muy acertadamente dispuesto, ni escaso ni sobrecargado de plantas y flores; y no se ha olvidado en él nada de lo que pueda embellecerlo, como la estatua de bronce del pastorcillo Jupille luchando con un perro rabioso (fig. 1). Este grupo, que recuerda un rasgo de heroísmo, está colocado enfrente de la escalera de honor de la entrada principal y prepara en cierto modo al visitante á los sentimientos que no deja de inspirar una visita al Instituto Pasteur. Este establecimiento, único en el mundo, no es sólo un templo de la ciencia, sino también un santuario de la caridad y de la abnegación; y no se sabe qué admirar más en su ilustre fundador, si al inventor de nuevas y fecundas doctrinas, ó al bienhechor de la humanidad.



Fig. 1. – El pastorcillo Jupille luchando con un perro rabioso (Grupo en bronce colocado á la entrada del Instituto Pasteur)



Fig. 2. – Vista de conjunto del Instituto Pasteur *(De fotografía)*

BARCELONA. – IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 1.° DE ABRIL DE 1889 — NÚM. 379

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

¡FELIZ! cuadro de H. Vogler

Difícilmente podría encontrarse un título que tan bien cuadrara á una pintura de género como el que á su lindo cuadro ha puesto Vogler. Unos simples puntos suspensivos puestos entre dos admiraciones hubieran bastado para que el espectador menos perspicuo hubiese acertado con la palabra apropiada, sin que á nadie pudiera ocurrírsele sustituirlos por el vulgar «¡qué bonito!» En efecto, no es el sentimiento estético el que se despierta en el ánimo de la hermosa joven en presencia de la sortija que embelesada contempla; es la explosión de una alegría noble y santa que largo tiempo contenida se desborda impetuosamente ante el símbolo que pone término á un pasado lleno de goces, sí, pero también de incertidumbre y de zozobras y que presagia un porvenir de dichas y felicidades sin cuento. La mezcla de rubor y arrobamiento de aquel rostro encantador, la tímida sonrisa que brota entre aquellos diminutos labios y la voluptuosa mirada que asoma por los semi-entornados párpados dicen bien á las claras que el alma de la desposada apenas acierta á explicarse la dicha que la embarga. ¡Feliz la que siente con tal pasión y con firmeza tanta! ¡Feliz también el hombre que ha sabido inspirar tan puro y ardiente cariño!

En cuanto al autor del cuadro, con aplicarle el título del mismo queda hecho el mejor elogio de los primores con que ha trasladado al lienzo asunto tan simpático; por esto condensaremos nuestro juicio en la frase pocas veces tan justamente consignada «ha estado verdaderamente feliz.»

D. TORIBIO DURÁN

FUNDADOR DEL ASILO QUE LLEVA SU NOMBRE

FACHADA PRINCIPAL DEL ASILO-DURÁN

Proyecto de don José Pelicer

Don Toribio Durán, á quien se debe el establecimiento benéfico representado en nuestro grabado, fué uno de esos pocos hombres enemigos de la notoriedad, mejor dicho, amantes de una modesta oscuridad, que, á fuer de verdadero filántropo, pasó gran parte de su vida haciendo bien á sus semejantes sin ruido ni ostentación, y para quien el pingüe capital reunido á fuerza de probidad, honradez y trabajo, no tenía otro atractivo que el de satisfacer sus caritativas inclinaciones.

Nacido de modestísima familia en Castelló de Ampurias, el 8 de mayo de 1814, pasó á los diez y nueve años á Barcelona, donde se colocó como dependiente de comercio hasta que contando con algunos ahorros acumulados en un período de trece años, establecióse por su cuenta en 1846, dedicándose al comercio de yute é hilachas y algodones hilados. Este comercio fué la base de su fortuna hecha y acrecentada en un sencillísimo almacén de una calle de tercer orden de Barcelona.

El comercio de Barcelona le debe la fundación en 1857, de la Sociedad *Lloyd Catalán de Seguros marítimos*, que fué una de las más importantes en su clase, como lo fué también la *Línea Hispano-Inglesa de vapores*, creada en 1864, por la iniciativa del propio señor Durán, el cual fundó más adelante (en 1881), con el auxilio de otras personas respetables, el *Crédito Barcelonés de Seguros marítimos*, de cuya junta directiva formaba parte el día de su muerte, como también del *Banco de Cataluña*, desde su creación. Fallecido en 16 de setiembre último, D. Toribio Durán no olvidó en su testamento á sus deudos ni á sus fieles servidores y dependientes, pero quiso que los pobres recibieran beneficio directo de su fortuna. Después de disponer que se destinasen 500.000 pesetas para la construcción y dotación de un hospital que ha de levantarse en Castelló de Ampurias su villa natal, ordenó que se segregasen de su herencia otras 500.000 pesetas para aliviar una gran miseria moral, que en España no tiene aún su lenitivo ni su remedio.

BELLAS ARTES



¡FELIZ! cuadro de H. Vogler

Don Toribio Durán supo que existe en Barcelona *La Asociación general para la reforma penitenciaria en España*, y que una de sus tareas principales es el arbitrar medios para conseguir la corrección y educación de los muchachos viciosos, vagabundos ó de malas inclinaciones; y aunque no pertenecía á dicha Sociedad, ordenó que sus albaceas, con la cantidad indicada, procediesen á la fundación de una Escuela de Reforma para dicha clase de muchachos.

El «Asilo Durán», será el primero de esta clase que funcione en España, pues si bien Madrid cuenta hace años con el Asilo de Santa Rita, esta es la hora en que aun no ha ingresado en él un solo muchacho.

El edificio de que tratamos, cuya dirección se ha confiado al conocido facultativo, autor dèl proyecto, D. José Pellicer, comprende una superficie de 5.550 metros cuadrados, y además, en la parte central, se levanta la Capilla de estilo bizantino, de 427 metros superficiales. Esta será de una sola nave con un paso lateral, y en el piso superior una galería de tres metros de amplitud que se comunicará con el coro.

El edificio constará de dos pisos. En el bajo estarán las oficinas, comedores para los Rdos. Padres y para los albergados, cocina, talleres para diferentes industrias y otras dependencias. El piso superior contendrá los dormitorios para los Rdos. Padres y para los asilados, clases, enfermería, botiquín, lavabos, retretes y salas de vigilancia y de ropería.

Todas las dependencias y clases tienen la capacidad necesaria para el objeto á que se destinan, y los dos dormitorios para los asilados tendrán cada uno 14,0 metros de ancho, 27 metros de largo y 6,5 metros de altura. Estas dimensiones dan idea del volumen de aire que comprenderá cada uno de ellos, volumen superior al que según los higienistas se necesita para que los 250 albergados puedan vivir con buenas condiciones en dichos aposentos.

Los cimientos y paredes exteriores se construyen de mampostería con arena y cemento, y las interiores de ladrillo con la misma mezcla: la viguería será de hierro laminado.

La cubierta de tejas dejando un desván que en término medio tendrá 1'5 metros de altura y comprenderá por consiguiente una cantidad de aire suficiente para los efectos de los cambios atmosféricos.

En vista de lo que dejamos ligeramente expuesto, puede desde luego afirmarse que el «Asilo-Duran» sera un asilo modelo, como modelo de ciudadanos fué el hombre benéfico cuyo nombre lleva.

BACANAL, cuadro de Giovanni Muzzioli

Las obras de este artista podrán servir algún día para ilustrar la historia del traje de la antigüedad greco-romana, de la cual ofreceran cuadros fidelísimos. Habiendo estudiado con prolija detencion los museos de Napoles, de Herculano y de Pompeya, ha llegado á adquirir una perfección en tales asuntos como la alcanzada por Alma Tadema, y si Muzzioli no aventaja al célebre pintor inglés en la interpretación de las costumbres antiguas, quizás le supera en la mayor soltura de colorido y dibujo.

El cuadro cuya reproducción publicamos, representa una parte del templo de Baco, desde cuya entrada, que esta a la derecha, se ve al dios del vino. Uno de sus devotos, enteramente ebrio, se ha puesto á correr sobre el zócalo del santuario, persiguiendo á una bacante procaz, y ha caído expuesto á romperse la cabeza contra las hermosas esculturas que se destacan en el friso, y representan la fiesta de los misterios dionisiacos.

El lienzo de Muzzioli llamó mucho la atención en la última Exposición de Milán, donde figuró entre los primeros por su brillante colorido, la armonía de sus detalles y la destreza de su dibujo.

A LA SOMBRA, cuadro de M. Meslé

Presentado en el Salón de París

El asunto no puede ser más sencillo ni más interesante: un hermoso niño dormido en rústica cuna á la sombra de frondosos arboles cuyo espeso follaje roba á los ardorosos rayos del sol que por entre las hojas penetran una parte de su fuerza é intensidad, y a su lado una niña cuyos pocos años contrastan con la grave expresión de su rostro, velando con solícito cariño el tranquilo sueño del hermanito. Al verla con una mano colocada sobre el borde de la cuna acechando el menor síntoma que indique un próximo despertar del dormido infante y empuñando con la otra una rama con que ahuyenta á los zumbones insectos que tomándolas por olorosas flores intentan posarse sobre las sonrosadas mejillas del angelito, ¿quién no diría que poseída de su mision en esta tierra se está preparando para representar algún día el santo papel de madre?

¿Y qué diremos del paisaje que sirve de marco á tan sentida escena? Las verdes hierbas que tapizan el suelo, las campestres flores arrulladas por ligera brisa, la frondosa enramada que libre de la tiranía del jardinero despliega sus galas sin más norma que su capricho y con toda la elegante esplendidez de que da muestras la naturaleza á sí misma abandonada, y la pintoresca casa de labranza que en el fondo se eleva, forman un conjunto armónico, encantador.

Con todas estas cualidades no es extraño que el cuadro de M. Meslé atrajera en el último Salón de París las miradas de aficionados y de inteligentes que ante tan plácido asunto primorosamente tratado descansaban su ánimo de las impresiones si no menos bellas más fatigosas que suelen en nuestros días despertar las obras de ciertas escuelas pictóricas.

SUPLEMENTO ARTISTICO

LA SAGRADA FAMILIA, copia del cuadro de Murillo existente en la Galería Nacional de Londres

Cuéntase que los frailes bajo cuya dirección estudió en sus años infantiles el eximio fundador de la escuela sevillana solían castigar con buenas manos de azotes los primeros desahogos artísticos del precoz embadurnador de las paredes del convento. ¡Quién había de decirles á aquellos monjes que á los pocos años la piedad religiosa había de prosternarse ante las sublimes creaciones de su discípulo y que los corazones férvidamente creyentes habían de desbordarse en raudales de fe y de amorosos sentimientos en presencia de las arrobadoras imágenes trazadas por el delicado pincel de Bartolomé Esteban Murillo!

El cuadro que hoy reproducimos puede hacer digno *pendant* á la tan justamente renombrada Perla de Rafael: ambas obras tratan el mismo asunto que con ser tan gastado (permítasenos la frase) adquiere siempre nuevos atractivos cuando lo interpretan genios como los de estos insignes maestros de la pintura sacra.

Murillo sintió como pocos los asuntos religiosos y sus figuras irreprochables desde el punto de vista material están tan impregnadas del misticismo más puro, que el ánimo al admirarlas, mas que en la contemplación de las bellezas terrenas se deleita con las dulzuras de un idealismo manantial inagotable de inexplicables goces internos.

Dígalo, sino, la Sagrada Familia de que nos ocupamos: la beatitud del glorioso patriarca, el éxtasis amoroso con que la Santísima Madre contempla á su Divino Hijo, y la sublime expresión del Salvador, forman un conjunto acabado ante cuya vista el corazón se conmueve y los labios se sienten impulsados á balbucear una plegaria; la majestad de Dios que hace descender sobre el Redentor á la Paloma Santa y los hermosos y expresivos rostros de los querubines que entre vaporosas nubes asoman, completan la composicion de esta obra que constituye una de las mas preciosas joyas de la Galería Nacional de Londres.

Insistir en las bellezas que el cuadro atesora parécenos ocioso y sería tarea por demás difícil: hay cuadros que se sienten y no se describen, que se saborean y no se critican, y la Sagrada Familia de Murillo es uno de ellos. Prescindan, pues, nuestros lectores de la pálida descripción que acabamos de hacer y aprecien y gusten por sí mismos tan sublimes bellezas, tarea para ellos tanto más facil cuanto que la reproducción del cuadro que publicamos es una obra maestra así por la exactitud y por la minuciosidad de detalles como por su factura que recuerda á los mejores modelos de la edad de oro del arte del grabado.

EL FINAL DE UN GRACIOSO

»Dijo Platón hablando de Aristófanes que las Gracias buscando un santuario indestructible encontraron el alma de aquel célebre escritor. Si el filósofo griego hubiera retrasado su venida al mundo por unos cuantos siglos y hubiese tenido la dicha de conocer á Casimiro Sanchez, quedárase el bueno de Aristófanes sin tener cumplido elogio, y juro por Castor, como juraban los romanos, que todo el mundo hubiera asegurado, repitiendo el dicho de Platón, que las Gracias habíanse encerrado en el espíritu de Casimiro.

Y no hubieran mentido, pues el tal Casimiro era gracioso como pocos. Al venir al mundo, su padre que lloraba de emoción, porque Casimiro era el primer fruto de su matrimonio, cambió las lágrimas por sonoras carcajadas, al oir el llanto de su chiquitín. Lloraba el muñeco de manera tan cómica, que cuantos le oyeron quebrábanse de risa. Lanzaba primero un prolongado suspirillo que se convertía luego en algo así parecido al cuarrear de las ranas y terminaba en una aspiración prolongada como las que hacen las gentes del campo de Jaén.

Rió á casquete quitado la gente que oyó el primer llanto de Casimiro, pero aun rio más cuando la comadrona presentó la amoratada cara del muchacho. ¡Qué feo! pero qué refeo era Casimiro y sin embargo qué simpático en su fealdad. Su cara semejábase á un informe trocito de zanahoria, sus orejillas eran extremadamente estrechas y desmesuradamente largas, lo cual le daba cierto parecido con un murciélago, parecido que aumentaba una cierta pelusilla como de melocotón, pero oscurilla, que cubría todo su rostro.

Achatada y ancha la nariz, hundíase en la cara como si se avergonzara de sus diminutas proporciones comparadas con la rasgadísima boca que bajo ella lucía, y que si nació en lugar más bajo, nació en cambio con tal grandeza, que para sí la quisiera el más grande entre los grandes. Creció Casimiro oyendo siempre frases que celebraban sus chistes, é ingeniosidades y carcajadas, producidas por sus cómicas travesuras.

No logró nunca averiguar la diferencia que existe entre lo que es sustantivo y adjetivo, ni por qué en la división inexacta, el dividendo es igual al producto del divisor por el cociente más el resto, pero en cambio con qué verdad sabía imitar la voz, el gesto y los ademanes del profesor.

Felizmente para el gracioso Casimiro, su padre había hecho una regular fortuna vendiendo ataudes y alquilando coches fúnebres, y antes de decir cómo derrochó aquella fortuna el héroe de mi cuento, placeá mi deseo hacer notar al que me leyere, el contraste extraño de haber nacido el risueño Casimiro entre féretros de zinc, paños mortuorios, blandones, camas imperiales y otros objetos tan alegres como estos.

Todo en el mundo obedece á la ley que pudiera llamarse ley del contraste. Por regla general, los hijos de los grandes genios y de los hombres insignes, son insignes imbéciles; de padres hermosos nacen engendros de fealdad, los que se apellidan Blanco, son negros como tizones, los Trompetas de apellido, saben tocar el tambor, los hijos de valerosos militares sienten invencible vocación á ser miedosos; de padres creyentes nacen hijos volterianos y *cosi va el mondo bimba mia.*

No es por lo tanto de extrañar que Casimiro que nació, creció y se desarrolló entre cosas fúnebres fuera alegre como unas castañuelas y se burlara no digo yo de la muerte, sino de cien muertes si hubiera cien. Casimiro no sabía ver las cosas más que por un lado: el lado cómico. El don de la imitación estaba en él desarrollado en grado superlativo.

Imitaba la tartamudez, y hacía reír al tartamudo. Parodió un día á cierto cojo de la pierna derecha y fué tal la risa que le entró al parodiado que cayó al suelo y rompióse la pierna sana.

Gracia rebosaba la cara de Casimiro, gracia su conversación, gracia su cuerpo y su manera de andar, hasta sus maldades y sus perfidias, que no fueron pocas, rebosaban gracia y por la gracia con que las hizo le fueron perdonadas.

Cuando Casimiro contaba doce años le llevó su padre á un colegio para que comenzase sus estudios y siguiese despues la carrera de ingeniero. Dieron al chispeante muchacho una gramática latina y con la viveza de imaginación que á todos los graciosos distingue, á los pocos dias de hojear la gramática, dióse cuenta de la estructura del hermoso idioma latino y hablaba un latín de boticario, que hacía perder al dómine que le enseñaba su seriedad profesional y causaba tal regocijo en sus compañeros, que la clase acababa siempre como sainete.

Llegó la época de los exámenes y Casimiro sabía tanto latín, como caló pueda saber el emperador de la China y no obstante salió aprobado el chicuelo. ¿Por qué? Por su gracia; talismán que durante cierta época de su vida fué el *sésamo* que le abrió todas las puertas y le obvió todas las dificultades.

Aun cuando sea un detalle insignificante de su vida, merece ser referido su primer examen.

Como era tan simpático el demonio del muchacho, aun cuando el profesor estaba convencido de su ignorancia supina, quería salvarle y para ello comenzó á hacerle preguntas facilísimas y de tal manera hechas, que la pregunta llevaba en sí la respuesta. Conoció al punto Casimiro la intención de su maestro y con habilidad é ingenio admirables contestaba á cada pregunta con un desacierto que indicaba que había adivinado la respuesta, pero tan desatinado que hacía que los examinadores se esforzaran y se mordieran los labios hasta hacerse sangre, por no soltar la carcajada. Era preciso, sin embargo, para aprobar al muchacho según los deseos de su profesor, que contestara algo acertadamente. Compuso el dómine su cara y sacando seriedades como quien de flaquezas saca fuerzas, dijo:

– Vaya, déjese V. de tonterías y conteste con formalidad á una sola pregunta que voy á hacerle y considere que si contesta bien doy por terminado el examen y cuéntese V. aprobado. La pregunta es fácil; fíjese V. bien y conteste cumplidamente; de esto depende que su papá quede satisfecho de su conducta, porque no ha perdido usted el año. Se trata únicamente de que vierta V. al latín esta sencilla oración; fíjese V. bien, tómese el tiempo que quiera para meditar, reflexione qué clase de oración es, cuál es el sujeto; en qué tiempo está el verbo, cuál es el atributo, etc. Con que, vamos á ver, la cosa es sencillísima; se trata de que vierta V. al latín esta oración, fíjese V. y fíjese V.! «Mañana me voy á Alcorcón »

– Pues que lleve V. feliz viaje y que me traiga V. un puchero, – contestó el muchacho, cogiendo al mismo tiempo su gorrilla y haciendo un cómico saludo. Una doble carcajada acogió su respuesta. Quedóse corrido el maestro y desistió de su deseo de aprobar al muchacho, pero sus compañeros, los otros dos examinadores, firmaron el acta aprobando á Casimiro mientras decían riendo:

– Nada, nada, aprobado; qué importa que el chico no sepa latín, si tiene tanta gracia.

Haciendo exámenes por este estilo llegó Casimiro á obtener el título de bachiller cuando contaba diez y siete años. Su fama de ocurrente é ingenioso habíase extendido por todos los colegios de Madrid y en la Universidad fué recibido con verdadero regocijo. Durante un año fué el niño mimado de los estudiantes, profesores y bedeles, pero transcurrido ese tiempo buscó un nuevo público que aplaudiera sus ingeniosidades. Con inmensa satisfacción conoció que aquella gracia que Dios le había dado, servía para algo más que para hacer reir á condiscípulos y profesores. Aquella gracia ayudada de cierto desparpajo, que de desvergüenza podía calificarse, era una ganzúa que podía servir para abrir muchos corazones femeninos. Y los abrió en efecto; el que empezó por ser simplemente gracioso, fué un gracioso Tenorio. Enamoraba á las tentadas de la risa, haciéndolas reir y más reir, á las románticas, parodiando romanticismo, á las vanidosas, ridiculizando su vanidad, venciendo con sus propias armas á las risueñas y lesionando el amor propio de las otras, que si empezaban por odiarle, por amarle acababan, que bien dijo el que dijo que del odio al amor no hay un paso.

Quien á cierta edad se dedica á estudiar el difícil arte, no de amar, sino de hacerse amar, tiene tan ocupadas todas las horas del día y de la noche especialmente, que no puede dedicar sus talentos é inteligencias á ningún otro estudio. Esto ocurrió á Casimiro: tanto estudió en el complicado libro del corazón mujeril, que faltóle tiempo para enterarse de los problemas del Algebra y de las fórmulas de la Química. Su padre era rico; ¿para qué había él de cansarse en conocer leyes cuyo conocimiento no producía diversión y que rara vez daban motivo para que hiciese gala de aquel salero que tan aplaudido era por todas las costureras de Madrid?

No estaba el padre de Casimiro muy satisfecho de la conducta de su hijo. Varias veces intentó darle saludables consejos y pretendió recriminarle por su liviana y desordenada conducta, pero comenzaba un meditado discurso semi agrio y semi dulce y el discurso durante tantas horas pensado moría en flor, alevosamente asesinado por una chuscada de Casimiro.

Cuando contaba el héroe de este cuento unos veinte años de edad, murió el bueno de su padre. Por espacio de algo más de un mes, olvidó Casimiro su gracia, y tal olvido demostró bien á las claras, que con todas sus ligerezas, allá en el fondo de su alma había un germen de bondad.

¡Durante más de un mes, tener seriedad y gravedad Casimiro! Nadie lo hubiera creído. Indudablemente supo amar á su padre.

A los pocos años de esta desgracia sobrevino otra á nuestro Casimiro.

Quiso un día enterarse del estado de su fortuna y supo que ya no podía enterarse de más, sino de que su fortuna había sido.

¿Cómo se había disipado aquel dinero que duro á duro apiló su padre? Ni él mismo lo sabía, mas no faltaba quien lo supiera. Los que rieron sus gracias y se comieron su patrimonio.

Después de meditar durante algunos días, se enteró Casimiro de que él tenía fama de gracioso y otros habían

hecho la gracia de derrochar su dinero, y este descubrimiento maldita la gracia que le hizo.

– Ya soy pobre, – se dijo, – pero al menos no soy un pobre desgraciado. ¿De qué viviré ahora? – se preguntó. – ¡Ah! ya resolví el problema. Cierta cortesana fué llevada



D. TORIBIO DURÁN, *fundador del asilo que lleva su nombre*

durante la revolución francesa ante la Convención acusada de no sé qué delito. El juez le preguntó, después de averiguar su nombre, edad, etc: – ¿De qué vives? – De mis gracias, – respondió la cortesana, – como tú de la guillotina. – Imitaré la conducta de la cortesana, viviré de mis gracias. Pero ¿en qué tahona cambian panecillos por gracias, ni qué carnicero me dará un cuarterón de carne por el más agudo chiste? *That is the question, Ecco il problema;* pero en fin *to be or not to be*, como dijo Shakspeare por boca de Hamlet, ó como yo digo enmendando la plana al dramaturgo inglés: *To have or not to have*, tener ó no tener, traduzco, y después de haber traducido me resuelvo por no tener miedo, y al aforismo de los frailes me atengo: «Desvergüenza y cuanto ves es tuyo.» Pero es que yo según dicen, y creo sin que haya jactancia por mi parte, tengo gracia, pero también tengo vergüenza y la vergüenza en los tiempos que corremos es impedimento grande, es joroba de tal magnitud, que el que la lleva á todos causa risa y no lástima, produce burlas y chacotas, pero no produce para pagar al casero. Dejaré en el camino el pesado costal de la verguenza y haré carrera. ¿No he de encontrar alguna rica heredera á quien seduzcan mis gracias?

Si á las armas que me dió la pródiga naturaleza añado un sable de caballería, ¿no conseguiré vivir dando cintarazos y mandobles á diestro y siniestro? El mundo es mío; en las bienaventuranzas hay una que dice: bienaventurados los graciosos porque de ellos será el reino de la tierra, y si las bienaventuranzas no lo dicen, lo digo yo y es igual.

A vivir y salga el sol, no por Antequera, sino por donde quiera. Y el sol efectivamente no salía ni por Antequera, ni por ninguna otra parte.

La gracia de Casimiro no había disminuído, por el contrario la pobreza había aguzado y afinado su ingenio, pero lo cierto es que el desdichado que hacía morir de risa á cuantos le oían, lloraba á veces porque se sentía morir de hambre.

Felizmente para Casimiro su época de extremada pobreza duró poco. Un día en que no había comido se le vino á la mente una idea que ya en muchas ocasiones se le ocurrió; y es que el hambre es el mejor acicate para que el cerebro corra y llegue á lugar en donde den posada. Y la halló en efecto Quien tanto ingenio tenía y tal don de imitación, ¿no debía dedicarse al teatro? Tal idea le sugirió el hambre y el hambre también le indicó el camino que debía seguir para realizar el problema de vivir.

No hace al caso relatar todas las amarguras que hubo de sufrir Casimiro hasta llegar á formar parte de una compañía dramática de tercer orden que actuaba en uno de los teatros de Madrid.

No tardó en adquirir un primer puesto entre los actores cómicos y entonces comenzó para él una nueva vida de carcajadas perpetuas. Sus frases eran repetidas y comentadas por todo Madrid, en la escena no había aplausos más que para él y á todas partes la fortuna le precedía.

Así pasaron algunos años durante los cuales no se cansaba Casimiro de felicitarse por la feliz idea que había tenido de dedicarse al arte escénico y bendecir las desdichas que á tal determinación le llevaron.

Llegó á conseguir el puesto que ambicionaba; fué contratado como primer actor y director cómico del teatro Español.

La noche de su debut temblaba, iba á jugarse en un momento su reputación artística desempeñando un papel de gracioso en una comedia del teatro antiguo. Obtuvo un éxito felicísimo y desde entonces su fama de actor ilustre quedó sentada.

Poco tiempo después de haber entrado Casimiro á formar parte de la compañía del teatro Español fué contratada una actriz que venía precedida de gran reputación de los teatros de provincias.

Emilia se llamaba dicha actriz y era una maravilla de belleza y de talento, y por ser bella y por ser actriz y sobre todo por tener talento, los adoradores de Emilia fueron innumerables como los mártires de Zaragoza.

Desde el primer actor y director de la compañía, hasta el último racionista, excepción hecha de Casimiro, todos requirieron de amores á Emilia y todos pudieron inscribirla en su libro en el capítulo de incobrables. Emilia, según la frase de sus compañeros y de los infinitos gomosos que pretendieron sus favores, no era mujer, era un marmolillo, una fortaleza inexpugnable.

¿Por qué Casimiro como todos los demás no se rindió á los encantos de Emilia? Averígüelo Vargas. ¿Y por qué Emilia se fijó en Casimiro?

Esto no es preciso que lo averigüe Vargas. Precisamente porque Casimiro se mostró indiferente. Hubiera sido un adorador apasionado de ella y aquella hembra, costal de vanidades y saco de coqueterías, hubiérase mostrado indiferente á sus agasajos ó los hubiera recibido con burlas, como acostumbraba á hacer. Mas como Casimiro la trató con cortesía únicamente, su indiferencia comenzó por extrañar á Emilia, la extrañeza vino á convertirse después en cierta antipatía; habló luego el amor propio y exigió con imperio que Casimiro forma ra en la cohorte de sus adoradores y el amor propio de la actriz dióse por vencido. El gracioso de la compañía, como con cierto desdén llamaba Emilia á Casimiro, ni siquiera se enteró de la extrañeza que su conducta causó, de la antipatía que había despertado, ni de las lesiones que causara en el amor propio de la actriz.

Comenzó Emilia á sentir despecho y no quiso declararse vencida sin luchar.

Aquel actor que con ella compartía los aplausos del público, era preciso que anhelara más una sonrisa suya, que todos los parabienes y entusiasmos de los amantes del arte escénico.

Comenzó entonces una lucha formidable Al principio ni siquiera se dió cuenta Casimiro de que le habían declarado la guerra y una guerra sin cuartel; cuando de ello se enteró, por los primeros tiroteos de miradas y coqueterías, sonrió con cierto desdén mezclado de satisfacción y rechazó los ataques con su arma favorita: la burla.

Con gran asombro vió cuando creía ser el dueño de la situación, que sus burlas eran contestadas con agudezas mayores que las suyas. Él, el invencible, el mejor esgrimidor de la ironía, salía maltrecho en la pelea, y la batalla que para él comenzó en inmejorables condiciones acabó en vergonzosa derrota para el gracioso de la compañía.

Pidió Casimiro parlamentar, izó la bandera blanca, convinieron los beligerantes en las condiciones de la paz y firmóse el tratado en la vicaría.

Cuando los novios salieron de la iglesia el rostro de Emilia indicaba satisfacción inmensa, la satisfacción del vencedor, Casimiro miraba á la que ya era su mujer, como jamás había mirado á mujer alguna. Le habían vencido, pero ¿qué le importaba, ni quién se acordaba ya de luchas? Casimiro idolatraba á Emilia.

La posesión del objeto amado, lejos de aminorar su amor le aumentó hasta la adoración.

Digan lo que quieran los espíritus fuertes, quien siente amor, siente celos y Casimiro los sintió de que su mujer fingiera en la escena amores á otro que no fuese él y como para vivir con lujo no necesitaba del sueldo que ella ganaba la obligó á retirarse de la escena. Gran error fué el



FACHADA PRINCIPAL DEL ASILO DURÁN, proyecto de D. José Pellicer

suyo; para evitar que su mujer fingiera amores en la escena, atrajo sobre sí la desdicha de que los fingiera en la vida real.

Un día aquella hija, no de Eva sino de la serpiente del paraíso, encontrando vulgar al gracioso de la compañía, se fugó á París, con uno, con cualquiera, con el primero que requiriéndola de amores rompió lo que ella llamaba la monotonía de la vida y otra mujer hubiera llamado felicidad.

Supo Casimiro su desgracia y su deshonra al mismo tiempo y durante todo un día interminable lloró lágrimas que quemaron sus mejillas, pero al llegar la noche, secó sus lágrimas, disfrazó con polvos y colorete las huellas que las lágrimas dejaron en sus mejillas y salió á las tablas á hacer reir al público que pagaba y que no podía comprender que aquel hombre tan *gracioso* sufriera los mismos dolores que los demás hombres.

Así pasaron algunos meses; durante el día lloraba Casimiro, por la noche hacía llorar de risa á los que iban á admirar su talento de actor.

Llegó un día en que para seguir desempeñando el papel que le había tocado en la comedia de la vida, le faltaron las fuerzas; entonces recurrió al vino, buscando lenitivo á sus dolores, pero ni aun así halló consuelo para sus penas.

Como las lágrimas que derramaba en sus soledades eran de fuego, quemaron sus ojos y Casimiro quedóse ciego.

Nadie pudo suponer que su ceguera proviniese del llanto, pues siempre ocultó las amarguras de su alma y ni por un instante dejó de ser gracioso en el mundo y gracioso del teatro.

Cuando sus ojos perdieron la luz tuvo que sufrir la mayor de las desdichas de la tierra, la de inspirar compasión y tener que vivir de la caridad de sus compañeros de profesión, quienes le dieron varios beneficios para remediar la terrible desgracia del insigne artista.

Pronto se cansó Casimiro de recibir aquellos favores de los que antes habían sido sus enemigos y á los que ahora debía agradecimiento.

– Puesto que á alguien he de agradecer, prefiero no saber á quién agradezco, dijo, y para ello colocóse en la esquina de una calle é imploró la caridad pública cantando canciones que acompañaba con una guitarra.

– Ahora, decía, debo agradecimiento, pero se lo debo á todo el mundo, lo cual es lo mismo que si no se lo debiera á nadie

Casimiro fué conocido en Madrid en sus últimos tiempos con el sobrenombre de: el ciego gracioso.

Una tarde, mientras cantaba coplas que hacían desternillar de risa á ese público que en Madrid tienen todos los artistas callejeros, se sintió repentinamente enfermo. Los guardias de orden público le llevaron á la casa de socorro primero y después al hospital general.

Quizá parezca al lector demasiado providencial el final



BACANAL, cuadro de Giovanni Muzzioli





LA SAGRADA FAMILIA,

CUADRO DE MURILLO, existente en la Galería Nacional de Londres



A LA SOMBRA, cuadro de M. Mesié (Salón de 1888) grabado por Baude



[illegible] AMBARAS KAIZE, [illegible] ABISINIO, ALIADO DE LAS TROPAS ITALIANAS

de esta historia, pero es lo cierto que junto á la cama que en el hospital ocupó Casimiro, había otra ocupada por Emilia, á quien no las lágrimas, sino los vicios habían dejado ciega también

Pocas horas antes de morir, Casimiro reconoció por la voz á su mujer, le pidió que le alargara la mano, la estrechó fuertemente y aun tuvo lágrimas que derramar por ella.

Después las lágrimas se secaron.

– De manera, – le dijo, – que estamos iguales Oye, ¿quieres que cantemos, la zarzuelita, *Los dos Ciegos?* Canta y dí: Generoso Casimiro, transeunte dice la letra, pero no importa, dí tú Casimiro y será igual, pues transeunte fuí de tu corazón. Generoso Casimiro, – siguió cantando, – no me niegues... no me niegues tu pie... tu pie... tu piedad..

Faltóle la voz, perdió el conocimiento y no volvió á recobrarlo más que para decir: – Canta, canta, que no te niego mi piedad, ni mi perdón.

RICARDO REVENGA

VISTAS Y COSTUMBRES DE MASSUAH

El reciente conflicto creado á Italia por el rey Juan de Abisinia y la terrible derrota no ha mucho sufrida en Dogali por un destacamento italiano pasado á cuchillo por el audaz Ras Alulah han llamado la atención de los que con interés siguen la política colonial de las potencias europeas sobre la ciudad de Massuah que amenaza ser para Italia lo que para Inglaterra Suakín y el Tonkín para Francia.

Massuah es el principal puerto de importación y de exportación de uno de los países más hermosos pero tambien más decaídos y trastornados de Africa, la Abisinia, país altamente simpático á los europeos por cuanto sus habitantes profesan, en su mayor parte, el cristianismo, bien que asaz desfigurado y corrompido. Del mismo modo que los sudaneses aspiran á la posesión de Suakín, luchan, hace siglos, los abisinios por la posesión de Massuah y su empeño está tanto más justificado cuanto que sin este puerto Abisinia se ve incomunicada con el mar é imposibilitada de hacer tráfico directo con Europa y por ende de alcanzar un próspero desenvolvimiento; y así como los sudaneses se dirigen contra los ingleses dueños del Egipto, así también proceden los abisinios contra los italianos enseñoreados de las costas.

No para aquí la semejanza que entre las dos ciudades africanas existe, sino que estas se parecen, además, por su posición geográfica: Massuah está emplazada en una pequeña isla situada en frente del continente y que con la isla de *Tau el hub* («cola de pescado» así denominada por su forma) y con una lengua de tierra continental constituye uno de los mejores y más grandiosos puertos del mar Rojo. Massuah, cuyo aspecto es mejor que el que ofrece Suakín, presenta uno de los pocos paisajes pintorescos que en este mar existen: vista desde el interior del puerto, aparece esta isla en el fondo sobre el cual se destacan sus elevadas casas blancas de estilo árabe y las altas torres de unas pocas mezquitas. En el lado Oeste de la isla álzase majestuoso el palacio del gobernador con su blanca cúpula y su elegante peristilo, y en la parte Sud el cono del Ghedem (de 100 metros de altura) destácase sobre el fondo de la bahía de Arkiko entre cuyas oscuras aguas surge como cesta de flores la risueña isla de Schech Saíd festoneada por una línea de verdes y frondosos mangles. Tierra adentro extiéndese cubierta de espesos matorrales la llanura del Samhara que paulatinamente se eleva formando agrestes y desnudas colinas, estribos de las abruptas vertientes del país montañoso abisinio.

El interior de Massuah no corresponde á las bellezas que desde el exterior se admiran, por más que los italianos, en los tres años que llevan de poseerla, hayan hecho grandes esfuerzos para hacerla habitable y agradable á los europeos construyendo espaciosos cuarteles, almacenes y edificios para los servicios del gobierno que circundan la ciudad propiamente dicha y cubren la punta del continente, Ras Gherar, que al Norte de ella se extiende. No faltan en Massuah cafés, fondas y figones, pero la calidad de los géneros que en tales establecimientos se expenden no corresponde á los pomposos nombres que ostentan (Café de Garibaldi, Alla bella Roma, etc.) sólo justificados por los exagerados precios de los artículos que en ellos se consumen. La población ofrece un aspecto sumamente animado gracias á la guarnición que en la ciudad reside y al gran número de europeos que recientemente han ido allí á establecerse y que forman curioso contraste con los indígenas que circulan por los bazares y calles y sobre todo por los diques que unen á Massuah con Tau el hub y con el continente.

Difícil es en la actualidad fijar con exactitud el número de habitantes que esta ciudad encierra, pero por cálculos aproximados puede evaluarse en unos 5000; la población europea, que antes de la ocupación italiana contaba apenas 30 individuos, compónese al presente de 5 ó 600, en su mayor parte empleados y operarios del gobierno; la guarnición permanente se eleva á 4 ó 5000 hombres, pero el contingente de tropas italianas llegó á ser de 20 000 soldados al iniciarse la lucha contra el rey Juan. En cuanto á los europeos propiamente avecindados en Massuah no llegan á 100 que antes hacían activo comercio con Abisinia y que hoy á consecuencia del estado de lucha entre ésta é Italia se dedican á proveer de víveres, de artículos de lujo, etc., á la guarnición italiana y á los barcos mercantes que en buen número visitan este puerto. En la población europea figuran en primer término los italianos y después de ellos los griegos que aquí como en todos los puntos de Oriente tienen monopolizado el comercio en pequeña escala: las relaciones que entre unos y otros existen distan mucho de ser amistosas, pues los primeros, para quienes es molesta la competencia mercantil de los segundos, acusan á éstos de ser los protectores y los espías de los abisinios, y aunque tal acusación es, á lo que parece, infundada, los funcionarios italianos atormentan á los griegos con toda suerte de vejaciones. Este estado de cosas ha motivado recientemente una enérgica correspondencia entre Italia y Francia á cuyo consulado están sometidos los griegos en Massuah residentes. Algunos suizos completan el elemento europeo, en el que no figura ningún alemán.

Los comerciantes árabes tienen en Massuah poderosos competidores en los mercaderes indios, los banyanos, que se han diseminado por todas las plazas mercantiles de la costa este-africana y han llegado á constituir una casta compacta y rica que ha acaparado la banca y monopolizado algunos artículos, como el marfil y otros.

Los indígenas de Massuah propiamente dichos se parecen exteriormente mucho á los bedjas de Suakín: oriundos del Norte de Abisinia hablan el idioma de ésta, el tigre, bien que mezclado con muchas palabras árabes. Raza perezosa, indolente y fanática en parte, que no ha podido mejorar el trato con la población extranjera, carece, por decirlo así, de necesidades como lo demuestran las cabañas de construcción tosca y primitiva que aparecen esparcidas en la isla entre las casas de piedra de los comerciantes. Estas chozas, – de las que reproducimos algunas de las mejores hechas con madera y esteras, – sirven también de albergue á los mercaderes pobres que las utilizan por su baratura á pesar del peligro de los incendios allí tan frecuentes y no pocas veces producidos por los mismos indígenas en odio á la población europea.

Los diques de que ya hemos hablado y en los cuales se desenvuelve, por decirlo así, la vida popular de Massuah, son obra del gobernador Munzinger, suizo de nacimiento, muerto en 1875 en la campaña de Abisinia que tan desastrosa fué para el Egipto: el más corto de ellos (500 metros de longitud) une á Massuah con la isla Tau el hub, en la que se encuentra el palacio levantado por el propio gobernador, construído con toda clase de comodidades y no poco lujo, en donde reside el jefe de las tropas italianas El otro dique, cuya longitud es de 1500 metros, une á Tau el hub con el continente y directamente con las aldeas de Hotumlu y de M'Kullu de donde arrancan los caminos de caravanas que se dirigen al interior de Abisinia, á Asmara y Adoa, á Keren, á Kassala y al Sudán oriental. Del lecho de un torrente que desagua en M'Kullu parte un acueducto construído también por Munzinger que va á parar á la isla Tau el hub y



VISTA DE MASSUAH DESDE LA ENTRADA DEL PUERTO



ABISINIA, HIJA DE BARAMBARAS KAFFI

que proporciona á Massuah el agua dulce tan estimada en estas regiones. Como una gran parte de los habitantes de Massuah no viven en la misma isla sino en Hotumlu y en M'Kullu y sólo pasan en aquélla el día entregados á sus negocios, es extraordinario el movimiento que en los diques reina, especialmente al caer la tarde cuando todo el mundo huye del irresistible calor de la ciudad y se refugia en el único paseo en donde puede respirarse un aire menos cálido.

El clima de Massuah es sumamente caluroso: excepción hecha de los meses de noviembre á marzo, que son algo más templados, durante el resto del año la temperatura es irresistible, marcando el termómetro centígrado por término medio de 35 á 40 grados y en la canícula hasta 48. La insolación y la disentería y las fiebres que estallan en cuanto caen las primeras lluvias de invierno, han causado innumerables víctimas entre los soldados italianos.

Los enemigos de Italia, los abisinios, que al iniciarse las hostilidades acudían en numerosas caravanas á Massuah para cambiar los productos de la montaña por los géneros europeos, apenas asoman hoy por la ciudad, pues los italianos por miedo al espionaje prohiben todo tráfico con Abisinia, además de lo cual el rey Juan ha cortado todas las comunicaciones con el interior. Los que todavía se encuentran allí son en su mayor parte corsarios aliados de los italianos; uno de sus principales caudillos, Barambaras Kafel, se mantiene por ahora fiel á éstos, al revés de lo que hizo su antecesor Debeb, sobrino del rey Juan, que se pasó al campo abisinio con los fusiles que le habían sido entregados y que infirió en la montaña una sangrienta derrota á las tropas irregulares italianas enviadas en su persecución. Barambaras Kafel es un caudillo abisinio rebelde que hacía peligrosos los caminos de caravanas del interior y que al frente de su pandilla saqueaba las aldeas de la montaña ó los campamentos nómadas del llano: Italia ha creído conveniente asegurarse por medio de dádivas la cooperación de este hombre cuyos soldados son del mismo temple que los abisinios y tienen todas las buenas y malas cualidades de éstos. Indisciplinados, terribles cuando entran á saco en algún territorio, sobrios, valientes, indiferentes á la muerte y familiarizados con todas las arterías de la guerra de montaña, son los soldados abisinios enemigos temibles para los mismos europeos, que pudieron convencerse de ello en las desastrosas jornadas de Sahati y Dogali. La recuperación de Sahati por un ejército de 20.000 italianos no fué satisfacción bastante para compensar la horrorosa hecatombe de Dogali, pero hay que tener en cuenta que dadas las fuerzas de que dispone el negus Juan y el excelente armamento de sus soldados sería empresa sumamente difícil, si no temeraria, internarse en Abisinia y llevar la guerra á comarcas hostiles y poco menos que desconocidas.

Uno de los mayores placeres del soldado abisinio es el «brundo,» fiesta en la que se regala á los guerreros valientes un buey cuya carne cortada en largas y delgadas tiras comen aquéllos cruda, sazonada con pimienta encarnada ó con una salsa picante. A la verdad no es un espectáculo agradable ver cómo tragan pedazos desmesuradamente grandes de carne caliente aún que cortan con sus luengos y arqueados sables.

El tipo abisinio no es feo, como lo prueban los retratos de Barambaras Kafel y de su hija; es más, la belleza de las abisinias es muy celebrada en Oriente, siendo en gran número las muchachas de este país que pueblan los harems de los magnates orientales. Los vecinos mahometanos de los abisinios hacen frecuentes cacerías de esclavos así entre los idólatras negros como entre los abisinios cristianos y éstos á su vez para explotar por su parte el negocio invaden otros territorios como los de los gallas, cuyas muchachas, no menos bellas é inteligentes que las abisinias, son vendidas en los mercados de Oriente. Los dos criados que en el grabado en que está reproducido Barambaras se mantienen de pie detrás de éste no son abisinios sino schohos, nómadas que recorren el Samhara y cuya principal residencia es la bahía de Arkiko en donde suele acampar Barambaras con sus huestes para desde allí emprender las sangrientas correrías que tanta celebridad le han conquistado á él y á algunos otros de su calaña.

No guardan armonía con las físicas las cualidades morales de los abisinios cuyo carácter han pintado con razón los viajeros con los más sombríos colores, siendo de observar que en este concepto los cristianos son mucho peores que los mahometanos y que las mismas tribus negras de quienes se creen estar muy por encima. El pueblo abisinio, que en otro tiempo estaba á un alto nivel de cultura, ha ido decayendo rápidamente en los tres últimos siglos, es decir, desde que los turcos se apoderaron de la costa y cortaron toda comunicación de Abisinia con el mar. En nuestros días, gracias al vigoroso gobierno del negus Juan, parece iniciarse una reacción favorable á los intereses de la civilización: en efecto, este rey que ha logrado reunir bajo su soberanía á todos los territorios en que se había fraccionado la Abisinia á raíz de la ocupación de la costa por los turcos y que en la guerra de 1875 á 1876 consiguió rechazar la tentativa de los egipcios para apoderarse de este país, parece estar dotado de muy buen espíritu y con mano enérgica procura llevar el orden y la disciplina á su desmoralizado pueblo, empresa cuyo éxito duradero es dudoso y que sólo podría tener realización cumplida si Abisinia quedase francamente abierta á la influencia europea. Ya se comprenderá que para los italianos la posesión de Massuah sólo es importante en cuanto consigan aquéllos extender su soberanía por los territorios del interior, pero las tentativas hasta ahora hechas en este sentido han sido de resultados contraproducentes ya que á consecuencia de las mismas no pueden ser más hostiles las relaciones entre los italianos y el soberano abisinio. Mientras esta lucha no cese, y de ello no lleva trazas por ahora, el nervio vital de estos países, el comercio, sufre perjuicios sin cuento, siendo en primera línea perjudicada la ciudad de Massuah cuya vida económica depende exclusivamente del comercio de exportación y de importación de Abisinia.

Massuah se ha convertido, pues, para los italianos en manantial de grandes desazones y de preocupaciones no pequeñas, y de fijo que si el honor y el orgullo nacionales no estuvieran por medio, Italia no vacilaría un punto en abandonar la posesión que ocupó hace tres años llena de risueñas esperanzas y cuyo sostenimiento tantos sacrificios en hombres y en dinero le viene costando y amenaza costarle todavía.


M. A.



VISTA DE LA ISLA TAULUD CON EL PALACIO DEL GOBERNADOR

BOSQUEJOS MADRILEÑOS

EL CAFÉ IMPERIAL

Es el fénix de los cafés. Ha renacido de sus cenizas, aunque con un ala rota; el ala que da á la carrera de San Jerónimo. El comercio, explotando sus vicisitudes, le ha mutilado. Ha quedado contrahecho; pero giboso y todo se ha levantado de su postración.

Los que asistimos á su nacimiento brillante, deslumbrador, no nos explicábamos su caída. En la vida de los cafés, hay misterios como en la humana.

Parecía como que el café Imperial debía estar exento de los embates de la suerte; y que el sol de su fortuna era gemelo del de la Puerta del Sol.

Y sin embargo durante años ha estado á la sombra.

En vano hacía pinitos para levantarse: adquiría una existencia galvánica por un corto espacio de tiempo, y volvía á caer en la soledad.

Doña Marta Brevé, literata y filósofa distinguida (Q. S. G. H.), lo cual quiere decir: *Que salió ganando horas*, puesto que murió de una apoplejía fulminante, me decía á propósito del café Imperial:

«Le sucede como á mi; á pesar de sus atractivos no consigue atraer á la gente, como yo, no obstante mi inaudita hermosura, me he quedado para vestir imágenes.»

Y con efecto, un día de carnaval vistió de pámpanos á Pelayo del Castillo.

Lo cierto es que tan benemérito café ha sufrido tremendas peripecias, ó mejor dicho, su larga existencia ha sido una continua peripecia de adversidad.

Ha visto prosperar á todos los cafés adyacentes que al lado suyo son pobres chiribitiles.

Ha sufrido varias invasiones de los unos y de los otros: quiero decir, de los cómicos y de los toreros. Sus dueños han estado tres veces á punto de quebrar. Tres de sus camareros se han vuelto locos de inacción.

Un lustro más, como dicen los académicos, y la catástrofe era inevitable.

Pero sonó la hora de la rehabilitación en el reloj de la Puerta del Sol; una hada benéfica, el hada de la música, lo tocó con su mágica varita, y he aquí al café resplandeciente, absorbente y vivificante.



CHOZAS DE INDÍGENAS, EN LA PLAYA DE MASSUAH

Vivificante, sí, porque no sólo se ha regenerado él, sino que ha devuelto nueva vida, y dado como nueva cuerda á ciertas clases que se consumían en la tristeza, á las clases de individuos pensionistas por lo civil ó por lo militar, á esas clases decentes á las que repugnan el cante flamenco, los tangos verdes y otros excesos.

Como ya no se juega á los de prendas, esas clases á que aludo, se morirían de tristeza en las largas veladas del invierno, bostezando al lado del brasero y despilfarrando luz, ó de no, tenían que irse á un café cualquiera á oir hablar de política, de tauromaquia y de otras cosas ordinarias; pero les ha llegado su San Martín, quiero decir que han encontrado honesto recreo compatible con sus recuerdos y aficiones.

El café Imperial ha renacido, y los ha hecho rejuvenecer.

Seis apreciables concertistas, pólipos de la música, unidos á un piano por la vértebra de su habilidad musical, han operado este prodigio.

Desde que esta conjunción armónica se efectuó en el comedió del café Imperial, este abandonado local se ha transformado en cielo de la música clásica española.

Y las beldades, que lo eran á mediados del siglo, los conquistadores del antiguo Capellanes, los provincianos aficionados á la Zarzuela por todo lo alto, los músicos contemporáneos de Salas y de Arrieta, y en fin todos los que quisieran retener á lo antiguo que se va, sin excluir por esto los modernos adelantos, han encontrado en el *Imperial* un oasis nocturno henchido de los espejismos de su juventud.

Desde las nueve de la noche, el antes solitario local está lleno de bote en bote, tan lleno que siguiendo la costumbre barcelonesa, individuos y hasta familias desconocidas se sientan á una misma mesa en amigable consorcio y comunismo: es una especie de pacto sinalagmático, conmutativo y musical.

Esta costumbre no ofrece allí inconvenientes, y sí muchas ventajas y virtudes, porque las pláticas de los concurrentes tienen forzosamente que ser decorosas y discretas.

Por eso no concurren allí ni conspiradores, ni cesantes



SOLDADOS ABISINIOS COMIENDO EL «BRUNDO,» (carne cruda de buey)

atrasados que hablen mal del Gobierno, ni timadores que den la última mano á sus proyectadas empresas, ni militares postergados y quejumbrosos.

Allí reina por completo el Arte divino, y excluye todo lo que sea vulgar. Nadie allí compra periódicos, tanto que los expendedores de éstos han presentado su dimisión al dueño del café. En una ocasión quiso penetrar en él el *corbatero del Pacífico*, pero tuvo que retirarse en vista de la hosti. actitud de la concurrencia.

La orquesta que allí lanza sus acordes, es de buena fe y trabaja con conciencia y á destajo. Los profesores que la constituyen se compenetran en entusiasmo con el público que les escucha. Tocan de todo, pero hay una pieza en la que echan el resto.

Cuando el potpourrí ó miscelánea, ó mosaico de las zarzuelas más conocidas, se deja oir, el café entero se estremece de alegría.

Los trozos musicales van pasando como figuras de mágica linterna de recuerdos, y las antiguas beldades y los tenorios averiados sienten un soplo de juventud.

Las notas alternan con los comentarios.

«*¡Guerra á muerte!*... Eso lo estrenó la Santa María.»

«*Ora pro nobis*» – dice un chusco.

«¡Estebanillo! de Oudrid; qué hombre tan simpático y tan limpio! Á mí me hizo el amor.»

«En las astas del toro;» ¿de quién es la música?

«De Manuel Domínguez alias Desperdicios» y así sucesivamente.

Cuando la orquesta termina la pieza, resuena un aplauso frenético.

Se repite la pieza y se repite el aplauso.

Es que los concurrentes se aplauden á sí propios y recuerdan con fruición sus pasados devaneos. Y los innumerables niños y niñas que pululan por el café se impregnan en la buena música, y comienzan á detestar los *queos* y los *jipíos* y demás monserga flamenca.

Por eso aquello es un cenáculo de la buena música, aunque se cena poco.

Porque allí lo que se toma es un pretexto para oir, y evocar dulces memorias.

Pero se toma tanto, aunque al menudeo, que el dueño del café se está haciendo poderoso distrayéndose, que es el mejor modo de hacer fortuna, y los camareros sacan una soldada que para mí la quisiera.

Cuando algún chulo ó chula penetra allí incautamente, siente el mismo malestar de un diablo en una pilila de agua bendita y se va con sus chulerías á otra parte.

Y á las nueve de la noche, repito que el *Imperial* es un oasis, semillero de medias tostadas de abajo, ciclón de melodías que se adhieren á los líquidos y sólidos que se consumen, y hace que los temperamentos de los concurrentes se trasformen en musicales.

El café *Imperial* ha suprimido este dictado soberano, por modestia ó democracia; pero los que hemos asistido á su nacimiento siempre le llamaremos por su nombre de pila; y yo, en atención á su utilidad y recreo, me atrevo á indicar al Gobierno que le eleve á la categoría de institución nacional.

Juan Bermúdez Escamilla

NOTICIAS VARIAS

Aprovechamiento de la fuerza motriz de la catarata del Niágara. - Sabido es que los norte-americanos se ocupan de arbitrar los medios para aprovechar la fuerza motriz de dicha catarata. Entre los proyectos presentados, el *Scientific american* menciona el de M. Maginn, ingeniero mecánico, proyecto que no carece de originalidad. Debajo de la catarata, debería abrirse una cavidad de 9m,44 de ancho y 19m,81 de alto, hasta el borde de aquélla. En esta cavidad se establecerían soportes de hierro, y sobre ellos una gran rueda de paletas, de 18m,28 de diámetro, rueda que próxima al borde, recibiría al caer el agua que así la pondría en movimiento. Para utilizar este movimiento se establecería una serie de transmisiones de engranaje que lo transmitirían á una dinamo *Mammuth* de 2500 caballos, y aun en caso necesario se podrían poner muchas máquinas de estas una bajo de otra sobre travesaños de hierro. Finalmente para conseguir una buena adherencia del árbol de la máquina sobre la rueda motora, se emplearía una prensa hidráulica que permitiría aumentar ó disminuir la presión á voluntad, y por consiguiente la potencia motriz. La energía recogida de este modo se podría trasportar á larga distancia.

FOTOGRAFIAS-CARICATURAS

El fotógrafo parisiense M. Darlot, á quien se deben los retratos reproducidos en nuestro grabado, describe del modo siguiente el modo de operar para obtener otros análogos:

«Hará unos quince años que un fotógrafo italiano pidió que se le construyera un objetivo basado en el principio de los espejos cilíndricos. Su objeto era hacer retratos caricaturas. Aunque la imposibilidad de construir semejante aparato era patente, ¿no podía obtenerse por medio de la reproducción lo que se buscaba directamente? El problema, planteado de este modo, quedaba resuelto.

»Hice un retrato fotográfico de un amigo, de pie, muy limpio y sin ningún accesorio, y reproduciéndole inclinado en el sentido de la longitud, obtuve una imagen acortada; repitiendo el experimento en sentido inverso, la obtuve alargada.

»He aquí el modo de operar: del cliché se saca por contacto un positivo sobre cristal colocándolo en el bastidor prensa y aplicando una placa sensible gelatina contra gelatina. Se le expone unos veinte segundos á cincuenta centímetros de la luz de una bujía, y luego se desarrolla con ácido pirogálico ó con hidroquinona. Este positivo es el que se ha de reproducir inclinado en un sentido ó en otro según que se quiera sacar una figura larga ó corta. Es indispensable, sobre todo para las cortas, emplear un objetivo de foco tan corto como sea posible (lo cual abulta mucho más la cabeza) y ponerle un gran diafragma.»



Un retrato fotográfico (1) y sus deformaciones: alargado (2), acortado (3)

Barcelona.—Imp. de Montaner y Simón



AÑO VIII — BARCELONA 8 DE ABRIL DE 1889 — NÚM. 380

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

GALICIA.–REGRESO DEL MONTE dibujo de B. Galofre

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

REGRESO DEL MONTE, dibujo de B. Galofre

Una nueva y hermosa página con que este distinguido artista ameniza las de nuestro periódico, y en la que la figura del boyero, las de los tardos cornúpetos y el frondoso ramaje de que está cargada la carreta como sólo puede cargarse contando con la extraordinaria fuerza de aquellos animales, están trazados con la verdad y soltura tan características en nuestro amigo y compatriota el señor Galofre.

LA NINFA KLYSTIA, estatua de mármol modelada por Juan Benk

Cuenta la mitología que la ninfa Klystia, enamorada del astro del día y por éste desdeñada, fué consumiéndose de tristeza y acabó por convertirse en la flor vulgarmente conocida con el nombre de girasol cuyo cáliz mira constantemente al adorado cuanto infiel amante.

Cuando se construyó el nuevo Teatro de la Corte, de Viena, Benk que había recibido el encargo de modelar la estatua-candelabro destinada á iluminar el corredor imperial se apoderó del mito que en un antiguo y amarillento almanaque había descubierto y le dió forma corpórea por medio de una hermosa figura que representa á la desdeñada ninfa, contemplando en sus propias flores iluminadas eléctricamente la imagen del astro causa de sus desventuras.

Cómo salió el artista de su empeño díjolo elocuente la exclamación unánime de cuantos en la última Exposición del Jubileo contemplaron absortos tan acabada escultura: el fallo del público en masa fué que la Klystia de Benk era la perla del certamen. El nombre de esta ninfa se hizo popular y no hubo quien no hablara con entusiasmo de «la marmórea hada eléctrica, la del nicho de felpa encarnada» y lo que es por esta vez la crítica estuvo enteramente conforme con la *vox populi* prodigando sus incondicionales alabanzas á esa obra de cuyas bellezas apenas puede formarse pálida idea por el grabado que hoy ofrecemos a nuestros abonados.

¡YA ES VIEJO PEDRO PARA CABRERO! cuadro de Hermann Kaulbach

Hay cuadros cuyos autores han estado tan afortunados en la elección del título que la simple enunciación de éste y el más ligero examen de aquéllos hacen ociosa toda descripción. Fíjense nuestros lectores en el protagonista del de Kaulbach, en el anciano bufón que intenta con sus poco expertas manos convertir en hilo sutil la informe masa atada a la rueca y cuya fisonomía demuestra bien á las claras que no es aquel el trabajo que mejor se aviene con sus aptitudes, examinen uno por uno los rostros de las jóvenes que con sus burlonas sonrisas saludan la nueva bufonada del histrión; detengan especialmente su mirada sobre la bellísima figura de la niña que embobada en la contemplación de aquella escena olvida por un momento la labor con tanto empeño comenzada y digan luego si podía darse título más adecuado al asunto que en el cuadro se trata. Y una vez convencidos de la imposibilidad de encontrar otro mejor ¿necesitarán que nos detengamos en enumerar las bellezas de ejecución que el lienzo atesora? Parécenos que mejor que las explicaríamos nosotros habrán de comprenderlas los que admiren esta preciosa obra del especialista en la reproducción de las costumbres y de los tipos de la Edad media, manantial inagotable de bellezas para los que con verdadero amor cultivan las artes bellas.

EL PRIMER PASO EN EL MUNDO cuadro de E. L. Garrido

¡Cuántos de nuestros lectores al contemplar el cuadro de Garrido se sonreirán recordando que también ellos han dado su primer paso en el mundo y se han encontrado tan cortados y perplejos como el mozalbete que frente á frente de elegante y hermosa dama no acierta á articular media docena de palabras, ni á moverse dentro del primer frac, ni á apartar las manos del flamante sombrero de muelles!

Pocos, muy pocos son los que al penetrar por vez primera en espléndidos salones, al fijar sus tímidas miradas en cien beldades realzadas por tocados irreprochables, al escuchar el incesante murmullo en que el ruido de las voces ora ahoga ora es ahogado por los acordes de la música, al respirar los mil perfumes que se escapan de las fragantes flores que asoman sus hojas por entre tenues gasas ó descansan artísticamente puestas sobre sedosas cabelleras, pocos, muy pocos – decimos – habrán dejado de sentir un vértigo indefinible que les habrá obligado, siquiera por unos momentos, á refugiarse en el más solitario rincón de la suntuosa morada. Y si una vez en su apacible retiro se vieron sorprendidos por alguna bondadosa beldad que tratara de animar á los pusilánimes ¿qué otra postura adoptaron más que la admirablemente reproducida por Garrido?

En este concepto la mujer es muy superior al hombre: para una niña no hay primer baile (hablamos desde el punto de vista de la cortedad) sino que desde el primer instante está en su elemento y no parece sino que en su vida no haya hecho otra cosa que frecuentar esta clase de fiestas; el primer baile es interminable para el hombre, para la mujer el primer cotillón no tiene más defecto que ser el principio del fin, la señal de despedida.

Pero no por esto compadezcáis al imberbe adolescente; dejadle que se lance y veréis al apocado polluelo de hoy convertirse mañana en arrogante gallo, en conquistador empedernido, en perseguidor del bello sexo con más aplomo y más osadía, aunque generalmente con menos agallas y buena suerte, que el legendario héroe inmortalizado por Tirso, por Lord Byron y por nuestro incomparable Zorrilla.

OBRAS DE JUAN PABLO LAURENS

Juan Pablo Laurens ocupa entre los pintores franceses contemporáneos una posición especial, por cuanto si se atiende á los asuntos que constituyen casi todas sus obras, al punto de vista bajo el cual las trata y á su factura particular, es genuino descendiente de la escuela romántica; mientras que hoy predominan en Francia, tanto en literatura como en arte, las aficiones naturalistas. Sin embargo el romanticismo de M. Laurens, si de romanticismo puede calificarse su género, se halla en armonía con la influencia positiva que predomina en la generación actual, y así lo demuestra en los muchos lienzos con los que se ha dado á conocer ventajosamente.

Tres de ellos reproducimos hoy en nuestra ILUSTRACIÓN. El titulado *Teodeberto y Thierry II* representa la emboscada en que el segundo hace caer al primero para asesinarle y apoderarse de la Austrasia que aquél poseía en herencia. En el segundo, *El Repudio de Berta, mujer de Roberto el Piadoso*, está pintada con carácter verdaderamente dramático la escena en que el infortunado hijo de Hugo Capeto, obligado por el terrible anatema de la Iglesia fulminado contra él por negarse á separarse de su esposa Berta, obedece mal de su grado al mandato de Roma, que había exigido el repudio por tener Berta algún parentesco con él. Finalmente, el tercero, *La Excomunión de Roberto el Piadoso*, figura el momento en que, pronunciadas las fórmulas del anatema con arreglo á las órdenes del pontífice Gregorio V, se retira el clero, dejando solos á los regios cónyuges, abrumados bajo el peso de las maldiciones de la Iglesia.

En los tres cuadros se revela el estudio particular que ha hecho el artista de aquella antigua y agitada época de la historia de su país, tan á propósito, por otra parte, para inspirar á cuantos se dediquen al género histórico, y el brillante fruto que ha sacado de dicho estudio. Sus cuadros están impregnados de color local hasta el punto de creerse uno trasladado al período en que aun no estaba enteramente constituída la nacionalidad francesa, y tanto en la indumentaria como en los accesorios y en los tipos se echa de ver que M. Laurens es un pintor de tanta conciencia como conocimientos artísticos.

ALEJANDRO I, rey de Servia
JUAN RISTITSCH, regente del reino

La reciente abdicación del rey Milano ha puesto la corona de Servia sobre las sienes de un niño de doce años y el gobierno en manos de un consejo de regencia cuyo primer miembro es el rusófilo Juan Ristitsch.

Poco podemos decir del nuevo soberano: nacido en 14 de agosto de 1876, una época bien triste por cierto para su patria, vió sonreir muy luego días más felices gracias á la derrota sufrida por los turcos en la guerra de Oriente y á la elevación del principado servio á reino independiente en 6 de marzo de 1882. Su madre, adicta á Rusia, cuidó de presentarlo á la corte de San Petersburgo (1886) en donde fué objeto de cordialísima acogida y procuró darle una educación correspondiente al elevado puesto que un día había de ocupar é inspirada en sus tendencias y aficiones políticas, educación que hubo de dar ópimos frutos gracias á la clara inteligencia y natural talento del joven príncipe y que comenzada en Wiessbaden se completó en Belgrado después del divorcio de sus padres.

Juan Ristitsch nació en Kragujewatz de padres pobres en 1831 y estudió historia, filosofía y derecho en Berlín, Heidelberg y París recibiendo el grado de doctor en la segunda de estas capitales. Encargado del gobierno del principado servio á la muerte de Obrenowitsch fué nombrado en 20 de julio de 1868 corregente, en unión de Blasnawatsch y Gabrilowitsch, siéndole confiada la educación del príncipe Milano que á la sazón contaba 14 años. Presidente del Consejo de ministros en 1873, empezó á trabajar con ahinco por el logro de los deseos nacionales de Servia, cuya realización sólo creía posible mediante el apoyo é influencia de Rusia, pero en 1873 hubo de abandonar el gobierno vencido por el partido austrofilo á cuyo frente figuraba Marinowitsch. A los tres años, sin embargo, volvió á predominar en Servia la influencia rusa y con la nueva subida de Ristitsch coincidió la declaración de guerra á Turquía; mas en 1880 cayó nuevamente y la elevación de este principado á reino independiente se realizó en plena preponderancia del influjo de Austria.

La abdicación de Milano y el entronizamiento de Alejandro I con Ristitsch por primer regente significan el nuevo triunfo de la política del czar. ¿Será definitivo? La accidentada historia de la península de los Balkanes no permite abrigar grandes esperanzas sobre este particular: la cuestion de Oriente ha llegado hasta tal punto á ser la piedra de toque de la política europea que no es aventurado creer que en breve plazo ha de suscitar nuevas contiendas cuyo resultado es imposible de prever dados los esfuerzos titánicos que cada una de las partes está haciendo por atraer cada día á su causa nuevas potencias aliadas. Los círculos diplomáticos consideran inminente la guerra. ¿Quién disparará el primer cañonazo? No lo sabemos, pero téngase por seguro que sobre él caerá la maldición de los pueblos que no pueden ya soportar el peso de tan colosales armamentos y la execración de la historia que en pleno siglo diez y nueve, cuando tanto se estiman y desean los beneficios de la paz habrá de llenar nuevas páginas de sus anales con sangre derramada por la ambición de aquellos que un día pudieron ser llamados representantes de Dios y que hoy ni siquiera merecen el dictado de simples patriotas, ya que no es con desastrosas guerras como mejor se sirve y se engrandece á la patria.

ZAPATERO... ¡Á TUS ZAPATOS!

I

CASTILLOS EN EL AIRE

Discutíase en una taberna de los suburbios de Madrid acerca del próximo sorteo de la Lotería de Navidad; sorteo que tiene el privilegio de hacer construir «castillos en el aire», esos *chateaux en Spagne*, con que allende el Pirineo nos dan patente de soñadores ó de ilusos.

Cada cual de los alegres concurrentes levantaba esos castillos con los materiales más propios de su habitual profesión, sin curarse para nada de si realmente en la lotería la suerte lleva á la desgracia, y de si «el premio gordo» viene casi siempre en compañía de su hermana la locura, ó de sus hijos la inmoralidad, la disipación y el despilfarro.

Es muy entretenido eso de dar inversión á un capital que no se tiene, y á tal diversión se entregaban los alegres concurrentes á la taberna

– Yo, – decía un cochero, que nunca ascendió de la honorable clase á que antaño dió nombre cierto Mr. Simón, – sé bien lo que haría. Montaría un establecimiento de coches de lujo, que se dejaría muy atrás á los de Lázaro y Antón. No habría en Madrid mejor *landeau*, ni mejor *panier*, ni mejor *breack*, que el que saliera de *mi* cuadra. Y todo construído por artistas españoles. Tendría además coches fúnebres, á cuyo lado parecerían carretas los de *The Funeral*, y en poco tiempo sería diez veces millonario; que nadie como los muertos hace tan ricos á los vivos.

– Pues yo, – continuaba un albañil, – huiría de todo lo que me recordara mi oficio. Bastante he trabajado al cabo de mis años, y bien dice el refrán que «el que más trabaja, come paja.» Comer y beber bien, vestir mejor, y nada de andar por las alturas, ni de las casas privadas, ni de las cosas públicas; que de las grandes alturas sólo nacen los grandes batacazos.

– Pienso lo mismo, – añadía un tercero, – en cuanto á comer y beber y vestir bien. Pero el hombre debe picar más alto cuando le favorece la fortuna. He sido oficial de pastelero durante veinte años, y me seduce la política. El arte de gobernar y el arte de hacer pasteles se dan la mano. ¡Ya se ve! Papeles para colocar el género, papeles para envolverlo, siempre entre papeles, no hace uno más que amasar ideas y confeccionar principios, y el que anda entre papeles y pasteles va á dar de cabeza en la política.

– Pero lo primero es darse buena vida.

– Y gastar y triunfar.

– Y gozar mucho.

– Y trabajar poco.

Reinaba, al parecer, la mayor conformidad entre los concurrentes.

– ¿Y tú, Simón, qué harías? – preguntaron á un zapatero del portal de enfrente, que así echaba unas copas en el portal como unas medias suelas en la taberna.

El interpelado estaba sentado, en una mesa apartada, ocupado en hacer pasar el vino de una jarra colosal á un vaso no pequeño, y del vaso á su insaciable estómago.

– Que ¿qué haría yo, – respondió de mal talante, – si me tocase «el premio gordo?...» Pues una cosa muy sencilla: haría... lo que debo hacer. ¡Yo hago siempre lo que debo!

– Y debes lo que bebes, – añadió uno de sus alegres camaradas.

– Y bebes más que debes, – prosiguió otro.

– Y debes más que bebes, – afirmó el tabernero.

Simón apuraba el vino trago á trago y lo saboreaba gota á gota, y acogía las bromas y chanzonetas de sus camaradas con ese olímpico desdén, propio de los hombres grandes... y de los grandes bebedores.

– Con que vamos, Simón, – continuó el tabernero, – complace á esta asamblea, diciendo lo que harías si tuvieras esa suerte.

– Pues es muy sencillo, – respondió el remendón: – procuraría que mi suerte no fuese mi desgracia.

– ¡Bah! Eso es «una perogrullada.»

– Pero, en fin, ¿qué harías?...

– ¿Qué haría?... – dijo Simón con el mismo aire de superioridad y de desdén. – Probablemente lo que no haría ninguno de vosotros. Ya lo sabéis: ¡Yo hago siempre lo que debo!

– Pero, hombre, acaba tu programa, – dijo el pastelero aspirante á político.

– Lo primero que haría es arrojar todos los chismajos, que veis en mi portal, hasta el portal de enfrente... lo más cerca.

Harías, pues, lo que nosotros.

– No había de quedar, – continuó Simón, – ni un cacho de suela, ni un pegote de pez, ni una hebra de cáñamo... Todo había de ir rodando por esa calle abajo.

– Pero ¿qué harías después?...

– ¡Toma! ¿Qué había de hacer?... Comer y beber, vestir y dormir, gastar y triunfar, y no trabajar.

– Eso sería lo que tasase un sastre, – repuso amostazado el portalero. – ¡Yo hago siempre lo que debo!

– Pues yo soy sastre, – añadió un hombrecillo cojo y jorobado, medio oculto tras un pellejo de vino. – Y lo que tasaría es una albarda para todo el que trabaja siendo rico.

– Es verdad, – continuaron otros bebedores. – El trabajo es patrimonio de los pobres.

– Y de los burros.

II

EL PREMIO GRANDE

El auditorio asintió á lo dicho por los inspirados oradores.

Resonó en la calle la voz de un chicuelo, gritando:

– ¡La lista grande!

– Trae, muchacho; trae aquí.

– Es quince céntimos.

– La compraremos entre todos. «A escote, nadie es caro.»

– Tráela aquí, – dijo majestuosamente el portalero remendón. – Allá van tres perros chicos...

– Que no muerden... – repuso el muchacho, que siguió corriendo y gritando á toda voz:

– ¡La lista grande!

Entretanto los bebedores, agrupados al rededor de uno «más leído,» sacaban sus «apuntaciones» y veían hundirse, á impulso de los números, sus poco antes soberbios castillos en el aire. Inútil es decir que las interjecciones de despecho y de ira podían contarse por docenas.

Sólo Simón permanecía impasible, al parecer. Examinó con atención la lista, consultó después un papel guardado cuidadosamente entre la faja, repitió examen y consulta, apuró de un solo trago el vino de la jarra y salió de la taberna, cruzando con paso lento á su portal.

Pocos momentos después, el zapatero principió á tirar en medio de la calle todos los utensilios y materiales propios de su oficio.

III

¡YO HAGO SIEMPRE LO QUE DEBO!

– ¡Allá van mis existencias en suelas! – gritó arrojando un mazo de tapas y palas y plantillas. – ¡Allá van las suelas falsas, las suelas de cartón, – continuó, arrojando un rollo de «material» inglés.

– Pero, buen hombre, ¿qué hace V.?... – preguntaban atónitos algunos transeuntes.

– ¡Yo no soy «buen hombre»!... ¿Qué hago?... ¡Yo hago siempre lo que debo! ¡Allá van las formas de señora, y las formas de chiquillos! ¡Allá van las formas de caballero, y las formas de aguador!

– Pero, señor Simón, ¿está V. en su juicio? – decían algunos vecinos, condolidos al ver que el remendón tiraba su herramienta.

– ¡Allá van mis leznas y ruletas! – prosiguió impasible el portalero. – ¡Allá van los ovillos de hilo y cáñamo! ¡Allá va toda clase de mazos!

Y, uniendo el dicho al hecho, Simón arrojaba en medio de la calle cuantos objetos iba nombrando.

La espectación era general en los numerosos corrillos de curiosos, instalados junto al portal del zapatero.

– ¡Está loco! – decían unos.

– ¡Está borracho! – rectificaban otros.

– ¡Qué locura ni qué borrachera! – añadían los de la taberna. – Es que le ha tocado el premio grande.

Y una especie de corriente de admiración, no exenta de silenciosa envidia, circuló entre la muchedumbre.

– ¡Allá van botes de clavos y puntas y tachuelas! ¡Allá van vivos sin vida, y patas-de-cabra sin magia! ¡Allá van mazos y martillos de meter, y ganchos de sacar!

La maestra zapatera, avisada de lo que ocurría, se presentó iracunda y amenazadora.

– ¡Mal hombre! ¡Mal marido! ¡Borrachón! – gritó con toda la fuerza de sus pulmones. – ¿Qué estás haciendo, desgraciado?...

– ¡Yo hago siempre lo que debo! – prosiguió impertérrito Simón.

– ¡Temprano la has cogido! – continuó la zapatera. — Pero, ¿quieres que vayamos á parar al Pardo?...

– ¡No te pegues á mí! – siguió diciendo el zapatero. – ¡Allá va el engrudo y va la pez! ¡Allá va el tirapie, el peto y el mandil!

– Pero ¡tú quieres que nos quedemos «por puertas» y sin portal! ¿No habrá quien dé á este borracho el amoníaco... ó la estrignina?...

– ¡Allá van las costas! Cuida tú de no pagarlas, – continuó Simón. – ¡Allá van los hierros y la lamparilla de lujar! ¡Allá va la mesilla y la espuerta de la herramienta! Y, para que nada quede, ¡allá va la tablilla del portal!

Y, una vez arrojada á la calle su «hacienda,» paseó majestuosamente su mirada sobre la numerosa y admirada concurrencia.

La que aumentó en términos tales, que fué necesaria la intervención de dos guardias de Orden público.



LA NINFA KLYSTIA, estatua-candelabro, destinada al teatro de la Corte de Viena, modelada por Juan Benky

Creían, sin duda, que se trataba de un presunto inquilino de la Casa de socorro ó del hospital, de la Moncloa ó de Ciempozuelos, y le preguntaron con acento brusco y tono autoritario:

– ¿Qué es lo que hace V., buen hombre?

– ¡Yo hago siempre lo que debo!

– Esa respuesta es un desacato.

– El desacato es de V., al llamarme «buen hombre.»

– ¿Leccioncitas á mí?... – refunfuñó el guardia.

– ¡Leccioncitas á nosotros!... – gruñó su compañero.

– «Buen hombre» – repuso el remendón – lo es cualquiera, pero no un millonario. Y, pues yo soy millonario, ya no soy «buen hombre.»

Enteraron á los guardias, y Simón exhibió su décimo, en confirmación de sus asertos.

– Á ver, tú que entiendes más de números... – dijo un guardia al otro, pasándole lista y décimo.

– Es verdad, – añadió su compañero: – le ha tocado «el gordo,» y ya no es «buen hombre.» ¡Que sea enhorabuena!

Y procuraron deshacer los corrillos de curiosos, mientras el zapatero escondía el décimo entre las vueltas de la faja y abrochaba cuidadosamente el chaleco y la chaqueta.

– ¡Marido de mi alma! – gritó conmovida la zapatera, abrazando y besando á su marido. ¡Y yo que creía que todo era efecto de una «filoxera» ó de una «pítima»! Haces bien, hijo mío, en tirar toda la herramienta; que bastante has trabajado en este mundo. No has de estar siempre, como San Alejo, bajo esa escalera.

El casero de Simón llegó en aquel momento.

– Pero ¿qué has hecho, Simón? – preguntó admirado al zapatero.

– ¡No me llame V. de tú! – gritó Simón. – ¡Yo hago siempre lo que debo!

– ¡Mucho que sí! – continuó la zapatera. – Hace siempre lo que debe... y no se llama de tú sino á los perros... y á los pobres.

Informaron al dueño de la casa de la suerte del remendón, con quien conferenció á solas breve rato.

– ¡Yo hago siempre lo que debo! – le dijo de nuevo el zapatero. – Y prueba de ello es que, á pesar de mi cambio de fortuna, no me he olvidado de mi cargo de ex-portalero, y ya tiene V. alquilada la tienda.

Y continuó hablando aparte con el casero, hasta que acertó á pasar por aquella calle un coche de alquiler.

– Pára, tocayo, – dijo Simón al cochero.

Y, dándole instrucciones en voz baja, se instaló en el vehículo.

Antes de partir, el tabernero se aproximó con un vaso de vino.

– Simón, – dijo afectuosamente al zapatero, – ¿no bebes una copita por tu buena suerte?...

– ¡No me llame V. de tú!

Y, al partir el vehículo, añadió:

– Antes debía lo que bebía... Ahora bebo lo que debo.

IV.

AÑO NUEVO, VIDA NUEVA.

La «espectación,» como ahora se dice, continuó largo tiempo entre los curiosos, sin que pudiera satisfacer su curiosidad la antes furiosa y ahora entusiasmada zapatera.

Cuando regresó Simón, sus camaradas y vecinos rodearon el coche; pero la maestra cuidó de alejar de ellos á su esposo.

Las enhorabuenas y los plácemes se repetían á porfía, pero las acogía Simón con cierto airecito de reserva y de desdén, que sin duda le hacían adoptar las pasadas bromas y los poco morales propósitos de sus amigos.

– ¡Qué fortuna la de Simón! – se repetía por todas partes. – Ya puede ahora dejar de trabajar!

– ¡Buenas pascuas va á pasar el maestro! – añadían otros. – Lo malo es que ni en un año suelen pagar el premio grande.

– Eso – repuso enfáticamente Simón – será lo que tase un zapatero.

– ¡Miren el pela-gatos! – murmuraban algunos á media voz. – ¿Irá él á conseguir lo que no han conseguido otros más ricos?...

– El gobierno – continuó Simón – puede quebrar al deber un millón á un zapatero. Y, como hago siempre lo que debo, ¿sabéis lo que he hecho?... Pues he cobrado ya: he negociado el décimo. Ahora no me importa que quiebre este gobierno.

Y dejó entrever, nada más que entrever, algún puñado de oro y algún fajo de billetes.

– ¡Si éste hace siempre lo que debe! – gritó enternecida la zapatera, alejando á su marido de la taberna y de sus habituales concurrentes.

No eran en verdad muy necesarios sus esfuerzos, pues Simón parecía acordarse de todo más que de la «asamblea» en que había sido «punto fuerte.»

Trascurrieron días, y Simón se dedicó tan sólo á pagar sus deudas, para «quedar en paz con todo el mundo,» según sus mismas palabras, y á preparar la tienda desalquilada con que, según decía, se había quedado un amigo de su mayor intimidad.

Albañiles, carpinteros, vidrieros, papelistas, trasformaron en poco tiempo aquel local. Llegaron después cuantas máquinas y herramientas, cuantos útiles y materiales se emplean en el arte moderno de zapatería, y el día de año nuevo se inauguró una lujosa tienda, propiedad de Simón, en que se dió trabajo á cuantos oficiales y guarnecedoras se presentaron á pedirlo.

– Creíais – dijo Simón á sus antiguos camaradas – que la lotería iba á hacer de mí un vicioso, un derrochador, un loco, y os habéis equivocado. ¡Malhaya el hombre que con su suerte se labra su desgracia! Creíais que iba á disipar en pocos días el dinero que he ganado con el que he guardado real á real y duro á duro para comprar un décimo; que iba á desvanecerse en «juergas» continuas y en borracheras cuotidianas, y os habéis llevado un chasco grande. ¡Malhaya el que no sabe que nada divierte menos que la continua diversión! Creíais que la mayor felicidad es comer, beber, vestir, gozar... Y, aunque todo lo haré, lo que nunca haré es beber; al menos, beber en la taberna. Creíais, por último, que la felicidad suprema es no trabajar; y yo, trabajando, aumentaré mis riquezas, y con ellas aumentaré las de los que tienen la riqueza del trabajo. El trabajo no es enemigo de la fortuna, por más que la fortuna no es siempre amiga del trabajo. No hay mayor trabajo que no querer trabajar... como no sea el querer y no poder tener trabajo. He tirado todos los trastos del portal, todos los materiales, todas las herramientas, para reponerlo todo y comprarlo todo nuevo.



¡YA ES VIEJO PEDRO PARA CABRERO!, cuadro de Hermann Kaulbach



EL PRIMER PASO EN EL MUNDO, cuadro de E. L. Garrido



LA EMBOSCADA. – TEODEBERTO Y THIERRY II, cuadro de J. P. Laurens

He tirado todo, menos las cuchillas, que siempre se pueden afilar, como los vicios se pueden siempre corregir. Y, como yo quiero afilar la cuchilla de la ociosidad y la cuchilla de la embriaguez, lo primero que he pensado, al ser rico, es en trabajar, y me he dicho: – ¡Zapatero,... á tus zapatos! Porque – ya lo sabéis: – ¡Yo hago siempre lo que debo!

Luis Coll

EL BOBO DEL PUEBLO

CUENTO POPULAR

Pocos serán los españoles que no conozcan al bobo de Coria, sino de vista, por lo menos de nombre; pero aun serán en menor número los que no conozcan á un bobo, uno cualquiera. Los que viven en las grandes capitales conocerán no á uno sino á muchos. Conocerán al bobo de la aristocracia, esto es al que se cree valer más que sus prójimos porque *legalmente* desciende del rey que rabió; al bobo del talento ó sea al que escribiendo aleluyas ve con cierta compasión á Zorrilla; al bobo de la elocuencia, es decir al tartamudo que mira por encima del hombro á Castelar; al bobo... al bobo... pero no es á esta clase de bobos á la que yo me refiero; el bobo á que deseo aludir es al que hace de su bobería una profesión y con su bobería come sin trabajar y sin trabajar bebe y su máxima boba es ésta: Dadme pan y llamadme bobo. En una palabra, refiérome al bobo del pueblo, á ese que no tiene otro oficio que el de ir de puerta en puerta pidiendo y en todas partes halla gentes listas como Cardona que le den y que se rían del pobre bobo. A esta clase última pertenecía Baoro el bobo, pobre idiota que no tenía más apoyo que la caridad de los buenos vecinos de cierto pueblecillo de la provincia de Valencia de cuyo nombre bien quisiera acordarme, pero no puedo ó no quiero para no ofender á la listeza de sus habitantes.

Vivía Baoro sin pena ni cuidado, sin preocuparse de nada más que del momento presente.

Si tenía sed, bebía en cualquier manantial; si tenía hambre pedía á la primera vecina que encontraba sobre el dintel de la puerta, los mendrugos de pan sobrantes; y si el sueño le atormentaba, nunca le faltaba un pajar donde fabricarse el lecho.

Este Baoro pues, de que os estoy hablando, caminaba cierto día á la ventura, por entre las sombras de un espeso pinar, y como quiera que en su estómago empezase á sonar con fuerza el toque del mediodía, dejando el bosque, salió á buscar una quinta que en las inmediaciones de aquél existía y se dirigió á ella en demanda de refacción.

Justamente á la puerta de la casa se hallaba arrodillada en el suelo la moza de la quinta, armada de estropajo y arena, en ademán de fregar pucheros y cazuelas todavía pringados con restos de la comida; pero en cuanto oyó la voz de Baoro reclamando su parte por el amor de Dios, se detuvo, y alargó al simple un caldero.

– Toma, Baoro, rebaña eso, y reza un Padre nuestro por los cochinillos que no quieren engordar.

El simple se acomodó en el suelo, colocó entre sus piernas el caldero, y se puso á rascar con sus uñas las adherencias grasientas; pero poca sustancia lograba sacar, pues ya todas las cucharas de la casa, y alguna que otra lengua, le habían precedido en aquella ímproba y poco provechosa tarea.

Sin embargo él se chupaba los dedos de cuando en cuando, haciendo chascar la lengua en señal de satisfacción, como si en toda su vida hubiese gustado cosa mejor.

– ¡Qué rico está esto! ¡qué rico está! ¡Buenas manos tiene la que lo ha guisado!

La moza, que en aquel momento entraba en la casa, se volvió halagada por aquella lisonja.

– ¡Pobre muchacho! ¿Cómo lo puedes conocer si apenas queda nada? Vamos, ahora te daré un pedazo de torta.

Y con efecto, á poco volvió con un buen trozo de la torta que hacen los pastores, amasada sobre una zalea, y cocida al rescoldo, y se la dió al simple que, comiéndola con verdadera avidez, decía con la boca llena, y sin dejar de mascar: – ¡Qué rica! ¡qué rica! No la comerá mejor el rey de Sevilla.

– ¡Ah! ¿pues si probaras unas aceitunitas verdes que tengo y unos pimientos en salmuera? – exclamó la aldeana, agradecida á aquella nueva alabanza de Baoro. – Voy á sacar unas pocas.

Y con efecto, á poco volvió con un plato en colmo, de aceitunas partidas, en medio de las cuales campeaba un magnífico pimiento verde, cortado por su eje vertical en cuatro partes iguales.

– De aquí á la gloria, – dijo el idiota; y cogiendo á puñados las aceitunas, en breve espacio dió cuenta de ellas, del pimiento y del pedazo de torta.

Entre tanto, la criada de la quinta iba y venía, mirando con singular complacencia á su convidado y enternecida, sin duda, por el buen apetito que demostraba éste, no dejaba de añadir alguno que otro regalo, que eran siempre nuevo combustible arrojado á la hoguera del entusiasta agradecimiento de Baoro.

Mientras éste se hallaba de tal manera ocupado en restaurar sus fuerzas, he aquí que se presenta á la puerta de la quinta un caballero armado de punta en blanco, que deteniéndose junto á la moza, la preguntó por el camino que más rectamente conducía al castillo de Condor.

– ¡Cómo! ¡Dios santo! ¿Pensáis ir allá?

– Justamente, – respondió el caballero; – ese es mi intento; y habéis de saber, que de tan lejos vengo por realizarlo, que antes de llegar á este sitio he necesitado estar andando día y noche, por espacio de tres meses.

– Y ¿qué buscáis en Condor? – replicó la campesina.

– Vengo en busca de la fuente de oro y la lanza de diamante.

– ¡Uy! – exclamó Baoro: – ¿de oro y diamante? ¿Eso debe valer mucho dinero?

– Ya lo creo, – repuso el extranjero: – vale más que todas las coronas de la tierra. La fuente tiene dos virtudes inapreciables; en primer lugar produce todos los manjares y todas las riquezas que el corazón desea, y además de esto, no hay enfermedad ni dolencia que no cure. Hasta los muertos mismos vuelven á la vida, con sólo aproximarles la milagrosa fuente á los labios. En cuanto á la lanza de diamante, es tal su virtud, que todo cuanto toca queda roto y deshecho en el acto.

– ¿Y quién posee esa lanza de diamante y esa fuente de oro? – preguntó Baoro lleno de asombro.

– Un mágico que se llama Cariganus y que habita en el castillo de Condor, – contestó la moza. – Todos los días pasa por el confín del bosque montado en su yegua negra, seguida por un potro de trece meses; pero nadie se atreverá á atacarle, porque en su diestra lleva la mortífera lanza.

– Es cierto, – repuso el caballero; – pero la orden de Dios le prohibe usar de ella en el castillo de Condor; en cuanto entra en él, la fuente y la lanza son guardadas en un oscuro subterráneo que ninguna llave puede abrir. Por esta razón voy á buscarle y atacarle en el mismo castillo.

– ¡Ay, Señor! me parece que no vais á salir airoso en vuestra empresa, noble caballero. Más de otros ciento lo intentaron antes que vos, sin que ninguno haya vuelto á parecer.

– Ya lo sé, buena mujer; pero sin duda no habrían recibido como yo, las instrucciones del ermitaño Dorón.

– ¿Y qué os ha dicho el ermitaño?

– Me ha indicado todo lo que tengo que hacer. En primer lugar, he de atravesar la selva de los Engaños, en la que se emplearán toda clase de encantamentos para aterrarme y hacerme perder el camino. La mayor parte



EXCOMUNIÓN DE ROBERTO EL PIADOSO, cuadro de J. P. Laurens

de mis predecesores, después de haberse extraviado, han muerto allí de frío, de hambre ó de fatiga.

– ¿Y si vos lográis atravesarla? – le preguntó el idiota.

– Si salgo sano y salvo de la selva, tropezaré con un enano armado con un dardo de fuego que reduce á cenizas todo cuanto toca. Este enano se halla establecido junto á un manzano, del que debo precisamente coger una manzana.

– ¿Y luego?

– Después encontraré la *rosa riente* guardada por un león, cuya melena está formada de víboras; y deberé coger la flor, con la cual habré de atravesar el lago de los dragones para combatir al hombre negro, armado de una bola de hierro, que tiene la virtud de dar siempre en el blanco, y volver luego por sí misma á la mano de su dueño. Y por fin entraré en el globo del placer, en donde se ofrecerá á mi vista todo lo que puede tentar á un cristiano, y retenerle; y llegaré á un río que no tiene más que un vado. Allí encontraré una señora vestida de negro, á la cual tomaré á grupa, y que me dirá todo lo que debo hacer.

La campesina trató de convencer al caballero de la imposibilidad de salir victorioso de todas aquellas pruebas; pero éste le contestó que aquel no era asunto para ser juzgado por una mujer; y después de hacerse indicar el camino del bosque sacó su caballo á galope y desapareció por entre los árboles. La moza de la quinta exhaló un hondo suspiro, y declaró que aquel caballero sería una víctima más, cuya alma iba bien pronto á presentarse ante el Juez eterno. Dióle algunos mendrugos de reserva á Baoro y le invitó á que siguiera su camino.



REPUDIO DE BERTA, MUJER DE ROBERTO EL PIADOSO, cuadro de J. P. Laurens

Este iba á seguir el consejo, cuando llegó el dueño de la quinta. Precisamente acababa de despedir al muchacho que guardaba las vacas en el prado, y estaba resolviendo en su mente el medio de reemplazarlo.

La vista del simple fué para él un rayo de luz; creyó encontrar en él lo que necesitaba, y después de algunas palabras indiferentes, cambiadas con él, le preguntó bruscamente si quería quedarse en la quinta para cuidar el ganado. Baoro se quedó confuso por un momento, y se sintió al pronto inclinado á cuidarse á sí solo, pues no había nadie en cien leguas á la redonda que tuviese tanto valor como él para no hacer nada. Pero todavía se estaba relamiendo con el recuerdo del opíparo banquete que acababa de disfrutar, y la reminiscencia de tantas golosinas le decidió al fin por la afirmativa y aceptó la proposición del colono.

Este le condujo al prado, contó en voz alta todas las vacas, sin olvidar las crías; le cortó una varita de coscojo, para que las guiara, y le encargó mucho que las volviese á casa á la puesta del sol.

Y he aquí á Periquito hecho fraile, es decir á Baoro el bobo convertido en corregidor de las vacas, teniendo que impedirlas causar daños, y corriendo de la blanca á la pía, y de la pía á la negra para contenerlas dentro de los pastos.

Entre tanto que de este modo corría de uno para otro lado, sonaron de repente pasos de caballo, y á poco, apareció por un sendero del bosque el gigante Cariganus montado en su yegua, y seguido del potrito de trece meses.

Suspendida del cuello llevaba la fuente de oro, y empuñaba con la diestra la lanza de diamante, que brillaba como un ascua. Baoro espantado, se escondió tras de un matorral; el gigante pasó por su lado y siguió su camino, pero por más que el simple hizo para reconocer éste, no lo pudo conseguir, pues nada se veía del lado por donde el mágico había desaparecido.

Todos los días llegaban nuevos caballeros en busca del castillo de Condor, pero ninguno de ellos volvía ya. En cambio el gigante hacía con toda tranquilidad su cotidiano paseo; y Baoro que se había acostumbrado á verle, ya no se escondía y se quedaba mirándole encantado, y destellando en sus ojos el ardiente deseo que más grande cada día avasallaba su corazón, de poseer aquella magnífica fuente y aquella preciosa lanza. Pero ¡ay! con esto sucedía lo mismo que con el juicio de las mujeres; era una cosa más fácil de desear que de conseguir.

Una tarde que se hallaba Baoro solo en el prado, como de costumbre, vió aparecer en el lindero del bosque un hombre con una gran barba blanca, al cual tomó por otro aventurero más que iba en busca del misterioso castillo de Condor. Así pues, creyendo adelantarse á su deseo, empezó á indicarle la dirección que debía seguir.

– No necesito que me enseñéis el camino, – replicó el anciano, – le conozco muy bien.

– ¡Cómo! ¿habéis estado en él y el mágico no os ha matado? – exclamó el bobo juzgando imposible aquel suceso.

– Porque nada tiene que temer de mí. Yo soy hermano de Cariganus; me llaman Senil el Brujo; pero como á pesar de mi poder, me perdería en el bosque de los Engaños, cuando quiero visitar á Cariganus vengo aquí, llamo á su potrito negro, y montado en él llego hasta el castillo.

Y esto diciendo, trazó tres círculos en el aire, otros tres en el polvo, pronunció en voz baja tres palabras de esas que sólo el demonio las entiende, y después en voz alta exclamó:

Potrito bonito, potrito ligero,
Acude al conjuro, que aquí ya te espero.

El potro apareció casi en el mismo instante, y se llegó dócil y manso al hechicero; éste le puso una cuerda al cuello, ató el otro extremo á la mano izquierda del bruto, y saltando sobre él, ambos desaparecieron en la espesura de la selva.

Baoro no contó á nadie aquella aventura, pero comprendió por ella, que lo primero que había que hacer para llegar á Condor, era apoderarse del potro que conocía el camino. Desgraciadamente le faltaba saber trazar los círculos mágicos y hacer el conjuro para que surtiera efecto el llamamiento aquel de

Potrito bonito, potrito ligero,
Acude al conjuro, que aquí ya te espero.

Había, pues, que buscar otra manera de hacerse dueño del caballito, y luego, coger la manzana y la flor, y librarse de la bola de hierro, y cruzar el valle de los placeres. ¡Demasiadas dificultades eran aquellas para un pobre bobo!

Sin embargo, á fuerza de pensar en ello noche y día, Baoro acabó por persuadirse de que podría vencerlas.

Los que son fuertes, van á buscar de frente el peligro, fiados en su fuerza; y para ellos se han escrito aquellas palabras de la Biblia: *el que ama el peligro, perecerá en él.* Pero los débiles, atacan por el flanco, y suelen salir mejor librados. No pudiendo, ni soñar siquiera, luchar con el gigante, Baoro resolvió recurrir á la astucia. En cuanto á las dificultades, no le intimidaron; pues recordaba y tenía muy presente que los nísperos cuando se les coge, están duros como piedras, pero con un poco de paja, y paciencia, acaban por ponerse blandos como masa.

Hizo, pues, sus preparativos, que consistieron en lo siguiente: una cuerda de cáñamo negro; un lazo de becadas que roció con agua bendita; una bolsita que llenó de engrudo y plumas de alondra; un rosario; un silbato de boj, y un mendrugo de pan untado con tocino rancio. Hecho esto, desmenuzó el pan de su desayuno á lo largo del camino que invariablemente seguía Cariganus con su yegua y su potranco.

A la hora acostumbrada aparecieron los tres, y atravesaron el prado como de ordinario; pero el potro, que andaba con la cabeza baja y olfateando entre la hierba, al encontrar las miguitas de pan, se detuvo y se puso á comerlas. El gigante y su yegua se perdieron de vista, entre tanto, y el potro se quedó solo. Entonces Baoro se acercó á él por detrás, y con mucho cuidado, sin hacer el menor ruido, tiró la guita al cuello del animal, y sujetándole de este modo le ató el extremo de la cuerda á la mano izquierda, y saltando sobre el lomo, le dejó caminar á su antojo, seguro de que el caballito, que conocía el camino del castillo, no dejaría de conducirle á él, y efectivamente, el potro tomó, sin vacilar, una de las sendas más intrincadas, y siguió por ella con toda la rapidez que le permitía la traba que le sujetaba el pie izquierdo al cuello.

El bobo temblaba como un azogado y en verdad que había motivo para ello. Todos los encantos del bosque se habían reunido para aterrarle. Tan pronto era un abismo sin fondo el que se abría á sus pies para tragarle, como los árboles que se incendiaban, formando á su alrededor una atmósfera de fuego, como un riachuelo que al atravesarlo se convertía en furioso torrente que amenazaba arrastrarle juntamente con su cabalgadura; ó bien al pasar por el pie del monte, este parecía desgajarse en enormes rocas que lo iban á aplastar. En vano el pobre idiota trataba de serenarse diciéndose que aquello no eran más que ficciones y sortilegios del hechicero, pero la ilusión era tan perfecta, que la sangre se le helaba en



ALEJANDRO I, rey de Servia (de una fotografía)



JUAN RISTITSCH, regente del reino (de una fotografía)

las venas, y el frío le llegaba á los huesos. Ultimamente tomó el partido de calarse el gorro hasta las narices, y cerrar los ojos además para no ver nada, y fiarse al seguro instinto del potro.

Al cabo de cierto tiempo llegaron á una llanura, donde todos los encantos cesaron. Entonces Baoro levantó su gorro, abrió los ojos y miró en derredor. Vió un terreno árido y más triste que un cementerio. Acá y allá se veían esparcidos los esqueletos de los caballeros que habían acudido á buscar el castillo de Condor. A su lado se hallaban los cadáveres de sus respectivos caballos, y algunos lobos grises se cebaban en sus últimos despojos.

Más adelante entraron en una verde pradera sombreada toda ella por un solo manzano, pero tan cargado de fruto, que sus ramas, cediendo al peso, tocaban en tierra; delante de él se hallaba el enano, el que reducía á cenizas todo cuanto tocaba.

Al ver á Baoro, lanzó un grito semejante al de la corneja de mar, y blandió su dardo; pero el bobo, sin dar señales de sorpresa, se quitó el casquete con la mayor urbanidad y dijo:

– No os molestéis, amable principito: mi objeto es sólo pasar al castillo de Condor, cuyo dueño el poderoso Cariganus ya me espera.

– ¿A tí? ¿Y quién eres tú?

– El nuevo criado de Su Excelencia; el que él espera; pues ¿no lo sabéis?

– Yo no sé nada, pero se me figura que tienes cara de muy embustero.

– Perdonad, perdonad, amable principito, no es ese mi oficio. Yo soy cazador de pájaros con liga. Pero, por Dios, no me entretengáis; el mágico me necesita, y en prueba de ello, aquí tenéis su potranco que me ha dejado para que pueda llegar cuanto antes al castillo.

El enano pudo observar entonces que efectivamente la bestia que montaba Baoro era el potro negro de Cariganus, y comenzó á pensar que el joven podía muy bien decir verdad.

Por otra parte, tenía éste un aire tan candoroso, que no parecía sospechoso de inventar una historia; pero á pesar de todo, el enano quiso disipar un resto de duda, y le preguntó para qué quería el gigante *un pajarista*.

– ¡Oh! ¡oh! – contestó Baoro; – pues á fe que le hace poca falta. Figuraos que los pájaros no le dejan fruta ni grano en su jardín.

– ¿Y qué harás tú para impedir que se lo coman?

– Comerlos á ellos. – Y así diciendo, enseñó al enano la pequeña artimaña que para cazar pájaros llevaba, explicándole su uso, y acabando por asegurar que ninguno podría escapar.

– Ahora lo vamos á ver. Mi manzano está sumamente castigado por los mirlos y los tordos. Si es verdad que tu aparato los prende, te dejo pasar.

Baoro se allanó á la proposición; ató el potro á un árbol, se acercó al tronco del manzano, y sujetó en él uno de los extremos del lazo; entregó el otro al enano, y le rogó que tuviese firme, en tanto que él preparaba la liga.

El enano consintió en ello, y cogió la cuerdecita; pero inmediatamente, Baoro el bobo tiró del otro extremo, y el nudo corredizo, haciendo su oficio, apretó la muñeca del enano, que vino á quedar de este modo atrapado como un pájaro. Al verse así burlado, su furor no reconoció límites, é hizo infinitos esfuerzos para librarse; pero el cordelillo había sido empapado en agua bendita y resistió sin romperse. Entre tanto, el bobo corrió al manzano, cogió la mejor poma, recobró su cabalgadura, y partió saludado por las imprecaciones y blasfemias del enano.

Al salir de aquella llanura, nuestro héroe se encontró con un encantador bosquecillo, compuesto de las plantas y arbustos más preciosos. Allí se veían rosas de todas clases y colores; claveles, jacintos, heliotropos, lilas y por encima de todo, una flor maravillosa que sonreía; pero en derredor del bosquecillo, daba vueltas incesantes un furioso león cuya melena era de víboras encrespadas, el cual giraba sus irritados ojos, hacía rechinar sus dientes con un siniestro ruido, y lanzaba unos espantosos rugidos que semejaban al trueno retumbando en una caverna del alto monte.

Baoro se detuvo y saludó otra vez; pues sabía muy bien que delante de los poderosos hace más papel un sombrero en la mano que en la cabeza; deseó toda clase de felicidades, así al león como á su apreciable familia, y preguntó con la mayor humildad si estaba en buen camino para llegar á Condor.

– ¿A qué vas á Condor? – preguntó con terrible acento, en vez de contestar el león.

– Perdonad, señor león; soy enviado de una noble dama muy querida del caballero Cariganus, la cual deseando obsequiarle le envía los menesteres necesarios para confeccionar un pastel de alondras.

– ¿Alondras? – replicó el león lamiéndose los mostachos. – Ya hace mucho tiempo que no las he probado; y vaya si me gustan! Dime, ¿llevas muchas?

– Cuantas caben en este saco, noble señor, – contestó el bobo, enseñando la bolsa rellena de engrudo y plumas.

Y para dar mayores apariencias de verdad á sus palabras, se puso á remedar el canturreo de las alondras.

Esto acabó de avivar el apetito de la fiera.

CARLOS QUEVEDO

(Continuará)

CRÍA DE GANSOS EN LOS ESTADOS UNIDOS

La cría de gansos en los Estados Unidos adquiere de día en día proporciones considerables y á veces se practica en condiciones bastante curiosas.

En aquel país se consumen anualmente para la fabricación de colchones y almohadas 1.350,000 kilogramos ó 135 vagones de plumas. Como de un ganso sólo se sacan 450 gramos de plumón, se necesita, para obtener tan enorme masa, desplumar todos los años un número de aves más que el doble del de kilogramos que representan, es decir, unos tres millones. Los Estados que se dedican con especialidad á la cría de gansos son el Illinois, la parte meridional del Missouri, Kentucky, Alabama y Tennessee. Se requiere un clima frío para que la pluma sea blanda y fina, sin que el rigor de la temperatura haga la operación onerosa, porque si el invierno es muy crudo, los gansos no pueden encontrar alimento en el suelo ó en las aguas heladas, y se los ha de mantener en el corral, consumiendo cada uno de ellos tanto grano como un carnero. Las regiones cálidas tampoco se prestan á la cría lucrativa de estas aves, porque carecen de agua. Verdad es que los americanos saben remediar este inconveniente, si se ha de dar crédito á la siguiente anécdota, referida por el *Atlanta Constitution*, periódico de Georgia.

Viajando cierto habitante de Atlanta por el Alabama, encontró una mañana entre Portersgay y Millersville un mozo que guiaba una manada de gansos hacia un algodonal. Cada ganso llevaba colgada al cuello una calabaza llena de agua. Llamándole la atención el singular atavío de las palmípedas, el viajero preguntó al mozo la causa, y éste le dijo: «Estas calabazas contienen la provisión de agua de los gansos que pasan el día comiendo las malas hierbas de los campos de algodón, donde no encontrarían una gota de agua, y cuando una de las aves tiene sed, la satisface bebiendo en la calabaza de alguna de sus compañeras.»



Gansos americanos provistos de calabazas, llenas de agua para beber

En efecto, poco después el viajero vió como un ganso bebía introduciendo el pico en la calabaza del que tenía al lado, el cual no opuso resistencia alguna á prestarle este servicio.

(De *La Nature*)

BARCELONA.—IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII · BARCELONA 15 DE ABRIL DE 1889 · NÚM. 3[illegible]1



LA VIRGEN [illegible]

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

LA VIRGEN, cuadro de Sassoferrato, existente en la galería de los Uffizi, en Florencia

A fines del siglo décimosexto la pintura religiosa había decaído notablemente desde la altura á que habían sabido elevarla, á principios del mismo, los incomparables Ticiano y Rafael; al clasicismo de estos dos sublimes maestros había sucedido un amaneramiento superficial, vacío, que imprimía en las imagenes cierto idealismo, sí, pero idealismo terreno sin reflejo alguno del sello divino que tan indispensable es á las composiciones sacras.

El gran desenvolvimiento de poder y de fuerza que el catolicismo experimentó en aquella época trajo consigo una saludable reacción en las esferas del arte: la pintura, elemento punto menos que indispensable en los templos católicos, adquirió nueva vida que se manifestó en dos tendencias: naturalista, expresión lo más exacta posible de la verdad humana la una, y la otra idealista y buscando la salvación del arte en la imitación de los buenos modelos que los grandes maestros produjeran en anteriores épocas.

En el número de los pintores que siguieron esta última figuró en primer término Juan Bautista Salvi, más conocido por el nombre de Sassoferrato, que siguió las huellas de sus ilustres antecesores en el arte sin por esto aparecer imitador servil de ellos, de los que la historia de la pintura conoce con el nombre de *cinquecentisti*. ¿Logró acercarse al bello ideal á que tendían todos sus afanes? Dígalo, entre otras obras suyas, la Madonna que reproducimos considerada como una de las más bellas que el pincel haya producido. El rostro de la Virgen tiene mucho de las Marías que pintó Rafael en el segundo de los tres períodos en que la crítica divide su carrera artística, pero no es tan redondo como son los por éste trazados sino que aparece más ovalado, lo cual le da mayor semejanza con las obras análogas de Ticiano. En esta Madonna se ve palpablemente que si Sassoferrato no tuvo en tan alto grado como otros el talento de la originalidad, supo, en cambio, beber con gran provecho en las mejores fuentes del arte pictórico y dar á sus inspiraciones una belleza y una pureza y corrección de líneas tales que ellas por sí solas bastarían para justificar la imperecedera fama que la posteridad le ha concedido.

EL ANGEL DEL JUICIO FINAL bajo relieve de D. Juan Barta

Este bello trabajo en yeso, de 110+56 centímetros, obra de nuestro paisano el estudioso escultor Sr. Barta, figuró en la primera Exposición de Bellas Artes celebrada en 1885 por el «Centro de acuarelistas,» y en la que tuvo lugar en el salón Parés en 1886. En una y otra llamó con justicia la atención por sus condiciones artísticas que demuestran en su autor lisonjeras aptitudes para el arte á que se dedica, y que, á juzgar por esta y otras obras salidas de su cincel, está llamado á figurar dignamente entre los escultores notables que hoy honran á Cataluña.

VENTANAL CIRCULAR DE LA MAGDALENA en Rouen

El arte de la pintura en cristal ha hecho notables progresos en Francia de algún tiempo á esta parte. Este renacimiento de un arte que, después de haber tenido un brillante período de florecimiento, desapareció enteramente en los dos últimos siglos, se debe á dos causas: la primera, el gusto moderno por la ornamentación antigua que hoy reproduce con preferencia en los edificios religiosos el estilo de la Edad media y del Renacimiento: la segunda, el empleo más frecuente en las construcciones civiles y casas particulares de los armoniosos efectos de color que proporcionan las obras en cristal.

Varios son los artistas que en Francia se han dedicado con entusiasmo á esta clase de trabajos, mereciendo especial mención M. Claudio Lavergne. El ventanal circular, que como muestra de ellos publicamos y que adorna la iglesia de la Magdalena en Rouen, prueba sus adelantos. M. Lavergne es un artista de verdadero talento y admirador de las tradiciones clásicas, y su ventanal una esmeradísima pintura en cristal, que sobresale por muchas condiciones apreciables, como el mérito de la composición, el modelado de las figuras, su disposición, los artísticos detalles y la riqueza de la ornamentación. Los ventanales de la iglesia de S. Agustín en París, obra también de M. Lavergne, se recomiendan por las mismas condiciones.

ADORACION DE LA CRUZ, cuadro de D. Morelli

Al frenesí carnavalesco ha sucedido el fervor ascético de la Cuaresma, y al jueves lardero el día que conmemora la muerte trágica de Jesucristo. En este día y en el siguiente de Viernes Santo, todas las iglesias cristianas celebran patéticas ceremonias, siendo una de ellas, sencilla á la par que expresiva de la religiosidad de los fieles, la Adoración de la Santa Cruz. En casi todos los templos se ponen al alcance de éstos crucifijos de mayores ó menores dimensiones, que en los países meridionales se rodean de flores, y á los que se acercan los concurrentes con objeto de besar fervorosamente los pies y manos de la sagrada imagen y recitar alguna plegaria.

Un pintor, tan observador de las costumbres populares, como el insigne artista napolitano, no podía menos de inspirarse en tan cristiana práctica, y fruto de esta inspiración es el cuadro que reproducimos, impregnado del misticismo propio del asunto y lleno de color local, como todos los suyos.

JESUCRISTO Y LA MUJER ADÚLTERA, cuadro de J. Echena

La mayoría de nuestros lectores habrán tenido ocasión de admirar en el Palacio de Bellas Artes de la Exposición universal de Barcelona el cuadro de nuestro distinguido compatriota, del que es reproducción exacta el grabado que insertamos.

Su asunto es tan conocido que nos releva de toda descripción: «Aquel que no haya pecado, que arroje la primera piedra,» dice Jesús para contener á los que pretendían imponer á la mujer arrepentida el castigo que los hebreos imponían á las adúlteras y... ninguno la arroja. La expresión de las figuras de dicho lienzo demuestra perfectamente que ninguno de los que querían tomarse la justicia por su mano tenía la conciencia tranquila, y el artista lo ha tenido así muy en cuenta al trazarlas. Pero no es esto sólo lo que avalora la obra del Sr. Echena, no lo es tampoco la varonil á la vez que divina figura del Salvador, que se destaca en el cuadro, quedando en un bien entendido aislamiento; eslo también el conocimiento perfecto de los tipos de aquel pueblo semítico en todas sus jerarquías, aparte del estudio detenido y minucioso que revela la indumentaria y hasta el medio ambiente.

La nueva obra del Sr. Echena, por sus proporciones y por el aliento que en su autor demuestra, es de aquellas que exigen una crítica detenida; pero no pudiendo dedicar á ella un artículo, nos limitaremos á consignar que, en nuestro concepto, afirma la bien sentada reputación de dicho artista, el cual ha dado con ella otra prueba de lo mucho que vale y de lo mucho á que puede aspirar con estudio y perseverancia.

LAS TRES CRUCES, facsímile de un agua fuerte de Rembrandt

No es esta la primera vez que insertamos en las páginas de la Ilustración artística reproducciones de las obras del célebre maestro holandés, haciendo de unas y de otro la merecida apología. Por esta razón, prescindiremos hoy de avalorar el mérito de sus composiciones, y nos limitaremos á llamar la atención del lector hacia la nueva prueba del fecundo y vigoroso estilo de Rembrandt que presentamos en la citada agua fuerte, en la cual parece hallarse reunidas todas las condiciones que dieron justificado renombre al maestro de Amsterdam.

JESUCRISTO MUERTO, cuadro de J. J. Henner

Juan Jacobo Henner, uno de los buenos pintores contemporáneos franceses, es oriundo de la Alsacia, é hijo de humildes labradores que, dotados de instintos y aficiones artísticas, desarrolladas en ellos por la diaria contemplación de la naturaleza, estimularon las que á su vez revelaba Juan Jacobo desde su más tierna edad y se impusieron todo género de privaciones y sacrificios para darle una educación correspondiente á sus gustos y aptitudes. Habiendo estudiado los primeros elementos del dibujo en Allkirch, pasó luego á perfeccionarlos en Estrasburgo, desde cuya ciudad hizo frecuentes excursiones á Basilea con objeto de admirar en su Museo los cuadros de Holbein el Joven. De Estrasburgo se trasladó el joven Henner á París, donde con el estudio de las obras de los grandes maestros, existentes en el Museo del Louvre, llegó á adquirir tal destreza que en 1858 alcanzó el *Premio de Roma*, y pasó á aquel emporio de las Bellas Artes para perfeccionarse en su profesión. Que lo consiguió, lo demuestran las muchas obras notables que han brotado de su pincel y los premios por él conseguidos en diferentes Exposiciones.

Uno de estos lo alcanzó por su cuadro *Jesucristo muerto*, conservado hoy en el museo de Lyon y en el cual se echa de ver la influencia ejercida en su estilo por Hans Holbein, el gran maestro de Augsburgo, pues por muchos conceptos recuerda la terrible *Muerte de Cristo* de aquel artista, sobre todo en el perfecto conocimiento del modelado de las carnes, que presenta de un modo grato á la vista y sin exageración en la estructura muscular y huesosa.

M. Henner, además de excelente pintor de historia, es hoy sobresaliente retratista.

LA PAZ, cuadro de Gabriel Max

Generalmente los artistas, así escultores como pintores, que han querido representar la paz han tomado esta idea como antítesis de la guerra tratándola, por ende, en uno solo de sus múltiples aspectos: véanse, sino, el grupo que la reproduce en el Arco de la Estrella, la pintura que la simboliza en uno de los salones del palacio del Luxemburgo y tantos otros cuadros y estatuas existentes en museos, edificios públicos, plazas y museos.

Gabriel Max, el famoso profesor de Munich cuyas principales obras hemos reproducido en distintos números de esta Ilustración ha dado una nueva prueba de su genio y talento excepcionales pintando la paz de un modo muy distinto que la generalidad de sus colegas en el arte, así antiguos como modernos, para lo cual ha trazado un busto sencillo y desprovisto de atributos en el que la idea se adivina no por los emblemas, no por las figuras secundarias sino por la expresión sola de un rostro deliciosamente encantador. El que contempla el cuadro de Max para nada encuentra á faltar al guerrero envainando la espada tinta aún en sangre, ni al artesano empuñando el martillo ó moviendo la lanzadera, ni al labrador recogiendo en apretadas haces las doradas mieses de repletas espigas. Estos que podemos llamar efectos de la paz se imponen, se presumen, se sienten sin verse en el cuadro de Max: la paz de Max es la causa de todos ellos, es una imagen que no necesita del elemento objetivo, es un símbolo que compendia todos los beneficios que de ella se derivan; es la paz que desea el que ha de luchar con las contingencias de la vida; es la paz que ambiciona el que se siente atormentado por devastadoras pasiones; es la paz que imploran los pueblos ante la amenaza de terribles contiendas; es, finalmente, la paz que codicia el alma para cuando libre de las mortales vestiduras que la encadenan á este suelo pueda volar hacia las regiones en donde imperan la bondad infinita, la eterna belleza, la verdad absoluta.

LA TOMA DE POSESIÓN del nuevo presidente de los Estados Unidos

Por más que el espectáculo se repita cada cuatro años, siempre atrae numerosísima muchedumbre el acto público en que el presidente de los Estados Unidos de Norte-América toma posesión de su elevado cargo. El día 4 del mes pasado la tomó el presidente M. Harrison, últimamente elegido para desempeñar durante el próximo cuatrienio la primera magistratura de aquella República; pero el *día de la inauguración* como se le llama en Washington, no tuvo el acostumbrado brillo á causa de la lluvia torrencial que estuvo cayendo durante la ceremonia.

Esto no obstante, el pueblo se aglomeraba delante de la fachada principal del palacio del Capitolio ó Congreso, en cuyo peristilo el presidente Harrison prestó en alta voz el juramento á la Constitución, y leyó con calma inalterable el acostumbrado Mensaje ó programa de gobierno, á pesar del chubasco del cual sólo le guarecía un sencillo paraguas.

El ruido de la lluvia no permitió que se oyera bien la lectura, por lo cual los aplausos escasearon; esto no obstante, el pueblo vitoreó á su nuevo presidente cuando dijo que sería escrupuloso observador de todas las leyes y que velaría porque todos y cada uno de los ciudadanos disfrutasen por igual de los derechos civiles y políticos que aquéllas les conceden.

Nuestro grabado representa esta solemne al par que sencilla ceremonia, propia de las democráticas costumbres del pueblo norteamericano.

SUPLEMENTO ARTISTICO

JESUCRISTO Y LOS PESCADORES, cuadro de Ernesto Zimmermann

«Yo os haré pescadores de hombres,» dijo Jesús á Simón y sus compañeros en ocasión en que sacaban sus redes del mar de Galilea; y la palabra divina, á la sazón no comprendida por aquellos hombres rudos, sencillos é ignorantes, se cumplió, pues andando el tiempo *pescaron* para el reino de los cielos más seres humanos que peces habían recogido en su anterior y trabajosa vida.

En el cuadro de Zimmermann, que tan bien representa este episodio del Evangelio, se ha dado más valor á las figuras que al paisaje en general, lo cual no es de lamentar, pues de este modo se puede apreciar mejor el simpático rostro del Salvador que con profética y divina convicción hace aquella promesa á los pescadores, y los semblantes de éstos, en los que se retrata la sorpresa que el vaticinio les causa, y cuyo sentido no aciertan á descifrar.

VIERNES SANTO

Conmemora hoy el mundo cristiano la muerte de Jesús y la soledad de María. El Cristianismo concuerda como ninguna otra religión positiva con la naturaleza humana. El cielo de los antiguos admitió solamente la fuerza y consagró la victoria. Estos dolores, que nos traspasan el pecho y que nos entenebrecen el espíritu, estaban desterrados por completo de los viejos Olimpos. A lo sumo entraba en ellos ese aspecto del Universo conocido ahora con la denominación del combate universal por la existencia, en que los dioses llegan á confundirse con los brutos. La guerra, esa calamidad congénita con la especie nuestra, tenía su natural deificación allí. Luchaban soberbios los dioses antiguos, mas no padecían humildes. La ventaja del Cristianismo sobre las demás religiones, aun visto solamente por su aspecto humano y moral, se halla en su divinización del dolor. Todos en esta baja tierra sufren, y todos encuentran en los altares de Cristo, no diremos explicadas, pero sí diremos sentidas sus penas. Entre las mayores hállanse aquellas que tocan, en el acervo común de nuestros comunes dolores, á las pobres mujeres. Nosotros hemos nacido para luchar; ellas para sufrir. El combate activo quita muchas acerbidades al dolor, mientras que le añade muchas la conformidad y la paciencia femeniles. Por eso nuestra religión ha idealizado la naturaleza humana idealizando el dolor, tal como ha tocado en suerte á las mujeres, y para expresar esto, no ha podido tener símbolo tan bello como la Virgen Madre al pie de la Cruz, donde agoniza y muere su hijo. El mundo heleno-latino, al revés del mundo semita, compartió la divinidad entre los dos sexos. Mientras en Jerusalén y en la Meca, en aljamas y sinagogas, truenan un Jehová ó un Aláh solitarios, en las cumbres de los montes paganos, donde se hallan las divinas sedes, vense conjuntamente sentados los dioses y las diosas. Pero éstas, ó expresan una felicidad material absoluta como puede verse aún hoy en las serenas estatuas suyas, ó sienten, á lo sumo, femeniles rivalidades. Los sendos y pasajeros dolores de las diosas antiguas por los respectivos héroes en lucha, no pueden compararse con el profundísimo dolor de mujer simbolizado en nuestra Soledad tristísima ó en nuestra Madre dolorosa. El viaje de Ceres por su Proserpina, coronada durante seis meses reina y diosa en las regiones infernales, para brillar luego en el éter y en el aire otros seis meses, aparte su rural simbolismo, no puede compararse con las penas de María en las cimas del Calvario, donde atraviesan su corazón todos los horrores que puede una madre sentir aquí en la vida. Para comprenderlos necesitamos tan sólo recordar el claro ministerio, cedido por la Naturaleza y por la Providencia de consuno á la madre. Sólo un amor como el suyo podría superar los dolores conjuntos á la gestación, al parto, á la crianza de sus hijos. Por eso en la maternidad ha puesto Dios invencibles propensiones al sacrificio que parecen como un suicidio lento y que son un holocausto perpetuo. Por algún ave que deje su huevo en el nido ajeno, como en la universalidad casi, el sentimiento maternal fija inquietas alas é inquietos nervios en el nido, y los tiene como petrificados é inertes, dando el calor propio suyo á los menudos seres encerrados en la corteza del huevo y en las lanas del nido. ¡Cuánto no ha menester la naturaleza de un ave contrariarse, y qué milagros obra en ella el amor, cuando se calla y se fija, pliega sus alas y cierra su pico, entregada por completo á la incubación, que pide y necesita la perpetuidad indispensable de su especie! Dígase cuanto se quiera por los pesimistas; así que la mujer siente un fruto de su amor en las entrañas, ya se ha transfigurado. Y así que tiene un hijuelo, ha resumido y compendiado su vida entera en la cuna. Imaginaos qué le pasará en materia de dolores, cuando esa cuna se torne sepulcro y la criatura idolatrada un yerto cadáver. El dolor de María en la Cruz excede al dolor de Cristo; porque la pasión de éste se agranda y exacerba y recrudece, al pasar por las telas del corazón de su madre.

Las madres, allá en las penas inferiores, viendo un hijo, recordarán solamente las penas congénitas á parto y crianza. Pero, allí donde comienza el humano espíritu, comienzan á una con él amarguras indecibles. No es ya el dolor maternal de un parto, ni siquiera es el cuidado prolijo de la nutrición y de la cría; es algo superior, la inquietud propia de quien debe cumplir un ministerio tan complejo como el ministerio de la educación de un alma. ¡Cuál transfusión de su ser propio en el ser por ella engendrado y parido! Una madre lo sabe todo con saber solamente que ya es madre. Ningún telescopio ve lo infinitamente grande y ningún microscopio lo infinitamente pequeño, como ve una madre desde las mayores aspiraciones hasta las menores necesidades en el alma y en el cuerpo de su hijo. Por eso jamás podrá sustituirse en la Naturaleza la primera educación maternal con otra ninguna. Una madre sabe más medicina que todos los médicos juntos, cuando se trata de su pequeñuelo. ¿Qué



EL ANGEL DEL JUICIO FINAL, bajo relieve de don Juan Barta

doctor sigue los aspectos de una enfermedad sobre la cuna, como quien dentro de la cuna se recluye y encierra? ¿Cómo puede saber nadie los grados varios de calor en el cuerpecillo, como aquella que lo recoge solícita en sus brazos y lo pega con amor á sus senos, cual si quisiera reincorporarlo nuevamente á sus entrañas y nuevamente nutrirlo con la sangre de su corazón? Pues nadie sabe de seguro en el mundo educar, hacer un alma, como lo sabe por propio instinto una madre. Como su medicina instintiva conoce las enfermedades y los remedios, su filosofía conoce los consejos, su arte las inspiraciones, su intuición profética los presentimientos, su amor los afectos, su fe los dogmas, que cuadran al hijo de sus entrañas, por quien vive y muere. Hasta para enseñarle aquella nueva familia, con que debe continuar ó completar la recibida en su cuna; ó para elegirle aquel corazón que debe llevarse consigo el criado por ella, sirve una madre, como que su vida toda es vida entera de sus hijos, pues desea verlos, en la hora última, inclinados á una sobre sus ojos para cerrarles los párpados, y en cambio defender en ellos el ser propio con el postrer suspiro y el alma propia con la postrera mirada. Imaginaos cuál dolor sentirá cuando todas estas leyes de la Naturaleza lleguen á subvertirse y mueran, como en el caso de Jesús, los hijos antes que sus madres. He ahí el dolor que representa María siempre al pie de la Cruz, el dolor de una madre destituída por la muerte de su Hijo. Como no hay dolor ninguno comparable á este dolor, no hay escena ninguna en la Pasión tan dolorosa como esta. Los personajes de la escena son muchos y están agrupados en la religión y en el arte, según tradiciones inextinguibles. Pues bien; puede asegurarse que la Humanidad no compadece tanto á Cristo en la Cruz como á su Madre al pie de la Cruz. Por ella, y sólo por ella, dijo el Profeta estas sublimes palabras: ¡Oh, vosotros, todos los que pasáis por los caminos! paraos, y ved, si hay dolor comparable á mi dolor en el mundo. Y efectivamente no lo hay.

Ver cómo desaparecen los venidos naturalmente á sucederos y heredaros extraña y hiere de tal suerte á los padres, que su corazón en pedazos mil se rompe y se huye hasta tocar en el desvarío su inteligencia. Desde los primeros dolores á los últimos cuidados, que os cuesta la vida suya, se os aparecen y os asaltan como en tropel. Imaginaos cuánto el corazón de la madre santísima se desgarraría en el Calvario, á la muerte del Unigénito, con las memorias y los recuerdos de su vida. La emoción experimentada en la inolvidable anunciación de Gabriel, resplandeciente con los reflejos y reverberaciones de los cielos; el salto de la bendita criatura en sus entrañas, oyendo los cánticos de Isabel y las palabras de Zacarías; el portal de Belén, donde se mezclaban las esquilas de los ganados con los rabeles de los pastores y los conciertos de los ángeles; el espectáculo de la estrella solitaria que guiaba los reyes magos, y de las ofrendas que circuían la cuna; el viaje á Egipto, en que los ángeles interponían sus alas para preservarles y las palmeras bajaban sus ramas para esconderlos; el eco de aquellas predicaciones, cuya virtud resucitaba los muertos y convertía las piedras en corazones; las bodas de Caná, donde le dieron ocasión á convertir el agua en vino; la triunfal entrada en Jerusalén pocos días antes; los recuerdos todos estos atenacearíanle con horribles dolores las entrañas, en virtud y por obra de una comparación intuitiva con los verdugos y sayones, maltratando las carnes besadas por ella tantas veces; en los legionarios romanos que se repartían las vestiduras hiladas en sus ruecas y husos; con el estruendo de los martillos hundiendo en la madera los clavos, que desgarraban sin piedad las manos y los pies que abrigó tantas veces en el maternal regazo; con los dicharachos y los insultos y los vejámenes dirigidos á quien ponían los ingratos judíos en su ceguera por bajo de las bestias y ella sabía bien que se identifica en su naturaleza con la esencia misma del Eterno. Los horrores ofrecidos por el Universo, al morir Jesús, debieron acrecentar su dolor. Los estremecimientos del suelo tan intensos fueron, que desentrañaron los abismos interiores del planeta; y tan extensos, que llegaron á Egipto, donde un solitario exclamó al sentirlos que, ó bien se acababa la tierra ó bien moría Dios. En efecto, cuando el cielo se ocultaba, y se oscurecía el sol, y las tinieblas por do quier dilataban su espesa oscuridad, y un color siniestro y rojizo, como de sangre ardentísima, teñía los límites del horizonte á la manera que relampagueos del infierno, para hacer más palpable la noche; y los montes se descuajaban; y las colinas se convertían en polvo como cadáveres deshechos; y los muertos levantaban las losas de sus sepulturas con los cráneos; y la tierra se abría en grietas como surcada por el dolor, María debió crecer, viendo cómo los seres inanimados sentían más la desgracia de su hijo que los corazones humanos y acompañaban á una con mayor caridad su amarga pena. He aquí la superioridad capitalísima del Cristianismo sobre las demás religiones conocidas en la tierra: su divinización del dolor. En efecto, aquel que pusiera la gota de rocío en la rosa y las claras fuentes en los valles, tuvo sed; el que iluminó en la celestial inmensidad el sol, tuvo frío; el que alimentara con el calor de su vida todos los seres, tuvo hambre; sufrió las amarguras quien había criado todos los dulzores de la tierra; devoró los odios el que había juntado las moléculas con su cohesión y los astros con sus atracciones múltiples y los humanos con el amor; aquel cuyo soplo animó nuestras atmósferas, no encontró aire para su pecho; y autor de la libertad, llevó sobre sus hombros el patíbulo de los esclavos, y autor de la vida, murió ignominiosamente. Y todos los dolores de Jesús, toda su pasión terrible, desde las angustias del Huerto hasta las angustias del Calvario, centuplicáronse con terrible multiplicación en el pecho de su madre.

Así el dolor de la mujer tiene su representación más alta en la Virgen al pie de la Cruz, en la Virgen sosteniendo sobre su seno al muerto, en la Virgen adorada ora con el nombre de la Soledad, ora con el nombre de los Dolores. Por tal modo tienen todas las madres horror á la más espantosa desgracia posible para ellas en el mundo, á la muerte de sus hijos, que no hay casa de familia cristiana donde no se halle alguna conmemoración de la Soledad y de los Dolores. El corazón ardiente de la Virgen Madre, atravesado por las siete litúrgicas espadas, representa un simbolismo verdadero en los hogares católicos. Yo he visto el corazón dolorido de María en urnas á santuarios parecidas; yo he visto el corazón doloroso de María bordado en escapularios transmitidos por unas generaciones á otras generaciones en una sucesión indecible; y este símbolo quiere decir cómo resonarían en su pecho los golpes asestados á su hijo, cuáles dolores tendría cuando levantaba éste los ojos y la voz al cielo en aquella interrogación al Eterno dirigida, preguntándole por qué lo había en tal trance abandonado; cómo se desharían sus ojos en lágrimas oyendo aquel perdón generoso impetrado, así para el ladrón moribundo á su diestra como para los implacables enemigos que se reían y le atormentaban; cuánta sed acerba le afectaría considerando que su hijo necesitaba en su fiebre beber algo y le proponían aquellas mixturas de hiel y vinagre; cuál pena en la consideración de que si todo estaba consumado en la obra redentora, se debía principalmente al holocausto de su corazón, y cuál mayor pena verlo morir á él sin poder morir ella. Lo hemos asegurado ya y lo repetimos ahora: la pasión de Cristo se agranda reflejada en el océano de lágrimas que vertió María.

Si queréis comprender cuánto significa la Soledad en el arte cristiano, convertid los ojos á todos los pintores católicos, y no encontraréis escuela capital ni genio primero que no haya querido reproducir esta gran tristeza, en cuyas espesísimas sombras tanta parte de nuestros particularísimos dolores encuentran el corazón y el ánimo. La Madre dolorosa vuela desde los tiempos de las catacumbas á nuestros mismos tiempos, envuelta en evaporaciones y nubes de lágrimas. Toda mujer que ha perdido un hijo renueva sus facciones, y repite su tipo en la vulgar vida ordinaria nuestra y en el prosaico mundo que habitamos. La rígida escuela bizantina presentarála en mosaicos rígidos y rudos, faltos de movimiento y expresión, parecidos á las momias egipcias y á las iluminaciones de antiguos misales monásticos; pero la presentará muchas veces, porque la Virgen María generó en la religión al Salvador, pero generó en la estética el arte cristiano por excelencia. Nada tan fácil como clasificar los cuadros consagrados al dolor y á la soledad virginales por los pinceles cristianos. Pero el asunto exige otro lugar y otro estudio. Aquí solamente podemos y debemos decir cómo han delineado esa figura de tristezas y penas los genios, que, á manera de ángeles, en sus alas multicolores, han sostenido esos cuadros religiosos ante los cuales á un tiempo se arroba nuestra piedad y se recrea nuestra fantasía. No obstante los caracteres varios de las escuelas y las facultades individualísimas de los diversos genios, el dolor sobrehumano, que siente una madre desolada, lo supera todo, y aparece de suyo en todas las figuras católicas por igual manera que aparecen las medallas hechas y vaciadas en solo un troquel. Aunque Ticiano haya querido lucir en la Virgen solitaria y dolorosa el esplendor de sus añiles y de sus púrpuras; aunque Murillo no haya osado negarle aquel éter riente donde nadan los ángeles y los bienaventurados producidos por su creador pincel; aunque la Dolorosa de Rembrandt tenga mucho de la vulgaridad en que caen todos sus maravillosos tipos, más bellos por el resplandor de su iluminación y por la transparencia de sus ideas y de sus pasiones que por la forma plástica y exterior, indudablemente así en las minuciosidades propias de las escuelas alemanas, cual en el regocijo propio de las escuelas neutras, en la naturalidad excesiva del arte flamenco y la corrección clásica del arte florentino, los rasgos permanentes del dolor quedan; se ve la tristeza maternal en el momento de morir los hijos, y se oyen aquellos sollozos, los más amargos despedidos indudablemente desde las tristezas humanas á las alturas celestiales. ¡Ah! evoco ahora yo en tropel mis recuerdos estéticos á este respecto; y no creo fácil una sabia elección, por lo inspirados que han sido todos los artistas cristianos en tamaño asunto. La Madre aquella del Giottino, que abraza el Hijo, á la hora de acostarlo en el Sepulcro; la María bellísima del Angélico, puesta de hinojos, con las manos plegadas, contemplando á Cristo desenclavado cuando José de Arimatea lo sostiene y Magdalena le besa las yertas plantas; el desmayo de Botticelli, donde María pierde por completo el sentido en brazos de San Juan, mientras las demás santas mujeres á una se arrojan por el suelo y los apóstoles lloran en coro; la Piettà de Miguel Ángel, perteneciente, como todos los arquetipos suyos, á las titánicas edades aquellas del Renacimiento regenerador, hermosa joven robusta, con su hijo desnudo y muerto sobre las rodillas, presentándolo con sus crispadas manos, por donde corren las chispas eléctricas del dolor, á los remordimientos universales, en actitud y gesto dignos del antiguo Jeremías, cuando hablaba de su Jerusalén viuda y llorosa; la Soledad misma de Rafael, quien ha pintado el dolor más amargo y las lágrimas indudablemente más ardorosas en rostro no afectado por la desesperación y sus tormentos; las varias figuras, así de Weiden como de Rubens como de Van-Dik, aunque representen las condiciones á veces opuestas y contradictorias de sus respectivas fantasías creadoras, y el diverso gusto de sus particulares tiempos, permanecerán ahí como la expresión de las penas y de los dolores resistidos por la mitad más tierna y más hermosa del humano linaje.



VENTANAL CIRCULAR DE LA MAGDALENA, EN ROUEN



ADORACION DE LA CRUZ, cuadro de Domingo Morelli



JESUCRISTO Y LOS PES



CADORES, cuadro de Ernesto Zimmermann



JESUCRISTO Y LA MUJER ADÚLTERA, cuadro de J. Echena, presentado en la Exposición Universal de Barcelona



LAS TRES CRUCES, facsímile de un agua fuerte de Rembrandt

En verdad ha tenido María su Pasión como Cristo. De todos los aspectos múltiples que toma este ideal femenino, el más permanente y más amado es la Madre dolorosa. Muchos gozos vienen á su corazón tras esta pena infinita; pero ninguno borra ya las copiosas lágrimas que han llovido sus ojos en las cumbres del Calvario, aumentando el mar sin riberas de los humanos dolores. Vendrá el día de Pascua, y á la par que rompen las avecillas el huevo y las flores el capullo cargándose los aires de armonías y esencias, Cristo resucitará para transfigurarse, no en el bajo Thabor de Galilea; en las eternas cumbres celestiales. Luego, María rodeada por todos los apóstoles, recibirá en el cenáculo aquella comunicación del Espíritu Santo, por medio de la que se comunicará el Verbo cristiano á todos los discípulos de Cristo, y comunicaránlo á su vez los discípulos cristianos á toda la tierra y entre todos los hombres, en la comunión santísima de la Iglesia universal; irá luego sobre mística barca, por las aguas azules del Mediterráneo, entre las islas griegas, donde cantaban todavía las hermosas místicas sirenas, y podrá en visión beatífica pronunciar entre gozos y arreboles y melodías el *Consummatum est*, que su Hijo pronunció entre los estertores de su horrible agonía, viendo la obra cristiana, en que los dioses mueren y acaban, entre las espumas y las perlas, donde se mecieran al nacer, arrullados por los cantares homéricos; y los ángeles, y los querubes asirios, transformados por las revelaciones semíticas, llegar desde los lejanos Tigris y Éufrates, después de haber bañado sus alas en el Jordán, á posarse atónitos sobre los bajos relieves helenos. Y no habrá para ella muerte. Llamaránle á su día último el Tránsito de la Virgen; los discípulos rodearán la cama donde se cierran para nuestro planeta sus ojos de carne; los ángeles bajarán á recogerla y á conducirla por lo infinito en sus espaldas; rosas místicas olerán por el camino, embalsamando todas las vías conducentes del tiempo á la eternidad; cuando pasa, preguntaránse los habitantes de todos los planetas cómo se llama y quién es aquella hermosura unida con tal bondad; recobrará la pristina luz el resplandor que tuvo al despedirla en los espacios la palabra creadora; reanimaránse, viéndola pasar en amor divino, todos los soles; el coro de los seres criados entonará letanías sin fin; erigiránse á su nombre catedrales que cuajen y cristalicen su culto; el Universo entero le servirá de peana, el cielo inmenso de solio, la Trinidad Santísima de corona; y sin embargo, la Madre dolorosa brillará más que todo eso en demostración de que lo permanente aquí, en esta contingencia y en estas limitaciones de nuestra humana especie, serán siempre la muerte y el dolor.

Emilio Castelar



JESUCRISTO MUERTO, cuadro de J. J. Henner

EL BOBO DEL PUEBLO

(Conclusión)

– A ver, á ver; enséñame esos pajaritos; quiero saber si están bastante gordos para la mesa de nuestro amo.

– Con mucho gusto lo haría; pero ya ve V. E. que si los sacamos del saco se nos volarán y quedaremos sin ellos.

– No es menester sacarlos; sólo con que entreabras el saco y yo pueda mirar dentro, hay bastante.

Esto justamente era lo que Baoro deseaba; así que, sin hacerse de rogar, presentó la bolsa abierta al león; éste metió la cabeza dentro para tragarse de un solo bocado todas las alondras, pero el engrudo y las plumas le cegaron y le taparon la respiración pegándosele por las fauces, los ojos y las narices. Sin perder momento Baoro tiró de los cordones de la bolsa, y cerró ésta sobre el cuello del animal, haciendo luego un fuerte nudo, en el cual trazó el signo de la cruz para que no se desatase nunca. Voló al bosquecillo, cogió la flor que sonreía, y escapó con toda la ligereza de su caballejo.

De este modo se alejó pronto de aquel sitio; pero pronto también, dió con otro más peligroso; el lago de los dragones. Era preciso atravesarlo á nado, y aun no había entrado en él, cuando de todas partes acudían veloces, con las bocas abiertas, para devorarle.

No era aquella ocasión de saludos; así que, Baoro prescindiendo de aquella fórmula de urbanidad, echó mano de su rosario, y sin perder ni un instante, comenzó á arrojar sus granos á los dragones, como se echa el maíz á las gallinas.

Aquellos monstruos se precipitaban con avidez sobre las benditas cuentas, pero en cuanto tragaban una de ellas, al momento giraban sobre su centro, se ponían verticales, luego se acostaban panza arriba en el agua y quedaban muertos. Baoro, aprovechando los momentos, llegó sano y salvo á la otra orilla.

Pero aun quedaba el rabo por desollar; aun era menester habérselas con el hombre negro de la bola de hierro, que después de dar en el blanco, volvía constantemente á la mano de su dueño. Baoro distinguió pronto á aquel terrible monstruo á la entrada del valle donde tenía su parada. Estaba encadenado por un pie á la roca y jugaba con su famosa bola; al rededor de su cabeza se abrían seis ojos que velaban alternativamente; pero en aquel momento los seis estaban abiertos. El bobo, comprendiendo que si el hombre negro le llegaba á ver estaba irremisiblemente perdido, porque la bola de hierro le habría matado aun antes de que le hubiese podido dirigir la palabra, se deslizó por detrás de un seto, ocultándose y sin atreverse á respirar.

Así llegó hasta muy cerca del monstruo. Este se sentaba en aquel mismo instante, y dos de sus ojos acababan de cerrarse para descansar un rato. Baoro supuso que el hombre negro tenía sueño, y conociendo por experiencia propia cuánto le favorecen ciertos sonsonetes, se puso á entonar en voz baja la música de la misa mayor. El monstruo quedó sorprendido, al pronto, é irguió la cabeza; pero cediendo, al fin, al efecto narcotizador del canto llano, cerró el tercer ojo. Baoro que observó este progreso, emprendió el *Kirie eleison* en el tono displicente y aburrido de un beneficiado que lucha penosamente con las exigencias de una indigestión insuficientemente sesteada. El ojo número cuatro y la mitad del quinto cedieron al influjo de aquella especie de magnetismo animal. Baoro empezó unas *vísperas*, pero antes de llegar al *magnificat* el hombre negro se había quedado completamente dormido.

Entonces nuestro joven cogió al potro por la cuerda, y haciéndole marchar sobre los puntos en que el césped era más espeso para apagar así bien el ruido de sus pisadas, pasó por junto al terrible guardián sin despertarle, y penetró en el *valle de los placeres*.

Era aquel el pasaje más peligroso de su aventura, pues ya no se trataba de conjurar ó esquivar un daño, sino de resistir una tentación. Baoro invocó mentalmente y llamó en su auxilio á todos los santos y santas de la corte celestial, y penetró denodadamente en el valle.

Era este semejante á un jardín cubierto todo él de las más hermosas flores, los frutos más exquisitos y las fuentes más deliciosas; pero éstas eran de leche y miel, las flores cantaban con voces tan dulces como las de los ángeles del Paraíso, y los frutos se ofrecían espontáneamente al viajero. A cada revuelta del camino Baoro veía mesas magníficamente cubiertas, como para obsequiar á los reyes más poderosos de la tierra. El incitante olor de los manjares le despertaba la gula y le hacía volver la boca agua. Criados lujosamente vestidos, con la servilleta en el brazo, le saludaban al pasar, y parecían aguardar sus órdenes. Un poco más lejos, mujeres soberanamente hermosas, acabadas de salir del baño, danzaban sobre el césped, y llamándole por su propio nombre, le invitaban con mil graciosos y seductores ademanes á presidir el baile.

El pobre Baoro todo se volvía oraciones mentales y señales de la cruz, con el objeto de desvanecer tantas tentaciones, pero en vano. El humito de las viandas se hacía cada vez más incitante, y cada nuevo grupo de bailarinas le parecía más hermoso. Quizás iba á sucumbir por fin á tantos atractivos cuando de repente el recuerdo de la fuente de oro y la lanza de diamante, cruzando por su mente, le dió nuevas fuerzas para resistir.

Echó mano, entonces, de sus recursos preparados, y silbando en el pito de madera, consiguió no oir los cantos; el pan con el tocino rancio, con su fuerte y nauseabundo olor, y su sabor desagradable, le impidió percibir el olor incitante de los manjares, y hasta le quitó el apetito; y por fin, para no pecar por la vista, concentró todas sus miradas en las peludas orejas de la cabalgadura, sin levantar los ojos ni un solo momento.

De este modo consiguió atravesar el jardín sin ningún contratiempo y llegar por fin á la vista del castillo de Condor. Aun le separaba de él aquel temible río que no tenía más que un vado; pero afortunadamente, el potro negro le conocía bien, y se metió resueltamente en el agua por el punto debido.

Baoro miró entonces á todos lados, buscando con la vista á la dama que, según lo que había oído al caballero en la puerta de la quinta, debería conducirle al castillo, y con efecto, la distinguió melancólicamente sentada sobre una roca; tenía la tez oscura como la de una mora, y vestía un traje negro como de luto.

El bobo se quitó por tercera vez su copete de sombrero, y preguntó galantemente á la dama si quería pasar á la otra orilla.

– Justamente te estaba esperando con este objeto; acércate y montaré á la grupa.

Hiciéronlo así Baoro y la dama y comenzaron á pasar el vado. Hacia la mitad, poco más ó menos de él, dijo la desconocida:

– ¿Tú sabes quién soy yo, pobre bobo?

– No señora; no lo sé; pero bien se conoce por vuestro traje de sarga, que debéis ser persona de suposición, noble y poderosa.

– No vas descaminado, muchacho. Noble soy, puesto que mi origen data del pecado original, y en cuanto á poderosa, no cabe dudarlo, pues no hay ninguna nación que no se humille á mi paso.

– ¿Y cuál es vuestro nombre, augusta dama?

– Yo me llamo la Peste, para lo que gustes mandar.

Baoro dió un salto sobre su caballo y quiso arrojarse al río; pero la Peste, que le tenía pasado un brazo por la cintura, se lo impidió y dijo:

– No temas nada, bobito; yo no te he de hacer ningún daño, y puedo, por el contrario, serte de mucha utilidad.

– ¡Ah, señora! ¿seréis tan bondadosa? – exclamó Baoro quitándose su montera para no volvérsela á poner ya.

– Sí; yo haré que salga bien tu empresa.

– Es verdad, y ahora recuerdo que sois vos, mi señora doña Peste, la que me habéis de mostrar el modo de deshacerme de Cariganus.

– ¡Es necesario que el mágico perezca! – dijo la dama.

– Eso quisiera yo, – replicó Baoro; – pero está el mal en que, según mis noticias, ese caballero es inmortal.

– Oyeme con atención, y procura comprender bien lo que te voy á decir, – repuso la Peste – El manzano que tú has visto guardado por un enano, es nada menos que un injerto del árbol del bien y del mal que Dios mismo plantó en el Paraíso terrenal. Su fruto, así como el que comieron Adán y Eva, tiene la virtud de quitar la inmortalidad. Procura que Cariganus coma la manzana que has cogido, y bastará entonces que yo le toque, para que muera en seguida.

– Ya lo procuraré; pero si lo consigo, ¿qué deberé hacer para encontrar la fuente y la lanza que se hallan en un sub terráneo que ninguna llave forjada puede abrir?

– La flor que sonríe, abre todas las puertas é ilumina todas las tinieblas.

Al pronunciar estas palabras llegaron á la otra orilla, y Baoro se dirigió directamente al castillo.

A la entrada había un gran sombrajo semejante al palio que sacan en la procesión del Corpus. El gigante se hallaba sentado debajo de él, resguardado de los rayos del sol; con las piernas cruzadas una sobre otra, como un propietario que ha entrado ya sus cosechas, y fumando con la satisfacción del armador que contempla su buque en el puerto, en un enorme cuerno de oro virgen, lo menos libra y media de tabaco.

Al ver llegar á Baoro y á la dama montados en su potro negro lanzó un rugido que retumbó como el trueno y exclamó:

– ¡Voto va á mil diablos del infierno! ¡Ese es mi potro de trece meses! ¿Cómo diablos le monta ese mastuerzo?

– Es cierto, magnánimo señor, el más alto y poderoso de todos los mágicos habidos y por haber, – contestó humildemente Baoro.

– ¿Cómo has podido hacerte con él, pedazo de alcornoque?

– Repitiendo el conjuro que vuestro hermano me enseñó, al llegar al sendero del bosque:

Acude al conjuro que aquí ya te espero,
Potrito bonito, potrito ligero.

Y el potro acudió al momento.

– ¿Pues qué, conoces á mi hermano?

– Ya lo creo, como que es mi amo.

– ¿Y á qué te ha enviado?

– A ofreceros los dos presentes más raros que hay en el mundo, y que él acaba de recibir de tierra de moros, á saber: la manzana de la alegría, que es esta, y la mujer sumisa, que es esta otra. Si coméis la primera, tendréis siempre el corazón tan contento, como el de un pobre hombre que acaba de encontrar una bolsa de cien escudos en su capacho; y si tomáis la segunda á vuestro servicio, ya no tendréis nada que desear en este mundo.

– En tal caso dame la poma y que se baje la moza, – respondió Cariganus.



LA PAZ, cuadro de Gabriel Max

El bobo hizo lo que se le mandaba, y el mágico en cuanto cogió la fruta, la hincó el diente con avidez; pero en seguida la mujer negra le tocó en la cabeza, y el gigante cayó con estrépito, como un buey herido por la maza.

Entonces Baoro se metió en el palacio, llevando en la mano la flor que sonríe. Atravesó más de cincuenta salones, y llegó por fin al subterráneo, cuya puerta era de plata. Esta se abrió por sí misma al influjo de la rosa mágica, y con la luz que ésta despedía, pudo distinguir la fuente de oro y la lanza de diamante.

Pero no hizo más que coger ambos objetos, cuando se dejó sentir un terrible temblor de tierra, oyóse un estrépito espantoso, el palacio se desvaneció, y Baoro se encontró en medio del bosque, pertrechado con los dos talismanes, con los cuales tomó rumbo hacia la corte del rey.

Al pasar por la ciudad, compró un hermoso traje de terciopelo y oro, y un magnífico caballo, el mejor en cien leguas á la redonda.

De esta suerte equipado, marchó á la capital del reino, sitiada entonces por numeroso ejército enemigo. Este había asolado el país, talando los campos, destruyendo las viviendas y llevándolo todo á sangre y á fuego. El hambre se hacía sentir en el recinto sitiado, y los soldados que no morían de resultas de las heridas, morían de necesidad.

Precisamente á la llegada de Baoro, el rey había mandado hacer un pregón, ofreciendo nombrar heredero de su reino al que descubriese el modo de hacer levantar aquel sitio y cesar tantas calamidades.

Al oir el bobo aquel bando, llamó al soldado que le hacía y le dijo:

– ¡Eh! ¡bravo mozo! ven acá: cesa de hacer pregón; no dés más voces, que ya has encontrado lo que buscas. Ve y dile á nuestro rey y señor, que aquí estoy yo, que me siento capaz de hacer lo que él desea.

El veterano, al contemplar la apariencia juvenil y hasta raquítica del imberbe, exclamó con desdeñoso acento: – ¡Quita allá, rapaz! Tú ¿qué has de hacer?

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando el bobo rozó con su lanza de diamante el coleto del soldado y éste cayó redondo, como herido por el rayo.

La multitud que esto presenciaba, quiso huir espantada, pero Baoro, alzándose sobre los estribos, procuró dominar el tumulto, clamando con toda la fuerza de sus pulmones:

– ¡Eh! buenas gentes, no os asustéis: esperad, y ya que habéis visto lo que hago con mis enemigos, quiero que veáis lo que puedo hacer con mis amigos.

Y así diciendo, acercó la fuente de oro á los labios del muerto, que instantáneamente recobró la vida. La admiración que este hecho prodigioso causó entre todos los presentes, se extendió al momento por todo el ámbito de la plaza, y llegó á oídos del rey, el cual, inmediatamente, llamó al *Caballero del milagro* que así desde entonces fué llamado Baoro dándole el mando de las pocas fuerzas que le quedaban.

Nuestro héroe, sin descansar siquiera, dispuso una salida, en la cual causó con su maravillosa lanza estragos increíbles en el campo enemigo.

En vano los sitiadores hacían esfuerzos de valor inauditos; cuantos eran tocados por la lanza de Baoro, todos caían muertos, y en cambio los muertos y los heridos de su ejército, al punto resucitaban y sanaban por la virtud misteriosa de la fuente mágica.

El Caballero del milagro y sus soldados no necesitaban reposo ni alimento, porque la fuente de oro los conservaba siempre á todos frescos, racionados y dispuestos para el combate; y en cambio, los sitiadores sucumbían al cansancio y la fatiga, en aquella gloriosa y memorable jornada, que sólo dió fin cuando quedó exterminado todo el numeroso y brillante ejército invasor. El botín que se recogió fué grande, así en dinero y en efectos de valor, como en armas, bagajes y municiones de boca; y con Baoro volvieron al recinto de la ciudad sitiada, la alegría, la abundancia, la gloria y la libertad.

El rey, agradecido, le recibió en sus brazos, y quiso cumplir la palabra de nombrarle su sucesor; pero el Caballero del milagro le contestó que todavía quedaban enemigos que combatir y tierras que conquistar; y después de haberse entregado por algunos días á las expansiones de la victoria, partió seguido de aquel mismo pequeño ejército que había hecho, bajo sus órdenes, invencible, sometió todos los reinos vecinos que eran rivales del nuestro, y pasando luego al Africa, tomó á los sarracenos gran número de villas y ciudades, hizo prisioneros muchos reyes berberiscos, mató más moros que el mismísimo San Jaime, convirtió más infieles que todos los misioneros juntos, y después de haber conseguido el bautismo del emperador de Marruecos se casó con su hija, la princesa más hermosa de la tierra, y de ella tuvo cien hijos, á cada uno de los cuales dió un reino.

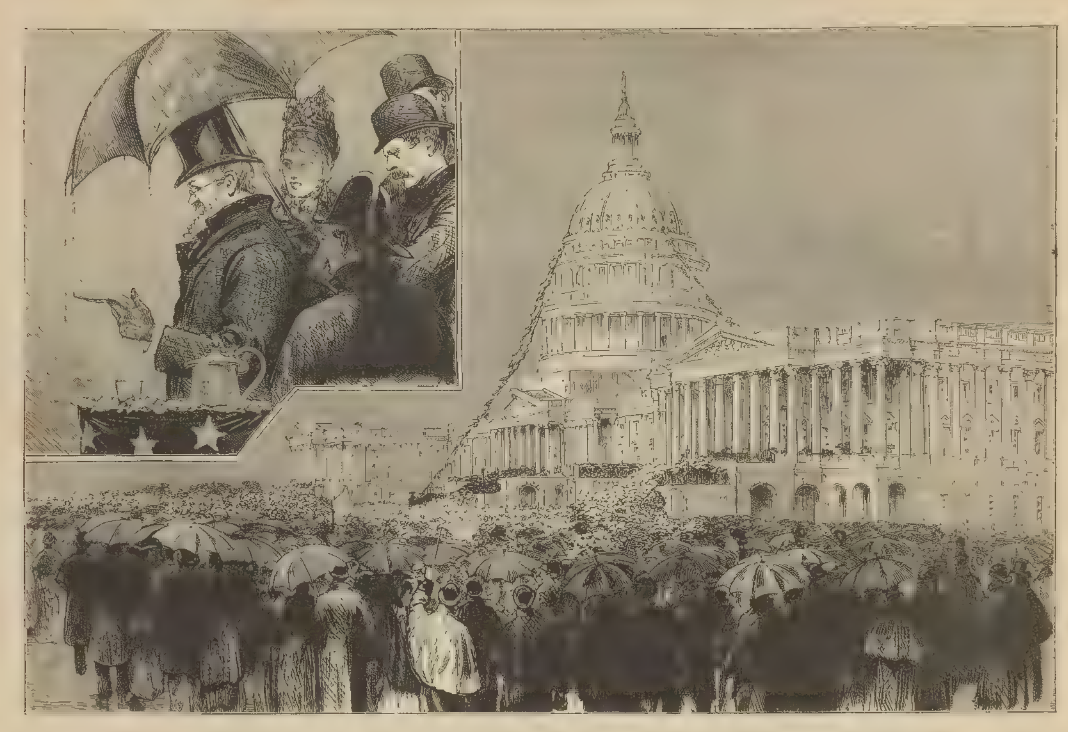
Hay quien dice que Baoro y su mujer, y sus hijos y descendientes, todavía viven, merced á la milagrosa fuente de oro; pero otros aseguran que el viejo brujo hermano de Cariganus pudo por sus artes maléficas volverse á apoderar de la fuente y de la lanza, y que si alguien quiere poseerlas, no tiene más que ir á buscarlas.

CARLOS QUEVEDO

NOTICIAS VARIAS

LAS RAZAS NEGRAS EN AFRICA. – En un discurso leído por M. Verrier en la *Sociedad de Etnografía* de París

LA TOMA DE POSESION DEL NUEVO PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS



EL PRESIDENTE HARRISON LEVENDO EL MENSAJE. – ESCENA DELANTE DEL CAPITOLIO

se hace constar que hay veintiocho razas negras distribuídas en toda la superficie del continente africano.

Estas razas tienen caracteres particulares que las distinguen entre sí lo bastante para justificar su clasificación; pero también poseen caracteres comunes, generales, que interesa conozcan cuantos de las cosas de África se ocupan: por ejemplo, la dolicocefalia y la elevada estatura, excepto por lo que respecta á los negrillos que son braquicéfalos, y cuya estatura, según M. Hamy, no pasa de $1^m,35$ á $1^m,40$.

Casi todos los negros son platirrinos; tienen los dientes oblicuos, muy blancos, y sus huesos parece contener mayor proporción de fosfato de cal, de donde resulta que entre aquellos apenas se conozca el raquitismo y la osteomalacia. Por último, la proporción de los miembros y la conformación de la pelvis difieren también de las de los europeos.

La coloración de la piel varía entre el negro de ébano y el amarillo mate, consistiendo la decoloración de la piel que se nota en los negros en Europa, en un estado enfermizo del individuo. Así también si el negrillo nace blanco, no tarda en colorarse oscuramente su piel por la influencia del oxígeno del aire, que le comunica vida y salud. En todas estas razas los cabellos son negros y crespos. Sus músculos presentan diferencias notables con los de las razas blancas. Los fisiólogos han atribuído á la insuficiencia de la estilogiosis la dificultad que tienen los negros para pronunciar la *r*.

La sangre de los negros es más espesa que la de los blancos; la lanceta no la hace brotar y se coagula más pronto; así es que el negro soporta perfectamente las pérdidas de sangre, lo mismo que ciertos medicamentos que, como el mercurio, ejercen una influencia diluyente en el líquido sanguíneo.

Una circunstancia que caracteriza á las razas negras, lo propio que á las amarillas, es la insensibilidad periférica, de donde resulta la falta de ideación; pero M. Verrier cree que en esto hay una carencia de educación del sentido del tacto que se podría perfeccionar mediante el ejercicio desarrollando por consiguiente las facultades cerebrales del negro. A causa de esta insensibilidad, el negro carece de acción refleja; así es que, soportando dosis considerables de alcohol, es casi refractario al alcoholismo. En cambio, tiene gran propensión á la supuración, al paso que las serosidades presentan sus llagas que se curan muy pronto. Las cicatrices del negro son salientes y por lo mismo indelebles; propiedad que aprovechan las tribus para hacerse cicatrices étnicas que sirven para distinguir en los combates los guerreros de unas y otras. En fin, el rayo los respeta más que á los blancos, particularidad que merece ser estudiada; verdad es que también la poseen los animales de piel negra y aun ciertos vegetales oscuros.

Por lo que hace á su industria, en verano se construyen chozas y se dedican á las faenas agrícolas; en la estación de las lluvias esculpen con malos cuchillos sus ídolos ó fetiches en madera, ó bien en marfil que ablandan metiéndolo en agua y trazando en él con sus instrumentos tan imperfectos diferentes escenas de la vida doméstica africana. De estas aptitudes artísticas infiere M. Verrier que, enseñándoles el arte del dibujo, sería fácil hacer de estos negros excelentes obreros.

El citado conferenciante terminó su discurso haciendo algunas consideraciones filosóficas sobre las razas negras y sobre la utilidad que se recabaría de establecer caminos y ferrocarriles para facilitar la colonización y conseguir poco á poco la abolición de la esclavitud que, por los actos de crueldad que se cometen en el Africa central, aniquilará muy pronto aquellos desdichados pueblos.

Conviene pues que los europeos vayan á colonizar allí, pues á alguna distancia de las tierras bajas que bordean el Océano, el clima es relativamente sano.

RECREACIONES CIENTÍFICAS

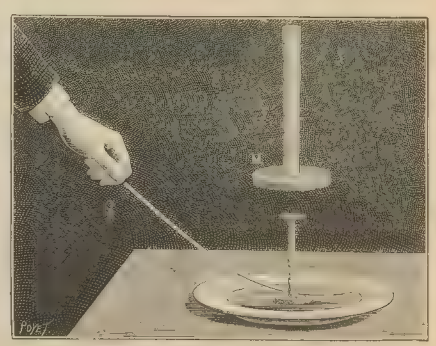
El juego del *bobechón*. – Tómese una tira de paño ó de franela y arróllese de modo que forme un cilindro de 8 centímetros de alto por 1 de diámetro cuidando de coser el borde para que conserve su forma; en un trozo de muletón grueso recórtese un círculo de 4 centímetros de diámetro y cósase en el centro del mismo la base del cilindro de modo que el eje de éste sea perpendicular á aquél.

Colóquese este aparato llamado *bobechón* en el centro de un plato llano y póngase una moneda de 5 céntimos en lo alto del cilindro y procúrese por medio de una delgada varita de junco ó del extremo de una caña de pescar sacar del plato el *bobechón* y la moneda, siendo indiferente que ésta se mantenga en su sitio ó que caiga con tal de que caiga fuera del plato y en virtud del mismo impulso que haga salir de éste al aparato. Parece este un experimento de facilísima ejecución y sin embargo requiere, para que salga bien, un tino especial y un aprendizaje más ó menos largo: en efecto, si con la varita se hace deslizar suavemente el aparato desde el centro al borde del plato y al llegar á éste se le empuja con fuerza, el cilindro saltará fuera pero la moneda, por virtud de las leyes de la inercia, caerá dentro; si, por el contrario, con la varita se inclina el cilindro hacia el exterior, la moneda caerá fuera pero la extremidad flexible del junco la seguirá, á consecuencia del esfuerzo hecho, y el *bobechón* después de tambalearse un rato se quedará en el borde del plato.

Sólo de un modo puede hacerse el experimento y es el siguiente: estírese la mano de manera que el extremo de la varita llegue al borde opuesto del plato, hágase fuerza sobre este extremo de modo que el vértice del arco así formado ajuste perfectamente con el ángulo de unión del cilindro con el disco y por medio de un movimiento lento de la muñeca llévese el aparato al borde del plato; llegado el momento crítico continúese este movimiento de traslación lateral pero empujando al propio tiempo la varita hacia adelante y estirando de repente el brazo, con lo cual se inclinará el cilindro hacia el exterior del plato sin que la varita deje de hacer presión sobre el disco, y cuando la moneda se proyecte verticalmente fuera del plato dese un pequeño golpe seco al aparato con lo que éste saltará fuera y la moneda caerá cerca del borde del plato pero en la parte exterior.

De este aparato sencillísimo se valen algunos caballeros de industria para estafar á los cándidos que en las ferias se dejan engañar atraídos por el cebo de una ganancia en apariencia sumamente fácil.

(De *La Nature*)



El juego del *bobechón* – Núm. 1. *F.* Franela arrollada; *M.* Muletón grueso. – Núm. 2. Vista de conjunto del juego en escala más pequeña

Barcelona. – Imp. de Montaner y Simón



AÑO VIII ↔ BARCELONA 22 DE ABRIL DE 1889 ↔ NÚM. 382

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

PIERRETTE, cuadro de R. de MADRAZO

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

PIERRETTE, cuadro de R. de Madrazo

Nuestro distinguido compatriota, que no contento con ocupar un lugar preeminente entre los artistas españoles, ha sabido hacérselo, y muy principal, entre los extranjeros, especialmente en París, donde reside largas temporadas, ha hecho un estudio particular de los tipos y costumbres parisienses, de los que en más de una ocasión hemos incluído reproducciones en nuestro periódico. La *Pierrette* que hoy insertamos no puede negar su origen *boulevardier;* es el prototipo de la parisiense *demi-mondaine* trasladado al lienzo por el señor Madrazo con esa naturalidad, ese acierto en el dibujo y esa exactitud que campea en todas sus obras y que le han valido justo renombre en aquella capital, donde se consagran todas las reputaciones.

LOS HERMANOS JACOBO LUIS Y GUILLERMO CARLOS GRIMM

Monumento que la ciudad de Hanau dedica á estos célebres literatos

Pocos son en España los que conocen á los hermanos Grimm por otras obras que por las colecciones de preciosos cuentos que sirven de entretenimiento útil y agradable á los niños y también á más de un adulto; y sin embargo más, mucho más que á esas interesantes narraciones infantiles deben aquellos la merecida fama de que en Alemania, su patria, gozan á trabajos de excepcional importancia científica que les han valido el dictado de fundadores de la etimología y arqueología alemanas.

Jacobo Luis Grimm nació en Hanau en 1785, ejerció funciones diplomáticas en 1814 y 1815, fué profesor en Goettinga y en la Academia de Ciencias de Berlín y socio extranjero del Instituto de Francia y publicó una obra sobre la *Poesía de los Maestros cantores*, una *Gramática alemana*, las *Antiguedades del derecho alemán*, la *Mitología alemana*, la *Historia de la lengua alemana*, é infinidad de ediciones de obras de la Edad media, habiendo con todo ello conseguido un puesto eminente entre los eruditos alemanes. Falleció en 1863.

Su hermano Guillermo Carlos nació en Hanau en 1786, fué bibliotecario en Cassel y catedrático sustituto en la Universidad de Goettinga y pasó los últimos años de su vida en Berlín en donde murió en 1859. A él se deben ediciones del *Conde Rudolfo*, del *Poema de Hildebrando*, del *Canto de Rolando*, del *Jardín de las Rosas*, de *La Verónica*, los *Antiguos diálogos alemanes* y las *Conversaciones sobre asuntos* (alemanes) *de la Edad media.*

Los dos hermanos juntos publicaron un *Diccionario alemán*, los *Cuentos de la infancia*, los *Cuentos del hogar*, las *Selvas de la antigua Germania*, las *Tradiciones alemanas*, etc.

La ciudad de Hanau se dispone á erigir en su memoria un monumento que en otro lugar de este mismo número reproducimos, proyectado por M. Wiese.

CUIDADOS MATERNALES, cuadro de F. Wagner

Cuando un artista presenta en sus lienzos, con la fidelidad de Wagner, una escena tan sencilla y simpática como la de este cuadro, prueba que la ha reproducido exactamente del original y que no es ajeno á los sentimientos que predominan en las personas retratadas; sentimientos que han guiado su pincel hasta el punto de expresar por gráfica manera el cuidadoso cariño de una madre y el ambiente de felicidad y satisfacción de que dicha escena está impregnada. Todo en este lienzo respira ternura y bienestar, y aun cuando el artista hubiera prescindido de los prolijos detalles que acompañan armoniosamente á las dos figuras, bastarían éstas para que se contemplara su obra con el agrado con que indudablemente la contemplarán nuestros lectores, y sobre todo, nuestras lectoras.

UN VALENTON RIFEÑO, dibujo de A. Fabrés

El autor de este hermoso dibujo no tenía necesidad de haberlo firmado, pues desde luego se adivina en todo él la experta mano que lo ha trazado. En el tipo del rudo marroquí que hoy nos cabe la satisfacción de insertar, se destacan como en los anteriores las envidiables condiciones de dibujante de Fabrés, que sabe convertir su lápiz en cámara fotográfica para reproducir sus figuras y darles vida, con más fidelidad si cabe que el mejor objetivo. Examinen nuestros lectores, siquiera rápidamente, su *Valentón rifeño*, y convendrán seguramente con nuestras apreciaciones.

ANTIGUOS RETRATOS GRIEGOS

El arte antiguo se nos presenta actualmente bajo un aspecto completamente distinto del que ofrecía hace algunas décadas gracias á los portentosos descubrimientos modernos, que arrojando nueva luz sobre el proceso evolutivo del mismo ha venido á abrir nuevos horizontes á la investigación y ha demostrado que eran vanas insensateces los que algún día fueron reputados infalibles dogmas: los secretos que en esta esfera encerraban desde hace 2000 años los sepulcros egipcios han sido recientemente descubiertos, dándonos á conocer el arte griego bajo una nueva fase, la de los retratos, y excitando nuestra admiración con los preciosos ejemplares que han podido conservarse al través de tantos siglos.

Era desde muy antiguo costumbre en Egipto reproducir en los sarcófagos la imagen del difunto, bien en relieve, bien en forma más ó menos esquemática; más tarde, empero, adoptóse otro procedimiento, cual fué el de pintar el retrato en la mortaja con que se envolvía á la momia ó en una delgada plancha de madera que se ataba sobre el rostro del cadáver. Hasta ahora pocos ejemplares se conocían de estas pinturas y aun los que se habían descubierto carecían de valor artístico, pero en el otoño de 1887 las excavaciones practicadas en Rabaijat (provincia de Faijún) y poco después en Hawara permitieron coleccionar un gran número de estos importantes retratos. Los procedentes de las excavaciones de Hawara realizadas por el ingeniero inglés Flinders Petrie fueron en su mayor parte llevados á Inglaterra; los hallados en Rubaijat, muy superiores á aquéllos desde el punto de vista artístico, pasaron á manos del conocido comerciante de Viena, Teodoro Graf, que en distintas exposiciones en Munich y en Berlín púsolos á la disposición de los eruditos y de los hombres de ciencia.

Con todo y haber sido encontrados en Egipto, conócese á simple vista que los tales retratos no son obra de egipcios artífices sino que pertenecen á aquel período de la civilización helénica que se inició en la patria de los Faraones con la fundación de Alejandría haciendo al poco tiempo de ésta el emporio del comercio, de las artes y de la ciencia, desde el cual la cultura griega extendió su influjo por todos los ámbitos del imperio. De aquí que estos retratos, además de su valor artístico, tengan gran importancia desde el punto de vista de la historia de la civilización, pues gracias á ellos ahondamos en el modo de ser de aquellos remotos tiempos, contemplamos el abigarrado cuadro que en su parte externa aquel mundo presentaba, penetramos en el círculo de ideas y de sentimientos en que éste se movía y sentimos casi el soplo del nuevo espíritu que empezaba á la sazón á quebrantar aquella sociedad caduca. Estos retratos demuestran que la vida individual se abría paso al través del socialismo imperante, que el individuo no desaparecía ya dentro de la comunidad, sino que convencido de su propio valer aspiraba á una existencia propia con voluntad y poder propios, y tan fiel y marcadamente reproducen la nacionalidad, el origen, la clase y el modo de ser de los que les sirvieron de originales, de tal manera se esfuerza en ellos el artista antiguo por conseguir el mismo objetivo perseguido por el pintor moderno, que ninguna diferencia esencial existe entre aquellas pinturas y las análogas de nuestros días y que al contemplarlos cree uno ver en ellos reproducidos personajes á quienes conoce y cuyo modo de ser adivina en los rasgos fisonómicos que hábiles pinceles trasladaron al lienzo ó á la madera.

Que los retratos encontrados en Rubaijat son producto del arte helénico es indudable; lo que no es tan fácil determinar exactamente son el tiempo y el lugar en que fueron pintados. Pero teniendo en cuenta: 1.º el sitio en que se encontraron, 2.º el gran número de personajes que por la apariencia pertenecían á las más elevadas clases sociales, poco numerosas en una capital de provincia como la en que fueron descubiertas estas pinturas, 3.º la costumbre de los egipcios de enterrar á los cadáveres en lugares especialmente preferidos para los sepelios aunque estuvieran distantes del punto de residencia, 4.º el número insignificante de ancianos y el extraordinario de jóvenes y niños que representan estos retratos, lo cual indica que fueron hechos éstos en vida de aquéllos y no por los pintores más inmediatos sino por artistas de nombradía, 5.º la variedad de tipos que reproducen y entre los cuales predominan el griego y el semítico, y 6.º la ausencia de todo distintivo que acuse la influencia del cristianismo; teniendo en cuenta, decimos, todo esto, casi puede asegurarse que tales retratos fueron pintados en Alejandría en el período que media entre el año 250 antes de J. C. y el 350 de la era cristiana.

Aun cuando para esclarecer la verdad de este punto se necesitan todavía muchas investigaciones, los retratos que posee Graf permiten de todos modos formular una conclusión importantísima acerca de la antigua pintura sobre madera y especialmente acerca de la tan debatida cuestión del procedimiento encáustico que hoy emplean muchos de nuestros pintores y que permite dar á los colores una viveza igual á la de la pintura al óleo. Gracias á las minuciosas observaciones á que Donner de Richter sometió aquellos retratos, podemos seguir paso á paso el trabajo realizado por el artista en aquellos remotos tiempos, y que consistía en cocer varias veces en agua salada la cera ablandada con varios ingredientes y mezclada con sustancias colorantes, en esparcirla por la madera sobre la cual había previamente trazado los perfiles del retrato, en separar con el *cestro* las materias superfluas, en perfeccionar las líneas y los tonos con el pincel ó el dedo pulgar y en dar finalmente brillo y barniz al cuadro por medio de la calefacción y de la difusión. También se desprende de aquellas observaciones la existencia de otros dos procedimientos, el de preparar los colores con yema de huevo y leche de higuera y aplicarlos á la plancha de madera cubierta de una capa de creta, y el procedimiento mixto por el cual el encausto aparecía con tonos más suaves y más parecidos á los de la pintura al fresco.

La contemplación de estos retratos nos demuestra asimismo la importancia que, por lo menos en los últimos tiempos del arte griego, concedió la pintura á la reproducción del individuo aislado, y nos permite apreciar por la manera distinta con que en cada uno de ellos están expresados los sentimientos humanos, la variedad de individualidades artísticas, modelo de distinción las unas, magistralmente naturalistas las otras, recordando éstas la corrección de la escuela florentina y trayendo á la memoria aquéllas la rudeza y el vigor propios de los grandes pintores flamencos.

Difícil es señalar entre los cien retratos que constituyen la colección de Graf cuáles sean los mejores, pero indudablemente los tres que reproducimos son los que dan una idea más aproximada de lo que en aquélla puede buscarse y encontrarse. El que lleva el número ocho, cuya cabeza es digna del pincel de un Alma-Tadema, es sin duda alguna el más interesante así por la corrección con que está concebido como por los detalles de ejecución del traje; el número 28 puede ser considerado como el más lleno de carácter, de naturalidad y de vida, y el número 63 es sin disputa el más bello y el que más cautivó á cuantos vieron la colección de Graf.

Por ellos podrán juzgar nuestros lectores de la importancia que la galería de retratos descubierta en Rubaijat tiene para la historia del arte, para la de la civilización y para la arqueología, que en la variedad y riqueza de los trajes y adornos en ellos reproducidos halla abundante manantial de investigaciones y descubrimientos á cual más curiosos é interesantes.

PUENTE COLGANTE DEL NIÁGARA

destruído por el huracán de 9 de enero del presente año *(de una fotografía)*

El grandioso puente que á poca distancia de la gran catarata construyeron los norte-americanos en 1866 sobre el Niágara y que ponía en comunicación la orilla canadense con la del Estado de Nueva York, ha sido destruído á principios de este año por el terrible huracán que tantos destrozos causó en Pittsburgo, Reading, Brooklin y otras ciudades y que asoló comarcas enteras en los Estados de Ohío, Pensilvania, Nueva Jersey y el ya citado de Nueva York. Supónese que azotados por el vendaval empezaron á romperse algunos cables y que á consecuencia de esta pérdida de resistencia las oscilaciones del puente adquirieron tal fuerza que acabaron por romper todas las cuerdas de suspensión viniéndose abajo toda la fábrica.

Las dos vistas que reproducimos (antes y después del desastre) permiten formarse idea exacta de la magnitud de la catástrofe.

No hace muchos años algunos ingenieros, especialmente alemanes, iniciaron una cruzada contra estas ligeras construcciones americanas que si tienen muchas ventajas ofrecen en cambio graves inconvenientes por lo que á su solidez y resistencia se refiere. Recientemente se ha acentuado la campaña contra los puentes colgantes y es muy posible que el siniestro de que nos ocupamos dé lugar á discusiones científicas que quizás resuelvan esa cuestión de tanta trascendencia.

EL TUPÉ DEL SEÑOR LUCAS

Ni el tupé sobre que vamos á discurrir es el mechón de pelo levantado sobre la frente, que fué de moda allá por los tiempos de Fernando VII, ni el señoı Lucas es ningún cirujano de lugar ó maestro de primeras letras, de frente engalanada con ese corimbo; es moral y metafórico el tupé del señor Lucas, y este señor es un escritor francés de arqueología y arquitectura, á quien desde hace un par de días tenemos el gusto de conocer, no personalmente, sino por una de sus lucubraciones.

Pasando el sábado último junto al puesto de un vendedor de libros ambulante, reparé por casualidad en un folleto que llevaba este para mí atractivo título: *Notes archéologiques pour servir à l'histoire de l'architecture en Espagne, par M. Ch. Lucas.* Siendo la historia del arte y la arqueología mi comidilla, figúrese el lector qué curiosidad no despertaría en mí un libro que tan inopinadamente me salía al encuentro con datos sobre la historia de la arquitectura española, y de autor á quien no había oído nombrar en mi vida como consagrado á semejantes estudios. Un famoso Charles Lucas, á quien había tenido yo el honor de conocer y tratar en París siendo estudiante, en los felices tiempos del rey Luis Felipe, por los años 1837 y 1838, no podía ser el autor de este opusculillo de pocos pliegos sobre arquitectura española; nunca me había manifestado afición á los estudios artísticos, ni el menor deseo de venir á estudiar la arquitectura de España, el sabio *Inspector general de prisiones* de Francia, autor laureado de un admirable tratado sobre el derecho penal considerado como defensa social, y de una teoría sobre las prisiones que alcanzó inmensa popularidad en toda la Europa científica.

Me era simpático, pues, el nombre de Charles Lucas, y supuse instintivamente que el folleto que acababa de sacar de aquel montón de libros, viejos y nuevos, mugrientos y flamantes, empolvados todos, había de proporcionarme algunas noticias aprovechables. – ¡Amarga decepción la que me esperaba! – Pero bien valía el real que dí al ambulante librero, el chistoso contenido del impreso.

Constituye lo principal del trabajo de este señor Lucas una traducción de cierto dictamen pericial sobre la prosecución de las obras de la Catedral de Gerona, que en 1416 estaba dirigiendo su maestro mayor Guillermo Boffy: dictamen que publicó Cean Bermúdez entre los varios documentos que enriquecen el tomo I de las *Noticias de los arquitectos y arquitectura de España* de don Eugenio Llaguno. – Prescindamos, como de cosa que naturalmente debe presuponerse en todo escritor francés de poco fuste, de la ambiciosa aspiración que el señor Lucas descubre, al declarar en su dedicatoria que este es uno de los elementos de su aparato para escribir una *Historia de la civilización en España.* Mucha mansedumbre evangélica se necesita en verdad para tolerar estos ampulosos programas: veamos sin embargo si á lo vasto y comprensivo de la traza responde el desempeño de esta diminuta partícula del edificio que el autor se propone levantar, por creer sin duda el solar escombrado y desierto.

Y desde luego debemos declarar que no nos causó poca extrañeza su *advertencia al lector*, en que le comunica la peregrina noticia de haber *descubierto* en esta pobre tierra de aquende el Pirineo, una obra como la de Llaguno, en que se consignan *hasta las fechas* y *los nombres* de los arquitectos: lo cual quiere decir que el señor Lucas se imaginaba que por ser española la obra, la materia había de ser tratada de mogollón. – Pues á la vuelta de esta advertencia, una notita de cinco renglones previene al lector que la primera parte de este estudio – en que el autor no pone de su cosecha mas que algunas notas – fué dirigida á la Academia de Bellas Artes de San Fernando de Madrid como *Discurso de recepción*, leído también en la Sociedad libre de Bellas Artes de París y su comité central, en sesión del 5 de julio de 1870. – Ignorábamos de todo punto que nuestra Real Academia de San Fernando hubiese recibido semejante trabajo á título de *discurso de entrada* del señor Lucas, y nuestra ignorancia era justificada porque semejantes discursos, llámense de *recepción* ó de *entrada*, ó de *toma de posesión*, no son de Estatuto, ni de reglamento, ni de estilo, ni de cosa que lo valga respecto de los señores académicos correspondientes, españoles ó extranjeros. Sólo los académicos de número, que son, como su misma denominación lo indica, en número limitado, y además españoles todos, leen en plena Academia, y en pública y solemne sesión, sus discursos de entrada al tomar posesión de sus sillas; y esta ceremonia no podía nunca haberse celebrado al ingresar el señor Lucas en dicho Cuerpo artístico en calidad de mero correspondiente, y además extranjero.

Pero cualquier lector crédulo ó desprevenido que tome en la mano el folleto que estamos examinando, y compagine la referida nota con los títulos que en la portada acompañan al nombre del autor, entre los cuales está el de individuo de las Academias de Bellas Artes de Madrid, de Lisboa y de otras varias corporaciones, se figurará que el señor Lucas es un académico de número de la Real de San Fernando, vivo y efectivo. Otros escritores y artistas franceses dignísimos, asociados á nuestras tareas, y por esta asociación unidos á nosotros con vínculos de compañerismo que nuestros Estatutos reconocen y fomentan, tienen la ingenuidad de firmarse *membre correspondant*, ó *membre honoraire*, si esta categoría disfrutan, de la Academia de Bellas Artes de Madrid.

Pasando ahora del umbral y penetrando en el recinto del edificio, muy á poca costa levantado por el señor



MONUMENTO QUE LA CIUDAD DE HANAU DEDICA Á LOS HERMANOS·GRIMM, proyecto de Max Viese premiado en concurso

Lucas, para dar cabal idea de su estructura nos bastarán brevísimas indicaciones. Desde la plana segunda de la relación que hace entrando en materia (pág. 10 de su folleto), empiezan los desbarros del referido señor. Dice Cean que el Obispo y el cabildo de Gerona resolvieron convocar á junta á los mejores y más acreditados arquitectos de Cataluña y de *fuera* del Principado, y al traducir esta palabra *principado*, estampa una nota advirtiendo que era Gerona en los tiempos antiguos la capital de un Principado cuyo título llevaban los primogénitos de los reyes de Aragón: por donde aparece claramente que el deseo de hacer alarde de erudición, recordando que los primogénitos de dichos reyes eran condes de Gerona, le condujo al absurdo de suponer que los arquitectos convocados eran los catalanes todos, exceptuados los gerundenses.

En la misma página interpreta mal el pasaje en que se cuenta cómo los maestros ó arquitectos llamados por el Obispo y el cabildo fueron requeridos para que dijesen si estaba la obra comenzada *firme y segura y conforme al arte*, porque lo que viene á expresar su versión es: que se les preguntó, no en concreto sino en términos absolutos, qué obras eran las que á su juicio ofrecían mayor seguridad y conformidad con las reglas del arte: con lo cual desaparece el concepto que el prelado y los canónigos deseaban acerca de la obra hasta entonces ejecutada.

La página 14 trae, á propósito del estilo en que se construyó andando el tiempo la fachada de la referida Catedral, una nota sobre la denominación de *gótico*, generalmente aplicada hasta estos últimos tiempos, y que aun seguimos aplicando, para evitar rodeos y anfibologías, al estilo ojival: nota en que se advierten dos asertos enteramente gratuitos. Es el primero, que más atrasados nosotros los españoles que los franceses (siempre es una galantería hacérnoslo saber!), seguimos llamando arquitectura *gótica* al arte de construir que universalmente dominó desde fines del siglo XII hasta muy entrado el XVI, en nuestra península al menos; y es el segundo, que el estilo que usaron los godos en España, ó sean los visigodos, fué el *románico (roman)*. No sólo son asertos gratuitos estas afirmaciones, sino crasísimos errores, el primero de hecho, el segundo de doctrina. Los españoles usamos promiscuamente, como los franceses, los ingleses y los alemanes, las dos denominaciones de *ojival* y *gótico*, y aun entre nosotros se va abusando ya demasiado de la palabra *ojival;* y por otra parte, los españoles consagrados á los estudios arqueológicos, de cuya tecnología no están enterados los paisanos del señor Lucas porque no nos leen, alcanzamos hoy nociones más exactas que los arqueólogos franceses sobre la arquitectura de los visigodos. En España sería en los tiempos presentes una verdadera herejía el confundir la arquitectura visigoda con la románica.

Traduciendo después el señor Lucas el interrogatorio á cuyo tenor fueron preguntados los doce arquitectos que se juntaron en Gerona, al llegar á la cláusula final que dice: *Todo lo extenderá después el Secretario del Cabildo en una escritura pública*, lo vierte á su idioma, y lo que es peor á sus fantásticas figuraciones, de esta manera: *Le secrétaire du chapitre devra developper le tout dans un compte rendu qui sera porté à la connaissance du public*, y entusiasmado con el concepto que le han sugerido sus propias ilusiones y su ignorancia de lo que significa en castellano *escritura pública*, creyendo haber descubierto en el derecho público de la corona de Aragón prácticas de liberalismo hasta hoy inadvertidas, estampa al pie lleno de perspicacia la siguiente nota: «como se ve por todo este documento, el reino de Aragón, que contaba entre sus más importantes poblaciones á la ciudad de Gerona á principios del siglo XV, era un país que gozaba de ciertos fueros de libertad; así los Obispos eran allí nombrados por elección popular, y los resultados de ciertas diligencias informativas se ponían en conocimiento del público.» Difícil es reunir mayor número de dislates en menos palabras.

Además, el señor Lucas no ha comprendido el interrogatorio que traduce, porque supone que la obra estaba comenzada para una nave única, siendo así que según el texto que publica Cean, se había empezado ya á reformar la construcción con arreglo á un nuevo replanteo, que la transformaba en iglesia de tres naves. – Pero son aun más chistosos otros errores en que incurre. – Veamos cómo traduce la declaración prestada por Juan de Xulbe.

A la primera pregunta que se le hizo, contesta este maestro: «que los arcos se deben hacer á tercer punto, y que se apuntale el principal». Pero al señor Lucas le fué embarazoso aprender qué quiere decir en castellano *apuntalar*, y suprimiendo este extremo tan esencial del consejo del arquitecto, traduce su declaración de la siguiente manera: «que todos los arcos, incluso el principal del presbiterio, se hagan á tercer punto *(que les arcs ainsi que l'arc principal du chœur, soient en tiers point)*. Es evidente que para el sabio francés arco *apuntalado* y arco *apuntado* ó á tercer punto, son una cosa misma.

Júzguese ahora de la modestia del traductor por el hecho siguiente: siendo el opúsculo de éste, como queda advertido, mera é imperfecta versión de una breve partícula de las eruditas adiciones de Cean á la obra de Llaguno, al comenzar lo que llama *tercera parte de su trabajo* (que contiene *plana y media de texto)*, consigna esta modesta declaración, en que resplandecen su veracidad y su buena fe: «La obra de Cean Bermúdez, á quien debemos *la mayor parte* de los documentos que preceden, etcétera...» Realmente calumniamos á nuestros vecinos del Occidente peninsular: no hay portugués que sea capaz de tales arranques de vanidad.

Por último, así como al terminar una función de fuegos artificiales se da al público el correspondiente ramillete, del mismo modo el Sr. Lucas, al concluir su ímprobo trabajo, regala al lector este precioso *bouquet:* – «A fines del siglo XVI, dice, tres arquitectos, Juan del Castillo, José Tanilla y Juan Modet, dieron á petición de la Universidad de Selva *(à la requête de l'Université de Selva)* un informe sobre varios movimientos que se habían advertido en la obra de la iglesia de dicha villa.» Como ignorábamos que hubiese sido jamás la modesta villa de Selva de la diócesis de Tarragona centro de estudios universitarios, al leer este pasaje acudimos llenos de curiosidad á la obra original de Llaguno, y juzgue el lector cuál sería nuestra sorpresa cuando nos encontramos con que los mencionados maestros sólo respondían en sus declaraciones á un acuerdo del concejo ó municipalidad de la expresada villa, que deseaba saber á qué atenerse respecto de los movimientos que había hecho la fábrica de su iglesia. «Por orden de la presente universidad (dicen en el citado documento) hemos entendido en ver y reconocer los movimientos y aberturas que ha hecho la dicha iglesia y fábrica que nuevamente es hecha, etc...» Entonces comprendimos que el Sr. Lucas había tomado la universidad, ó sea la colectividad de los vecinos de la villa de Selva, por una formal universidad literaria con su rector, su claustro de catedráticos, sus escolares, sus bedeles, etc., y que del mismo modo que se inflamó su imaginación creyendo ver en las palabras *escritura pública* un precioso hallazgo para la historia del derecho público catalán, se



LOS HERMANOS JACOBO LUIS Y GUILLERMO CARLOS GRIMM



CUIDADOS MATERNALES, cuadro de F. Wagner



UN VALENTON RIFEÑO, dibujo de A. Fabrés

exaltaba ahora fraguándose toda una universidad, como la de Cervera por ejemplo, en el prosaico campo de Tarragona. El desliz en que incurrió el autor de la futura *Historia de la civilización en España* es de marca mayor: la lengua francesa no autoriza á llamar *université* más que á lo que denominamos nosotros *universidad literaria*, ó sea un centro de facultades ó estudios mayores; de ningún modo á un municipio, concejo ó ayuntamiento; al paso que en España la palabra *universidad* se ha empleado con gran frecuencia para expresar la idea de una colectividad.

Resulta de lo dicho, que el magro folleto del Sr. Lucas, engalanado con el ambicioso título de: *Notas arqueológicas para el estudio de la historia de la arquitectura en España*, es una dosis homeopática del vasto arsenal de documentos que entre Llaguno y Ceán Bermúdez acopiaron bajo el epígrafe modesto de *Noticias de los arquitectos y arquitectura de España;* y que si ha sido grande el tupé del escritor francés al darse por autor de esa mínima partícula de un trabajo ajeno, en cambio sus notas resultan tan faltas de jugo y tan plagaditas de errores, que sólo pueden compararse por su insignificancia, con aquellos famosos galgos, flacos y comidos de pulgas, que para ladrar tenían que arrimarse á la pared. Llámaseles vulgarmente *los galgos del tío Lucas.*

PEDRO DE MADRAZO

EXCAVACIONES PRACTICADAS EN HAWARA *(Egipto)*

RETRATO NÚM. 8 DE LA COLECCIÓN DE GRAF: *Retratos antiguos delos tiempos helénicos*

EL GACETILLERO (1)

Este tipo es moderno en España, y tanto, que su existencia era completamente desconocida en el primer tercio de nuestro siglo. La prensa periódica comenzó á tomar sus vuelos desde 1845 hasta la insurrección militar del Campo de Guardias; pero el tipo de gacetillero aun no se bosquejaba. Había hasta entonces más escritores que periódicos, reflejando éstos la seriedad de hombres graves y escogidos, que enseñaban ciencia política, si tal existe, y luchaban por ideas más que por destinos. La gacetilla era una sección de descanso del espíritu, llena de amenidad; pero también de pudor y de decoro. Contenía lo que hoy se comprende bajo el epígrafe de noticias varias ó generales; pero no era chismosa ni satírica, ni interesada, ni personal, y sobre todo, estaba escrita en español sano y robusto.

Un período de once años con el poder en manos de un solo partido, no es provechoso más que para el bolsillo de los empleados. La prensa política se asfixia. Los periódicos de oposición agotan el caudal de sus censuras y los ministeriales el repuesto del incienso. La monotonía, cortedad y falta de interés político, hay que suplirlo con secciones varias. Entonces se apela á misceláneas, novelas, folletines, y, por consecuencia, se dan grandes proporciones á la gacetilla, especie de mesa revuelta donde entran infinidad de asuntos y materias que más tarde habían de llegar á ser objeto de publicaciones especiales.

El gacetillero empezó á tener importancia en esta época, y no se daba este cargo á gentes de poco más ó menos. Se necesitaba originalidad é iniciativa y un estilo peculiar, ligero y animado en el confeccionador de esta sección, que por añadidura debía ser hombre de extensas relaciones sociales, que diese noticias de primera mano y de buena tinta.

Pero esto duró poco. A la larga dominación del partido moderado, sucedieron situaciones diversas, que trajeron hombres nuevos al poder. A cada cambio de personal, surgían como por encanto nuevos periódicos, y entonces empezaron á ver la luz los cómico satíricos, casi olvidados desde las célebres campañas del *Guirigay*, *La Posdata*, y las populares capilladas de *Fray Gerundio*. *El Padre Cobos* inició una vía nueva en este género, tan del gusto del público, que la gacetilla, antes seria del periódico político, empezó á imitar su estilo, distinguiéndose entre ellos *El Contemporáneo.*

A esta nueva faz corresponde el desarrollo del suelto político-satírico, que hoy es la parte más amena, original é interesante de los periódicos, así ministeriales como de oposición. Cada órgano político de un partido cultiva con esmero esta sección mordaz, cómica y batalladora, donde todo suceso y todo personaje aparece bajo distintos puntos de vista, mientras que la gacetilla, propiamente dicha, es un mosaico de recortes, con una muy pequeña parte de cosecha propia.

Así, pues, esta sección va paulatinamente desapareciendo en los periódicos de Madrid. El gacetillero es un principiante sin sueldo, y si lo tiene es tan menguado, que apenas le basta para café y tabaco. Su trabajo se reduce á traducir del francés algunas anécdotas y trasquilar las columnas de los colegas de la corte y las provincias, extendiéndose de vez en cuando á ensalzar á un autor bastante galante para enviarle un ejemplar de su obra, y dar alguna noticia de las funciones ordinarias de tal ó



PENDIENTE DEL ANTERIOR RETRATO, DE TAMAÑO NATURAL

cual teatro, sin comentario, que está reservado á un redactor especial, asistente á los estrenos de las producciones dramáticas.

Donde existe el verdadero tipo de gacetillero es en las capitales de provincia y poblaciones inferiores. La razón es obvia. En las localidades, la política deja de ser palpitante: se convierte en materia trasnochada y fiambre, después que se han leído los partes telegráficos, y el aficionado á la cosa pública está invariablemente suscrito á uno ó dos periódicos de Madrid. La vida de la ciudad y los intereses de los vecinos se hallan, por consiguiente, en primera línea, y los menores sucesos toman una importancia y relieve que son altamente beneficiosos á la comunidad. El gacetillero, que en Madrid suele ser un pobre diablo, en una capital es un personaje á quien todos muestran consideración por diversos motivos. Las jóvenes porque las nombre al describir cualquiera fiesta ó reunión, ó les dedique de vez en cuando alguna décima ó soneto, pues el encargado de la gacetilla ha de ser aspirante á poeta, sin remedio. Los literatos, porque los llame «reputados, distinguidos é ilustrados publicistas;» los actores, cantantes y bailarinas porque ensalce sus piruetas, gorjeos y talentos artísticos; los dueños de hoteles porque pregone la elegancia y esmero del hospedaje: en suma, no hay quien viva con la opinión ó favor del público, que no le mire como el mediador indispensable.

La plaza de gacetillero es una canonjía en provincias, cuando se llega á dominar el oficio; pero también hay que sufrir un largo y penoso aprendizaje.

Figúrese el lector un joven, que estudia en la universidad ó instituto para una carrera, concluída la cual no sabe si tendrá que apelar á un oficio para comer. Tiene alguna imaginación, lee cuanto cae en sus manos, presiente que ha nacido para algo, empieza á escribir alguna sátira contra los vicios sociales y cae sin saber cómo en el golfo del periodismo, elemento necesario para la expansión de su inteligencia.

Desde su trono de la gacetilla, donde empieza de meritorio, quiere reformar el mundo. Se figura su capital como un modelo de civilización y cultura que no tiene rival en el orbe. Tiene los ojos puestos en el ayuntamiento, en la policía, en las costumbres públicas y privadas y se hace un Catón moderno por pura afición á la virtud. Llega el fin del mes y espera verse con un director agradecido, que va á colmarle de favores, empezando por un buen sueldo y acabando por convidarle á su mesa y cederle sus entradas en los teatros. La entrevista se verifica. El director toma la palabra, y le dice entre otras cosas lo siguiente:

– Amigo mío, V. es un joven que promete, y llegará á ser algo con estudio, experiencia y perseverancia; pero por ahora no sabe V. la tierra que pisa. Aquí no se toma nada en serio. Los abusos que V. denuncia continúan sin enmienda y el resultado es que diariamente recibo una porción de cartas de personas que se dan de baja, ó me vienen con quejas y hasta con amenazas. Ni V. ni yo ganamos por ese camino. Hay que tener indulgencia y hacer la vista gorda y vivir con todo el mundo. Tenga V. siempre lista la pluma para el elogio y tarda y perezosa para la censura. Los hombres no son perfectos, y sin embargo, con el público hay que comer, y tratarle, por lo tanto, como buen amigo. El puesto que usted ocupa en mi redacción es una mina, y así no extrañará que no le señale honorarios. ¡Honorarios! ¿Qué digo? Cuando yo era gacetillero pagaba una prima al director del periódico, y así debía ser por regla general. Con que ingeniarse y aprenda V. á explotarla.

Y no se dijo esto á tontas ni á locas. Al cabo de poco tiempo nuestro gacetillero vivía como aquellos caballeros andantes que nunca pagaron posada, ni sastre, pecho ni alcabala alguna.

El barbero le hacía la barba gratis, calzábale *per amore* el zapatero, y no había establecimiento donde no pudiese surtirse de lo necesario para la vida sin pagar un céntimo y con un millón de gracias encima. ¿Pues quién podrá enumerar los regalos y atenciones de que es objeto en bodas, bautizos, bailes y reuniones, de parte de los agraciados é interesados, ni quién pintar el aire de autoridad y protección con que se entra en todas partes, creyéndose el personaje principal de toda escena? El gacetillero es amigo íntimo del género humano en masa, y trata á los más altos personajes con una familiaridad, que el orgullo les perdona, porque todo otro sentimiento se acalla y rinde ante la satisfacción de exhibirse al público.

El gacetillero veterano llega á gozar del ocio y del lucro sin mucho sudor de su frente. Para todos los casos, lances, accidentes que forman el material de la gacetilla, tiene sus moldes hechos de tal manera, que si se examinan periódicos atrasados se hallan las mismas frases y períodos, con solo la diferencia de los nombres propios.

(1) Artículo tomado de la obra *Los Españoles, Americanos y Lusitanos*, obra publicada por D. Juan Pons en 1881, cuya segunda edición, ilustrada con cromos, se ha puesto á la venta.

EXCAVACIONES PRACTICADAS EN HAWARA (*Egipto*)



RETRATO NÚM. 28 DE LA COLECCIÓN DE GRAF: *Retratos antiguos de los tiempos helénicos*



RETRATO NÚM. 63 DE LA COLECCIÓN DE GRAF: *Retratos antiguos de los tiempos helénicos*

Esto sucede más á menudo con las funciones de teatros, llegando á tal punto el sistema, que sabe hacer breves reseñas de espectáculos á que no ha asistido y á veces de funciones retiradas del cartel.

– «Los coros bien, la orquesta admirable en sus partes y en conjunto,» ponía en cierta ocasión un gacetillero, refiriéndose á la ejecución de una ópera italiana.

– ¡Qué atrocidad! – exclama el director del periódico al leer el párrafo el siguiente día. – Cabalmente presencié yo la función de anoche y aquello fué un escándalo, una profanación!

– Váyase, – contestó el cronista, – por las veces que he dicho *que desafinan* sin poner los piés en el teatro.

Las triquiñuelas del oficio consisten en conocer el flaco de los vanidosos. Como estos no se contentan con la plantilla ordinaria y el estilo estereotipado del gacetillero, deja á cada cual que suene su trompeta y se despache á su gusto.

Entra un amigo en la redacción, recién-llegado á la capital.

– Siéntate, perillán, – dice el gacetillero, – y anuncia que has llegado.

– ¿A dónde vas? – pregunta uno á otro amigo suyo, á quien encuentra en la calle.

– Voy á llevar un suelto á la redacción.

– ¿Cuánto te pagan?

– No, lo pago yo.

– Señor don Juan, ya ha llegado á nuestro establecimiento el surtido de géneros de primavera que estábamos esperando. Sabe V. que los anuncios animan poco al público. Si V. quisiera...

– ¡Ay, amigo, con mucho gusto; pero V. no desconoce que eso cuesta... un trabajo ímprobo!

– Ya nos arreglaremos.

A los pocos días sale un suelto á toda orquesta, y el gacetillero hecho un figurín de última moda.

El estilo de *puff* á la norte-americana está ya patrocinado por los gacetilleros, que en ingenio no se quedan á la zaga de los yankees.

Hé aquí una muestra de este *modus vivendi et scribendi.*

Cantaba un joven en una reunión.

– ¡Calla! – exclama uno de los concurrentes. – ¿De cuándo acá tiene tan buena voz Eduardo? ¡Esto sí que es un verdadero milagro!

– Pues yo sé el secreto, – contesta un individuo, dueño de la camisería del *Leon de oro*, – es que usa nuestros *cuellos Gayarre.*

El buen gacetillero es hombre que saca partido del atraso del país y del desorden de la administración, y cuando no tiene noticias las inventa.

El regente de la imprenta manda un recado á don Juan, diciéndole que se ha suprimido media columna y necesita indispensablemente original.

Don Juan toma la pluma, y hace caer del andamio á un albañil, fracturándole tres ó cuatro costillas. En seguida describe una riña imaginaria, y dirige cargos contra los agentes de orden público, por no haber intervenido en la chirrichofa. El resto se confecciona con la aparición de un lobo rabioso en las montañas, y alguna amonestación al ayuntamiento sobre el mal estado del empedrado público. Muchas veces falta la vida del santo del día, y el gacetillero audaz hilvana en un santiamén los hechos y milagros de un escogido de Dios, confesor y mártir, bajo el imperio de ese inicuo de Diocleciano, que tantas almas mandó al cielo bajo su despótico reinado, y no pocas hace dar á las beatas y devotos un viaje en balde, en busca de indulgencias concedidas á los que rezaren un rosario delante de esta ó aquella imagen milagrosa.

Por último, á mal venir todos tienen el recurso de pegarla contra la mala calidad del tabaco, asunto tan ingeniosamente tratado, que pudiera hacerse de él una interesante enciclopedia de sátiras y epigramas, resultando una amena monografía para estudio de los ministros de Hacienda y contratistas de tagarninas.

Los gacetilleros de las capitales de Andalucía son maestros sin rivales en toda clase de *trinos* noticieros, y parece que tienen olfato de podencos para conocer los que vienen de la corte y del extranjero. En este punto en todas partes cuecen habas, y á calderadas donde los hombres parecen más serios y formales, pues hay periódico inglés, que todos los años escribe nada menos que un artículo de fondo en tono grave sobre cierta serpiente marina, que aparece periódicamente con el solo objeto de dar entretenimiento á los bañistas.

Los que carecen de experiencia, se ven expuestos á caídas como la de cierto principiante que rabiaba por echarla de listo. Hallándose en la redacción el director, llegó un amigo suyo que entre otras cosas dijo:

– Por fin llega hoy el celebrado y famoso Pepe Roquetas.

– Pues no olvide V. de anunciarlo en la gacetilla, – observó el director.

Al día siguiente apareció un párrafo como sigue:

«*Démosle la bienvenida.* Ha llegado á esta capital nuestro querido é ilustrado amigo el señor don José Roquetas, hospedándose en una de las primeras fondas. Reciba nuestra más cordial bienvenida y deseamos nos honre por largo tiempo con su estancia en esta ciudad.»

El tal Roquetas era un bandido perseguido hacía tiempo por la guardia civil y que en efecto había llegado escoltado por ésta al presidio de aquella capital.

La existencia del gacetillero se perpetuará en provincias, así como está destinado á desaparecer en la corte. La sección que venía á llenar es demasiado ínfima en carácter literario para que su desempeño se confíe á personas de mérito, y cuando esto se verifica, el gacetillero pasa rápidamente á otras secciones más importantes del periódico. Por otra parte, la fórmula autoritativa del plural en uso frecuente y combinada con cierta trasparencia de la personalidad del escritor, es una mezcla inconveniente que al cabo cede en descrédito del periódico.

NICOLÁS DIAZ DE BENJUMEA

EL PARAISO

El Paraíso que, atendiendo á los sagrados libros, fué único y exclusivo lugar de goces en la tierra, destinado por Dios para habitación del hombre, que estaría allí á sus anchas y con toda comodidad y sin cuidados de ningún género; con su parque, jardines y palacio, porque es de suponer que habría palacio también, desapareció como telón de comedia de magia, cuando de resultas de la curiosidad de Eva y la ambición de Adán vino aquel Angel con su flamígera espada á ponerlos de patitas en la calle, como hace cualquier casero con el inquilino que no paga al corriente.



EL PUENTE ANTES DEL HURACÁN

Puente colgante sobre el Niágara destruído por el huracán de 9 de enero del presente año.-(De una fotografía)

Pero desterrada Eva con su esposo de aquel lugar de delicias, sus descendientes se han dado trazas de formarse otros paraísos á su gusto, más ó menos auténticos, pero á su imagen y semejanza.

Ni los Padres de la Iglesia en otro tiempo, ni los más eximios doctores en el presente, como ni tampoco los más entendidos geógrafos y exploradores, han podido dar razón ni saben dónde estuvo el Paraíso. De ahí también la consecuencia de que cada cual se haya fabricado uno en su imaginación, de acuerdo con su respectiva idiosincrasia.

Dejando á un lado disquisiciones históricas sobre aquel lugar de recreo; cansados los hombres de ciencia de explorar las inmensas vegas regadas por el Eufrates y el Tigris, así como el Araxes y el Oronte; buscando la fuente originaria de los cuatro ríos que corrían á los cuatro puntos cardinales del horizonte, fuente que estaba en medio, en medio del Paraíso, ello es que el Paraíso no parece.

Milton se dió á buscar también *El Paraíso perdido* y se encontró con un poema, muy bueno por cierto, pero que no es el Paraíso, ni mucho menos.

Colón, el gran explorador, el insigne cosmógrafo, se encontró un Mundo buscando un atajo para la India, pero en cuanto al Paraíso, cero. Mucho oro, mucha plata, ricas especias, buen tabaco, el único entonces, pájaros admirables, selvas magníficas. Bien pudiera la América servir de Paraíso en un apuro, pero también había salvajes, antropófagos por añadidura, escorpiones venenosos, inmensas tortugas, cínifes, cantáridas, culebras de cascabel y boas, constrictores y todo: una fauna de la peor especie para vivir á su lado.

Los antiguos navegantes de Fenicia, los barcos de Tiro fletados por Salomón para llevar ricas maderas y tesoros á su templo, hubieron de tropezar con las Canarias, en una de sus excursiones por el litoral africano. La dulzura del clima, y la exuberante vegetación que ostentaban ante los asombrados ojos de los viajeros de Siria y de la Arabia, países abrasados por el sol, hizo que las llamaran Las Afortunadas, y por ello se figuraron que en estas islas estuvo el Paraíso, pero nada. Las nieves perpetuas del célebre Pico de Tenerife; las grandes cavernas de los guanches y la esterilidad de muchas de sus comarcas, dieron á conocer que en eso de *afortunadas* había mucho que rebajar y que el Paraíso, ni por pienso estuvo por allí.

Como debe suponerse que el Paraíso no se hizo sólo para Adán y Eva, sino para toda su descendencia, es el caso que no cabe en ninguna parte donde lo coloquemos; y que el Valle de la Orotava, la Huerta de Valencia, los naranjales de Alora y los jardines de Aranjuez, son de todo punto deficientes para el caso.

Pero si el Paraíso bíblico se ha perdido definitivamente, tenemos otros paraísos al pormenor.

Para los unos, es la parte superior de los teatros, poblado en las noches de función de muchas Evas y de no pocos Adanes, y de infinidad de serpientes; con el árbol de la ciencia del Bien y del Mal completamente pelado.

Para otros, son paraíso abierto á todas horas esos ventorrillos ó cantinas del mismo nombre, donde abunda el vino manzanilla, el pescado frito, más ó menos fresco, las aceitunas saladas y las chuletas de perro. No faltan seres capaces de trocar una *juerga* en estos lugares, no sólo por el jardín de las Hespérides, con su dragón por supuesto, sino por el mismo Paraíso auténtico, que sólo Adán y Eva alcanzaron disfrutar.

Para los amantes del arte plástico, no hay paraíso comparable al *foyer* de un teatro, ó al salón de estudio y ensayos del respetable coro de señoras y del cuerpo de baile respectivo; ó el perfumado camarín de una tiple tan absoluta como lo fueron en el trono, de absolutos Felipe II ó Luis XIV.

Para los gomosos del siglo XIX es el paraíso el *boudoir*, estilo Luis XV, de una dama tan de nuestros días que no pase de veintiocho años, y ciña á su frente corona ducal de perlas y brillantes.

Para los jugadores, el paraíso, que está á dos dedos del infierno, se halla á los lados y en la prolongada mesa donde dentro de una rueda numerada corre, circula, salta y se hunde en una de sus cavidades la pequeña bola de marfil de la ruleta.

Para los políticos, un banquete en que después de comer y libar, libar y comer y volver á comer y volver á libar, se aplaude con gritos roncos, con entusiasmo feroz, síntoma de una incipiente borrachera, cuanto dice ó gesticula el orador de moda ó el tribuno en cuyo honor han hecho milagros de culinaria los subalternos de Fornos ó Lardy.

Para el usurero no hay paraíso como ver llegar al antro donde tiende su red de araña, cuajada de víctimas, á una de estas que llega humilde á pagar el capital y réditos vencidos, á sesenta por ciento mensual.

Para la curia, un abintestato de mayor cuantía.

Para el soldado raso, el momento de recibir su licencia.

Para el cesante, una nueva credencial.

Para el autor dramático, la noche de estreno en que le aturden á bravos, le aplastan con coronas, le rompen el esternón á fuerza de abrazos y los nudillos á fuerza de apretárselos.

Para las novias de todas las edades y jerarquías aquella cruz hecha en el aire por el sacerdote, que las hace dueñas desde aquel instante del mozo ó viejo que tienen al lado, y á quien desde luego tienen facultad de esclavizar á todo su talante, sin escape ni disculpa para ellos, y con toda la fuerza que tiene la autoridad de la cosa juzgada. Es decir: sin apelación.

Pero de todos estos paraísos no hay duda que el mejor es el de Mahoma; salvo por supuesto el Paraíso celestial que esperan los buenos cristianos. Once cielos, nada menos, hay que subir para penetrar en aquel. Ni la torre de *Eiffel* ni toda su alma. Se llegará sin aliento, pero en cambio huríes por todas partes, muchachas guapísimas, de ojos que deslumbran, de tez precisamente de nácar, de dientes de perlas, de labios de rubí, no «partidos por gala en dos», sino frescos, enteros y bonitos; de cuello de cisne y talle de palmera, por necesidad; de pie tan breve como un esdrújulo, sin encogimiento se entiende; y de todo lo demás que el curioso lector puede imaginarse.

Allí están ellas sin otra ocupación que acariciar á esos morazos muertos á tiros ó á lanzadas en guerra con los cristianos, que son para ellos los infieles, con el pellejo hecho una criba, las barbas una greña y calzados con babuchas manchadas de sangre y barro. Pobres chicas, si no tienen á mano agua de Florida ó jabón de las Pampas, no sabemos lo que será de ellas y de su estómago.

Hubo un tiempo en que las damas se ponían en el tocado un pájaro muerto en América y disecado en Europa. El ave del Paraíso.

También existe un árbol de flor morada, y blanca á veces, de olor penetrante y fruto envenenado: el árbol del Paraíso.

El paraíso de los tontos. Es muy grande y desahogado, como que caben todos los maridos bobalicones, que son infinitos; los que creen á *pie juntillo* en los programas de los hombres políticos más importantes de todos los partidos pasados, presentes y futuros; los que sueñan con el premio gordo y se hallan al despertar con el bolsillo flaco; los que se van á Buenos Aires sin contrata fija; los que ¡cándidos! aguardan que España sea dentro de poco potencia de primer orden, y de verdad; los tenores de zarzuela que se creen otros tantos Gayarre postergados; los que se empeñan en descifrar charadas y jeroglíficos y los anticuarios que toman un hierro mohoso por la espuela del pie derecho del Cid; los que se empeñan en aclarar la pre historia y acaban en Leganés y, por último, los que creen en la amistad de balde.

De todo lo que resulta que perdido el primitivo Paraíso terrenal, el auténtico, el verdadero, lo que por aquí se encuentra es el infierno con todos sus horrores.

La hipocresía ocultando cautelosamente á la moral y ahogándola.

El vicio las más de las veces triunfante de la virtud.

Como el charlatanismo de la ciencia.

La garrulidad del buen lenguaje.

Los ricos aplastando á veces, tal es la palabra, á los pobres.

Los pobres odiando también á veces, unas con razón y otras sin ella, á todos los ricos.

Pues bien: de todos estos, claro está que pocos, muy pocos, entrarán de rondón en el Paraíso celestial, que les deseamos de todas veras.

AGUSTÍN GONZÁLEZ RUANO

BARCELONA.—IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 29 DE ABRIL DE 1889 — NÚM. 383

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

NUESTROS GRABADOS

MES DE MAYO, copia de un cuadro de J. Llovera

La característica de las obras de nuestro distinguido paisano, don J. Llovera, son la luz, la alegría, la reproducción exacta de tipos y escenas que estamos acostumbrados á ver y á presenciar á cada paso en la vida ordinaria de nuestra Barcelona.

Si en una de esas bellas mañanas que la primavera con pródiga mano concede á nuestra hermosa ciudad, en que los ardores de un sol anuncio prematuro del próximo verano están templados por las frescas brisas marinas y por los embalsamados céfiros de las vecinas montañas, en que el cielo se tiñe de ese azul purísimo que parece exclusivo privilegio de nuestra costa de Levante, si en una de estas mañanas – decimos – os encamináis á la Rambla de las Flores, no tardaréis en reconocer la mesa cuajada de artísticos ramos y de rústicos manojos de olorosos capullos que tan fielmente reproduce Llovera en su cuadro y en ser espectadores ó quizás actores de una escena como la que con ciertos ribetes de malicia ha sabido ese artista fijar en el cliché de su memoria al través del poderoso objetivo de un exquisito espíritu de observación para luego pasarla íntegra al lienzo con toda la frescura y riqueza de colores que tantas veces en sus cuadros hemos admirado.

¿Queréis convenceros de que no exageramos al hacer esta comparación fotográfica? Nada más fácil: fijad por un momento vuestra atención – prescindiendo de los primores de la escena – en las cuatro figuras del cuadro, observad bien la expresión de cada uno de los rostros y las diversas actitudes de los cuerpos y á poco que vuestra imaginación se esfuerce adivinaréis las palabras que el amartelado galán murmura al oído de la beldad un tanto sediciosa, comprenderéis las ideas que por la mente de ésta cruzan al escuchar lo que tantos otros le habrán dicho, sorprenderéis la curiosidad de la amiga que aparta la vista y aguza el órgano auditivo y admiraréis la discreción con que la joven florista finge dedicar á la obra que trae entre manos una atención que sin duda no merece dando con ello pruebas de poseer en grado superlativo aquella virtud tan necesaria para ejercer bien el delicado oficio de ramilletera.

En suma, el cuadro de Llovera es, como casi todos los suyos, una fotografía instantánea de un asunto bello exornada con todas las galas de una imaginación poética, de un pincel correcto y fácil y de una paleta privilegiada.

FANTASÍA, cuadro de Fernando Brylla

Si la *fantasía* es, según reza el Diccionario de la Academia, facultad que tiene el ánimo de reproducir por medio de imágenes las cosas lejanas ó pasadas, de representar las ideales en forma sensible ó de idealizar las reales, el busto que con aquel título ha pintado Brylla se adapta perfectamente bajo dos conceptos á los términos de esa definición: 1.º en cuanto al artista porque ha sabido dar forma sensible á algún tipo ideal que quizás en sueños entreviera y porque ha sabido idealizar una cosa tan real como el rostro de una mujer hermosa; 2.º en cuanto á la obra en sí misma porque al través de aquellos ojos admirables se adivina una imaginación por entero abstraída de la realidad presente para sumergirse en los recuerdos del pasado ó embriagarse en las esperanzas del porvenir.

¿Cruza por el pensamiento de esa mujer de faz angelical una idea triste ó deleítase, por el contrario, forjando algún risueño proyecto? Difícil nos parece contestar á esta pregunta: dice ese divino rostro en tenues gasas envuelto tantas y tantas cosas, puede expresar tantos y tan diversos afectos que antes que exponernos á interpretar mal la «Fantasía» de Brylla preferimos que nuestros lectores dando suelta rienda á la suya den con la solución que nosotros nos sentimos inca-

EXPOSICIÓN PARÉS



MES DE MAYO, copia de un cuadro de J. Llovera, grabado por Sadurní

paces de encontrar y mucho menos de hacer pasar á los ojos de los demás como única buena.

Un casamiento á principios de este siglo, cuadro de F. Peralta

La originalidad es, sin duda alguna, una de las cualidades más estimables en los artistas y aunque parezca difícil el poseerla, pues sabido es que *¡Nihil novum sub sole!*, no han faltado genios ilustres que han dado pruebas de tenerla en alto grado. El incomparable Fortuny con su imaginación brillante, con su admirable modo de percibir las figuras y los objetos, los tipos y los paisajes, con su inimitable estilo abocetado modelo elocuente de la difícil facilidad de que nos habla Cervantes, y con su portentosa maestría en combinar en su mágica paleta los colores más puros y las más atrevidas tintas, creó un género que nadie antes que él se atreviera á concebir y que pocos han sabido después imitar con ser tantos los que han pretendido lanzarse por la hermosa senda que supo aquél abrir en el territorio del arte pictórico.

Pero ni el arte ni la crítica pueden ser exigentes máxime tratándose de una semi-imposibilidad, así es que reservando á los creadores un puesto privilegiado en el séptimo cielo artístico no escasean sus aplausos á los que han sabido ser buenos imitadores de los modelos buenos y si no en fuentes propias han ido á beber con provecho en los manantiales puros que el genio de sus predecesores ó contemporáneos alumbrara.

Este género de alabanzas puede prodigarse al pintor F. Peralta: su «Casamiento á principios de este siglo» trae inmediatamente á la memoria «La Vicaría» del eximio Fortuny; y al decir que la trae á la memoria no queremos significar que sea un plagio, sino que su concepción, la disposición de algunas figuras, el estilo arquitectónico y la riqueza de detalles guardan muy parecida relación con los detalles, estilo, figuras y concepción de aquella perla del arte pictórico contemporáneo.

MARÍA, reina de Escocia

Este retrato figura en la actual exposición conmemorativa de la familia de los Estuardos, y ha sido facilitado por el Colegio Blair de Aberdeen en donde se conserva. La infeliz reina está representada ostentando un crucifijo con la mano derecha y teniendo en la izquierda un libro encuadernado de blanco. Viste traje negro; una ancha gola blanca rodea su cuello, una toca de igual color cubre sus cabellos, y un largo velo, también blanco, pende de sus hombros llegando al suelo.

En el ángulo superior izquierdo del cuadro se ve el escudo real de Escocia, y debajo de él está representado el momento de la ejecución de la Reina, la cual, tapados los ojos con un pañuelo, tiene apoyada la desnuda garganta en el tajo, mientras el verdugo levanta el hacha con que se dispone á cortársela. Detrás del cadalso hay dos soldados con alabardas; á un lado de éste dos caballeros, el conde de Kent y Shrewsbury, con unas varas blancas en la mano, acompañados de otro funcionario; al lado opuesto, un caballero haciendo una apuntación en un papel, y junto á él cuatro caballeros más, dos de los cuales parecen muy afligidos.

A la izquierda de la Reina se ven dos pequeñas figuras de mujer, Jane Kennethie y Elizabeth Curle, vestidas de negro con golas blancas, y lamentando el triste fin de su señora.

Las inscripciones latinas estampadas en este lienzo tienen por objeto censurar la perfidia de la reina Isabel y la crueldad del Parlamento inglés.

¡COGIDO! copia de una acuarela de Frank Dadd

El Real instituto de acuarelistas de Londres ha abierto este año su Exposición primaveral algo más pronto que de costumbre, pero esta anticipación no ha perjudicado á la cantidad ni á la calidad de las obras expuestas. Entre las más sobresalientes escogemos para reproducirla en nuestras columnas la que lleva el anterior título, ejecutada con notable inteligencia por el pintor Dadd. Representa un capitán de bandoleros, cogido por los agentes de la autoridad y fuertemente atado mientras espera, sentado en un banco, el destino que debe darle el juez. Su semblante ceñudo, su actitud aviesa y toda su expresión demuestran que no pertenece á la categoría de los arrepentidos, y que á serle posible rompería sus ligaduras para seguir viviendo en abierta guerra con la sociedad.

Esta acuarela llama notablemente la atención en la Exposición citada y coloca el nombre de su autor á envidiable altura entre los artistas ingleses que á este género especial de pintura se dedican.

LAS TROPAS INGLESAS EN EGIPTO

El regimiento escocés del Rey, de guarnición en el Cairo, celebró á fines de febrero, con varios festejos, el aniversario del segundo centenario de su formación. Tuvo origen en 1689, organizado por lord de Leven, para defender la ciudad de Edimburgo en favor de Guillermo III contra los jacobitas.

Entre las varias diversiones con que conmemoró este segundo aniversario, como juegos de diferentes clases, conciertos, bailes, ejercicios gimnásticos, etc., figuró una excursión campestre al pie de las Pirámides: allí, agrupado el regimiento en torno á la Esfinge, cuya imagen ostenta en sus banderas como premio de sus servicios en el país de los Faraones, fué fotografiado en su pintoresca aglomeración, y una copia de esta curiosa fotografía, es la que reproduce nuestro grabado.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

PRIMER BAILE DE TRAJES

En el num. 136 del SALÓN DE LA MODA que recibirían oportunamente nuestros suscritores hicimos una detenida descripción de esta fiesta, de la que tan gratos recuerdos han conservado cuantos tuvieron ocasión de asistir a ella por su brillante éxito. A los detalles que entonces dimos, y á los que remitimos al lector por no incurrir en repeticiones, agregaremos hoy los necesarios para la explicación de la lámina que acompaña á este número cuyo dibujo debemos al distinguido artista D. José Luis Pellicer, uno de los organizadores de dicha fiesta.

Figura en lugar preferente la reproducción del sello de la artística sociedad á cuya iniciativa se debió aquel baile, y en los otros tres ángulos los billetes de señora y de caballero, así como el lindo programa de los bailes. Otros tres dibujos representan la llegada de los coches que conducían á los invitados, la salida de los mismos y el vestíbulo del elegante teatro: á la derecha de la lámina se ve, entre otros adornos y emblemas, uno de los humorísticos tapices con que se cubrieron los palcos, y por fin, en el centro, el aspecto que presentaba el suntuoso salón, cuya ornamentación demuestra el exquisito gusto y el acierto de los artistas de ella encargados, y el cual puede dar una ligera idea de la variedad de tipos y trajes tan característicos como elegantes que ostentaron los invitados.

DON PEDRO VELARDE

HÉROE DEL «DOS DE MAYO»

Yerran los que suponen que todos los admiradores del Gran capitán del siglo fueron *afrancesados*, en el sentido que vulgarmente damos á este calificativo, que es el de mal patriota. Y no es menos craso el error de creer que todos los que odiaban á los franceses eran buenos españoles. No por admirar y aplaudir los adelantos de los extraños, cuando esta admiración no raya en fanático exclusivismo, se pierde la estimación de lo propio y el amor de la patria peligra; ni es verdadero amor de patria el que se nutre de odio á todo lo extranjero: que hartos ejemplos tuvimos de desaforados declamadores contra los afrancesados, que luego se eclipsaron en los trances supremos de la defensa nacional.

Antes de que á los españoles ilustrados, sensatos y de buena fe, ajenos á las secretas intrigas de Godoy, se hiciese manifiesta la perfidia con que Bonaparte tramaba la expulsión de los Borbones de España, ¡cuántas acaloradas disputas no se trabarían diariamente en las tertulias, en los cafés y en el *mentidero* de la *Puerta del Sol* de Madrid, entre los tildados de afrancesados y los patriotas, exaltados en opuestos sentidos por la imprudente proclama del Príncipe de la Paz de octubre de 1806! No es inverosímil una escena en que Daoiz, Velarde y otros distinguidos oficiales del cuerpo de artillería, por elogiar las grandes conquistas que en el terreno de las armas, de la administración, de la codificación, de las ciencias, de las artes y de las letras llevaba á cabo el genio de Napoleón, se vieran escarnecidos por algunos apóstoles de ese patriotismo intransigente, feróstico y soez, que suponía, y sigue suponiendo, que para ser buen español hay que detestar todo lo extranjero y proclamar que el *gavacho* no es persona, que las lenguas de *extranjis* no son lenguas, y que sólo la tierra del garbanzo es grande y buena, rica y poderosa.

Semejante benevolencia con las obras de Napoleón, – dirá el vulgo, – no era posible en corazones tan bien templados como los de aquellos heroicos defensores del Parque de las Maravillas en la sangrienta jornada del *Dos de Mayo*, de ejemplar y luctuosa memoria! Hombres capaces de entusiasmarse con los hechos y triunfos del tirano de las naciones, no podían al día siguiente de tributarle su veneración, inmolar sus vidas por esquivar su yugo. Para resistir á las invasiones extranjeras, de nada sirven los brazos enervados por la tolerancia – No es extraño que así discurra el vulgo cuando un pensador tan preclaro en los estudios históricos como M. Ozanam, discurriendo sobre la fecunda rivalidad que unas con otras mantenían las repúblicas italianas de la Edad media, se atrevió á deducir que el amor de patria sólo se nutre de rencores para con los extraños.

Pero nuestra moderna historia desmiente tales afirmaciones. Vamos á probarlo.

Con fechas de 10 de agosto y 1.º de setiembre de 1807, un oficial de artillería escribe á un compañero suyo, que partió de Madrid pocos meses antes en la expedición que envió España al Norte como aliada de la Francia, bajo el mando del marqués de la Romana; y he aquí el resumen de sus cartas, que voy á reproducir textualmente en algunos de sus párrafos para que no pierdan la espontaneidad íntima y el color local con que salieron de la pluma de su autor. Ambas van dirigidas al capitán de artillería D. José Guerrero de Torres, ayudante de Estado Mayor del mencionado cuerpo de ejército, que se encaminaba á Dinamarca por Francia y Alemania. – Dícele en la del 10 de agosto: «*Todos te dan las más afectuosas expresiones, con especial encargo de que no los olvides, y que reunas un buen talegón de noticias para contárnoslas quando vuelvas. He recibido la que me escribiste desde Maguncia en 20 de julio último, que empieza: Friede! Friede! Friede! etc. Las demás se han perdido*»... «*Las noticias que nos das nos han servido de mucha complacencia, particularmente las de tu buena salud, de tu buen humor y feliz viaje. Silva, Novella y demás, agradecen tus expresiones, que devuelven aumentadas con los recuerdos de Daoiz.*» – Luego se hace cargo de lo que Guerrero le escribe de las hermosas campiñas y vegas que ha recorrido, y de cuyo risueño aspecto quisiera él haber gozado, y le dice: «*No dudo que tendrá eso mucha analogía con mi país, y creo que si los suizos tuvieran además un mar tan vasto como el que baña la costa Cantábrica, sabrían sacar de él más beneficios que mis paisanos... Amigo, ¡quánto has visto en pocos días! ¡Qué espectáculo tan risueño presentará necesariamente semejante agradable variedad á una vista acostumbrada á la melancólica perspectiva de Segovia y sus alrededores! Figúrate, tú que conoces mi genio, qué hambre y qué envidias pasaré yo deseando seguirte en tus correrías, y aun pasar un poco más allá, por haber llegado más lejos, como hizo Ercilla con sus compañeros en Chile!*» – Luego le da noticias de promociones y de mudanzas en la milicia de las provincias, y de la marcha de la corte, que saldrá el 12 para la Granja: háblale de rumores de campaña contra Portugal, recogidos en la *puerta del sol*, que es el *mentidero* de Madrid; y de la dificultad de que se ajuste una buena paz que prometa ser duradera etc. etc.; añade que se tienen buenas nuevas de América, donde en junio había sosiego, aunque estaba amenazada la costa de Cumaná, y donde en el mes de mayo, según las últimas noticias, estaba aún en nuestro poder Buenos Aires y toda la orilla sur del Río, no atreviéndose los ingleses á atacar á aquella ciudad ni aun á pasar el Río de la Plata, no obstante tener de seis á siete mil hombres en Montevideo y en Maldonado. Refiérele que en Buenos Aires hay hasta diez mil hombres armados, bastante entusiasmo, y esperanza de arrojar de Montevideo á los ingleses si les baja algún refuerzo de Lima, ó si los ingleses se debilitan algo en aquella plaza; y que los naturales los persiguen y han asesinado á muchos. «*Habrás visto* (continúa) *al victorioso y grande Emperador, que regularmente no veré yo en mi vida. Aquí nos preguntamos ahora qué será de vosotros, y si seguiréis vuestra marcha ó retrocederéis desde luego, pues se acabó la guerra. Esto último deseamos nosotros para descanso vuestro y nuestra satisfacción en veros por acá. Quando veas á nuestros artilleros, dales mis memorias y las de todos estos señores, particularmente á Bresón, López y Avalle.*»

La otra carta, de 1.º de setiembre, es aun más importante porque manifiesta cuán alta idea se tenía entre nuestros militares instruídos de la organización que había introducido el Emperador en sus ejércitos. De ella se deduce también que Guerrero se hallaba aún en Maguncia en 28 de julio y 11 de agosto del año 1807. «*Se ha manifestado al señor generalísimo* (le escribe) *el plano de Stralsund que tú me remitiste... S. A. ha agradecido las ideas que le han procurado el plano y nuestras reflexiones. El general Navarro ha visto lo principal de lo que me escribes, es decir, la viva pintura que me haces del gran Napoleón, de quien es Navarro un entusiasmado admirador, como yo y otros muchos; lo que dices de nuestro amabilísimo Hedouville y de su hermano, cuyos abrazos te envidio no poco; quanto cuentas sobre nuestras tropas, las francesas, y particularmente de nuestra caballería, y lo que me refieres del valor de los rusos, todo le ha interesado bastante; pero ha puesto la atención con particularidad en lo que me cuentas de la gran parada que vió en Maguncia el señor Berthier, pues quisiera Navarro que nos dixeras no sólo que la artillería formó en primer lugar, sino qué lugar era este en la formación; si hace servicio de otra especie que el peculiar de su arma como entre nosotros; si formó con piezas ó como infantería y caballería; qué armamento, correaje y vestuario usan, etc., etc. También me ha encargado el Xefe que te diga procures reunir quantos conocimientos puedas sobre la fuerza, constitución, régimen económico, orden de ascensos, sueldos, gratificaciones etc., etc., de la tropa y oficiales de artillería, por regimientos ó en total; que indagues lo mismo respecto á la Caballería é Infantería, la milicia* bourgeoise, *etc.; también sobre la composición de un exército, deberes de su Estado Mayor, sistema que se sigue en el suministro de víveres, el de la conscripción, etc.; cómo están organizados los* bataillons de train *para la artillería; y finalmente quanto pueda servir para que se formen acá ideas claras de cómo están esos señores, y también con el fin de adoptar, ó á lo menos adaptar á nuestra constitución, con las modificaciones necesarias, lo que prometa utilidad.* Sur le matériel de l'artillerie *ya se os encargó que trabajaseis, particularmente á Bresón, Montes, etc. De todo podrás informarnos más fácilmente, si puedes remitirnos los* reglamentos *de cada cuerpo, si los tienes impresos, y todo lo que esté publicado, á lo qual añadirás tus observaciones y las variaciones que hayan ocurrido después.*» Prevíenele cómo ha de remitir los reglamentos, mapas, planos de máquinas, etc.: «*procura* (dícele) *hacer un grande almacén de noticias sobre todos los ramos, que nos comunicarás á tu regreso, y recoge quantas puedas, pues todas te cabrán en esa cabeza peruana que Dios te ha dado para contribuir á la ilustración de tus pobres amigos y paisanos: además que, acaso no te volverás á ver en otra correría como esta. Quando vengas te hemos de devorar á tí á preguntas, y á tus papeles con los ojos. Entretanto perdona que te suplique que sigas escribiéndome quanto veas, lo qual, aunque te robará algunos ratos de recreo, me dará á mí singular placer; pero no por eso quisiera que aumentasen demasiado tus ocupaciones. ¿Qué te diré yo de por acá? que hay grandes baylarines en el teatro, en los diarios y en los carteles de las esquinas? no: hablaremos más gordo. El Duque de Frías salió hoy mismo de ésta para París, en calidad de Embaxador Extraordinario para cumplimentar á Napoleón por sus victorias, etc. Hemos empezado á figurar contra los Portugueses, creímos que habría guerra sin remedio; pensábamos volver á las andadas, acompañados de nuestros aliados, y mandados, como* in illo tempore, *por el Generalísimo; echábamos nuestra cuenta con vivir este invierno en Lisboa ú Oporto, casarnos con una rica portuguesa, etc., pero, amigo, según parece, todo se ha arreglado, ó va á componerse.*» – Luego le da noticias de América: en Buenos Aires siguen con ánimo de defenderse; los ingleses, apoderados de Montevideo y de la orilla norte del Río; y los indios preparándose á ayudarnos con más de 30 mil hombres. Y prosigue: «*Ya sabrás necesariamente que, según aquí se dice, no continúan su marcha los regimientos de Almansa y Lusitania; por lo que supongo no los esperarás ya en Maguncia, y que estarás reunido con tu General y compañeros en el Hannover ó en Hamburgo*»... «*Joaquín me encarga continuamente que te dé sus memorias, y los demás de Segovia; ya sabes quiénes; lo mismo me encarga Daoiz que está aquí destacado.*»... «*Acá nos cuentan que los franceses os han obsequiado excesivamente, que tienen buena opinión de nosotros, que alaban nuestra constancia en sufrir los males de la guerra común con una fidelidad de verdaderos aliados, y qué sé yo quantas otras cosas. Dime si es cierto todo, como debe serlo; si es verdaderamente fraternal su amor, aunque sea sólo por moda; y si es verdad que nos creen más atrasados en las ciencias que lo que realmente estamos, etc. ¿Qué saben ellos, de lo qual no tengamos medianas noticias?*» – Le habla luego de la reforma que se ha hecho en la Compañía flamenca de Guardias de Corps, y sigue este párrafo: «*Me hubiera alegrado infinito de haberte acompañado en tu visita al amigo Hedouville, al más conse-*

güente de todos los franceses, al más amable de todos los hombres que yo he conocido, y á un amigo á quien estimo muchísimo. Celebro esté en tal predicamento con S. M. I. y tan condecorado con honores y emolumentos. Si vuelves á verle le darás mil y mil abrazos de mi parte, y le dirás que desde el centro de las Castillas me acuerdo muy á menudo de la amistad que tenemos, á la qual le estoy muy reconocido. – Creo que mañana se pondrá en la Gaceta un pequeño affaire *de nuestras tropas con los suecos delante de Stralsund.*»

¡Cuánto entusiasmo por Napoleón! ¡Cuánto deseo de adaptar á España las mejoras por él introducidas en la organización de los ejércitos! ¡Qué exaltado cariño á Hedouville y qué satisfacción de poseer su afecto!... ¿Quién es el afrancesado que esto escribe, y que en sus íntimas expansiones con el amigo ausente que va recorriendo tierras extrañas, se muestra tan admirador de la cultura extranjera? ¡Ah! el que esto escribe es DON PEDRO VELARDE, aquel mismo bizarro oficial de artillería que se hallaba, sin sospecharlo, en vísperas de darse en holocausto, con su compañero Daoiz, por la santa causa de la independencia española. De su puño y letra son ambas cartas, autenticadas con su propia firma: dádiva preciosa recientemente hecha á nuestra Real Academia de la Historia por un esclarecido prócer á cuyas luces y celo tiene hoy confiada S. M. la Reina Regente la cartera de Fomento (1).

¿Hubiera jamás creído ningún patriota vocinglero de los que odian todo lo francés, que de la pluma de un verdadero español tan ilustre pudieran brotar tales conceptos? Y sin embargo, el patriotismo racional y desapasionado sólo hallará en estas cartas nuevos motivos para admirar y venerar el alma hermosa y grande de su autor. Hay que situarse en la escena en que él se hallaba y ante el fascinador espectáculo que se desarrollaba á su vista.

Napoleón había humillado en tres batallas á las tres grandes potencias del continente europeo, al Austria en Ulma, á Rusia en Austerlitz, á Prusia en Jena. En el año mismo en que Velarde mantenía su correspondencia epistolar con Guerrero, había vencido otra vez á la Rusia en aquel pavoroso campo de Eylau, en aquella tremenda batalla que él mismo calificó de *espectáculo más á propósito para inspirar á los príncipes amor á la paz y horror á la guerra*. Luego, en el mes de mayo, se le rindió Dantzick, el gran depósito del comercio del Norte... Luego, en 14 de junio, triunfó en Friedland. A 25 de este mismo mes se firmó la paz de Tilsitt, acontecimiento que llenó de júbilo á Europa, y que hacía exclamar á Guerrero en la carta que dirigía á Velarde desde Maguncia: *friede! friede! friede!* como quien dice: *bendita sea la paz!* Nunca realmente habían brillado más la persona y el nombre de Napoleón: nunca su cetro imperial había logrado mayor poderío. Desde el estrecho de Gibraltar hasta el Vístula, desde las montañas de la Bohemia hasta el mar del Norte, de los Alpes al Adriático, todo lo dominaba, ya directa, ya indirectamente, ora por sí, ora por medio de príncipes, hechuras suyas los unos, dependientes suyos los otros. Fuera de estos límites, no reconocía más que aliados, ó enemigos subyugados, exceptuando sólo la Inglaterra, á la cual amenazaba con un *bloqueo continental*, es decir, con la guerra contra todo el universo. Y ¿qué recompensas no recababan de su regia liberalidad los hombres que le habían levantado á tan prodigiosa altura? Sus compañeros de armas, Lannes, Massena, Davout, Berthier, Ney, etc., recibían títulos tomados de los grandes sucesos de su reinado, tierras situadas en Polonia, Alemania, Italia, y sumas considerables para adquirir y alhajar suntuosas viviendas. Y también los empleados civiles participaban de sus larguezas: el archi-canciller Cambaceres, el archi-tesorero Lebrun, Mollien, Fouché, Daru, Decrès, obtenían pingües rentas. Desde el año anterior (1806) venía repartiendo coronas entre sus hermanos y hermanas, y principados entre sus fieles servidores: hizo á Bernadotte príncipe de Ponte corvo, á Talleyrand príncipe de Benevento, al mayor general Berthier príncipe de Neufchâtel. Él por su parte, sencillo y económico en su persona, sólo espléndido con los demás, castigaba la menor distracción de los fondos públicos, mostrábase inflexible con todo inmotivado despilfarro, y era pródigo en la ejecución de todo proyecto encaminado á aumentar la gloria de la Francia y la de su nombre. Y aquellos tesoros no eran arrebatados á los pueblos, como suponían sus detractores, sino á los emperadores, á los reyes, á los príncipes y á las corporaciones religiosas decadentes, que desde el año 1792 venían hostilizando á una nación que pugnaba por su completa regeneración material y moral. Los pueblos vencidos no eran por él maltratados; respetábalos cuanto lo permitían las duras necesidades de la guerra. Y en cuanto á sus heroicos soldados, ¡qué espíritu no había logrado infundirles! No necesitaba por cierto exaltar su valor con el dinero: tan ajenos estaban de poder hacer fortuna cuando corrían á Austerlitz, á Jena, á Eylau y á Friedland, como cuando volaban á Marengo y á Rivoli, y aun antes á Valmy y Jemmapes. Lanzábanse á la gloria impelidos por el vehemente anhelo de acabar grandes empresas: anhelo que la Revolución engendró en sus pechos y que el Emperador supo fomentar hasta el más alto punto.



FANTASÍA, cuadro de Fernando Brylla

Pues si cualquier buen español como Velarde, ansioso del progreso de su pobre y atrasado país, y lleno de generosa emulación, trasladaba la vista del cuadro de las glorias militares de Napoleón al de sus triunfos como legislador y administrador, y como restaurador de la paz, del crédito nacional, de la industria, de la instrucción pública, de las artes y del culto religioso, ¿no descubría de la misma manera harto campo de admiración y aplauso? ¿Dejarían por ventura de traerle las gacetas de París, el *Monitor* y otros mil medios de comunicación, noticias de las grandes instituciones y reformas llevadas á cabo por aquel portentoso genio con el auxilio del Tribunado, del Cuerpo Legislativo y del Consejo de Estado; de la publicación del Código á que dió su nombre; de la creación del Tribunal de Cuentas; de las inmensas mejoras introducidas por Mollien en la administración de la Hacienda pública; de la prodigiosa actividad desplegada en la construcción de caminos y canales y en todas las obras de pública utilidad; de los embellecimientos de París; de la erección de los arcos triunfales del *Caroussel* y de la *Estrella*, y de la columna de la plaza Vendome, feliz imitación de la famosa *columna Trajana*; del templo de la *Magdalena*, de los grandiosos puentes de Austerlitz y de Jena, etc.? Cuando Velarde escribía á Guerrero su carta de 1.° de setiembre, de seguro acababa de leer en el *Monitor* la relación de la deslumbradora fiesta del 15 de agosto, consagrada á *San Napoleón*, y de la apertura del Cuerpo Legislativo del día 16, en que se presentaron al país las leyes de hacienda, el Código de comercio y las leyes relativas á las obras públicas, y se expuso ante las altas corporaciones del Estado la situación de Europa. Quizá resonaban aún en su cerebro aquellas lisonjeras palabras del soberbio discurso del Emperador: «Mi ministro de lo Interior os dará cuenta de las obras que se han comenzado ó concluído; pero lo que está por hacer tiene aún más importancia, porque quiero que en todo mi Imperio, hasta en la más humilde aldea, aumenten el bienestar de los ciudadanos y el valor de las tierras por efecto del sistema general de mejoras que he concebido.» Quizá él y sus compañeros de armas, considerando el triste contraste que con el floreciente Imperio francés, renovación del Imperio de Occidente bajo Carlomagno, formaba la pobre y abatida España supeditada á un *favorito* adocenado é intrigante y á una secreta camarilla de cortesanos imbéciles y abyectos, comentaban en aquellos días con dolor y con noble envidia estos párrafos con que el presidente del Cuerpo Legislativo, M. de Fontanes, contestaba al discurso del ministro de lo Interior:

«El cuadro que acabáis de ofrecer á nuestra vista parece presentarnos la imagen de uno de esos reyes pacíficos exclusivamente consagrados á la administración interior de sus Estados; y sin embargo todas esas tareas de pública utilidad, todos esos sabios proyectos destinados á perfeccionarlas, han sido ordenadas y concebidas en medio del estruendo de las armas, en los últimos confines de la Prusia vencida y en las fronteras de la Rusia amenazada. Si tantos beneficios supo proyectar y poner por obra un héroe á quinientas leguas de la capital y entre los cuidados y fatigas de la guerra, ¡cuánto no aumentarán restituído éste á nuestros hogares! Verémosle todo entregado á la grande obra de la felicidad pública, y su gloria cautivará eternamente los corazones... La misma guerra, dolencia antigua y dolorosamente necesaria, que se cebó en todas las sociedades humanas, azote cuyos efectos es tan fácil deplorar y cuya causa es tan difícil extinguir, presta cierta utilidad á las naciones. Con ella adquieren nueva energía los pueblos envejecidos, y tienden á aproximarse naciones largo tiempo enemigas, que aprenden á amarse en el mismo campo de batalla; ella agita y fecunda las inteligencias con espectáculos extraordinarios, y sobre todo instruye á las edades presente y venidera cuando hace surgir alguno de esos genios excepcionales que aparecen en el mundo para transformarlo todo.»

Pero nótese lo que es el patriotismo del hombre culto y honrado. Sin embargo de la fascinadora impresión que en su mente producen tanta grandeza, tanta prosperidad y tanta gloria, Velarde, el sincero admirador de la Francia del año 1807, cuando advierte que Napoleón, cegado por la sed insaciable de la dominación universal, intenta extinguir con los Borbones de España la nacionalidad española; cuando comprende el engaño en que había estado, creyendo ver en los cuerpos de observación de la Gironda ejércitos aliados, y no ejércitos enemigos; cuando se persuade de que los proyectos del Emperador al sacar de nuestra península cuerpos de ejército para el Norte y para Portugal, no tienen más objeto que mermar nuestras fuerzas y dejar indefensas nuestras poblaciones, y ve que de las ciudadelas de Pamplona y Barcelona, de Monjuich, de Figueras y San Sebastián se han apoderado insidiosamente nuestros traidores aliados, y que los dos desatentados partidos de Carlos IV y del príncipe de Asturias conspiran neciamente á ser el ludibrio de Europa y á cubrir de lodo, á fuerza de abyección, de adulaciones á Napoleón y de estúpido servilismo, la veneranda corona de San Fernando, entregándose en la persona de sus jefes á merced de Napoleón en Bayona; entonces, no teniendo ya nada que esperar ni del gran trastornador de las antiguas monarquías, ni de la envilecida corte de España, abraza el partido popular, en cuyo certero instinto de resistencia libra su salvación la amenazada nacionalidad española... Y en aquel supremo día 2 de mayo de 1808, su deber y su honor le hacen héroe, y su heroísmo le ciñe la inmarcesible corona de mártir de la patria!

[illegible]

(1) El Excmo. Sr. Conde de Xiquena, Duque de Bivona.



UN CASAMIENTO Á PRINCIPIOS DE ESTE SIGLO, cuadro de F. Peralta

PRIMER



ORGANIZADO POR EL CÍRCULO ARTÍSTICO DE BARCELONA Y CELEBRADO

BAILE DE TRAJES


EN EL TEATRO LÍRICO EN LA NOCHE DEL MARTES DE CARNAVAL DE 1889

EXPOSICIÓN CONMEMORATIVA DE LA FAMILIA DE LOS ESTUARDOS



MARIA, reina de Escocia

EXPLORACIÓN DE STANLEY

DESDE EL 28 DE JUNIO DE 1887 HASTA EL 28 DE AGOSTO DE 1888

REFERIDA POR ÉL MISMO

Al Presidente de la expedición de auxilio de Emín Bajá

Isla de Bungangeta, río Ituri ó Aruhuimi, 28 agosto 1888

MUY SEÑOR MÍO:

Se os enviaron el 17 del corriente por los correos á Stanley-Falls algunas líneas en que os participaba brevemente que habíamos remitido los primeros socorros á manos de Emín Bajá en el Alberto Nyanza, á la vez que algunas cartas á Tippo Tip, el gobernador árabe de aquel distrito, y esto tres horas antes de nuestro encuentro con la retaguardia de la expedición.

Aquí me propongo daros una memoria de nuestros movimientos desde 1887.

EN EL CAMPAMENTO DE YAMBUYA

Había establecido en Yambuya, en el bajo Aruhuimi, inmediatamente después de las primeras corrientes, un campamento atrincherado, circuído de empalizadas, nombrando comandante al mayor Edmundo Bartelot, que era el oficial de más edad de los que me acompañaban, y dándole por teniente el voluntario M. Jamieson.

A la llegada de los hombres y de las mercancías de Bolobo y del Stanley Pool, creían los oficiales que MM. Troup, Ward y Bonny debían recibir órdenes del mayor Bartelot; pero ninguna disposición debía tomarse sin consultar previamente á MM. Troup, Jamieson y Ward. Según una carta de instrucciones dadas por mí, el mayor debía tener á sus órdenes 257 hombres.

CORRESPONDENCIAS Y NOTICIAS

Habiendo prevenido al mayor que os enviara copia de las instrucciones dadas á cada oficial, sabréis sin duda que Bartelot debía permanecer en Yambuya hasta el arribo de los *steamers* del Stanley-Pool llevando á bordo los oficiales, los hombres y las mercancías de la retaguardía; y si entre tanto el contingente de los portadores prometidos por Tippo-Tip había llegado, debía marchar á nuestras huellas con sus hombres, debiendo señalarse nuestro paso á través de las regiones fronterizas por los árboles quemados, por nuestros campamentos y nuestras zeribas.

Pero en el caso de que faltara este contingente prometido, si Bartelot prefería seguirnos á permanecer en Yambuya, debía pasar por alto ciertas cláusulas de sus instrucciones y hacer á cortas etapas viajes dobles ó triples esperando mi vuelta de Nyanza. Estas instrucciones eran explícitas y en opinión de todos los oficiales perfectamente inteligibles.

LA PARTIDA – PRIMERAS ESCARAMUZAS CON LOS INDÍGENAS

La columna de vanguardia, compuesta de 388 hombres con sus oficiales, salió de Yambuya el 28 de junio de 1887. El primer día seguí la orilla del río, y después de haber andado 12 millas, llegó la expedición al gran distrito de Yamhude. A nuestra aproximación, incendiaron los indígenas sus habitaciones y á favor del humo atacaron á nuestros exploradores ocupados en desembarazar de obstáculos la entrada del pueblo. La escaramuza duró un cuarto de hora.

El día siguiente se siguió la marcha por el camino que se dirige al Este y por espacio de cinco días atravesamos villajos muy poblados. Los indígenas recurren á todos los medios empleados por aquellos pueblos bárbaros y primitivos para molestar al enemigo; pero nosotros pasamos sanos y salvos.

Muy luego eché de ver que el camino seguido nos separaba mucho de nuestra dirección, y entonces me dirigí al N. E. pudiendo así volver á la orilla del río el 5 de julio. A partir de esta fecha hasta el 15 de octubre, siguió la expedición la margen izquierda del Aruhuimi.

El día 24 de nuestra partida de Yambuya desertaron dos hombres. En todo el mes de julio no hicimos más que cuatro altos, y el 1.° de agosto murió un hombre de disentería; de modo que estas veinticuatro jornadas fueron singularmente favorecidas. Pero entonces entramos en un desierto, cuyo paso había de durar nueve días, con lo cual se aumentaron nuestros sufrimientos y fué mayor el número de muertos. Por fortuna nos vino en ayuda el río, y dispuse que se trasportaran en canoas los enfermos, pudiendo así avanzar sino rápidamente, á lo menos con regularidad.

El 13 de agosto llegamos á Air-Sibba, donde los indígenas se opusieron resueltamente al paso de la expedición, matando cinco hombres con sus envenenadas flechas. También tuve el pesar de ver mal herido en el pecho al teniente Stairs; pero al cabo de un mes de grandes sufrimientos pudo restablecerse. El 15 de agosto M. Jephson, que mandaba el destacamento de tierra, hubo de perder el camino extraviándose con sus hombres en el interior del país, sin poder incorporarse hasta el 21.

El 25 llegamos al distrito de Air Jalí: la confluencia del Nepoko, tributario del Aruhuimi, hallábase enfrente y cerca de nuestro campamento.

ESTABLECIMIENTOS ÁRABES

El 31 de agosto encontró la expedición un destacamento de Manyemas perteneciente á la caravana de Ugarrúa, llamado Uledi-Balyuz, antiguamente *Tentboy* (sirviente á las órdenes de los *tentas*) del explorador Speke.

Nuestras desgracias parten de esta fecha, porque había yo elegido el camino del Congo, á fin de evitar el encuentro de los árabes, que habían de provocar la deserción de mis hombres ofreciéndoles regalos, y he aquí que vuelvo á encontrar á los árabes. Veintiséis hombres desertaron en los tres días que siguieron á tan enojoso encuentro.

El 16 de setiembre llegamos al campamento en frente de la estación de Ugarrúa. Habiendo devastado éste una inmensa comarca, los víveres eran raros, y así no me detuve más que un día, esforzándome en establecer relaciones amistosas con este jefe, á quien tuve que confiar 56 hombres enfermos. Todos los Somalís prefirieron quedarse con Ugarrúa á continuar las marchas dobles, y cinco sudaneses hicieron lo mismo. Acompañarnos más lejos hubiera sido para todos la muerte segura, mientras el restablecimiento era posible, permaneciendo en la caravana de Ugarrúa, que se encargó de asistirlos á razón de cinco dollares mensuales.

El 18 de setiembre se separó de Ugarrúa la expedición y un mes después llegó á la colonia ocupada por Kilanga-Luga, esclavo zanzibarita perteneciente á Abed-ben-Salim, antiguo jefe árabe, cuyas sanguinarias hazañas he referido en mis *Cinco años en el Congo*. Este mes de octubre fué espantoso y permanecerá para siempre grabado en la memoria de todos los miembros blancos y negros de la expedición.

Al separarnos de Ugarrúa, constaba la expedición de 273 hombres, porque de los 359, habían desertado ó muerto 65 entre Yambuya y Ugarrúa, y 56 habían quedado enfermos en la estación árabe. Nuestro alimento se componía de frutas silvestres, de hongos y una especie de nuez que tiene la forma de un haba. Los esclavos de Abed-ben-Salim habían hecho todo lo posible por arruinar la expedición: habían comprado á mis hombres sus armas y sus vestidos, de modo que al retirarnos de la estación estábamos faltos de todo, y nuestros hombres completamente desnudos. Estábamos tan débiles que tuvimos que desistir de trasportar el barco y unas setenta cargas de mercancías, que dejamos en Kilanga-Luga, bajo la vigilancia del cirujano Parke y del capitán Nelson, el cual se hallaba en la imposibilidad de dar un paso.

Después de doce jornadas de marcha, llegamos á una colonia indígena llamada Ibuiri; pero nuestra situación no se mejoró entre Kilanga-Luga é Ibuiri. La devastación árabe había llegado hasta algunos kilómetros de Ibuiri, devastación tan completa, que ni una cabaña había quedado en pie en todo aquel trayecto, y lo que no habían destruído los esclavos de Ugarrúa y Abed-ben-Salim, lo fué por los elefantes convirtiendo unos y otros en espantoso desierto toda aquella comarca.

EL PAIS DE LA ABUNDANCIA

Por fortuna, en Ibuiri estábamos fuera del alcance de aquellos merodeadores, en una región muy poblada y donde había víveres en abundancia. Nuestros sufrimientos, que habían comenzado el 31 de agosto, terminaron el 12 de noviembre; sino que los hombres de la expedición eran verdaderos esqueletos, y de los 389 no quedaban más que 174. Mandé pues hacer alto para que descansaran y recobraran fuerzas. Hasta aquí se habían mostrado escépticos en cuanto á mis promesas: habían sido tantos los sufrimientos, tantas y tales sus desdichas, tan largo y pesado el camino á través del bosque, que se resistían á creer que dentro de algunos días veríamos probablemente, llanuras, rebaños, el Nyanza y el hombre blanco Emín Bajá. «Más allá del país de los merodeadores, les dije, se encuentra una tierra virgen, donde abundan los víveres y podréis olvidar vuestras miserias. Así pues, buen ánimo, probad que sois hombres y no desmayéis hasta el fin.»

Pero se hicieron sordos á mis ruegos y exhortaciones; impelidos por el hambre y los sufrimientos, vendieron por algunas espigas sus armas y municiones y se encontraban en un estado de desmoralización completa. En este conflicto, me resolví á hacer un ejemplar castigando de muerte á los más rebeldes: hice pues prender á dos de ellos y fueron ahorcados á vista de los demás.

La expedición se detuvo tres días en Ibuiri, donde abundaban los víveres de tal modo, que se hartaron de bananos, de trigo, de habas, de cabras y gallinas. El remedio fué tan eficaz y tan rápido el efecto, que el 24 de noviembre, cuando seguimos la marcha para Alberto-Nyanza, mis 173 hombres (de los cuales murió uno de un flechazo) estaban, no sólo en buena salud, sino también robustos.

Ciento veintiséis kilómetros nos separaban aún del lago. Pero ¿qué significaba esta distancia? ¿No teníamos ya víveres de sobra?

LA LLANURA

El 1.° de diciembre, desde lo alto de una montaña, que yo denominé monte *Pisgah*, descubrimos la región en que debían terminar nuestros sufrimientos. El día 5 entró, en fin, la expedición en la llanura dejando atrás el sombrío é interminable bosque. Después de ciento sesenta días de oscuridad continua, vimos por fin la clara luz del sol bañando el paisaje que se desarrollaba á nuestra vista. Jamás nos había parecido más verde la vegetación ni más risueña la tierra. Mis hombres gritaban y retozaban de alegría y olvidando el peso de su carga hasta se daban á la danza. Yo, por mi parte, sentía renacer en mí ese espíritu de entusiasmo inseparable de todo éxito. ¡Ay del indígena que nos hubiera entonces atacado! Animados mis hombres del mismo espíritu que yo, se hubieran lanzado sobre él como el lobo sobre la oveja. Sólo la eterna oscuridad del bosque había vuelto á aquellas pobres gentes bastante temerosas para sufrir el brutal tratamiento de los esclavos árabes de Kilanga-Luga.

MAZAMBUI. – TODAVÍA GUERRA

El 9 de diciembre llegamos á la región del poderoso jefe Mazambui. Los villajos de esta región son tan numerosos que no hay más caminos que á través de los caseríos y de los campos circundantes. Pero los indígenas nos vieron desde lejos y estaban preparados.

A eso de las cuatro de la tarde llegamos al centro de una aglomeración de caseríos, é inmediatamente hice ocupar una altura y construir una *zeriba* con toda la rapidez que fué posible á mis hombres. Los terribles gritos de guerra resonaban de monte en monte; de todos los puntos del país llegaban indígenas á centenares, y tambores y trompetas anunciaban claramente que se preparaba la guerra. Tuvimos en respeto á los más audaces de ellos, y después de una ligera escaramuza se apoderaron mis hombres de una vaca, que fué nuestro primer *beafsteck* desde el Océano.

La noche pasó en la mayor tranquilidad.

Por una y otra parte nos preparábamos para el día siguiente. Los indígenas tenían deseos de saber quiénes éramos, y nosotros queríamos obtener datos y noticias del país, que amenazaba arruinar la expedición.

Algunas horas hubieron de pasar en discusión, manteniéndose á respetuosa distancia uno y otro bando. Los indígenas decían que eran súbditos de Uganda, pero que su verdadero rey no era sino Kabba-Rega, cuyas funciones ejercía actualmente Mazambui.

Decidiéronse, en fin, á aceptar nuestros tejidos y nuestro alambre de latón para que juzgara Mazambui, que nos comunicaría su resolución el día siguiente, y entre tanto se suspendieron las hostilidades.

El día siguiente 11 á las ocho de la mañana quedamos sorprendidos y aun espantados oyendo decir á un indígena que Mazambui había declarado su intención de oponerse al paso de la expedición.

Al saber esta declaración, de todos los puntos del valle se levantaron gritos atronadores. Su palabra *kanwana* significa hacer la paz, y *kurvana*, al contrario, hacer la guerra. No estábamos bien seguros de la exacta interpretación y creíamos haber comprendido mal. En la duda envié un intérprete para saber si se trataba de *kurvana* ó de *kanwana*.

Contestáronle que era *kurvana*, es decir guerra, y para no dejarle ninguna duda le dispararon dos flechas.

Nuestro campamento estaba establecido entre dos cadenas de montes, una superior y otra inferior: por un lado había un valle de 250 metros de amplitud, y por otro un vallejo de unos tres kilómetros de largo, teniendo el valle al E. y al O. las dimensiones de una gran llanura.

Centenares de guerreros se disponían á descender de la cadena superior y otros centenares se reunían en el valle. No había que perder tiempo, y envié una compañía de 40 hombres, al mando del teniente Stairs, á atacar á los del valle mientras Jephson al frente de treinta tiradores hostilizaba á los que bajaban de las alturas.

A pesar de la presencia de centenares de indígenas, Stairs pasó un río estrecho y profundo y tomó al asalto el primer pueblo; los tiradores forzaron á los indígenas á escalar los flancos de la montaña y Jephson remontó el valle al E. aventando á los indígenas y tomando sus caseríos. A las tres de la tarde no quedaba un indígena á la vista, excepto los fugitivos que se reunieron en una altura situada á unos dos kilómetros de distancia.

LLEGADA AL LAGO ALBERTO

Durante la jornada del 12 tuvimos que sostener cuatro ligeros encuentros, y el 13 nos dirigimos al E. hostilizados continuamente por nuevos destacamentos de indígenas. A la una nos pusimos en marcha, y un cuarto de hora después grité á mis hombres:

– Preparaos á ver las aguas del Nyanza.

Y me contestaron murmurando:

– ¿Por qué nos habla el amo continuamente del Nyanza? ¿No estamos pues en una llanura y vemos las montañas á más de cuatro jornadas de aquí?

A la una y media el Nyanza corría á nuestros pies.

A mi vez yo me burlé entonces de los escépticos. Pero en el momento en que iba á preguntarles qué era lo que tenían á la vista, vinieron en masa á besarme las manos y á pedirme perdón: fué mi recompensa. Me dijeron que las alturas que se veían más allá eran las montañas del Unyoro. Kaballi, á orillas del lago, punto objetivo de la expedición, estaba aún á 10 ú 11 kilómetros de distancia.

Nos hallábamos á una elevación de 1550 metros sobre el nivel del mar. El Alberto Nyanza estaba situado á más de 875 metros por debajo de nosotros. Estábamos poco más ó menos á 1° 20′ de latitud N., y el extremo S. del Nyanza se hallaba á unos 11 kilómetros al S. de nuestra posición.

En la orilla oriental del lago el menor accidente de sus bordes era visible y columbré el río Kakibbi entrando en el lago en dirección de S. O.

Después de un breve alto para gozarnos en el espectáculo, comenzó la expedición á operar el descenso de los quebrados flancos de la montaña, y apenas se había movido la retaguardia, cuando los indígenas de la meseta que acabábamos de abandonar se precipitaron sobre nosotros. Si hubieran mostrado en el combate de la llanura el valor y perseverancia que desplegaron entonces, á buen seguro hubiéramos sufrido un retardo considerable. La retaguardia tuvo mucho que hacer hasta el momento en que la expedición llegó á algunos centenares de pies de la llanura de Nyanza.

Hice establecer nuestro campamento en medio de la planicie. Nuestros barómetros aneroides marcaban entonces 750 metros sobre el nivel del mar. Durante la noche, los indígenas atacaron el campamento; pero nuestros centinelas lograron expulsarlos.

El 14 á las nueve de la mañana nos acercamos á la aldea de Kakongo, situada al extremo S. O. del lago Alberto. Por espacio de tres horas me esforcé en establecer buenas relaciones con los indígenas, sin poderlo conseguir. Negáronse á permitir que fuéramos al lago, porque, al decir de ellos, espantaríamos sus ganados. No quisieron hacer con nosotros el cambio de la sangre, porque no sabían de ninguna persona que hubiera venido en amistad de la parte del Oeste del lago. Ni quisieron tampoco aceptar presentes ignorando quiénes éramos.

Consintieron, sin embargo, en darnos agua y en indicarnos el camino de Nyam Sasie; y supe por este singular pueblo que había un hombre blanco en Unyoro; pero en cambio, no habían oído decir nunca que hubiera blanco ninguno en la orilla occidental y afirmaban que jamás habían visto en el lago un *steamer*.

Su proceder no dejaba de ser oficioso, pero al parecer, no les gustaba nuestra presencia en el país. Indicáronnos un camino, que la expedición siguió por espacio de algunos kilómetros; después hice establecer un campamento á una media legua del lago.

Entonces reflexioné en nuestra situación.

Mis correos de Zanzíbar, con toda evidencia no habían llegado, porque era de suponer que Emín, con sus dos *steamers*, hubiera hecho una visita al extremo S. O. del lago á fin de preparar á los indígenas á nuestra llegada. Mi barco se encontraba en Kilanga-Luga, á una distancia de 350 kilómetros. Mi conciencia no me permitía tomar una canoa sin el pretexto ó excusa de una queja. No veía tampoco ningún árbol corpulento para construirla. La distancia que nos separaba aún de Wadelai era espantosamente larga para una expedición tan reducida como la nuestra. Habíamos gastado también cinco cajas de cartuchos en las cinco jornadas de combate en la llanura. Si teníamos necesidad de sostener un ligero sitio se agotarían rápidamente nuestras provisiones.

Sólo un proyecto me parecía práctico: volver á Aruhuimi á construir un fuerte; enviar una expedición á Kilanga-Luga á recobrar nuestro barco; depositar en el fuerte toda la carga que no se pudiera transportar; dejar también en él una guarnición que se encargara de sembrar y recoger trigo; volver luego al lago Alberto y enviar el barco á buscar á Emín Bajá.

Después de haber discutido detenidamente el asunto con mis oficiales, me decidí á intentar la ejecución de este programa.

RETIRADA HACIA EL FUERTE BODO

El 15 llegamos al sitio de Kaballi á la orilla occidental del lago. Kaballi fué destruído hace algunos años. A las cuatro de la tarde, los indígenas de Kakongo que nos habían seguido, nos lanzaron muchas flechas y desaparecieron luego. A las seis, cerrada ya la noche, emprendimos de nuevo la marcha, á favor de la oscuridad, y el 16 á las diez de la mañana llegamos otra vez á lo alto de la planicie. Algunos indígenas de Kakongo, continuaron hostilizándonos durante la subida, y nos hicieron dos bajas, un muerto y un herido.

El 7 de enero estábamos de vuelta en Ibuiri, y después de algunos días de reposo, el teniente Stairs, con un centenar de hombres, pasó á Kilanga-Luga á traer el barco y las mercancías, como también al capitán Nelson y al cirujano Parke. De los 38 hombres que habían quedado con estos oficiales, sólo llegaron al fuerte 11, habiendo muerto ó desertado los demás.

A la llegada de Stairs con el barco y las mercancías, lo envié á Ugarrúa á recoger á los convalecientes, concediéndole 39 días de tiempo para esta expedición. Poco después de su partida, caí yo enfermo con una gastritis y un absceso en el brazo; pero gracias á la asistencia del doctor Parke, pude recobrar la salud al cabo de un mes, y el 22 de abril volví á ponerme en marcha para Alberto Nyanza, acompañado del capitán Nelson y del doctor Parke. El capitán, ya restablecido, fué nombrado en mi ausencia comandante del fuerte Bodo con una guarnición de 43 hombres.

El 26 de abril llegamos de nuevo al país de Mazambui; pero esta vez, cediendo á mi instancia, se decidió á hacer conmigo el cambio de la sangre. Bien que ahora tuviera cincuenta fusiles menos que la primera vez, siguieron el ejemplo de Mazambui los demás jefes, hasta Nyanza, y todas las dificultades quedaron orilladas. Los víveres se nos daban por nada; y bestias de carga, cabras, carneros y gallinas vinieron á nuestro poder con tanta abundancia y generosidad que mis hombres vivían como príncipes.

A una jornada del Nyanza, unos indígenas procedentes de Kaballi me participaron que un hombre blanco, llamado Malejja, había entregado á su jefe un paquete con orden de entregármelo á mí, su hijo. Y me preguntaron si quería seguirlos. Sí, les contesté; y si me habéis dicho la verdad, os haré ricos.

REUNIÓN DE STANLEY Y DE EMÍN

Los indígenas pasaron la noche con nosotros contándonos historias maravillosas á propósito de *barcos tan grandes como islas y llenos de hombres*, lo que me convenció de que el hombre blanco era Emín Bajá.

El día siguiente llegué cerca del jefe Kaballi, que me remitió una carta envuelta en un pedazo de tela negra impermeable: era en efecto de Emín. En esta carta me decía que habiendo corrido un rumor entre los indígenas sobre la aparición de un hombre blanco al extremo Sud del lago, había ido en su steamer á adquirir noticias, pero no había podido saber nada cierto, porque los indígenas que temían mucho á Kaba Kega, rey del Unyoro, asociaban con él á todos los extranjeros. Sin embargo, la mujer del jefe Nyam Sasie había dicho á uno de sus aliados, llamado Mogo, que nos había visto en el país de Mazambui. Emín me rogaba pues que permaneciera adonde estaba, hasta que pudiera ponerse en comunicación conmigo.

La carta, fechada del 16 de marzo, estaba firmada con este seudónimo: *Doctor Emín*.

El día siguiente 23 de abril, encargué á M. Jephson que pusiera el barco á flote con el número de hombres necesarios, y el 26 llegó embarcado con su gente á vista de la estación de Msua, el más meridional de los puntos egipcios de Emín.

Jephson fué recibido cordialmente por la guarnición. Los hombres del barco me aseguraban á su vuelta que jamás habían sido más abrazados ni tratados más fraternalmente.

Durante este tiempo habíamos tomado otra vez el camino de nuestro campamento del 16 de diciembre, y estábamos allí el 29 de abril, cuando á cosa de las siete de la tarde, desembarcaron Emín-Bajá, Casati y Jephson, que fueron recibidos con los brazos abiertos.

El día siguiente fuí con Emín-Bajá á tres kilómetros por encima de Nyam-Sasie, donde establecimos nuestro campamento, y permanecí con él hasta el 25 de mayo, fecha en que partí, dejando á su lado á Jephson, tres sudaneses y dos zanzibaritas. El me hizo acompañar de tres soldados irregulares y de 102 indígenas Madies como portadores.

STANLEY SE SEPARA DE EMÍN

Catorce días después llegaba al fuerte Bodo, ocupado por el capitán Nelson y el teniente Stairs. Este último había vuelto de Ugarrúa, á los veintidós días de mi partida para el lago (el 2 de abril); pero ¡ay! sólo trayendo 16 hombres de los 56: todos los demás habían muerto. Los veinte correos que había enviado yo con cartas para el mayor Bartelot, habían partido de Ugarrúa el 16 de marzo para Yambuya.

El fuerte Bodo estaba en un estado muy floreciente: diez hectáreas hallábanse destinadas al cultivo. Había recogido una cosecha de maíz que estaba encerrada en los graneros y se acababa precisamente de volver á sembrar.

El 16 de junio, dejaba el fuerte de Bodo con tres zanzibaritas y 101 de los hombres de Emín Bajá. El teniente Stairs había sido nombrado comandante del fuerte con el capitán Nelson por segundo, y el doctor Parke como agregado al servicio de su facultad. La guarnición poseía 59 fusiles. Me había privado del concurso de todos mis oficiales, á fin de no verme embarazado con los bagajes, provisiones, medicamentos, etc., que hubiera debido tomar, si me hubieran acompañado mis adjuntos europeos, pues tenía necesidad de todos los portadores disponibles para la inmensa cantidad de carga del mayor Bartelot.

El 24 de junio llegaba á Kilanga Luga, y el 19 de julio á Ugarrúa, estación que estaba abandonada. Después de haber reunido en su distrito gran cantidad de marfil, Ugarrúa había bajado al río, tres meses antes. A mi partida del fuerte de Bodo, había recibido cada portador 60 libras de harina; de modo que pude cruzar el desierto sin tener que pasar hambre.

Bajamos por la orilla del río con la presteza posible, esperando cada día encontrar los correos, que sin duda se esforzaban en llegar á su destino, estimulados por la promesa de 10 libras esterlinas por plaza. Acaso pudiéramos encontrarnos también al mayor al frente de los mozos portadores. Complacíame yo, á lo menos, en hacer estos agradables cálculos, á proporción que me acercaba á mi objetivo.

El 10 de agosto encontré á Ugarrúa con una flotilla de 57 canoas, y con gran sorpresa mía venían en ellas mis correos, cuyo número se había reducido á 17. Los pobres me hicieron una relación espantosa de los peligros que habían corrido. Fueron asesinados tres de ellos; dos estaban aún padeciendo de sus heridas, y todos, salvo cinco, tenían el cuerpo lleno de cicatrices.

STANLEY EN EL CAMPAMENTO DE BARTELOT

Ocho días después, el 17 de agosto, encontré por fin la retaguardia de la expedición en un lugar llamado Banalya. Un hombre blanco estaba á la puerta de la estacada. Creí al principio que fuera M. Jamieson; pero luego reconocí la fisonomía de M. Bonny, que había dejado el servicio médico del ejército para acompañarnos.

– Y bien, mi querido Bonny, ¿dónde está el mayor?

– Ha muerto.

– ¡Muerto!

– Asesinado, que es peor, asesinado por los manyemas hace cosa de un mes.

¡COGIDO! copia de una acuarela de Frank Dadd

– ¡Gran Dios! ¿Y M. Jamieson?

– Ha ido á Stanley Falls á fin de obtener hombres de Tippo Tip.

– ¿Y M. Troup?

Troup ha vuelto á Europa enfermo.

– ¿Dónde está M. Ward?

– En Bengala.

– ¿Entonces estáis solo aquí?

– Solo.

La retaguardia había sido lastimosamente diezmada. De los 257 hombres no quedaban más que 71. De estos 71, sólo 52 parecían aptos para el servicio; y todavía estaban flacos como cadáveres. La vanguardia había hecho en 16 días la marcha de Yambuya á Banalya, á pesar de las hostilidades de los indígenas. La retaguardia había hecho el mismo viaje en 43.

Según M. Bonny, en los trece meses y veinte días pasados desde mi partida de Yambuya, no había habido allí más que una serie de muertes, deserciones y desastres. Me falta valor para ocuparme en detalles que son verdaderamente increíbles. También me falta tiempo, porque á excepción de Bonny, no hay aquí nadie que pueda ayudarme á reorganizar la expedición. Yo no puedo desempeñar todos los cargos, pero carezco también de muchos artículos indispensables.

Salí de Yambuya con un equipaje muy limitado, dejando en poder de los oficiales mis efectos personales de reserva. En el mes de diciembre, algunos desertores de la vanguardia se presentaron en Yambuya para hacer cundir la noticia de mi muerte. No llevaban papeles consigo; pero no obstante, parece que los oficiales hubieron de dar fe á los desertores, y en enero, M. Ward hubo de proponer un día, estando á la mesa, la anulación de mis instrucciones. M. Bonny parece haber sido el único que se opusiera á semejante propuesta. Por eso se enviaron al bajo Congo mi equipo personal, medicamentos, jabón, bujías, provisiones, etc., á pretexto de ser ya todo esto superfluo.

Así, después de haber hecho este inmenso sacrificio personal, me encuentro, por decirlo así, desnudo y privado de todos los recursos que exigen las necesidades de la existencia en Africa. Extraño es, sin embargo, que estos señores hayan conservado dos sombreros, cuatro pares de botas y una chaqueta de franela.

En hora buena; con este limitado equipo volveré á cruzar el Africa para acercarme á Emín Bajá. Livingstone, pobre diablo, estaba harapiento cuando lo encontré. Esta vez el que lo haya socorrido será quien llegue en harapos. Con esto no me tendrán envidia mis oficiales, cuyo equipo está intacto.

¡Yo era el único que había muerto!

Os ruego que notéis que sólo hemos invertido 82 días desde el lago Alberto hasta Banalya y 61 desde el fuerte Bodo. La distancia no es enorme; la gente es lo que deja mucho que desear. En el viaje a Nyanza, teníamos que arrastrarla; pero á la vuelta no necesitaba ya estímulo. Entre el Nyanza y Banalya, no perdimos más que tres hombres, uno de los cuales desertó. He traído aquí 131 zanzibaritas; he dejado 59 de ellos en el fuerte Bodo; total 190 hombres de 389: pérdida, 50.

En Yambuya dejé 257 hombres y no quedan más que 71, de los cuales 10 no dejarán nunca aquel campamento: pérdida 70. Este hecho prueba que bien que los sufrimientos de la vanguardia hayan sido verdaderamente tremendos, la mortalidad no ha sido tanta como en el campamento de Yambuya. Los sobrevivientes de la marcha están todos buenos y robustos, mientras los de la retaguardia están generalmente en deplorable estado de salud.

OJEADA GENERAL

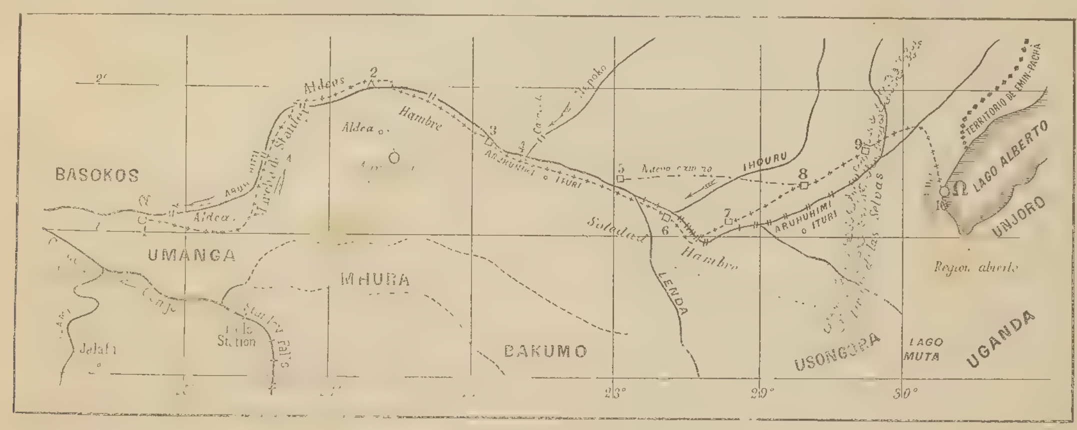
sobre el país entre Yambuya y el lago Alberto

He bosquejado rápidamente nuestros movimientos desde el 28 de junio de 1887. Quisiera tener tiempo para daros pormenores más minuciosos; mas por desgracia el tiempo me falta en estos momentos. Escribo estas líneas en medio de los preparativos de partida y de continuas interrupciones.

Con todo eso, esta carta os dará idea de la naturaleza del país que hemos atravesado. Hemos viajado por espacio de 160 días á través de un espeso bosque, compacto, continuo, sombrío; y pasado en ocho días la región de los altos hierbazales. La delimitación del bosque y de las hierbas está trazada netamente: la hemos visto extenderse hacia el N.E. con sus curvas, sus ensenadas y sus cabos, semejante á un litoral. Al S.O. conserva la región el mismo carácter. Al N. y al S. el área de los bosques se extiende desde Nyangüe hasta los límites meridionales del país de los Mombuttues. Al E. y al O. comprende todo el Congo, desde la embocadura del Aruhuimi hasta cerca de 29° de longitud E. Ignoro cuál pueda ser, al O. del Congo, el límite de este bosque. La extensión de esta área forestal puede, pues, calcularse en 246.000 millas cuadradas. Al N. del Congo, entre Upoto y el Aruhuimi, el bosque abarca aún unas 20.000 millas cuadradas.

Entre Yambuya y el Nyanza, hablan los indígenas cinco lenguas distintas. La última es la que hablan los *uanyoros*, los *uanyankoris*, los *uanya-ruandas*, los *wahbas*, y los indígenas de Karangüe y de Ukerene.

El país desciende en suaves pendientes desde lo alto de la meseta, por encima del Nyanza hasta el Congo, es decir, desde una altitud de 1.650 metros sobre el nivel del mar hasta 420 metros.



ITINERARIO DE LA EXPLORACION DE STANLEY

MARCHA ADELANTE. – (1) Stanley sale de Yambuya el 28 de junio de 1887 con 389 hombres, dejando una retaguardia con el mayor Bartelot, que partió el 21 de junio de 1888, pero fué muerto en las primeras marchas, dispersándose su escolta. – (2) Estación en Maguye. – (3) Estación en Aveychera. – (4) 25 de agosto. Confluencia del Nepoko y del Aruhuimi.—(5) Stanley acampa en Ugarrúa desde el 16 hasta el 18 de setiembre. Ha perdido ya 66 hombres, deja 56 en Ugarrúa y continúa con 263. – (6) Kilanga-Luga. Campamento del hambre. Stanley deja allí su barco. – (7) Estación de Manyuema. Los árabes esclavistas han arruinado este país. – (8) Iburi (Fuerte Bodo), fértil y rico país, donde Stanley descansa 13 días y se restablece su gente. Continúa su marcha el 24 de noviembre con 173 hombres.— (9) Salé Stanley de la región de los bosques. – (10) Llegada á Kaballi el 15 de diciembre de 1887.

MARCHA HACIA ATRÁS. – (8) Vuelve Stanley á Iburi á buscar su barco. Llega el 7 de enero á Iburi, construye el fuerte Bodo. Llama á los hombres del campamento del hambre y vuelve á partir el 2 de abril para Kaballi, donde pone á flote su barco el 23 de abril.

ENCUENTRO CON EMIN. – (10) Emín y Casati llegan el 29 de abril de 1888. Stanley permanece con ellos hasta el 25 de mayo y vuelve á partir para Yambuya.

MARCHA DE RETORNO. – (8) Llega Stanley al fuerte Bodo en 14 días y deja 59 hombres con Stairs. Vuelve á partir el 16 de junio y llega el 27 de agosto á Banalya (Nurenya) á siete jornadas de Yambuya. Envía desde allá sus primeros mensajeros. – Sabe Stanley la dispersión de su retaguardia, no encuentra ningún recurso y otra vez vuelve hacia el E. para acercarse á Emín Bajá.



LAS TROPAS INGLESAS EN EGIPTO agrupadas en torno de las Pirámides

Al N. y al S. de nuestro camino, á través de la región desierta, la superficie de la tierra está accidentada de montículos y de conos roqueños.

LAS MONTAÑAS AZULES Y EL PAÍS NEVADO DEL RUEVENZORI

Al N. no hemos visto alturas mayores de 1.800 metros sobre el nivel del mar. Pero á unas cincuenta millas de nuestro campamento en el Nyanza (215° de declinacion magnética) he descubierto una inmensa montaña, cuya nevada cima tiene probablemente unos 5.000 ó 5.500 metros sobre el nivel del mar. Esta montaña lleva el nombre de *Ruevensori* y es probablemente rival del Kilimandjaro. Posible es que sea la montaña *Gordon-Bennett* en el Gambargara, pero hay, sin embargo, dos razones para dudarlo. En primer lugar está situada bastante al O. relativamente á la posición de esta última, como indiqué en 1876; y en segundo lugar, no hemos visto nieve en el *Gordon-Bennett*.

EL ARUHUIMI

Cosa de 100 millas por encima del Yambuya, el Aruhuimi toma el nombre de *Suhali;* cerca de Nepoko el de *Nevoa;* más allá de su confluencia con el Nepoko, el de *No-Velle;* á 300 millas del Congo, el río se llama *Itiri;* después, más allá, *Ituri*, nombre que conserva hasta su origen. A diez minutos de marcha de las fuentes del Ituri, hemos visto el Nyanza en su inmensa bahía, como un espejo.

¿NOS QUEDAMOS? ¿TOMAMOS EL CAMINO DE LA COSTA?

El Bajá tiene á sus órdenes dos batallones de regulares: el primero consta de unos 750 carabineros y ocupa los puntos de Dufile, Honyu, Labore, Muggy, Kirri, Bedden y Rejaf; y el segundo, compuesto de unos 640 hombres, guarnece las estaciones de Wadelai, Fatico, Mahagi y Msua, lo que constituye una línea de comunicaciones de unos 330 kilómetros á lo largo del Nyanza y del Nilo. En el interior, al Oeste del Nilo, posee tres ó cuatro puestos pequeños, ó sea en junto 14 estaciones. Fuera de esto, manda una fuerza bastante respetable de irrregulares, marineros, artesanos, comerciantes, sirvientes.

– En total, si me decidiera á partir, me dijo, podría llevar unas 8.000 personas.

– Si yo estuviera en tu lugar, le dije, no vacilaría un momento sobre la línea de conducta que debía seguir.

– Lo que dices es verdad, pero considera el gran número de mujeres y niños. ¿Cómo trasportar toda esta gente? Necesitaríamos excesivo número de portadores.

– ¿Y para qué esos portadores?

– Para las mujeres y los niños. Yo no puedo abandonarlos, y es imposible que emprenda esta gente flaca de suyo un gran viaje á pie.

– Las mujeres deben andar y este ejercicio les haría más bien que mal. En cuanto á los niños, pudieran ir á lomos de asnos, de los cuales tienes, según creo, hasta 200. El primer mes, naturalmente, no andarían mucho camino; pero poco á poco se acostumbrarían y andarían más con menos fatiga. Cuando hice mi segunda expedición, algunas mujeres de Zanzíbar atravesaron el Africa con nosotros. ¿Por qué no habían de poder hacer lo mismo vuestras mujeres negras? No temas por ellas: hasta creo que se portarían mejor que los hombres.

– Pero ¿no necesitaríamos también una inmensa cantidad de provisiones para el camino?

– Ciertamente; pero ¿no posees también millares de cabezas de ganado, que nos suministrarían carne fresca? Las regiones que habríamos de atravesar nos darían legumbres y trigo en abundancia.

– En hora buena; mañana hablaremos otra vez del asunto.

1.° *de mayo de* 1888. – Alto en el campamento de Nsabe. A la una de la tarde vino á verme el Bajá y reanudamos la interrumpida conversación. Hizo uso de casi los mismos argumentos que expuso la primera vez.

– Lo que me dijiste ayer, me dijo, me induce á creer que sería preferible que nos fuéramos de aquí.

Los egipcios están dispuestos á partir y son unos cien hombres, más las mujeres y los niños. Aun cuando me decidiera á permanecer aquí, celebraría desembarazarme de ellos, porque todos sus esfuerzos tienden á debilitar mi autoridad y á cortarme los medios de retirada. Cuando les anuncié la caída de Khartum y la muerte de Gordon-Bajá, afirmaron siempre á los nubios que era una historia amañada por mí y que el mejor día veríamos los *steamers* de socorro remontar el río. No tengo la misma confianza, en cuanto á la buena disposición de partir, respecto de los regulares que componen los dos batallones. Han llevado aquí una vida libre y feliz y murmurarían á la idea de abandonar una región, donde la vida es para ellos mucho más agradable que en su propio país. Luego, los soldados tienen mujer y algunos tienen harem. Muchos de los irregulares también querrían seguirme. Pero supongamos que mis irregulares no quieran partir. Bien debes comprender que mi posición sería difícil. ¿Y sería humano por mi parte abandonarlos á su suerte? ¿No sería condenarlos á una muerte cierta? Me vería obligado á dejarles sus armas y municiones y á mi vuelta no habría ya disciplina. Se formarían partidos, arrastrando innumerables contiendas y desastres. Los más ambiciosos recurrirían á la fuerza, á fin de conquistar el poder, y estas rivalidades engendrarían el odio, el asesinato y en fin el aniquilamiento completo.

– Pero suponiendo que te decidas á quedarte, ¿qué piensas hacer de los egipcios?

– Yo te rogaría que tuvieras á bien llevártelos á tu expedición.

– Ahora, Bajá, ¿quieres hacerme el obsequio de preguntar al capitán Casati si tendré el placer de que me acompañe hasta la costa, pues se me ha rogado que le preste ayuda, en el caso de encontrarlo?

El capitán Casati me contestó por medio de Emín Bajá:

– La línea de conducta del gobernador Emín será también la mía. Si el gobernador se queda, me quedo; si parte, también parto yo.

– Bien veo, Bajá, que si te quedas aquí, será muy grande tu responsabilidad.

Esta observación fué traducida al capitán Casati, el cual me contestó:

– Perdonad: declaro que, por mí, queda desligado el Bajá de toda responsabilidad; yo no consulto más que mi elección personal.

Así, día por día registré fielmente mis conversaciones con Emín Bajá; y espero que estos extractos os pongan al corriente de la situación. He enviado á M. Jephson trece de mis sudaneses, y según los deseos del Bajá, hecho leer á las tropas un mensaje. Las cosas seguirán así hasta mi vuelta al Nyanza con el resto de la expedición.

Emín se proponía visitar, en compañía de Jephson, el fuerte Bodo, dos meses después de mi partida. He dado orden á los oficiales que ocupan el fuerte de destruirlo y acompañar á Emín Bajá al Nyanza. Allí espero encontrarlos á todos dentro de poco, pues tengo el propósito de volver al lago siguiendo un nuevo camino que me permitirá llegar más rápidamente.

Vuestro afmo.

ENRIQUE M. STANLEY

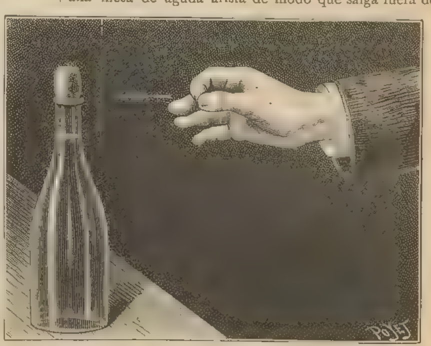
(Tomado de la *Revista francesa*)

EL TAPÓN DE CORCHO SOBRE LA BOTELLA

Colóquese sobre una mesa una botella y en el cuello de ésta póngase sin introducirlo en él un tapón de corcho: el experimento consiste en hacer caer el corcho por medio de un papirotazo haciendo avanzar rápidamente la mano desde una distancia de 60 centímetros del mismo, en la forma que representa el grabado.

De diez veces las nueve el papirotazo se da en el vacío por encima del tapón, lo cual se debe á dos causas: primera, al miedo instintivo de derribar la botella tocándola en el cuello (miedo que aumentará si se opera en una mesa de mármol en donde el cristal pueda hacerse añicos ó en una mesa dispuesta para una comida en la que la caída de aquélla pueda originar algún estropicio) y segunda por el temor de lastimarse los dedos con un choque brusco contra la botella. Esta segunda causa es la principal, como puede comprobarse eliminando la primera causa de aprensión, es decir, asegurando bien la botella á la mesa.

Dentro del mismo orden de ideas podemos indicar el experimento siguiente: puesto un fósforo al borde de una mesa de aguda arista de modo que salga fuera de



Experimento del tapón de corcho sobre la botella

ella unos 2 ó 3 centímetros en dirección perpendicular á la arista, el que se proponga hacerlo saltar por medio de un golpe violento aplicado con el filo inferior de la mano, fracasará generalmente en su intento por la segunda de las causas indicadas.

BARCELONA. – IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII → BARCELONA 6 DE MAYO DE 1889 ← NÚM. 384

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

¡TODO ACABÓ ENTRE LOS DOS! cuadro de Juana Rongier

Juana Rongier figura hoy con justicia entre las estrellas del arte pictórico francés: nacida en 1852 en Macón, demostró desde su más tierna edad excepcionales disposiciones para la pintura que dirigidas por maestros tan renombrados como Harpignies y Luminais han producido ópimos frutos objeto de la admiración de artistas y de aficionados así de Francia como del extranjero. Tres épocas nos presenta su carrera artística: en la primera se manifestó notable paisajista, en la segunda trasladó al lienzo con no poca fortuna los concienzudos estudios que hiciera sobre el período histórico de Luis XIII y en la tercera se dedicó á los cuadros de género y á los retratos.

Sus cuadros se distinguen por la verdad con que reflejan el natural, por el sentimiento de que están impregnados y sobre todo por la maestría con que reproducen los tonos del aire y de la luz: todas estas cualidades se patentizan en el que publicamos, correspondiente á la segunda de las citadas épocas de su vida en el arte, bien que en él predomina por encima de todas las demás la del sentimiento.

Una misma causa ha producido en los dos personajes de la escena distintos efectos, consecuencia de sus dos opuestos caracteres; en el hombre un dolor concentrado, con ligera dosis de resentimiento que nubla la frente pero no empaña los ojos; en la mujer un dolor que estalla, que se desborda, que se deshace en un raudal de lágrimas: el rostro de ella no se ve y sin embargo se adivina al través de los pliegues del pañuelo que lo cubre y oprime. La historia debe ser interesante; los que de tal suerte riñen no pueden quererse poco, los que tanto se quieren no habrán sin duda reñido por motivos muy graves. ¿Tardará mucho en serenarse el nuboso cielo y en volver á lucir espléndidos los alegres rayos de la dicha resucitados por la reconciliación? Se nos antoja que no. ¿Quién será el primero en ceder? A tal pregunta sólo podemos contestar con esta otra. ¿Qué corazón se muestra insensible al ver correr el llanto por las mejillas de la mujer amada?

MENDIGOS Á LA PUERTA DE UNA CASA (1608)
Fac-símile de un agua-fuerte de Rembrandt

Rembrandt es una verdadera personalidad en el arte hasta el punto de que decir en el mundo artístico *un cuadro, un retrato á lo Rembrandt* equivale á describir minuciosamente un estilo pictórico: el género creado por el ilustre maestro holandés se distingue de los demás por los efectos lumínicos, por la expresión que resulta del contraste entre la luz y la obscuridad, procedimiento especial que ha valido al célebre discípulo de Lastman y de Pinas uno de los primeros lugares entre los pintores flamencos.

Pero Rembrandt además de sus portentosos cuadros nos ha dejado una colección tan numerosa como variada de aguas fuertes y en esta especialidad bien puede afirmarse, sin temor á pecar de exageración, que no tiene rivales. El fac-símile que en este número reproducimos es una de tantas pruebas como podríamos aducir en confirmación de nuestro aserto y una demostración de que en el campo del arte la composición más sencilla y de menores proporciones puede llegar á constituir una verdadera joya.

TÉRMINO DEL VIAJE

De un magnífico libro que acaba de publicarse en Londres tomamos este grabado que no por tener sus puntas de caricatura expresa menos gráficamente lo que el dibujante habrá visto más de una vez en algún parador de diligencias. El imberbe pollo que impacientemente aguardaba hacía rato la llegada del vehículo, el que en lo alto



¡TODO ACABÓ ENTRE LOS DOS! cuadro de Juana Rongier

del coche se desperezá esforzándose por abrir los soñolientos ojos y estirando sus entumecidas extremidades, el anciano medroso que pone sus cinco sentidos en la difícil operación del descenso, la joven que medita la manera de bajar sin que su pudor tenga que sufrir el menor contratiempo, el viajero que vuelto de espaldas parece ocupado en la faena de recoger sus cachivaches, el cochero, el mozo de postas, los caballos, todo en fin es un fiel trasunto de una de las escenas con tanta frecuencia presenciadas allí donde la civilización no ha dejado sentir todavía los beneficios de sus rails y de sus locomotoras.

Mr. Thomson, autor de este y de los demás grabados de la obra, ha demostrado que sus ojos ven bien, que su memoria retiene fielmente lo visto y que su lápiz reproduce con facilidad y destreza pasmosas lo retenido.

UNA FAMILIA DE GITANOS,
cuadro de Pablo Bohm

Nadie mejor que los pintores húngaros y polacos para presentar tipos y escenas tomadas de la vida de su propio país: haciéndolo así no sólo se mantienen dentro del terreno del sentimiento nacional sino que comparados con los de otras naciones que han querido buscar asuntos para sus cuadros en aquélla, resultan ser los mejores intérpretes de estos motivos típicos.

Dígalo, sino, el cuadro de Bohm que respira verdad por sus cuatro costados: esta familia de gitanos es copia exacta de una de las muchas que acampan en las praderas húngaras sin más bienes que sus hijos, sus harapos y su violín, impulsadas sólo por el espíritu nómada que las lleva por senderos apartados de la civilización que por todas partes les rodea. El jefe de la familia entregado al sueño de la indolencia que no del cansancio, la esposa cuya belleza no han podido abatir ni la degradación ni una existencia de sobresaltos y privaciones, la madre anciana dispuesta á preparar la comida con el fruto de sus rapiñas, los niños semi desnudos unos y otro casi desnudo del todo únicamente atentos á su propio bienestar, todos estos elementos constituyen un cuadro en que se resumen la vida y la cultura de un pueblo y en el cual la belleza de la concepción y la agrupación admirable de los personajes corren parejas con la excelencia del dibujo y la fuerza y armonía del colorido.

VISITA Á LA JOVEN MADRE,
cuadro de Munkacsy

Pocos pintores justifican como Munkacsy la fama universal que se les concede, los honores y las distinciones que se les tributan y los precios elevados y rayanos en lo fantástico que los aficionados pagan por sus cuadros; pocos como él también son tan dignos de ver así recompensados sus afanes si es que en el arte merecen premio los tristes accidentes de una juventud desgraciada y una vida llena de privaciones y sacrificios por entero consagrada al amor artístico. Huérfano de madre desde muy niño, vió al poco tiempo morir á su padre en la cárcel en donde había sido encerrado por haber tomado parte en la revolución de 1848: un tío suyo, abogado de muy pocos recursos, púsole de aprendiz en casa de un carpintero de Arad en donde supo robar al descanso y al recreo algunas horas que dedicó al estudio de la lectura y de la escritura y á adquirir algunos conocimientos de literatura y de historia. Siete años de penosos trabajos corporales quebrantaron su salud hasta el punto de inspirar cuidado á su bondadoso pariente que se lo llevó consigo á Gyula: allí se reveló el instinto artístico del joven Munkacsy en quien la presencia en el pueblo de un pintor ambulante despertó una verdadera pasión por la pintura. Desde entonces sus estudios se vieron coronados por el mejor éxito y su carrera ha sido una serie de no interrumpidos triunfos, entre los cuales figura en primera línea el gran premio de honor que en la última Exposición Universal de París otorgó el Jurado á su cuadro «Milton dictando á sus hijas el Paraíso Perdido.»

«La visita á la joven parida» no conmueve como «Las últimas horas de un condenado,» no impresiona como el «Milton,» no impone como el «Jesús delante de Pilatos,» obras todas del mismo autor, pero en cambio extasía, recrea el ánimo haciéndole asistir á una escena de familia tan delicadamente sentida como bien interpretada. En todo el cuadro se refleja el genio excepcional de Munkacsy: el simpático grupo que forman la amorosa nodriza y las amigas que con más cariño que curiosidad contemplan la risueña carita del *bebé* y la figura principal en cuyo cuerpo y pálido semblante se notan todavía las huellas del pasado sufrimiento y al través de cuyos ojos se transparentan el más santo de los amores y la más pura de las alegrías y se adivina el olvido más completo del dolor sufrido ante el inefable deleite que produce la presencia del primer hijo, constituyen un conjunto encantador realzado por un cúmulo de detalles suntuarios con tanta elegancia dispuestos como brillantemente coloreados.

El cuadro de Munkacsy produce en nosotros un efecto que quizás alguien tache de estrambótico: para nosotros la protagonista (y dispensen nuestros lectores la aplicación que vamos á dar á esta palabra) no es ni la figura que aparece como principal ni ninguna de las secundarias que componen el grupo, sino que es un algo impalpable que más que se ve se siente: es... la mirada de la joven madre.

M. CHEVREUL

Miguel Eugenio Chevreul, el ilustre centenario fallecido en París en 9 de abril del presente año, nació en Angers en 31 de agosto de 1786. Su padre, médico distinguido, hízole estudiar en la Escuela central de esa ciudad hasta la edad de 17 años en que se trasladó á París, en donde entró en la fábrica de productos químicos de Vauquelin, de cuyo laboratorio fué nombrado director. En 1810 fué preparador del curso de química en el museo de Historia Natural y en 1813 entró de profesor en el Liceo Carlomagno, obteniendo al propio tiempo el nombramiento de director de las tinturas y de profesor especial en la fábrica de los Gobelinos. Desde aquel momento pudo dedicarse á sus anchas á las investigaciones analíticas por las que sentía afición extraordinaria.

Elegido en 1826 miembro de la sección de química de la Academia de Ciencias en sustitución de Proust, sucedió cuatro años después á su maestro Vauquelin en la cátedra de química aplicada del Museo de Historia Natural.

Desde 1865 tenía la gran cruz de la Legión de Honor.

Sus principales trabajos han tendido al estudio de los cuerpos grasos de origen animal, de los colores, de su contraste, de su combinación y de la gradación de sus matices. Sobre todos estos puntos dió innumerables conferencias así en los Gobelinos como en el Museo

Hasta los últimos días de su vida trabajó y envió sus comunicaciones á la Academia este venerable anciano, cuya muerte significa una gran pérdida para la ciencia.

Monumento en honor del filósofo italiano Giordano Bruno, en Roma, modelado por E. Ferrari

La Ciudad Eterna se prepara á inaugurar en breve el monumento dedicado á Giordano Bruno, después de no pocas contiendas que acabaron últimamente por producir una crisis en el Municipio romano. La enérgica oposición del partido católico ha sido al fin vencida por la constancia de sus contrarios y por la fuerza de la opinión pública: desde el próximo mes de mayo la estatua del insigne filósofo se alzará majestuosa en el mismo sitio en donde hace doscientos ochenta y nueve años fué su cuerpo devorado por las llamas de la hoguera que encendió el implacable fanatismo.

Uno de los biógrafos de Giordano Bruno termina su biografía con las siguientes consideraciones: «La importancia científica de Giordano Bruno ha sido desde hace mucho tiempo reconocida y apreciada; fué el filósofo más grande de Italia y del Renacimiento, el más atrevido y entusiasta propagador del panteísmo que después de él perfeccionó Spinoza. Como predecesor de éste y de Leibnitz ha ejercido gran influencia en la vida intelectual alemana de los dos últimos siglos; tuvo en Lessing, Herder y Goethe ardientes partidarios de las doctrinas por él propagadas y su espíritu informó la transformación que á la filosofía postkanteana imprimió la tendencia seguida por Schelling y por Hegel.»

La estatua de Giordano Bruno cuya copia reproducimos es de bronce, tiene 3'30 metros de altura y está cincelada con verdadero *amore*. el venerable rostro del filósofo semioculto por la holgada capucha acusa los estragos de un sentimiento ávido de encontrar la eterna verdad fuera de los estrechos moldes en que la oprimen muchos sistemas filosóficos y muchas religiones positivas y denota al propio tiempo una energía sólo alcanzable á fuerza de luchas y de sufrimientos; la apostura del monje apóstata es digna y reposada cual corresponde al que consagró su vida á la meditación y á los científicos estudios; las manos son dos piezas anatómicas de primer orden y dentro de sus fingidas venas parece circular la sangre; el hábito naturalmente caído en magistrales pliegues completa la belleza de esta escultura.

Alzase la estatua en un zócalo de 5 metros de altura, en cuya cara frontera va puesta la dedicatoria del monumento: en las tres restantes hay otras tantas tablas de bronce representando los hechos culminantes de Giordano Bruno. Por encima de estas tablas corre una serie de medallones con los bustos de ilustres mártires y adalides del libre pensamiento, entre ellos los de Arnaldo de Brescia, Pedro Ramus, Miguel Servet y Juan Huss.

Ettore Ferrari, autor del monumento, figura entre los principales escultores de Italia: de él son el monumento elevado en Bukarest al poeta y hombre de Estado Heliade, la estatua ecuestre de Garibaldi existente en Rovigo, la estatua de Jacobo Ortis premiada en las Exposiciones de Nápoles (1877) y París (1878), la colosal estatua de Ovidio, el magnífico grupo *Cum Spartaco pugnavit*, la estatua de Lincoln premiada en Nueva York y otras muchas obras de gran valía. Es diputado, consejero municipal de Roma y por elección de los artistas pertenece al *Consiglio superiore di belle arti*, en el Ministerio de Instrucción pública. Con la ejecución del monumento de Giordano Bruno, que ha hecho gratuitamente, hase demostrado Ferrari no sólo artista de primera talla sino hombre desinteresado y noble, más ganoso que del provecho, de la honra de contribuir al enaltecimiento de una gloria de su patria.

COCHE-VELOCIPEDO
«Sultán» de la fábrica Dumstrey y Jungck, de Berlín.

En la exposición de velocípedos que recientemente se ha celebrado en Leipzig ha llamado con justicia la atención un coche velocípedo de cuatro ruedas expuesto por la casa Dumstrey y Jungck de Berlín que constituye un notable progreso en la especialidad de estos aparatos llamados á gran aplicación por su ligereza, rapidez y baratura. El sistema es muy sencillo y la simple inspección del grabado dará á nuestros lectores mejor idea del artefacto que cuantas explicaciones pudiéramos nosotros hacerles.

QUIEN A HIERRO MATA....

I

Si desde niño se amaron Lola y Paco, fué por la razón que tiene siempre el amor, porque sí. Juntos se criaron y natural era que profesáranse fraternal cariño, mas no era motivo para que el amor naciera, haber mezclado lágrimas y risas, y caricias y besos y los juegos de la infancia y hasta haberse prodigado algún que otro cachetillo, que produjo enfado que había de durar *siempre, siempre*, y que duró la *eternidad* de cinco minutos.

Si no hubiera yo empleado la poderosa razón de *porque sí* para averiguar la causa del amor que se profesaron Lola y Paco apenas llegaron á la pubertad, quizás tratara de hacer un estudio psíquico físico que demostrara como dos y dos son cuatro, que los muchachos movidos por motivos determinantes se amaron porque ella era de tal temperamento y de tal otro, él, porque la debilidad ama la fuerza y ella era débil de cuerpo y él vigoroso y fuerte. Pero como después de haber hecho tan luminoso estudio, el resultado final sería asegurar que se amaban porque debían amarse, y lo esencial es decir que se amaban, cumple á mi deseo decirlo, y por tan poderosa y buena tengo la razón de *porque sí*, como la de que se amaban porque debían amarse. Y á la primera me atengo, pues evita al lector la pena de leer mi empalagosa averiguación determinista, y á mí el trabajo de hacerla.

Y además ¿no es más hermoso creer que el amor nace de algo desconocido, de la viva simpatía de las almas, que de tal ó cual motivo fisiológico? Pues á creer lo primero y siga su curso mi cuento.

Llegó Paco á ser hombre y trabajó sin descanso por conseguir una modesta posición que le permitiera hacer á Lola su esposa.

Colocado de meritorio en la casa de banca en que estaba empleado su padre, demostró su inteligencia y actividad y así logró ir subiendo lentamente y escalón por escalón la penosa escala de los empleados que no tienen más padrinos que les protejan que su laboriosidad y honradez.

Amando y soñando esperaban los dos pacientemente que llegara la fortuna para unirse en eterno lazo, y como la vida tiene tan extrañas anomalías y el destino tan raros caprichos, la muerte se encargó de realizar los sueños y los deseos de los dos enamorados.

Murió el padre de Paco y éste fué colocado en su puesto con el haber á la vez pequeño y anhelado de seis mil reales.

El pobre joven aprendió prácticamente que con la alegría viene siempre un dolor, que la dicha se compra á costa de amargas lágrimas.

Lola fué al fin su esposa.

II

La felicidad no se describe, han dicho varios autores, y es cierto.

Baste, pues, decir que los nuevos esposos alcanzaron la mayor cantidad de dicha que es posible lograr en este mundo. Uno y otro creían estar soñando y pedían á Dios no los despertara de tan hermoso sueño.

–¡Y dicen algunos insensatos que en el mundo no hay paraíso! Yo aseguro que lo hay, y sin serpiente, puesto que un ángel lo guarda, – exclamaba Paco en su embriaguez.

– No existe, ni puede existir dicha mayor que la nuestra! – decía Lola. – Pide á Dios que dure mucho.

Y al decir esto su voz se velaba y sus ojos se humedecían.

Paco se reía de sus temores y borraba con un beso las nubes de su frente.

Pero en realidad Lola tenía funestos presentimientos, no hijos del capricho ó del humor, sino motivados por el estado de su salud. Se sentía realmente enferma y cada día peor.

Su débil complexión daba lo que prometía, en el presente la anemia, para el porvenir la tisis.

La pobre niña ocultando á los que amaba sus temores y sus angustias, á todos sonreía, mientras la enfermedad avanzaba implacable.

Sin embargo, la ternura de Paco adivinó lo que le ocultaban, y acudió presuroso á la ciencia en busca de esperanza y de remedio.

De la conferencia resultó que sólo había uno para su adorada Lola: buscar en las aguas de Panticosa los gérmenes que habían de vivificar sus débiles pulmones, destruir allí el incipiente virus tuberculoso.

Los dos esposos se retiraron tristes y abatidos.

Por un instante se miraron en silencio.

Aquella mirada quería decir: El remedio es excelente; pero... ¿dónde está el dinero?

Paco bajó la cabeza y un sollozo subió á su garganta.

– Es imposible, Paco, – dijo ella. – No pienses en eso.

– ¿No he de pensar? tú eres antes que todo; yo encontraré un medio.

Un instante después sus ojos brillaban y sus labios sonreían.

– ¡Hallé la salvación! – exclamaba, – irás á Panticosa y te curarás y me darás un ángel que será tu retrato y moriremos de viejos rodeados de nuestros biznietos!

En realidad la idea de Paco era buena y éste la creía de infalibles resultados.

Seguro de la estimación de su jefe, que lo conocía desde pequeño y de adolescente lo tenía ya á sus órdenes, pensó que no podía rehusarle algún adelanto que le permitiera atender á los gastos del imprescindible viaje de Lola y que teniendo en sus manos el seguro cobro no había de negarle la salvación de su esposa.

Cierto que el banquero tenía fama de avaro y duro de corazón, que era intratable y excéntrico; pero tratándose de cosa tan grave como la vida de una persona y una vida tan preciosa, no podía mostrarse insensible.

Paco *quería* estar seguro de ello, y para convencerse se decía:

– No hay, no puede haber, ser tan implacable que por el adelanto de unos cuantos duros se niegue á salvar á ese ángel de una muerte cierta; no dudo, tengo la seguridad de que accederá á mi petición y mi Lola encontrará la salud en esas benditas aguas.

Pero á pesar de esta seguridad sus piernas temblaban al dirigirse al despacho de su jefe, y cuando en él penetró estaba pálido como un muerto. Tenía la intuición de que aquella entrevista era una jugada de vida ó muerte, que de ella dependía su destino.

El banquero, sentado ante lujosa mesa ministro, contaba billetes de banco.

El momento pareció á Paco propicio y con voz trémula le hizo el relato de su desventura y formuló su petición.

El banquero le escuchó en silencio; luego le dijo con pausado tono:

– Siento en el alma la enfermedad de tu mujer, ya sabes que desde muchacho te he estimado y distinguido; pero... lo que me pides es imposible.

Paco sintió la sensación de un golpe de maza que aplastara su cráneo.

– ¡Imposible! - balbuceó.

– Sí, y tú lo sabes mejor que nadie. Es ley invariable en mi casa no adelantar nada á mis empleados. Pago exactamente, no pueden exigir más.

– Pero señor, en un caso extraordinario como este no debe haber más ley que la piedad. La ciencia me lo ha dicho terminantemente; mi mujer se muere si no se acude, y pronto, al único remedio. Desarrollada la enfermedad, ya no hay salvación posible.

– Repito que lo siento; mas no he de pagar yo el que tú te casaras siendo pobre; los pobres...

– Me casé cuando tuve con que atender á nuestras humildes necesidades. Pero yo no le pido á V. que pague nada, lo que le suplico en nombre de Dios y de lo que más ame, es que me adelante la cantidad precisa para que mi mujer busque la salud donde únicamente puede encontrarla. Señor, de V. depende la vida de mi Lola; por piedad, no me sentencie V. á la desesperación!

Inútil suplicar.

– Ya te he dicho, – repuso aún más secamente, – que es imposible. No te he de conceder lo que á otros he negado, y es inútil que insistas.


MENDIGOS Á LA PUERTA DE UNA CASA (1608), fac-símile de un aguafuerte de Rembrandt

Al decir esto guardaba apresurado los billetes, cual si temiera que por magnética atracción fueran á Paco, y cerraba con violencia los cajones.

El seco: ris, ris, ris, de las cerraduras sonó en el corazón de Paco como el eco metálico que anunciaba la muerte de su ídolo.

– ¡Señor, señor! – dijo sollozando.

El jefe por toda contestación le señaló la puerta.

Entonces una completa transformación se verificó en aquel hombre. Roja oleada de fuego subió á su rostro; se apoderó de él tan violento acceso de ira que el modesto empleado desapareció dando paso al león herido en su fibra más sensible. Olvidándolo todo en aquel vértigo insensato se lanzó con un salto de tigre sobre la mesa apretando los puños y dispuesto no sabemos si á destrozar al miserable que sentenciaba á muerte á la vida de su vida ó á tomar lo que le negaban.

El banquero tuvo miedo. Con no menos rapidez se lanzó al cordón de la campanilla.

– Pronto, – dijo á un empleado que se presentó en el acto, – llévese V. á ese desgraciado que ha perdido la razón y que no vuelva á mi casa.

El desdichado volvió en sí tan bruscamente como si hubiera recibido una ducha en el cerebro.

¡No volver á aquella casa era llevar la miseria á la suya!

No ensayó sin embargo la súplica ni la protesta, sabía que era inútil.

Salió de allí tambaleándose, recorrió á la ventura varias calles y al fin penetró en su casa.

Lola, que lo esperaba con mortal ansiedad, recibió terrible golpe al verle en aquel estado.

Se lanzó á su cuello y perdió el sentido en sus brazos. ¡Lo había comprendido todo!

III

Aquella nueva y horrible situación á que el destino los condenaba precipitó la implacable enfermedad de Lola.

La pobre niña carecía de todo y sonreía siempre como el ángel que entrevé el paraíso.

Paco recurría á todos los medios, llamaba á todas las puertas. Los amigos no querían, los parientes no podían, por contar con pequeños haberes.

Tuvo que renunciar á la única salvación de Lola y dedicarse á ganar con su trabajo el pan de cada día.

Como el héroe manchego pasó las noches de claro en claro sin lograr apenas el descanso del sueño y los días de turbio en turbio copiando á destajo manuscritos para un teatro.

Absorto al parecer en su trabajo, observaba en realidad sin cesar á su adorada Lola y seguía con desesperación los progresos que el mal hacía en aquella débil naturaleza.

¡Veía morir á aquel pedazo de su alma por quien hubiera dado cien vidas á disponer de tantas, sin que le uera posible hacer nada, obligado á presenciarlo inactivo! ¡Jamás hombre alguno sufrió tormento más espantoso!

Ideas terribles cruzaban á veces por su calenturiento cerebro, pensamientos que su conciencia rechazaba lo impulsaban á la protesta violenta, á la furiosa rebelión de todo su ser por tan inmerecida desgracia. Pero el acceso pasaba y venía el abatimiento. Entonces se decía mirando á Lola:

– Cuán cierta es la máxima de Séneca: Llamas á la desdicha cuando dichoso te haces.

¡Cuánta razón tenía mi ángel querido al asegurar que nuestra felicidad era un hermoso sueño!

¡Ay! ¡qué pronto ha venido el despertar!

En aquel suplicio de Tántalo transcurrieron dos meses, al terminar los cuales Paco que estaba en plena juventud, tenía la cabeza blanca como un anciano.

Lola ya no sufría; acariciada siempre por ensueños lisonjeros, entregada á rosadas fantasías, á medida que su cuerpo se consumía se engrandecía y alegraba su alma inundándola de esperanzas, como si al desprenderse de la mísera materia quisiera hacerla gozar todos los encantos de la ilusión.

Un día en que Paco lloraba y Lola sonreía, ésta lo atrajo hacia sí dulcemente diciéndole:

– Ven, mi adorado loco, pesimista tenaz, y no sufras sin motivo. Tengo el presentimiento de que nuestra suerte ha de cambiar bien pronto de la manera más favorable. Restablecida yo por completo, haremos un viaje de recreo que me acabará de fortalecer. ¿Y adónde iremos, Paco mío?

Él no pudo contestar, harto hacía con dominar su violenta emoción.

– A Italia, – continuó la pobre niña, – al país del arte y la poesía. ¡Siempre ha sido ese mi sueño dorado!

Tú no lo crees, piensas que son ilusiones mías; pues te equivocas como se equivocó el doctor respecto á mi enfermedad. Dijo que sólo me curaría yendo á Panticosa y ya lo ves, no he ido y estoy tan bien, sólo un poco débil; pero mejor que nunca.

Paco la estrechó entre sus brazos loco de dolor.

¡Aquel bienestar le asustaba! Tocó sus manos: abrasaban más que nunca.

– Tienes fiebre, – murmuró, – voy corriendo por el médico.

– ¡Tonto! ¿para qué? ¿No te digo que jamás me he sentido tan bien? Como duermo poco por la noche, se va apoderando de mí un sueño tan dulce... Dame tu mano. Paco, Paco mío, ¡qué feliz me hace tu amor!

Y Lola se durmió en efecto; pero para no despertar jamás.

Sin sacudidas, sin agonía voló el alma de aquel ángel á su patria: el cielo.

IV

¡Pobre Paco! Al perder el ídolo de toda su vida, á aquella mujer tan adorada que lo era todo para él, dejó de ser un hombre para convertirse en la estatua muda del dolor.

Cual si con Lola hubiera muerto su ser moral alentando sólo el físico por un cruel ensañamiento de la materia, Paco no lloró ni hizo desesperadas demostraciones. Helado, impasible, mudo, cumplió sus últimos deberes con movimientos de autómata, y como un cadáver galvanizado siguió hasta el cementerio al cuerpo que se llevaba su alma.

Aquella era la última morada de la compañera de su vida y allí se instaló como el perro fiel que guarda la sepultura de su amo.

Nadie logró sacarle de su mutismo, nadie le oyó una queja ni vió en sus labios una sonrisa.

Sombrío, taciturno y siempre mudo, recorría á grandes pasos las anchas calles del cementerio ó reposaba en un banco fijos los ojos en la tumba que guardaba los queridos restos.

A veces su mirada adquiría extraordinaria fijeza, parecía seguir con delicia los movimientos de un ser visible sólo para él, extendía los brazos que luego oprimía dulcemente contra su pecho como estrechando en ellos la soñada visión, y en aquellos instantes, por desgracia cortos, su rostro perdía su marmórea inmovilidad, sus ojos expresaban inmensa ternura, todo su ser se transfiguraba.

Otras veces se erguía fiero y terrible clavando la inquieta mirada en un punto como si de allí viera surgir la fantástica sombra de odiado enemigo, y con el rostro contraído, apretados los dientes y los puños crispados se lanzaba hacia la aparición gritando: ¡Miserable, miserable!

El guardián de aquel fúnebre recinto contempló á Paco con curiosidad los primeros días, luego le inspiró compasión, más tarde lo asoció á sus lúgubres tareas, y acabó por tener en él tal confianza que fué el verdadero


TÉRMINO DEL VIAJE, grabado tomado de la obra inglesa, *Coaching Days and Coaching Ways*



UNA FAMILIA DE GITANOS, cuadro de Fablo Bohm



VISITA Á LA JOVEN MADRE, cuadro de Munkacsy



M. CHEVREUL, individuo de la Academia de Ciencias en París † el 9 de abril de 1889

jefe de aquella ciudad de los muertos, lo que le permitía cumplir su único deseo: no separarse nunca de la tumba de su Lola.

Una tarde llevaron al cementerio conducidos en lujoso coche fúnebre y seguidos de numeroso y brillante acompañamiento, los restos mortales del banquero que con su bárbaro proceder causó la muerte material de Lola y la moral de Paco.

Por un extraño sarcasmo de la suerte, aquel hombre que en vida había sido tan cruel con Paco, iba muerto á pedirle el último lecho.

Como el rico banquero había sucumbido á causa de un repentino accidente, su cuerpo quedó en depósito. El duelo se retiró murmurando bajito de las costumbres y rarezas del difunto.

Cuando la noche hubo cerrado, penetró Paco con las facciones descompuestas, los labios temblorosos y las pupilas dilatadas en el fúnebre aposento. El muerto estaba solo, que los que *son* suelen ocuparse poco de los que *han sido*.

Sañudo y torvo lo contempló un instante oyéndosele murmurar con reconcentrado odio:

–¡Asesino de aquel ángel que era mi vida, ladrón de mi dicha, origen de todos mis males, implacable verdugo de mi amor! ¿quién pudiera volverte á la vida para con mis manos arrancártela otra vez?

Cual si aquel terrible deseo tan ardientemente expresado hubiera sido atendido, el cadáver movió ligeramente un brazo.

Paco retrocedió con el cabello erizado; mas pasado el primer instante de sorpresa creyóse víctima de una alucinación; avanzó de nuevo y examinando el cuerpo de cerca vió que la piel perdía poco á poco la densa palidez de la muerte, que los labios se coloreaban y los músculos se contraían. La duda no era ya posible. Aquel cuerpo no estaba muerto.

En los ojos de Paco brilló un rayo de frenética alegría.

–¡Los romanos decían que la venganza es el placer de los dioses! – exclamó. – ¡Mi rencor me dice que es el placer de los placeres!

Tú, que tanto me has hecho sufrir, me vas á proporcionar el único placer que me es dado ya disfrutar. En mi dolorosa existencia sólo esa alegría puedo ya sentir y ¡por mi nombre! que no la desperdiciaré.

Sin vacilar un instante, con espantable calma dejó caer sobre el cuerpo la pesada tapa de ébano, la encajó con un martillo y cerró con doble llave la lujosa caja recreándose en el ronco: ras, ras, ras, de las cerraduras que le parecía el eco de aquel metálico: ris, ris ris, con que el avaro cerró el dinero que representaba la vida de dos seres.

Terminada su siniestra tarea, Paco huyó precipitadamente, corrió sin tino hasta dar con la sepultura de Lola ante la cual cayó de rodillas ocultando la cabeza entre sus manos.

¿Encontró el desgraciado en la venganza el placer que buscaba? ¡Ay! ¡no!

El día lo sorprendió en la misma postura.

Cuando lo levantaron de allí, estaba loco.

A. SÁNCHEZ CANTOS

AMERICA ANTES DE COLON

(Apuntes de Historia precolombiana)

Próximo el cuarto centenario del descubrimiento de América y comenzados los trabajos para solemnizarle con esplendor en consonancia con el suceso, quizás no sea tarea inútil y seguramente es oportuna la de averiguar si Colón tuvo precursores y cuáles fueron. No se amengua con esto lo más mínimo la gloria del ilustre genovés ni la de sus arrojados colaboradores los Pinzones, de Huelva. Nada ha sido revelado á la humanidad que ella no presintiera. Muchos siglos antes que Copérnico, Tales de Mileto, que nació seiscientos años antes de Cristo, sostuvo la teoría de la esfericidad de la tierra y enseñó la verdadera causa de los eclipses: Aristóteles tres siglos después expuso más científicamente esta doctrina; Sócrates precedió á Jesús; Blasco de Garay á Papin y á Fulton, etc. etc. Y si alguna vez la casualidad ha querido romper esta ley descubriendo al hombre un secreto anticipadamente, el descubrimiento ha caído como semilla arrojada á la tierra antes de la estación conveniente y no ha fructificado.

Todo descubrimiento, antes de convertirse en verdad adquirida ha sido vagamente presentido; todo innovador y todo descubridor ha tenido su precursor. Ley histórica invariable que una vez enunciada me permitirá hablar de los precursores de Colón sin que pueda atribuírseme el mezquino propósito de lanzar sombra alguna sobre la gloria de éste.

I

LA LEYENDA DE LO DESCONOCIDO

La Atlántida

Para los antiguos el Océano era la región de los misterios y de los peligros, envuelto en perpetuas nieblas, poblado de monstruos y batido siempre por las tempestades. Con variantes de mayor ó menor importancia, así nos lo describen Herodoto, Estrabón, Pomponio Mela, Plutarco, Plinio, Ptolomeo y peor aun que ellos San Agustín y los demás padres de la Iglesia que marcan en la Historia de la Geografía el principio de una época de inmenso retroceso. Los cartagineses que recorrieron buena parte del Océano supieron guardar escrupulosamente el secreto de sus descubrimientos. Todo lo que se sabía acerca del mar occidental estaba reducido á unas cuantas leyendas acerca de la Atlántida, el continente Cronio, las Afortunadas, la Mesopida. En cambio las verídicas noticias de Piteas de Marsella acerca de los mares del Norte eran tenidas por fabulosas.

Un español profetizó entonces el descubrimiento del Nuevo Mundo. Séneca en su *Medea* estampó este concepto:

Venient annis sæcula seris
Quibus Oceanus vincula rerum
Saxat, et ingens pateat tellus,
Tiphisque novos detegat orbes,
Nec sit terris ultima Thule.

«Vendrá un tiempo andando los siglos, en que el Océano romperá los lazos con que aprisiona el mundo; la inmensa tierra será abierta á todos, Tifis descubrirá nuevos mundos y Tule no será ya la última tierra.»

Visión de poeta, presunción de sabio, á lo más, pero de ningún modo conocimiento positivo de nuevas regiones: esto solamente debe buscarse en la profecía de Séneca, que tanto influyó en el ánimo de Colón. El viejo mundo llegado á la plenitud de su fuerza intentaba romper esos lazos de que nos habla el poeta. Apoderóse de él la fiebre de los descubrimientos. Mientras Marcelo Celer, procónsul en las Galias, intentaba la exploración del Atlántico, dos centuriones partían Nilo arriba en busca de las fuentes de este río. Expresión de este especial estado de los espíritus son las mil leyendas que acerca del mar exterior corrían, admitidas generalmente.

La de la Atlántida adquirió mayor celebridad que ninguna otra. Platón la dió vida y autoridad entre los sabios. Antes de él la Atlántida era popular en Atenas. En la fiesta de las pequeñas Panateucas se conmemoraba la lucha de los atenienses con los atlantes á los cuales vencieron ayudados por Minerva. Platón hizo más que afirmar la existencia de la Atlántida y fijar su situación. Además de esto dió curiosos detalles acerca de los atlantes. Formaban estos un reino poderoso. Poseían la Libia hasta Egipto y Europa hasta la Tirrenia. En el reparto del mundo entre los dioses cúpole á Neptuno cierta gran isla perdida en el Océano. En ella encontró á Clito, hija de Evenor y de Leucipa, con la cual contrajo matrimonio. Leucipa le dió diez hijos de los cuales el mayor era Atlas. Dió este nombre al país en el cual reinó, así como también sus descendientes durante una larga serie de generaciones. Los atlantes reunieron inmensas riquezas gracias al comercio y á los productos en que abundaba su país que eran: oro, metales, aromas, animales domésticos y salvajes, viñas, trigos, frutos de toda especie y particularmente un vegetal leñoso que suministraba al propio tiempo bebida, comida y perfumes. Eran espléndidas sus ciudades y magníficos sus palacios. Canales surcados por galeras trirremes cruzaban el país. En la capital había gimnasios, hipódromos, baños y además cuarteles. Tenían cuerpos de tropas escogidos. Los principales estaban acuartelados junto al Acrópolis. Este era ocupado por la guardia personal de los reyes. La capital presentaba todas las ventajas de un puerto de mar. El canal y puerto principales estaban llenos de buques mercantes que llegaban de todos los países del mundo y cuyos tripulantes producían un tumulto continuo. El resto del país correspondía á la grandeza de la capital y la inmensa llanura en cuyo centro ésta se hallaba estaba admirablemente cultivada, cortada por mil canales y daba dos cosechas anuales. Su población era muy numerosa. El ejército era formidable; 1200 buques de gran porte defendían sus costas. Cada uno de los diez reyes atlantes era dueño absoluto de sus estados. Cada cinco ó seis años se reunía una asamblea compuesta de representantes suyos y cuya misión era dar solución pacífica á todas las diferencias que entre ellos surgieran. Los atlantes no podían combatir unos contra otros. Los descendientes directos de Atlas ejercían cierta superioridad sobre los otros nueve reyes. No podían condenar á muerte á ningún pariente sin consentimiento de sus colegas. Vivieron así felices los atlantes durante una dilatada serie de siglos. Degeneró por último su gobierno, introdújose en él la anarquía y Júpiter irritado destruyó la isla.

Tal es la leyenda de la Atlántida según Platón. En la antigüedad gozó de gran crédito. Sin embargo, los neoplatónicos combatieron su existencia. La mayor parte vieron en ella la historia alegórica de luchas entre los hombres ó entre los espíritus (Aurelio, Numerio, Orígenes, Proclo). El ilustre americanista Acosta (1598) negó en absoluto su existencia. En los dos siglos siguientes sostuvieron la misma tesis Fabricio, Malinkroot, Tiedemann, Hismanus y otros. Más tarde Gosselin, Uckert, Malte-Brun, Letronne y Rhinne negaron también la existencia de la Atlántida suponiéndola sólo producto de la fantasía. Nikles la considera como una ilusión de óptica. Plinio y Estrabón no formularon opiniones tan radicales Ortelio cree que Cádiz y América pudieran muy bien ser las extremidades de un continente sumergido. Voltaire, Laffitan, Saint Simón, Buffon, Mentille, Raynal, Beudant y otros muchos autores guardan una prudente reserva acerca de este delicado asunto. Humboldt y Stallbaum creen que en el fondo de esta leyenda debe haber algo de verdad.

La Atlántida ha tenido siempre y tiene aun hoy numerosos partidarios. Los modernos la explican por medio de esa Geología especial para uso de los profanos y en la cual las fuerzas naturales despliegan una energía que la ciencia no ha comprobado jamás en la realidad. M. Gaffarel, uno de los contemporáneos que con más lujo de erudición ha tratado la materia, dice acerca de ella después de haber apelado á la autoridad de Buffon en apoyo de la teoría de esas grandes trasformaciones de la superficie terrestre:

«Sin tener en cuenta sino lo que ante nosotros ocurre, ¿no vemos sucederse á diario fenómenos cósmicos que trasforman nuestro globo? La Suecia se eleva sobre el nivel ordinario del Báltico. Todavía ayer surgía una isla del seno del Mediterráneo. Un inmenso continente se forma en las profundidades del gran Océano. Aluviones, dunas, escarpas, estalactitas, incrustaciones, volcanes son otras tantas causas de modificaciones que actúan diariamente á nuestra vista. *Tiempo vendrá*, ha dicho un gran sabio (Darwin), *en que el reposo de la corteza terrestre durante todo un período de su historia será para los geólogos tan improbable como lo sería la calma absoluta de la atmósfera durante una estación entera del año.*»

Verdad es que estos fenómenos no prueban la desaparición de la Atlántida, pero pueden citarse muchos que tienen con ellos la mayor analogía: ciudades que se hunden, islas que se anegan, partes de continentes que desaparecen. La Acarnania y la Acaya han sido cubiertas casi totalmente por las aguas de los golfos de Ambracia y de Corinto. La Propóntida y el Ponto Euxino anegan vastas llanuras en Europa y en Asia. Unas veces el mar se abre camino á través del Helesponto y de los Bósforos de Tracia y del Quersoneso Címbrico; otras segrega la Sicilia de la Italia, Chipre de la Siria, Eubea de la Beocia, ó

sorbe Pirax y Auliso, Elia y Bura en el golfo de Corinto, la mayor parte de la isla de Cos y la mitad de Tindaris, en Sicilia. En el centro mismo de las tierras húndese el monte Ciboto y la ciudad de Cureta, é igualmente Sípilo de Magnesia. Un continente entero, la célebre tierra *lictoniana* ó *licroniana*, célebre por los argonautas del falso Orfeo, desaparece con gran espanto de los contemporáneos. Todos estos fenómenos han ocurrido en la época histórica y son tan auténticos como el hundimiento de la ciudad de Herbadilla en el siglo VI de nuestra era y cubierta hoy por las aguas del lago de Gund Lieu ó que la desaparición bajo las aguas en 1809 de una extensión de 80 leguas cuadradas en la llanura de Sindrea, junto á las bocas del Indo... No se opone por lo tanto á las reglas de la crítica la suposición de que un cataclismo de esta especie hiciera desaparecer una isla ó por lo menos parte de una cuyas dimensiones se han exagerado. El presidente de Brosses, Forster, Dumont d'Urville, Broer, Mœrenhout, Martin de Moussy y otros sabios creen que en otro tiempo existió en el Pacífico un gran continente determinado por las islas Hawai, Marquesas y Nueva Zelanda, las cuales son sólo regiones culminantes de la tierra sumergida. Es una hipótesis, pero muy legítima. Con más motivo podría admitirse la existencia en el Océano Atlántico, de una gran isla cuyos últimos vestigios vendrían á ser las Antillas y las Azores. Semejante suceso no ha ocurrido durante la época histórica. El propio Platón fija su fecha en 9000 años antes que él. Mas no es este motivo para negarlo. Antes del diluvio el hombre tuvo seguramente una civilización, quizás muy avanzada. Sin recurrir á los millares de siglos de la cronología china ó india, los descubrimientos de M. Boucher de Perthes, la gran obra de M. Troyon sobre las ciudades lacustres, los recientes trabajos de MM. John Lubboch, A. Morlot, Thomsen, Mortillet, Lehon y los productos de la industria anti-diluviana en 1867 en el palacio del Campo de Marte, prueban que el hombre conocía las artes y había llegado á notable grado de civilización antes del gran cataclismo que renovó su historia hace 6000 años (1).

El Sr. D. Joaquín Costa en un reciente trabajo (2), consigna como opinión generalmente admitida la existencia de una tierra atlántica desaparecida que pudo ser la Atlántida. López de Gomara identificó la Atlántida con la América (1552), idea que estuvo muy en boga. Acosta negó en absoluto su existencia. Badía fué el primero en sospechar que *la antigua isla Atlántida, se formaba de la cordillera del monte Atlas.*

Mas no se trata de saber si existió ó no la Atlántida ni de si esta opinión de Badía se aproxima á la verdad más que las sostenidas por otros autores. Tan lejos se hallan estos de ponerse de acuerdo respecto á la situación que ocupó, como acerca de su existencia. Rudbeck, profesor de la Universidad de Upsal, sostuvo que la Atlántida estuvo en Escandinavia. Cumple sólo á mi objeto consignar lo que de esto pensaban los antiguos, considerando cada una de sus ideas acerca del particular como una parte de la leyenda de lo desconocido. Diodoro habla de un lago Tritonio situado en la extremidad occidental de Africa y en medio del cual había una isla habitada por las Amazonas. Cerca de allí estaban los atlantes y el monte Atlas. Del texto de Platón se desprende con toda claridad que la Atlántida estaba fuera de las Columnas de Hércules (3)



MONUMENTO EN HONOR DEL FILÓSOFO ITALIANO GIORDANO BRUNO, EN ROMA, modelado por E. Ferrari

***

Si Platón nos ha legado la leyenda de la Atlántida, á Teopompo debemos la de la Merapida.

Sileno era un rey de Coria, dado á la buena vida, gran bebedor y amigo de divertirse. Júpiter lo eligió para preceptor de su hijo Baco. Sileno ocultaba bajo apariencia de hombre alegre y vicioso un gran fondo de sabiduría. Sus contemporáneos le admiraban y respetaban. Midas, rey de Frigia, consiguió hacerle venir á su corte y arrancarle algunos de sus secretos. En una de las conversaciones que ambos sabios tenían frecuentemente, Sileno describió á Midas un continente misterioso al que llamaba Merapida.

«Europa, Asia y Africa, decía Sileno, son islas en vuelta de las cuales circula el Océano. Fuera de este mundo existe un continente único, de inmensa extensión. Pueblanle grandes animales y los hombres que lo habitan son dos veces más altos que nosotros. Su vida es larga en proporción. Habitan muchas grandes ciudades y sus costumbres difieren de las nuestras Las dos poblaciones mayores son: Makimos la guerrera y Eusebis la piadosa. Los eusebianos son hombres de la edad de oro. Todos sus asuntos marchan á las mil maravillas y sus días trascurren en la abundancia. Los makimianos por el contrario viven en perpetua guerra entre ellos y con sus vecinos. Pocos mueren de enfermedad. Casi todos terminan su vida en los combates á mazadas ó pedradas porque no conocen el fuego. En su país abundan el oro y los metales. Una vez quisieron venir á nuestras islas. Innumerables guerreros traspusieron el Océano y llegaron hasta los hiperbóreos, pero habiendo sabido que para nosotros estos pueblos cuya vida trascurre oscura y sin gloria, eran los más felices de la tierra, despreciaron semejante conquista... Los Meropes constituídos en ciudades numerosas y considerables ocupaban una vasta región que terminaba en una especie de abismo llamado Anostos, lleno de vapores sombríos y rojizos. En este país corren dos ríos: uno era el de la Alegría y otro el de la Tristeza. En sus márgenes crecían árboles semejantes á los plátanos y cuya fruta presentaba propiedades análogas á las del río junto al cual nacían. El que comía frutas del río de la Tristeza pasaba el resto de su vida llorando y acababa por morir de dolor. Las frutas cogidas en las márgenes del río de la Alegría producían el efecto contrario; el que los probaba olvidaba cuanto había querido y se rejuvenecía gradualmente pasando de la vejez á la edad viril, á la juventud, á la adolescencia y á la infancia hasta volver á la nada.

Teopompo, autor de esta novela, nos prueba con ella misma su desconocimiento del mar Océano. Eliano negaba toda autoridad á su narración. A pesar de esto ha habido autores que han creído ver en la ciudad de Makimos, nada menos que Méjico. Otros la han asimilado á la Atlántida con objeto de dar más fuerza á esta leyenda.

El mar septentrional, la parte Norte del mar Océano, llamábase mar Cronio entre los antiguos. Era para ellos la región de las fábulas por excelencia é imaginábanla en un estado gelatinoso, cubierto de brumas y poblado de monstruos. Las únicas nociones que acerca de él se tenían debíanse á los fenicios, á los cartagineses y á Piteas de Marsella. En esta región colocó Plutarco un mundo de fantasía: el continente Cranión. Un individuo llamado Sila (4) cuenta á Lamprias, hermano de Plutarco, que en Cartago halló un extranjero gran sabedor de todas las ciencias, el cual extranjero acababa de adquirir gran fama descubriendo unos pergaminos sagrados que habían sido trasportados secretamente fuera de la ciudad cuando la destrucción de ésta. Llegaba de una isla misteriosa situada en los confines del Océano. Había permanecido en ella 30 años desempeñando las funciones de sacerdote de Saturno.

«La isla de Ogigia, le dijo el extranjero, dista de la Gran Bretaña cinco días de navegación hacia Occidente. Hacia Poniente hay tres islas tan distantes de la primera como lo están ellas mismas unas de otras. En ellas el sol apenas se pone durante una hora, en un mes entero. Esa es toda su noche. Las tinieblas son poco densas además y seméjanse mucho al crepúsculo.» Aquí termina la parte que pudiéramos llamar científica de la narración del extranjero. Lo demás es todo pura fantasía. En las líneas trascritas hay materia bastante para hacer creer que los antiguos tuvieron noticia de algunas tierras atlánticas. Y de ser así la tendrían por el conducto que supone Plutarco, es decir, por Cartago. El dato relativo á la presencia del sol sobre el horizonte casi sin interrupción durante un mes, es exacto y puede aplicarse al de junio en las regiones árticas. La oscuridad no es efectivamente completa; reina una especie de crepúsculo «bastante claro, decía el monje Dienil siglos después en su bárbaro lenguaje, *para poder quitarse los piojos.*» Horn cree que la Ogigia es Groenlandia, Ortelio la identifica con América. M. Gaffarel á quien he seguido en este extracto, se inclina á esta misma opinión indicando que el golfo (de que en otro pasaje habla Plutarco) tan extenso como el *Meotides* que había en Ogigia, podría muy bien ser el mar de Baffin ó la bahía de Hudson.

La leyenda iba pues tomando cuerpo. Sin la destrucción de Cartago por Roma ó sin la decadencia prematura del mundo antiguo, el Atlántico no hubiera tardado en ser explorado. Los primeros datos científicos empezaban á fundirse con las tradiciones mitológicas. Los hubiéramos visto sobreponerse poco á poco á éstas hasta que el misterio hubiera desaparecido. ¿De dónde procedían esos datos? ¿Quién podía traer esas noticias? Tal es el problema que me propongo dilucidar en el artículo siguiente estudiando lo que acerca de los viajes de fenicios y car-

---

(1) Gaffarel. *Etudes sur les rapports de l'Amérique et de l'ancien continent*, págs. 11, 12 y 13.

(2) J. Costa, *Río de Oro en la Antigüedad* Revista de Geografía comercial. Julio-setiembre de 1886.

(3) Puede tenerse por averiguado que las Canarias, Azores y Madera no son restos de ningún continente sumergido. Su formación data del período mioceno y de entonces acá las fuerzas volcánicas han continuado su obra creadora con gran energía. En muchas partes de Canarias las formaciones pos-miocenas alcanzan un espesor de 1200 metros. Lo mismo ocurre en Madera y Azores. Además el Océano que rodea todas estas islas presenta profundidades de 2 á 3000 metros sin el menor vestigio de tierras sumergidas en fecha reciente. La fábula de la Atlántida no tiene pues realidad alguna científica. (Véase Lyell, *Principes of Geologie* Calderón, *Edad geológica de las islas Atlánticas.*)

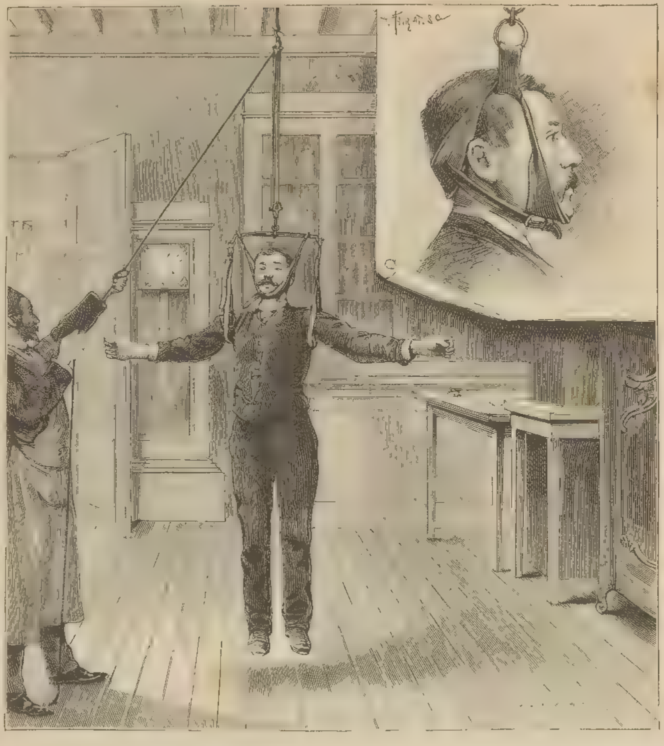
(4) Plutarco, *de facie in orbe lunæ.*

tagineses se sabe que es bien poco, y la influencia que en el descubrimiento de América pudieron tener las razas que del Viejo Mundo pasaron al nuevo. De esta manera habré rehecho, hasta donde mis fuerzas me lo permitan, la historia de todos esos vagos rumores, tradiciones y leyendas que por fin tomaron cuerpo el día en que Cristóbal Colón puso sus pies en la tierra americana.

G. REPARÁZ

TRATAMIENTO DE LA ATAXIA POR LA SUSPENSIÓN, EMPLEADO POR EL DR. MOTSCHUTKOWSKY DE ODESSA.

La palabra ataxia nada dice ciertamente á la mayor parte de nuestros lectores, pero si procuran hacer memoria no pocos recordarán haber visto por la calle á algún desgraciado apoyado en el brazo de su esposa, de un acompañante, sosteniéndose del otro lado con un bastón, caminando muy lentamente y moviendo las piernas de una manera sumamente rara, cual si obedecieran al impulso de un resorte. Falta en estos enfermos coordinación de movimientos, no existe en ellos proporción ninguna entre el esfuerzo sencillo y ligero por demás de avanzar la pierna para la deambulación y el movimiento insólito realizado contra la voluntad. Cuando el enfermo está acostado, puede mover las piernas; la fuerza muscular permanece intacta; pero puesto de pie no le es dado equilibrar, proporcionar el esfuerzo al efecto deseado.


Tratamiento de la ataxia por la suspensión, en la Salpêtrière (Del natural). – Detalle del aparato tomado de una fotografía de Mr. Albert Londe

Este modo de andar es característico en la enfermedad designada con el nombre de ataxia locomotriz, enfermedad que reside en la médula y cuyo curso lento y gradual, casi fatal, es una larga agonía para el desdichado que con todo conocimiento presencia hasta los últimos momentos el desquiciamiento general de su ser.

Este síntoma de desórdenes en la manera de andar es uno de los que más saltan á la vista, pero no es el único pues va acompañado de atroces dolores irradiados en los miembros y en el vientre que aparecen con la instantaneidad del rayo, de donde les viene el nombre de fulgurantes, de lesiones en el nervio óptico causa de cegueras más ó menos completas, de desarreglos en el lado de los órganos viscerales, en las articulaciones, en todo el aparato sensitivo, locomotor, de una friabilidad tal del tejido huesoso que los menores movimientos producen fracturas, y de otros muchos síntomas que sería prolijo enumerar.

Hasta ahora la terapéutica se ha sentido poco menos que impotente para combatir los progresos de tan terrible enfermedad cada día más frecuente. Tal remedio ó cual medicamento han producido mejorías de mayor ó menor duración y en algunos aunque rarísimos casos parece que llega á dominarse el mal, pero en el fondo y fuera del alivio proporcionado á los dolorosos paroxismos, los tratamientos más enérgicos no han dado por resultado nunca una curación. Ante esta impotencia, fácilmente se comprenderá la sorpresa experimentada por el mundo científico al saberse que un médico había conseguido, por medio de un procedimiento especial, notables mejorías en esta enfermedad gravísima. Imagínese cuál sería el asombro y la emoción de esos innumerables enfermos ante la idea de que iban á aliviarse, quizás á curarse completamente. ¿Qué teoría movió al doctor Motschutkowsky de Odessa á emplear este tratamiento? Difícil nos sería decirlo; pero es lo cierto que de repente anunció este médico que en trece tabéticos ó atáxicos había logrado hacer desaparecer los dolores, mejorar la incoordinación de los movimientos y en una palabra modificar esencialmente el estado de sus enfermos. El medio de que se había valido era sencillísimo: había tomado el aparato inventado hace seis ó siete años por Sayre, de Nueva York, para corregir las desviaciones de la columna vertebral, y con ayuda del mismo suspendido á sus enfermos: esta suspensión de algunos minutos repetida todos los días había dado resultados inesperados.

El doctor Raymond que pudo comprobar en Rusia (á donde fué con una misión oficial) la exactitud de los hechos anunciados dió, al regresar á Francia, cuenta de sus observaciones al profesor Mr. Charcot. El procedimiento de extensión fué desde luego puesto en práctica previos los oportunos estudios y muy pronto circuló la noticia entre la clase de enfermos que hoy acuden presurosos todas las mañanas á la Salpêtrière llenos de confianza en el nuevo tratamiento.

El aparato es sencillo en extremo: vamos á describirlo someramente suprimiendo detalles ociosos que el grabado explicará mejor que las palabras. La suspensión se verifica por un brazo de hierro del cual penden dos abrazaderas de cuero que ajustan en los sobacos; por otra parte la cabeza está cogida en una especie de saco con babera que la mantiene inmóvil. El juego de estas correas varía según la corpulencia y la estatura del enfermo, pues importa mucho que la tracción realizada por un juego de poleas no afecte únicamente á la cabeza y al cuello, lo cual sería peligroso y sobre todo intolerable, sino que esté equilibrada dentro de ciertas proporciones entre la cabeza y el sustentáculo de los brazos para permitir el alargamiento del raquis en una justa medida.

Cuando el enfermo, despojado de la prenda principal de su traje, está perfectamente *enjaezado*, un ayudante tira lentamente de la cuerda y levanta suavemente al enfermo á algunos centímetros del suelo: la sensación no es generalmente muy desagradable y los enfermos se acostumbran pronto á ella, amén de que las primeras sesiones son muy cortas durando medio minuto el primer día, un minuto el tercero y aumentando así sucesivamente por medios minutos hasta llegar á los tres minutos ó tres y medio, que es la duración máxima. Estas sesiones se celebran de dos en dos días dejando uno en medio de descanso.

Mientras el enfermo está suspendido en el aire se le recomienda que de cuando en cuando levante suavemente los brazos á fin de que la tracción y la suspensión sean más efectivas, evitando, empero, los movimientos bruscos por razones fáciles de comprender. A los tres minutos se suelta gradualmente la cuerda y el enfermo llega al suelo sin experimentar la menor sacudida.

He aquí todo el tratamiento: de su eficacia es buena prueba el hecho de que en una primera serie de noventa enfermos, treinta que lo siguieron con asiduidad han experimentado una notable mejoría, pudiendo andar más fácilmente (y este es el primer síntoma del alivio) los que con dificultad se movían, siéndoles hoy posible hacer largas caminatas á algunos que al principio tenían que ser llevados en coche al hospital y siendo en todos menos pronunciada la incoordinación de los movimientos. Este tratamiento atendía, además, otros accidentes tales como las crisis dolorosas, los desarreglos de orina, etc. Hay, en suma, mejoría real y positiva de una duración no conseguida con los demás sistemas terapéuticos. ¿Cómo explicar estos resultados? La cosa es bastante difícil. Esta suspensión produce un alargamiento pasajero de las raíces nerviosas, de la médula misma: hace algunos años se intentó conseguir la desaparición ó la atenuación de determinados síntomas de la ataxia poniendo al descubierto y estirando los principales troncos nerviosos de los miembros, pero los resultados obtenidos no fueron muy satisfactorios, en vista de lo cual se abandonó este método terapéutico. Pero sea lo que fuere, el hecho es que con la suspensión se logra una mejoría que, sin embargo, no es más que un alivio, pues los signos fundamentales, como los signos pupilares y la abolición de los reflejos, subsisten á pesar de todo. Pero ¿no es, por ventura, mucho proporcionar á estos enfermos incurables un alivio por pasajero que sea? De hoy más el médico no estará absolutamente desarmado en presencia de esta enfermedad y aun cuando no se haya dado todavía con la explicación de estos alivios no por esto el tratamiento será menos beneficioso para los enfermos: el facultativo en vez de limitarse á una medicación banal é ineficaz, podrá aconsejar á sus clientes que se hagan *ahorcar*, como dice con mucha gracia uno de nuestros colegas.

NOTICIAS VARIAS

CRÍA DE RANAS EN LOS ESTADOS UNIDOS. – Las ranas, desdeñadas en otro tiempo por los americanos, son hace años objeto de tal consumo, que á estas fechas todos los estanques y pantanos de Nueva York y de Milwaukée en el Wisconsin están despoblados de ellas, pues el consumo excede con mucho á la producción. Para remediar este inconveniente y satisfacer los gustos gastronómicos de los yankees, se trata de establecer viveros de ranas; pero se tropieza con algunas dificultades, entre ellas la de que siendo este anfibio animal insectívoro, no es fácil proporcionarse la cantidad de moscas é insectos necesaria para todo un vivero. Además, los renacuajos tienen una porción de enemigos, empezando por la rana adulta que suele devorarlos; y por último, estos batracios, como todos los reptiles, tardan mucho en desarrollarse, de lo cual resulta que se necesitarían lo menos diez años para que las ranas pudieran ser pescadas y vendidas, y esto haría la explotación muy onerosa. Mientras se resuelven estas dificultades, los americanos importan las ranas del Canadá y de los pocos Estados cuyos habitantes no han podido vencer aún la repugnancia que este alimento les inspira.


Coche-velocípedo, llamado *Sultán*, de la fábrica Dumstrey y Jungck, de Berlín

BARCELONA. – IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII → BARCELONA 13 DE MAYO DE 1889 ← NÚM. 385

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



D. MANUEL ANGELON Y BROQUETAS, abogado, literato y director de «La Ilustración Artística,»
† el 7 de mayo de 1889

MANUEL ANGELON

Con pesar profundísimo hemos de dar cuenta á nuestros lectores del fallecimiento del amigo del alma, hermano cariñosísimo, que después de luchar desesperadamente con la terrible enfermedad que durante dos años ha amargado su vida, sucumbió á las cinco de la mañana del martes día 7, rodeado de su desconsolada familia.

Al dejar el mundo ha legado á sus descendientes vivo ejemplo de incansable laboriosidad; nombre ilustre é inmaculado.

De Manuel Angelón bien puede decirse que han sentido amargamente su fallecimiento todos, absolutamente todos los que tuvieron la dicha de tratarle y conocerle. Nosotros que nos honrábamos de muy antiguo con su íntima amistad, no podremos llenar jamás el vacío que deja en nuestro corazón la pérdida del ilustre finado.

Al enviar á su desconsolada familia nuestro más sentido pésame, quedamos pidiendo á Dios que nos conceda toda la resignación que necesitamos para sobrellevar tan espantosa desgracia.

Montaner y Simón

Nació Manuel Angelón en Lérida, donde fugitivo había ido á refugiarse su padre que por sus ideas liberales sufría en Barcelona incesantes persecuciones. Pocos días después del nacimiento de Manuel Angelón, acaecido el día 23 de abril de 1831, arriesgóse su padre á volver á Barcelona, con intento de restablecer su quebrantada salud, pero falleció desgraciadamente el día 10 de diciembre del mismo año.

Niño aún, empezó Manuel Angelón su carrera de abogado en la Universidad de Barcelona, carrera que acabó en Madrid, siendo en aquel entonces condiscípulo predilecto del actual Presidente del Congreso, Excmo. señor don Cristino Martos.

Abrió con muy halagüeños auspicios su bufete en Barcelona, pero el ejercicio de la abogacía no pudo absorber en ningún tiempo su portentosa actividad, ni satisfacer su amor entusiasta á las bellas letras.

Son innumerables las obras que deja escritas D. Manuel Angelón.

A él cabe la gloria de haber escrito la primera producción dramática catalana. En la noche del 2 de marzo de 1856 se dió en el Teatro del Circo Barcelonés la primera representación de *La Verge de las Mercés*, drama sacro caballeresco en cinco actos, original de D. Manuel Angelón.

Fué también uno de los redactores del primer periódico publicado en catalán, *Un tros de paper*, cuyo primer número apareció el 10 de abril de 1865. Con el pseudónimo de *La horfaneta de Menargues* publicó varios trabajos, entre ellos un artículo titulado *Hi ha un enterro*, que siguió á los que escribieron Roberto Robert y Alberto Llanas con los títulos de *Hi ha un malalt* y *Hi ha un mort* respectivamente.

Fueron tantos sus trabajos literarios que no hubiéramos podido hoy dar cuenta de todos á no ser la feliz casualidad de estar en publicación el diccionario biográfico de escritores catalanes, que dan á luz los Sres. Elías de Molíns. A continuación publicamos la lista que hemos tomado de la citada obra.

La Verge de las Mercés. Drama sacro caballeresco en cinco actos original y en verso.

El Angel de la Paz. Epílogo original estrenado en 1856.

Historia de Inglaterra. Comprendiendo la de Escocia, Irlanda y Colonias inglesas. Impresa en 1857.

La Bolsa. Drama en cuatro actos y en verso.

Setse jutges. Pieza catalana en un acto, estrenada en 1858.

Los Misterios del pueblo español durante veinte siglos.

La Moral social, escrita en francés por A. Garnier.

El Pendón de Santa Eulalia ó los fueros de Cataluña, novela original.

Crímenes célebres españoles. Obra publicada en 1859.

Historia de Isabel II, publicada en 1860.

Atrás el extranjero, novela histórica publicada en 1861.

Espejo de honra y amor, zarzuela en tres actos, con música del maestro Agustín Schœnbrunn, estrenada en octubre de 1862.

Treinta años ó la vida de un jugador, novela publicada en 1862.

El Alojado, novela original, publicada en 1863.

Rigoletto, novela basada en el drama de Víctor Hugo «El rey se divierte,» publicada en 1864.

Flor de un día y *Espinas de una flor*, novelas basadas en los dramas del mismo título.

El abismo de las honras, segunda parte de la Vida de un jugador.

El Libro de una madre, escrito en francés por Pauline L.***

Llum y fum, comedia en tres actos y en verso, estrenada en el teatro de Cataluña el 11 de diciembre de 1876.

Y finalmente, desde su fundación ha sido director de «La Ilustración Artística» y de la Biblioteca Universal.

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

PRIMAVERA DE LA VIDA
cuadro de Noe Bordignon

Lozana, sonrosada, robusta, con los dientes blancos como la nieve, la alegría en los ojos, la sonrisa en los labios, el cuello torneado; ancho el pecho que aspira á plenos pulmones el aire perfumado por las hierbas del prado y las aromáticas plantas de la colina, la campesina de Bordignon, con su jubón de grandes flores y el pañuelo de colores vistosos, es verdadera imagen de la primavera de la vida, que atraviesa montes y campiñas despertando en todos la sensación jubilosa de la estación de las flores y de la esperanza.

Noe Bordignon figura en la escuela veneciana con tendencias propias, habiéndose dedicado especialmente á reproducir tipos y escenas de su país con un acierto tan notable que le hace muy apreciado de los aficionados al arte en la hermosa ciudad de las lagunas.

ARTE Y AMOR, cuadro de R. Potzelberger

Bello es el Arte, pero cuando su estudio engendra el Amor, raro es que no se descuiden las bellezas del primero por los irresistibles encantos del segundo, y si, como suele suceder, son jóvenes los que lo sienten, la poesía del Amor da al traste con las amenidades del Arte: en la lucha sale siempre vencedor el más fácil de aprender: ¿y quién duda que aquél se aprende sin necesidad de maestro, lo cual no le sucede á éste? Pues si á ello se agrega que el maestro en amor lo es también en arte, no es extraño que suceda lo que á los dos protagonistas de la escena tan bien trazada por Potzelberger; que el uno olvida su violín y la otra no acierta á pulsar las teclas, y las armonías de la música ceden el puesto á las de la pasión, que absorbe por completo el ser de maestro y discípula.

DE VUELTA DEL BAILE,
cuadro de Gabriel Schachinger

No todas las diversiones divierten, y el baile es una de las que más amargas decepciones causan. ¡Cuántos que han asistido á alguno de ellos con la esperanza de pasar varias horas de ameno solaz, han vuelto á su casa con una ilusión de menos y un sinsabor de más, con el sosiego de su alma quebrantado y la convicción de la falsía de que eran inconscientes víctimas!

Algo de esto debe sucederle á la dama que figura en el cuadro del mencionado artista. Rica, hermosa, en posesión de cuanto se considera necesario para ser feliz, acaba de sufrir en el baile de que regresa alguna de esas decepciones á que hemos aludido, y en la sombría expresión de su rostro se echa de ver que aquella diversión ha sido para ella una cruel lección que ha despertado en su alma dolorosísimas sensaciones hasta entonces desconocidas, y que el torcedor de los celos, ó del amor propio herido ó de la dignidad ofendida lacera horriblemente su corazón.

Schachinger se ha inspirado en alguno de estos ejemplos, más frecuentes por cierto de lo que se cree, para pintar un cuadro lleno de verdad, así en la figura principal como en los accesorios, y que al reproducirlo por el grabado nada ha perdido de sus bellezas, pues el buril ha competido en esta ocasión en mérito con el pincel.

MATERNIDAD, cuadro de Eugenio Carrere

Eugenio Carrère es uno de los jóvenes pintores franceses que empiezan á adquirir justificada fama por su originalidad. El cuadro que reproducimos en nuestro grabado es una de sus obras más bellas. Representa á una joven madre, abrazando á su hijito menor: sólo se ve su frente y los párpados bajos de sus grandes y dulces ojos; pero en esa frente ¡hay tantas cosas claramente expresadas! No tan sólo toda su alegría y todo su orgullo de madre, sino también algo de la maternal melancolía que siente al pensar en las próximas vicisitudes que aguardan á aquella delicada criatura, al salir de la cuna. Por un lado, el hermano y por otro la hermana mayor del chiquitín, le contemplan; la segunda parece un tanto enternecida mirando al nuevo ser que para ella es así como una muñeca que su madre le ha dado, pero sin atreverse á confiársela.

Todo en este lienzo respira un cariño tan suave, un amor á la familia tan sincero que conmueve y alegra el alma, siendo este uno de los efectos más recomendables á que puede aspirar un artista.

A LA VEJEZ VIRUELAS, cuadro
de J. Kaufmann

Este cuadro que, aparte de su mérito en cuanto obra artística, es el refrán de su título puesto en acción, demuestra por un lado el talento de observación del pintor y por otro el ridículo á que se exponen esos viejos pisaverdes, olvidados de su edad provecta para tentar aventuras imposibles. Entre los muchos detalles que dan realce y colorido á la obra de Kaufmann, se echa de ver uno que evidencia, como hemos dicho, su espíritu observador, y es la contracción de las manos del desoído galán, las cuales aprietan con fuerza el sombrero como para dar más vehemencia y visos de verdad á las impertinentes declaraciones, acogidas por la linda costurera con la burlona sonrisa que era de esperar.

Todo en este cuadro respira naturalidad; las figuras están bien estudiadas, y sus actitudes en perfecta consonancia con el asunto en que se ha inspirado el artista.

MARIA MAGDALENA, pintura de Rafael Sanzio

El nombre del célebre pintor de Urbino va constantemente asociado á la idea de la gracia y la suavidad en los tipos femeninos, así como el de Miguel Angel representa el vigor, la suprema energía en las formas varoniles. La distinta tendencia, la diferente inclinación de ambos insignes pintores, han producido obras maestras, siendo harto conocidas las *Madonas* del primero que patentizan el influjo que en él ejercía la belleza de la mujer tal como él la comprendía.

Una de sus figuras femeninas es la que representa nuestro grabado: una María Magdalena pintada al fresco en la iglesia de Santa Cecilia de Bolonia, de tipo convencional, es decir, más romano que semítico, de cabellos y ojos negros, moreno color y encarnación propia de las ribereñas del Tíber. Esta figura, copia sin duda de un modelo viviente, lleva tan impreso en sí el sello del pincel de Rafael, que aun el menos inteligente adivina desde luego que es obra suya, y como todas, notable por muchos conceptos.

La misión católica en Pugu en el territorio alemán del Africa oriental

Desde que el imperio alemán se ha hecho potencia marítima ha querido tener también colonias ultramarinas. En un convenio celebrado en el año 1886 entre esta potencia, Inglaterra y Portugal, fué señalada como región donde Alemania podía establecer su autoridad el Africa oriental la situada entre el sultanado de Zanzíbar y la región de los lagos, y entre la línea de Vanga y la cuenca del Rovuma. Allí, al Sud del 7º grado de latitud, á 25 kilómetros de la costa de Zanzíbar cerca de Dar-es Salam, se estableció en un punto llamado Pugu á últimos de enero de 1888 la primera sección de la misión católica bávara, hijuela del convento de Reichenbach, compuesta de diez individuos, 1 sacerdote y 9 hermanos, y además 4 hermanas de misión. La empresa marchó bien y ya se estaba preparando en Reichenbach una nueva sección misionera, más numerosa que la primera, cuando antes de finir un año, en 13 de enero del presente, fué atacada y destruída completamente la joven estación misionera por una horda de árabes buchiris que asesinaron dos hermanos y una hermana y se llevaron prisioneros tres hermanos y una hermana con unos 150 negros jóvenes que como esclavos libertados habían sido admitidos en la misión. El sacerdote y 2 hermanos lograron huir con el auxilio de los indígenas y se encuentran á la sazón sanos y salvos en Zanzíbar, decididos á regresar á la estación en cuanto llegue el refuerzo del convento bávaro.

VISTA DE LA TORRE EIFFEL
tomada desde el Point du Jour, á tres kilómetros de distancia

No es esta la primera vez que insertamos en nuestras páginas una copia de la férrea torre que ha hecho ya famoso el nombre de su constructor.

A los detalles ya publicados, añadiremos hoy que este monumento, asentado sobre sus enormes pilares á la entrada de la Exposición universal de París, forma como el arco de triunfo de la ciencia y de la industria. Hoy, que ya está terminado, puede apreciarse y juzgarse su aspecto. Cuando se considera la torre de lejos, graciosa, esbelta, ligera, elevándose al cielo como un tenue enrejado de hilos metálicos, aparece llena de poesía en su conjunto. Al acercarse á ella, la construcción adquiere carácter monumental; y cuando se llega á sus pies, se admira esa enorme masa metálica ensamblada con una precisión matemática y que es una de las obras más atrevidas de cuantas ha emprendido el arte del ingeniero. La sorpresa aumenta al subir por las escaleras de la torre; antes de llegar al primer piso se atraviesa por bosques de montantes de hierro, y conforme se va subiendo, causa asombro á la vez la inmensidad del edificio, su ligereza aparente y lo magnífico del panorama que desde ella se contempla.

Uno de los individuos más conspicuos de la Academia de Ciencias ha hecho la apología de la torre Eiffel, diciendo que «es para nuestra época lo que la gran pirámide, que revela los esfuerzos de un pueblo, fué para el mundo antiguo; todos los recursos del arte contemporáneo han contribuído á su ejecución.»

La obra que M. Eiffel ha tenido la gloria de realizar es en efecto la expresión de la ciencia aplicada de nuestro tiempo.

Otro de los grabados que en este número dedicamos á la obra de M. Eiffel, representa los ascensores que funcionan en ella para evitar la molestia de subir los mil seiscientos escalones que á su remate conducen.

Estos ascensores pertenecen á tres sistemas: el de Roux, Combaluzier y Lepape; el de Otis y el de Edoux.

Necesitaríamos descender á minuciosos detalles técnicos, propios más bien de una revista científica, para explicar el mecanismo y modo de funcionar de estos aparatos, por lo cual sólo diremos que desde el suelo hasta el primer piso de la torre hay dos del primer sistema y otros dos del segundo; desde el primer piso hasta el siguiente, se efectuará la subida en dos ascensores Otis; y entre el segundo piso y la plataforma superior que se halla debajo de la linterna, hay instalado un ascensor del sistema Edoux.

La velocidad de ascensión del sistema Roux, Combaluzier y Lepape es de un metro por segundo y el vehículo puede contener 100 viajeros, que llegarán en un minuto al nivel de la primera plataforma.

El vehículo del ascensor Otis sólo tiene cabida para 50 personas; pero como su velocidad ascensional es de dos metros por segundo, ó sea doble que la del anterior, dará el mismo resultado.

El ascensor Edoux puede subir 750 personas por hora, caben en él 63 de una vez, y tiene 14 metros cuadrados de superficie, siendo su velocidad de 90 centímetros por segundo.

Todos estos ascensores están movidos por el agua y han requerido la instalación de muchas bombas de vapor, las cuales necesitan una fuerza continua de 300 caballos.

En su conjunto, dichos ascensores podrán elevar 2350 personas por hora á los pisos primero y segundo y 750 á la cúspide: la duración de la subida total será de siete minutos. Añadiendo las personas que pueden subir por las escaleras, será posible, merced á los medios previstos, que cada hora visiten 5000 la torre.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

SHAKESPEARE EN LA CORTE DE LA REINA ISABEL,
cuadro de Enrique Juan Schlimarski

La tentación de asociar en un cuadro la figura de Shakespeare con la de su contemporánea, la gran reina Isabel, ante la cual recita el poeta algunos pasajes de sus dramas «Enrique VIII» y el «Sueño de una noche de verano,» era demasiado grande para resistirla. En tiempo de Isabel y de Shakespeare era tal la condición de actor y de escritor dramático que podía tenerse por un favor especialísimo y una distinción sin ejemplo el ser invitado para leer sus creaciones poéticas ante la orgullosa soberana y su corte reunida, como hoy suele suceder con tal ó cual artista ó compositor musicales. Juan Schlimarski, discípulo de Makart y autor del cuadro que reproduce nuestro grabado, es sucesor legítimo de su maestro, así en rodear los asuntos que escoge de caracteres convencionales como en revestirlos de brillo pictórico; así es que en la obra que nos ocupa no se ha propuesto tanto presentar un cuadro verdaderamente histórico cuanto una creación magnífica, pomposa y en la que pudiera dar libertad á su fantasía; ensueño de artista y de poeta cuya escena no parece pasar en la brumosa Inglaterra sino más bien en la ideal Italia con su sol resplandeciente, su exuberancia vegetal, sus esplendentes colores y sus pomposos palacios de mármol. Si se tiene presente esta intención del artista y se renuncia á las exigencias que se deben presentar tratándose de cuadros de la escuela de Makart, no se negará á la obra y al talento de Schlimarski la aprobación que merece esta creación brillante y este trabajo eminente de colorido, ni los aplausos que le ha prodigado el público que lo visitó cuando estuvo expuesto en Viena y Hamburgo.

DE IDILIO Á TRAGEDIA

I

Una enfermedad rebelde, ocho meses de ímprobo trabajo y el inclemente invierno de París me habían hecho saludar la primavera del año 1879 como una esperanza de reposo y de salud.

Tan pronto como se abrieron las primeras flores, me trasladé al campo, ansioso de luz pura y vastos horizontes, de plácida calma y absoluta libertad de espíritu.

Pasé algún tiempo en La-Roche-Guyón, pintoresca villa de las inmediaciones de Versalles, con mi buen amigo el Dr. Tichy, médico del célebre establecimiento de Beneficencia de aquella localidad.

El tema principal de nuestras conversaciones era España. Habíamos hecho juntos, en 1875, una excursión por Cataluña, visitando pueblos y aldeas, subiendo á los picos más encumbrados de los Pirineos y del Montserrat, estudiando la flora, recogiendo caudales de observación para estudios de costumbres, hallando á cada paso manantiales de poesía.

El Dr. Tichy es gran botánico é inspirado poeta. La ciencia le debe importantísimos trabajos; en la república de las letras se ha conquistado un nombre como autor de los tomos de poesías que se titulan *Selma*, *Feuilles mortes* y *Brises légères*.

En el Hospicio de La-Roche-Guyón me llamó poderosamente la atención un pobre loco, interesante por su gallarda figura, sus finos modales y su aspecto noble y simpático.

Entregado á un mutismo absoluto, llevaba en su rostro las huellas de la más profunda melancolía.

Era el último vástago de una aristocrática familia francesa, arruinada por el segundo imperio. Contaría, á lo sumo, treinta y cinco años. Su locura era el triste desenlace de un drama conyugal. Pero yo no supe entonces los detalles de aquella funesta historia.

Cuando le dirigía la menor pregunta, encaminada á arrancarle alguna explicación, el pobre demente abría los ojos con espanto, experimentaba un estremecimiento general, se cubría el rostro con las manos y se iba, repitiendo esta enigmática expresión:

–¡Fru-Fru!...¡Fru Fru!

II

Obligado, más tarde, á ir con frecuencia á París, me trasladé á Fontenay-aux-Roses, y de allí al valle de Aulnay, fijando mi residencia en un pintoresco *chalet*, entre Chatenay y Robinson

Situada en la vertiente de una colina, mi casa dominaba, en un vasto horizonte, la villa de Sceaux y los pueblos de Fontenay-aux-Roses, Chatenay, Aulnay, L'Haï, Arcueil, Verrières y Villejuif.



PRIMAVERA DE LA VIDA, cuadro de Noe Bordignon

El paisaje es variado y hermoso. Bosques de gigantescos castaños sirven de marco á fértiles llanuras. Los campanarios de los pueblos asoman por entre frondosas alamedas y paseos de olmos y acacias.

Blancas carreteras bordadas de castaños de la India cruzan el valle en todas direcciones. A un lado se asienta, pesado y triste, el inmenso palacio del Duque de Trevise, edificado sobre los cimientos del que destruyó la Revolución del 93. Contiguo á mi casa, se oculta en un hermoso parque el poético palacio del Duque de Larochefoucauld, donde escribió Chateaubriand las mejores páginas de su *Genio del Cristianismo*.

La mano del hombre se ha unido á la naturaleza para hacer de esta comarca uno de los sitios más pintorescos de los alrededores de París.

III

Poco tiempo después de encontrarme en Aulnay, recibí una carta concebida en estos términos:

«Verrières, 6 de julio de 1879.

»Mi estimado amigo:

»Si no os habéis retirado completamente del mundo y no sois víctima de algún accidente de gravedad, venid á verme.

»De la casa en que vivís á la que habito, hay escasamente una hora.

»Preguntad por la quinta de los señores de Arlendier. Todo el pueblo la conoce.

»Os agradeceré la visita, y se alegrará mucho de conoceros la familia de Arlendier, que me obsequia con la más galante hospitalidad.

»Os estrecho cordialmente la mano.

»Juana de G...»

La autora de esta carta era una joven señora, dotada de todas las virtudes, de todo el talento y de toda la gracia que pueda reunir mujer alguna en el mundo real.

Su esposo, excelente amigo mío, era un abogado de gran reputación.

Al día siguiente de haber recibido la carta, fuí á Verrières, y los señores de Arlendier me dispensaron una afectuosa acogida.

Después de los preliminares de mi presentación á la familia, compuesta de marido y mujer y de una hija encantadora, llamada Elena, tomamos un refresco, y dimos un paseo por el parque de la quinta.

En la ciudad, una primer visita es generalmente una mera fórmula de atención; en el campo, puede ser el primer lazo de una sólida amistad.

Al fin de nuestro paseo, no parecía sino que yo era antiguo amigo de la casa.

La simpática Elena hablaba correctamente el español y conocía nuestra literatura. A ruegos de doña Juana, recitó con perfecta entonación una poesía de Núñez de Arce, alusiva á la Commune de París.

Su madre, D.ª Margarita, había hecho en sus mocedades un viaje por España, de la cual conservaba los más poéticos recuerdos. El señor de Arlendier había contraído amistad con el general Prim, poco antes de la Revolución del 68.

Por todas estas circunstancias, mi calidad de español fué motivo suficiente para que se me acogiera con expansiva cordialidad.

El día en que les hice mi tercera visita se proyectó un paseo á caballo. Don Edmundo y su señora no quisieron ser de la partida, prefiriendo quedarse á la sombra de los copudos castaños de su parque. En un santiamén, la bella Elena y doña Juana cambiaron sus vestidos por trajes de amazona, mientras los criados ensillaban los caballos.

Diez minutos después, galopábamos por una hermosa alameda que conduce al bosque de Verrières. En el centro del bosque hay un cortijo donde hicimos un alto de quince minutos para tomar un vaso de leche recién ordeñada.

Puestos en marcha otra vez, cruzamos el bosque por una de sus calles más umbrosas, y bajamos al valle de Bièvre por una tortuosa senda, desde la cual se domina un hermoso paisaje.

Atravesamos el pueblo de Bièvre y el río que le da nombre, para retroceder luego hacia la carretera de Antony; del mismo Antony á que dió celebridad Alejandro Dumas, haciendo pasar en él la acción de la más notable de sus novelas.

Al dejar el río Bièvre á nuestras espaldas, nos internamos en un pequeño bosque que nos prometía agradable sombra.

De pronto me llamó extraordinariamente la atención una casa solariega, ruinosa y abandonada, que divisamos entre los abetos del bosque, á poca distancia del camino.

Aquella casa parecía una decoración de melodrama. No era posible observarla en sus detalles, sin experimentar un estremecimiento de angustia. El techo se hundía en varios sitios, y asomaban hierbas parásitas por entre las grietas de los muros. La reja estaba cerrada; las ventanas también. Corrían lagartos por las paredes. Las cerraduras y ferramentas de las puertas estaban enmohecidas por el descuido y la humedad. En el patio crecían malvas y ortigas. Una parra y una enredadera que se habían desprendido de la pared, yacían por el suelo entre piedras y fragmentos de cornisas.

Ni un pájaro, ni una voz, ni un ser viviente animaba aquel runoso palacio, que parecía la mansión del silencio.

Doña Juana adivinó por la expresión de mi rostro los pensamientos que se agolpaban á mi mente, y dijo, deteniendo su caballo delante de la reja:

–¡Magnífico asunto para una poesía romántica!

–¿No os inspiran alguna estrofa este quieto paisaje y esa abandonada vivienda? – dijo Elena, haciendo dar media vuelta á su alazán.

–¿Qué palacio es este? – pregunté yo, parándome junto á las dos amazonas.

–El palacio de Merey, – contestó D.ª Juana.

–El palacio de ¡Fru-Fru! – añadió en voz baja Elena.

–¡*Fru-Fru*, del teatro del Gymnase, que ha valido tantos triunfos á la simpática Legault (1)?

–Sí y no..., – dijo mi amiga; – es toda una historia... una triste y lamentable historia...

–¿Que vais á referirme?

–¿Por qué no?

–Pero vamos andando, – advirtió Elena, – porque el sol declina y nos hallamos á dos leguas de casa.

Pusimos al paso nuestras cabalgaduras, y D.ª Juana refirió en los siguientes términos la historia evocada por el ruinoso palacio.

IV

–No ha muchos años, el joven conde de Merey, propietario del vetusto palacio que acabamos de ver, se casó con Gabriela de Belán.

En contra de lo que suele acontecer en la moderna sociedad francesa, ambos cónyuges se unieron por amor. Nunca se vió pareja más feliz.

Sin embargo, en aquel cielo sin nubes, en aquella felicidad incomparable, en aquella ternura tan sinceramente

(1) Es muy conocida la comedia de Meilhac y Halévy, que toma por título el nombre de su protagonista, *Frou-Frou*, cuya ortografía altero en castellano, de modo que corresponda á la pronunciación de la palabra francesa.

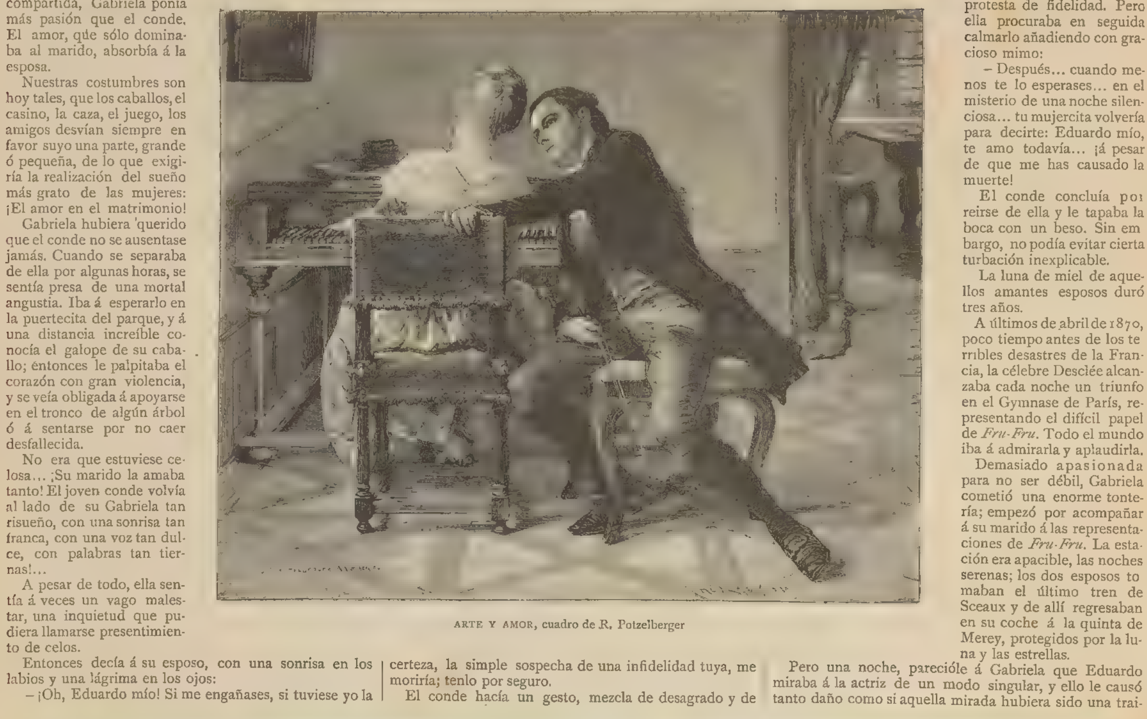
compartida, Gabriela ponía más pasión que el conde. El amor, que sólo dominaba al marido, absorbía á la esposa.

Nuestras costumbres son hoy tales, que los caballos, el casino, la caza, el juego, los amigos desvían siempre en favor suyo una parte, grande ó pequeña, de lo que exigiría la realización del sueño más grato de las mujeres: ¡El amor en el matrimonio!

Gabriela hubiera querido que el conde no se ausentase jamás. Cuando se separaba de ella por algunas horas, se sentía presa de una mortal angustia. Iba á esperarlo en la puertecita del parque, y á una distancia increíble conocía el galope de su caballo; entonces le palpitaba el corazón con gran violencia, y se veía obligada á apoyarse en el tronco de algún árbol ó á sentarse por no caer desfallecida.

No era que estuviese celosa... ¡Su marido la amaba tanto! El joven conde volvía al lado de su Gabriela tan risueño, con una sonrisa tan franca, con una voz tan dulce, con palabras tan tiernas!...

A pesar de todo, ella sentía á veces un vago malestar, una inquietud que pudiera llamarse presentimiento de celos.



ARTE Y AMOR, cuadro de R. Potzelberger

Entonces decía á su esposo, con una sonrisa en los labios y una lágrima en los ojos:

– ¡Oh, Eduardo mío! Si me engañases, si tuviese yo la certeza, la simple sospecha de una infidelidad tuya, me moriría; tenlo por seguro.

El conde hacía un gesto, mezcla de desagrado y de protesta de fidelidad. Pero ella procuraba en seguida calmarlo añadiendo con gracioso mimo:

– Después... cuando menos te lo esperases... en el misterio de una noche silenciosa... tu mujercita volvería para decirte: Eduardo mío, te amo todavía... ¡á pesar de que me has causado la muerte!

El conde concluía por reirse de ella y le tapaba la boca con un beso. Sin embargo, no podía evitar cierta turbación inexplicable.

La luna de miel de aquellos amantes esposos duró tres años.

A últimos de abril de 1870, poco tiempo antes de los terribles desastres de la Francia, la célebre Desclée alcanzaba cada noche un triunfo en el Gymnase de París, representando el difícil papel de *Fru-Fru*. Todo el mundo iba á admirarla y aplaudirla.

Demasiado apasionada para no ser débil, Gabriela cometió una enorme tontería; empezó por acompañar á su marido á las representaciones de *Fru-Fru*. La estación era apacible, las noches serenas; los dos esposos tomaban el último tren de Sceaux y de allí regresaban en su coche á la quinta de Merey, protegidos por la luna y las estrellas.

Pero una noche, parecióle á Gabriela que Eduardo miraba á la actriz de un modo singular, y ello le causó tanto daño como si aquella mirada hubiera sido una trai-

DE VUELTA DEL BAILE, cuadro de Gabriel Schachinger



SHAKESPEARE RECITANDO ALGUNAS ESCENAS DE S

CUADRO DE ENRIQUE



SUS OBRAS ANTE LA REINA ISABEL DE INGLATERRA

E HANS SCHLIMARSKI

ción. Desde entonces, quejóse de que se sentía indispuesta, y anunció que no volvería al teatro.

Indudablemente esperaba que su marido le diría: «Pues me quedaré contigo.» Pero Eduardo no dijo nada de esto, sino que fué al teatro solo. ¡Calculad lo que ella debió sufrir!

¿La Desclée inspiró al conde algo más que una veleidad de intriga amorosa ó un capricho imaginario? Nada lo confirma, á pesar de las murmuraciones y de los anónimos que se dice fueron á destruir por completo la ya turbada tranquilidad de Gabriela.

La célebre actriz iba á dar la última representación de la obra maestra de Meilhac y Halévy; el Jockey-Club la obsequiaba aquella noche con una cena de despedida. Estaba convenido que no faltaría á la fiesta ninguno de los socios de aquel elegante casino, á que pertenecía Eduardo.

La cena duró hasta las tres de la madrugada. El conde de Merey estaba sentado á la izquierda de la heroína. El perfume de las flores, el vino de Champagne y el entusiasmo de la fiesta lo embriagaron como á todo el mundo.

Y mientras tanto ¿qué era de Gabriela? La pobre enamorada hizo aquella noche lo que había hecho cien veces en días de ventura y confianza; esperó á Eduardo junto á la portezuela del parque.



MATERNIDAD, cuadro de Eugenio Carrère

Las horas pasaban lentamente. Entre las doce y la una, se encapotó el cielo, y una lluvia fina y penetrante traspasó el capuchón y la bata de Gabriela, que de nada se apercibía. Presa de una pesadilla espantosa, la joven se preguntaba con estupor, qué era lo que la hacía temblar de aquel modo, y cómo se explicaba que tu viese la cabeza ardiendo y los pies helados...

A las cinco de la mañana, cuando Eduardo entró por aquella misma portezuela, tropezó con su esposa, tendida en el suelo, á la inclemencia del frío y de la lluvia.

Gabriela volvió en sí, pero se había apoderado de ella una fiebre mortal. Vivió aún cinco días, mas no recobró la razón, y en su delirio, repetía con frecuencia: «¡Fru-Fru, Fru-Fru!...»

Estas fueron sus últimas palabras.

La desesperación del conde fué inmensa. Tres meses después saludaba á la guerra como un refugio, y esperaba encontrar en ella el único suicidio que puede imponerse un hombre pundonoroso.

Viósele en los sitios de más peligro, en lo más encarnizado de las luchas, atacando al enemigo como quien se embriaga con la idea de la muerte. Pero la muerte es muy caprichosa, y á veces huye de quien la busca. Eduardo salió ileso de la terrible campaña del 71.

Volvió á su vetusto castillo por la primavera. Los infortunios de la patria habían dado á su luto un aspecto más grave y más sombrío que antes.

En el mes de agosto del mismo año, Eduardo tomó una mañana la escopeta y se fué al monte, no para distraerse sino para dominar con el cansancio la idea fija que le perseguía. Volvió á su casa al anochecer, leyó du-

A LA VEJEZ VIRUELAS, cuadro de J. Kaufmann

rante un par de horas y se acostó á las once, esperando que al fin podría conciliar el sueño.

El cuarto de su mujer, contiguo al suyo, había permanecido rigurosamente cerrado desde la muerte de Gabriela. Aquella noche el calor era tan sofocante, y Eduardo, rendido de cansancio, se daba tan poca cuenta de sus actos, que saltó de la cama, estando ya medio dormido, y abrió la puerta de comunicación. Inmediatamente después volvió á acostarse y se durmió por fin.

Pero dispertóse con sobresalto, al cabo de una hora, al sonido del reloj, que daba las doce. Después de las vibraciones de la última campanada, Eduardo oyó ó le pareció oir, en el cuarto contiguo, un ruido extraño, como si resonase en el aire la palabra ¡Fru-Fru... Fru-Fru!...

Saltó otra vez de la cama, encendió la palmatoria, penetró, por aquella puerta de comunicación que durante tanto tiempo había estado cerrada, en el antiguo cuarto de la difunta, y de pronto una corriente de aire le apagó la luz.

Entonces Eduardo sintió en su frente, en sus labios y en sus mejillas una cosa indefinible... un soplo, una caricia, el contacto de algo frío y sedoso, la muselina de una bata tal vez. Sobrecogido de espanto, cayó al suelo sin sentido.

Al día siguiente estaba loco, y á todas las preguntas que se le hacían, contestaba: «¡Fru Fru!... ¡Fru Fru!...»

Después de habefle prestado auxilio, los criados abrieron las ventanas y hallaron medio oculto entre los pliegues de una cortina, un espantado murciélago.

Para nosotros, este murciélago lo explica todo; pero entre las gentes sencillas y supersticiosas de esta comarca, la idea dominante es que aquella ave nocturna era el alma de la condesa, que, cumpliendo su amenaza, había ido á media noche, á murmurar á oídos del culpable:

«¡Eduardo mío!... te amo todavía... ¡á pesar de que tú me causaste la muerte!...»

V

Doña Juana de G*** concluía su relato á tiempo que llegábamos á casa de Elena.

– ¡Extraña coincidencia! – dije yo; – no ha mucho he conocido al héroe y víctima de esa interesante historia.

– ¿En dónde?

– En el establecimiento de Beneficencia de La Roche Guyon. Por este motivo me ha interesado doblemente vuestro relato.

Un cuarto de hora después me despedí de la familia Arlendier y de doña Juana, prometiendo á ésta última escribir algunos capítulos sobre la historia de los infortunados condes de Merey.

Mi promesa queda cumplida; pero ¡ay! mi noble amiga no verá estos capítulos.

¡La narradora de aquellos trágicos sucesos murió á los pocos meses de nuestro paseo á caballo!

Juan B. Enseñat

¡Vi-va Es-pa-ña!

Estoy plenamente convencido de que á nadie interesará conocer mis gustos, y sin embargo deseo que conste que me gusta la manzanilla, para evitar así que se me confunda con alguno de esos españoles que por seguir las corrientes de la moda beben *pale ale*, son *sportman* y llaman *lunch* á una merienda y *bull dog* á un perro de presa.

Yo no soy de los que creen que España es el país mejor de la tierra, pero no lo puedo remediar, me desesperan, cuando no me causan compasión ó risa, los afrancesados, los germanófilos y sobre todo los amantes de las costumbres y lengua inglesa. A estos últimos los odio, los detesto, los acrimino por su afecto á los ingleses, y les deseo, únicamente, que de ellos se vean plagados por siempre jamás amén.

Inglaterra, Francia, Alemania tienen indudablemente cosas muy buenas, según dicen, pero si alguien me ofrece un *bock* de cerveza ó una caña de manzanilla, me bebo la última y dejo la primera para que mi criada limpie el velo de su mantilla. Si tengo ocasión de ver á un hábil patinador que con zapatitos de ruedas corre por el *skating-ring* ó al andarín Bielsa, prefiero ver á este último; y vean Vds. hasta dónde soy partidario de las cosas de España: entre ver en el hipódromo á un ridículo y escuálido jamelgo inglés montado por un no menos escuálido jokey, ó ver á Frascuelo tirarse por derecho á matar un Miura, ¡qué duda cabe! voy á ver á Frascuelo, y si concluye bien la suerte, aplaudo, y grito, tiro el sombrero al redondel, y no me tiro yo por si el toro no está bien muerto.

Francia es una gran nación, no lo dudo; Inglaterra fabrica muy buen paño, pero ¿cómo comparar la cerveza con el Jerez, el can-can con los *panaderos* ó los couplets del *pst pst* con las malagueñas del *ay!*...

Mas basta ya de digresiones y vamos al grano, que hay priesa. Si, como digo al principio, tengo interés en que se sepa que me gusta la manzanilla, es porque también he pecado, porque no soy de los que pueden tirar la primera piedra, y quiero confesar mis culpas. Óigase, pues, mi confesión.

Acúsome, venerable lector, de que hará cosa de diez meses dióme la manía de aprender el idioma de Shakespeare y de Byron, creyendo que si llegaba á conseguir mi deseo llegaría á entenderme con mis ingleses. Esta idea me entusiasmó, y hételo aquí con la *Gramática* de Ollendorff en las manos, haciendo durante todo el santo día temas y preguntándome en un inglés macarrónico: «Tiene V. el árbol del vecino de mi tío?» pregunta á la que solía contestar la gramática con respuesta tan congruente como ésta: «No señor, pero tengo la pluma de acero del jardín de su padre.»

A fuerza de muchísima paciencia llegué después de seis meses de continuado estudio á convencerme de que mis *ingleses* no se contentaban con no entenderme, pero ya había adquirido la costumbre de no leer mas libro que la gramática, y llegó mi locura hasta el extremo de parecerme el inglés un idioma armonioso, sonoro, enérgico y sobre todo muy filosófico. Me producía entusiasmo y me parecía muy racional llamar á un ojal, *button-hole*, lo cual, traduciendo literalmente, quiere decir «agujero del botón.» Decir en vez de herradura: *horse-shoe*, ó sea «zapato del caballo;» encontraba muy *filosófico* preguntar á uno: *What is the matter with you?* es decir: «¿Cómo está la materia con V.?» para averiguar qué es lo que uno tiene; y llegando mi entusiasmo por todo lo inglés hasta el ridículo, llegué aborrecer los garbanzos, á desayunarme con te, á dejarme patillas y hasta á obligar á mi criado á que me llamara *Sir*. En tal situación, y para venir á aumentar mi monomanía, quiso la suerte que tropezase un día de manos á boca con un amigo de la infancia á quien no había visto durante muchos años por la sencilla razón de que él había estado en Londres y yo no había salido de España. Nunca la casualidad ha reunido á dos individuos más faltos de sentido común. Si maniático era yo por el inglés, él me daba quince y raya. Yo era un inglés de Valdemoro, él un londonense completo; vestía como un mamarracho, el cielo azul de España le causaba *spleen*, no hablaba mas que de caballos, no comía mas que *roast beef* con mostaza inglesa, es decir, que se alimentaba aplicándose sinapismos al estómago, ¡y qué más! á un criado que tenía y que se apellidaba Ballín le llamaba *Guolin*, pues decía que este apellido era de origen inglés y que debía pronunciarse así y escribir con *w*.

Mi amistad con Roberto, que éste es el nombre de mi amigo, acabó por entontecerme. El me hizo aficionar al arte hípico y á estar todo el día hablando de caballos, á mí, que no he tenido ni pienso tener más que uno de cartón que me regalaron allá en mis primeros años y del cual á pesar de no moverse me caí muchas veces. El me hizo aficionado á la caza y pesca, y para desarrollarme, según decía, me tenía todo el día haciendo ejercicios con dos enormes pesos que me descoyuntaban los brazos, y él, por fin, llevó su crueldad inglesa hasta obligarme á tomar baños fríos al levantarme de la cama, cosa que no hice más que una vez, pues ésta bastó para que pillase un catarro del cual casi me muero. Para Roberto todo lo español era pésimo. España era un país de gente mal educada, cuando no de cafres. Las sedosas y negras cabelleras de nuestras mujeres, eran feas y ordinarias comparadas con las doradas crenchas de las hijas de Albión, y antes de pasar adelante debo decir que en esto jamás con siguió convencerme, pues á mí las doradas crenchas, como él las llamaba, me han parecido siempre panojas de maíz. La educación de las mujeres españolas, decía, es detestable: no saben más que coser y hablan delante de los hombres de las medias, de la camisa y demás prendas interiores de vestir, cosa para Roberto imperdonable y que acusaba ligereza de costumbres y una falta enormísima de pudor.

De las corridas de toros no era posible hablar con él: era una fiesta bárbara, él no comprendía cómo sin desmayarse podía verse morir á un caballo en las astas del toro. Presenciar cómo se aporrean dos boxeadores es distinto; al fin y al cabo si se matan á puñetazo limpio es porque quieren, y al caballo lo matan sin consultar su voluntad. Esto indigna y horroriza, ¡pensar que hay quien se divierte viendo expirar á un caballo, á un animal tan útil y tan noble! Un hombre nunca es tan útil, y sobre todo los boxeadores nunca son nobles, tienen esta desventaja, comparados con los caballos.

Estas ideas mil y mil veces oídas, acabaron por trastornar mi razón; así es que hace unos dos meses era yo un gallego, injerto en inglés. En algunas ocasiones, sin embargo, recordaba mis antiguas aficiones y olvidando mi papel de inglés, entonaba unas malagueñas ó unas seguidillas; entonces había que oir á Roberto: – «Eso que cantas, – decía, me destroza los oídos, eso no es música; imposible parece que haya quien pueda oir esos roncos quejidos sin sentirse enfermo.»

Así las cosas, sucedió que un día fuí, como de costumbre, á visitar á Roberto á la fonda en que vivía y le encontré contento, entusiasmado y alegre como nunca. – ¿Sabes, – me dijo, – que ha llegado hoy y se hospeda en esta fonda una inglesa preciosa, á quien conocí en París hace ya algunos años y que... – Una inglesa y preciosa! – dije sin dejarle concluir. – ¡Bravo! ¡magnífico! esa es la mujer que faltaba en mi lista; pero dí, ¿es casada, soltera ó viuda?

– Ninguna de las tres cosas.

– Caramba, – repuse, – eso no puede ser, como no sea monja!

– Nada de eso; es la *amiga* ó como tú quieras llamarla de un titiritero, es decir de uno de los artistas que forma parte de la compañía gimnástica y acrobática que trabajará el próximo domingo.

– ¡Ah, vamos! género de verano, género ligero. Mejor que mejor; la *amiga* de un hércules que se exhibe á dos reales la entrada, bien podrá ser amiga mía!

– Cuentas muy galanas te estás echando. Nunca conseguiré que deseches esa ligereza de carácter, propia de los españoles. Ten entendido, – dijo Roberto poniéndose serio, – que la mujer de quien te hablo, se presenta y produce como una señora y como tal habrás de tratarla, si quieres que te presente á ella.

– Bien; no discutamos, la trataré como si fuera una duquesa; pero dime, ¿es verdaderamente bonita?

– La conocí, como antes empecé á decirte, en París; tenía entonces unos veintidós años, era un ángel de belleza. Después no sé lo que habrá pasado, veo que ha bajado mucho en categoría, cosa que no me explico, pues en belleza no ha perdido mucho. Algo jamona está ya, pero todavía es una hermosa mujer.

– ¿Jamona dices? ¡adiós mis ilusiones!

Continuó así nuestra conversación y venimos á convenir en que al día siguiente me presentaría Roberto á la *mujer* de Mister Strong, el primer equilibrista del mundo, según se anunciaba. Durante varios días estuvimos yendo á visitarla y debo confesar que aparentemente la inglesa era una Lady perfecta, hablaba el inglés según decía Roberto como Milton, el francés como Racine, el italiano como Petrarca, pero el español, á decir verdad, lo destrozaba más que mi aguador. Sus modales eran elegantes, su manera de vestir irreprochable, pero sin saber porqué, aquella mujer no me gustaba, no me parecía una hija de Eva, sino de la serpiente que engañó á nuestra inocente abuelita.

Transcurrió así algún tiempo, durante el cual nuestra amistad con los Sres. Strong y con los demás artistas de la compañía se estrechó bastante. Roberto me anunció un día que se había enamorado de una de las artistas y que se iba con ellos á Barcelona. Yo traté de disuadirle de su proyecto, pero no lo conseguí. Aquel demonio de mujer, que en verdad era una francesa preciosa y muy lista, había sorbido el poco seso de Roberto. Hice cuanto pude por desengañar á mi amigo, pero él se obstinó en no ver claro. Decidió marcharse con su volatinera y quiso dos días antes de su partida, que nos despidiésemos cenando juntos los esposos Strong, Mlle. Elisa, él y yo.

Dispénsame, caro lector, si no te describo aquella cena; la pluma de Zola se resistiría á hacerlo; te diré únicamente que aquella Lady á quien yo había tratado como á una duquesa, juraba más que un carretero, bebía *brandy*, es decir, aguardiente, á vasos, y sobre su moralidad, compostura y decencia, baste decir que hubo momentos en que llegué á sonrojarme.

Convidando á aquellos repugnantes seres, gastamos una cantidad con la cual hubiéranse considerado felices muchas gentes, pero en cambio algo había ganado; mi entusiasmo inglés se había enfriado mucho y se enfrió aun mucho más cuando, al siguiente día, supe por el director de la compañía detalles de la vida de la inglesa.

Me despedí de Roberto no sin darle buenos consejos, y como he dicho antes noté que mi acendrado amor por las cosas inglesas disminuía.

No habían pasado seis días desde la marcha de Roberto, cuando hallándome una noche aburrido y cansado de pasear por no sé qué plaza de esta ciudad, llegó á mis oídos el ruido acompasado de las palmas y de los óles, necesario acompañamiento del canto andaluz; fijé mi atención y díme cuenta de que aquel ruido salía de un café, al cual en mis buenos tiempos de españolismo, solía yo asistir. Tan hondas raíces habían echado en mí las necias teorías de Roberto, que dudé largo rato antes de decidirme á entrar, mas por fin me decidí y entré. No necesité más que pisar el suelo del café para convencerme de que aquel era mi verdadero terreno.

Sobre un tablado de un metro próximamente de altura hallábanse colocadas tres mujeres y dos hombres, ellos tocando en la guitarra un acompañamiento de malagueñas, dos de las mujeres tocando palmas y la tercera empezaba á cantar con una hermosa voz de contralto, en el momento en que yo me sentaba junto á una mesa, una malagueña con la siguiente melancólica letra:

Dos besos tengo en el alma
Que no se apartan de mí,
El último de mi madre
Y el primero que le dí.

No es posible decir lo que en aquel momento pasó por mí. Los que después de muchos años de ausencia vuelven á pisar su patria deben sentir una emoción algo parecida á la que yo experimenté.

Aquella malagueña me recordaba que en España había recibido el primero y último beso de mi madre. En aquel instante me acordé de Roberto. Sin duda jamás oyó el desgraciado una malagueña; involuntariamente me reí de sus necias teorías. A haber oído ese canto, lleno de dulce melancolía, no hubiera pensado de la manera que pensaba. La malagueña es algo más que un canto, aquellos prolongados ayes parecen quejidos del alma, su ritmo tristemente dulce tiene algo, un no sé qué, que encanta; las letras casi siempre amorosas describen con esa sencillez poética que tienen todos los cantares populares los dolores que causa el amor desgraciado. A aquella malagueña siguió otra y otras, y cada vez me fuí alegrando más.

Cuando mi entusiasmo rayó más alto fué cuando tras un breve descanso, rasguearon los tocadores unos *panaeros* y comenzó á bailarlos con sin igual gracia una mujercita de esas que sólo nacen bajo el cielo de Andalucía. Pequeña de cuerpo, delgada, de color quebrado, de cabello ondeado como el mar tranquilo, y negro como la endrina, de pie y mano más corto que un día feliz, esbel-

ta como palmera y ligera como una pluma, con una boca que parecía una amapola que se sonriese y hablara, y sobre todo con unos ojos... ¡válganme las 11000 vírgenes! tentaciones me dan de romper la impotente pluma, que confiesa paladinamente que no sabe describirlos. Mas resisto á la tentación, porque no es suya la culpa. ¿Cómo describir lo indescriptible? De unos ojos puede decirse que son hermosos, tiernos, grandísimos, rasgados, dulces, fascinadores, pero de aquellos decir esto no es decir nada, porque no eran ojos, eran un asombro, una tentación! Si parecía cuando le miraban á uno que bajaba Dios á verle! La dueña de aquellas tentaciones llamábase María la guapa; años hacía que María y yo habíamos trabado amistad, así es que en cuanto terminó el baile, bajó del tablado y vino á sentarse á mi lado. Renovamos nuestra antigua amistad y charlando, charlando consumimos unas aceitunas, unas rajitas de salchichón y una botella de manzanilla. Acabóse el espectáculo de aquella noche, comenzó la gente á desalojar el café y las de más *cantaoras*, llamadas por María, vinieron á formar corro al rededor de mi mesa.

Corrimos una *juerguecilla*, como se dice en lenguaje flamenco, pero *juerga* modesta, mucho *cante* y poco vino.

María la guapa era la que más alegría demostraba, pero al poco rato de oirla, noté que su alegría era ficticia. Me acordé en aquel instante de que cuando conocí á María vivía con un cantaor llamado Paco *el guajiro*, le pregunté por él, y María que por exceso de bebida estaba un poco alegrilla, dejó de reir, púsose seria y por más esfuerzos que hizo no pudo evitar que sus hermosos ojos se llenaran de lágrimas.

– ¡Qué mala sombra tienes, *arrastraísimo*! – me dijo una de sus compañeras. - ¡Qué mala idea *ta dao* de mentar ahora...

– Hija, yo...

– Déjalo, – repuso María, – si á veces me hace bien llorar y hablar un ratito de él. ¿V. no sabe lo *ca pasao*? Mi Pepe está en el presidio de Cartagena... No lo culpe usted, yo tuve la culpa. Mire V., yo estaba *acharaiya* porque se me figuraba que mi Pepe andaba un poco *chalao* por una mujer; por la Rubia, ya la debía V. conocer. Una noche al salir del café en Valencia se marchó Pepe con un amigo. Al poco rato la Rubia *pa achararme* se marchó también y en fin *pa* acabar salí yo en busca de Pepe y me lo encontré en un colmao con la Rubia; yo no supe lo *ca* hacía y le puse á Pepe la mano en la cara, y él, naturalmente, ¿qué había de hacer? ya ve V. ¡pegarle delante de gente y habiendo otra mujer!, pues que sacó la navaja y me tiró esta *cuchillá* al cuello, que si no me aparto me degüella, y ojalá me hubiera *degollao*. Pero cá, yo estaba ciega y grité como una gallina, y vino la policía y prendieron á mi Paco, mi Paco de mi *arma*!

Guardó silencio María por un largo rato, callamos todos mientras ella lloraba y lloraba.

– Usted no sabe – dijo después secando sus lágrimas con la mano, – la pena que ahora me da ir á casa sola y no ver á Pepe que está allá, en Cartagena, y le habrán *cortao* aquel pelo negro *too yeno* de *sortijiyas*. Un solo consuelo tengo: mi Pepillo.

– ¿Algún hijo tuyo? – interrumpí yo.

– No, de mi Pepe.

– ¡Y de la Rubia! – añadió una de las compañeras.

– ¡De la Rubia! – dije yo con asombro.

– Sí, si esta es más tonta! – añadió la otra.

– ¡Tonta! - replicó la María. – ¿Qué hubieras hecho tú? La Rubia se murió al dar á luz al chiquillo, Pepe estaba en presidio. ¿Hubieras dejao que *yevaran* al pobre niño á la inclusa? ¡Pobre Pepillo de mi alma! él es lo único que tengo de su padre.

Me despedí de las cantaoras, acordándome de Miss Strong.

Al llegar á mi casa encontré una carta de Roberto en la que me decía que Mlle. Elisa se había fugado robándole una cartera con cinco mil duros en billetes.

Maquinalmente comencé á canturrear la marcha de la zarzuela *¡Cádiz!* por aquel trozo cuya letra dice: ¡Vi-vá Es-paña!...

JUAN ROA



MARIA MAGDALENA, pintura de Rafael Sanzio

PETITS VOYAGES

Como el hombre es el animal más ingenioso entre todos los animales, siempre está imaginando medios para procurarse alguna ganancia material.

La Exposición que se anuncia en París, es ocasión y motivo para excitar los apetitos de los «hombres de negocios.»

Un sujeto, mi amigo, discreto y de suyo mercantil, según él cree, aunque yo tengo para mí que él y yo allá nos andamos en espíritu comercial, tiene un plan para la época de la Exposición.

Me ha explicado su proyecto y es verdaderamente extraordinario.

– El viaje entre Madrid y París costará ciento veinticinco pesetas, ida y vuelta, – me decía el inventor.

– ¿En qué clase? – le pregunté.

– En primera, – me respondió.

– ¿En primeras letras ó en primera instancia?

– En primera, desde Madrid á Irún.

– Y desde Irún á París, ¿andando?

– La permanencia en París será de ocho días.

– ¿En las ciento veinticinco pesetas entra también el hospedaje?

– Es natural.

– ¿Hospedaje natural? vamos, ¿al raso?

– No, digo que es natural que entre en cuenta el hospedaje: desayuno, almuerzo, comida, cuarto y cama. Alojamiento en un buen hotel.

– ¿En el Hotel Dieu ó en el Hotel de Ville?

– Almuerzo y comida, en...

– ¿En la Morgue?

– Entrada en la Exposición, viaje á Saint-Cloud...

– ¿Y á Sans Ceremonie?

– Los individuos que viajen por cuenta de nuestra empresa, estarán sujetos al reglamento.

– ¿Reglamento?

– Sí; cada pelotón de veinte irá á las órdenes de un representante nuestro.

– Ya; ¿van por traíllas como los perros?

– El representante será el encargado de colocarlos en los coches, y de guiarlos hasta el hotel, en París, de acompañarlos en la Exposición y de explicarles cuanto deseen: todo, por supuesto, de pasada.

– Entiendo: como explican las vistas panorámicas los encargados de la exhibición:

«Aquí verán ustedes el Campo de Marte: esta es la rue Rívoli... El teatro de la grand'opera... La place de la Bourse... Le restaurant anglais... Aquí se come bien, pero esto no es para nosotros...» y así sucesivamente.

– Todas las mañanas se reunirá á los viajeros por nuestra empresa, á toque de campana. Les servirán el café ó el chocolate con mojicones ó con algún equivalente, y en seguida saldrán, guiados por nuestro representante, para visitar el palacio de la Exposición. A las doce el almuerzo en un «bouillon distinguido:» tortilla de hierbas naturales, y dos platos fuertes.

– Sí, carne á la dinamita y pescado fulminante.

– A las doce y veinte minutos, á la calle.

– ¡Veinte minutos para comer!

– Y ha de sobrarles tiempo.

– Lo creo.

– A recorrer París.

– ¿A pie?

– Pues es claro.

– ¿Con bordón y calabaza?

– No, hombre, no.

– ¡Desdichados peregrinos del Progreso «à bon marché!»

– A las siete á comer en un buen restaurant de un franc et demi...

– ¿Y hors d'œuvres y hors les vins?...

– Comida buena y nutritiva.

– ¿De caballería?

– ¿Cómo de caballería?

– Sí, carne de caballo cesante, pescado primitivo, aves de nuestros mayores.

– A las nueve al hotel y á la cama, y al día siguiente, lo mismo.

– ¡Infelices! pasarán las noches en un relincho.

– A los ocho días regresarán...

– ¿Los que hayan sobrevivido al tratamiento?

– Es un negocio de resultados satisfactorios.

– Principalmente para los viajeros; pero temo que intervengan los tribunales en el negocio y que castiguen á empresa y viajeros por imprudencia temeraria, cuando menos.

Enterado del proyecto de mi amigo, decía otro individuo:

– Nosotros pensamos hacer más.

– ¿Y quiénes son Vds.? – preguntó mi amigo con cierto disgusto.

– Una sociedad anónima, – respondió el otro, – denominada...

– Si es anónima ¿cómo tiene nombre? – observé.

– Está V. mal enterado de asuntos de comercio, – replicó el de la anónima; – nuestra sociedad se denomina Omnibus club.

– Sí, como pudieran Vds. titularla: «El amigo de los niños ó sea El zapatero y el Rey.»



LA MISION CATÓLICA EN PUGU EN EL TERRITORIO ALEMÁN DEL ÁFRICA ORIENTAL

EL ASCENSOR OTIS EN LA TORRE EIFFEL DE LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS. – CONSTRUÍDO POR LA COMPAÑÍA AMERICANA DE ASCENSORES, PARÍS Y LONDRES

A. Vista del ascensor para 50 personas. B. Vista general de un pilar de la torre en la base, con su actual inclinación. 1. Cilindro hidráulico. 2. Carro de varias poleas. 3. Poleas fijas. 4. Plataforma de espera. 5. Ascensor, en su marcha ascendente. 6. Cables tirando del ascensor. 6 A. Los mismos cables enrollados al cilindro. C. La torre Eiffel, 300 metros de altura

– Nosotros llevaremos y traeremos á los viajeros, desde cualquiera capital de España á París y vice-versa, después de sostenerles allí por espacio de veinte días; y todo por treinta pesetas adelantadas.

– Eso es imposible.

– Pero es que nosotros les obligaremos á trabajar durante los días de permanencia en París, bien como camareros en café ó en restaurant, bien para llevar baúles al hotel, ó en sus profesiones particulares.

– ¡Ya!

– Y no les daremos más que una comida, el día de llegada, y otra el día de salida.

– Pueden Vds. ahorrarse la segunda.

Pero el proyecto de mi amigo es sorprendente.

– Aun me faltan algunos datos para desarrollar mis pensamientos, – me dijo; – si es posible, he de incluir en el programa de la expedición, un baño diario en el Sena durante la estancia del viajero en París.

– Sí, porque antes ó después sería difícil.

– La solución del problema depende del número de personas que llevemos.

– Eso es, del número de víctimas.

– Porque, si, como esperamos, fuese muy crecido, pudiéramos conceder aun más ventajas.

– ¿Más?

– Sí, tales como la educación de los niños durante los veinte días de estancia en París.

– Y el obsequio de un terno para verano á los padres, de un corte de vestido á cada madre, y un corte de novio á cada muchacha casadera.

Sin contar con estas ventajas y premios á la economía, es incalculable el número de personas que proyectan visitar la Exposición.

Varias no pasarían del proyecto si no fuera por la empresa de mi amigo y por otras igualmente benéficas, que se proponen llevar á París á gente de pocos recursos facilitando el viaje, aunque sea andando, y proporcionando la manutención á muerte en aquella capital.

No hay persona al parecer medio civilizada, que no pregunte:

– ¿Y V. va á la Exposición?

– No podré saberlo hasta que llegue á la mayor edad, – respondo algunas veces.

– Pues mi esposo va á la «overtura» – me decía una señora sin gramática.

– ¡Ah! su esposo es otra cosa, – repliqué.

– No le cuesta un céntimo.

– Está bien relacionado.

– Va comisionado, no sé si por el ayuntamiento ó por la diputación de su pueblo ó por la diputación á cortes.

– O por el tribunal de conejos de Indias.

– Lleva encargo de estudiar los adelantos de la filoxera ó de no sé qué.

– ¡Él!

– ¿Pues no ve V. que ha servido?

– ¿Como filoxera?

– Al Estado.

– ¿En qué?

– Tuvo estanco nacional de tabacos en su pueblo.

Otro sujeto pregunta:

– ¿Quién no va á París? Hoy es lo mismo que en otro tiempo ir desde Madrid á Getafe: y barato. ¿Usted irá, por supuesto?

– Sí señor, pero no sé cuándo; si en este año ó en el otro.

Hasta en los señores del orden público ha entrado el deseo de visitar la Exposición de París.

– ¿Tú sabes, – preguntaba uno de ellos, no hace muchos días, á un compañero, – si mandarán á alguno de nosotros allá?

Y el otro respondió:

– Hombre, nada he oído, pero pienso que, de mandar, mandarán la pareja.

Eduardo de Palacio



Vista de la torre Eiffel tomada desde el Point du Jour, á tres kilómetros de distancia

Barcelona. – Imp. de Montaner y Simón



AÑO VIII — BARCELONA 20 DE MAYO DE 1889 — NÚM. 386

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SALÓN DE PARIS DE 1889

RECOGIMIENTO, cuadro de Gustavo Courtois, grabado por Baude

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

RECOGIMIENTO, cuadro de Gustavo Courtois

Como todos los años por esta época, se ha abierto en el actual el *Salón* ó Exposición de Bellas Artes de París, la cual, según aseguran los críticos de aquella capital, tiene sobre las que la han precedido últimamente la ventaja de presentar obras de mayor importancia, de más aliento, y sobre todo que revelan adelantos efectivos en la generalidad de los artistas franceses. Para apreciar mejor esta Exposición hay que tener en cuenta que la mayoría de ellos, y en especial los de más nombre, han reservado sus trabajos para exhibirlos en el Palacio de Bellas Artes del Campo de Marte, á pesar de lo cual nunca se había visto en certámenes análogos semejante agrupación de obras de verdadero valor, tan consolador aspecto de progresos artísticos, pues de los dos mil setecientos cuadros inscriptos en el catálogo no hay ninguno que con justicia pueda calificarse de malo, ninguno que no denote estudios serios y una práctica incontestable de la profesión.

En suma, nótase en la mayor parte de las obras expuestas en el Salón una renaciente vitalidad de la Escuela francesa, y los extranjeros, que afluyen ya á París con motivo de la apertura de la Exposición universal, no podrán menos de llevar un recuerdo favorable de aquélla.

Este lisonjero resultado nos induce á dar á conocer á nuestros lectores algunos de los cuadros más notables del Salón, cuyas reproducciones iremos publicando en los números sucesivos, empezando en este por la del bello lienzo de Gustavo Courtois, titulado *Recogimiento,* que representa á una joven y á un muchacho venecianos, asistiendo con fervor á los oficios divinos en una iglesia de la ciudad de las lagunas. El cuadro de Courtois es uno de los que tienen el privilegio de atraer las miradas, más que por su sencillo asunto, por la verdad con que están trazadas las figuras y por la delicada entonación de su colorido, circunstancias ambas que hacen en extremo apreciable la obra del citado artista.

¡ANIMO! cuadro de H. Bever

Bien quisiera tenerlo, se conoce, el pequeño Blondin que con insegura planta y haciendo balancín del brazo derecho adelanta pausadamente por el frágil madero; pero el miedo puede más en él que la voluntad, el instinto de conservación triunfa de las aficiones artísticas. (Perdónesenos esta palabra en gracia á ser ya cosa corriente aplicar el nombre de artistas á los que con más justicia denominan algunos volatineros.) ¡Animo! le dice la cariñosa hermana mientras con su mano sostiene fuertemente al travieso niño; y lo que menos desea es que tal ánimo tenga, no sea que queriendo lucir sus habilidades y aprovechando un momentáneo descuido se lance á ensayar tan peligroso ejercicio confiado en sus propias fuerzas.

¡No temas, hermosa joven! Bien se adivina en los azorados ojos del pequeñuelo que no es esta la tarea á que su afición le inclina y que impunemente puedes excitar su amor propio segura de que su cuerpecito no ha de balancearse solo y sin un firme sostén no ya en un sitio peligroso pero ni siquiera en donde como ahora le espere á un lado y á otro el blando suelo cubierto de aquel mullido césped que solamente crece en los helvéticos valles. ¡Desecha todo temor! El descendiente de Guillermo Tell no será quien atraviese sobre movediza cuerda las bullidoras cataratas del Niágara; preferirá sin duda surcar en ligera lancha los poéticos lagos de su hermosa patria.

SUEÑO DE BRUJAS, cuadro de Alberto Keller

Los pueblos que durante tantos siglos han creído en brujas y que con fruición presenciaron los tormentos atroces en medio de los cuales perecían aquellas infelices condenadas por unos jueces que presumían de rectos y en virtud de unas leyes tenidas por justas y dictadas por soberanos á quienes la posteridad ha llamado sabios, dieron el nombre de «sueño de brujas» al estado de semi insensibilidad con que algunas de ellas sufrían la más cruel de las muertes y suponían que era un don concedido por el diablo á sus aliadas de la tierra para evitarles los sufrimientos físicos.

Ignórase si este estado era producido por un esfuerzo heroico de la voluntad, ó por una especie de sueño hipnótico ó por un veneno que aletargara los sentidos de las víctimas, pero el fenómeno es cierto y las antiguas crónicas sin explicar la causa citan de él mil ejemplos.

Keller, el discípulo predilecto del malogrado Ramberg, el autor de tan hermosos cuadros de género reproducciones de las escenas de la sociedad elegante, el famoso retratista, ha querido con su privilegiado pincel avivar el lúgubre recuerdo de esta mancha vergonzosa de la Edad media, de esta Edad que al lado de tantas grandezas ostenta tantas infamias; pero apartándose del camino seguido por la generalidad de los que han tratado igual asunto, ha huido del repugnante espectáculo de las contorsiones y nos ha presentado á la protagonista de su cuadro en un estado de beatitud completa, insensible á los martirios corporales y con los ojos fijos en otro mundo que, á juzgar por la dulce y resignada expresión del semblante, no es ciertamente el mundo del diablo. ¿Sostiénela el entusiasmo que en otro tiempo sintieron los cristianos mártires en el Circo de Roma? ¿O es por ventura que su voluntad y su sensibilidad han sido adormecidas por el misterioso fluido comunicado por la mano amiga que en sus últimos momentos aprieta convulsa su brazo?

Difícil es decirlo, pero sea de ello lo que fuere, es lo cierto que el lienzo de Keller es una obra acabada: las figuras propiamente secundarias en cuyos rostros se reflejan admirablemente la indiferencia en unos, la rabia en otros, la compasión en los menos, forman un marco digno de la figura principal que á su belleza física junta esa belleza sobreterrenal que sólo prestan un alma pura, una conciencia tranquila y una fervorosa esperanza en otra existencia llena de inefables goces y de ventura eterna.

¡Maldito el fanatismo que á tan horribles espectáculos dió lugar! ¡Benditas la civilización y la libertad que al apagar los fúnebres fulgores de las hogueras han encendido la luminosa antorcha que guía a la humanidad por la florida senda del amor y del progreso!

SANSON Y DALILA, cuadro de J. Echena

Harto conocida es la leyenda bíblica de Sansón para que nos detengamos en relatarla y el número verdaderamente extraordinario de cuadros que reproducen las escenas principales de la misma es capaz de poner en grave aprieto al pintor que quiera buscar su inspiración en tan gastado asunto y pretenda ser original en su composición. Por esta razón resulta más meritorio de encomio el magnífico cuadro de J. Echena que ha sabido sorprender el momento culminante que con ser tal ha sido por muy pocos artistas trazado.

Sansón, seducido por las gracias y las caricias de Dalila, explica á ésta el secreto de sus hercúleas fuerzas y en el arrobamiento de su mirada se trasluce el orgullo de poseerlas para consagrarlas á su engañadora amada: en el rostro de Dalila se adivina toda la satisfacción que en ella produce el descubrimiento del medio que ha de poner á su amoroso esclavo completamente desarmado en manos de los filisteos: la cándida confianza del coloso y la seductora astucia de la mujer débil forman un contraste que Echena ha realzado con el que resulta de la arrogante figura de aquél y las delicadas formas de ésta. Expresión, excelente dibujo, disposición acabada de las figuras y de los accesorios cuidadosamente escogidos entre los muchos del arte suntuaria del antiguo Oriente, son cualidades que nadie se atreverá á negar al cuadro que nos ocupa y que es una verdadera joya capaz por sí sola de hacer la reputación de un artista.

PAÍS DE ABANICO, pintado por B. Galofre

Si el asunto escogido por Galofre para el abanico que reproducimos hubiese sido tratado por quien no conociera tan bien como él los misterios del arte y como él no poseyera el secreto de poetizar los más prosaicos temas, de fijo que hubiera fracasado el artista en su empeño ó que su trabajo hubiera, por lo menos, resultado poco á propósito para un objeto en el que suelen los pintores reflejar impresiones inspiradas en la poesía. Una llanura extensa y punto menos que árida cuya monotonía apenas cortan las siluetas de un macizo de árboles y de un caserón rústico y una numerosa recua descansando de las fatigas de penosa jornada, he aquí los elementos del paisaje de Galofre; y con ser tan sencillos ¡cuánto partido ha sabido sacar el artista de ellos! ¡Cuántas bellezas atesoran el conjunto y los detalles de su primorosa obra!

Desde el apuesto jinete al zafio mozo de mulas y desde el arrogante corcel por cuyas venas circula la pura sangre de la hermosa raza andaluza y sobre cuyos lomos luce sus brillantes colores la sin igual manta jerezana al humilde pollino libre de todo arreo, pasen revista nuestros lectores de la larga línea de hombres y bestias que en confuso montón aparecen agrupados y dígannos luego si pecamos de exagerados al prodigar nuestras incondicionales alabanzas á ese elegante trabajo de nuestro distinguido paisano, que tantos y tan merecidos lauros lleva ganados en su carrera artística.

AMOR Y ODIO

La condesa de B... abre todos los martes sus elegantes salones de la calle de Génova á una docena de *sportmans* y á otras tantas mujeres de la *crema* de Madrid.

Durante algunos años, una de las beldades que más han brillado en las *soirées* de la condesa, ha sido Rafaela P..., heroína de la auténtica aventura que vamos á referir, limitándonos á poner discretas iniciales donde indudablemente añadirán nombres propios aquellos de nuestros lectores que están al tanto de las recientes crónicas madrileñas.

A pesar de su nombre angélico, Rafaela tenía más de mujer de mundo que de celestial criatura.

Contaría entonces – en 1887 – unos veinticuatro estíos, que habían dado á su busto una bella plenitud de formas y á su talle una esbeltez acentuada por la anchura de sus bien torneadas espaldas.

Por su frente, algo estrecha y deprimida, bajaba, hasta confundirse con las cejas, el rizado flequillo de sus cabellos castaños, dispuesto con sujeción á las vigentes leyes de la moda, tan tornadiza que hoy echa hacia la nuca los pelos con que ayer cubría la mitad del rostro de las mujeres.

Y permítasenos aquí una digresión que viene *á pelo* para combatir la ridícula manía (que por fortuna va pasando, pero que puede volver) de afear así las caras femeninas.

Pocos años antes de morir, Víctor Hugo recibió la visita del fotógrafo-poeta Carjat á quien acompañaba su hija, una hermosa criatura de quince años. El autor del *Arte de ser abuelo*, que idolatraba á los niños, sentó sobre sus rodillas á la tierna y lindísima hija del fotógrafo, la contempló un momento con suma afabilidad, se puso luego algo sombrío, hizo un gesto de disgusto, levantó con la mano el espeso flequillo que bajaba hasta las cejas de la niña, y fijando los ojos en Carjat, le dijo en tono de amable reconvención:

– ¿Es V. artista y poeta, y consiente la profanación de cubrir tan hermosa frente en que resplandece la inteligencia y la bondad de esta hermosa criatura?

Desde aquel día, la hija de Carjat ha llevado siempre la frente descubierta, con gran ventaja para la hermosura de su rostro.

Volviendo á Rafaela, diremos que completaban su fisonomía original unos ojos vagos y fríos, que desorientaban al que pretendía leer en ellos; una recta nariz de alas movedizas, que podían ser señales de volubilidad y sensualismo, y una boca en que se confundían la gracia y el desdén, la pasión y la ironía.

No tenía parientes próximos ni lejanos. Hija única de padres que habían muerto jóvenes dejándole ocho mil duros de renta, gozaba de absoluta libertad, sin privarse de ninguno de los placeres que su educación y su estado le permitían.

Inteligente y apasionada por todo lo bello, cultivaba la música y el dibujo, no queriendo pintar al óleo, por no andarse con barnices y colores que dan jaqueca y manchan, según su propia expresión.

Habíase rodeado de objetos de arte y formado una pequeña biblioteca, en que figuraban las obras de los autores españoles y franceses contemporáneos más leídos, desde Picón y Zola hasta Trueba y Gréville.

Veíase hermosa, joven, rica y libre en un emporio de placeres, como Madrid, con una corte de adoradores de aparente lealtad, y elegantes salones donde lucir su talento y sus artes femeninas.

Solía tener en menosprecio á las demás mujeres, que le parecían más ó menos tontas en general, y si cultivaba la amistad de algunas era con el objeto de poder brillar como reina en sus *soirées*.

Sus amigas iban casándose, una tras otra, con reconcentrado disgusto de Rafaela, que llevaba de boda en boda su cuerpo archi núbil, sin ver llegar su turno en las fiestas del himeneo.

La más íntima de sus amigas era Juana R..., en cuya casa pasaba alegres y bulliciosas veladas. Se bailaba todo el invierno. Muchos hombres entraban risueños y salían de allí taciturnos y mohinos. Abundaban en aquellas reuniones las muchachas tiernas y flacuchas, acompañadas de robustas mamás: figuras decorativas que servían de bajo relieves en el salón hasta las dos de la madrugada; fondo oscuro sobre el cual resaltaban las brillantes figuras de Juana y Rafaela.

Allí conoció ésta á Florentino A..., gallardo mozo de unos treinta años de edad y seis mil duros de renta; moreno, elegante, caballeroso y simpático. A los ojos de los contertulios, pasaba por novio de Juana, aunque no se tenía notificación oficial de aquellas relaciones.

Para Rafaela, que en materia de amores se atenía más á los hechos que á las palabras, oficiales ú oficiosas, Juana era *otra amiga* que iba á casarse antes que ella, otro motivo de rencorosa antipatía para con el bello sexo!

Pero no era aquella rivalidad femenina la única causa de los rencores concentrados de Rafaela. Esta vez la situación se complicaba con la circunstancia de que nuestra heroína se había enamorado apasionadamente de Florentino.

Pero deslumbrado por la radiante hermosura de Juana, Florentino no se fijaba en las demás mujeres que se movían en torno de ella. Amaba con el platonismo del primer amor rodeado de las magnificencias del mundo, con el éxtasis que causa en las almas enamoradas el espectáculo de la mujer querida, vista á los resplandores de las arañas confundidos con el brillo de los diamantes, entre olas de encajes y embriagadores perfumes.

Juana, á quien sus padres vestían regiamente para halagar al hombre que había puesto en ella los ojos, no sospechaba que las malas lenguas la tildaban de vanidosa y coqueta, y se presentaba sencillamente ante su presunto novio, con todas las ingenuas aspiraciones de su corazón. Le amaba con ese amor que constituye la fuerza y la vida de las almas vírgenes, con el intenso deseo de compartir con él la existencia; y se complacía en las soñadas nimiedades de la vida común.

Rafaela, por el contrario, amaba á Florentino con la pasión que arrastra y subyuga. De lejos como de cerca, él la dominaba en absoluto, pues ni podía evitar los sobresaltos que su corazón sentía á su recuerdo, ni era dueña de dominar la emoción que experimentaba en su presencia.

El alma tomaba la menor parte en aquel amor, parecido á los cálidos efluvios con que la primavera reanima á las vegetaciones dormidas.

Rafaela aun no había logrado llamar la atención de su ídolo, y sentía arder en sus entrañas el fuego de unos celos violentísimos, que se mezclaban, en su amor, con la rabia del deseo no aplacado.

El inminente matrimonio de Juana con Florentino, era la pesadilla de Rafaela. Para evitarlo, ésta apeló á múltiples ardides que no surtieron efecto. Mas de una intriga le dió un resultado contra-producente. Pero dispuesta á intentarlo todo, antes que cejar en su empresa, apeló, por último, á la calumnia, que es arma común de débiles y cobardes.

Asedió, desde luego, al joven de tal manera, que sus incitantes miradas, sus mudas invitaciones á un vals ó á una polka, sus melosas súplicas para que tocase con ella el piano á cuatro manos, sus mil coqueterías oportunas é ingeniosas concluyeron por halagar el amor propio de Florentino.

Sucumbiendo á tan poderosos atractivos, éste llegó á distraerse de su culto á Juana con la deliciosa obsesión de Rafaela, que le interesaba sobre todo con personalísimas apreciaciones sobre las diferentes maneras de comprender el amor.

Al cabo de algún tiempo, empezó ella con sus pérfidas insinuaciones; pero Florentino la obligó en seguida á que se explicase.

Rafaela no esperaba una exigencia tan categórica. Vaciló, resistió cuanto pudo; pero ante la insistencia terminante del joven, se vió en la alternativa de confesar su infamia ó presentar la prueba de sus asertos.

Entonces inventó ella una historia maquiavélica, donde lo falso se mezclaba hábilmente con lo probable; apariencia de verdad, vaga calumnia, algo de indeciso que se obstinaba en no precisar, á pesar de las instancias de su amigo; una especie de aventura donde, merced al espejismo de los celos, Juana aparecía culpable y desposeída de la aureola de pureza que había constituído el mayor de sus encantos á los ojos de Florentino.

– Pero en fin, – decía éste con pertinacia en uno de sus apartes con Rafaela, en el propio salón de la pobre calumniada; – dígame V. el nombre, la fecha, el sitio...

Rafaela no quería precisar más.

– ¡Ya he dicho demasiado! – replicaba con estudiada entereza.

Florentino recapacitaba en vano; sus ideas no adquirían la claridad deseada. Entreveía la calumnia y sin em-

bargo se sentía ultrajado en su amor. Llegó un momento en que, dominado por los celos, dió crédito á las revelaciones de Rafaela. Mas luego se operó en su ser una revolución extraña; sintióse poseído de un odio profundo, no contra la infeliz acusada, sino contra la pérfida acusadora.

Desde aquel momento, sólo pensó en una venganza refinada, urdida con cautela, llevada con lentitud, encaminada al justo castigo de Rafaela y á la rehabilitación de Juana.

Fingió desprenderse poco á poco de ésta é inclinarse hacia su rival. El hecho se comentaba mucho en los salones, donde se había dado por seguro que Juana tenía preparado su ajuar de novia.

–¡Tendría gracia que los regalos de boda comprados para la una, sirviesen para la otra!

Rafaela se complacía en su triunfo. A los quince días, no se dignaba ya asistir á las reuniones de su víctima. El mismo Florentino dejaba transcurrir algunas semanas sin dejarse ver en ellas. Prefería, indudablemente, hacer la corte á su nueva amiga, que le recibía en su artístico *boudoir*, con desenvoltura norte-americana

–¿Me ama V. de veras, Florentino? – le preguntaba á menudo con apasionada ansiedad.

–¡Y me lo pregunta usted!...

–¡Oh! déjese de frases declamatorias, amigo mío; quiérame usted con sencillez... como quería á Juana.

–No hay comparación...

Dichosa como nunca, se engolfaba en dulces ilusiones y se complacía en hablar de su próximo enlace, de aquel enlace inesperado que acababan de concertar y que tanto comentaban las comadres del gran mundo madrileño.



¡ÁNIMO! cuadro de H. Bever

Rafaela experimentaba un cambio en todo su ser. Sentía que su sangre corría por sus venas con nuevo ardor, que le batían las sienes y se le aceleraba el pulso, que se le hinchaba el corazón y se le turbaba la vista.

Amaba á Florentino con pasión vehemente, y la dicha de ser amada la hacía más generosa y compasiva; tanto, que solía hablar con piadoso interés de lo mucho que debía sufrir la pobre Juana.

Una tarde de mayo, en que se sentía presa de perezosa languidez, recibió á su novio en su propio tocador, linda pieza tapizada de raso azul-celeste é impregnada de delicados perfumes; llena de estatuítas y cachivaches artísticos que hacían muecas chinescas á la penumbra de los cortinajes; elegante *boudoir* de coqueta que exhalaba efluvios de amor.

Florentino, sentado en un *confidente*, al lado de su amiga, sentía una gran pesadez en la cabeza y apenas encontraba frases con que contestar á su amable interlocutora.

Rafaela vestía una bata de merino azul pálido, guarnecida de encajes; medias de igual color y ricos escarpines de raso lila; dos sartas de perlas por su cuello escultural y una rosa en los cabellos.

Florentino contempló en silencio, durante cortos minutos, los encantos de aquella mujer altiva; pero en su muda contemplación había un fondo de visible pesadumbre, como si le asediase algún triste recuerdo en el momento de considerar á Rafaela á punto de caer de su trono de gracia triunfante al abismo de la vergonzosa humillación.

Subyugada por la mirada penetrante de Florentino, la joven se sintió presa de una fascinación irresistible, en que al trastorno de los sentidos se unía el desfallecimiento del alma que sin perder la conciencia del peligro, no se atreve á resistir á los incentivos de la falta.

Su orgullo y altivez de soberana sucumbieron en un instante de flaqueza.

De repente el llanto brotó de sus entornados ojos.

–¿Qué tienes, amor mío? – preguntó Florentino con estudiada emoción.

–¡Tengo miedo! – contestó ella con viva ansiedad.

–¡Miedo! ¿de qué?

–¡De que me desprecies!.. ¡de que me aborrezcas!

–¡Loca! ¿Y por qué?

–¡Ah! bien lo comprendes... ¡Juana es ahora más fuerte y digna que yo!...

–¡Al fin! – exclamó bruscamente Florentino, apartándola de sí. – ¡Al fin tú misma la has rehabilitado, confesando tu infamia!

Y se levantó loco de alegría.

Rafaela salió del estupor en que el sobresalto le había hecho descubrir su vil calumnia; comprendió cuanto pasaba en aquel momento en el espíritu de su amante y palideció como una muerta, mirándole con espantados ojos.

Florentino abrió la puerta, humilló por última vez á aquella mujer vencida, dirigiéndole una mirada de desprecio, y se alejó con la sonrisa en los labios.

Un mes después, la virtuosa Juana se unía para siempre á Florentino al pie de los altares, mientras Rafaela devoraba en la soledad de su gabinete, teatro de su humillación y su deshonra, el odio que en su alma altiva acrecentaba aquella boda.

JUAN B. ENSEÑAT

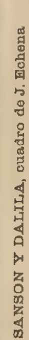
EL MERCURIO DE LOS ALQUIMISTAS

Ocúpase actualmente el ilustre químico Berthelot en publicar, traducidos y comentados, los escritos famosos de los alquimistas griegos, que florecieron, la mayoría, en los primeros siglos de la Era y expusieron doctrinas notables é hicieron peregrinos experimentos, cuyos resultados interpretaron con un criterio informado, á la vez, en la ciencia pura, en las más subtiles disquisiciones metafísicas y en sus creencias místicas, que expresaban en alambicados conceptos y en extraños símbolos y comparaciones. El meritísimo trabajo del insigne Profesor del Colegio de Francia presta á la ciencia verdadero servicio. Ya en 1885 su libro acerca de los orígenes de la Alquimia vino á resolver muchos problemas, arrojando torrentes de luz en las obscuridades que envolvían el hermoso comienzo de las operaciones químicas: entonces, las personas de los alquimistas, sus doctrinas especiales, las teorías que establecieron y los experimentos que practicaron, siempre movidos del deseo de obtener la materia primordial, única, indestructible y base de todos los cuerpos de la Naturaleza, fueron conocidos y pudo apreciarse el valor de lo que era realmente científico en aquel simbólico laberinto de fórmulas, recetas, comparaciones y hasta signos secretos, sólo conocidos de los iniciados y adeptos en el arte sublime de la fabricación del oro y de la tintura de las piedras y metales.

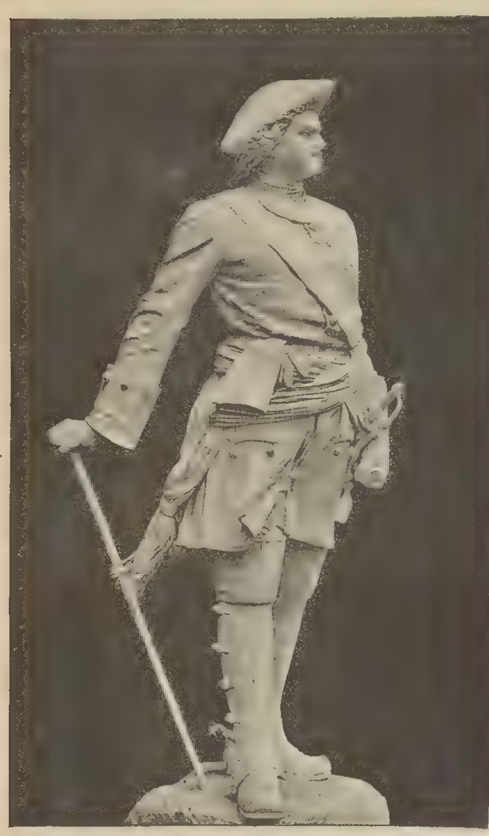
Aquellos fantásticos sueños, las vagas aspiraciones á afirmar cierto género de doctrinas que los experimentos les hacían sólo presentir, los métodos de los alquimistas para aislar metales importantes como el hierro, el plomo, el cobre, el mercurio y la plata, el mismo fundamento de sus doctrinas, cuya base era la unidad indestructible de la substancia, todo aquel obscuro conjunto de símbolos y recetas, el misterio de las operaciones y el extraño lenguaje en el que asociaban las cosas del cielo y de la tierra; todo esto despojado de lo accesorio y sobrante constituye los comienzos de la industria de los metales y el punto de partida de las doctrinas científicas ahora más en boga. Y es que en medio de las preocupaciones de secta y en la prosecución de aquel irrealizable fin de sacar de los crisoles la materia primordial desprovista de todos sus caracteres, esencia purísima de la cual sería dable constituir los cuerpos todos, el alquimista verdadero, llámese Stéfano ó Zósimo, neoplatónico, pitagórico ó adepto de Hermes ó Demócrito, no sólo afirma la unidad de la materia, sino que es hombre de progreso y dirige sus afanes á fundar escuela, á enriquecer la ciencia con métodos nuevos, á descifrar el enigma de algún fenómeno natural todavía no estudiado. Así podía escribir Miguel Prelus en el siglo XI «los cambios de la Naturaleza pueden hacerse naturalmente y no en virtud de encantamiento, ni milagro, ni fórmula secreta,» añadiendo á propósito de la obtención del oro «quieres conocer el secreto, no para fabricar grandes tesoros, sino para penetrar los secretos de la Naturaleza,» palabras que demuestran cuán descaminados andan los que atribuyen á desmedida codicia é inmoderado afán de riquezas la actividad de los alquimistas, sus largos y pacientes trabajos y sus ansias de alcanzar la anhelada piedra filosofal, el oro purísimo, la primera materia sin aquellas cualidades externas que le dan las múltiples apariencias llamadas cuerpos. La Alquimia fué una ciencia con sus doctrinas fijas y sus métodos experimentales, ambas cosas embrionarias y harto deficientes; pero es que al lado de ellas é informándolas aparecen siempre el sentido metafísico y la tendencia mística y eso de igual manera en Egipto y en Grecia y más tarde en los Arabes y en los Arabes



SUEÑO DE BRUJAS, cuadro de Alberto Keller



SANSON Y DALILA, cuadro de J. Echena



ESTATUA DE PEDRO EL GRANDE, premiada con medalla de oro en la Exposición de París de 1878 (Véase el artículo «Un escultor ruso»)

españoles, maestros peritísimos en el arte de los metales y escrutadores del oro, hábiles en la tintura de las piedras y como nadie subtiles en la elección de los métodos de sus investigaciones; ¡lástima es que el inmenso tesoro de sus escritos de Alquimia permanezca olvidado todavía, esperando que se traduzcan y comenten!

Ya en el libro titulado *Orígenes de la Alquimia* y en otros escritos publicados en la Nouvelle Revue, en los Annales de Chimie et Physique – en esta última Revista acerca de la antigüedad del arsénico y sobre aparatos destilatorios egipcios y acerca de diversas notaciones – y en las Actas de la Academia de Ciencias de París, había hecho notar Berthelot aquella parte verdaderamente científica de los trabajos de los alquimistas y el valor real y positivo de sus doctrinas y creencias: en la nueva publicación al traducir y comentar obras olvidadas y de larga data, aparecen con mayor claridad los hechos y es posible juzgar, en vista de los documentos, la obra de los predecesores de la Química moderna. Como la Alquimia trataba casi siempre de metales, piedras preciosas y substancias análogas, no me parecen fuera de lugar algunas indicaciones respecto de cómo fué considerado el mercurio entre los alquimistas, qué cualidades y virtudes le atribuían y porqué lo tomaban á modo de tránsito entre el oro y los otros cuerpos. Un metal que veían líquido, blanco y brillante al igual de la plata, muy pesado, volátil, capaz de disolver el oro, que no se mezclaba con el agua y calentado al aire desaparecía, tornándose en aquella famosa cal metálica, cuyo análisis había de servir primero á Priestley para descubrir el oxígeno y poco después á Lavoissier para obtener de ella mercurio, destruyendo, con su memorable experimento, la doctrina del flogisto; el conjunto de extrañas propiedades del único metal líquido á la temperatura ordinaria, es natural que impresionara el ánimo de los alquimistas, solicitando sus estudios, desde que griegos y romanos lo conocieron y Discórides pudo describir el procedimiento de obtenerlo, mediante la simple destilación del cinabrio, substancia abundante y cuyos cristales de hermoso color rojo bien podían pasar como falsos rubíes naturales á causa de alterarse por el fuego, al igual que llamaban falsa esmeralda natural á la malaquita ó hidrocarbonato de cobre.

Y con efecto, el mercurio representa en las diversas épocas de la Alquimia papel importantísimo. Establecido que á cada metal correspondía un planeta, ó por mejor decir que los metales habíanse producido en la tierra bajo la influencia de estos astros, asignábanseles á cada uno el suyo, y como los metales resultaban siete, número simbólico y cabalístico, y la Alquimia nunca prescindió por completo y en absoluto de las nociones de la Astrología, de donde en realidad procede, de aquí el sinnúmero de combinaciones, las más extrañas y caprichosas, entre los siete metales, los siete planetas y todo cuando pudiera relacionarse con el número siete. Tiene esto la ventaja de establecer algo semejante á una notación simbólica no desprovista de fundamento en cuanto el signo de los planetas se empleaba para representar los metales correspondientes ó las aleaciones que como metales simples se consideraban, y según ahora ciertas escuelas quieren indicar en las fórmulas de los cuerpos varios de sus caracteres, así las propiedades de los metales se relacionaban con algunas de los planetas á que estaban consagrados: amarillo y brillante el Sol, correspondíale el oro; á la Luna, la plata blanca y brillante; para el rojo y encendido Mercurio, reservaban el hierro, extraído de un mineral color de sangre; al planeta Venus de luz blanca con reflejos azulados debíase el cobre cuyas sales son azules y además por haberse hallado el cobre en la isla de Chipre, consagrada á la diosa de la hermosura; Saturno poco brillante y tardo en moverse, de luz agrisada tuvo por metal el plomo; el estaño fué para Júpiter brillante y fuerte y dábanle á Mercurio el argento vivo, luego que pudo extraerse de sus minerales. Y si ha de darse crédito á los más antiguos testimonios, desentrañándolos de fábulas y poemas, resulta que los caldeos al dar culto y adorar los planetas tenían para cada uno su templo y en él una estatua formada del metal correspondiente, siendo la de Mercurio hueca, compuesta de los metales oro, plata, cobre, hierro, estaño y plomo, llena de mercurio líquido, de aquella plata viva tan importante en las operaciones de los verdaderos alquimistas, indispensable para obtener el oro y que en los procedimientos recomendados por Geber representa el papel de mayor importancia. Haber considerado los metales de la manera dicha originó bien pronto ciertas categorías, relacionadas con los mismos planetas y la lista más autorizada comienza en la primera región ó sea Saturno, colocando enfrente el plomo, ocupa el oro la cuarta con el Sol, el argento vivo la sexta frente á Mercurio y se reserva la séptima para la Luna que ha presidido la formación de la plata blanca y brillante y á ella se consagra.

No se estableció este sistema de manera definitiva, que no pocas veces cambiaron los metales de planta, conforme iban realizándose mayores descubrimientos. Así, al conocerse el mercurio y estudiados sus caracteres, hubo de tomar el puesto antes asignado al estaño, y esto no sólo en razón de las propiedades físicas del metal líquido sino por ciertas semejanzas con el mismo estaño, en cuanto éste es fácilmente fusible y capaz de ligarse con los otros cuerpos, formando variadísimas aleaciones. No tuvo el mismo nombre siempre el metal en que me ocupo, ya fuese nativo ya producto de operaciones químicas, que las dos especies distinguían los alquimistas, aunque no se encuentran diferenciadas sus propiedades, ni asignadas virtudes especiales á uno y otro. El color y el brillo, la frialdad y liquidez, la movilidad de sus gotas, el disolver metales y ser corrosivo y venenoso, fueron causa de los diferentes nombres que el mercurio tuvo en la Alquimia: llamáronle primero *plata viva, agua de plata* y *plata líquida*, después, *líquido eterno* y *veneno de todas las cosas*, no recibiendo el nombre de Mercurio, ó sea cuerpo hermético por excelencia, hasta la Edad media. Desde que tal cuerpo fué conocido, aparecen recetas y prescripciones para su mejor uso en las operaciones todas, fundado siempre en el poder de amalgamarse con la mayoría de los metales.

Así, partiendo de la idea de la materia única, admitían los comentadores de Demócrito que el mercurio, semejante á la cera, toma todas las formas y atrae todos los colores, por eso blanquea las cosas y atrae su alma; danle la propiedad de cambiar todos los colores subsistiendo él íntegramente aparezca ó no con sus caracteres, porque dicen «aunque no subsiste en apariencia, permanece contenido en los cuerpos.»

Conviene advertir que semejantes ideas originaron el procedimiento más antiguo de explotación del oro, que se remonta al siglo tercero de la Era, ya que hállase la receta del sistema consignada por Zósimo, alquimista y filósofo de gran nombradía. La facultad del mercurio para atraer los metales, desposeyéndolos de sus colores, que luego originó aquella idea de Geber que los elementos hállanse constituídos por la unión de los metales con el mercurio, era causa de que el oro contenido en las arenas de los ríos se uniese al argento vivo, cuyo cuerpo, á causa de su volatilidad, separaba luego el fuego, quedando el oro purísimo y ya dotado de sus propiedades y hermoso color amarillo. El procedimiento, que en mi entender puede considerarse base y fundamento de buena parte de aquellas operaciones puestas más tarde en boga con objeto de lograr la codiciada transmutación de los metales, hállase consignado en la siguiente curiosísima receta, que copio de la magnífica traducción de Berthelot y dice de esta suerte: «Toma la tierra de las márgenes del río de Egipto que arrastra oro; después de haber hecho una pasta forma pequeños panes; hazlos secar al sol, ponlos en una marmita nueva y haz fuego debajo; remueve con un instrumento de hierro hasta que lo veas todo cocido y semejante á ceniza negra. Toma un puñado de esta materia y échalo en una vasija de barro; añade mercurio, agita metódicamente la mano, añade una medida de agua y lava con precaución hasta que se llegue al mercurio. Ponlo en un trapo y exprímelo con cuidado hasta el agotamiento: desliando el trapo encontrarás la parte sólida. Colócala, formando una bolita, sobre un plato nuevo en una cueva hecha en el medio, cubre de nuevo la marmita, adhiriéndola al plato, calienta con llama hasta que el fondo del plato queme. Ten agua detrás de tí para rociar la preparación con una esponja, cuidando que no caiga agua sobre el plato. Después de la calefacción saca el plato del fuego y descubriéndolo encontrarás lo que buscas.» De tal manera utilizaban sus estudios los antiguos alquimistas y tratándose del mercurio, ya se considera compuesto de todos los metales, base de todo linaje de cambios ó mero símbolo de cualidades determinadas, al igual del arsénico y del azufre de los filósofos, paréceme natural que, impresionados ante sus extrañas cualidades, le atribuyesen primero virtudes que no posee y luego quisiesen emplear las bien estudiadas. Y aquí viene como de molde tratar el punto de la importancia del mercurio en la más elevada operación de la Alquimia de todos los tiempos; transmutar los cuerpos y llegar á la materia fundamental que á causa de su inalterabilidad era el oro, y á tal deseo se subordinaba la ciencia toda, prestando cada adelanto nuevos materiales á la comenzada y nunca terminada obra de la cual fué el mayor adepto Geber y aun los tuvo en el pasado siglo.

Dos hechos servían de fundamento á la doctrina capital de la Alquimia. Es el primero la general creencia de que existen diferencias substanciales entre la materia de los cuerpos y sus caracteres: la materia concebían la única y separada de ella la cualidad variable por donde la misma substancia originaba todos los cuerpos si se le añadían cualidades distintas, las cuales tenían existencia propia. Luego si á un cuerpo pudiesen quitársele las apariencias externas, si la solidez y el color, la forma y la dureza pudiesen sustraerse, quedaría la materia purísima, y como de lo conocido era el oro lo más inalterable, al oro toma-



ESTATUA DEL EMPERADOR IVAN EL TERRIBLE

ron por la materia primordial. De semejante creencia se originó la doctrina de la transmutación de los cuerpos, acerca de cuyo punto, recuerdo haber leído en un libro titulado: *El Mayor Thesoro*, impreso en Madrid en 1727, un procedimiento singularísimo para convertir el hierro en cobre, porque la ausencia ó presencia de tales caracteres, no sólo eran causa de cambios externos, sino modificaban la naturaleza íntima de las substancias, idea no tan desprovista de fundamento como parece, puesto que ahora mismo constituye uno de los más interesantes problemas de la Química moderna relacionar las propiedades de los cuerpos con la manera especial de estar formados y quien haya leído la obra de Berthelot acerca de las substancias explosivas puede apreciar el valor de los adelantos realizados en semejante orden de cosas.

El segundo hecho fundamental de la transmutación deriva de las propiedades del mercurio y sobre todo de la de amalgamarse con los metales. Veían los alquimis-

JESÚS EN PRESENCIA DE PILATOS

tas como el oro desaparecía en el azogue dejando de ser amarillo y sólido, observaban lo mismo con la plata y el cobre y de aquí dedujeron que el mercurio, aquel cuerpo tan movible que parecía estar vivo, anulaba los caracteres de los metales que en él desaparecían, y ni el rojo del cobre, ni el blanco de la plata, ni el agrisado del plomo, ni el amarillo del oro parecían en sus correspondientes amalgamas: luego parecía haberse hallado un agente que sustraía las propiedades de los cuerpos, otro metal, cercano ya de la primera materia en cuanto absorbía y anulaba los demás. Calentada la amalgama de oro desaparecía el mercurio y restablecíanse las cualidades del metal precioso; volvía á poseer su alma que dirían los platónicos. Las amalgamas de plata, de cobre, de plomo y de estaño, daban también estos cuerpos y de ahí pensar que al mercurio de cada metal, como no fuese el oro, faltábale color, tintura de color amarillo; por eso comprendía el arte de la transmutación obtener el mercurio correspondiente á cada cuerpo, que así se llamaba á su amalgama, teñirle de amarillo, á cuyo fin cada alquimista tenía su procedimiento secreto, en el que entraban casi siempre el azufre y el bisulfuro de estaño, y luego quitar á este mercurio teñido del amarillo del oro todos sus caracteres quedando purísimo el codiciado metal. Los métodos varían al infinito, mas no las operaciones que son las indicadas, y si alguna vez aparecen alquimistas contrarios á la unidad de la materia entendida de esta suerte, su voz se ahoga entre la algazara de los procedimientos y recetas, llegando algunos hasta afirmar que de sus crisoles, donde no lo habían puesto, había salido el más puro y fino oro. Equivocábanse, es cierto, lo mismo en los fines perseguidos que en los medios puestos en práctica para alcanzarlos; pero así como aprovecharon las propiedades del mercurio y las utilizaron en el beneficio del oro que arrastran las arenas de los ríos, inquiriendo é investigando acerca de la jamás hallada piedra filosofal pusieron las bases de buen número de procedimientos metalúrgicos y sus métodos constituyen la base de los métodos científicos de la Química.

JOSÉ RODRÍGUEZ MOURELO

UN ESCULTOR RUSO

OBRAS DEL CELEBRADO ARTISTA MARK MATVEITCH ANTOCOLSKY

Mark Matveitch Antocolsky, á cuyo cincel se deben las estatuas representadas en nuestros grabados, nació hacia el año 1843 en una aldea del gobierno de Wilna, una de las provincias polacas de Rusia. Es oriundo de una familia judía, que vivía sobrado modestamente en dicha aldea.

Como muchos de los artistas que así en los pasados como en el presente siglo han hecho su nombre famoso, Antocolsky reveló desde sus más tiernos años sus felices disposiciones para el Arte, y como muchos de aquéllos también tuvo que luchar con su escasez de recursos para adquirir una educación artística y con la oposición de sus padres que, no comprendiendo su noble ambición, querían dedicarle á un humilde oficio. Por fortuna, el joven encontró en su propio país un amigo en un agrimensor que le estimuló é hizo renacer sus muertas esperanzas, y le puso en relaciones con la viuda del gobernador de Wilna, señora de gran corazón, la cual le proporcionó los medios para realizar sus más fervientes deseos, que consistían en trasladarse á San Petersburgo para adquirir allí los conocimientos necesarios en la escultura, á cuyo arte le inclinaban más sus gustos.

Antocolsky consiguió entrar en la Academia de aquella capital en la que se empezó á formar por sí solo, por decirlo así, pues según asegura él mismo en su autobiografía, aquella Academia más que tal, es una especie de casino, donde los profesores pasan el tiempo fumando y comentando las noticias del día. A pesar de educación tan deficiente, el jóven alumno estudió con tal ahinco los modelos que á su vista se ofrecían que al regresar á su país durante las vacaciones, hallóse ya en disposición de modelar su primera estatua en madera, la cual representaba un viejo sastre judío enhebrando una aguja. A su regreso á San Petersburgo la exhibió al público y tuvo la suerte de venderla por cien rublos.

Las privaciones y sinsabores que por espacio de algunos años hubo de soportar en aquella capital, á causa de su penuria, fueron interminables. Tan sólo su amor al arte y su inextinguible esperanza de ver brillar mejores días pudieron hacérselas soportables. Admitido á perfeccionar sus estudios en el taller del escultor Biedermann, profesor que no era viejo ni indiferente como los de la Academia, y rodeado allí de compañeros con los cuales sostenía frecuentes discusiones sobre materias de arte y en especial del griego, que merecía su predilección, hizo rapidísimos adelantos, y labró un bajo relieve representando «El beso de Judas,» para el que encontró en breve comprador, á cuya obra siguió otra muy notable titulada «La Inquisición sorprendiendo á una familia israelita mientras celebraba la Pascua.»

A pesar de sus méritos y de haberse dado á conocer con estas y otras obras, su situación en San Petersburgo seguía siendo de las más precarias, y creyendo hallar en Berlín más protección, pasó á esta capital, donde sufrió una decepción más; pero allí pudo estudiar las obras de los modernos pintores italianos, que ejercieron notable influencia en su arte para lo futuro.

Agostadas sus ilusiones en Alemania, tornóse á San Petersburgo, y poco después de su llegada obtuvo allí el tercer premio de Escultura, consistente en veinticinco rublos, por la segunda de las obras anteriormente citadas. Entonces dió forma al proyecto que hacía tiempo acariciaba en su mente de labrar una estatua representando á Ivan el Terrible, del emperador cuya memoria, á pesar de sus crueldades, se conserva íntima y agradablemente grabada en el corazon de todo ruso. Largos meses dedicó á esta estatua, en la cual trabajaba con febril excitacion; pero salió de sus manos una obra acabada. El artista ha representado al sanguinario tirano en uno de los breves instantes de remordimiento que interrumpían de vez en cuando sus bárbaras crueldades. Conócese en la expresión de la figura que la influencia de la maldad no abandona fácilmente su presa, y en el extravío de sus ojos se echa de ver la lucha que en su corazón sostienen sus abominables pasiones. El emperador no parece un monstruo repulsivo, sino más bien un hombre que excita á conmiseración.



BUSTO DE YAROSLAW, PRIMER LEGISLADOR DE RUSIA

Antocolsky habla en su autobiografía de la extraordinaria popularidad que alcanzó esta obra, sobre todo entre los campesinos, al paso que su estatua de Pedro el Grande, ejecutada después, no fué apreciada en Rusia hasta que obtuvo la Medalla de oro en la Exposición celebrada en París en 1878. En esta estatua aparece el belicoso emperador á pie arrostrando los embates de un viento impetuoso, como si de este modo hubiera querido representar el autor la energía con que Pedro supo arrostrar la oposición ora de sus propios súbditos, ó ya de algunas potencias europeas.

A pesar de su creciente fama, la posición de Antocolsky era en demasía modesta, cuando merced á una circunstancia puramente casual tuvo la fortuna de que el emperador visitara su taller. Desde entonces su situación ha mejorado y ha podido dedicarse con más holgura á su arte predilecto.

Entre las obras que posteriormente salieron de su cincel, son dignas de mención un «Jesús en presencia de Pilatos,» que es sin duda la mejor de todas. En ella el escultor, rompiendo con la tradicional rutina, que da siempre al Salvador facciones afeminadas, lo representa con el tipo del campesino hebreo en el conjunto y en los detalles, con la larga cabellera caída sobre los hombros, vestido con larga túnica de lana, y los brazos atados con una cuerda que rodea su cintura. La ejecución de esta escultura es verdaderamente magistral.

Una «Mártir cristiana,» una encantadora cabeza de Ofelia en alto relieve, un busto de la Turguenef y otro de la emperatriz de Rusia, son obras que han contribuído á acrecentar el renombre del escultor ruso, lo propio que el busto de Yaroslaw, el primer legislador de Rusia, y dos



ESTATUA DEL GRAN FILÓSOFO SPINOZA



PAIS DE ABANICO, pintado por Baldomero Galofre, grabado de Sadurní

pequeñas estatuas, la una de Spinoza, verdaderamente patética y característica, y la otra de Sócrates.

Antocolsky, apreciado hoy en su país como merece su talento, es individuo correspondiente del Instituto de Francia, honor que difícilmente alcanzan los artistas extranjeros.

NOTICIAS VARIAS

AUMENTO DE LA MARINA MILITAR DE LOS ESTADOS UNIDOS. – La marina militar de la Unión americana, descuidada por largo tiempo después del prodigioso esfuerzo de la guerra de secesión, recobra ahora una importancia considerable que es bueno consignar.

No se contentan ya con asegurar la defensa de las costas del Norte América con medios apropiados, á saber: monitores de una torre (13), monitores de dos torres (4), cañoneros y corbetas á hélice y de mediana velocidad pero bien armados, en fin, torpederos de primera y segunda clase, unos de 100 toneladas, otros de 35; sino que mantienen y construyen una sólida y hermosa escuadra de rápidos cruceros, cuyos principales modelos (*Baltimore*, *Philadelphia*, *Newark*, etc.) salen de los talleres de la poderosa casa Cramp é hijos, de Filadelfia.

Además, impulsa activamente la conclusión del acorazado *Puritan*, de 41 centímetros de blindaje, armado con 4 cañones de 25 centímetros, emplazados en dos torres cerradas, y que tendrá una velocidad de cerca de 14 nudos, sin que pase el desplazamiento de 6000 toneladas.

Acaban de ponerse también en astillero dos acorazados de crucero, de 17 nudos de velocidad, que tendrán un depósito de combustible de 900 toneladas; se compondrá su armamento de 4 piezas de gran calibre y de numerosos cañones de tiro rápido; la coraza de flanco no pasará de 30 centímetros.

Finalmente, uno de los últimos actos del ministro de Marina de la administración Cleveland ha sido hacer votar por el Congreso la construcción de 20 cruceros ligeros, de un desplazamiento de 800 toneladas.

Es evidente que en el desarrollo de la escuadra norteamericana se pueden vislumbrar pensamientos de ofensiva que es lícito referir, ya á la actitud de los Estados Unidos en el conflicto de Samoa, ya á la guerra civil de la república haitiana, ya en fin á la cuestión de la perforación del istmo americano.

(Tomado de la *Revista francesa*)

RECREACIONES CIENTÍFICAS

CONFECCIÓN DE INSTRUMENTOS DE MÚSICA

He aquí unos instrumentos de fácil ejecución que tienen el mérito de grabar el valor de las notas en el oído ejerciendo á la vez la habilidad manual.

El primero es una especie de piano compuesto de botellas ordinarias de vidrio que contienen cierta cantidad de agua mayor ó menor, según requiera el valor de la nota que hayan de dar (fig. 1.ª). Con buen oído bastan unas cuantas pruebas añadiendo ó quitando agua á las botellas para producir todas las notas de la escala musical, con sus octavas, sostenidos y bemoles.

Las botellas están suspendidas por lo más estrecho del cuello, junto al reborde de la boca, por un hilo ó cordón bien fino á dos mangos de escoba colocados en dos sillas, como indica el grabado.

Para producir el sonido puede hacerse uso de dos palillos de tambor infantil ó cosa parecida.

En la disposición indicada se pueden tocar piezas á dos manos, y aun ser dos los ejecutantes, poniéndose uno á cada lado sin embarazarse para nada.

El segundo instrumento es una especie de arpa de fácil ejecución también. Puede servir como cuerpo del instrumento una caja como las de cigarros habanos, y aun la misma caja de cigarros (sin cigarros por supuesto). Se fijan unos clavitos ó clavijas á los lados formando una serie vertical, y de una á otra clavija por encima de la tapa un alambre de latón, ó bien un hilo elástico de los que se emplean para las ligas. Se pasa luego por debajo de estas cuerdas una regla cuadrada de escritorio, de A á B (fig. 2.ª) y se colocan al otro lado y por debajo de las cuerdas también unos dados que se cortan de otra regla igual para que tengan la misma altura. Hecho esto se obtienen los sonidos de la escala musical acercando más ó menos los dados en tendencia triangular hasta conseguir la afinación de la nota.

No hay para qué decir que las cuerdas de esta especie de arpa han de estar bien estiradas para que den sonidos limpios.

El que ejecute este instrumento podrá medir exactamente las cuerdas y conocer bien las longitudes que son necesarias para producir tal ó cual nota, lo que será una excelente lección de acústica.

Una vez templada el arpa, puede emplearse para herir sus cuerdas una ballena de corsé C armada de una cabecita de martillo de corcho ó de madera.

El tercer instrumento tiene la ventaja de no exigir ningún aparato, demostrando la importancia de la cavidad bucal para la producción de los sonidos.

Cántese cualquier cosa, pero sin articular el sonido; después, colocado el pulgar detrás del índice y suelto súbitamente, hiéranse con su uña los dientes incisivos en el momento de la emisión figurada de la nota requerida.

Después de un estudio de algunos minutos se consigue cantar con precisión y fuerza todas las piezas que se quieran.

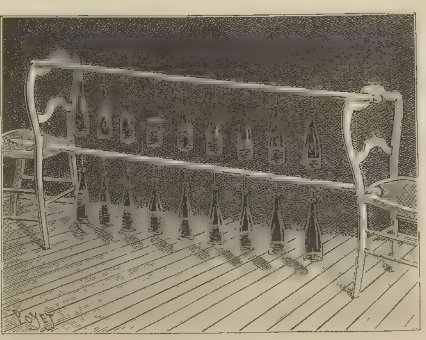


Fig. 1.ª Instrumento de música hecho con botellas conteniendo agua.

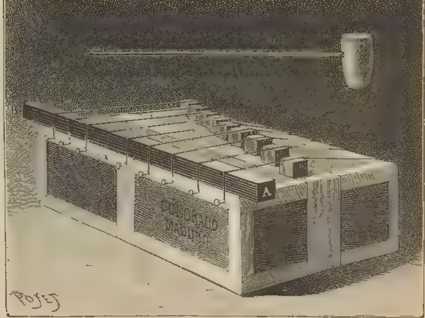


Fig. 2.ª – Arpa hecha con alambres de latón y una caja de cigarros

Se puede sustituir el pulgar, y acaso sea menos embarazoso para herir los dientes, con un mango de pluma, con un lapicero, con una reglita, etc.

Este procedimiento de fácil ejecución, es muy conocido de los escolares.

BARCELONA. – IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 27 DE MAYO DE 1889 — NÚM. 387

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

NUESTROS ARTISTAS



EL DOMINGO DE RAMOS EN VENECIA, fragmento de un cuadro de José Villegas

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

EL DOMINGO DE RAMOS EN VENECIA, fragmento del cuadro de este título de J. Villegas

La detallada descripción y justa crítica que del cuadro á que pertenece este fragmento hizo en el número 307 de esta ILUSTRACIÓN uno de nuestros más distinguidos colaboradores, nos releva de entrar en el examen de las bellezas del mismo y de exponer los datos históricos que relativos al asunto en él tratado fueron ya consignados en aquella ocasión. Sólo haremos notar una singular coincidencia: decía en el artículo á que nos referimos D. A. Fernández Merino... «Inmediatamente después sigue un grupo de pajes cantores y músicos que por sí sólo haría cuadro,» y tan acertado anduvo el experto crítico en formular este juicio que hoy pueden ver nuestros lectores ese fragmento formando lienzo con vida propia, si así puede decirse, sin que en él se note la menor deficiencia, sin que nadie pueda, sin saberlo, sospechar que es simplemente un retazo sacado de un cuadro histórico de grandes proporciones, sin que el más severo juez pueda encontrar impropio el título que del todo ha pasado á esa parte de la hermosa pintura de Villegas.

Téngase, pues, por reproducido cuanto dijimos del lienzo completo y unamos á los aplausos de entonces los de ahora, que si los elogios podrían resultar plagio, la admiración es siempre nueva cuando se trata de apreciar las obras de un artista como el autor de la que nos ocupa.

RECUERDO DE INTERLAKEN, dibujo de J. M. Marqués

Marqués es un verdadero artista que se deleita en la contemplación de lo bello; de aquí la pasión que siente por la poética Suiza, el país de los azulados lagos y de los límpidos arroyos, de las accidentadas montañas y de los risueños valles, de los frondosos bosques y de las cascadas murmuradoras. De aquel hermoso rincón de Europa, apacible nido en donde parecen haberse refugiado todas las virtudes tan maltratadas en la casi totalidad de los países del viejo continente, ha sacado nuestro joven y ya ilustre paisano asuntos á granel para cuadros y dibujos admirables por la verdad que en ellos se refleja y por la poesía que respiran. Marqués ha sabido identificarse con aquella naturaleza siempre hermosa, constantemente nueva, muchas veces grande y no pocas sublime; dígalo sino el «Recuerdo de Interlaken» que para el que ha visto las doradas mieses de los alrededores de esta escondida aldea, los pizarrosos techos de sus casas, las elegantes siluetas de las colinas que á su frente se alzan y las nevadas cumbres de la Jungfrau que por entre éstas asoma, más que recuerdo es reproducción fotográfica. Decimos mal; la fotografía reproduce, Marqués reproduce y anima; el cliché es la exactitud matemática, el dibujo de Marqués es la verdad estética; el aparato copia lo que ve y Marqués siente lo que copia, y tan bien lo siente que el asunto de nuestro grabado dibujado por él cautiva y por él narrado encanta, pues Marqués hablando de Suiza maneja la palabra con la misma poética habilidad que el lápiz cuando la dibuja ó los pinceles cuando la pinta.

LA MUERTE DE GALILEO, cuadro de Barabino

Con decir que el asunto de este cuadro ofrece al artista tema para una composición grandiosa y que el autor ha sabido tratarlo magistralmente así en el conjunto como en los detalles, queda, á nuestro modo de ver, hecho el mejor elogio de la pintura de Barabino.

Aquel genio colosal del siglo décimoséptimo á quien el movimiento de una lámpara en la catedral de Pisa reveló las leyes del isocronismo del péndulo cuando apenas contaba diez y nueve años de edad; aquel físico insigne que á los veinticinco años desempeñaba una importante cátedra y descubría el principio de que la gravedad ó tendencia á descender es la misma en todos los cuerpos; aquel eximio astrónomo ardiente defensor del sistema de Copérnico que construyó el primer telescopio al través del cual escudriñó los secretos de la bóveda celeste y pudo ver por vez primera las montañas de la luna, las miriadas de estrellas que forman las nebulosas y la Vía Láctea, los satélites de Júpiter, el anillo de Saturno, las fases de Venus, las manchas del sol y tantos otros hasta entonces ignorados misterios del mundo sideral; aquel ilustre sabio cuyas magistrales obras fueron condenadas por la congregación del Indice y cuyas teorías astronómicas fueron declaradas filosóficamente absurdas y teológicamente heréticas por el Santo Oficio, yace en el lecho de muerte rodeado de sus discípulos predilectos ávidos de recibir hasta el último momento las enseñanzas de su preclaro maestro.

Los sufrimientos físicos y morales han podido abatir su cuerpo pero han comunicado á su inteligencia nuevas fuerzas cual si el espíritu viera juntar á su vigor propio el perdido vigor de la extenuada materia: Galileo, próximo á morir, siente que acuden á su privilegiada mente nuevos problemas cuya solución no quiere llevarse á la tumba y con febril energía y haciendo compás de sus demacrados dedos traza líneas, dicta fórmulas, sienta axiomas y enuncia principios científicos que sus discípulos se apresuran á recoger en aquellos instantes supremos, olvidándose del hombre que muere para no ver en él más que al maestro que enseña.

¡Descansa en paz, víctima inocente del obscurantismo fanático! La posteridad te ha devuelto la gloria que tus necios contemporáneos pretendieron arrebatarte y al pronunciar con admiración y respeto tu nombre se ríe á mandíbulas batientes de los ignorantes jueces que quisieron amordazar tu boca y ahogar tu pensamiento y exclama fijando su vista en este mísero suelo y elevando su espíritu á las regiones del infinito *¡E pur si muove!*

¿QUÉ HABRÁ SIDO DE ÉL? cuadro de F. Holl, *adquirido por S. M. la Reina de Inglaterra*

La mañana se presentaba serena, el mar estaba en la más completa calma y la pesca prometía ser abundante: el pescador acariciando en su mente las más risueñas esperanzas se había despedido de los suyos con un cariñoso «¡hasta la tarde!» Y la tarde vino y el cielo se cubrió de negras nubes y las aguas que pocas horas antes lamían mansamente la arenosa playa convirtiéronse en encrespadas olas que barrían impetuosamente la costa y cuyos ensordecedores bramidos ahogaban, quizás, los lamentos y las voces de auxilio de los que en lucha con los elementos pugnaban por ganar tierra. Y llegó la noche y el pescador no volvía sembrando su ausencia la desolación en la pobre cabaña: en vano la amante esposa recorrió la playa llamando á voces al ser querido; el mar dominaba con su atronador estrépito los débiles gritos que el terror arrancara del pecho de la infeliz y sepultaba en sus amargas aguas las lágrimas aun más amargas que la desesperación hacía acudir en abundancia á los ojos de la desdichada. Rendida más por el dolor que por la fatiga, vuelve á la choza en donde la esperan presas de ansiedad terrible la madre anciana que llora ya perdido al hijo de sus entrañas y dos tiernas criaturas que harto comprenden la inmensa desgracia que las amenaza.

¿Qué habrá sido de él? Hé aquí lo que todos mentalmente se preguntan sin atreverse á interrogarse con palabras que el mismo temor no deja asomar á sus labios.

¡Escena conmovedora! ¡Situación terrible!

Francisco Holl la ha sentido perfectamente. ¡Lástima que no haya sabido presentarla con aquella corrección de dibujo de que ha dado muestra en otros cuadros y que tantos y tan justos lauros le ha conquistado en el Reino Unido!

DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS en el Asilo de niños de Valencia. Cuadro de José Benlliure y Gil

Benlliure, á fuer de buen valenciano, ha querido con este cuadro rendir un tributo de admiración y de gratitud en nombre de su patria al ilustre aristócrata á quien tanto debe la ciudad del Turia. Harto conocidos son los rasgos de desprendimiento del Exmo. Sr. Marqués de Campo para que nos detengamos en reseñarlos; apreciados y estimados de sobra son en toda España los beneficios que á la sociedad reportan las muchas y muy útiles instituciones por él creadas en su ciudad nativa para que nos ocupemos en enumerarlos y describirlos. No somos nosotros quienes hemos de hacer la apología del primer genio mercantil español de nuestros tiempos y del noble filántropo que sabe hacer partícipes de su inmensa fortuna á los infelices desheredados; pues sobre no ser esta nuestra misión, cuanto dijéramos en este sentido resultaría pálido al lado del precioso lienzo de Benlliure que es, sin duda, la mejor apoteosis con que soñar pudiera el fundador del Asilo de niños de Valencia.

La escena es tan hermosa que Benlliure no ha tenido que vencer las muchas dificultades anejas á los cuadros que más que tales son colección de retratos de personajes artísticamente dispuestos y con elegante naturalidad combinados; en el que reproducimos estas dificultades las ha vencido el asunto mismo, bello como todo lo que expresa la caridad, poético como todo lo que tiene por protagonista á la inocente niñez. La linda figurita de la *oradora* que con balbuciente labio pronuncia el discurso aprendido á fuerza de paciencia y de memoria acompañándolo de una mímica encantadora por lo sencilla, el grave continente de las hermanas profesoras, la noble y reposada actitud de los caritativos marqueses, la bondadosa expresión del venerable prelado, la naturalidad de las figuras que sólo relativamente podemos llamar secundarias y sobre todo ese conjunto de infantiles rostros que reflejan admiración unos, contento otros, timidez los menos, curiosidad los más é inocencia todos, son elementos tan valiosos cada uno de por sí que necesariamente la reunión de todos ellos había de dar por resultado el bellísimo lienzo que ha sido con justicia la admiración de cuantos visitaron la última Exposición Internacional de pinturas celebrada en Alemania.

ARTISTAS DRAMÁTICAS ALEMANAS

Byron hablando de Grillparzer decía: «Su nombre suena mal pero el mundo tendrá que aprender á pronunciarlo.» Y sin embargo de esta profecía, en un principio las tragedias de este poeta apenas se representaron ó si se representaron obtuvieron poco lisonjero éxito: ha sido preciso para que al fin se le rindiera el homenaje debido que transcurrieran años, que el público se sometiera á la influencia de las nuevas tendencias dramáticas de los autores franceses que como Sardou y Dumas han dedicado á la mujer el principal papel de sus obras y sobre todo que surgieran artistas de gran talla que supieran comprender é interpretar sus grandiosas producciones.

Grillparzer no tiene rival entre los poetas alemanes en lo que toca al conocimiento del corazón de la mujer; como ningún otro descubre los sentimientos escondidos en sus más recónditos pliegues, los analiza y descompone más con el escalpelo del anatómico que con la pluma del poeta y convencido al fin de que la mujer no es un ángel como pretenden algunos ilusos idealistas ni un demonio como suponen ciertos desengañados escépticos sino pura y simplemente un ser humano con las virtudes y vicios, fortalezas y debilidades de tal y sólo diferente del hombre en que obra por temperamento y no por cálculo, la reproduce en la escena con todos los encantos del naturalismo y sin las exageraciones del realismo absoluto y descarnado. En una palabra hace sus obras para las mujeres, no crea mujeres para sus obras.

Su Safo la desdeñada amante de Faón; su Medea la terrible esposa de Jasón el desleal; su Melusina el hada de las fuentes enamorada del conde Raimundo; su Hero la virgen sacerdotisa del Afrodita apasionada por Leandro; su Edrita la hija del pagano Kattwaldo que ayuda la fuga del prisionero cristiano Atalus con quien se casa después de abrazar su religión; su Esther la hermosa judía por quien el rey Alfonso arrostró terribles anatemas y tantas otras figuras como Grillparzer ha llevado á la escena son mujeres cuyos sentimientos acusan al lado de las pasiones propias de la tragedia heroica ó del alto drama, rasgos más humanos que los que atribuyeron á sus heroínas los antiguos clásicos.

Gracias á esto puede Grillparzer ser calificado de el más original de los poetas alemanes modernos y las principales artistas del teatro alemán disputanse hoy la honra de representar sus admirables obras.

En nuestros grabados reproducimos los retratos de algunas de ellas como están en sus papeles predilectos: los nombres de la Ziegler, de la Sorma, de la Wolter y de la Meyer son pronunciados con entusiasmo por el público vienés que no se cansa de aplaudirlas en «Medea», «La judía de Toledo», «Safo» y «Hero».

LA RENDICION DE BAILEN, cuadro de Casado

Dibujo á la pluma de P. Eriz

¡Gloriosa jornada para los fastos de la independencia española la de 19 de junio de 1808! Tras largos y empeñados combates parciales, después de la encarnizada batalla de Bailén en que el amor á la patria y á la libertad de unas tropas organizadas con los más heterogéneos elementos pudo más que los formidables y disciplinados ejércitos del vencedor de Austerlitz y de Jena, hubo el orgulloso Dupont de solicitar un armisticio y de firmar á los tres días una capitulación que le convertía á él y á todas sus huestes en prisioneros de guerra del insigne Castaños, general en jefe de las fuerzas españolas de Andalucía.

A la vista del cuadro de Casado acude, sin querer, á nuestra mente el admirable lienzo de Barrau «La rendición de Gerona.» Análogas son en uno y otro las situaciones y sin embargo ¡cuán diferente efecto producen en el ánimo! Los vencidos de Bailén llevan retratada en su semblante la vergüenza de la derrota sufrida por una causa injusta; los vencidos de Gerona salen de la inmortal ciudad con los rostros animados por el sentimiento de la gloria, orgullosos de haber defendido más de lo humanamente posible aquel pedazo de patria en que la Providencia les hizo nacer ó á que la suerte les condujo y que la nación española confió á sus esforzados pechos.

Los años habrán podido hacernos olvidar los agravios sufridos, pero por siglos que transcurran será imposible borrar de la memoria de los españoles el recuerdo de sus legítimas glorias ni apagar en sus corazones el entusiasmo que siempre despertarán en ellos los nombres de Bailén, Zaragoza y Gerona y la narración de las sangrientas escenas del inolvidable 2 de Mayo.

Casado al reproducir un episodio de nuestra grandiosa epopeya ha sentido aquel recuerdo y este entusiasmo; no de otro modo podría explicarse el sentimiento que respira todo el cuadro y al lado del cual casi palidecen las innumerables bellezas de ejecución que atesora y que tan bien ha sabido Eriz conservar en su precioso dibujo.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

LLEGADA DE LA ABUELITA, cuadro de J. F. Engel

Bien dice el refrán que «quien no sabe de abuelo no sabe de bueno.» ¿De qué nacerá este cariño especial, distinto de todos los demás, que profesan los abuelos á sus nietos? ¿Será que los quieren doblemente por lo que ellos son en sí y por ser, además, hijos de sus hijos? ¿Será que el amor de abuelo nace por la naturaleza misma de las cosas á una edad en que la proximidad de la muerte hace más agradable todo cuanto representa la frescura y lozanía de la vida? ¿Será que la existencia que acaba goza más que otra al verse reproducida en la existencia que empieza? No es fácil averiguarlo; pero ello es que el hecho es cierto y que quien dijo «criado por abuelo, nunca bueno,» enunció una gran verdad, sencilla en apariencia y en el fondo sublime, y demostró conocer el flaco de esos seres indulgentes cuya mediación evita en más de una ocasion castigos decretados por el padre.

Yo no sé si Engel es abuelo, y á la verdad valdría más para bien del arte que en vez de serlo lo tuviera, pues ello equivaldría á decir que le quedan muchos años de vida para pintar cuadros tan buenos como el que reproducimos; pero es lo cierto que bien merece serlo el que tan perfectamente ha sabido trazar la hermosa figura de esa bondadosa anciana cuyos ojos parecen hechos *ex profeso* para mirar con dulzura y cuyos labios han tomado una forma *sui generis* á fuerza de sonreir y de besar. Y ¿qué diremos de las simpáticas criaturas que desafiando las fatigas de la excursión han salido á recibir á la abuelita buen trecho fuera de la aldea? Pues... que nos los comeríamos á besos salvo el respeto debido á la ya crecida y formal guardadora de sus pequeños hermanos. ¿Cómo no, si desde el que con improvisado violín festeja á la recién llegada al que ofrece á ésta rústico ramo de silvestres flores hecho con menos arte que buena voluntad, desde la que amantísima se pega, por decirlo así, á las faldas de la abuela á la que se agarra, á falta de cosa mejor, á los cordones de modesta bolsa y desde el travieso muchacho que por correr tras la pelota se desentiende de caricias y saludos á la tierna criaturita que encerrada en tosco vehículo tiende su diminuta mano esperando que le llegue el turno para recibir el acostumbrado beso de mamá abuelita, todos sin excepción, con sus cabecitas hermosas y sus sonrosadas mejillas estan diciendo besadme?

Francamente, al contemplar el cuadro de Engel, ganas le dan á uno de acelerar la ya de sí rápida marcha del tiempo para ser protagonista de tan tiernas escenas y verse rodeado de ese coro de ángeles capaz de hacer saborear anticipadamente en la tierra una migajita de las delicias del cielo.

LAS ISLAS SAMOA Y LA COLONIZACIÓN GERMANICA

Habréis oído hablar muchas veces de la política, llamada colonial, que sigue Alemania en Asia, y en África, y en Oceanía. Esa política de relumbrón, verdaderamente incompatible con lo que pide á Germania y al Canciller germánico su ministerio en Europa, hase por todo extremo exacerbado, tras la exaltación al trono de joven príncipe, tan inexperto y fantaseador, como Guillermo II. No escarmentado éste con las enseñanzas adquiridas por sus predecesores, cuando la célebre cuestión del Archipiélago carolino, excita y sobrexcita los ánimos en busca de hallazgos coloniales, los que, aun debidos á la fortuna y aun presentados como dones y ofrendas, cederían en detrimento de su pueblo y tierra, llevándole complicaciones de bien difícil salida. Varios comerciantes de Hamburgo, dados á mercadear con los aceites y resinas que producen aquellas maravillosas plantas, entre otras, los cocoteros, pintaron á Bismarck su adquisición y su cultivo cual vena de lucros enormes y germen de futuras grandezas. El Canciller protegió indirectamente las empresas de sus mercaderes, con el fin de tentar el vado, pero huyó de un amparo directo, que pudiera extraviarlo en dificultades laberínticas, donde con dificultad se hallan Ariadnas dispuestas á daros dirección y guía con su hilo. En poco tiempo se halló Bismarck, por obra de sus temeridades, tan comprometido en el Africa occidental, que llamó la Conferencia del Congo, y tan comprometido en los archipiélagos carolinos, que acudió al arbitraje del Papa. Estas dos aventuras, en las cuales el Canciller salió, como decimos vulgarmente, con las manos en la cabeza, debieron haberle retraído con tiempo de todo colonial intento. Mas, con el Sultán de Zanzíbar primero y luego con las islas de Samoa, tal complicación armó, que hoy no sabe de dónde ahorcarse. Llegara tal asunto á las calendas griegas dándole treguas precursoras de un desistimiento, á no haber muerto el férreo Emperador, sobre cuyo ánimo ejercía omnímoda influencia, parecidísima de suyo á eminente y supremo dominio. Mas, con haber visto criarse al nuevo Emperador Guillermo, y hasta pudiéramos decir, con haberlo visto nacer, no se ha granjeado en su corazón la valía conseguida en el más agradecido y sensible de su poderoso antecesor. El joven Guillermo II sueña con dos utopias igualmente ruinosas; con la utopia de una marina extraordinaria y con la utopia de un engrandecimiento colonial excesivo. Mal hijo, muy mal hijo, parece un buen hermano, muy bueno. Así al único varón que cuenta entre los hijos de su padre y madre, al conocido Enrique, le presenta, en tentadora perspectiva, una

colosal posición, erigida sobre los hombros de los marinos en Almirantazgo digno de medirse con aquel excelso, desempeñado en la Gran Bretaña por su tío carnal, el Duque de Edimburgo. Con estas, y otras fantasías, la cuestión colonial va enredándose cada día más, y metiéndose Bismarck hasta el cuezo por seniles desgracias irremediables á su edad, en pantano devorador, de cuyo seno saldrá, si á salir llega, muy magullado y maltrecho.

Todo el mundo sabe la oposición, con que ha recibido el Sultán de Zanzíbar á los colonos germánicos. Paciente con Australia, su vecina; pacientísimo con la Gran Bretaña, que se arroga tutela directa ó indirecta sobre mares y costas; el Sultán de Zanzíbar no ha podido sufrir jamás á los colonizadores germanos. Incapacitada tal familia, la familia germánica, de amoldarse á los climas y territorios africanos; mal avenida con aquel ardoroso medio ambiente; no arraiga en arenales donde han podido arraigar Inglaterra, Portugal, España, todos los pueblos de verdadero estro colonial. Donde quiera un alemán pone su planta, brota sin remedio la guerra civil crudísima y espantosa. Atribúyenlo estas gentes imperiosísimas, tan de sí pagadas, al mercadeo de siervos y á los mercaderes ó cazadores de carne humana. Pero informes, verdaderamente auténticos, dicen que no hay tal, que se deben los conflictos á la brutalidad germánica. Y los apuros hanse recrudecido, hasta frisar con extremidades verdaderamente angustiosas. Cuando parecía más alejarse de Inglaterra Germania y más recrudecerse la feroz enemiga entre sus dos cortes, agravada por el incidente Morier, ha tenido Bismarck que bajar su frente y su espina dorsal á la Gran Bretaña, en demanda y requerimiento de auxilio para sus coloniales empresas. Pues no ha sido nada esto en comparación de todo cuanto acaba de pasarle ahora mismo por la Polinesia tropical y grupo de madréporas conocido con el nombre muy célebre de islas de Samoa. Este incidente bien merece algún estudio nuestro, por interesante á todos los pueblos, y con especialidad á los pueblos americanos, quienes, bien á la corta, bien á la larga, tarde ó temprano, abrirán ó el paso de Panamá ó el paso de Nicaragua entre los dos mares, y necesitan saber con qué potencias podrán tropezar en sus viajes al Asia.

RECUERDO DE INTERLAKEN, dibujo de J. M. Marqués

Son las islas de Samoa catorce, poco más ó menos, en su número; de formación volcánica todas ellas; muy altas y montañosas; con escarpadísimas riberas; con montes y breñas; con bosques muy espesos; con pendientes las cuales componen terrazas y graderías llenas de jardines floridos, en cuyas tierras arraigan árboles copudísimos, y por cuyas laderas corren cristalinos torrentes que semejan á verdaderos despeñados ríos. La humedad y el calor generan allí tal exceso de vida, que, por do quier, crecen los árboles del pan, los árboles del coco, y tantos y tantos múltiples, copudos todos á una de ramajes, y todos cargados con sabrosísimas y deliciosas frutas. El cultivo tropical puede allí emprenderse y rendir copiosísimas cosechas. El cacao, el azúcar, el chirimoyo, la vainilla, el clavo, tantas y tantas especias como halagan los paladares y olfatos europeos, danse allí con la mayor facilidad. Pero las dificultades con que Bismarck en sus senos á la continua tropieza, no provienen del clima, no, provienen de su organización administrativa. Las islas de Samoa pertenecen á varios tutores, que aducen títulos idénticos. Reivindícalas Alemania; pero también las reivindica de cierto modo y hasta cierto punto la Australia inglesa; como de cierto modo, y hasta cierto punto, los Estados Unidos del Norte de América. En 1830 un misionero protestante, Williams, desembarcó en sus orillas; y tales trazas hubo de darse y tanta influencia hubo de alcanzar, que aquejados y padecidos los indígenas por una guerra interior perpetua, logró calmarlos y someterlos, de igual guisa que nuestros Pontífices y Obispos, allá en otro tiempo, reconciliaron entre sí, después de someterlas, á las tribus del Norte. Nacional de Inglaterra el anglicano apóstol, fundó tantas capillas, escuelas, consistorios, que por modo mágico y sobrenatural trocáronse aquellos habitantes incultos y salvajes en cultísimos y cristianos, hasta preferir á las balas y á la pólvora, con que unos á otros se perseguían y exterminaban sin piedad en perdurables cruentísimas luchas, los fecundos instrumentos del trabajo y los redentores asomos del derecho. A consecuencia de toda esta cultura pactaron aquellas tribus convenios diversos con las dos poderosas potencias anglo sajonas, con Inglaterra y con los Estados Unidos de América. Para comprender todo lo dificultoso de su organización administrativa basta decir que, nombrado un ayuntamiento especialísimo y original, á su cabeza se pusieron dos cónsules, de tan diversa índole y de tan opuestos intereses, como los cónsules de las islas Británicas y de los Estados Unidos. Unese á esta institución municipal otra parlamentaria, en la que también se dividen el sumo Imperio, estos dos reyes, pareados á los reyes de Lacedemonia con una sola diferencia, la de mandar sobre pueblos á ellos extraños. Y con los dos factores unióse bien pronto el factor alemán, representado por una casa de Hamburgo, que trabajaba en aquel territorio, bajo la razón social de Godeffroy con su compañía. Como veis, Inglaterra, y especialmente las colonias de Australia; los Estados Unidos, muy celosos de todo cuanto en el Pacífico sucede, habían por fuerza de tener alguna competencia con la grande y ambiciosa Germania. Mas, esta competencia, dormida unas veces, y despierta otras veces, acaba de recrudecerse ahora, con ocasión de lo sucedido en Zanzíbar, exacerbándose hasta un extremo tal, que acaba el Parlamento americano de votar una partida en su presupuesto para contener las ambiciones germánicas y hacerlas entrar en línea. Por manera que vemos á Bismarck hoy amenazadísimo de tener un litigio con América, por las islas de Samoa, parecido al que tuvo Napoleón III con motivo del infame imperio mejicano. ¿Saldrá el Canciller tan desmedrado y herido como quedaron Bonaparte y su autoridad en las resultas de sus imprevisiones y de sus temeridades? Hay que desengañarse: Alemania no será nunca una potencia colonial.

No está la civilización cristiana en el mundo tan segura de sí misma, que podamos dificultar el ministerio de aquellos destinados á sustentarla y extenderla sobre la faz de nuestro planeta. La cultura humana está completamente anegada en olas de barbarie y no hay para qué contrastar á las naciones encargadas por su grandeza moral y material de impedir las grandes irrupciones todavía posibles; de mantener la libre comunicación por los Estrechos siempre necesaria; de guardar la policía intercontinental en las cinco partes del mundo. Cuando uno se acuerda hoy de que los bárbaros mogoles rompieron el imperio griego en el siglo XV, aterraron á Italia en la florescencia del Renacimiento, y sin el esfuerzo de los españoles en Viena y en Lepanto hubieran poseído al mismo tiempo el mar de nuestra civilización y el centro de nuestra Europa; no se cansa de admirar á los pueblos que mantienen libres las comunicaciones planetarias y dejan por una sabia colonización encendidas las estrellas alimentadas por el espíritu moderno entre los negrores de la barbarie.

Pero adulan á Germania y á su poder los que la cuentan entre tales naciones. Alemania mientras se halle organizada imperial y militarmente, no tendrá colonias, como por su parte no las tuvieron en los tiempos remotos aquellos inmóviles imperios babilónicos, semejantes al alemán, los cuales ostentaban el despotismo en las alturas y en las bases la casta incompatible con la extensión colonial que pide iniciativas individuales múltiples y un gran sentimiento de igualdad en los cooperadores á tanta obra. Son pueblos coloniales en el mundo, los fenicios, es decir, los más libres entre todos los asiáticos; los helenos, es decir, los republicanos por excelencia de las antiguas edades; el Estado cartaginés, República del Africa; la Roma municipal y republicana; las ciudades libres de la Italia moderna, sus artísticas y sabias democracias; los héroes educados á fines del siglo XV y á principios del siglo XVI en las grandes agitaciones de los municipios españoles y lusitanos; aquellos héroes coetáneos de los concelleres en Barcelona, de los hermandiños en Galicia, de los comuneros en Castilla, de los germanos en Valencia y Mallorca, de los Lanuzas en Aragón, de tantos hombres libres como pulularon desde los tiempos en que acabó el feudalismo para nuestro bien, hasta los tiempos



LA MUERTE DE GALILEO, cuadro de Nicolás Barabino



LLEGADA DE LA A



BUELITA, CUADRO DE J. F. ENGEL

en que para nuestro mal se fundó bajo aquella noche fría que se llamaba el alma de Felipe II, la torva y siniestra monarquía absoluta.

Alejandro en Asia, César en las Galias, Carlos V en Africa y América, Napoleón en Egipto, que tanto deslumbran ahora en Varzin á Bismarck, realizaron sus hazañas, aquellos dos con los últimos hombres de las democracias helénica y romana, estos dos con los ciudadanos de los municipios españoles y con los ejércitos de la República francesa. Los sucesores de Alejandro, los sucesores de Carlos V y los sucesores de Napoleón sólo han recogido la decadencia y la ignominia. Para todo se necesita la libertad, y más que para todo para el régimen colonial. Hasta en los tiempos modernos, las cuatro grandes obras coloniales, esas cuatro maravillas, la obra colonial de Holanda en los Archipiélagos asiáticos, la obra colonial de América en Australia, la obra colonial de Francia en el Oriente extremo y en Africa, la obra colonial de Inglaterra en todo el planeta, débense á cuatro pueblos esencialmente libres: que los esfuerzos del trabajo, esfuerzos creadores, necesitan de la libertad, sin la cual no hay humanas creaciones. Ese inmenso Imperio fundado en la conquista, defendido por sus ceñidas é inertes fortalezas, poblado de cuarteles en vez de fábricas, por siervos y por soldados compuesto en vez de trabajadores y ciudadanos; donde antes relumbraban las ideas y ahora sólo relumbran las bayonetas, abrumará tarde ó temprano con su ciclópea pesadumbre la conciencia y la tierra germánicas incapaces de conjurar leyes providenciales y divinas que sólo permiten la grandeza moral, única durable, á la santa y creadora libertad.

Pero aparte de faltarle condiciones políticas y sociales á Germania para la colonización, le faltan condiciones geográficas. Los pueblos colonizadores han de pertenecer por necesidad á naciones marítimas; y las naciones marítimas para merecer este nombre han de contar muchas costas, como Fenicia, como Grecia, como Italia, como España, como Portugal, como Inglaterra y Holanda. No tiene costas Alemania; las tiene muy escasas. Por ende no poseerá nunca los factores indispensables á una colonización; los marinos educados en el comercio continuo con los vientos y con las olas. El alemán está sitiado, al Oriente por dinamarqueses y escandínavos, al Occidente por bátavos, unos y otros, más que sus rivales, sus implacables enemigos. Para que limitaciones varias los cierren por todas partes, posee Inglaterra una isla genuinamente alemana en los mares del Norte.

Así apenas tiene aire que respirar, allí donde únicamente respiran bien los pueblos coloniales, en el mar. Y no le queda ni asomo de verdadero engrandecimiento; porque ni Dinamarca, ni Suecia, ni Noruega se dejarían jamás absorber por el Imperio: ni los bátavos se adherirían jamás á él, prefiriendo cortar sus diques y desaparecer en los mares, á consentir una dominación extranjera. Y no se forje Alemania ilusiones respecto de Trieste. La gran ciudad greco-itala, donde si algún elemento predomina es el elemento dálmata, semi eslavo, y de ningún modo el germánico, está bien hallada con el Austria, porque le deja el Austria, en su natural federalismo, cierto carácter de población independiente y anseática; pero sometida por fuerza ó traspasada por lucro al poder alemán cual sucedió en otro tiempo con Venecia, forcejearía como forcejeó hasta incorporarse definitivamente á su hermosa y grande patria, la Italia. El pueblo alemán ha tomado en la historia siempre los caracteres de los pueblos invasores; y nunca el carácter de pueblo colonizador. Cuando el hambre pisa sus talones y le constriñe á dejar un suelo húmedo y árido, traspasa sus dos grandes ríos, el Danubio y el Rhin, ó la cordillera de los Alpes, como cimbrios, teutones, godos, vándalos, alanos, y demás gente suya, para depredar los pueblos vecinos, asolarlos con la matanza, consumirlos en el incendio y asentarse luego sobre sus humeantes ruinas.

Los pueblos de la Germania continental no se han asemejado nunca jamás á las dos razas por excelencia navegantes y colonizadoras del Norte; no se han asemejado jamás á las dos familias ilustres que se llaman pueblos sajones y pueblos escandínavos. Los conquistadores germanos desde Alarico hasta Barbarroja y desde Barbarroja hasta Guillermo siempre fueron, siempre, conquista-



¿QUÉ HABRÁ SIDO DE ÉL? cuadro de Francisco Holl, adquirido por S. M. la Reina de Inglaterra



DISTRIBUCION DE PREMIOS EN EL ASILO DE NIÑOS DE VALENCIA, cuadro de José Benlliure y Gil

dores. No recuerdo más expedición marítima imputable á la tradicional Alemania que la expedición del vándalo Genserico. Los venetos y los bizantinos guarecidos en el Mediterráneo, los unos tras sus lagunas, los otros entre sus archipiélagos y sus Bósforos, preserváronse por completo de la irrupción germánica. Yo pregunto qué isla del planeta se ha descubierto por esa raza continental. Yo pregunto qué grande marino registran los alemanes en sus historias tan resplandecientes por las constelaciones brillantísimas de otros nombres gloriosos. Las Cruzadas, expansión externa por ellos celebradísima, pertenécenles en bien poca parte; porque no se hubieran jamás realizado sin los contingentes de Francia y de Inglaterra, sin las naves de Provenza, y de Pisa y de Génova y de Venecia; sin aquel gran belga que se llamaba Godofredo de Bouillón y sin aquel inmortal siciliano que se llamaba Federico II; sin aquel Imperio heleno de Constantinopla; sin aquellos jefes de la Cristiandad establecidos en la Roma pontificia; y sin aquellos predicadores cosmopolitas, Pedro el Ermitaño y San Bernardo. Para obtener Alemania un Imperio colonial tiene que contrariar á la Naturaleza y que desmentir á la historia.

EMILIO CASTELAR

LA BONDAD DE D. JACINTO

– Felizmente supe corregirme á tiempo.

– Corregirse V., ¿de qué? Si jamás tuvo V. vicio alguno y fué siempre el prototipo de la bondad!

– Pues de eso precisamente, del vicio de la bondad!

– ¿Está V. en su juicio? Llamar vicio á la bondad.

– ¡Que si lo estoy! ¡ya lo creo! En mi juicio cabal desde que por mi suerte y la de los míos, supe en qué consiste el ser bueno, y hoy que lo sé y practico la verdadera bondad, he perdido la fama que de bondadoso tenía.

– Confieso, D. Esteban, que no entiendo á V.

– Pues es cosa fácil entenderme. Yo antes no era bueno, era...

– Un ángel de Dios.

– No blasfemes; ¿cómo los ángeles de Dios, que es la suprema bondad y la sabiduría infinita, han de ser débiles y consentir el mal por egoísmo, por egoísmo, sí, que esa era, aunque disfrazada, la causa de mi bondad antigua?

– ¡Usted egoísta, V. que daba cuanto tenía á cualquiera que se lo pidiese!

– Por debilidad y por egoísmo; para no tomarme el trabajo de negarlo. Cuando uno tiene aquello que se le pide, es más fácil dar que negar.

– ¡Qué hermoso sería el mundo, si fuera verdad eso que V. dice!

– Te equivocas y voy á probártelo. Si los que te educaron no te hubieran negado, violentándose en muchas ocasiones, lo que pedías, ¿qué serías hoy? Tú pedías la ignorancia, para holgar; ellos te dieron la ciencia y á trabajar te enseñaron y de tu trabajo vives. Cuando niño, deseabas saciarte hasta la indigestión, por gula, y te dieron la templanza, y á la templanza debes la salud. Por...

– No siga V., D. Esteban; todo eso lo sé, son ideas muy generales. Lo que no entiendo es cómo pasó V. cuarenta años de su vida observando una conducta que le valió el dictado de bondadoso, y al cabo de ese tiempo modificó V. tan por completo su manera de ser, que según V. mismo dice, perdió la fama adquirida. ¿Cuándo era V. bueno, entonces ó ahora?

– Ahora, ahora.

– ¿Y cómo se ha convencido V. de ello, y cuándo y por qué vino V. á averiguar que el afamado bondadoso era un réprobo?

– Te diré, en primer lugar, que yo jamás estuve convencido de mi bondad. Era como era, porque sí, y si esta razón no te convence, siento no poder darte otra. Circunstancias y accidentes desgraciados de mi vida, hiciéronme dudar acerca de si mi conducta para con los demás les era beneficiosa. Referí mi historia y expuse mis dudas á aquel pobre maestro de escuela que en mi pueblo vivía y á quien creo que llegaste á conocer. D. Juan, que así se llamó el bueno del maestro, me dijo: «Por aquellos años en que con caricias unas veces y con reprimendas otras, te enseñé á silabear, conocí que tu mayor defecto era lo que ciertas gentes llaman bondad; quise corregirte, pero eras muy niño aún, y no lo logré. Después tus padres te enviaron á estudiar á Valencia y terminó mi influencia sobre tí. Ya es muy difícil que te corrijas, ya eres un poco machucho, tus huesos están algo duros; pero el castigo que has sufrido y un cuento que voy á referirte, quizás logren tu cura. Cuando pierdas la fama que tienes de bueno, serás bueno.» Quedé asombrado al oir lo que D. Juan me decía, mas luego el asombro se trocó en convencimiento. Mi bondad había sido la bondad de D. Jacinto.

– ¿Y quién fué D. Jacinto?

– El héroe del cuento que D. Juan me refirió.

– Aun cuando no soy yo de los que necesitan que se les corrija del vicio de la bondad, le aseguro á V. que diera cualquier cosa por conocer ese cuento que obró tan maravillosa cura.

– Satisfaré con gusto tu deseo, pero con una condición, y es que has de contarlo á cuantos conozcas que sean buenos de la especie que yo fuí.

– Fácil es la condición. Casi estoy por asegurar que no se me presentarán dos ocasiones de cumplir lo que firmemente prometo.

– Oye el cuento y quizás cuando lo hayas oído, modifiques tu opinión y hasta te le apliques á tí mismo que por tan malo te tienes.

– Sin pestañear siquiera voy á escuchar á V., D. Esteban.

– También sin pestañear escuché yo al bueno de don Juan, quien comenzó así:

«Don Jacinto, á quien todos dieron el sobrenombre de bueno, y que es el héroe del cuento que á referirte voy, nació, no sé en dónde, pero el caso es que nació, y como todo lo que nace muere, murió D. Jacinto; hará de esto, días, semanas, meses ó años. Parientes, deudos, amigos, los habitantes todos del pueblo en que vivió y murió D. Jacinto lloraron su muerte á lágrima viva, como suele decirse.

Don Jacinto había sido el elegido entre los elegidos, el mejor entre los mejores y al mismo tiempo el desgraciado entre los desgraciados.

Su bondad no había recibido premio en la tierra; todos habían sido ingratos con él. El bueno de D. Jacinto había pasado en la tierra el purgatorio, única recompensa que la bondad recibe en el mundo según opinión de las gentes que ni siquiera saben distinguir entre el bien y el mal, ciencia que se aprende difícilmente, según demuestra la historia de nuestros primeros padres.

La bondad reconocida de D. Jacinto y la idea general de que en la tierra había pasado las penas del purgatorio, hicieron que nadie se cuidase de encomendar á Dios el alma de D. Jacinto, pues era cosa que se tenía por segura que de un solo vuelo debía haber llegado á las regiones infinitas del cielo y haber ocupado por derecho propio un asiento en primera fila, á la derecha del Altísimo.

Algunos años pasaron sin que por la rasgada boca del mugriento cepillo de las ánimas, colgado junto á la puerta de la iglesia parroquial del pueblo, pasara ni un roñoso ochavo dado para la salvación del alma de D. Jacinto.

¿Quién había de suponer que aquel santo varón necesitara que los que quedaron en la tierra, cuando él la abandonó, rezaran por él un Padre nuestro y llenaran el vientre del cepillo de las ánimas, no ya de roñosos ochavos sino de limpias y brillantes pesetas para que el alma del buen D. Jacinto dejara de sufrir, no las penas del purgatorio, sino las del infierno que sufriendo estaba? Y sin embargo era cierto: por sus *bondades*, el alma de D. Jacinto estaba rebozándose en hirviente pez en una de las más hermosas calderas del temido Pedro Botero.

Esto se supo del modo siguiente:

Erase que se era, y empleo esta frase porque va de cuento, el día de las ánimas del año mil ochocientos y tantos; es decir, seis años después de aquel en que ocurrió la muerte de D. Jacinto. Media hora después de haberse retirado la gente de la iglesia del pueblo, cumplida la obligación de haber oído tres misas y mascullado algunos Padre nuestros y Ave Marías por las almas que penando estuvieran en el Purgatorio; cuando el párroco, que iba á cerrar la puerta de la sacristía para entregar las llaves al sacristán que junto á la iglesia vivía, sintió como si alguien le agarrara por el extremo de la sotana queriendo detenerle. Volvió la cabeza el señor cura, y nada, ni á nadie vió. Intentó nuevamente meter la llave en la cerradura y sintió entonces un fuerte golpe en el brazo que le impidió hacer lo que intentaba. Quedóse temblando, pues no era el valor la prenda que más le adornaba, y sin aliento para gritar pidiendo socorro ni mucho menos para volverse y averiguar quién le había dado tal golpe. Chocaron entre sí las llaves durante algún rato porque temblaban las manos que las sostenían, y no de frío; mas por fin cesó el repiqueteo de las llaves, porque el temblor cesó, señal de que se calmaba el miedo del cura, ó por lo menos de que si la procesión iba por dentro, fuerzas había para que no se manifestara al exterior. – ¡Qué aprensiones tan ridículas tengo! – dijo para su alzacuello el cura; – ¿pues no se me ha imaginado que me tocaban en el brazo? Como hoy es el día de las ánimas, se me figura que todas ellas andan sueltas por la iglesia, cuando las pobrecitas estarán en el Purgatorio esperando las preces de los fieles para salir de él y subir al cielo para ver y gozar de la presencia de Dios. Mis oraciones no les han de faltar; algunas llevo ya rezadas y algunas más rezaré durante el día, por obligación, y más que por obligación, por devoción. Por lo tanto ¿á quién he de temer? Los hombres no pueden hacerme daño, porque soy pobre y nada pueden quitarme y porque á nadie causé mal ninguno, y las ánimas, las ánimas me necesitan, por todas rezo, por todas pido al Rey de los reyes, al Señor de señores; así que ¡quién dijo miedo! cerremos la puerta y vámonos en paz y en gracia de Dios á buscar el pan nuestro de cada día, dánosle hoy, perdónanos... – Al llegar aquí el benditísimo párroco y cuando intentaba dar por terminada la operación de cerrar la puerta de la sacristía, oyó una voz extraña que murmuraba á su oído: – ¿No habrá un buen cristiano que rece una salve por el alma de D. Jacinto? – Fué á dar un grito el señor cura, pero le faltó la voz. Volvióse hacia todas partes, y nada vió; quiso huir, y sintió que sus pies estaban como clavados en el suelo. Creyóse presa del ángel de las tinieblas y haciendo la señal de la cruz llamó al cielo, se encomendó á la Virgen Madre, á su Unico Hijo, á San Pedro, á San Pablo y á todos los santos de la celestial corte y especialmente á San Antonio de Padua por quien sentía especial devoción, pero inútilmente: ni se desclavaban sus pies del suelo, ni en su ayuda venía ninguno de los santos á quienes con tanto fervor invocaba. Dobláronsele las rodillas y cayó pesadamente á tierra diciendo: – ¡Señor! ¡Señor! ¿qué quieres de este tu pobre siervo? – No es el Señor quien de tí necesita, – volvió á decir la voz que sintió sonar junto á su oído, – es un pobre condenado que necesita tus preces y las de tus feligreses y hasta las de todos los nacidos para que el Dios de toda bondad me perdone las muchas *bondades* que en la tierra *cometí*.

– ¿Quién eres, alma en pena? – preguntó el cura.

– Ya te lo dije, D. Jacinto, á quien llamasteis el bueno.

– Mientes, espíritu maligno; el alma de D. Jacinto debe estar sentada á la diestra de Dios Padre.

– Para probarte lo contrario, Dios me concede la merced de que me presente con la misma material vestidura que en el mundo usé. – Apenas sonaron estas palabras, apareció el mismo D. Jacinto en persona, tal y como le había conocido el señor cura; los mismos ojos chiquitillos y verdosos, la misma nariz desmesuradamente larga y tan amante de besos que inclinábase sobre la boca para recibir en su punta un beso de amor, la misma estatura, el mismo aire; no cabía dudar, aquel era D. Jacinto que por milagro había resucitado como Lázaro.

Milagro ó no, el hecho es que el cura se tranquilizó. ¿Qué podía temer de D. Jacinto que había sido un ángel de bondad y mansedumbre?

Suprimiré detalles sobre los saludos que se hicieron el cura y D. Jacinto y diré solamente lo que éste solicitó de aquél y lo que le refirió:

– Padre, mi buen padre, – dijo el resucitado, – si no rogáis á Dios por mí y hacéis que vuestros feligreses rueguen; si aquellos á quienes hice víctimas de mis *bondades* no me perdonan, inquilino eterno seré del infierno y por los siglos de los siglos me achicharraré.

– Pero, hijo, tú tan bueno...

– No lo fuí, padre. Oiga V. mi historia. Cuando mi alma se separó de mi cuerpo, subió, y subió, y subió; entreabriéndose el firmamento ví al eterno Dios sentado sobre su trono y rodeado de legiones de ángeles, que acompañándose con arpas celestiales entonaban cantos de alabanza al Señor. Fuí colocado al pie de la primera grada del Juez de los jueces y los cánticos cesaron y comenzó mi juicio. – ¿Quién eres? me preguntó el arcángel San Miguel que ejercía de juez instructor.

– Jacinto Bonachín, – contesté.

Abrió el ángel un inmenso librote que sobre su mesa estaba y leyó: Jacinto Bonachín, nacido en España, de una buena familia católica-apostólica-romana, fué cristiano en España, como hubiera sido protestante en Inglaterra, y mahometano en Turquía. Desde muy niño demostró excelentes disposiciones y un corazón amoroso y débil. Profesó tal cariño á una hermanita suya que en todas partes se le citaba como modelo de hermanos. Cierto día su hermanita enfermó, ordenó el médico que se la tuviera á dieta blanca y merced á esta y otras precauciones la enfermedad de la niña cedía. Un día que estaba sola con Jacinto, su hermano, le pidió que le diera algo de comer, con voz tan dulcecita, que enterneció el corazón de Jacinto, haciendo que éste le diera un gran trozo de pan y media libra de salchichón. A las dos horas la niña era cadáver. La bondad de Jacinto la había matado.

Poco tiempo después tuvo el acusado otro hermano á quien idolatró verdaderamente. El niño mostraba felices disposiciones para el estudio, sus padres encargaron á Jacinto que cuidase de su educación, porque ellos eran ya viejos. En manos de Jacinto las felices disposiciones del niño desaparecieron. ¿Quién siendo tan bondadoso como Jacinto podía tener el corazón bastante duro para mortificar con fatigosos estudios la tierna imaginación del niño?

La bondad de Jacinto hizo que su hermano adquiriese hábitos de holganza; la holganza engendró el vicio, y el niño que nació para ser un sabio fué no solamente un ignorante, sino un vicioso. El hermano de Jacinto murió asesinado al salir de una casa de juego. ¿Quién le asesinó? La bondad de Jacinto.

Cumplió el acusado los 25 años y contrajo matrimonio; cuatro hijos tuvo, los cuatro varones. Uno de ellos era muy aficionado al vino: su padre, cuando le veía beber, reíase con un cariño verdaderamente paternal. El pobre niño bebió cierto día una copa de aguardiente alemán y excusado es decir cuál fué su fin.

El hijo segundo gustaba mucho de las golosinas. El día del santo de D. Jacinto recibió como regalo unas libras de bombones, comió unos cuantos, su madre quiso prohibirle que comiera más, pero intervino D. Jacinto diciendo: – Déjale, ¡pobrecito! si le gustan tanto!

El niño convirtió su estómago en bombonera, pero no tuvo en cuenta que la elasticidad de la bombonera tiene su límite y naturalmente la bombonera estalló.

Los otros dos hijos llegaron á la edad de la razón, sin duda porque su gaznate era de bronce y resistía el aguardiente y su estómago elástico, como la conciencia de un banquero. No eran torpes los pobres muchachos, pero llegaron á llamar la atención por su ignorancia perfecta. Cuando niños quiso su madre enseñarles á leer, pero apenas los muchachos derramaban una lagrimita porque les costaba trabajo distinguir la *be* de la *de*, hablaba el bueno de D. Jacinto y dejábase la lección para otro día. Mostraron los niños afición á la baraja y su padre con verdadera bondad les enseñó el tute y los niños se encargaron de aprender el monte. Como es natural también los chicos salieron inclinados á las hijas de Eva y el padre, sino otra cosa, hizo la vista gorda. Uno de los niños



ARTISTAS DRAMÁTICAS ALEMANAS

INÉS SORMA en *La Judía de Toledo*

CLARA ZIEGLER, en *Medea*

huyó con una titiritera y se hizo clown, á lo cual mostró gran afición desde su más tierna infancia, viniendo á entrar en la eternidad por efecto de un salto mortal mal dado que le desnucó. El final del otro joven fué más desdichado; á los dos años de la muerte de su padre habiendo derrochado la fortuna que heredó y no sabiendo hacer nada para ganar dinero, se hizo ladrón de caminos y murió á manos de la guardia civil.

– Esto leyó el ángel, – dijo D. Jacinto.

– Y ¿sabes lo que yo digo? – le interrumpió el cura que hasta entonces le había escuchado en silencio.

– ¿Qué? – replicó D. Jacinto.

– Que me digas lo que de mí pretendes.

– Pues ya lo sabéis, padre, que hagáis que vuestros feligreses recen por mí, que os acordéis de mí en vuestras oraciones, que...

– Mira, – dijo el cura, – te prometo hacer lo que pides, pero antes como eres tan bueno, me permitirás que rece y que aconseje á mis feligreses que recen hasta que salgan del infierno todos los ladrones, y los asesinos, y los calumniadores, y los envidiosos y los que incurrieron en los siete pecados mortales, y después veremos si nos queda tiempo para pedir á Dios que perdone á los buenos como tú.

– Pero, padre...

– Yo no soy tu padre, ¡canario!

– No me abandonéis y yo os haré...

– No me hagas nada, ¡caramba! ¿Quieres asesinarme de una indigestión ó hacerme alguna otra bondad por el estilo?

– Señor cura, señor cura, por Dios! – dijo el bondadoso arrodillándose á sus plantas y deteniéndole por el extremo de su sotana, – ¡sálveme! ¡sálveme!

– Suelta, suelta, bueno de los demonios; si eres peor que el cólera morbo asiático. Jesús, Jesús! líbranos de todo mal y sobre todo de bondades como la de don Jacinto.

– Esto me refirió mi maestro, – dijo D. Esteban. – Yo me parecía algo á D. Jacinto. ¿Comprendes ahora porqué me felicito por haber perdido aquella bondad que tal fama me dió?... Como el cura del cuento, repito: Líbreme Dios de todo mal y sobre todo de la bondad de D. Jacinto.

RICARDO REVENGA

CARLOTA WOLTER, en *Safo*; artista dramática

NOTICIAS VARIAS

PRIMEROS EXPERIMENTOS PÚBLICOS SOBRE LA ELECTRICIDAD EN EL SIGLO PASADO

La botella de Leyden popularizada

El descubrimiento de la botella de Leyden excitó el entusiasmo del joven Lemonnier, primer sabio que arrancando á la electricidad del dominio limitado de los laboratorios y de las sociedades científicas hizo con ella experimentos públicos. Para comprobar si la sacudida de aquella botella se comunicaba á grandes distancias, tendió en el vasto cercado que rodeaba el claustro del convento de los Cartujos, en París, dos alambres paralelos, colocados á una braza de distancia uno de otro y cuya longitud total era de 4 kilómetros, y mientras un operador tenía en sus manos dos de los extremos de estos hilos empuñó él los otros dos acercando uno de ellos á una botella de Leyden previamente cargada: el contacto produjo la misma sacudida en los dos experimentadores. No se detuvo aquí el insigne sabio, sino que deseando ver si la corriente eléctrica podría atravesar una gran cantidad de agua, preparó un nuevo experimento en el estanque de las Tullerías: á este efecto tendió un hilo formando una semicircunferencia y cerca de uno de los extremos del mismo hizo flotar una varita de hierro que atravesaba un pedazo de corcho y se introducía, por ende, en el agua. Dispuestas así las cosas, Lemonnier tomó con la mano izquierda el extremo de la cadena y con la derecha una botella de Leyden, mientras que al lado opuesto del estanque su ayudante cogió con la derecha la cadena y metió la izquierda en el agua; cuando Lemonnier vió que aquél estaba en su puesto aproximó á la varita de hierro el armazón exterior é inmediatamente sintieron los dos operadores el mismo choque. ¡La chispa eléctrica había atravesado una capa de agua sin extinguirse!

La Sociedad Real de Londres, teniendo á mengua que los experimentadores franceses se le anticiparan en sus conquistas, se propuso hacer más de lo que en Francia se había conseguido: Watson, que acababa de ganar la medalla Copley, anunció que haría pasar la electricidad al través del Támesis y en efecto lo consiguió varias veces, reproduciendo con ello tan sólo el experimento del ilustre Lemonnier.

Watson, que nació en Londres en 1715 y murió en 1787, fué uno de los físicos que más contribuyeron al establecimiento de la teoría de Franklin y al triunfo de la Doctrina de Jenner. Falleció después de haber sido creado barón y colmado de honores.

Estos experimentos popularizaron en alto grado la botella de Leyden, siendo general la curiosidad por sentir el efecto de la sacudida eléctrica: entonces empezaron á establecerse los electricistas al aire libre que vendían por pocos céntimos aquel poderoso fluido en los modestos barracones de las ferias de San Germán y de San Lorenzo y en el boulevard del Temple.

(Tomado de *La Nature*)

HISTORIA DE LOS MICROSCOPIOS

LOS MICROSCOPIOS SIMPLES

Los cristales de aumento datan de remota antigüedad; Aristófanes habla de ellos en su comedia «Las nubes»; en Roma consagraron los filósofos á fines de la República su atención á los aparatos susceptibles de aumentar la potencia de la visión y Séneca, bien que sin hacer de sus observaciones ninguna aplicación importante, conoció la propiedad aumentativa de una bola de cristal llena de agua y notó que con ayuda de la misma podía leerse la más diminuta escritura.

De Grecia y de Roma pasaron estos pequeños aparatos á los alejandrinos y fueron más tarde junto con otros restos de la ciencia pagana recogidos por los árabes. El célebre Al Hazén, en el siglo XI, fué el primero que en España construyó verdaderas lentes, de las cuales tuvo noticias dos siglos después Roger Bacon, el doctor admirable como en aquel entonces se le apellidaba, quien repitió los experimentos del autor árabe y estudió á la vez los efectos de los espejos y de la refracción. Sus lentes, como las de Al Hazén, consistían en segmentos de esferas de cristal, y aunque sus compatriotas le suponen inventor de los cristales bi-convexos, no se puede afirmar en absoluto que los construyera, pues á lo que parece tales lentes no se usaron hasta el siglo XVII.

Descartes, en cuyo tiempo ningún caso se hacía de las lentes bi-convexas, predijo gran porvenir á los cristales convexos por una sola cara y animado por la esperanza de descubrir con ellos importantes é ignorados secretos de la naturaleza esforzóse por aumentar las imágenes resultantes de las lentes «haciendo que sus rayos se cruzaran muy lejos del ojo por medio de un tubo lleno de agua.»

Las verdaderas lentes bi-convexas son de fecha posterior: la primera mención que de ellas encontramos es en la curiosa obra *Ars magna lucis et umbræ*, publicada en 1646 por el sabio jesuíta P. Kircher, quien hace observar en ella que «los frascos de cristal en forma de bola son propios para dar toda clase de figuras» y después de indicar el uso que puede hacerse de estos que él llama *Smicroscopes*, dice: «Los hay de muy distintas clases, pudiendo servir para este objeto cualquier sección de una esfera de cristal. Algunos se sirven de dos lentes convexas, otros emplean grandes bolas de cristal llenas de agua y otros, por el contrario, acudiendo á un *invento nuevo* y muy ingenioso, encierran en un tubo A B (fig. 1) pequeñas esferas de cristal C, de un diámetro no mayor del de las más diminutas perlas. Si colocáis una pata de pulga junto á la superficie de la esfera, entre el ojo y la lámpara, la veréis ¡cosa admirable! del tamaño de un caballo; un pelo puesto sobre este cristal tomará las dimensiones de una viga, siendo lo más admirable de todo esto ver cómo una esfera tan pequeña puede representar objetos tan enormes.»



CLARA MEYER, en *Hero*; artista dramática

En la misma obra hizo Kircher (fig. 2) la descripción y el dibujo de una linterna iluminada por una bujía y provista de un espejo para «hacer ver la escritura (ordinaria) á lejana distancia perfectamente legible,» aparato cuya potencia amplificante aumentó con la adición de un cristal dióptrico al espejo: tal fué, con los nombres de linterna catadióptrica, taumatúrgica, megalográfica y mágica con que sucesivamente se la designó, el embrión del microscopio solar, habiendo sido especialmente empleada para proyectar la imagen aumentada de los pequeños animales.

Pero á pesar de las hermosas dimensiones de las imágenes obtenidas por medio de la proyección, fué siempre preferida la observación con la lente, puesto que de



LA RENDICION DE BAILEN, cuadro de Casado (dibujo á la pluma de P. Eriz)

este modo aparecían aquéllas mucho más limpias. Los micrógrafos, para obtener mayor aumento, se dedicaron á reducir el diámetro de las lentes, mas fueron muy contados los que lograron construirlas muy diminutas para su uso particular hasta el punto de que Baltasar de Monconys, no obstante sus minuciosas investigaciones, sólo ha podido citar las que vió en los gabinetes de Renes, Vossio, Hudd y del canónigo Septalla, de Milán. Todos estos físicos preparaban sus cristales fundiendo una gota de vidrio fijada al extremo de una varita de hierro y sostenida al calor de la llama de una bujía. Igual procedimiento siguieron Roberto Hooke y Huyghens, siendo este último el que logró fabricar las lentes más pequeñas de cuantas hasta entonces se habían conocido, que interponía entre el ojo y dos pedazos de talco que sostenían el objeto que se quería examinar. «Una gotita de agua, dice, sacada de un vaso que haya contenido pimienta dos ó tres días, parece un estanque en el que se ve nadar infinidad de pecezillos.» Hartzoeker hizo más cómoda la observación montando la lente de Huyghens en un bastidor en el que podía fijarse también el objeto.

Fig. 1.—Lentes bi-convexas de Kircher (1646), según el *Ars magna lucis et umbræ*

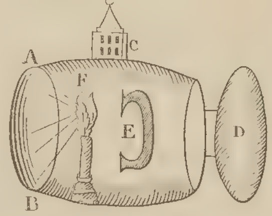


Fig. 2.—Microscopio de Kircher (1646) A B, espejo cóncavo. – C, chimenea. – D, ventana. – E, empuñadura. – F, llama.

Leeuwenhoeck perfeccionó estos aparatos, ya notables á pesar de necesitar para su funcionamiento la acción directa de los rayos solares, y á partir de 1675 se conquistó una fama europea por su modo de preparar las lentes, que después de su muerte (1723) describe su amigo Martín Folkes, vice-presidente de la Sociedad Real de Londres, en los siguientes términos: «Eran estos microscopios sumamente sencillos y consistían en un cristal doblemente convexo encajado entre dos placas de plata remachadas y provistas de un pequeño agujero; fijábase el objeto en una punta ó aguja de plata que por medio de ejes del mismo metal era susceptible de rotación pudiendo subir ó bajar, alejarse ó aproximarse al cristal según la naturaleza del objeto y las conveniencias del examen de las distintas partes del mismo...»

Fig. 3.—Microscopio sin cristal de J. C. Eimmart.

La colección de 26 lentes que Leeuwenhoeck legó á la Sociedad Real y que más tarde fué saqueada, debió contener cristales de inestimable valor á juzgar por las observaciones con ellas hechas por el autor. Sus lentes, en efecto, fueron las primeras que permitieron distinguir las bacterias, lo cual parece indicar que producían un aumento de 3 á 400 diámetros.

Después de este célebre micrógrafo los constructores de lentes se dedicaron principalmente á perfeccionar la montura de las mismas, mereciendo ser consignada en este período la simplificación que en estos aparatos introdujo un observador cuyo nombre ha quedado ignorado. Jorge Cristóbal Eimmart, astrónomo del observatorio de Nuremberg, refiere que un viajero «le mostró un microscopio sin cristal» consistente en una hoja de cobre (fig. 3) terminada en un disco del mismo metal en cuyo centro había un diminuto agujero: bastaba depositar en éste una gota de agua para que se redondeara y pudiera funcionar como lente; el objeto fijado en una alidada movible podía ser colocado á foco de la lente líquida. Este modelo fué copiado en muy distintas formas y en el siglo XVIII fué empleado junto con las lentes de cristal.

Wilson inventó luego un microscopio de bolsillo dispuesto de manera que podían cambiársele las lentes según las exigencias del aumento (fig. 4) y finalmente Baker dió á conocer en 1743 un nuevo invento para fijar el microscopio de bolsillo y comunicarle luz por medio de un espejo (fig. 5), siendo esta la primera lente montada que se conoce y que no ha sido perfeccionada más que en los detalles de la montura.

Estos instrumentos con ser tan imperfectos han estado casi siempre, hasta fines del siglo XVIII, muy por encima de los microscopios compuestos. Cuando en nuestro próximo artículo estudiemos el origen, la embriología por decirlo así, de éstos, veremos que en el transcurso de los dos últimos siglos han contribuido mucho menos que las lentes bi-convexas al descubrimiento del mundo invisible.

(Continuará)

(De *La Nature*)

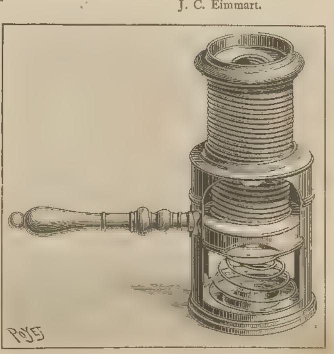


Fig. 4.—Microscopio de Wilson (1740)

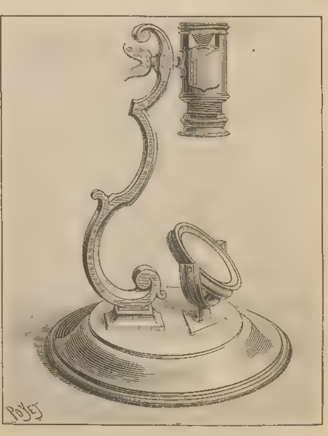


Fig. 5.—Lente bi-convexa montada, de Baker (1743)

Barcelona. – Imp. de Montaner y Simón



AÑO VIII — BARCELONA 3 DE JUNIO DE 1889 — NÚM. 388

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EL BUFÓN ENAMORADO, cuadro de Hermán Kaulbach

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

EL BUFÓN ENAMORADO, cuadro de H. Kaulbach

¡Vaya un descaro! ¿Pues no se atreve ese descocado bufón á la garrida moza que presta sus humildes pero honrados servicios en la misma morada en que él está á salario para divertir con impúdicos chistes é insolentes desvergüenzas? Pero bien lleva su merecido por su audacia nunca vista en los fastos de la bufonería: la linda muchacha ni siquiera se digna enfadarse por las palabras que salidas de tales labios en sus oídos suenan ni por el contacto de tan torpes manos que se atreven á manchar sus blancas espaldas. ¿Para qué? El bufón no es un hombre como los demás, es un ser de condición tan baja que sus insultos sólo hacen reir y sus libertades únicamente á broma pueden ser tomadas. La burlona sonrisa de la graciosa doncella es el mejor castigo para la procacidad del discípulo de los Angely y de los Triboulet.

Kaulbach se conoce que tiene especial afición á pintar bufones, pues todavía recordamos *El bufón dormido* que se ha publicado en esta ILUSTRACIÓN; pero nadie podrá censurar estas tendencias especialistas cuando de ellas resultan obras acabadas como la que entonces reprodujimos y la que reproducimos ahora: en la una el cuerpo yace casi insensible completamente dominado por las exigencias de la materia, en la otra el sensualismo se deja sentir, marcándose de un modo admirable en los entornados ojos del protagonista. ¿Y qué diremos de la inocente víctima de tan repugnante afecto? Explicada la situación de los personajes, los sentimientos que á cada uno de ellos animan y el concepto despreciativo en que se tenía á esos desdichados seres que han inspirado á Víctor Hugo una de sus más notables creaciones, no es dado concebir una expresión más acabada de lo que pasa por la mente y de lo que siente el corazón de la humilde *fámula*. Quizás alguien vea en su bonito semblante retratada cierta complacencia producida por los galanteos siquiera sean éstos los de un viejo juglar y puede que acierte quien tal piense, pero á nosotros se nos antoja que la muchacha está diciendo para sus adentros: ¡Valiente necio!

¡SUB HASTA! (Venta de esclavos germanos) cuadro de R. Cogghe

Si la misión del artista es, como nosotros creemos, hacer agradable lo bello y repulsivo lo feo, interesar el corazón en pro de lo bueno y desviarle de lo malo, Cogghe ha cumplido plenamente su misión. En efecto ¿quién en presencia de su cuadro no siente repulsión hacia el impasible procónsul, hacia el indiferente adjudicador de la mercancía humana y hacia los codiciosos postores que en reñida puja se disputan la obtención de un esclavo más que añadir al número de sus infelices siervos? ¿quién no se siente conmovido ante el dolor de estos desdichados seres cuya suerte futura depende de una mayor ó menor oferta que puede separarles para siempre de sus padres, de sus esposos y de sus hijos?

Pero no son estos los únicos méritos de la obra que nos ocupa: el cuadro resulta bello no sólo por lo que expresa sino también por la maestría con que el tema está ejecutado. Para convencerse de ello basta analizar las figuras cada una de por sí y examinar el conjunto armónico que de la combinación de todas ellas resulta, y aunque el autor ha querido sin duda llamar la atención sobre el grupo central haciendo de los dos personajes compendio de todos los sentimientos que tan brutales actos habían de producir en las víctimas, el espectador tiende involuntariamente su vista con igual interés por todos los puntos del cuadro, pues en todos hay bellezas sin cuento que atraen sus miradas.

¡Cuántas y cuán tristes consideraciones nos sugiere el cuadro de Cogghe! Si dejáramos correr la pluma á impulsos de lo que nuestro corazón le dicta en presencia de tan repugnante escena, traspasaríamos los límites que la índole de estas descripciones nos impone y habríamos de llenar columnas y más columnas con anatemas sobre aquella civilización romana que incluía á la esclavitud en el número de las instituciones jurídicas.

Contentémonos, pues, con decir al esclavo de hoy: «¡Serás vengado! Los que hoy ponen precio á tu cuerpo y quizás á la honra de tu esposa, mañana se postrarán humildes á los pies de tus hermanos; los que hoy hacen mofa de tu impotencia, mañana implorarán temblando, la misericordia de tus hijos; los que hoy te venden porque son tus vencedores, mañana verán saqueadas sus riquezas por tus descendientes y habrán de oir de labios de éstos el terrible *¡Væ victis!* ¡Ay de los vencidos!»

RESTAURANT AL AIRE LIBRE, EN LAHORE, cuadro de E. L. Weeks

(Expuesto en el Salón de París del presente año)

El Oriente con su naturaleza rica en contrastes y con sus costumbres llenas de vida y de colorido, será siempre un punto de mira predilecto á donde convergerán las aficiones de los artistas que sedientos de luz y de poesía no encuentran en los usos y en los países de la caduca Europa campo bastante ancho para los vuelos de su imaginación. Y la verdad es que los inteligentes y los simples aficionados demuestran el gusto con que ven estas tendencias fijando preferentemente su atención en los cuadros que se salen de lo común de nuestra vida y de nuestro modo de ser y transportan el espíritu á esas pintorescas comarcas del continente asiático en donde las gigantescas palmeras se cuentan por bosques y en donde las bayaderas con sus voluptuosas danzas recuerdan á cada instante á los creyentes los inefables goces que para la otra vida les tiene ofrecidos el Profeta.

Pero en el Oriente no todo es poesía; también hay prosa y de ello nos da buena prueba Weeks reproduciendo una escena de Lahore, en la cual los detalles son prosaicos, pues poco ó nada tienen de poéticos los hombres, los animales y los edificios (cuyo estilo arquitectónico dista mucho de la magnificencia y del lujo de detalles que caracterizan la arquitectura indostánica) que en ella aparecen reproducidos. Y sin embargo ¡cuán bello resulta todo! Y es que cuando el artista lo es de veras sabe imprimir en los asuntos tomados del natural un tinte poético que llega á subyugar el ánimo, se apodera de él y produce una impresión indefinible que la sola ejecución, por buena que sea (y lo es mucho la del cuadro), de Weeks sería incapaz de hacer sentir.

UN BAUTIZO EN ESPAÑA Á FINES DEL SIGLO PASADO, cuadro de M. Tejedor

Ya el sacerdote derramó sobre aquella tierna cabecita las aguas del bautismo que borran el pecado original y comunican la divina gracia al que las recibe; ya puso en la menuda boca la sal de la sabiduría que ha de conducir al nuevo cristiano á la vida eterna; ya ungió su pecho y su espalda con el santo crisma de la salud, ya colocó sobre sus vestiduras el blanco ropaje que ha de llevar sin mancha al tribunal de Nuestro Señor Jesucristo; ya concluyó, en fin, la ceremonia religiosa.

Y aquí entra el artista y apoderándose de la escena de la transcripción de la partida de bautismo pinta un cuadro lleno de gracia y de vida cuya decoración severa y sencillísima aumenta la belleza del lienzo sin distraer el interés del espectador en accesorios y obligándole á concentrar toda su atención en las figuras bien concebidas y hábilmente dispuestas que denotan la espontaneidad del pincel de Tejedor.

JUANA RONGIER y estudio para su cuadro «Ingreso en el convento»

Hace muy pocas semanas nos ocupamos de esta ilustre pintora francesa que muy joven aún, ha conseguido alcanzar en la esfera del arte un nivel á que muchos sólo llegan después de largos años de estudios y á fuerza de trabajos y tropiezos. Juana Rongier fué celebrada con entusiasmo desde los primeros momentos de su carrera artística: su primer cuadro fué admitido en el Salón de París (1875) y este es el mejor elogio que podemos hacer de la insigne artista.

Si nuestros lectores vieran el cuadro á que corresponde el estudio que reproducimos comprenderían toda la valía de este fragmento. «El ingreso en el convento» no es un asunto nuevo y por esta misma razón resulta mayor gloria para la que con recursos modestos ha sabido hacer sentir y ha hecho de un asunto sencillo una escena conmovedora. El momento de despedirse unas hijas de sus padres para comenzar su educación formal en santa y sombría casa bajo la dirección de ilustradas religiosas aparece reproducido con tanta verdad, de una manera tan natural, que es imposible ver el cuadro sin sentirse emocionado. Esto por lo que hace al lienzo en conjunto; en cuanto al fragmento bien podemos decir que las dos figuras están magistralmente ejecutadas y que la aflicción y el decaimiento de la inocente niña abatida por la primera pena de su apenas comenzada existencia en nada desmerecen de la impasibilidad de la monja, que al renunciar á las alegrías de este mundo para consagrarse á Dios en el claustro se despojó también, á lo menos aparentemente, de toda sensibilidad hacia los terrenales dolores, dispuesta sí á consolarlos con cristiana caridad pero no á compartirlos, pronta con santa resignación á enjugar las lágrimas del desgraciado pero no á unir á ellas las suyas propias.

Juana Rongier ha demostrado con su estudio que conoce á fondo no sólo los secretos del arte sino también los misterios del corazón humano.

VENUS Y AMOR, grupo escultórico de Uechtritz

existente en el palacio imperial de Berlín

El actual emperador de Alemania que ya siendo príncipe y príncipe heredero sintió especial predilección por el antiguo palacio real prusiano que se alza á orillas del Spree, quiso hacer de él su residencia apenas la imperial corona ciñó su joven frente; pero comprendiendo que lo que como heredero del trono le había satisfecho no era bastante para dar albergue al emperador, dió orden de que se hicieran en aquél todas las obras necesarias y se le embelleciera con los más preciados productos del arte moderno en todas sus manifestaciones. El oro prodigado á manos llenas ha realizado en poco tiempo verdaderos milagros y los talentos de los artistas más famosos han sido puestos á contribución para la restauración de la imperial morada, de cuyas actuales magnificencias podrán formarse idea nuestros lectores teniendo únicamente en cuenta que el solo mueblaje del comedor ha costado 1.500.000 reales.

Uno de los artistas que mayor número de obras ha ejecutado para el palacio es C. de Uechtritz, el famoso escultor berlinés, y entre las esculturas que á su cincel debidas adornarán aquellos suntuosos salones pocas habrá sin duda que aventajen en belleza y elegancia al grupo de Venus y Amor cuya copia grabada reproducimos.

Guillermo II ha dado en esta ocasión pruebas de que su pasión por el ejército no le ha hecho olvidar la protección y el amor debidos á esas otras huestes cuyos soldados con su cincel y sus pinceles pueden dar á una nación una gloria menos ruidosa y menos brillante, es cierto, pero más noble y más duradera que la que con sus espadas y fusiles le proporcionan de cuando en cuando sus guerreros.

SERMÓN EN EL PATIO DE LA CATEDRAL DE SEVILLA, cuadro de Jiménez Aranda

Digan lo que quieran de España cuantos autores extranjeros han tratado de ella sin haberla visitado ó habiéndola visto al través de engañadores cristales que la preocupación y la fantasía pusieron delante de sus ojos, es lo cierto que nuestra patria contiene muchas, muchísimas bellezas y no sólo bellezas naturales y arquitectónicas (que son las más que aquellos visionarios nos conceden), sino bellezas de costumbres, de tipos y de escenas que constituyen un solemne mentís dado á aquellas absurdas descripciones y que han inspirado á nuestros pintores cuadros tan hermosos como el de Jiménez Aranda.

La escena pasa en Sevilla, en esa hermosa Andalucía, la ciudad de la Giralda y de la Torre del Oro que bañan las mansas aguas del Guadalquivir y en cuyo ambiente se respiran mezclados el dulce aroma de los naranjos de los cercanos jardines y los embalsamados perfumes de las vecinas lomas.

En esa ciudad en donde las más apasionadas rivalidades son por si la Virgen de Montserrat hace más ó menos milagros que la de los Reyes y por si Nuestra Señora la Antigua goza en el cielo de más favor que la Virgen del Rocío, la piedad religiosa, de tan extraña manera entendida, ha ofrecido siempre ancho campo á las más poéticas manifestaciones en que la fantasía y el lujo desempeñaron y desempeñan aún importantísimo papel. Jiménez Aranda ha reproducido una de estas manifestaciones con una riqueza de detalles y una brillantez de colorido superiores á todo encomio: los personajes de su cuadro (que no son pocos) hablan, como vulgarmente se dice; el azahar de sus naranjos huele y casi estamos tentados por decir que se oye la homilía del reverendo capuchino que valiéndose de argumentos *ad terrorem* pretende infundir en el corazón de sus admirados oyentes el amor á Dios más por el temor de los infernales tormentos que por la esperanza en la bienaventuranza eterna. Bien se adivina por la atención con que el pueblo le escucha que el padre predicador no es de los adocenados: de sus labios están pendientes desde el anciano próximo á comparecer ante el tribunal de la eterna justicia al joven que fiado en lo que por vivir le queda todavía oye con relativa calma los apóstrofes y latines del orador sagrado; desde el majo de chaqueta corta y luenga redecilla al señorón de holgada casaca y empolvada peluca; desde la vieja beata de alisado cabello y envuelta en floreado mantón á la graciosa doncella que medio oculta su faz divina y los ensortijados tufos de su negra cabellera entre los pliegues de su mantilla de riquísima blonda prendida con aquel *aquel* que sólo tienen las que al abrir por vez primera los ojos se encontraron con el purísimo cielo de Andalucía y las que al primer latido de su corazón sintieron correr por sus venas la sangre caldeada por el esplendente sol cuyos ardorosos rayos se complacen en iluminar el más hermoso verjel de la hispana tierra.

Asunto, lugar de la escena, tipos, todo en suma respira verdad y vida, pero sobre estas tiene el cuadro de Jiménez Aranda otra cualidad más estimable si cabe, cual es la de llevar todo él impreso el sello español puro y neto. ¿Cómo no, si quien supo trasladar al lienzo tantas bellezas respira españolismo por sus cuatro costados?

TOROS ANTAÑO

Sabida cosa es que los nuevos tiempos traen nuevas costumbres, ó por lo menos modifican de tal manera aquellas que se hallan arraigadas fuertemente en los pueblos, que introducen en ellas verdadero aspecto de novedad.

Antiquísima es en España la afición á la lidia de reses bravas, y aparte de los que quieren hacerla arrancar de tiempos anteriores á la invasión romana, están los que sostienen que ya era corriente en los tiempos del Cid Campeador, tomando, sin duda, como documento histórico y genuino aquellas célebres quintillas de D. Nicolás de Moratín, según las que Rodrigo de Vivar se presentó á torear en la plaza de Madrid,

Sobre un caballo alazano,
Cubierto de galas y oro.

En el siglo XVII, en los reinados de Felipe III y Felipe IV, aun cuando ya la nobleza española no era tan batalladora, en general, como en los tiempos de los Reyes Católicos ó en los legendarios de Carlos V, aun acostumbraba ejercitar su brazo en las guerras de Italia y Flandes, y aun los que no gustaban de correr aventuras y peligros en aquellos, entonces, lejanos países, tenían no obstante predilección por todos los ejercicios que demostraban valor y arrojo.

Hoy, si alguna vez los que se precian de descender de aquellos hidalgos y señores, han probado á dedicarse, como aquéllos lo hacían, á la lidia de toros, ha sido como por excepción y á manera de broma, haciendo becerros mamones el papel que entonces jugaban los más hoscos y embravecidos toros jarameños.

En el siglo XVII, el hacer profesión de valeroso y esforzado se miraba como condición heredada y necesaria en el que se preciaba de bien nacido, y los caballeros más principales y de la más elevada jerarquía, tenían á gala saber torear y hasta se jactaban de ello como uno de sus méritos personales (1).

Servía en Madrid de palenque para las famosas y repetidas fiestas de toros la plaza Mayor, hermoseada por Felipe III, que encargó la obra al arquitecto Juan Gómez de Mora, discípulo del célebre Juan de Herrera, quedando terminada en 1619.

Por entonces no se había edificado aún la gran plaza del Retiro, que se acabó en 1632, y debían haber desaparecido ya la que existió para correr toros, hacia donde hoy se hallan las caballerizas del palacio de Medinaceli, y otra que se levantaba próxima á la calle de Santa Isabel, inmediata á la del Tinte, que entonces se llamaba del *Toril*, á no dudar por estar allí aquella dependencia de la plaza.

Tres veces al año, por lo menos, habían de correrse toros en Madrid en aquel tiempo (en el actual les llevamos en eso ventaja), pues había tres fiestas votivas de ellos, que eran las de San Isidro, San Juan y Santa Ana.

Como esto era sabido, podían con tiempo prepararse á ellas los que deseaban probar su destreza en lidiar *á caballo*, pues el hacerlo á pie se consideraba como cosa de ningún lucimiento y propio sólo de la plebe.

Para los caballeros el toreo era arte, y arte sujeto á reglas hasta peligrosas, en cuyo cumplimiento se arriesgaba no menos que la vida, que ponían aquellos caballeros en trance de perderla, por acreditar su bizarría ante las damas, y aun ante un público que los zahería y motejaba si no quedaban airosos, poco más ó menos como lo hace hoy con lidiadores que bajan al redondel por un estipendio.

Así alcanzaban renombre de hábiles en el toreo y se preciaban de ello, próceres tan encopetados como los duques de Zea y Maqueda, los marqueses de Velada, Villamediana, Algaba y los Hardales; los condes de Cantillana, Sástago y Villamor y caballeros como Quevedo (no el poeta), Bonifáz, Zárate, Ozeta, Gallo, Ponce de León, Aguayo, Trejo, Paz, Ramírez, Dávila, Zapata, el portugués Barnabas de la insigne casa de Abeiro, y otros de quienes ha quedado memoria.

Escribiéronse numerosos tratados sobre el toreo, y entre los aficionados que acabo de mentar, D. Luis de Trejo, sobrino del cardenal del mismo apellido y capitán de corazas, publicó las *Obligaciones y duelos del toreo*, don Gaspar Bonifaz las *Reglas del toreo* y D. Andrés Dávila y Heredia su *Estilo de torear y jugar cañas.*

(1) En la comedia de Alarcón, *El examen de maridos*, dice el marqués, exponiendo sus circunstancias para merecer la preferencia de la dama:

En los toros ¿quién ha sido
A esperar más reportado?
¿Quién á herir más acertado
Y á embestir más atrevido?
¿A cuántos, ya que el rejón
Rompí, y empuñé la espada,
Partí de una cuchillada
Por la cruz el corazón?



¡SUB HASTA! (Venta de esclavos germanos) cuadro de R. Cogghe

Escribieron también D. Juan de Valencia las *Advertencias para torear*, D. Diego de Torres las *Reglas de torear*, que Moratín (D. Nicolás), gran aficionado, decía que no parecían; D. Gregorio Tapia sus *Ejercicios á la jineta;* D. Alonso Gallo sus *Advertencias para torear*, siendo otro Gallo, D Gregorio, quien inventó la *espinillera*, por él llamada *gregoriana* y que era un aparato para defender las piernas, análogo al que hoy usan los picadores, y en fin, citaré para terminar, un *Arte de torear*, anónimo, publicado en 1652, las *Advertencias ó preceptos del torear*, de D. Pedro Jacinto de Cárdenas, y no hablaré de la *Cartilla de torear* de D. Nicolás Novely, por ser ya del siglo XVIII, como publicada en 1726.

Esto dicho, pasemos á tratar ligeramente algo sobre el toreo de entonces. Aparejábase en primer lugar la plaza Mayor de la corte para estas fiestas, engalanando la Casa Panadería, donde se disponía el balcón real, y se preparaban otros para los Reales Consejos, el Ayuntamiento y las damas.

Además se repartían todos los balcones de las casas particulares por cédulas, pues los inquilinos sólo disponían de ellos para el encierro y toros de la mañana, porque es de advertir que entonces se lidiaban cuatro ó seis de ellos por la mañana y ocho por la tarde (1).

Al propio tiempo se ocupaban también los terrados, que eran alquilados por los dueños, así como los tablados, que construían en torno de la plaza los carpinteros, y solían llevar hasta tres reales de á ocho por cada asiento (2).

Llegado el día de la lidia, el Rey y su familia, cuando concurrían, tenían por costumbre comer en la Casa Panadería, para disfrutar más cómodamente de tàn larga fiesta. Madrid se despoblaba por ir á la Plaza, en donde podían acomodarse hasta 50.000 personas, y era función por la que había afición tan grande, que acudían á verla hasta los que no se cuidaban de otras (3).

La plaza Mayor servía entonces de mercado de comestibles y estaba ocupada en su mayor parte por tinglados y puestos que tenían que retirarse en estas ocasiones y en las menos alegres de los autos de fe y ejecuciones capitales que allí se verificaban: por tanto tenían que cubrirla de arena con varios carros que salían enramados.

Apenas los Reyes se colocaban en su balcón, y esto era á las dos por la tarde, salían á hacer el despejo de la plaza dos escuadras de las Guardias Española y Tudesca, mandadas por sus capitanes ó tenientes, que siempre eran grandes de España, como hasta muy recientemente el comandante general de los Alabarderos, cargo y milicia equivalentes á aquéllos. Hecho el despejo se colocaban formados debajo del balcón real, y sin más resguardo que las puntas de sus alabardas, oponían éstas al toro cuando les arremetía.

Verificado esto entraban en la plaza los caballeros que habían de lidiar.

En el siglo XVI y en el XVII, en los buenos tiempos del marqués de Velada, de quien se refería que en Africa esperó un león á pie, armado de una garrocha, y del celebérrimo sevillano conde de Cantillana, ni los caballeros tenían padrino, ni entraban en coche en la plaza, como se ha hecho en nuestros días, al querer reproducir en tiempo de fiestas reales, la lidia de los antiguos aficionados.

En el siglo siguiente, cuando la nobleza había ya perdido su inclinación á torear, bajo la influencia de nuevas costumbres, y del poco gusto que por los toros demostraba Felipe V, siguieron lidiando personas de inferior alcurnia y éstas fueron apadrinadas por los señores, entrando el padrino á su ahijado en coche, paseando la plaza, después de lo que iba á tomar su caballo. Pero esto era ya la decadencia del toreo noble, llamémosle así, principiando entonces los toreros de oficio, que desde mediados del siglo en adelante cambiaron por completo la faz de la lidia de toros, hasta convertirla en lo que vemos en el día.

Volviendo al siglo que me ocupa, diré que la entrada en la plaza se verificaba precediendo á todos, los atabaleros y clarines, á caballo, á los que seguían lacayos que llevaban del diestro caballos de repuesto para los señores.

Teníase á gala, y esto se exageró en la segunda mitad del siglo XVII, según expresa Gallo, sacar cada caballero gran número de lacayos, no *pajes* como se ha dicho en nuestros días, vestidos bizarra y uniformemente á sus expensas; así que hubo ocasión en que cada lidiador sacó cien lacayos. Estos seguían á pie á sus señores y al empezar la lidia se retiraban todos menos dos, uno de los cuales estaba destinado á dar al caballero los rejones, que el otro iba á buscar á la barrera, donde apercibidos los tenía, así como también le guardaba allí otro sombrero, capa, estribos y espada, por si perdía los suyos.

Aquellos dos lacayos no eran, como en nuestros días se ha hecho, dos toreros de oficio, de los más hábiles, que aminoren el peligro del caballero con sus quites, sino lisa y llanamente dos lacayos, resueltos acaso, pero no peritos en el toreo; así que dice el mencionado Gallo, que en el discurso de la tarde sería *fortuna deshecha* que no cogiese alguno el toro.

Una vez el caballero en la arena, si estaba el Rey, debía irse muy despacio á hacerle cortesía, y si por acaso la fiera le acometiese entonces, hacer la suerte y acabar, sin emprender otra, y tornando á su andar reposado, hacer el imprescindible saludo, que después se extendía á los Reales Consejos y á las damas.

Entraban con la capa compuesta sobre ambos hombros, segun Cárdenas, y no sólo con rejón, sino con la espada ceñida, como que con ella se hacían las suertes más arriesgadas y famosas. Esto ya no lo hemos visto imitado modernamente.

Tres cosas principalmente necesitaba el caballero y eran: valor, saber gobernar bien su caballo, y buscarle de condiciones á propósito.

En estas no estaban conformes los que escribían sobre el toreo, y mientras unos se inclinaban á que fueran pequeños, otros los recomendaban más que de la marca, fundándose en que desde éstos se hacían mayores las heridas con la espada.

Debían herrarse tres ó cuatro días antes y los sacaban con freno y estribos muy brillantes, riendas berberiscas,

(1) Refiriéndose á esta costumbre de disponer la Villa de los balcones á despecho de sus dueños, dice el poeta Benavente en su entremés del *Gori gori*, por boca del personaje D. Estupendo:

Gran pensión es esta
De vivir en la Plaza un caballero,
Pues paga todo el año su dinero,
Y el día que ha de ver la fiesta en ella
Le echan de casa y quédase sin vella.

Un auto acordado de 1620 puso tasa á los balcones, señalándose doce ducados para los primeros, ocho para los segundos, seis para los terceros y cuatro para los cuartos.

(2) El real de á ocho valía doce reales de vellón, y quince y dos maravedís, si era de *plata vieja*.

(3) A este propósito dice Alarcón en su comedia *Todo es ventura:*

Los toros los ha de ver
Aquel que más se desvía
De fiestas, porque en tal día
No hay otra cosa que hacer.

(Act. II, esc. IX.)



RESTAURANT AL AIRE LIBRE, EN LAHORE (INDIA INGLESA), cuadro de E. L. Weeks, expuesto en el Salón de París del presente año



UN BAUTIZO EN ESPAÑA Á FINES DEL SIGLO PASADO, cuadro de M. Tejedor

aciones de lo mismo, con dos cinchas apretadas y silla á la jineta, aunque también montaban á la brida para picar con varilla.

Los rejones debían de tener ocho palmos con manija y hierro y había de preparar cada caballero los que calculase que podría quebrar en el discurso de la tarde. Hacíanse de madera seca y lisa, más gruesos que delgados, ya porque la resistencia aseguraba al caballero, ya porque así al quebrarlos, daban gran estallido y esto agradaba mucho al vulgo. Los mejores eran los llamados de *lancilla*, con las aletas muy recogidas, para poderlos sacar en el caso de no quebrarlos.

Debían ponerse desde la nuca hasta la cruz, pues clavados en otro punto, como por ejemplo en los brazuelos, era en descrédito del caballero.

El toro debía buscarse á buen paso, llevando el rejón tendido sobre la cadera, el hierro á la izquierda, no sacándole para hacer la puntería hasta hallarse ya cerca del toro.

Si éste no embestía no debía salirse de suerte, pero sí estrecharle, acercándose dos ó tres pasos. Algunos se metían hasta el toril, para deslumbrar al pueblo con su arrojo, pero esta suerte, en opinión de los entendidos, *más tenía de hazañería que de riesgo.*

La suerte del rejón era sólo de caballeros, pero si tal como era denotaba destreza y gallardía, la suerte por excelencia, la que requería valor, habilidad y esfuerzo, era la de la espada, no imitada en nuestros días.

Ya he dicho que los caballeros salían á lidiar llevándola ceñida, pero no era aquella la usada para la lidia. Esta debía ser más corta que larga, poco más de vara, ancha de tres dedos, de un solo filo y recta.

En tres casos, principalmente, se hacía uso de ella: bien cuando después de poner rejones al toro, quería el caballero acuchillarle, hasta darle muerte, si podía; bien cuando había de *satisfacerse*, ó bien en los *socorros*, que eran su primera obligación.

En el primer caso, en especial si se hacía la suerte á toro parado, y por supuesto á caballo, era donde más se lucía la destreza: no debía sacarse la espada hasta encontrarse tan sobre el toro, que pudiera dársele con ella, y cuanto más de prisa se le daban las cuchilladas, no sólo estocadas, más aplausos lograba el caballero.

Si el toro huía, se iba en su seguimiento, llevando la espada arrimada al muslo derecho, sin levantarla hasta el momento de herir á la fiera, pues si se llevaba levantada, el vulgo, que ya he dicho era poco más respetuoso con aquellos caballeros que con los chulos del día, levantaba insultante gritería clamando: *¡San Jorge! ¡San Jorge!* con cuya frase denostaba al lidiador.

Debía perseguir al toro hasta que ya no embistiese, ó se hallase muy acuchillado, le hubiesen barajado ya los del vulgo que toreaban á pie, echádole los perros, ó tocado á *jarrete*, que era el modo de rematar la bestia.

He dicho que otra de las ocasiones de sacar la espada era cuando el caballero tenía que *satisfacerse* y voy á explicar lo que esto significaba.

Los entendidos que más á punto de honra llevaban las suertes del toreo, exigían que tan pronto como el lidiador dejase caer la capa ó sombrero, ó perdiese estribo, acicate ú otra prenda ó alhaja que llevase, tenía el deber de irse al toro á darle de cuchilladas, si bien no era obligatorio matarle, quedando *satisfecho* tan sólo con herirle, y de esta obligación no se libraba aunque hubiese rejoneado con primor.

En opinión de los más rigoristas debía hacer lo mismo si el toro le hería el caballo: no obstante otros sostenían que ni en este ni en los demás casos había necesidad de *satisfacerse*, porque, decían, *el toro no tiene la culpa del descuido de uno* (1).

Cuando el toro mataba el caballo ó el jinete caía, entonces era obligatoria la peligrosa lidia á pie, con la espada.

Aquella no se parecía en nada á la *brega* de los matadores del día: se cumplía con dar dos pasos hacia el toro, con la espada empuñada, y si no embestía, había cumplido el lidiador.

Sostenían sin embargo los aficionados de corazón, que esto no bastaba y que era preciso hostigar al toro y acuchillarle, y tanto se empeñó la cuestión, que el mismo rey mandó escribir sobre este punto, resolviéndose que no buscando al toro en tales casos, no se faltaba.

Pero el que se resolvía á buscarle, debía ir pausadamente, echarle la capa sobre la cabeza y acuchillarle, habiendo alguno de tales bríos que cortaba al toro la cabeza á cercén.

Este esforzado lance lo pinta al vivo Tirso de Molina, en su comedia de costumbres *Marta la piadosa*. El criado Pastrana, figura que ve lidiar á su amo D. Felipe en la plaza de Illescas, y dice:

PASTRANA ¿Vióse más desatinada
Temeridad? Con la espada
Desnuda, la capa embraza,
Y dando ojos á la plaza
La bestia acomete airada.
¡Grande esfuerzo y gentileza!
¡El toro cierra con él!
¡Golpe extraño! ¡Gran destreza!
¡Digno es de español laurel!
¡Cercenóle la cabeza!

(Act. I, esc. X.)

(1) Del primer modo opinaban Gallo y Gutiérrez y el autor anónimo del *Arte de torear*: de la otra manera de pensar era Cárdenas, si bien decía que el caballero no estaba obligado á satisfacerse cuando el toro hería el caballo.

Finalmente, he dicho que el *socorro*, lo que hoy se llama *quite*, era la primera obligación del caballero. No sólo debía prestarse cuando lo pedía una extremada necesidad, sino en cuanto parecía que se podía pedir. Como recompensa, los caballeros estaban libres de la pena de excomunión, en que incurrían los que toreaban á pie. Debía darse no sólo á los caballeros, sino á los peones.

Cuando aquéllos no tenían esfuerzo para matar al bruto á cuchilladas, pero le ponían mal parado, se dejaba en poder del vulgo y entonces lo agarrochaban los varilargueros de á pie, y tocando á jarrete con clarines y chirimías, mataban al toro, y viniendo las mulas de la villa

Al jarretado sacan
Con su ordinaria prisa,

como dijo Benavente. Estas mulas eran seis con campanillas, y se dice que introdujo esta costumbre el corregidor de Madrid D. Juan de Castro, que lo fué de 1622 á 1625. Ya es por tanto la costumbre antigua.

La lidia entonces ofrecía extraordinarios riesgos y todos los años había gran número de víctimas; así que el Padre Pedro de Guzmán, que publicó á principios del siglo XVII un libro titulado *Bienes del honesto trabajo*, asevera que en las fiestas de toros morían en España, un año con otro, doscientas ó trescientas personas.

No es por tanto de extrañar que las cortes de Valladolid en 1555 pidieran al rey la supresión de las fiestas de toros, si bien nada se consiguió, como sucedería en nuestros tiempos si se tomasen en consideración las proposiciones de algunos representantes del país, animados de iguales humanitarios propósitos.

Entonces se sobrepuso á todo la afición de los magnates, que por sí mismos tenían á gala tomar parte en tan peligrosa diversión. Hoy, los que se contentan con presenciarla, dejando el riesgo para los toreros de oficio, claman desesperadamente si alguna voz se levanta para que se supriman las corridas de toros, á las que, con dictado poco honroso ni envidiable para la patria, ha dado ahora en llamarse *fiesta nacional.*

JULIO MONREAL

EL GRAN MAESTRO

I

LOS NIÑOS

Julio había nacido para *ser algo.*

En la viva expresión de sus ojos negros, en su frente despejada que iluminaba á veces la inspiración como el relámpago ilumina á la nube, en su actitud distraída ó reflexiva como el que busca algo fuera de lo real ó analiza el sentido de las cosas que pasan inadvertidas para el vulgo, cualquiera adivinaba que Julio era un soñador, un artista.

Huérfano y sin familia, vivía desde pequeño en casa de su tutor D. Alvaro de Medina, rico hacendado, viudo, y padre de Gabriela, una niña que tenía la misma edad de Julio, traviesa como un diablillo y hermosa como un ángel.

Don Alvaro pasaba la vida entregado á sus negocios; una institutriz cuidaba de los dos niños que se querían como hermanos; tenían los mismos maestros, los mismos juguetes, y si Julio acompañaba á Gabriela en sus paseos por el jardín llevando gravemente de la mano una muñeca, en cambio Gabriela trepaba con Julio á los cerezos ó tomaba la gorra de papel y el sable de madera para llevar á la batalla todo un ejército de soldados de plomo.

Pero entre todos sus juguetes el que prefería Julio era un precioso violín que le regaló la niña el día de su santo. ¡Oh! de seguro que no le hubiera cambiado por el cetro de un rey, ni por la espada de un conquistador!

¡Cómo se le pasaban las horas sin sentir apretándole amorosamente contra su pecho y pasando el arco sobre las cuerdas!

¡Qué alegría si le arrancaba una nota dulce!

¡Qué desesperación cuando las cuerdas chillaban como burlándose del músico novel!

Al acostarse lo dejaba cerca de su cama, y al despertar la primera mirada era para él. Nunca pasó un avaro tantos cuidados por su tesoro. Dormido soñaba con el violín, despierto no le perdía de vista.

Mientras él se entregaba con todo el fuego de la imaginación á ese primer amor de las cosas que sienten los niños, el tiempo seguía su curso natural y todo iba cambiando en torno suyo sin que se diese cuenta de ello.

Por fin llegó el día.

Gabriela entró en un colegio y Julio en el Instituto. Este fué su primer pesar.

Separarse de Gabriela y separarse de su violín.

Sólo el pájaro encerrado en la jaula puede comparar sus tristezas con las de los niños cuando entran en los colegios. Los primeros días son amargos, pero al fin llega la costumbre y el pájaro canta y el niño se ríe. A pesar de ello, ¡con qué ansiedad se esperan las vacaciones!

Cuando llegaban los anhelados días, Gabriela y Julio volvían á la casa, ella corría á buscar sus muñecas, y él, abrazado á su violín, se sentaba bajo un árbol en lo más espeso del bosquecillo de laureles y allí se le pasaban las horas á menos que Gabriela, cansada de enredar la casa con sus juguetes, fuese de puntillas á buscarle al jardín, y escondiéndose entre los árboles le echase encima de repente una lluvia de hojas y de flores obligándole á dejar el violín y correr detrás de ella hasta cogerla y firmar las paces con un beso.

Así, pasando el tiempo, vino la época de los estudios graves.

Julio eligió la carrera de abogado por complacer á su tutor, y marchó á la capital. Allí estudió en extraño maridaje música y leyes, y en honor de la verdad hay que decir que las últimas llevaban la peor parte.

Pero si al terminar la carrera era un mal abogado, en cambio era un excelente músico, tanto que causaba admiración y era el orgullo de sus profesores.

El violín, regalo de Gabriela, había sido sustituído por un magnífico Estradivarius, y aquel músico novel había vencido ya todas las dificultades de la ejecución prometiendo ser una estrella de gran magnitud en el cielo del arte.

Por eso cuando Julio tocaba en el bosquecillo de laureles, Gabriela, que era ya *la señorita Gabriela*, no le interrumpía echándole puñados de flores, sino que adelantando poquito á poco entre los árboles, se escondía detrás de algun tronco cubierto de hiedra, y allí muy quieta para que Julio no la descubriese, escuchaba con los ojos, con los oídos, con toda el alma; y sucedió alguna vez que sus oídos creyeron oir entre las notas no sé qué cosas que la turbaban deliciosamente; que sus ojos, sin saber porqué, se llenaban de lágrimas, y que su alma entera vibraba como las cuerdas del violín bajo la presión del arco.

II

EN BUSCA DEL IDEAL

Julio había traído de la capital algunos libros de leyes que nunca llegó á hojear, y muchos libros de música que devoraba con un afán verdaderamente febril.

¿Qué buscaba en aquellas horas de estudio, comparando escuelas, admirando los secretos de la composición y aspirando por todos los poros del alma los sublimes efluvios del arte?

Oigámosle en sus frecuentes monólogos cuando dejando el violín sobre sus rodillas y apoyando la cabeza entre las manos, con los ojos cerrados y las sienes palpitantes, entraba por la puerta de oro en ese paraíso de los sueños que Dios ha creado expresamente para los artistas.

– Sí, – se decía. – Hay algo que yo no comprendo y es como el alma de la música; algo que relampaguea en las cimas del Genio y me hace pensar en la nube ardiente que envolvía á Jehová sobre el Sinaí. Vencer las dificultades de la ejecución no es nada. Poner el sentimiento en cada nota, hacer vibrar en las cuerdas los ayes de la pasión, los gritos del entusiasmo, los gemidos suavísimos del amor… Eso, eso es el arte! ¿Qué maestro puede indicarme el camino del ideal?… No! Yo no soy artista! No lo seré nunca!

Y vencido, desalentado, dejaba deslizar el violín hasta el suelo.

La voz de Gabriela le sacaba de su doloroso letargo.

Entonces la sonrisa volvía á sus labios, se despejaba su frente y el enamorado olvidaba los pesares del artista.

Porque Julio y Gabriela se amaban con el amor purísimo de los ángeles.

Aquellas almas al crecer juntas se habían confundido en una sola, y al llegar á su primavera, el amor que dormía en sus corazones despertóse subiendo en ancha oleada de ternura hasta sus labios, convertido en dulcísimas palabras, y á sus ojos en lágrimas más dulces todavía.

El señor de Medina aprobaba aquellos amores y nada por consiguiente turbaba la tranquilidad de los dos enamorados que veían aproximarse sonriendo el plazo fijado para la boda.

Una ligera nubecilla empañó por breve tiempo el cielo de su felicidad.

Gabriela estuvo algo enferma y hubo que retardar el plazo.

Fué cosa de pocos días.

Restablecióse pronto. Quedóle tan sólo algo de opresión al pecho, una ligera tos, unas manchitas sonrosadas casi imperceptibles en los pómulos; nada, ó casi nada.

Durante su enfermedad Julio tocaba á veces el violín para distraerla, pero sus prodigios de ejecución no tenían tanto poder sobre la enferma, como una palabra, una mirada sola del elegido de su alma.

Un suspiro, una sonrisa bastaba para que el arco se alejase de las cuerdas y para que á las melodías arrancadas al violín se sucedieran las melodías habladas de los dos enamorados.

Llegó el anhelado día de la boda.

Gabriela y Julio entraron en ese paraíso de los amantes que se llama la luna de miel, paraíso que para ellos debía ser eterno porque no había en sus corazones un solo pliegue donde pudiera ocultarse la serpiente.

– Tanta dicha me asusta! – solía decir Gabriela.

– ¿Por qué? – respondía Julio.

– Porque hemos llegado á la cima de la felicidad y temo al pensar en el descenso.

– ¿Descender? ¡No veo la necesidad! – decía Julio riendo.

– ¡No, no te rías! Me asaltan á veces súbitos temores, presentimientos de males desconocidos.

– ¡No seas niña!

– Créeme, Julio. La dicha no es completa en el mundo. El temor de perderla es una gota de hiel que la amarga.



JUANA RONGIER, autora del cuadro *Ingreso en el convento*

– Nunca te había dado por el romanticismo.

– No soy romántica. ¡Es que te quiero tanto!

– Pues entonces desecha esos pueriles temores que te impiden gozar tranquila en nuestro amor. Haz como yo. Mis sueños de gloria, mis ideales de artista han quedado olvidados y oscurecidos delante de tu cariño. ¿Qué me importa la gloria? ¿Hay otra que el mirarse en tus ojos? ¿Qué me importa el arte? ¿Hay ritmo más dulce que el de tu voz cuando me dice «¡Te amo!»? No seas niña, te repito. Olvida esas visiones y goza en nuestra felicidad.

– ¿Qué hemos hecho para merecerla?

– ¡Amarnos; amarnos mucho! ¿Te parece poco?

Y Julio sellaba con un beso los labios de Gabriela.

Aquel violín, aquel magnífico Estradivarius que por tantos años había estrechado sobre su corazón pretendiendo en vano llevar á él y arrancar de sus cuerdas la voz que sentía contar entre sus aceleradas palpitaciones, yacía pendiente de un clavo dorado en su cámara nupcial y cubierto con una ligerísima capa de polvo.

Una vez, á los pocos días de casados, sus ojos se fijaron por casualidad en aquel instrumento, su amigo inseparable de otros tiempos.

– ¡Pobre violín! – exclamó con una sonrisa. – Yo pensaba llegar contigo á conquistar los laureles del artista; yo pensaba subir contigo á las cimas del ideal. ¡Cuán necio he sido! Yo le creía muy lejos, y el ideal estaba á mi lado riéndose de mis locos desvaríos. ¡Sí, Gabriela mía! El ideal es la dicha, la felicidad que nace del amor!

Y el pobre violín quedó olvidado.

III

EL GRAN MAESTRO

Un año apenas había pasado y los extraños presentimientos de Gabriela iban tomando cuerpo y amenazando una cercana y terrible realización.



VENUS Y AMOR, grupo escultórico de C. de Uechtritz *existente en el palacio imperial de Berlín*

Así como en las tormentas de otoño se ve algunas veces una nubecilla imperceptible apenas, blanca y ligera al principio, creciendo luego con rapidez espantosa y tomando cenicientos visos en sus pliegues hasta que en alas del huracán invade el cielo azul y arroja sobre la tierra el agua y los rayos que guardaba encerrados en su seno, así la pequeña nube que amenazaba á los jóvenes esposos había sido primero una opresión de pecho, una tos ligera, una manchita apenas visible en los pómulos, y luego avanzando rápidamente había oscurecido el cielo tranquilo de aquella cara con negros nubarrones de luto y desolación, porque aquella tos, aquella opresión, aquella mancha, había marcado en la pobre Gabriela un sello terrible, el sello de una enfermedad mortal; la tisis.

Una languidez invencible envolvía aquel hermoso cuerpo. Aquellos ojos bellísimos miraban á Julio con una expresión tan desesperada, tan cariñosa y tan triste, que Julio haciendo esfuerzos sobrehumanos apenas podía contener sus lágrimas.

Se acercaba el otoño.

La enfermedad hacía terribles progresos.

Gabriela había entrado en el tristísimo período de las ilusiones.

Sentada en un ancho sillón, envuelta en una bata riquísima cubierta de encajes, los pies hundidos en una piel de oso y la cabeza ligeramente inclinada, Gabriela más pálida pero más hermosa que nunca, estrechaba entre las suyas las manos temblorosas de su padre y las manos ardientes de Julio.

– Traedme todas las flores del jardín, abrid la pajarera para que esas pobres avecillas puedan llegar hasta mí. ¡Qué hermosa está la tarde! ¡El otoño es la más hermosa estación del año! ¡Qué suaves matices! ¡Qué derroches de luz y de color! Las hojas de los parrales enrojecen antes de caer, las cimas de los álamos se tornan de color de oro! ¡Oh! ¡cuánto deseo que llegue el invierno! Correremos por el parque sobre la nieve... ¡los tres! porque tú nos acompañarás también, papá mío, ¿no es cierto? Y cuando llegue la primavera ¡oh! entonces sí que realizaremos el viaje á Italia que Julio me tiene prometido!

Declinaba la tarde.

Gabriela perdía fuerzas.

Su padre y Julio lloraban silenciosamente para no turbar el sopor en que yacía la enferma.

¿Para qué detallar más el cuadro?

Gabriela expiró. Su alma lanzóse al cielo como una nota arrancada de un arpa.

Entre los brazos del padre y del esposo quedaba sólo un cuerpo inerte, bello todavía, poetizado por la muerte piadosa.

Y vino la noche.

Una noche tibia y perfumada como sólo se gozan bajo el hermoso cielo de Valencia y Andalucía.

La luna brillaba con espléndida luz entre los árboles del jardín y un ancho rayo entrando por la abierta ventana arrancaba chispas y brillantes reflejos á los dorados muebles y envolvía como una aureola á la infeliz Gabriela y á Julio que lloraba arrodillado á sus pies.

Don Alvaro se había retirado á su cuarto quebrantado por la pena y por la edad.

Las flores esparcidas por la estancia y la opaca luz de una lámpara japonesa parecían velar aquellos desposorios de la muerte.

¿Qué pasaba en el corazón de Julio?

No hay pluma que pueda describir ese desgarramiento que se siente en el alma al perder un ser querido.

Y si como Julio y Gabriela se ha vivido con una sola vida, se ha sentido con un alma sola, entonces es algo trágico, algo que trae á la memoria una de las creaciones del gran poeta inglés, el Rey Lear huyendo por los bosques en noche de tormenta, llevando á su hija muerta en los brazos.

Qué sintió aquella pobre alma, qué gritos de angustia estallaron en aquel destrozado pecho, no es posible imaginarlo.

De repente sus ojos se elevaron al cielo con expresión de ferviente súplica, y sin saber cómo, quedaron fijos sobre el violín colgado en la pared y cubierto de polvo en su clavo dorado.

Julio se levantó cómo un autómata, de los pies de la muerta.

Adelantó lentamente, descolgó el instrumento, sopló las empolvadas cuerdas y apoyándole sobre el corazón volvió á colocarse delante de Gabriela.

Cayó el arco arrancando un ¡ay! ronco y lastimero, deslizóse luego como un tristísimo gemido, y el alma entera de Julio vibró en la caja y en las cuerdas del violín.

Pálido, con los ojos fijos en su esposa adorada que parecía sonreirle aún más allá de la muerte, Julio, arrebatado por las alas vertiginosas de la inspiración, improvisaba un canto fúnebre quejumbroso y tierno á veces, á veces agitado y desgarrador, que hubiera hecho estremecer de envidia y de entusiasmo á los más célebres compositores.

Era una oleada inmensa de sentimiento que rebosando de su corazón dolorido subía esparciéndose por el aire en notas tristísimas empañadas de lágrimas.

Julio llegaba impensadamente á la cima del arte, á esa cima á la que sólo se alcanza con las alas del Genio y á la que no se toca sin tener el pecho desgarrado por la pena, los pies mordidos por la calumnia y la frente goteando sangre bajo la corona de espinas.

Julio había por fin encontrado al Gran Maestro.

¡El dolor!

A. CHOCOMELI

HISTORIA DE LOS MICROSCOPIOS

LOS MICROSCOPIOS COMPUESTOS

(Continuación)

El microscopio compuesto fué inventado en 1589 por dos ópticos holandeses, Hans y Zacarías Janssen (padre é hijo) á quienes una casualidad hizo descubrir que dos lentes puestas á conveniente distancia una de otra reproducen invertida y muy agrandada la imagen de pequeños objetos. A pesar de la importancia del descubrimiento, ese instrumento quedó durante mucho tiempo relegado al olvido con el nombre de sus inventores, cuyos compatriotas acabaron por hacerles justicia en 1655.

Una carta de Galileo escrita en 1610 nos demuestra que el ilustre sabio concibió la idea de emplear su telescopio para aumentar los objetos diminutos, para lo cual los colocaba muy cerca del ocular y los examinaba al través del objetivo. Ni Bacon ni Descartes hacen mención de este aparato, con ser tan importante, pero en



ESTUDIO DEL CUADRO «INGRESO EN EL CONVENTO», de Juana Rongier



SERMON EN EL PATIO DE LA CATEDRAL DE SEVILLA, cuadro de Jiménez Aranda

1646 el P. Kircher dice en una de sus grandes obras sobre óptica: «Si se adoptan dos lentes análogas á un tubo y se mira por un extremo de éste se verá la imagen invertida pero clara y ampliada de una manera increíble... De esta suerte nació el *Smicroscopio* que da á la

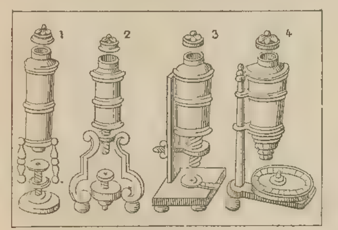


Fig. 1. Microscopios de Monconys

mosca las proporciones de un elefante y á la pulga las de un camello y nos permite ver con dimensiones apreciables los objetos que por su pequeñez escapan á la vista.»

En la misma época Fontana, físico florentino, y Baltasar de Monconys, viajero francés, describieron el instrumento con mayores detalles pretendiendo el primero haberse servido de él desde 1618 y reclamando la gloria de su invención, lo cual prueba cuán poco conocido era



Fig. 2. – Microscopios de Roberto Hooke

el aparato aun en el mundo científico á principios del siglo XVII. El instrumento de que se sirvió Fontana se componía de dos lentes convexas situadas una, el objetivo, en el extremo inferior de un tubo de 4 á 5 centímetros y otra, el ocular, á alguna distancia del orificio superior, de modo que los objetos se veían por reflexión, no por transparencia. Las observaciones que hizo aquél con este microscopio (cuya teoría desconocía hasta el punto de atribuir al ocular la inversión de las imágenes) prueban su escasa potencia aumentativa.

En el mismo año en que Fontana publicó su obra, Monconys, cuya pasión por los viajes y por la compañía de hombres sabios le permitió hacer preciosas observaciones, describía en una de sus cartas en los términos siguientes un microscopio de su invención: «Distancia del objeto á la primera lente, 1 ¼ pulgada; foco de esta lente, 1 pulgada: distancia de la primera lente á la segunda, 15 pulgadas; foco de la segunda lente 2 ½ pulgadas: distancia de la segunda lente á la tercera, 1 pulgada y 8 líneas, foco de la tercera lente, 1 pulgada y 8 líneas: distancia de la tercera lente al ojo, 8 líneas: hay dos puntos, uno que agranda y otro que distingue.»

Esta concisa descripción es sumamente interesante por cuanto nos demuestra que ya entonces se construían microscopios con tres lentes, de las cuales las dos más aproximadas constituían, sin duda, un ocular convergente. La figura 1 representa cuatro modelos atribuídos á Monconys, todos verticales y dispuestos para observar el objeto por reflexión: colocábase éste en una plataforma circular que unas veces subía para aproximarse al objetivo (núm. 2), otras estaba fija y en este caso los soportes del tubo subían ó bajaban (núms. 1 y 3) para poner el objeto á foco.

Fig. 3. – Microscopio binocular de Langelmantel

Pero el microscopio que durante mucho tiempo estuvo más en uso consistía, según Borel, «en dos cristales convexos unidos por un tubo.» Roberto Hooke fué el primero en modificarlo adaptando al microscopio en 1665 el ocular negativo convergente que acaban de inventar y aplicar al telescopio Huyghens y Helvetius.

La figura 2 representa los instrumentos usados por él: el tubo de modelo de la derecha medía de 6 á 7 pulgadas, pero podía alargarse mucho y tenía en su interior tres lentes: una muy pequeña constituía el objetivo, un «cristal de anteojo más delgado» y un cristal «muy grueso» en la parte del ocular. El instrumento podía ser inclinado á voluntad, pues iba fijado por medio de un perno á un pie vertical movible sobre un plano horizontal. El objeto que se debía examinar iba colocado al extremo de una varita horizontal en el foco del objetivo; para mejor iluminarlo condensaba Hooke en su superficie, por medio de las lentes biconvexas D y C y del reflector G, la llama de una lámpara.

Después de los aparatos de Hooke los más curiosos fueron los sistemas binoculares, y aunque parezca extraño que mucho antes de la invención del estereóscopo se hubiera pensado por algunos en emplear simultáneamente los dos ojos para observar en el microscopio, el hecho es tan cierto que en 1677 el P. Chérubin de Orleans construyó un instrumento en el cual, según él, los dos ejes de la visión concurrían en un solo punto del objeto.

La figura 3, tomada de Zahn, representa un microscopio de este género construído por el canónigo Ambrosio Langelmantel. Separando la tapadera A los dos ojos penetraban en el orificio superior en el cual había una ranura para la nariz y de donde arrancaban dos tubos provistos cada uno de un ocular y de un objetivo, formando un ángulo muy agudo dirigido hacia el objeto. Su cubierta común B terminaba en un anillo C que contenía dos objetivos muy aproximados el uno del otro y que al recibir la luz dividíala en dos haces independientes: cuando todo estaba bien dispuesto producían, según testimonio de Zahn, la «sensación de un solo objeto vivamente iluminado.»

Aunque incomprensible el fenómeno estereoscópico, la teoría del microscopio compuesto comenzaba á ser conocida en sus rasgos principales: Hartzoeker la expuso claramente en su Dióptrica y el P. Zahn la desarrolló en la primera edición de su «Ojo artificial» (1685).

Como se ve, á fines del siglo XVII estaban bastante generalizados los microscopios compuestos, y si bien los había de varias clases, todos tenían de común el hecho de reproducir los objetos por reflexión.

Así pues, la aparición de los sistemas de transparencia fué un progreso considerable en la historia del microscopio compuesto; Campana fué, á lo que parece, el primero en imaginarlos, construyendo en 1686 el instrumento que representa la figura 4 y que puede servir para examinar los cuerpos opacos. Desmontado y dirigido con la mano hacia una parte del cuerpo de un herido sobre la cual un ayudante proyecte una luz viva por medio de un cristal biconvexo, permite al cirujano observar los detalles de la llaga; y por último asestado al cielo sirve para ver los objetos transparentes.

(Continuará)



Fig. 4. – Microscopio de Campana

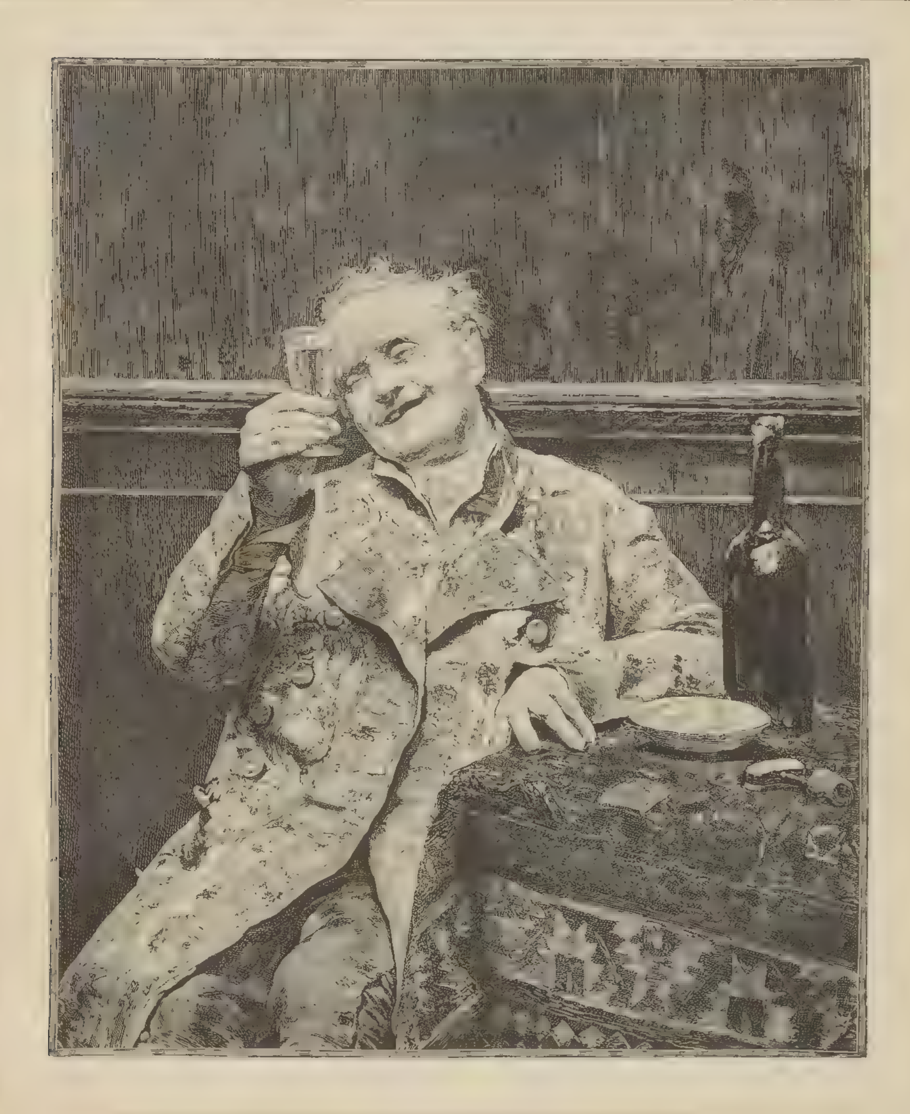
Barcelona. – Imp. de Montaner y Simón

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 10 DE JUNIO DE 1889 — NÚM. 389

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARIS



DOS VIEJOS AMIGOS, cuadro de Jiménez Aranda

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

DOS VIEJOS AMIGOS, cuadro de Jiménez

(Exposición Universal de París)

Bien supo lo que hacía quien tal regalo enviara: el tabaco no lo prueba porque estraga el estómago, las viandas no son para él otra cosa que estímulos para despertar la sed, los libros considéralos como desahogos de la vagancia y como remedio infalible contra el insomnio y los objetos de arte y las chucherías son á sus ojos otros tantos estorbos inútiles para la casa. En cambio ¡una botella de vino! Este es para él el placer sumo. El dorado líquido aviva en sus entrañas el calor próximo á extinguirse, da á sus entumecidos miembros una elasticidad que la naturaleza les va arrebatando, comunica nueva actividad á su dormido cerebro y difunde por todo su ser una chispa de vida haciendo desaparecer, siquiera sea por un momento, los achaques del cuerpo y comunicando juvenil vigor á su espíritu. Su imaginación entorpecida por los años despliega nuevamente sus alas y á impulsos de sutiles vapores lánzase por los espacios infinitos y le hace olvidar con los gratos recuerdos de la pasada energía la dolorosa realidad de la decrepitud presente.

Todo esto se adivina, mejor dicho, se ve en el hermoso cuadro de Jiménez Aranda, encanto de cuantos hoy visitan la Exposición de París; todas esas sensaciones, todos esos sentimientos están maravillosamente reflejados en los ojillos medio entornados, en los labios entreabiertos por voluptuosa sonrisa, en la beatitud del semblante, en el reposo de la figura toda de ese vejete que tiene concentrada su vista en esa copa de transparente licor de cuyo seno ve surgir las más risueñas imágenes, los más deliciosos ensueños, las más tentadoras esperanzas.

ÚLTIMOS MOMENTOS DE ERASMO cuadro de A. van Trigt

Pocos sabios han gozado de tanta nombradía como el famoso humanista Erasmo de Rotterdam; literato, erudito, filólogo, poeta latino y controversista, dedicóse con laudable ahinco y con ardor insaciable al estudio de la antigüedad para lo cual sirviéronle de mucho los viajes que como preceptor de un bastardo de Jaime IV de Escocia hizo por Inglaterra, Francia, Italia y los Países Bajos. Los monarcas se disputaron el honor de retenerle en su corte, pero despreciando regias ofertas prefirió vivir retirado en Basilea en donde murió á la edad de sesenta y nueve años (1536) dejando un nombre imperecedero que le conquistaron sus muchas y preciosas obras, entre ellas *El elogio de la locura* ilustrada por Holbein, los *Coloquios*, los *Adagios*, la edición *princeps* del texto griego de la *Geografía* de Ptolomeo, la traducción griega del Nuevo Testamento, etc. etc.

Su afición al estudio y á la controversia le acompañó hasta en sus últimos momentos: á la ciencia consagró su vida y la muerte le sorprendió discutiendo cuestiones científicas con sus amigos.

A. van Trigt ha reproducido con habilidad no poca esta luctuosa escena: basta ver la expresión de cada una de las figuras de su cuadro para comprender al momento los diversos sentimientos que á cada personaje dominan. La pobreza de la estancia y el tinte obscuro que en el lienzo domina avaloran más el mérito de la composición.

LA ALEGRÍA Y EL REPOSO.— EL RHIN Y EL DUSSEL SALUDANDO AL ARTE frisos pintados por Klein Chevalier

Es indudable que la pintura decorativa ofrece más que ninguna otra ancho campo á la imaginación del artista; las más atrevidas alegorías, los estilos más caprichosos, los accesorios más estrambóticos, todo puede combinarse perfectamente cuando de este género pictórico se trata. Pero esto que parece una facilidad no es sino un nuevo y difícil obstáculo, ya que de la combinación de tan abigarrados elementos lo mismo puede resultar un conjunto bello que una repugnante amalgama.

Klein Chevalier en sus dos frisos de tal suerte ha vencido las dificultades por su exuberante fantasía amontonadas, de tal modo ha impreso la armonía en la infinita variedad de unidades, antitéticas las más de ellas, que en revuelta confusión concibió su mente, de tal manera se ha complacido en juntar obstáculos para darse el gusto de triunfar de todos ellos, que las dos obras salidas de su pincel merecen sin disputa el dictado de obras maestras.

Difícil nos sería analizar una por una las bellezas que cada friso encierra, más difícil aún buscar la conexión que en los múltiples y á primera vista opuestos detalles supo encontrar é imprimir el artista, pero lo que sí nos ha de ser sumamente fácil afirmar es que esta conexión existe por cuanto ambas obras nos impresionan muy gratamente sin que turbe nuestra atención el menor desentono y que aquellas bellezas abundan en tanto grado que sólo de la suma de todas ellas podemos hacernos cargo sin que acertemos á decir cuál aparece por encima de las demás.

Apenas hay obra pictórica que no tenga un fragmento superior á los otros; en los frisos de Klein Chevalier, todos los fragmentos – si fuéramos á descomponerlos – nos parecerían mejores.

PRESO, cuadro de C. Praue Henningsen

«Nace el ave y con las galas – que le dan belleza suma, – y apenas es flor de espuma – ó ramillete con alas, – cuando las etéreas salas – corta con velocidad – negándose á la piedad – del nido que deja en calma. – ¿Y teniendo yo más alma, – tengo menos libertad?»

(La vida es sueño – Acto I, escena II)

¿Qué mejor explicación podemos dar del precioso cuadro de Praue Henningsen? Cuanto dijéramos de él tendría que ser una mera paráfrasis de los anteriores versos. Preferimos, pues, (y nos lo agradecerán nuestros lectores y quizás también el autor del lienzo) que la descripción de ese grabado sea toda de D. PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA.

EN LA PLAYA, cuadro de E. Meifrén

Meifrén siente la naturaleza en el mar como la siente Urgell en los paisajes tristes envueltos en las vagas tintas del crepúsculo de la tarde, como la sienten Masriera y Marqués en los países alegres bañados por las luces de un sol purísimo y embellecidos por las galas de la florida primavera ó del ardoroso estío. Del modo cómo éstos han sorprendido y aprisionado en su paleta las bellezas y sublimidades de la tierra en sus diversos aspectos, ha sorprendido y aprisionado Meifrén en la suya las bellezas y sublimidades del mar que ha estudiado en sus variadísimas fases consiguiendo, gracias á ello, hacer el *tour de force* que pudimos admirar en nuestra Exposición Universal.

No pertenece al género de aquel lienzo la marina que hoy reproducimos; no resulta tan grandiosa, es cierto, pero no por esto se nos ofrece menos bella; no hay en ella tanto mar, es verdad, pero la azulada línea que limita el horizonte en nada desmerece de las turbias y procelosas olas que en el otro se admiraran: el uno impresionaba como todo lo grande, la otra cautiva como todo lo sencillo.

Meifrén ha extendido en esta marina la esfera de su especialidad, ha pintado menos agua y más tierra y más figuras y ha demostrado un gran dominio de la perspectiva: no necesitaba hacer tanto para justificar su renombre, pero puesto que lo ha hecho y lo ha hecho bien, prodiguémosle nuestros plácemes y aprestémonos á prodigarle otros, que nuestro paisano puede aún ir mucho más allá, si quiere, y de que quiere son buena prueba los rápidos progresos que en su corta carrera artística ha realizado y realiza cada día.

YUM, YUM, cuadro de Conrado Kiesel

Su conocimiento perfecto de la belleza, su delicado gusto y su prodigioso talento han hecho de Kiesel el pintor favorito del mundo elegante de Munich, de esa ciudad artística por excelencia cuyo voto en materia de arte ha de ser indiscutible para cuantos á éste rindan culto. Pero aunque así no fuera, aun cuando las obras de este pintor no llegasen á nosotros con el visto bueno que las pone fuera de discusión, parécenos (y pedimos que no se nos tache de inmodestos) que también nosotros hubiéramos adivinado desde luego que las caras pintadas por Kiesel tienen una belleza especial que las distingue de cualesquiera otras, que el mejor gusto preside en la elección de los accesorios que á la figura acompañan y que el tono general del cuadro acusa una prodigiosa riqueza de colores y matices. ¿Cómo habían de escapársenos las bellezas del rostro de Yum Yum – esa japonesa que no tiene de tal más que el traje – cómo no habíamos de extasiarnos ante las esbeltas proporciones de un cuerpo cuyas líneas y contornos sólo pudo el artista copiar de la mujer que *in mente* se forjara, cómo podíamos dejar de apreciar la elegancia del ropaje en el cual reprodujo el autor todos los caprichosos dibujos y los brillantes tonos de la fantasía oriental?

Hay obras que se recomiendan por sí solas y las de Kiesel pertenecen á este número: huelgan, pues, todas las alabanzas que pudiéramos prodigarles.

LA VISITA EN EL HAREM, cuadro de F. M. Bredt

La civilización europea no ha podido extirpar hasta ahora en los países mahometanos la costumbre del harem; todas las excelencias, todos los progresos de aquella cultura que tantas bellezas del mundo oriental han destruído, no han logrado acabar con esa absurda y cruel institución que hace de la mujer una simple cosa destinada al regalo, al solaz de su señor, condenándola á eterno encierro y á una existencia monótona y desesperante, sin otras distracciones que pensar en agradar á su dueño y en aniquilar por todos los medios posibles á las rivales con quienes comparte el corazón ó las caricias de éste.

De cuando en cuando les es permitido á esos desgraciados seres visitar á sus compañeras de otros haremes y de una de estas visitas ha sacado F. M. Bredt asunto para un cuadro, poco interesante quizás para los que buscan en la pintura los efectos, pero al que nadie negará cualidades que denotan conocimientos especiales y disposiciones no comunes en su autor. Bredt es joven, cuenta sólo veintinueve años: el cuadro que reproducimos es uno de sus primeros ensayos en el género orientalista, es, por decirlo así, como el primer acto de los dramas, un cuadro de exposición; esperemos pues la *trama*, seguros de que quien tan bien sabe exponer sabrá hacernos sentir el día en que se lance al *enredo*.

MADONNA, cuadro de W. Bouguereau

¡Cuánto bien hacen á la religión los pintores que logran crear obras como la de Bouguereau! ¡Cuánto consuelo ha de encontrar el ánimo más afligido en la contemplación de esa hermosísima alegoría que lleva por lema *Mater Afflictorum!*

Una madre acaba de ver morir á su hijo, hermosa criatura que ha volado al cielo á ocupar un lugar entre los ángeles, y presa del dolor más acerbo desahoga su pena en el santo regazo de la Divina Madre y baña con sus lágrimas aquellas mismas rodillas que un día sostuvieron el inanimado cuerpo del Crucificado.

Grande, sublime es la figura de la desolada mujer rendida por la aflicción; encantadora, llena de gracia la del niño yacente que más que muerto parece dormido; y sin embargo con ser tan bellas quedan poco menos que obscurecidas por la figura de la Madre de Dios, por el rostro de la Virgen en el que ha logrado el pintor imprimir toda la bondad y todo el amor divinos, por la expresión de los ojos de la Reina de los cielos, expresión indefinible que la criatura humana nunca acertará á reflejar.

La Madonna de Bouguereau no desmerece, á nuestro entender, de las Vírgenes reproducidas por los mejores pinceles de la época clásica: en su presencia el alma se eleva, el corazón oprimido se dilata, las lágrimas del dolor se secan y brotan en su lugar lágrimas de consuelo y los labios se entreabren involuntariamente para dejar escapar el sublime «¡Dios te salve, Reina y Madre de misericordia!»

CAMINO DE LA FERIA, dibujo de B. Galofre

Una sola frase denota á un pensador y una simple redondilla revela á un poeta; si no supiéramos quién es Galofre, el dibujo que reproducimos nos hubiera descubierto la existencia de un gran artista. Nada hay pequeño para el arte. ¡Cuántos han sabido sublimar las más nimias pequeñeces! ¡Cuántos, en cambio, han empequeñecido los temas más grandiosos!

Galofre resulta grande cuando quiere ser grande, y cuando se propone ser pequeño... también resulta grande.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

SANTA TERESA DE JESÚS notable dibujo á la pluma de J. A. Fabrés

La simpática figura de la doctora mística, como algunos la llaman, sus celestes visiones, sus éxtasis, sus coloquios con las personas divinas han prestado asuntos en abundancia á los pintores de todos los tiempos: nada de extraño tiene que su vida atraiga á los artistas, puesto que les brinda interesantes episodios que pueden servir de temas á atrevidas composiciones.

Fabrés, dejándose seducir por tales atractivos, ha querido ensayar sus aptitudes en el género religioso y para ello ha empezado por lo más difícil: ha sabido dominar las tentaciones que debió sentir pensando en el primer rapto de Teresa, la visión del infierno, en la transverberación de su corazón, en la visión de Jesús resucitado, en el milagro de la resurrección de su sobrino, en la visión milagrosa del martirio del padre Acevedo y otros cuarenta jesuítas, víctimas de piratas protestantes, y en tantos otros acontecimientos de la accidentada existencia de la ilustre avilesa y se ha limitado á dibujar simplemente á la Santa sumida en sus meditaciones y entregada á sus plegarias en solitaria celda.

Que Fabrés habría sabido sacar gran partido de aquellos episodios nos lo garantizan las innumerables obras á su pincel debidas en las que campean la originalidad y la fantasía; por esto es más meritoria la sobriedad de que ha dado prueba en su Santa Teresa haciendo de ella una creación verdaderamente mística.

En punto á la ejecución diremos que el hábito y la capucha están tratados con elegancia y valentía, que la actitud es natural y bien hallada y que el rostro de la Santa revela al par que extático recogimiento las huellas de las amarguras que, á pesar de su santidad, la hicieron sufrir sus enconados perseguidores.

LA LUNA DE HIELO

POR DON AUGUSTO TÉREZ PERCHET

I

No he tratado periodista más activo que Arturo González. Ejercita el *reporterismo* de modo extraordinario, pero sin traspasar los límites de lo correcto; sin incurrir en la indiscreción; sin que sus investigaciones encaminadas á sorprender la noticia de palpitante interés, denuncien nunca el olvido de la educación exquisita á que rinde culto fervoroso. Bien es cierto que favorecen la práctica de su profesión, en esta forma, el desarrollo de su inteligencia y su profundo conocimiento de los hombres y de la sociedad.

Arturo desdeña el ministerio de su cargo en las aplicaciones á la referencia de lo corriente y prosaico, pero lo admite en el hecho de resonancia, que pone á prueba la habilidad, el tacto y la suma de recursos que el periodista debe poseer para llegar triunfante al *summum* de su carrera. Ha viajado mucho y le son familiares varios idiomas. Su aptitud para revestir de atractivo las noticias, es privilegiada: bajo la acción de su pluma brotan situaciones que conmueven y apasionan á favor de un estilo original y castizo, adaptado á las condiciones del asunto; y estos rasgos le prestan de tal modo relieve y color, que, aun reflejando la verdad matemáticamente exacta, parecen episodios de novela, incubados á influjos de la inspiración y llevados al periódico, merced á la magia feliz de esos instantes en los que la fantasía alardea de su frescura y de su savia.

Sería difícil mencionar siquiera, los puntos culminantes de su vida de periodista; pero hay uno que, sin destacarse como el llamado á determinar de modo completo su carácter, dice lo suficiente acerca de este obrero incansable, observador perspicaz, dramático á maravilla y poeta siempre.

Muchas veces nos reuníamos en *Fornos*, durante las horas avanzadas de la noche, cuando Madrid empieza á perder su bullicio peculiar; cuando sólo uno que otro carruaje cruza las calles al trote monótono de magnífico tronco; horas en las que el redactor recoge impresiones para la última edición, el aficionado al *bacarrat* se desliza en las salas de su local favorito, y el amor tarifado se postra á los pies del dios Cupido y le brinda galas fastuosas, quizá como emblema del naturalismo contemporáneo.

Una de esas noches, al entrar en el elegante café, advertí que Arturo estaba pensativo.

– ¿Qué tienes? – le pregunté.

– Estoy preocupado, – respondió con desaliento.

– No es preciso que lo declares, porque á la simple vista se nota que algo anormal te sucede.

– ¡Friolera!

– ¿Qué es ello?

– Un amigo que me convida; ya ves.

– ¿Y eso te abruma?

– Déjame seguir.

– Dispensa, y sigue.

– Me convida para celebrar su boda.

– Tanto mejor.

– Tanto peor; porque no se trata de un festejo según el uso admitido.

– No comprendo...

– Escucha lo que dice esta invitación.

Y Arturo, sacando del bolsillo una primorosa tarjeta de satinada cartulina, leyó lo que sigue:

«Williams Rússell y Sara Stewart participan á V. su efectuado enlace y tienen el honor de rogarle que asista el 24 de julio corriente á la cumbre del Mont-Blanc, donde se disponen á celebrar el suceso.

Si el tiempo impidiese en la expresada fecha la ascensión á la montaña, se entenderá la cita para el primer día que reuna las necesarias condiciones.»

Tan singular parte de boda, seguramente único en su género y que denunciaba la nacionalidad inglesa de Mr. Williams y de su consorte, me sorprendió; y aunque tras la sorpresa vinieran las reflexiones, ninguna de ellas justificaba, en mi sentir, la extravagancia de festejar sobre la primera altura de Europa un matrimonio. ¿Por qué sustituir la *luna de miel* con una extraña *luna de hielo*?

Hay rasgos que aspiran á la implantación de una moda; pero el capricho de aquel matrimonio no podía encontrar imitadores.

– ¡Qué compromiso! – exclamó González, y quedóse taciturno.



ULTIMOS MOMENTOS DE ERASMO, cuadro de A. van Trigt

– Hombre, me parece (repuse) que no existe compromiso alguno.

– Te equivocas. Mr. Williams es un íntimo amigo á quien traté mucho en Londres. El acto reviste novedad indiscutible y, de seguro, la prensa de Europa y la de América le dedicarán atención.

– Así lo espero.

– Pues bien; mi obligación es subir al Mont-Blanc.

– Sube y cumple tu obligación.

– Pero ¿voy á dejar mientras el periódico?

– ¡Graciosa pregunta! ¿Pretendes tener dos personalidades?

– Es verdad; hay que decidirse.

– Yo, en tu caso, optaba por el viaje. Después de todo, es una ausencia de pocos días.

– No hay duda que opto, mas iré con desaliento.

– ¿En qué lo fundas?

– Esos periodistas extranjeros...

– ¿Crees que vayan al Mont-Blanc?

– Siendo Mr. Williams inglés no faltarán corresponsales británicos; y esta circunstancia hará que lleguen otros de los Estados Unidos.

– ¡Bah! declara que temes la competencia.

– Eso, nunca. Iré y por anticipado te aseguro que el pabellón de España quedará á grande altura.

– ¡Bravo! me llenas de satisfacción y te felicito con toda el alma.

Arturo se despidió de mí, haciendo castillos en el aire, creyendo que ya leía sus impresiones de viaje, que se recreaba en la contemplación del panorama alpestre, que trepaba á la cumbre adusta del Mont Blanc, que telegrafiaba á Madrid los pormenores de la fiesta, y que lo aclamaban rey de los periodistas.

II

Sobra relatar el viaje de Arturo á Chamounix. Ni este es el pensamiento que me propongo, ni se trata de una expedición rara y acreedora, por tal motivo, á mayor suma de pormenores.

González, luego de terminados los oportunos preparativos, tomó asiento en el tren y se dispuso á cumplir la misión de cronista, anunciada por el periódico en la forma corriente, para natural *bombo* del mismo y para estímulo de la curiosidad pública, sobrado necesitada de condimentos fuertes en un país como el nuestro, donde tan escasa es la afición á la lectura.

Durante el trayecto hasta Lion no hubo accidente digno de mencionarse. Pasaron las horas, ya con aburrimiento, ya con regocijo, según las impresiones que llevaban al ánimo del periodista los lugares que veía á favor de la rápida carrera de la locomotora.

Cuando subió al tren en Lion ocupaba el carruaje un solo individuo, á quien Arturo hizo cortés saludo.

Luego colocó en la red los trebejos de viaje y sustituyó el sombrero por la gorra de seda, cómoda y flexible.

El carácter español difícilmente se acomoda al silencio; y como el caballero que había tomado asiento frente á González no deseaba otra cosa que charlar, ambos se felicitaron en secreto de que, en aquel accidental encuentro, los uniese á los fines de la distracción, igual modo de pensar.

El compañero de viaje de Arturo frisaba en los cuarenta años y su rasgo físico más notable estaba representado por la calvicie. Este hombre, de reducida estatura, ancho de espaldas, panzudo y de piernas infantiles, parecía uno de esos gnomos de los cuentos de hadas á quienes no pesan las carnes y que, por gracia ó don, tienen agilidad en los movimientos, vigor en los músculos y resistencia para las fatigas.

Aun estaba próxima la estación de la magnífica ciudad francesa; todavía se dibujaban en la extensa planicie pilas enormes de carbón, talleres, cocheras y locomotoras que arrojaban humo y ya empezaba á romperse el hielo, ventaja de suma valía para las personas que largo tiempo han de ir encerradas en un vehículo salvando distancias y necesitando, muchas veces, comunicarse sus impresiones.

El vivaracho panzudo se revolvía en su asiento con agitación de mico y comprendíase que rabiaba por abrir las válvulas de su verbosidad.

– ¿Va V. muy lejos? – se atrevió á preguntar González.

– Voy á Chamounix y al Mont-Blanc, – respondió con aire de orgullo el interpelado.

– ¡Al Mont-Blanc!

– Exactamente.

– Magnífica excursión.

– ¿La ha hecho V. acaso?

– No, pero ¿quién desconoce su importancia?

– Es verdad; y sin embargo, no he proyectado la subida por simple capricho.

– Comprendo; es un viaje científico...

– Tampoco.

– Entonces...

– Obedezco á una invitación.

González tuvo que recurrir á toda su sangre fría para disimular el efecto que le había causado semejante revelación. Consideraba aquel personaje como un rival; y es que en cada profesión existe un instinto misterioso que advierte la presencia del enemigo, del que puede oscurecer ó mermar la propia fama.

Esto pensó Arturo, pero disimulando sus temores, se contentó con decir entre sorprendido y risueño:

– ¡Un convite en el Mont-Blanc!

– Ni más ni menos – repuso el desconocido.

– Tiene gracia y, sobre todo, es un caso original. Idea por el estilo sólo puede ocurrírsele á un inglés.

– Ciertamente, caballero; dos compatriotas míos (porque tengo la honra de expresar á V. que he nacido en Inglaterra) dos compatriotas, repito, recién casados, quieren festejar sus bodas en la cumbre de esa montaña.

– ¡Oh rasgo poético y sublime!

– Estoy seguro de que la prensa dedicará al asunto interesantísimos trabajos, y por mi parte, vengo á cumplir una misión. Esta es mi tarjeta.

El inglés entregó su tarjeta á González. El instinto no había engañado al español. Aquel individuo era Mr. Blaine, redactor corresponsal de un importante periódico de Londres.

Arturo dió su nombre al inglés, y aunque añadió que también vivía consagrado á la prensa, guardóse de añadir cosa alguna.

– Caballero, – insistió Mr. Blaine, – me complazco en conocer un colega.

– Cuente V. desde ahora con mi amistad, – repuso González.

– ¡Ay! ¡qué pícara es nuestra carrera!

– Un poco.

– Demasiado, señor mío. Figúrese V. que estoy aquí de milagro.

– ¿Cómo es eso?

– El Canal de la Mancha tiene bromas muy pesadas. Lo cruzamos con temporal y llegué á la costa de Francia en el estado más deplorable del mundo.

– ¿Se marea V.?

– Horriblemente; y tanto, que todos los limones de á bordo, aplicados á mi nariz, no servían con su penetrante aroma, para mitigar mis ansias.

– Por fortuna, han pasado las horas de sufrimiento.

– Sí, pero ¿y la vuelta?

– ¿Acaso ha de encontrar V. el propio mal tiempo?

– Lo temo, si bien me da bríos la esperanza de una compensación en el Mont-Blanc porque, francamente, mi cometido se presta, como ninguno, al aplauso y á la gloria.

– Y desearé que logre V. el éxito á que tiene indiscutible derecho.

– Gracias, excelente colega. Y á propósito; ¿V. viaja por gusto?

– No soy rico para tanto. Cuestiones de interés me llevan á Suiza.

– ¿Conoce V. el país?

– Un poco.

Mr. Blaine, conforme iba adquiriendo confianza con González, le revelaba los proyectos que tenía *in mente* para triunfar de los corresponsales que pudieran acudir al Mont-Blanc, y á despecho de las conveniencias, fué bastante explícito. Miraba con desdén la prensa de España; no concedía significación á la de otros países, y sólo estimaba el periodismo británico en condiciones de responder á las necesidades de la cultura contemporánea.

Entretanto y sin olvidar su cometido, á la vez que hablaba y gesticulaba, escribía en la cartera. Todo llamaba su atención; el cuadro majestuoso del Ródano; los torrentes que caían de las montañas, haciendo temblar las plantas silvestres de las orillas; los campos opulentos; las casas de labor; los ganados esparcidos en praderas y valles. Era, en suma, un turista que no desperdiciaba ripio.

Al llegar á Ginebra propuso á González parar en la misma fonda, pero Arturo se excusó, pretextando que sus negocios le obligaban á salir inmediatamente para Vevey. El periodista español sentía vértigos al verse solo y hasta por un instante creyó comprometida su empresa. Había partido de Madrid orgulloso y ahora una nube de temor



LA ALEGRÍA Y EL REPOSO, friso pintado por Klein Chevalier



EL RHIN Y EL DUSSEL SALUDANDO AL ARTE, friso pintado por Klein Chevalier

oscurecía su frente y quitaba ánimos á su inteligencia.

–¡Malhaya el convite! – decía, y sin preocuparse de los encantos de Ginebra subió al ómnibus del *Hotel de la metrópoli*, descansando á poco en el suntuoso edificio emplazado frente al jardín Inglés, y algunas horas más tarde se dirigía á Chamounix.

III

El primer cuidado de Arturo en Chamounix, fué visitar á Williams y Sara, quienes ocupaban desde varios días antes un pequeño chalet de los alrededores, deseosos de hacer vida retirada y gozar la dulce libertad imposible de obtener en las fondas.

Este retraimiento en nada se oponía á la suerte de espionaje que ejercía la inglesa, en cuanto afectaba á conocer la resonancia de sus actos, y aun pudiera decirse que su actitud debía ser considerada como un nuevo dato que en sazón oportuna, estaba llamado á figurar en la prensa.

Aquella mujer se sustraía de las miradas, esquivando al parecer, juicios y comentarios; y cuando los periodistas enristrasen la pluma para referir episodios del viaje de bodas, anotarían lo referente al alejamiento de la sociedad; de modo que trabajaba en obsequio de una de tantas mistificaciones de que suele ser víctima la prensa.

Sara, pues, había dirigido invitaciones y luego se ocultaba de la vista del público; pero estaba hecho el propósito de propaganda y, por consiguiente, el plan ofrecía resultado seguro.

Mistress Sara Stewart era una aristocrática joven de veinticuatro años, dotada de belleza irreprochable.

Tenía un *flaco*, según acontece con todas ó casi todas las personas, y consistía en la pasión de lo ideal aplicado á lo original.

He aquí el motivo de querer celebrar su casamiento con un convite en el Mont-Blanc. Sara y su esposo habían discutido seriamente el caso, á fin de pesar el pro y la contra; y como se proponían pasar la mayor parte de su vida á bordo de su yacht ó en los trenes de ferrocarril y consagrados á la movilidad que tan amplia representación tiene en el pueblo inglés, la cita dada á unos pocos amigos para la cumbre de Mont-Blanc era perfectamente lógica. De buen grado hubieran elegido otra altura menos visitada, ya fuese alguna del Himalaya ó bien el Sinaí, por ejemplo; mas desistieron de su propósito, considerando que á semejante idealismo se oponía la vulgaridad miserable del dinero. El Himalaya y el Sinaí son excursiones que implican desembolsos de cuantía, y en cambio, la expedición á los Alpes es llevadera en este concepto.

Por otra parte, la fantasía de Sara, á quien su esposo no intentaba contrariar, quedaba satisfecha con el coloso de Europa y, sobre todo, ante la evidencia de que nadie había pensado cosa análoga en punto á viaje de boda ó de *luna de miel*, resultando demostrada la *originalidad* de la encantadora inglesa.



PRESO, cuadro de C. Praue Henningsen

Seamos indulgentes. Mistress Sara quizá obedecía, sin saberlo, por causa de su educación, al medio social en que se agitaba. Pudo tener en su esposo un contrapeso á su monomanía fantasmagórica, tan ridícula como todo lo exagerado, pero Mr. Williams Rússell nunca hubiera emprendido la tarea de hacer que Sara viviese en el realismo del mundo, entre otras razones, por no hablar. Su retrato queda hecho consignando que representaba á la perfección la estatua del silencio.

La entrevista de Arturo con el matrimonio fué afectuosa y sirvió á la inglesa de argumento, en obsequio de su idea. No ser esta una locura, cuando llegaba á la cita un hombre de los méritos del español. Pero ella ignoraba que el periodismo no discute las extravagancias. Si éstas avivan la curiosidad, tanto mejor; hay asuntos para entretener al público y lucir las galas del ingenio, ya se trate de lo triste, ya de lo festivo.

– Muchas gracias, – dijo Sara á González, tendiéndole la mano.

– Muchas gracias, – repitió Mr. Williams.

– Una invitación de Vds. equivale para mí á una orden, – replicó Arturo.

– Es V. muy amable, – insistió la joven, y luego preguntó:

– ¿Ha visto V. á sus colegas?

– Ignoro quiénes sean esos señores.

– Mr. Blaine y Mr. Tracy.

– ¡Ah! conozco al primero.

– El segundo es un norteamericano que se hospeda en el *Hotel de la Corona*.

– Precisamente allí estoy.

– Entonces, lo tendrá V. esta noche de compañero en la mesa redonda.

– Lo celebraré infinito.

– Y bien, amigo mío, ¿está V. dispuesto á subir al Mont-Blanc?

– ¿Quién lo duda?

– Hermosa expedición, ¿verdad?

– ¡Deliciosa!

– ¡Oh! – se atrevió á decir Mr. Williams, quien por lo visto, no quería dejar de poner en presencia de González el *visto bueno* al capricho de Sara.

– Y ¿viene V. con ánimo de enviar á su periódico alguna revista? – insistió la inglesa.

– Señora... – dijo González.

– No sea V. modesto, pues le consta que leo con interés cuanto escribe.



EN LA PLAYA, cuadro de E. Meifrén





SANTA TERESA DE JESÚS, DIBUJO Á LA PLUMA DE A. FABRÉS



YUM, YUM, cuadro de Conrado Kiesel

– Tanta bondad...

– Por supuesto, que el viaje se presta á que una imaginación lozana realice primores.

– Ojalá pudiera yo cumplir dignamente.

– ¿Juzga V. con benevolencia mi proyecto?

– Lo estimo original como ninguno, y supongo que Mr. Williams participará de mi opinión.

El aludido movió la cabeza con una inclinación de algunos grados, lo cual equivalía á manifestar su asentimiento.

El diálogo, como se ve, pecaba de frívolo; y en la parte que callo, se habló de pormenores relativos á la próxima expedición, del plan que tenía González para dar colorido y sabor local á su reseña y, en fin, de cuanto constituía los preliminares de la obra confiada al periodista español.

Todos los esfuerzos, todas las artes de Arturo, puestos en acción para procurarse informes de los corresponsales extranjeros, fueron inútiles. Sara no sabía cosa alguna; los trataba poco, y al cabo se resignó González á esperar, decidido á la lucha del talento y del tacto habilidoso.

IV

Por coincidencia rara, los tres periodistas habían ido al mismo hotel; pero como Arturo fué el último que llegó á Chamounix, no pudo apercibirse del hecho hasta visitar á Mr. Williams.

A la hora reglamentaria, la campana congregó á los viajeros para la comida. Mr. Blaine, locuaz y expresivo, acercóse á González y previas algunas palabras y antes de tomar asiento, lo presentó al corresponsal norteamericano.

– Mr. Tracy, – dijo Blaine, – tengo el honor de hacerle conocer al distinguido literato español D. Arturo González.

Y volviéndose á éste, añadió:

– Mr. Adams Tracy, reputado periodista de Nueva-York.

Cada uno de los presentados inclinóse con ceremoniosa reverencia y después de un apretón de manos, ceñido al último decreto de la moda, pronunciaron estas frases elocuentes:

– ¡Mucha satisfacción!...

– ¡Me felicito, caballero!...

Esta escena ocurría la víspera de la expedición al Mont-Blanc, de suerte que Arturo no podía conocer los puntos que calzaba el rival llegado del Nuevo-Mundo; y merced á su temperamento meridional, estaba perplejo y creía imposible salir airoso en la demanda.

Tracy gozaba de sólida nombradía, y quien emprende un viaje de muchos centenares de leguas por la satisfacción de llenar un deber que le exige el envío de datos á un periódico importante, no merece ser confundido con el vulgo de las personalidades que pasan desapercibidas.

Tracy era un joven de treinta y dos años aproximadamente, alto como un roble, fornido como un atleta y colorado como un salmonete. Tenía ojillos azules, sobrado pequeños para aquella cara que, por sus dimensiones, hacía pensar en la del *Moisés* de Miguel Angel ó en la de *Atlas*, según aparece en la colección Farnesio de Nápoles; pero aquellos ojos flameaban rápidos en sus estrechas órbitas, á semejanza de lo que sucede con esas lámparas eléctricas de reducido volumen, que proyectan fúlgida luz.

Poseía una privilegiada memoria, y cifraba su orgullo en no apuntar cosa alguna en la cartera, convencido de que la memoria no revela noticias ni secretos. Aceptaba el cargo de redactor corresponsal como un sacerdocio; y cual si el periódico representase la disciplina severa de la ordenanza militar, estaba pronto á cumplir su deber. Las vírgenes prudentes del Evangelio habrían pretendido en vano, prestarle siquiera, un átomo del don de vigilancia, tan útil para la vida; y hubiera sido á la vez empeño baldío, inspirarle el sentimiento de la obediencia, preciosa cualidad que informaba todas las acciones de Tracy en su aplicación á la esfera en que se agitaba.

Llegada á Nueva-York la noticia del extravagante propósito de Mr. Williams, el director del periódico en que escribía Tracy llamó á éste y, con la economía de palabras á que tan aficionados son los hijos de la gran república, le dijo:

– ¿Conoce V. el asunto?

– Sí, – contestó el interpelado.

– Es preciso ir á Europa.



LA VISITA EN EL HAREM, cuadro de F. M. Bredt

– Iré.

– Y subir al Mont Blanc.

– Subiré.

– Y trasmitir por el cable todo lo que ocurra.

– Lo trasmitiré.

– Tome V. esta carta para nuestro corresponsal de Ginebra. Le doy el encargo de que facilite á V. fondos.

– Está bien

– Hasta la vuelta.

– Hasta la vuelta.

Tracy dispuso el equipaje, tomó billete en el primer vapor correo que salía con rumbo á Europa y quince días después llegaba á Chamounix.

V

La *mesa redonda* parecía la tarde del veintidós de julio un mosaico, á juzgar por la suma de tipos y nacionalidades que se sentaban á su alrededor y hablaban distintos idiomas y manifestaban gustos diferentes.

En la vida del viajero hay una época de deslumbramiento por decirlo así, adecuada para encontrar atractivas esas reuniones abigarradas, sin afinidades y sin lazo de unión; forma chocante del cosmopolitismo á duras penas encerrado accidentalmente y por obra del acaso, no por preconcebido intento, entre los muros de un comedor. Pero el período que señalo pasa, y en pos viene el raciocinio; y comprendiendo entonces que es más preciada la sociedad de la familia y de la amistad íntima, nos reímos ingenuamente de las añejas aficiones.

La mesa del *Hotel de la Corona* era una reproducción de las que vemos en todo el mundo civilizado. El mismo sello de monotonía en el servicio; idéntica preparación de platos y adornos y el propio vocabulario en los mozos de comedor.

La tarde á que me refiero, hallábase en mayoría el elemento norteamericano, y Tracy podía alternar con un banquero del Estado de Virginia, con un magistrado de Wáshington, una familia del Misouri, un minero de California y no recuerdo cuántos otros compatriotas.

Inglaterra también tenía bien sentado su pabellón, en las personas de Blaine, de una Mistress Agar Leyton, romántica y tiesa, rayana en los cincuenta años, acompañada de su marido, sordo pertinaz, de un rubicundo cervecero y de un negociante retirado, que viajaba para curarse de una afección de hipocondría. El resto de los comensales lo formaban González, un francés, un polaco y porción de alemanes y rusos.

La comida empezó en el mayor mutismo. Tan sólo se cruzaba una que otra frase alusiva á las impresiones del día y á los proyectos para el siguiente; y tras los paréntesis de accidental diálogo á media voz, tornaban aquellos personajes á callar; pero el tema de las pequeñas conversaciones era el Mont-Blanc, y con tal motivo, los aficionados á la erudición dejaban escapar datos justificativos de la que poseían.

No faltó quien apuntase que la egregia montaña es una obra modelo de la naturaleza; ni quien recordase, dándose humos de veterano en los estudios, que la primera carta de la región del Mont-Blanc se debe al belga Œgidius Bulionius y apareció en el *Teatro del mundo*, de Ortelius, publicado el año 1570 en Amberes; y que la aldea de Chamounix figuró la primera vez en el *Atlas* formado en 1595 por Mercator. Allí se habló, pero sin que la conversación se generalizase, de los trabajos hechos en 1742 por una sociedad de ginebrinos, de la que formaban parte un botánico y un ingeniero, llamado Martel, sociedad que reconoció la posición del Mont-Blanc, al que asignó una altura de 2 426 toesas, equivalentes á 4.728 metros, medida rectificada luego, á favor de operaciones geométricas y observaciones del barómetro, en la cumbre, por las cuales se sabe exactamente, que la altura referida es de 4.810 metros sobre el nivel del mar, 4.440 sobre el nivel del lago de Ginebra y 3.760 sobre Chamounix.

(Continuará)

¡FONDO...!

BOCETO MARÍTIMO

Comprendo perfectamente la *interior satisfacción* que debe de sentir el mortal dichoso que se *halle en fondos* y hasta comprendo que muestre al exterior esa satisfacción, deplorando con toda mi alma no haberme encontrado nunca en el caso de verificar, por dentro ni por fuera, satisfactorias experiencias personales con tan fausto motivo, con el de hallarme en fondos cotizables en plaza; caigo en la cuenta de lo que quieren decirme en seguida que me hablan de *los fondos* de un buque ó del *buen ó mal fondo* de una persona y creo sin vacilación que es preciso limpiar aquéllos con frecuencia y hasta me parece natural que se piquen si no se les rasca y pinta de vez en cuando; me explico que *en el fondo del mar nazca la perla*, como dijo Blasco, ó que el mar tenga *doble fondo de cieno*, como asegura Echegaray, y me lo explico no porque sea verdad nada de eso ni porque esté bien dicho sino porque como la forma poética está llamada á desaparecer, según las penúltimas noticias, antes de responder goza haciendo decir disparates como esos y más grandes á los ingenios mejor equilibrados; admito los *fondos de saco* de algunos autores, para los cuales no hay Pirineos, y leo *artículos de fondo* y *obras de fondo*, que así las anuncian en sus catálogos algunos libreros para los cuales, á su turno – todo se pega - no hay gramática, ni idioma, ni absolutamente nada más que tontos que compran libros.

Pues hasta que me embarqué, y á la vuelta de un viaje larguito, á pesar de tener tan sabida y comentada la palabra *fondo*, no comprendí, ni caí en la cuenta, ni me expliqué, ni admití, ni leí que pudiera tener tantos encantos como tiene; que pudiera ser, en determinadas circunstancias, compendio y resumen de íntimo contento, nuncio de bienes, extracto de felicidad, realización de seductoras esperanzas, foco emergente de alegres pensamientos, preámbulo de goces, lábaro de placeres, portaestandarte de dichas, excitante de deseos, verdugo de tristezas, enterrador de penas y grato mensajero de cuantos gustos y atractivos brinda la vida á quien de ella y sus pasos puede aprovecharse. Que todo eso es y más, la palabra fondo cuando pronunciada con voz estentórea por el comandante de un buque, dentro del puerto y desde el puente, después de un largo viaje, indica á quien la oye el término de acerba soledad para el ánimo y de torturas para el estómago, producidas por la mala alimentación ó la falta de ejercicio, y el comienzo de emociones agradables para el alma y sensaciones dulcísimas para el cuerpo; quiere decir que, en una palabra, que se acabó por entonces el viaje, que el hombre vuelve á ser hombre y deja de ser un bicho raro con todas las cualidades del

bípedo implume y sólo los recursos de un pez.

Con lo dicho nada más se figurará cualquiera que yo soy un enemigo furibundo de los viajes marítimos y que cuando me llevan á embarcar voy como si fuera al patíbulo; pero ese cualquiera se equivocaría de medio á medio y daría otra prueba – pues ya había dado una metiéndose á juzgar con tan pocos datos – de que no conocía ni por el forro ó pericardio el corazón humano. Lo que pasa, ó lo que á mí me pasa, al menos, es que la monotonía enerva de una manera horrible y desea uno salir de ella aunque sea para caer en lo desconocido ó en algo peor: la vida en el mundo es una sinfonía de Wagner, el Bretón prusiano (anda, ¡que paguen lo de las Carolinas!) ó de Bretón, el Wagner español, en la que suenan desde el tambor hasta el cornetín de llaves, armando un estrépito de mil armonías de á caballo que si alguna vez marea, las más distrae; pero la vida, navegando en un buque de guerra, es una sinfonía ejecutada por un gigantesco grillo infatigable. Hombre, ya que no nos dan más sueldo, sépase siquiera que lo merecemos. Yo me embarco con tanta ilusión y con tanto entusiasmo como el que más, y todos los marinos tienen mucho, pero oigo caer el ancla en puerto con tanta alegría y contento como el que más también.

Sucede en esto algo parecido á lo que ocurre cuando en los viajes por tierra, en ferrocarril, que es hoy el colmo de la comodidad, se oye la palabra ¡fonda! y se tienen apetito y dinero para pagar el cubierto; desde la princesa altiva que viaja de incógnito en el *sleeping-car* hasta el ruin pescador que tiene un asiento de *semi-perrera*, todos los viajeros se alegran de la paradita, todos la aprovechan para satisfacer alguna necesidad y el que no come evacúa algún negocio, ó se desentumece las piernas paseando por el andén, ó pone un telegrama, ó... duerme: hay quien no puede dormir en viaje más que en las escalas.

Aquí, en esta parada y fonda, voy á coger yo la ocasión para contestar á los señores que han tenido la bondad de abrirme los ojos manifestándome que en mis *bocetos* abuso de los términos, comparaciones y otros detalles culinarios y les diré, pidiendo antes que dispensen la digresión á los que no me han manifestado nada ó sí cosas muy distintas, que yo al escribir estos artículos me propongo que todo el mundo entienda lo que en ellos quiero decir, además de ganarme honradamente unas ¡ay! pocas pesetas, y que no todos los hombres sublunares son médicos ó abogados, aunque lo sea la inmensa mayoría, ni todos son gerifaltes ó aguilillas, aunque muchos se tengan por tales; pero todos los que pueden leer estos artículos comen desde chiquitos, aunque algunos estén enamorados y coman poco, y saben disponer una minuta de almuerzo ó de comida si no en casa de Justin ó de Lhardy, en Colón ó en Levante; con aquel propósito, pues, y sin más motivos, seguiré abusando en estos *bocetos* de los términos, comparaciones y otros detalles culinarios, para que me entienda todo el que me haga el favor de leerme, – cosa que hablando de marina no sé si lograré siempre á pesar de mis buenos deseos, – y para dar esta expansión á mi natural que ya es de por sí vulgar y sencillote.

Resulta, tomando nuevamente la ilación de este fondo, que ¡FONDO! es la palabra sagrada que sujeta al buque y lo detiene junto á un muelle ó cerca de un puerto, pues aunque algunas veces se da fondo en puntos peligrosos y para evitar peligros mayores, yo ahora no hablo de casos excepcionales y tristes sino del buque que con toda felicidad rinde su viaje en el punto de su destino.

Es notable por lo sencilla y por lo eficaz la maniobra de anclas; parece mentira, á primera vista, que un buque de muchos miles de toneladas quede asegurado tan pronto y tan bien por medio de una cadena que desde él vaya á parar á un gancho sepultado en fango y, sin embargo, así sucede. Va el ancla en la pendura, es decir, colgando del sitio que de ordinario, tendida y bien amarrada, ocupa á proa; con un leve esfuerzo se la deja caer y cae arrastrando cadena y llega al fondo del mar donde se hinca profundamente por su propio peso, y más todavía por ciertas evoluciones que ejecuta el buque, y éste queda ya domesticado y sumiso gozando de una relativa libertad de movimientos; puede hasta bornear ó sea describir una circunferencia al rededor del punto en que cayó el ancla, pero nada más; queda el buque en situación análoga á la que tiene en el pobre esa retumbante calumnia levantada á la humanidad, bajo el nombre de libre albedrío, por un filósofo que acababa de almorzar fuerte: puede ir y venir, girar á su antojo, divertirse cuanto guste mientras no se lo impida la cadena que si bien no es muy larga en cambio tampoco es elástica. Con sólo ver un buque fondeado se hace cargo cualquiera de la fuerza que en ocasiones desarrollan *los ojos de mi morena*, como dice el cantar, ó los de una rubia; la misma influencia parece que había de ejercer sobre la mole inmensa de un acorazado el cable de cadena de su ancla que sobre un hombre, y hasta buen mozo si se quiere, el resplandor de una mirada, ninguna influencia: pues uno y otro quedan bien seguros si el ancla y la mirada agarran en el fondo.



MADONNA, cuadro de W. Bouguereau

Si el momento de fondear un buque de guerra que llega á puerto después de un largo viaje, resulta interesante para los caballeros que presencian el acto desde fuera de él, lo es aún mucho más para los que desde dentro lo contemplan: podrán los primeros unir á la curiosidad, que es lo que en ellos predomina, el deseo de ver ó algo más á alguno de los pasajeros, pero éstos, á falta de curiosidad, sienten la solemnidad que acompaña á todo acto del servicio; cada uno ocupa su puesto, tiene una misión que cumplir y ve ante sus ojos y cerca de sus pies la tierra prometida: todas lo son para el navegante, en todas pueden cumplirse mejor ó peor las promesas que se ha hecho en los solitarios sueños y en los agitados insomnios de la travesía, todas le prometen una indemnización á los sufrimientos pasados y á las ansiedades sufridas, en todas podrá soldar de nuevo el eslabón que le une á la cadena de los vivos, que permaneció roto mientras que el buque que le conducía fué un punto aislado perdido en las amenazadoras soledades del mar.

Ver entrar en puerto un gallardo crucero, ver cómo cae desde su costado al agua un objeto que levanta olas de espuma y verle al cabo de un momento quieto en el sitio donde debe permanecer, desahogando vapor que sale en blancas nubes por sus amarillas chimeneas, zallados los tangones, armadas las escalas, arriando botes que empiezan á mecerse blanquísimos y elegantes sobre las aguas, lanzando, por fin, sonoras salvas si el sitio y la ocasión lo exigen: todo eso es muy curioso para el hombre observador, parece el despertar de una ciudad ambulante, visto por un diablo cojuelo; yo recuerdo el entusiasmo con que en Vigo me hablaban refiriéndome el hermoso espectáculo que suelen ofrecer allí las escuadras inglesas al fondear en las aguas de aquella incomparable ría, en cuyas claras linfas se miró al nacer, ó poco después, mi amigo particular y general Luis Taboada. Pero todo eso es también fácil verlo, con ir á Vigo, donde á cada dos por tres llegan escuadras inglesas, ó á Gibraltar, donde sucede lo propio, ó aguardándose un ratito á que nosotros tengamos buques y escuadras que naveguen y se podrá ver en cualquier puerto.

Lo que pudiera ser difícil es ver la cosa desde dentro y de eso voy á hablar. El buque se va acercando al puerto; todo conserva á bordo el aspecto especial que tomó para el viaje, todo trincado y calzado para evitar que se mueva y desordene con los indispensables bandazos: las caras de la gente están macilentas y como si pertenecieran á personas embalsamadas, el machaqueo de la hélice es ya un verdadero batán para los sesos, los actos todos de la vida se verifican como á impulsos de hipnóticas sugestiones; se come sin apetito, se duerme sin sueño, se discute sin tema, se recuerda sin pena ni alegría lo pasado, se espera sin... si, esperarse sí, se espera y se desea pero con una especie de resignación apática, como si nunca hubiera de realizarse ni importara gran cosa lo que se espera. De repente cesa el ruido de la máquina y los que dormían se despiertan y los despiertos ya corren á cubierta á recibir al práctico, que para tomarle paró la máquina, el cual llega sonriente y afable con los bolsillos llenos de periódicos, si no es tonto, y la boca llena de noticias: vuelve á funcionar la hélice, el práctico sube al puente con el oficial de guardia, el buque sigue su marcha, interrumpida momentáneamente, y varía la expresión de los rostros y se notan en el buque ciertos halagüeños preparativos; á proa se disponen las anclas para que con sólo hacer girar una llave caigan al agua, se quitan las trincas y fundas de los botes, se empiezan los aprestos de limpiezas, porque un buque de guerra, como las mujeres bonitas, gusta de acicalarse y estar siempre muy limpio, y así se llega á la entrada del puerto, en cuya demanda se navega, y entonces, ó algo antes, toma la voz de mando desde el puente el comandante y se da el toque de *babor y estribor de guardia*, es decir, *de guardia y á su puesto todo el mundo*.

Y en esa disposición, marchando el buque muy pausadamente, sondando los timoneles y cantando las brazas que hay de agua, se llega al sitio en que el bajel ha de quedar fondeado; suena la voz de ¡fondo! y en el instante mismo cae el ancla arrastrando la cadena que rebota con estruendo por el escobén desprendiéndose de ella una densa polvareda de rojizo óxido; la máquina da atrás y para, se recoge, virando el cabrestante, la cadena que sobra y dejando fuera sólo los grilletes ó trozos precisos; se organizan los servicios de puerto y el buque deja de parecer el famoso *juguete de las olas* de los poetas melenudos y juguetones que *en invierno se embozan en la lira*, para convertirse en una isla habitada y flotante en comunicación directa con el resto del mundo civilizado.

Pero ¡oh, instabilidad de las cosas humanas! ¡oh, dioses inmortales! ¡oh, desesperación y rabia reconcentrada!, como decían en griego algunos trágicos de Grecia. ¡Cuántas veces en el puerto tan deseado no se encuentran más que desengaños y contrariedades! ¡Cuántas veces, – lo repito sin intención de imitar á Becquer, – tiene más inconvenientes la estancia en el tranquilo puerto que en el proceloso mar! Esta es la vida; nadie está contento con su suerte; pero llevadas las cosas á la última instancia, el que está fondeado tiene la ventaja, sobre los que navegan, de que, aun siendo un Catón, no se obliga al arrepentimiento. Catón, según dice el simpático Antonio Navarro en su primoroso libro *Azul y rojo*, sólo tenía que arrepentirse de tres cosas en su vida: de haber vivido un día sin aprender algo, de haber confiado un secreto á su mujer y de *haber hecho por agua viajes que pudo hacer por tierra*.

FEDERICO MONTALDO



CAMINO DE LA FERIA, dibujo de Baldomero Galofre

HISTORIA DE LOS MICROSCOPIOS

(Conclusión)

Filippo Buonanni, micrógrafo italiano, perfeccionó el invento de Campana fabricando los dos modelos de la fig. 1, en los cuales vemos dos tubos susceptibles de movimiento vertical para asegurar la postura en el foco. Debajo del objetivo y entre dos diafragmas se coloca la preparación G que contiene el objeto puesto entre dos cristales. El pie de uno de estos dos microscopios está vaciado para dar acceso á la luz y hacer que atraviese en línea recta la preparación y las lentes del instrumento.

Buonanni construyó, además, un gran aparato (fig. 2) en el cual el microscopio está colocado horizontalmente y los objetos se iluminan por transparencia. La preparación D permanece fija, al paso que el objetivo es movible como el resto del microscopio; al otro lado del objeto hay una lámpara de alcohol de potente llama, E, cuya luz concéntrase en gran parte, por medio de la lente F G en la preparación C D. Con este sistema pueden emplearse objetivos de gran potencia consiguiéndose de esta suerte aumentos considerables.

En el siglo XVIII Joblot añadió á los microscopios por transparencia el *cristal de campo* adoptado por Hooke, modificándolo convenientemente para que resultara más manejable (fig. 3); pero los principales perfeccionamientos del microscopio se deben á Marshal, Culpefer, Scarlet y Baker que lo adicionaron con un espejo destinado á enviar al través del objeto un haz lumínico reflejado.

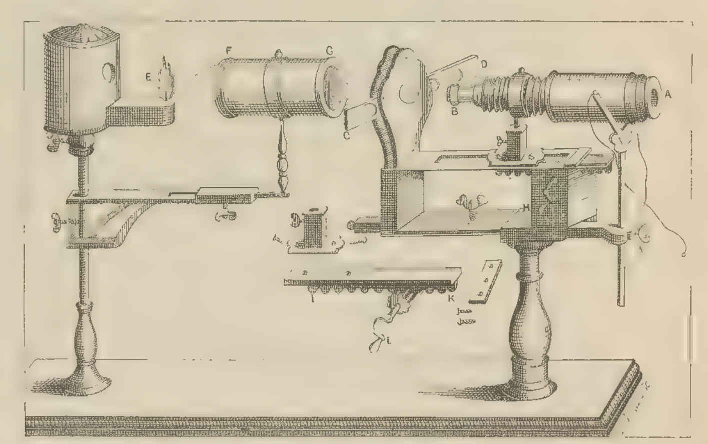


Fig. 2. – Microscopio horizontal de Buonanni

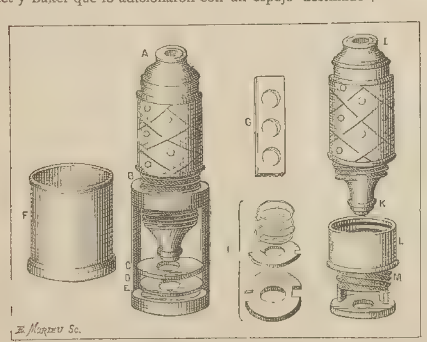


Fig. 1. – Microscopio de Buonanni. – A B. Cuerpo del microscopio. – C y D. Diafragma. – E. Pie vaciado. – F. Estuche. – I K. Cuerpo que se atornillaba á 4 (1). – M. Tornillo. – G. Preparación. – H. Resorte para sostenerla.

Hasta fines del siglo XVIII obstináronse los sabios á servirse de estos aparatos con objetivos de corto foco, buscando en los cristales la potencia aumentativa que conseguían con perjuicio de la limpieza de las imágenes resultando de aquí deformidades, confusiones é irizaciones como consecuencia de la difracción de la luz unida á las enormes aberraciones de esfericidad y de refrangibilidad producidas por las lentes.

Euler, el primero que corrigió tales defectos, indicó en su *Dióptrica* (1771) un método para acromatizar los objetivos, proponiendo que fueran de dos cristales de tal suerte que la aberración de uno quedara corregida por la del otro. Este procedimiento no se aplicó hasta mucho después: en efecto, nuestros primeros objetivos acromáticos datan de 1816 y fueron debidos á Fraunhöfer, iniciador de una nueva era para los microscopios compuestos.

Constructores y micrógrafos se dedicaron á perfeccionar estos aparatos quedando relegados al olvido los antiguos instrumentos cuya descripción hemos hecho. Esto no obstante no hemos creído en el deber de evocar su recuerdo, que bien lo merecen, ya que cada uno de ellos ha marcado una etapa necesaria en la historia de los inventos y descubrimientos del espíritu humano.

(Tomado de *La Nature*)

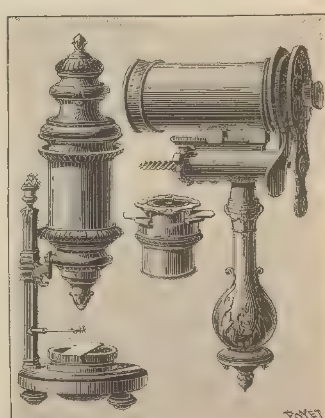


Fig. 3. – Microscopio Joblot

(1) Este efecto se obtenía sólo imperfectamente gracias al estrabismo producido por el modo de observación.

BARCELONA.—IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 17 DE JUNIO DE 1889 — NÚM. 390

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



DIVAGACIÓN, cuadro al pastel de Andrés Petroni

SUMARIO

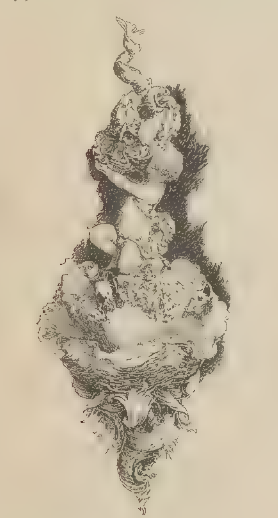
NUESTROS GRABADOS

DIVAGACIÓN, cuadro al pastel de Andrés Petroni

La pintura al pastel vuelve á estar de moda entre algunos célebres artistas italianos que atraídos, quizás, por la facilidad con que se ejecuta no piensan – ó si piensan no debe importarles mucho – en los graves inconvenientes que ofrece, de los cuales no es el menor el de que la más pequeña sacudida en el cuadro, el transcurso del tiempo hacen desprender del papel menudas partículas de las materias colorantes y acaban por apagar toda la brillantez y riqueza de los tonos.

Petroni en su «Divagación» ha seguido la corriente de esa moda y no podemos sentirlo por cuanto ha creado una obra que casi llega á confundirse con un lienzo al óleo y que además de esta cualidad de ejecución expresa de una manera acabada lo que el autor se propuso, es decir, representar personificado en una hermosa joven ese estado del alma durante el cual la imaginación movida á impulsos del amor se entrega á las más risueñas y si se quiere descabelladas fantasías.

La obra del joven pintor italiano estuvo expuesta en la Promotrice de Nápoles y cautivó á cuantos la vieron por el vigor con que está tratada y por la verdad del sentimiento que refleja.



FUENTE ADOSADA Á LA PARED,

existente en el palacio imperial de Berlín

Grupo escultórico de C. Uechtrictz

En el número 388 de esta Ilustración consignamos algunos datos relativos al palacio imperial de Berlín recientemente restaurado y esto nos releva de entrar en explicaciones acerca de esta escultura de Uechtritz, digna pareja de la que entonces reprodujimos: además la elegancia y riqueza de detalles de la obra saltan á la vista en el lindo grabado que hoy publicamos y confirman la exactitud del juicio que emitimos del ilustre escultor berlinés.

SALIDA DE LA ESCUADRA PARA EL NORTE cuadro de Walter Langley

¡Cuán cierto es que en pintura el asunto más gastado puede inspirar obras enteramente nuevas y originales! La salida de una escuadra ó de un barco, la despedida del marino han servido de temas para muchos cuadros y sin embargo el de Langley no se parece á ninguno de los del mismo género porque su autor, apartándose de ese convencionalismo que suele dominar más ó menos en todas las despedidas, ha hecho surgir el efecto no de la materialidad de la escena, sino de la expresión de una parte de los personajes que en ella intervienen: la de los que vemos en este lienzo no puede dar lugar á dudas; los semblantes no expresan la alegría del que espera sino la tristeza del que ve partir al ser querido, la actitud de cada figura no denota impaciencia sino decaimiento y el tinte general del cuadro no ostenta los brillantes reflejos del sol que viene sino las penumbras del astro que se pone.

LA DIADEMA, cuadro de León y Escosura

Hé aquí un cuadro al parecer extremadamente sencillo y que tiene, sin embargo, á nuestros ojos además del innegable valor artístico un valor histórico y quizás también filosófico no pequeño. Sorprenderá, quizás, esta afirmación á los que en él sólo vean la propiedad y elegancia de los trajes, muebles y accesorios y la finura, belleza y corrección con que están pintadas las dos figuras, y es que nosotros sin desdeñar estos detalles de factura nos empeñamos en mirar reflejado el espíritu de una época tan pagada de todo lo superficial y tan adoradora de los placeres como poco accesible al sentimiento y falta de sentido moral. La declaración del lechuguino no expresa pasión, sino simplemente deseo; la distracción de la damisela no es hija de pudorosa emoción, sino de vanidad al contemplar la preciosa joya prendida á su linda cabecita.

Materia, frivolidad: esto es lo que nos dice el cuadro de León y Escosura y como (sin por eso olvidar las escasas virtudes) no podemos menos de acordarnos de los muchos vicios del período histórico á que pertenece la gentil pareja, de aquí que por encima de la belleza artística nos cautive el pensamiento filosófico que el pintor con tan sencillos elementos ha formulado.

¡ADELANTE! cuadro de Pablo Gollerón

(Salón de París 1889)

Con decir que el cuadro representa un episodio de la guerra franco-prusiana y que está pintado por un francés, explicado queda el efecto que su vista produce. Gollerón no ha querido conceder en él el menor espacio á los conquistadores de la Alsacia y de la Lorena; si ha pintado un casco ha sido tirado por él al suelo, si ha reproducido un soldado prusiano lo ha hecho dedicándole el más modesto rincón, y presentándolo inerte y medio sepultado entre la hierba; Gollerón ha querido que el espectador se fijase únicamente en ese pelotón de franceses en cuyos semblantes y actitudes retrátanse todo el entusiasmo del que defiende á su patria, todo el furor del que ve hollado el territorio por el aborrecido extranjero. ¡Cuánta expresión, cuánto movimiento en esas figuras que se lanzan contra un enemigo cuya proximidad se adivina sin verle! ¡Adelante! no puede ser otra la exclamación que pronuncian sus labios, expresan sus ojos y denotan sus ademanes.

¡Hermosa palabra! Más hermosa todavía si en vez de ser ahogada por el fragor del combate brota de millones de pechos henchidos de legítimo orgullo ante el triunfo del trabajo y del progreso.

¡Adelante! gritó Francia en 1870 y fué vencida. ¡Adelante! grita en 1889 y sobre su frente ciñe la corona de imperecedera victoria.

Marchitaránse algún día los laureles de Sedán como se marchitaron los de Austerlitz: los que la industria, el genio, la perseverancia y el trabajo acaban de conquistarte ¡oh poderosa Francia! en el Campo de Marte conservarán su perfume, su frescura y su lozanía al través de todas las edades.

EN CLASE, cuadro de Geoffroy

(Exposición Universal de París)

No podemos remediarlo; en cuanto un pintor nos presenta una colección de niños, ya desde luego le otorgamos el cincuenta por ciento de nuestras simpatías, y si la presenta con la maestría que Geoffroy, amén de darle el resto de éstas le concedemos toda nuestra admiración. Y es porque, á nuestro modo de ver, ocurre con los niños lo que con los pájaros y las flores, que basta copiarlos para que resulten bellos, basta agruparlos para que nazca un conjunto hermoso.

Pero Geoffroy ha hecho más que copiar y agrupar; ha sorprendido á la niñez en una situación que se presta á animar los infantiles rostros con las más variadas expresiones y ha pintado unas filas de niños que á ser de hombres pecarían de monótonas y ahora respiran animación y poesía.

Cada cara, cada actitud merecería los honores de una descripción especial, pero como no disponemos de espacio para ella renunciamos á singularizar por miedo de herir susceptibilidades.

Sin embargo, si nos preguntaran cuál de todas esas preciosas criaturas quisiéramos que fuese nuestro hijo, no sabemos por qué y con la misma espontaneidad con que Bellini ante una pregunta algo parecida en el fondo dijo: «¡Norma!» diríamos: el del centro del segundo banco: es una cabecita que nos encantó desde el primer momento, lo cual no quiere decir que no nos encanten las diez y siete restantes: pero aquel niño, sobre ser el que refleja más salud (y esto entra por mucho cuando de un padre se trata), nos parece que ha de ser, si no el más aplicado, el más listo y sobre todo el más cariñoso.

LA LLAURAORA, dibujo á la pluma de J. Zapater

Reproducido fotográficamente

El tipo de la *llauraora*, de esa hija de la sin igual huerta valenciana nacida y criada entre flores es poético como pocos: con esto dicho se está que Zapater ha sabido escoger buen modelo para su dibujo. En cuanto al modo cómo lo ha reproducido ¿pueden darse mayor tersura en el cabello, mayor morbidez en las carnes, mayor finura en los contornos, mayor suavidad en el ropaje, mayor verdad y más acertado claro obscuro en los complicados pliegues de la falda, mayor naturalidad en la figura toda?

Hace algunos años publicamos otro dibujo á la pluma del mismo autor («Arabe tocando la guzla»). ¡Cuán notable progreso acusa sobre éste *la llauraora!* La pluma de entonces revelaba cierta dureza; hoy con ella ha conseguido Zapater efectos de suavísima delicadeza que se manifiestan así en el conjunto como en los detalles y que le conquistan uno de los primeros puestos entre los especialistas en esta clase de dibujos.

ALREDEDORES DE AMSTERDAM cuadro de J. M. Marqués

El cuadro de Marqués no necesita explicación, ni casi necesita título: lo que sí necesita imprescindiblemente es firma. Nos explicaremos.

La naturaleza verdad, la poética sencillez no se explican, se sienten: ¿qué podríamos, en efecto, decir de la transparencia del agua, de la pureza del cielo, de la belleza del horizonte, de la naturalidad de las figuras, que no se lo digan con más elocuencia á sí mismos los que el paisaje contemplen?

Apenas necesitaría título porque á la legua se reconoce esa hermosa campiña de los Países Bajos que nadie puede confundir con las demás campiñas de Europa.

En cambio, necesita firma porque, de no llevarla, cualquiera podría atribuir el cuadro á uno de esos inspirados especialistas flamencos cuyas obras constituyen uno de los principales atractivos de los más célebres museos.

Cuando vimos este lienzo de Marqués nos figurábamos encontrar delante de la firma el *Van der* característico en tantos pintores holandeses. ¿Era que dudábamos del joven pintor catalán? No; era que nos parecía que sólo el que hubiera nacido en aquellos países, recorrido desde su infancia aquellas praderas y vivido entre aquellas vacas podía reproducir unos y otras con tanta fidelidad y poesía.

Perdónenos nuestro querido y fecundo colaborador el haber olvidado por un momento el principio de que así como el arte no tiene patria, el artista de corazón se identifica con lo bello donde quiera que lo encuentre.

LA LUNA DE HIELO

(Conclusión)

Abierto el dique de cifras y datos, fué preciso que cada cual aportase los que sabía y, por consecuencia, el diálogo tomó carácter más amplio y se consignó lo mucho que la ciencia debe al ilustre Saussure, nacido el año 1740 en Ginebra y autor del libro titulado *Viaje á los Alpes*, estudio de física, de botánica y de geología.

– Pues y Hegetschwyler ¿ha estudiado poco los Alpes? – decía uno.

– ¿Y Tindal, y Escher, y Hugi? – añadía otro.

– No olvidemos á Forbes, Agassiz, Studir, Heat y Desor, – replicaba un tercero.

– Ni tampoco á Berlespch, Ulrich, Dollfuss; Vogt, Pourtalés, Coulón y Nicolet, – insistió un cuarto erudito, y en fin, el resultado fué que todos se despacharon á su gusto y que quien lo hubiera ignorado hasta entonces, pudo saber que las expediciones científicas á los Alpes habían abierto ancho campo, en orden á la constitución y movimiento de los *glaciers*, á la formación de las nubes, á la vida vegetal y animal de aquellas alturas, á los fenómenos eléctricos, á las observaciones sobre el estado de la atmósfera y á otras muchas cosas.

Colocado Arturo González frente á Mr. Blaine y á la derecha de Mr. Tracy, dirigióse al periodista norteamericanos y le habló así:

– Respetable colega, ¿ha estado V. antes de ahora en Suiza?

– Esta es la primera visita que le dedico, honorable compañero, – respondió Tracy.

– No sucederá lo mismo con nuestro ilustre Blaine, – insistió Arturo.

– ¡Oh! ¡no! – se apresuró á decir el aludido.

– Los ingleses profesan mucha afición á los viajes, – añadió Arturo.

Mr. Blaine, que tenía la boca llena, hizo una señal afirmativa y cuando pudo emitir la palabra, se expresó de esta manera:

– Nosotros conocemos perfectamente la Europa, América, Africa y Asia; y en cuanto se refiere á Suiza, ningún inglés ignora los datos de su historia, ni deja en Saboya de saludar con respeto el Mont-Blanc, la célebre *Roca Blanca*, desde donde Aníbal, con soldados escogidos, protegió la marcha de sus tropas.

Tracy soltó una carcajada que hizo palidecer al orador.

– Lo que V. refiere, observó el americano, es, simplemente, una fábula. V. cita la opinión de Polibio, pero esta carece de fe, pues de admitirla habríamos de admitir, como consecuencia, un imposible; que los cartagineses atravesaron los Alpes por el *Cuello del Gigante.*

– Exactamente, – dijo González con gravedad cómica, – y por mi parte, rechazo la hipótesis de Polibio, como la rechazará quien, sin visitar este país, lo estudie en el mapa.

La erudición de Mr. Blaine quedaba reducida á cero; mas el inglés no podía consentir la derrota sin buscar una revancha, y pronto quiso rehacerse en la opinión del auditorio.

– No discuto ese detalle, – exclamó, – aunque pudiera aducir argumentos en apoyo de mi opinión, porque á nadie se oculta que Inglaterra ocupa el puesto de honor en todo lo relativo al Mont-Blanc. Los ingleses han sido los primeros que entraron en el valle de Chamounix y á ellos se debe la fama del Mont-Blanc. Sabido es que mis compatriotas Windhan y Pococke penetraron en este valle el año 1741 y visitaron los *glaciers* y dieron el nombre de *mar de hielo* á la superficie glacial que todos conocemos.

– Olvida V., – interrumpió González, – un dato de importancia. Aquellos ingleses que habían adoptado increíble suma de precauciones, sólo llegaron al Montanvers; es decir, á altura insignificante, puesto que sólo alcanza 1908 metros.

– En cuanto á eso, – contestó Blaine sin desconcertarse, – se ha dado un caso de mayor prudencia. La emperatriz Josefina subió en 1810 al Montanvers, con algunas damas de su séquito y la friolera de sesenta y ocho guías.

El francés no pudo reprimir un movimiento nervioso. Miró un momento á Mr. Blaine, pero nada dijo.

– Además, señores, – continuó Blaine, – los primeros viajeros que por diferentes caminos alcanzaron la cumbre del Mont Blanc, eran ingleses, y por cierto no he olvidado sus nombres. Después de Santiago Balmat y el doctor Paccard, quienes como naturales de Chamounix deben excluirse del catálogo, figuran Beaufroy en 1787; Fellowes y Hawes, que treparon á la cima el 25 de julio de 1827; Grenville, Smyth, Ainslie y Kennedy el 14 de agosto de 1855; Hudson en 1859; Leslie Stephen y Tuckett el 18 de julio de 1861; Moore, Mathews y Walker el 15 de julio de 1865 y Brown el 25 de julio de 1868.

El francés, que hasta entonces había permanecido impasible, colocó el trinchante y el cuchillo al borde del plato, deslizó la blanca servilleta por el bigote y dijo:

– Señores, reclamo para Francia la gloria mayor, en orden á las primeras ascensiones al Mont-Blanc. La señorita Enriqueta d'Angeville trepó el 4 de setiembre de 1838 á la formidable altura, y queriendo elevarse más todavía, se encaramó sobre los hombros de los guías que la acompañaban.

Mr. Blaine no pudo replicar. Aquel dato quitaba gran parte de su mérito á las escaladas de los ingleses, y servía de compensación al recuerdo de la emperatriz Josefina.



Salida de la escuadra para el Norte, cuadro de Walter Langley

El amor propio británico de la mistress amojamada estalló con súbita altivez.

– Ustedes los españoles no figuran en la lista, – observó dirigiéndose á González.

– Estamos tan altos, que no necesitamos subir más, – dijo sonriendo Arturo.

Estas palabras hicieron palidecer á la inglesa; y de tal suerte se transfiguró su semblante, que hubiera podido servir de modelo para una de las Gorgonias, mencionadas por la Mitología. Quiso disimular su ira, llevando á los labios una copa de vino, pero rodó ésta sobre los manteles y el líquido salpicó no pocos vestidos. El esposo de la señora, confuso y temiendo quizá una catástrofe, colocó en torno de la oreja izquierda una mano, cerrándola á modo de trompeta, y se dispuso á oir las explicaciones de su consorte. Ella lo satisfizo con una especie de ininteligible gruñido y el buen hombre tuvo que renunciar á conocer el enigma.

La locuacidad con que Mr. Blaine había abrumado á su contrincante se amortiguó, y ya parecía terminado el incidente, cuando González dijo, como la cosa más sencilla del mundo:

– La verdad es que Mr. Blaine sólo tiene razón á medias. En la historia del Mont-Blanc no han intervenido frecuentemente los norteamericanos, pero cualquiera creería que nuestro compañero procede con segunda intención.

– ¿Cómo con segunda intención? – repuso Tracy.

– Las apariencias, al menos, así lo denuncian, – insistió González, disimulando una sonrisa de contento.

– ¡Caballero! – arguyó Blaine, – no comprendo...

– Calma, amigo mío. Voy á explicarme. ¿A qué viene ese fárrago de nombres de viajeros ingleses que han escalado el Mont-Blanc, y cómo se entiende la omisión de los norteamericanos Randan y Bean, que emprendieron la subida el 5 de setiembre de 1870? El tiempo era dudoso y la estación avanzada con exceso. ¿Han realizado los ingleses heroicidad por el estilo?

La colonia norteamericana prorrumpió en un *¡hurra!* de entusiasmo. Señoras y caballeros se pusieron al unísono en pie. La gravedad de la comida trocóse durante diez minutos, en nota alegre de triunfo ruidoso y hubo brindis y se apuraron no pocas botellas.

Mr. Blaine estaba humillado. González le dió el golpe de gracia en esta forma:

– Deploro lo sucedido, pero la conciencia me imponía el deber de restituir la exactitud á las cosas. Por lo demás, no soy yo, es Mr. Tracy, quien tiene derecho de pedir á V. explicaciones de una conducta que tan mal ha colocado la patria y el decoro personal de nuestro compañero.

– El asunto, en efecto, es de mi exclusiva competencia, – añadió Tracy en tono grave.

La comida acabó á poco, triste y glacial. Todos comprendían que era inevitable un duelo, y los comensales culpaban en silencio al periodista español de imprudente y de indiscreto.

Arturo, en vez de darse por aludido ante las miradas rencorosas de que era objeto, levantóse y después de saludar con aire altanero, abandonó la sala.

VI

El veintitrés de julio, el matrimonio inglés y los invitados por el mismo á la expedición, entre ellos Agar, su marido y el francés, formando heterogénea caravana, se pusieron en camino, al amanecer de un día brillante y apacible.

A tal hora presentaba Chamounix un aspecto gracioso y animado. Aquel pueblo, que tiene gran parecido con una isla rodeada de nieves y rocas en vez de móviles aguas, sonreía á los rayos del sol. En presencia de los encantos naturales y al contemplar el río Arve de bulliciosa corriente; al oir el alegre sonido de las esquilas del ganado; al aspirar las emanaciones del fresco ambiente, saturado de perfumes campesinos; al ver los grupos de rústicos chalets, los altos pastos extendidos en las rígidas pendientes, los juegos de la luz en cañadas, agujas, mesetas y cúpulas ceñidas por diademas de hielo, reconocía, aun la imaginación más vulgar, que era una nota discordante la exhibición, en pleno idilio pastoril, de los suntuosos hoteles y de los camareros de frac y corbata blanca.

La invasión de la moda parisién en Chamounix ha sido un rudo golpe contra la estética; pero ¿quién prescinde del *bon vivant*? ¿Cuántos viajeros acuden á estos parajes por el exclusivo placer de restaurar sus fuerzas, agotadas en la existencia de los grandes centros? ¿Cuántos le consagran una visita, con el propósito exclusivo de admirar las obras de la creación?

No pidamos imposibles á nuestra época. Aceptemos los usos conforme se revelan, pues lo contrario equivaldría á intentar detener el curso de un torrente con la sola fuerza de la voluntad.

Arturo, Blaine y Tracy no habían acudido á la cita, y mistress Sara disimulaba difícilmente la contrariedad que le producía su ausencia. Era ofensivo suponer que el temor los hubiera retenido en el valle ó que, sin aviso previo, desistiesen de la expedición. Evidentemente, existía un misterio en lo ocurrido, pero Sara se abstuvo de formular la más ligera pregunta, recelosa de que fuese interpretada como expresión de la vanidad, antes que por signo del afecto.

Mister Williams, callado segun costumbre, dejábase llevar por su cabalgadura, poderoso mulo, remedo de elefante ó mastodonte, y sólo sonreía al oir las agudezas del francés. Marido paciente y cariñoso, creía cumplir un deber complaciendo á su esposa; pero si resultaban inútiles sus esfuerzos, tanto peor para ella.

Mistress Agar había trocado su vestido de sociedad por otro más adecuado á las exigencias de la ruta y á las escaladas de los muros de hielo; y estaba tan deliciosa con su indumento casi masculino, que los chicuelos del valle, sorprendidos por la aparición de aquel fac-símile de momia egipcia prorrumpían en gritos y risotadas. Ella, inalterable, dedicaba su atención á la naturaleza y, hablando consigo misma, pronunciaba tal cual frase, reveladora del grado de satisfacción que sentía. Entonces, el pobre marido se acercaba á mistress Agar, pensando que le hablaba ésta, y ceñía inútilmente con la mano una de sus orejas, pero sin lograr enterarse de cosa alguna, puesto que la señora conversaba con los objetos inanimados.

La flora alpina preocupaba á la respetable Agar y sorprendida por los encantos del *rhododendron*, que vive hasta en alturas de 7500 pies, cogía ejemplares primorosos de esta planta de campanillas brillantes y de caras salpicadas de puntos amarillos. Después que hubo reunido un grueso ramo, lo puso en el pecho, y entonces el cuerpo desgarbado de Agar tuvo gran semejanza con un tronco árido, donde artificialmente hubieran colocado aquella expresión graciosa del poder vegetativo.

La subida se efectuó según el itinerario que todo el mundo sabe de memoria. Salida de Chamounix, á la hora que hemos dicho. Llegada á los *Grandes Mulos* entre cuatro y cinco de la tarde y descanso en la cabaña de esta etapa hasta la una de la siguiente madrugada, hora en que hay que partir, para alcanzar temprano la cumbre.

Los *Grandes Mulos* son rocas aisladas, algunas de doscientos metros de altura, que emergen de un *glacier* pródigo en grandes bloques de hielo por cuyas caras, de color verde, fluyen hilos de agua.

Con esta vecindad y con apuntar que la cabaña se eleva sobre Chamounix más de tres mil metros, es fácil creer que se experimentaría una temperatura siberiana.

La voluntad enérgica de Sara no desfallecía un punto; y ya fuese por su predisposición á percibir la belleza ó porque los ronquidos de los guías le impidiesen dormir, ello es que durante la noche salió de la cabaña, deseosa de contemplar el espectáculo mágico de aquellos parajes, de apariencia caótica, sumidos en silencio de muerte, medrosos con su blancura de sepulcros y con las negras sombras que proyectaban los hielos y las rocas.

El francés la acompañó por cortesía, aunque renegando del antojo.

– ¡Qué divino es este cuadro! – decía Sara.

– Sin duda, – contestó el francés, – pero sería mejor verlo al través de los cristales y al amor de una buena lumbre, porque aquí hace un frío de todos los demonios.

– ¿Tiene V. frío?

– Como el más estúpido de los mortales.

– Pues yo no lo noto mucho.

– ¡Ah, señora! las almas privilegiadas usan cuerpos insensibles á ciertos achaques.

– Gracias, amigo mío, si ha querido V. aludirme.

– Claro que sí, porque reconozco en V. un temple extraordinario.

– Es, simplemente, que la poesía me deleita.

– Lo creo sin dificultad; pero ¿no le parece á V. oportuno que entremos en la cabaña?

Sara guardó silencio y se limitó á gozar por sí sola de la hermosura de la noche, mientras el francés, que había estornudado media docena de veces, volvía á la choza pesaroso de su amabilidad y diciendo:

– ¿Si habré atrapado una pulmonía?

Mr. Williams, entretanto, oficiaba de filósofo; es decir, tomaba el tiempo según se presentaba; y acurrucado en un rincón y envuelto en su *plaid*, dormía con la envidiable paz de un bendito.

El segundo día de excursión, fué en aumento el disgusto de Sara; y como si hasta las circunstancias leves se conjurasen en su daño, la aparición de lo imprevisto la puso de un humor endiablado.

Al llegar los viajeros á cierta altura, percibió la encantadora dama un objeto que se destacaba en la cumbre del Mont-Blanc. A veces lo envolvía una nube de tenues vapores, y luego que pasaba la errante hija de los aires, volvía á descubrir aquel cuerpo, tan inmóvil y rígido como las grullas que se encuentran en la campiña de Córdoba sobre los oscuros *almiares* de trigo, y que más semejan esculturas que seres animados.

La impresionabilidad puso en conmoción todos los nervios de Sara, imprimiéndoles sacudidas violentas, y acaso pensó aquella mujer que había obrado con reflexión dudosa, al disponer la fiesta nupcial en la forma insusitada que sabemos.

Apenas escalaron los expedicionarios la última cumbre,



La diadema, cuadro de León y Escosura



¡ADELANTE! cuadro de Pablo Gollerón (expuesto en el Salón de 1889)



EN CLASE, cuadro de Geoffroy (Exposición Universal de París)

hicieron un esfuerzo y lanzaron un *¡hurra!* más ó menos sonoro, conforme el estado en que se encontraba cada individuo; pues ni los velos verdes ó azules, ni las gafas de cristal ahumado, ni los recios guantes, impidieron la hinchazón del rostro, las grietas de los labios, la especie de quemadura en la piel del cuello y las orejas y la irritación de los ojos.

El *mal de las montañas*, debido á la débil tensión del oxígeno que por esa causa alimenta de modo imperfecto las combustiones intra-orgánicas, habíase revelado en casi todos los excursionistas con los peculiares caracteres de la asfixia; el excesivo cansancio, las náuseas, el desvanecimiento, las hemorragias, el dolor de cabeza, el deseo irresistible de dormir y la opresión en el corazón. Parecían convalecientes recién salidos de un hospital; pero habían triunfado, y esta idea alegraba sus ánimos y vigorizaba sus miembros entumecidos.

No bien pronunciaron aquel *¡hurra!* en el que Sara se abstuvo de tomar parte, apareció Arturo en el ingreso de una tienda de campaña (¡este era el objeto que había llamado la atención de Sara!) y saludó cortésmente al feliz matrimonio.

El joven periodista, vestido de pieles, hubiera podido confundirse con un auténtico esquimal.

VII

¿Y Blaine? – ¿Y Tracy?

Nadie los había visto después de la comida en que se creyó inevitable el duelo. Y, en efecto, Tracy rogó á González y á un norteamericano que se entendiesen con otras dos personas designadas por Blaine para ventilar el enojoso asunto en el terreno del honor. Celebróse una conferencia y no hubo arreglo amistoso, gracias al punto de vista de González quien, contra la opinión de los individuos llamados á intervenir, estimaba caso grave lo que en purismo sólo merecía el dictado de susceptibilidad exagerada. La segunda entrevista fué tan estéril como la primera y al fin se convino el duelo para la mañana próxima, al amanecer, con objeto de que el combatiente que resultase ileso pudiera acudir al Mont-Blanc en unión de los invitados por Williams y Sara.

Pero ¡oh sorpresa! una vez en el lugar elegido para batirse y cuando iban á comenzar los preliminares, presentáronse dos gendarmes y sin cumplimiento alguno detuvieron á duelistas y padrinos, excepto á González, por la razón obvia de que no acudió á la cita.

El estupor de aquellos señores puede adivinarse; mas como las protestas eran inútiles, se resignaron con su suerte, y mohinos y malhumorados fueron á presencia de la autoridad respectiva.

El asunto parecía revestir caracteres de gravedad, pero afortunadamente, una carta de González llevada al magistrado por un camarero del *Hotel de la Corona*, modificó las cosas en obsequio del inglés y de su colega el norteamericano.

La carta decía de este modo:

«Señor: el sentimiento del amor profesional me ha impulsado á proceder en forma imprudente, aunque decidido, desde el primer momento, á evitar daños y compromisos.

»He suscitado ridículas rivalidades entre dos dignas personas, Mr. Blaine y Mr. Tracy, poniendo en juego los necesarios recursos para que estallase un conflicto y que sólo tuviera solución por medio de las armas. Pero como era mi exclusivo deseo emprender la subida al Mont-Blanc sin la compañía de aquellos señores, comprendí que avisando á la autoridad, ésta evitaría el desafío pactado.

»He aquí la verdad de lo ocurrido.»

Esta carta, leída á Blaine y Tracy, los reconcilió al punto; mas era imposible subir á tiempo al Mont-Blanc, de modo que aparecía indudable la derrota de los corresponsales.

– ¿Cómo volver á Londres? – pensaba el uno.

– ¿Cómo regresar á Nueva York? – discurría el otro.

– ¿Cómo permanecer en Chamounix? – decían los dos.

En tan apurado lance, la prudencia exigía abandonar la población, y esto hicieron, sin llevar consigo ni un solo apunte.

¡Quiebras del oficio!

Libre de sus colegas, hizo Arturo transportar una tienda de campaña á la cima del Mont-Blanc y acompañado de dos guías salió de Chamounix algunas horas antes que la caravana, anticipándose así á la llegada de ésta.

La fuga de Blaine y de Tracy, la historia de la carta y, en resumen, cuanto se relacionaba con los recursos puestos en acción por González para empequeñecer á los dos periodistas, sirvió de pasto á las conversaciones en todos los círculos de Chamounix y formó una atmósfera de simpatía que, al regreso de la caravana, se reveló en manifestaciones expresivas hacia el español.

Veamos, ahora, lo que sucedía en la cumbre del Mont-Blanc.

VIII

Después de saludar á los recién llegados, Arturo González izó la bandera española en el asta que servía de remate á la frágil casa de lienzo, y al mismo tiempo Mr. Williams clavó en otro extremo de la meseta de la montaña el pabellón de Inglaterra. El francés no quiso ser menos; pero harto olvidadizo, había omitido llevar consigo un oriflama, según exige la práctica, sobre todo para advertir á los espectadores que desde el valle esperan el resultado de la excursión, el éxito lisonjero, con lo cual se hacen en Chamounix las salvas de costumbre. Sin embargo, el francés no se juzgó vencido, y recordando que los hermanos Schlagintweit, á falta de otra cosa arbolaron en el monte Rosa una camisa y que Studer hizo flotar sobre el Rindehorn un chaleco, abrió el saco de viaje y ató en la punta de un palo unos calzoncillos de lienzo, que poco después se agitaban en piruetas insolentes, no sin arrancar furibundas protestas á la colonia británica, literalmente aterrada en vista de aquel atentado contra el pudor.

Mistress Sara, salvo el alarde vulgar que apunto, creíase en el mejor de los mundos, y prescindiendo de la influencia de diez grados bajo cero, que el termómetro asignaba al aire, y de veinte á la nieve de la superficie, tartamudeó estas palabras, pretendiendo animar á sus acompañantes:

– Comprendo que este aire, enrarecido y seco, es difícil de resistir; pero en cambio, su elasticidad, unida á la baja temperatura, sirve de contrapeso á la fatiga.

Verdaderamente, la ocasión no era oportuna para dirigir discursos á un auditorio colocado sobre un pavimento de nieve y hielo de un espesor de sesenta y tantos metros, y sucedió que las frases de la dama pasaron desapercibidas.

La reacción vino al cabo. El grandioso panorama que se descubre desde la majestuosa cumbre, cautivaba en términos irresistibles

Las capas inferiores de la atmósfera aparecían un tanto cargadas de vapores y contrastaban con la pureza y la limpidez de las capas superiores. El cielo era de azul profundo; las montañas vestíanse con matices amarillentos y los valles se destacaban un poco indecisos y como velados por una gasa. El Brevent, las Agujas Rojas, el Buet, el Diente del Mediodía, los Diablerets, el Eiger, la Gemmi, el Finsteraarhorn, la Jungfrau, el monte Cenis, el monte Isern, el monte Viso, los Alpes Marítimos, los Apeninos, el monte Cervino, el monte Rosa, el San Gotardo, la Furka, el monte Velan, las llanuras de Lombardía, el cuello del Bonhomme y, por último, la cadena del Jura, desde Lion hasta Basilea; tal era el sublime cuadro que contemplaban los congregados en la altura.

Las exclamaciones de admiración se sucedían espontáneas y sin tregua, y llegaron al colmo cuando el guía-jefe gritó:

– ¡La sombra del Mont-Blanc!

Era, efectivamente, la sombra del coloso; la que en forma de cono, festoneada de una faja rosa, surgía imponente, fantástica y gigantesca sobre las montañas del Piamonte. Caminaba con lentitud hacia el horizonte al mismo tiempo que se elevaba en los aires, y parecía la visión de un sueño en nada semejante á la realidad de los objetos que percibimos en nuestro planeta. Las sombras de las demás montañas que se dibujaban en la inmensa perspectiva se iban acercando poco á poco á la del Mont-Blanc hasta confundirse con ella, y se las veía avanzar, maravillosas y radiantes, verdes en su base y envueltas en una riquísima aureola de púrpura que, decreciendo en intensidad, acababa por confundirse con el tono rosado del cielo.

Mistress Sara, abstraída por la majestad del espectáculo, decía á media voz:

– ¡Espléndido! ¡Espléndido!

Los demás viajeros callaban, sin apartar la vista del espacio y creíanse juguete de una alucinación.

Las sombras se borraron y aun repetía Sara:

– ¡Espléndido! ¡Espléndido!

Aquellos instantes la compensaban de la inconveniencia del francés y de la idea de Arturo; pero como era preciso pensar en la bajada, hizo que los guías sacasen las provisiones y en pos de ellas el Champagne.

Mr. Williams inició los brindis con media docena de sílabas, lujo que se permitía en las ocasiones solemnes. Los amigos del amable matrimonio expresaron, según su particular elocuencia, la satisfacción que experimentaban y todo lo que es de rigor en circunstancias por el estilo; y ya se daba como terminada la fiesta, cuando el guía-jefe, alzando una copa llena del dorado vino, se colocó delante de Sara y con acento respetuoso dijo:

– Señora, á la salud de V. y á la de su honorable esposo, que han encontrado bueno el pensamiento del guía de esta montaña, Sylvain Couttet, el cual, al casarse, obsequió á su mujer con un viaje de novios á la cumbre del Mont Blanc.

Mistress Sara palideció horriblemente. Quiso hablar y no pudo; lanzó á su marido una mirada de odio salvaje; dirigió la vista á los calzoncillos de blanco lienzo que flotaban burlones, y cayó desmayada.

El pícaro de Sylvain Couttet quitaba todo el mérito á su obra...

¡La infeliz Sara había buscado el idealismo en lo original, y encontraba la prosa...!

Mr. Williams lo comprendió todo, y en el apoteosis de la felicidad exclamó:

– ¡Está salvada!

AUGUSTO TÉREZ PERCHET

UNA FAMILIA FELIZ

No obstante el libre albedrío, es claro y evidente que todos obedecemos á una especie de *sino* ó estrella, cómo antiguamente se decía. El *¡estaba escrito!* de los islamitas es equivalente al *¡estaba de Dios!* de los cristianos. Cuando llega la hora se tejen los hilos de los destinos humanos, y enreda á cada individuo en mallas que no puede romper.

La historia que voy á contar, contemporánea y verídica de todo punto, probará esta tesis. Por ella comprenderá el lector que la mayor parte de las veces el hombre no se crea su suerte, sino que es influído por ella.

Don Cándido Cuenca era un comerciante retirado, de edad provecta, poseedor de un buen capital, unido legítimamente á una señora de buen ver todavía, y padre amoroso de dos niñas, una de quince y la otra de diez y siete años de edad. Su existencia (la de D. Cándido) se deslizaba mansamente como la de un arroyo en un llano, compartida metódicamente entre sus deberes de padre, esposo y ciudadano pacífico; y digo pacífico, porque ni las más leves convulsiones político sociales hallaban eco en su corazón y nunca *por ende* había querido tomar parte en la cosa pública, siendo siquiera capitán de milicia ciudadana (cuando la había) ó alcalde de barrio ó concejal.

Misa diaria, paseos higiénicos los jueves y domingos, asistencia moderada á las funciones de iglesia, tertulia íntima en casa de un amigo suyo, propietario de la misma vecindad, fiestas del hogar doméstico en celebridad de santos y cumpleaños. Viaje anual al Pardo el día de San Eugenio y la consabida clásica comida en el de San Isidro, en la pradera del Manzanares; constituyeron durante mucho tiempo los tranquilos goces del ex comerciante y de su respetable familia.

Pero ¿quién detiene la constante marcha del progreso? ¿Quién puede evitar la influencia de las costumbres? ¿De cuántos medios no se vale el enemigo común de los hombres para tentarlos y para perderlos?

¿Qué Fausto no tiene su Mefistófeles?

¡Ah! D. Cándido no se llamaba Fausto, pero le tuvo también y el genio maléfico castigó al elegido por víctima

Por do más pecado había;

como al infortunado rey godo D. Rodrigo; quiero decir por donde única é inocentemente habíase extralimitado D. Cándido, que era en su desmedida afición al teatro.

El buen señor de resultas de haber representado comedias caseras, allá en la juventud y cuando era simplemente hortera, en el antiguo teatro de las Urosas, y en compañía de Vicente Caltañazor, después célebre zarzuelista, de quien es contemporáneo; adquirió tal pasión hacia las representaciones escénicas, que, de mancebo invertía en asistir á ellas todos sus ahorros, y ya machucho casado y padre de familia, alteraba por ellas su metódico género de vida.

Verdad es que tenía una cómplice en su cara mitad; esta señora que, aunque hija de un farmacéutico, era casi romántica, compartía la afición de su esposo y aun me atreveré á decir que le superaba en ella. Las dos niñas, vástagos tiernos de aquel matrimonio, experimentaron el contagio, como es natural, de suerte que desde pequeñuelas recitaban con infantil donaire escenas enteras de *Los polvos de la madre Celestina* ó cantaban los motivos de zarzuelas más populares, trayendo á la memoria del autor de sus días los dulces recuerdos de la juventud, y de Vicente Caltañazor.

Como los negocios de D. Cándido siempre fueron viento en popa, esta común afición por el teatro en nada turbó su felicidad ni la de su familia hasta... hasta que apareció el susodicho Mefistófeles encarnado en la figura de un joven algo entrado en años, literato, periodista, calculista y espiritista.

Introdújose este joven en el hogar doméstico del ex-comerciante, ignoro por qué medios, y supo captarse las simpatías de la familia, de tal modo, que como suele decirse, no podían pasar sin él, principalmente la señora de la casa, que como casi romántica sabía aquilatar en su debido punto las cualidades de mundo, de talento, relaciones, méritos y porvenir que en dicho caballero campeaban; y que además, como buena hija de farmacéutico, era aficionada á los espíritus.

Don Serafín (siempre el diablo busca estos nombres angelicales) era, pues, el amigo íntimo de D. Cándido, el *cavaliero servente* de la señora, el Mentor de las pollitas respecto á modas y costumbres de buen tono; tanto, que por él supieron ellas que son cosas cursis y vulgares, andar despacio, usar la palabra *esposo*, refrescar leche merengada y leer novelas por entregas.

El ex-comerciante asistía con frecuencia al Teatro de*** en el cual, como inteligente y amigo de Vicente Caltañazor, apreciaba en todo su valor el talento cómico de la graciosa; júzguese, pues, de su contrariedad y sorpresa cuando un día le dijo D. Serafín, que era una especie de crónica teatral viviente:

– ¿Sabe V. que el Teatro de*** truena?

– ¿Truena? ¿por qué? – preguntó D. Cándido.

– Dicen que por falta de *monis*, pero yo creo que por mala dirección.

– ¿Usted cree eso?

– No lo creo, lo sé. De otro modo sería imposible el trueno. ¡Un teatro tan bien situado, con un pasado tan glorioso! ¡Ah! ¡si yo tuviera medios!...

(No olvide el lector que D. Serafín era calculista.)

– Si V. tuviera medios ¿qué haría? – preguntó el ex-comerciante.

– ¡Toma! quedarme con el teatro, formar nueva compañía teniendo por base á Fulanita (Fulanita era la graciosa), procurarme obras de punta, valerme de la prensa, encarrilar al público y ganar mucho dinero.

En el párrafo anterior el lector habrá reconocido en don Serafín las cualidades de literato, periodista y espiritista.

Don Cándido estuvo pensativo durante algunos días.

El espíritu mefistofélico, y el ángel positivista y calculador que le había ayudado á labrar su fortuna, luchaban en su espíritu en reñida batalla, hasta que por fin aquél venció á éste.

Una noche antes de conciliar el sueño, el ex comerciante dijo á su mujer, que aunque casi romántica ocupaba parte del lecho conyugal:

– ¿Sabes que estoy tentado por quedarme con el Teatro de***? ¿qué te parece?

– Que harías bien, – contestó la cónyuge.

Don Cándido quedóse algo sorprendido, porque en alguna ocasión en que había tratado de emprender algunas especulaciones, su mujer le había disuadido, diciéndole:

– Mira, Cándido, no te metas en líos. Tenemos nuestro capital asegurado y la fortuna vuelve la cara á los machuchos como tú.

¿Cómo, pues, esta vez, su esposa veía tan claro un negocio tan turbio como suelen ser los de teatro?

– ¿De modo que supones que me irá bien? – repuso don Cándido.

– Seguramente. Lo que á tí te falta de experiencia en cosas de teatro, lo tiene Serafín de sobra, y sus consejos pueden servirte de mucho.

Don Cándido vaciló aun algunos días, pero después de repetidas pláticas y consultas con D. Serafín, se decidió á tomar la empresa del susodicho teatro.

El inteligente literato y periodista se lo dió todo hecho. El reorganizó la compañía, aumentando en quince pesetas diarias los emolumentos de la graciosa, él redactó los carteles de anuncio, é hizo publicar en los periódicos sueltos parecidos á este:

«El acaudalado ex-industrial D. Cándido Cuenca ha tomado la empresa del Teatro de*** que comenzará á actuar en los primeros días del próximo mes de noviembre bajo la dirección artística del distinguido escritor don Serafín Mentirola. La compañía no puede ser más completa y tiene por base á la popular actriz del género cómico doña***. La empresa cuenta con obras de reputados autores, y no vacilamos en asegurarla una campaña brillante.»



LA LLAURAORA, dibujo á la pluma de J. Zapater *(reproducido fotográficamente)*

Don Serafín tenía escrita una zarzuela de gran espectáculo titulada *Los Palanquines*, puesta en música por un notable compositor, y se convino que el teatro se inauguraría con esta.

Comenzaron los ensayos, mientras se pintaban las decoraciones chinescas que el argumento requería. D. Cándido fué sacando del Banco algunos talones, no sin sentir algunos estremecimientos en los suyos; pero tenía todo el mundo tal seguridad en el éxito de la empresa, que al fin concluyó por tranquilizarse.

Además las satisfacciones de amor propio, suyas y de su familia, hacíanle ver todo á través de un prisma de color de rosa. En los ensayos la graciosa estaba arrebatadora, y se aplaudían á rabiar todas las piezas de música. La familia del empresario asistía á todos en un palco de proscenio, que se había adjudicado, y á donde los actores y amigos iban á rendirla pleito-homenaje.

Las niñas de D. Cándido estaban encantadas.

El autor y director de escena D. Serafín era un monstruo de actividad.

Todo, pues, marchaba *sur des roulettes*, como dicen los franceses.

Llegó la noche de la primera representación.

El teatro estaba lleno del público de los estrenos; es decir de lo más selecto é inteligente de Madrid.

La señora del empresario y sus interesantes hijas ocupaban su palco de proscenio.

El ex-comerciante y D. Serafín se multiplicaban en la escena y entre bastidores para cuidar de los últimos detalles.

Empezó la sinfonía de obertura á telón corrido. Oyóla el público en silencio, pues quizá le pareció demasiado lúgubre para música chinesca.

Porque, por los nombres de los personajes consignados en el cartel y por el título de la obra, supuso que la acción debía pasar en la China ó cosa así.

Levántase el telón.

La decoración, que representaba la plaza de un pueblo con una pagoda en el fondo, hizo efecto á pesar de que el pintor había abusado de los dragones y de las campanillas en el ornato exterior de la pagoda.

Hubo un coro de lugareños y lugareñas chinos, cuyo estribillo decía:

La diosa Debera
Ya nos espera,
Vamos á orar;

y con efecto se entraron en la pagoda.

Después en un palanquín conducido por cuatro esclavos tártaros, salió un personaje de grandes bigotes, gran coleta y gran abdomen, que se apeó y dijo: que tenía recelos de que su mujer se la pegaba con un oficial de la Casa del Emperador y que sospechaba que los culpables tenían sus citas en aquel sitio oculto.

Al llamar sitio oculto á una plaza donde hay un templo, levantóse un murmullo en el público.

El personaje cantó una romanza, acariciando el mango de un puñal que llevaba al cinto, y montando en el palanquín se retiró diciendo que iba á acechar escondido en los alrededores.

Salió un segundo palanquín, y alzóse en el público un murmullo siniestro. Apaciguóse, y un segundo personaje joven, pintorescamente vestido, cantó también una romanza en la que expresaba su amor y sus dudas de que la deliciosa *Fa-loto-la* acudiese á su amorosa cita. Dijo después recitando, que iba á esperarla á la Fuente de las tortugas, sitio designado.

– Pues entonces ¿por qué ha venido V. aquí? – exclamó un chusco del público.

El galán personaje, algo desconcertado, subió á su palanquín y se retiró.

A pocos momentos se presenta un tercer palanquín. El público al verle, y al notar que los conductores eran los anteriores esclavos tártaros, prorrumpe en una silba monumental, tan estrepitosa, que la deliciosa *Fa-loto la*, que venía en aquél, no se atreve á apearse, y cae el telón entre un escándalo digno de un circo taurino.

Omito detalles, sólo sí diré que la empresaria se desmayó en su palco de proscenio, que sus dos pimpollos lloraron, que D. Serafín se eclipsó, y que el malaventurado ex-comerciante vió las estrellas y eso que llovía á chaparrón.

Así como Calipso no podía resignarse á la ausencia de Ulises, del mismo modo D. Cándido no se resignaba á haber tirado á la calle nueve mil y pico de duros que le costó el arriendo del teatro, formación de compañía con los consabidos adelantos, y decorado de la obra que obtuvo tan ruidoso éxito.

Aconsejado por un amigo inteligente, contrató un cuadro dramático, acudiendo antes á un célebre dramaturgo, y poniéndose de acuerdo con él á fin de que le diese un drama que estaba concluyendo.

Esta segunda parte de la empresa del atribulado ex-comerciante costóle un ojo de la cara. El autor del drama exigióle un tanto adelantado, aquellos eminentes actores exigiéronle unas contratas tremendas, sobre todo la primera actriz que además de sus fabulosos emolumentos, pidió coche para ir y venir á ensayos y funciones, y chocolate con briós para su respetable madre todas las noches de función.

Don Cándido resignóse á todo. Hallábase en el caso del jugador que busca el desquite. Los ensayos de la nueva obra se prolongaban porque su autor era muy meticuloso. Dos decoraciones nuevas costaron un dineral, porque la acción del drama pasaba en las riberas del Nilo y tenía que haber galeras trirremes, pirámides, esfinges y otras zarandajas.

El bueno de D. Cándido iba consumiendo todos sus talones depositados en el Banco. Representóse la obra y... para ahorrarme trabajo, copiaré un párrafo del más reputado crítico teatral.

Dice así:

«*La crecida del Nilo*, último drama de D..., no parece de su autor. Ni el Nilo crece, ni aquellos son egipcios sino valentones del Perchel, ni es posible enredar una trama escénica más pobre y más vulgar.»

Sabiendo esto, debe suponerse lo que aconteció. Tronó el teatro, arruinóse D. Cándido, y su romántica cónyuge contrajo una afección histérica. Y no sólo se arruinó don Cándido, sino que estuvo á la muerte á consecuencia de un ataque cerebral. La convalecencia fué larga y penosa, y el desgraciado ex-comerciante y empresario, hecho el cómputo de su fortuna, hallóse con que sólo le quedaban dos mil quinientas pesetas escasas.

Y aquí entra lo inaudito, aunque no tanto como parece; pues sabido es que las pasiones contrariadas conducen al extravío. En vez de trabajar en su antiguo comercio ó de pretender un destino más ó menos modesto, D. Cándido, impulsado por la afición que habíale arruinado, se hizo actor y envolvió en su vértigo á toda su familia.

Sí, fué una familia de Atridas, digo de actores. El ex-comerciante hace papeles de carácter, su esposa es dama matrona, la hija mayor dama joven, y la menor graciosa. Unos cuantos actores de la legua completaron la compañía, y como esta *troupe* no cabía en Madrid, dedicóse á embelesar en provincias. Donde la compañía de Cuenca, que así la llamaban, obtuvo mayores éxitos fué en algunos puntos de Extremadura y de Galicia.

Y así vive D. Cándido hace siete años, tirando de su existencia y de la de su familia, en esa vida beduina, propia de los cómicos de tal jaez.

Esta temporada ha logrado una de sus más ardientes aspiraciones: trabaja en Madrid en el teatro de los *Peces*, que más bien pudiera llamarse de los gazapos, porque D. Cándido que es un actor demasiado bueno para los diez céntimos que cuesta la entrada del teatro en donde trabaja, tiene el defecto de equivocarse declamando con bastante frecuencia.

Y... ¡lo que son las pasiones! Ni el antiguo comerciante, ni su familia echan de menos su tranquila y cómoda existencia pasada.

No obstante los frecuentes apuros, silbas y demás percances del oficio, la familia de D. Cándido es una familia feliz.

¡Ah! se me olvidaba decir que D. Serafín el literato, periodista, autor dramático y hombre de mundo, ha terminado su brillante carrera siendo administrador de loterías en Chinchón, pueblo célebre por sus aguardientes.

JACINTO ESCOBAR



ALREDEDORES DE AMSTERDAM, cuadro de J. M. Marqués

LA EXPEDICIÓN AMERICANA

Á LA BAHÍA DE LADY FRANKLIN

Durante el mes de junio de 1881 y á consecuencia de las resoluciones adoptadas por la Conferencia polar internacional, abandonó las playas americanas en dirección á la bahía de Lady Franklin el buque ballenero *Proteo* (de San Juan de Terranova) llevando á bordo una expedición mandada por el teniente (hoy general) Greely y compuesta de otros dos oficiales, diez y nueve soldados, un médico francés (el Dr. Pavy) y dos esquimales con provisiones de toda clase para tres años.

El *Proteo* llegó el día 5 de agosto del propio año á la bahía y aprisionado por los hielos á algunas millas de la costa no pudo penetrar hasta el 12 en el abra de la *Discovery* y después de haber desembarcado la carga para que el barco pudiera emprender su regreso cuando el mar estaba aún casi libre, emplazaron la estación polar de *Fuerte Conger* á los 81°44′ de latitud Norte y 67°5′ de longitud Oeste.

Como las investigaciones científicas no debían empezar hasta el 1.° de junio de 1882, no bien hubieron construído la casa vivienda y los pabellones á aquéllas destinados, y organizado los servicios para las observaciones meteorológicas y magnéticas, dedicáronse los expedicionarios á las exploraciones geográficas. Así transcurrió la noche polar y al asomar el sol á fines de febrero, ordenó el comandante que se practicaran algunos reconocimientos en los alrededores para comprobar el estado de los hielos y que se dispusieran depósitos de víveres debidamente escalonados á lo largo de la costa. En marzo y abril hizo el Dr. Pavy un viaje de exploración á la Tierra de Grant y no sin tener que vencer serios obstáculos y arrostrar grandes peligros pudo llegar hasta los 82° 56′ de latitud, observando entonces que en aquella estación el mar polar no está siempre completamente helado.

A principios de abril de 1882 el teniente Lookwood y el sargento Brainard partieron hacia el Norte con la misión de acercarse lo más posible al polo: sufriendo tempestades, arrostrando terribles fatigas y reduciendo las raciones, todo esto con un frío de 40 grados, llegaron á una isla cuya posición geográfica resultó ser 83° 24′ de latitud por 46° 6′ de longitud Oeste, subieron á una elevada montaña desde cuya cima se disfrutaba de una vista «magnífica» y clavaron en la cumbre más alta la bandera nacional. Aquella isla que inmortaliza el nombre de Lookwood constituye el punto más septentrional que hasta ahora ha hollado la planta del hombre. Una segunda isla de forma piramidal situada al Sud de la anterior fué bautizada por Greely con el nombre de Brainard.

En estas regiones encuéntranse huellas que acusan la existencia de animales variados, tales como bueyes almizcleños, osos, zorros, liebres, conejos de Noruega, etc.; el reino vegetal está allí representado por distintas especies de hierbas, entre las que abundan especialmente las saxífragas y las adormideras, y en cuanto á las rocas, las más de ellas son esquistos pizarreros.

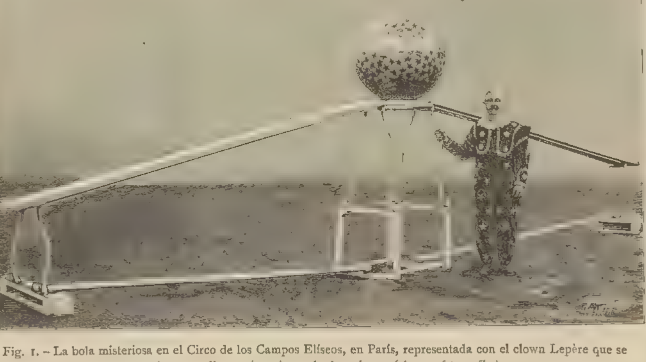


Fig. 1. – La bola misteriosa en el Circo de los Campos Elíseos, en París, representada con el clown Lepère que se encierra en ella, según se ve en la fig. núm. 2 *(de una fotografía)*

Lookwood, antes de abandonar la isla, depositó en un *cairn* un resumen de su viaje, una copia de sus observaciones meteorológicas y astronómicas y un termómetro á mínima cuyas indicaciones podían llegar á 54° bajo cero.

El comandante Greely hizo dos expediciones al interior de la Tierra de Grinnell, todavía inexplorada: en la primera caminó á lo largo de un valle por donde corría un río que nacía en un vasto lago, el lago de Hazen y cuya agua tenía una temperatura de 0'3 grados. La vegetación herbácea de los valles que recorrió justificaba la presencia de numerosas especies de animales en estas elevadas latitudes. En la segunda encontró no muy lejos del lago Hazen, á orillas de un río, restos de campamentos esquimales de verano, y muy cerca del lago vestigios de viviendas que en remotos tiempos debieron ser permanentemente habitadas, logrando descubrir diversos objetos procedentes de esas antiguas épocas, como un trineo casi entero, fragmentos de armas de caza, arneses de perro, cuchillos con hoja de hierro, cuernos de rengíferos etc. etc.

Finalmente, la Tierra de Grinnell fué explorada por tercera vez por Lookwood y Brainard que siguiendo la dirección Oeste llegaron á la latitud de 80° 48′: el sargento Brainard trajo de esta expedición algunas astillas de un árbol petrificado.

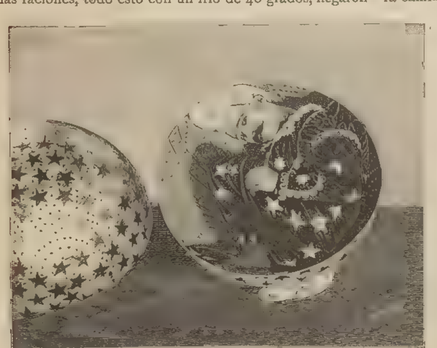


Fig. 2. – El clown Lepère dentro de la bola misteriosa *(de una fotografía)*

La flora es tan variada en aquellos parajes, que los expedicionarios pudieron reunir 69 especies que con los innumerables ejemplares de líquenes y musgos recogidos por el teniente Kislingbury y con la colección ornitológica que comprendía 32 especies de pájaros hubieron de ser desgraciadamente abandonados en *Fuerte Conger*, cuando la expedición emprendió la retirada al Sud.

(Continuará)

LA CIENCIA EN EL CIRCO

LA BOLA MISTERIOSA

Llama actualmente la atención en París un espectáculo en extremo curioso; nos referimos al ejercicio que el clown Lepère ejecuta en el Circo de los Campos Elíseos.

Levántase en la pista una especie de puente formado por dos planos inclinados unidos en el centro por medio de una pequeña plataforma sobre la cual se coloca una bola de 0'75 metros de diámetro (fig. 1): de repente ésta empieza á moverse, lánzase por uno de los planos inclinados y cuando parece que va á caer al suelo se detiene, desciende pausadamente, retrocede un poco, vuelve á avanzar y al llegar al extremo de aquél cambia de movimiento y comienza á subir por donde ha bajado hasta pararse en la plataforma. Allí empieza á explicarse el misterio hasta entonces incomprensible: por un agujero de la bola sale una bandera y en seguida óyese el ruido de un disparo hecho en el interior; no hay duda la esfera está habitada. En efecto, después de haber corrido rápidamente por el segundo plano, cae sobre un almohadón colocado en el suelo, se abre y de ella sale el clown Lepère, hombre de 1'56 metros de estatura que parece imposible pueda acomodarse dentro de una caja tan pequeña. ¡Y si esto sólo fuera! Más imposible todavía parece que una vez dentro de ella se mueva con tan maravillosa habilidad. Es preciso, en efecto, que tenga un sentimiento del equilibrio y una elasticidad admirables para que en tal posición pueda cambiar continuamente el centro de gravedad de la bola y mantenerlo siempre en el plano vertical pasando por el eje del puente.

La fig. 2 indica cómo se coloca Mr. Lepère: cerrada la bola, el equilibrio sólo existe cuando el artista está en posición sentada; cuando quiere que la bola se mueva tiene que moverse él *andando* con las manos y las rodillas, como la ardilla en la movible rueda de su jaula. Pero ¡cuántas precauciones ha de tomar para que el eje del cuerpo coincida con el eje del puente y para no caer fuera del plano inclinado cuya anchura es sólo de 30 centímetros! ¡Cuánta agilidad necesita para dominar y contrarrestar la velocidad adquirida cuando la bola ha empezado á correr!

Los ejercicios de fuerza y de habilidad se basan muchas veces en los principios mecánicos de la gravedad, de la velocidad adquirida y de la inercia de la materia, y aunque los clowns se preocupan poco de conocerlos los aplican con destreza extraordinaria gracias á una especie de instinto, á una aptitud especial que les permite encontrar rápidamente la posición de equilibrio.

De ello es buena prueba el ingenioso y nuevo ejercicio de Mr. Lepère.

(De *La Nature*)

BARCELONA. – IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 24 DE JUNIO DE 1889 — NÚM. 391

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL BAÑO, cuadro de Mme. Demont Bretón (grabado por Baude)

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

EL BAÑO, cuadro de Mme. Demont-Bretón

(grabado por Baude)

Por desgracia de nuestras sociedades, la gente pobre confundiendo dos ideas tan distintas como el lujo y la higiene incurre casi siempre en el error de descuidar los preceptos de ésta á pretexto de que son manifestaciones de aquél que su humilde posición no les consiente. ¡Lamentable preocupación! ¡Equivocación funesta! El lujo de la limpieza es un lujo que pueden permitirse las clases más desheredadas; la naturaleza en su benéfica sabiduría ha prodigado á manos llenas la primera materia, el agua.

Así lo entiende y lo entiende bien la madre del cuadro que reproducimos: podrá no tener finas batistas y ricos encajes con que cubrir el cuerpecito de su robusto hijo pero no le faltan ni una tinaja en que bañarle ni solicitud para conservarle la única fortuna del pobre, la salud, en la cual tan importante papel representa la limpieza.

Mme. Demont-Bretón al pintar un cuadro lleno de encanto y de gracia ha prestado un buen servicio á las madres indigentes: les ha dado *gratis* un consejo más valioso de lo que á primera vista parece y les ha indicado un medio asequible á todas las fortunas de proporcionarse un gusto y de cumplir el principal precepto de la ciencia madre de la medicina.

OVIDIO EN EL DESTIERRO
Estatua de Héctor Ferrari

El autor de esta bella estatua, expuesta en el certamen italiano celebrado en Roma durante el corriente año, es un artista distinguido y un hombre político importante hasta el punto de contarse entre el escaso número de diputados republicanos del parlamento. Su Ovidio tiende visiblemente á escuela clásica y es una buena interpretación del famoso poeta latino desterrado al Ponto Euxino, donde había de extinguirse su vida.

La expresión del semblante y la actitud del personaje, revelan la nostalgia del hombre que se siente morir lejos de su patria; el ropaje está trazado con amplitud y hasta con lujo de dificultades acumuladas adrede para ser vencidas.

DANZA ORIENTAL, cuadro de Enrique Serra

Cualquiera que contemple el cuadro de Enrique Serra comprenderá cuán potente hubo de ser el esfuerzo de su imaginación para concebir y reproducir una de esas escenas íntimas de la vida oriental que por desarrollarse en el sagrado del harem son completamente ignoradas por los profanos. No parece sino que el artista ha logrado con mágico conjuro traspasar los infranqueables umbrales de aquel recinto y sorprender los secretos que en él se ocultan á las miradas de los simples mortales. ¡Tan acabado y tan lleno de sabor local resulta el lienzo cuya copia reproducimos!

La indolencia, la voluptuosidad, el embrutecimiento, la indiferencia, estas cualidades salientes de la decadente civilización oriental están magistralmente retratadas en las distintas figuras del cuadro, cuyo marco y cuyos detalles son de una verdad y belleza irreprochables, formando todo ello un conjunto digno del pintor que en la actualidad es uno de los más preclaros miembros de la colonia artística española en Roma.

LA ESTRELLA DEL PASTOR
cuadro de Julio Bretón

(Exposición Universal de París de 1889)

El título de este cuadro está, á nuestro modo de ver, en abierta contradicción con la escuela á que la pintura pertenece: respira el primero poesía, parece indicar la existencia de un afecto tierno de que es objeto la campesina en el lienzo retratada; en cambio la segunda puede ser clasificada desde luego dentro del género realista que busca la belleza natural sin curarse poco ni mucho de las reglas académicas. Bretón ha seguido sin duda las huellas del inmortal Courbet, de ese revolucionario en todos los terrenos que así decretaba el derribo de la columna de Vendome en nombre de la *Commune* como en su calidad de artista arremetía contra lo que él calificaba de mentira y de preocupación rancia; y sin embargo no se ha sentido con fuerzas ó valor bastantes para romper por completo con la tradición artística que no estimando incompatibles la poesía y el realismo antes bien armonizando una y otro ha llegado en las modernas escuelas á ese género mixto que lo mismo huye de las lucubraciones idealistas que de las realidades repugnantes.

Decimos que no se ha sentido con fuerzas ó con valor para ello porque aun prescindiendo del hermoso paisaje que le sirve de fondo, su cuadro tiene cierto sentimiento que casi hace olvidar la dureza y la rusticidad de algunos detalles que en otro género podrían ser tenidos por defectos. Admitido el género, bien que algo atenuado, consideramos la obra de Bretón de indiscutible belleza: la figura de la arrogante aldeana es la figura de la hija del campo avezada á las fatigas de las rústicas labores y á las inclemencias de la naturaleza; las toscas ropas que mal cubren su cuerpo acusan la rigidez de las burdas telas de que están hechas y los rasgos de su semblante revelan frescura y robustez y tienen la expresión franca y decidida que sólo puede encontrarse allí donde son desconocidas la hipocresía y la falsedad, hoy por desgracia enseñoreadas de los grandes y aun de los medianos centros de población.

LA SALVACION DEL CAPITOLIO
cuadro de Enrique Motte

Corría el año 390 antes de J. C.: los galos vencedores en Alia habían caído sobre Roma y puesto cerco al Capitolio á donde se retirara Manlio Capitolino con algunos de sus soldados, con los senadores y con los sacerdotes. Desesperados los sitiadores de la resistencia que aquel puñado de hombres les oponía intentaron á favor de las sombras de la noche sorprender la ciudadela por la parte más abrupta del monte sobre el que ésta se alzaba y haciendo escalas de sus cuerpos y de sus escudos iban á consumar su propósito cuando el graznido de los gansos puso en alarma á los romanos que advertidos á tiempo del peligro acudieron á la muralla y lograron frustrar la intentona de sus enemigos.

Tal es el asunto que Enrique Motte ha utilizado para su hermoso cuadro en el cual, además de la verdad histórica de la que tan apasionado se muestra este pintor, resplandecen no pocas bellezas de orden artístico.

LA CONFIDENCIA DE LA AMIGA

Que no se trata de asunto baladí lo demuestran á las claras el interés de la que narra y la atención de la que escucha. Esto sentado ¿sobre qué puede versar la confidencia? No creemos pecar de indiscretos si decimos lo que ya habrán pensado nuestros lectores: sobre el amor, pero no sobre esa idea abstracta que ha hecho cavilar á más de cuatro filósofos y á la cual entonan sentidas endechas tantos poetas, sino de un sentimiento concreto con sujeto y objeto determinados. Si conociéramos al interesado, nosotros que hemos podido asistir á la entrevista en que se decide su suerte, le anticiparíamos la enhorabuena; de esta confidencia no puede resultar otra cosa que la realización de sus más dulces y ardientes esperanzas.

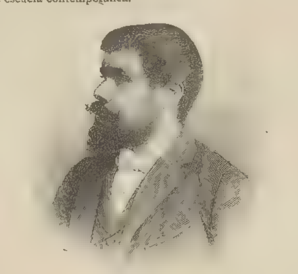
SUPLEMENTO ARTÍSTICO

EL SALVAMENTO, cuadro de Dawant

grabado por Baude (Salón de París, de 1889)

Hé aquí uno de los cuadros que más han llamado la atención en el Salón del presente año; ante él se agolpa la multitud atraída por la grandiosidad de la concepción, por la valentía y brillantez del colorido y por lo simpático é interesante del asunto. Y sin embargo, este cuadro, aparte de algunos lunares más ó menos pequeños, tiene un defecto de capital importancia que puede resumirse en la siguiente pregunta ¿quién salva á quién? Cuestión es esta que los críticos franceses no han logrado todavía resolver de una manera definitiva pues argumentos no pocos hay en pro de las dos opuestas afirmaciones.

Estos mismos críticos, empero, aun admitiendo todas estas objeciones que á la valía del lienzo se oponen, están contestes en que la obra de Dawant es grande, está llena de bellezas superiores indiscutibles y asegura á su autor un lugar preeminente entre los pintores de la escuela contemporánea.



ENRIQUE SERRA

SAN JUAN Y SAN PEDRO
Y LAS VERBENAS DE OTROS TIEMPOS

Remotísimo es el origen de las verbenas de San Juan y San Pedro, y sobre todo la primera en España se celebraba no sólo por los cristianos sino también por los moros, como lo dicen las tradiciones y romances viejos, pues también los musulmanes reverenciaban al santo Bautista, á quien llamaban el Profeta Alí (1).

Plebeyos y cortesanos, damas y caballeros; viejos y mozos tomaban parte en tan alegre fiesta, pero cuando entre nosotros tomó aspecto singular fué en los reinados de los Felipes de Austria, sobre todo desde que la corte se estableció definitivamente en Madrid.

El Prado, el río y, sobre todo, para los palaciegos, los fastuosos jardines del *Buen Retiro*, tenían gran atractivo en las noches de San Juan y San Pedro, en las que damas y galanes, prevaliéndose de la holgura que en aquella ocasión reinaba, por gracia especial que los santos dispensaban á los madrileños, salían en busca de aventuras á tan amenos sitios.

Así decía Benavente, en su entremés: *El negrito hablador*, por boca de sus personajes:

ALONSO. Alegre noche.
PEDRO. Siempre del Bautista
Son alegres las noches.
ANGELA. Por lo menos,
En Madrid celebradas.
FRANCISCA. Yo aseguro
Que se venden por lindas en el Prado
Mil feas esta noche, etc.

En efecto: el socorro de los mantos, la confusión, los coches, la obscuridad que en aquel tiempo reinaba en calles y paseos, eran aliciente y medio para que las mujeres, sobre todo, hiciesen perder la brújula á más de cuatro galancetes que pretendían pescar á río revuelto (2).

Pero lo que por todo extremo excitaba la curiosidad y el deseo de las madrileñas eran las suntuosas fiestas que de ordinario se disponían para aquellas noches en los jardines y palacio del Buen Retiro, donde el lisonjero Conde-Duque de Olivares tenía como aprisionado al Rey con agradables cadenas de festines y comedias, aturdiéndole con ellas para que no oyese la desastrosa tormenta que estaba devastando la monarquía, así como «para que el gusano de seda no se muera al encapotarse el cielo y echar bravatas, así de truenos como de los rayos que arroja, el remedio único es tocar guitarras, sonar adufes, repicar sonajas y usar de todos los instrumentos alegres que usan los hombres para entretenerse (3).»

Tan general era la afición á concurrir á estas magníficas fiestas y á la algazara y bullicio que ofrecían el Prado y el Manzanares, que exclamaba un poeta (4):

¿Qué sabandija se queda
La víspera de San Juan
Sin ir al río, si hay río,
Y sin ir al mar, si hay mar?
. . . .
. . . .
Según eso, no es milagro
Que en Madrid, que aun río no hay,
Vayan todos á un estanque,
Que de mar tiene el caudal.

Era, por tanto, preciso seguir la general corriente y dar lo suyo á una época y un mes que:

Para *San Juan* pide coches
Y meriendas en el río (5).

Los poetas más afamados de la corte ponían á contribución su ingenio para que en las noches de San Juan y San Pedro pudieran los Reyes y los cortesanos disfrutar funciones teatrales que dejaran atrás en esplendidez, tramoyas é iluminaciones, cuanto se tenía noticia que hasta entonces se hubiese hecho.

Calderón, Mendoza, Solís, Cáncer y Quiñones de Benavente, como poetas de comedias, bailes y entremeses; Cosme Lotti y Luis Vaggio como arquitectos y tramoyistas; Prado, Ascanio, Juan Rana (Pérez), la Heredia, la Córdova y la Riquelme, como representantes, todos eran puestos á contribución en tan memorables noches, para que nada faltase á la perfección de la fiesta.

Aunque en el palacio del Buen Retiro se había construído un soberbio coliseo, que al decir de algún escritor contemporáneo era *afrenta de los romanos anfiteatros* (6), para estas noches no se le conceptuaba ni á propósito, ni bastante á dar cabida á la mucha gente que bajo el estrellado y hermoso cielo de verano, deseaba disfrutar las verbenas de tan populares santos.

Notable fué la comedia que con tal objeto se preparó en la noche de San Juan de 1635, en que se representó la de Calderón: *El mayor encanto, amor*, en medio del gran estanque del Retiro, pero quedó muy atrás y obscurecida esta función con la celebrada en el siguiente año de 1636.

Desde el 19 de junio estaba el Rey en el Buen Retiro, á donde había trasladado su residencia, llevado por la amenidad del sitio, y allí diariamente gozaba de distracciones como paseos, luchas de fieras, meriendas, etc.

La víspera de la verbena de San Juan palpitaron de temor é impaciencia más de una vez los corazones de las bellas y de los galanes, que aguardaban ansiosos la función anunciada, pues aquel año se esperaba que fuese magnífica, por los preparativos y gastos que había hecho el Conde-Duque de Olivares.

He dicho que palpitaron de temor los corazones, porque el cielo, queriendo, sin duda, tener en jaque á los cortesanos de la tierra, aficionados á tan profana fiesta, hecha en obsequio de otro de los más grandes cortesanos del reino de los cielos, del Santo Bautista, se presentó ya claro, ya lluvioso, pero por fin dió espacio para que la función pudiera lograrse.

Habíase construído al efecto un teatro con su escenario abierto por arriba, de tan excelente fábrica, que dicen los pomposos coronistas de la época *aventajaba sin duda* al que en Roma hizo Marco Scauro.

Era un hemiciclo que por ninguna parte embarazaba para ver, tan capaz que en él cupieron con sobra los convidados, á pesar de ser muchos.

Los asientos estaban divididos por medio de canceles, formando arcos de flores y hiedra, tan abundantes, que era una verdadera copia de la naturaleza.

Habíanse formado nada menos que tres escenarios, para que en cada uno se ejecutase una jornada de la comedia,

---

(1) En *El escudero Marcos de Obregón*, de Espinel, dice el renegado á un español: «Ven conmigo, no como esclavo, sino como amigo, que quiero que con libertad te alegres en estas fiestas que hoy se hacen al *Profeta Alí*, que vosotros llamáis San Juan Bautista.» *(Relación II. Descanso XI.)*

(2) Así decía cierto poeta:

Que hay mujer que en el engaño
Que en esta noche previene,
Librados los gustos tiene
De los deseos de un año.

ALARCÓN: *Las paredes oyen* (act. I, esc. XVI).

(3) Con estas frases satirizaba lo que con el Rey se hacía don Jerónimo de Barrionuevo, quien se entretenía en escribir *Avisos* de lo que acontecía en la corte, como lo hicieron también por entonces Pellicer, Manjarrés, León Pinelo y otros anónimos. (Bib. Nacional, ms. H. 100.)

(4) Benavente, en el entremés de *Las dueñas*, que se representó en el Retiro en una de esas celebradas fiestas reales.

Lope de Vega en su *Dorotea*, dice por boca de ésta, hablando del Manzanares, que «más vale una noche de San Juan suya, entre verbenas, álamos y mastranzos, que los días de barcos enramados,» (del Guadalquivir). *Act. II, esc. II.*

(5) El referido Benavente, en su entremés: *La Capeadora.*

(6) Así lo dice D. Luis Vélez de Guevara en su novela: *El Diablo Cojuelo.*

que era *Los tres mayores prodigios*, de Calderón, debiendo intervenir en la representación *tres compañías teatricas* diversas, como en certamen y oposición.

El pavimento estaba cubierto de alfombras riquísimas, tejidas de flores, y en todo el ámbito del teatro se alzaban cuatro pirámides, en cuya cima había hachas y en los tres frentes de cada una, alumbraban unos leones plateados, que sostenían sendas antorchas, siendo doce al todo, habiendo por lo alto del teatro cincuenta vistosos faroles, contándose en junto más de mil seiscientas luces.

Habiéndose despejado los nublados, como dicho queda ya, la víspera de la verbena de San Juan se llenaron de agua los estanques, surcados por muchas barcas, y hubo bailes de representantes y músicas, y en el Prado gran número de coches, estando los Reyes hasta las doce en los balcones que miraban hacia aquel paseo.

La comedia no se representó hasta la noche misma de San Juan, dando principio á las diez y terminando á las dos de la madrugada, y aun no debió representarse muy despacio, si se tiene presente que entre jornada y jornada hubo tres bailes y tres entremeses, uno de ellos de monos y otro en que tomaron parte treinta y ocho personas, dando principio la función, según se usaba, por una loa.

La concurrencia fué de lo más principal, pues de orden del Rey se invitó á los Reales Consejos, á los grandes de España y á los embajadores de las potencias, y tan complacidos quedaron todos, y en especial el Rey, que á don Pedro Calderón le fué hecha merced de un hábito de Santiago, cosa que pareció muy bien á todo Madrid.

Pero si notable había sido la fiesta de San Juan, no se quiso le fuera en zaga la de San Pedro, príncipe de los apóstoles; así que la noche de la víspera se previno de nuevo á los reyes gran diversión y regocijo de músicas, y volvieron numerosas barcas á surcar las aguas del gran estanque, el cual había sido fabricado últimamente.

Dice un adagio popular que «á quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga,» y se conoce que aquella noche no debía haber merecido la fiesta acogida tan favorable en las celestes esferas, pues cuando el numeroso concurso, en el que había multitud de coches, invadía el Prado, el peso del agua que contenía el estanque hizo reventar el paredón de cal y canto que caía á la parte del Prado, con lo que el agua inundó aquel paseo, entrando hasta por las ventanas del palacio, con lo que se convirtió aquél en un lago, ó se *alagó*, como dice un manuscrito de la época (7).

Quiso la ventura del monarca que éste se hallase en aquel momento haciendo colación en una de las ermitas próximas, con lo que se libró del riesgo que hubiera corrido si el rompimiento del murallón hubiese acontecido cuando con la reina y los infantes se hubiese hallado en las barcas, según pensaba hacer acabada la refacción.

Como, por suerte, el fracaso no pasó de un susto regular, no obstante el mal agüero, túvose la comedia á la siguiente noche, que era domingo y día de San Pedro, repitiéndose la de *Los tres mayores prodigios*, con la descripción de las tres partes del mundo, Europa, Asia y Africa.

El año siguiente de 1637 se celebró también grandemente la verbena de San Pedro, y Olivares ordenó que se hiciese una tramoya nueva, dispuesta por el ingeniero italiano Cosme Lotti, ó como el vulgo le llamaba, *Cosmelot*, que había de ser *la primera cosa del mundo* (8), y además una mascarada. La comedia debía ser: *Apolo y Climene*, de Calderón.

Pero cuando se echó el resto fué dos años después, en el de 1639, en que para divertir á las personas reales trabajaron de consuno el Conde-Duque de Olivares y el du que de Medina de las Torres, que á la sazón era virrey de Nápoles, quien en la competencia que con grandes señores extranjeros sostuvo, pretendiendo la mano de la fastuosa italiana princesa de Astillano, obtuvo la palma de Himeneo.

El duque había enviado de Nápoles varias góndolas, con destino al estanque del Buen Retiro, para que se empleasen en las noches de las verbenas de San Juan y San Pedro.

Al efecto de poder efectuar la representación en las aguas del estanque mismo, se hizo elevar sobre él unos tablados, obra de Lotti, que era el alma de la tramoya.

Debía echarse una comedia de Calderón, autor también obligado de estas fiestas, como de los autos del Corpus, y era la de aquel año: *El hijo del Sol, Faetón*, pues, como por los títulos se nota, escogían siempre los poetas asuntos mitológicos, que se prestaban más que otros para el lujo del decorado.

En la comedia de aquella noche algunas de las escenas debían ejecutarse sobre el agua, en carros marinos, como cuando dice Faetón, anunciando la salida de Tetis:

Hoy, ó miente aquel escollo,
Que su *triunfal carro es*,
Costeando viene la orilla.

(7) Bib. Nac., ms. H. 38.
(8) Bib. Nac., ms. H. 38.



OVIDIO EN EL DESTIERRO, estatua de Héctor Ferrari

Más de tres mil luces derramaban sus resplandores por el estanque, surcado por las góndolas, dentro de las cuales no sólo debían ver la comedia los reyes y convidados, sino también cenar.

Para aquella noche fueron invitados los grandes de España y señores de la corte, los embajadores y los cardenales Borja, Moscoso y Spínola, que se hallaban en Madrid.

La princesa de Astillano, mujer del virrey duque de Medina de las Torres, quiso hacer alarde en aquella fiesta de su esplendidez y riquezas, y en efecto, á sus expensas, se regaló á cada una de las damas que concurrieron á la nocturna representación un canastillo de plata, con una salvilla de oro, no pequeña, y en ella un huevo, también de oro; además un rico lienzo de narices, una toalla de tela de Cambray y para la cabeza un *serenero* (9) de tafetán, guarnecido todo de riquísimas *puntas* ó sea encaje. Cada uno de los regalos se valuó en más de 300 ducados, pudiéndose calcular por eso la prodigalidad de la de Astillano (10).

De este modo magnífico siguieron festejándose en el Buen Retiro las famosas verbenas de San Juan y San Pedro, mientras el reinado de Felipe IV, si bien como el gasto era tan enorme y el tesoro se agotaba por momentos con las desastrosas guerras en que se perdían el territorio y la preponderancia de la patria, en adelante inventáronse algunos arbitrios para el sostenimiento de las comedias del Buen Retiro, como fué el creado en febrero de 1656, imponiendo un cuarto sobre el aceite.

Aquel mismo año, á la comedia del día de San Juan concurrió el público, pagando la entrada, como en los demás corrales ó teatros, habiéndola fijado el Consejo de Castilla en cuatro reales. ¡Tanto habían mudado los usos desde el tiempo de la de Astillano!

Estos breves apuntes habrán dado una ligera idea á los lectores del modo singular como se celebraban las verbenas en aquellos tiempos, y podrán observar lo que de ellos ha trascendido á los nuestros.

JULIO MONREAL

UN HOMBRE DE MAR

(Boceto marítimo)

Hombres hay para los cuales una de las cosas más graves que pueden ocurrirles en la vida es perder una ilusión y así, para no verse en ese trance fiero, hacen «los imposibles,» según dicen ellos, y ora renuncian á toda lectura y trato con las gentes; ya miran con desdén, desdeñosamente quiero decir, las pompas y vanidades humanas ó bien se retiran al hogar paterno *de su tía* y allí, lejos del mundo, comen su cocidito dán doseles tantos ardites (medida de capacidad para hombres sólidos) de lo que ocurre más allá de sus garbanzos; como cominos me importan á mí las nubes de antaño.

Otros, más prácticos, llaman al pan pan y al vino vino, como el castellano viejo, y cuando les engaña una mujer – pongo por caso de pérdida de ilusión – y los abandona, se entregan con empeño á la ilusoria tarea de buscar otra estable, comprendiendo pronto que sin ilusión podrían vivir pero no sin mujer, habiendo algunos, en este capítulo, tan marrulleros que traen al retortero dos ó tres mujeres y están ilusionadísimos por todas ellas, yéndoles tan bien con el sistema, que en cuanto se les inutiliza una, sea por lo que sea, se procuran otra para cubrir la vacante y les va tan ricamente. El resultado es que en este mundo cada cual abriga ó descubre sus ilusiones, según la estación y su manera, y ¡guay! de aquel que no las tenga, porque la verdad es muy dura de cocer y conviene dorarla un poco para tragar la píldora y vivir aquí en santa calma. Pero entre tener ilusiones, ya se las abrigue ó se las destape, y vivir de mentiras, media un abismo.

Una de las ilusiones más extendidas entre el común, con perdón sea dicho, de las gentes, es la de creer que el *hombre de mar* es un ser semianfibio, diferente por completo de los demás, que anda con las piernas muy abiertas, que fuma en pipa, que dice ¡mil – ó más – carronadas! á cada paso con voz aguardentosa y que nunca se quita la gorra ni sabe qué hacerse de las manos. Si á un autor dramático cualquiera le ocurriera presentar al público un *hombre de mar* y no le asignara las extravagancias que acabo de citar, por lo menos, ni al actor encargado de representarlo en la escena le parecería bien caracterizado el personaje, ni al público tampoco. Al hablar debe abusar de los términos técnicos de náutica: algo de escota y foque y amura, su poquito de barlovento y mucho de carronadas; sin carronadas con voz de trueno no hay nada de lo dicho.

Pues bien; ese tipo ha desaparecido, sin que sea esto asegurar que en la realidad haya existido nunca; y siento quitar esa ilusión á las personas de gusto apegadas á ella, aunque si tanto lo están, lo mejor será que sigan en sus trece, que no den crédito á mis palabras y que continúen creyendo que fuera del capitán Tiburón, el de la zarzuela bufa, y del contramaestre de Marina, zarzuela bufa también, por más que digan, no hay hombres de mar, propiamente dichos, ni los puede haber «aunque se juntara el cielo con la tierra,» lo cual es aun más difícil de lo que creen muchos de los que lo dicen.

En los barcos, como en todas partes, pues en el mismo cuerpo diplomático se dan ejemplares, hay hombres rudos por naturaleza ó por falta de educación, y hay infelices que desempeñan á maravilla el papel de enano de la venta ahuecando la voz y diciendo ¡allá voy! aunque luego no vayan á ninguna parte: hay hombres que son erizos naturales, favorecidos por la anatomía, que pinchan por todas partes á todo el que se les acerca, y hay otros que siendo unos benditos de Dios se disfrazan de erizo y hacen como que pinchan aunque sólo logren arañar y hacer cosquillas que le dan risa á quien se defienda algo, y de esos dos tipos se ha hecho en el teatro el del hombre de mar, como del soldado andaluz y del soldado listo – que son dos, porque se puede ser muy andaluz y muy tonto en una pieza, – se ha hecho el asistente que sale para hacer reir en el teatro y lo consigue, de cierto público principalmente. Pues lo mismo abunda en los barcos el hombre de mar que nos presentan en el teatro para que nos riamos de sus bestialidades de patán, que en los regimientos el asistente que en análoga situación nos presentan para que celebremos sus agudezas de almanaque; uno y otro tipos son rarísimos, si es que hay alguno en el mar y en la tierra de verdad.

Un amigo mío, jefe de la Armada, tenía á su servicio un marinero viejo bastante despejado pero poco instruído y que nunca había estado en el teatro; un día en Cádiz lo mandó al Principal y después le preguntó qué le había parecido, á lo cual contestó el verdadero hombre de mar: «el que hacía de marinero muy mal, *era un cómico;* lo demás *muy propio* todo». Pues lo que le pasó al marinero despejado pero poco instruído, le sucede á la mayoría del público: acepta como *muy propio* el mamarracho que le sirve de hombre de mar, porque no conoce ni sabe distinguir el verdadero tipo, y critica lo demás porque se figura conocerlo. Y de todo tiene la culpa esta pícara imaginación meridional que nos domina de un modo horroroso, y nos hace vivir enredados en un fárrago quijotesco de metáforas, exageraciones y embustes; que nos obliga á encontrar bien dicho que llamen «sol líquido» *(sic)* al Jerez, cuando con su nombre propio le basta, como á las libras esterlinas, para pasar y ser buscado en

(9) El *serenero*, como la palabra lo indica, era un género de abrigo que las mujeres colocaban sobre la cabeza para resguardarla del sereno de la noche.
(10) Estas noticias se hallan en el códice manuscrito de la Biblioteca Nacional, H. 72.



DANZA ORIENTAL, cuadro de Enrique Serra (grabado por M. Weber)





EL SALVAMENTO, cuadro de Dawani, grabado por Baude

Salón de París, de 1889



LA ESTRELLA DEL PASTOR, cuadro de Julio Bretón (Exposición Universal de París)

todas partes; que nos hace decir á las señoras «beso á usted los pies,» aunque no las besemos en ninguna parte y menos todavía en los pies, y que autoriza á los franceses, lo cual es más grave, para que cuando se ponen á fantasear digan que están haciendo *des chateaux en Espagne*.

La verdad es que se puede ser muy hombre de mar y muy fino y sociable al mismo tiempo. Nelson, que como *hombre de mar* era un colmo, resulta en todas sus biografías un perfecto *gentleman* galante, demasiado galante con las damas y hombre de delicada constitución física; don Alvaro de Bazán, el famoso primer marqués de Santa Cruz de Mudela, aquel

que el fiero turco en Lepanto,
en la Tersera el francés
y en todo el mar el inglés
tuvieron de verle espanto,

fué también un caballero correctísimo, bien quisto en la ceremoniosa corte de Felipe II y amigo y protector de poetas y otros artistas; Gualterio Raleigh, el favorito de Isabel de Inglaterra, – favorito *indescriptible*, como dice el castizo Pepe Yxart cuando tropieza con algo sucio ó pornográfico; – ese fué un insigne hombre de mar y un agradabilísimo hombre de sociedad del cual se conservan rasgos, como el del verso escrito en el cristal y contestado por la reina su querida, y el de la capa de terciopelo extendida sobre el barro para que aquella no lo pisara, que lo colocan á la altura del cortesano más hábil y discretamente enamorado.

Porque sacar como tipo de hombre de mar á un modrego que no se sabe si es hombre ó un molusco incrustado en las tablas de un barco, á las que fué á parar desde las rocas de una costa, y que continúa, cogido á los obenques, la vida que empezó amarrado á la bancada de un bote de pesca; poner en situaciones difíciles de la vida social, llena de convencionalismos y de modas exóticas, á un hombre que vive apartado de esa vida y que no la busca ni la quiere; obligar á un ser, aunque posea la inteligencia humana, tan dúctil y maleable como ella es, á que se adapte sin período de transición á un medio que desconoce y que en nada se parece al que antes le rodeó, todo eso será muy socorrido por los ingenios ralos y les permitirá cultivar el campo tan agostado ya de los contrastes; pero ni el personaje será real, sino ficticio, ni la risa ó cualquier otro efecto que produzca estarán justificados porque nazcan de la verdad del documento que se examina, al cual ha de faltar necesariamente el indispensable *color de humanidad*, que dijo el otro. Como en los barcos, cuyo público es escogido, no producen efecto ni extrañan á nadie las torpezas que hacen y las vaciedades que dicen los terrestres que los visitan ó accidentalmente viven en ellos: unos y otros son naturales.

Claro es, y yo soy el primero en no dudarlo, que el medio ambiente modifica por manera evidente el carácter de las personas sometidas á la influencia suya, pero no en la masa del carácter, si puedo expresarme así, sino en la dirección que toman los movimientos impulsivos que lo exteriorizan ú objetivan; así es que en un barco el hombre de carácter jovial no se hará tétrico é hipocondríaco por el hecho de estar embarcado sino que para esparcir su genio tendrá que buscar otros caminos distintos de los que en tierra tiene á su disposición; no irá al teatro, por ejemplo, ya que tan teatral sale este artículo, pero representará él; no retozará con las muchachas, pero las recordará y hablará de ellas con muchísimo gusto; lo mismo el hombre de genio taciturno ó encogido no se suicidará en cuanto se embarque, sino que en vez de estarse metido en casa ó pasear por lugares solitarios, como hacen sus similares terrestres, hará vida de camarote y hablará sólo lo preciso. Es decir, que no se puede dar una fórmula exacta del *hombre de mar* como se podría dar una receta para matar ratones; más aún: creo que el *hombre*, tal hombre, *de mar*, no existe, como no existe el de minas ni existirá el aeronauta especialísimo.

Si á cualquiera de nosotros lo cogen y lo meten en un subterráneo, desde la luz plena, al pronto no verá nada, luego verá un poco y acabarán sus órganos por acomodarse para aprovechar toda la claridad que allí haya; al salir tampoco ve, le deslumbra el excesivo resplandor, pero acaba por acomodarse al nuevo ambiente; la acomodación de los órganos es la adaptación en los caracteres y lo mismo, antes ó después, mejor ó peor, se verifica aquélla que ésta. Antes no sé lo que ocurriría, aunque por los tres hilos que he cogido, Nelson, Bazán y Raleigh, creo fácil sacar un ovillo, pero lo que es ahora respondo de que un *hombre de mar* no es otra cosa que un valiente embarcado y sabiéndose manejar á bordo.

Nada de carronadas ya, nada de hacha de abordaje ni de balbucear para decir con ilación siete palabras seguidas. En los barcos hay de todo, como fuera de ellos, y el título de *hombre de mar*, que lo es sin duda, pues esa frase indica la idea de marino ejemplar y distinguido, no se adquiere por ahuecar la voz, pues mucho más la ahueca un chantre de catedral, ni por estar mucho tiempo en los barcos, pues allí nacen y mueren las cucarachas, ni por las demás ridiculeces con que exornan al personaje casi todos los noveladores y dramaturgos que pretenden presentar el tipo al público; se adquiere siendo un hombre de valor sereno, capaz de abnegación y de entusiasmos, y demostrando en los barcos esas cualidades. Si César no se hubiera embarcado más que una vez, aquella en que desencadenada la rugiente tempestad, perdido el gobierno de la nave, juguete de las olas encrespadas, todo era á bordo confusión y miedo y él se impuso, grande y sereno, con su actitud magnífica y una de sus más hermosas frases, restableciendo la confianza y el orden desaparecidos, César en aquel solo momento, sólo por aquel hecho, hubiera conquistado la honrosa categoría de *hombre de mar*.

Federico Montaldo

MIRTILA Y SUS TRES ENAMORADOS

por don F. Moreno Godino

I

Estos cuatro personajes eran los tipos más notables del Barrio de la calle de Segovia, y aun en Madrid, donde hay tantos, pasarían por inverosímiles y absurdos, si la mayor parte de ellos no viviesen todavía.

Reunióles la ley de la atracción y se conocieron mutuamente en la tienda de la calle del Nuncio, titulada del *Botijo Encarnado*, que como todo el mundo sabe, es digna émula y competidora de la del *Botijito*, situada en la calle de Toledo.

Estos botijos no contienen agua, como parecía natural, sino aguardiente más ó menos de Chinchón que al decir de los aficionados, es una especialidad en su género; y así debe ser, puesto que ambos acreditados establecimientos están siempre llenos de una sociedad selecta, entre la que descuellan:

Alegría.
El Pérdis de la media negra.
El Tío Rata.

Pero vamos por partes.

He colocado en primer lugar á Alegría, porque es el más joven y el más comprensible.

Alegría (no sé si esto es apellido ó mote) tiene veintitrés años de edad, y no sería feo á no tener siempre la nariz encarnada como una remolacha. Viste con algún abandono, y en su traje predomina siempre el color rojo, sin duda para hacer juego con el de su nariz; así es que además de un pañuelo encarnado al cuello, casi siempre lleva un levitín encarnado como los que suelen usarse en Filipinas. Alegría justifica su nombre ú apodo, porque siempre está alegre y risueño á veces sin motivo. Es secretario íntimo, escribiente memorialista ambulante de los aguadores del Prado y del Paseo de San Vicente, y por esto lleva siempre en el bolsillo un tintero de cuerno y demás recado de escribir.

Así se gana la vida, vida fácil y reducida á su más mínima expresión, porque Alegría, hasta poco antes de la época de este relato, nunca tuvo casa ni obligaciones. Descabezaba el sueño en las tabernas y buñolerías, hacía su tocado en las fuentes públicas teniendo por toalla el aire y el sol, y él mismo lavábase su ropa en el cristalino Manzanares.

Pues no obstante estas deficiencias, resulta el tipo más limpio y correcto, de los que tengo el gusto de presentar al lector. ¿Cómo serán los otros?

Son del tenor siguiente:

Un hombre que lo mismo puede tener treinta años que setenta, puesto que en su apergaminado rostro no puede leerse la edad. Con una nariz apenas perceptible, unos ojillos opacos que parecen dos incisiones en una calabaza, porque no hallo cosa más exacta con la que comparar su frente y su cabeza en la que no hay ni un solo cabello rezagado, dos orejas inmensas por donde asoman mechones de los nervios capilares, que se han desarrollado por dentro, y un cuello largo y grueso que se asemeja al fuste de una columna corintia.

Tal es el Pérdis de la media negra.

Su delgadez es tal, que á veces se le asoman los huesos á través de la epidermis. Su semblante ofrece la expresión espantada de un buho expuesto á la luz del sol, y su voz, de acento metálico como el grito del elefante, parece como que sale del fondo de un abismo lejano.

Su traje es una mueca. Lleva un gran sombrero de copa en forma de campana, que él dice que es de castor, con tres agujeros en la copa para facilitar la traspiración. Las alas, primitivamente debieron ser grandes, pero el Pérdis ha ido acortándolas conforme se van deteriorando, y en la actualidad sólo tienen dos dedos escasos. Usa un corbatín de suela como antiguamente los soldados. No gasta chaleco, y se sostiene los pantalones por medio de un solo tirante de orillo que le cruza el pecho á guisa de bandolera. Cuelga de sus hombros un levitón de forma antigua, de color de manzana, con un cuello parecido á la collera de una mula de tiro, y como suprema extravagancia, lleva una media negra en el pie izquierdo, el derecho desnudo, y ambos metidos en unas alpargatas negras: lo cual ha dado origen á su apodo de *Pérdis de la media negra*.

Respecto á mis lectores de Madrid (si los tengo) estoy tranquilo, porque en la heroica villa corte estamos fogueados contra toda clase de extravagancias; pero temo que algún provinciano que no ha venido, ó ha pasado someramente por este *pandemonium* cortesano, suponga que miento ó fantaseo, exhibiendo tipos que no existen en la naturaleza humana. Desgraciada ó afortunadamente ésta se enlaza tan por completo con el resto de la creación, que el hombre es el dechado de todas las monstruosidades físicas y morales de los demás seres y cosas que pululan en el mundo.

Respondo, pues, de mi veracidad. Los personajes de este relato están tomados del natural, y sólo he hecho esta digresión para descargo de mi conciencia.

Porque lo menos importante es la parte externa del Pérdis de la media negra. Para describirle moralmente necesitaría volúmenes. Raya en el idiotismo y se cree un sabio. Es pobre y débil y más soberbio que Tarquino. Apenas sabe leer y presume de poeta. Apenas siente la vida y pretende tener una fuerza hercúlea de corazón.

Duerme en un chiribitil sobre un jergón y come del rancho sobrante que se reparte todas las tardes en el cuartel de la Escolta Real.

Se cree un genio desconocido, pero que el día menos pensado conmoverá al mundo, y se resigna á vivir por amor á la humanidad. Ha escrito dos obras (inéditas por supuesto): una un tratado de ornitología y la otra de astronomía.

En la primera pretende probar que el mirlo tiene opinión política, fundándose para ello en que hay mirlos que cantan la Marcha Real y mirlos que entonan la Marsellesa; en la segunda afirma que la estrella Alfa del Centauro sólo dista de la tierra cuatrocientos veinte kilómetros y cinco metros.

Cuando sus trabajos científicos se lo permiten, hace versos en memoria de su padre que fué alto funcionario del Tribunal de la Rota y primo segundo de Meléndez Valdés, y en ellos aconsonanta escorpión con Palafox.

Hasta hace poco el Pérdis, aunque contrariado y no comprendido, vivía hasta cierto punto feliz é independiente como España antes de la invasión cartaginesa, pero un encuentro fatal vino á robarle su tranquilidad...

Pero no anticipemos los sucesos.

II

El joven Alegría conoció al Pérdis en la tienda del *Botijo Encarnado*, y se hizo su amigo y admirador. Le cree omnisciente, y siempre que hay crisis política, se admira de que la Reina no le llame para formar ministerio. El Pérdis le abruma con su superioridad, y le atrae además por la ley de los contrastes; pues éste tiene tanto de sombrío y melancólico, como aquél de jovial y expansivo.

Dicho esto, debo ocuparme del Tío Rata, y al hacerlo me tiembla la pluma, porque este ser raya en lo extranatural y hace creer en el espiritismo y demás zarandajas.

Considerado el Tío Rata como hombre, y sobre la superficie de la tierra, ofrece poco de particular. Sesenta años de edad, rostro embrutecido sin nada saliente, ojos entornados y hundidos como los de todos los que viven mucho de noche ó en la noche, cuello corto, piernas encorvadas hacia fuera que indican fuerza corporal, pies enormes calzados á veces con las chapeadas botas del oficio: he aquí al Tío Rata en su aspecto exterior.

Aparenta lo que efectivamente es, *Jefe de alcantarilleros del distrito de Puerta Cerrada*. En este concepto es notable, pero no maravilloso, como diré después.

Conoce casi desde niño la alcantarilla de Madrid, ese inmenso espacio subterráneo que abraza cerca de cuatro leguas de circuito. Se sabe de memoria el confuso enverjado de las cañerías de gas, los tubos que distribuyen el agua á las fuentes públicas, los desagües de los pozos, los cauces de los albañales, los atajos de grava ó de mampostería, y los *sibiles de acometimiento*, que comunican con las cuevas de los edificios y constituyen las entradas á la alcantarilla.

Es el erudito del miasma y de la podredumbre, el explorador de las tinieblas subterráneas, ó mejor dicho, ya nada tiene que explorar porque lo conoce todo, y anda por debajo del suelo con la misma facilidad que un bibliófilo por entre los estantes de su biblioteca.

Su cabeza resiste el mareo de los más fétidos olores, y entra donde ningún otro lo haría sin asfixiarse. Anda por sitios de la cloaca á los que nadie se atrevería á llegar.

Por eso el Tío Rata es insustituíble. En una ocasión quiso dejar su oficio, para emplearse en el *Matadero*, pero sus superiores consiguieron disuadirle doblándole el sueldo, para bien público y suyo particular.

Porque el Tío Rata no se conoce á sí propio, ignora cuánto influye en él la alcantarilla.

Sacadle de ésta y será un hombre vulgar, como lo es siempre que está *sobre* la tierra.

Porque... aquí entra lo inverosímil; la influencia del subterráneo labra en él inconscientemente. Debajo de la tierra sus ideas adquieren una lucidez portentosa; lo sabe todo: en la superficie no sabe nada.

Un escritor bohemio, Pelayo del Castillo, me puso en contacto con el Tío Rata, y conseguimos que nos permitiese acompañarle un día á la alcantarilla, y allí adquirí el convencimiento de que este es un *medium*, como dicen los espiritistas, ó de que se inspira en la sentina y es el poeta del fango.

Caminábamos por sitios desconocidos para nosotros, cuando en una ocasión, el Tío Rata prorrumpió en esta frase:

«En la emergencia de que la concatenación de los idiomas anihile los dialectos, el bibliópola debe conservarlos para el bibliófilo.»

Era que pasábamos por debajo de la calle de Valverde, en donde está situada la Academia de la Lengua Española.

En otra ocasión dijo:

«Los arbustos se envían en medio de la luz, perfumes y resplandores; las ramas, locas con la claridad del medio-

día, parecen querer abrazarse. Hoy el Retiro se ha puesto de gala con uniforme.»

Era sin duda que encima de nuestras cabezas estaba el *Parque de Madrid.*

También le oímos recitar los siguientes versos, al parecer:

T[illegible] que pasa por bajo,
Y para los p[illegible]es,
Y se arranca ó recibe los t[illegible]
Dec[illegible]me ¿quién es e[illegible] [illegible]ros

En aquel momento caminábamos por debajo de la Plaza de Toros.

¿No es esto maravilloso?

El lector no lo comprenderá, y menos yo que he visto al Tío Rata *encima* de la tierra, que apenas acertaba á pensar ni á expresarse.

Por eso he dicho antes que este tipo raya en lo extranatural.

El Pérdis de la media negra y Alegría eran amigos íntimos, pero sólo se trataban someramente con el Tío Rata, cuando algunas veces se reunían los tres en la tienda del Botijo Encarnado.

Los tres bebían, pero sin exceso. Alegría era el menos sobrio, pero prefería el vino al aguardiente.

Los tres tiraban del carro de la vida con resignación y sin grandes perturbaciones, hasta que conocieron á Mistris Mirtila.

III

La tienda del Botijo Encarnado atrajo á Mistris Mirtila como á la mariposa la luz.

¿Quién era Mistris Mirtila?

¡Oh! la quinta esencia de lo raro y de lo incomprensible; el dechado más completo de la excentricidad inglesa, la Musa más morrocotuda de la suciedad y de la embriaguez.

Era natural del Condado de Oxford, es decir una aragonesa de Inglaterra. Tenía, ó mejor dicho tuvo un talento varonil y una ilustración vastísima. Hablaba cuatro lenguas vivas y dos muertas, á la perfección.

Pero desde las alturas de la meticulosidad inglesa cayó de tumbo en tumbo al abismo de la degradación.

Una marquesa española trájola á Madrid en calidad de señora de compañía, y tuvo que despedirla.

Fué institutriz de dos niñas hijas de un ex-ministro, y éste tuvo también que darle pasaporte.

Tuvo cuatro ó cinco casas en donde daba lecciones de inglés y francés, y también le cerraron las puertas.

¿Por qué?

Porque la pasión internacional de la ginebra y del aguardiente se apoderó de ella por completo, y las continuas *chispas*, casi extinguieron la chispa de su inteligencia.

Cuando se presentó por primera vez en la tienda del Botijo Encarnado, vivía ya casi de milagro y estaba en el prólogo del *delirium tremens.*

Tenía cerca de cincuenta años. Era rubia bermeja con cabos blancos. Sus facciones ofrecían el aspecto de una cariátide exagerada, puesto que su nariz era tan inmensa que hubiera podido admitir ronda subterránea. Llevaba en la cabeza una inmensa capota del antiguo régimen, que se parecía á un Pslop blindado de tela de araña con tripulación de cucarachas. Colgaba en sus hombros un *plaid* escocés, lleno de manchas donde no tenía agujeros, y envolvíase en una falda de alepín que se asemejaba á un sudario surcado de gusanos sepulcrales.

Pues bien, desde que los tres héroes de mi relato conocieron á este mamarracho femenino, sintiéronse atraídos hacia ella por una fuerza invencible.



LA SALVACIÓN DEL CAPITOLIO, cuadro de Enrique Motte

No quiero engolfarme en investigaciones psicológicas.

Aquellos tres seres fenomenales sintieron la impresión de otro fenómeno del sexo opuesto.

La superioridad moral de Mistris Mirtila les impuso y les fascinó.

Porque ésta, en sus pocos lúcidos intervalos, era sorprendente y les deslumbraba con su conversación.

El Pérdis, idólatra del talento, la oía embobado.

Alegría la reverenciaba como á un ser sobrenatural.

En cuando al Tío Rata la profesaba una gratitud sin límites. Voy á decir por qué.

El pobre hombre, que se *iluminaba* en la alcantarilla, era y sentíase él mismo un ignorante sobre la superficie de la tierra, pero ¡cosa rara! al lado de Mistris Mirtila conservaba su lucidez de espíritu. Sin duda provenía esto de que la suciedad de ésta corría parejas con la del albañal, y como ya sabemos, el Tío Rata se inspiraba en las sentinas.

Lo cierto es que la desastrada inglesa fué la vértebra común que unió á ella á aquellos tres hombres desequilibrados.

Fueron sus tres *cavalieros serventes*, como dicen los italianos. Rivalizaron en obsequiarla y no podían pasarse sin ella.

Dios los cría...

Mistris Mirtila, aunque borracha, comprendía el imperio que ejercía, y se dejaba querer.

Pero cada día íbase haciendo más imposible su vida: ya apenas tenía para beber aguardiente, y un resto de orgullo inglés la rebelaba contra las continuas *convidadas* de sus amigos y admiradores.

Un día en que los cuatro estaban reunidos les habló en los siguientes términos.

– Amigos míos, ¿creo que Vds me aprecian?

– ¡Oh! – exclamaron los tres en coro.

– Pues bien – prosiguió Mistris Mirtila – yo no puedo continuar en este estado de vida, sin perder mi dignidad. Me hallo desamparada, pero no quiero ser gravosa...

– Diga V., – prorrumpió Alegría que era el más vivo.

– Hay un medio de conciliarlo todo, – repuso la inglesa.

– Pondremos en práctica cuantos V. nos proponga, – observó el Pérdis.

– Y cuente V. para todo conmigo, – repuso el Tío Rata.

– Pues bueno, – prosiguió Mistris Mirtila. – He pensado una cosa. Usted, – repuso dirigiéndose á este último, – es viudo, y estos señores solteros. Ninguno de ustedes tiene familia, y todos pagan su domicilio...

– Yo no, – interrumpió Alegría, que como ya sabemos no tenía casa ni hogar.

– Pues V., como todo el mundo, debe tener un techo en qué guarecerse, – continuó Mistris Mirtila, – y he pensado que podrían Vds. vivir en mi casa.

– ¿En su casa de V.? – exclamó el Pérdis trémulo de alegría.

– Sí, amigos míos. Yo tengo una habitación extensa, y podrían Vds. ayudarme sin perjudicarse.

Inútil es decir que la proposición de la inglesa fué aceptada con entusiasmo.

¡Vivir bajo el mismo techo que la mujer amada! Sólo los verdaderos enamorados saben lo que esto significa.

Quizá á alguno de aquellos tres mamarrachos, ocurriéronsele pensamientos parecidos á los del arriero de la Venta encantada por Don Quijote, cuando esperaba desvelado á Maritornes.

La *extensa* habitación de Mistris Mirtila se reducía á un gran camaranchón y á un pequeño cuartucho anexo, situados en el último piso de una casa de la calle del Almendro.

Hiciéronse las instalaciones. El Pérdis y el Tío Rata tenían cama, buena ó mala, pero Alegría tuvo que proporcionarse un jergon, una almohada y una manta vieja.

Los tres enamorados colocaron sus *lechos* en el camaranchón, y Mistris Mirtila el suyo en el chiribitil contiguo.

El Pérdis, que era el más enamorado por ser el más sentimental, para conmemorar el fausto acontecimiento, hizo los siguientes versos dedicados al sombrero de Mistris Mirtila:

Quitado: es nube de carmín y oro
Que la crencha del sol nos deja ver.
Puesto sobre su frente, con decoro
Es bóveda del templo del saber.

IV

No quiero ocuparme de este interior doméstico, porque *peor es meneallo*; y mucho menos del dormitorio de la dueña de aquel hogar.

Penetrar en la alcoba de una mujer soltera es profanarla, y además perturbaría la paz octaviana de que gozaban los ratones, arañas y cucarachas que allí había.

Doy un salto de quince días y me detengo en la última noche de la Natividad de N. S. Jesucristo.



LA CONFIDENCIA DE LA AMIGA, cuadro de E. Schwenninger

Mistris Mirtila y sus tres pupilos determinaron celebrar la fiesta cenando juntos en amor y compaña. El Pérdis y Alegría, que se hallaban tan pobres como siempre, se proporcionaron, Dios sabe cómo, el primero una botella de aguardiente, y el segundo otra de vino, pero el Tío Rata, que ganaba un buen jornal, fué el alma de la cena, encargando en la pastelería de Botín, sobrino, un pato con nabos. Hubo también algo de cascajo y de ensalada.

Alegría, que era activo y dispuesto, encargóse de las minuciosidades.

A las once de la noche reuniéronse los comensales en la casa común. La dama inglesa se presentó encantadora, llevando en la cabeza una cinta de *moaré antique*, en la que estaban estampados los principales incidentes de la batalla de Trafalgar.

Los tres enamorados españoles no se fijaron en esta inconveniencia.

(Continuará)

NOTICIAS VARIAS

EL AFRICA CENTRAL EN 1541

En las salas de las colecciones astronómicas del Observatorio de París existe una esfera terrestre de Gerardo Mercator de Rupelmonde editada en Lovaina en 1541 en la cual aparecen varios lagos que indudablemente representan los que actualmente conocemos. El más septentrional de ellos, que lleva el nombre de *Coloe Palus*, coincide con 1'02 grados de diferencia con el Victoria Nyanza y 10° más al Sud hay otros dos que corresponden, sin duda, al Tanganika y al Banguelo. Hay, además, una porción de montañas, ríos y lugares indicados con nombres particulares que demuestran que ya en aquella época habían sido explorados.

En cambio, contiene errores tan crasos como el de dar el nombre de Zanzíbar á una extensa isla situada á 200 leguas al Sudeste de Madagascar.

Esta esfera que probablemente es la primera que se construyó con meridianos y paralelos y cuyo estudio podría ser de gran interés para los exploradores africanos, ha sido reproducida fotográficamente del original hallado en 1875 que pertenece á la Biblioteca Real de Bruselas y que fué comprada en 1868 en Gante en la almoneda de libros de Benoni Verelst.

De esta reproducción fotográfica sólo se han tirado 200 ejemplares, dos de los cuales han sido ofrecidos al Observatorio de París: uno de ellos ha sido montado en esfera, el otro se conserva en una carpeta y lleva la firma de M. Malon, 18 de mayo de 1875.

El Dr. Van Raemdonck ha redactado una memoria especial relativa á esa obra del célebre geógrafo de Rupelmonde.

FISICA EXPERIMENTAL

VISIBILIDAD Y APUNTACIÓN DE LAS VIBRACIONES DE UN DIAFRAGMA. – Mr. Geo. Hopkins ha construído dos aparatos sumamente sencillos para hacer visibles por proyección las vibraciones de un diafragma y para trazar las formas de las mismas: la fig. 1 es la reproducción de un aparato dispuesto para la proyección visto de lado y la fig. 2 representa una sección transversal del mismo. Sobre la placa vibrante dispuesta verticalmente aplícase una bola metálica suspendida, á modo de péndulo, de un hilo de seda fino: cuando la placa vibra, su movimiento aparece visible por los impulsos que comunica á la bola.

La fig. 3 representa un aparato destinado á trazar en un vidrio ahumado los movimientos de la placa. El vidrio va montado en un marco que permite moverlo en sentido de arriba abajo y superponer las líneas trazadas sin confundirlas; el sistema que contiene el diafragma y el estilete se desliza sobre dos brazos horizontales: el aparato todo es susceptible de ajustarse de modo tal que pueda fácilmente ser colocado delante de una linterna de proyección. La parte vibrante se compone de dos discos cilíndricos vaciados sólidamente unidos por medio de tornillos y separados por un diafragma de hierro muy delgado: el disco superior tiene un agujero del cual parte un tubo flexible terminado en una boquilla y en el centro del diafragma apóyase una especie de espiga perpendicular al plano de aquél y articulada á la palanca: ésta tiene su punto de apoyo en un brazo fijo, y en su extremo libre lleva una aguja muy fina que toca ligeramente la superficie del cristal ahumado. La palanca consiste en una delgada lámina de aluminio muy rígida en el sentido de su plano y muy flexible en la dirección perpendicular.

Para hacer el experimento colócase el aparato delante de la linterna de proyección y se hace correr rápidamente el sistema movible de derecha á izquierda mientras se emite un sonido delante de la boquilla; entonces la aguja traza una línea sinuosa que caracteriza el sonido y se proyecta en el vidrio á medida que se forma.

Este sencillo sistema permite, pues, producir un sonido y analizarlo en el mismo momento en que se produce.

(De *La Nature*)

Aparatos de M. Geo. Hopkins para estudiar las vibraciones de un diafragma.

BARCELONA.—IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 1.º DE JULIO DE 1889 — NÚM. 392

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ODALISCA, cuadro de F. Masriera, adquirido por S. M. el Rey de Portugal

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

LA ODALISCA,
cuadro de F. Masriera, grabado por Sadurní. Adquirido por S. M. el Rey de Portugal

Muellemente recostada en blandos cojines, reclinada la hermosa cabeza sobre escultural brazo, al aire el seno de morbidez perfecta, envuelto el cuerpo en ligeras y transparentes gasas que apenas velan las formas dejando entrever la corrección de sus irreprochables contornos, apoyado el breve pie en mullida almohada y aspirando el embriagador perfume que se escapa de artístico pebetero, la odalisca de Masriera es la personificación idealizada de esa esclava del harem imperial destinada al servicio de las mujeres del sultán, es la encarnación viva de esas desdichadas cuya misión se reduce á hacer menos amarga la prisión de otras desdichadas si más poderosas no más libres.

La obra de Masriera es una obra acabada.

Prescindamos de las innumerables bellezas de la figura, olvidemos por un momento la riqueza del ropaje que la envuelve y de los tapices sobre que descansa, hagamos caso omiso de la exuberante fantasía del artista que ha sabido acumular alrededor de ella los más preciados accesorios agrupándolos con el exquisito gusto á que tan acostumbrados nos tiene Masriera. Pues bien, aun despojando al cuadro de todas estas perfecciones, quédanos la expresión de aquel rostro, la languidez de aquellos ojos, la sensualidad de aquella boca y el abandono genuinamente oriental de aquel cuerpo, excelencias que por sí solas constituirán otros tantos laureles que añadir á los muchos y muy valiosos que ciñen la frente de nuestro ilustre com patriota.

Tiene, además, el cuadro otro encanto, el más notable quizás, que el grabado no puede reproducir pero que admiraron cuantos vieron el original: la brillantez y riqueza de colores, cualidades en las cuales no muchos artistas aventajan á Masriera, maestro como pocos en el arte de hacer simpáticas las más atrevidas tintas y de graduar suavemente los tonos más opuestos.

¡EH DE LA BARCA! cuadro de R. Knight

Terminó la hora del mercado y con las cestas vacías y los bolsillos modestamente repletos vuelven las dos campesinas á su pintoresca aldea á disfrutar de la paz y del descanso de sus apacibles hogares. La jornada ha sido pesada pero productiva; bien pueden, por lo tanto, permitirse el lujo de atravesar en barca el tranquilo lago ahorrándose con ello un largo rodeo que retardaría el grato momento de regresar al seno de la familia.

No podríamos, aunque quisiéramos, encontrar el menor defecto en el bellísimo lienzo de Knight: todo en él es verdad, las figuras tienen vida y casi diríamos movimiento, los árboles parecen mecerse á impulsos de suave brisa y las aguas del lago son de una limpidez y transparencia inmejorables. El conjunto del paisaje es encantador y al contemplar las blancas casitas que abrigan con sus espesos follajes seculares alamedas, envidiamos á los felices moradores de tan apacibles soledades y decimos con el poeta latino: *Beatus ille qui procul negotiis!...!*

HILOS DE LA VIRGEN,
cuadro de M. Hipólito Lucas, grabado por Baude

(Exposición Universal de París)

Dan en Francia el nombre de hilos de la Virgen á las telarañas que desprendidas de los árboles por el peso de la humedad revolotean por el aire durante el otoño. ¿Cuál es el origen de esta denominación? Hélo aquí, según una antigua canción popular, sencilla como todo lo que para el pueblo se escribe, poética como todo lo que se inspira en la fe despojada de confusiones y artificios.

Rendida por el trabajo ha buscado la Virgen la frescura de la tarde en la terraza desde donde se descubre un hermoso panorama. La quietud del sitio, la soledad que la rodea, el embalsamado ambiente que respira y los melancólicos tintes del crepúsculo que la van envolviendo en sus sombras han cerrado insensiblemente sus párpados sumiéndola en inocente y dulce sueño mientras las golondrinas se posan sobre su inmóvil rueca, hacen presa en el copo de blanco lino y se lanzan veloces por los aires llevando en sus picos tenues hebras que servirán de mullido tapiz á sus pequeñuelos.

¡Cuán bien ha sabido Lucas trasladar al lienzo esta sentida leyenda! ¡Cuánta belleza, cuánta sencillez, cuánta poesía encierra este cuadro! La actitud y el semblante de la Virgen respiran inocencia y reposo celestiales; las golondrinas, modelo de gracia, casi dejan entrever en el afán con que llevan á cabo su obra de destrucción que comprenden el valor excepcional de aquellos hilos hechos por divinas manos; la naturaleza está sumida en la más completa calma y la pálida luna se esconde cual si temiera turbar con su indiscreta luz el sueño santo de María.

Quizás los adeptos de la escuela realista se muestren severos ó cuando menos indiferentes con este cuadro tan opuesto á sus tendencias, pero nosotros que nos deleitamos con lo bello cualquiera que sea la forma bajo que se nos presente y que aplaudimos lo bueno donde quiera que lo veamos, no podemos menos de ensalzar como se merece esta pintura que después de brillar en el Salón de este año figura dignamente en la Sección de Bellas Artes de la Exposición Universal.

LA OLA, cuadro de Mme. Demont Bretón

(Exposición Universal de París)

La contemplación del mar produce las más encontradas impresiones: mueve el ánimo á la melancolía cuando sus azuladas aguas lamen apacibles la superficie lisa de una playa cubierta de finísima arena; llena el alma de terror cuando sus encrespadas olas se estrellan con furia contra los peñascos de acantilada costa: encanta cuando con suave murmullo besa la tierra que suavemente le ataja en su marcha, sobrecoge cuando ruge al chocar contra abrupta muralla que le hace ver su impotencia. Pero en todos los casos la vista del mar atrae como atraen el abismo y el fuego.

Dígalo, sino, la infantil pareja tan deliciosamente pintada por Mme. Demont-Bretón: la marea sube, las olas sucédense cada vez más elevadas, pronto el peñasco en que aquélla descansa será por ellas barrido y sin embargo las dos tiernas criaturas permanecen inmóviles como magnetizadas por las fosforescencias marinas y apenas si el instinto de conservación las acerca y las impulsa casi involuntariamente á cogerse y á apoyarse la una en la otra.

El cuadro que reproducimos es hermoso bajo todos conceptos: el lejano horizonte, las verdosas aguas, los negruzcos peñascos, las dos lindas figuritas, todo en él está tan perfectamente tratado que no parece sino que el espectador asiste realmente á una de estas sublimes escenas de la naturaleza, de esta madre del arte y manantial inagotable de inspiración para los artistas que como Mme. Demont-Bretón saben comprenderla.

ESTUDIO, de Federico Hiddemann

Nada tan fácil á un artista como trazar con pocas líneas un croquis que dé una idea del objeto que se quiere reproducir, pero esta misma facilidad constituye las más de las veces un escollo para el artista, pues de no acertar éste con el justo medio que en tal linaje de obras se requiere expónese á hacer un verdadero dibujo acabado si peca por exceso ó á emborronar simplemente un papel si incurre en el opuesto vicio de pecar por defecto.

A nuestro modo de ver, Hiddemann nos presenta con su estudio un buen modelo para esta clase de trabajos, dando con él pruebas de poseer aquella difícil facilidad de que nos habla Cervantes.

ELENA, cuadro de E. de Blaas, grabado por Bong

¿Joven, hermosa y pensativa...? ¿quién será él? Hé aquí dos preguntas que se completan: podremos no acertar con quién sea el nuevo Paris de esta Elena, pero que hay quien suspira por esos rasgados ojos, que hay alguien á quien, siquiera en sueños, besan amorosos é inocentes esos rojos labios, que hay un ser por quien agitado palpita el corazón de esa hermosa niña, lo juraríamos sin miedo de hacerlo en falso.

Y si esto es así, como no puede dejar de ser, ¿ha acertado Blaas á imprimir estos afectos en el busto de su Elena? Por nuestra parte creemos que cumplidamente: ahora, juzguen nuestros lectores por la impresión que en ellos produzca el cuadro si nuestro juicio es imparcial ó si hemos pecado de exceso de benevolencia.

UN DUELO Á ESPADA Y DAGA
cuadro de Juan Pettie

Incluir al autor de este cuadro en el número de pintores melodramáticos sería un error imperdonable, pues mientras la escuela melodramática se caracteriza por el convencionalismo y las figuras y las escenas que reproduce son generalmente falsas, la escena y las figuras del lienzo de Pettie tienen vida y parecen arrancadas de la realidad de aquella época en que las pasiones, las costumbres y los mismos trajes abrían ancho campo á la imaginación de los artistas. Los dos personajes se baten con saña, sus rostros reflejan la ira y el odio que abrigan en sus pechos, sus actitudes son enérgicas y nada podría censurar en ellas el más exigente maestro de esgrima: el ultraje debe haber sido grave y la mancha inferida por uno y por otro sufrida es indudablemente de las que sólo se lavan con la muerte de uno de los contendientes. La soledad del sitio, la hora del desafío, las armas escogidas y la ausencia de testigos, á las claras indican que se trata de un duelo á muerte.

Pettie en su obra ha querido que toda la atención se concentrara en las dos figuras magistralmente ejecutadas: la sobriedad de que ha hecho gala demuestra que cuando se quiere pueden obtenerse grandes efectos con bien pocos elementos.

No extrañamos que «Un duelo á espada y daga» fuese una de las obras más admiradas en la Exposición celebrada en Glascow el año próximo pasado.

LOS TRES ENCUENTROS

CUENTO POPULAR

En aquel tiempo, ya lejano, en que la Virgen María y San Pedro solían de vez en cuando visitar nuestra tierra, y en que no había encrucijada sin cruz, ni altura sin ermita, ni calle sin santo, ni aldea sin convento, vivía en la villa de Tal una viuda virtuosa, noble y rica, que tenía dos hijos gallardos y gentiles, poco diferentes en edad, pero muy desemejantes en el carácter. Llamábanse Tono y Frasio; este era el mayor, y tendría como unos diez y seis años. Tono apenas llegaba á los catorce. Murió su padre cuando todavía este último se hallaba en pañales, pero la viuda, que era tan discreta como honrada, tomó sobre sí la carga de educarles en el santo temor de Dios, é hizo de ellos dos cumplidos caballeros. Los mejores maestros de la tierra fueron llamados para instruirles en el manejo de las armas y de los caballos, y en aquella parte de las ciencias y de las artes que, sin desdoro, podían entonces aprender los nacidos en elevada alcurnia. Mas aunque los ejemplos morales y las pláticas religiosas hubiesen sido idénticas para uno y otro, resultó no obstante una gran disparidad de inclinaciones y sentimientos. Tono era generoso, espléndido, no podía ver sufrir á nadie, y no duraba el dinero en su mano más tiempo que el rencor en su corazón. Frasio no daba nunca más de aquello que era estrictamente obligatorio, y aun esto, cuando no podía diferir por más tiempo el cumplimiento, ni escatimar nada de él. Si recibía alguna ofensa, no tardaba en tomar venganza, y tenía la mano pronta y pesada. Llegados á la edad antes mencionada, su buena madre consideró que para perfeccionar la educación de los hermanos, se hacía necesario que corriesen mundo, y al efecto decidió enviarlos al lado de su cuñado, hombre grave y respetable que tenía grandes posesiones y riquezas en un territorio muy distante de aquel donde vivían ella y sus hijos. Acordado este punto compróles hermosos trajes nuevos, dos magníficos caballos, dos espadas de Toledo, espuelas de plata, capas de rico paño, y con la bolsa bien repleta, y las alforjas bien provistas, les dió un abrazo á cada uno, la bendición á ambos, y la libertad para el viaje que emprendieron bajo la protección de la Santa Virgen María y de San Caralampio, abogado de los viandantes. No hay para qué decir con qué alegría emprendieron los dos jóvenes el camino viéndose dueños de sus acciones, y en trance de satisfacer su natural curiosidad de ver nuevas tierras, y su legítima ambición de aventuras caballerescas. Cómo los caballos que montaban eran fuertes, ligeros y vigorosos, y no comían cercenado el pienso, sino por el contrario muy abundante, en breve plazo recorrieron larga distancia, llegando á las pocas jornadas á una comarca en que ya no había la misma vegetación, ni eran unos mismos los trajes de los campesinos ni el dialecto igual tampoco al que se hablaba en el país de los jóvenes. Una mañana, atravesaban los dos hermanos conversando alegremente, una encrucijada, cuando, sentada al pie de una cruz, y con la cabeza oculta entre sus manos, vieron una pobre mujer que, al parecer, lloraba. Detuvo Tono su caballo, interrumpió de súbito el diálogo que con su hermano tenía entablado, y dirigiéndose á la viajante le preguntó la causa de su aflicción. Es que tenía un hijo, contestó ella entre sollozos, que era todo mi encanto y mi único sostén; le he perdido y he quedado abandonada á la piedad de las almas cristianas. Tono se sintió desde luego profundamente conmovido, pero Frasio, que á algunos pasos de distancia había escuchado la conversación con sonrisa incrédula y burlona, exclamó:

– No hagas caso, hermano. Arreglado estás si vas á creer todo lo que te digan cuantos holgazanes encuentres por el camino. ¿No comprendes que esa mujer es una pordiosera que está ahí al acecho de los viajeros? – ¡Cállate, por Dios, hermano mío! ¿no ves que tus palabras aumentan su aflicción? ¡Mírala! ¡Tiene la misma edad y el mismo cuerpo que nuestra madre, que Dios bendiga! – Inclinándose hacia la mendiga, la entregó su bolsa, con estas palabras: Tomad, hermana; no puedo hacer otra cosa por vos, pero ya rogaré á Dios que os dé consuelo. – La pobre tomó la bolsa y después de haberla besado, dijo: – ¡Dios os lo pague, señor! Y ya que habéis querido socorrer á esta pobre anciana, dignaos recibir como recuerdo esta nuez, dentro de la cual se encierra una avispa, cuyo aguijón es de diamante. – Tono guardó la nuez, y despidiéndose de la mendiga, prosiguió su camino con su hermano Frasio. No había pasado mucho tiempo, cuando llegaron á la entrada de un bosque, donde vieron un tierno niño casi desnudo, que iba escarbando entre las hojas secas y en los huecos de los troncos, al compás de una cantinela más triste que las lamentaciones de una misa de requiem. De cuando en cuando se detenía y golpeaba sus manos una con otra y se soplaba los dedos como para calentárselos exclamando: – ¡Ay qué frío! ¡Ay qué frío! – Y se le veía tiritar, oyéndose entrechocar sus dientecitos. Tono sintió agolpársele las lágrimas á los ojos, ante aquel espectáculo, y dirigiéndose á su hermano, dijo:

– ¡Ay Frasio! ¡mira el pobre niño cómo sufre de frío! – También es bastante friolero: no me parece que haya motivo para temblar de esa manera. – Es que tú llevas tu casaca de pana, y encima tu gabán de paño, y luego tu hermosa capa; y él va el pobre, casi en cueros. – Pero él debe estar ya acostumbrado á ir desnudo, como lo estoy yo á ir abrigado. – ¡Ah! ¡cuando pienso que podría el destino haberte colocado en su lugar! Se me parte el corazón al verle sufrir de este modo. – Y esto diciendo, refrenó su caballo, llamó al niño y le preguntó qué andaba buscando por allí. – Busco mariquitas. – ¿Y para qué las quieres? – Para venderlas cuando haya juntado una buena cantidad, y con el dinero que saque, comprarme un vestido bien abrigado que me haga ir caliente todo el invierno como si siempre hiciese sol. – ¿Tienes ya muchas? – Una nada más; – dijo el niño enseñando una jaulita de junco, en la cual había encerrado el insectillo rojo. – Venga, yo te la compro. – Y arrojándole su capa añadió: – Toma, cúbrete con esta hermosa capa que te abrigará bien, y todas las noches cuando te acuestes, reza un Ave María por Frasio, y otra por nuestra madre. – Siguieron su ruta nuestros caballeros, y el dadivoso Tono, despojado de su capa, sintió bastante al principio el helado soplo de la brisa, pero una vez cruzado el bosque, calmó algo el viento, se disiparon un tanto las nubes, y una ojeada de sol iluminó la tierra. Precisamente en aquel momento llegaban á una pradera que fertilizaba una fresca fuente. Al borde de esta se hallaba un anciano andrajoso, que tenía junto á sus pies el saco del mendigo, y entre las piernas el bastón del viandante. En cuanto vió á los caballeros, comenzó á implorarles con voz lastimera. Tono se detuvo. – ¿Qué se os ofrece, buen hombre? – dijo, llevando la mano á su sombrero, por respeto á la edad del mendigo: – ¡Ay hermanos míos! ¡ya veis cuán blancos son mis cabellos y cuán arrugada mi tez! Es que soy muy viejo. Mis piernas se han debilitado, el cansancio me ha rendido, y habré de resignarme á morir aquí como un perro, si uno de vosotros no se compadece de mí, y me vende su caballo. – ¿Venderte yo un caballo? ¿Y con qué nos lo pagarás? – preguntó Frasio al mendigo con aire de desprecio. – ¿Veis esta bellota vacía? En ella tengo guardada una araña que sabe fabricar unas telas más fuertes que el acero. Si me dais uno de vuestros caballos, yo os daré en cambio la araña y la bellota. – El mayor de los dos hermanos soltó la carcajada. – ¿Lo oyes, Tono? – dijo volviéndose hacia su hermano. – ¿Qué te parece la proposición? El pobre viejo chochea. A lo cual el más joven contestó con cierta humildad: El pobre no puede dar más de lo que tiene. – Y acto continuo echó el pie á tierra, se adelantó hacia el mendigo llevando el caballo del diestro y dijo: – Tomad mi caballo, buen hombre; no por el precio que ofrecéis sino en re-

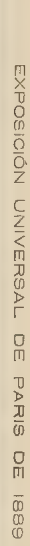


¡EH DE LA BARCA! cuadro de R. Knight, reproducido directamente del original

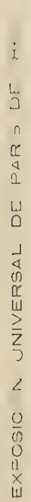
cuerdo del buen Jesús que ha dicho que los miserables son los escogidos de su corazón. Tomadlo como propiedad vuestra, y dad gracias á Dios que se ha servido de mí para ofrecéroslo. – El anciano llenó de bendiciones al caballero; tomó el caballo, montó en él con ayuda del joven, y desapareció por la pradera. Frasio no pudo contenerse ante este último rasgo de desprendimiento de su hermano, y lleno de cólera le apostrofó en estos términos: – Pero ¿has perdido el juicio? No puede ser otra cosa, *¡Adan* más que *Adan!* ¿Que has creído que ahora voy yo á dividir contigo mi cabalgadura, mi capa y mi dinero? No por cierto: quiero que la lección te aproveche; quiero que conozcas á tus costas los efectos de tu desatinada prodigalidad, á ver si en lo sucesivo eres más económico. – No, hermano mío, no, jamás he pensado en tal cosa. No pretendo tener parte alguna ni en tu dinero ni en tu capa ni en tu caballo; disfrútalo tú solo todo, sigue tu camino, y que la Virgen te acompañe y te guarde de mal. – Frasio nada contestó, y partió al trote de su cabalgadura, en tanto que Tono siguió á pie su viaje, contemplando con mirada serena y sin ningún resentimiento de su corazón cómo su hermano se alejaba. De esta manera llegaron hasta la entrada de una estrecha garganta cerrada á uno y otro lado por altísimas montañas cuyas cimas se perdían en las nubes. Llamábase aquel paso el *Puerto maldito*, en razón á que en las sobredichas alturas habitaba un *ogro* que desde allí acechaba el paso de los viajeros, como acecha el cazador el paso de la pieza. Era el *ogro* un gigante ciego y sin pies, pero con un oído tan sumamente fino, que distinguía el ruido de la araña cuando teje la tela en su agujero.

Tenía por sirvientes dos águilas amaestradas, á las cuales enviaba á coger la presa en cuanto el más leve ruido le anunciaba la presencia de algún mortal en aquellos vericuetos. Por esto los naturales del país atravesaban el *Puerto maldito*, siempre con los zapatos en la mano, como cuentan que hacía *Gerinaldos*, y sin osar apenas respirar, temerosos de ser oídos por el *ogro*. Frasio, que no estaba en antecedentes, entró en la garganta sin ningún cuidado, y al estrépito que en aquellas soledades producía el choque de las herraduras de su caballo contra las piedras, el gigante se despertó. – ¡Ah de mis lebreles! – exclamó. El águila negra y el águila roja acudieron inmediatamente lanzando un ligero y respetuoso graznido que parecía querer decir: – Presentes! – Ved quién pasa y traédmele para cenar esta noche. ¡Au! – Las dos águilas salieron disparadas por los aires como dos balas de arcabuz, cayeron con la rapidez del rayo sobre el descuidado viajero, clavaron sus aceradas garras en la hermosa capa de paño, y lo arrebataron raudas y alborozadas dando gritos de victoria. En aquel momento llegaba Tono á una alturita desde donde se distinguía la entrada del *Puerto maldito*. Conoció á Frasio, presenció su rapto, lanzó una exclamación de terror, y tendió los brazos como para rescatarle. Pero las águilas habían ya desaparecido entre las nubes. Después de un instante de vacilación, Tono consternado y abatido cayó de rodillas, pero de súbito como asaltado por una repentina inspiración, alzó las manos al cielo y lleno de religioso fervor exclamó: – ¡Señor Todopoderoso, que has criado el cielo y la tierra! salva á mi hermano. – No incomodes á Dios padre por tan poca cosa, – dijeron tres voces que parecían inmediatas á Tono. Este se volvió asombrado, y mirando á todos lados sin ver á nadie, preguntó: – ¿Quién ha hablado? ¿quién sois? ¿dónde estáis? – En el bolsillo de tu ropilla, – contestaron las tres voces. El joven metió en seguida su mano en el bolsillo y sacó de él la bellota, la nuez y la jaulita, que encerraban los tres insectos más arriba mencionados. – ¿Sois vosotros los que pretendéis salvar á Frasio? – les interrogó Tono. – ¡Nosotros, nosotros, nosotros! – contestaron con sus tres voces diferentes los tres insectos. – ¿Y cómo os lo habéis de arreglar, infelices? – replicó Tono. – Danos la libertad y verás nuestra maña. – El joven hizo lo que sus prisioneros le habían pedido y en cuanto estos se vieron libres comenzaron su trabajo de esta manera. La araña se colocó sobre un árbol y comenzó á tejer una tela sólida y brillante como el acero: luego montando sobre la *mariquita* siguió extendiendo los hilos que se desarrollaban en forma de escala colgante, por la cual iba subiendo Tono á medida que se alargaba hasta llegar por ella á la cumbre de la montaña. Una vez allí entró en funciones la avispa que revoloteando delante de su joven amo le condujo á la misma guarida del gigante. Era esta una gruta labrada en el interior de la roca, y tan alta y espaciosa como una catedral. En el centro de ella y sentado en el suelo, se hallaba el *ogro* sin ojos y sin piernas, el cual al compás de su cuerpo que se balanceaba como una palmera, entonaba una monótona canción. Al mismo tiempo que cantaba, el gigante estaba arreglando grandes lonchas de tocino que preparaba cuidadosamente para mechar al pobre Frasio. Este yacía sin sentido sobre el pavimento, boca abajo, y con los pies y las manos convenientemente atados sobre la espalda, como un pollo arreglado para el horno. Un poco más allá y junto á la chimenea, se hallaban las dos águilas igualmente ocupadas que su amo. La una atizaba el fuego. La otra estaba armando el asador. El ruido que hacía el *ogro* con su cántico y la atención que ponía en cortar el tocino, le impidieron oir el rumor de la aproximación de Tono y de sus tres compañeros. El águila roja fué la primera que los distinguió é inmediatamente se arrojó sobre el joven viajero. Ya estaba á punto de clavar en él sus fuertes uñas cuando la avispa adelantándose, clavó su aguijón de diamante en los ojos del animal. Igual suerte sufrió el águila negra que acudió en defensa de su compañera. Al grito de dolor lanzado por las dos aves tan cruelmente castigadas, se incorporó el gigante que alargando el cuello é inclinando la cabeza hacia el lado de donde había salido el doble quejido, trataba de adivinar lo que ocurría, conservando todavía el cuchillo en una mano y un trozo de tocino en la otra. Pero la avispa sin perder un solo momento se lanzó sobre él y comenzó á inferirle picaduras sin cesar un punto. El gigante que no se podía defender de aquel enemigo diminuto y ligero, en vano removía con furia sus enormes brazos que semejaban las aspas de un molino de viento; como no tenía ojos no la podía atrapar, como no tenía pies le era imposible menearse del sitio. En el colmo de la desesperación se dejó caer boca abajo, creyendo que de este modo se libraría de las picaduras de aquel aguijón de fuego, pero entonces le tocó su vez á la araña que acudiendo presurosa tejió una tupida y fuerte tela de acero sobre el cuerpo del gigante, que ya no se pudo mover en ningún sentido. En vano era llamar en su auxilio á sus dos fieles águilas; éstas volviéndose crueles como todos los esclavos cobardes, en el mismo instante en que vieron á su tirano vencido y anonadado, libres del temor que hasta entonces las inspirara, se arrojaron con furia sobre él y comenzaron á desgarrar sus carnes á picotazos, á través de la telaraña de acero, arrancando un jirón de carne á cada picotazo.

De este modo, y despreciando los dolorosos gritos del gigante, que rugía como un león preso en el lazo, se lo fueron comiendo poco á poco hasta dejar al descubierto la osamenta. Entonces, ahitas ya, se acurrucaron entre el enorme esqueleto, y como la carne del ogro tiene la cualidad de no poderse digerir, las dos águilas reventaron al poco rato, sin haberse vuelto á levantar. Mientras todo esto sucedía, Tono había desatado las ligaduras que sujetaban á su desgraciado hermano, y abrazándole llenos de lágrimas los ojos, por la alegría de verle sano y salvo, le sacó de la cueva del ogro y le condujo al borde de la roca. Casi al mismo instante, la *mariquita* y la avispa se presentaron enganchadas á la jaulita del junco que se había transformado en una magnífica y espléndida carroza, en la cual, debidamente invitados por los dos insectos, subieron y se instalaron Tono y su hermano. Inmediatamente y á guisa de lacayo de casa grande, la araña se colocó en la trasera, y á una señal que hizo con una de sus patas, el tren partió con la velocidad del rayo. De esta manera cómoda y descansada y sin tropiezos



HILOS DE LA VIRGEN cuadro de M. Hipólito Lucas, grabado por Baude



LA OLA, cuadro de Mme. Demont-Bretón, grabado por Baude



ESTUDIO, de Federico Hiddemann

ni vaivenes (pues las carreteras del aire se hallan siempre en buen estado) atravesarón Frasio y Tono los prados, los bosques, los ríos, las montañas y los pueblos, hasta llegar frente al castillo de su tío. Al llegar allí la carroza, bajó á tierra y continuó su camino rodando hacia el puente levadizo, en donde los viajeros pudieron ver sus dos caballos que les estaban esperando; y en el arzón de uno de ellos, el de Tono, distinguieron con creciente asombro colgadas la bolsa y la capa de éste. Pero la bolsa parecía más grande y más rellena, y la capa se hallaba toda ella cuajada de bordados hechos con diamantes. El joven, maravillado, quiso preguntar á la araña-lacayo qué significaba aquello, pero al volverse observó que la carroza había desaparecido y que en lugar de la *mariquita*, de la avispa y de la araña, se veían tres ángeles resplandecientes de luz y de hermosura. Los dos hermanos aterrados, cayeron de rodillas, y entonces, uno de los ángeles más hermoso y mejor ataviado se adelantó hacia Tono, y le dijo estas palabras: – No temas nada, corazón generoso y noble; pues la mujer, el niño y el anciano á quienes has socorrido, no eran otros que la Virgen María, el Niño Jesús y San José. Ellos nos dieron orden para que te acompañásemos, y pudieses hacer tu viaje sin peligro; ahora que ya has llegado á su término, ha concluído nuestra misión, y nos volvemos al paraíso. Pero acuérdate de lo que ha sucedido, y que te sirva de ejemplo. – Dicho esto, los tres ángeles abrieron sus alas, y se elevaron por los aires como tres palomas blancas, repitiendo el *hosanna* que se canta en las iglesias.

CARLOS QUEVEDO

MIRTILA Y SUS TRES ENAMORADOS

(Conclusión)

La cena fué alegre y bastante rociada, porque el Tío Rata había añadido al contingente de vinos una botella más.

Al llegar al cascajo, y satisfechos ya los estómagos, comenzaron las disertaciones chispeantes.

Alegría cantaba coplas atrevidas.

El Pérdis recitaba versos de su abuelo el primo de Meléndez Valdés, y queriendo hablar de astronomía (que era su fuerte) llamaba alfalfa á la estrella Alfa.

En cuanto al Tío Rata, oía embebecido á Mistris Mirtila, porque ésta que tenía no el estómago pero sí el gaznate agradecido, queriendo halagar al alcantarillero, que representaba allí la potencia del dinero, hizo una minuciosa y erudita disertación de los albañales antiguos y modernos, diciendo después: – Las sentinas y albañales representaban un gran papel en la edad media, en el bajo imperio y en el antiguo Oriente. La peste nacía en ellos y los déspotas iban allí á morir. Las multitudes miraban casi con temor religioso esos lechos de podredumbre, cunas monstruosas de la muerte. El foso de los gusanos de Benares no era menos vertiginoso que el de los leones de Babilonia. Teglat-Falasar, según los libros rabínicos, juraba por la sentina de Nínive como los dioses por la laguna Stigia. Del albañal de Munster hacía salir Juan de Leide su falsa luna, y del pozo-cloaca de Negscheb, su menecmo oriental, Mokannâ, el profeta encubierto del Korasán, hacía salir su famoso sol.

Ninguno de los oyentes comprendía estos trozos, tomados quizá de algún viejo librote, pero todos admiraban la elocuencia de la dama inglesa, amenizada con algunos sorbos de aguardiente.

A las dos de la mañana, todos (menos Mistris Mirtila) estaban algo peneques y soñolientos.

El Tío Rata puso fin al festín diciendo:

«Debemos acostarnos. Mañana, primer día de Pascua, es muy ocupado para mí: tengo que recoger propinas.»

Con efecto, poco después, la inglesa se encerró en su chiribitil, llevándose la botella de aguardiente casi vacía, único líquido que quedaba, y los tres hombres, después de desnudarse, se tendieron en sus camastros.

¡Quién había de decirles que aquella noche tan buena, debía ser tan fatal!

V

Mistris Mirtila no dormía. Tenía al lado de su cama un cabo de vela encendido, y vaciaba en frecuentes tragos los restos de la botella de aguardiente.

Tendida sobre su jergón lleno de correderas, y vestida, se retorcía en él como una culebra.

El aguardiente tocó á su fin, y á la inglesa, que era el genio de la chispa, habíasela calentado la boca.

El alcohol y los ronquidos de sus huéspedes la producían una excitación nerviosa.

La vaga claridad del día penetraba por una claraboya practicada cerca del techo.

De repente la desvelada hija de Albión concibió un proyecto digno de ella. Levantóse de un salto y sin hacer ruido, y salió á la habitación exterior...

El Tío Rata, que era el más ocupado, fué el primero que se despertó á las ocho de la mañana.

Buscó su ropa para vestirse y no hallándola, despertó á sus compañeros, que se incorporaron sobresaltados en sus catres. Enteróles de la pérdida, se levantaron en paños menores y ¡oh, asombro! notaron todos el eclipse de sus prendas de vestir.

En el mes de diciembre y para gentes que no tenían más que un traje, aquello era perturbador.

Sólo encontraron los respectivos calzados, el sombrero del Pérdis y las gorras de los otros dos. Supusieron una excentricidad de Mistris Mirtila, y llamaron á la puerta de su cuarto, que estaba cerrada.

La inglesa no contestó, y en vano menudearon los golpes estrepitosamente.

El Tío Rata estaba furioso, porque ya faltaba á su obligación.

Creyendo que su amable patrona no respondía de borracha, determinaron echar la puerta abajo. Además sentían un vago recelo de que hubiera podido suceder algún accidente.

La puerta era vieja y endeble. Los tres hombres adunaron sus esfuerzos y pronto consiguieron hacer saltar la cerradura.

Penetraron en el chiribitil... estaba vacío; sólo vieron algunas cucarachas sobresaltadas por el ruido.

La botella vacía estaba tirada en el suelo. El cabo de vela consumido había dejado una gran mancha en uno de los ladrillos.

Registraron los rincones de aquel tugurio por ver si encontraban sus ropas perdidas, pero sólo hallaron colecciones de trapos pertenecientes á Mistris Mirtila.

¿Qué hacer en tal conflicto? ¿Cómo proporcionarse traje para salir á la calle?

Quizá á alguno de ellos ocurrióseles la frase de: ¡oh, amor! ¡cómo me has puesto!

El Tío Rata era el más azorado, porque tenía que acudir á la lista matinal de los empleados en el alcantarillado. Ocurrióseles una idea, se asomó al corredor y llamó á un chicuelo de la vecindad, por medio del cual mandó un recado urgente á un primo suyo mozo del Hospital General, pidiéndole una chaqueta y un pantalón.

En tanto que el chiquillo cumplía su encargo, los tres enamorados en paños menores, hacían comentarios respecto á Mistris Mirtila. ¿Qué había sido aquello?

Yo creo que Alegría, aunque el más ignorante de todos, se acercó á la verdad cuando dijo: «Lo que yo supongo que ha pasado es lo siguiente: á la señora Mirtila se le calentó la boca, pues ya saben ustedes que tratándose de beber es insaciable. Como no había ya de qué, y como no hallara dinero en nuestros bolsillos, ocurrióseles vender nuestras ropas, que ahora estarán probablemente en alguna trapería del Rastro. Esto es lo que ha pasado, y á estas fechas la buena señora tendrá una curda de primera clase.»

Mientras hacían estos y otros comentarios y suposiciones, volvió el muchacho acompañado del primo del Tío Rata, que traía las prendas pedidas. Este se las vistió y entretanto dijo su primo, que conocía á Mistris Mirtila:

– ¿Dónde anda tu patrona?

– No lo sé. En los infiernos acaso, – contestó el Tío Rata con desabrimiento.

– Lo digo al tanto de que al pasar por el Colegio de San Carlos para venir aquí he visto por la reja una mujer *tendía* en la tarima donde ponen los *cadavres*, y aunque no me he *enterao* bien, por venir de prisa, se me figura que se *paece* á la inglesa.

Estas palabras sobresaltaron á los tres enamorados. Aquel fin era digno de Mistris Mirtila y por lo tanto nada inverosímil.

«Pronto sabremos lo que sea, – dijo el Tío Rata al marcharse. – Ahora mismo voy á enterarme.»

Con efecto, mientras los otros se quedaban forzosamente en casa, por motivo de su desnudez, el alcantarillero fué á la calle de Atocha y miró á través de la reja de la pieza en donde se exponen los muertos desconocidos.

La que allí estaba era Mistris Mirtila.

Tenía puesto su inmenso sombrero, de una de cuyas bridas pendía una zanahoria, atada quizá por algún chusco. El semblante de la inglesa presentaba una mueca risueña, como si después de muerta se burlase de sí propia. Todo su traje estaba salpicado de barro, y en su pie derecho faltaba una de sus botas-chanclas.

Al hacer la autopsia no se la encontró lesión exterior si se exceptúa un ligero arañazo junto á la nariz.

Había sido hallada tendida y muerta en la plazoleta que forma el final de la calle de Santa Isabel, y los médicos certificaron que había fallecido á consecuencia de una congestión cerebral.

Se pensó en destinarla á la sala de disecciones, pero el Tío Rata se opuso y la costeó un mínimo entierro en el cementerio no católico, por pertenecer la muerta á la iglesia anglicana.

Desde aquel funesto día los tres tipos prendados de Mistris Mirtila han vuelto á caer en el marasmo de la vegetación.

El Tío Rata apenas sale de la alcantarilla.

Alegría ha perdido en parte la suya, y bebe más, sin duda para honrar la memoria de la que amaba.

En cuanto al Pérdis de la media negra, ha abandonado por completo sus trabajos científicos y literarios y apenas puede digerir el rancho del cuartel de la Escolta Real.

Pronto habrá un cadáver más.

F. MORENO GODINO

MONÓLOGO DE UNA MOSCA

– ¡Qué injustos son los hombres! Tienen estereotipada la frase: ¡nos persiguen las moscas! Y las moscas deberíamos decir con más razón: ¡nos persiguen los hombres! Somos, según ellos, los insectos más insufribles, repugnantes y odiosos. Y nos calumnian, fundándose en el juicio de naturalistas, que nada tienen de naturales. Todo lo inficionamos, según los moscones que calumnian á las moscas. Y de aquí la inquina incesante y despiadada, que motiva nuestra persecución. ¡Guerra á muerte á las moscas! dicen y hacen los hombres. ¡Guerra á muerte á los hombres! hemos de decir y hacer las moscas.

– Infectamos, inficionamos, emponzoñamos todo: estorbamos á los que se dedican á trabajos fuertes, y molestamos á los que se consagran á trabajos sedentarios... ¡Ingrata humanidad! No recuerdan que nuestras larvas, depositadas en las carnes muertas, en los animales putrefactos, son el desinfectante más precioso para la salud pública. Las moscas debieran formar parte del Consejo de Sanidad... con tanta razón como este buen doctor, en cuya casa me he aposentado, y que me trata con la saña que á un cliente. So pretexto de que me poso en su venerable calva, y de que mariposeo, ó mosqueo, en torno suyo, ha apelado á todos los ardides inventados para «cazar moscas,» digno oficio de un sabio. Y el ardid más sencillo y primitivo es el de darse fuertes palmadas mientras yo huyo y me río de él, zumbando en sus oídos...

– ¡Qué tontos son los sabios! Le he oído no sé cuántas disertaciones acerca de las moscas, que según él es un género de dípteros atericeros con numerosísimas especies. Y otros doctores, tan doctos como él, le escuchan embobados cuando habla de moscas comunes ó domésticas, moscas azules, moscas meteóricas, moscas gigantes, moscas-abejas, moscas-arañas, moscas parásitas, moscas de perro, moscas de cuernos, moscas voladoras, moscas saltadoras, moscas vegetantes, moscas vibrantes, moscas de San Juan y moscas de San Marcos... Y, sin embargo, apelan al «mosquero,» y al «espanta-moscas,» y á las ramas de albahaca, y á los artefactos inventados en los *restaurants* para cazarnos, y á darse bofetadas, olvidando que «más moscas se cazan con miel, que con vinagre.» Yo me vengaré de sus malas pasadas y de su falsa erudición, demostrando que «no hay enemigo pequeño,» y que no hay enemigo más grande que una mosca. Mi implacable enemigo morirá sin saber por «dónde viene la muerte,» ó, lo que es lo mismo, sin saber «qué mosca le ha picado.»

– La ocasión es oportuna. Está escribiendo. La inspiración le abstrae, y así se cuida de las moscas que le pican como la luna de los perros que la ladran. Tengo en mis manos el veneno... Como que vengo del depósito de cadáveres, donde no se toma precaución alguna para im-

pedirnos la entrada. A los muertos «no les pican las moscas,» pero las moscas que pican á los muertos pueden matar á los vivos. Sigue escribiendo... Es un tratado acerca de las moscas. Yo te inspiraré y dictaré «la última palabra.» Entretanto, voy á hacerte una caricia en las narices... ¡Ea! escribe en paz. Ya que de moscas escribes, tú verás «la obra» de las moscas.

– Las infames moscas – oigo exclamar á mi sabio, dándose un papirotazo en las narices, – no me dejan en paz. Parece que conocen que escribo de ellas, y exacerban mi cólera. Pero sigamos escribiendo. – «El Oriente estuvo infestado de moscas desde la más remota antigüedad. En Egipto hubo una verdadera plaga, un río de moscas, según la frase gráfica de un erudito escritor. Para librarse de ellas, los egipcios se encomendaban á un «dios de las moscas,» á un dios tutelar que no fué otro que Belzebuth ó Belcebub, que probablemente se escribiría Baal-Zeboub, palabra que significa el dueño ó el señor de las moscas. La palabra mosca se deriva del sanscrito *mâsika*, corresponde al griego *muia*, al latín *musca*, y es una de las pocas palabras que conservan visible la forma primitiva en las lenguas modernas, privilegio lingüístico concedido á pocos nombres y que goza el de animal tan molesto y repugnante.»

– Ráscate las narices, sabio ilustre, sin saber «qué mosca te ha picado.» Yo seguiré inspirándote, que el viento de la inspiración puede ser el zumbido de una mosca. Dí, pues, que las moscas han gozado y gozan de otros privilegios, y que su nombre se ha aplicado en ciencias y artes y consagrado en frases que repiten los sabios del vulgo y el vulgo de los sabios. «Mosca,» en mecánica, es el engranaje que en algunas máquinas de vapor hace el oficio del paralelogramo de Watt; en medicina, un vejigatorio de cantáridas, que se llama «moscas de Milán;» en astronomía, una pequeña constelación situada encima de Aries, que Boyer y La Caille llamaban *Lis* ó *Flor de Lis*, y otra constelación austral, situada á los pies del Centauro, entre el Camaleón y la Cruz, que también se denomina *Apis* ó *Abeja;* en marina, un aviso pequeño que sirve para comunicarse los comandantes de una escuadra; en música, una cuerda que sirve de pedal; en esgrima, una especie de botón de piel para cubrir la punta del florete. «Moscas de invierno» se llaman, por metáfora, los copos de la nieve. «Matan las moscas á veinte pasos» los que tienen fetidez de aliento, que nombró varias veces Marco Aurelio. «Gastan mosca,» los que se dejan una especie de sobre-perilla en el labio inferior. «Hacen de una mosca un elefante,» los amigos de la exageración y de la hipérbole, los que aumentan y abultan las proporciones de las cosas. «Moscas» se llamaron en la antigua Roma los convidados importunos, los gorrones, los parásitos. «Moscas» se llama en la policía á ciertos agentes, lo que hace decir á Alfonso Karr que «la miel caza las moscas, y los miembros de una policía bien organizada deberían á su vez coger la miel.» Y «patas de mosca» se llama la escritura menuda y mal formada como la que empleas para escribir ese tratado acerca de las moscas.

– Pero mi sabio sigue rascándose las narices. Aquel picor insólito principia á inquietarle, y se contempla en un espejo. Su nariz ha crecido más de prisa que su ciencia. Se aplica no sé qué tópico, y exclama con olímpica indiferencia: – ¡Estoy hecho un *Nasón!* Pero ¡no importa! La ciencia tiene remedios para todo... hasta para hacer narices nuevas. ¿He de alarmarme por una pequeña inflamación?... Consignemos algunos datos de erudición, y mosqueemos al rededor de las moscas, ya que la inspiración me favorece. – Y escribe:

– Para mayor sarcasmo, el nombre de este insecto repugnante se ha empleado en la *toilette* de las mujeres más hermosas, sobre todo en otras lenguas. Es, ó ha debido ser, algo parecido á la moda de pintarse lunares, ó gastarlos artificiales. Parece que entre los persas y los árabes era signo de belleza el llevar manchas negras en el rostro. Parece también que en Europa se introdujo esa moda en tiempo de las Cruzadas. El ingenioso La Fontaine alude á esta moda en su fábula «La Mosca y la Hormiga,» y dice la seguía toda dama *allant en conquête*. Había nueve modos de «ponerse las moscas» y de ello hizo un verdadero arte Mme. Pompadour. – El «juego de la mosca» data del siglo XVII, y el jugador que reune cinco cartas de un color «tiene la mosca.» D. José de Villaviciosa escribió, hacia 1613 ó 1615, *La Mosquea*, poema burlesco de unos 10.000 versos, comparable sólo á *La Gatomaquia*, de Lope de Vega, y que, por sus descripciones, combates y trama del poema, recuerda los de Homero, Ariosto y Tasso. – «Orden de la mosca» se llamó la condecoración descubierta en 1859 en el alto Egipto, en el sepulcro de la madre del rey Ahmes, fundador de la XVIII^a^ dinastía, que consistía en un collar de oro macizo con tres moscas suspensas. – Y «orden de la mosca de miel,» ó sea de la abeja, fué la instituída en las bodas de Ana Luisa de Borbón con el duque de Maine, en 1703, cuya divisa, refiriéndose á la pequeña estatura de Ana Luisa, se tomó de la *Aminta* del Tasso: *Piccola si, ma fa piu gravi le ferite;* muy pequeña, pero hace las heridas muy grandes.



ELENA, cuadro de E. de Blaas, grabado por Bong

– Pero ¿qué es esto?... El sabio se interrumpe, se mira de nuevo al espejo, se alarma más y más, llama á sus criados, se aplica nuevos remedios y envía á buscar otros doctores. Su nariz sigue creciendo de un modo desconsolador. Adquiere las proporciones y los colores de una remolacha ó de una berenjena. Se sepulta en el lecho, porque el lecho en muchas enfermedades es la antesala del sepulcro. Y delira. Pero delira como deben delirar los sabios: con la ciencia. Verdad es que la ciencia casi siempre es un delirio. Oigámosle:

– La entomología lo dice. La mosca es un insecto díptero atericero, de cuerpo oblongo y casi cilíndrico, de cabeza globulosa, con dos ojos grandes de facetas y tres pequeños y lisos, con antenas en la frente compuestas de tres articulaciones, dos erizadas de pelos y otra más larga y prismática. Su cavidad bucal está provista de una trompa membranosa y retráctil y dos labios, tiene tentáculos filiformes, alas grandes y horizontales, patas largas terminadas en dos ganchos y cubiertas de grandes pelos, y abdomen que en las hembras termina en un oviducto un poco saliente. – Y el buen hombre sigue hablando de las larvas, que viven en la comida y en la putrefacción, y de las clases de moscas, de la doméstica, la de buey, la vitripenna, etc.»

– Los doctores acuden. Examinan ávidamente la nariz, pero con la lentitud propia de los más doctos doctores. La nariz sigue creciendo. Los doctores consultan y discuten. «Reunión de rabadanes»... enfermo muerto. ¡Qué pozos de ciencia, qué arcones de saber! ¡Qué multitud de nombres técnicos, y qué disertaciones tan científicas! Y, sobre todo, ¡qué diversidad de pareceres! Hay tantos como doctores. ¡Oh arcanos de la ciencia! Para todo tiene explicaciones. Cada cual atribuye la enfermedad á una causa diferente... Y entretanto el enfermo empeora, se agrava... y todos convienen en una sola cosa: en que se muere.

Si el zumbido de una mosca se pudiera «sentir» como sus picaduras, yo les diría con el mayor placer:

– Ilustres doctores: ¿recordáis la fábula de La Fontaine, titulada: *La mosca y el coche?*... Pues algo parecido ha sucedido aquí. La mosca de La Fontaine picaba á los caballos, á la lanza del coche y al desesperado cochero, para acelerar la marcha del vehículo. Y, cuando llegaron al fin de su viaje, se permitió decir: – «Señores caballos, páguenme Vds. mi trabajo.» – Del mismo modo yo, que, como buena mosca, vivo de la putrefacción y de la muerte, he traído, con mis tentáculos filiformes, la corrupción y el veneno de un cadáver, y lo he inoculado... ¡en las narices de un sabio! Y, mientras os devanáis los sesos para saber el nombre de su enfermedad, el sabio agoniza, los doctores discuten y una mosca se ríe. Ahora yo puedo deciros: señores doctores, he matado á un doctor; páguenme Vds. mi trabajo. Una mosca les enseña una nueva enfermedad; y basta una mosca para confundir á muchos sabios. – ¡Hombres despiadados! hacéis guerra á las moscas, y olvidáis que «no hay enemigo pequeño.» ¡Doctores sapientísimos! escribís *de omne re scibile*, hasta de las moscas, y morís sin saber «qué mosca os ha picado.»

LUIS COLL

Madrid 30 de abril de 1889



UN DUELO Á ESPADA Y DAGA, cuadro de Juan Pettie (Exposición de Glascow)

CRONICA CIENTIFICA

EL GRAFÓFONO DE M. CARLOS SUMNER TAINTER

El arte de registrar la palabra y de reproducirla á voluntad que hasta hace poco había sido considerado simplemente como una curiosidad científica sin ningún alcance práctico está en vísperas de transformar los procedimientos ordinarios de correspondencia rápida, tales como la taquigrafía y la máquina de escribir.

Gracias á recientes perfeccionamientos que la Exposición de París acaba de revelar á la vieja Europa, perfeccionamientos en parte debidos á Edison y en parte á Monsieur Carlos Summer Tainter, el arte fonográfico se convierte en un sencillo procedimiento y el aparato de aplicación hácese accesible al mayor número, como ya lo son, aunque por títulos diferentes, los velocípedos, los aparatos de fotografía y la máquina de escribir.

Las modificaciones introducidas por Tainter en el fonógrafo de Edison hacen del grafófono un aparato original y nuevo que no tiene de común con aquél más que el objeto que se persigue y el principio general que ha inspirado á todos los inventores de aparatos similares, diferenciándose de él por haber sustituído el *estampado* en la hoja de metal por el *grabado* fonográfico y el recorte de la cera.

El aparato consta de cuatro partes: el sistema mecánico ó de impulsión del cilindro, el sistema registrador *(recorder)*, el sistema repetidor *(reproducer)* y el sistema motor y regularizador de velocidad.

Consta el primer sistema de un eje horizontal con una polea que recibe el movimiento del motor por medio de una cuerda: dos pequeños botones colocados á la derecha del aparato permiten engranar ó desengranar á voluntad el mecanismo de impulsión. Los cilindros de inscripción son de cartón cubierto de cera, tienen 15 centímetros de longitud y 32 milímetros de diámetro, y giran con una velocidad angular normal de 180 á 190 vueltas por minuto. El avance de los sistemas reproductor é inscriptor sobre el cilindro es de 26 milímetros por minuto, de modo que el cilindro puede registrar mil palabras ó sea una conversación de cinco minutos: la huella del filete cortado por el inscriptor varía entre $^1/_6$ y $^1/_7$ de milímetro.

Un sistema de engranajes une el mecanismo de impulsión del cilindro á un tornillo horizontal calculado de manera que los aparatos de inscripción y de reproducción, que se sustituyen segun las fases del funcionamiento del aparato, avancen horizontalmente de izquierda á derecha con una velocidad de 26 milímetros por minuto.

El sistema registrador compónese de una delgada lámina de mica con una planchita cortante que roza con el cilindro, en el cual traza, en estado normal, una espiral finísima recortando un rizo de cera de menor grueso que un cabello: en cambio cuando se habla delante del aparato las vibraciones de la placa hunden más ó menos la punta del estilete, que entonces traza un cerco más ó menos accidentado pero casi imperceptible á simple vista.

El sistema reproductor es completamente distinto del registrador y constituye una feliz modificación que ha contribuído por mucho á hacer práctico el aparato. Sumner Tainter no ha pretendido reproducir la palabra en alta voz sino que ha procurado construir un aparato que la reproduzca débilmente, pero de una manera clara y que permita repetir muchas veces el fonograma sin deteriorar apenas la inscripción. A este efecto compónese el sistema reproductor de un pequeño aparato en forma de ebonita cuyo extremo termina en una pequeña punta de acero articulada á modo de palanca, una de cuyas puntas se apoya en el cilindro y lleva un cordoncillo tirante que termina en el centro de un disco delgado de celulóidea de 18 á 20 milímetros de diámetro. La punta de acero al rozar con la superficie accidentada del cilindro transmite sus vibraciones al disco gracias al cordoncillo, y desde allí por medio de un tubo de cautchú á dos pequeñas bocinas que el oyente se fija en las orejas.

La figura 1 representa el aparato funcionando durante el período de inscripción y la figura 2 lo reproduce en el período de la reproducción.

Para el sistema motor se ha apelado, después de varias tentativas, á un sencillo pedal: la impulsión del cilindro se verifica por la mediación de dos discos de fricción cubiertos de *leatheroidea* (succedáneo del cuero) que permanecen en contacto hasta el momento en que la velocidad angular del aparato es suficiente: entonces un regulador de fuerza centrífuga separa el disco fijo en el árbol del motor á pedal del disco fijado en el eje que gobierna el fonógrafo por medio de una correa, á fin de amortiguar las vibraciones mecánicas que un engranaje elástico podría transmitir. Desde ese momento el eje del pedal gira en el vacío y no vuelve á mover el árbol del aparato hasta el momento en que la velocidad disminuye lo suficiente para que de nuevo se produzca el engranaje. De modo que basta que la velocidad angular del motor sea mayor que la del aparato para asegurar á éste una velocidad angular constante é independiente de la mayor ó menor regularidad del sistema motor.

Tal es, descrito á grandes rasgos, el aparato de Tainter, susceptible de varias modificaciones gracias á las cuales se puede registrar una conversación entre dos personas, conservar una copia de las palabras registradas cuyo original haya de remitirse á otra persona, etc., etc.

Muchas son las aplicaciones del grafófono, sobre todo combinado este aparato con la máquina de escribir; las ventajas que gracias á su sencillez tiene, generalizará indudablemente su uso, con lo cual quedará desmentido el antiguo proverbio: *Verba volant, scripta manent.*

(Tomado de *La Nature*)

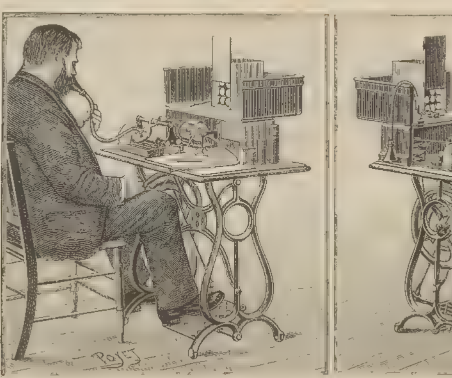


Fig. 1. – Grafófono (inscripción)



Fig. 2. – Grafófono (reproducción)

BARCELONA.—IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTÍSTICA

AÑO VIII — BARCELONA 8 DE JULIO DE 1889 — NÚM. 393

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

BELLAS ARTES



BAILE FLAMENCO, cuadro de F. Masó

SUMARIO

TEXTO. – *Nuestros grabados.* – *Casa nueva*, por don Carlos Frontaura. – *El pro y el contra*, por don U. González Serrano. – *La expedición americana á la bahía de Lady Franklin* (conclusión)

GRABADOS. – *Baile flamenco*, cuadro de Masó. – *Marinas*, cuadros de J. M. Marqués. – *Un buen partido*, cuadro de Tihamer Margitay. – *Tulia pasando por encima del cadáver de su padre*, cuadro de E. Hildebrandt. – *¡Encalló!* cuadro de Ad. Lins. – *D. Luis Castells y Sivilla, y la «Casa de España» en Buenos Aires.* – *Suplemento artístico: Cadena de prisioneros de una tribu rebelde, en Marruecos*, cuadro de Guillermo Nicolet.

NUESTROS GRABADOS

BAILE FLAMENCO, cuadro de F. Masó

La decoración no puede ser más pintoresca: flores por todos lados embalsamando el fresco ambiente que por fuerza ha de respirarse bajo aquel hermoso emparrado por entre cuyas hojas asoman retazos de ese cielo andaluz, adjetivo que por sí sólo compendia todas las excelencias que puede tener un cielo.

La escena es típica, no cabe confundirla con otra ninguna: es la *juerga* en todo su esplendor con su *cante* y su baile, con sus palmadas y taconeos y con todos los desahogos de una imaginación meridional excitada por las libaciones de la insustituible manzanilla.

Los personajes son flamencos de verdad; por sus venas corre lo que en su jerga se llama sangre torera y de sus entreabiertos labios no pueden salir más que el «¡Venga de ahí!» o el «¡Bendita tu mare!» ó cualquiera de estas exclamaciones tan expresivas como intencionadas que sólo en estas fiestas flamenco-íntimas se escuchan.

¿Qué más hemos de decir en elogio del cuadro de Masó? ¿No lo ha titulado el autor «Baile flamenco» bien que aplicando este calificativo con demasiada amplitud pues español y flamenco no son una misma cosa? Pues si en la pintura todo, tipos, escena y decoración, es español ó por mejor decir flamenco puro y neto, dicho se está que nuestro distinguido paisano ha hecho una obra tal como la concibió embelleciéndola, además, con un colorido natural, brillante y simpático y haciendo verdadero alarde de prodigalidad en bellezas de detalles.

MARINAS, cuadros de J. M. Marqués

A Marqués se le pueden prodigar calurosos elogios impunemente, primero porque los merece y después porque las alabanzas no le engríen sino que le estimulan; lejos de llevarle á dormirse sobre sus laureles hácenle avanzar á pasos agigantados por el camino que indefectiblemente conduce al pináculo de la gloria.

Y esto es tanto más de admirar cuanto que Marqués no es especialista, sino que siente la belleza en todas sus manifestaciones y con poética fidelidad las reproduce: así empuña los pinceles para pintar figuras de elegancia y corrección irreprochables como arranca de su paleta los armoniosos tintes que su penetrante mirada supo descubrir en frondosa arboleda bañada por cristalino arroyo ó en pintoresco lago bordeado por apacibles ribazos ó en mar sin límites surcado por frágil lancha ó colosal navío.

Si Marqués necesitara darnos nuevas pruebas de lo que decimos, cumplidas nos las habría dado con las dos marinas que reproducimos: en ambas el agua tiene transparencia y movimiento, el horizonte es inmenso cual corresponde á pinturas de este género, el cielo manchado por pequeñas nubes en la una, cubierto de oscuros nubarrones en la otra, es el verdadero cielo de aquellas regiones holandesas y en las barcas y vapores que en el mar se ven casi se nota el dulce balanceo que las olas y la brisa en ellos imprimen.

¡Cuánta verdad, cuánta poesía en estas reproducciones del animado puerto de Amberes y de las risueñas riberas del lago que cerca la isla en donde está emplazada Dordrecht!

UN BUEN PARTIDO, cuadro de Tihamer Margitay

Los cuadros de género de Tihamer Margitay llamaron fundadamente la atención en las últimas Exposiciones de la Unión artística húngara de Budapest por su originalidad, por su admirable ejecución y por el humorismo satírico con que en ellos estaban reproducidas las costumbres modernas de ciertas clases sociales. Uno de los que más cautivaron fué «Un buen partido» y en seguida se adapto al cuadro el siguiente argumento:

Las exigencias sociales han arruinado ó poco menos al *gentry*, noble de provincia, que en tal situación ve el cielo abierto al saber por un su amigo que un rico fabricante de paños no reparará en unos cuantos miles de florines más ó menos con tal de adquirir el castillo que á aquél legaron sus egregios antepasados. El tal fabricante tiene un hijo y el aristócrata cuenta en su prole una linda niña de diez y ocho abriles.

Una gran idea, como él la llama, se le ocurre al oficioso amigo: ¿por qué la finca no ha de quedar de la familia casándose los chicos? Y comenzando á poner en práctica el plan avístase con el *gentry* y después de una corta conferencia queda convenido que la presentación del joven plebeyo se verificará al día siguiente, aunque sin indicar al interesado el objeto de la visita. Llegado el momento, introducido el inconsciente pretendiente en la blasonada morada y hechas las presentaciones de rúbrica, el introductor empieza á pronunciar el panegírico del presentado encomiando su amor al estudio y al trabajo, sus excepcionales dotes de carácter y talentos para continuar la obra en que se ha enriquecido su padre, su educación brillante desde el punto de vista científico, etc. etc. Pero se conoce que no son estas las condiciones que más agradan á aquella familia tan rica en pergaminos y en ridiculeces como pobre en bienes y en conocimientos útiles y sólidos: nadie se fija en las buenas cualidades que al joven adornan y en cambio su cortedad y su embarazo hacen asomar á todos los labios burlonas sonrisas.

El candidato no ha hecho efecto: corrido y avergonzado busca un pretexto y se retira de aquella sociedad no sin llevar grabada en el corazón la imagen de la que, sin él saberlo, le había sido destinada por un padre más calculista que amoroso y por un amigo más bondadoso que ducho en tales lances.

Y ahora preguntamos nosotros ¿volverá? No lo sabemos, pero si pudiéramos aconsejarle le diríamos que si realmente se ha enamorado, insistiera en su empeño recordando al protagonista de «Por derecho de conquista.»

Y en cuanto á la aristocrática familia le diríamos: «¡Reíos cuanto queráis del plebeyo que pronto será dueño de vuestro malversado patrimonio! ¡Reíd! sí, pero acordaos del refrán francés *rira bien qui rira le dernier*, y tened la seguridad de que este *dernier* no seréis vosotros sino el hijo del pueblo que con su talento y su trabajo ha ganado lo que vosotros con vuestra ociosidad y vuestras tonterías habéis perdido.

TULIA PASANDO POR ENCIMA DEL CADÁVER DE SU PADRE, cuadro de E. Hildebrandt

Reinaba en Roma el bondadoso Servio Tulio cuyas sabias leyes en pro del pueblo habían atraído sobre él el odio del patriciado: su hija Tulia casada con Arunte, nieto de Tarquino Prisco, deseando precipitar la muerte de su padre y no pudiendo hacer de su esposo un asesino, entró en relaciones con Lucio Tarquino hermano de Arunte y casado con su hermana y á poco de haber envenenado á sus respectivos consortes se casaron y maduraron el plan de deshacerse del infeliz monarca para sentarse después de tamaños crímenes en el trono romano.

Lucio, impulsado siempre por la infame Tulia, entró en la conspiración que á la sazón tramaban los descontentos y un día se presentó en el Senado revestido de las reales insignias y rodeado de sus parciales armados. El anciano Servio Tulio acudió á reprimir la rebelión, pero Lucio Tarquino le precipitó por las escaleras y antes de que el desdichado conducido por sus leales pudiera llegar á su palacio fué alcanzado por los asesinos que lo remataron y dejaron su cadáver abandonado en la calle que en posteriores tiempos conservaba todavía el nombre de *Scelerata* que en recordación del crimen se le puso.

Tulia lanzóse al *Forum* ansiosa de saludar al nuevo rey, el cual horrorizado por la infernal alegría de su esposa arrojóla de su presencia: llegada á la calle en donde el regicidio se cometiera, los caballos que la conducían detuvieron su veloz carrera ante el ensangrentado cadáver de Servio Tulio, pero la feroz Tulia ordenó á los esclavos que siguieran adelante y las ruedas de su carro pasaron por encima del inanimado cuerpo de su padre.

Hildebrandt reproduce esta escena con una verdad histórica y con una riqueza de detalles superiores á todo encomio: la terrible actitud de la impía Tulia, la impresión de horror y de desprecio que en todos los semblantes se retrata, la violenta posición de los caballos contenidos por su conductor y la fidelidad con que está pintada la calle por entre cuyas últimas casas divísase en el fondo el Capitolio, son otras tantas excelencias que justifican la fama de su autor y la admiración con que el cuadro fué visto en la última Exposición artística del Jubileo de Munich.

¡ENCALLÓ! Cuadro de Ad. Lins

¡Dichosa edad en que los más modestos entretenimientos son fuente de placeres que más tarde no hacen sentir las más ruidosas y variadas diversiones! Ahí le tenéis siguiendo con afanosa curiosidad la travesía del barco de papel que entre tumbos y tropiezos se desliza por el turbio arroyo y considerándose poco menos que otro coloso de Rodas porque por entre sus piernas ve pasar sus frágiles embarcaciones. ¡Qué es al lado de este contentamiento la satisfacción del almirante que con su poderosa escuadra atraviesa los mares venciendo obstáculos y desafiando tempestades!

¡Dichosa edad, repetimos, y dichoso el pintor que tan bien supo sentir y trasladar al lienzo esta escena llena de gracioso encanto!

D. LUIS CASTELLS Y SIVILLA, y la «Casa de España» en Buenos Aires

La biografía de D. Luis Castells está trazada en muy pocas líneas: nacido en Barcelona en 1858, diéronle sus padres, pertenecientes á distinguidas familias de esta ciudad, una educación sólida y esmerada colocándole en el Colegio de los RR. Padres Escolapios en donde su aplicación, buena conducta y talento granjeáronle la estimación de sus profesores. Sintiéndose desde muy niño con decidida vocación para el comercio y comprendiendo que el americano continente ofrecía más anchos horizontes y mayor porvenir á sus nobles ambiciones, consiguió no sin grandes esfuerzos vencer la cariñosa resistencia de sus amantísimos padres y embarcarse á los diez y seis años para la Habana en donde permaneció como dependiente de la casa Bosch y Palés hasta 1877. A partir de esta fecha la falta de experiencia y sobra de imaginación, las ilusiones y aberraciones de la juventud que cuenta con recursos pecuniarios y absoluta independencia fueron causa de que el corazón noble y el buen instinto del joven Castells sufriesen un período de contrariedades y accidentes lamentables que pusieron á prueba el temple de su alma. En 1882 el destino ó la Providencia llevóle á la ya floreciente capital de la República Argentina, en donde sus excepcionales condiciones le conquistaron muy pronto las simpatías y la protección de ilustres personalidades, entre ellas del ex-ministro de Hacienda de aquella república, eminente banquero y actual presidente del Banco de la Provincia de Buenos Aires y del Banco Mercantil de la Plata, D. Francisco Uriburu, cuya hermosa y distinguida hija, D.ª Elisa, es hoy la esposa de nuestro esclarecido compatriota. En aquella tierra poco menos que virgen brotaron y crecieron con maravillosa exuberancia las semillas que sembró su genio mercantil, cultivó su amor al trabajo y fecundizó su perseverante actividad: hoy Castells es banquero opulento, empresario infatigable é iniciador insustituible de los más grandes y atrevidos negocios.

¿Queréis conocer su carácter? Infundid en un solo ser la intuición mercantil del inglés, el empuje del yankee, la imaginación del francés y la constancia del catalán y lo tendréis hecho tal como es en realidad.

¿Deseáis saber sus obras? Recorred la larga serie de empresas grandiosas que hoy prosperan en aquella poderosa república, buscad las que, al parecer, tengan los más opuestos fines y requieran las más encontradas aptitudes, y al frente de la mayoría de ellas, como iniciador en unas y cómo valioso cooperador en otras, encontraréis el nombre de Castells para quien todos los objetivos de tales empresas se compendian en conseguir al par que el propio engrandecimiento el bienestar de sus semejantes, y en sentir del cual todas las aptitudes para las mismas indispensables se resumen en estas dos que en tan alto grado posee: laboriosidad y perseverancia. Así concibió su mente y llevó á cabo su esfuerzo la construcción de la hermosa población de «Villa Elisa,» bautizada con tal nombre en obsequio del de su esposa, y la fundación del Banco Mercantil de la Plata, establecimiento de crédito cuya rápida prosperidad le ha puesto, apenas nacido, por encima de los Bancos similares del antiguo y del nuevo mundo. Así han adquirido bajo su impulso colosal desarrollo empresas de tanta magnitud como la Compañía colonizadora del Limay, las Canteras de Minuano, los Arenales y Puerto del Sauce, la Compañía de Muelles y Depósitos del Puerto de la Plata y otras muchas que sería prolijo enumerar.

Pero Castells es algo más, es mucho más que esto: Castells no sólo es millonario sino que merece serlo porque sabe serlo.

Castells gasta una fortuna en adornar su coche para la fiesta de las flores de 1888, pero paga por entrar en el Corso diez mil duros, no por ostentación sino porque sabe que el producto de las entradas es para la Sociedad de Beneficencia de Buenos Aires; Castells emplea fabulosas sumas en embellecer con extensos parques y suntuosos edificios la Villa Elisa en donde ha de alzarse su espléndida morada, pero no menos fabulosas las consume en obras de caridad y con una sola firma hace dichoso al venerable D. José Valero creyendo cosa la más natural del mundo una acción que conmueve al ilustre anciano hasta el punto de impedirle expresar su gratitud de otro modo que con abundantes lágrimas y entrecortados sollozos; Castells se ha enriquecido en Buenos Aires pero regala á la provincia la Escuela modelo de Villa Elisa con rentas suficientes para asegurar á perpetuidad la educación y enseñanza de doscientos niños, pagando así con usura á su patria adoptiva con ciudadanos dignos, honrados é instruídos los millones con que ella recompensara sus trabajos; Castells no es fácil que vuelva a establecerse en su madre patria, pero deseando tenerla á su lado erige para ella y le hace donación de suntuoso edificio en donde tendrán digno albergue todas las instituciones que en aquellas lejanas tierras mantienen vivos el recuerdo y la representación de la noble España.

Y no es esto todo; Castells tiene á gloria ser español pero estima como gran honra ser catalán: la idea de España va en él siempre unida á la de Cataluña, así es que cuando ha pensado en devolver á su madre patria un pedazo de aquel territorio que antes poseyera ésta por entero, no lo ha hecho sin señalar en él una porción no escasa para sus hermanos; por esto bajo la enseña de la legación hispana se cobijarán el *Centre Catalá* y el Montepío de Montserrat y por esto la «Casa de España» sobre ser un edificio nacional en donde hallarán seguro refugio y honroso amparo los españoles todos, será la colmena que guardará la cera y la miel de los laboriosos catalanes.

Nada diremos de este magnífico palacio que su fundador titula modestamente *Casa*: el grabado que reproducimos y las minuciosas descripciones que hace tiempo viene insertando la prensa nos relevan de entrar en detalles acerca de ese hermoso edificio; sólo consignaremos que su construcción comenzará en breve y que en la ceremonia de la colocación de la primera piedra serán padrinos el Presidente de la República Argentina y S. M. la Reina Regente de España representada por la ilustre y digna compañera de D. Luis Castells á la cual nuestra Soberana ha concedido la banda de María Luisa.

Vamos á terminar.

No ha sido nuestro ánimo escribir una biografía completa de don Luis Castells y Sivilla, que con profusión han publicado los periódicos españoles y bonarenses. Nos hemos propuesto simplemente desahogar nuestra satisfacción y dar rienda suelta á nuestro entusiasmo tributando un modesto pero cariñoso homenaje á un ilustre compatriota cuyas acciones bendice la generación presente y admirarán las venideras y cuya historia es un consuelo para el desvalido, un estímulo para el hombre laborioso, un ejemplar digno de imitación para los ricos, un timbre de gloria para España y un título de noble y legítimo orgullo para Cataluña.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

CADENA DE PRISIONEROS DE UNA TRIBU REBELDE, EN MARRUECOS, dibujo de Guillermo Nicolet

Este dibujo está tomado de un episodio de la rebelión de los beni m'guild, en 1888, que presenció el artista belga Mr. G. Nicolet durante los días en que estuvo en el campamento del sultán de Marruecos cuando éste se dirigía á los santuarios de Muley Ismael y de Edris el Kebir después de la feliz terminación de la campaña contra las tribus insurrectas.

Los infelices prisioneros van atados á una larga y pesada cadena de hierro para ser conducidos á las prisiones de Fez, Mequinez y Marruecos, teniendo que hacer de este modo á pie fatigosas jornadas. El cansancio, el calor, el hambre, la sed y las enfermedades no tardan en causar innumerables bajas entre estos eslabones humanos, pero como hay que presentar en el lugar de destino tantos hombres como fueron entregados en el punto de partida, á los que sucumben por el camino ó á los que no pueden seguir al convoy se les corta, en presencia del kaid y de su escolta, la cabeza que después de salada se echa en una cesta y se carga en una acémila.

Tal es la explicación del dibujo de Mr. Nicolet en el cual aparece en toda su grandiosidad el ardiente desierto y están maravillosamente reproducidas la expresión de fiereza de los vencedores y la de abatimiento y sobre todo la de indiferentismo musulmán de los vencidos.

Si en el cuadro resultan algunos fragmentos de un realismo casi repugnante, culpa es no del artista sino de la horrible escena que tan bien supo copiar y que no es más que un punto en la vasta serie de horrores que la guerra trae consigo en unas regiones en donde impera una religión fatalista absurda y en donde prevalecen unas costumbres brutales y salvajes.

¿No ha sonado todavía la hora de que la civilización europea emprenda la obra de regeneración de aquellos países que á pesar de su proximidad á nuestro continente permanecen sumidos en la barbarie?

Algo más meritorio sería esto que mantener á Europa en ese intolerable estado de continua alarma en que la tiene la paz armada, causa de tantas ruinas y amenaza constante de desastrosas guerras.

CASA NUEVA

Tenía un servidor de Vds. vivo deseo de habitar en una casa nueva, pero enteramente nueva, es decir, acabadita de edificar, no por otra cosa sino porque en una casa nueva no hay, por lo regular, ni ratones, ni cucarachas, ni chinches, ni pulgas, ni hormigas, ni están sucias las paredes, ni deslucidas las puertas, ni se ha muerto nadie todavía, y por consiguiente no se puede temer que haya quedado trasconejado algún microbio alevoso que pueda hacer al nuevo inquilino el favor de comunicarle bonitamente la enfermedad de que murió el anterior.

Y, lo que me ha sucedido pocas veces en este pícaro mundo, logré lo que deseaba. Pasé una tarde por cierta calle no muy céntrica pero cortita y alegrita, y ví que en una casa novísima, sin estrenar, estaban desalquilados todos los pisos, pues en todos los balcones había papeles.

– Aquí está lo que yo busco, – me dije, – y me entré en el portal, recién estucado, limpio, reluciente, con su doble puerta de cristales, sus dos brazos en las paredes para gas, y su portería deshabitada.

Como no ví á nadie en la portería ni en el patio, donde había una fuentecita con su grifo dorado en que todavía no había puesto la manaza ninguna criadota groserota, subí al piso principal y viendo la puerta abierta entréme. Allí había gente, allí estaban dos señores, el uno con su americana y su hongo y el otro con su chaquetón, supongo que sería suyo como del otro las prendas citadas, que me saludaron muy corteses, y me enseñaron el cuarto. ¡Qué bonito cuarto! Las paredes de la alcoba principal parecían espejos, los papeles primorosos no presentaban ni la más ligera rozadura; la cocina declaraba que allí no había puesto la planta ninguna cocinera, y la despensa estaba convidando á llevar los ricos jamones, los sabrosos embutidos, la olla de la manteca, en fin todas las provisiones de una familia de otra naturaleza y de otras costumbres que el ayunador Succi.



MARINA (Amberes), cuadro de J. M. Marqués

Enamoréme de la casa y me lo conocieron aquellos señores, que eran el uno, el de la americana, dueño de la finca, un almacenista de muebles de la calle de los Estudios, y el otro el maestro de obras aparejador que la había construído.

Hiciéronme ver que en la cocina entraba el sol hasta el fogón, que en la despensa se había abierto una claraboya para ventilación muy conveniente á las provisiones de que la llenaría el inquilino, que en el comedor cabían lo menos doce ó catorce personas comiendo muy anchas, cosa que les dije no podría suceder siendo yo el inquilino, porque me guardaría muy bien de convidar á tanta gente, y que la sala con aquel papel de medio color y aquellas medias cañas doradas estaba pidiendo un mobiliario de lujo y de gusto, indirecta del casero y almacenista de muebles de que no me hice cargo, y me señalaron dónde se había de poner el sofá, y los sillones, y el entredós... En fin, estuvieron muy amables conmigo, y el dueño me significó su deseo de que estrenara la casa, y siendo el precio, después de rebajar algo, el que me convenía, prometí ir el día siguiente á formalizar el arriendo y á pagar el trimestre.

– Mire usted, – me dijo, – los primeros días no habrá portero, porque el que va á servir la plaza ha caído malo, pero vendrá un dependiente mío á cuidar de la casa, hasta que se instale el portero, que es uno del orden con una mujer, muy guapa *ella*, que me ha servido á mí antes de casarse.



MARINA (Dordrecht.—Holanda), cuadro de J. M. Marqués

No habían pasado veinticuatro horas y ya estaba el carro de mis muebles á la puerta de la casa nueva, y yo ocupado en el arreglo del despacho, que era lo que me interesaba.

– «Aquí el retrato de Cervantes, y entre los de Fray Luis y Santa Teresa, el de Sagasta. Junto al balcón la mesa. ¡Qué delicioso! Aquí voy á escribir yo sin parar comedias, tragedias, sainetes, loas, poemas, novelas. ¡Qué bien se está aquí para trabajar! ¡qué silencio! ¡qué hermosura de casa limpia, elegante, sin miasmas *deletreros*, como dice un diputado amigo mío y del gobierno!...» – Así pensaba al mismo tiempo que colocaba los libros en los armarios, y limpiaba el polvo á los bustos de Garibaldi y Espartero, y ponía sobre la chimenea las fotografías de Sara Bernardt, Becerra, Mazzantini, y el toro que mató á Pepete.

Ya era bien entrada la noche cuando despedí á los mozos y al conductor del carro, y pude cerrar la puerta de mi casa, y abrir la de un cuarto excusado en que encerré á la gata, para que no se me fuera mientras estuvo abierta aquélla. Salió el animal y le hice las más oportunas y prudentes reflexiones acerca de la conducta que debía de observar en la casa nueva, á fin de conservar suelos y paredes sin la más leve sombra de mancha, y cumplida esta obligación, estuve recreándome largo espacio en la sala, en el gabinete, en la alcoba, en el comedor, y otro discurso enderecé á la criada recomendándole la más exquisita limpieza, lamentando que no fuera ella una hada ó sílfide, aunque gallega, para que no tuviera necesidad de poner el pie sobre las losas impecables de aquella cocina sin igual. Con menos paciencia que la gata me oyó la doméstica, y su contestación fué una rabotada con que tropezó con el quinqué de petróleo y lo tiró al suelo, donde se hizo añicos la porcelana y se vertió el líquido. No la maté por no tener arma á mano, pero la maldije, y la acémila, que ya estaba harta del trajín en la mudanza y que, sin duda, no tenía el delicado sentimiento de la pulcritud, y creía exageradísimas mis prevenciones y reprensiones, se desató el mandil, lo tiró sobre el fogón y me pidió la cuenta.

No la detuve, le puse el dinero en la mano y me quedé sin criada, y á las observaciones de mi familia que no creía prudente en tan críticos momentos prescindir de los servicios de aquella funesta moza, contesté estoicamente, como hubiera dicho en ocasión análoga el mismo Sócrates:

«A casa nueva criada nueva.»

No nos sucedió la primera noche cosa extraordinaria á no ser la insignificante molestia de no poder dormir porque nos lo impidió el frío húmedo que nos penetraba los huesos. Por la mañana estábamos todos los de casa acatarrados, y de aquella época data á no dudar el entretenido reuma que alguna vez viene á distraerme de memorias de otro tiempo y de melancólicos pensamientos.

La mañana siguiente, cuando más ocupado me hallaba en el arreglo de la casa, colgando cromos en el comedor, poniendo los tiradores de las campanillas, clavando mapas en el corredor, como cosa que nunca se ha de examinar, y buscando sitio donde instalar las jaulas de los pájaros al sol, porque los animalitos tiritaban de frío, sorprendióme un fuerte campanillazo. Salí á ver quién solicitaba entrar, creyendo que sería acaso el portador de una credencial que yo esperaba, pero no era tal, sino un hombrón mal encarado con muchas llaves en la mano.

– Señorito, – me dijo, – yo soy el dependiente del amo que estoy abajo en la portería mientras no vienen los porteros, y ahora me tengo que *dir*, porque han venido á avisarme que mi mujer va á dar á luz. Si viene alguien á ver los cuartos ahí tiene V. las llaves, y hágame V. el favor de que la chica los enseñe.

– ¿Qué chica?...

– La criada, digo.

– No la tengo, se marchó ayer.

– Pues el caso es que yo no puedo... Ya ve V. que uno no ha de ir á dejar á su mujer en esa disposición. Mire V., no vendrá nadie, porque por esta calle no pasa un alma; sólo alguno que va huyendo de la justicia; pero si por una casualidad viniera alguna persona, no tiene us-



UN BUEN PARTIDO, cuadro de Tihamer Margitay



CADENA DE PRISIONEROS DE UNA TRI



BU REBELDE, EN MARRUECOS, DIBUJO DE G. NICOLET



TULIA PASANDO POR ENCIMA DEL CADÁVER DE SU PADRE, cuadro de E. Hildebrandt

ted que molestarse, le enseña V. el suyo, porque todos los cuartos son iguales.

– Pero, hombre...

– Mire V., cada llave tiene su cartón con el precio del cuarto. Mi amo es un hombre muy arreglado. Muchas gracias, caballero. Bien me dijo el amo que V. parece un infeliz, una persona muy conforme.

– Oiga V.

Pero el hombre me dejó las llaves y se fué á escape. Aunque no me gustó el encargo, disculpé al hombre á quien movían en aquellos instantes sentimientos tan tiernos como el del amor conyugal y el de la paternidad.

Volvía á mi interesante trabajo cuando otro campanillazo me hizo volver á la puerta.

Abrí creyendo que sería el del parto, pero no; era una señora, una señora vistosa, bien aderezada, aunque de mañana, que me dijo:

– Perdone V.: ¿no hay portero en esta casa?...

– No señora; está de parto, digo, está malo.

– ¡Qué diablura!... Quería ver el cuarto segundo

– Pues aquí tengo la llave... Pase V., señora, y perdone que la reciba en este *negligé* tan... *negligé.*

– Usted es quien ha de perdonar. ¿Es V. el casero?

– ¡Ay! no señora, soy el primer inquilino de esta casa. Pero no necesita V. incomodarse en subir; el cuarto de arriba es exactamente igual á este.

– ¡Ah! entonces... si es V. tan amable...

– Sí señora, sí.

Y al decir esto á la señora oí dentro unas toses y unos portazos que al punto me hicieron comprender que á la parte femenina de mi familia no le parecía bien mi proposición de enseñar la casa.

Pero ya no era posible retroceder. La señora estaba dentro y se dirigía á la sala. Yo la seguí.

– ¡Bonita sala!... Con buenos muebles estaría preciosa, – dijo la señora con la mayor tranquilidad. – ¡Ay! ¡qué retrato! – exclamó fijándose en el de mi abuela colocado sobre el sofá. – ¿Es Zumalacárregui?... Yo tengo uno en casa y se parece.

– Señora, es mi abuela.

– ¡Ah! perdone V., como tiene esas patillas...

– Pues mire V., fué una real moza, según decía mi padre.

– No lo dudo. La alcoba es pequeña... Para Vds. que tienen una cama tan pelada basta, pero la mía dorada á fuego, con colgaduras y dosel, no cabría aquí. Las alcobas me gustan á mí grandes. Figúrese V. que yo tengo la cama, como digo ..

– Sí, ya sé, con colgaduras y dosel...

– Un armario de dos cuerpos, del renacimiento, un secreter Luis XIV, donde guardo las joyas, un reclinatorio, un lavabo muy hermoso de mármol, dos mesas de noche...

– ¿Dos?...

– Sí, señor, una á cada lado de la cama, un baño, una cómoda de alcanfor, otro armario de limoncillo y dos butacas...

– Vamos, está V. bien amueblada, – le dije, pesaroso de mi amabilidad.

– Sí, señor, lo que es en cuanto á mobiliario, pocas casas como la mía. ¿Y el comedor?...

– Ahí lo tiene V.

– ¡Jesús! aquí están bailando los muebles. Yo tengo una mesa de mármol de una pieza como cuatro veces esa de pino...

– Señora, no es de pino.

– Sí, señor, sí, chapeada de nogal, pero de pino; yo entiendo mucho de muebles. No estaría mal el comedor, con mi aparador de roble tallado, y mis doce sillas salomónicas, y mi trinchero...

– Señora, veo que esta casa no es para dama de tan alto rango.

– Diga V., ¿y no hay aquí un cuarto obscuro, lo que se llama un cuarto de leones?

– Sí, señora, este.

Ya se había acercado ella al cuarto que pretendía ver, y en vano quería abrir la puerta; desde dentro la apretaban las mujeres de mi casa que allí se habían refugiado para que no las viera aquella dama.

– ¿No se abre esta puerta?

– No, señora, – le dije, – están los leones dentro.

– ¡Jesús! – dijo sonriéndose. – ¿Y la cocina?...

– Ahí la tiene V.

– No es chica, pero yo la necesito más grande

– Sí, ya entiendo, una cocina salomónica también.

– Pues V. perdone la molestia. No me conviene el cuarto. Estos cuartos son buenos para familias... así...

– Vamos, dígalo V., señora, para familias de poco pelo como la mía.

– ¡Jesús! no he querido decir eso.

– Pero lo ha pensado V., y me tiene sin cuidado.

– ¡Ave María!... ¿Por quién me toma V.? Sepa V. que yo soy una señora, y en la calle de la Sartén, núm. 80, bajo, tiene V. su casa. Margarita Pardillo, para servir á V.

– Gracias, gracias. Ya conocía á V. de nombre.

– ¿Sí?...

– Sí, señora; me ha hablado de V. Pepe Calores, uno que fué empleado en la Deuda.

– ¿Calores?... No he conocido más calores que los del verano.... – repuso con irónico desdén aquella dama de quien efectivamente Pepe Calores, comprometido y arruinado por ella, contaba primores, y acaso los seguirá contando en el penal donde se halla, sufriendo condena por defraudación y otros excesos.

– Que V. lo pase bien, – díjome saliendo.

– A los pies de V., salomónica señora, – le contesté cerrando la puerta.

Después de esta inoportuna visita hube de sufrir la justa reconvención de las personas de mi familia por haber enseñado el cuarto á la señora Pardillo, y prometí no volverlo á hacer.

– ¡Qué señora!... ¡Buen peine! – pensaba yo. – El pobre Pepe Calores, un hombre tan formal y tan metódico, la conoció y bien caro le ha salido el conocimiento. Ya no le bastó el sueldo, y buscó por caminos peligrosos lo que no podía adquirir de otra manera, y el infeliz, menos listo que algunos que por ahí andan tan ufanos mirando por encima del hombro á los hombres de bien, y mejor recibidos y más agasajados que éstos en todas partes, se perdió para siempre.

Otro campanillazo me interrumpió en estas ociosas reflexiones.

Eran dos jóvenes, es decir un joven y una joven, ella más joven que él.

– ¿Tiene V. las llaves del cuarto 3.°? – me preguntó él.

– ¿Por qué lo pregunta V.?

– Para ver el cuarto, si puede ser.

– Pues, no señor, no puede ser, – le dije, porque me parecieron sospechosos aquel joven con el sombrerito ladeado y aquella joven que parecía no haber roto un plato en su vida.

– Pues V. se lo pierde, – repuso el joven.

– Más se lo perderá V. que yo, – contesté cerrando la puerta.

– ¡Qué bien he hecho! – pensé. – Dios sabe qué intenciones traía ese joven Acaso medita un crimen. La sociedad está muy pervertida, y sobre todo la parte joven de la sociedad. Suceden todos los días cosas que le ponen á uno los pelos de punta.

Por suerte volvió el dependiente del casero encargado de la vigilancia de la casa y le entregué las llaves. Su mujer no saldría de su cuidado, según dictamen facultativo, hasta la noche.

Crean Vds. que me cansé grandemente en el arreglo de mi casa que, como se dice, parecía una tacita de plata, y á las nueve de la noche ya estaba en la cama, rendido de fatiga, pero satisfecho de haber empleado bien el día, exceptuando los quince minutos que me entretuve enseñando el cuarto á la señora Pardillo. Olvidaba decir á ustedes que por la tarde recibí una criadita muy agradable, casi una niña, dulce y candorosa como una pastorcita de la Arcadia, una paloma sin hiel, de la que respondía el carbonero, que por no estar desocupado de cofres, maletas y trastos el cuarto destinado á la doncella, se avino á tender un colchón en la cocina y á pasar allí la noche durmiendo el sueño de la inocencia.

A las diez todos dormíamos ese mismo sueño, ú otro, y las dos serían cuando desperté sobresaltado oyendo angustiosas voces de mujer. Algo ocurría dentro de mi hogar. Quise coger el *revolver,* pero no lo pude coger, porque nunca he poseído este instrumento de muerte, y sólo pude tomar la caja de cerillas, y echarme fuera de la cama bastante *escamado.* La criadita angelical era la que gritaba. Pensé salir al pasillo y por la ventana del patio llamar á los vecinos, pero desistí recordando que no había en la casa más vecino que yo. La criada vió en el montante de la puerta de escape de la alcoba la claridad de la luz que yo había encendido, y vino gritando: – ¡Señorito, agua!... – ¿Hay fuego? – le pregunté. – No señor, agua, agua. – Pero animal, bebe, si quieres agua. – Es que cae agua. – ¡Ah! ¡que llueve! Pues deja que llueva. ¡No me has dado poco susto!... – Y apagué la luz y me dispuse á volver á la cama. Pero la chica me gritó: – ¡Que llueve dentro de casa!

No tuve más remedio que salir de la alcoba, envolviéndome en la manta, como César en la toga, y de esta guisa me presenté á la doncellita que me hizo ver el lago que ya habían formado las aguas en la cocina y en la despensa y en el corredor amenazando inundar toda la casa. La muchacha tiritaba en camisa y yo le habría dado de buen grado la manta, pero tuve que contener este impulso humanitario por altas consideraciones de pudor. ¡Qué noche! Del techo de la cocina caía el agua sin cesar un punto, y á aquella hora, sin portero abajo, y sin las llaves del cuarto de arriba, la situación no podía ser más angustiosa. Era aquello una desolación. Todo el Lozoya pasaba por nuestra casa y yo me consideraba ya un nuevo Noé sin arca. En vano busqué la llave de la puerta de la calle, pero me ocurrió que la tendría el sereno. Abrí el balcón, llamé á este funcionario, que me dijo no le habían entregado todavía la llave de la casa nueva, y que no tuviera cuidado. Le rogué que avisara al amo de la casa, á la de Socorro, al alcalde de barrio, al gobernador, al canal de Lozoya, al ministro de la Gobernación, y el hombre se me enfadó, y me reconvino y me amonestó para que no escandalizara la calle.

– Eso no será nada, – decía, – se habrá soltado una fuente de arriba. En siendo de día se verá y se arreglará todo.

– Así le soltaran á V. un toro de seis años, – le gritaba.

– Vaya V. á avisar al juez, ó le tiro un tiesto.

– Usted sí que irá al juzgado por *desataco* á mi autoridad.

Y las aguas crecían y ya me figuraba como se hundía sobre nosotros el edificio.

A las cinco y media ví asomar un guardia civil embozado en su capa que iba muy de prisa.

– Guardia, – grité desde el balcón, – benemérito guardia.

Paróse el hombre y empecé á explicarle lo que me pasaba.

– No puedo detenerme, – me dijo interrumpiéndome, – no soy de esta comandancia, y voy á llegar tarde al tren.

– ¿Pues adónde va V. ahora, hombre de Dios?

– A Huesca.

Y apretó el paso con esta dirección.

A las seis se abrió la taberna de enfrente, y pude conseguir que un chico que salió á colocar en la puerta una mesilla con frascos de aguardiente para el público madrugador, me hiciera el favor de ir á avisar el suceso á casa del casero.

A las siete llegó el casero con el maestro de obras, y el hombre de las llaves, y vino la policía, y se reunió en la calle mucha gente, y vinieron unos periodistas, y se me llenó la casa de curiosos que deseaban saber lo que había sucedido.

Lo sucedido era que un mal intencionado que subió la tarde anterior á ver el cuarto, dejó abierto y atado el grifo de la fuente, y cerrado el conducto de desagüe. Para mí y para mi familia no tuvo el lance otras consecuencias que meternos en cama todos á sudar el catarro. Habíamos estado al balcón cinco horas. Y todavía damos gracias á Dios porque no nos aplastó la casa, en la que hubo precisión de hacer varias reparaciones que nos produjeron la consiguiente molestia.

Por fin quedamos tranquilos después de algunos días de obra en la cocina, donde no se pudo guisar, pero nos arreglamos haciendo traer de la fonda la comida, gastando bastante más de lo ordinario y regalándonos con unas salsas picantes muy perjudiciales á la salud.

Todo entró en orden; se instaló el portero en propiedad, guardia del orden, como ya se ha dicho, casado con una asturiana de rechupete, á quien el guardia respetaba y veneraba más que al capitán y al coronel, porque, según confesaba, ella le había hecho hombre al muy zopenco. El cuarto segundo se alquiló á un caballero muy bien portado, que dijo ser hermano de un diputado que dentro de breves días vendría del distrito, y no ocurrió en toda la semana más incidente desagradable que el suicidio de un enamorado que subió á ver el cuarto tercero y se pegó un tiro, por lo que vino el juzgado y no pudimos salir de casa en todo el día y toda la noche, y después hube de hacer muchos viajes á las Salesas, donde perdí algunas tardes y mucha paciencia.

Pocos días después de este suceso, noté con satisfacción que había vecinos en el cuarto segundo. Sin duda había venido ya el diputado. La gente de mi casa sostenía que no habían traído muebles, pero yo afirmaba lo contrario, porque oía martillazos como de clavar alfombras ó de colgar grandes cuadros, todo lo cual me indicaba que ó estaba ya en su casa el diputado ó le preparaban conveniente y confortablemente la habitación que ocuparía de un momento á otro. Y esto era indudable, porque en la escalera, al caer la tarde, encontré dos hombres, obreros, al parecer, que bajaban del cuarto, cada uno de ellos con su espuerta de herramientas. ¡No eran malas herramientas! La mañana siguiente oí ruido de gente en la calle y en la escalera. Salí á ver qué sucedía. Otra vez allí el juzgado, otra vez la policía, otra vez los periodistas, y numeroso público invadiendo la calle y la escalera. En el cuarto segundo de la casa inmediata cuyos dueños estaban ausentes y habían vuelto de mañanita, habíase encontrado un gran boquete en la pared medianera de las dos casas, por donde los ladrones habían entrado, robando infinidad de joyas, dinero, papel del Estado y todo lo que hallaron á mano. Los nuevos inquilinos del cuarto segundo de mi casa habían sido, á no dudar, los autores del golpe de mano. Hace de esto mucho tiempo y no creo que hayan sido habidos... Pero ¡cuántas veces tuve que ir á las Salesas para ayudar á la justicia en sus investigaciones, declarando lo que había notado desde mi cuarto, cuántos golpes sobre poco más ó menos habría oído, qué señas tenían las personas que ví bajar del cuarto segundo, á qué hora empezaban los golpes y á qué hora terminaban, y en fin, de qué individuos de la especie humana habitantes en Europa sospechaba yo que pudieran tener responsabilidad en aquel escandaloso atentado contra la propiedad, á todo lo que no pude contestar absolutamente nada.

En resumen, al mes de haberme trasladado lleno de ilusiones á la casa nueva, tuve por conveniente mudarme á una casa vieja y habitada, sin reparar en ratones ni en papeles deslucidos, ni en el número de cadáveres que habrían salido de ella en los años que lleva en pie, y sólo siento que en la otra perdí treinta días de trabajo y adquirí este reuma que no merezco, y se me escabulló la gata en la segunda mudanza, y los mozos me perdieron infinidad de libros, dejándome incompletas las obras de más de un tomo, y el retrato de mi abuela, en una terrible rozadura al bajarlo un mozo refractario á todo arte bello, ha perdido las patillas, con lo cual ya no se parece á Zumalacárregui, como decía la señora Pardillo, pero tiene todo el aire de un pastor protestante.

CARLOS FRONTAURA

EL PRO Y EL CONTRA

Tiene el pensamiento humano un poderoso y eficaz auxiliar en la imaginación, que concreta y simboliza todas las concepciones de la razón humana, prestándoles un

relieve que nunca podría darles ni aun la lengua de fuego del antiguo apostolado.

Las representaciones, informadas por la imaginación, sobre todo por la creadora, con cierta virtualidad, pueden declinar á veces (cuando obra por sí misma y sin atender á la racionalidad y contrapeso de las demás facultades), rompiendo la regularidad de la vida, en cuyo aspecto fué designada la imaginación la *loca de la casa*. Pero rectamente dirigida puede tener una aplicación fecundísima á toda la vida, pues en la ciencia populariza y da relieve escultural á sus verdades, en el arte vulgariza la contemplación de la belleza y en moral y religión pone la realidad suprasensible al alcance de todas las inteligencias y de todos los corazones, con la eficacia virtual del ejemplo en las buenas obras y de la contemplación en símbolo sensible de la armonía y orden que rigen el mundo moral y la vida religiosa.

Desde la anécdota de la belleza de Friné, defendiéndose ante sus jueces con la belleza de sus formas hasta el trapo rojo y gualdo, símbolo y lábaro de tanto heroísmo, la imaginación ha poblado el mundo de la ciencia y de la superstición, del arte y del artificio, de la moral y de la licencia, todo con símbolos y esquemas, que, á semejanza de la estrella que guiaba á través del desierto al pueblo elegido, han dado tonos salientes á las más dormidas energías del espíritu humano. Los símbolos han conseguido, con la fácil y rápida comprensión de que son susceptibles, interesar hondamente el corazón humano por las más opuestas causas, quizá poniendo de manifiesto la profunda verdad que encierra la observación del Pesimismo, cuando dice «que nadie se mata por nada claro.»

Las sangrientas guerras religiosas, los matices imperceptibles de una honra puntillosa, todo ha tomado cuerpo en símbolos y esquemas, revestidos de una universalidad, exenta de excepción, cual si la racionalidad humana abrigara el constante empeño de poner en duda su propia condición á toda hora y momento.

Más creyentes ha catequizado el Catolicismo con la riqueza suntuaria del esplendor de las artes, puestas al servicio del dogma, que infieles ha convertido la lógica de sus apologistas ó la unción evangélica de sus oradores. Un Cristo de Velázquez ó una Virgen de Murillo es ó ha sido argumento más eficaz para el corazón humano que pláticas, sermones y apologías de un Fenelón.

En otro orden de relaciones, distinto es (quizá media un abismo de distancia) el resultado obtenido por los nuevos métodos pedagógicos del alcanzado por la rutina tradicional del dómine, especie fósil que con su palmeta en la mano, agrio de carácter, frío en sus afectos, aun presume que la letra con sangre entra. Desde que la nueva Pedagogía sigue fielmente el método intuitivo y allí donde no puede poner delante la cosa que ha de enseñar, la muestra en copia, imagen ó símbolo, convirtiendo la escuela en Museo de material científico para seguir el sabio precepto clásico, *ludendo pariterque monendo*, ha sustituído la severa y por adusta repulsiva actitud del magister con la sonriente y agradable fisonomía del que mueve é interesa por igual todas las energías humanas para que colaboren al hermoso despertar de la conciencia humana.



¡ENCALLÓ! cuadro de Ad. Lins

Precisión, fijeza, claridad, proselitismo y universalización, tales son las condiciones favorables, que presta la imaginación á toda empresa, en la cual interviene, y apenas si existe obra seria, de interés colectivo, que tome plaza en la existencia, sin su poderoso y eficaz auxilio. Que si comienza la madre cariñosa poblando el pensamiento del niño de imágenes sonrientes, no se desdeña la ciencia de recurrir al símbolo para expresar aquellas nociones, que, tocan en los linderos de lo que Spencer denomina *Indiscernible*. Lo que se sabe y lo que se presiente, lo conocido y lo desconocido, todo toma cuerpo y existencia plástica en el simbolismo, con que la imaginación circunda la vida.

El coco y el fantasma, las personificaciones y castillos de naipes de todos los sueños de rosas y del mundo de ilusiones, con que primero la infancia y después la juventud intentan penetrar en las brumas de la vida, creyendo que disipan sus tinieblas, son esfuerzos que se repiten en otras edades, con propósitos diferentes, cuando representa, por ejemplo, la ciencia lo infinito con el símbolo de la culebra, mordiéndose la cola, y la justicia con el de la balanza mantenida en el fiel por medio de la espada. Aun en lo *Inefable*, en lo tenido por la Teología judaica como cosa (la primera y más alta) sin palabra y sin signo, aun en lo que se idea como no susceptible de representación penetra el poder imaginativo y anhela circunscribirlo á las condiciones de espacio y tiempo, que auxilian á toda percepción sensible y facilitan despertar emociones vivas y duraderas. Propósitos más ó menos realizables que sirven de señal y prueba evidentes de que nada escapa ni excede de este *medio interior*, algo semejante al *medio interior orgánico*, reconocido por C. Bernard como condición precisa de todo ser vivo.

Pero la realidad, la exterior y la propia, es por demás compleja, parece prisma de infinitas caras, posee su anverso y reverso, su pro y su contra. En el mundo dice la más cándida observación que todo tiene sus ventajas y sus inconvenientes. No debe extrañar por tanto que, al lado del ditirambo que ciencia, arte, religión, todo puede entonar en pro de la imaginación, se destaque el cuadro de sombras que el uso y abuso de la fuerza imaginativa esparce en todas direcciones al través del pensamiento y de la vida. La Historia lo enseña por modo elocuente. Tras la imagen está siempre el iconoclasta. Tan pronto como se eleva la estatua, comienza la obra sorda, de mina, persistente, que horada su pedestal.

No puede ser de otro modo, porque de persistir el símbolo, de perpetuarse la imagen, quedaría suplantada la realidad por la sombra, cogeríamos la cáscara y arrojaríamos la nuez. La frondosa aparatosidad de la vestidura externa asfixiaría la energía interior que cubre y el *Plus ultra*, ley de vida y de pensamiento, quedaría ante muros de contención, detenido por tiempo, ya que completamente negado no fuera posible. El *vino nuevo* del Evangelio (símbolo de símbolos) hará estallar el *odre viejo*.

¿Cómo se explica semejante ley? ¿Por qué todo símbolo y toda imagen ha de ir, como ya entendía el carácter práctico de los romanos, al Panteón para ser sustituído por otro?

Observemos que la representación (germen de todo símbolo é imagen) es dada, existe *en* el que se la representa, concibe ó imagina, pero es, procede, dimana *de* lo representado y *según* ello se ofrece para ser concebido. Y como lo representado no se agota, ni acaba, y el que lo concibe *coge* (siquiera no sea materialmente) de ello sólo fase, aspecto ó término, pero no su íntegra constitución y modo de ser, resulta que, á través del tiempo y efecto de la ley del progreso, el pensamiento, incoercible, sin límite fijo, excede del señalado por el símbolo y no cabe dentro del marcado en la imagen. La imagen es el vestido (que no crece como la túnica del redentor) del pensamiento. Pero el pensamiento progresa, crece y la vestidura de la imagen es estrecha para sus nuevos desarrollos, de suerte que no se adapta ni ajusta aquél dentro de ésta, el primero rompe la segunda y de ahí la necesidad de que tras la imagen aparezca el iconoclasta, el que ha de derribarla, quizá para sustituirla por otra, pero al fin la primera quedará anulada.

El que recorre un Museo de los que ya se forman con cierto carácter enciclopédico puede comprobar la ley que indicamos y hallarla verificada con señales indelebles dentro de las inmensas galerías de aquel Panteón donde duermen el sueño de todo lo que fué cuantos símbolos é imágenes han representado lo que ha creído y amado la humanidad de otros tiempos. Si queda hueco en aquellas galerías, ya se puede anticipar lo que habrá de llenarle, los símbolos é imágenes, que al presente gozan el favor de las gentes, que, siguiendo la misma ley, la que reconoce y pone de manifiesto que el ideal humano es un *ideal*



DON LUIS CASTELLS Y SIVILLA

dinámico, de acción, vida y movimiento hará que el símbolo, en que se condense uno de sus estados, se vea necesariamente convertido en estatua de sal, porque su estabilidad definitiva contradice lo instable y vivo de las energías, que plásticamente representa.

El ritmo de la vida impone la sustitución de unos por otros símbolos. La exclamación ya consagrada «los Dioses se van,» habrá de repetirse perdurablemente. Pero vuelven, porque el simbolismo es la atmósfera vivificante, que nutre todas las energías, y á unos suceden otros y otros y otros indefinidamente. Flor del Lothus, de existencia constante, pero de vida permanentemente móvil, el símbolo no vive sino de lo que simboliza. Cuando suplanta lo en él representado, á la religión sustituye el fariseísmo, al arte el artificio, á la ciencia la argucia escolástica, á la realidad y á la vida la sombra y la muerte.

Para que el símbolo viva y hiera las fibras del corazón ha de estar repitiendo constantemente *Remember*. ¿De qué se ha de acordar? De que procede del pensamiento, *hecho vivo*, que se forma y deforma siempre y del cual ha de nutrirse como la planta de la savia de la tierra.

U. GONZÁLEZ SERRANO

LA EXPEDICIÓN AMERICANA

Á LA BAHÍA DE LADY FRANKLIN

(Conclusión)

(Véase el número 390)

No disponiendo de espacio bastante para ocuparnos de diversos trabajos de esa misión (velocidad del sonido, las mareas, la hidrografía, el péndulo etc.) consignamos tan sólo los resultados de las observaciones magnéticas y meteorológicas hasta durante dos años.

La brújula estuvo en estado constante de agitación habiendo llegado á variar en más de 20° la declinación en Fuerte Conger cuando la gran perturbación de noviembre de 1882 que dejó sentir sus efectos en todas las estaciones magnéticas del globo. Las observaciones horarias de la declinación dieron en febrero de 1883 como valor medio de este elemento 100°37′ Oeste: la inclinación en la misma época fué de 85°. La presión barométrica media anual aumentó con la latitud desde el Sud de Groenlandia hasta la bahía de Franklin. La mayor parte del agua cae en forma de nieve y apenas forma una capa de 0'10 metros de espesor al año; el cielo es de una pureza extraordinaria, especialmente en invierno; la temperatura media de tres meses de invierno es de 39° bajo cero, llegando en alguna ocasión (3 de febrero de 1882) á 52°8: á fines de junio el termómetro acusa la temperatura más elevada que no pasa nunca de 12°, de modo que la temperatura media anual es de 20° bajo cero.

A pesar de estos fríos la salud de los expedicionarios no sufrió alteración alguna importante.

Terminados de un modo tan brillante los trabajos que les habían sido confiados, Greely y sus compañeros no tuvieron más afán que regresar á su patria, volver al seno de sus familias: pocos, sin embargo, pudieron ver logrados sus deseos; la mayor parte de ellos pagaron con sus vidas, después de pruebas tan crueles como inmerecidas, algunas deplorables equivocaciones.

Todas las precauciones habían sido tomadas por el *Signal Office* para asegurar el regreso de la expedición; tres buques se enviaron en su auxilio: el *Neptuno*, en 1882, que detenido por los hielos no pudo pasar el paralelo 79 y que regresó á América dejando depósitos de víveres en distintos puntos á ambos lados del estrecho de Smith y en 1883 el *Proteo* y el *Yantic* que fueron expedidos juntos y de los cuales el primero naufragó sin que pudiera salvarse nada de la carga y á duras penas la tripulación y el segundo, después de recoger á ésta, hubo de abandonar el mar polar sin haber podido cumplir la salvadora misión que se le había confiado dejando entre aquellos hielos algunas aunque pocas provisiones.

El día 9 de agosto de 1883, el comandante Greely, viendo que los buques prometidos no llegaban y siguiendo las instrucciones que para este caso de antemano previsto le habían sido dadas, abandonó con sus compañeros el fuerte Conger y se embarcó en la chalupa de vapor y en las canoas llevando sólo los objetos más indispensables y los documentos más importantes y dejando abandonadas preciosas colecciones, instrumentos de gran utilidad y gran cantidad de víveres.

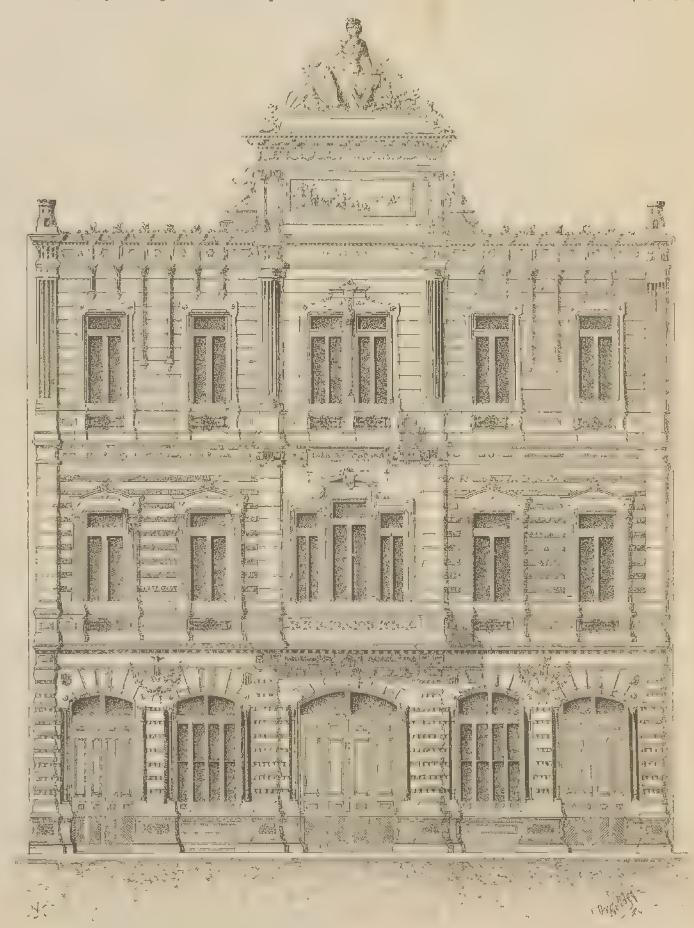
Después de un penoso viaje, el día 6 de setiembre la expedición se encontró rodeada de hielo por todas partes y hubo de abandonar la chalupa y dos canoas y meter en la otra documentos, víveres y trineos: á los veintidós días de marchar los expedicionarios por el hielo, rendidos por el frío y las fatigas y atormentados por terribles presentimientos, llegaron al cabo Esquimal, al Sud del cabo Sabine. El desencanto fué terrible: en los *cairns* que con febril ansiedad removieron, sólo encontraron las desconsoladoras noticias de las frustradas tentativas del *Neptuno*, del *Proteo* y del *Yantic*: la noche polar se aproximaba con todos sus horrores: Greely y los suyos, imposibilitados de volver atrás pues los hielos no estaban bastante unidos para utilizar los trineos y el mal estado de la canoa impedía aventurarse por aquellas peligrosas aguas, levantaron una cabaña de hielo y se dispusieron á pasar el invierno en la estación que denominaron *Campo Clay*; sus provisiones, reunidos todos los víveres que encontraron en los *cairns*, eran suficientes para esperar el 1.° de marzo, creyendo aquellos infelices que en este intervalo podrían los trineos atravesar el estrecho y ganar la opuesta costa en donde había depositadas otras vituallas. La nueva estación carecía en absoluto de los recursos naturales que tanto abundaban en Fuerte Conger.

La salud de los expedicionarios se resintió bien pronto de la insuficiencia de la alimentación; á mediados de abril estaban agotados todos los víveres, y sin fuerzas para irlos á buscar donde podía haberlos sustentáronse aquellos únicamente de líquenes, de langostinos insulsos y de pedazos de piel de foca hervidos: la muerte se cebó en el Campo Clay y en tres meses vió Greely arrebatados por ella á diez y siete de sus intrépidos compañeros.

En el entretanto la opinión pública de los Estados Unidos no echaba en olvido á sus valientes compatriotas; en mayo de 1884 el gobierno expidió dos nuevos buques, el *Oso* y el *Thetys* á las órdenes del capitán Schley, quien prometió no volver á América sin haber cumplido su peligrosa misión. En efecto, el *Oso* pudo llegar al cabo Isabel y enterado el capitán Ash (por una nota depositada por Lookwood en un *cairn* á fines de setiembre) de la posición del Campo Clay, no tardó en encontrar á los seis únicos sobrevivientes de la expedición, entre los cuales se contaba Greely, hoy jefe del *Signal Office*. Unas horas más, y sólo hubieran hallado un campo de cadáveres: aquellos infelices sin fuerzas, sin víveres, sin agua, azotados por una violenta tempestad que les había destruído la cabaña, no pensaban más que en la muerte como único medio de salvación. El doctor Pavy y los dos tenientes figuraban en el número de los muertos.

En Nueva York se organizaron grandes festejos para saludar el regreso de aquellos héroes que habían enarbolado la bandera norteamericana en regiones hasta entonces desconocidas: alguien quiso empañar la gloria de los expedicionarios acusando á los sobrevivientes de haber prolongado su miserable existencia á costa de los cadáveres de sus compañeros. Corramos un velo sobre este inmenso infortunio y teniendo en cuenta las imperiosas exigencias del instinto de conservación, dediquemos un sentido recuerdo á los mártires que perecieron por enriquecer los dominios de la ciencia y honremos á los vivos que con su abnegación y á costa de indescriptibles padecimientos han señalado nuevos derroteros por los cuales se llegará más ó menos tarde á la conquista del polo.

(De *La Nature*)



«CASA DE ESPAÑA» edificio destinado á legación española en Buenos Aires, costeado por D. Luis Castells y Sivilla

BARCELONA.—IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

AÑO VIII — BARCELONA 15 DE JULIO DE 1889 — NÚM. 394

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



AMOR SAGRADO Y AMOR PROFANO, cuadro de Solomón J. Solomón.

Expuesto en la Real Academia de Londres

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

AMOR SAGRADO Y AMOR PROFANO
cuadro de Solomón J. Solomón

Expuesto en la Real Academia de Londres

De los muchos contrastes que el amor ofrece, pocos hay tan grandes como el que forman el amor sagrado y el amor profano, concentrado aquél en deseo purísimo, traducido éste en apetitos groseros, el uno señor del espíritu, el otro esclavo de la materia, noble expansión del alma el primero, torpe exigencia del cuerpo el segundo. Entre ambos media la distancia que hay del cielo á la tierra; el abismo que separa lo que es emanación de Dios y lo que procede de inspiración del angel caído los divide.

Solomón ha sabido expresar con peregrino acierto este contraste por medio de dos grupos igualmente bellos desde el punto de vista artístico pero que impresionan de una manera bien distinta el ánimo del que los contempla: la amorosa madre que cobijan las celestiales alas del arcángel habla al corazón, mientras que las dos impúdicas figuras que voluptuosamente se acarician, sirven á lo sumo para entretener más ó menos agradablemente los sentidos.

PAISAJE DE INVIERNO EN RUSIA
cuadro de Julio Kleber

Los profundos surcos que marca el trineo en el camino, las casi desnudas ramas de los árboles, el plomizo cielo cuyas preñadas nubes dejan caer congeladas gotas y el agrisado tinte que en todo el paisaje domina, nos demuestran que el otoño ha invadido con su guadaña destructora una de esas poéticas comarcas del Norte que las leyendas pueblan de wilis y de gnomos, de ninfas y de galanes encantados.

La naturaleza no ha muerto aún, pero su vida se va extinguiendo rápidamente: cada hoja que cae es un latido menos en su corazón, cada copo de nieve que cubre la tierra es un retazo más del inmenso sudario en que pronto se hallará envuelta.

Y así y todo ¡cuán bella se nos presenta! ¡Qué de atractivos tiene para el artista!

La naturaleza es como esas mujeres hermosas que encantan con la sonrisa en los labios y subyugan con las lágrimas en los ojos.

MONUMENTOS ESPAÑOLES
Córdoba

Puerta exterior de la Mezquita. – Puerta del Perdón

(Copias fotográficas de J. Oses)

No hemos de detenernos en describir los tesoros artísticos que encierra la famosa Mezquita, hoy Catedral, de Córdoba, admiración de propios y extraños y testimonio perenne de la riqueza y sabiduría de los califas españoles. No es menester que añadamos una más á las muchas y detalladas descripciones que en obras nacionales y extranjeras abundan, ni habríamos de encontrar palabras que dieran á los que no la han visto idea de lo que es esa perla arquitectónica que como recuerdo de su dominación en España dejaron en su antigua capital los Ommiadas.

Una de las dos vistas que reproducimos es una puerta secundaria de la Catedral con elegantes ajimeces á cada lado, cuyos preciosos alicatados é intrincados arabescos dignos son de figurar entre las más primorosas labores de su género: la otra, tomada desde la Virgen de los Faroles (así llamada por los muchos que hay delante de su retablo), representa la llamada puerta del Perdón junto á la cual se alza en el mismo sitio que antes ocupara el *alminar* de los moros la hermosa torre que fué restaurada á mediados del siglo décimosexto y cuya magnificencia corresponde á la suntuosidad de tan soberbio monumento.

SIESTA EN LA PLAYA
cuadro de E. Ducker

El autor de este dibujo ha encontrado la nota precisa para hacernos sentir la delicia de la siesta: en solitaria playa, arrullado por el murmullo de las juguetonas olas, acariciado por la fresca brisa que templa los ardores de un sol de estío, descansa el pobre pescador de la faena de la mañana sin que turben su sueño los cuidados de azarosa vida ni los sobresaltos de intranquila conciencia.

No es rico, pero su barca le produce lo suficiente para mantener á una esposa á quien adora y á dos niños á quienes idolatra. ¿Para qué quiere más? El mar es generoso, su ligera embarcación más de una vez ha desafiado con éxito la tempestad, sus brazos vigorosos manejan con habilidad los remos y sus redes parecen bendecidas por Dios, ¡tanta es la pesca que entre sus mallas queda aprisionada! Y cuando los años debiliten sus fuerzas y sus achaques no le permitan hacerse á la mar, ¿no tendrá por ventura buenos sustitutos en sus hijos adiestrados para el trabajo y criados en el santo amor á Dios y á sus padres?

Así vive dichoso, contento con el presente y lleno de esperanzas para el porvenir; así se comprende que duerma sobre el duro banco de su lancha con una tranquilidad que le envidiaría más de uno que en vano busca el descanso en mullido lecho.

EL ESCAPULARIO DE SANTA CATALINA

En aquellos siglos que si no fueron de las luces, ni del vapor, ni de la electricidad, fueron en cambio siglos de cintarazos, de corchetes, de duendes, de trovadores, de quintañonas, de magos, de brujas, de señores y de siervos; en un país que lo mismo pudiera ser España que Rusia ó Italia, vivían en una aldea situada al pie de una altísima montaña, dos matrimonios, de los cuales uno tenía un hijo y el otro una hija. Grande y profunda amistad existía entre los dos matrimonios y casi perfecta igualdad de fortunas.

Miguel y Teresa, padres de Fernando, eran dueños de una casa y de algunas cabezas de ganado. Roque y Catalina, padres de Constanza, poseían otra casa junto á la de Miguel y Teresa y un prado en el que pacía el ganado de sus vecinos.

Fernando y Constanza vinieron al mundo con diferencia de muy pocos días y juntos en muchas ocasiones ocuparon la misma cuna y no pocas veces en el regazo de la madre del uno ó de la otra, saborearon al mismo tiempo el jugo lácteo de sus pechos.

¡Suerte incomparable la de Fernando y Constanza! Desdichados hay que no llegan á conocer á su madre, y ellos siempre se oyeron llamar hijos por dos mujeres y á dos mujeres llamaron madre.

Cuando Fernando y Constanza rompieron á hablar, las primeras palabras que pronunciaron fueron: *Fenano*, dijo Constanza y contestó Fernando: *Tonstanza.*

Durante los años de la infancia, ni un solo instante se separaron aquellos niños, que nacieron con tan buena estrella. En la misma cazuela comían, dormían con las manos enlazadas y por igual gozaban de los apretados y sonoros besos de sus madres.

Tan grande era su cariño y tan constante su unión, que en la aldea nadie los conocía sino con el nombre de los inseparables.

Así vivieron Constanza y Fernando los 17 años primeros de su vida, durante los cuales, sólo en una ocasión opinaron de distinto modo y hasta llegaron á estar un cuarto de hora reñidos.

Ocurrió esto en la tarde de un domingo en que como de costumbre se fueron los inseparables á visitar una ermita que estaba en el pico de la montaña que dominaba su aldea.

Era un hermoso día de invierno, brillaba un sol esplendente y ni una ligera nubecilla se divisaba en todo el espacio que la vista podía abarcar.

Llegaron Fernando y Constanza á la ermita, entraron, y arrodillándose delante de una imagen de la Virgen del Amor hermoso, Constanza pidió á la Santa Virgen que Fernando la amara siempre y Fernando que siempre le amase Constanza.

Convencidos los dos de que sus ruegos serían escuchados por la que con su intercesión todo lo alcanza de su amado Hijo, salieron de la ermita y fuéronse á dar un largo paseo por la montaña.

– ¿Qué le has pedido á la Virgen? – preguntó Constanza.

– Que tú me quieras siempre, – dijo Fernando.

– ¡Tonto! ¿y para qué pedir lo que sabes que has de tener? ¿Por qué no la has pedido que mi imagen nunca se borre de tu memoria?

– Porque no podría, ni con todo su poder, conseguir que ocurriera lo contrario; con que mira si fuera necio pedir lo que ella no puede quitarme.

En estas y otras amorosas pláticas llegaron los enamorados á cierto paraje, en el cual había una roca cortada de tal manera, que semejaba un cómodo banco con brazos y respaldo, capaz para dos personas.

– Ya estamos en nuestro banco, – dijo Constanza sentándose; – ahora, como todas las tardes, ve á buscar apoyo para mis pies.

Alejóse Fernando y volvió con una piedra que colocó de manera que sirviera de banqueta á su amada. Sentóse después á su lado y durante un largo rato permanecieron silenciosos, los ojos fijos en el horizonte Fernando, y Constanza fijos sus ojos en los de él.

– ¿En qué piensas? – preguntó ella.

– En lo que habrá detrás de eso, – replicó Fernando, señalando el punto más lejano que veían.

– ¡Y qué ha de haber! tierra y ríos y montes y aldeas como la nuestra.

– Y mares y grandes ciudades y soberbios castillos y ricos señores, vestidos de seda y oro.

– Sí, y también duendes y brujas y encantadores y espíritus malos.

– Que se ahuyentan con un Padre Nuestro y un Ave María.

– Sí, cuando no nos hacen caer en la tentación, que no todos tenemos la fortaleza que San Antonio bendito.

– Yo la tendría.

– Como no has de exponerte á la prueba, puedes asegurarlo y yo puedo creerlo.

– ¿Y por qué, si hubiera de exponerme, no habías de confiar en mi fortaleza?

– ¡Ay! porque las brujas tienen bebedizos que enloquecen.

– A mí no podrían enloquecerme, porque ya me enloqueciste tú.

– Quizás olvidaras esa locura, si vieras á una de esas damas de que hablan en los cuentos, que llevan vestidos adornados con todas las estrellas del cielo y las perlas todas del mar, que sus cabellos son de oro, de zafiros sus ojos y de nácar sus dientes.

– Por nadie te olvidaría, Constanza de mi alma; pero mira, muchas veces pienso en que me gustaría ver esas tierras y recorrer el mundo y vencer en una batalla á todos los moros de la morería y ganar un reino como los caballeros de las leyendas y consejas y que tú fueras reina y llevaras un vestido con todos los peces del mar y el sol y la luna.

– Para que ganaras esos reinos fuera preciso que abandonases á nuestras madres y que te separases de mí.

– Después volvería y...

– ¿Serías capaz de dejarme?

– Para hacerte reina.

– No podría serlo, porque cuando volvieras ya me habría muerto.

– ¡Qué tontería! no te morirías.

– ¿Lo dudas?

– Naturalmente, nadie se muere por tan poca cosa.

– Puedes creer lo que quieras, pero ¿verdad que nunca te separarás de mí para averiguarlo?

– ¡Quién sabe! Hace ya mucho tiempo que pienso en que es cosa muy triste morirse sin haber visto más que la aldea miserable en que uno nació. ¡Si yo pudiera llevarte conmigo!...

– ¡Ay, Dios mío! – dijo Constanza, y comenzó á llorar en silencio.

Así transcurrió un largo rato. Por fin Fernando, conmovido ante el dolor de su amada, dijo cogiéndola una mano y dando en ella un beso:

– ¡Tonta! ¿tomaste en serio lo que dije? ¿Acaso no sé yo que lejos de tí, todo para mí serían penas y desdichas? ¿Me perdonas, Constanza mía?

Secáronse como por ensalmo las lágrimas de Constanza. Una celestial sonrisa se marcó en sus labios, llevó sus brazos al cuello de Fernando, le presentó inocentemente su mejilla, recibió en ella un beso, y la paz se hizo.

Pocos meses después de esta escena, estando Constanza y Fernando en la montaña, un terremoto destruyó su aldea. Cuando aterrorizados y temerosos volvieron á ella, vieron con espanto que sus casas eran un montón de escombros y supieron que bajo ellos habían perecido sus padres.

Nunca un mal viene solo. El terremoto no se contentó con dejar á Fernando y Constanza en la orfandad, sino que los dejó reducidos á la mayor miseria. Los desdichados tuvieron que trasladarse á un pueblo próximo y ¡oh terrible dolor! también tuvieron que separarse.

Fernando tuvo que colocarse de mozo de labranza y Constanza tuvo que entrar á servir en casa de una señora. Desde entonces los inseparables dejaron de serlo y solamente se veían los domingos por la tarde y alguna que otra vez entre semana.

Pasados los primeros momentos de dolor que la separación y la muerte de sus padres les había causado, renació la esperanza. Creyeron que su separación sería corta y confiaron en que uno ó dos años de trabajo les permitirían ahorrar lo suficiente para reedificar una de sus casitas y casarse y ser felices. Pero pasó un año y luego otro y sus esperanzas no se realizaban.

Un día Fernando, que ardía en deseos de ser dueño de Constanza, dijo á ésta:

– A grandes males, grandes remedios, Constanza de mi alma; por este camino no se llega á la felicidad. Estoy decidido; soy joven, tengo aliento y el mundo es grande; á recorrer el mundo me voy en busca de fortuna.

– No, Fernando mío, no. Me moriré.

– Espérame; me dice el corazón que seré rico.

– ¡Ay! pero no te dice que serás feliz.

Inútiles fueron las súplicas de Constanza: Fernando decidió marcharse. El día en que se separaron, dijo Constanza: – De mi madre sólo conservo una herencia, este escapulario milagroso. Si alguna vez te encuentras en peligro grave, ruega á la imagen que en él va, y Santa Catalina te librará de todo mal.

Partió Fernando, y después de muchos días de marcha vino á parar una noche á una venta en la que varios viajeros estaban hablando sentados junto á una grande hoguera, de cierta hechicera, que era dueña de la mitad de las riquezas de la tierra y que, según se decía, haría poderoso á aquel que supiera resistir á los encantos de su belleza.

– Yo seré rico, – pensó Fernando; – ¿cómo su belleza ha de superar á la de mi Constanza? – y añadió: – Díganme vuesas mercedes ¿qué camino hay que seguir para llegar á los reinos de esa hechicera?

– ¿Pensáis ir allá? – preguntó uno de los viajeros.

– Sí, – respondió Fernando.

– No hagáis tal, si en algo estimáis la vida. Hay que correr muchos peligros.

– Todos sabré vencerlos.

Trataron de disuadir á Fernando de su empeño, pero inútiles fueron las razones empleadas.

Viendo que estaba decidido, díjole uno de los viajeros:

– Para llegar á ese reino, habéis de seguir siempre la dirección que os indique la estrella de los navegantes, es decir, que siempre habéis de caminar de noche y quizá tendréis que pasar grandes fatigas.

Nada atemorizó á Fernando. Emprendió su camino, y al cabo de trece noches de viajes, llegó una madrugada á cierto sitio en donde se encontró con un gran río invadeable. Siguió la corriente del río buscando un paso, y al cabo de otros trece días vió un esquife que tenía la forma de una inmensa langosta. Dió grandes voces llamando al barquero, pero nadie contestó. Entonces se decidió á meterse en aquella extraña embarcación. Apenas había puesto el pie en ella comenzó la langosta á andar con tal velocidad que Fernando no podía distinguir los árboles que había en las orillas del río. Tuvo miedo, quiso arrojarse al agua para llegar á nado á la orilla, aun á trueque de exponerse al peligro de ahogarse, pero al ocurrírsele tal idea, las patas de aquello que él había tomado por esquife en forma de langosta le sujetaron fuertemente. Así recorrió leguas y leguas hasta que por fin llegó al mar y después á una isla, en la que reinaba

un profundo silencio. Atracó la barca, puso Fernando el pie en tierra, y caminando siempre en la dirección que le marcaba la estrella de los navegantes, divisó un palacio hecho de conchas de mariscos. Iba á llamar golpeando con un hermoso caracol que hacía veces de aldabón, cuando la puerta formada por una inmensa concha de tortuga se abrió por sí sola.

– Entra, – dijo una voz, – sabía que vendrías y hace veinte años que te espero.

Entró Fernando y después de haber seguido un largo pasillo, llegó á una estancia cuyas paredes eran de nácar con adornos de perlas y doradas escamas de peces y los muebles de rojo coral, con flecos de verdes algas. En uno de los ángulos de la habitación y casi tendida sobre un lecho de espuma de mar vió, no una mujer, sino un ser de belleza indescriptible.

– Sé á lo que vienes, – dijo el hada, con voz que parecía el suave murmullo de las ondas. – Había jurado no enriquecer sino á aquel que lograra mi amor; por tí rompo el juramento. Te enriqueceré por tu amor á Constanza, mas en pago de la riqueza que te daré necesito que arrojes al mar ese escapulario que ella te dió y que llevas colgado al cuello.

Fernando contestó: – Antes que separarme de ese escapulario prefiero la muerte.

– Has de saber, – replicó el hada, – que por maleficios de un mago, terrible como las tempestades y feroz como las fieras, estoy encantada en esta isla, porque no quise corresponder á su amor. Las aguas que me rodean están hechizadas y malditas y no me dejan salir; mi encantamiento y el hechizo y maldición de las aguas desaparecerá cuando arrojes ese escapulario al mar.

Resistióse Fernando; pero al cabo de algunos días, las súplicas y agasajos del hada le convencieron.

Con mano temblorosa arrojó el escapulario al mar. Resonó en el espacio un inmenso suspiro y un ay doloroso, Fernando creyó ver el cuerpo de Constanza que caía herido por un rayo. Se enfurecieron los mares, retumbó un trueno y Fernando vió en el cielo la siniestra luz del relámpago. Cuando las aguas tocaron el escapulario volvió la calma, y de repente borróse de la memoria de Fernando todo recuerdo de Constanza.

Pronto las coqueterías del hada, sus agasajos, obsequios y todas las malas artes que una coqueta emplea rindieron á Fernando.

Las grandezas, los festines, la seda, el oro, hiciéronle olvidar hasta la cuna en que nació.

En su ceguedad llegó aun á imaginar que nunca había conocido el amor hasta el momento en que puso el pie en la isla del hada.

Un mes de felicidad embriagadora pasó Fernando, mas al transcurrir este tiempo, comenzó á adivinar que aquel inmenso poder que el amor le había dado en la isla, el desamor se lo arrebataba.

Aquella hada había sido una mujer licenciosa que vendió su alma al diablo, y éste en cambio le había enseñado la magia negra y la había asegurado muchos siglos de juventud y de belleza irresistible, pero imponiéndola la condición de que cada mes había de conseguir el amor de un joven y darle muerte, para ganar así almas para su reino.

Llegó para Fernando el término de sus amores y de su vida.

El hada al finalizar un banquete le brindó con sus amores.

Una voz celestial le avisó del peligro que corría, y rechazó las caricias de aquella bruja. Enfurecida ésta abalanzóse á él empuñando un agudo estilete envenenado.

Logró Fernando evitar el primer golpe y huyó hacia las orillas del mar. Iba ya á ser alcanzado por la bruja, cuando de pronto arrójase á las aguas diciendo:

– ¡Santa Catalina me ampare!

Hundióse hasta el fondo del mar, enredóse su cuerpo entre unas algas y sintió que algo se colgaba á su cuello.

Volvió á la superficie y con asombro vió el escapulario de Santa Catalina que arrojó al mar, colgado á su cuello.

En el momento en que su cabeza salía de entre las aguas vió en la orilla al hada. Abrióse la tierra y hundióse en ella la bruja mientras gritaba. – ¡Maldito! ¡Maldito! ¡Conmigo serás en el infierno, si aquella no te salva!

Invocó Fernando á Santa Catalina, besó el escapulario, pronunció el nombre de Constanza, y con más velocidad que el rayo vióse llevado á país lejano.

Puso el pie en tierra y ¡cuál no sería su sorpresa al ver que se encontraba cerca de la aldea en que había dejado á Constanza!

Fué corriendo en su busca y supo que Constanza había abandonado aquel lugar y vuelto á la aldea en que ambos nacieron.

Allá voló.

Constanza había muerto herida por un rayo, mientras en la ermita, á que ambos solían asistir, pedía á la Virgen del Amor hermoso que su Fernando no la olvidara.

La ermita no era ya más que un montón de ruinas.

Fernando volvió á edificarla.

Hízose ermitaño y cuando á fuerza de penitencias hubo purgado su pecado, bajó á la tierra el alma de Constanza y abrazándose á la suya dijo:

– Si tú has orado en la tierra, yo por tí rogué en el cielo. Santa Catalina te perdona y nos espera.

RICARDO REVENGA



PAISAJE DE INVIERNO EN RUSIA, cuadro de Julio Kleber

LA VÍSPERA

Observen ustedes que es siempre más sensible que el acontecimiento que se espera.

Cuando el suceso es inesperado, no hay para qué decir que la víspera no puede interesar.

Las imaginaciones llegan más allá de las realidades.

Así la víspera del examen para el estudiante es aun más temible que el examen.

– Mañana me examinaré, – piensa el que estudia, – ¡si me cupiera en suerte... tal pregunta ó tal... teoría! Pero estoy seguro de que no será así. Y me darán un «reprobado» del tamaño de la cabeza del profesor de química.

¡Víspera terrible!

Lo sé por experiencia.

¡Cuántos actos de contrición hemos pronunciado todos en víspera de examen!

– He perdido tiempo: no me sucederá así el año próximo: en cuanto empiece el curso, á las nueve á casa, á estudiar, y esto diariamente... ó, por lo menos seis días á la semana... ó cinco, vamos, cinco, que es suficiente... ó cuatro... sí, cuatro, porque, aprovechando las horas...

La víspera de la boda es también angustiosa y larga, muy larga, para unos; corta, muy corta para otros. ¿Y las horas de ansiedad que sufre un hombre, en víspera de un lance personal, en la incertidumbre de si ha de ser vencedor ó difunto ó tuerto ó cojo?

Las vísperas de festejos en los pueblos son días de alegría y de felicidad para el vecindario.

La víspera del estreno de un terno representa un fausto acontecimiento para algunos individuos, al parecer de bien.

– ¡Cómo estaré mañana con esta levita y con este chaleco y con este pantalón! La ropa es lo principal: un hombre bien arreglado de indumentaria puede aspirar á todo: á un buen casamiento y á un cargo importante; un prójimo descuidado en el vestido, nada representa; es un guiñapo social. ¡Cómo estaré yo mañana!

La víspera del estreno de prendas de vestir, para algunas familias es día de regocijo y para los niños, día de locura.

Cuando esperamos algo bueno, quisiéramos acelerar el tiempo, conspirando contra la vida.

Cuando esperamos algo desagradable, quisiéramos parar el reloj, pero deteniendo el tiempo, que lo otro es muy fácil.

Un sujeto respondía cuando le preguntaban la hora:

– Tengo parado el reloj, en cincuenta pesetas.

La víspera de la primera representación de un drama, para el público literario y para la agrupación de revendedores, para el autor, para la empresa y para los actores, es día extraordinario.

– ¿Qué se sabe de la obra que estrenan mañana?

– He oído que es una maravilla.

– Yo he oído que es un disparate.

– Yo he oído el ensayo de un acto y de parte de otro.

– ¿Y qué?

– Que eso no se salva. Figúrense ustedes que hay un padre que está hablando á oscuras con un hijo, y que no le reconoce.

– ¿Pero es hijo natural?

– No, hombre.

– Porque si no quería reconocerle...

– No es eso, es un hijo legítimo.

– Sí, pero digan ustedes – apunta otro sujeto que conoce la obra – que es hijo legítimo de otro padre y de otra madre; vamos, hijo legítimo de vecino.

– Perdone usted, que en la escena no se dice.

– Pero venderán en la puerta del teatro el folleto con la explicación del argumento en castellano, siquiera sea convencional.

– He oído decir que la primera actriz sale «de corto.»

– No, hombre, «de corte,» habrá V. oído decir.

– De corte sale ella siempre, porque parece un sable de caballería: es una Sarah Bernardt descarnada.

– Sale con vestido de corte, por que uno de los actos parece que pasa en Nueva York.

– Ya.

– ¿Qué tal va eso? – preguntan ustedes á los revendedores.

– Bien, muy bien, – supongamos – mañana habrá un lleno; es obra que dará dinero: nosotros hemos tomado ya butacas y palcos para diez noches.

– ¡Vamos!

– En cuanto yo ví un ensayo, se lo dije á los compañeros: «Esta es obra de mucha *luz*, de mucha *guita*.»

– Sí.

– De mucho dinero.

– Ya.

– ¡Tiene un tercer acto!...

– Pues ¿cuántos actos terceros había de tener?

– Hay una situación, cuando don Antonio (si se refiere á Vico, por ejemplo) se arroja desde un piso tercero, que ha de arrebatar al público: solamente por oir el golpe, habrá más de veinte llenos. ¿Y Fulana (una actriz) en el acto tercero también, cuando muere envenenada con estrignina por una equivocación?

– ¿La toman por la perra de la casa?

La víspera de un viaje es una perturbación en el orden doméstico.

Las mujeres empiezan á arreglar las ropas en los baules, dos ó tres días antes del prefijado para la marcha.

Pero la víspera no hay quien pueda dormir ni descansar.

Las tareas principian al amanecer.

– Levántate, hombre, que tienes que hacer muchas cosas, y después á última hora todo es apreturas y...

– Pero mujer, si tengo todo el día para ocuparme en cuanto me queda por hacer.

– ¡Arriba, papá! no seas perezoso.

– Voy, hija, voy, que no os puedo aguantar á la madre ni á la hija.

La víspera del debut es, para cualquiera tiple que se estime en algo, día de ayuno y noche de insomnio.

Pero hay otra víspera más cruel:

La del infortunado reo, que espera el cumplimiento de su sentencia.

La víspera de un combate es, para el soldado nuevo, poco más ó menos que la de su ejecución para el reo.

Hay vísperas insoportables.

Una de ellas es la de inauguración de la temporada de toros.

En Madrid viven multitud de sujetos que perderían primero una oreja y cuantas tuvieran disponibles, que el primer acto de una corrida de toros.

– Mire usted – me decía uno de estos – llevo cuarenta años viendo toros, y nunca he llegado tarde: he visto siempre desde la entrada del teniente alcalde hasta el último *arrastrao*.

Estos individuos empiezan á presentarse en cafés y en calles y paseos, cuando la empresa fija los carteles anunciando la apertura del abono.

Cuando la temporada termina parece que se esconden para no ver á las gentes.

No quieren ver más que toros.

En cuanto salen á luz acosan á preguntas á los amigos por temporada.

Yo los llamo amigos de puntas.

– ¿Qué opina usted del cartel?

– ¿Y se sabe si vendrá para alguna corrida Espartero?

– ¿Las ganaderías son buenas, eh?

– ¿Con que murió el pobre Manene?

– Diga V., ¿á quién trae este año Rafael?

No queda contra esta serie de preguntas otro remedio que huir de los sitios públicos en cuanto se aproxima la temporada, como ellos huyen cuando termina.

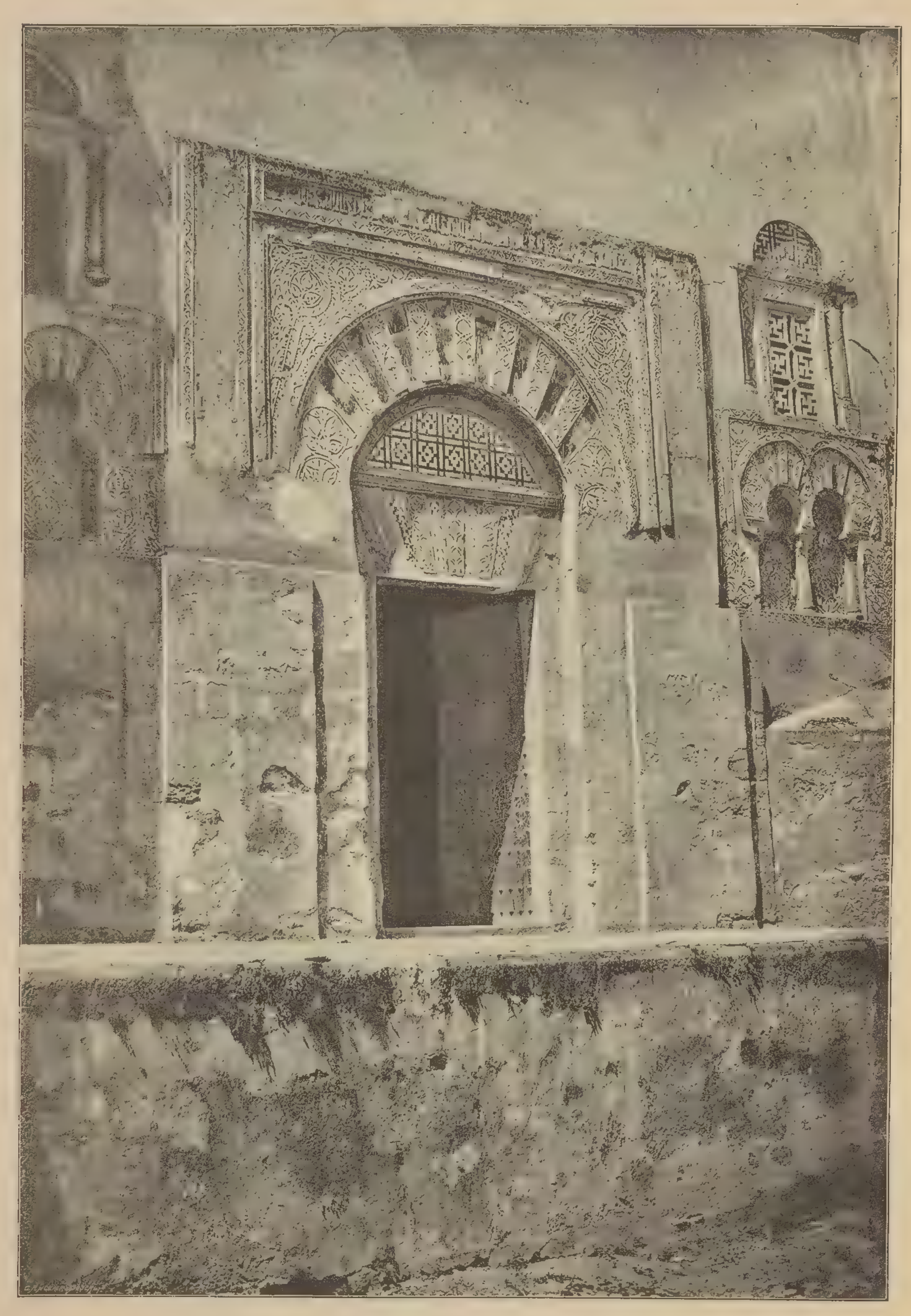
Uno de esos amigos me preguntó días pasados:

– Si se retiran Lagartijo y Frascuelo, ¿qué harán sus cuadrillas?

– Pues, mire V., – respondí, – no lo sé, pero pueden hacer lo que á V. le parezca.

EDUARDO DE PALACIO

MONUMENTOS ESPAÑOLES



CORDOBA.-PUERTA EXTERIOR DE LA MEZQUITA, copia de una fotografía de J. Oses

MONUMENTOS ESPAÑOLES



CÓRDOBA.-LA VIRGEN DE LOS FAROLES Y LA TORRE DE LA CATEDRAL, vista tomada desde la Puerta del Perdón, copia de una fotografía de J. Oses

NOTAS COSMOPOLITAS DE LA EXPOSICIÓN DE PARÍS, APUNTES DE MARS Y JOB



EN LOS TORNIQUETES

LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARIS

IMPRESIONES

París..... julio de 1889

No una carta, un tomo en folio llenaría, querido X., si hubiera de darte cuenta de todas las impresiones que en mi ánimo han producido París y su Exposición; pero como ni yo me siento con fuerzas para escribirlo ni habías de tener tú paciencia para leerlo, á la epístola me atengo aun á riesgo de dejarme por decir más de cuatro cosas importantes y de llevar al tuyo la confusión que de mi espíritu se ha enseñoreado.

París ha sido, es y será la encarnación del cosmopolitismo: la indiferencia de los ingleses, la glacial cortesía de los alemanes, la modesta oficiosidad de los italianos y la curiosidad indiscreta de los españoles recuerdan de continuo al extranjero que en Londres, en Berlín, en Roma y en Madrid es un extraño; en París, por el contrario, las más antitéticas idiosincrasias se encuentran como en su misma casa, los más opuestos gustos están de antemano previstos y así halla inapreciables tesoros en que saciar su afán de saber el hombre de ciencia, como placeres sin cuento el simple curioso movido tan sólo por el deseo de divertirse.

Pero en estos momentos París no está en París, sino en la Exposición; la ciudad aparece como suburbio de ésta. Los cafés de los bulevares, los restaurants de la Avenida de la Opera, los teatros, todo lo abandona el forastero y aun el parisién á trueque de gozar de las mil y una distracciones del Campo de Marte y de la Explanada de los Inválidos.

LOS QUE COMEN TEMPRANO — LOS QUE COMEN TARDE

– Vamos, pues, á la Exposición, – me dije esta mañana disponiéndome á pasar en ella todo el día y preparándome á echar una ojeada general sobre las inmensas maravillas allí acumuladas, es decir, á mirarlo todo sin ver nada, á meterme en todas partes sin pararme en ninguna, á avanzar siempre sin saber lo que atrás dejara y, en una palabra, á orientarme para mis visitas sucesivas y á hacer mi composición de lugar para mis ulteriores y más detenidos exámenes.

Llegué como pude á una de las infinitas puertas de entrada y proveyéndome del indispensable *ticket*, ocupé el sitio que en la larga fila me correspondía y me propuse sacar el mayor partido de mi forzoso semi-quietismo examinando á los compañeros de cola que la suerte me había deparado. Y á fe á fe que bien merecía la escena ser descrita por quien mejor que yo supiera pintarla: el rubicundo alemán al lado del atezado etíope, la estirada *miss* en forzado contacto con el modesto burgués, la sencilla griseta codeándose con la elegante *cocotte*, el negro delante del amarillo, la gorra detrás del morrión y el percal besando fraternalmente la seda, todo ese conjunto resultaba tan brillante y divertido que me embebí en su contemplación hasta que me encontré, más bien llevado por ajeno empuje que por impulso propio, cabeza de aquella cola y metido en el torniquete que uno á uno iba deslabonando los distintos anillos de la humana cadena.

El chirrido de la máquina al dar la vuelta sobre su eje y el empujón que recibí de sus férreos brazos hiciéronme comprender que me hallaba por fin dentro del soñado recinto.

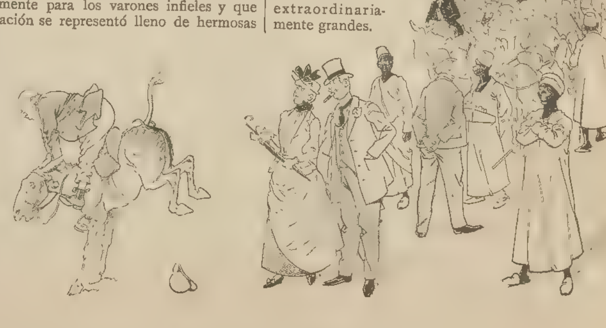
Confiésote que la serenidad de ánimo que hasta ese momento había conservado desapareció como por encanto y que sólo la aversión que profeso al género cursi detuvo en mis labios el tan gastado ¡Dónde estoy! La variedad de idiomas que en mi oído sonaban, la multitud y variedad de trajes que desfilaban ante mis ojos, las oleadas de gente que unas puertas vomitaban y otras engullían, el indefinible zumbido que por do quier se escuchaba y aquel ir y venir en incesante torbellino de un lado á otro de modo tal me conturbaron que olvidando por completo el plan que me había trazado eché á andar maquinalmente perdiéndome más de una vez en aquel intrincado laberinto de paseos y edificios volviendo más de dos al punto de donde había salido cuando más pensaba haberme de él alejado.

Así ví muchas cosas, muchas, pero ni sé cómo las ví ni el orden con que las fuí recorriendo, y como mi cabeza en estos instantes es olla podrida en donde hay de todo, pero mezclado y confuso, procuraré no entrar en grandes detalles por temor de que resulte indescifrable mesa revuelta lo que propongo que sea croquis más ó menos inteligible.

De la calle del Cairo recuerdo la estrechez del pasaje, las típicas casas con sus miradores cubiertos por espesas celosías, el estrépito de cien obreros trabajando en míseros tenduchos, los afeitados armenios tentando al transeunte con sus mercancías de brillantes colores, el estridente ruido de los instrumentos músicos que animan los cafés, los monótonos estribillos de los infelices fellahs encargados de los burros y sobre todo estos inteligentes animales que si se dejan conducir dócilmente por sus guías apean por las orejas á más de un valentón que quiso prescindir de los servicios del borriquero.

Del café turco no se me han olvidado la pareja de almeas ni los extravagantes movimientos que ejecutan y que los orientales tienen á bien llamar danza; del campamento árabe ha quedado fijo en mi memoria más que las inmensas tiendas y los pintorescos adornos el misterioso harem cerrado herméticamente para los varones infieles y que mi imaginación se representó lleno de hermosas huríes cuando es muy probable que sólo contuviera moras adocenadas; de la aldea javanesa veo aún entre sombras el teatro y el color de azafrán que se dan en la cara y en el cuello las bailarinas; recuerdo también que me sorprendieron los annamitas con sus pintorescos trajes, que admiré las primorosas labores del bazar tunecino, que sin saber cómo me encontré entre cuevas, habitaciones lacustres, casas griegas, villas romanas, edificios bizantinos, castillos de la Edad media, tiendas esquimales, chozas africanas, viviendas asirias, pabellones persas, pagodas indias, templos aztecas y qué sé yo cuántas cosas más de las cuales vine á colegir que me hallaba en la calle de la Historia de la habitación que ha montado Mr. Carlos Garnier con más convencionalismo teatral que verdad histórica.

Recuerdo asimismo que acosado por el hambre eché á andar en busca de un restaurant; que hube de esperar ignoro cuánto tiempo viendo con envidia á los felices que habiendo ya satisfecho esta exigencia de la naturaleza nos miraban á mí y á otros que en mi misma situación se encontraban con burlona sonrisa, y que al llegar mi turno me sirvieron tarde y mal unas raciones excesivamente pequeñas, lo cual no fué óbice para que en la cuenta resultaran extraordinariamente grandes.

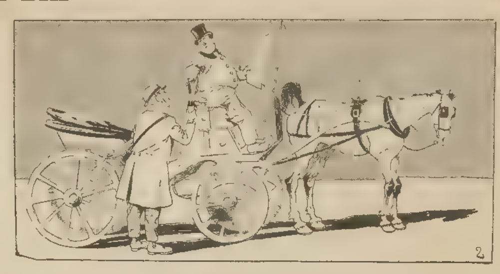


UN JINETE QUE RECHAZA LOS SERVICIOS DEL BORRIQUERO. – CROQUIS DE LA CALLE DEL CAIRO

EL REY DEL DIA



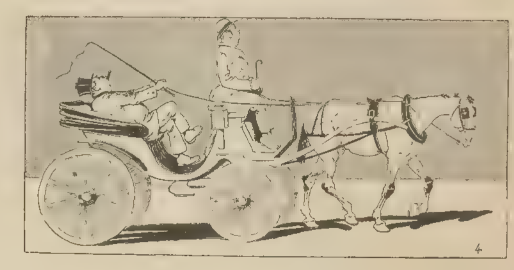
COCHERO, TENGA V. LA BONDAD DE LLEVARME Á LA EXPOSICIÓN



¿TIENE V. UN BUEN CIGARRO?



¡TOME V. MI BOLSA!



POR CASUALIDAD CONSIENTE EL COCHERO, BIEN QUE BAJO CIERTAS CONDICIONES

Tengo cierta idea vaga de que después de devorar mi frugal refacción proseguí mi infernal carrera recorriendo una Galería de máquinas capaz de hacer oir á los sordos y de ensordecer á los que oyen, un Palacio de Artes Liberales en cuyas preciosidades apenas se fijó mi extraviada vista y un Palacio de la Industria que parecía hecho á propósito para marear á una estatua de piedra.

Quise buscar algún descanso en los jardines y no pude dar con una silla ni con un banco desocupados en que reposar mis quebrantados huesos ni hallar un rincón solitario que se vea libre de aquel indescriptible barullo: en todas partes orquestas, murgas, luces, fuegos, vendedores ambulantes y sobre todo gente, un diluvio de gente que había invadido los lugares más recónditos.

Al fin molido, hambriento, con los ojos que se me salían de la cabeza y la cabeza que apenas se sostenía en los hombros, rendido el cuerpo y fatigado el espíritu enderecé mi proa al faro de la torre Eiffel y empujando á unos, atropellando á otros, pisando á un moro que sueltá un terno de marcado color español, haciendo jirones las delicadas vestiduras de una gentil moscovita que se lamenta de mis violencias en castizo parisién no aprendido seguramente á orillas del Neva y repartiendo codazos á diestro y siniestro logré verme fuera de aquel infierno y he gastado mis últimas fuerzas en salvar los cinco kilómetros y pico que separan á la Exposición de mi hotel y en subir los ciento diez escalones que conducen al microscópico chiribitil que me sirve de aposento y por el cual me hacen el favor de cobrarme cinco francos diarios, servicio aparte.

Ya ves, pues, que no todo son glorias y placeres; para ver lo mucho bueno que París y su Exposición encierran hay que apechugar con lo malo inherente á toda obra humana.

Y entre lo malo merecen figurar en primer término los cocheros. El cochero no es ahora un servidor del público sino una verdadera institución.

– ¡A la Exposición! – dices encarándote con cualquier automedonte y poniendo el pie en el estribo del desvencijado vehículo.

Mutis del interpelado.

– Cochero – repites suavizando la voz y llevando la mano al ala del sombrero, – tenga V. la bondad de conducirme á la Exposición.

El hombre, que merecería llamarse como el amigo de Fígaro, Niporesas, se digna á lo sumo mirarte con cierto desdén y sin el menor empacho

– ¿Tiene V. un buen cigarro? – te contesta.

Se lo das, creyendo que este rasgo de amabilidad te captará su simpatía y cuando te apercibes á repetir la súplica, te vuelve la espalda y de nuevo se engolfa en la lectura del periódico que sólo por la merced de aceptar un cigarro ha interrumpido.

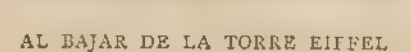
– ¡Tome V. mi bolsa! – exclamas arrojándote á sus pies y alargándole un bolsón repleto.

Y si por casualidad consiente en complacerte, tomará de lo que le ofreces lo que tenga por conveniente y acabará por llevarte á la Exposición, algunas veces bajo ciertas humillantes condiciones que la necesidad te obliga á suscribir.

¿Y la torre Eiffel? me preguntarás sin duda. La he visto pero aun no me he sentido con ánimo para subir á ella. ¡Es tan alta! tanto que un gascón ponderando su altura decía á un su amigo: «Se ha dado el caso de que el que empezó á subirla de niño acompañado por una graciosa camarera, al regresar á tierra firme después de la ascensión era un hombre barbudo sirviendo de bracero á una decrépita anciana.»



AL SUBIR Á LA TORRE EIFFEL



AL BAJAR DE LA TORRE EIFFEL

Basta por hoy; mis párpados se cierran, la vacilante luz de mi bujía anuncia que está próxima á extinguirse y me es de todo punto imposible coordinar más ideas. Voy á descansar de las fatigas del día aunque mucho me temo que vengan á aumentarlas las de una mala noche pasada en estas alturas, con un calor asfixiante y sobre una cama que parece haberse escondido en el rincón en que se encuentra de vergüenza de llevar un nombre tan poco merecido.

Tuyo affmo. – Z

EL COLOR BLANCO

I

Este color ha sido siempre signo de belleza, claridad, pureza y jerarquía, y como rey de los colores, le usaban por distintivo los monarcas.

Esta supremacía no se limitaba á los climas cálidos y meridionales, sino que abarcaba las regiones del Norte.

La mayor parte de los dioses y de los héroes de Osián van envueltos en mantos blancos ó armados con arneses como el armiño.

El merús ó jefe de tribu lapón, en los actos públicos se presenta siempre envuelto en una piel de oso blanco.

La reina Cristina de Suecia vestía siempre de blanco.

El supremo deseo de los triunfadores de la antigua Roma, era que su carro fuese tirado por caballos blancos, y Tiberio ofreció un premio de diez millones de sestercios al criador de caballos, que reuniese ocho sin un solo pelo oscuro.

Por eso los caballos blancos juegan tan gran papel en la historia. Santiago peleó en la batalla de las Navas de Tolosa cabalgando en un caballo blanco. Ecilda, princesa de las Cevenas, libertó el territorio francés de la invasión sarracena montando un caballo *blanco como un cisne.* Orelia, uno de los caballos que tiraban del carro del rey don Rodrigo y sobre el que se supone que huyó el vencido monarca en la batalla del Guadalete, era blanco.

La túnica de las sacerdotisas galas era blanca, y blanco el penacho del capacete con que Enrique IV de Francia entraba en los combates, y como suprema consagración del color blanco las sibilas de Grecia y Roma descendieron del *marmóreo* altar, delante de César, después de haberle anunciado «que vendría un niño misterioso, hijo de una virgen, *envuelto en un blanco lino,* por cuya presencia se cambiaría el orden de los siglos y perdería la naturaleza sus males, y sería el Universo á manera de un árbol mecido por una brisa celeste.»

Hasta hace poco apenas se concebía que una doncella de cierta jerarquía no vistiese de blanco, y á mediados del siglo, todos los elegantes de Europa, especialmente en los climas meridionales, usaban chaleco y pantalón blanco. En España la tropa se uniformaba de lienzo blanco, durante los meses del verano, y el sombrero blanco era un signo de distinción.

El color blanco no sólo significaba claridad material, sino que era distintivo de alegría, limpieza y elevación moral.

La criatura bella bianco vestita

del Dante, era un arquetipo de la suprema hermosura.

Algunos posponían el color blanco al color azul, suponiendo á éste la enunciación del cielo, al creer que había un *firmamento* sobre el que descansaba la balumba divina; pero Argensola desvaneció esta creencia, diciendo:

Porque ese cielo azul que todos vemos
Ni es cielo ni es azul...

Y la ciencia después ha confirmado que esas regiones azules y al parecer compactas, son espacios etéreos inundados de la blancura de la luz.

El último mantenedor de los fueros del color blanco fué el difunto Conde de Chambord, que debió haber sido Enrique V de Francia, renunciando al trono por no plegar la bandera blanca de la casa de Borbón.

II

Después ha habido una reacción inconcebible contra el color blanco.

¿Será que como las conciencias están cada día más turbias y más azarosas, repelen la diafanidad analítica de la blancura?

¿Será que al nivelarse las clases tienden á confundirse *arropándose* en colores que todos pueden proporcionarse y llevar más fácilmente?

¿Será que la ley del trabajo, que se impone á todos, destierra las distinciones y las elegancias?

¿Será que el germen de la vida, que antes venía de lo alto, envuelto en la blanca luz sideral, ahora emana de la tierra en la que predominan más otros colores?

No acierto á explicármelo ni á explicarlo, pero lo cierto es que se va eliminando el color blanco de todos los usos sociales.

En los Estados Unidos apenas se usa papel blanco de escritura. Los puños y cuellos de camisa y los paraguas de papel que allí se emplean efímeramente van siendo ya de colores oscuros y en la vieja Europa, país de la tradición realista, se desdeña el color blanco, predilecto de los soberanos.

Respecto á este color se notan varios contrasentidos. Hace muchos años que un Ministro de la Guerra francés mandó excluir del ejército los caballos blancos, porque le demostró la experiencia que servían de excelente *blanco* á los artilleros alemanes.

Por lo visto los caballos blancos no sirven para tiro á fuerza de servir demasiado.

Pero es el caso que esos mismos alemanes tienen, como otras muchas milicias del Norte, cuerpos de ejército que usan capotes blancos, como algunos de nuestros soldados y los individuos de la Escolta Real.

¿Cómo se explica esto: lo blanco en los hombres no presenta blanco y en los caballos sí?

Por lo demás la conveniencia del uso del color blanco está demostrada en los países en los que la temperatura sufre grandes variaciones, pues este color es igualmente refractario al calor y al frío; por lo cual le usan preferentemente los árabes errantes y los habitadores del Atlas y de los montes Urales.



SIESTA EN LA PLAYA, cuadro de E. Ducker

III

Pero repito que en Europa el color blanco va perdiendo terreno. Se esconde tímidamente en las ropas interiores y aun de estas vase desterrando.

Antes, uno de los grandes atractivos de la mujer era la blanca media ceñida á una pierna bien modelada, pero en la actualidad no hay dama que se respete que use medias blancas. Apenas se admiten las enaguas blancas, y ya comienzan á estar en boga los manteles de *peluche* de colores. Un paso más y el blanco se eliminará hasta de las ropas de cama.

Los elegantes de todos los países se han esforzado en imponer la camisa de color, hasta que se han convencido de que sienta mal al rostro; por lo demás todos están contestes en que los colores claros y sobre todo el blanco, *no visten bien*.

No hay que decir que no se encuentra un carruaje ni un caballo blanco, por un ojo de la cara.

Aquellas jóvenes y románticas beldades, vestidas de blanco, permitiéndose sólo un cinturón azul, se han acabado.

Esta repulsión material influye poderosamente en el orden moral. Hanse inventado frases desdeñosas basadas en el color blanco.

De una persona sin estímulo se dice que tiene *sangre de horchata de chufas*, no porque ésta sea fría sino porque es blanca.

La blancura es símbolo de inocencia; por eso se viste de blanco á los niños, y sabido es que en la acepción vulgar, inocente es sinónimo de tonto.

Para expresar que un hombre es un cobarde, se dice:

¡Ese es un blancote!

No entro en más explicaciones, porque no cometeré la injusticia de suponer á mis lectores tan ignorantes, que no sepan que el calificativo de *caballo blanco*, corresponde á un ser de la especie humana, rico, tonto y predestinado.

A pesar de todas estas cosas el color blanco siempre será el supremo color. Blanco fué el primer ambiente que iluminó la noche del caos, aunque luego fuera coloréndose con la lumbre de los soles. El agua, vida de la creación, es blanca, y las manchas físicas y morales se analizan mejor sobre el blanco.

Bursurcumbur, el sabio filósofo y legislador de la India oriental, cuna de la civilización del mundo actual, ha consagrado el color blanco en párrafos profundos y poéticos.

«Toda cosa blanca – dice – es sobrenatural y casi sagrada. La piedra en que Brahama puso el pie al bajar á la tierra, en su primera encarnación, es blanca como el cristal. Desde que habéis despojado á Dhera de su blanca túnica, la diosa ya no protege á estas comarcas. Volved á dársela si no queréis que los bárbaros destruyan nuestro país. Dios baja á los seres envuelto en lo blanco, por eso son divinos los blancos elefantes, y no hay realeza verdadera si el soberano no adorna su frente con la flor blanca del loto.»

«Blanca es la conciencia. ¡Ay del que la manche!»

IV

Pero con el color blanco ha sucedido lo que con otras muchas cosas. Su misma superioridad abrumadora ha sido causa de que tienda á menospreciarse. Se admira á Enrique V renunciando á un trono por una bandera, es simpático el armiño dejándose coger por no manchar su blancura; pero estos ejemplos de perfección perturban á la humanidad, que desde los tiempos de Voltaire, ha renunciado á su reino del alma y sólo aspira al de la tierra.

El mundo moral está oscuro. Ahora se busca luz para la colectividad, por eso hase inventado la luz eléctrica; pero el individuo, considerándose sólo un átomo material del *gran todo*, quiere permanecer en la penumbra, para cuyo efecto se viste de colores sombríos.

La luna es blanca porque está desierta; á estar habitada se colorearía con la sangre y los vicios de sus moradores.

Los muertos se quedan blancos, porque necesitan de inmaculada veste para penetrar en las regiones de la eternidad.

CARLOS COLL

CRONICA CIENTIFICA

FOTOGRAFÍA DE LAS CHISPAS ELÉCTRICAS. – Los dos grabados que reproducimos son fotografías obtenidas directamente de chispas eléctricas producidas por una bobina ó carrete de Ruhmkorff con interruptor de mercurio. Los experimentos han sido hechos por Mr. A. Rouillé, de Rânes (Orne), quien ha dado sobre ellos las siguientes interesantes explicaciones que reproducimos tanto por lo curioso de las mismas cuanto por ser una prueba más de las crecientes aplicaciones del importante arte de la fotografía.

«Dispuestos los aparatos en una cámara obscura, se colocó una plancha gelatino-bromurada con la capa sensible hacia arriba sobre otra plancha de ebonita más ancha, que á su vez descansaba en un pequeño disco metálico montado sobre un pie aislador. Uno de los polos de la bobina se fijó en el disco metálico inferior y el otro, consistente en un sencillo hilo de cobre, estaba puesto perpendicularmente en el centro de la placa sensible y en contacto con ella. Producida entonces la chispa por medio de una interrupción á mano y estando el polo positivo de la bobina en contacto con la superficie de la plancha sensible obtuve la reproducción de aquélla con sus finas ramificaciones (fig. 2): luego el conmutador de la bobina invirtió los polos con lo cual el hilo que tocaba á la superficie sensible se hizo negativo habiendo dado la chispa esos curiosos penachos terminales que pueden verse en la fig. 1. Estas dos chispas de aspecto completamente distinto se producen regularmente en cada polo. Para obtener chispas verdaderamente hermosas es indispensable que el tamaño de la plancha de ebonita sea tal que la chispa no pueda cambiarse directamente entre los polos bordeando la plancha sensible: detenida en su expansión por una superficie no conductora de dimensiones bastantes la chispa debe extenderse, por decirlo así, sobre la superficie sensible de la placa. Cuando después del paso de la chispa se separa la plancha sensible de la de ebonita, se ve que están ligeramente adheridas, se siente una débil crepitación y se percibe un gran olor á ozono, pruebas evidentes de una condensación eléctrica.»

(De *La Nature*)

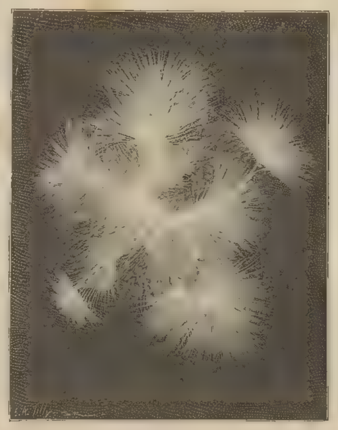


Fig. 1. – Fotografía de una chispa eléctrica

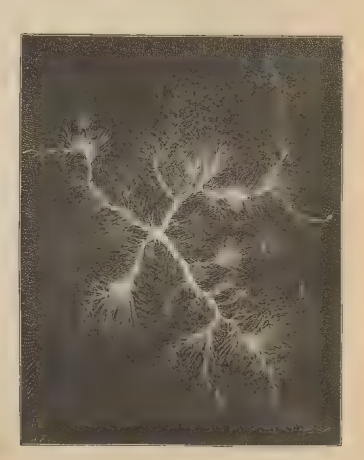


Fig. 2. – Otra fotografía de una chispa eléctrica.

BARCELONA.—IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 22 DE JULIO DE 1889 — NÚM. 395

CON EL PRESENTE NÚMERO SE REPARTE A NUESTROS SUSCRIPTORES UNA LÁMINA DE GRAN TAMAÑO CON LA VISTA DE LA TORRE EIFFEL



JOSÉ ZORRILLA, copia de una fotografía por P. Ros

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

DON JOSÉ ZORRILLA

(copia de una fotografía, por P. Ros)

(Véase el artículo que en otro lugar publicamos.)

EL CONDE DE LAS INFANTAS

El actual presidente del Liceo es por su alta posición social y política, por la nobleza de su linaje y por sus propios merecimientos una de las personas más distinguidas de Granada.

Hombre de ilustración y de exquisito trato social, dotado de un sentimiento y de un gusto artístico poco comunes que se revelan en su espléndida morada, distínguese por su carácter caballeresco que le ha conquistado generales simpatías.

Ha sido, con general aplauso, presidente del Centro Artístico, es diputado á Cortes por la circunscripción de Granada, y Director de la Real Sociedad Económica de Amigos del País que, bajo su presidencia, ha realizado importantes mejoras y establecido muchas y muy útiles enseñanzas para la educación del obrero y las clases pobres.

DON LUIS SECO DE LUCENA

Antes de ahora es este un nombre popular en España. Su vigorosa iniciativa y sus titánicos esfuerzos cuando los terremotos asolaron la provincia de Granada, el auxilio eficaz que prestó á las comisiones que, de todos los extremos del mundo, fueron á enjugar las lágrimas y socorrer la miseria de aquellos infortunados pueblos, le conquistaron universales simpatías.

Seco de Lucena fundó en 1880 *El Defensor de Granada*, que es



DON LUIS SECO DE LUCENA

Vicepresidente del Liceo y autor de la proposición y del proyecto para coronar á Zorrilla

uno de los más importantes diarios de provincias, y con este vigoroso instrumento ha realizado en aquella region una obra verdaderamente saludable y digna de la gratitud con que los granadinos le distinguen.

El Defensor, que carece por completo de toda significación política y que tiene por norma de conducta la más sincera independencia y la más acrisolada rectitud, es tenido en Granada por verdadero y genuino órgano de los intereses de aquel país en el que su circulación es extraordinaria.

Apoyado en este medio poderoso, realizó la campaña de 1885. Al conocer la intensidad de la catástrofe, supo describirla de manera que conmovió los ánimos más indiferentes; hízose cargo, con intuición maravillosa, de cuál era su misión en aquellos tristes momentos y, abriendo una suscrición que bien pronto alcanzó la cifra, relativamente enorme, de catorce mil duros, á los seis días de ocurrido el primer temblor de tierra, tenía ya organizados recursos, plan y procedimiento y, acompañado de un médico y de un ordenanza, voló á través de aquellas montañas, sin carreteras ni caminos, al socorro de los pueblos arruinados que recibieron su consoladora visita y los auxilios que les llevó por su mano, antes de que el Gobierno comprendiese siquiera la inmensidad del desastre.

En la ocasión actual, como vicepresidente del Liceo, ha sido, y así lo reconocen propios y extraños, el alma organizadora y vivificadora de la coronación de Zorrilla; él propuso á la Junta del Liceo el pensamiento; redactó el proyecto, formuló los presupuestos, combinó el plan para ejecutar la idea y, por último, púsose al frente de la oficina encargada de realizar, bajo su dirección, todos los acuerdos. Ha demostrado en esta empresa una gran fortaleza de espíritu, soportando con ánimo tranquilo muchas contrariedades, y un temperamento hábil, flexible y conciliador para vencerlas, yendo siempre, con imperturbable seguridad, á la consecución del fin propuesto.

Tiene 31 años, es licenciado en la Facultad de Filosofía y Letras, socio de honor del Liceo y del Círculo de la Unión Mercantil de Madrid, de mérito de la Sociedad Economica de Amigos del País de Granada, del Fomento de las Artes, del Ateneo, del Círculo Ateneo de Cartagena, de la Sociedad de Andaluces de la Habana, hijo adoptivo de Santa Cruz y Arenas del Rey, y autor de varias obras literarias, entre ellas, *La Ciudad de Granada*, importante libro que tiene en publicación.



EL CONDE DE LAS INFANTAS

Presidente del Liceo

DON ANTONIO LOPEZ MUÑOZ

Es el verbo del Liceo y una de las figuras más simpáticas de Granada. Nació en Huelva el 1.° de abril de 1849; pero hace 19 años que reside entre los granadinos y por tal se le tiene.

Autor dramático, de extraordinarias facultades, á los 16 años de edad se representaba, con brillante éxito, su primera obra en el Teatro de *San Fernando* de Sevilla. Después ha dado á la escena granadina otros dramas, y á la del *Teatro Español* de Madrid dos que cimentaron su merecida reputación de excelente y aplaudido dramaturgo.

Su carrera literaria no puede ser más brillante. A los 21 años obtuvo, en reñidas oposiciones, su primera cátedra; á los 24, dió á luz una importantísima obra de filosofía, en tres volúmenes; después ha escrito y publicado otros libros notables; pero donde se destaca con más relieve su personalidad es en la oratoria.

De palabra correcta, segura, brillante; de imaginación vehemente, poética, apasionada; de conceptos originales, levantados, clarísimos; de acción fácil, natural, espontánea; de noble y varonil figura, López Muñoz tiene tal posesión del discurso que, desde los primeros momentos, avasalla y fascina á su auditorio; le envuelve en la atmósfera de luz de sus hermosas imágenes, y le arrebata en la explosión del entusiasmo. Su oración, en el Monasterio de la Rábida, con motivo del aniversario de la partida de Colón para el descubrimiento del Nuevo Mundo; la que hizo en el Teatro del Príncipe Alfonso de Madrid, al formarse el partido izquierdista del que es jefe en la provincia de Granada; y los brindis pronunciados en el Palacio Árabe, en el banquete que se ofreció á López Domínguez, y en Santa Cruz de Alhama, al inaugurar las obras del Círculo Mercantil, son modelos de gallardía oratoria, de pureza de estilo y de grandes y hermosas concepciones. El discurso pronunciado en el solemne acto de la Coronación de Zorrilla, como presidente de la Sección de Literatura, ha sido una demostración más de que es uno de los primeros oradores de nuestra patria.

Ha sido presidente del Liceo y del Ateneo de Granada, donde fundó las *Ilibéricas* y goza de las generales simpatías de aquella capital que ve en él un hombre digno y un ciudadano útil a su patria.

LA PRISIÓN DE BOABDIL, boceto de Isidoro Martín

Con motivo de la Coronación, el Liceo convocó dos certámenes de literatura y artes en los que se han ofrecido premios por valor de 20.000 pesetas. En la sección de pintura, que preside el ilustrado artista D. José Acosta Werter, se adjudicó el premio al bellísimo boceto de D. Isidoro Martín, cuya copia fotográfica publicamos, que representa el cautiverio de Boabdil en la rota de Lucena y que se inspira en un pasaje de las obras de Zorrilla.

RECIBIMIENTO DE ZORRILLA.—EL DESFILE DE LOS GREMIOS

(dibujo del natural por D. Emilio Millán Ferriz)

Véase el artículo *Las fiestas de la Coronación.*

EL CARMEN DE LOS MÁRTIRES

(dibujo y composición de D. Emilio Millán Ferriz)

Es esta una hermosa finca que, próxima á la Alhambra, posee D. Carlos Calderón, quien hubo de cederla galantemente al Liceo para residencia de Zorrilla y celebrar en ella la Leila ó fiesta morisca que tuvo lugar la noche del 2 de julio. Cuantas descripciones se intenten de tan grandiosa posesión resultan pálidas ante la realidad de su belleza.

VISTA GENERAL DE LA ALHAMBRA

¿Qué decir de esta prodigiosa maravilla, glorioso resto de la dominación árabe en España? Las lágrimas de Boabdil al contemplarla por última vez desde la cumbre de la sierra son más elocuentes que cuantas descripciones pueden hacerse y los armoniosos cantares que inspiró siempre al más popular de nuestros poetas hacen ociosas todas las alabanzas que nuestra pobre pluma pudiera consignar.

EL ACTO DE LA CORONACIÓN

dibujo del Sr. Vázquez, según una fotografía del Sr. García Ayola

Véase el artículo *Las fiestas de la Coronación.*

LA CORONA Y LA MEDALLA

La corona ha sido labrada con oro nativo del Darro, por los distinguidos joyeros Sres. Tejeiro y compañía, que han hecho el trabajo gratuitamente en obsequio del Liceo. Es una obra de arte y de gran valor intrínseco.

La medalla conmemorativa ha sido acuñada en bronce, por orden del Liceo, en los talleres del Sr. Feu de Madrid. Es de notar que habiéndose trasladado la Coronación, por causa de la lluvia, al día 22 de junio, no concuerda la fecha de la medalla, que es el 17, con la del día en que se realizó aquel solemne acto.

LA CORONACIÓN DE ZORRILLA

Hace años palpitaba en el corazón de los granadinos el sentimiento de hacer justicia al cantor de sus tradiciones, ciñendo á su frente, en los alcázares de la Alhambra, la corona de la inmortalidad. Un redactor de *El Defensor de Granada*, el señor Gago Palomo, publicó en 1883 varios artículos enderezados á este fin que no hubo de realizarse entonces por dificultades que no es del caso examinar; pero la idea continuó viva en la redacción de nuestro colega hasta el momento en que tomando la iniciativa su director D. Luis Seco de Lucena, ha sido llevada á término feliz y glorioso por el Liceo de aquella culta capital.

Verificadas en enero último las elecciones de renovación de Junta, fueron elegidos por aclamación presidente y vicepresidente de la misma el conde de las Infantas y el Sr. Seco de Lucena, ya puestos de acuerdo, para llevar á cabo aquel laudable propósito, con los demás individuos de la Junta y los presidentes de las secciones, entre los que figuraban los Sres. López Muñoz, de la de *Literatura* y España Lledó de la de *Ciencias morales y políticas*, escritores distinguidos, catedráticos de aquella Universidad y ardientes partidarios de la idea. Constituyóse la Junta, y en la primera sesión, el Sr. Seco de Lucena á la vez que proponía el pensamiento, presentaba un proyecto general de fiestas, plan y forma de su ejecución y un presupuesto tan profundamente meditados, que en el primero no ha habido que introducir ni una sola modificación, y el segundo se saldará probablemente sin déficit ni sobrante. Convino la Junta de Gobierno, por unanimidad, aceptarlos, presentando la proposición, suscrita por todos sus individuos, á la general, que la aceptó en sesión del 27 de enero.

En la misma sesión dióse lectura de la carta que, cumplimentando el acuerdo, se dirigió al poeta, y que es un hermoso documento debido á la florida pluma del señor López Muñoz. Contestóla el poeta, con otra, prodigio de sinceridad y belleza literaria, *sometiéndose* al acuerdo del Liceo que, á partir de este instante, inicia un período de fecunda actividad no interrumpido hasta que la obra ha quedado grandiosamente realizada.



DON ANTONIO LÓPEZ MUÑOZ

Presidente de la Sección de Literatura del Liceo

Una oficina especial, bajo la dirección del Sr. Seco de Lucena establecida y por la incansable propaganda de *El Defensor* auxiliada, obtuvo el asentimiento y las adhesiones de las más ilustres personalidades del país; la prensa española, siempre dispuesta á prestar su concurso á todos los grandes pensamientos, acogió éste con júbilo y simpatía; el Trono, las Cortes y el Gobierno de S. M., á quienes acudió una Comisión del Liceo de la que también formaron parte el eximio autor dramático D. Eugenio Sellés, actualmente gobernador civil de aquella provincia, el alcalde de la ciudad y representantes del Ayuntamiento y de la Diputación; ofreciéronle su apoyo; la idea, por consiguiente, prosperó, recogiendo por todas partes el aplauso nacional.

El 14 de junio llegó Zorrilla á Granada, siendo su paso por las estaciones de la provincia un paseo triunfal, y su recibimiento en la ciudad de los Alhamares, indescriptible apoteosis. Nunca se ha tributado á ningún monarca igual demostración de entusiasmo: su tránsito, en el carruaje donde le acompañaban el alcalde, el gobernador y el Sr. Seco de Lucena, desde el ferrocarril al encantado Carmen de los Mártires, residencia del poeta, fué un delirio de vítores y aclamaciones.

Habíase fijado para el 17 la Coronación; pero entróse el tiempo en lluvias y fríos impropios del mes de junio en aquel clima meridional, y se hizo necesario suspenderla; y como aquel acto, el Homenaje y la Leila, que han sido los más trascendentales, debían verificarse al aire libre, y el tiempo siguió perturbado, hubo nuevas dilaciones en el programa, teniendo lugar, por último, con brillantez indescriptible el *Homenaje Nacional*, el día 21; el 22 la *Coronación* en el palacio de Carlos V, y el 2 de julio la *Leila*



LA PRISIÓN DE BOABDIL, boceto de Isidoro Martín, premiado en el certamen del Liceo de Granada

ó fiesta morisca, en el Carmen de los Mártires, propiedad de D. Carlos Calderón. De la grandeza de dichos actos, cuanto se diga resulta deficiente y tampoco puede ser objeto de un artículo que sólo se dirige á dar idea de la generación y desarrollo del proyecto realizado por el Liceo granadino en gloria del más popular de los poetas españoles y con el concurso de las más altas representaciones nacionales.

Ha sido, en resumen, la Coronación de Zorrilla un timbre glorioso para la historia de nuestra literatura y superior á la de Quintana, por su carácter eminentemente popular, por la magnificencia de que se la ha revestido y por la belleza incomparable de la ciudad en que se ha llevado á venturoso término.

T. V.

EL POETA ZORRILLA

El mejor elogio que puede hacerse del poeta Zorrilla, es escribir su nombre.

Pasa con él, lo mismo que con los objetos bellos de la Naturaleza que todo el mundo conoce. Basta nombrarlos.

Y si eso no basta, todo es insuficiente para darlos á conocer.

Al que tenga ojos, no hay mejor manera de hacerle comprender la luz, que mostrársela.

El que no los tenga, no hay manera alguna de que la conciba.

¿Quién no ha leído á Zorrilla? ¿Quién no sabe de memoria sus versos? ¿Quién no los repite con frecuencia para deleitarse?

Zorrilla es más que un poeta, es más que un nombre famoso: es una personificación nacional, y al mismo tiempo un amigo querido de todo el que sabe leer.

Casi al mismo tiempo que á rezar, aprendimos á saborear las dulzuras de su incomparable versificación.

Pensamos en él como se piensa en los amigos de nuestra infancia, en la ilusión de nuestros primeros amores, en los sitios que han sido testigos de nuestros primeros ensueños.

¿Hacer su historia?... ¿Para qué? El que no la sabe, por fuerza ha de suponerla, adivinando al menos sus principales rasgos.

Que nació en los primeros años de este siglo, lo dice su cabeza, donde el tiempo y el pesar han dejado marcas indelebles, al mismo tiempo que la gloria ha impreso su luminosa huella.

Que no se sujetó jamás á disciplinas académicas, lo revela su carácter inquieto, perfectamente retratado en la libertad genial de su inspiración.

Que es un alma sensible y apasionada, lo escribe él mismo:

Yo nací para amar y ser amado;
yo concebí, desde mi edad más tierna,
que el calor del hogar y la familia
es el solo que nutre y que calienta.

¿Que no ha buscado inspiración sino en las fuentes de la vida nacional?

. . . .
¡Lejos de mí la historia tentadora
de ajena tierra y religión profana!
Mi voz, mi corazón, mi fantasía
la gloria cantan de la patria mía.

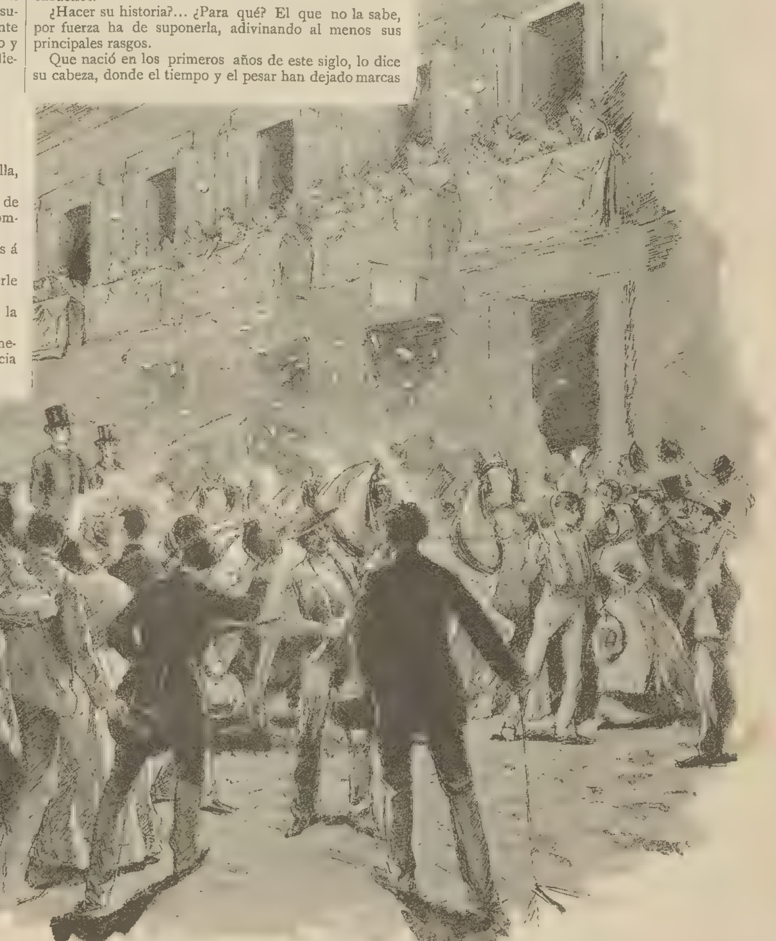
¿Que ha llevado una vida azarosa, llena de emociones, de obstáculos, de vaivenes de la pobreza, de arranques y desalientos, de empresas y aventuras?

. . . .
Yo sentí por la vida un vago hastío,
caí en la más profunda indiferencia...
y para ir á morir tendí la vista
á los desiertos páramos de América.

¿Que ha logrado imponerse á la consideración pública y á ser como una excepción gloriosa entre todos los cultivadores de la gaya ciencia?

Ahí está su discurso de recepción en la Academia Española, escrito en verso; libertad que á nadie se le había consentido hasta entonces, ni probablemente se volverá á consentir.

¿Que siempre se ha curado poco de los intereses materiales, como todos los de su raza?



RECIBIMIENTO DE ZORRILLA, dibujo del natural de don Emilio Millán Ferriz



EL CARMEN DE LOS MÁRTIRES, dibujo y composición de don Emilio Millán Ferriz

1. El parterre de las palomas. – 2. Vista del jardín. – 3. La primavera. – 4. Una vista del bosque. – 5. Acueducto. 6. Lago.

300
160
150
140



LA TORRE EIFFEL Y LOS MONUMENTOS MÁS ELEVADOS DEL MUNDO

TERMINADA EL 31 DE MARZO DE 1889, SE ELEVA Á 300 METROS DE ALTURA SOBRE EL NIVEL DEL SUELO. EL PRIMER PISO ESTÁ A 56 M. DE ELEVACIÓN; EL SEGUNDO Á 115 Y EL TERCERO Á 263. SOBRE EL TERCER PISO DESCUELLA UN PABELLON DE 37 M. DE ALTURA. LA PLATAFORMA DEL PRIMER PISO TIENE 70 M. DE LADO, LA DEL SEGUNDO 35 Y LA DEL TERCERO 10. LA TORRE PESA EN TOTAL 6.500,000 KILOGRAMOS

Columna de Julio, en París, 47 m. – San Pedro de Roma, 132 m. - Ntra. Sra. de París, 66 m. – Columna de Vendôme, en París, 45 m. - Gran Pirámide de Egipto, 146 m. - Catedral de Colonia, 159 m. – Catedral de Viena, 138 m.

Iglesia de los Inválidos, en París, 105 m. – Catedral de Ruan, 150 m. – Catedral de Estrasburgo, 142 m. Panteón. en París, 83 m. – Teatro de la Opera, en París, 56 m. – Arco de la Estrella, en París, 49 m.



ALEGORÍA, dibujo á la pluma de A. Riquer



VISTA GENERAL DE LA ALHAMBRA, fotografía por D. José García Ayola

Lo pregonan sus obras dramáticas, cedidas por mísera cantidad á editores que se han enriquecido con ellas.

¿Que vive con modestia, que habla con sencillez, que procede con candor, que tiene, en fin, la sublime llaneza de los grandes hombres?

El que una sola vez lo haya siquiera visto, así lo concibe y reconoce. A través de su cabeza simpática, se descubre sin esfuerzo alguno su espíritu. Tiene un rostro de cristal, y dentro luz.

¿Su mérito como poeta? ¿Sus cualidades geniales? ¿La belleza de sus obras?

Si hubieran de mostrarse á alguien modelos de todos los primores poéticos, sin salir de las producciones de Zorrilla se les podrían ofrecer acabados.

¿Talento descriptivo?

Lanzóse el fiero bruto con ímpetu salvaje
ganando á saltos locos la tierra desigual,
rompiendo de los brezos el áspero ramaje
con riesgo de la vida de su jinete real.
Él con entrambas manos le recogió el rendaje
hasta que el rudo belfo tocó con el pretal;
mas todo en vano: ciego, gimiendo de coraje,
indómito al escape tendióse el animal.

¿Naturalidad en la frase?

Echó pie á tierra el primero;
y al dar la brida al de atrás,
– Aquí, – dijo, – esperarás;
y el otro dijo: Aquí espero.

¿Fluidez y armonía?

Yo tengo en mi guzla de son berberisco
el germen del cuento y el ser del cantar;
y se oye en el son de mi canto morisco,
el aura nocturna que orea el lentisco
y el río que bulle cruzando el palmar.

¿Propiedad y donaire en la expresión?

Metieron en un convento
á Doña Inés de Alvarado,
y obraron con poco tiento;
porque nunca fué su intento
tomar tan bendito estado.

¿Fantasía y dominio de la forma?

Vió Dios su forma móvil
ir alba y luminosa,
primero como cándida
paloma vagarosa,
después como una ingrávida
y blanca mariposa,
después como luciérnaga
pequeña y revoltosa,
que bulle entre los brotes
del césped de un jardín,
entrar en nuestra atmósfera,
llegar al globo junto,
tocar el verde punto
del español confín,
y en él, cual gota de agua
que se evapora y pierde,
sobre su punto verde
desvanecerse al fin.

¿Nervio y valentía?

Infiel tengo de ser con los infieles;
vil he de ser con quien por vil me toma.
Sangre habrá, vuestros blancos alquiceles
rojos serán; y pues la guerra os doma,
pesebres han de ser de mis corceles
los profanos altares de Mahoma;
y las ricas doncellas africanas,
esclavas de mis pobres castellanas.

¿Grandeza, animación, colorido, riqueza de rima, flexibilidad de ingenio?

En cualquiera de sus obras hay parajes diversos que ostentan esas varias cualidades.

Y en el país do el ámbar y las cedríneas gomas
incorruptible guardan de larvas y carcomas
al cedro, y andan llenos los céfiros de aromas,
y en el que amantes crecen las palmas dos á dos;
y en el que en lagos frescos, aguajes de palomas,
fabrican los castores sus cabañuelas romas,
por útiles sus colas llevando de sí en pos;
y do el salvaje vive de nísperos y pomas;
y en el desierto estéril, y en las aradas lomas...
por donde quier que he ido... no he visto más que á Dios.

Ha cultivado todos los géneros, ha tocado todos los asuntos, y siempre con inspiración.

Es un genio para el cual no hay ocaso.

Dicen algunos que Zorrilla no es un poeta, sino un músico; que es un versificador gárrulo y antojadizo, lleno de ripios y de giros gramaticales viciosos.

Yo respeto la opinión de esos sabios, que mucho deben serlo y muy clara conciencia deben tener de que lo son, cuando así ponen mano en obras que la nación aplaude y celebra. Pero me parece disparatada.

Depende esta diversidad de opiniones, del concepto que cada cual se forma de la poesía.

Porque la verdad es, que yo oigo encomiar muchas obras poéticas y poner en las nubes á muchos escritores, que ni han entrado en el Parnaso, ni han pasado siquiera por la puerta.

«¡Qué profundidad de idea! ¡Qué originalidad de expresión! ¡Qué frase tan correcta!» oigo decir con alguna frecuencia de esas obras, á gentes que parecen ilustradas.

Y yo, pecador de mí, no suelo ver en esa profundidad sino maraña enfadosa, ni en esa originalidad más que extravagancia, ni en esa corrección otra cosa que la obra del martillo y el escoplo.

Yo me figuro á esos poetas que se llaman *trascendentales*, sentados ante la mesa de su despacho, con los codos fijos en ella y la cabeza entre las manos, sudando por todos los poros de su cuerpo para tropezar con un pensamiento profundo, ni más ni menos que si se ocuparan de sacar, á fuerza de puños, algo de un pozo muy hondo.

Y después de hallada alguna idea, que no tiene de ordinario más mérito que el trabajo que ha costado al autor *sacársela de la cabeza*, es de ver cómo entra en el yunque para que salga á golpe limpio ajustada á cartabón.

Si esa es la poesía y esos son los poetas, Zorrilla no tiene parentesco alguno con las Musas, ni las conoce, ni las ha visto nunca.

Pero la poesía no es eso, á mi modo de entender.

No es un arte para hacer principalmente pensar, sino para hacer sentir.

Esas composiciones que se han de leer, según la frase vulgar, como beben las gallinas, es decir, tomando una gota y después mirando al cielo para tragarla; esas estrofas que son como las gracias alemanas, que no hacen reir sino á los ocho días, constituyen cualquier cosa, menos obras poéticas.

La poesía es lo que recrea, lo que cautiva, lo que emociona, lo que tiene luz y aroma y armonía.

Lo demás será filosofía, será historia, será álgebra, ó será humorada, ó algo peor; pero no poesía ciertamente.

La Naturaleza misma tiene perpetua y claramente hecha esa distinción.

El árbol da flores que deleitan, y frutos que mantienen.

El sol, luz que alegra y calor que vivifica.

El mar, espumas que recrean y sales que confortan.

El cielo, arreboles que encantan y nubes que fertilizan.

La poesía es la flor y la luz y el arrebol y la espuma.

Hablar y expresar lo que tienen los objetos de hermoso, eso es ser poeta.

¿Que la flor se marchita, que la luz pasa, que la espuma se deshace y que el arrebol se pierde?

Pero los árboles dan eternamente flores, y el sol luz, y el cielo arreboles, y el mar espumas. Y con ese nacer y morir, la Naturaleza, como la poesía, es siempre caduca y siempre joven.

La poesía es lo bello, y lo bello es lo que resplandece y lo que se descubre por tanto á la primer mirada.

¿Es que no hay belleza en la intimidad, en el fondo de las cosas?

¿Quién lo duda? Pero esa belleza es poesía en la obra del genio, á condición de que el genio descubra el fondo de las cosas y lo muestre fácil é inmediatamente á los ojos del espíritu.

Ese es precisamente el mérito, y esa la virtud del poeta: sacar á la superficie lo que está en el fondo y ofrecer resplandeciente lo que á la mirada general es oscuro.

Zorrilla, dicen esos Aristarcos, halaga y regocija el ánimo, pero no deja nada.

¡Que no deja nada! ¿Pues no es nada la emoción de lo bello? ¿No es nada la vibración del sentimiento? ¿No es nada la cultura del corazón, ni la costumbre de despertar en él afectos nobles y puros?

¿No es el sentimiento una facultad? ¿No es una realidad lo bello?

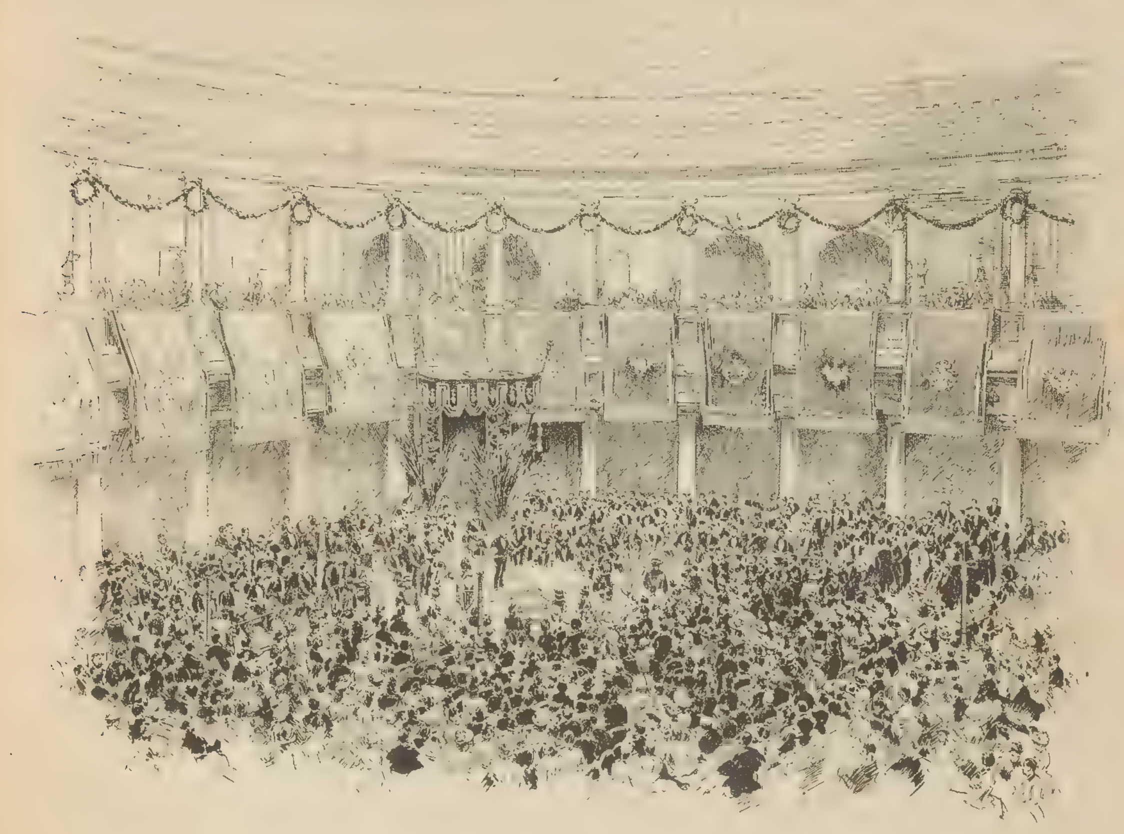
¡No deja nada! ¿Querrán esos sabios *trascendentales* que la lectura de cada verso les deje una moneda en el bolsillo, ó un medio seguro en la cabeza de hallar la piedra filosofal?

¡Incorrecciones, desigualdades, giros viciosos, decaimiento!

¡Claro está! Todos los genios, todos los poetas fecundos, todo lo que representa, en general, fuerza esencialmente creadora, los tienen.

Por eso hay que ver y juzgar á los genios en la totalidad, en la unidad de sus obras, y no en sus detalles. Los detalles aislados no son jamás datos serios de juicio. Lo que en sí constituye un pormenor deforme, puede ser elemento de belleza en el conjunto.

A los poetas hay que verlos en las alturas de su inspiración; no en el espacio reducido de una crítica menuda.



EL ACTO DE LA CORONACION, dibujo del Sr. Vázquez, según una fotografía instantánea del Sr. García Ayola

A las águilas hay que verlas en el espacio, remontando el vuelo sobre las nubes; no en el suelo, heridas por el plomo traidor del que acecha.

Zorrilla es un poeta de verdad. Veámosle cernerse sobre las nubes. Observemos su vuelo para admirarle, y no para acechar el momento de disparar sobre sus alas el plomo que las quiebre.

ANTONIO LÓPEZ MUÑOZ

LAS FIESTAS DE LA CORONACIÓN

LA ENTRADA DE ZORRILLA EN GRANADA

Jamás rey alguno, ni autoridad por alta que fuese, tuvo triunfo semejante al de Zorrilla, ni después de una victoria, ni á raíz del más grande hecho histórico.

La estación de Granada hervía, llena de un gentío inmenso, compuesto de representaciones de sociedades, de autoridades de la población y de toda clase de personas.

A las nueve de la noche oyóse el trajín del tren agitando sus émbolos y ruedas, arrojó la locomotora los últimos penachos de vapor revueltos con ascuas como chispas de coral candente, penetró con su hilera de vagones bajo el alto tinglado, y la muchedumbre se agolpó á la ventanilla, en cuyo marco veíase responder á los vivas y aclamaciones al viejo poeta que volvía después de tantos años á Granada, el cantor de las tradiciones y leyendas españolas.

Ocupó Zorrilla un lujoso coche en unión del Alcalde de Granada, de Seco de Lucena, alma y vida de la coronación, y del Gobernador D. Eugenio Sellés, autor eminente de tanta hermosa obra, y púsose en movimiento el carruaje, seguido de otros muchos que tomaron la dirección de la Alhambra.

Imposible es describir en un limitado cuadro el tránsito que recorrió el ilustre poeta entre las aclamaciones de la muchedumbre.

Los vivas se derramaban con esa vaguedad de la noche y se perdían en el abierto espacio semejantes al rumor distante del mar.

Redoblaban las salvas de aplausos, gritaba el pueblo aclamando al poeta cantor de sus glorias, daban los hachones reverberaciones fantásticas á la extraña pintura, y aquel paso de triunfo resbalaba bajo los arcos de árboles que dan con la punta de su último tallo en los cielos.

Zorrilla descendió del coche con toda la comitiva en el hermoso Carmen de los Mártires, y allí recibió al numeroso público que estuvo durante dos horas desfilando en su presencia.

EL HOMENAJE NACIONAL

No puede imaginarse más sublime escenario que este de Granada para celebrar en él la fiesta del entusiasmo; de un entusiasmo vivo y delirante como jamás ha sonado en ovación alguna, ni aun en las fiestas descritas por los poetas clásicos en tributo á los héroes de sus poemas.

Todavía, como el rumor entreoído de una ciudad en su momento de estruendo, tiembla en mi oído el rumor ardiente de las aclamaciones, las salvas de aplausos, largas y vibrantes, como un desgajarse de gloria, los coros de vivas de la muchedumbre frenética desfilando en brillantísimo torrente ante el poeta, y los miles de alabanzas echadas en montón á los vientos.

Entre la confusión del desfile, entre el remolino de cabezas y brazos puestos en alto que agitaban pañuelos y sombreros, llegó una niña como de diez años al pie de la escalinata desfilando con la demás gente. Todos daban vivas en torno de ella, de todas las bocas salía una alabanza ó una aclamación: la niña ante la figura del poeta y poseída de la sublimidad del espectáculo, hincó una rodilla en tierra, se santiguó como en presencia de una imagen y siguió emocionada su camino.

Visto el desfile desde la altura de la presidencia, la gente parecía un brillante desfile de banderas. Sus pliegues se abrían para enseñar letreros de oro, escudos de sedas de colores finamente bordados, vivas y leyendas donde se expresaba el entusiasmo de un pueblo delirante.

Un obrero se adelantó á la escalinata: era un humilde panadero: al entregar la corona al ilustre cantor de *La siesta*, dijo esta sola palabra, pero trayéndose el corazón á los labios: ¡Salud!

La hermosa cuanto sencilla frase arrancó una ovación á todo el auditorio.

La manifestación se iba haciendo cada vez más imponente.

Seres humildes llegados de pueblos lejanos que acaso allá en sus hogares leyeron durante las noches de invierno los encantados romances de caballeros enamorados, de mujeres hermosas, y desafíos y galanteos que Zorrilla escribió tomando sus asuntos de las tradiciones españolas, llegaban envueltos en el flotar de gentes, banderas y estandartes, deteníanse un momento ante la figura del viejo poeta y daban un ¡viva Zorrilla! en que gritaba todo su cuerpo, toda su alma, su sér todo, y acudían lágrimas á sus ojos.

Coronas con lazos bordados de diversas maneras iban llenando el estrado y subían á una altura prodigiosa. Una de piedra de Macael labrada por habilísimo cincelador, atraía la atención de todos los ojos. El bello y resistente mármol se había convertido en un blanco y delicado círculo de rosas: sólo faltaba el perfume á la piedra.

En medio de la confusión, cuando de las mil bocas salían otros tantos gritos aclamando al poeta de las kásidas y serenatas, apareció ante éste un maravilloso coro de niñas. Eran del pueblo, tendrían fuerza apenas para poder tirar una rosa, y serían en número de doce.

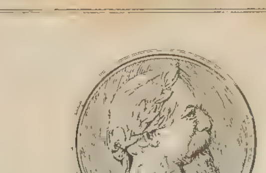
Unas con las manos rebosando flores, otras sujetándolas con la falda, comenzaron un *apedreo* sobre la figura del vate. Esta hacía llegar el proyectil hasta el segundo peldaño de la escalinata, aquella disparaba con más fuerza y alcanzaba el peldaño tercero; la más pequeña alzó la mano armada de una brillantísima rosa, puso el ojo en el blanco, y la flor salió disparada hacia atrás, como acontece con frecuencia á los niños.

Cuando después de tres largas horas de gritos, de vivas, de aclamaciones ardientes y de estruendo de triunfo, el desfile pasó con toda su profusión brillante, el cuadro descompuso sus figuras, rompióse la quietud de las actitudes, abandonó cada dama su puesto, deshiciéronse los grupos de personas, y desapareció la belleza del conjunto.

Ya sólo quedan perdidos en el aire, como ecos de una multitud lejana, los vivas que siguen sonando detrás de la carroza del poeta; sobre la nieve de la sierra simula el último reflejo del sol nimbos dorados, celajes espléndidos donde arden las encendidas ráfagas del crepúsculo; en las fuentes que principian á borrarse en la sombra cae el surtidor con eco doliente, derramando su collar en la misma taza y cantando la misma estrofa; el escenario donde se agitó tanta figura mece sus lámparas de flores que van y vienen en el aire; el viento habla con lengua fantástica en las ramas; suena el grillo su lira, y solitario poeta de las tinieblas, hiere sus cuerdas en la sombra...

LA CORONACIÓN

A la manifestación desbordada, delirante, de un pue



MEDALLA CONMEMORATIVA
(anverso)



CORONA OFRECIDA AL POETA ZORRILLA
labrada con oro nativo del río Darro



MEDALLA CONMEMORATIVA
(reverso)

blo que siente como ningún otro el arte, porque la naturaleza tiene perpetuamente abierto el más hermoso cuadro ante sus ojos, siguió el acto severo de la coronación.

Durante el homenaje, esos simpáticos grupos de obreros que saben, sino por la enseñanza, por el instinto cuán divina cosa es un poeta cuando lleva algo de Dios en la mente, y que tienen el corazón en los labios, en las manos el aplauso para las cosas grandes y sublimes, y en el alma el amor vivo de la patria, ondearon sus banderas y pusieron en alto sus estandartes, cantando con sus vivas el himno ardiente de la gloria.

Durante la coronación hemos visto desplegarse ante los ojos el exquisito cuadro de la elegancia, de la severidad noble y clásica, de la solemnidad académica y de las correctas figuras. El inmenso patio del palacio de Carlos V representaba un hecho extraordinario, algo en que había el sello augusto y majestuoso de la historia.

Inmensos tapices rojos caían como relampagueantes trozos de incendio desde las altas columnas hasta las que soportan la extensa galería.

El edificio, con tanto cilindro como cuerda de piedra, parecía un instrumento colosal dispuesto á lanzar un acorde gigante, un himno de grandeza y de gloria.

Sobre el rico sillón del trono que enroscaba sus elegantes brazos dorados sobre la seda rosa del asiento; en los paños abiertos á los lados donde la aguja dejó delicadas labores y figuras; entre la lujosa sillería que en prolongadas hileras coronaba la escalinata, una lluvia dorada, un montón de riqueza, un chaparrón de oro se derramaba en flecos, en encajes, en labores que hervían con el centelleo del sol é imitaban vivas reverberaciones de incendio.

Bajo el techo en forma de círculo del patio, una colección de escudos hechos con siemprevivas de colores, mostraban nombres de héroes moriscos, de reyes que habitaron la Alhambra, de caudillos y guerreros cuyo espíritu parecía asistir á la fiesta flotando en los dorados átomos del sol.

Subió por fin al estrado el poeta á quien acompañó desde el Carmen de los Mártires al palacio de Carlos V, el popular Seco de Lucena; llenáronse los asientos de literatos y poetas, entre los que figuraba el representante de la Reina Duque de Rivas, de socios del Liceo que llevaban en alto su bandera y de nobles y elevadas personas.

El digno Conde de las Infantas, de cuyo gran prestigio como caballero dependió parte del triunfo, puso en manos del hijo ilustre del autor de *D. Alvaro* la corona ofrecida al poeta por Granada, acompañándola de palabras tan sentidas como elocuentes.

Pronunció un bello discurso el Duque de Rivas, demostrando cuánto le agradaban estas fiestas de la gloria, y puso en nombre de la Reina la corona en las augustas sienes del poeta.

Zorrilla, emocionado, leyó su composición *la Salmodia* que vibró en sus labios como un torrente sonoro, como un caer de granizos rebotando en un instrumento de cristal.

Un aplauso atronador, acompañado de vivas á España, de vivas al poeta nacional, de alabanzas y aplausos estuvo sonando durante muchos minutos dentro del palacio.

El elegante orador poeta, el que habla con palabras de luz, Antonio López Muñoz, pronunció una brillante oración trazando la semblanza del poeta. Los párrafos ardientes de su oratoria, amplios como túnica griega y esculturales como escritos con cincel, salían de su boca levantando estruendosos aplausos y arrancando vivas y aclamaciones.

La marcha de la coronación de Schiller dejó oir sus acordes en aquella atmósfera de entusiasmo, y, acabado el acto de la coronación, empezó á descomponer sus figuras el cuadro.

Una luz de crepúsculo envolvió poco á poco las revueltas figuras; y en la carroza del poeta ya consagrado, Jurado de Parra, el intendente y amigo cariñoso de Zorrilla, conducía sobre un cojín de raso la corona de oro arrancada al río, que rodea como un cinturón de plata la Alhambra, como si llevara sobre sus rodillas el más alto y sublime trofeo de gloria.

LA LEILA

Todo lo delicado que ha herido nuestros ojos; lo suave que ha tocado nuestro tacto; las voces que hemos oído en sueños como si fueran desprendidas de esa interna sinfonía del espíritu; cuanto tenue y sutil ha hecho temblar nuestros nervios y ha dejado una vaga impresión en nuestros sentidos, está falto de toda belleza, si se compara con la emoción que despierta la música en la Alhambra y con el recuerdo de una espléndida *Leila* en sus jardines.

En ese lugar de alegría dijérase que flota el espíritu de las geórgicas de Virgilio, el alma de un paisaje de Mosco, ó la emanación lasciva y poética del clásico idilio griego que se levanta de las estrofas de Bion.

La fantasía pagana, la imaginación oriental que encerró una incorpórea ondina en cada fuente poniendo una misteriosa lira en sus manos, para que exhalara su canción; que escondió al sátiro en la fronda para que acechase el paso de la ninfa del bosque cuando va con los redondos pechos descubiertos á bañarse en la alberca de temblorosas aguas de plata; que hizo un dios de cada peñasco; un altar de cada gruta; un objeto de adoración de cada árbol; y que aun vive en nosotros engendrada por hirviente sangre mora y amasada con notas de guitarra, se entretiene durante esa misteriosa noche en resucitar árabes memorias, en oir en el aire abaniqueos de invisibles alas de amor, en percibir el habla confusa del cauce que recita una vaga leyenda á las hojas, y en mecerse en el ambiente donde se vierte el cáliz lleno de esencia de las rosas.

Como Lohengrin sobre el cisne blanquísimo, sobre el lago resbalaban recostadas en barca que semeja otro blanco cisne, mujeres de una hermosura inverosímil, bellezas granadinas de ojos deslumbradores, senos como elegantes búcaros donde se guarda esencia purísima, manos en las que tiende su trama azul el suave dibujo de las venas, garganta llena de curvas poéticas que se pierden en una sucesión divina bajo el velo que marca las redondas partes del seno, nuca llena de cortos cabellos que juegan en ricillos de oro, y cara que es una Alhambra humana con jardines, fuentes y esplendores.

Como en las antiguas *leilas* celebradas en las plácidas estancias del Generalife, instrumentos de origen árabe dan alegría á la fiesta exhalando sus notas desde escondidos sitios del ramaje.

Para alumbrarla, pende de cada tallo un ramo de bombas brillantes que tiemblan al ser copiadas en las fuentes.

Colgados los luminosos globos de la parra, fingen palio de fuego que derrama un aparente incendio en las hojas; pendientes del lánguido ramaje del sauce, gotear de puntos vistosos como si el arbusto llorase por sus ramas; sobre el pino robusto, piñas radiantes con vivas escamas de colores; y acordonados en torno del lago, collar de fuego que rodea la adormecida luna de las aguas.

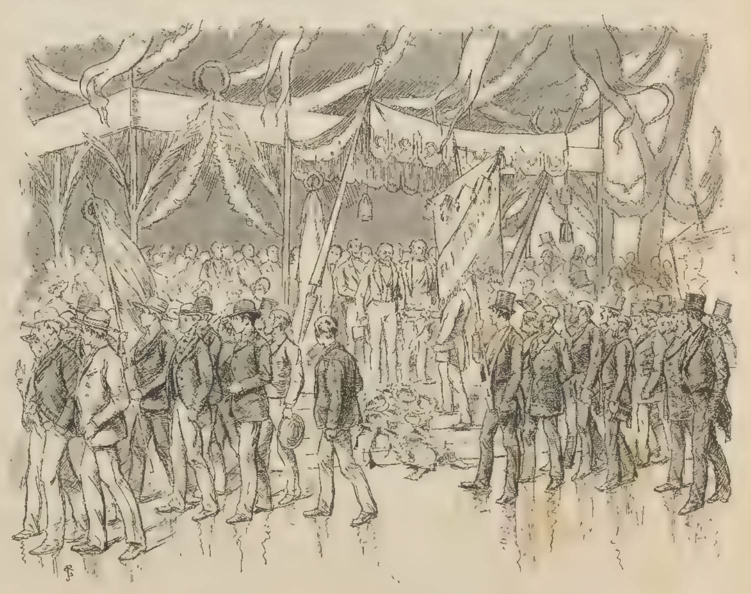
La gente bulle sin descanso, con la imaginación llena de sueños y el alma de internas armonías.

Son estas las noches de la juventud, las noches doradas que el corazón recuerda, cuando en el correr de la vida vuelve los ojos para ver lo andado del camino. Entonces quiere recomponer lo que el tiempo fué borrando en el cerebro, desea volver á la figura confusa sus contornos, á la palabra entonces oída su acento, á la risa que marchitaron los años su rocío.

Como esos arreboles de crepúsculos que hemos soñado con los cuales se alumbra el espíritu en sus horas de vaguedad y tristeza, el resplandor de esta noche vibrará perpetuamente en nuestra alma abriendo sus ramajes de luces con deslumbramientos de aurora y bañando de dulces claridades el alma.

Ya van cerrando sus pupilas de colores las luces que penden como diluvio de los árboles; la árabe bandurria que exhaló sus sartas de notas, atenúa la brillantez de sus cuerdas como se atenúa el brillo de unos ojos rendidos de sueño; las parejas de baile se dan el último abrazo de amor llevando el compás alegre de la danza; todo se agita en su brillar último, como la luz antes de extinguirse; los ramajes se llenan de indecisas manchas de sombra; rómpese el collar de luces del lago donde parpadean los últimos reflejos; del Generalife llegan aires cargados de perfumes de madreselvas, esas flores del amor, del búcaro y la reja; desvanécense las figuras del cuadro, y de la *Leila* no queda ya más que un dibujo trazado en el alma con tenues arabescos de luces, y el recuerdo de la última fiesta rendida á la inmortalidad augusta de un poeta.

Salvador Rueda.



EL DESFILE DE LOS GREMIOS, dibujo del natural por D. Emilio Millán Ferriz

Barcelona.—Imp. de Montaner y Simón



AÑO VIII — BARCELONA 29 DE JULIO DE 1889 — NÚM. 396

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

A. E. NOVELLI, EN «NERON,» dibujo á la pluma del señor Pellicer

SUMARIO

TEXTO. – *Nuestros grabados.* – *Novelli*, por don Ignacio de Genover. – *Un gran escultor español*, por don Pedro de Madrazo. – *De gustos no hay nada escrito*, por don Jacinto Escobar.

GRABADOS. – *A. E. Novelli en «Neron,»* dibujo á la pluma del señor Pellicer. – *El amante sorprendido* cuadro de A. Cecchi. – *Juego de pelota*, cuadro de F. Dvorak. – *Playa en el Cantábrico*, cuadro de Meifrén. – *El palacio de Carlos V*, fotografía por don José García Ayola. – *El angelus*, cuadro de J. F. Millet. – *Paisaje*, cuadro de Roig y Bofill.

NUESTROS GRABADOS

EL AMANTE SORPRENDIDO, cuadro de A. Cecchi

Tranquilícese el lector: no se trata de un cuadro impresionista en que el cazador en cercado ajeno es sorprendido por el dueño legítimo de éste, sino de una pintura apacible en que un enamorado mancebo es cogido *in fraganti* en el momento de imprimir un ósculo en la mano de la que pronto será su esposa. Esta explicación previa la exige el título pero huelga al contemplar el grabado.

En efecto, en el lienzo de Cecchi todo respira pureza y amor; la actitud del galán es respetuosa y digna, el abandono de la doncella está dentro de los más estrechos límites de la honestidad y la expresión de las hermanas y de la amiga y la bondadosa sonrisa del anciano padre dicen bien claro que el atrevimiento de la gentil pareja no les parece reprensible y que los reos cogidos en flagrante delito no tendrán más castigo que el matrimonio perpetuo concertado ya para una fecha próxima.

JUEGO DE PELOTA, cuadro de F. Dvorak

La naturaleza ostentando sus primaverales tesoros y la humanidad representada por inocentes niños; he aquí dos elementos de cuya combinación ha de resultar forzosamente un conjunto bello.

Bien ha sabido Dvorak escoger el fondo y los personajes de su cuadro; para el primero una hermosa pradera salpicada de flores de brillantes matices y sombreada por frondosos árboles con un horizonte extenso y pintoresco; para los segundos cinco hermosas criaturas en cuyos rostros se pinta la alegría y cuyas sonrosadas caritas acusan los buenos efectos del juego á que se entregan á sus anchas sin ayas que las riñan, ni maestros que las abrumen, ni padres que les infundan respeto. ¿Cómo no hacer con todo ello una obra verdaderamente simpática?

Si acertado ha estado el pintor en el pensamiento no lo ha estado menos en la ejecución, como lo prueban la transparencia de la atmósfera, la verdad con que están trazados árboles y hierbas y sobre todo la naturalidad de las actitudes y la expresión de los *jugadores*.

PLAYA EN EL CANTABRICO, cuadro de Meifrén

Meifrén se ha encariñado con el mar, ya lo hemos dicho otras veces, y la hermosa playa que reproducimos y que representa una de esas deliciosas playas del Cantábrico que la aristocracia madrileña ha *popularizado* es nueva prueba de ello. ¿Cabe censurarle por esa predilección? Pensarlo siquiera nos parecería herejía. El artista que se enamora de lo bello y sabe reproducirlo cumple el fin del arte; el que se extasía ante lo sublime y logra encontrar en su mente líneas y en su paleta colores que lo expresen, éste se eleva á las superiores regiones artísticas. El mar es bello, el mar es sublime y Meifrén sabe reproducir sus bellezas y expresar su sublimidad, luego es artista de veras. Y siendo esto así ¿quién se atreverá á criticar sus tendencias especialistas? Nosotros no nos creemos con autoridad bastante para cometer con nuestro distinguido paisano tamaño desafuero; es más, nos parece que no habrá quien á ello se aventure.

EL PALACIO DE CARLOS V, fotografía por D. José García Ayola

Junto al palacio árabe de la Alhambra se yergue como gigante de piedra, el magnífico alcázar que mandó construir, para su residencia, el emperador Carlos V. La obra, que es grandiosa y de estilo grecoromano, no fué concluída. Es sin embargo uno de los monumentos más notables que encierra la ciudad de Boabdil, y en él, en su soberbio patio circular, se verificó el 22 de junio último el solemne acto de la Coronación de Zorrilla.

EL ANGELUS, cuadro de J. F. Millet

Copia de un agua-fuerte de M. Margelidon

La noche se acerca, el sol ilumina con sus últimos rayos el fondo del paisaje envolviendo en su tibia y dorada luz la vasta llanura que se extiende hasta el horizonte; á lo lejos se divisa el campanario de la aldea y en primer término una joven pareja de labradores suspende sus tareas y en religioso recogimiento eleva su pensamiento al cielo mientras sus labios murmuran el *Angelus* acompañado por los apagados ecos del toque de oración.

¡Cuánta sencillez en la concepción y en la ejecución cuánta sobriedad! Y sin embargo, ¡cuánta poesía, cuánta sublimidad en ese precioso lienzo del infortunado Millet! ¡Qué pureza de alma, qué sentimiento estético revela esa composición! Cuando su infeliz autor agobiado por la miseria vendía por un pedazo de pan sus maravillosas concepciones ¡quién había de decirle que la adquisición de su *Angelus* sería después de su muerte caso de honra para sus compatriotas que tan ingratos fueron con él durante su vida!

Sí, el *Angelus* fué disputado con entusiasmo, con delirio en la reciente subasta de la galería de Mr. Secretan: las pujas aumentaban por miles de francos; un silencio sepulcral reinaba en la sala, silencio al que puso fin un atronador ¡Viva Francia! cuando el cuadro quedó adjudicado á Mr. Antonino Proust por la fabulosa suma de 553.000 francos.

El representante del *Art American Association*, único competidor que luchaba empeñadamente con el elemento francés, abandonó la lid impulsado por generosos móviles al ver que los franceses deseaban conservar aquel lienzo que consideraban como gloria nacional, con la condición, empero, de que para el caso de que el Estado no adquiriera el cuadro, éste les sería cedido por el precio del remate. Por desgracia la magnanimidad de los norteamericanos para con los franceses, la consideración que á su hermana la de Francia dispensó la República de los Estados Unidos han sido inútiles: las discordias políticas han malogrado la hermosa obra que el patriotismo de unos y la respetuosa admiración de otros habían consumado.

Para la adquisición del *Angelus* habíase formado una alianza de franceses, rusos y daneses con un fondo de garantía de 860.000 francos del que cedían al Estado á título de donación la cantidad de 200.000 para que el lienzo de Millet tuviera en el Louvre el puesto de honor que le correspondía. Debía, pues, el Estado desembolsar 353.000 francos para lo cual el Ministerio hubo de presentar un proyecto de ley solicitando la autorización y el crédito necesarios; pero lo que pudo el patriotismo de unos cuantos no ha logrado hacerlo la representación de la nación entera.

¡Nuevo baldón para la ponzoñosa política!

Mr. Proust, cuyo amor y abnegación por el arte no conocen límites, relata con triste elocuencia los pormenores de lo sucedido en una carta en que, después de explicar la noble conducta de los norteamericanos, termina diciendo: «Yo les doy nuevamente en este día en nombre de mis amigos y en el mío propio la expresión de mi más profundo agradecimiento por este acto de cortesía y pongo en su conocimiento que el *Angelus* es propiedad del *Art American Association.*»

¡Cuánta amargura en esta última frase!

América, pues, se lleva esa admirable producción del arte del viejo Mundo, mientras Francia llora no tanto la pérdida de un cuadro como el desvanecimiento de una ilusión vivificadora que hasta este momento la había alentado.

El patriotismo francés ha recibido una herida leve por lo que es en sí, grave por lo que significa.

¡Quiera el cielo que sea la última!

PAISAJE, cuadro de Roig y Bofill

Roig y Bofill pertenece á la escuela de los artistas que nos hacen sentir con asuntos sencillos unas veces, casi triviales otras, pero siempre risueños, siempre bellos: comprende á maravilla el natural y prodiga en sus cuadros efectos de luz encantadores. Sus pinturas convidan á gozar de las delicias del campo y las hacen simpáticas aun á los más entusiastas adoradores de la agitada vida de las ciudades.

¿Quién, en efecto, no se siente cautivado por las bellezas del delicioso paisaje que reproducimos?

Aquel mullido césped que tapiza el suelo, aquellos esbeltos álamos cuyas plateadas hojas suavemente agitadas por el aire dejan oir dulces armonías, el límpido riachuelo que murmura misteriosas notas al deslizarse mansamente por entre pintorescos ribazos cubiertos de verdura, y la apacible calma que todo el cuadro respira son irresistibles atractivos y realizan el ideal que en su imaginación se forjó el que rendido por el trabajo sueña con un rincón tranquilo en donde hallar el tan codiciado reposo y en donde respirar aire puro y embalsamado que vigorice sus quebrantadas fuerzas llevando oxígeno á sus pulmones, glóbulos rojos á su sangre y nueva vida á su extenuado cerebro.

NOVELLI

He ahí un nombre que habrá de despertar forzosamente en cuantos prestan ardiente culto al Arte emoción nada escasa.

En los fastos de la dramática no conoce el que suscribe otro más grande, tanto por lo que á lo elevado de sus facultades hace como por lo múltiples que éstas en él se manifiestan. Hémosle visto en obras de distinta índole y en todas nos ha parecido que rayaba, por decirlo así, en lo increíble.

No es Novelli un actor que declame sólo con más ó menos desembarazo, que esto acostumbrados estamos á oirlo ya, y hasta no pocas veces, lo que es peor, hemos tenido que contemplar impasibles como el actor recogía mayor cosecha de aplausos y vítores á medida que crecían en él su manoteo y gritería, que más semejaban apropiados á una plaza de toros que dignos del templo de Melpómene y Talía.

Tampoco es Novelli un actor de más ó menos facultades pero que, negligente casi siempre, se reserve sólo para las grandes ocasiones en que, como vulgarmente se dice, *echa el resto* y muestra al público lo que puede hacer, y no lo que debe, defraudándole así de las esperanzas que en él pudiera fundadamente concebir.

No, Novelli es el artista enamorado del Arte; es un hijo de la ardiente Italia, antigua maestra de lo Bello, que siempre y en todas ocasiones pone su inmenso, su colosal talento al servicio de la obra de que se hace intérprete y que en beneficio de la misma imprime su propio sello á toda ella, procurando que en su desempeño salga bien redondeada. Para ello ocasiones hay en que se sacrifica: diríamos se anula, si posible fuese que tan gran actor pudiese en momento alguno anularse. Y como cual experto general, cual ducho veterano en las campañas escénicas sabe que el buen éxito de una obra depende de su cabal desempeño en todas sus partes, procura, por lo mismo, poner á cada actor en condiciones para que pueda salir airoso en su cometido, buscando ante todo, pretendiendo por todos los medios la armonía del conjunto antes que contrastes de mala ley si para el artista siempre ventajosos.

Verdad que lo antedicho lo puede el Sr. Novelli conseguir merced á contar con un personal en su compañía que en manera alguna es despreciable, pues siendo todos artistas de corazón se distingue más de lo común alguno de ellos, especialmente la Sra. Novelli que ha dado muestras de excepcionales condiciones para el Arte, y la señorita Fortuzzi, verdadera artista hoy, que promete ser grande mañana.

Pero, vamos á fijarnos en algunas de las obras á que ha dado superior realce el Sr. Novelli con su desempeño, y así podremos dar en este ligero esbozo alguna idea, siquiera sea pálida, de lo que tanto avalora al insigne actor.

La señorita Nitouche, *Miguel Perrin* y *Nerón*: he ahí tres obras de asaz distinta índole y aun opuestas en sus medios y en su fin. Representan, respectivamente, la farsa (corta ó larga), la comedia entre urbana y llorona y el espectáculo trágico; si bien con abundante dosis de elemento cómico, pero feroz, que lo da de sí el protagonista de la obra. En las tres hase manifestado el Sr. Novelli artista concienzudo y maestro consumado, presentando al público ya la cómica y caricaturesca figura de un organista de convento con un buen humor y acierto incomparables, ya el simpático carácter de un pobre y anciano cura de aldea refugiado en París y allí viviendo con su familia en la estrechez, que ha sido el fruto amargo para él de la Revolución. En esta comedia hace alternativamente asomar la risa á los labios y agolpar el llanto á los ojos: no se ha visto ternura igual.

Forma contraste con esas dos obras la interpretación de *Nerón*, á cuyo nombre el asco sube á la boca y entra el horror en el corazón.

Nos extenderemos algo en el juicio de la última obra de que ha sido intérprete el Sr. Novelli, porque bien lo merece el exceso de estudio á que habrá debido entregarse para dar cuerpo en la escena á figura tal.

Jamás hemos visto manera de interpretar el actor el propio pensamiento del poeta parecida á la que hemos podido presenciar en las varias representaciones que ha dado el Sr. Novelli de la citada obra. En ella se identifica por manera pasmosa con la idea que agitó la mente y movió la pluma del escritor. Es la sátira en cinco actos de la tiranía, la pintura nada complaciente, desapiadada, de un hombre cruel por temperamento, y, digámoslo todo, casi loco.

Que ha de ser á lo sumo difícil la interpretación del carácter de Nerón, lo dirá quien haya estudiado lo complejo del mismo, que no se presenta formado de una pieza y siendo en cierto modo símbolo de una idea ó expresión de un sentimiento, como lo son respectivamente en los altos dominios del Arte, Hamlet del pensamiento destituído de acción que lleva á la locura y Otello de los celos que precipitan, ciegos, al abismo. En Nerón abundan las medias tintas y los encontrados afectos, el claro oscuro y los contrastes. Aquello es la crueldad y la locura, el miedo y la superstición, la lujuria y la astucia, la torpe bajeza y la liviandad: y por sobre ello se cierne la vanidad colosal. Todo se confunde en la obra y anda revuelto, fundiéndose en un carácter excepcional, para cuya interpretación mucho habrá tenido que observar el artista y mucho más aún que adivinar. Un gesto, un movimiento, una actitud le bastan al actor para traducir una situación y producir en el espectador el efecto adecuado, pues que poseedor el Sr. Novelli de una fisonomía por demás móvil y expresiva sabe, merced á su nada común inteligencia, mover á voluntad los músculos é imprimir á su faz el carácter que apetece y que sintetiza la cosa.

Deja siempre percibir en esta obra el Sr. Novelli el trabajo poético del autor, si bien nunca recita; por decirlo así *habla el verso*. Así contribuye á la armonía del Arte y la realidad. Huelgan pues en él las declamaciones huecas y pomposas, el gesticular fuera de ocasión como un energúmeno, y aquel mover los brazos á guisa de aspas de molino y precipitar las relaciones, moviéndolas á manera de piezas musicales, con sus *prestos*, *allegros* y demás, requisitos que son recurso común y ordinario de los actores de escuela sin recursos, que las suelen terminar con un chisporroteo que muere por consunción y se resuelve en un escándalo mayúsculo de aplausos, condigno, justo coronamiento del edificio del pirotécnico actor. Novelli es la mismísima realidad vista á través del Arte y engrandecida, ennoblecida asaz por el soplo vital del talento que así sabe exhumar del pasado y presentar á la vista figuras históricas como acierta á dar tangible realidad á lo que fué tan sólo fantaseado por el poeta. Diríamos de él que es *naturalista*, si no llevase aparejada palabra tal sentencia ejecutoria ante el tribunal supremo del Arte. Es pues *verista*, y nos gusta más.

Novelli es en *Nerón* el romano sin toga y el emperador en su vida privada; el personaje de carne y hueso, nunca el romano enfático de la tragedia neo-clásica. Es no el noble león sino el tigre, el hambriento chacal que á traición acecha y coge á su presa para en ella cebarse luego. No hay en él resabios de escuela ni dejo de otros artistas: su manera, y mal decimos, que envuelve concepto semejante la idea del convencionalismo, su nota, su procedimiento es pues personal, y en este terreno genialísimo siempre.

Acrecienta en esta obra, si cabe, la ilusión escénica la propia figura del actor. Aquella cabeza enérgica, con sus líneas fuertemente acusadas, en la que destaca la carnosa boca que pende á cada lado y la aguileña nariz que se prolonga, parece un busto arrancado á la Antigüedad.

Recuérdese el efecto físico de ronquera en el primer acto, y la contrariedad, la ira en que la afonía se resuelve en lo moral (que da la clave del carácter henchido de vanidad del héroe, del emperador que tuvo en más que la púrpura el ser artista), y en el segundo la escena de borrachera *d'après nature* (si bien contenida en los dominios del Arte), aquella gradación por demás sabia desde los primeros momentos en que la lengua se entorpece, hasta que, paulatinamente, pierde su ilación el discurso y su aplomo el cuerpo y cae, embrutecido, en brazos del bufón, que entre burlas lo lleva arrastrando á su lecho imperial. Recuérdese, antes de esa escena, la generosidad cómica de que hace alarde al perdonar magnánimamente á los conjurados y al pobre tabernero, quien, muerto de miedo, asiste á los caprichos del tirano. Renuévese, por igual, la memoria de la vanidad supina del héroe en el tercer acto, cuando practica el arte de Fidias en su taller; su horrible juego, más que plática de amor, con la esclava: su crueldad oculta ante el mago y aquel su terror pueril al dejar salva su vida bajo el influjo del cobarde miedo, así como el momento de pánico que ante la nueva de las maquinaciones de Galba, su antagonista, y de sus contrarios experimenta, impresión que se desvanece en



EL AMANTE SORPRENDIDO, cuadro de A. Cecchi

él, dado su vario temperamento, ante los halagos de su favorita, la encantadora griega. Y pasando por sobre el cuarto acto con su cúmulo de aciertos y su abundancia de primores, lleguemos al último de la obra, verdadero *capo lavoro*, como dicen los italianos, y digno, muy digno remate de su obra artística.

Nerón, fugitivo y acompañado de algunos leales, se refugia en una hedionda casa de los arrabales de Roma, tras haber explotado el movimiento popular que ha aclamado á Galba, y allí toca la fría realidad que sólo le ofrece pobre y desnudo albergue en vez del suntuoso palacio de los Césares.

Recorre el triste tugurio Nerón, entregado á meditaciones que ora se resuelven en la cólera, ora en el mudo abatimiento. Comprende que ha de dejar toda esperanza y con todo le asusta la muerte. La emperatriz, sus adictos, todos le instan á que se quite la vida antes que indecorosamente sucumba bajo el puñal del enemigo: mas á ello no se resuelve Nerón. Recuerda á su favorito Horacio, el vate que da estoicos consejos y arroja el *torpe acero* en Filipos. Mas, de pronto cae la emperatriz herida por sus propias manos, y ante el abismo que se abre á sus pies cesan sus dudas y vacilaciones. Ya sus emisarios danle cuenta de haberse alzado Galba con su Imperio, y de haber sido puesta en vigor la antigua ley, que le condena á muerte. «Nuestros antepasados eran bárbaros,» pone irónicamente en su boca el autor.

Desde este momento Nerón morirá; mas Nerón morirá digno de su gloria. Y, entonces, hemos contemplado mudos de estupor aquel agarrar el agudo cuchillo y levantar en alto los brazos para, con el auxilio de sus bravos leales, asestarse cobardemente por la espalda el golpe mortal; aquel entrar, presa el alma de pánico, en convulsión terrible en que todo el cuerpo se agita como movido por el vendaval, y, al penetrar el frío acero en sus carnes, dar un aullido, grande, feroz, para caer de una manera innoble, á semejanza del toro en la arena: aquel levantarse al entrar la guardia pretoriana, trabajosamente y como por instinto, de una manera en que parece que la materia, ya casi inerte, no responde á la voluntad, para lanzar envuelto en las congojas de la muerte y extinta la voz el supremo grito de *Galba* que se ahoga en su garganta: todo, hasta el presente, es lo más grande que hemos visto en el teatro. A ello no llega impresión igual.

Este grandioso cuadro final y otros de que hemos hecho mención en el curso del trabajo se habrán de estimar creaciones completas de Novelli, ya que en la titulada comedia original tan sólo se contiene somera indicación de ellas. Algunas puede el actor haberlas observado; otras necesariamente han de ser hijas de su potente intuición.

El artista crea y adivina.

Un defecto, único, pero grave, hallamos en el Sr. Novelli, y es que no siempre se emplea en obras dignas de su gran talento.

Claro se está que lo dicho no reza con *Nerón*, obra excepcional en el terreno dramático, como debida á uno de los poetas que más alto han levantado el Arte en la Italia del presente siglo. La obra está concebida á la manera amplia de Shakspeare, y con él los dramáticos de la escuela inglesa del siglo XVI, Massinger, Webster, Johnson, etc. Entiéndase que hablamos del diseño del personaje principal, ya que la obra no tiende á presentar un cuadro completo de la corrupción romana: no haremos, pues, responsable al autor de propósitos que no tuvo. Sus versos vibran ásperos y fuertes á semejanza de Alfieri; son versos, por decirlo así, ciudadanos: ora sentenciosos, ora llenos de lirismo, sí aun sobrio; en lo último de acuerdo con el propio carácter del emperador poeta; mas nunca huecos ni vocingleros.

Pudiera tal vez exigirse mayor ilación en ella, pues que cada acto de por sí forma un cuadro completo, sin artificio casi ni trama alguna, en todo caso muy tenue: mas todo desaparece ante la magnitud imponente del conjunto, que deja honda impresión en el espectador. Es *Nerón* el estudio de un carácter llevado al extremo, el análisis de un monstruo, vergüenza y oprobio de la antigua Roma, al que diseca el autor de una manera impasible por lo impersonal: este es el arte de los grandes poetas. ¿Quién más desinteresado que el viejo Homero en la antigüedad y el sereno Goethe en los tiempos modernos? Del estudio, de la contemplación de la Naturaleza sin preocupaciones ni *parti pris* sacaron ellos sus grandes, sus portentosos cuadros; la ira de Aquiles y las melancolías de Werther, la despedida de Héctor y Andrómaca y la carcoma que al doctor Fausto corroe aun en medio de su rejuvenecimiento, porque siempre el hombre nuevo lleva alguna levadura en él del hombre antiguo, todo se ha hallado al hojear el libro de la Gran Naturaleza, que no está cerrado nunca para el genio.

Y volviendo ya al insigne actor, de quien nos hemos algun tanto apartado en esta nada corta digresión, diremos de él que si la obra de Pietro Cossa es grande, en ella está constantemente á la altura del poeta.

Novelli se apodera siempre del personaje que saca á las tablas, al que acierta á dar perfecta unidad sin que en él se desmienta el carácter nunca. A fuer de artista, con entrañas de padre para su obra, lo avalora á cada momento en la ejecución bordándolo con detalles de valor inmenso, sin que, rara vez, degenere en pródigamente minucioso. Su dicción es tersa y clara; límpida y correcta por punto general, modulando la voz y adaptándola con raro acierto á la situación ó paso que transcribe.

Cuando la ocasión se presta muéstrase, por igual, inclinado á las escenas mudas (al buen callar llaman... Novelli), y á ellas da realce extraordinario con su mímica animada y por lo expresiva de acuerdo, en armonía siempre con el carácter y accidentes que traduce, sin acudir jamás á efectos bastardos, de relumbrón, para escamotear el aplauso que tan sólo al relevante mérito es debido.

Hagamos mención, por ejemplo, del maravilloso *cuadro de la moneda*, en el primer acto de *Miguel Perrin*.

¿Y qué decir de su manera de recitar el *monólogo*? Recuérdese *Simplicidad* y no se describa. En ella fué dechado de *humorismo* al dar vida al bisoño soldado. La forma encogida de presentarlo, embobado el rostro y el cuerpo rígido; su tontería rústica, maliciosa, en que se envuelven prendas del corazón, todo fué armónico y exacto.

Si no estamos mal informados se ha entrado recientemente por los dominios del drama el Sr. Novelli.

Si es así justo será decir que lo domina ya á la perfección. En él está, como se dice, en su casa.

Haga pues suyas las palabras del *Cid* de Corneille:

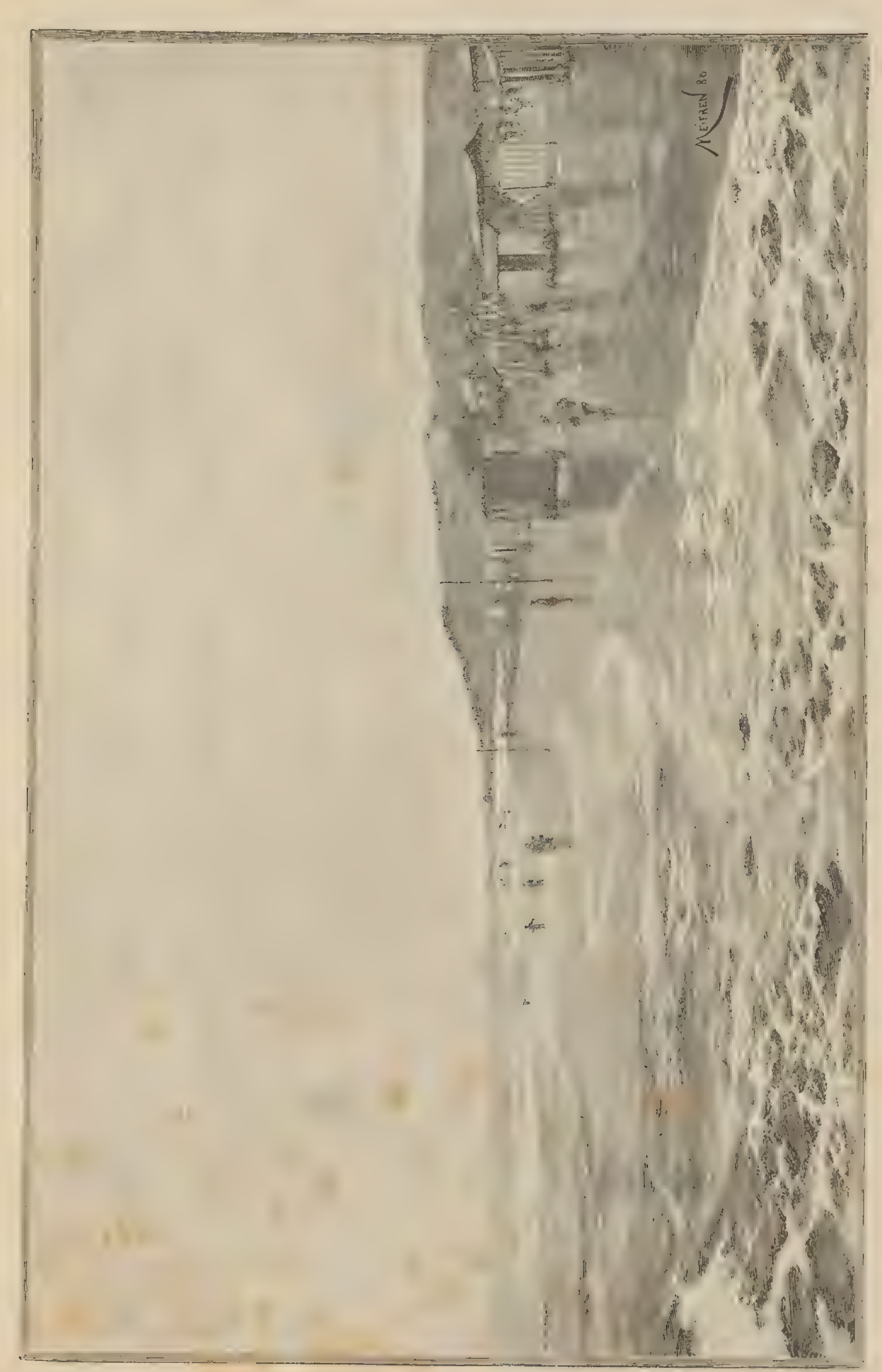
> Mes pareils á deux fois ne se font pas connaître,
> Et pour des coups d'essai veulent des coups de maître.

En suma, puede decirse del excelso artista que ofrece el raro ejemplo de dominar por igual los contrapuestos géneros, trágico y cómico, y esto habrá de estimarse un triunfo en el Arte, ya que la posesión en alto grado de cualquiera de ellos basta de sí á cimentar la buena fama de un actor.

Es pues Novelli un artista vasto, completo, que así provoca la risa franca y espontáneamente como infunde el terror ó llega al alma y la conmueve. Siente vivamente el Arte, mas tiene el dominio perfecto de sus facultades, que



JUEGO DE PELOTA, cuadro de F. Dvorak, grabado por Bong



PLAYA EN EL CANTABRICO, cuadro de Meifrén

encamina al fin que se propone, anteponiendo á los ímpetus y excesos á que propende el corazón la reflexiva inteligencia.

Grande en lo trágico, delicioso en lo cómico; he ahí la síntesis del artista.

Vamos á terminar eso que más semeja crónica *à bâtons rompus* ó impresiones al correr de la pluma que concienzudo análisis del artista, diciendo que Novelli no es tan sólo un gran actor, un excepcional actor: Novelli es el mismísimo Arte.

Ignacio de Genover

UN GRAN ESCULTOR ESPAÑOL

Lo fué sin duda el burgalés Bartolomé Ordóñez, de quien nos dejó Cean Bermudez una noticia tan sumaria é incompleta que apenas merece el nombre de biografía: y sensible es que en muchas ocasiones tengamos que recurrir á escritores extranjeros para completar las memorias de insignes artistas que son prez y gloria de nuestra nación. Como quiera, hasta que el diligente autor del *Diccionario de los más ilustres profesores de las bellas artes en España* esbozó la figura de Ordóñez, se ignoraba por completo quién había sido el verdadero autor del bello sepulcro del cardenal Ximénez de Cisneros, labrado para la Capilla del Colegio Mayor de S. Ildefonso en la Universidad de Alcalá, y qué concepto mereció en su tiempo entre los buenos artistas de Italia nuestro compatriota. D. Antonio Ponz atribuyó aquella grande obra al escultor Domenico Florentino: el Conca, en su *descripción odepórica de España*, incurrió en el mismo error. Es más: el suntuoso *mausoleo de los reyes católicos D. Fernando y Doña Isabel*, que es la más notable obra de Ordóñez, pasaba hasta hace pocos años entre nuestros aficionados á las artes como de autor desconocido. El inglés Stirling al escribir su libro, tan rico de datos, titulado *Anales de los artistas españoles*, lo reputó como de Felipe de Vigarny, célebre escultor coetáneo de Ordóñez, de origen borgoñón; y algunos críticos nacionales y extranjeros veían en él, ya el estilo de Berruguete, ya el del florentino Domenico, ya el de Becerra, retrasando con poco criterio artístico la época de su ejecución.

En vano el sagaz escritor dinamarqués Dr. Gaye había consignado en una concisa pero importante nota, al pie de la autobiografía del escultor florentino Rafael Bartolomé Sinibaldi de Montelupo, que el mausoleo de los reyes Fernando é Isabel había sido labrado por Ordóñez; en vano el curioso investigador de memorias de escultores carrareses, canónigo Pietro Andrei, publicó en 1871 su precioso opúsculo titulado *Domenico Fancelli fiorentino e Bartolommeo Ordognes spagnuolo*, sacando á la luz pública los más interesantes pormenores acerca de la vida de Ordóñez y su familia; de la consideración que disfrutaba entre los grandes artistas del siglo de León X; de la escuela de excelentes escultores que mantenía Carrara á la vera de sus famosas é inagotables canteras; de la organización de los trabajos que allí se ejecutaban y de los varios artistas, colegas y discípulos, que ayudaban á Ordóñez en la terminación de los encargos que le habían sido confiados, entre los cuales se mencionan el sepulcro de un obispo de Burgos (aun no identificado), otro para un obispo de Avila, el enterramiento de los marqueses de Ayamonte, que existe en Sevilla, el sarcófago del cardenal Ximénez de Cisneros, y el suntuoso mausoleo para los reyes católicos que se destinaba á la Capilla Real de Granada. En vano, por último, publicamos nosotros en 1872 en el *Museo español de antigüedades*, juntamente con una detallada descripción de este insigne mausoleo, multitud de datos, sacados del *Carteggio* de Gaye, del opúsculo del canónigo Andrei y de documentos inéditos del archivo de aquella Capilla Real, sobre la vida y fallecimiento de Bartolomé Ordóñez, su testamento, las instrucciones que en éste dejó para la terminación de la obra, su conducción á España, su colocación en la Real Capilla, etc. Hemos predicado en desierto: nuestros aficionados y escritores, nuestros artistas, nuestros críticos, han seguido y siguen todavía ignorando que el magnífico mausoleo de Granada fué obra del burgalés Ordóñez!: tan lenta es la acción de la verdad al abrirse camino por entre las sombras del error!

Era Bartolomé Ordóñez, según queda indicado, natural de Burgos, donde había en los siglos XV y XVI muy ilustres hidalgos de este apellido. No hay necesidad de hacer remontar su progenie hasta el rey Ordoño I para que resulte noble y gloriosa: el primero que ganó el blasón de este apellido, algunos siglos después del rey Ordoño, descendía quizá de un Fortunio que nada tenía de común con el monarca de Asturias y León. Sea como fuere, la nobleza de su linaje consta en varias cláusulas de su testamento: y sirva de ejemplo la en que lega á la congregación de disciplinantes de Carrara 25 ducados de oro con la carga de que gasten una parte en ampliar su casa y hacer en ella una portada de mármol sobre la cual se vean esculpidas sus armas.

Florecía por aquel tiempo en Burgos, ciudad insigne desde los famosos condes de Castilla, y émula de Valladolid y Toledo en la categoría de corte hasta el advenimiento de la casa de Austria, una numerosa escuela de artistas en todos los ramos de la plástica: arquitectos, pintores, estatuarios, entalladores, vidrieros, bordadores de imaginería, etc.: escuela desarrollada al calor y bajo el patrocinio de un cabildo catedral y de una silla metropolitana que desde la época de Fernando el Santo venían siendo los Mecenas de las artes en aquel suelo. Regnícolas y extranjeros vivían allí hermanados en el culto del naturalismo renaciente; y de aquel animado centro irradiaba el arte á las diversas provincias de la monarquía, donde acaso se mezclaba con el de otras escuelas afines, siendo todas en aquella edad derivación más ó menos genuina de los grandes luminares italianos y germánicos, sin que podamos precisar aún la parte que deba atribuirse al renacimiento francés. Entre los más enfervorizados por la resurrección de la belleza clásica de la antigüedad, se distinguían los Holandas, los Borgoñas, los Valdiviesos, Felipe de Vigarny y Diego de Siloe, meritísimos predecesores de los Berruguetes y Becerras; y no fué nuestro Bartolomé Ordóñez de los menos entusiastas, si hemos de juzgar por sus obras, entre los prosélitos de los ingenios ultramontanos que convertían en una nueva Corinto la espléndida corte de León X.

Iniciado en aquella poderosa escuela que tenía por glorioso abolengo las maravillas realizadas en la catedral de Burgos y en la Cartuja de Miraflores, pero deseoso de acercarse más al gran centro donde al comenzar el siglo XVI se operaba la completa transformación del arte religioso; dejando la tierra nativa que le guardaba el despojo mortal de su amado padre, se estableció en Barcelona, ciudad floreciente que mantenía á la sazón activas relaciones comerciales con todas las poblaciones marítimas comprendidas entre el Ródano y el Arno. Aquella proximidad á la patria predilecta de la bella forma, le pareció todavía insuficiente; la atracción de la clásica Italia es para él irresistible, y dejando otra prenda querida, su misma esposa, enterrada en la gran ciudad condal, vuela á la costa del Apenino, donde ve que bulle la vida artística y parece formarse una nueva Academia rival de la de Florencia, donde divisa la varonil figura del adusto Buonarotti descollando en medio de un círculo de jóvenes escultores que, entre el barro de modelar y el blanco polvo del mármol, oyen embebecidos sus luminosas teorías y sus consejos; y en aquella industriosa colmena de Carrara, á la falda misma de los montes que le brindan con sus inagotables canteras, instala su estudio y comienza las peregrinas obras que le han de dar en lo futuro envidiado renombre.

No se sabe qué obras anteriores pudieron granjearle la celebridad que ya sin duda disfrutaba cuando el Colegio Mayor de Alcalá le llamó para la ejecución del sarcófago de Cisneros. También se ignora qué género de recomendación le valió el ser elegido para labrar el monumento de los reyes católicos. En cuanto á esta segunda y más importante obra, ni siquiera consta quién se la encargara. Uno de los muchos jóvenes escultores á quienes dió ocupación en Carrara, Domenico Vanelli de Torano, dijo en cierta escritura, otorgada en setiembre de 1522 con objeto de obtener el pago de los trabajos ejecutados para España, que Bartolomé Ordóñez había labrado aquel monumento á petición del serenísimo y católico rey D. Felipe (es decir, D. Felipe I *el Hermoso*, padre de Carlos V). Pero repugna que D. Felipe I encargase ese mausoleo para su suegro el rey católico, que aun vivía y con quien estaba mal avenido, y que luego le sobrevivió diez años, aunque lo hiciese recién muerta la reina Doña Isabel. No debió tampoco encargarlo Carlos V, que, en cierto documento dirigido en 1526 al cabildo de la Capilla Real de Granada, sólo se declara comitente respecto del otro mausoleo de sus padres D. Felipe y Doña Juana. Concluímos de aquí nosotros, sin respetar el dicho de Vanelli, que pudo estar mal informado, y que debió mandar hacer el sepulcro para sí el mismo rey católico en los postreros años de su vida, y algunos después de fallecida la reina Isabel: porque lejos de ser esto cosa desusada, pasaba al contrario en aquel tiempo por muy consentáneo con el espíritu de humildad y religiosidad de que los magnates hacían generoso alarde.

Además de estas dos importantes obras, ejecutaba nuestro Ordóñez en Carrara, del año 1519 al 1520, breve espacio que resume toda la parte autenticada y brillante de su existencia hasta su muerte, otros dos sepulcros, uno para un prelado de Burgos, cuyo nombre no se expresa, y otro para D. Antonio de Fonseca, pariente acaso del célebre D. Juan Rodríguez de Fonseca, obispo también de Burgos. Debía, pues, gozar de no escasa celebridad entre los españoles de su tiempo, cuando trabajos tan importantes se le pedían. Quizá sus paisanos Felipe de Vigarny y Diego de Siloe, que tanto valimiento habían alcanzado, uno con los cabildos eclesiásticos de Toledo y Granada, y otro con el Emperador Carlos V, fueron para él leales y generosos amigos, y contribuyeron con sinceros elogios á dar fama á sus obras y vuelo á esta fama; ó por ventura el mismo Ordóñez se dió á conocer á los magnates del clero y de la nobleza como hábil artífice, entre los que más aceptación lograban por trabajos, como entonces se decía, *á lo romano*, con algunas obras que acaso admiramos sin saber aún que son suyas.

Debe suponerse que no iba por primera vez á Italia cuando allá le condujo en el otoño de 1519 el contrato celebrado con los testamentarios del cardenal Cisneros. El mausoleo para los reyes católicos, que labraba también en Carrara, había sido comenzado sin duda mucho antes, y nos mueve á creerlo así nuestra inducción de que fué el mismo rey D. Fernando quien se lo mandó hacer, antes del año 1516 en que acaeció su muerte; y corrobora esta idea una cláusula de su testamento que se refiere á un hijo natural, que tenía en Nápoles, llamado Diego Ordóñez.

Las demás noticias ciertas de su vida en Carrara se reducen á muy poca cosa. Tenía en su compañía una hermana, de nombre María, á quien demostró entrañable cariño, y un hijo, habido en su legítima difunta esposa, la que estaba sepultada en Barcelona. Moraba con los canónigos regulares de la catedral de San Andrés, y su taller era la casa de un cierto Francesco Ghetti, á la cual diariamente concurrían por lo menos una docena de artistas jóvenes, entre escultores, entalladores y desbastadores *(scarpellini)*, que le ayudaban en sus obras. Visitábale en calidad de superintendente de estos, ó como si dijéramos de comisario regio de la Majestad cesárea de Carlos V, un D. Juan Bernardino de Chivos, quien más que para residenciar á Ordóñez, le buscaba en sus tareas para pasar agradablemente el tiempo viéndole trabajar; y otro español asociado á Chivos en la propia superintendencia y llamado D. Gonzalo Morales, le solía también importunar y pescudar á deshora, siendo éste el único con quien tuviera el laborioso artista algunos altercados y desazones. Entre sus auxiliares y discípulos contamos los siguientes: Giovanni de Rossi de Fiesole, escultor florentino, y maestro Simone, llamado *il mantovano*, los cuales le habían acompañado en su último viaje de Barcelona á Carrara; Domenico Ghare de Bren, á quien vulgarmente apellidaban sus condiscípulos *il Franzesín* por ser natural de Picardía, y Cristóforo, ambos discípulos de Ordóñez. La predilección que tenía por estos cuatro, le hizo encomendarles en su testamento que después de muerto acompañasen su cadáver á Barcelona y le diesen sepultura junto á su mujer. No distinguió menos á los maestros Pietro de Carona, amigo y agente solícito de Miguel Angel, y Mario Bernardi, al último de los cuales solía designar con el cariñoso diminutivo de *Marcuccio mio compare*; y otro discípulo, conocido con el nombre de Vittorio Cogone, debió asimismo inspirarle gran confianza, porque fué uno de los que diputó para colocar en Granada su obra de mayor compromiso, el mausoleo de los reyes D. Fernando y Doña Isabel – Asoman por último en este grupo de allegados á Ordóñez, Domenico Vanelli y Francesco da Como. Además de estos discípulos y auxiliares, entre quienes fomentaba con el ejemplo de su genial bondad cierto espíritu de confraternidad, y de sincera gratitud para con él, que después de su muerte se experimentó constante y generoso, le asistían como desinteresados amigos el precitado D. Juan Bernardino de Chivos y el vicario general del obispado, Martín Civitalia, prior de la santa iglesia Catedral de San Andrés de Carrara, á quien luego en su testamento, dictado en diciembre de 1520, instituyó su fidei comisario, juntamente con su compadre Marcuccio Bernardi, para todo lo concerniente á mandas piadosas.

Diríase que presintió su muerte, porque pocos días antes de que le llamara Dios á consumar en la eternidad la posesión del ideal, aspiración constante de los verdaderos artistas, quiso, estando enfermo, pero en el uso cabal de sus potencias, otorgar su testamento nuncupativo en la clausura donde moraba, hallándose presentes el mencionado prior y vicario, su médico Ambrosio di Galeazzo di Spezia, el mercader Bernardino Barrottari y algunas otras personas.

El testamento de Bartolomé Ordóñez es notable por más de un concepto: resaltan en él sus sentimientos piadosos por la clase de legados que deja y las memorias que instituye; su discreción, por la manera como dispone de sus bienes en favor de su hijo, procurando que su descendencia no disipe un patrimonio con tantas fatigas formado, y ocurriendo al caso en que dicho hijo fallezca dentro de la edad pupilar; su constante amor á los suyos, en la expresa voluntad de ser enterrado junto á su difunta mujer, en Barcelona, y de que sea su ejecutor testamentario un próximo pariente de ésta, designado con el nombre de mosen Serra. Evidencía asimismo dicho documento su devoción al culto de sus mayores, testificado además en la imagen de relieve de *Nuestra Señora de la Rosa*, que se cree dejó esculpida en la pequeña iglesia de la Congregación del mismo título, fuera del antiguo recinto de Carrara; y pone de manifiesto, por último, que dejó un regular patrimonio, con alhajas y preciosos objetos de arte, de que hizo usufructuaria durante la menor edad de su hijo, Jorge Benito, á su hermana María, segregando del cuerpo de bienes algún recuerdo de antigua amistad para Diego de Siloe. Pero en este testamento hay además exquisitas prevenciones referentes á las obras que estaba terminando cuando le sorprendió la muerte. Nos limitaremos á consignar algunos curiosos datos concernientes al mausoleo de los reyes católicos.

Dejaba esta soberbia obra casi del todo concluida y encajonada, y disponía que la terminasen Pietro da Carona, el fiel amigo de Miguel Angel Buonarotti, y Marco de' Rossi d' Avenza, su compadre. Disponía igualmente que una vez terminada la obra, condujesen el mausoleo á Granada y lo armasen en el paraje destinado al efecto, sus discípulos Vittorio Fiorentino, Cristóforo y Domenico Ghare de Bren, *il Franzesín*, y señalaba el tanto mensual que se había de abonar á cada uno.

Muerto el insigne escultor español que tan ventajosamente sostenía en Italia el decoro del arte patrio rivalizando con el Sansovino y con Domenico Fancelli (á quien llamamos nosotros Domenico Florentino), la numerosa falange de sus asociados y discípulos se dispersó en parte, quedando en el taller de Francesco Ghetti, bajo la ins-



EL PALACIO DE CARLOS V, fotografía por D. José García Ayola

pección de Chivos, ocupados en terminar sus obras, los designados para este objeto. Acabada esta tarea, fueron encajonados los últimos trozos que no habían embalado ya Ordóñez y sus oficiales. Marco Bernardi condujo aquellos preciosos bultos á la costa de Avenza, y de este puertecillo del golfo de Génova zarparon con ellos, con rumbo á la opulenta Barcelona, los encargados de llevarlos hasta su destino. El Fiésole y el Mantuano se encaminaron á Castilla con los bultos en que iba el sepulcro de Cisneros, y Cogone, Domenico *il Franzesin* y Cristóforo, tomaron la vía de la morisca Granada, donde les esperaba la espaciosa Capilla Real recientemente exornada con artísticos primores. Tres meses y diez días permanecieron ausentes de su patria para dejar colocado en medio del crucero de la capilla el marmóreo monumento, y esto ocurrió en el otoño del año de gracia 1522.

Pedro de Madrazo

DE GUSTOS NO HAY NADA ESCRITO

Pues si no hay nada escrito, voy yo á escribirlo, porque *hay gustos que requieren palos*, y á mí me gusta darlos cuando hay motivo, y hay tanto y tan grande que no sé por dónde empezar.

Las pasiones bien ordenadas embellecen la vida, pero cierta clase de gustos, que son aberraciones, la empequeñecen y la sacan de sus quicios naturales.

Comprendo que la gente ociosa, que por desgracia abunda en el mundo, ocupen su tiempo en cosas fútiles y baladíes, como por ejemplo la de mudar de traje tres ó cuatro veces al día, pues como dice Bretón en una comedia:

Algo ha de hacer un señor

y ciertamente el deseo de agradar es agradable.

No reprocho tampoco á los que se absorben en sí mismos, olvidándose de sus semejantes, no fijando su atención en el hambre y la sed de los demás, y que, como los gitanos que evitan la vista de los cadáveres, rehuyen de pensar en los harapos, buhardillas, calabozos y demás calamidades que afligen á la humanidad.

Estos seres son unos egoístas sublimes: tienen gustos estériles pero elevados. Contemplando las magnificencias del Cosmos, se anticipan á la idea religiosa, y buscan su bienaventuranza en la tierra. Además sus contemplaciones de lo infinito demuestran su humildad y disculpan su indiferencia hacia las plagas de la naturaleza; pues en efecto, ¿qué significa un niño que llora ó un hombre que va al patíbulo, cuando se ve brillar á Venus ó elevarse á Aldebarán?

Tampoco me sorprenden esos gustos ó manías que tienden á ponerse en contacto con el pasado y á reconstruirle. Es una investigación provechosa que revela alteza de espíritu; así como también es poético y curioso ocuparse de las flores ú observar cómo de la pata cortada de un cangrejo se reproduce el cangrejo entero.

Pero ¿qué goce puede proporcionar al espíritu ó á los sentidos la extremada afición á las monstruosidades, que crece en razón directa de la corrupción de una sociedad? Respecto á este particular la depravación del gusto es inmemorial, y la *culta* Roma antigua, dió la pauta de estas aberraciones. Las deformidades físicas que se manifiestan en la especie humana, eran en la antigüedad base de todos los gustos y caprichos. Los enanos y enanas, gigantes, albinos, y seres con miembros trocados ó dobles, hacían las delicias del *pueblo Rey*.

Nerón y sus cortesanos se extasiaban ante un niño que tenía cuatro cabezas, y en los reinados de Alejandro Severo y de Aureliano, estuvieron en boga los glotones que daban espectáculos de voracidad excepcional. No hay que decir, aunque este gusto se explica por movimientos de envidiosa admiración, que entonces como ahora, los casos de longevidad producían general contentamiento; así es que no es de extrañar que, según Flegon de Tralles, acudiesen á Roma, desde puntos remotos del Imperio, innumerables personas con objeto de ver á un anciano de 136 años, distinguido por el emperador Adriano.

Compréndense estos gustos, por más que nada tengan de provechosos; pues ciertamente hay tendencia en la humanidad á gozarse con la desgracia ajena ó á admirar lo privilegiado y extranatural; pero es de lamentar que respecto á gustos, háyase estancado el progreso, latente en todas las cosas, y que los nacidos en el siglo XIX sientan las mismas aficiones, pueriles ó monstruosas, que sus antepasados de los siglos bárbaros.

El hombre, según parece, progresa en todo cuanto le rodea, mas permanece estancado en su parte moral. Las leyes represivas han mejorado las relaciones individuales, pero si se abolieran aquéllas, el hombre sería igual ó peor que sus antepasados.

Es más, en la antigüedad apenas se conocían ciertos gustos actuales, incomprensibles y pueriles, que ahora abundan, especialmente en los ejercicios corporales.

Hay cazadores de oficio: enhorabuena, y que sea por muchos años, y aun sería de desear que se aumentase el número, hasta el punto de ser tal la abundancia de caza, que una perdiz costase 15 céntimos y un conejo 5. Los cazadores de oficio son útiles y generalmente no sirven para otra cosa, y se exponen á los percances de su ejercicio, como el marinero á los embates del mar.

Pero pensar que hay reyes y príncipes, sabios, académicos, oradores, estadistas, etc. etc., que se divierten cazando conejos ó aves de menor cuantía, cosa es que no cabe en mi cabeza. Y en fin en estos personajes, la caza puede ser una ostentación de lujo, y como un pretexto de huelgas y francachelas. Pero ¿cómo clasificar á esos infelices cazadores de afición, que trabajan toda la semana, ora en una modesta oficina, ó bien en una tienda midiendo metros de madapolán; y llegado el domingo, se levantan al amanecer y *asidos*, como diría Zorrilla, *de* una escopeta, un zurrón y un perro enclenque, se pasan su día de descanso, cansándose por trochas y vericuetos?

—

Dicen que el ejercicio cinegético es higiénico y proporciona emociones.

Vamos por partes.

Es higiénico porque se anda por el campo, aspirando el aire, convenido; pero ¿no sería más cómodo hacer este mismo ejercicio sin ir cargado con tres arrobas de peso? Además como ciertas cacerías hay que hacerlas en determinados sitios, y á veces en las horas de los crepúsculos, nocivas de por sí, resulta que los cazadores, principalmente los de aves acuáticas, contraen enfermedades, y bien puede perdonarse el bollo por el coscorrón.

La caza proporciona emociones.

La de animales feroces, sí, puesto que el cazador corre el riesgo de ser comido por un oso ú otra alimaña cualquiera, como le aconteció al rey D. Favila; pero ¿qué emoción puede resultar del trance previsto de ver saltar á una liebre, correr á un conejo ó volar á un pajarillo? ¿Qué satisfacción puede haber en matar á estos pobres animales con una carga de perdigones, que lo mismo puede alcanzar á ellos que á un compañero de caza?

Y vamos, esto sería una emoción, como igualmente la de que reventase la escopeta, dejando en el sitio al que la maneja; pero ¡Dios nos libre de ella!

Yo tengo para mí que los cazadores no se divierten, sino que creen divertirse. Son como los académicos que se hacen la ilusión de que descifran jeroglíficos é inscripciones antiguas.

Un cazador amigo mío me ha dicho, por supuesto en secreto, que el mejor rato que le proporciona la caza, es el de descansar de ella y tenderse en su cama.

Pues ¡y los pescadores de afición! ¡Válgame Dios! Esto ya es el colmo de los *gustos*.

No sé quién ha dicho que un pescador de caña es un

aparato que empieza en un anzuelo y concluye en un imbécil. Aun con todo, comprendo más esta afición que la de la caza, porque es más cómoda y menos expuesta. Además si el pescador es de *buena fe*, como el del cuento de Eduardo Inza, y no usa cebo, ni pluma indicadora, no tiene que distraerse atendiendo á ésta, y puede pensar en resolver el problema de la cuadratura del círculo, ó en el de la dirección de los globos.

Generalmente los pescadores de caña son de temperamento linfático, y como la linfa es acuosa, les sienta perfectamente estar horas y horas sentados á la orilla del agua. Un día acompañé á un pescador á la Albufera de Valencia: mientras él sacó tres peces como tres lombrices, me leí yo un número del *Times* y dos dramas de Echegaray.

Por eso se dice en una pieza andaluza:

Pescaor he sio é caña.
¡Si tendré yo pa queré
Pasensia en estas entraña!

La caza y la pesca, en muchas de sus fases, pertenecen á los gustos privados, y por consecuencia más incomprensibles, porque en fin los gustos públicos, aunque incómodos y perjudiciales á veces, proporcionan satisfacciones de amor propio. Por ejemplo, un hombre rico escribe obras y obras, que imprime por su cuenta; pero por lo menos los amigos á quienes las regala, no dudan de que aquel autor sabe escribir. Pero es el caso, que en esta clase de gustos los hay también *privados* de sentido común, supuesto que existen escritores inéditos y manuscritos, que sólo ellos se recrean en sus producciones.

Si la materia no fuese escabrosa ¡qué de cosas diría respecto á *los gustos del amor!* Sin embargo por su misma inocencia, no puedo pasar en silencio á la inaudita clase de los *empavaores* como se llaman en Andalucía ó traducido al castellano: empavadores. Háilos de dos géneros, aunque ambos dimanan de la palabra *pava*. Los peladores de pava: esto es, los que hablan por la reja ó ventana con las mujeres, son conocidos en toda España é islas adyacentes, pero los empavadores callejeros, sólo existen casi exclusivamente en la tierra de María Santísima y en Madrid.



EL ANGELUS, cuadro de J. F. Millet (*copia de un agua-fuerte de M. Margelidon*)

Ven á una mujer en la calle, sola ó acompañada, la miran, la siguen horas enteras hasta que se mete en cualquiera parte. Nada la dicen, aun cuando tengan ocasión, y cuando la pierden de vista, no vuelven á acordarse de ella, ocupados en idéntica faena con otras mujeres.

¡Puede darse gusto más inocente ni más misterioso! Aunque no *merece palos*, según el dicho vulgar, algunas veces los proporciona; pues si un hombre acompaña á una mujer y repara en que otro la mira, como no puede comprender que sea tan inocentemente, se dan casos en que se *arranca* contra el empavador y le hace sufrir una *cogida*. Casi puede comprenderse á estos amantes extáticos y platónicos; pues el ver mujeres guapas, aunque sea de lejos, proporciona cierto gusto parecido al que se siente al admirar un buen cuadro, ó un caballo de hermosa estampa; pero ¿cómo clasificar y comprender á los que (como un vecino mío) pronuncian en casa y á solas discursos científicos, literarios ó políticos, no perteneciendo ni pensando pertenecer á ninguna academia, corporación ó parlamento? ¿Puede concebirse un gusto semejante?

¿Pues y los que se ocupan de la estadística al menudeo? Seres pacienzudos que se entretienen en contar las palabras de que consta un discurso de Castelar, ó las veces que ha sido preso y soltado tal ó cual rata ó tomador; y publican estos trabajos, que sólo tienen el mérito de la imbecilidad, ocultando su nombre. ¿Hase visto un gusto más inexplicable?

Así es que reconstruyendo de inducción en inducción las infinitas fases de los gustos, nadie debe sorprenderse de que haya gentes á quienes les guste que les den golpes en los nudillos.

¿Y los que tienen el gusto de mentir sabiendo que no se les cree?

¿Y los que siendo cojos, pretenden demostrar que no lo son? ¿Y los?... pero la lista sería interminable.

Demóstenes ha dicho:

«Los gustos ó movimientos del corazón humano son tan numerosos y variados, como las estrellas del cielo y los peces del mar. Hay gustos buenos que contribuyen á la felicidad del hombre y de sus semejantes; pero hailos tan depravados, tan perjudiciales y tan *vacíos*, que no parece sino que la naturaleza (que nada hace sin razón y sin designio) ha creado á los seres racionales para burlarse de ellos.»

En este párrafo hay una indicación como un templo. Ciertamente, la naturaleza ha salpicado sus creaciones sublimes de tonos grotescos, fatigada tal vez de tanta sublimidad. Los hombres son como ciertos pueblos idólatras: los griegos tenían dioses de excepcional belleza, los orientales y los africanos se postran todavía ante ídolos que resumen todas las fealdades de la naturaleza.

A mí me parece que uno de los gustos buenos, á que se refiere Demóstenes, sería el que este *croquis* hubiese gustado al lector.

Jacinto Escobar

Madrid, julio de 1889.



PAISAJE, cuadro de Roig y Bofill

Barcelona.—Imp. de Montaner y Simón

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 5 DE AGOSTO DE 1889 — NÚM. 397

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EN LA DUNA DURANTE EL VERANO, cuadro de M. Errazures (grabado por Baude)

SUMARIO

Texto. – *Nuestros grabados.* – *Las tradiciones cristianas en el arte y en las costumbres*, por don Emilio Castelar. – *Ecos de un año célebre*, por don G. Reparaz. – *Fuentes históricas*, por don José María Sbarbi. *Noticias varias.*

Grabados. – *En la duna durante el verano*, cuadro de M. Errazures. – *La forrajera*, cuadro de Mr. Julián Dupré. – *Preparativos para la gallina ciega*, cuadro de Ang. Trupheme. – *Dibujos á la pluma*, por don Juan J. Zapater. – *El metropolitano Miguel de Servia.* – *Suplemento artístico: Cúpula de la nave central del Palacio de Industrias diversas.*

NUESTROS GRABADOS

EN LA DUNA DURANTE EL VERANO
cuadro de M. Errazures

(grabado por Baude)

¿Hay algo más bello que el aspecto de esa florida duna cuya sinuosa curva deja entrever á lo lejos un trozo de mar? Indudablemente: los dos graciosos niños á quienes sus infantiles juegos han llevado hasta ese rincón apacible y que á juzgar por la seriedad con que el uno recorta un palo y la atención con que la otra le contempla no parece sino que están atareados en la confección de algún objeto de importancia suma.

El cuadro de Errazures tiene á nuestros ojos todos los encantos de un poético idilio y además de revelar un sentimiento delicado ostenta no escasas excelencias de ejecución así en el conjunto como en los detalles.

LA FORRAJERA, cuadro de Mr. Julián Dupré

(grabado por Baude)

No nos cansaremos de repetir, porque lo estimamos axioma fundamental en bellas artes y especialmente en la pintura, que la naturaleza es sino el único el más abundante manantial de belleza, la fuente más inagotable de inspiración para los artistas. Buena prueba de ello es el cuadro de Dupré que reproducimos. ¿Puede darse escena más sencilla? ¿Es posible mayor sobriedad de detalles que pudiéramos llamar de ornamentación? ¿Cabe mayor naturalismo y aun nos atreveríamos á decir de crudeza en la figura de esa labradora secando el heno recién segado? Pues con toda esta sencillez, sobriedad y naturalismo crudo ha hecho Dupré, con sólo inspirarse en la poesía de los campos, una obra bellísima que atrajo justamente las miradas y mereció el aplauso de cuantos visitaron el último Salón de París.

PREPARATIVOS PARA LA GALLINA CIEGA, cuadro de Aug. Trupheme

(grabado por Baude)

He aquí un asunto baladí, insignificante si se quiere y sin embargo ha inspirado á Mr. Trupheme un cuadro de género encantador. Fijémonos en el grupo principal y difícilmente hallaremos un pero en la expresión de los lindos rostros y en la verdad de las posturas: la niña que pone la venda con el propósito de realizar con todo escrúpulo su delicada misión, la que se deja tapar esperando, quizás (así al menos lo indica su sonrisa) que alguna rendija quedará entre el pañuelo y su cara por donde espiar los movimientos de la que haga el juego y conocerla una vez cogida, la que echada en el suelo vigila para que la operación se haga con toda legalidad y las que detrás de ella la ayudan en esta tarea fiscalizadora forman un conjunto que parece sorprendido por fotografía instantánea. No menos interesantes nos parecen las humildes niñas que sentadas en el fondo miran con envidia los preparativos de las *señoritas* y se mueren por tomar parte activa en un juego del que seguramente serán meras espectadoras.

¿Y qué diremos del precioso *bebé* en cuya acongojada carilla se lee el deseo de hacer su papel en aquella diversión, deseo contrariado por la solicitud de la cariñosa hermana que renuncia á aquélla á trueque de no dejarlo abandonado? Esta tierna figurita está tan hábilmente tratada que con ser tan pequeña eclipsa, á nuestro modo de ver, á todas las demás, y aun se nos antoja que el autor en vez de pintar ese delicioso niño para que sirviera de accesorio al cuadro ha pintado el cuadro exclusivamente para que sirviera de fondo y de marco á tan interesante angelito.

DIBUJOS Á LA PLUMA, por D. Juan J. Zapater

En uno de nuestros anteriores números nos ocupamos de este artista y emitimos el juicio que nos merecía dentro de la especialidad á que, al parecer, con predilección se dedica.

Poco podemos añadir á lo que en aquella ocasión dijimos: nuestros elogios de entonces están plenamente justificados y confirmados por los cuatro dibujos que hoy reproducimos, en todos los cuales sobresalen una espontaneidad y un vigor de pluma poco comunes y una minuciosidad y delicadeza notables en los que pudiéramos llamar rasgos de detalles. Estas cualidades ya de por sí valiosas están, además, realzadas por una perfecta observación del natural en el valenciano y en la cabeza de estudio, y en el tipo de la Edad media y el tipo romano por un estudio concienzudo de los modelos de las épocas á que pertenecen.

EL METROPOLITANO MIGUEL DE SERVIA

Nacido en 1830 en Kragujevaz, hijo de padres sumamente pobres, aprovechó Miguel un decreto del gobierno que ofrecía costear la carrera eclesiástica á seis jóvenes, y apenas ordenado sacerdote fué nombrado catedrático del Seminario de Belgrado. Cuando contaba treinta años fué nombrado metropolitano por el príncipe Milosch Obrenowitz que después de un largo destierro ocupó en 1858 por segunda vez el trono servio, debiéndose principalmente este nombramiento á las tendencias rusófilas del agraciado, que más tarde le hicieron dirigir amargas censuras al rey Milano y á sus progresistas, demasiado sumisos, á su modo de ver, á la católica Austria.

La tirantez de sus relaciones con el ministerio progresista que pretendía limitar las atribuciones del alto clero fué causa de su destitución en 1883 y del nombramiento para el arzobispado de Belgrado del metropolitano Teodosio de Esmirna quien, como es sabido, decretó el divorcio del rey Milano.

Miguel se estableció en Rusia en donde su fidelidad al Czar le valió una cordialísima acogida, volviendo á Servia y á su sede cuando tras la abdicación de Milano ocupó el trono el joven Alejandro (quien ungió el día 2 de julio último en la iglesia de Schitscha, templo en el que desde muy antiguo se verifican las coronaciones de los monarcas servios.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

CÚPULA DE LA NAVE CENTRAL
del Palacio de Industrias diversas

(Exposición de París de 1889)

El mucho trabajo y el cuidado minucioso y exquisito que exigía el tiraje de la preciosa lámina á varios colores que hoy repartimos como Suplemento artístico fueron causa de que ésta no pudiera publicarse en el número 395 de la Ilustración á que estaba destinada; por esto suplicamos á nuestros suscritores que teniendo en cuenta esta explicación se sirvan rectificar el número indicado que lleva en la cabecera sustituyéndolo por el 397 que es el del presente reparto.

Hecha esta advertencia digamos algo acerca de la cúpula y portada de la gran nave central del Palacio de diversas industrias que la lámina representa.

Decir que la cúpula de la rotonda central es grandiosa no es decir nada sorprendente tratándose de la actual Exposición de París: en ésta la nota dominante es precisamente la grandiosidad hasta el punto de que el admirable y portentoso abuso, permítasenos esta palabra, que de ella se ha hecho redunda algunas veces en perjuicio de las distintas unidades que si aisladamente consideradas pudieran parecer gigantescas, vistas en conjunto lo colosal de las unas no permite hasta cierto punto hacerse cargo de lo grandioso de las otras. ¿Quién, después de haber contemplado la torre Eiffel, se sorprenderá delante de los demás edificios y construcciones monumentales que con prodigalidad nunca vista se han levantado en el recinto de la Exposición?

Y, sin embargo, la cúpula del Palacio de diversas industrias mide 55 metros de altura por 22 de diámetro, dimensiones sólo comparables con las que hasta ahora habían sido reputadas excepcionales y de difícil sino imposible reproducción: su vuelo es atrevido y su forma irreprochable; la estatua de *la Gloria trayendo del cielo palmas y coronas* (de Mr. Delaplanche) que domina la linterna, resulta algo desproporcionada.

En cuanto á la portada de la nave admíranse en ella la elegancia de líneas trazadas según los mejores modelos del Renacimiento, la armonía de colores obtenida mediante una sabia combinación de suaves matices y de medias tintas hábilmente graduadas, y el raro acierto con que se ha vencido la no pequeña dificultad de llenar con adornos escultóricos – en algunos puntos algo recargados, es cierto – espacios de gran superficie lineal y relativamente estrechos.

En suma, la obra del ilustre arquitecto Mr. Bouvard, puede ser estimada como uno de los más bellos fragmentos que el visitante de la Exposición admira en el Campo de Marte.

LAS TRADICIONES CRISTIANAS
en el arte y en las costumbres

Una tradición, por siglos de siglos difundida, trajo los Reyes de Oriente, guiados de una mística estrella de muy esplendorosa luz, hasta el nacimiento de Belén. Esta secular tradición señala Tharsis, Arabia y Etiopía como los respectivos dominios de todos estos Reyes Magos. Etiopía era, en aquellos tiempos, como un misterio impenetrable; Arabia como un perpetuo incensario. Desde aquella tierra negra, poblada con hermosos y viejos templos, llenos todos ellos de santuarios tallados en marfil y ébano, venían miriadas de ideas; mientras venían desde Arabia todas las esencias, quemadas en los altares hieráticos y difundidas en los aires verdaderamente sagrados. Por consecuencia la fe, generada por tantos y tantos profetas superiores, difundida en tantas y tantas edades creadoras, alma de cien pueblos, animó todas estas figuras, que aquí vemos, dándoles una realidad tan viva, que no puede sino reconocerlas y acatarlas de todas veras la historia. Esta duradera tradición fué poco á poco en el tiempo y en el espacio completándose. Los Evangelios no habían dado nombre alguno á los Reyes; pero la tradición católica les fué de labio en labio bautizando hasta denominarlos con las palabras, admitidas ya por las creencias vulgares. Desde la décima centuria se llaman Baltasar, que significa rey del alba y aurora; Melchor, que significa rey de la plena luz; Gaspar, que significa diadema de la oscura Etiopía. Podrá la fiesta de los Reyes haberse fijado en el 6 de enero, más tarde ó más pronto; podrán los críticos tachar de inverosímiles, y aun absurdas, ciertas especies piadosas respecto de tales potentados litúrgicos; pero viven y reinan todavía hoy entre nosotros. La noche del veintitrés de junio, la noche del veintitrés de diciembre, las vísperas de San Juan y de Cristo, se completan con la víspera de Reyes. Todos los niños aguardan algún presente de los viejos y seculares monarcas; todos los ven pasar en sueños con sus turbantes áureos y blancos; la capa de armiño y púrpura en los hombros; los cálices de oro en las manos; caballeros sobre sus hacaneas relucientes; precedidos por las estrellas del cielo; dejando á sus espaldas como un surco de aromas y esencias en los espacios infinitos. Allá, por nuestras tierras, cuando nuestras almas de niños se abrían, flores de arbusto, á todas las abejas y á todas las mariposas, cuando creíamos y esperábamos; las campanas anchísimas de nuestras chimeneas campestres, llovíannos peladillas y anises, los cuales blanqueaban las negras piedras del hogar como con dulce nevasco de azúcares. Y no podíamos contentarnos á esta satisfacción inmensa del anochecer; necesitábamos otra satisfacción al día siguiente de madrugada. ¿Cuál emoción volverán á sentir nuestros corazones comparable con la traída por los Reyes en la noche, y encontrada en las ventanas de nuestro cuarto al dispertarnos? Yo recuerdo una vez que me dejaron los Reyes alba canastilla toda llena de anises, de peladillas henchida y ornada con multicolores lazos, canastilla en cuyo tope temblaban florículas compuestas por hilos argenteos, y pajaritos pintados por sederías de vistosos tornasoles y matices. Ninguna flor del campo hame, desde aquel entonces, absorbido en arrobamiento, y ningún ave del cielo traspuesto, ni con sus alas, ni con sus gorjeos, como estas flores y estas aves de trapo, significando la religión de mis predecesores, la iglesia del hogar, la vida del corazón, porque venían de las manos de mi madre, y crecieron á su amor, y se iluminaron á sus ojos. He aquí la gran realidad viviente de todas estas religiosas tradiciones. Guirnaldas de ideas abrazan á los que fueron y á los que ahoran son, á los que ahora son y á los que serán mañana. Tal es, tal, su indudable virtud.

Y lo sucedido en mi corazón ha pasado también por el corazón de los primeros artistas cristianos. Yo nunca olvidaré la emoción producida en mi ánimo por los Magos del pintor Gentile, tabla interesantísima que ofrece á los ojos el Museo de Florencia. Bajo tres arcos aglomeránse pajes, heraldos, gentiles hombres, cortesanos, como cortejo de los reyes venidos en caballos de bellas estampas y de ricos jaeces. La Virgen, primitiva, muy primitiva, baja su frente al niño sentado en sus rodillas; y el niño pone la mano sobre la calva cabeza del rey tendido á sus pies, y que ha depuesto la corona magnífica, reconociéndose de la humildad y de la pobreza, él, tan rico, según muestran brocados y joyas y preseas y pedrerías, verdadero tributario. Mucho más natural y sencillo es el pintor Peselino. A la izquierda los caballos, de corte verdaderamente germano, seguidos por una muchedumbre de caballeros cazadores, que sueltan, poseídos por alegría verdadera, los rapaces y crueles halcones. En el centro los reyes, con su corte, vestida toda ella de esplendor propio del Renacimiento florentino. A la derecha, bajo un portal de Belén, humildemente sentada, con su hijo en el regazo, María, que mira satisfecha las ofrendas y los homenajes. Nuestro Museo de Madrid guarda, entre sus maravillosas composiciones, dos cuadros de dos pintores excelsos, representando este mismo pasaje. Uno es obra de Velázquez, otro es obra de Rubens. No conozco dos obras tan apartadas bajo el mismo género y el mismo asunto y el mismo tiempo, como estas dos obras inmortales. El pintor español ha trazado la realidad prosaica, el pintor flamenco ha trazado lo artificioso y lo teatral. Velázquez refleja y reverbera en su lienzo figuras que han pasado por su retina fiel; Rubens figuras que han pasado por su imaginación creadora. No hay en aquél los excesos de riqueza y de adorno que otros cuadros consagrados á este objeto mismo suelen ostentar. La Virgen se asienta sobre piedras rodadas de una construcción antigua, y viste túnica rosácea, manto azul oscuro, blanca toca muy rebozada, sosteniendo con sus manos á su divina criatura, fajada enteramente y ofrecida con amor al culto de los Reyes, quienes, de rodillas dos, y uno de pie, acompañado por un paje, que mira con curiosidad las personas y los objetos, presentan sus áureos y magníficos regalos. Pero el cuadro, donde se han aglomerado más efectos de luz, más reverberaciones y arreboles, más esmaltes y matices, mayor número de personajes y mayor copia de riquezas en tamaño asunto es el cuadro de Rubens. Brocados, terciopelos, tisúes, arcas cinceladas, jarrones de oro, cálices y copas, caballos, camellos, dromedarios, pajes vestidos con dalmáticas relucientes, reyes cargados con toda suerte de adornos deslumbradores, los arreos y las preseas usuales entonces en las cortes de nuestra España, de Francia, de Italia, todo se mueve allí, tomando movimiento vertiginoso, animación extraordinaria, como si el cuadro vibrase, como si las figuras hablasen todas á un tiempo, realzada tal suma de soñados esplendores por un colorido, que no ya deslumbra, ciega, cual un rayo de sol abrasándoos los ojos entre calientes entonaciones, mezclas inverosímiles de rojo bermellón y sangre, facetas de pedrería donde saltan chispas de colores parecidas á nuestros modernos fuegos, toques azules y cinabrio; todo ello exagerado hasta la violencia, y todo ello parecido á escenas del Ariosto, en que la imaginación, hasta la demencia desbordada, finge y fantasea enormísimas hipérboles. Cuán distante de aquel tranquilo Van der Weyden, que pinta un establo modesto, un San José parecido á cualquier aldermán flamenco, de gran corrección todo ello, pero de una extraordinaria sobriedad; angulosas y rígidas figuras de color muy apagado y de actitudes muy sencillas. Lo mismo, poco más ó menos, pasa en el cuadro de Bonts, relativo á este asunto. Una criada, por completo flamenca, se halla de pie tras la Virgen, la cual, puesta en una sede vulgar y ordinaria de aquel tiempo, tiende su hijo á los Reyes. El primero de estos que al Niño Dios adora, no parece un monarca de Oriente, sino un doctor de Lovaina. Su traje, túnica de terciopelo, se parece á los trajes doctorales, y su corona se parece á los birretes. Aquellas largas cabezas, aquellas rígidas actitudes, aquellas expresiones en el fondo idénticas, aunque tienen un verdadero carácter, también tienen verdadera uniformidad. Lo recordamos para demostrar cómo se diferencian y cómo se diversifican entre sí los varios genios de la escuela flamenca. Pero no acabaríamos nunca si hubiéramos de citar todas las obras inspiradas por estas páginas del Evangelio que han dado al fin de sí el arte por excelencia, la pintura católica.

Emilio Castelar

ECOS DE UN AÑO CÉLEBRE

Los párrafos que van á leerse forman parte de un libro que ha tiempo escribí, pero cuya publicación he demorado, más que por otro motivo por falta de espacio para darle la última mano. En él he pretendido trazar breve pero claramente la historia del movimiento expan-

sivo de la raza germánica, movimiento que constituye uno de los sucesos más importantes del siglo XIX, de mayor transcendencia aun que las guerras de la república y del imperio y que la misma unidad italiana.

El carácter y tendencias de ese movimiento en ninguna parte se retratan mejor que en las prácticas de derecho aplicadas á la guerra por los políticos alemanes. Bosquejadas durante las campañas contra Dinamarca y Austria, han sido plenamente desarrolladas en la de 1870 71 contra Francia. Al propio tiempo el conjunto de hechos en que apoyo mi tesis constituye una serie altamente dramática, de esas que tienen el privilegio de interesar no sólo á los especialistas sino á la masa general de los lectores. He aquí porqué no la he creído impropia de La Ilustracion Artística.

Antes de entrar en materia quiero hacer una salvedad. Podrá parecer á algunos que en este trabajo palpita un espíritu de abierta hostilidad contra Alemania. No quisiera incurrir en esta censura. Trato sólo de probar que aquel país, lejos de haber contribuído al progreso del derecho cual debiera esperarse, más bien ha contribuído á asentar el imperio de la fuerza; pecado grave en una de las naciones más cultas de nuestra época. Pero no por eso pretendo eximir á las demás de igual censura, á Francia especialmente, que tantas veces ha incurrido en los mismos yerros de que hoy acusa á su rival.

Dicho esto, entraré en materia.

***

Bombardeo de ambulancias. – Atentados contra los heridos. – Incendio y saqueo de Hauteville y del Hospital de la Cruz Roja. – Empleo de balas explosivas. – Disparos contra los parlamentarios. – Atentados contra las personas y las propiedades. – El sitio de Strasburgo. – Bombardeo de hospitales, escuelas y establecimientos científicos. – Atentados contra el pudor. – Atentados contra los neutros. – Incendios de Saint-Cloud.

Los bombardeos de ambulancias por los prusianos fueron bastante frecuentes. Hicieron fuego muchas veces contra las de Verdun; cañonearon el hospital de sangre de Mogador y la ambulancia de Robertson durante el sitio de Strasburgo y la de Capuchinos durante el de Dijon.

En esta misma población cuatro soldados heridos fueron expulsados de sus lechos y puestos desnudos en la calle el 24 de noviembre por un oficial prusiano que mandaba una compañía. Mr. Van der Velde, súbdito holandés, se vió desalojado poco á poco de sus hospitales por los alemanes. Los heridos franceses que cuidaba fueron hechos prisioneros de guerra en presencia del mismo rey de Prusia y sin salir de las salas del hospital.

Sirviéronse muchas veces los alemanes de la bandera de la cruz roja para enmascarar sus operaciones de guerra. Durante el sitio de Strasburgo el general Uhrich hubo de quejarse un día de que en una casa situada á 500 metros de la plaza se había colocado una bandera con dicho distintivo sin más objeto que el de proteger á los hombres que detrás de ella montaban una batería. En Petit Bicetre la cruz roja fué empleada en proteger otra batería. La artillería de la plaza hizo fuego sobre ella, lo cual obligó á Mr. Bismarck á protestar furiosamente. El príncipe Federico Carlos instaló en Ars sur Moselle un depósito de pólvora y municiones colocando en él á cuantos heridos franceses pudo haber á mano con objeto de ponerlo al abrigo de los fuegos del ejército francés, cosa que en efecto consiguió, porque el fuerte de San Quintín tuvo que cesar en sus disparos.

Hauteville es atacado á la media noche por los alemanes que penetraron en la población por tres distintos puntos. Las tropas que la guarnecían huyen después de una breve resistencia. El comandante Braconnier cae herido en poder del enemigo y es conducido á casa de Mr. Ponsard. Le quitan la espada, el kepis, el reloj y el portamonedas. Después le injurian y por último le pegan. Los soldados recorren la población disparando al interior de las casas, por las ventanas abiertas. La señorita Eugenia Picamelot se refugia en la casa de Calais, donde se hallan instaladas las ambulancias de la Cruz Roja. Hablaba tranquilamente con la criada, cuando recibe un tiro en el pecho. Conducida á una cama, el cirujano mayor Mr. Morin auxiliado por su colega Mr. Milliat se dispone á hacerle la primera cura. Apenas comenzada la operación, los soldados alemanes derriban á culatazos la puerta, y penetran en la ambulancia. El enfermero Mr. Alacocque despliega delante de ellos la bandera de la Cruz Roja. Médicos y enfermos gritan: – *¡ambulance! ¡ambulance!* – Mr. Alacocque cae muerto á tiros y bayonetazos. El doctor Morin se dirige en alemán á los asesinos, y recibe por respuesta culatazos, bayonetazos, y finalmente un tiro que le deja cadáver. Cae rodando hasta el extremo de la habitación, donde queda tendido con la cabeza apoyada en la base de un reloj. Los Sres. Dhery farmacéutico de Champfigy, Fleury, Legros y Morin enfermeros caen gravemente heridos. Mr. Berland escapa, ocultándose detrás de un lecho. El Dr. Milliat, herido ya, es arrastrado al exterior y rematado á tiros junto á la puerta Dos soldados heridos que había en la ambulancia sufren la misma suerte. Un oficial alemán dirige tranquilamente la escena. Después del asesinato viene el saqueo. Los muertos y los heridos son despojados de cuanto poseen. Los asesinos comen, beben y ríen en aquella estancia cubiertos de sangre. Los heridos comprenden que al menor movimiento están perdidos, y se fingen muertos. Durante la noche, los alemanes vienen por tres veces á tirarles de los pies para convencerse de que la muerte es real. Aprovechando un momento propicio Champfigy, Legros y Morin logran escapar. Berland se refugia en la bodega. Llega un pelotón de soldados y se acerca á monsieur Fleury para arrastrarlo junto al cadáver del doctor Morin. Fleury se levanta. Cogido inmediatamente le sacan fuera, y le disparan dos tiros. Cae con el hombro derecho atravesado de un balazo, pero se levanta otra vez y echa á correr. Le hacen fuego nuevamente, y el desgraciado enfermero mayor recibe una bala en la mejilla. Consigue sin embargo escapar gracias á la oscuridad de la noche, y tres horas después llega moribundo á la granja de Pouilly. El Dr. Dhery estaba á punto de ser rematado cuando la intervención del cirujano mayor alemán le salvó.

En el célebre convenio de San Petersburgo las naciones europeas acordaron proscribir en adelante las balas explosivas en la guerra. A pesar de este solemne pacto, los alemanes las usaron en la campaña de 1870 71. Durante el sitio de Metz, el primer presidente del tribunal de casación de dicha ciudad Mr. Darnis presentó al mariscal Bazaine una de esas balas extraída del cuerpo de un granadero. El 30 de octubre fueron muertos delante de Dijon dos soldados, del 90 de línea el uno, y del 71 el otro, por dos balas explosivas. Y por si estos hechos no bastaran, añadiré que en las instrucciones manuscritas dadas á cada *Feldwel* para la movilización de 1870 se recomendaba y reglamentaba el uso de las balas explosivas. El Estado Mayor alemán no se tomaba siquiera la molestia de disimular su empleo.

Muchas veces dispararon los alemanes contra parlamentarios franceses, pero dos de ellas en ocasiones bien solemnes: contra el capitán Rœderer delante de Strasburgo, el 20 de setiembre, y contra el capitán Young en los alrededores de Metz.

Los atentados contra las personas y las propiedades son tan numerosos que su relación constituiría una larga serie de tomos. La opinión pública alemana, tan conmovida por los fusilamientos ejecutados durante nuestra guerra civil, y tan vivamente indignada contra los turcos por las crueldades cometidas en Bulgaria al principio de la guerra ruso-turca, no tuvo una palabra de protesta contra sus generales que fusilaban á docenas soldados franceses. Y no se crea que esto se hacía á escondidas del Estado Mayor, por algún subalterno demasiado entusiasta de las glorias alemanas, ó que se procuraba que semejantes actos no llegaran á conocimiento de las naciones europeas. Nada de eso. Se fusilaba á los franceses por orden de Mr. Moltke para precipitar el fin de la guerra, y atemorizar á la población civil que se sintiera dispuesta á empuñar las armas en defensa de la patria. No sólo eran considerados como bandoleros, y fusilados inmediatamente, cuantos ciudadanos salían á campaña, sino que se empleaba igual procedimiento con los guardias móviles y los franco tiradores. Y todo esto se hacía constar en documentos oficiales y lo ha relatado el mismo Moltke en su obra acerca de la guerra de 1870 71.

En el combate de Nuits (18 de diciembre de 1870) fueron pasados por las armas todos los prisioneros.

Un arquitecto francés fué maltratado, robado y asesinado por un soldado bávaro llamado Klein del 13° regimiento de infantería. El crimen ocurrió en el bosque de Vincennes, y era tan evidente que el soldado fué condenado por un consejo de guerra. El humanitario rey de Prusia le absolvió.

El 25 de agosto de 1870 fueron fusilados en Passavant (Marne) 49 guardias móviles de 4° batallón departamental, desarmados y hechos prisioneros poco antes. Un monumento fúnebre solemnemente inaugurado perpetúa el recuerdo de este acto de crueldad que sólo puede compararse al fusilamiento de los carabineros por Savalls en Olot, con la inmensa diferencia que separa los actos realizados por un cabecilla de los ejecutados en nombre del gobierno de una nación civilizada.

El 3 de enero de 1871, esto es, tres días después del armisticio, fueron fusilados cerca de Darois (Borgoña) una docena de guardias móviles.

El juez de instrucción del tribunal civil del Sena, Mr. Deterville-Desmortiers, fué también fusilado el 1.° de octubre, cerca de Parmain, á pesar de sus 70 años.

En Bougival fué fusilado el 26 de octubre un jardinero llamado Francisco Debergue por haber cortado un hilo telegráfico.

Un joven de 19 años llamado Mesny que por haberse torcido un pie yacía tendido en la carretera de Borgoña, fué muerto á tiros y cuchilladas. Sólo en el rostro pudieron contársele 36 heridas.

El maestro de escuela de Vendières y tres jóvenes que le acompañaban fueron fusilados. Mr. Fontaine de Chalon fué herido, maniatado y quemado vivo por los prusianos

Insisto, por si ante esta larga lista de crímenes vacila la credulidad del lector, que todos eran consentidos y aun ordenados por el Estado Mayor prusiano. Véase en prueba de ello la proclama del general de Werder fechada el 12 de setiembre de 1870, en la que se condena á muerte, por orden superior, á cuantos franco tiradores sean hallados con las armas en la mano.

El puente del ferrocarril del Mosela próximo á Fontenoy fué destruído por las tropas francesas. Bastó esto para que la población fuera reducida á cenizas, y pasados por las armas una parte de sus habitantes. Se formó con estos desgraciados una especie de rebaño. La esposa del alcalde y una joven de 18 años fueron apaleadas bárbaramente. Un pobre anciano de 80 años casi paralítico, y todo encorvado, quiso aproximarse á su familia que formaba parte del mencionado rebaño. Un tiro le tendió muerto. El alcalde, el jefe de la estación y el cura de Gondreville que quisieron intervenir, fueron detenidos. Poco después llegaron nuevas tropas de Nancy y comenzó el incendio del pueblo. Se rociaban las casas con petróleo, se las prendía fuego y luego se hacía entrar en ellas á los habitantes á bayonetazos.

En Vaux, fué muerto por los franco-tiradores un oficial prusiano. Al día siguiente una columna enemiga ocupó el pueblo, se apoderó de la población masculina y la encerró en la iglesia, conminándola á elegir tres de sus individuos para ser pasados por las armas. En vano juraron por su honor el alcalde y el cura, que ningún vecino del pueblo había disparado contra los invasores. Los hombres de Vaux permanecieron encerrados en la iglesia 74 horas, sin tomar alimento alguno. Al cabo de este tiempo, tres de ellos, designados por la suerte, fueron sacados al campo, y fusilados en el mismo cementerio.

El cura de Cuchery fué también fusilado.

Un hulano mató de un tiro á un paisano, sólo porque había visto penetrar en su casa un hombre armado.

Tres habitantes de Voucq fueron quemados vivos, 140 casas del mismo pueblo incendiadas, y 34 vecinos amarrados á las colas de los caballos. Todo esto porque cinco soldados emboscados en el pueblo habían hecho fuego sobre los alemanes. Un viejo que estaba escondido en una viña, fué asesinado.

En Verrey (Borgoña) los alemanes saquearon é incendiaron el pueblo, y después pasaron por las armas á varios de sus habitantes, entre ellos dos mujeres. El abate Fleurot, herido en su mismo presbiterio, fué rematado á culatazos.

En Grand-Mercey fueron fusiladas tres personas por haberse encontrado en su poder algunos cartuchos.

En Daix dos mujeres de 70 y 80 años, que dieron asilo á un guardia móvil herido, fueron también fusiladas. Draveil, Avallon, Anneau, Mantes, Ossaye, Chérizy, Houdan y otros muchos pueblos fueron destruídos, por el delito de dar hospitalidad á soldados franceses heridos. En Ablis los alemanes cogieron y fusilaron en el acto cuatro franco-tiradores. «Después, añade Mr. Zehlicke, corresponsal de la *Gaceta de Silesia*, y testigo por lo tanto de mayor excepción, se repitió esta operación con todos los habitantes en cuyas casas se hallaron armas y se puso fuego por los cuatro costados á la población, que ardió completamente.»

El 9 y el 10 de octubre fueron pasados por las armas seis guardias nacionales por un pelotón de prusianos, pertenecientes á los regimientos 24 y 26 de la Landwehr. Aquellos desdichados habían tomado parte en la defensa del paso del Aisne á las órdenes del coronel Noue. Por un refinamiento de crueldad, las víctimas tuvieron que colocarse para recibir la muerte al borde de sus propias tumbas y los campesinos sus compatriotas recibieron la orden de echar tierra sobre los cadáveres y apisonarla saltando un rato encima.

Bazeilles fué destruído entre excesos de barbarie. El duque de Fitz James escribía en 1.° setiembre á la *Gaceta de Francia*: «He visto con mis propios ojos las humeantes ruinas de esta desdichada población. Nos ahogaba el olor á carne humana quemada. He visto en las puertas de las casas los cuerpos de sus habitantes calcinados.» El doctor Zehlicke ya citado añade: «Entonces se oyó entre los bávaros el grito de: – Es necesario quemar este nido de demonios, – y los zapadores con sus zapapicos y sus palanquetas derribaron las paredes posteriores de las casas y prendieron fuego á los pajares. El *gallo rojo* (las llamas del incendio: metáfora alemana) empezó pronto á volar de techo en techo y en poco tiempo fué pasto de las llamas aquella rica y floreciente población. El valle entero quedó cubierto por una negra nube de humo. Muchos heridos se quemaban sin socorro de nadie en las casas en que arrastrándose habían llegado á guarecerse. Muchos habitantes que se habían encerrado en las bodegas quedaron sepultados bajo los escombros de sus viviendas y perecieron miserablemente.» Este testigo es alemán. Oigamos á otro, alemán también, el Dr. Keyssler, de Berlín: «De los escombros humeantes de las casas se elevaba el olor de la grasa y de la carne quemada. En los intervalos, estaban tendidos los cadáveres de los quemados formando un espectáculo horrible.» El mismo Estado Mayor alemán en el octavo cuaderno de su narración de la guerra confiesa todo esto. En Bazeilles los soldados bávaros empujaban hacia sus casas incendiadas á las mujeres y á los niños obligados á elegir entre las llamas ó las bayonetas.

En Sedán se estuvo haciendo fuego de artillería sobre la población cuatro horas después de izado el pabellón parlamentario.

Las escenas de Bazeilles repitiéronse en Châteaudun. Todas las casas fueron quemadas y, añade el Dr. Zehlicke, apenas hicimos prisioneros porque en aquella encarnizada lucha se concedió la vida á muy pocos.

En el sitio de Strasburgo el general Werder se negó á dejar salir á la población civil antes del bombardeo, como pedía el general Uhrich, «porque, decía, las fortificaciones de las grandes ciudades tienen su debilidad en los sufrimientos de la población que queda expuesta sin abrigo á las balas enemigas, sobre todo si como Strasburgo carecen de casamatas; la salida de la población aumentaría por lo tanto la fuerza de las fortificaciones.»

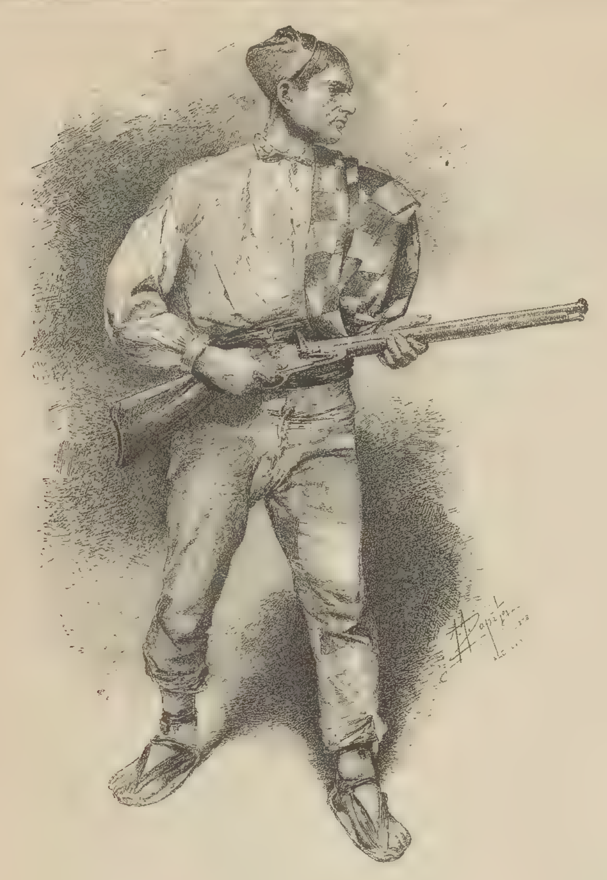
En vista de semejante respuesta á la que en vano se buscará nada parecido en toda la historia moderna, nadie podrá admirarse de que empezaran á llover bombas alemanas sobre la población pacífica matando



LA FORRAJERA, cuadro de Mr. Julián Dupré (grabado por Baude)



PREPARATIVOS PARA LA GALLINA CIEGA, cuadro de Augusto Trupheme (grabado por Baude)



VALENCIANO, dibujo á la pluma de D. Juan J. Zapater

á 300 ciudadanos indefensos y mutilando á 2000. En 31 días recibió la plaza 193722 proyectiles, ó sea 6249 por día. Una de las primeras granadas cayó en un colegio de señoritas. Cuatro murieron en el acto, una quedó mortalmente herida y cuatro mutiladas. Después empezaron á caer las bombas en los hospitales. Los médicos de la ciudad salieron al campo á recoger los heridos y el general de Werder los hizo prisioneros con objeto de privar á los sitiados de todo socorro facultativo, ardid de guerra completamente nuevo porque jamás pueblo alguno se atrevió á emplearlo. El obispo se presentó al mismo general implorando de él un poco de humanidad y ¡oh sorprendente casualidad! la catedral quedó desde aquel día convertida en blanco de la artillería prusiana. Hubo entre los artilleros sitiadores una apuesta acerca de quién acertaría á tocar la cruz de la admirable torre, y al tercer disparo dieron con ella en tierra. Los habitantes de Strasburgo tuvieron que refugiarse en las alcantarillas donde vivieron mucho tiempo en medio de la más espantosa miseria.

El aspecto de Strasburgo en los últimos días era horrible. El corresponsal del *Badisches Landes Zeitung* da de él una idea en los siguientes términos: «Inmensas columnas de humo, dice, partiendo de cuatro ó cinco focos de incendio, suben hacia el cielo, se reunen y forman una pesada y sombría masa sobre la ciudad. La catedral sólo es visible de cuando en cuando según la influencia del viento. Por la noche esta nube de humo se enrojece por el reflejo de la hoguera; en toda la campiña se ve claro como en pleno día.»

En Toul, en Verdun, en Belfort, en Peronne, en La Fère, en Montmedy, en Soissons, en Mezières, en Saint Quintin y en otras muchas plazas, la artillería prusiana se entretuvo como en Strasburgo en disparar contra los niños, las mujeres, los viejos, los enfermos y los heridos. En París lanzó sus bombas sobre el hospital de locos de la Salpetrière, el hospital Necker, la Institución de jóvenes ciegos, Val de Grace, Pitié, etc. etc. Esto á pesar de que dichos edificios se distinguen perfectamente desde lejos y de las banderas de la Cruz Roja que los cubrían. Las escuelas sufrieron igual suerte. En una de la calle de Bougival una bomba mató cinco niños. La repetición de semejantes hechos motivó una solemne protesta de todos los representantes de las potencias europeas, residentes en París.

Pasando á otra especie de actos podrían citarse muchos que denunciaran en los alemanes cierto ardor amatorio, cierto entusiasmo poco platónico por el bello sexo, algo extraño en gentes tan morigeradas. Por desgracia muchos de ellos son más para callados que para escritos.

Mr. Wickede, segundo corresponsal de la *Gaceta de Colonia* durante la guerra, dice, hablando de sí mismo: «Me despedí amigablemente de la valiente huéspeda, dándola cuando estábamos solos en la cocina un beso que fué de mi corazón á parar en sus labios gruesos y encendidos». Palabras que prueban lo mucho que pueden parecerse las travesuras de un sesudo alemán y las de un estudiante cursi.

La señorita de Saint León estuvo á punto de morir á manos de unos oficiales prusianos, y habiendo salido de ellas con vida tuvo que encerrarse en un claustro.

Los neutros no fueron muy respetados durante la guerra. El prefecto del Meuse fué declarado prisionero de guerra, internado en Nancy y obligado á alojar y alimentar á su costa oficiales prusianos. También el prefecto de la Cote d'Or, Mr. d'Azincourt, fué internado. En el departamento del Marne fueron presos 221 habitantes en calidad de rehenes. El ilustre Thenard y la condesa de Montgomery también fueron atropellados. En Dijon, á pesar de una convención en la que se prometía respeto absoluto á las personas y bienes (art. 2.°) fueron detenidos é internados en Bremen veinte notables de la población, entre los cuales un magistrado de la audiencia, dos profesores de la Facultad, dos banqueros y una docena de propietarios. En Versalles ocurrió en gran escala una cosa semejante yendo entre los deportados Mr. Cochery y Mr. Lesourd, antiguo secretario de la embajada francesa en Berlín. Dos porteros de Trianón fueron enviados á Prusia por republicanos. Se internaba á los padres de los quintos que tomaban las armas y se les amenazaba con la muerte si aquellos no volvían á sus casas. La comedia del fusilamiento se repitió tres veces con tres concejales de Treveray. Muchos desgraciados campesinos fueron colocados al frente de las columnas prusianas para servir de murallas vivas contra las balas enemigas. El alcalde de Amiens fué colocado al frente del 40 de línea y del 9 de húsares, cuando se presentaron ante la ciudadela. El jefe de las tropas prusianas le manifestó que tendría una gran satisfacción en morir en su amable compañía. En Reims hicieron fuego sobre un niño de doce años que no quería servirles de guía.

A pesar de su fama de amantes de la ciencia, los prusianos no respetaron mucho las bibliotecas ni los museos. El capítulo de atentados contra la propiedad tendría que ser muy extenso y me veo en la precisión de abreviarlo mucho más de lo que quisiera.

Mr. Regnault, el célebre químico, dice *(Anales de physique et de chimie)*: Mi laboratorio ha sido saqueado; todos mis aparatos incluso las grandes máquinas motoras han sido deshechos á martillazos; mis registros y mis papeles han sido quemados ó rotos.

El Jardín de Plantas recibió una lluvia de bombas. Lo mismo ocurrió con la biblioteca de Strasburgo, la Sorbona, el Panteón, el Luxemburgo, la fábrica de porcelana de Sevres y otros edificios semejantes.

Saint Cloud fué reducido á cenizas el 26 de enero de 1871. Precisamente en el momento de suspenderse las hostilidades, el pillaje organizado hasta entonces metódicamente, se barbarizó por completo. He aquí cómo refiere el suceso un testigo:

«El 26 de enero después de mediodía, en el momento en que se daban las órdenes para la suspensión de las hostilidades, la guarnición de Saint Cloud se esparció por la ciudad desde mucho tiempo antes huérfana de sus habitantes, pero en la que sólo una veintena de casas habían sido destruídas por los proyectiles franceses. A medida que una casa era saqueada regábanla los soldados con petróleo ó frotaban con grasa las puertas y los tabiques, cubrían de pólvora y de papel el pavimento, amontonaban paja en las bodegas y en los pisos bajos, les prendían fuego é iban á continuar á algunos pasos más lejos la ejecución de su consigna. La obra de destrucción duró cuatro días. Algunos habitantes de regreso ya en sus hogares y que trataban de combatir el incendio, fueron rechazados á sablazos y obligados á huir. El 30 de enero, 48 horas después de firmado el armisticio, la casa del escultor Doutan, única que permanecía casi intacta, fué invadida por una cuadrilla de soldados del 5.° cuerpo. Las obras de arte olvidadas ó desdeñadas por los saqueadores fueron mutiladas y arrojadas por las ventanas, y la casa incendiada á la vista de un grupo de oficiales, testigos impasibles y sonrientes. Sólo las paredes quedaron en pie. En una de ellas una mano desconocida ha trazado en gruesas letras estas palabras: *Wilhelm! Kaiser*. ¿Esta inscripción es una venganza ó una ironía del acaso? El hombre que ordenó el incendio de Saint Cloud es general al servicio del emperador de Alemania; manda una división del 5.° cuerpo; su familia es según dicen de origen francés y se llama Sandray.

Los bávaros destruyeron la quinta de Bellevue sin que en ella se les hubiera dado el menor pretexto. En Remiremont los hesseses quemaron la iglesia. En Champtonnay (Alto Saona) fueron quemadas cuatro casas el 3 de marzo de 1871, esto es, en plena paz. En Chatillón sur Seine ardió otra quinta á poco de haber partido los prusianos, é igual coincidencia pudo notarse en Ornans, Tournerie, Sailly, Sens, Epernay, Tenoy, Mans, Chateaudun, etc., etc. En esta última población los oficiales prusianos, después de un opíparo banquete, prendieron fuego al edificio acercando las luces á las cortinas.

Según Mr. Wachenhussen, que no puede ser sospechoso, los prusianos habían elevado á la entrada de Bougival una barricada á la que llamaban *musical* por haber sido formada con cuantos instrumentos músicos, como pianos, contrabajos, violines y violoncellos, pudieron encontrar.

Mr. Goupil, dueño de un museo de pinturas en el mismo pueblo, encontró de sus cuadros sólo los marcos ó algún trozo de tela cuyo mérito artístico no había parecido sobresaliente al caco ó cacos.

Mr. Ribot, pintor, en Colombes, tuvo también el disgusto de ver pasar sus colecciones á manos de los prusianos.



TIPO DE LA EDAD MEDIA, dibujo á la pluma de D. Juan J. Zapater



TIPO ROMANO, dibujo á la pluma de D. Juan J. Zapater

Cerca de Sceaux los bávaros destruyeron una biblioteca de economía política, única en su género.

Las tazas y cafeteras, jarras y otras muchas piezas de loza de la fábrica de porcelana de Sèvres fueron utilizadas por los oficiales prusianos para usos poco limpios y para los que seguramente no estaban destinadas.

Creo que este capítulo de atentados contra las leyes más elementales de la guerra, contra los más rudimentarios sentimientos de humanidad y contra los usos establecidos entre las personas honradas y cultas, puede terminar aquí sin que se me acuse de no haber dejado probada mi tesis, es á saber, que los alemanes, lejos de haber suavizado el empleo de la fuerza como podía y debía esperarse de uno de los pueblos que marchan á la cabeza de la civilización, le han dado un carácter de brutal y bárbara energía desconocido en Europa desde los primeros tiempos de la Edad media. Y por si pudieran parecer exagerados algunos de los hechos referidos y algo tuvieran de inexacto en su parte esencial los datos de que me he servido, el capítulo siguiente, relativo casi todo á actos oficiales del Estado prusiano y á sus relaciones con el Estado francés, y en el que por lo tanto son más difíciles de desfigurar los hechos, acabará de disipar seguramente cualquier duda que acerca del particular pueda abrigarse.

G. REPARAZ

FUENTES HISTÓRICAS

Lo son, en efecto, y bastante más de lo que muchos creen, las *Constituciones sinodales* establecidas por los prelados de las múltiples diócesis del Catolicismo para el régimen respectivo de cada una de ellas en particular, y, con singularidad, de las del suelo español. Y la razón no puede ser más obvia: en dichas constituciones, á vueltas de los acuerdos dogmáticos, morales, litúrgicos, disciplinarios y pecuniarios que para instrucción y gobierno del clero y del pueblo se adoptan, tócanse ciertos puntos sociales y cuestiones de índole civil, cuya consulta es de todo punto imprescindible para el estudio de la Historia, y cuyo contenido no se hallaría tal vez en otra parte que se fuera á buscar.

Semejante consideración, junto con la afición á este linaje de estudios que hace años vengo cultivando, lo cual me ha permitido hacer un acopio razonable de curiosidades en este terreno, me induce á tratar aquí de dicho particular, concretándome, por ahora, á dar cuenta de solo uno de dichos tratados (que, para muestra, un botón basta); y sea un infolio compuesto de portada grabada, 40 hojas preliminares, sin foliar, 492 páginas y 20 hojas de índice, el cual infolio responde al nombre de

Constituciones sinodales del Priorato de Santiago de Uclés, nullius diœcesis, hechas y publicadas en Sínodo que se celebró en la Iglesia parroquial de Santiago de Santa Cruz, año de 1741.

Esto reza la portada primera, toscamente grabada en cobre por D. Joseph Thoribio y D. Domingo Ximénez (cuyos nombres nada pierden las Bellas Artes en que dejen de pasar á la posteridad), á que añade la segunda, impresa:

Por el Illmo. y Revmo. Sr. Dr. D. Diego Sánchez Carralero, prior de dicho priorato, predicador del Rey nuestro Señor, y del Consejo de su Majestad. Con licencia. En Murcia: Por Felipe Díaz Cayuelas, Impresor de la ciudad, y del Santo Oficio de la Inquisición, en la plaza de N. P. S. Francisco. Año 1742.

Contestado ya á las generales de la Bibliografía, en obsequio á los aficionados al ramo, y no sin advertir antes que he fijado mi consideración, para el caso presente, en estas *sinodales* con preferencia á otras, por dos motivos: 1.°, á fin de demostrar prácticamente que no sólo el obispo es el facultado para poder convocar, celebrar y aprobar sínodos diocesanos, sino también cualquier prelado que ejerza jurisdicción cuasi-episcopal; y 2.°, en atención á no existir ya el territorio de Uclés, por la refundición de todas esas comarcas exentas, según el último Concordato, en la jurisdicción del Obispo-Prior de las Ordenes Militares residente en Ciudad Real, vamos á entrar en materia (1).

A las primeras hojas del libro que nos ocupa, se lee: «Para formar y ordenar estas *Constituciones* se han visto las que en este Priorato hicieron los Ilustrísimos Señores Priores, nuestros antecesores de buena memoria:

PRIORES PERPETUOS

D. Juan Díaz Coronado. Año 1439.
D. Juan de Velasco. Año 1486.

PRIORES TRIENALES

D. Antonio de Ordas. Año 1505.
D. Francisco Martínez. Año 1526.
D. Bartolomé González Villena. Año 1563.
D. Diego Apronte de Quiñones. Año 1578.»

Desde esta última fecha hasta la de 1741 en que tuvieron lugar las sesiones de que se da cuenta en la obra á que aquí aludimos, transcurrieron nada menos que 163 años sin que se celebrara sínodo en el Priorato de Santiago de Uclés, el cual se verificó en la villa de Santa Cruz de la Zarza, así como el anterior se había efectuado en Corral de Almaguer. Al final, é inmediatamente antes del *Indice* de las cosas notables, se registra un «Catálogo de los Priores que ha habido, así perpetuos como trienales, en el Real Convento de Santiago de Uclés, desde el día 9 de enero del año 1174 en que se donó á la Orden de Santiago el Castillo y villa de Uclés por el rey de Castilla don Alonso, estando en Arévalo.» La nómina de los Priores en ella consignados asciende (hasta el año 1741) á 88, con esta clasificación: 18 perpetuos, y 70 trienales, cuyo último procedimiento de elección data del año 1502, mediante bula al efecto concedida por el Papa Alejandro VI, de felice recordación.

Grande debió de ser la tirada que de estas *Constituciones* se hizo, á juzgar por lo comunes que son aun hoy en día, y dado que no quedó perro ni gato á quien no se les obligara á tomarlas, como lo prueba la constitución 7.ª, lib. I, tít. 4.°, que dice así:

«... en todas las iglesias se ponga un tomo de dichas *Constituciones* á costa de la Fábrica, asegurado con una cadenilla en el coro, ó sacristía, ó otro lugar público, donde todos las puedan leer, y saber lo que en ellas se contiene y manda. Y todos los mayordomos de las iglesias tengan otro volumen á costa de dicha Fábrica, y le entreguen de un mayordomo á otro para que las tengan presentes. Y todos los curas que al presente son, tengan con precisión, á su costa, otro volumen; y los que en adelante fueren provistos en beneficio curado, tomen á su costa, para tenerle en su casa y saber lo que han de observar á sus feligreses, otro volumen de dichas *Constituciones*, de los que pondremos bastante número en nuestra Audiencia; y sin constar haberle tomado, no se les despache el título de su beneficio; y á que le tengan todos los susodichos, les obligaremos por censuras y todo rigor de derecho; y á todas las Villas y Cabildos seculares y eclesiásticos de nuestro distrito, exhortamos tengan en los lugares ó salas de sus Ayuntamientos, y los abogados en sus estudios, un volumen de estas nuestras *Constituciones*, para que se gobiernen y rijan por ellas, teniendo siempre presente lo que por ellas se establece y manda.»

Este sistema de hacer adquirir las *Sinodales*, en nada se parece al que puso en práctica un prelado de otro Santiago (el Ilmo. Sr. D. Cayetano Gil Taboada, arzobispo compostelano), como se deduce de la *Nota* que obra al frente del volumen de sus *Constituciones*, la cual dice textualmente:

«Su Ilustrísima manda que á cada cura se le remita un libro impreso de estas *Constituciones*, para que lo ponga y tenga con los otros de su iglesia, para sí y sus sucesores, sin que la Fábrica pague cosa alguna, y con la obligación de que el cura que es, ó fuere, en sabiendo que nuestro Señor llamó á juicio á su Ilma., haya de decir, ó mandar decir, en el altar mayor de su iglesia una misa por el alma y obligaciones de su Ilma., y que la haya de pagar la Fábrica, y por ella la limosna de dos reales, que le serán de legítima data en las cuentas, esperando que los rectores tendrán todo cuidado en que esto se cumpla con la mayor brevedad.»

En la *Constitución* 7.ª del título *De Feriis* (lib. I), se declaran las cosas que se permiten hacer los días de fiesta á los labradores y demás oficiales, por los términos siguientes:

«Las necesidades generales y comercio común de las gentes obligan á que en los días de fiesta se hagan algunas obras laboriosas; y porque de no estar declaradas se origina, en unos fieles, muchos escrúpulos, y en otros, el tomarse la libertad de trabajar en lo que no deben, para obviar semejantes daños, S. S. A. (2), declaramos: que

(1) Una prueba más de no ser necesario que los sínodos sean reunidos por cada obispo en su respectiva diócesis, la tenemos igualmente en lo que ocurría con el Abad de Alcalá la Real, cuya jurisdicción *verè nullius* y cuasi-episcopal no alcanzaba á administrar confirmaciones ni órdenes sagradas. Las últimas *Constituciones Sinodales* de dicha abadía exenta fueron promulgadas por D. Pedro de Moya, é impresas en Granada por D. Francisco Heylán, notable grabador oriundo de Flandes, año de 1626.

(2) Iniciales de uso frecuente en esta clase de escritos, las cuales son representativas de las palabras *sancta Synodo approbante*, y significativas de *Con aprobación del santo Sínodo*.



CABEZA DE ESTUDIO, dibujo de D. Juan J. Zapater

los carniceros, panaderos, taberneros, tenderos de aceite, pasteleros, y bodegoneros, y los que venden frutas, legumbres, verduras y especerías, y todos los oficiales del sustento común, pueden vender (excepto mientras la misa mayor) todos sus bastimentos y provisiones para sustento de la república, en todas las horas de los días de fiesta, teniendo la media puerta de sus oficinas abierta tan solamente, y no del todo.

»Los labradores que tienen que labrar en las casas de campo ó quinterías, pueden llevar á ellas todo el recado necesario el día de fiesta por la tarde en sus mulas, carros, ó galeras, con tal que después de haber llegado no trabajen ni se ocupen en otra cosa alguna de trabajo, sí sólo en aparejar los aperos de labor para labrar el día siguiente.

»Y en el tiempo de agosto, simienza y vendimia, que se da licencia á los labradores para que trabajen los días de fiesta, por los peligros á que están expuestos los frutos, no trabajen de ningún modo en los días que se exceptúan en dichas licencias; como ni en los que se les conceden trabajen en otra cosa alguna que en las que son precisas y conducentes para la recolección de frutos que están pendientes.

»Los hortelanos y demás que tuvieren huertas ó tierras de riego, si no admite dilación el riego por necesidad de la hortaliza, podrán regar los días de fiesta á la hora que les tocase el agua; y si la tuviesen propria, lo podrán hacer hasta las siete de la mañana, en verano, y hasta las diez, en invierno; y por la tarde, desde las dos en adelante, el invierno, y desde las seis, en verano, excepto los primeros días de las Pascuas, que no podrán regar, teniendo agua propria, ni en otros de primera clase.

»Los horneros y molineros de molinos de agua corriente, cuando se ofrece alguna necesidad que no se pudo prevenir el día antecedente de trabajo, podrán cocer y moler el día de fiesta, lo que baste para socorrer aquella necesidad, y esto con licencia del cura de cada pueblo, y después de dicha la misa mayor; y los molineros de molinos de viento, donde no hay molinos de agua, puedan moler todos los días de fiesta, habiendo oído misa, á todas horas, excepto mientras se dice la misa mayor; pero no pueden llevar la cibera á los molinos, ni los horneros leña á los hornos el día de fiesta, pues la pueden haber llevado el día de trabajo antecedente.

»Los oficiales, como son: sastres, zapateros y otros semejantes, teniendo las casas ó oficinas á media puerta abierta, y con el mayor recato y secreto, pueden vender los días de fiesta á los que vienen de fuera de los pueblos y viven de continuo en los campos, como no sea mientras la misa mayor; pero no pueden entender en otras cosas de su oficio, como es: cortar, coser, picar ó desvirar, ni hacer otras cosas semejantes

»Los barberos pueden quitar la barba y cortar el cabello los días de fiesta á los que vienen de fuera y viven en los campos, y á los labradores, pastores y jornaleros que toda la semana se emplean en el trabajo para ganar su sustento, con tal que no lo hagan ínterin la misa mayor, ni en público, sino es con mucho recato, y teniendo sólo abierta la media puerta de la tienda; y no pueden amolar las navajas en días de fiesta por ninguna causa...» etc., etc., etc., porque, de seguir, no acabaríamos de salir, *mutatis mutandis*, del círculo estrecho en que nos ha colocado el texto de la presente *Constitución*.

Curiosa por demás es la en que se consigna que «ninguno replique, responda ni contradiga al predicador cuando esté predicando ó explicando la Doctrina, ni le manifieste quejas de la reprensión que haya hecho de vicios ó abusos;» así como también aquella otra redactada en los siguientes términos:

«En muchas partes se ha introducido el abuso de representar la Pasión de Cristo nuestro bien á lo vivo, haciendo escena de una cosa tan sagrada y compasiva, de que se siguen escándalos y indecencias; y para evitarlos, S. S. A., mandamos que en nuestras iglesias y pueblos el viernes santo, ni otro día alguno, se represente la Pasión en semejante manera, ni en otra que como está dispuesto por nuestra Santa Madre la Iglesia, pena de mil maravedises y quince días de cárcel.»

Todo lo expuesto basta y sobra para poner de realce la importancia que entrañan las *Constituciones Sinodales* de los diversos obispados del Catolicismo, y tal vez de un modo preferente las de nuestro suelo, estudiadas, por supuesto, á la luz del análisis y de la comparación, pues si bien en lo sustancial podría asegurarse que la generalidad de ellas no hacen otra cosa que repetirse, no es menos cierto que en cada una de ellas resaltan circunstancias especiales, hijas de la localidad, de la época en que se redactaron, ó ya de la genialidad ó carácter particular de quien las promulgó: en suma, dicho linaje de libros es un espejo que reproduce fielmente no sólo las costumbres del clero de cada región eclesiástica y de cada época, sino el modo de ser del pueblo.

En las *Lecciones de Disciplina Eclesiástica* por los doctores D. Francisco Gómez Salazar, presbítero, y D. Vicente de la Fuente (Madrid, Alejandro Gómez Fuentenebro, 1880, t. I, pág. 137), hablándose en el texto de que «los obispos priores de Uclés y de San Marcos de León, como tenían territorios propios y en los pueblos de su respectiva jurisdicción ejercían la episcopal y ordinaria, celebraban sínodos,» se acota marginalmente esta lacónica noticia: «Las *Sinodales de Uclés* dadas en el siglo pasado son muy curiosas.» A lo que se me ocurre añadir: ¡Y tanto que lo son! como que son la quinta esencia de las de casi la totalidad de España y del Extranjero, que se tuvieron á la vista para su compilación, según he podido comprobarlo en el transcurso del prolijo análisis comparativo que de dicha clase de obras hace años que vengo practicando, y del cual quizás no sea ésta la única muestra que ofrezca á la mayor ilustración y competencia de los lectores de esta Revista,

JOSÉ MARÍA SBARBI



EL METROPOLITANO MIGUEL DE SERVIA

NOTICIAS VARIAS

LA FIEBRE DEL ORO EN EL AFRICA AUSTRAL

Según noticias fidedignas, parece que en la actualidad reina una verdadera «fiebre del oro» en los distritos meridionales del Continente africano, y más especialmente en la colonia inglesa del Cabo: el objetivo de este afán de riquezas es, no tan sólo el Transvaal, sino también, y sobre todo, el Damaraland ó país de los Damaras.

Los periódicos del Cabo contienen el proyecto de una «Omaruru Gold Mining and exploration Company» fundada con un capital de 50.000 libras esterlinas. A la cabeza de la comisión gerente de esta Compañía está M. A. R. Mackenzie; entre sus individuos figuran algunos alemanes. En dicho prospecto se dice que un australiano práctico, mister Stanley, se ha puesto á disposición de la Sociedad para dirigir una expedición por aquella parte.»

El prospecto habla á continuación de ejemplares encontrados á tres pies de profundidad, que han dado hasta 15 por 100 de oro. Dice que cerca del placer abundan el agua y la leña y que tampoco falta un buen camino. El *Wynberg Times* que se publica en Simonstown, inserta un anuncio del mismo género y añade: «La Compañía se propone comprar seiscientos *claims* en el Damaraland y activar su explotación en todos sentidos. Las muestras de oro en cuarzo que hemos visto, son más ricas de lo que asegura el prospecto. El capital invertido es á la verdad poco importante, dado el beneficio que se obtendrá de esta explotación.»

(Tomado de la *Revista francesa*)

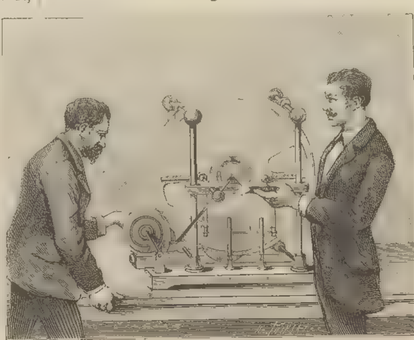


Fig. 1. – Producción artificial del fuego de San Telmo.

FUEGO DE SAN TELMO

Las observaciones hechas acerca del fuego de San Telmo no son siempre descritas de modo que pueda reconocerse si se trata de un desprendimiento de electricidad positiva ó negativa, siendo, además, importante saber si en determinadas circunstancias tales como nevascas, nieblas, heladas, etc., los desprendimientos son exclusivamente positivos como á menudo se ha afirmado. El haz eléctrico que se escapa de los dedos de la mano puestos en alto ofrecen distinto aspecto según la clase de electricidad y aun cuando es fácil distinguir la diferencia ésta no ha sido hasta ahora indicada de un modo preciso. Con ayuda de una máquina eléctrica estática pueden hacerse aparecer haces positivos ó negativos en las extremidades de los dedos y estudiarse las diferencias que presentan. El Dr. Obermayer ha operado con una máquina muy grande y las elevadas tensiones no han alterado los caracteres diferenciales (fig. 1).

Los haces positivos (fig. 2, núm. 1) presentan un tallo de color blanco tirando al rojo que continúa en el interior, las ramas están formadas por rayos finos violados en sus extremos y la abertura del cono por estos formado es mayor que un ángulo recto. La longitud de cada radio es generalmente de 1'5 á 3 centímetros y algunas veces de 5 y 6. Los negativos (fig. 2, n.° 2) parten de un vértice luminoso de estructura delicada que permite distinguir unos de otros los diferentes rayos y rodeado de una envoltura luminosa que se ensancha como la corola de una flor: la abertura del ángulo formado por el haz negativo es mucho más pequeña que un ángulo recto y apenas excede de 45°. La longitud del haz es siempre menor de un centímetro.

Los experimentos han demostrado que los rayos que parten de la tela de un vestido consisten en hilitos rectilíneos reunidos como los pelos de una piel, produciendo los negativos el efecto de fosforescencias interrumpidas por manchas obscuras.

Por estas descripciones y por los dibujos que reproducimos podrá cualquiera, en tiempo de fuegos de San Telmo, clasificar los que aparezcan en las puntas de sus dedos: los observadores habrán de mencionar la existencia ó no del tallo, la longitud del haz y el ángulo de abertura, fijándose, además, en el estado de la atmósfera indicando si hay nevasca, granizada, niebla helada, etc.

El meteorólogo inglés Rankin ha comprobado que la temperatura, superior á su valor normal antes de la aparición del fenómeno, acusaba una baja durante 24 horas: el barómetro bajaba también y volvía á subir una vez desaparecido el fuego de San Telmo, el viento saltaba de O. S. O. á N. O. y el tiempo era brumoso y tempestuoso

(De *La Nature*)

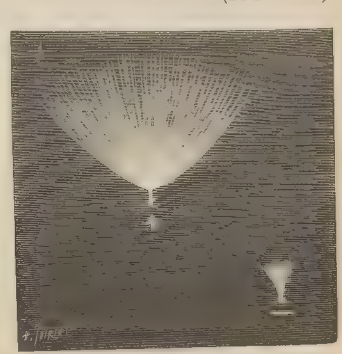


Fig. 2. – Haces eléctricos.

BARCELONA.—IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 12 DE AGOSTO DE 1889 — NÚM. 398

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

ALDEANAS DE BRETAÑA EN LA ROMERIA
cuadro de Dagnan-Bouveret

(Salón de París de 1889)

Bretaña es la tierra clásica de las romerías; ella inspiró á Meyer beer su gran «Pardon de Ploermel,» ella ha inspirado á Dagnan-Bouveret el hermoso cuadro lleno de agreste poesía que ocupó un lugar preferente en el último Salón de París.

El autor ha escogido para su composición el momento en que los romeros se han dispersado buscando cada cual el sitio y el entretenimiento que hagan más llevaderas las horas del medio día y de todos los pintorescos grupos que en tales ocasiones se forman se ha fijado en el que más retrata el carácter de los bretones, el sentimiento religioso con sus puntas de fanático: las aldeanas del cuadro de Dagnan-Bouveret aprovechan el descanso para entregarse á piadosas lecturas y bien demuestran sus graves rostros el interés que en ellas despiertan y la fe con que las escuchan.

El artista ha sabido vencer una dificultad que nosotros estimamos de no poca monta y que nos atrevemos á llamar dificultad de las manchas uniformes: las blancas tocas tan profusamente repartidas en el cuadro y que en las figuras del primer término tienen proporciones más que regulares, fatigarían la vista del espectador si la dulzura de tonos del altillo que constituye el fondo no suavizara la crudeza de su blancura.

La frondosa arboleda y el humilde templo cuyas elegantes siluetas se destacan sobre un cielo límpido cierran el horizonte y rompen la monotonía del paisaje, y sin distraer la atención que preferentemente atrae el grupo principal, delicadamente sentido y con exquisita habi-

SALÓN DE PARIS DE 1889



ALDEANAS DE BRETAÑA EN LA ROMERIA, cuadro de Dagnan-Bouveret (grabado por Baude)

lidad pintado, contribuyen á la sensación de placidez què el cuadro produce.

RECUERDO DE BERNA, dibujo de J. M. Marqués

Con decir véase el *Recuerdo de Interlaken* publicado en el n.º 386 de esta Ilustración queda hecha la crítica del *Recuerdo de Berna*. La decoración ha cambiado pero el sentimiento es el mismo: ambos respiran lo que bien puede llamarse poesía helvética con ninguna otra comparable, ambos están llenos de las delicadas bellezas que Suiza ofrece con tanta prodigalidad á los artistas.

Tenga, pues, por reproducidos y aun aumentados en esta los merecidos elogios que en aquella ocasión le dedicamos.

OFICIALES DE NAPOLEON I OBSEQUIADOS por damas de la aristocracia italiana

(cuadro de L. Alvarez)

A la guerre comme á la guerre, como dicen los franceses; *cual el tiempo tal el tiento* que decimos nosotros: ayer en el campamento al aire libre y privado de lo más indispensable, hoy en magnífico palacio dotado de todo lo superfluo, tal es la existencia del militar en campaña.

Bello contraste ofrecen los dos oficiales reproducidos en el primoroso cuadro de Alvarez: piensa el uno que es preciso aprovechar los buenos momentos y se deja abrasar en el fuego de las miradas de la hermosa marquesa; el otro, zorro viejo por lo visto, se mantiene, en cambio, en una formal reserva. ¿Será que siente todavía el escozor de pasados desengaños? ¿Será que la prudencia le aconseja no dejarse seducir por los halagos prodigados en país sospechoso? ¿Será que teme mas á los ojos de las italianas que á las balas de los italianos? Todo puede ser, y aun puede ser también que su gravedad sea hija de falta de habilidad, de poca práctica en las costumbres sociales, pues sabido es que en los ejércitos napoleónicos abundaban los veteranos aguerridos que arrostrando cien veces la muerte se cubrían de gloria en los campos de batalla y temblaban de miedo en los salones.

EN LA FERIA, cuadro de B. Galofre

Que la escena representa una feria lo dice el autor; que el lugar de la acción es Andalucía dícelo á voz en grito todo el cuadro desde el hermoso azul del cielo al tipo gitano de las figuras, desde la blancura de las casas á los brillantes colores de las jerezanas mantas; que el cuadro es un prodigio de verdad, de dibujo, de vida y de color lo decimos nosotros y con nosotros lo dirán sin duda todos nuestros lectores que tantas veces han admirado en las páginas de la Ilustración las magistrales producciones de nuestro paisano.

ESTUDIO PARA EL CUADRO «EL TRABAJO» de Arnaldo Ferraguti

El famoso artista italiano Ferraguti está pintando actualmente en Anticoli, pintoresco país hecho á propósito para inspirar á la pequeña colonia artística que en él habita, un cuadro de grandes dimensiones que se titulará *El Trabajo* y para el cual tiene hechos primorosos estudios. Uno de ellos (el que reproducimos) representa á una madre que al regresar de sus pesadas faenas besa á su hijo con el afán con que el sediento aproxima sus labios á fresca y cristalina fuente. ¡Hace tantas horas que no le ha visto!

Ferraguti pertenece á la escuela naturalista moderna: dotado de un gran espíritu de observación, traza con pasmosa fidelidad los lineamentos de la figura que copia, lo cual no es óbice para que en todas sus obras imprima el sello de su personalidad consiguiendo de esta suerte resultados admirables que le han conquistado en Italia y fuera de ella glorioso renombre.

A juzgar por los estudios que de él se conocen, *El Trabajo* será lo que los paisanos del pintor llaman un *capo lavoro*.

GUILLERMO ONCKEN

Director de la Historia Universal

ESCRITA PARCIALMENTE POR VEINTIDÓS PROFESORES ALEMANES

que publica en esta ciudad la casa editorial de esta Ilustración

La sentencia de Quintiliano «el corazón engendra la elocuencia» á nadie con más razón puede aplicarse que al historiógrafo cuya biografía nos proponemos hacer: el corazón de Oncken está siempre en sus labios y en su pluma, por esto obtiene éxitos seguros, por esto cautiva cuando habla en la cátedra ó discute en el Parlamento, por esto asombra cuando escribe.

Nació Guillermo Oncken en Heidelberg en 19 de diciembre de 1838; hizo sus estudios en el Gimnasio de aquella ciudad, desde 1847 á 1856, y en Goettingen, desde 1856 á 1860, cursando filología clásica, los idiomas modernos, germanística, filosofía é historia bajo la dirección de maestros tan ilustres como Kayser, Hausser y Holtzmann de Heidelberg y Waitz, Sauppe, Curtius y Lotze de Goettingen. En 25 de abril de 1860 se recibió de doctor en Filosofía y Letras en Heidelberg, dedicó el invierno de 1861 á 1862 á estudiar y á escuchar las lecciones principalmente de Juan Gustavo Droysen, licencióse en 1862 en su ciudad natal en la facultad de Filosofía clásica y de Historia y en febrero de 1863 fué uno de los miembros fundadores de la Asociación histórico-filosófica que le tuvo de secretario hasta 1870 y en la cual dió lectura á muchas y muy interesantes memorias.

Sus primeras obras fueron el discurso que pronunció al recibirse de doctor «*Emendationum in Aristoteles Ethica Nicomachea et Politica specimen*» (Heidelberg 1860), «Isócrates y Atenas. Memoria para la historia de la evolución de la unidad y de la libertad en Grecia» (Heidelberg 1862) y «Atenas y Grecia. Investigaciones para la historia nacional y política de los antiguos griegos» (2 tomos, Leipzig 1865 y 1866).

Desde muy joven tomó Oncken parte activa en la política y con tal motivo intimó con Hausser de quien ha conservado siempre vivísimo recuerdo y gratitud profunda, como lo demostró en el erudito trabajo que escribió para el jubileo universitario de 1886, y en quien vió desde luego el modelo que debía imitar como sabio é investigador, como orador y como político. Como su ilustre maestro adivinó el discípulo que Prusia era «el núcleo al cual había de adherirse el cristal del Estado alemán,» pero los que como él pensaban constituían un grupo exiguo que ni siquiera aumentó cuando por enfermedad de Hausser púsose Blunschli al frente del mismo.

Durante este período de su vida política redactó Oncken, por encargo de Hausser, la «Hoja de la dieta» badense (1864) y pudo admirar en la Cámara los vastos conocimientos, la indomable energía y la noble independencia de aquel, á quien consideraba siempre como maestro.

Nombrado en enero de 1866 catedrático supernumerario de la Universidad de Heidelberg, trabajó activamente desde el mes de julio del propio año y por excitaciones de Holtzmann en el «Diario Nacional de Baden» combatiendo la política del ministerio Edelsheim y coadyuvando á la causa de Prusia: durante los años 1866 y 1867 salieron de su pluma 146 artículos en su mayor parte de polémica. A esta época de su residencia en Heidelberg corresponden su «Ciudad, castillo y universidad de Heidelberg. Cuadros de su pasado» (de la que se habían agotado tres ediciones en 1869) y las dos obras dedicadas á la memoria de Hausser. Publicó también sus notas estenográficas sobre la «Historia de la Revolución francesa; 1789 1799» de Hausser (Berlín, 1867, 2.ª edición 1877), completándolas con los conocimientos propios adquiridos en el estudio de las obras más modernas. Lo propio hizo con la «Historia de la época de la Reforma» de Hausser (Berlín, 1869, 2.ª edición 1879), conservando siempre fiel y respetuosamente la originalidad de este para él tan querido autor.

En 1870, año en que escribió sus «Doctrinas políticas de Aristóteles» (Leipzig, 2 tomos 1875), trasladóse á Giesen de cuya universidad había sido nombrado catedrático de Historia: en 1873 declinó el nombramiento que le ofrecían en Kœnigsberg para ocupar la plaza que dejaba vacante Nitsch. La universidad de Giesen debió agradecer muy pronto un importante servicio á su nuevo profesor: atacada de una manera odiosa por el diputado Metz en una memoria de la comisión de Hacienda, Oncken rechazó con energía y éxito en la prensa todos los ataques que contra aquélla se habían dirigido, en premio de lo cual los electores de dicha ciudad le enviaron como diputado á la segunda Cámara: en ella, inspirado en los recuerdos de Hausser, defendió, en las sesiones de 8 y 9 de julio, tan brillantemente la causa universitaria que el gobierno propuso y la asamblea votó una satisfacción cumplida para el cuerpo docente de Giesen.

Pero la actividad limitada de la dieta de Hesse, en donde representó á Giesen hasta 1876 sentándose entre los liberales nacionales, no satisfacía al hombre infatigable que quería trabajar por toda la patria cuya unión había saludado con inmenso entusiasmo; así es que en 10 de enero de 1874 se hizo elegir por el tercer distrito electoral de Hesse delegado en el *Reichstag* alemán, al que perteneció hasta enero de 1877 como activo miembro del ala derecha de los liberales nacionales, obteniendo en este período de su vida Parlamentaria grandes triunfos en la discusión de leyes importantísimas como la de imprenta, la relativa á la Alsacia-Lorena y otras.

En 1877 renunció á las tareas del Parlamento para enterrarse entre el polvo de los archivos y sacar de él precioso polvo de oro con que enriquecer el tesoro científico de Alemania. Austria y Prusia pusieron á su entera disposición sus archivos, inclusos los documentos relativos á los sucesos de 1813, y el resultado de estos estudios fué la obra «Austria y Prusia durante la guerra de la independencia. Datos sacados de los documentos originales» (2 tomos, Berlín 1876 y 1879), obra indispensable para todo el que quiera estudiar tan importante período de la historia moderna y que recientemente ha ampliado con nuevos datos publicados en el «Almanaque histórico».

Al llegar á este período de su vida no podemos menos de dedicar párrafo aparte á la obra monumental que ha elevado á su grado máximo la fama del ilustre historiógrafo y que le ha conquistado con el entusiasta aplauso del mundo científico contemporáneo títulos indisputables á la inmortalidad: nos referimos á su Historia universal escrita parcialmente por profesores alemanes, cuya publicación hacía tiempo que su mente acariciaba. La Historia universal del célebre César Cantú, la mejor que entonces se conocía, resultaba confusa en unos puntos, errónea en otros, deficiente en todos: los trascendentales é incesantes descubrimientos habían aportado interesantes y numerosísimos datos que ilustraban la historia de pueblos poco conocidos y rectificaban por completo no pocos hechos y juicios antes tenidos por verdaderos y ahora probadamente falsos. Oncken comprendiendo esto y teniendo, además, en cuenta que al punto á que hoy han llegado las ciencias históricas es imposible, absolutamente imposible, no ya escribir sino ni siquiera conocer del modo debido la historia de la humanidad entera, concibió el plan de publicar bajo su dirección la «Historia universal en descripciones parciales,» asociándose para ello con las primeras eminencias, especialistas contemporáneos, cada uno de los cuales ha escogido dentro del proyecto gigantesco el pueblo ó la época que más profundamente había estudiado y mejor conocía, resultando de todos esos trabajos una obra armónica cuyas distintas partes son verdaderas maravillas de erudición. Mas no se limitaron las tareas de Oncken á dirigir esa obra colosal sino que escribió para ella «La época de Federico el Grande» «La época de la Revolución, del Imperio y de las guerras de la Independencia» y «La época del emperador Guillermo», preciosos modelos de erudición, de galanura de estilo y de imparcialidad de criterio: en ellas aparecen las grandes figuras de la historia retratadas por sus propias palabras y por sus propios actos, lo cual, además de evitar juicios equivocados é influídos por la pasión, comunica especiales atractivos á esos trabajos históricos porque el lector al recorrer sus páginas se siente transportado á las épocas y á los lugares en que los hombres vivieron y los sucesos se realizaron, conoce á los unos en sus intimidades y sigue el curso de los otros en sus más pequeños y hasta ahora ignorados detalles y aprende á juzgar á los personajes y los acontecimientos por lo que de su propia observación deduce, ayudándole en esta interesante labor el espíritu completamente imparcial y profundamente crítico del sabio historiógrafo.

La Historia universal de Oncken, obra que no vacilamos en calificar de indispensable, tiene además de sus excepcionales cualidades científicas las no menos estimables de estar trazada según un método claro y lógico y escrita en elegante y llano lenguaje, gracias á lo cual así es fuente inagotable de conocimientos preciosos para el hombre de estudios como conjunto de amenas narraciones que deleitan é instruyen al lector simplemente curioso.

Esta obra se ha hecho popular en España y en la América latina: la casa éditorial de La Ilustración Artística, atenta siempre á difundir en nuestra patria las obras más notables que ven la luz en el extranjero, acometió la atrevida empresa de publicar la Historia universal dirigida en Alemania por Guillermo Oncken, confiando la traducción directa de la misma á escritores reputados y conocedores de las respectivas épocas históricas bajo la dirección del castizo escritor, erudito filólogo é ilustrado historiógrafo, D. Nemesio Fernández Cuesta, adquiriendo de la casa editorial de G. Grote, de Berlín, los grabados valiosos y rarísimos que acompañan á la edición alemana.

Los suscritores á la edición española de la Historia universal de Guillermo Oncken pueden envanecerse de poseer la mejor, casi diremos la única, historia universal completa hasta el presente publicada: en ella tienen cuidadosamente recopilados y hábilmente expuestos los últimos descubrimientos científico-históricos, los datos más preciosos hasta hace poco olvidados en los archivos y los estudios más concienzudos hechos por sabios y eminentes profesores, conocedores especiales de los pueblos ó de las épocas cuya descripción han tomado á su cargo. La edición española, que está próxima á terminarse, llevará un Indice alfabético minucioso y razonado ordenado en forma tan clara que el lector podrá encontrar al primer golpe de vista la indicación de la obra de la publicación en que hallará ampliamente tratado el punto que desee conocer ó estudiar.

Pocas palabras para terminar la presente biografía.

Cuando Guillermo Oncken parecía quererse dedicar exclusivamente al cultivo de las ciencias históricas, el programa de Heidelberg y el renacimiento del partido de los liberales nacionales lleváronle nuevamente á la política y le hicieron tomar parte muy activa en las luchas electorales que en Hesse precedieron á las elecciones para el *Reichstag* de 1884 y 1887, en las cuales contribuyó poderosamente al triunfo de los candidatos de su partido. Desde el verano de 1888 está al frente de la Unión de los liberales nacionales de Giesen.

Hombre de convicciones arraigadas y dotado de alma enérgica y de voluntad firme, ocupa Oncken un lugar preferente en la política de Alemania. Como catedrático, como académico, como historiógrafo, como filólogo y como escritor tiene señalado su puesto entre las principales lumbreras científicas y literarias alemanas. En él se juntan el ardiente amor á la patria, el sentimiento profundo de la verdad y de la justicia, el talento de expresar uno y otro en forma irreprochable y con claridad perfecta, la aplicación más asidua y una solidez de conocimientos verdaderamente excepcional y sólo adquirida gracias á su privilegiada inteligencia y á fuerza de constantes y difíciles estudios.

PARA DOS PERDICES... UNO

Cuento

PREFACIO

Es preciso estar loco para negarlo. La historia lo acredita; testigos oculares lo han jurado en todos los idiomas, en todos los países, en todos los casos; miles de legajos se conservan en todos los archivos de todos los países civilizados; todos los autores, desde los tiempos prehistóricos hasta nuestros días, lo dicen, lo aseguran, lo aseveran. La duda por lo tanto es imposible. Ha habido *Sibilas* y *Pitonisas* en la India y el Egipto: *Augures* y *Vates*, en Grecia y Roma: *Profetas* y *Magos*, en Jerusalén y Babilonia: *Astrólogos, adivinos, brujas, trasgos, hadas* y *duendes* en la Edad media: y *Magnetizadores, mediums oyentes y videntes, espiritistas é hipnotizadores* en la época moderna. No sabemos lo que habrá mañana, porque el porvenir es oscuro, y las corrientes actuales no son las más á propósito para inducciones aventuradas; pero si la falta de una *fe* positiva engendra naturalmente multitud de errores supersticiosos, no es fácil figurarse los seres fantásticos que han

de poblar la tierra en las edades futuras, ni esto interesa á nuestro propósito.

Lo que nosotros queremos hacer constar, y dejar completamente probado, es que ha habido siempre hechos sobrenaturales y seres sobrehumanos en la historia del mundo. Si no hubieran existido *Brujas*, por ejemplo, no las hubiera estado quemando á racimos el Santo Tribunal de la Inquisición, en carne y en efigie, por espacio de tres siglos y pico: si no hubiesen hecho de las suyas *Mágicos* y *Astrólogos*, no se hubieran visto siempre llenos los calabozos del tribunal de la fe y de las cárceles episcopales, de aquellos maravillosos réprobos, con familiar ó sin él; y si no hubieran sido verdad las *endemoniadas* y los *duendes*, no se habría impreso un precioso libro, que guardamos como oro en paño, titulado *Práctica de Exorcistas*, y en el cual hay ceremonias especiales y oraciones católicas apostólicas romanas, para librar las casas de los *duendes*, los *ratones* y la *polilla*, *chinches* y *demás insectos*. El libro tiene, como es natural, las licencias necesarias, su censura eclesiástica y la autorización del rey para imprimirle. No crean ustedes tampoco que es muy antiguo; pertenece á la mitad del siglo pasado, y prueba por lo tanto que en aquella época los *duendes* no dejaban parar á nadie. Y como esto es lo que queríamos demostrar, para que pueda ser creída la historia que vamos á referir á nuestros queridos lectores, ya es tiempo de que entremos en materia. Perdónesenos esta digresión, proemio ó prólogo, y guárdense ustedes ni por un momento de poner en duda el siguiente suceso.

I

UN BRUJO Y UN AFICIONADO

Era Salamanca, por los años de 1538, emporio del saber humano. Ni Bolonia después, ni Coimbra más tarde, ni la Sorbona misma, llegaron nunca á alcanzar el prestigio que la Universidad Salmantina. La misma *Cómpluto*; la que tanto enaltece la memoria del ilustre cardenal Cisneros, y tanto se honra hoy con ser patria de Miguel Cervantes Saavedra, el manco sano y el príncipe de los Ingenios Españoles, no era sino un remedo, un pálido trasunto de la inmortal Salamanca. No es pues extraño que en ella vivieran, como en su centro propio, al calor de su *medio ambiente* como hoy se dice, sabios profundos y eminentes filósofos. Abundaban los teólogos, intérpretes de los Santos Padres; los doctores *in utroque jure* se contaban por docenas; los licenciados y bachilleres por cientos; y plazas, calles, zaquizamíes y chiscones se veían invadidos á todas horas por la multitud de *gorrones* que habían de ser más tarde lumbreras de la ciencia y asombro de las edades. Pero todo esto era el mundo sabio oficial, digámoslo así. Aparte de este, vivían en Salamanca algunos sabios particulares, sin cátedra y sin sueldo, cuya reputación traspasaba los muros de la Universidad, y ante cuyo nombre se descubrían con respeto los gorrones y bachilleres, se sonreían con benevolencia los licenciados, torcían el gesto los doctores, y echaban pestes los teólogos. El vulgo, sin embargo, los envolvía en una aureola de misteriosa admiración y se apartaba de su contacto con todo el miedo posible. El más célebre de todos aquellos *Taumaturgos*, que no otro nombre merecían los que cifraban toda su ciencia en descubrir la *piedra filosofal*, y en predecir lo futuro por medio de los astros, era D. Juan de Espina. Decían las gentes que para él no había nada imposible; que lo porvenir era tan claro á sus ojos como lo pasado; que con una sola palabra, podía hundir ciudades y resucitar muertos, y por último que entregado en cuerpo y en espíritu á la *magia*, disponía á su voluntad del *demonio, del mundo* y *de la carne*; que entonces como hoy, forman, según parece, la terrible trinidad de enemigos del alma.

Don Juan de Espina, entregado constantemente al estudio, y encerrado en un gabinete rodeado de estantes preñados de in-folios, pasaba su vida lo más misteriosamente posible, sin que á pesar de tal misterio, consiguiera vivir ignorado de la multitud. Su fama volaba de pueblo en pueblo y hasta en la corte corría su nombre de boca en boca. Era soltero y sin familia, primera prueba de sabio: huía de amistades de ambos sexos, para evitar disgustos y compromisos, y cumplía con frecuencia y *coram pópulo* con todas las prescripciones católicas, como prudente y previsor, en aquellos tiempos de judaizantes y relapsos.

Era una tarde del mes de enero. La sombra crepuscular se extendía con rapidez, y D. Juan de Espina se disponía á entregarse al placer solitario de la cena. En aquella época los españoles de todas clases y condiciones se desayunaban poco después del alba; comían á las doce y cenaban al anochecer. Por más que la hora marcada fuese intempestiva para visitas y consultas, un fuerte aldabonazo dado con mano fuerte á la puerta de la calle, vino á interrumpir el silencio del barrio y las esperanzas nutritivas del *mágico*. Abierta la puerta, no sin las debidas precauciones, por un criado anciano, penetró en el zaguán y subió las escaleras con rápido anhelo el Sr. de Corcuera, deán de la Catedral de Salamanca; persona de carácter impetuoso, profundo humanista y no despreciable teólogo.

—¿Qué trae á estas horas por mi humilde casa al señor deán?—dijo D. Juan saliendo á recibir al ilustre personaje.

—Deseos y anhelos mal reprimidos,—contestó éste.—Tres años hace que lucho conmigo mismo sin poder vencerme, y ya hoy, á pesar de todas mis luchas, me doy por vencido y vengo á jugar el todo por el todo.

—Sepamos de qué se trata, —dijo Espina sonriendo;—ya sabéis que tengo siempre deseo de serviros, y que sois de las pocas personas á quienes me honro de tratar en Salamanca.

—Porque lo sé, y porque sé al mismo tiempo que sois hombre reservado y prudente, me he decidido á venir á veros. Trátase pues, de lo que menos podéis figuraros. Cuanto en letras humanas y divinas se ha escrito de tres siglos á esta parte, sé de memoria. Los clásicos griegos y latinos me son tan familiares como los autores modernos, y ni unos ni otros apagan esta sed de saber que me devora.

—¿Qué más queréis saber, si ante vos se inclinan los más doctos, y si sois verdadero maestro en humanidades y filosofía?



RECUERDO DE BERNA, dibujo de J. M. Marqués

—Quiero saber lo que no se aprende en las cátedras, lo que vos sabéis; lo que ha llegado á ser única preocupación de mi espíritu. Quiero aprender la *magia*.

—¡Vos! El deán de la Catedral! El doctor en teología don Frey Antón de Corcuera?

—Yo, ni más ni menos. Y para contestar de antemano á vuestros reparos, os diré todo lo que pienso. En primer lugar, vuestras lecciones han de empezar hoy mismo; de ellas hemos de guardar ambos profundo secreto, y en pago de vuestro trabajo y como recompensa de él, y manifestación de mi gratitud, cuanto en lo porvenir tenga y disfrute, he de partirlo con vos hasta el fin de mis días. No os opongáis á mis planes: vos conocéis y practicáis la *magia* como nadie en el mundo: á ambos nos conviene el secreto, y los dos hemos de guardarle. Y en cuanto á lo que os ofrezco, antes faltará sol al día, que yo á mi promesa.

—Tan decidido venís, que mal puedo oponerme á vuestros propósitos. Sentaos, y tomad este libro. Perteneció al célebre D. Enrique de Aragón y en él, según veréis, están los principales apotegmas del ilustre marqués de Villena. Sírvaos su lectura de primera lección. Acepto vuestros ofrecimientos y veremos qué tal pagáis mis servicios.

Arrellanóse el deán en un sillón de cuero de Córdoba de tiempo del Emperador; abrió el infolio encuadernado en pergamino, y sonó una voz en la puerta del gabinete, diciendo:

—Sr. D. Juan, la cena está dispuesta.—Dos perdices estofadas humean en el hogar.

—Apartadlas un poco de las brasas: el señor deán ha de acompañarme á despacharlas, y antes habremos de leer un rato.

Retiróse la Maritornes; se acercó D. Juan de Espina al deán, y miró por encima del hombro de éste la primera página del códice. No habrían transcurrido dos minutos cuando un gran estrépito sonó en la calle. Cuatro caballeros se apearon de sus caballos y llamando á grandes voces y sendos aldabonazos preguntaron por el deán. Quiso salir éste á recibirlos, y ellos entraron antes, noticiándole que venían de la corte: que acababa de ser nombrado obispo de Coria y que tenían orden de llevarle á la presencia del Rey y del Nuncio de Su Santidad. Rojo de placer el doctor Corcuera, se despidió de D. Juan de Espina, pero éste le suplicó le permitiera acompañarle, pues teniendo un sobrino suyo, párroco de una aldea de la misma provincia, esperaba que le diese un beneficio en la catedral que había de presidir el nuevo obispo, en virtud de sus promesas de hacía un cuarto de hora.

—Gran prisa os dais en pedir,—le contestó el doctor;—pero si os place acompañarme á la corte, seáis bien venido.

Y dicho y hecho. Los cuatro caballeros traían otros dos caballos del diestro; y montando en ellos D. Juan de Espina y el doctor Corcuera, salieron de Salamanca, desempedrando las poquísimas calles que estaban llenas de guijarros, y levantando el polvo de las que carecían de ellas.

II

COMO LA ESPUMA

Llegaron á Madrid los viajeros. Fué recibido el señor obispo por el Rey y al penetrar en el palacio de la Nunciatura, se encontró Su Ilustrísima á D. Juan de Espina en el despacho del Nuncio. Este manifestó á Corcuera, que habiendo llegado á noticia de Su Santidad el saber y las virtudes del obispo electo de Coria, y necesitando en la corte de Roma de hombres de sus prendas, le mandaba se pusiera inmediatamente en camino para la capital del orbe católico, donde le esperaba, como primer premio, el capelo cardenalicio. Turbóse el doctor Corcuera, balbuceó dos ó tres frases de agradecimiento y bajó las escaleras del brazo de Espina, que se ofreció á acompañarle á Roma, en la seguridad de que alcanzaría por su influencia una canonjía á un hermano suyo que la solicitaba hacía tiempo.

—¿Canónigo nada menos quiere ser vuestro hermano?



OFICIALES DE NAPOLEON I OBSEQUIADOS POR DAMAS DE LA ARISTCCRACIA ITALIANA, cuadro de L. Alvarez



EN LA FERIA, cuadro de Baldomero Galofre (grabado por Sadurní)

Ambicioso sois, señor don Juan; pero viajemos juntos: lleguemos á Roma y Dios proveerá,—le contestó el obispo.

Llegaron á Roma en efecto y Su Santidad el Papa Clemente recibió al doctor Corcuera con las mayores muestras de deferencia. Al salir de la audiencia, repitió don Juan de Espina sus súplicas al doctor, y éste le dijo que mientras no fuera cardenal no podía hacer nada. Aquella misma noche fué nombrado cardenal el señor obispo y ¡caso raro! al amanecer se corrió la voz de que Su Santidad estaba en peligro de muerte. Murió el Papa aquel mismo día y se reunieron los cardenales en cónclave para elegir al sucesor de San Pedro. Al cónclave perteneció el nuevo cardenal, y D. Juan de Espina reiteró sus súplicas que ya iban cargando á Su Eminencia según el talante con que las oía.

¡Asombro de las edades! El doctor Corcuera, el ilustre salmantino, fué elegido Papa. Entre las salvas de artillería y los gritos de la multitud, tuvo que asomarse al balcón del Vaticano, y oir el célebre *Papam habemus*. Don Juan de Espina apareció á su lado é hincando la rodilla en tierra, le dijo:

—Señor, ahora ya lo puede todo Su Santidad. Tengo un primo hermano magistral de la Primada de Toledo, y deseo que sea obispo. Por las promesas que V. me hizo en mi casa, y que le reclamo, cuento con el obispado.

—Con la hoguera es con lo que puedes contar, infame brujo,—le respondió Su Santidad,—si no te quitas de mi presencia... Fuera de mi palacio ahora mismo, y de Roma mañana, si no quieres que te entregue mañana mismo al Santo Tribunal de la Inquisición; – y acompañando la ejecución á la amenaza, dió un empujón al buen D. Juan de Espina, que rodó aturdido por el suelo.

III

FINIS CORONAT OPUS

Abrióse la puerta del gabinete y la voz exclamó:

—Señor; las perdices están casi frías, y no va el señor deán á poder comer de ellas.

—Ponlas en la mesa, Mónica. El señor deán se irá á comer á su casa, si tiene qué, y yo me comeré las dos en celebridad del desengaño que he recibido. Marchaos á vuestra Catedral; dejadme á mí en mi casa, y aprended la magia donde os convenga, que yo ya os he conocido.

Restregóse los ojos el buen doctor, y todo se le volvía mirar á D. Juan de Espina; tentarse la ropa, abrir la boca sin poder articular palabra, y levantar los brazos al cielo.

D. Juan le volvió la espalda; dirigióse á la cocina precedido de la cocinera ó ama de gobierno, y el doctor Corcuera sin mitra, sin capelo y sin tiara, rodó mejor que bajó las escaleras del mágico, perdiéndose aturdido y confuso por las calles de Salamanca.

De este hecho histórico, dará razón al lector curioso, el *Conde Lucanor*; D. Juan Ruiz de Alarcón en su comedia *La prueba de las promesas*; y D. Juan de Cañizares en su obra *D. Juan de Espina en Milán*.

Luis M. de Larra

REDENCION

POR DON CARLOS QUEVEDO

¡Pobre Antonio! Era mi más querido amigo. Al recordar su muerte acuden las lágrimas á mis ojos. Triste historia la suya, tan triste como la de todos los redentores. Quiso redimir á un ángel, caído desde las alturas de la virtud á los abismos del vicio, y como todos los redentores fué crucificado. Ignoraba que la sociedad sujeta con fuertes lazos á los que á su pesar se revuelcan en el fango, y se ríe del que quiere arrancar al vicio algunas de sus víctimas.

Nació Antonio en la Isla de Cuba. Cuando empezó la insurrección separatista, su familia le mandó á estudiar á España temiendo que fuese á ingresar en las filas de los insurrectos que por su independencia luchaban. Pertenecía á una distinguida familia que á consecuencia de la guerra sufrió considerables pérdidas en su fortuna. Quisieron sus padres dedicarle á la nobilísima carrera de las armas, pero él se negó; no había nacido para matar, sino para curar; su naturaleza, sus inclinaciones, le indujeron al estudio de una santa ciencia; la medicina, cuyo ejercicio, bien entendido y según su frase, es más un sacerdocio que una profesión. ¿Hay algo más sublime – se decía – que arrancar por medio de la ciencia á un semejante de los brazos de la muerte? ¡Cuál no será mi satisfacción, el día en que sea médico y salve la vida de alguno de esos oscuros mártires del trabajo, de algún pobre padre de familia, cuya muerte ocasionaría la desgracia y la miseria de algunos seres inocentes!

Por tales sentimientos inspirado y de talento nada vulgar, fácil era presumir que con el tiempo sería una notabilidad en la difícil ciencia á que se dedicaba.

Empezó con gran entusiasmo sus estudios en el Colegio de San Carlos en Madrid y, al terminar el primer curso, hizo oposición á una plaza de practicante y salió vencedor entre varios de sus más notables condiscípulos, demostrando por la brillantez de sus ejercicios lo que de él podía esperarse y adquiriendo un nombre entre sus compañeros y profesores.

Pronto en el ejercicio de su misión, su carácter dulce le captó las simpatías y el cariño de los enfermos á quienes asistía, pues para todos tenía una palabra de consuelo y á todos cuidaba con tal esmero, que más parecía cariñosa madre que practicante de un hospital.

Conoció Antonio á Angela

> en la mansión de la pena
> donde la orgía almacena
> toda la carne que sobra;

como ha dicho Leopoldo Cano.

No juzgaba Antonio á estas infortunadas mujeres como la mayoría de las gentes, no las despreciaba. Su buen corazón, sus generosos sentimientos le obligaban á perdonarlas y compadecerlas, y decía refiriéndose á ellas: ¡Pobres Magdalenas que no encontráis un Jesucristo que os redima y os perdone vuestro primer delito, que consistió en amar demasiado! ¡Pobres huérfanas abandonadas que no cometéis siquiera ese primer delito, sino que os veis entregadas al insaciable vicio en edad en que no se tiene noción del bien ni del mal!

II

Irás comprendiendo, caro lector, el carácter del héroe de nuestra historia y comprenderás también con qué algazara y burlonas carcajadas escucharían sus compañeros y amigos estas para ellos extrañas palabras que calificaban de ridículamente sentimentales y noñas. Llamó un día la atención de Antonio, al hacer su visita diaria, el acento doloroso de Angela y la expresión y dulzura de su lenguaje tan desemejante del de sus compañeras de infortunio. Repitióse esta observación y pronto pudo convencerse de que Angela no era un ser vulgar, sino un alma de oro encerrada en cuerpo de barro. Nunca oyó salir de sus labios las blasfemias, ni las impúdicas quejas, tan comunes y tan oídas en aquel lugar. A medida que fué mejorando Angela, y á medida que fué Antonio ganándose su confianza, descubrió más tesoros de bondad y belleza, escondidos en aquel cuerpo. Cuando la conoció no era posible adivinar en su rostro rasgo alguno de belleza. La enfermedad había cubierto las gracias de los 19 años. Rompió la naturaleza, ayudada por la ciencia, aquel velo y renació la belleza, como aparece el sol brillante, después de la tormenta, rompiendo las plomizas y pesadas nubes.

Las muchas bellezas físicas y morales de Angela engendraron en el corazón del generoso estudiante, grandes simpatías y profunda compasión hacia ella, pues creía adivinar, crueles dolores y horribles sufrimientos en la vida de aquella mujer.

El estado de Angela era ya bastante satisfactorio, y un día, después de haberla curado, se entabló entre ambos esta conversación:

– Está V. ya muy bien, pronto estará buena del todo. Alégrese V., que muy en breve saldrá de aquí.

– ¿Alegrarme? Con gran dolor mío saldré!

– ¿Siente V. acaso abandonar el hospital?

– Sí.

– ¿Y por qué?

Angela guardó silencio.

– Es inexplicable su deseo. V. tendrá sus razones y debo respetar su silencio.

Pasó algún tiempo, mas un día y al pasar Antonio la visita vió junto al lecho de Angela á una mujer de miserable y repugnante aspecto, que al verle le saludó y dijo:

– Ya me ha hablado mi hija del gran interés que se ha tomado V. por ella y de los cuidados que la ha prodigado. Dios se lo tendrá en cuenta, señor; no sabe V. el bien que nos ha hecho. La miseria ya se apoderaba de nosotras. Nos moríamos de hambre sin el *trabajo* de ella.

El rostro de Angela se enrojeció al oir estas palabras y una lágrima brilló en sus ojos.

Antonio se quedó un momento perplejo, mas después al comprender el sentido de las palabras de aquella mujer que se atrevía á llamarse madre, dirigió una mirada de compasión á la desdichada Angela y con el corazón angustiado se alejó precipitadamente de aquel sitio sin mirar siquiera á aquella infame mujer; pues temió mancharse los ojos.

Al siguiente día se acercó Antonio al lecho de Angela y la dijo:

– Conocí ayer por las palabras de su madre, la triste situación de V. Refiérame V. su historia, cuénteme sus penas que deben ser muchas y grandes, desahogue su corazón en el mío. Crea V. que en mí tiene más que un amigo un hermano y no dude V. de que haré lo posible por ayudarla á salir de esa situación.

– ¿Y para qué quiere V. saber mi historia? De nuestros labios jamás sale la verdad. No quiera V. darme la mano. Del abismo en que estoy no es posible salir, y además nuestro contacto mancha y debe evitarse.

– Angela, la amargura de esas palabras y la idea que de V. he formado me aseguran y afirman la sinceridad de cuanto salga de sus labios. No me engañan la simpatía que ha sabido V. inspirarme y el cariño que empiezo á profesarla. Yo quisiera que confiara V. en mí como yo confío en usted.

– Pues bien, referiré á V. mi historia que quizá le divierta. Tal vez cuando la haya oído la califique de fábula, pero no importa, satisfaré su curiosidad: el agradecimiento me obliga á complacerle en cuanto desee. Escuche usted.

III

Mi historia es una historia vulgar, es la historia de muchas. Se ha repetido tanto, que va V. á hastiarse y aburrirse oyéndome.

Confusamente me acuerdo de cuando era niña. Era entonces más feliz que ahora, pero tampoco lo era del todo. La felicidad ha sido para mí fruta prohibida! Mientras mi padre estaba en casa, yo gozaba de gran libertad y mi madre no se atrevía á pegarme. Un día mi defensor, mi querido padre, enfermó. Muy breve fué su enfermedad, durante la cual quiso tenerme siempre á su lado. Murió, y al morir su última mirada fué para mí y al darme su último beso dijo: – ¡Angela! ¡pobre Angelita! quiera el cielo que no seas tan desgraciada como *aquella*.

Nunca he podido saber á quién se refirió, sólo sé que sus deseos no se han realizado, pues he sido y soy tan desgraciada como pudo serlo *aquella* á quien mi padre compadecía. Poco después de ocurrida su muerte nos trasladamos á otra casa más modesta que la que habitábamos, pues nuestra situación era muy precaria.

Mi padre había sido alpargatero y poco antes de morir empezaba con sus pequeños ahorros á comerciar en cáñamo con la esperanza de adquirir una pequeña fortuna. La muerte le sorprendió y no sé si el corto caudal que nos legó se perdió por negligencia de mi madre ó por mala fe de aquellos con quienes mi padre había comerciado.

Entonces fué cuando verdaderamente empecé á sufrir. Pasaba días enteros sin comer más que algunos pedazos de pan que mi madre me daba sazonados con insultos y malos tratamientos.

Un día, tenía entonces diez años, mi madre me llamó y me dijo: Es preciso que desde mañana empieces á trabajar, no es cosa de que yo me vea obligada toda la vida á mantener holgazanas.

Bien, madre, dije, y pensé: mi hermana, – hasta ahora no os he dicho que tengo una hermana, – es mayor que yo, tiene ya 14 años y no trabaja. Sin embargo esto no debía extrañarme, desde muy niña estaba acostumbrada á estas diferencias; á ella jamás la maltrataba mi madre, y satisfacía, dados nuestros medios, todos sus caprichos y deseos.

Al siguiente día me condujo mi madre á una fábrica de abanicos. Me dediqué á iluminadora, y al poco tiempo de aprendizaje, era ya oficiala y ganaba una peseta diaria. Transcurrido un año había adelantado tanto que me aumentaron el jornal, y nuestra situación mejoró merced á los siete reales que producía mi trabajo.

Parecía natural que mi madre me hubiese tratado de distinta manera, sin embargo no sucedió así. El producto de mi trabajo era casi totalmente consumido por mi hermana y mi madre, que me mantenían casi de limosna y me vestían con las ropas que ellas desechaban. A pesar de todo esto me consideraba feliz, no estaba en casa más que por la noche y en el taller no sufría. Mis compañeras me querían mucho y supe inspirar tal cariño á la mujer de mi principal, que casi todos los días me obligaba á comer con ella.

Conoció sin duda los malos tratamientos que recibía en mi casa y el disgusto que me producía tener que ir á ella.

Así pasaron tres años más, sin ningún incidente notable, hasta que por aquella época noté que cuando por la noche salía del taller me seguía un joven elegantemente vestido. Yo apresuraba el paso, pues por su aspecto conocí que era un señorito y siguiendo los consejos de mi maestra huía de ellos, pues decía que por la desigualdad de clase, ellos al acercarse á nosotras no llevaban más fin que el de engañarnos, ó burlarse de nosotras. Una noche á pesar de que yo siempre había sido esquiva con él se me acercó y me dirigió la palabra. No sé siquiera lo que me dijo, no lo ví y apresuradamente me metí en mi casa, de la que estaba ya muy cerca. Para evitar que se repitiera esta escena, referí á mi madre lo que había pasado y la supliqué que viniese á buscarme á la salida del taller. Mi madre se negó y me dijo: «La mujer que desea guardarse se guarda sola. Tú habrás dado motivo para que ese joven se haya acercado á tí. Pronto descubres tus mañas.» Callé y decidí defenderme sola Otra noche volvió el joven á hablarme, le supliqué que no me molestase y él sin hacerme caso me siguió hasta la misma puerta de mi casa. Mi madre le vió; yo temí su furor, mas contra lo que esperaba, nada me dijo, antes al contrario observé que desde aquel día me trataba hasta con cariño.

El joven cuyo nombre era Luis continuó persiguiéndome. Un día tuve que oirle y sus palabras no me desagradaron. «Angela, me dijo, ¿por qué huyes de mí? No tengas miedo, yo no trato de engañarte, no; te quiero con toda mi alma y en prueba de ello sabe que he hablado á tu madre y ella me ha concedido permiso para tener amores contigo, y para que te convenzas de que digo verdad, pregúntaselo esta misma noche.» Yo no me atreví á hacer lo que me dijo, mas aquella noche cuando iba á acostarme, mi madre me llamó. – Sal, – me dijo; salí y Luis estaba junto á la puerta de mi casa. Ya no me cupo duda de que mi madre aprobaba aquellos amores.

Esta escena se repitió muchas noches, fuí yo adquiriendo cariño y confianza en Luis que me aseguraba que me quería mucho y que se casaría conmigo.

Una noche en que desde el taller me acompañaba á mi casa me dijo:

– Angela, ¿quieres que entremos en este café? Tengo sed. – No, le contesté, me da vergüenza.

Insistió él y cedí.

Algo extraño sentí; sin duda la Providencia me anunciaba que por empezar á ceder caería del pedestal de mi virtud. Así fué. Luis me obligó á beber un licor que abrasó mi garganta y perturbó mis sentidos. No sé lo que por mí pasó. Al volver en mí me encontré en una casa desconocida para mí y lujosamente amueblada. Luis estaba á mi lado.

(Continuará)


LA RUBIA CIPRIANA

CIPRIANA

– Vives en Meudon, y esto me recuerda cierta historia, me gritó Carlos, un compañero de colegio, á quien hube de encontrar manos á boca en la calle de Rennes, á la salida de la estación.

Y sin que le manifestara yo el menor deseo de conocer la historia que me anunciaba, repuso con volubilidad:

– ¡Meudon!... una casa blanca con ventanas verdes y clemátides que trepan por todas partes; un jardincito delante poblado de rosales y detrás el valle... París en lontananza, un grande espacio de cielo cambiante como el humor de los enamorados, y donde puede uno mecer sus sueños é ilusiones en las ondulaciones de las blancas y fugaces nubes. – ¿No es así cómo habláis vosotros los poetas? – me dijo, dándome al mismo tiempo un coscorrón que por poco no me echa á rodar el sombrero nuevo. Los sueños constituyen el estado mental de los poetas ¿no es eso?

– Sí, á veces tengo pesadillas, – le contesté.

– ¡Ay amigo mío! – continuó diciendo Carlos, que ni siquiera me escuchaba, – lo que yo he soñado en mi vida es incalculable; pero, sobre todo con Cipriana; ¡Cipriana! ¡qué mujer!

Y me soltó otra manotada que dió en tierra con mi paraguas.

– Te dejo, – díjole con enfado.

Pero Carlos tenía ya agarrado uno de los botones de mi chaquet y tiraba de firme soplándome en la cara todo su entusiasmo retrospectivo.

– ¡Cipriana! – decía al mismo tiempo... – Figúrate una rubia de un rubio... rojizo... rojizo, no; dorado, con reflejos verdosos... En fin, un rubio ideal. Desde luego, el rubio es siempre ideal. ¿No lo crees tú así? Y sino, mira bien á las rubias y lo verás. Yendo al almacén durante años y años, he tenido ocasión de seguir y observar á las mujeres, y mis estudios sobre este punto son completos. Míralas bien. Ideal, te digo.

Y sin tomar aliento ni soltarme el botón continuó diciendo:

– ¡Cipriana! Es un nombre distinguido, ¿no es verdad? Cipriana me confesó el amor que yo había sabido inspirarle, después de haberla seguido y perseguido un mes entero, una hermosa tarde, en la esquina de la calle de La Fayette y del bulevar exterior, enfrente del despacho de los tranvías. Era también la primavera. ¡Ah! ¡la primavera! amigo mío, una estación ideal. Es como el color rubio la primavera: ideal; está bien dicho... ideal. Ya lo ves; yo he estudiado también la naturaleza durante años enteros, los domingos por supuesto y fiestas de guardar, y sé á qué atenerme sobre este punto. La primavera es la verdadera estación; te lo aseguro... mira bien.

Y continuó todavía:

– ¡La rubia!... ¡la primavera!... Yo era feliz, completamente feliz. Además, acababa de recibir una gratificación de manos de mi principal y no vacilé, ¿qué había de vacilar? Alquilé una casita en Meudon y fuí á encerrarme allí con Cipriana y su madre. ¡Cuán dichosa existencia!

– ¿Rubia también?

– No seas informal. Una existencia verdaderamente deliciosa. Treinta días después, me casé.

– Con Cipriana, por supuesto.

– No seas informal, – repitió dándome otro manotón.
– Harto se comprende: el sentimiento es cosa muy bella, hasta ideal. Sí, mantengo la palabra; pero no puede durar siempre; bien lo comprendes.

– Y ¿cómo fué eso?

– Yo te diré, yo te diré, y verás cómo aquello no podía durar siempre. Pues viniendo á París diariamente para mi servicio en el almacén, hube de encontrar muchas veces á una señora mayor con su hija, y á propósito de todo y de nada trabábamos siempre conversación. La madre era viuda de un negociante y vivía de sus rentas en Clamart y la hija estaba en estado de merecer.

– Adelante.

– Tomé informes, por tomarlos, sin pensar positivamente en pasar á mayores. Pero mi indagación me dió los más satisfactorios resultados. Madama Bouvreuil, que así se llama mi suegra, daba á su hija Elodia cincuenta mil francos de dote, y existía ó más bien se moría en la Charenta un tío tan viejo como rico, cuya única heredera era mi futura esposa.

– ¡Bravo!

– Hice algunas visitas á Clamart, los jueves, antes de ir á cenar á Meudon, hasta que un día me resolví á asegurar un porvenir tan brillante, bombardeando á la madre con una declaración en toda regla. No me negó la mano de su hija; pero me rogó que esperara. Comprendí que deseaba á su vez tomar informes del pretendiente, deseo muy legítimo, y partí confiado.

– Adelante pues.

– Tres semanas después se celebró la boda. Yo había abandonado á Meudon, hacía quince días, por conveniencia, por bien parecer, pero no sin dejar un recuerdo á Cipriana que lloraba al comprender que todas sus ilusiones quedaban desvanecidas. Mientras la pobre niña se enjugaba los escaldados ojos, deslicé yo disimuladamente un billete de cien francos en un anaquel del bufete, para que lo encontrara cuando sacudiera el polvo, según su costumbre diaria. El alquiler de la casita estaba pagado, y con esto podía la pobre vivir algún tiempo con su madre. Habiéndose retirado mi suegra definitivamente de Clamart para instalarse con nosotros en París, no tenía yo nada que temer de una vecindad que hubiera podido traer, en los bosques inmediatos, encuentros enojosos, y todo se arreglaba así á pedir de boca.

– En efecto, así se arreglaba todo, menos lo que no tenía arreglo.

– Hemos convenido en hablar con toda formalidad. Escúchame pues, que ya acabo en cuatro palabras. Un año se deslizó, como decís los poetas; pasó un año. Mi esposa me había dado ya fruto de bendición en un robusto niño, que tenía ya tres meses. Llegó la primavera y se decidió que mi suegra, mi mujer y mi hijo fueran á establecerse al campo, adonde iría yo también todas las noches, después de despachar mis negocios. Mi suegra recorrió las cercanías, en busca de alojamiento cómodo y alegre Todos queríamos el llamado *Bois-des-Colombes*, sitio distinguido; te lo aseguro. Pero, amigo mío, no se encontró nada en el dichoso Bosque de Palomas, ni en Asnieres. Mi suegra no se desalentó por eso y dirigió sus paseos é investigaciones hacia la orilla izquierda.

– Bien, y encontró...

– Poco á poco; no me interrumpas ahora que voy á cerrar esta historia verdadera como una novela fantástica. Mi suegra volvió triunfante de su expedición. Había encontrado á su regalado gusto lo que buscaba: una casita blanca con ventanas verdes y clemátides trepando por todas partes, con su jardincito anterior poblado de rosales. Y para que no me quedara duda, dijo la calle, el número, todo. Mi suegra estaba gozosa; yo, como puedes figurarte, mortificado: tengo principios. Era la misma casa que había habitado Cipriana en compañía de su madre, recuerdo de mis pasadas ilusiones.

– ¡Rara coincidencia!

– Rarísima.

– Pero en fin, nada arriesgabas ya.

– No me interrumpas; ya verás. Yo estaba mortificado, inquieto; tan inquieto y mortificado, como gozosa mi suegra, y le hice algunas objeciones, como la cercanía de los bosques.

– ¡Oh! – me contestó; – no hay nada más sano que los bosques.

– Meudon es húmedo, señora mía.

– ¿Qué sabes tú de eso?

– Luego, no es Meudon de lo más distinguido.

– ¡Que no es distinguido Meudon!

– Después de todo es muy ruidoso. Los domingos, sobre todo, es invadido el bosque por parejas y grupos de estudiantes y grisetas, lo cual no es muy aceptable, por su misma falta de recato y sobra de desenvoltura.

– Sin duda has dejado tú allí recuerdos, – dijo ahora mi esposa, entre agria y lacrimosa.

Yo protesté en descargo de mi conciencia y me sometí sin más objeciones. Muy luego hasta me asombré de haberme resistido. Una casa es una casa, y los principios son buenos; pero no se debe abusar de ellos.

– Adelante.

– El día siguiente firmé el compromiso del alquiler, y la propietaria, vieja puesta siempre de marmota, me reconoció. Yo le hablé al instante de mi esposa.

– Caballero, – me dijo sonriendo, – podéis estar tranquilo por esa parte: seré reservada.

Y cuando me despedía añadió:

– A propósito, el año pasado olvidasteis aquí algo.

Y sacando de un baul viejo una media de lana, introdujo en ella la mano y me presentó un billete de cien francos.

– Lo encontré, – me dijo, – en un rincón del segundo anaquel del bufete.

– ¡Pobre joven! ¡honrada mujer! – dije entre dientes.

Dicho se está que no quise recoger aquel billete. Cuando se da, no se recobra, como decíamos en el colegio. En cuanto á mi esposa, le hice un magnífico agasajo.

Con esto, se alejó de mí y le oí exclamar:

– Pero Cipriana, ¡qué desordenada y... Esa muchacha acabará en el hospital.

CLAUDIO COUTURIER

BOSQUEJOS MADRILEÑOS

LA FUENTECILLA

Tiene este nombre, porque era el que le correspondía, como pobre manantial de vecindad, hasta que con motivo de la restauración de Fernando VII, después del eclipse de la invasión francesa, y del eclipse constitucional; el Ayuntamiento de Madrid trató de embellecer la vía por donde entrase el Monarca en la Corte. Erigióse al efecto *La Puerta de Toledo*, y la *Fuentecilla* se trasformó en fuente con conatos de monumental, elevando su talla y adornándose con endriagos y serpientes.

Pero el pueblo sólo la conoce por su primitivo nombre.

La Fuentecilla es el corazón de los barrios bajos de Madrid, como punto de intersección de la exuberante vida que se desarrolla en los sitios inmediatos. Situada al fin de la calle de Toledo, es síntesis y núcleo de esta calle indescriptible, el punto más luminoso de un panorama desvanecedor.

Viniendo por dicha calle parece que no hay *más allá* en cuanto á contrastes, y bullicio y bizarrías, pero al llegar á la Fuentecilla, el ánimo se suspende describiendo nuevos horizontes.

Hombres, mujeres, niños y animales, todos agitándose y ocupándose en cosas diversas. Mendigos haciendo sus comidas al aire libre, buscadores *timando* á lugareños, gitanos tratando con chalanes, y celebrando sus contratos con rondas de copas á las puertas de las tabernas, mujeres de rompe y rasga, casi en paños menores, esperando


LA CASITA DE MEUDON

en la Fuente y entreteniéndose en pláticas y dicharachos. Taberneros, momentáneamente desocupados, en las puertas de sus establecimientos cruzados de brazos con una tranquilidad olímpica, ómnibus entrando y saliendo de las numerosas cocheras y corrales que allí abundan, chi-

cuelos haraposos, crisálidas de criminales bullendo por todas partes, ciegos cantando oraciones y romances acompañados á veces por los bramidos de las futuras víctimas del contiguo matadero, y parejas de orden público contemplando aquel desorden de la actividad, del hambre y de la astucia.

Las cabezas se iluminan con el sol del Mediodía, los ojos se encandilan con los efluvios de las tabernas próximas; aquello es un horno y un mercadillo á la vez.

Allí hay algo de Salvator Rosa y mucho de Goya.

Hasta hace poco la Fuentecilla tenía dos atractivos más. Los jueves era mercado de caballerías y los sábados de cueros. Esto se ha suprimido á fuerza de exuberancia; pues efectivamente, aquel sitio en tales días, no era mercado sino Torre de Babel. Afortunadamente las diez y ocho ó veinte tabernas, abiertas con tal motivo, subsisten, y juntas á las que hay en la próxima *Calle de Las Tabernillas*, ofrecen desahogo suficiente á los aficionados al mosto líquido. El vino corre por aquellos lugares, como se dice que corría el Pactolo en la edad mitológica.

La Fuentecilla ha perdido también recientemente una especialidad *sui generis*, cual era la famosa *tienda de las cananas*, almacén maravilloso de cueros labrados. Hallábase allí el más completo surtido de cananas que puede desearse, realzado por los mayores esfuerzos de imaginación. Cada canana tenía un mote, letrero, inscripción ó llámese como se quiera, y había algunos de estos lemas bordados en hilos de colores, más indescifrables que los jeroglíficos de la Alhambra; como, por ejemplo:

¡Unon vremey eba!

ó este otro:

Meyeno debal as

Los cuales quieren decir, con perdón de la ortografía, el primero, *un hombre me lleva*, y el segundo: *me lleno de balas*.

La calle de Toledo ha tenido siempre fama de enérgica y de valerosa. Es como el arrabal de San Antonio en París, el foco de la libertad, y cuando se levanta en son de pelea, la Fuentecilla es el cuartel general; pues, en efecto, no hay sitio más á propósito como base de operaciones. Próxima al campo y rodeada de callejuelas tortuosas y en cuesta que facilitan el ataque ó la retirada, la Fuentecilla es baluarte de toda insurrección. En este concepto es superior á la Plaza de Antón Martín, pero como ya he dicho en otra ocasión, no sé porqué *moda* revolucionaria, los sublevados han preferido ésta en los últimos alzamientos.



ESTUDIO PARA EL CUADRO *El Trabajo* de Arnaldo Ferraguti, *grabado por E. Mancastroppa*

La Fuentecilla es también famosa en los anales de la curia, porque tiene la mano pronta, pero hiere con nobleza. En la esgrima del cuchillo ó sea de navaja, hay varias diferencias; el chirlo en la cara es fanfarrón, la puñalada en la ingle es traicionera; de modo, que cuando un juez examina á un muerto violentamente, y le halla herido en el pecho, dice para sus adentros, refiriéndose al golpe de mano:

«Esto es un *presente alto*.»

Y en consecuencia, hace buscar al agresor por la Fuentecilla ó sus inmediaciones.

Las barricadas levantadas en la Fuentecilla en días de pronunciamiento han sido siempre notables. Las demás de Madrid eran desiguales y bullangueras, en éstas oíanse voces y tiros desperdiciados, en las de aquélla siempre dominaba el silencio y la solidez. Eran reductos impasibles y como enmascarados de donde, cuando era necesario y conveniente, salía la muerte. La Fuentecilla tiene la gloria revolucionaria de haberse adelantado á su siglo, presintiendo la barricada moderna. En el antiguo motín llamado de Oropesa, se construyó en este sitio una especie de castillo de donde partieron los amotinados para pedir *pan para el pueblo*.

La barricada que se levantó en la Fuentecilla el año de 1854, en las jornadas llamadas *de las barricadas*, era monumental, y apaciguado ya el tumulto, fué á verla todo Madrid.

Era la obra improvisada de la fermentación, la cooperación del empedrado, del morrillo, de la viga, de la barra de hierro, del trapo viejo, de la silla desfondada, del harapo, de la maldición: una mezcla de lo grande y de lo pequeño, el abismo parodiado por el barullo, la masa junto al átomo; Sísifo había arrojado allí su peñasco y Job su teja.

Un gran carromato estaba allí expuesto, de un lado á otro, con el eje hacia arriba, y parecía una cuchillada en el frontispicio del parapeto. Un ómnibus subido á fuerza de brazos á la cima de aquel hacinamiento de cosas, como si los arquitectos de tal construcción hubiesen querido burlarse, ofrecía su lanza á invisibles caballos del aire.

Si el mar construyese diques serían por este estilo. La barricada era el océano, y la ola la muchedumbre que la llenaba. Era la protesta tomando cuerpo en la madera, en el hierro, en el bronce, en la piedra.

Pero si entonces la Fuentecilla se adelantó á su época, rezagóse en la última contienda civil, puesto que el casarón conocido con el nombre de *Castillo de Carlos V*, desde donde algunos realistas locos quisieron imponer el absolutismo, está cerca de aquel lugar.

Tan célebre sitio no puede menos de tener su poesía especial.

Hace siglos que el Conde de Villamediana, rival en amores y según se dice víctima del rey Felipe IV, escribió, entre otras, la siguiente quintilla:

Tienes, Filena, tal red
En tu presencia sencilla,
Que al llenar tu cantarilla,
En enamorada sed
Se abrasa la *Fuentecilla*.

Y muy posteriormente, D. Diego Rabadán, el poeta loco que se creía condecorado por el Emperador de Rusia, publicó un soneto que corre parejas con otro suyo famoso *A los Reyes Magos*, y cuyo primer cuarteto decía así:

Te vide atravesar la *Fuentecilla*,
Y llevar una vela á la Paloma;
Y desde entonces á mi pecho asoma
El cupidillo dios su cabecilla.

La Paloma mencionada es la Virgen de la Paloma, cuyo santuario se halla en el barrio, dando lugar á que en muchas ocasiones le visiten príncipes y magnates.

Hay también otra copla popular que dice:

Caño de la Fuentecilla
Que manas para el torero
Peleón y Manzanilla.

Esto no es verdad, y la Fuentecilla no necesita de tales incentivos para ser uno de los sitios más animados, desvanecedores y pintorescos de Madrid.

Juan Bermúdez Escamilla

RECREACIONES CIENTÍFICAS

Nuevos juegos de equilibrios. – La figura 1 representa un juego de equilibrio que su constructor, Mr. Watilliaux, denomina *El enervante:* consiste en un pequeño plato de hoja de lata convexo y de superficie cónica con una cavidad central por el cual rueda una bola. El juego consiste en hacer que ésta llegue al agujero del centro por el simple movimiento del plato.

Hay varios modos de conseguir este resultado, pero para todos se requiere cierta habilidad: el verdadero, el que emplean los grandes equilibristas, consiste en hacer subir suavemente la bola por el plano inclinado inclinando poco á poco é insensiblemente el plato de manera que la bola se mantenga sobre el plano hasta llegar al agujero central.

Pero se consigue más fácilmente este objeto colocando la bola en el borde ó surco del plato y haciendo como si se quisiera llevar el agujero hasta debajo de la bola, en vez de llevar la bola hasta dentro del agujero, imprimiendo á este efecto al plato un movimiento alargado en dirección á la bola es decir hacia adelante ó hacia atrás, á la derecha ó á la izquierda según el punto en que aquélla haya sido colocada: este movimiento al que se ha de dar, por supuesto, la fuerza precisa para obtener la aproximación del agujero á la bola sin pecar por carta de más ni por carta de menos, es muy parecido al que se ejecuta cuando se recoge alguna cosa del suelo con una pala. Una vez adquirida cierta práctica en el movimiento podrá ejecutarse con éxito el juego aun á ojos cerrados, con tal de hacerse perfectamente cargo de la dirección de la bola, siendo de advertir que aquél resulta mucho más fácil hecho con una que con las dos manos.

La fig. 2 representa un juego americano llamado *Pigs in clover* (cerdos en la pradera): consiste en una caja de cartón con varios círculos que forman caminos concéntricos por los cuales circulan cuatro bolas que representan otros tantos cerdos. Los caminos concéntricos comunican entre sí por aberturas practicadas en las extremidades de un diámetro y en el centro hay una pequeña caja (el establo) con otra abertura á modo de puerta. El problema estriba en hacer entrar las cuatro bolas en esta cajita central por medio de los movimientos impresos al aparato: su solución es menos difícil que la del *Enervante*, pero no deja de requerir una mano ligera y experta.

(De *La Nature*)



Fig. 1. – Juego de equilibrio *El enervante*.



Fig. 2. – Juego de equilibrio americano *Pigs in clover* (cerdos en la pradera).

Barcelona.—Imp. de Montaner y Simón

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 19 DE AGOSTO DE 1889 — NÚM. 399

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

NUESTROS GRABADOS

PERSEGUIDO, cuadro de Augusto Dieffenbacher

(*Exposición artística internacional de Munich* 1888)

Las nieves acumuladas durante el invierno empiezan á derretirse, los torrentes rugen de nuevo con las aguas que de las altas cumbres descienden, el cielo, poco há liso y agrisado, puéblase de espesos nubarrones y la dura capa de hielo que cubría el lago ha desaparecido en algunos puntos y ostenta en otros grietas y manchas azuladas que indican su próxima disgregación. Nadie se aventura á atravesarlo. De repente aparece sobre la frágil superficie un desvencijado trineo y tendido en él un hombre que lleva una mano al pecho herido y con la otra aprieta convulsivamente el fusil, su amigo inseparable, y en cuyo rostro desencajado se retratan el cansancio y el sufrimiento: es el cazador furtivo que huye de sus perseguidores. Desangrado y rendido por la fatiga llegó á su cabaña sin aliento más que para decir á su pobre hija: –¡Es preciso atravesar el lago! – La valerosa muchacha, comprendiendo que va en ello la vida de su padre, coloca á éste en el tosco trineo y empuñando las largas pértigas empuja con brazo vigoroso el quebradizo vehículo y se lanza á aquella peligrosa travesía confiando en Dios y volviendo de cuando en cuando los ojos para ver si los que les persiguen se atreven á imitar su ejemplo.

Este cuadro impregnado de un sentimiento dramático de primera fuerza y pintado con una valentía poco común llamó poderosamente la atención en la Exposición Artística internacional de Munich de 1888. Su autor nacido en 1858 en Karlsruhe estudió primero en la Escuela de Industrias artísticas de Munich bajo la dirección de Echter y posteriormente en la Academia de la misma ciudad siendo allí sus profesores Lindenschmidt y Loffiz.

ESTUDIO PARA EL CUADRO «EL TRABAJO» de Arnaldo Ferraguti

He aquí un fragmento del cuadro que está pintando Ferraguti y del cual hablamos en nuestro número anterior: tan bello como el que entonces reprodujimos y quizás de más difícil ejecución por la actitud en que el autor ha colocado á la joven labradora, es un nuevo justificativo de nuestros anteriores elogios y viene á aumentar el



PERSEGUIDO, cuadro de Augusto Dieffenbacher

convencimiento de que *El Trabajo*, una vez terminado, será un *capo lavoro*, como dicen los compatriotas del autor; porque cuando se cuenta con tan buenas unidades y se domina el arte como lo domina Ferraguti, el conjunto de aquéllas resultante no puede menos de ser excelente.

Conducción de la reducción de la estatua «La Libertad iluminando el mundo» de M. Bartholdi

(Regalada por los norteamericanos á Francia)

El día 4 de julio último se inauguró en París la reducción de la estatua colosal que los franceses regalaron á los norteamericanos y que sirve hoy de potente faro en la entrada de la rada de Nueva York. La reducción recientemente regalada por los americanos á los franceses que se ha colocado en la punta de la isla de los Cisnes mide 8'60 metros hasta la cabeza y 11'40 hasta el extremo de la antorcha y su peso es de 11.000 kilogramos. Ha sido fundida en la fábrica de Thiebaut hermanos, en París, y trasladada á la citada isla en una sola pieza, recorriendo un trayecto de 6 kilómetros. Esta difícil operación fué dirigida por Mr. Chalet. Colocada la estatua en una especie de trineo, diez hombres la iban empujando por un camino formado con largas vigas jabonadas: así se avanzó al principio á razón de 500 metros diarios, trabajando día y noche, pero en vista de que á este paso no podría quedar aquélla puesta en la isla de los Cisnes para la fecha señalada, se sustituyó la fuerza de 10 hombres por uno de los grandes cilindros de vapor que sirven para apisonar grava y el día 28 de junio la estatua llegaba al sitio en que debía levantarse.

El buén éxito de la conducción ha valido en París unánimes elogios á Mr. Chalet.

CASTAÑO COLOSAL DE LA ISLA DE MADERA; detalle del tronco

Después del castaño del Etna, que con razón es tenido por el decano de sus similares y como el mayor coloso de su especie, pocos castaños habrá que aventajen al que se conserva en la isla de Madera, en una finca del conde de Carvalhal enclavada en Achada, parroquia del Campanario, á 23 kilómetros de Funchal. Mide 53 metros de altura y á un metro del suelo el tronco tiene 11'60 metros de circunferencia: en el centro del tronco hay una habitación cuadrada de 1'70 metros de lado por 2 de alto y en el lado Sud se abre una ventana de 0'52 por 0'57 metros. El árbol está aún en plena vegetación y su edad es muy difícil de determinar como sucede en todos los colosos de este género.

ESCENA CAMPESTRE, cuadro de Mr. Debat-Ponsan

(Salón de París de 1888)

En un apacible paisaje cuyo aspecto poético es á propósito para servir de decoración á una tierna escena, un joven pastor contempla amoroso á la graciosa pastora apoyada en el brocal de la rústica cisterna de donde aquél saca agua para abrevar á su dócil rebaño. La joven baja púdicamente los ojos y el carmín que asoma á sus mejillas y su actitud embarazada, á las claras dicen que una primera confesión de amor suena deliciosamente en sus oídos llevando á su espíritu una mezcla indefinible de turbación y de alegría.

¡Felices los seres en cuyas inocentes almas produce el amor tan puros sentimientos!

Mr. Debat Ponsan ha interpretado de una manera acabada ese delicado idilio. ¡Cuánto sentimiento en las dos figuras! ¡Cuánta verdad en los animales, árboles y flores! ¡Cuánta poesía, en fin, en toda esa escena campestre!

UN GRABADOR. RETRATO DE Mr. F. ROPS cuadro de Mr. Mothey

(Salón de París de 1888)

El cuadro de Mothey representa á uno de los primeros dibujantes y grabadores de Francia, Mr. Rops, y es indudablemente una de las mejores obras que se expusieron en el Salón de París de 1888.

El artista vestido con su traje de taller aparece envuelto en la luz que penetra al través del glaseado cristal de la ventana examinando atentamente una de sus pruebas antes de dar el último retoque de buril y de grabar su firma en la plancha que hará las delicias de tantos inteligentes y aficionados.

La expresión del semblante, los brazos, la figura entera del insigne grabador, los utensilios del oficio, la transparencia de la vitela, todo está estudiado con rara perfección y con una sencillez y una sobriedad de colores inimitables.

CABEZA DE ESTUDIO, cuadro de Salvador Sánchez Barbudo

(grabado por E. Mancastropa)

Perdónenos el autor de este cuadro, nuestro distinguido compatriota, que califiquemos de sobrado modesto el título que ha dado á su por tantos conceptos interesante trabajo: en éste se admiran no sólo la corrección de líneas de una testa en extremo simpática, sino también la propiedad de un rico traje de los pasados siglos y una colección de flores tan elegantemente dispuestas y con tanta habilidad pintadas que nos parecería absurdo calificarlas de accesorio indiferente. Reuniendo, pues, todas estas valiosas condiciones ¿no es verdad que el lienzo de Sánchez Barbudo merece un título más importante que el sencillo de *Cabeza de estudio*?

GUILLERMO ONCKEN Director de la Historia Universal

ESCRITA PARCIALMENTE POR VEINTIDÓS PROFESORES ALEMANES

que publica en esta ciudad la casa editorial de esta Ilustración

En nuestro número anterior dedicamos un extenso artículo biográfico á este concienzudo y notable historiador que ha sabido ocupar un lugar preeminente en su patria, donde tantos historiadores de nota florecen en la actualidad. Hoy insertamos su retrato como digno complemento de dicho artículo, y como justo homenaje tributado por una publicación, literaria al par que artística como la nuestra, al hombre que, en la reciente *Historia universal* que dirige con éxito y de la que es además uno de los principales colaboradores, ha elevado un monumento á las letras y á la crítica histórica moderna.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

CREMACION DEL CADÁVER de un caudillo idólatra en la Rusia Oriental

(Cuadro de Enrique Siemiradski)

El cuadro colosal del conocido pintor polaco representa una escena salvaje y horrible, tomada de una descripción de un escritor árabe de aquella época (siglo x). El artista nos transporta á una aldea del inmenso territorio de los Urales: allí ha fallecido el venerado caudillo que supo gobernar sabiamente en tiempo de paz y conducir en la guerra á sus vasallos á la victoria. El pueblo entero se apresta á tributar los últimos honores al cadáver según los usos y costumbres del país. En un lugar despejado y sólo rodeado de algunos árboles se ha levantado la inmensa hoguera sobre la cual descansa una barca de fantástico y saliente espolón: en ella yace sobre abultados cojines y bajo un toldo resguardado el inanimado cuerpo del príncipe cubierto de ricas vestiduras. A su lado vense colgadas las relucientes armas, que tantas veces blandió su férreo brazo en cien combates, y degollado su fiel caballo de batalla, y sobre el mortuorio lecho aparecen esparcidos ricos objetos de oro y de plata. A los pies del cadáver y presa de inmenso dolor está sentada la joven y hermosa favorita del caudillo que, destinada á morir, coge con mano convulsa el vaso que un repugnante viejo, cuya diestra blande afilado puñal, ha llenado de mortal veneno: dos leales siervas lloran desesperadas el terrible y cercano fin de su bondadosa princesa. Más abajo vense tres grupos que reflejan de una manera en extremo característica la índole distinta de la tristeza de los súbditos del difunto caudillo. A la derecha tres mujeres con el cabello en desorden se lamentan de la desastrosa suerte que espera á la pobre víctima de una superstición repugnante; en el centro un anciano bardo canta las hazañas del héroe que fué y á su alrededor siniestras figuras guerreras, los compañeros de combate del muerto, golpean sus escudos metálicos y con espantosa gritería procuran apagar las lamentaciones de las mujeres. Al frente del tercer grupo un hombre casi desnudo y con el rostro descompuesto empuña la encendida tea que ha de prender fuego á la hoguera: es el pariente más cercano del príncipe encargado de la última ceremonia. Detrás de él agrúpase la plebe que contempla ávida de emociones el espectáculo y por encima de cuyas cabezas sobresalen los asquerosos ídolos de una religión tan absurda como sanguinaria.

Este grandioso asunto ha sido maravillosamente tratado por Siemiradski: todo en él es magistral, así la composición en conjunto como cada uno de los detalles que en la misma entran; el espectador se cansa de admirar bellezas, el crítico es impotente para analizarlas una por una.

REDENCION

(Conclusión)

—¿Qué es esto, Luis? le pregunté.

—No te asustes, Angela mía, dijo Luis sonriéndome y acariciándome.

Jamás había visto aquella sonrisa en sus labios.

. . . .

Al amanecer de aquel día, las campanas de una iglesia vecina tocaban á muerto. Lloré y pensé que tocaban por mi virtud ya enterrada. Aquella sonrisa y aquellas caricias de Luis habían sido su tumba.

Salí de aquella funesta casa, temblando y temiendo el castigo de mi madre, mas ¿cuál no sería mi sorpresa al ver que nada me decía y me trataba con desusado cariño? En fin para abreviar y no cansar á V., le diré que siguiendo los consejos de mi madre y los deseos de Luis dejé de trabajar y fuí á ocupar una magnífica habitación en la que vivía con gran lujo. Luis no se contentó con robarme una virtud, quiso también arrebatarme la del trabajo.

Mi madre no habitaba conmigo, pero vivía cómoda y desahogadamente con lo que Luis le daba.

Pasaron así algunos meses y desde Valencia, lugar de mi nacimiento y en donde aconteció cuanto he referido, quiso Luis que nos trasladáramos á Madrid. Aquí como allí continuó mi vida de lujo y de placeres. Luis para satisfacer su vanidad me llevaba en magníficos carruajes á los paseos y me obligaba á frecuentar los teatros.

Esto me disgustaba, pues bien sospeché que Luis nunca cumpliría sus promesas. Yo no era para él más que un juguete, un objeto de lujo. El tiempo vino á demostrarlo. Al año de llegar á Madrid empezaron á escasear sus visitas; una nueva desgraciada, una bailarina del teatro Real fué entonces quien le cautivó. Por fin recibí un día una carta concebida en estos ó parecidos términos: «Ya comprenderás que nuestras relaciones no han de ser eternas. La familia á que pertenezco me impide cumplir las promesas que supongo nunca creiste; pronto te consolará un nuevo protector, y estos billetes de banco sostendrán tu lujo hasta que aparezca ese nuevo protector á quien habré evitado el trabajo de educarte.»

Quise devolverle aquellos billetes, pero mi madre se opuso diciéndome: «Los duelos con pan son menos.»

Vendí mis muebles y mis alhajas, me propuse ser honrada y no pude, quise trabajar y nadie me dió trabajo.

En Madrid era ya una... ¿Quién? Una. *La Angelita.*

Se consumió al poco tiempo el dinero que Luis me había dado y el producto de mis alhajas y caí en manos de otro amante y de otro y de muchos. Fué marchitándose mi única fortuna, la belleza, y el hambre me llevó al lupanar de donde salí para venir al hospital.

Esta es mi historia, la de muchas, la de todas.

Historia sin epílogo, pero fácil es adivinar cuál será este; volver á esta casa y morir aquí olvidada de todo el mundo y despreciada por él...

—Angela, tiene V. razón para dudar de todo el mundo, mas yo prometo á V. que no será ese su final. No todo en el mundo es maldad y perfidia.

IV

Aquel día vino Antonio á casa, vivíamos juntos; me contó cuanto había pasado, diciéndome después: —Como comprenderás, yo no puedo consentir que ese ángel vuelva á caer en el fango.

—¿Y cómo evitarlo? le dije, ¿qué piensas hacer?

—Con lo que mi familia me da para mis necesidades pueden satisfacerse las necesidades de dos.

—¡Ah! vamos, ¿y es esa la manera que tienes de regenerarla? declarándote su protector, su amante? número 1000 y tantos?

—Siento que no me comprendas, te había juzgado mejor. Pienso darla los medios para que encuentre manera honrada de vivir, bien ejerciendo su oficio, ó aprendiendo otro nuevo si es preciso.

—Apruebo tu pensamiento, pero cuida de no ser tú el maestro que la enseñe ese nuevo oficio.

Yo, como todos, no había conocido hasta entonces á Antonio, los hechos me demostraron que me había equivocado. Antonio buscó y alquiló una casa en un barrio escondido de Madrid, la amuebló con suma modestia y cuando Angela salió del hospital fué á ocuparla. El día en que se instaló en ella, Antonio la dijo: «Yo no soy un nuevo amante, proporcionaré á V. los medios de que viva honradamente, trabaje V., el trabajo borra todas las culpas.»

Un año vivió así Angela; por mediación de Antonio encontró trabajo en una tienda y cosiendo ganaba tres reales con los cuales casi se mantenía. Antonio la había señalado 25 duros mensuales, pero á los dos meses no quiso aceptar más que 12; decía que con ellos y con lo que ganaba vivía hasta con lujo. Durante este año Antonio no dejó ni un solo día de ver á Angela. Ni una sola palabra de amor se mezcló en sus conversaciones, y sin embargo Antonio amaba tiernamente á Angela, y ésta, cómo no había de amar á Antonio!

Al cabo del año Angela había sufrido un cambio notable en su parte física y moral. La tranquilidad había hecho que recuperase del todo su antigua hermosura y el trato con Antonio la había instruído, pues éste le regalaba libros que ella leía con afán, y como estaba Angela dotada de un claro talento natural, estas lecturas dieron sus frutos saludables.

Angela era feliz, sólo una sombra oscurecía su felicidad, su madre, su verdadero ángel malo, que al hablarle de Antonio le decía: «Has hecho una gran adquisición, un amante tonto y pobre, así sois todas.» Angela tapaba su boca infernal dándole algún dinero, privándose á veces de lo más necesario.

Un día recibió Antonio una carta de su padre, reprendiéndole duramente y diciéndole: «Por tu primo y encargado en esa el conde de V. he sabido la licenciosa vida que llevas; yo me sacrifico para que tú puedas recuperar una fortuna que la desgracia nos ha arrebatado, y tú gastas el dinero y el tiempo en amores fáciles y que te rebajan, exponiéndote á algo muy grave. Si no abandonas á esa muchachuela, de la que te has nombrado protector, me veré precisado á tomar medidas de rigor, de las que sabes soy enemigo. Nada más te digo por hoy, tú verás lo que debes hacer.»

Esta carta disgustó mucho al pobre Antonio, fué una espina que le clavaron en el corazón. La indignación que le produjo le hizo conocer lo mucho que amaba á Angela.

Al ir aquel día á verla, se retrataba en su cara lo que sufría. Angela lo conoció, le preguntó la causa de aquel disgusto y él disimuló y negó sus sufrimientos.

Al siguiente había ya tomado su resolución. Fué á ver á su primo el conde de V.

—Carlos, le dijo, mi padre me escribe y me reprende, bien sabes el motivo y bien conoces que tú la has provocado.

—Sí, yo he sido; al hacer lo que he hecho he creído que cumplía con mi deber.

—Pues yo creo que has obrado de ligero; tú no conoces á Angela, si la conocieras pensarías de otra manera.

—He conocido á muchas, todas son iguales, —dijo el Conde.

—En resumen, replicó Antonio. Mi padre pretende que yo no haga una obra de caridad, y yo no escucharé su pretensión.

—¿Llamas á eso obra de caridad? no me parece mal; obra de caridad es amar á la *prójima*.

—Vengo á preguntarte qué castigo se me impondrá si desobedezco á mi padre.

—Tengo orden, —dijo el Conde, —de obligarte á que salgas de Madrid y de no darte dinero, sino de pagar yo mismo cuanto gastes en tu persona.

—¿No es más que eso? pues bien, renuncio á la pensión que me pasa mi padre; yo sabré hasta dentro de pocos meses en que seré médico, trabajar y ganar lo suficiente para mí y para ella.

—Antonio, medita bien lo que haces; tú no conoces el mundo, te has dejado engañar por el canto de esa sirena.

—Bien meditado está; esa á quien tú llamas sirena, es un ángel; si su cuerpo se manchó, su alma se conservó siempre pura. ¡Cuántas mujeres existen en el mundo que valen menos, mucho menos que ella, pues si su cuerpo es puro su alma es en cambio un pozo de cieno! Y cómo comparar la pureza del cuerpo con la del alma, que es lo que nos hace grandes, que es un pedazo de la Divinidad, que nos iguala á Dios y que...

—Basta, basta, —dijo el Conde, —no te eleves tanto;



ESTUDIO PARA EL CUADRO *El Trabajo*, de Arnaldo Ferraguti, *grabado por E. Mancastropa*

baja, baja á este pobre y despreciable mundo. Hablas con el fuego propio de los 24 años y de tu carácter vehemente y apasionado; todavía no se ha extinguido en tu corazón el calor que da el sol de tu país. Contigo no es posible discutir. ¿Estás decidido á hacer lo que has dicho?

– Sí, – dijo Antonio.

– Pues bien, yo se lo comunicaré á tu padre y él decidirá lo que debe hacerse; hasta entonces sigan las cosas como hasta aquí.

– Hemos terminado, – dijo Antonio.

Se despidió del Conde y salió de su casa en dirección á la de Angela; refirió á ésta todo cuanto había sucedido y la dijo: – Angela, yo no abandonaré á V. de ninguna manera. No sé si V. habrá conocido que yo la amo; por las circunstancias especiales en que nos encontramos, mi respeto hacia V. es la mejor prueba de mi amor. Si V. me ama, yo esperaré ser médico y completaré mi obra.

Al oir estas palabras, el rostro de Angela se cubrió de vivo carmín, por sus ojos pasó un rayo de felicidad infinita, su alma se estremeció y experimentó un éxtasis como el que debieron sentir Adán y Eva cuando se dieron el primer beso de amor... ¡Antonio la amaba! Sin embargo dominó su emoción y contestó friamente:

– Antonio, yo agradezco su amor, pero no puedo aceptarle.

– ¿Cómo? ¡no me amas! – dijo Antonio.

– Sí, sí, te... – dijo Angela no pudiendo contener sus palabras, mas luego se dominó y añadió: – Amo á V. como á un hermano, no de otra manera. Yo no puedo amar, mi corazón está muerto; además mi amor mancharía á usted.

En aquel momento Dios en el cielo debió sonreir de la misma manera que cuando Abraham iba á sacrificar á su hijo Isaac: Angela acababa de sacrificar al hijo más querido de su corazón; su amor por Antonio.

Este al oir las palabras de Angela quedóse frío y mudo, y después de breves momentos de silencio dijo:

– No quiero insistir, si V. accediese ahora á mi amor no creería en él, lo tomaría por agradecimiento; – y dicho esto salió precipitadamente de la casa de Angela.

Al quedarse ésta sola, lloró: su llanto era de felicidad y de tristeza; de felicidad porque Antonio la amaba, y de tristeza porque creía deber suyo matar aquella felicidad.

Largo rato meditó Angela y por fin tomó esta resolución.

Ella era la causa de que la familia de Antonio le abandonase, ella era la causa de su desgracia; debía pues huir de él. Al siguiente día vendió los muebles y salió de Madrid sin despedirse de Antonio; no tuvo valor para ello. Cuando éste fué á verla le dijeron los vecinos que había devuelto las llaves de la casa. Antonio no podía creerlo: después de dudar un instante, se dirigió precipitadamente á la casa de su madre y tampoco Angela estaba allí. Al saber la madre de Angela que ésta había huido, dijo:

– Era natural, habrá encontrado un amante rico. De tal madre tal hija.

– ¿Cómo? – dijo Antonio.

– Sí, Angela no es hija mía. Su padre, mi marido, tuvo después de casado conmigo una querida, de la cual es hija Angela; yo fuí tan buena que la recogí cuando murió su madre, aquella mala mujer que tanto me hizo sufrir.

– Sí, bien te has vengado en la hija de los sufrimientos que te causó la madre, – pensó Antonio.

Antonio buscó inútilmente á Angela; cuando perdió la esperanza de encontrarla, la tristeza más profunda se apoderó de él, se pasaba horas enteras encerrado en su cuarto y nada le distraía. Esta tristeza fué minando su naturaleza pobre y raquítica, y enfermó.

Le aconsejaron los médicos que saliese de Madrid cuyo clima frío le era perjudicial, ordenándole que fuera á Valencia. Era la época de vacaciones de Navidad y le acompañé. Cuando apoyado en mi brazo nos dirigíamos á la estación se acercó una pobre mujer á pedirnos una limosna; al escuchar su voz, Antonio se volvió, la examinó y reconoció á la que había conocido como madre de Angela.

– ¿Cómo? – le preguntó, – ¿usted en ese estado?

– Sí, señorito; soy muy desgraciada, el ejemplo de Angela contaminó á mi hija Teresa. Mire V. cómo recompensa Dios las buenas acciones. Mi hija se escapó un día con un amante sin acordarse de que abandonaba á su madre ya vieja. La he encontrado después y no parece aquella hija á quien tanto he querido; me negó una limosna que le pedí. ¡El mal ejemplo puede mucho! ¡Maldita sea Angela!

Antonio al oir esta maldición se estremeció, tuvieron que sostenerle para que no se cayera. Estaba ya muy enfermo. Dió una limosna á aquella mujer, y continuamos nuestro camino.

A los pocos días de llegar á Valencia creí que la enfermedad de Antonio era leve y que pronto sanaría. La exuberante y espléndida naturaleza de aquel país, aquel cielo y aquel sol brillante, recordaban á Antonio su país y le mejoraron algo. Estuvo unos días sonriente y alegre, pero pronto volvió á caer en su mortal tristeza. Jamás hablaba de Angela ni quería oir hablar de ella; le mataba la duda de si le engañó, de si fué ingrata, de si volvió á entregarse en brazos del vicio.

Cada día que pasaba iba empeorando Antonio, los médicos dijeron por fin que se moría. Antonio no lo creía así. Un día en que se encontró algo mejor, dijo:

– Mira, tengo un deseo.

– ¿Cuál?

– Quisiera dar un paseo, hoy está el día muy hermoso.

– Bien, cuando venga el médico le preguntaremos si da permiso.

El médico no se opuso á su deseo.

Salimos en carruaje y la casualidad hizo que pasáramos por el hospital; al pasar me dijo:

– Este es un magnífico hospital, uno de los mejores de España. Bajemos, quiero entrar á verlo.

– De ninguna manera, – dije yo, – ese espectáculo te podría perjudicar.

– No; estoy muy acostumbrado; al contrario, se me figurará que voy á clase.

No hubo medio de oponerme, insistió tanto que bajamos y entramos.

Recorrimos varias salas. Antonio parecía encontrarse bien. Entramos en una sala de mujeres y noté que por las mejillas de Antonio corría una lágrima; la enjugó y me dijo:

– Como estas infelices estaba Angela, así la conocí.

CONDUCCIÓN DE LA REDUCCIÓN DE LA ESTATUA *La Libertad iluminando al mundo*, regalada por los norteamericanos á Francia

Salimos y al atravesar otra vimos que un sacerdote estaba junto á una cama.

Sin decirme nada se soltó Antonio de mi brazo y se arrodilló á los pies de la cama.

Cuando terminó el cura se incorporó, dirigió una mirada á la moribunda y lanzó un débil grito. – ¡Angela! – dijo, y se precipitó hacia su lecho, pues efectivamente era ella á quien reconoció á pesar de lo desconocida que estaba. Abrió los ojos y los fijó en el cielo. – Gracias, Dios mío, – dijo, – muero feliz!

– Morir tú, no, Angela, no, quiero que vivas, todavía hemos de ser felices, bastante nos ha probado Dios. Verdad que me amas? verdad que no me engañaste? verdad que el vicio no se volvió á apoderar de tí?

– Antonio, te amaba con toda mi alma, te amo y después de muerta seguiré amándote. Huí de tí porque lo creí mi deber, mi amor te hubiera hecho desgraciado. Vine aquí y seguí trabajando, y no sé si el exceso de trabajo ó el verme ausente de tí me hicieron contraer la enfermedad de que muero.

Antonio introdujo su brazo por debajo de su cuello y la incorporó. Estuvo un momento contemplándola y la pasión tanto tiempo reprimida estalló en un momento y la dió un largo beso en la boca. Angela volvió á la vida y dijo: – Gracias, ese beso ha purificado mis labios y me ha abierto las puertas del cielo. ¡Adiós!

Inclinó suavemente su cabeza en el hombro de Antonio y su alma coronada de azahar voló á la eternidad abandonando el impuro cuerpo que la había aprisionado.

La contempló Antonio un instante, después dijo:



CASTAÑO COLOSAL DE LA ISLA DE MADERA, detalle del tronco

– Todo ha concluído: por ella vivía, ya ha muerto, yo también moriré pronto, muy pronto.

Al subir al carruaje se desmayó; hasta entonces el mismo dolor le había dado fuerzas.

En cuanto llegamos á su casa se acostó y tuvo un gran vómito de sangre. El médico no respondía ya de su vida. Dos días más vivió durante los cuales únicamente dijo:

– ¡Cuán largo se hace el camino que he de recorrer hasta llegar adonde está ella!

Poco antes de morir me dijo: – Conozco que ya llegó el término de mi viaje. Soy muy feliz. Angela no me había engañado, en el cielo me espera, en su patria y la mía, y ya no nos separaremos nunca.

Pronunciadas estas palabras su alma se separó del cuerpo y fué en busca de la de Angela. Al hacer el médico de cabecera la papeleta de defunción puso en ella que había muerto de tisis; yo dije para mí:

– Antonio ha muerto de nostalgia del cielo.

CARLOS QUEVEDO

UN PUEBLO ESPAÑOL

de cuarenta siglos há

Remota es la fecha, lector amigo, y no sería de extrañar que al leer el título que encabeza estos renglones, escéptica sonrisa asomara en tus labios y que si al cabo te decidieras á emprender su lectura, fuera bajo el supuesto de que sólo se trata de un producto de la imaginación informativa, como llaman hoy en día ciertos estéticos á la función más interesante de la fantasía creadora.

Y sin embargo no es así: lo que vamos á exponer, prescindiendo de disquisiciones etnográficas y arqueológicas, impropias de un trabajo de la índole del presente, no es



ESCENA CAMPESTRE, cuadro de Mr. Debat-Ponsan (Salón de París de 1888)



CREMACIÓN DEL CADÁVER DE UN JEFE DE TRIB

CUADRO DE H



U DE LA RUSIA ORIENTAL, ÈN EL SIGLO DÉCIMO

. SIEMIRADZKI



UN GRABADOR RETRATO DE Mr. F. ROPS, cuadro de Mr. [illegible] (Salón de París de [illegible])

más que un capítulo verídico de la historia de la humanidad, hallado no ha mucho en las cordilleras de montañas que se yerguen altivas en las provincias de Almería y Cartagena.

Veamos cómo: allá por el año 1881 dos ingenieros de minas, de nacionalidad belga, Enrique y Luis Siret, dedicados á estudios de su profesión, en la zona montuosa que se extiende á orillas del Mediterráneo, desde el Cabo de Palos al de Gata, notaron con perspicaz inteligencia, antiquísimos restos de moradas y sepulturas, que haciéndoles suponer la existencia de interesantes objetos arqueológicos pertenecientes á la época proto histórica española, les decidieron á emprender una exploración metódica llevada á término durante siete años con perseverancia verdaderamente flamenca.

El éxito sobrepujó á las esperanzas. Las sierras de Ballabona, Almagrera, Bedar, Enmedio, Almenaras, Almagro y Cabrera, entregaron los tesoros que ocultaban en sus cavernas y en la cima de sus más escarpados picachos, y joyas, armas, utensilios, cerámica, restos indumentarios y otros objetos de diversa índole, se acumularon por miles en poder de los escrutadores extranjeros, que poco después los trasladaron á Bruselas, fundando un «Museo prehistórico español,» burlando así las legítimas aspiraciones de los que deseaban que tales preseas no hubieran salido de la madre patria.

Pero ya que los preciados objetos dejaron de pertenecernos para siempre, podemos consolarnos en algún modo con la magnífica obra que bajo el título *Les premières âges du metal dans le Sudest de l'Espagne* han publicado en Amberes, recientemente, los Sres. Siret con la erudita colaboración del Dr. Víctor Jacques y de Mr. P. J. Beneden. A más de los numerosos grabados que ilustran el texto, acompaña á la obra un album magnífico, conteniendo un mapa del territorio explorado y setenta láminas en folio mayor, en las que por medio de la foto tipia se reproducen planos, vistas y miles de objetos dibujados del natural por Luis Siret.

Tanto por el lujo tipográfico como por las condiciones artísticas de la ilustración, resulta la edición verdaderamente regia, cualidad que no es de extrañar, atendiendo al éxito que semejantes trabajos alcanzan en el extranjero, donde el erudito que dedica su inteligencia al cultivo de una rama cualquiera del saber humano, y logra sobresalir en ella, tiene la seguridad de que sus compatriotas no se contentarán, como sucede en alguna nación, que no es menester nombrar, con elogiarle en prosa y verso y celebrar algunos banquetes en su honor, dejando en tanto, que los volúmenes producto de sus vigilias vayan á sepultarse en los sótanos de las librerías. Es de advertir además, que la obra que nos ocupa, logró en el Concurso Martorell de Barcelona el premio de 20.000 pesetas ofrecido al mejor tratado de arqueología española, lo cual indudablemente ha debido contribuir á la esplendidez de la edición. En verdad que los hermanos Siret no pueden estar descontentos de la nación que después de proporcionarles un tesoro, por cuya propiedad se piden hoy al *British Museum* sobre 40.000 duros, les entregó abundantes recursos para darlo á conocer *urbi et orbi*.

Hora es ya que entremos en la enumeración de los objetos descubiertos, que tengan alguna relación con el arte ó mejor dicho con las industrias artísticas, prescindiendo de aquellos que se relacionan con la etnología, craneoscopia, geología, metalurgia, etc., y que no son pocos en número ni escasos de importancia, mas antes haremos una breve indicación acerca del pueblo á que pertenecen.

Dos distintas ramas del tronco jafético poblaron la Península en los tiempos ante históricos, la ibera y la celta, y según el parecer de los autores de *Les premières âges du metal*, deben atribuirse á la segunda los objetos exhumados. Esta afirmación hecha con las oportunas reservas no es tan precisa que pueda tenerse por indudable, y no falta quien opine de distinta suerte, mas como no sería oportuno terciar aquí en la discusión, como celta consideraremos al pueblo que nos ocupa.

A juzgar por los datos que suministra D. Manuel de Góngora en su inestimable trabajo: *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*, caracterizó á los iberos cierta independencia y afición á la vida nómada que impidió formaran agrupaciones tan considerables de viviendas como las descubiertas en Cartagena y Almería. Así mientras aquellos, se supone que se dedicaron principalmente á la caza y el pastoreo, los celtas mostraron especial afición á las artes industriales y en especial á la cerámica y metalistería, como vamos á ver, formando pueblos de alguna importancia.

Condensando en un tipo común los datos que suministran las exploraciones verificadas en Gatas, el Argar, Fuente Alamo, Caldero de Mojacar, etc., puede asegurarse que los celtas españoles edificaban casi siempre sus moradas en algún cerro elevado cuya aspereza natural constituía el primer elemento de defensa de sus habitantes. Como en algunas ocasiones el sitio elegido no era del todo inaccesible, se le convertía en tal por medio de cortaduras y gruesos murallones de piedra suelta que sólo permitían la subida por un camino escarpado y fácil de atajar con pedruscos prevenidos al efecto. Ya en la cumbre los constructores encaminaban sus esfuerzos á defender el pueblo por recintos de aparejo irregular, cuya principal fortaleza consistía más en el espesor de los muros que en lo sólido de su trabazón.

A su amparo cada cual edificaba su casa, donde podía ó mejor le parecía, y como el terreno pocas veces era llano, puede suponerse que el aspecto de la población sería pintoresco, aunque pobre y miserable.

Por regla general las casas se componían de cuatro muros de piedra suelta, cubiertos por troncos que servían de sostén á un cañizo sobre el cual se apisonaba una capa de tierra arcillosa defendida de las aguas por juncos dispuestos en forma análoga á la que afectan las cubiertas de las barracas de la huerta de Valencia. Alguna de estas moradas constaba de dos pisos, suponiéndose que el bajo se destinaba á cuadra y almacén y el alto á vivienda. Nada se ha encontrado que permita asegurar de qué medio se valían los moradores para cerrar las puertas y ventanas, pero cabe conjeturar que debieron valerse de tablas groseramente desbastadas unidas por algunas trabas sujetas con cuerdas ó clavos.

El mobiliario de estas chozas de los españoles primitivos era sencillísimo y correspondía á la rudeza de la construcción. En casi todas ellas se advierten adosados á los muros bancos de piedra sobre los cuales, pieles ó haces de paja debieron constituir las camas. Algunos escabeles de madera, varias estacas clavadas en las paredes para sostener las armas y utensilios, un hogar, una piedra lisa con su molón, para triturar el trigo, y algunas vasijas de barro rojo ó amarillento adornadas con rayas groseramente trazadas y dispuestas, completaban el ajuar de aquellas pobres gentes.

Algunas de las construcciones descubiertas ofrecen mayor capacidad que las demás y en ellas se advierten buen número de bancos repartidos por todo el circuito, excepto en el trozo que corresponde á un horno, parte excavado en la roca y parte construído con losas de buen tamaño. Por los residuos hallados en estos locales se ha venido en conocimiento de que unos eran alfarerías y otros fundiciones donde se fabricaban los variados objetos de metal descubiertos en habitaciones y sepulturas en número de 2335, los menos de oro y plata, los más de bronce y cobre.

Tales eran estos pueblos primitivos que tan grandes analogías guardan con las Acrópolis pelásgicas de la Argólida y con las construcciones exploradas por Mr. Schliemann en Hissarlick, presunto emplazamiento de la célebre Troya.

Pero estas poblaciones céltico españolas no sólo defendían y albergaban á los vivos, sino que al propio tiempo, prestaban lugar seguro de reposo á los restos de los que ya no existían. En el Argar, en Gatas, etc., así en los espacios que dejaban libres las casas, como escondidas en las paredes de éstas y hundidas en el interior de las moradas se han descubierto centenares de sepulturas, formadas unas por seis losas planas que constituían la tumba, y otras las más características, reducidas á una robusta tinaja dentro de la cual yacía un esqueleto y algunas veces dos de diverso sexo, tal vez marido y mujer. Presentan estas urnas fúnebres la forma ovoidea truncada, son de recia construcción, y alguna ofrece la particularidad de presentar en su parte externa, una serie de mamelones hemi-esféricos que los descubridores sospechan si serían indicación de que el cadáver por ellas contenido pertenecería al sexo femenino, presunción confirmada por el hallazgo del esqueleto de un niño de corta edad, que debió fallecer al propio tiempo que su madre y por tanto ocupar la misma sepultura.

Sea de ello lo que fuere, en casi todos estos enterramientos se han hallado vasijas de variadas formas, que al parecer contuvieron sustancias alimenticias, armas, utensilios, joyas y restos indumentarios, merced á los cuales podemos intentar la descripción de los trajes y armas de nuestros antepasados en la edad del metal.

Comenzando por el bello sexo haremos notar que las mujeres de tan remota época vestían con la sencillez á que les obligaban los escasos medios suntuarios de que podían disponer, pero que no perdonaban absolutamente ninguno de los que les eran conocidos, para aumentar sus gracias naturales. Collares de varias vueltas formados por sartas de caracoles, conchitas, huesecillos, esferitas de alabastro cristalizado y arcilla cocida, y cuando nó, pequeños cilindros de cobre, bronce ó metales preciosos, en una palabra todo cuanto podía ensartarse le servía á la mujer primitiva para ceñir su cuello y formar una especie de pectoral sobre su desnudo seno. No les eran desconocidos los pendientes de oro, bronce y cobre formados por un hilo arrollado en espiral, ornamento que no sólo colgaban de las orejas sino que les servía para adornar la cabeza sujetándolo sobre el velo en torno de las sienes. Algunas, sin duda esposas de los dignatarios de la tribu, ostentaban diademas de oro y plata, ya en forma de sencillo listel, ya con un adorno sobre la frente que recuerda el *ureus* faraónico. Completábase el adorno femenino con multitud de anillos, brazaletes, ajorcas y groseros imperdibles que nada ofrecen de artísticos.

Los trajes debieron consistir en túnicas cortas y abiertas por los lados, unas veces de piel, y otras de finísimo esparto, cuando nó de lino tejido con bastante primor y cosidas con punzón, utensilio que se ha encontrado en casi todas las sepulturas que encerraron el cadáver de una mujer.

En cuanto á la indumentaria masculina estamos reducidos á meras conjeturas, pues no parece que los montañeses de Almería y Cartagena usaran las túnicas y gorros de esparto delicadamente tejido que según Góngora vestían los esqueletos hallados en 1857 en la *Cueva de los murciélagos* de Albuñol. Otro erudito arqueólogo, don Francisco Danvila y Collado, en su obra *Trajes y Armas de los Españoles*, afirma de acuerdo con Champollion Figeac, que puede deducirse el traje primitivo de los celtas de una entalladura existente en Biban el Moluc en el hipogeo de un Faraón que reinaba á orillas del Nilo hacia el año 1600 antes de Cristo y en la cual se representan todos los pueblos conocidos de los egipcios. «Entre ellos es de notar, dice, el *Tamhou* ó europeo que es el celta primitivo de blanca piel, ojos azules y pelo blondo ó rojo. Este pelo se ve en el centro de la cabeza echado hacia atrás y recogido en una especie de bolsa adornada con perlas, y dispuesto á los lados en dos trenzas que bajan de las sienes hasta el cuello. Dos plumas colocadas en sentido inverso completan el adorno de la cabeza. Un manto ó capa prendida al hombro izquierdo y con un agujero por donde saca el brazo derecho, le cubre hasta los tobillos. El manto en algunas entalladuras parece de piel de buey con su pelo y en otras de tela burda de lana con algunos dibujos formados por el tejido. Está ceñido al cuerpo por una cintura de cordeles. Este verdadero salvaje muestra además el rostro y los miembros tatuados como los actuales indígenas de la Oceanía.»

Nada se ha hallado en Almería y Cartagena que permita ampliar estos datos, pues los Sres. Siret sólo mencionan trozos de tela que debió estar teñida de rojo y restos insignificantes de un gorro y de unas esparteñas.

Las armas usadas por los celtas españoles son conocidísimas por ser las mismas de sílice, hueso, bronce y cobre que usaron en general todos los pueblos primitivos é idénticas son las encontradas por los Sres. Siret, consistentes en hachas y puntas de flecha de metal y piedra tallada ó pulida, puñales y espadas de cobre y bronce, los primeros de 4 á 22 centímetros de longitud y las segundas de 60 á 65 centímetros conservando señales de haber tenido empuñaduras de hueso ó madera. También se han hallado algunos lanzones de robusta construcción y afilada punta.

Para terminar haremos mención del encuentro de algunas figuras de barro rústicamente modeladas, que pretenden imitar la forma de un cuadrúpedo, al parecer toro ó vaca. Tan toscos simulacros que parecen salidos de infantiles manos son los más antiguos monumentos que pueden presentarse del arte escultórico español y comprueban la idea de que los primitivos habitantes de la Península profesaban la zoolatría ó culto de los animales como símbolo ó emblema de los poderes misteriosos de la naturaleza.

Muchas hipótesis pudiéramos aventurar referentes al pueblo que nos precedió en la posesión de las risueñas costas del Sudeste de España si imitando á algunos autores extranjeros que se han ocupado de estudios prehistóricos, diéramos rienda suelta á la imaginación; pero aun á riesgo de que este artículo resulte menos atractivo para la generalidad, preferimos dar por concluída la tarea dejando al lector el cuidado de fantasear sobre las tradiciones, religión, usos y costumbres de los celtas en España. Para nuestro objeto basta con hacer notar que la obra de los Sres. Siret, digna continuación de las de Góngora, Vilanova, etc., merece la atención de todas las personas amantes de los estudios etnográficos y arqueológicos, no sólo porque constituye el Génesis de la Historia patria, sino porque las singulares analogías que se notan entre estos pueblos españoles de cuarenta siglos há y los que poblaron ciertas regiones de Europa, Asia y América son una prueba más de la unidad de la especie humana, verdad afirmada como tantas otras por el inspirado autor de los primeros libros del Antiguo Testamento.

A. Danvila Jaldero

¡POBRE LUISA!

Tenía ya veinticinco años, y puede decirse que sólo había vivido doce en la inconsciencia de la niñez. Desde entonces, desde que dejó su casita de Alcalá de Henares y vino con sus padres á establecerse en Madrid, su vida fué una abstracción compuesta de trabajo, de recuerdos y de deseo.

Trabajó casi desde niña para sostener á su padre enfermo, primero en compañía de su madre, y después sola, cuando quedóse huérfana. ¡Qué soledad más terrible! ¡Qué días de desamparo y de dolor!

Trabajaba casi todo el día y á veces una parte de la noche, cosiendo guantes á máquina, para ganarse un mezquino jornal. En los primeros tiempos de su orfandad, cuando estaba en el crepúsculo de la adolescencia, sólo pensaba en los recuerdos de su infancia y en aquellos breves días de expansión en los que perseguía mariposas en el *Chorrillo* ó veía sacar ánguilas en el Henares, pero después sus recuerdos fuéronse haciendo menos frecuentes. Ya no pensó en el pasado, sino en el presente y en el porvenir. Había cumplido veinte años, estaba en esa edad en que los deseos de la juventud acaban de formularse y se fijan en un objetivo.

¿Qué objetivo había de tener una muchacha de veinte años?

Aun conservaba esperanzas. La fuerza de la juventud labraba en ella, porque la juventud rechaza el dolor y la soledad como ilógicos. Decíase á sí propia que debía esperar, que Dios habíala traído al mundo para algo, que su misión de mujer no se había cumplido, pero que se cumpliría.

Tenía dos tiestos en su ventana, un canario en su jaula y un pez en su pecera. ¡Mala señal!

Cuando una joven busca diversas expansiones á su afección íntima, es que su corazón duerme todavía, ó que está demasiado despierto.

Luisa aunque no era coqueta se miraba al espejo con

frecuencia. La conciencia, más que la vista, la reflejaba su imagen: su rostro nada decía, y aunque sus facciones eran regulares, carecían de expresión. Además el trabajo continuo había extinguido la luz de sus ojos, cuya córnea tomaba tintas amarillentas.

Luisa no tenía relaciones en Madrid, ni las buscaba; vivía abstraída y como ensimismada, esperando... cada día con más desaliento.

Un día cada semana, cuando iba á entregar su labor á la guantería, cruzaba por las calles sin que nadie se fijara en ella, y á veces cuando volvía á su casa, antes de comenzar su trabajo, sentábase á la ventana y miraba al cielo, como si de allí pudiese venir lo que deseaba.

Y así iban pasando los meses y los años.

Una noche, al volver de la guantería, paróse un hombre delante de ella y la dijo:

– Convido á V. al café, al teatro y á lo que V. quiera.

Aquel hombre era joven y no desagradable, pero se tambaleaba un tanto, y su mirada tenía una expresión insolente.

Luisa no contestó y siguió andando.

– Qué, ¿no responde V.? – repuso el joven. – Peor para usted. ¡Tonta como todas las feas!

Luisa sintió un golpe en el corazón y lágrimas en los ojos.

Llegó á su casa y allí lloró más, lloró mucho. Era preciso que un hombre estuviera ebrio para que se fijase en ella, y aun así, para insultarla.

¡Pobre Luisa!

Siguió trabajando en su máquina, maquinalmente; ¿de qué le servía aquella tarea continua, sino para prolongar su tristeza y sus decepciones?

Luisa cumplió veinticinco años; edad terrible, que equivale á la de cuarenta en el hombre. Este á los cuarenta años siente la despedida de la juventud y de sus mágicos espejismos; pero le sostienen las luchas de la vida y los estímulos de la actividad varonil. Su campo de acción varía, pero siempre tiene campo donde explayar sus aspiraciones.

Pero la mujer pobre y sola, cuando llega á aquella edad fatal parece que pierde por completo su ser, que abdica la vida, puesto que desde entonces cada día que va pasando imposibilita más su misión de esposa y de madre. Siente el azoramiento del que llega á un sitio del que ya no puede pasar y del que no puede retroceder.

Además casi siempre la parte moral influye en el aspecto físico. El crepúsculo de la juventud á la vejez es rugoso y seco: se asemeja á esos fríos y nublados días de noviembre que anuncian las nieves y los ciclones del invierno.

Luisa se miraba al espejo. Sus ojos estaban ya completamente apagados, sus mejillas adquirían la rigidez de la tierra seca y agrietada. En cambio su cuerpo flexible y esbelto, que era quizá su única gracia, se desarrollaba desfigurándose.

Iba á ser matrona sin haber sido madre.

¡Pobre Luisa!

Pensó en el suicidio.

El suicidio y el patíbulo son las dos manchas negras de la humanidad.

Esta se fija más en el segundo. Le rodea de terribles solemnidades: lo hace como fórmula del desamor de los hermanos hacia el hermano, y trasforma al reo de muerte en una rama podrida, podada del árbol de la vida.

Pero en el patíbulo hay grandeza, porque hay martirio.

En cambio, considerad á esos seres, que envueltos en las sombras de la noche, como larvas de la desesperación, buscan la noche eterna y se hunden en ella por impulso propio: ¿qué estigma pesa sobre ellos para que luchen contra la corriente de la vida en la que se sumerge toda la creación? La naturaleza, siempre previsora y perfecta en todas sus obras, sólo á ellos ha creado mutilados é imperfectos y los separa de la existencia como diciendo:

– No servís para nada, ni aun para vosotros mismos: aniquilaos.

¿Quién puede expresar las gradaciones de dolor que hay en ese calvario que se llama suicidio?

Luisa pensó en suicidarse. Pensaba en la muerte como en un refugio de descanso, pero el recuerdo de su padre la apartó de su propósito. Su padre había muerto de un cáncer en el estómago, y en medio de los terribles y continuos dolores que le aquejaban, decía á veces:

– ¡Ah! si no hubiese Dios ni alma ¡con qué placer me mataría!

Estas y otras frases grabadas en la memoria de Luisa, la sostuvieron en sus deberes religiosos, y entonces hizo lo que todos los que pierden la esperanza en este mundo: elevar su espíritu y buscar en el templo el peristilo del mundo de la eternidad. Oraba ante la imagen de la Virgen, besaba los pies del Cristo; pero ¿quién sabe si á estas ideas del cielo no se unía el vago deseo de buscar medianeros que realizaran sus deseos terrenales?

Una tarde después de haber entregado su trabajo, y de haberse detenido largo tiempo en la iglesia de San Sebastián, volvió á su casa animada, casi alegre. Parecíala que había llegado á una faz decisiva de su vida, y mientras se quitaba la mantilla, miraba hacia el exterior, á través de su abierta ventana.

Vivía al fin de la calle del Ave María, en un sotabanco elevado sobre una cornisa saliente que la ocultaba la calle, y sólo podía ver el cielo, los tejados y las fachadas de las casas de enfrente.



CABEZA DE ESTUDIO, cuadro de Salvador Sánchez Barbudo (*grabado por E. Mancastropa*)

Aquella tarde el cielo estaba hermosísimo y comenzaba el crepúsculo de un día de primavera.

De repente en una casa frontera, vió á un joven, no asomado, pero sí próximo á un balcón abierto, que la miraba con insistencia.

El corazón de Luisa comenzó á latir violentamente.

Aquel joven era en extremo simpático y sencillamente elegante.

Luisa, al principio dudó: no podía persuadirse de que la mirase á ella, sus continuas decepciones habíanla hecho recelosa.

Pero no cabía duda: la mirada del joven estaba fija en su sotabanco.

Entonces la pobre mujer sintió vértigo y azoramiento. Parecíala que todo cuanto veía giraba á su alrededor.

Se asomó de pechos á su ventana, y miró al que la miraba en una especie de éxtasis de esperanza. Corrió á su espejo, arreglóse rápidamente el peinado y su pañoleta de estambre, y volvió á asomarse.

El joven estaba allí y seguía mirando.

La calle del Ave María es ancha, y además la luz era ya tan débil, que Luisa distinguía con dificultad.

Pero entre aquella penumbra, y á pesar de la distancia, vió que el joven, sin dejar de mirar, se llevó la mano al corazón.

¿Quién pudiera expresar aquella noche de Luisa?

Tenía tarea urgente y sin embargo no trabajó.

Aunque el balcón de enfrente se cerró, y nada veía, Luisa permaneció horas y horas apoyada en su ventana.

Necesitaba aire. Sentía un deslumbramiento interior que contrastaba con la obscuridad de aquella larga noche.

Rendida por el trabajo de su espíritu se acostó maquinalmente, y aunque no pudo dormir, soñó despierta.

¿Sería posible? ¿Aquel joven tan guapo y tan distinguido pensaría en ella? Habíase llevado la mano al corazón, luego ella podía hacer latir alguno. Aquello era un milagro, un milagro de la Virgen que quería sacarla del limbo de soledad y de tristeza. ¡Oh! ¡qué dicha tan grande, más grande porque era tardía! Si él la amaba, ¡cómo iba á amarle ella! ¡Cómo desbordaría en él aquel inmenso raudal de afección contenida!...

¡Pobre Luisa! Después de tantos años aquella noche fué feliz.

No se despertó, porque no había dormido, pero á la primera luz del día estaba ya en pie.

Su primera mirada fué para el balcón de enfrente, que estaba cerrado, la segunda para su espejo.

Dos grandes ojeras, hijas del insomnio, diseñábanse en su rostro; en cambio sus mejillas estaban sonrosadas... por el color de la fiebre.

Se peinó con esmero y vistióse su traje de gala, asomándose de vez en cuando á la ventana y mirando al siempre cerrado balcón de enfrente.

Poco tiempo después se abrió éste, pero no se presentó en él la persona deseada.

Así transcurrió la mañana y una parte de la tarde.

Luisa, á fin de distraerse, trabajó todo el día con encarnizamiento, no sin hacer frecuentes salidas á la ventana. A medida que iban transcurriendo las horas iba creciendo su agitación. Una voz interior la decía que aquel día debía decidirse su destino.

A la caída de la tarde, dejó su máquina y se sentó á la ventana.

El balcón de enfrente estaba siempre abierto, pero solitario.

Quizá alguna joven que lea estas líneas comprenderá el estado en que se hallaba Luisa.

Por fin, poco antes del crepúsculo, en el interior del balcón diseñóse la elegante silueta del deseado joven.

Luisa oía los latidos de su corazón.

El joven, sin asomarse enteramente y puesto en pie, miró hacia donde estaba Luisa.

Luego sacó una carta del bolsillo de su americana, y siempre mirando, la besó apasionadamente.

Entonces Luisa, que estaba de bruces á su ventana, sintió una terrible sospecha. ¿Por qué besaba el joven aquella carta que no era de ella?

Comprendió en parte la verdad, y loca de dolor y de recelo, quiso cerciorarse. Como su sotabanco estaba sobre una cornisa saliente, sacó el cuerpo para alcanzar á ver la fachada de su casa.

Casi tendida, y agarrándose á la cornisa, miró hacia abajo.

En un balcón del cuarto tercero de su casa, había una joven que miraba con insistencia hacia el balcón de la acera de enfrente.

Luisa desprendió sus manos de la cornisa, y cayó á la calle.

¿Fué un suicidio ó un desvanecimiento?

Sólo Dios lo sabe.

¡Pobre Luisa!

Carlos Coll


GUILLERMO ONCKEN,
Director de la Historia Universal *escrita parcialmente por veintidós profesores alemanes que publica en esta ciudad la casa editorial de esta Ilustración*

NOTICIAS VARIAS

ALUMBRADO DE LAS COSTAS DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

Comprendiendo el gobierno argentino la necesidad de establecer un buen alumbrado en sus costas para que los grandes vapores puedan entrar á cualquier hora del día y de la noche en los puertos de la República, está en tratos con una Compañía que pide la concesión del derecho de construir y explotar cinco faros de primer orden, uno de segundo, y ocho de tercero, escalonados hasta el sur del litoral. Esta concesión comprenderá además el establecimiento de cincuenta boyas faros, y otras tantas secundarias colocadas en el Río de la Plata, en el que tan activa es hoy la circulación marítima. Toda esta instalación costará 18 millones de francos, cantidad de que se indemnizará la Compañía mediante un derecho de tonelaje impuesto á los buques que entren en los puertos de aquel país.

Si se lleva á efecto esta mejora, como es de esperar, la floreciente República habrá prestado un gran servicio á la nevegación fomentándola al propio tiempo; pues contribuirá á no dudarlo á aumentar el número de líneas, marítimas hoy ya considerable, que tanta animación dan al comercio y al desarrollo de los intereses de aquel país.

EL COMERCIO DE PIELES EN SIBERIA

Júzguese de la actividad de los cazadores siberianos por la siguiente nota de la venta de pieles efectuada este año en la feria de Irbit, en la que se concentran todas las peleterías de Siberia. Se han vendido: 3.180.000 pieles de marta; 500.000 de ardillas negras; 1.300.000 de liebres; 140.000 de marmotas; 30.000 de vesos; 11.000 de zorros azules; 2.000 de zorros comunes; 10.000 de tejones y de 3.000 á 4 000 mil de osos y de lobos.

Aun cuando se trata de un comercio de lujo, el consumo de estos artículos es enorme, y los siberianos no llegan á satisfacerlo sino haciendo, como se ve, verdaderas hecatombes de animales; por consiguiente es de temer que dentro de poco tiempo queden destruídas la mayor parte de dichas especies de animales, en particular las martas, de las que ya se encuentran pocas.

PASATIEMPOS CIENTÍFICOS

La figura 2 reproduce exactamente una naranja cortada de un modo curioso, pues sus dos mitades están contenidas por filamentos entrelazados de la piel cortada sin que ninguna ligadura las retenga. La figura 1 representa en sus diversas fases (1, 2, 3, 4) las operaciones que han de verificarse para obtener ese sorprendente resultado y señala los cortes sucesivos que hay que dar con un buen cuchillo en una naranja de piel lisa y fina: se empieza por hacer los cortes del número 1 (fig. 1), luego los del número 2 y 3, levantando de la carne las tirillas á medida que se van cortando, después de lo cual se hace una incisión ecuatorial al rededor de la naranja interrumpiéndola cada vez que se llega á una de las tirillas, tal como indica el número 4. Con esta serie de cortes se procede á la sección de la naranja en dos partes.

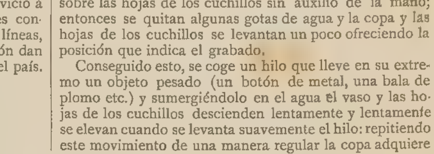
La última operación es la más difícil: dense por avisados los que quieran hacer el experimento.

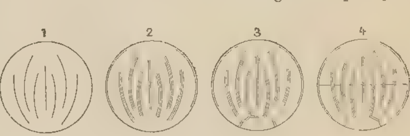
Experimento curioso de equilibrio

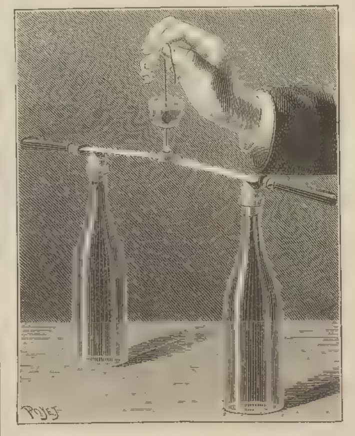
Modo de hacer bailar una copa como si fuera un títere. *(Véase el grabado que lleva este título.)* – Se toman dos botellas de la misma altura, cada una provista de un tapón de corcho cortado en doble bisel (en forma de mitra vista de frente) y se ponen encima de una mesa á cierta distancia una de otra de modo que las aristas del vértice de cada tapón sean paralelas; se coloca sobre cada tapón un cuchillo de mesa haciendo que la hoja descanse sobre la arista por la parte inmediata al mango, que queda fuera, de manera que las dos puntas se miren de frente sin tocarse. Con los extremos del índice y del pulgar se mantienen los cuchillos en posición horizontal y tomando con la otra mano una copa ligera, por ejemplo de las de licor, llena de agua hasta la mitad, se coloca por igual sobre las dos hojas. Después de algunos tanteos, bien aproximando las botellas, bien variando la cantidad de agua de la copa, se consigue que ésta se sostenga sobre las hojas de los cuchillos sin auxilio de la mano; entonces se quitan algunas gotas de agua y la copa y las hojas de los cuchillos se levantan un poco ofreciendo la posición que indica el grabado.

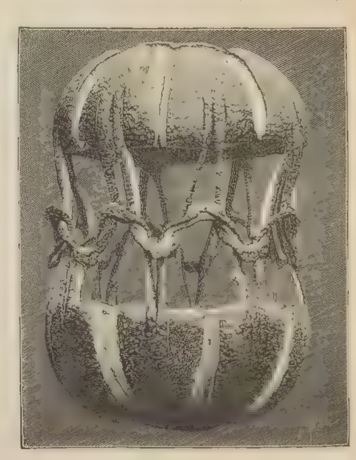
Conseguido esto, se coge un hilo que lleve en su extremo un objeto pesado (un botón de metal, una bala de plomo etc.) y sumergiéndolo en el agua el vaso y las hojas de los cuchillos descienden lentamente y lentamente se elevan cuando se levanta suavemente el hilo: repitiendo este movimiento de una manera regular la copa adquiere un movimiento de oscilación en sentido vertical como si pendiera del hilo y baila ni más ni menos que un títere.

(De *La Nature*)




Fig. 1. – Líneas que indican los cortes que hay que hacer en la piel de la naranja


Experimento curioso de equilibrio. – Modo de hacer bailar una copa como si fuera un títere.


Fig. 2. – Naranja cortada (de una fotografía)

Barcelona.—Imp. de Montaner y Simón

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 26 DE AGOSTO DE 1889 — NÚM. 400

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL SANTO DE MAMÁ, cuadro al pastel de Arnaldo Ferraguti

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

EL SANTO DE MAMÁ, cuadro de A. Ferraguti

En números anteriores hemos dado á conocer á Ferraguti por medio de algunos estudios de pequeñas dimensiones llenos de vida y de sentimiento: *El santo de mamá* demuestra la penetración del artista que sabe reproducir las más íntimas expresiones de afecto manifestadas en los rasgos del semblante. De aquellos asuntos similares al de este cuadro de los cuales algunos artistas tratan el lado alegre y gracioso, Ferraguti prefiere el lado serio y grave.

Imposible imaginar un rostro de una madre más religiosamente conmovida por las caricias del inocente ser á quien dió la vida; cuanto más se mira aquella cara tanto más se penetra uno de la santidad del amor materno. ¡Y qué diremos del hermoso niño! Sólo se nos ocurre pensar de él que sus labios no estampan un beso en la mejilla de su bondadosa mamá sino que lo infiltran en ella aspirando á la vez las dulzuras de un placer inefable; tan pequeño y ya comprende todo el valor de la sentida frase puesta como epitafio en una tumba del cementerio monumental de Milán: «¡Madre... no hay más que una!»

PELEA DE CHIQUILLOS, cuadro de J. Jakobides

El más pequeño de los cuatro hermanos confiados durante la ausencia de los padres al cuidado de la abuela hace con sus manitas presa en los rubios cabellos de la hermana mayor que sólo se libra de su furia por la intervención de la bondadosa anciana. Los otros dos hermanos forman el público de esta interesante escena y observan una actitud completamente neutral. El motivo de la pelea es una manzana que bien puede llamarse de la discordia y que el pequeño autócrata pretende adquirir por estos medios no inusitados en el terreno de la alta política. Mientras la niña objeto de la injustificada agresión quiere conservar la codiciada fruta aun á costa de algunos mechones de su dorada cabellera, los dos hermanos que no toman parte en la lucha contemplan tranquilos las peripecias de la misma ya que han puesto á buen recaudo sus correspondientes manzanas.

La cuidadosa observación de las fisonomías, la verdad y sencillez con que la escena está tratada y el acertado colorido que en el cuadro campea son pruebas plenas de la competencia de Jacobides y justifican nuestro deseo de publicar en gran tamaño el notable lienzo que tanto llamó la atención en la Exposición artística universal de Munich de 1888 y del cual reprodujimos en aquella sazón una pequeña copia.

RECUERDO POÉTICO DE ROMA, dibujo de A. Fabrés

No nos detendremos en examinar ni en hacer la crítica de la factura de este dibujo: ¿para qué? Es de Fabrés y esto basta. Si algo hubiéramos de decir, sería que se ha excedido á sí mismo en la ejecución de ese conjunto de malezas, arbustos, hierbas y árboles venciendo á maravilla la dificultad de presentar con la claridad y el relieve necesarios ese enmarañado fragmento de una naturaleza salvaje.

Dejando, pues, á un lado esta parte material vayamos al espíritu de la obra. No conocemos la intención que ha guiado al autor al dibujarla, pero el calificativo de *poético* que ha puesto en el título nos inclina á suponer que se ha propuesto hacer una alegoría. Y ya en el camino de las suposiciones ¿por qué no aventurarnos á pensar que quiso trazar el contraste entre la Roma del paganismo y la Roma cristiana, entre la primera y una de las últimas páginas de la historia de la Ciudad eterna? Nuestra imaginación en presencia del acabado trabajo de Fabrés tiende involuntariamente el vuelo desde la Roma de los reyes y de los Césares á la Roma de los Papas, desde el Capitolio al Vaticano, desde el Senado al Sacro Colegio, tomando como punto de partida el tosco grupo de la legendaria loba que amamanta á los fundadores de la que un día había de ser señora del mundo por la fuerza de las armas, recorriendo los interesantes episodios de una historia accidentada como pocas, brillante y trascendental como ninguna y posándose finalmente sobre la gigantesca y elegante cúpula de San Pedro desde donde irradian por todo el universo los dulcísimos resplandores de la luz del Evangelio.

CABEZA DE ESTUDIO, cuadro de A. Fischer

Comprendemos la afición de algunos pintores por esta clase de trabajos: cuando se ve ó se concibe un busto como el que reproducimos, cuando se contemplan ó se sueñan unos ojos como aquellos ojos, una boca como aquella boca, un pecho como aquel pecho, una mujer, en fin, como la hermosa criatura pintada por Fischer, no nos extraña que los artistas quieran recrearse perpetuando en el lienzo lo que sorprendió su mirada ó imaginó su fantasía y se deleiten buscando en su lápiz las más correctas líneas y combinando en su paleta los más delicados y suaves matices.

¡Qué preciosa cabeza! ¡Qué admirable estudio! Este es el único comentario que podemos poner al cuadro del famoso pintor alemán.

CASA DE OSMÁN DIGMA EN SUAKÍN. Vista de Suakín desde el dique

Osmán Digma, jefe de los rebeldes *sudaneses* desde la muerte del Mahdí, es árabe como lo son casi todos los soldados de su ejército á pesar del nombre que llevan; es hombre resuelto y testarudo y se ha propuesto apoderarse de Suakín por el simple placer de destruirla, pues harto sabe que no podría defenderla contra los ataques de los buques ingleses.

Era uno de los más ricos tratantes de esclavos de la ciudad y aun hoy en día continúa ejerciendo su *industria* en Tahlay desde donde envía la mercancía humana al otro lado del mar Rojo; gozaba en aquélla de fama de santo, á pesar de su oficio, y cerca de su casa, bastante elegante para lo que suele verse en el país, sostenía una mezquita en donde lo mismo celebraba los oficios del culto que fraguaba conspiraciones y levantamientos.

Odia mortalmente á los ingleses no sólo por haber ocupado á Suakín y prohibido el *comercio* que tan pingües rendimientos le producía, sino también por haber recibido de ellos algún agravio personal. El gobierno de Massuah le ha enviado varias embajadas y nunca ha tenido motivos de queja contra la lealtad del caudillo insurrecto.

Suakín cuenta hoy apenas 8.000 habitantes y está en completa decadencia: los ingleses, á pesar del interés que consagran á todos sus asuntos coloniales, poco se ocupan de esa ciudad de más difícil defensa que Massuah á causa de las montañas que la circundan y con peor clima.

El dique que une la isla con el continente tiene sólo 3 ó 400 metros, de modo que no se presta á una resistencia tan seria como el enorme de Massuah, del cual en otra ocasión hemos hablado.

Suakín es una ciudad casi completamente árabe, su puerto es bastante seguro pero tiene algunos bajos peligrosos: el edificio que se destaca en primer término de la vista que publicamos es el antiguo cuartel egipcio en donde están actualmente alojados los batallones ingleses.

UNA CARTA

I

En los alrededores de Alcalá de Henares, hay un sitio muy pintoresco llamado *El Arenal.* Situado al pié de la *Cuesta Zulema* cerca del río, presenta una pequeña planicie tapizada de finísima arena y sombreada por ocho ó diez álamos gigantescos.

En el arenal hay un gran pedrusco plano que sirve de asiento.

Aquel lugar está casi siempre solitario. Los campesinos no tienen para qué pasar por allí; pues las fragosidades de la Cuesta no se prestan al cultivo, y aunque cerca hay un molino, éste tiene la entrada por la parte opuesta.

La marquesa de Guadalimar gustaba de este sitio, muy en armonía con su nombre, puesto que se llamaba Soledad, y con su carácter que tendía al recogimiento.

Porque la marquesa, además de que no gozaba de buena salud, no era feliz como parecía deber serlo, en atención á sus veinticinco años de edad, á su notable hermosura y á su alta posición social.

Había causas íntimas que justificaban el retraimiento y la falta de satisfacción moral de la marquesa.

Hija de un cortijero de Coria del Río, el marqués de Guadalimar, dueño del cortijo, se fijó en ella, cuando apenas tenía catorce años, hízola educar en un colegio de Sevilla, y algunos años después se casó con ella. Había entre ambos cónyuges bastante diferencia de edad; pero no era precisamente esta circunstancia la que motivaba el disgusto de Soledad.

En primer lugar no tenían hijos y esto ya es una nube en cualquier matrimonio. Además, aunque el marqués adoraba á su mujer y la había presentado en el gran mundo á que él pertenecía, sentíase ella desplazada y casi humillada por causa de su origen.

Soledad era delicada y altiva, y harto comprendía que los círculos aristocráticos se la abrían no por ella sino por el nombre de su marido, y que era nada más que tolerada, haciéndola cortésmente sentir su inferioridad.

Estas preocupaciones de raza, vanse atenuando, pero subsisten todavía.

Y respecto á la marquesa eran aun menos justificadas, pues sólo le faltaban algunas gotas de sangre azul, para ser una completa gran señora, por su belleza, distinción y viveza de comprensión.

Algún tiempo antes de la época en que comienza este relato, la marquesa sintió los primeros síntomas de una afección al corazón, y por consejo del médico, en los primeros días de la primavera, ambos esposos se trasladaron desde Madrid á Alcalá de Henares, en cuya campiña poseía el marqués una magnífica quinta.

Este, gran cazador, se entregaba frecuentemente á su diversión predilecta, y Soledad le acompañaba algunas veces; pero la mayor parte de los días gustaba de pasar algunas horas en *El Arenal*, que estaba no muy lejos de la quinta.

Gustábale este sitio no sólo por su amenidad y aislamiento, sino también, probablemente, porque la recordaba otro arenal de Coria del Río, cerca del Guadalquivir, en donde habíase entregado á sus juegos infantiles.

Es difícil desprenderse de los recuerdos de los primeros años.

Provista de su blanca sombrilla y de un libro, la marquesa leía á veces, y á veces suspendiendo su lectura pensaba ¡Dios sabe en qué!

II

Una mañana Soledad llegó al *Arenal*, sentóse en el asiento de piedra y antes de abrir el libro que llevaba, se entregó á sus pensamientos.

Durante esta abstracción mental que los franceses llaman gráficamente *reverie*, porque tiene algo de ensueño y de pensamiento, la marquesa iba inconscientemente á trazar algunas líneas ó rayas en el arenal en que apoyaba los pies; pero detúvose sorprendida.

En el arenal había escrito un nombre y este nombre era el suyo:

¡Soledad!

Preguntóse á sí propia si distraidamente no le había escrito ella misma con la punta de su sombrilla, pero examinando los rasgos de letra, se persuadió de lo contrario.

¿Quién podía haber puesto allí aquel nombre? Su marido estaba de caza desde el día anterior y además aquella no era su letra.

En Alcalá no se trataba con nadie.

¿Sería el autor de aquel letrero algún chusco ó algún Tenorio provinciano?

Pero ella no recordaba de ninguno que la hubiese molestado con sus impertinencias.

Soledad borró con su sombrilla el nombre trazado en la arena, miró instintivamente hacia todos lados, y no viendo á nadie, se entregó á la lectura.

Leyó poco y mal. A pesar suyo aquel incidente la preocupaba.

En cuatro ó cinco días, volvió á encontrar dos veces su nombre escrito en la arena.

Y sin embargo no reparó en nadie que se fijara en ella.

No quiso hablar á su marido de esta particularidad, por no alarmarle; pero determinó no volver al *Arenal.*

Eligió otro sitio para sus lecturas, más próximo á la quinta, y como nada acaeciese en los siguientes días, ocupóse cada vez menos del incidente mencionado.

El clima de Alcalá y su vida semi campestre sentaban admirablemente á la marquesa. De día en día iba cobrando fuerzas, respiraba con menos dificultad, y coloríbanse sus pálidas mejillas.

Era aficionada á montar á caballo, mas por causa de su dolencia había renunciado á este ejercicio.

Pero sintiéndose casi repuesta y además queriendo dar una satisfacción á su marido, que gustaba de que le acompañase, le anunció que tomaría parte en una cacería de liebres, á caballo, proyectada por el marqués.

La estación no era favorable para esta clase de diversión; pues sabido es que las liebres se cazan cuando está el campo escueto y sin vegetación, pero aquél poseía un extenso coto á una legua de Alcalá, que estaba erial aquel año, y era de suponer que esta circunstancia facilitase la caza.

Tres días después, á las seis de la mañana, el marqués y Soledad se encaminaron al cazadero acompañados del mayordomo de la casa y del jefe de la caballeriza, todos á caballo.

La caza de liebres es menos complicada que otros ejercicios cinegéticos. Los que la practican con pureza, excluyen de ella los perros de pista y sólo llevan galgos para perseguir y rendir las piezas, y el marqués tenía tres de estos animales, de primera fuerza. Los cazadores, formados en ala, recorren al paso de sus caballos el sitio donde cazan, y la base de la diversión consiste en sorprender á la liebre encamada y verla arrancar con la ligereza de un proyectil disparado.

Después los perros la acosan seguidos de los cazadores que presencian lo más cerca posible, las peripecias de la persecución, que suelen ser variadas, por los mil recursos de instinto del animal perseguido.

Cuatro criados más, en un charabán tirado por dos mulas, seguían á los expedicionarios, llevando un suculento almuerzo.

La mañana estaba hermosísima y los campos de Alcalá son alegres. Soledad, montando una yegua de corta alzada pero de estampa preciosa, aspiraba con satisfacción los efluvios primaverales, y sentíase animada, casi feliz.

El marqués no se cansaba de mirarla.

Al verla tan elegante y tan bella, tal vez pensaba en la injusticia con que el mundo aristocrático rechazaba á aquella encantadora amazona que reunía todas las filigranas de la gracia y de la distinción.

Llegaron al coto, que presentaba un ligero declive. Cerca de éste, aunque á alguna distancia, vieron algunos pelotones de quintos que se ocupaban en hacer ejercicios de marcha.

Comenzó la caza.

El marqués y Soledad, llevando á sus costados á los otros dos jinetes, todos bastante separados entre sí, marcharon por el coto, fijos los ojos en la tierra.

Los tres galgos, que como es sabido *no tienen vientos*, bullían en torno de los cazadores, esperando el momento de prestar sus servicios.

Apenas habían recorrido la mitad del terreno, una masa parda saltó violentamente de entre un surco.

– ¡La liebre! – gritó el marqués y todo se puso en movimiento.

Una liebre, en efecto, salió corriendo con rapidez vertiginosa, imposible de seguir en los primeros instantes ni por los perros ni por nadie. Sólo se veía al modo de un punto oscuro que á veces rebotaba y á veces ocultábase entre los terruños. Los perros la seguían dando saltos prodigiosos, tocándola á veces con el hocico y á veces adelantándose; pues el animal perseguido, hacía súbitos regates variando de dirección.

Perseguida y acosada describió una curva inmensa, sin duda para ganar un grupo de breñales que había en lo alto del coto, y hubo un momento en que pasó por entre los cazadores que la seguían al galope de sus caballos. En este momento, uno de los perros dióle tan violenta hocicada que la lanzó al pecho de la yegua que montaba Soledad; al mismo tiempo sonó al lejos ruido de cornetas y estas dos cosas reunidas fueron causa de que se espantase el caballo de la amazona, desarzonando á ésta con un vigoroso bote de carnero.

Cayó al suelo la marquesa, que estaba algo rezagada de los demás cazadores. Todos acudieron en su auxilio, pero antes que todos un capitán de caballería, que destacándose del grupo de quintos que hacían el ejercicio, y aproximándose lentamente, había seguido con atención los incidentes de la caza.

El militar alzó á Soledad y la sentó en el suelo. Estaba privada de sentido, y en la sien izquierda tenía una ligera mancha de sangre: era que al caer se había herido con un pedrusco.

El marqués, aturdido en los primeros momentos, mandó que trasladasen á Soledad al charabán que se hallaba á alguna distancia; cambió algunas palabras corteses con el capitán, subió al carruaje, y sosteniendo en el hombro la cabeza de su mujer, dió orden de regresar á la quinta.

III

La herida en la sien, de la marquesa, no era más que un ligero rasguño, y se curó pronto, pero aunque restablecida, desde el día de la caza, sintió Soledad una laxitud más bien moral que física. Recordaba vagamente, y como en el esbozo de un sueño, los incidentes de su caída, pero no se daba cuenta del militar que acudió á su socorro, de quien la habló el marqués.

Sentíase otra vez débil y desanimada, achacándolo á los cuatro ó cinco días en que había tenido que guardar cama.

Algunas veces, sin saber por qué, pues el incidente era muy natural, pensaba en aquel capitán presentado tan oportunamente.

Por un movimiento interior que no acertaba á explicarse, sintió deseos de dejar á Alcalá, en donde hasta entonces habíase hallado muy á su gusto. Parecíala que aquella atmósfera la oprimía é indicó á su marido deseos de regresar á Madrid.

El marqués, aunque algo contrariado por causa de su afición á la caza, como la amaba entrañablemente, trató de complacerla, y se fijó la partida para cuatro ó cinco días después, cuando aquél regresase de Toledo, en donde tenía que asistir á la *vista* de un pleito muy importante.

Los cuatro primeros días, después de la ausencia de su marido, los pasó Soledad en la quinta, por causa de esos temporales de agua tan frecuentes en el mes de abril. Por fin serenóse el tiempo y el activo sol primaveral brilló en todo su esplendor.

A las nueve de la mañana, salió la marquesa de su casa. Necesitaba aire que respirar. Sentía una opresión y un desaliento extraños, que excitaban sus nervios, con violentas sacudidas. Comenzó á andar inconscientemente y sin darse cuenta se encaminó hacia *El Arenal*.

Antes de llegar advirtió la dirección que llevaba, y detúvose vacilante, pero suponiendo que en el tiempo transcurrido, el misterioso escritor en la arena, habría desistido de su tarea inútil, determinó dirigirse á aquel sitio, que siempre había sido de su predilección.

Llegó *Al Arenal* que estaba hermosísimo. El sol teñía de vistosos cambiantes las ramas de los grandes olmos, que despedían las frescas emanaciones de las recientes lluvias. Bandadas de gorriones y de pardillos revoloteaban por todas partes, con estrépito de alas y batahola de gritos y gorjeos. Las abejas del colmenar del próximo molino remolineaban entre las ramas ó se pegaban á los troncos como puntos brillantes sobre un fondo oscuro. Algunas hojas desprendidas de los árboles, resbalaban por el suelo llevadas por la brisa de la mañana. La corriente del Henares, crecida por las lluvias, era más rápida que de ordinario; y en resolución, todo en aquel sitio respiraba felicidad y movimiento.

Antes de sentarse Soledad en la piedra, miró al arenal, por si había algo escrito. No había nada, pero en cambio vió allí una golondrina muerta. Este encuentro la entristeció. ¿De qué había muerto aquel pájaro, siempre respetado por los cazadores?

Ocultó al ave tras de un tronco de árbol, empujándola con la sombrilla, y dejóse caer Soledad en el asiento de piedra.

Llevaba un libro, pero no le abrió.

Miró distraidamente hacia todas partes. Sin explicarse el por qué, la alegría de aquel sitio la oprimía el corazón.

Inclinó la cabeza, y mientras trazaba rayas en el arenal en que apoyaba los pies, pensaba.

Sus pensamientos no se basaban como otras veces en su existencia actual, en la tristeza de no ser madre, que es la que más aflige á la mayoría de las mujeres que se hallan en este caso. No repasaba en su memoria, como otras veces, los corteses desaires que había recibido en *el mundo de su marido:* no, sus recuerdos eran más lejanos, remontábanse á su infancia, cuando vivía con sus padres en el cortijo de Coria del Río, cuando jugueteaba en un sitio parecido al en que entonces se hallaba, cuando Pablo la traía caracoles ó la apedreaba con majuelas...

¡Pablo! ¿Qué habría sido de Pablo? Aquel chico tan alegre y que la quería tanto. Cuando ambos eran ya mocitos habían jugado á los novios, pero Pablo cayó soldado y tuvo que ausentarse del pueblo. Soledad recordó que había recibido dos cartas suyas; pero desde que ella se había casado con el marqués, no había vuelto á saber de aquél.

Quizá habría muerto. ¡Había habido desde entonces tantas guerras y revoluciones!

Al fijarse en esta idea Soledad sintió humedecerse de lágrimas sus ojos. Pablo representaba para ella los días dichosos de su niñez, y si le recordaba ahora con más insistencia que otras veces, era porque Pablo, al separarse de ella, habíase llevado su felicidad...

De repente sintió Soledad voces y risas infantiles. Provenían de los hijos del molinero, que con otros chicuelos de su edad jugaban *á las cuatro esquinas*. La marquesa amaba á los niños, y en otras ocasiones habíase entretenido presenciando aquellos alegres juegos; pero al presente la expansión de aquellos seres en que desbordaba la vida, excitó sus nervios.

Púsose en pie nerviosa y contrariada, y dejó el *Arenal*.

Vacilaba al andar y á veces tenía que apoyarse en la sombrilla. Sentía escalofríos. Marchaba maquinalmente á campo traviesa. Oía quizá una de esas *voces interiores* que revelan los grandes acontecimientos de la existencia.

Después de dar un largo rodeo, llegó á la quinta, y apenas hubo entrado, su doncella la entregó una carta que habían traído una hora antes. La marquesa supuso que sería de su marido; pero no conoció la letra del sobre.

Dirigióse á su gabinete, dejó el sombrero y la sombrilla, aproximó una silla-mecedora á una ventana abierta que daba al río, se sentó y abrió la carta que era bastante abultada.

Antes de leer sintió un nuevo escalofrío. Cerró la ventana, volvió á sentarse, y leyó.

IV

La carta decía así:

«Soledad: no puedo más; harto he reprimido los impulsos de mi corazón, en estos días de amor y de desesperación, de sueños irrealizables, de proyectos insensatos. Yo no exijo, no puedo exigir nada de tí; pero en nombre de lo que más ames ó hayas amado, te ruego que leas hasta el fin estos renglones empapados en mis lágrimas, último desahogo de un dolor inexplicable, postrera voz del pasado, que nunca más llegará hasta tí.

No creas que he sucumbido fácilmente; no, he luchado contra una inaudita fatalidad, con la energía de la juventud que repele el padecimiento, con los sofismas halagüeños de la pasión que tiende á ahogar la voz de la conciencia; pero hubiera sucumbido si no existiera en mí otra cosa más grande, más noble, más llena de esfuerzos generosos: mi amor.

Sí, mi amor por tí, que tal vez me pierda; pero que quizá me salve.

Si yo no estuviera persuadido de que los años y la nueva posición social, habrán desvanecido tus recuerdos y tus impresiones, no evocaría el fantasma de un amor pasado é imposible en tí, temiendo turbar tu tranquilidad; pero como creo que leerás esta carta, si no con indiferencia, cuando más con momentáneo enternecimiento... después de haber vacilado me decido á mandarte... quizá mi último adiós.

Cuando la recibas estaré lejos de tí, *tal vez muy lejos*. El tráfago de la vida, que nos ha separado durante diez años, nos ha acercado el uno al otro, por espacio de algunos días, para volver á interponer entre ambos la distancia, el tiempo, toda una existencia quizá.

Lee, pues, sin inquietud de conciencia. Tu vida es como un lago apacible. ¿Qué importa que una nube fugaz oscurezca un instante su clarísima superficie donde se refleja el cielo?

¡Diez años, Soledad! ¿Cómo he vivido diez años solitario en medio del mundo, como un anacoreta en el desierto, pero sin tener como éste la esperanza de un bien, aunque lejano, seguro é infinito? ¿Cómo se puede vivir así? ¡Ah! se vive, como vive el ciego recordando el semblante de las personas amadas y la alegre luz del día, que un tiempo vió.

Cuando salí de nuestro pueblo, y te ví por última vez, y ya lejos, tu casa, y más lejos, el campanario de la iglesia, y por fin á mi madre que desde larga distancia me saludaba con su pañuelo; sufrí una pena indecible que sólo puede comprender el que se ha hallado en igual caso. Pero entonces tenía yo veinte años y mi pensamiento se reconcentraba en esta consoladora idea: me voy, mas volveré.

Y sin embargo no volví. ¿A qué había de volver? Como prenda de tu amor sólo conservaba dos cartas tuyas, como prueba de tu olvido tuve la noticia de tu casamiento, como familia, con la muerte de mi madre mi hogar quedó solitario. ¿A qué había de volver?

Seguí, pues, el camino trazado por mi suerte, cumpliendo automáticamente mis deberes de hombre y de soldado. Mis compañeros se reían de mi triste aislamiento, mis jefes alababan *mi juicio* y mi buena conducta; y yo, alimentando mi corazón de recuerdos y distrayéndome á veces de éstos con la lectura, veía pasar los meses y los años, casi despegado de la vida en su parte material.

Alguna vez la fuerza de la juventud y la poderosa atracción del amor hacíanme salir de mi letargo. Entonces intentaba amar; pero mi corazón, no teniendo efluvios amorosos que trasmitir, volvía á enfriarse en el hielo propio y en el hielo ajeno.

Un día, en Cáceres, ví asomada á una ventana una joven que se parecía á tí: se parecía tanto que durante un momento creí que eras tú misma ó que mi eterno fantasma había tomado cuerpo y realidad. Me aproximé á ella, la dije yo no sé qué palabras; me contestó, y en aquellos instantes mi corazón palpitaba como cuando estaba á tu lado.

Mas ¡ay! el encanto se desvaneció en breve. Sus ojos, es verdad, se parecían á los tuyos, á la tuya su boca, su acento extremeño se asemejaba al tuyo andaluz; pero faltaban á sus ojos la llama y la caricia, á su boca la sonrisa tierna y graciosa á la par, y á su voz aquella modulación suave, nunca más vuelta á oir, ni jamás por mí olvidada.

Desde aquel día todo acabó. Mi corazón volvió á encallar, mis sentidos á embotarse y no volví á sentir pobres é inútiles aspiraciones de amor; ni siquiera los groseros estímulos de la carne, aun más que el espíritu, muerta en mí.

¡Oh! y se pone en duda la castidad del sacerdote!

Dos años después fuí á Madrid de guarnición: pregunté por tu casa, rondé en torno de ella; pero no te ví: estabas en el extranjero.

Pasaron tres años, ascendí, y la edad y mi nuevo grado hiciéronme pensar algo más en las cosas de la vida. Comencé á ocuparme del porvenir y entreví la posibilidad de prestar útiles é importantes servicios en mi carrera. Nunca imaginé, porque esto es imposible, borrar tu imagen de mi corazón y de mi memoria; pero soportaba con más resignación la idea de mi eterna soledad de amor correspondido...

Hace dos meses me hallaba en Alcalá ocupado en la instrucción de quintos.

Una mañana... Lee, Soledad, lee estas líneas trazadas con mano trémula y quizá como yo al escribirlas, te detengas á pensar en el misterioso tejido de los destinos humanos. Una mañana volvía yo del ejercicio por la orilla izquierda del Henares. Estaba casi alegre, había recibido la noticia de un próximo ascenso y además experimentaba la grata influencia de la primavera. Mis miradas vagaban distraídas; pero al seguir el vuelo de una golondrina que pasó cerca de mí, las fijé en la orilla opuesta del río; y allí, sentada en un peñón, apoyando sus pies en la arena, fijos sus ojos en un libro, ví una mujer...¡Eterna aspiración de mi alma, constante deseo de mis sentidos, ¿por qué te me apareciste?

Te conocí, te conocí desde el primer momento. Alzaste los ojos del libro, y aunque no me miraste, la *llama* y la *caricia* penetraron en mi corazón. ¡Qué hermosa estabas con no sé qué nueva belleza grave y triste nunca por mí imaginada!

Mi primer impulso fué volar á tu lado, besar la orla de tu vestido, adorarte de cerca; pero momentos después no estabas ya sola. Y deshecho el encanto de la fascinación, sentí la realidad de la vida que me separa de tí.

Desde entonces la generosa fibra de mi corazón me ha dado alientos para resistir á mis locos deseos y no he querido acercarme á tí por no abrasarte en mi llama. Me he resignado á verte desde lejos, menos infeliz con esta *mística* contemplación de tu hermosura, que lo sería con el amor culpable satisfecho.

Todos los días he ido al sitio en donde te ví por primera vez, quizá acababas de dejarle y aun podía besar la huella de tus plantas estampada en el arenal. Escribía tu nombre en la arena. Acaso tú serena no comprenderás el móvil de estos pueriles desahogos; yo sí, Soledad, yo sé que estoy enfermo y que la ciencia debe haber clasificado el género de mi afección...

Un día he estado junto á tí. Te estreché en mis brazos, mis manos trémulas se abrasaron á tu contacto, y se estremeció todo mi sér. ¡Oh! no quiero pensar en aquellos momentos de prueba, de martirio y de deleite, que hiciéronme comprender en toda su plenitud lo que hubiera sido, lo que será vivir á tu lado. Estabas desmayada, un hombre te prodigaba sus cuidados y sus caricias á la faz de todo el mundo... Aquel hombre era tu marido... ¡Oh fatalidad é impotencia de la suerte! ¿Por qué la felicidad de unos labra la desventura de otros?...

Suspendo esta carta... Las letras se confunden á mi vista... Mi mano temblorosa se niega á escribir... No puedo más...

He dormido algunas horas. El sol penetra por mi ventana. Me despierto con una inexplicable esperanza en el corazón. Dios, sin duda, no quiere que muera y me da nuevas fuerzas para proseguir esta fatigosa jornada.

Espero.

Espero que transcurran los años, que la naturaleza cumpla sus inmutables leyes. Ambos somos jóvenes aún, y puede llegar un día en que, tranquila nuestra conciencia... ¡Oh! perdona, Soledad, perdona si un pensamiento de muerte se une á esta esperanza de vida. Un hombre te ha amado como yo, y uniéndose á tí ha podido proporcionarte los goces de la existencia. ¿Cómo he de odiar yo á ese hombre? ¡Ah! no, casi le amo como á un compañero de corazón.

Pero cuando pasen los días y los años, muchos años quizá, podré acercarme á tí. Entonces tal vez las canas blanquearán mi cabeza; ¿qué importa? seré como un volcán coronado de nieve. Tal vez no hallaré en tí ni rastros de tu infantil amor... ¿Qué importa? Yo te envolveré en mi llama, evocaré nuestros recuerdos de la infancia, te enseñaré las hojas de malva-rosa y las moras, secas ya, que tú me dabas y que yo he conservado como amorosas reliquias, te hablaré de aquellos días en que, niños los dos, vagábamos por nuestros queridos campos, llevando en nuestras cabezas coronas de amapolas, que bañadas del sol, parecían, cuando nos mirábamos en las fuentes ó en los charcos, lenguas de fuego.

Sí, Soledad, espero. Por vivir un solo día amorosamente á tu lado, bien puede darse toda una existencia, menos ese día.

De todos modos, aun á riesgo de que me recibas con desvío, aunque pasen muchos años, he de volver á verte. Si no te veo, es que mi cuerpo no estará ya en el mundo, pero si existe el alma, la mía vagará en torno tuyo, porque no es posible que las almas de los muertos olviden, ó no puedan acercarse á los que amaron en la tierra.

PABLO.»



PELEA DE CHIQUILLOS, cuadro de Jorge Jakobides



RECUERDO POÉTICO DE ROMA, dibujo de A. Fabrés

La marquesa leyó la carta, inclinó la cabeza en el respaldo de la silla, y dejó caer sobre la falda la mano que sostenía el papel.

En aquel momento, el marqués, que acababa de llegar de Toledo, entró en el gabinete.

V

Al día siguiente presentóse el marqués en el cuartel de caballería de la calle de Roma, y preguntó por el capitán don Pablo Aguirre.

Pudo verle en el acto, porque éste se hallaba de guardia en el cuartel.

– Vengo – le dijo – á invitar á V. al entierro de mi mujer, la marquesa de Guadalimar, muerta, segun dice el médico, á consecuencia de un aneurisma. Mañana la lloraremos juntos. Pasado mañana, si puedo le mataré á usted, no porque haya amado á Soledad, sino porque usted ha sido causa de su muerte.

F. Moreno Godino

DEFICIENCIAS DEL GENIO NACIONAL

Velázquez como pintor mitólogo.

Ni el ideal profano ni el ideal religioso fueron jamás esfera propia de los artistas españoles. Para demostrarlo, vamos á hacer una breve excursión por el campo de nuestra pintura en su época más floreciente, y comenzaremos por el ideal profano, dejando para otra ocasión el religioso. Los asuntos del género mitológico fueron tema predilecto de los artistas de más vuelo entre los consagrados á crear para producir en el ánimo honesto deleite; mas puede asegurarse que no hubo en la península en los siglos XVI y XVII un solo pintor que conveniente y decorosamente los tratase.

Nada sabemos de la manera como los representaron, esto es, qué calidades de composición y dibujo, qué estilo, demostraron en ellos los pintores que en tiempo de los Felipes III y IV decoraron con escenas mitológicas al fresco y al temple los palacios de Madrid, Valladolid y el Pardo. Ni el menor vestigio se conserva de tales pinturas; pero es de suponer que fueron ejecutados en estilo italiano del renacimiento, más ó menos puro, no sólo por el origen ultramontano de sus autores, los Nardi, los Camilos, los Sernín, los Caxes y los Castellos, sino también porque sus coetáneos Pantoja, Carducci, Blas del Prado, Sanchez Coello, de quienes es conocida la manera, independientemente del género de los retratos, que fué su verdadera prez, sólo representaban en el proceso de las manifestaciones estéticas la fría transición del idealismo neopagano del renacimiento, ó del naturalismo clásico de los venecianos, al realismo del siglo XVII. Vano era desear en ellos ni la elegancia y nobleza de la línea, ni la elevación del estilo. Otras eran las tendencias del genio español, y para encontrar en el estadio del arte peninsular un maestro de verdadero carácter y de poderoso personalismo, tenemos que venir á parar al gran pintor del rey Felipe IV, á D. Diego Velázquez de Silva.

Y ¿cómo concebía éste los asuntos mitológicos? Ejemplares insignes nos quedan de su manera en esta región del arte: *la Venus echada mirándose en el espejo*, las *Fraguas de Vulcano*, *Mercurio y Argos*, y el célebre lienzo de Baco, vulgarmente denominado el *cuadro de los borrachos*. Fijémonos en este último, que es uno de los que pintó con más detenimiento y estudio.

Nadie, de seguro, al contemplar la cómica ceremonia que en él se trae á la mente, recordará el famoso ditirambo del poeta venusino: *á Baco entre peñascos vi cantar, escuchándole los sátiros caprípedos con las orejas empinadas* (1). Porque verdaderamente no es de sátiros, sino de truhanes, la gravedad bufona de los que aquí rodean al *dios libre:* faltan las ninfas de la estrofa horaciana, falta á este moderno Baco la hermosura que le atribuyó la poesía antigua; falta el haber querido ó podido tratar Velázquez con seriedad y elevación, un asunto en que el arte y la literatura de Grecia y Roma hallaron tan rica mina de formas y de fascinadora belleza plástica. Velázquez no hizo caso de Eurípides, ni de Anacreonte, ni de Archestrato; desdeñóse de seguir las huellas de los poetas y artistas del siglo de León X, que quizá le parecieron harto libres; desoyó la excitación de los contemporáneos suyos que, como el Poussin, por ejemplo, cedían al encanto de la estética pagana; el ejemplo de los coloristas venecianos y flamencos que tánto admiraba, – Tiziano, Veronés, Rubens – y que tántas felices inspiraciones habían bebido en las fuentes del arte clásico antiguo, no fué bastante á contagiarle, manteniéndose, en medio de las sugestiones de su vena un tanto picaresca, pintor de severos principios religiosos; y es muy de notar que esta entereza de ideas, ya marcada desde los primeros años de su residencia en la corte, prevaleció después en él toda la vida, hasta el punto de poderse decir que le hizo antipática la belleza clásica, sin embargo de haberla estudiado en Roma en los mármoles antiguos y en sus inmortales intérpretes, Rafael y Miguel Angel. El naturalismo de Velázquez tiene esto de excepcional: que al paso que los naturalistas italianos y flamencos, como Tiziano y Rubens, acudían á las fábulas del paganismo en busca de hermosos y deleitables asuntos, él, en todo independiente y enemigo de trillados senderos, sólo aceptaba el recuerdo de la mitología como para ponerla en ridículo y desconceptuarla.

El *cuadro de Baco* no es más ni menos que un capítulo de novela *picaresca*, en forma plástica. Un desvergonzado truhán, con cara más de ministro de Caco que de numen benéfico y civilizador, sentado en cueros sobre un barril y coronado de pámpanos, está confiriendo la dignidad de borracho laureado á un soldado barbudo, verdadero soldado Píndaro, tercer agraciado con la fresca corona en el grupo de veteranos y rufianes que le rodea. Los dos que la ciñeron primero descansan á un lado, como en extática contemplación, y cinco aspirantes de cabeza aun mocha, se disponen en el otro á recibir el codiciado adorno. Uno de ellos tiene en la mano un vaso de moscatel; otro un tazón lleno de tinto manchego; píntase en sus fisonomías ya la gravedad estúpida, ya la sandia jovialidad del beodo. El tuno que hace de Baco muestra en sus innobles facciones la palidez del bebedor bilioso; en los otros hay vida, calor, transpiración; y como los personajes de la mojiganga pertenecen á la jerarquía *corriente* y *moliente*, ó son vagos de Triana ó de la puerta de Carmona, ó conciliábulo mixto de Chiquiznaques y jiferos, y piqueros inválidos de algún tercio de Flandes, la imaginación de menos alcance adivina en ellos dotes y circunstancias muy poco recomendables. El viejo que, hincado de rodillas, va á recibir la corona después del soldado que lleva la daga al cinto, parece retrato de aquel famoso bebedor que nos pintó Cristóbal de Castillejo transfigurado en mosquito, del cual decía que

. . . . . . bebió
todo cuanto pudo haber,
hasta el cuero en que paró;
que cosa no le quedó
sino el alma que beber.

Nada tentadora es en verdad semejante compañía. Pasa la escena en campo raso, al pie de una vid trepadora, que, rica de pámpanos, se encarama á lo alto, proyectando su sombra sobre uno de los coronados bebedores, y sirviendo de marco á la figura de otro, el cual, desnudo como el maestro, hace de Sileno, indolentemente recostado sobre el codo derecho. Pero no hay allí cosa que incite al culto del hijo de Semele, ni accidente que provoque á desear la terrible *iniciación*. Nada de ménades y basáridas delirantes respondiendo á las excitaciones de los sátiros cornudos y libertinos y blandiendo con frenético arrebato el tirso, á cuyos golpes manan de la tierra fuentes de vino, leche y miel; nada de ninfas danzando medio desnudas con la cabellera suelta al viento, como las vemos en los bajo-relieves de los sarcófagos, jarrones, aras y candelabros griegos y romanos; nada de las maravillas que Eurípides nos describe en una de sus más famosas producciones. En vez de una escena llena de fuego y de sacro furor báquico, nos ofrece Velázquez en reposado corro el quietismo de la embriaguez vulgar y repulsiva: en vez de un tumultuoso estol de sátiros y silenos, ninfas y amorcillos, mimalionas y evias en crápula promiscua, nos da un cuadro de hombres solos, todos feos y ordinarios, en quienes ni las actitudes ni la desnudez tienen nada de elegante y bello; en vez de las pieles de zorra y de pantera y del leve theristro desceñido y ondeante, el calzón y la capa traídos y prosaicamente plegados; en vez del vino de Lesbos, del ámbar cretense y de la malvasía etrusca, el pedestre moscatel y el tinto de Valdepeñas, que por más que blasone de procedencia borgoñona, al cabo es vino de plebeyos. El vaso común y el jarro han sustituído en la nueva é inofensiva bacanal á la ánfora, á la crátera, al rhyton, al vaso pintado; al clamoroso *Evoé!* que resonó en las colinas de Beocia anunciando los dionisiacos furores tan ominosos al infeliz Penteo, ha sucedido la lisa y franca algarabía de la taberna de Lepe y el discorde grito de *bomba!* de la gente baja. Ni el héroe es ya aquel Baco hermoso, afeminado y ceñido de diadema, llevado en triunfal carroza por tigres y panteras ó acompañado de los genios de las estaciones, ni aparece en el rústico teatro la bella Ariadna, ni descuella en las frondosas lomas que lo limitan al fondo el simulacro del dios de la vendimia adornado de cuernos de oro. El crótalo y el címbalo no resuenan por esos contornos; por más que los registremos, no veremos asomar por entre las embalsamadas florestas el coro de la bulliciosa orgía ...Es que la humanidad no tributa ya ofrendas á los groseros instintos idealizados por la poesía y el arte antiguos, y queda tan sólo como vicio vergonzoso, que busca el silencio y la soledad, lo que antiguamente recibió público culto. Es que Velázquez responde mejor á las ideas y costumbres de su tiempo, que Rubens y el Poussin.

Pero en esta misma perfecta correspondencia del arte de Velázquez con la poesía y la literatura española de su época, están sus méritos y sus deficiencias; nadie le iguala en naturalismo; pero en el sentimiento de la belleza ideal, cualquier adocenado maestro boloñés ó veneciano le supera. Descúbrese en el lienzo de Baco aquel conocimiento profundo de la naturaleza varonil que había de hacerle con el tiempo rival de Timantes, de quien escribió Plinio *artem ipsam complexus viros pingendi* (2). Quizá hubiera fracasado su obra introduciendo en la composición mujeres, porque las gracias femeniles esquivaron en cierto modo sus pinceles.

El cuadro de Baco ó *de los borrachos*, con carecer completamente del idealismo que nuestra educación clásica nos ha acostumbrado á exigir en todas las composiciones mitológicas, es uno de los más interesantes cuadros de costumbres de la escuela española del siglo XVII, y está, como queda dicho, en perfecta consonancia con el rumbo que en las artes de imaginación tomó el genio nacional en Castilla desde que sacudió el yugo de la moda italiana. La acogida dispensada por todas las clases de nuestra sociedad á la novela *picaresca* en aquel siglo, hace sospechar que acaso no fueron extraños á la concepción de esta admirable joya del arte *El Español Gerardo*, – *el Donado hablador*, – *el Escudero Marcos de Obregón*, y tántos otros desenfados de los fecundos novelistas posteriores á Cervantes.

Pedro de Madrazo

(1) *Bacchum in remotis carmina rupibus vidi docentem* etc. (Ode XIX, lib. II).

(2) Hist. nat. lib. 35, cap. 10.

MARGARITA DE BORGOÑA

en una compotera

Jamás artista del siglo XVIII produjo objeto más delicado, elegante y primoroso que esta maravillosa compotera. Sus paredes se encorvan majestuosamente, para replegarse después con gracia y vuelven en atrevida curva á cerrarse, arrojando como en brillantes cascadas, un haz de facetas que bañan su ancha base, sobre la cual caen como lluvia de perlas gotas de limpio cristal que atraviesan rayos de luz alegres y juguetones. Diríase que las flores adamasquinadas de sus asas, están tejidas en una de aquellas magníficas telas de damasco, tan blancas que parecían trasparentes, y cuyo hábil corte daba á la cintura de nuestras abuelas una esbeltez de avispa.

Dos anillos cincelados semejantes á dos manecitas de plata, salen á derecha é izquierda de un círculo y sostienen preciosas guirnaldas.

Las flores imperceptibles de las dos cintas de cristal inclinan su cabeza en una actitud gentilmente pretenciosa. El rocío no dibuja en los cristales nada más lindo ni caprichoso, pero lo que sobre todo sobrepuja á estas maravillas, lo que no puede contemplarse sin éxtasis de admiración, es la tapadera, mejor dicho, la corona de la compotera de nuestro cuento. Centenares de lindos ramilletes se destacan sobre ella con ese fino y delicado relieve que caracteriza á las más bellas porcelanas de Sajonia. Como botón ó remate, se elevan dos figuritas de dos pulgadas representando un pastor y una pastora, con los brazos enlazados, la cabeza inclinada sobre la espalda y que sostienen con sus diminutas manos, una jaula empenachada de cintas dentro la cual se ve un pájaro con las alas entreabiertas. Una avellana es mayor que la jaula y un grano de mijo parecería enorme al lado del pájaro.

Y sin embargo, esta obra maestra, ornamento de un gabinete de artista y ante la cual hoy se recrean entusiastas admiradores, estuvo muchos años olvidada y desdeñada en el rincón oscuro de una bodega en donde el polvo y la humedad la cubrieron con un barro ignominioso. En esta época se prefería ya el gusto *soi disant* griego y puro, al delicioso amaneramiento del décimooctavo siglo. Un día, por no sé qué accidente, un insecto á quien deslumbró la repentina aparición de una luz, se sintió presa del vértigo y cayó en la compotera, que colocada sobre una mala plancha tenía ante sí la tapadera, como se pone la corona de un monarca difunto, á los pies del catafalco real. Era el insecto una araña doméstica de enorme abdomen oval y sobre cuya negruzca espalda se destacaban dos líneas longitudinales de manchas atigradas.

El animal caído en la compotera como lobo en la trampa se puso á recorrer el fondo con toda la rapidez que le permitían sus ocho patas.

Cuando se hubo convencido de que no encontraba ninguna salida trató de subirse por las paredes que formaban á su alrededor un círculo de murallas lisas y trasparentes; pero sus uñas cortantes y encorvadas como las de los leones y los tigres, resbalaban sobre el desnudo y duro cristal. Después de un cuarto de hora de una lucha inútil, cayó fatigada, desanimada y anhelante al fondo de la compotera. Allí se encogió resignada á morir como el gladiador vencido, se arrodillaba en medio de la arena cuando veía á las damas romanas levantar sus manos blancas y bajar su fino y pequeño dedo pulgar para pedir su muerte.

Un joven bajó por casualidad á la bodega y testigo de los esfuerzos de la cautiva, sintió curiosidad por conocer los otros actos de este drama comenzado. Llevóse la compotera y la colocó en su gabinete en el lugar menos iluminado á fin de poder espiar á la araña sin causarla inquietud.

Esta, quedóse inmóvil, encogida y muerta en apariencia, hasta que llegó la noche. Entonces el observador, perezosa y muellemente extendido en su butaca percibió un pequeño ruido casi imperceptible en el fondo de la compotera, se aproximó con una luz y entonces la araña volvió á hacerse la muerta.

Al día siguiente vió que en el fondo de la compotera se encontraba coloreado todo alrededor y á la altura próximamente de una pulgada de miriadas de puntitos blanquizcos, rugosos y colocados á distancias casi geométricamente regulares. La araña dormía en el fondo del vaso.

Al siguiente día hilos de plata partiendo de cada uno de los puntos blancos, iban á unirse en frente y formaban lo que creo se llama, la cadena del tejido.



CABEZA DE ESTUDIO, cuadro de M. Fischer

Al cuarto día fué la *trama* lo que vino á enlazarse á los hilos de la cadena, y una vasta tela ocupó todo el fondo de la compotera; algunos hilos de distancia en distancia, fijaban este pavimento elástico á guisa de amarra y aseguraban su solidez.

La araña á pesar de sus trabajos gigantescos, quedaba aun al descubierto y la faltaba alojamiento. Tenía sí, un piso elástico ó mejor un tapiz sobre el cual podía caminar sin lastimarse ni romper sus uñas, los hilos para la caza estaban tendidos, pero la faltaba una habitación donde abrigarse y ocultarse á las miradas, y además no tenía lecho sobre el cual pudiese dormir. Con dificultad y penas inauditas, llegó á fijar, á cuatro ó cinco líneas por encima de su tela, una treintena de manchitas blancas de las que ya he hablado.

Esto sirvió de nacimiento á un techo que bajaba hasta la tela, después se redondeó, se trabajó, se formó poco á poco y se proveyó de hilos más finos, más cuidados y más fuertes y llegó á ser un nido impenetrable.

Algunas gotas de agua arrojadas sobre esta habitación, resbalaron á lo largo de sus paredes sin alterarlas en lo más mínimo, cayeron como perlas vacilantes á través de la tela y se detuvieron en el fondo del vaso en donde acabaron por evaporarse.

La araña había sacado sus hilos, que un cálculo aproximado puede evaluar su longitud sin exageración en dos mil pies, de las seis mamas unidas á su abdomen y que segregaban un licor gris, trasformado instantáneamente por contacto del aire en hilos finos, ligeros y de una solidez inconcebible, sobre todo si se considera su tenuidad. Un hilo de araña si no se le rompe sacudiéndole, puede sostener un peso de diez y ocho gramos.

Una vez terminada su habitación, la araña se dedicó á pasar los días y las noches en el dintel de su habitación, esperando con una paciencia sin ejemplo que la casualidad la proporcionase una presa. La cosa no era fácil, las moscas eran raras por la estación del año, y además nada había en la compotera que las atrajese. Dos meses trascurrieron durante los cuales el pobre animal adelgazó considerablemente. Por fin un día compadecido el observador arrojó una mosca á la hambrienta.

El pequeño insecto cayó sobre la tela y enredáronse sus alas en ella. La araña corrió en seguida, aprisa pero pesadamente, apoderóse de su presa con las ocho patas á la vez, la estranguló con sus poderosas mandíbulas y condujo el cadáver á su nido. Una hora después llevaba fuera de su casa los restos de la mosca y los arrojaba en el rincón más oscuro y alejado de su tela no sin recubrir los con un sudario para ocultar á la vista su aspecto. Así Bruto arrojó su manto sobre el cadáver de César.

Todos los días á la misma hora el observador lanzaba una mosca á la compotera. No tardó en observar que llegado el momento de la comida salía la araña de su nido, avanzaba sobre la tela y espiaba la caída de la mosca y no se asustaba del movimiento que antes la hacía retroceder y entrar en su casa cuando la mano de su nutridor le llevaba la comida. Poco tiempo después en lugar de esperar á que se hubiese alejado un poco, corría inmediatamente y con atrevimiento hacia la mosca y no se tomaba ya la molestia de entrar en su casa para comer.

Curioso por conocer hasta qué punto aumentaría esta familiaridad, el joven cogió á la mosca por un ala y la presentó á la araña. La primera vez, entróse asustada á su nido y se mantuvo allí absolutamente oculta; mas al día siguiente obligada por el hambre, se arrojó sobre la mosca con la rapidez de una flecha, se apoderó de ella y huyó al fondo de su habitación. El observador repitió la experiencia una, dos, diez veces. Al cabo de este tiempo la araña devoraba las moscas en los dedos del joven. Acabó hasta por salir de la compotera con la ayuda del brazo que le presentaba su dueño, y libre así, recorría los brazos y el pecho del joven é iba á tomar una mosca en su otra mano que alejaba cuanto le era posible.

Desde entonces se firmó el pacto de intimidad.

El observador tenía un vivo interés por su pensionista, y la amaba tanto como Pellison amaba á la suya. Se puso pues en busca de libros de Historia natural para estudiar y poder averiguar á qué sexo pertenecía la araña de la compotera. Reconoció que era una hembra por los palpos filiformes que tenía cerca de las mandíbulas y por las patas del torax más cortas y gruesas que las del vientre. Hecho este descubrimiento resolvió casar á la reclusa y se puso en busca de un marido de buen aspecto y digno de la ternura de una tan linda conquista. La cosa no fué difícil; era entonces primavera.

Una vez en posesión el observador, de un hermoso macho, de gruesos palpos bien hinchados, de patas largas y esbeltas, con ocho ojos vivos y el continente de conquistador y decidido, vino á llevarle en triunfo á su huéspeda. Lo depositó dulcemente sobre la tela, hacia el

extremo opuesto al nido de la araña y se alejó un poco, de manera que pudiese sin embargo observar todo lo que pasase. Bien pronto vió á la coqueta salir de su *boudoir*. Por su parte el macho no se mostraba torpe y daba pruebas de finura y galantería; sus patas delanteras acariciaban á la manera de conquistadores, los bucles formados por sus tarsos; un subteniente de húsares no pone más cuidado ni fatuidad, cuando retuerce las guías de su rizado bigote. El macho avanzó á paso de carga, golpeando con la pata, piafando y contoneándose, la araña retrocedió y huyó, pero de manera que dejaba adivinar su deseo de ser seguida. El macho siguió sus pasos aunque con cierta reserva y un temor singulares, pero cuya evidencia no podía ocultarse. Por su parte la hembra le espiaba con una astucia que daba á sus ojos una expresión extraña. Por fin ella vuelve la cabeza y marcha ante él preocupada en apariencia en apartar algunos hilos en los cuales se enredan sus patas... Entonces el macho saltó sobre ella...



CASA DE OSMÁN DIGMA EN SUAKÍN

Ella se vuelve... pero ya no es la audaz coqueta que seduce, es la leona que caza su presa.

Es Diana ante Acteón. El macho temblando trata de huir, se esfuerza por escalar las paredes de la compotera... ¡Vanos esfuerzos! Margarita de Borgoña se dirige hacia su víctima, la fascina, y la detiene. El infortunado se encoge temblando. Ella con la garra levantada y amenazadora como un puñal, le hiere, le mata, y después de contemplar al que había sido su esposo, le devora!

Al siguiente día, deseando conocer el joven los motivos de tanta barbarie, quiso saber si la muerte del pobre macho era el castigo de una falta personal ó el resultado de un sistema de asesinato, y llevó un segundo macho á la compotera.

¡Ay! ¡ya no pudo dudar! El crimen de la cruel no tenía excusa ni circunstancias atenuantes. El jurado más benigno la hubiese condenado con todas las agravaciones previstas por la ley. A esta infame le era necesario el asesinato. Durante un mes entero vivió del cadáver de sus amantes. Bien pronto le parecieron vianda insípida é insignificante, rehusó comerlos pero no matarlos, y volvió á sus moscas con un placer evidente.

Margarita de Borgoña, porque desde entonces este fué el nombre que recibió la araña, á causa de la conocida historia de Buridán, Margarita, digo, continuó llevando una vida tranquila y sin remordimientos en su compotera. Un día, la ventana de la habitación en que se encontraba el vaso quedó abierta; una golondrina entró en el cuarto, vió á la araña, y de un picotazo vengó á todas las víctimas de la malvada.

Muchos años después, la compotera, por una porción de acontecimientos inverosímiles y que en verdad podrían ser objeto de una odisea, muy curiosa y extraña, llegó á manos del que estas líneas escribe y la guarda con un religioso cuidado; no á causa de la araña cuya historia acabáis de leer sino algo á causa de su belleza y mucho porque perteneció á un naturalista célebre, y sobre todo porque decidió, por decirlo así, la vocación del émulo de Cuvier.

Por la araña de la compotera, el joven de que he hablado se decidió á estudiar las maravillas de la naturaleza é hizo así eternamente ilustre el nombre de Lacepède.

RICARDO REVENGA

NOTICIAS VARIAS

ESTADÍSTICA DE MÉXICO. — El distinguido geógrafo mexicano D. Antonio García Cubas ha terminado la tarea de revisar y corregir el cuadro geográfico, estadístico é histórico de aquel país, para la cual le había comisionado el ministro de Obras públicas.

He aquí algunas de las cifras más importantes que demuestran el desarrollo de aquel país en los últimos años.

La población de México ha aumentado en el período de 1880 á 1888 en cerca de millón y medio de habitantes, es decir 185,962 por año.

Las rentas de la República que en 1880 eran de pesos fuertes 21.936,165 ascendieron en 1888 á 32.126,508. En los Estados este aumento ha sido de 4.191,799.

A fines de 1880 había 15 vías férreas en explotación, que medían 1.055 kilómetros; á fines de 1888 eran 47, con 8,153 kms.

En el primero de dichos años había 16,910 kms. de hilo telegráfico; en el segundo, esta cifra llegaba á 44.612.

Durante el año económico de 1886-87, el comercio de importación ascendió al valor de 52.252,275 pfs. y el de exportación á 49.191,930.

En instrucción pública el progreso ha sido notable: en 1880 había en la Confederación 8,535 escuelas con 435,935 alumnos; en 1888 sumaban ya 10,726 con 544,000.

Finalmente, hay faros en los puertos de Veracruz, Coatzal-coalco, Alvarado, Frontera, Celestún, Sisal, Jicalanco, Tampico, Campeche y Progreso en el Golfo, y en Guaymas y Mazatlán, en el Pacífico.



VISTA DE SUAKÍN DESDE EL DIQUE

BARCELONA. — IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



AÑO VIII — BARCELONA 2 DE SETIEMBRE DE 1889 — NÚM. 401

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

¡CUCÚ! cuadro de Juan van Beers

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

¡CUCÚ! cuadro de Juan van Beers

He aquí un cuadro verdaderamente simpático y entiéndase que no usamos este adjetivo en el mismo sentido que los revisteros de salones entre los cuales la tal palabreja suele traer aparejada en la señorita á quien se aplica la total ausencia de cualidades estéticas y tal cual vez la falta de otras condiciones espirituales si menos visibles no menos apreciables. No; al dar ese calificativo al cuadro de van Beers es nuestra intención significar que su intencionada composición y la belleza y elegancia de su factura son de índole tal que no hay que torturar mucho la inteligencia para descubrirlas y saborearlas sino que se imponen á simple vista. Cualquiera que contemple ese rostro encantador animado por unos ojos sin tacha y por una sonrisa deliciosa que permite ver entre dos rojos labios una fila de apretados y menudos dientes de inmaculada blancura; cualquiera que vea la corrección de líneas del trozo de torso que deja al descubierto el corpulento árbol; cualquiera que mire las hojas y flores que sirven de marco y las doradas mieses que constituyen el fondo de tan bella figura, no podrá menos que extasiarse y exclamar *ex abundantia cordis* ¡qué hermoso cuadro!

EN MARCHA PARA EL MERCADO dibujo de Baldomero Galofre

El dibujo que hoy publicamos de nuestro distinguido paisano confirma una vez más lo que tantas hemos dicho, á saber: que nada hay pequeño para el verdadero artista. ¿Cabe mayor sencillez en el asunto? Desde este punto de vista, difícil nos sería encontrar tema menos interesante que el desarrollado por Galofre; y sin embargo nadie que vea el dibujo dejará de decir con nosotros que el que lo ha hecho siente la belleza y posee los secretos del arte para hacérsela sentir á los demás.

RETRATO DE REMBRANDT Y DE SU MUJER pintado por él mismo

Rembrandt, uno de los más grandes artistas de todos los tiempos, gozaba ya de gran fama cuando á los 28 años de edad, ó sea en 1634, casó con la hermosa Saskia de Uylenburgh. Dos años más tarde pintó el magnífico cuadro que reproducimos y que constituye una de las joyas más preciadas del Museo de Dresde. La pintura en la cual Rembrandt se nos ofrece teniendo á su mujer sobre sus rodillas y empuñando con la diestra la copa llena de licor, no sólo es una maravilla como retrato sino que, además, es una alegoría magistralmente ejecutada del amor y de los placeres de la vida.

Rembrandt disfrutó poco tiempo de la felicidad que el matrimonio le había proporcionado: á los ocho años de casados falleció la bella Saskia, dejando sumido al artista incomparable en terrible desconsuelo. Y no pararon aquí sus desgracias: los reveses de fortuna acabaron con la cuantiosa que con su trabajo había logrado reunir y el que fué encanto de sus contemporáneos y admiración de las generaciones posteriores murió en la miseria.

¡BUENA PRESA! cuadro de F. Dvorak

Dvorak ha hecho profundos y concienzudos estudios sobre esa edad risueña de la vida del hombre que se denomina infancia y ha sabido sorprender en ella ora la gracia y espontaneidad de sus inocentes juegos, ora la dolorosa expresión de sus pesares.

¿No recuerdan nuestros lectores el *¡Sangre!* del propio autor que hace algún tiempo publicamos?

¡Cuán hermosa pareja le ha dado el artista con el que hoy reproducimos! Si naturalidad y sentimiento hay en aquél, sentimiento y naturalidad abundan en éste; si elegante es el uno, no es ciertamente elegancia lo que falta en el otro y en cuanto á ejecución allá se van ambos. De suerte que nos pondría en un brete el que nos obligara á escoger uno de los dos á cambio de renunciar en absoluto á la vista del otro, pues si en el primero nos cautivan la pena del protagonista y la amorosa solicitud de sus compañeros, en el segundo nos encantan la seriedad del cazador y la admiración y contento con que sus hermanitos contemplan á la pobre mariposa enredada en las sutiles mallas que la aprisionan.

REGRESO DE LA JIRA, dibujo de J. Engelhart

La tarde ha sido hermosa, el campo ostentaba sus mejores galas, los sencillos manjares servidos en rústica mesa y á la sombra de vetustos árboles sabían á suculentas viandas gracias al buen apetito y al mejor humor y el vinillo nuevo ha comunicado al alma una alegría que en vano solicitan del espumoso Champagne los gastrónomos acostumbrados á sibaríticos banquetes.

Todo esto nos dice el delicado dibujo de Engelhart. La deliciosa pareja por éste dibujada suponiéndola de regreso de una jira campestre es verdaderamente cosmopolita: donde quiera que haya obreros laboriosos y agradables sitios en donde descansar durante el domingo de las faenas de la semana ha de verse retratado en los semblantes de los que al campo acuden á solazarse el contento que aquélla respira y donde quiera que latan corazones jóvenes y enamorados, el placer de una tarde de recreo ha de traducirse en las expresivas miradas que despiden los ojos de los dos felices amantes que asidos fuertemente del brazo se deleitan recordando las alegres horas en amorosa compañía pasadas y gozan anticipadamente pensando en las que pasarán en la próxima fiesta.

EL REY DINAH SALIFOU, SU ESPOSA PHILIS Y SU HIJO, de una fotografía

El rey de Río-Núñez, Dinah Salifou, es un buen amigo de Francia y uno de tantos visitantes exóticos que han venido á Europa para ver la Exposición de París.

Cuenta 52 años y reina sobre los pueblos nalus y bagas: es de alta estatura y lleva un *boubou* (capa) blanco muy holgado y un gorro de terciopelo. Su esposa, Philis, siente, al parecer, verdadero horror por los viajes, así es que el monarca hubo de apelar á una estratagema para llevársela consigo á Francia: Dinah Salifou, que reside un poco más arriba del río que su mujer, al pasar por delante de la residencia de ésta mandóla llamar para despedirse de ella; la confiada Philis acudió al llamamiento, pero en cuanto estuvo á bordo el buque echó á andar río abajo mientras la reina, sorprendida de pronto, se deshizo en llanto cuando comprendió cuál había sido el intento de su marido y no se calmó hasta que se encontró en alta mar.

Acompañan á Dinah Salifou uno de sus hijos, Ibrahim, de 12 años de edad, su hermano Bohasamblo, su sobrino Namadhou-Saikou y su primer ministro Sitha.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

UNA RIÑA DE GALLOS EN FLANDES, cuadro de Mr. Remy Cogghe

Este género de *sport* que tan en boga está en Inglaterra y en Flandes ha inspirado á Mr. Remy Cogghe el cuadro que reproducimos y que tanto llamó la atención en el Salón del último año.

En los alrededores de Roubaix es en donde ese espectáculo ha alcanzado su mayor extensión, pues así como las autoridades belgas lo prohiben en absoluto, las municipalidades francesas del Norte hacen la vista gorda y la Sociedad protectora de los animales que tanto ha clamado contra las corridas de toros no gasta ya sus bríos en defender á los gallos.

La riña de gallos tiene su esgrima especial cuyas destrezas no se comprenden á simple vista: las aves reñidoras van provistas de un agudo espolón con el cual ejecutan prodigios y aun algunas llegan á poseer á fuerza de experiencia ciertos golpes mortales que en pocos segundos acaban con la vida de sus adversarios.

Cada gallo tiene entre el público que á tales *diversiones* asiste sus partidarios entusiastas, ni más ni menos que un tenor favorito, que gozan con sus triunfos y se desesperan con sus derrotas.

Las fisonomías de los espectadores que figuran en nuestro grabado reproducen admirablemente estas expresiones distintas.

En el circo los dos campeones luchando desesperadamente chorreando sangre por distintas heridas; alrededor de la baranda los curiosos se estrujan en la más completa promiscuidad social; á la izquierda un rico propietario apoya familiarmente sus manos en las espaldas de un desarrapado granuja, mientras á la derecha un mozo de cuadra se tiende literalmente sobre un caballero de irreprochable elegancia que no se extraña de esta confianza excesiva. En el rostro de todos se adivina que su única preocupación es el salvaje combate cuyas peripecias siguen con verdadera pasión.

En el centro, el dueño de uno de los luchadores, teniendo en la mano todavía el saco en que ha traído su gallo, contempla las fases de la lucha con el ceño fruncido y la frente arrugada, indicios seguros del interés que para él ofrece el espectáculo; en las galerías superiores un apostador se abalanza para entregar su apuesta: dos aficionados imparciales juzgan los asaltos como *dilettanti* sin interesarse en el éxito de la lucha.

En suma, el cuadro de Remy Cogghe nos da una idea exacta de ese bárbaro espectáculo en el cual el arte del hombre dominando á una fiera no existe, quedando por lo mismo reducido á un acto grosero y brutal por excelencia.

No defendemos las corridas de toros, pero sentimos que á pretexto de ellas nos califiquen de salvajes los que consienten las riñas de gallos y con fruición las presencian si no las fomentan.

GRANO DE PIMIENTO

La rica poesía eslava, la popular sobre todo, es para nosotros los occidentales un misterio. Si alguna vez queremos lanzarnos á la región de lo fantástico en busca de un poco de esparcimiento, nos contentamos casi siempre con los productos de la imaginación árabe. Y no damos con esto prueba de mal gusto. No le damos tampoco, buscando lo maravilloso en esas leyendas encantadoras de la Edad media, de origen germánico en su mayor parte. Arabes y germanos han producido cosas bellísimas. Pero ¿por qué no variar un poco? ¿Acaso no existen otras literaturas que sobre ser igualmente ricas pueden ofrecernos el atractivo de la mayor novedad?

He aquí por qué me he decidido, lector amable y discreto, á referirte hoy la historia de Grano de pimiento, cuento que los campesinos rusos refieren á sus hijos durante las largas veladas de invierno, mientras el viento hace girar en gigantescos remolinos la nieve que cae y el lobo aúlla en la estepa.

Y te prometo que si «Grano de pimiento» te gusta – te gustará porque en todo él destella esa graciosa candidez de los pueblos niños – he de contarte otros no menos entretenidos. A mí no me costará eso más trabajo que elegir el que me parezca más agradable entre los muchos que algunos sabios extranjeros han traducido y publicado.

***

Tres hermanos fueron un día á un bosque á cortar leña. Tenían una hermanita muy buena, la cual debía llevarles á las doce la comida. Pero un gigante ferocísimo, que por aquellas proximidades habitaba, le salió al encuentro, la cogió y se la llevó á la caverna en que vivía.

Los tres leñadores esperaron en vano á su hermanita todo aquel día y el siguiente. Al tercero volvieron á casa y preguntaron á sus padres por qué razón no había ido la hermana á llevarles la comida. La madre respondió muy afligida que la había enviado y que no sabía dónde estaba.

– Voy á buscarla, dijo el mayor.

Y después de haber caminado mucho tiempo encontró una pastora que guardaba un rebaño de carneros y le preguntó por su hermana.

– Me parece que la he visto, respondió la pastora. Era una muchacha con una cestita en la mano ¿no es verdad? La ha cogido un gigante y se la ha llevado á su caverna.

– ¿Dónde está la caverna?

– En el fondo de aquel barranco.

El leñador bajó á la entrada de la cueva y á grandes voces llamó á su hermana.

Ella misma le abrió la puerta y le condujo al interior de la gruta, que era un magnífico palacio. Oyóse de pronto un gran ruido; era que en la puerta de la caverna había caído como llovida del cielo una maza.

– Es el gigante, dijo la muchacha; de este modo anuncia su llegada para que le tengan preparada la comida.

Momentos después el gigante entró, y con voz terrible dijo:

– Aquí hay un forastero.

– Es mi hermano, respondió la muchacha.

– Bueno; pues que asen el mayor de mis carneros.

Cuando se sentaron á la mesa, dijo el gigante al leñador:

– Si comes tu parte antes que yo la mía puedes matarme; sino, te mataré yo.

El pobre leñador se puso á comer lleno de miedo y trató de devorar su parte. Pero apenas pudo comer dos ó tres pedazos porque el gigante le mató.

Su familia le esperó en vano mucho tiempo. Su madre desolada no tenía un momento de reposo. Entonces el segundo de sus hermanos salió en su busca. La misma pastora le indicó la caverna del gigante. Entró en ella, y no pudiendo engullir medio carnero con la misma rapidez que el coloso, murió también en manos de éste.

El leñador más pequeño tentó la misma aventura y tuvo la misma suerte que sus dos hermanos.

Los infelices padres, al verse en la vejez privados de sus hijos y de su hija, pidieron fervorosamente al cielo que les concediera un nuevo hijo, aunque fuera tan pequeño como un grano de pimiento. El cielo escuchó sus preces, porque tuvieron un chico tan pequeño, tan diminuto, que le llamaron *Grano de pimiento*.

Riñendo en una ocasión con otro chicuelo, le dijo éste:

– ¡Ojalá acabes como tus hermanos!

Volvió á su casa y pidió que le dijeran la significación de aquellas palabras. Su madre le contó entonces que su hermana y sus tres hermanos habían desaparecido misteriosamente.

Grano de pimiento reunió entonces cuantos pedazos de hierro pudo y se los dió á un herrero para que le hiciera una maza. Cuando estuvo terminada dijo al herrero:

– Antes de pagarla, vamos á ver si es fuerte.

Y cogiéndola la arrojó al aire, recibiéndola al caer en la cabeza. Con tal fuerza cayó, que se rompió en varios pedazos. Furioso Grano de pimiento, se fué al herrero y lo mató.

Se mandó fabricar otra maza, que se rompió como la primera al chocar contra su cabeza. El herrero recibió en recompensa una regular paliza. Encontró por último otro más hábil.

– Me debes un ducado, dijo á Grano de pimiento.

– Veamos antes lo que has hecho, dijo éste.

Y recibiendo la maza en la cabeza, vió que esta vez le hizo varios chichones sin romperse.

– Está bien, dijo, dando un ducado al herrero; estoy contento de tí.

Y se fué al bosque, en el cual halló á la pastora. Por ella supo lo ocurrido á su hermana y hermanos y la morada del gigante.

Cuando llegó al fondo del barranco llamó á su hermana en voz alta.

– ¿Quién me llama, exclamó ésta, si todos mis hermanos han muerto?

– Yo soy también hermano tuyo; nací después que salistes de casa.

Entonces le abrió la puerta.

Oyóse momentos después un gran ruido y una pesada maza cayó en el suelo.

Grano de pimiento la levantó y la arrojó al gigante.

– ¿Qué monstruo es ese que se atreve á devolverme así mi maza? ¿Hay acaso algún hombre capaz de pelear conmigo?

Y dicho esto entró, mandó asar el carnero mayor de su rebaño, lo partió en dos pedazos y dijo al joven Grano de pimiento:

– Si comes tu ración antes que yo la mía, puedes matarme; sino, te mataré yo á tí.

Grano de pimiento le mató, se apoderó de cuantos tesoros contenía su palacio y volvió á casa con su hermana.

Después de haber vivido alegremente durante algún tiempo, resolvió salir á correr mundo y buscar fortuna.

Llegó á una gran ciudad, y vió en la plaza mayor á un hombre que tenía empuñada una pica de hierro y la estrujaba con tal fuerza, que hacía brotar de ella gotas de agua. Una gran muchedumbre le contemplaba admirada.

Grano de pimiento se acercó á él y le dijo:

– ¿Sabes si hay algún hombre más fuerte que tú?

– Sí; Grano de pimiento, que recibe en la cabeza sin pestañear el peso de una enorme maza de hierro cayendo de gran altura, es más fuerte que yo.

– Yo soy Grano de pimiento; y tú ¿cómo te llamas?

– Picador.

– ¿Quieres viajar conmigo?

– Con mucho gusto.

Pusiéronse ambos en camino, y llegaron á otra población en la que gran número de personas contemplaban asombradas á un hombre que con la punta de un dedo hacía andar nueve ruedas de molino.

Se le acercaron y le dijeron:

– ¿Hay en el mundo un hombre más fuerte que tú?

– Hay dos, respondió: Picador y Grano de pimiento.



EN MARCHA PARA EL MERCADO, dibujo de Baldomero Galofre.

– Yo, dijo uno de los viajeros, soy Picador.

– Y yo, añadió el otro, soy Grano de pimiento. ¿Cómo te llamas tú?

– Molinero.

– ¿Quieres viajar con nosotros?

– Con mucho gusto.

Caminaron mucho tiempo y visitaron diversos países. Llegaron por último á una ciudad en la que reinaba la mayor consternación, porque habían robado al rey sus tres hijas.

El soberano había ofrecido á quien las hallara las mayores recompensas, pero las princesas no parecían.

Los tres viajeros ofrecieron sus servicios, que fueron aceptados con alegría. Para realizar su empresa empezaron por pedir 100.000 cargas de madera, con las cuales construyeron una empalizada en rededor de la ciudad, ejerciendo la más exquisita vigilancia.

Tocóle el primer día hacer el almuerzo, que consistía en un buey, á Picador, mientras sus compañeros permanecían de centinela junto á la empalizada. Cuando Picador tenía casi terminado el almuerzo, vió aparecer un hombre cuya frente solo tenía tres pies de alto y cuyas barbas eran inmensas. Tal fué el terror que de él se apoderó que echó á correr.

El coloso se sentó tranquilamente, se comió el buey y se marchó.

Cuando llegaron Grano de pimiento y Molinero, rendidos de fatiga y muertos de hambre, Picador, que todavía estaba escondido en un matorral, les refirió lo ocurrido con el descomunal gigante.

– ¡Cobarde! dijo Molinero. Mañana me quedaré yo á preparar el almuerzo y veremos si me asusta á mí ese barbazas.

Al día siguiente, cuando el buey estaba perfectamente asado, se presentó el monstruo, á cuya vista Molinero huyó aterrorizado.

– Mañana me toca á mí, dijo Grano de pimiento. Veremos si hay quien nos quite el almuerzo.

A la misma hora del siguiente día presentóse el gigante, saboreando de antemano el buey que pensaba comer.

– ¡Alto ahí! gritó Grano de pimiento; me has hecho ayunar dos veces, pero hoy estoy seguro de almorzar.

– ¡Cómo! exclamó el gigante. ¿Te atreves á atacarme? Sabe, desdichado, que sólo hay un hombre temible para mí en el mundo: Grano de pimiento.

– Está bien, dijo Grano de pimiento arrojándose sobre él.

Después de una larga lucha lo derribó, le amarró á un gran pino y se puso á comer con toda calma.

El gigante no pudo desasirse de sus ligaduras, pero por medio de una violenta sacudida arrancó el pino de cuajo y echó á correr, arrastrándolo con tal fuerza, que las raíces del árbol trazaban profundos surcos en el suelo.

Cuando Picador y Molinero llegaron quisieron lanzarse en su persecución.

– Comed y bebed tranquilamente, les dijo su compañero, que ya encontraremos á ese forajido.

Cuando acabaron de almorzar pusiéronse los tres en marcha, y guiándose por los surcos que la raíz del pino había abierto, llegaron á una caverna cuya profundidad no pudieron sondar. Para bajar pidieron al rey una cuerda de 300 leguas de largo, y así que la tuvieron volvieron á la caverna.

Picador fué el que primero quiso bajar. Pero apenas hubo descendido unos cuantos centenares de pies en el tenebroso subterráneo, empezó á mover la cuerda para indicar á sus compañeros que le volvieran á la superficie del suelo.

Molinero, que le siguió, hizo lo mismo.

– Sois unos cobardes, dijo Grano de pimiento. Voy á bajar y veréis cómo no me quedo en el camino.

Y llegó, en efecto, al fondo del subterráneo, donde vió una gran explanada, en la cual se levantaba un magnífico palacio. En el jardín, que era frondosísimo, paseaban dos hermosas doncellas.

– ¿Sois las hijas del rey? les preguntó Grano de pimiento.

– Sí, le respondieron.

– ¿Y vuestra hermana?

– Está curando al gigante las heridas que ha recibido peleando con un caballero llamado Grano de pimiento.

– Yo soy Grano de pimiento y he venido á sacaros de aquí y devolveros á vuestro padre.

Locas de alegría al escuchar estas palabras, las dos princesas indicaron á su libertador el sitio en que se hallaba su hermana, aconsejándole que en vez de precipitarse contra el gigante procurara acercarse á él sin ser sentido y apoderarse del sable que tenía colgado sobre la cama.

Aquel sable mataba á un hombre á veinte leguas de distancia.

Grano de pimiento siguió sus consejos y logró apoderarse de aquella arma terrible, saliendo después precipitadamente de la estancia. Pero el gigante, que le había visto, echó á correr detrás de él. Grano de pimiento le degolló de un sablazo. Nada se oponía ya á la realización de sus generosos planes, de suerte que sin obstáculo alguno condujo á las tres princesas á la sima por donde había entrado. Ató un gran cesto á la extremidad de la cuerda y colocó en él á la mayor de las princesas, con una esquela en la que decía que debía casarse con Picador, después de lo cual hizo la señal convenida. La segunda princesa subió de la misma suerte que la primera, con otra esquela designándola como esposa de Molinero.

La menor de todas era la más bonita y Grano de pimiento quería casarse con ella. Al sentarse en la cesta, la princesita le dió una caja muy pequeña, diciéndole:

– Abrela si tropiezas con alguna dificultad ó te amenaza algún peligro.

Después de esto desapareció como sus hermanas.

Inútilmente esperó el bravo Grano de pimiento que la cuerda volviera á bajar. Al cabo de mucho tiempo se convenció de que sus compañeros le habían hecho traición. No sabiendo hacia qué lado dirigirse, empezó á caminar al acaso. Después de cruzar campos y selvas interminables, llegó á orillas de un gran lago, en el que se oían gritos confusos.

Vió un lucido cortejo que acompañaba á una joven hermosísima vestida de desposada, y que después de acompañarla hasta el lago la dejó sola en sus orillas.

Grano de pimiento se acercó y le preguntó por qué estaba tan triste.

– En ese lago, le respondió, vive un gran dragón, al cual es necesario dar cada año una doncella. Me ha tocado á mí la vez y tengo que esperar aquí, con mi corona de desposada, á que salga á devorarme.

– Dejadme descansar un poco, porque estoy sumamente fatigado, dijo Grano de pimiento.

– Haríais mejor marchándoos. Es necesario que yo muera y no hay motivo alguno para que sufráis mi suerte.

– No paséis por mí ningún cuidado. Permitidme que duerma un poco. Cuando el monstruo venga, tiempo tendré de ponerme en salvo.

Y diciendo esto, Grano de pimiento se acostó y se durmió. De pronto las olas del lago se agitaron con estrépito y violencia apareciendo en la superficie la cabeza del dragón que nadaba con furia hacia tierra. La jóven al verle rompió á llorar. Una de sus lágrimas cayó en el rostro de Grano de pimiento y le despertó. Cogió su sable encantado y de un solo sablazo cortó la cabeza del monstruo. Después se dirigió con la joven á la ciudad cercana en la que reinaba el padre de ella.

El palacio y la ciudad estaban de luto. Imagínese la alegría del rey y de sus vasallos cuando supieron que la princesa se había salvado de tan maravillosa manera, gracias al valor de Grano de pimiento.

Éste se casó con la princesa, como es de rigor en tales circunstancias, y durante mucho tiempo vivió tranquilo y fué feliz. Pero un día vió su mujer que estaba triste, sin que á pesar de los esfuerzos que hacía pudiera disimular su tristeza. Aquella melancolía iba en constante aumento. Quiso conocer la causa de ella, pero Grano de pimiento



RETRATO DE REMBRANDT Y SU MUJER, pintado por él mismo





UNA RIÑA DE GALLOS EN FLANDES, cuadro de Mr. Remy Cogghe



¡BUENA PRESA!, cuadro de F. Dvorak

negóse al principio á manifestarla. Mas tanto insistió la princesa que por fin un día le dijo:

– Me acuerdo mucho de la tierra en que nací y siento no poder volver á ella.

La princesa escuchó con pena aquella revelación, pero como no podía resignarse á ver sufrir al hombre á quien amaba, pidió al rey que le dejara partir.

– Me ha salvado la vida – le dijo – y no tenemos derecho de retenerlo aquí contra su voluntad. Mis tres hijos me consolarán durante su ausencia.

– Bien está, – dijo el rey; – sea, pues que tú lo quieres. Que vaya á las orillas del lago. Allí encontrará al pájaro gigante al que dará una carta de mi parte. De este modo podrá volver á su país.

Grano de pimiento se despidió de su mujer, se encaminó hacia el lago y en sus orillas encontró el nido del pájaro gigante. El padre y la madre estaban ausentes; sólo se hallaban en él las crías. De pronto las aguas del lago se agitaron violentamente y apareció en la superficie un dragón que venía á devorar los pájaros. Grano de pimiento le degolló y después se sentó en el suelo con toda tranquilidad. Momentos después llegó la pájara gigante, y viendo á aquel hombre sentado junto á su nido, quiso matarle, pero los pajaritos le gritaron:

– No le hagas daño, porque el dragón ha querido comernos y él nos ha salvado.

Grano de pimiento se levantó y entregó la carta del rey á la gigantesca ave. Después de haberla leído atentamente, ésta le dijo:

– Manda matar 12 carneros y trae separadamente su carne y sus 12 pieles llenas de agua.

Reunidas estas provisiones, la pájara colocó bajo su ala derecha la carne de los 12 carneros y bajo la izquierda las 12 pieles, puso á Grano de pimiento sobre sus espaldas y le dijo:

– Ten cuidado de observar mis movimientos. Cuando vuelva el pico á la derecha me darás de comer; cuando le vuelva á la izquierda me darás de beber.

Dichas estas palabras tomó vuelo y se remontó á gran altura en el espacio. De cuando en cuando volvía el pico ora á la derecha, ora á la izquierda, y según la dirección así le daba de comer ó de beber. Pero ocurrió que la provisión de carne se agotó, y entonces Grano de pimiento se cortó un pedazo de la planta del pie y se lo dió al ave gigante para engañar su voraz apetito. Ella, en vez de engullir aquel pedazo, le conservó en la boca.

Cuando llegó el momento de echar pie á tierra, Grano de pimiento cojeaba.

– ¿Qué tienes? – le preguntó el animal. – ¿Parece que cojeas?

– No es nada, – replicó Grano de pimiento. – Un dolorcillo pasajero.

– Vamos, levanta el pie derecho.

Y colocó delicadamente en su sitio el pedazo cortado.

– Ya no tienes nada, – le dijo. – Me marcho; buen viaje.

Grano de pimiento no sabía qué hacer ni dónde dirigirse. Entonces se acordó de la cajita que le diera la princesa. La abrió y de ella salieron una abeja y una mosca, las cuales le preguntaron qué deseaba.

– Quiero – les respondió – un buen caballo y ricos vestidos para presentarme en palacio.

Este deseo fué convertido en realidad inmediatamente.

Grano de pimiento montó á caballo y se dirigió á la capital. Al llegar á ella guardó corcel y vestidos en su cajita y fué á alojarse modestamente en una posada.

Al siguiente día, el pregonero anunciaba por las calles que Picador, yerno del rey, desafiaba á todo el que quisiera pelear con él.

Grano de pimiento provisto de un excelente corcel y de un traje magnífico gracias á su cajita mágica, se presentó en el torneo, peleó con el traidor Picador y le dió muerte.

El rey mandó buscar al extranjero tan maravillosamente vestido y que tal triunfo había alcanzado, pero no fué posible dar con él.

Días después el pregón anunciaba que Molinero yerno del rey esperaba en la arena á quien quisiera pelear con él.

Grano de pimiento magníficamente equipado se presentó nuevamente, luchó con él y le dió muerte.

El rey le hizo buscar, pero en vano. El incógnito, cuyo caballo, cuyo traje y cuyas fuerzas superaban á cuanto habían visto los humanos, había desaparecido.

Después de haber dejado trascurrir algún tiempo Grano de pimiento escribió á la princesita refiriéndole sus aventuras y la venganza que de los dos traidores había tomado. La joven dió cuenta de ello á su padre, añadiendo que á aquel valiente joven y sólo á él debían las tres la salvación.

Grano de pimiento fué llamado á palacio, recompensado con regia esplendidez y con toda clase de honores.

***

Tal es la historia de Grano de pimiento. Leída superficialmente tal vez parezca demasiado pueril. Pero los productos del saber popular no suelen serlo. En efecto, si se reflexiona un poco, se verá en él la glorificación del pequeño y del espíritu.

Grano de pimiento á pesar de su pequeñez vence á los gigantes y á los monstruos, castiga á los falsos amigos que le hicieron traición y se eleva á los más altos puestos de la corte, sólo porque en su diminuto cuerpo se alberga un espíritu muy grande que le da fuerzas para acometer las más peligrosas empresas.

Esta tendencia á glorificar lo pequeño y lo espiritual es característica de las literaturas populares de los eslavos. No menos que en Grano de pimiento se observa en *Solek* y en otros muchos cuentos no menos dignos de ser leídos.

G. REPARAZ

BOSQUEJOS MADRILEÑOS

MAÑANAS DEL RETIRO

Le llamo *Retiro* siguiendo la tradición madrileña que no le da nunca su flamante dictado de *Parque de Madrid*.

Las calles del *Lobo* y del *Baño* rotuladas recientemente; la primera *Calle de Echegaray*, y la segunda *de Ventura de la Vega*, podrán quizá con el trascurso del tiempo, perder sus primitivas denominaciones; pero dudo que suceda esto con el *Retiro*. A los habitantes de Madrid les gusta ganar tiempo hablando por más que en otras cosas lo pierden frecuentemente, así es que siempre dicen: *soldao*, *prao*, *abogao*, etc. etc., aunque la mayoría sepan cómo debe decirse.

De *Retiro* á *Parque de Madrid* median dos sílabas de diferencia, y esto constituye un ahorro de pronunciación.

Pero llámesele como se quiera, lo cierto es que el Retiro es el oasis de la capital de España, en donde se descansa del sol, del polvo, de las cuestas, ruido, estrecheces, atropellos y demás zarandajas, anexas á la vida cortesana.

Antes el Retiro era patrimonio, digámoslo así, de las clases elevadas, como que no se permitía entrar en él con *chupa corta;* ahora desde que ha dejado de pertenecer á la Corona, sirve de expansión y solaz á las clases medias y pueblo.

Durante el verano es el *refugium peccatorum* de los que se han olvidado de tener rentas ó hacer fortuna, y, por consiguiente, están condenados á Madrid perpetuo. El Retiro les consuela de Spá, París, Biarritz, San Sebastián y demás horizontes.

Cuando Madrid se queda en cuadro, el Retiro se puebla de cuadros vivientes, con más colorido que los de Goya ó los de Teniers. Como en la época en que aprieta el calor, sólo queda en aquél *la furriela*, como vulgarmente se dice, si un personaje trasconejado pasea por el Retiro, causa un efecto sorprendente, y los abonados forzosos admiran á aquel concurrente voluntario, mucho más si no hay ninguna distracción veraniega como, por ejemplo, la del famoso proceso del crimen de la calle de Fuencarral.

Según se dice, todo progresa en el mundo, pero desde hace años las estaciones, especialmente la de la primavera, se retrasan en Madrid de inusitado modo. Las *mañanas de abril y mayo* que dieron título á una comedia de Calderón, en la actualidad son una metáfora. Entonces los galanes peinados á lo Villamediana y las damas que *jugaban el chapín* y *tremolaban la seda*, terminados los últimos días de marzo, iban al Buen Retiro á solazarse y á gozar de las frescas brisas matinales, y ahora estas brisas, cuando soplan, sólo lo hacen en la canícula.

Así pues el Retiro sólo llega á su apogeo cuando el sol entra en Cáncer y están las chinches sobreexcitadas.

La primavera del Retiro no comienza hasta los últimos días de junio.

Desde esta época el gran jardín de Madrid está admirable, por el contraste que ofrece con el resto de la capital, cuyos demás paseos están poblados de árboles sin sombra. Una vez allí se vive y se respira, la calma de la naturaleza se apodera de todo.

Como la gente que pasea en carruaje está ausente de Madrid, ó (afortunadamente) no madruga, la seguridad es completa y el silencio sólo turbado por la batahola de los pájaros ó de niños que juegan discretamente. El bienestar penetra allí por todos los poros, y causa sorpresa que haya algún raro suicida que se arroje á algún estanque en sitio tan ameno, porque allí *la vida huele bien*.

La luz es tenue pero diáfana, en comparación de la punzante luz del sol de junio en los demás sitios de Madrid. En estos, si por casualidad cae un chaparrón; como parece que el sol tiene sed, la lluvia es bebida en un momento, y vuelve el polvo á levantarse. En el Retiro la tierra conserva el agua y la evapora poco á poco como en un braserillo de frescura

Los arriates y los parterres se envían mutuamente sus emanaciones y perfumes, las ramas ondulan siempre por poca brisa que haya, hay en todas partes olor á flores, por más que, si se exceptúa el parterre grande, se ven pocas.

El color verde lo absorbe todo, y comunica una dulce somnolencia como las planicies del mar. La vida, la savia, los efluvios se desbordan; aquellos soplos del aire parecen besos de la naturaleza, que se revela pródiga, como inagotable que es.

Los madrileños son tanto más sensibles á estos efectos naturales, por cuanto están menos acostumbrados á ellos, hallándose rodeados de un terreno seco y duro que disgusta de las emociones campestres; así es que sólo se hacen expansivos y casi poetas en el recinto del Retiro. Aquí, la naturaleza, madrastra para ellos en otros lugares, se hace madre, y la poesía penetra en los corazones más rudos.

Los paletos que vienen á Madrid tienen dos sitios predilectos, que guardan siempre en la memoria y que comentan siempre. La Plaza Mayor y el Retiro. He oído á muchos y en esto están todos acordes. Lo de la Plaza Mayor es lógico: aquel cuadrilátero armónico, el sin número de faroles, la variedad de tiendas, aunque no muy lujosas, la pintoresca fachada de la *Panadería*, y el jardín central; cosas son para embelesar á cualquiera habitante de Móstoles ó de Bocigas; pero en éstos, y en el Retiro, se prueba, que la naturaleza, aun en los acostumbrados á ella, penetra más, embellecida por el Arte.

Porque el Retiro es más encantador á causa de tener desigualdades notables. Al lado de sitios dignos de Versalles ó del antiguo Trianon, hay otros que presentan una primitiva sencillez campestre. Bosques, huertas, estatuas, fuentes monumentales, planteles de olivos, planicies con espigas salvajes, colinas, zarzales, landas arenosas, estanques atildados y estanques desportillados, desiertos de sol y recintos llenos de sombra: todo esto se amalgama en el Parque madrileño produciendo sorpresas y contrastes.

Pero el nido, quiero decir, el Retiro, tiene un complemento bizarro, por los pájaros humanos que á él acuden.

Recién abierto *lo reservado*, en la época de la revolución de setiembre, todo Madrid quiso gozar del fruto vedado, y se desbordó en los antes cerrados andeles del que fué sitio Real; pero hoy día estos lugares están casi desiertos, por causa de su lejanía, y los concurrentes al Retiro en días de labor, que suelen ser ociosos y cómodos, limitan sus paseos y solaces á los primitivos jardines que son también los más históricamente galantes, puesto que sirvieron de teatro á las aventuras, intrigas políticas y galanteos de los cortesanos de la Casa de Austria.

Durante el calor, á las siete de la mañana el Retiro ofrece un aspecto indescriptible. La gente que á él acude se agrupa en un espacio relativamente pequeño, y por eso todos se conocen y se estudian y se comentan.

Oyense frases parecidas á estas:

«¡Cómo se retardan las zangolotinas del corro!» En esto aluden á un corro de pollas, ya crecidítas, que so color de entretenerse con juegos infantiles, coquetean con algunos barbilampiños.

«Ya viene la señora de las galgas.»

Con esta frase designan á una señora del antiguo régimen, que pasea sola y leyendo y que usa BANDÓS, *fichú antique* y cintas en los zapatos que se cruzan sobre el empeine del pie.

«¡Caramba! ¡qué numeroso es hoy el club de las pasiegas!»

Lo cual quiere decir que está muy nutrida la *matiné* al aire libre que forman una masa de nodrizas, sentadas en el suelo, charlando ó amamantando sus crías:

«El perro de D. Fulano, el perro, el perro: sálvese quien pueda!»

Porque, en efecto, un perrazo de Terranova, que acaba de bañarse en el estanque destinado á este uso, y que absorbe un diluvio en sus espesas lanas, lo derrama sobre los inadvertidos, en las locas carreras que da para secarse.

Pero quien excita más preferentemente la pública atención es el *loco astrónomo*.

Tiene mucha edad, melena romántica blanca, aspecto distinguido y mirada extraviada. Anda despacio y con la cabeza baja como el que medita, pero á veces se para y asesta á los espacios celestes un pequeño anteojo que lleva en la mano.

En seguida se forma corro en su rededor.

Él entonces suspende sus observaciones empíreas, mira á los que le rodean, vuelve á flechar el anteojo y después suele decir invariablemente:

«Mercurio, Marte, Venus y nuestra pobre tierra, son unos pigmeos comparados con Júpiter y con Saturno. Aquéllos, cotejados con éstos, son como una avellana al lado de la cúpula de San Francisco. Los veo perfectamente y mido las distancias en que están del sol. Mercurio dista del astro-Rey ciento cuarenta y tres millones de leguas, y Neptuno mil y ciento; ved qué diferencia. El sol es sólo un millón trescientas mil veces más grande que la tierra, pero sin embargo cualquiera de vosotros quisiera tener una moneda de oro de su diámetro con el busto del Rey D. Alfonso XII, de feliz recordación.»

A veces algun inocente ó chusco le pregunta:

– Pero ¿cómo ve usted de día esas cosas? – Y el loco contesta:

– Con este anteojo, regalo del P. Secchi.

Pasea también por el Retiro otro demente, más gracioso y más original, á quien apodan Rascarrabias. Habla de la armonía y sabiduría de la naturaleza y luego dice:

«En todo es perfecta menos en la dificultad que ha puesto para rascarse en la parte superior de la espalda, hacia los omoplatos; yo no me alcanzo y esto me intriga, como dicen los franceses.»

Y con efecto, pretende rascarse y se enfurece por no poder conseguirlo.

Acuden también al Retiro otros muchos tipos, que sería enojoso mencionar, entre los que descuellan los hidrópatas ó bebedores de agua por azumbres. Parece como que el contacto con la naturaleza hace resaltar y expansionarse los caracteres.

Si pueden hacerse observaciones en el Retiro en días de trabajo, en los festivos es imposible.

En estos últimos aquello es una invasión completa.

¡Qué damas de los barrios bajos, qué doncellas de

diferentes labores, qué horteras tan relamidos y apreciables, qué forasteros tan cándidos y embobados, qué aficionados á toros, que toman la diversión desde temprano y almuerzan en el restaurant del jardín!

En tales días no hay límites de sol ni de sombra, los domingueros lo invaden todo: los peces son extraídos subrepticiamente de los estanques, las barcas surcan el grande, los patos se retraen de sorpresa, y las fieras de la casa de idem rugen molestadas en su olímpica tranquilidad.

A propósito sólo he hablado de las mañanas del Retiro; pues los que por la tarde pasean en carruajes de Vinder ó en caballos de media ó pura sangre, no ofrecen saliente alguno, si se exceptúa el de la vanidad, que tratan de ocultar.

JUAN B. ESCAMILLA



REGRESO DE LA JIRA, dibujo de J. Engelhart

UNA NUEVA JOYA

EN TOLEDO

Hasta hace pocos años era desconocida. Ni en indicación se halla todavía en guía alguna – que yo conozca al menos, – ni los viajeros y aun arqueólogos que con más detenimiento han estudiado los monumentos de la ciudad imperial han solido ver esto, ni creo hayan publicado de él relación ni descripción alguna. Así se comprende se hallase convertida la habitación de que hablamos en trastera de la demandadera del convento á que corresponde y que hasta hace poco no haya sido colocada bajo el amparo de la Comisión de monumentos.

El convento es el de las monjas franciscanas de la Concepción, vecino á Santa Cruz y que conserva otras muchas cosas interesantes, comenzando por la torre de su iglesia, pero de que ahora no voy á tratar. En el compás, que por cierto está lleno de flores en primavera y es uno de los más característicos y lindos de Toledo, hay á mano derecha una habitación, cuya cubierta se advierte desde fuera y presenta un abultamiento de poco resalte y forrada de plomo. La entrada es una puertecita pequeña.

Esta habitación formó una capilla de la iglesia, pero completamente separada de ella por un patinillo y sin mostrar hoy al menos haber tenido comunicación con el templo. Está orientada la capilla N. 30° E.; es de planta cuadrada, de 5m30 de lado y la cubre una cúpula. En el muro del N. hay un resto de altar con pinturas antiguas; en el del E., una ventana al patinillo citado (que acaso fuese puerta); en el del O., la puertecilla, una ventana cuadrada, á un metro del suelo, y mucho más arriba otra ventana muy estrecha y alta.

La importancia monumental de la construcción consiste en la cúpula de ladrillo que la cubre. Arranca esta sobre una escocia en octógono, al modo de las lombardas, constituída por ocho paños de superficies cilíndricas con aristas cóncavas: los cuatro que corresponden á los ángulos, descansan sobre arcos contrarrestados por un tornapuntas, unos y otros moldurados en el completo estilo del último gótico. Como á la mitad de su altura, esta traza se pierde y la sustituye un casquete esférico, pasando de una á otra forma no geométricamente, sino por sentimiento y tanteo de artista, modo frecuente en las cúpulas orientales. Así presenta esta cúpula, en su estructura, el mismo carácter mixto de oriental y occidental, de árabe y cristiano á que se da hoy el nombre de mudejar. La construcción es de ladrillo.

Pero el revestimiento de esta cúpula es lo que le da su excepcional importancia. Es todo él de azulejos con admirables reflejos metálicos, compuestos con tal arte, que forman una verdadera maravilla, acaso sin rival en parte alguna, no teniéndola como no la tiene hasta hoy en España, principal centro de este género de obras. La cúpula ha sido recompuesta ya antiguamente, como se advierte en algunos sitios; pero se conserva en general bastante bien. ¡Ojalá no provoque en nuestros días el celo de algún restaurador moderno, que la deje como nueva!

Sobre la escocia corre una faja, donde, repartida en cartelas góticas, se lee esta inscripción en los caracteres del xv: *Esta capilla mandó fazer Gonzalo Lopez de la Fuente Mercador, fijo de Gudiel Alfonso Trapero, para su enterramiento e de Maria Gonzalez su mujer á servicio de Dios e Nuestra Virgen Santa Maria e del Sr. San Cristobal e se acabó e la fizo Alfonso Fernandez Colado, en el año del Señor á 1422 años.* Por cima de esta faja la decoración toma una disposición radiada, convergiendo á la clave, cerrada por un azulejo estrellado, acaso más moderno. En toda ella alternan tres clases de inscripciones; unas, con el monograma de Jesús; otras, parecen ser el de San Gregorio, y otras con caracteres arábigos; en especial estas últimas parece que han debido existir en cuatro cartelas situadas en los cuatro paños de la cúpula correspondientes á los ángulos de la capilla; pero sólo se conserva la del ángulo N. E., perfectamente clara.

Sería de mucho interés estudiar de cerca esta cúpula, así como sacar de ella fotografías. Entonces se podría corregir fácilmente lo que haya acaso de erróneo en esta breve noticia, encaminada sólo á llamar la atención sobre una de las joyas más importantes que se conservan en Toledo.

Para concluir, convendrá decir también algo de las pinturas murales, que forman la especie de retablo subsistente en el lado del N. y adornado con una decoración posterior greco romana. Parecen hechas al temple y son dos composiciones: una, en el fondo del nicho ú hornacina que forma el retablo; y otra, que adorna el intradós del arco que cierra el hueco y los dos lados del espesor del muro. La primera representa el conocido asunto de la misa de San Gregorio, con el santo en el momento de alzar y dos ministros á sus lados, uno incensando y otro teniendo la vela y levantándole la casulla; ambos visten dalmáticas de mangas, y el color de los ornamentos de las tres figuras es rojo y oro. En el altar del cuadro se ve la Resurrección de Cristo, con medio cuerpo fuera del sepulcro y rodeado de los atributos de la Pasión. El adorno de los lados se compone de siete medallones de figura de polígonos mixtilíneos, tan comunes en la ornamentación gótica. El del centro representa al Cordero místico; los tres correspondientes al lado del Evangelio, á San Antonio, San Benito y San Francisco; y los del lado de la Epístola, á un obispo, una santa y un santo, que no he podido estudiar.

El carácter de la obra toda corresponde ya al período del influjo decidido italiano sobre nuestra pintura, pero con aire bárbaro, incorrecto y marcadamente local. Las carnes son de una sola tinta; el dibujo malo; las manos, pésimas, y las figuras de los medallones, algo mejores.

F. GINER DE LOS RÍOS

NOTICIAS VARIAS

CERTAMEN. – La Comisión organizadora del cuarto Centenario del descubrimiento de América ha publicado el programa del certamen literario que constituye una de las solemnidades con que se propone conmemorar fecha tan notable.

La obra premiada será un estudio en prosa, razonado cuadro histórico, donde se estime en lo justo la grandeza del acontecimiento que va á celebrarse.

Este cuadro ha de ser comprensivo y sinóptico; y sin ser oscuro ni seco, bastante conciso.

Ha de contener asimismo, en compendiosa introducción, noticias de viajes, ideas y adelantamientos geográficos hasta que D. Enrique de Portugal se establece en Sagres; y un epílogo ó conclusión de mayor amplitud, donde se pesen y aquilaten los cambios y mejoras que trajo á la civilización del mundo nuestra obra colectiva.

Podrá entrar en este certamen toda obra inédita escrita *ad hoc* en español, en portugués, en inglés, en alemán, en francés ó bien en italiano. Las obras que se presenten al certamen deberán venir decorosamente encuadernadas, en letra legible, en buen papel, sin nombre de autor y señaladas con un lema. En pliego cerrado, en cuyo sobre se escribirá exteriormente el lema mismo y la primera frase de la obra, pondrá su nombre cada autor y dirá su residencia. Aunque es difícil fijar la extensión de cada obra que concurra al certamen, importa indicar que su lectura no debe ser mayor que la contenida en dos tomos de 500 páginas del mismo tamaño y de la misma letra que los de la edición de las obras completas de Cervantes, hecha por Rivadeneyra en 1863 y 1864. Sin embargo, como en esto conviene cierta amplitud, si el plan ó el propósito de alguna de las obras lo requiriese, podría añadirse al texto un tomo más de documentos, mapas y otras ilustraciones. Las obras que aspiren al premio se entregarán al Sr. Secretario de la Real Academia de la Historia antes del 1.° de enero de 1892. Habrá un premio de 30.000 pesetas y un accésit de 15.000. Además de este galardón, cada uno de los autores recibirá 500 ejemplares de la edición que de su obra premiada habrá de hacerse. Estos conservarán la propiedad de sus obras, y podrán reimprimirlas, venderlas y hacerlas traducir en otros idiomas. La comisión, no obstante, tendrá el derecho, si cualquiera de las obras laureadas estuviesen escritas en idioma extranjero, de publicarlas en castellano.



EL REY DINAH-SALIFOU, LA REINA PHILIS Y SU HIJO (de una fotografía)

LA FOTOGRAFÍA APLICADA AL ESTUDIO DE LA CHISPA ELÉCTRICA. – Numerosos y concienzudos son los estudios que desde hace tiempo vienen haciéndose sobre los fenómenos eléctricos y la aplicación de la fotografía á los mismos.

De los infinitos clichés obtenidos se desprende desde luego un hecho importante y capital que domina á todos los demás: las imágenes producidas por la descarga eléctrica positiva (fig. 1 y 3) son desemejantes y no se parecen en nada á las producidas por la descarga de la electricidad negativa (fig. 2 y 4): las primeras, sinuosas y extrañamente ramificadas, se parecen á ciertos líquenes y á ciertas algas, mientras que las segundas, de línea á menudo rota, recuerdan por su forma la de algunas palmeras.

Aunque en general pueda decirse que todas las chispas eléctricas del mismo nombre, sea cual fuere su origen, se parecen y tienen un carácter, un aire de familia indiscutible, todas llevan, hasta cierto punto, un sello individual más ó menos marcado que hace que una chispa producida por una determinada máquina generadora de electricidad difiera, en algunos puntos, de una chispa producida por otra máquina de diferente tamaño ó de distinta construcción. La diferencia de forma depende, quizás, de una mayor ó menor cantidad de tensión.

Las figuras que reproducimos representan dos casos extremos de variantes de la chispa debidos á la diferencia de construcción de los aparatos empleados: las figuras 1 y 2 son producidas por la descarga simultánea de los polos positivo y negativo de una bobina de Ruhmkorff sobre la superficie sensible de dos placas fotográficas pegadas por la espalda, al paso que las de las fig. 3 y 4 resultan de la descarga de los polos opuestos de una máquina con discos de ebonita de Wimshurst sobre otras dos placas sensibles dispuestas del mismo modo. La diferencia entre unas y otras es bastante notable para que insistamos sobre este particular.

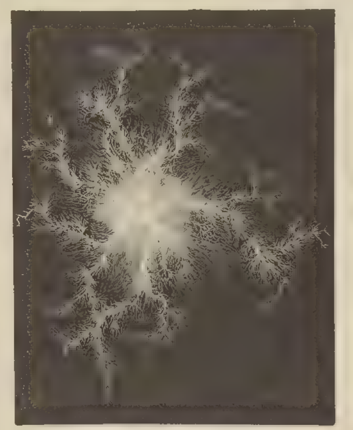


Fig. 1. – Descarga positiva de una bobina de Ruhmkorff



Fig. 2. – Descarga negativa de una bobina de Ruhmkorff

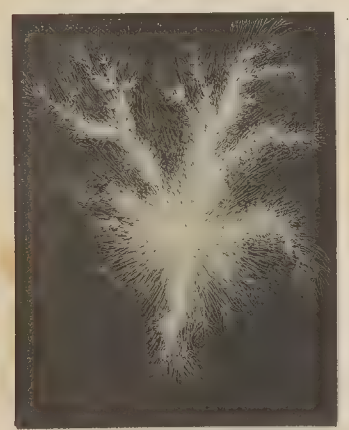


Fig. 3. – Descarga positiva de una máquina de Wimshurst



Fig. 4. – Descarga negativa de una máquina de Wimshurst.

Las placas fotográficas modifican algo la chispa según que reciban tal ó cual emulsión: también podría creerse que la forma de los electrodos modifica algo la forma de la chispa pero, aun siendo así, esas modificaciones son de poca importancia.

Además de los hechos que acabamos de mencionar, las fotografías de la chispa permiten estudiar la marcha íntima de las electricidades opuestas y la relación estrecha que entre ellas existe. En efecto; rara vez una chispa eléctrica, sea positiva sea negativa, da una imagen pura y exenta de toda mezcla, antes al contrario las dos imágenes aparecen generalmente asociadas, especialmente las que nacen de las descargas del polo negativo.

Los grabados adjuntos son reducciones de fotografías de chispas eléctricas obtenidas por Mr. E. L. Trouvelot, y que hemos tomado del periódico *La Nature*.

BARCELONA.—IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



AÑO VIII — BARCELONA 9 DE SETIEMBRE DE 1889 — NÚM. 402

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EL PRIMER DOLOR, cuadro de Otón Lingner, grabado por Bong

NUESTROS GRABADOS

EL PRIMER DOLOR, cuadro de Otón Lingner

¡Pobre niña! No sabía qué era sufrir: en la primavera de su existencia, dotada de una belleza irreprochable y de un alma más hermosa, si cabe, que el rostro mismo, arrullada por las inefables caricias de unos padres que adoraban en ella, todo parecía sonreirle; la vida se le ofrecía como un apacible camino sembrado de rosas por el cual discurría alegre, inocente, sin sospechar siquiera que entre aquellas fragantes flores podía ocultarse alguna acerada espina. Bien pronto la triste realidad vino á despertarla de su delicioso ensueño y á hacerle sentir con cuánta razón se califica á este mundo de valle de lágrimas. Ayer tenía madre; hoy se cerraron para no abrirse más aquellos ojos que tan amorosamente la contemplaran, hoy se secaron para siempre aquellos dulces labios por entre los cuales fluían en raudal inagotable los más apasionados besos; hoy cesó de latir aquel corazón amoroso que sólo por ella palpitaba; hoy quedaron inmóviles aquellos brazos que tan cariñosamente la oprimieran.

La suerte ha sido cruel para ella haciendo que el primer dolor fuese de los que nunca se olvidan, de los que hieren mortalmente, de los que el tiempo no borra.

Todo esto ha expresado magistralmente Otón Lingner en su precioso cuadro lleno de poesía, sentido más que pensado y ejecutado con singular acierto y con maravillosa sobriedad, huyendo del aparatoso efecto que quizás sorprende más pero que de seguro conmueve menos.

CROQUIS PARA «THE SILENT HIGHWAY» por Guillermo Lionel Wyllie

Mr. Wyllie sólo cuenta treinta y siete años y acaba de ser nombrado socio de la Real Academia de Londres, distinción que pocos artistas merecen á tan temprana edad.

La carrera de este pintor es una serie no interrumpida de triunfos: enamorado del mar y de los barcos, dedicóse con tanto afán como aprovechamiento á esta especialidad pictórica en la que pocos le aventajan: sus *marinas*, si así pueden llamarse, se separan de la generalidad de las obras de su clase; están tan bien concebidas y tan primorosamente ejecutadas que el que las contempla llega á hacerse la ilusión de que se encuentra en pleno mar, y es porque el artista pinta sus cuadros no como si de lejos contemplara el agua y las naves que al lienzo traslada sino como si embarcado recorriera los mismos sitios que copia.

Mr. Wyllie no es solamente celebrado por sus pinturas sino también por sus excelentes croquis: el que en el presente número reproducimos da una idea exacta de lo que vale su autor como dibujante y demuestra al propio tiempo los vastos conocimientos que posee en cuanto se relaciona con el mar y con toda suerte de embarcaciones.

SAN ANTONIO DE PADUA cuadro de L. Postiglione (grabado por Sabattini)

Cuando se comparan los cuadros religiosos modernos con los que nos han legado los pintores clásicos y en especial nuestro eximio Murillo, preciso es confesar que muy pocos de los primeros logran sustraerse á la atmósfera un tanto inficionada de materialismo que reina en la época presente y que rara vez deja paso al misticismo, al espiritualismo exagerado, si se quiere, pero esencial en tales obras de que hicieron gala los antiguos.

El San Antonio de Padua de Postiglione se aparta algo de las modernas corrientes, pero sin alcanzar la pureza que en sus cuadros sobre análogos y aun idénticos temas imprimió el gran maestro sevillano.

El pintor italiano, cuyo San Antonio fué muy admirado en la Exposición de Bolonia de 1888, figura entre los mejores coloristas de su nación más por la valentía de su pincel que por la riqueza de colorido, ya que poco aficionado á la variedad de las tintas busca principalmente el efecto en el contraste del blanco y del negro y en el de algunos matices neutros con estos dos colores negativos.

LA MAÑANA, cuadro de Rafael Collin

(Exposición Universal de París)

Asomada á una ventana sobre cuya baranda se apoya y rodeada de flores que forman digno marco á su gracia y á su belleza, una hermosa joven admira los encantos de los primeros albores del día; y es tal la expresión de su rostro que sin dificultad se forja nuestra imaginación el seductor paisaje invisible en cuya contemplación se deleitan sus ojos y que incita á disfrutar de la naturaleza en esas plácidas horas matutinales en que los pájaros cantan más alegres, las flores despiden incomparables fragancias y el sol envía á la tierra con sus primeros rayos irisados reflejos y tintes luminosos de sin igual pureza.

Tal es el asunto del cuadro de Mr. Collin, de ese pintor poeta cuyas delicadas obras, en su mayor parte tomadas de la mitología, hacen pensar y sentir y figuran dignamente en el Palacio de Bellas Artes de la actual Exposición de París entre las joyas de la pintura francesa contemporánea.

TULIA, busto de Agustín Querol

Al modelar este busto inspiróse, sin duda, Querol en su precioso bajo relieve que reprodujimos en el número 250 de esta ILUSTRACIÓN. La hermosa cuanto inhumana hija de Servio es una de las más interesantes figuras de la antigüedad romana y bien merecía, por tanto, capítulo aparte (como dicen los novelistas) después de haber sido tratada en una composición que podemos calificar de conjunto.

Nuestro distinguido compatriota al modelar el busto de la esposa de Tarquino ha creado una obra de arte de mérito indiscutible, pues ha sabido reproducir con una firmeza y sobriedad de líneas dignas de todo elogio los rasgos de orgullo y de fiereza de la cruel reina que hizo pasar las ruedas de su biga por encima del cadáver de su infortunado padre.

LA SIBILA DE DELFOS, fresco de Miguel Angel

Entre las obras del insigne maestro que se consideran como tipos de belleza artística, figura la famosa Sibila Délfica de la Capilla Sixtina, que reproduce nuestro grabado.

La forma de la cabeza y de las facciones guardan perfecta armonía y el carácter puramente femenino de la mujer se concilia admirablemente con la expresión de inspirada sabiduría que en ella se advierte en el momento de contemplar con los labios entreabiertos y la mirada fija si tienen exacto cumplimiento sus fantásticos vaticinios.

La Sibila Délfica es una de las joyas de la papal capilla tan abundante en tesoros artísticos de toda clase.

SAGUNTO, grupo escultórico de Agustín Querol

Si nos hubiesen dicho, antes de verlo, que Querol trataba de representar por medio de dos solas figuras el grandioso episodio de Sagunto, hubiéramos puesto en duda, á pesar de la confianza que nos inspiran el talento y los recursos del artista, el buen éxito de la empresa por él acometida.

Y sin embargo ¡cuán mal habríamos hecho en dudar! Querol ha triunfado de su empeño. ¿Cómo? Esculpiendo el único grupo que en medio de su sencillez puede dar idea de la magnitud de aquel glorioso hecho histórico: el de una madre hundiéndose en el pecho el puñal con que antes ha dado muerte á su propio hijo.

Si de la concepción pasamos á la ejecución, cuanto en alabanza de ella digamos resultará poco al lado de la impresión que la vista del grupo produce: la figura del inocente niño que exhaló el postrer suspiro abrazado al cuello de la madre que lo asesinaba es un verdadero *tour de force*; la expresión del rostro de aquella heroica mujer que prefirió su muerte y la de su hijo antes que presenciar la victoria del odiado enemigo no puede ser más terrorífica: el ¡ay! que de aquella boca sale ha de ser desgarrador como arrancado no por el dolor del hierro que en su pecho clava sino por el cruento sacrificio que el amor á la patria y á la independencia la han obligado á consumar.

Querol que tantos lauros lleva conquistados puede añadir á ellos, como uno de los más merecidos, el que se ha ganado con el grupo de Sagunto.

LA CONDESA DE ALFUSELL

CUENTO POPULAR

Era una vez un matrimonio que reunía todas las condiciones para la más completa felicidad. Formado por lazos del más puro y acendrado amor, todos los favores de la fortuna parecía haberse reunido en ellos para hacerles la vida más venturosa. Era él, ilustre vástago de una de las más nobles casas del reino; de gentil apostura, de esforzado ánimo, no había empresa en que no saliera airoso, corazón que no cautivara, ni respeto que no infundiese. Ella, hermosa como un deseo de amor, dulce como una paloma, de alcurnia elevada á par de la de su esposo, piadosa como una santa, y con todo esto, él y ella ricos, poderosos, como dueños y señores de dilatadas tierras, de numerosos castillos y de un sinnúmero de vasallos. Lejos del lujo y ostentación de la corte, con cuyas costumbres, en aquel tiempo harto corrompidas y fastuosas, se avenían mal su carácter sencillo, natural y honrado, vivían los dos esposos arrullándose como tiernas tórtolas en amoroso nido, en una de sus más hermosas posesiones; severo y formidable castillo feudal situado á la falda de elevados montes, cerca de un bosque frondoso y á corta distancia de una aldea sobre la cual tenían señorío con el título de condes de Alfusell. La condesa ocupaba todas sus horas en hacer bien; ya montada en una hermosa hacanea y seguida de honrada dueña y fiel escudero recorría los caseríos del condado socorriendo á los enfermos, consolando á las viudas, dotando á las doncellas huérfanas y alentando á todo el mundo; erigía santuarios en las solitarias cumbres de los montes, fomentando de este modo la fe religiosa; ya, por fin, hacía cuantiosos donativos á los conventos de las cercanías, cuyo patronato en casi todos ellos, en mayor ó menor escala ejercía.

El conde, atento unas veces al cuidado de la hacienda, entregado otras al honesto y saludable ejercicio de la caza, ó bien dedicado al difícil arte de domar los bravíos potros en sus dehesas criados, ó amaestrar los halcones y los lebreles, esparcía su ánimo ó fatigaba su cuerpo para llegar luego con más anheloso afán al amante lado de su fiel esposa que siempre le recibía con la sonrisa en los labios, la pasión en los ojos y el afecto en el corazón. Pero el bien que hacía la condesa no era ese bien mezquino y estéril que consiste sólo en la limosna del momento, casi al punto consumida en la satisfacción de una necesidad inmediatamente después renovada. La condesa de Alfusell que no gustaba tampoco de que sus vasallos fuesen holgazanes tenía la delicadeza de sentimientos suficiente y la grandeza de alma necesaria para excusar la gratitud de sus favorecidos, con la apariencia de un salario concienzudamente ganado. Para los varones no faltaban nunca en aquellos vastos dominios, terrenos que roturar, yuntas que conducir, rebaños qué guardar, ó señores rivales que combatir; pero las hembras no hubieran tenido fácil colocación, y su número abundaba, si la noble dama no hubiese llenado los vastos graneros y cámaras altas del castillo de telares y artefactos para hilar y tejer el hilo y el cáñamo. Los lienzos algo toscos en verdad, que de este trabajo resultaban, eran repartidos entre los hospitales y conventos favorecidos por la munificencia de los condes; y no pequeña parte, cedida generosamente á las familias más pobres del condado. Muchas veces en las tardes de primavera asomados el conde y su cara mitad á una de las rasgadas ojivas del castillo, ó paseándose por una calle de seculares cipreses en el jardín, oían complacidos, el incesante y bullicioso rumor de los telares mezclado con el acompasado canto de las hilanderas y tejedoras que entonaban á coro algún salmo religioso. «Cómo cantan tus gorriones,» decía el conde; y una dulce mirada acompañando á estas palabras, demostraba bien que aquellos gorjeos no desplacían al señor de Alfusell. Y con efecto, así era. Nunca el conde había pedido cuenta de sus determinaciones á su amada consorte, y siempre había aprobado todos sus actos sin enterarse siquiera de la razón que los había motivado. – Mi Aldonza – solía decir – nunca puede engañarse ni engañarme. Y ella haciendo un gracioso mohín, exclamaba: – ¡Miren el vanidoso!

Pasaron así algunos años, sin que ni una sola vez, la más ligera nube viniera á empañar aquel cielo siempre sereno. Mas vino un día en que la llegada á Madrid del rey Carlos V que venía rodeado de toda su corte de flamencos, hizo preciso que todos los grandes y nobles de Castilla, Aragón y Valencia fueran á rendirle homenaje.

El conde de Alfusell, uno de los más poderosos y ricos señores de este último reino, mal podía excusar el cumplimiento de un deber tan reconocido en aquellos tiempos; y al efecto dispuso todos los preparativos del viaje que, á la mayor brevedad, había resuelto emprender. Quiso al pronto llevar consigo á la condesa, y aun la instó calurosamente á que le acompañase, deseoso por una parte de no separarse de ella y ansioso por otra de lucirla en la corte donde de seguro ninguna otra tan hermosa, tan gentil, ni tan discreta se había de presentar. Pero la condesa, movida por su modestia, al par que por su castidad, le replicó: – Excusadme este viaje, por favor os lo ruego; ¿qué sería de estas pobres gentes sin mí, acostumbradas como están á mi ayuda en todas sus tribulaciones? Ya veis: se les debe á los pobres aquello que se les ha hecho esperar, y éstos hace tanto tiempo que viven bajo mi inmediata protección! Id vos solo, señor, dejadme con ellos y sobre todo volved pronto. – El conde acabó por ceder á las instancias de su mujer á las que nunca sabía resistir, y arreglados todos los preparativos del viaje, emprendió el camino seguido de numerosa cohorte de pajes, escuderos y lacayos, que formando brillante comitiva llamaba poderosamente la atención por todos los pueblos, villas y lugares que atravesaban. Diez días tardaron en recorrer la distancia que de Madrid les separaba, pues siendo los caminos malos y peligroso el caminar de noche, la lentitud y las detenciones hacían poco cundidoras las jornadas. En la corte encontró el buen conde multitud de caballeros valencianos, aragoneses y castellanos, entre los cuales halló numerosos amigos suyos y deudos de su casa.

Pero los que más bullían y brillaban eran los extranjeros, que, validos del favor que el rey les dispensaba, se hallaban, como mozo en feria, sólo al placer entregados. Bien pronto corrió entre éstos la fama del recién llegado, é incontinenti comenzaron las hablillas, los chistes y las anécdotas á versar sobre su persona y cualidades. Gran maravilla causó en la corte que Alfusell no hubiese llevado consigo á su noble esposa, y esto dió ocasión á muchos y variados comentarios. – Será algún esperpento, – decían los que no la conocían, – y el conde habrá tenido vergüenza de presentarla en público. – Os equivocáis, – contestaban los amigos de Alfusell; – la condesa es, sin disputa, una de las mujeres más hermosas de España. – Entonces replicaban los primeros: – Es que su marido será un celoso ridículo, que habrá tenido miedo de exponerla á las tentaciones de la corte. Estos rumores llegaron á oídos del conde que declaró públicamente que él tenía plenísima seguridad del amor y la virtud de su mujer, y no necesitaba, por lo tanto, rodearla de precauciones de ningún género. – Bah, – dijeron los flamencos, – también el Padre eterno tenía plena confianza en nuestra madre Eva cuando la colocó en el paraíso terrenal. – La condesa no ama á nadie más que á mí, – replicó Alfusell. – Tampoco Eva ambicionaba más que los frutos permitidos, hasta que descubrió la manzana del bien y del mal, – volvían á decir los extranjeros. Apurada ya la paciencia, el conde echó mano á la espada, pero algunos varones prudentes se interpusieron, y queriendo conciliar los ánimos, dijeron: – No pretendáis, conde, ser menos razonable que Dios mismo. Él puso á prueba á Eva; ¿por qué no sujetáis vos á igual experiencia á vuestra mujer? Cualquiera de estos señores, Girbés por ejemplo, puede hacer perfectamente el papel de serpiente. Dejadlo ir á vuestro castillo, y si la condesa le resiste, todos reconoceremos con gusto, que ella es, como San Antonio Abad, superior á toda tentación.

Alfusell se vió obligado á ceder, bien á pesar suyo, pues como dice la canción:

> Es de vidrio la mujer
> y no se debe probar
> si se puede ó no quebrar,
> que todo pudiera ser.

Pero negarse á la prueba era demostrar desconfianza y verdaderamente el conde estaba seguro de su esposa. Así, pues, escribió una carta á la condesa en la cual le decía que Girbés era su mejor amigo, y que le recibiese y tratase como era debido. El caballero flamenco, bastante presuntuoso de suyo, partió prometiendo á Alfusell no hacerle esperar más de un mes; y el conde, no atreviéndose á traducir en hecho sus violentísimos deseos de estrangularle, hizo un supremo esfuerzo y le saludó deseándole un feliz viaje. En cuanto á esto fueron cumplidos sus deseos, porque Girbés llegó sin ningún tropiezo al castillo del conde. La condesa le recibió como á un hermano, para cumplir así al pie de la letra las instrucciones del amo de la casa. Nada excusaba para complacer al hués-



CROQUIS PARA «THE SILENT HIGHWAY» por Guillermo Lionel Wyllie

ped. Con él visitaba á caballo todos los caseríos y puntos de vista más amenos y pintorescos de los alrededores. Muchas veces en estas excursiones les había sorprendido la noche, y á la escasa luz de la luna atravesaban los más espesos bosques, casi solos, pues los pajes que les acompañaban siempre seguían á larga y respetuosa distancia Otras veces pasaban las veladas en el castillo, cantando, riendo y narrando historias de guerras y de amores. La condesa hacía todo esto sin ninguna malicia, pero el flamenco se aprovechaba de la candorosa buena fe de la castellana para ir preparando sordamente el éxito de su traición. Comenzó diciendo que era más hermosa que las más sublimes y famosas beldades de la corte; y la condesa sonrió ante esta lisonja. Animado por el éxito añadió el caballero que era imposible verla sin amarla; y ella volvió á sonreir. Más atrevido de cada vez, dijo el seductor, que moriría de pena si no recibía alguna palabra de esperanza; y con esta declaración, la de Alfusell soltó la carcajada. – Esto es hecho,—se decía Girbés, – está visto que no hay mujer que me resista. La condesa es mía, – y firme en esta creencia, de día en día fué haciéndose más exigente y más insinuante. Por de pronto, pidió una cinta que ataba las hermosas trenzas de la condesa; y le fué otorgada. Al día siguiente, solicitó con gran fuego el broche de oro que sujetaba la gargantilla de la castellana; y ésta se lo dejó tomar. Por fin probó á sacarla del dedo meñique una preciosa sortija que tenía montado un riquísimo solitario y la condesa no tuvo bastante entereza para impedirlo. Convencido Girbés de que podía ya dar el asalto final después de tan afortunadas escaramuzas, la pidió una cita. La de Alfusell se negó una vez y dos, pero á la tercera, no creyó deber resistir; y dijo:—Yo no puedo recibiros ni en el comedor, donde los criados entran y salen sin cesar, ni en el salón de ceremonias, porque desde la galería de enfrente pueden ver todo lo que en él pasa, ni en el jardín, porque ya las noches son bastante frescas, ni en mi habitación, porque mi dueña os vería entrar; pero si queréis, podremos vernos en el cuarto que hay allá abajo, allí donde está arrinconado un telar, al lado de un montón de estopa hilada. Allí, una vez que los criados apaguen todas las luces del castillo, iré á buscaros. Girbés aceptó lleno de regocijo; y en el atolondramiento de su alegría, no quiso esperar á la noche para hacer saber su triunfo á los de Madrid. Escribió pues una carta anunciando su inmediato regreso, y formando un paquete con ella, con la sortija, con la cinta y con el broche, buscó un mensajero, le llenó de oro los bolsillos, y lo envió camino de la corte con orden expresa de forzar la marcha. Hecho esto, sacó y se puso todo lo mejor de su equipaje, las calzas de seda, los zapatos de cintas, la espada con puño de oro, la ropilla de raso, la gorguera de encaje, y perfumándose con ricas esencias se dejó encerrar mansamente en el cuarto convertido para él, y en su fantasía exaltada, en el templo de las delicias. El sitio elegido para la cita no era de los más amenos, en honor de la verdad. Era un cuarto ni muy espacioso, ni muy claro, en donde se hallaba arrinconado un telar algo estropeado, y donde se iba amontonando toda la estopa que hilaban las protegidas de la condesa, pero que no tenía aplicación después de hilada, porque la habilidad de aquellas tejedoras no llegaba á tanto. Así resultaba que todos los años se amontonaba una gran cantidad de esta primera materia, que sólo aprovechaba para avivar el fuego de las hogueras con que los lugareños de aquellos contornos manifestaban su devoción la víspera de San Juan por la noche. En este recinto que acabo de describir fué encerrado el galante flamenco, que esperó con bastante impaciencia á que en el castillo se apagaran todos los ruidos, excepto el de la veleta que giraba movida por el viento en lo alto de la torre de la capilla, y el perro que guardaba la puerta del castillo y atronaba los espacios con sus ladridos cada vez que sonaba ruido de pasos por el camino. Entonces, Girbés dió la última mano á su vestido, se atusó el bigote, se arregló el pelo, ahuecó los cañones de su gorguera, apoyó su mano izquierda sobre el puño de la espada, la derecha sobre el costado, y poniéndose en actitud de parada, alargó el cuello como el perro que espera la llegada de su dueño. A los pocos momentos se oyó el ruido de unos ligeros pasos que se acercaban; una débil claridad fué aproximándose y aumentando á través de las rendijas de la puerta; el ventanillo se abrió por fin, y el galán encerrado lanzó una exclamación de alegría al reconocer en el rostro que por él se asomó, la encantadora fisonomía de la condesa. En tanto que de este modo se desmoronaba la formidable fortaleza de su honor, el buen conde se aburría en la corte paseando en carroza durante el día, jugando á la pelota algunas tardes, ó ejercitándose algunas veces en correr cañas, alancear toros, y otras distracciones caballerescas, propias de la época. Mil veces estuvo á punto de emprender el retorno á su castillo, devorado por la inquietud y la impaciencia, pero nunca se atrevió á hacerlo por no dar señales de desconfianza de aquella misma cuya fidelidad tan alto había proclamado.

Así fueron pasando los días; y ya sólo quedarían cinco ó seis del mes de plazo concedido para la prueba, cuando hallándose el conde un día paseándose por el jardín del palacio en que habitaba, vió llegar negro de polvo y sudor, al mensajero del caballero Girbés, que le entregó con la carta de éste, la cinta, la sortija y el broche de la condesa. A la vista de tales objetos, Alfusell se quedó mudo de sorpresa y dolor. Sus manos temblorosas apenas podían sostener aquellos objetos que parecían abrasarle la piel, y en los cuales, sin embargo, se fijaban sus ojos con una especie de dolorosa fascinación. Mas, bien pronto la más violenta cólera sucedió á aquella pena terrible y profunda, y corriendo desatentado á sus caballerizas, él mismo por sus propias manos, puso la silla y la brida á su alazán favorito, el caballo más corredor de Andalucía; y sin dar aviso á sus servidores, que le miraban asombrados, partió solo y á escape, arrancando chispas de las piedras del pavimento. Noche y día caminaba sin detenerse en posada; su caballo dormía de pie, y él dormía sobre su caballo; cuando éste comía la cebada, su dueño le miraba con ansiedad consumir hasta el último grano del pienso, y una vez concluída la ración, él mismo volvía á colocar la brida y la jornada continuaba como antes. En cinco días concluyó de esta manera el viaje de vuelta, que á la ida le había costado diez; y excusado es decir si le atormentarían en aquellos cinco días, que cinco siglos le parecieron, las heridas de la honra y las llagas del corazón. Al anochecer del día quinto, dió vista á la sombría masa del castillo que se destacaba sobre el oscuro y azulado fondo de la montaña, á la dudosa luz del crepúsculo. El caballo, ya sin fuerzas, cojeaba de tres pies y apenas sentía ya el acicate con que su amo procuraba reanimar sus decaídas fuerzas. Al fin llegaron al valle que delante del castillo se extendía, y no pudiendo ya continuar su camino, el noble animal se dejó caer rendido, y el caballero echó pie á tierra, y acariciando con tristeza el cuello del alazán, exclamó: – ¡Ah, que Dios me perdone! he aquí que he matado á este hermoso animal que me era tan fiel, por una hermosa mujer que me ha engañado. Siempre lo pagan justos por pecadores. Y tomando el camino plantado de álamos que conducía al castillo, llegó frente á la puerta principal, donde dió con furia repetidos golpes. La condesa que se hallaba en su camarín, reconoció en el modo de llamar la mano de su marido, y un estremecimiento de sorpresa recorrió todo su cuerpo, al mismo tiempo que decía: ¡Santo Dios! Es mi marido. Y lanzándose por el corredor para cerciorarse de su presentimiento, al llegar á la escalera le descubrió á su pie, que á grandes voces preguntaba por ella. La condesa se precipitó á su encuentro con los brazos abiertos. Pero el conde la cogió sus manos al vuelo y se las abatió, arrastrándola hacia la capilla que era el sitio más cercano, y apoyándose contra la puerta que volvió á cerrar, dijo con voz terrible: – ¿Dónde está el caballero Girbés? ¿Dónde le escondes, mujer infame? – La condesa se quedó pálida como una muerta y se puso á temblar como una azogada. – Señor, señor, no os mostréis enojado conmigo; yo hice cuanto pude por evitar lo que ha pasado. – ¿Y no lo habéis conseguido? – preguntó el conde de Alfusell que apenas podía hablar. – Ha sido culpa suya, no mía. Apenas llegado me declaró su amor, y de día en día se fué haciendo más exigente.—Y vos de día en día os fuisteis haciendo más amable. – Me resistí cuanto pude, y fuí cediendo poco á poco, primero fué una cinta, luego un broche... – Y una sortija, – continuó el conde.

—Es cierto, recuerdo que también me cogió una sortija, pero ni aun así estuvo contento: fué preciso que le encerrase en un cuarto con promesa formal de ir por la noche á hacerle compañía. – ¿Y lo habéis cumplido? – Era preciso, señor. Abrí el ventanillo, y le dije al caballero... – ¿Qué le dijisteis...? pronto! – Que esperase allí vuestra vuelta. – El conde dió un salto. – ¿Cómo? ¿qué es lo que decís? ¿Habéis encerrado al caballero Girbés? – Con promesa de darle la libertad cuando haya tejido toda la estopa hilada que hay en el cuarto. Oid, oid cómo trabaja.

El conde prestó atención y oyó en efecto el tric trac del telar. Entonces la condesa contó á su marido que el flamenco se había resistido al principio á cumplir la condición impuesta; que ella le sometió por hambre, y que no pudiendo resistir el ayuno que al principio parecía dispuesto á afrontar, el caballero Girbés consiguió, á fuerza de ensayos y tentativas, tejer una tela fuerte y gruesa que hasta entonces no se conocía. El conde apenas se atrevía á creer tanta dicha y fué preciso que su mujer le condujese hasta la puerta del cuarto, por cuyo ventanillo pudiera distinguir al noble extranjero, seriamente ocupado en su trabajo. Ante aquel espectáculo toda la cólera del señor del castillo se disipó como por encanto, y en su lugar, una repentina alegría hizo salir de sus labios estrepitosas carcajadas. El caballero Girbés, admirado y sorprendido con aquella ruidosa manifestación, se volvió rápidamente, y al reconocer las facciones del conde de Alfusell, la más extraña confusión se apoderó de su ánimo. Sin embargo, como tenía el despejo natural de los señores de la corte y sabía disimular sus impresiones, pronto se repuso, y tomando la cosa á bien, exclamó con una sonrisa algo forzada: – Ya lo veis, conde, he perdido mi apuesta. – Entonces es preciso que vayáis á declararlo así ante los demás señores de la corte, porque vuestra carta y las tres prendas que enviasteis les han hecho creer lo contrario. –Girbés prometió solemnemente retractar su carta y devolver las prendas, pero la condesa le dijo con



SAN ANTONIO DE PADUA, cuadro de L. Postiglione (grabado por Sabattini)

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS DE 1889



LA MAÑANA, cuadro de Rafael Collin (grabado por Baude)

amable sonrisa, que podía conservar éstas en recompensa del nuevo tejido por él inventado y que tan útil había de ser para los pobres del país. El conde, orgulloso y satisfecho más que nunca del ingenio y la honradez de su fiel esposa, fué generoso con el vencido, y le trató con la nobleza propia de su carácter; pero el extranjero, avergonzado y corrido de su derrota, y herido en su amor propio, no quiso ser por más tiempo huésped en aquel castillo, y volvió á la corte para cumplir la palabra que en desagravio de la honrada castellana acababa de empeñar. Después de lo cual es fama que regresó á su patria para no volver más á España. El conde de Alfusell hizo escribir esta historia en las crónicas de su casa, y de generación en generación, se ha venido conservando por sus descendientes en el archivo de la familia, así como se ha conservado también en la memoria de todos los habitantes de las villas y aldeas que constituyeron en otro tiempo el señorío de los condes.

Carlos Quevedo

LA LEY DE LA NATURALEZA

Jamás había estado más fuerte ni más tranquilo el reino de las Amazonas.

Aquellas valerosas mujeres cuyo dominio se extendía por la orilla izquierda del río Thermodonte y que, como es sabido, constituían un Estado femenino, con exclusión de hombre alguno; acababan de asegurar su independencia, dando gallarda muestra de su belicoso ardimiento. Sus vecinos fronterizos de Arisba y de la Licia, y los lotos de la ribera derecha del río, habíanse unido en común acción contra ellas, celosos de su preponderancia y atraídos por la famosa hermosura de las adustas guerreras; pero las amazonas habíanles vencido en dos batallas campales, haciéndoles dos mil prisioneros.

En medio de su desgracia fueron éstos felices; pues sabido es también que aquellas belicosas mujeres no pudiendo pasarse para el fomento de su Estado sin obra de varón, en épocas normales y cuando llegaba la primavera, uníanse momentáneamente á los hombres, en el límite de su territorio; y con este motivo, en vez de degollar á sus prisioneros, valiéronse de ellos para el fin supradicho, y después, llevándoles á las fronteras les pusieron en libertad, exigiéndoles juramento de no volver á hacer armas contra ellas.

Hallábanse, pues, tranquilas las amazonas y su admirable reina Talestris, cuando la fama trajo á su noticia las campañas y las conquistas de Alejandro Magno, que después de haber sometido la Asiria, entrando triunfante en Babilonia, organizaba sus huestes en esta ciudad dispuesto á invadir ambas riberas del Thermodonte.

Era Talestris tan inteligente como valerosa. Comprendió que no podría resistir al *vencedor del mundo*, y trató de conjurar el peligro, captándose la buena voluntad del poderoso monarca macedonio. Determinó visitarle en Babilonia, y se puso en camino acompañada de sus capitanas predilectas, que eran Hermione, Pariasátides, Rosana y Laodicea, dejando otras cuatro para defensa de su Estado. Llevaba además la reina un lucido séquito de eunucos, portadores de grandes regalos para Alejandro.

Cuando llegó á la frontera de Licia, cuyo territorio tenía que atravesar, acaeció un incidente que preocupó un tanto á la Soberana viajera. Salió á su encuentro un sacerdote llamado Arbaces, famoso por su virtud y sabiduría, y desceñido el manto en signo de duelo, díjola estas palabras:

– ¿Dónde vas, oh reina? Detente. Yo te admiro por tu heroico valor, y en verdad te digo que tu peligro no está en Alejandro, sino al lado de él. Vale más que te expongas á las contingencias de la guerra campal que á otras de que no tienes idea. Si prosigues tu ruta, perderás tu dominación y serás esclava. Detente y si es preciso muere antes de salir de tus Estados.

Y dicho esto con acento solemne y profético, el sacerdote alejóse precipitadamente y se perdió de vista entre las sinuosidades de una montaña próxima.

Quedóse Talestris sorprendida. ¿Qué peligro era aquel que estaba al lado de Alejandro? ¿De quién debía ser esclava? ¡Esclava ella! Nunca; mientras pudiera darse la muerte. En esta confianza siguió su camino, pensando que siempre es libre el que quiere serlo.

Recibióla Alejandro en Babilonia con la cortesía peculiar á los héroes, mucho más tratándose de una mujer de tan maravillosa hermosura, como lo era Talestris; dió en su obsequio fiestas magníficas, y la prometió respetar su reino, cualesquiera que fuesen sus proyectos belicosos respecto á la Capadocia. Permaneció la reina un mes en la corte del monarca macedonio, y volvió á su país tranquila y satisfecha, recordando con lástima y desdén los misteriosos augurios del sacerdote Arbaces.

Poco tiempo después recibió la noticia de que se aproximaban enviados de Alejandro, portadores de un espléndido regalo para ella; y con efecto, pasados algunos días, se la presentaron dos intendentes de aquél, con ocho esclavos palafreneros, que traían un soberbio caballo. Recibiólos Talestris en una pradera contigua á su palacio y quedóse admirada y suspensa al contemplar el regalo que la ofrecían; pues jamás había visto animal de tan inaudita belleza. Tenía la piel atigrada, era de una alzada descomunal, de remos limpios y finos y de corvejones acerados. Su cabeza era un poco grande como la de los corceles romanos, y la crin y la cola tan largas que causaban asombro. Sus ojos eran vivos y dulces y su cuerpo elegante y gracioso como el de los caballos del Yemen. Llevaba únicamente una gualdrapa sujeta por una cincha, ambas cuajadas de piedras preciosas, y un ligero filete con una rienda, por medio de la que conducíale del diestro un esclavo.

«Por el nombre de mi madre Pantasilea, de gloriosa memoria, – exclamó la reina, – que desde hoy éste será mi caballo de guerra. Decídselo así al gran monarca que os envía; y en prueba de ello, ahora mismo quiero montar animal tan soberbio.»

Y diciendo así, Talestris, de un vigoroso salto cayó sobre el lomo del corcel; pero éste que parecía dejarse conducir con facilidad, no bien sintió el peso de la jinete, dió un terrible salto de carnero al que siguieron otros tres con tal violencia, que la reina cayó sobre la hierba de la pradera.

Dos veces más intentó montar al indómito animal, y otras tantas sufrió la misma suerte, con gran asombro del corro de amazonas que habíase formado en torno de Talestris, que no comprendían que existiese caballo capaz de derribar á su soberana.

«Si yo no he podido, nadie podrá resistir á este caballo,» dijo la reina reprimiendo su despecho, y dirigiéndose á los enviados de Alejandro, repuso:

«Decidlo así á vuestro señor. Pero en vista de que este animal, sólo es indócil cuando se le monta, le conservaré y regalaré en mi caballeriza, como recuerdo del que me le envía y como muestra y dechado de incomparable hermosura.»

Entonces acaeció un inesperado incidente.

Una joven que había estado retraída y medio oculta entre los esclavos de Alejandro, adelantóse, y encarándose con Talestris, dijo:

«Reina, este caballo no es indócil ni á la rienda ni á la montura, y si me permites lo probaré al instante.»

Tan sorprendida quedóse la soberana, así como todas las demás, al aspecto de aquella mujer, que en el primer momento no halló palabras para contestarla, y la examinó en silencio. La desconocida aparentaba tener unos veinte años de edad y su tipo se diferenciaba extraordinariamente del de las mujeres de la Capadocia y países limítrofes.

Era alta, muy esbelta, su tez tenía la blancura de la nieve, sus ojos eran azules, aunque vivaces y enérgicos, y un monte de cabellos rubios, fuertes y encrespados coronaban su frente en la que brillaba la inteligencia. Llevaba una holgada y larga túnica que caía hasta cerca de sus pies pequeños y calzados con chagualas de argirodamas. Su rostro de finas líneas presentaba una expresión graciosa y picaresca que predisponía en su favor.

– ¿Quién eres tú? no te conozco, – dijo Talestris, después de mirarla un rato.

– Soy viajera y vengo de lejos, – contestó la joven.

– Pero ¿quién eres, porqué estás aquí?

– Para satisfacerte, voy á contar mi breve historia.

– Dí, pues.

– Soy masageta, me llamo Oritias. Hallándome huérfana y abandonada con motivo de la muerte de mi padre Armodio, determiné venir á la Bactriana, en donde tengo un deudo cercano. Al atravesar la Licia encontréme con los servidores del rey Alejandro que se dirigían á tus Estados, y pedíles viajar en su compañía, temerosa de los muchos tigres que hay en la región por donde atravesaba. Acogiéronme con bondad y preferí hacer un corto rodeo por viajar con ellos y además para tener la dicha de conocerte. Porque la fama de tus hazañas y las de tus guerreras ¡oh, gran reina! ha llegado hasta nuestras frías regiones...

– Pero ese relato que me has hecho – interrumpió Talestris impaciente – no me explica el ofrecimiento que has indicado de domar este caballo. ¿Cómo tú podrás conseguir lo que yo no he alcanzado?

– Debo decirte, ¡oh, reina! que en mi país, la mayor parte de las mujeres no somos ajenas á los ejercicios corporales, y por otra parte, media la razón de que este animal es masageta como yo y conozco el procedimiento de amansarle.

– ¡Por mi madre Pantasilea, que estoy ganosa de verlo! Móntale pues si te atreves.

Entonces Oritias (que ya sabemos su nombre) alzóse la túnica, debajo de la que llevaba una veste cerrada, y de un ligero salto, púsose sobre el lomo del caballo. Este según costumbre dió un tremendo bote de carnero; pero la joven le resistió é inmediatamente comenzó á hablar al corcel en un idioma desconocido, al mismo tiempo que acariciaba su enarcado cuello. Pareció aquello un encanto: poco á poco fuese apaciguando el soberbio animal, hasta el punto de que parecía complacerse en obedecer á la que le montaba. Oritias le condujo en todas direcciones, alzó el galope, y por fin hízole dar una vertiginosa carrera.

Resonó un grito unánime de admiración, y cuando desmontó la joven con gentil desembarazo, exclamó la reina:

– ¡Por Hércules! que no esperaba ver semejante maravilla. Quédate á mi lado, si te place, puesto que te hallas huérfana y sola; y si tu valor iguala á tu destreza, ocuparás en mi Estado un lugar preeminente.

Así fué en efecto. Quedóse Oritias y pronto llegó á ser la amiga predilecta y favorita omnipotente de Talestris. Verdad es que conquistó bien este puesto. Desde luego hízose notar por su superioridad en toda clase de ejercicios. Montaba como un centauro, nadaba como un pez, hacía con las saetas tiros fabulosos, nadie la igualaba en serenidad y arrojo en la caza de animales feroces, y por fin, en una breve campaña contra los Surbios, probó su sin par valentía en los combates.

Fué incluída en el rango de las ocho capitanas de la reina, y ¡cosa rara! no suscitó envidia de nadie, por el contrario todas sus compañeras sentíanse atraídas hacia ella; verdad es que Oritias era amable y complaciente con todas.

Talestris no podía pasarse sin ella, y bien tenía motivo, porque la joven masageta se desvivía por la reina. Complacíase en servirla hasta en los más mínimos detalles, prevenía sus deseos, y á veces se la quedaba mirando de un modo tan particular, que en alguna ocasión decía aquélla:

– ¿Por qué me miras así?

Pero no obstante las satisfacciones que la rodeaban Oritias iba poniéndose triste. De cuando en cuando, montaba á caballo, y pasaba ausente todo el día, entregada con encarnizamiento al ejercicio de la caza. A veces sus ojos tan vivos y expresivos se velaban en una nube de melancolía y un día sorprendióla la reina suspirando en actitud meditabunda.

¿Qué tendrá Oritias? – pensaba Talestris, y quiso averiguarlo.

Una mañana dijo:

– Oritias, vamos á la fuente de los arrayanes. Tenemos que hablar.

Llegaron ambas al sitio designado. Era encantador, la fuente manaba dentro de una gruta de estalactitas, sombreada por árboles que entrelazando sus ramas formaban una bóveda de verdura.

Era una gruta dentro de otra.

Sentáronse las dos junto á la fuente.

La reina mirando con fijeza á Oritias dijo:

– Eres la segunda persona de mi Estado, y sin embargo no estás satisfecha. ¿Qué te falta?

– Morir por tu mano y á tus plantas, puesto que no puedo vivir á tu lado.

Y acompañando con la acción estas palabras, la joven cayó á los pies de Talestris.

– ¿Qué haces? – exclamó ésta admirada.

– Lo que he debido hacer mucho há. Tú inconscientemente me has espoleado en mi deber.

– No te comprendo.

– Reina, – repuso Oritias, después de un momento de vacilación, – yo soy un hombre.

– ¡Un hombre, tú un hombre!

Y Talestris se puso en pie violentamente.

– Escúchame, – prosiguió Oritias, abrazando los pies de la reina, – escúchame y luego dame el castigo que merezco.

– Sea, – dijo Talestris, dominando su inquietud. – Habla: ya te escucho.

Y volvió á sentarse.

Oritias sin dejar su humilde actitud, repuso:

– Soy Orontes, príncipe de los masagetas. Alejandro quiso invadir la Escitia, en donde domina mi tío el rey Mattos: le resistimos en una batalla campal en que ambos ejércitos quedaron muy quebrantados. Entonces el monarca griego, que como sabes es tan generoso como grande, tuvo una entrevista con mi tío y le dijo:

– Rey de Escitia, has hecho lo que nadie: me has resistido. Sin embargo, el portentoso valor de los tuyos sería inútil. Mi segundo y más poderoso ejército se aproxima y con él acabaría de destruirte. Pero no será así; tú y tus vasallos merecéis ser independientes. No quiero ser tu señor, sino tu hermano.

Como comprenderás, el rey mi tío aceptó con reconocimiento la magnanimidad de Alejandro y mandóme que para honrarle y servirle le acompañase hasta Babilonia, con dos mil jinetes masagetas... El día en que tú llegaste á esta ciudad, salía yo de ella cumplida mi misión... Te ví... en mal hora te ví, ¡oh flor de la gracia y de la hermosura! porque tus ojos me abrasaron el corazón, y comprendí que lejos de tí me era imposible la existencia...

– Prosigue, – dijo Talestris, cuyo seno se alzaba con violencia.

– Me alejé de Babilonia, hice acampar á mis guerreros á cuarenta estadios de la ciudad, y dije á mi lugarteniente: Si pasadas tres lunas no estoy de vuelta, id á Isedón y decid al rey mi tío que no volveré á verme jamás...

– Prosigue, – repitió la reina.

– Lo demás ya lo sabes. En nuestra raza, rara vez el bozo asoma al rostro: valiéndome de esta circunstancia, y no pudiendo satisfacer de otro modo mi deseo de verte y vivir á tu lado, tomé este disfraz... Te he engañado y debo morir. Mátame, pues, por tu mano: hasta la muerte es dulce si proviene de tí.

Calló Orontes. La reina, sin mirarle, púsose en pie y dijo:

– Vete, sal de mi Estado y que jamás vuelva á verte.

– Nunca, – exclamó el príncipe con enérgico acento. – Aquí me amas ó aquí muero: elige...

Había llegado *la luna de las vides* (mes de setiembre) y con ella las fiestas del triunfo de Baco.

Después de las faenas de siega y recolección y llenos los graneros y los odres, las amazonas acudían en masa á la llanura de seis estadios de extensión que era el comedio de las cuatro poblaciones que habitaban.

Durante una semana debían entregarse á expansiones, bailes y regocijos, haciendo honor al dulce vino de Capadocia.

Habíase elegido á las dos más obesas para que representasen al dios de los viñedos y á su compañero el viejo Sileno.

Pero en medio de la general alegría, reinaba cierta inquietud, porque preveíanse sucesos extraños.

La reina Talestris estaba preocupada.

Oritias había desaparecido, así como también Hermione, la capitana predilecta de la soberana.

Una mañana, cuando iban á comenzar las fiestas, Talestris que había estado retraída, salió de su tienda, reunió en torno suyo á las principales de sus vasallas y dijo con voz sonora:

– Amazonas, oid. Viviendo, como vivimos aisladas, infringimos la ley de la naturaleza que da al hombre por compañero de la mujer. Yo he resuelto salir de este estado y he elegido ya un compañero de corazón...

Un murmullo general interrumpió á la reina.

– Oidme, – prosiguió Talestris, dominando el rumor. – Podría imponeros mi voluntad porque soy vuestra reina natural, porque soy omnipotente y porque no lejos de aquí tengo dos mil guerreros masagetas que secundarían mis designios; pero quiero reinar sobre vosotras por el amor, no por la fuerza. Si no queréis aceptar los compañeros que os propongo, dignos de vosotras por su valor y gentileza, podéis elegir otra reina; pues yo abandonaré este país...

– ¡No, no, Talestris! – interrumpió un rumor general.

– Deliberad, pues. Durante dos días aguardo vuestra decisión en mi tienda.

Y la reina muy conmovida encerróse en esta, acompañada de Hermione que acababa de llegar.

Al día siguiente, por la tarde, una comisión compuesta de las capitanas y principales amazonas, presentóse á Talestris y la dijo:

– Reina: lo que tú determines siempre está bien hecho; nos sometemos á todo, menos á que nos abandones.

La reina no contestó. Sólo dijo:

– Ve, Hermione.

Cuatro horas después, el príncipe Orontes, al frente de sus guerreros masagetas, blancos como la aurora, y rubios como el sol, entraba en el Estado de las amazonas.

Estas fueron felices y gloriosas, al lado de sus nuevos compañeros y señores.

Pero el vaticinio del sacerdote Arbaces se cumplió. Talestris fué *esclava* del amor, que en la mujer es *ley de la naturaleza.*

JACINTO ESCOBAR

UN PROFETA MODERNO

Toda la obra cumplida por la inteligencia humana se condensa en la Memoria, definida acertadamente por Ribot *una visión en el tiempo.*

Si la inteligencia racional abraza el tiempo en la diversidad de sus dimensiones y en el nexo que supone su división, la Memoria se ejercita en tal caso en forma de *previsión ó anticipación*, que es á lo que propiamente se refiere el *don profético.*

Difícil de poseer y aun ser empleado oportunamente el don profético, lo es más actualmente por la complejidad cada vez más amplia que descubre ante sus dilatados horizontes la inteligencia. Necesita elevarse la inteligencia á las *grandes síntesis*, condensar en sus perspectivas la característica propia de su época y presentir las necesidades más urgentes de la venidera.

Tales condiciones se reunían muy señaladamente en el gran poeta alemán Gœthe, personificación completa del genio de su raza y de su época y hombre que por su amplísima cultura penetró el espíritu y la vida de las épocas pasadas.

Si la vida y las obras de Gœthe nos aparecieran libres de los estudios críticos y minuciosos, á que han dado ocasión, y á través de intersticios de luz y sombra, fuera por demás sencillo poner de relieve su condición profética. A pesar de los análisis detenidos de su representación, queda algo en su personalidad y en el carácter de su genio que es signo bien preciso de su condición profética.



TULIA, busto de Agustín Querol

Gœthe, que denomina su procedimiento «química mística y cabalística» posee como característica del fondo de su genio el gran instinto de la naturaleza (que en su aspecto poético denominaba *Lust zu fabuliren*) y, haciendo gala de una impersonalidad siempre creciente é identificándose con la realidad que le rodea, practica la regla de Montaigne «no enseño ni invento, refiero y atestiguo.»

¿Qué atestigua y refiere Gœthe? Lo que ve y lo que presiente. «Marchamos, dice en sus *Conversaciones*, en medio de secretos rodeados de misterios. Ignoramos lo que pasa en la atmósfera que nos rodea y las relaciones que tiene con nuestro espíritu. Pero seguramente en determinadas circunstancias nuestra alma, mediante ciertos órganos tiene más poder que los sentidos y le es dado presentir y aun ver el porvenir más cercano.»

Cita después una extraña visión, que se le apareció al despedirse de la simpática Federica Brion, que interpretó como juicio profético de lo que más tarde le aconteció. «Aventuras de este género, sigue diciendo, me han sucedido en mi vida y se concluye en tales circunstancias por creer en algo *demoniaco*, sin comprenderlo.»

Lo *demoniaco* es para Gœthe el enigma indescifrable del mundo y de la vida, el poder secreto y misterioso que todos sienten, que ningún filósofo explica y que el hombre religioso procura dar por resuelto con palabras y símbolos. Lo *demoniaco* es lo insoluble para la inteligencia y la razón. No forma parte de mí mismo, pero estoy sometido á ello, dice Gœthe.

Estas imposiciones (el *Deum passus est* de los antiguos inspirados) que sufría Gœthe, constituyen sus previsiones acerca del hombre, «laberintos sobre laberintos» como él le define, previsiones, dice, que llegaba á formular «pensando mucho, sintiendo más y hablando poco.»

Cuando publicó Gœthe su célebre *Werther*, hijo de su propia sangre, escrito de una manera inconsciente y al modo de un sonámbulo, afirmó haberse curado de una enfermedad bien grave (la servidumbre de las pasiones), que habría de llegar á ser mal, que afectase á la colectividad. El *Wertherismo* ó enfermedad del suicidio, que siguió como cortejo fúnebre al éxito de la novela, prueba la certera previsión del poeta, que decía: «desgraciado de aquel que no encuentra en su vida un momento, en el cual crea que el *Werther* ha sido escrito para él solo.»

En setiembre de 1792 formaba Gœthe parte del ejército aliado contra los Revolucionarios franceses. Observó que, después de la toma de Verdun, el comandante Beaurepaire se mató de un pistoletazo, y que un granadero disparó contra los conquistadores, esperando tranquilo su suerte. Llamó su atención tal exuberancia de patriotismo y dejó de prestar asentimiento á las descripciones de los emigrados, que pintaban la campaña de Francia como si hubiera de ser camino triunfal á París, y á conceder una importancia al gigantesco movimiento de la Revolución francesa que ninguno de los que le rodeaban presentía. Su independencia de juicio entre los coligados, le valió ser considerado como republicano.

Después, cuando el ejército aliado se vió detenido por el revolucionario y el fuego insistente de la artillería del último imponía pavor en todos los ánimos, preguntaban á Gœthe qué opinaba y decía con tono profético: «En este lugar y desde este día comienza una nueva época en la historia del mundo y podréis decir: *yo estuve allí.*» Y en mayo de 1793, durante el sitio y rendición de Maguncia, dice Gœthe, me recordaron mis palabras, que se habían cumplido, no sólo en un sentido general, sino á la letra, porque desde aquel día los franceses habían cambiado su calendario.

Al oir por primera vez la *Marsellesa*, la apellidó Gœthe *Tedéum revolucionario*, destinado á propagar, con sus entusiastas y patrióticos acordes, los nuevos principios del Derecho, destino que se cumplió con las conquistas de Napoleón en Europa y mejor con la implantación del derecho revolucionario en todos los pueblos cultos.

Tenía Gœthe, aun en su vejez y decrepitud, debilidades bien acentuadas por sus estudios y observaciones en las ciencias naturales, se dolía del desvío que le mostraba el mundo científico, abrigaba la convicción profunda de que un *tipo universal*, que se perfecciona por metamorfosis, recorre todos los grados del organismo como expresión de la ley de Camper ó de la unidad de composición. Atribuía como título de gloria su descubrimiento del hueso *inter-maxilar humano* y mientras Europa rugía en luchas cruentas ante las audacias de Napoleón, seguía avaramente las discusiones entre Saint-Hilaire y Cuvièr en la Academia de Ciencias de París. Extrañaba á sus admiradores, entre ellos á Eckermann, que se olvidaba de su gloria como el primer poeta de su tiempo y dolíase de que los sabios no se ocuparan de sus trabajos, aconsejándole seguir dedicándose á los versos. Y Gœthe, previsor más que los mismos que le censuraban, seguía fijando uno de sus más valiosos títulos á la gloria en sus trabajos científicos.

«No hago mucho caso, decía en sus *Conversaciones*, de todo lo que he producido como poeta. Poetas excelentes han vivido en mi misma época, más grandes que yo han existido antes y los habrá iguales á mí. Pero de lo que

LA SIBILA DE DELFOS, fresco de Miguel Angel



SAGUNTO, grupo escultórico de Agustín Querol

estoy orgulloso es de haber sido en mi siglo de los pocos, que se han consagrado con ahinco á los estudios científicos y á la observación de la naturaleza. De ello estoy orgulloso y en ello fundo el sentimiento de mi superioridad sobre un gran número de gentes.»

Si acertó ó no Gœthe en sus presentimientos lo dicen notabilidades científicas contemporáneas como Helmoltz, Bois-Rymond y Hæckel, que reconocen en Gœthe uno de los más ilustres precursores de la teoría de la descendencia y de las nuevas hipótesis, que tan hondamente han contribuído á los progresos de las ciencias naturales.

Las oscilaciones continuas de Gœthe, durante su juventud, para fijar su vocación, titubeando si seguir su *Lust zu fabuliren*, haciéndose poeta, ó encaminar la flor de sus energías, consagrándose á la pintura, representan luchas silenciosas, pero persistentes, que le llevaban á coger con frecuencia el puñal del suicida, pero muestran también su especialísimo don de previsión. Efecto de él se anticipa á los deseos de Lavater y Mlle. Kletenberg, huyendo los propósitos de ambos, que anhelaban encerrar su genio en un pietismo romántico, y aun se niega al estudio y más que al estudio á la profesión y ejercicio del derecho, según deseara su padre, para entregarse por completo á la ciencia y al arte. Cuando Gœthe se ve envuelto en los grandes acontecimientos políticos, provocados por la Revolución francesa, nuevamente acentúa su *previsión profética*, declara que no siente exaltación de su patriotismo, que persigue algo más amplio, su célebre *ciudad ideal* y que, careciendo de la inspiración y del fuego de un Kœrner, no quiere ser caricatura grotesca de Tirteo y prefiere ser tachado de egoísta á que desvíen influencias exteriores su propia vocación.

Acentuando el contraste, sin que le falte patriotismo, aunque sentido y entendido por él de un modo especial, Gœthe se esfuerza en engolfarse en sus estudios científicos y en sus trabajos de erudición para huir el estruendo de los grandes sucesos políticos. Cuando mira hacia ellos, los ve bien claros y aun presiente que la soñada hegemonía de los Teutones no será viable ínterin no comiencen por reconocer de momento su derrota ante los triunfos de la Revolución francesa y continúen trabajando por fundar la *ciudad ideal*, símbolo por él acariciado de la unidad alemana. Si los hechos han confirmado ó no posteriormente sus previsiones, que lo digan cuantos siguen con interés la marcha general de la política europea.

¡Quién sabe si el genio superior de Gœthe, una vez obtenida la hegemonía germánica, hubiera solicitado de sus contemporáneos ley y conducta para el vencido, distinta de la que impone la férrea mano del canciller alemán!

De todas suertes, presentimientos y anticipaciones referidos por igual á su propia persona y aun á los sucesos que se avecinan abundan en la vida de Gœthe. Si su personalidad no se destacara tan precisa y clara, efecto de su autobiografía y de los estudios críticos, á que han dado margen su obra y representación en la ciencia y en el arte, pasaría por *profética* é inspirada quizá por poder sobrenatural. A pesar de la crítica, que parece que todo lo empequeñece, Gœthe se muestra más grande cuanto más se le estudia y revela que sus condiciones personales exceden el límite de lo vulgar. Lo que en los demás es signo obligado de la propia racionalidad, la *previsión* para la vida, en Gœthe toma relieve tan acentuado y práctico que se convierte en un *don profético*. Aun quedan previsiones del gran poeta, que esperan confirmación de parte de los hechos (señaladamente en lo que toca al porvenir del arte y de sus posibles trasformaciones). De los realizados hasta ahora ninguno contradice, antes bien parece que prepara el cumplimiento de las profecías de Gœthe, relativas á la evolución del arte. Fiemos en que el tiempo confirmará por modo cumplido todas aquellas anticipaciones que Gœthe presenta acerca del *Realismo* en el arte, sin que para ello sea óbice que se malogren ó desvíen de sus propios cauces algunas de sus manifestaciones; puesto que el mismo Gœthe daba por fallidos tales primeros intentos, cuando representaba en el hermoso símbolo de *Euphorion*, engendro malogrado, no bien hubo nacido, la aurora del arte moderno.

U. González Serrano

PASATIEMPOS CIENTÍFICOS

Transformación de un naipe. – Es posible transformar un naipe en una cadena continua de 1m,30 de longitud con un cortaplumas y un par de tijeras. No hay duda de que la operación es un poco complicada, pero se podrá ejecutar fácilmente si se sigue con exactitud esta marcha:

Tomemos un naipe y veamos de transformarlo, sin quitar ni añadir nada hasta que le demos la forma de la bonita cadena que figura alrededor del grabado adjunto.

He aquí las diferentes fases de la operación:

1.° Con un cortaplumas se hienden los dos bordes laterales A y B del naipe en una anchura de dos milímetros. Como los naipes se componen de muchas hojas superpuestas y pegadas, se facilitará la operación mojando ligeramente los dos bordes laterales que se trata de abrir.

2.° Dóblense á derecha é izquierda los bordes A y B procurando que el doblez sea perfectamente rectilíneo.

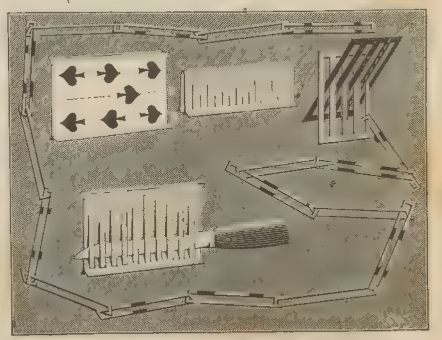
3.° Dóblese el naipe siguiendo su línea media C D.

4.° Con unas tijeras córtese el naipe en líneas perpendiculares al doblez C D y separadas entre sí dos milímetros; estos cortes no deberán pasar del doblez de los bordes.

5.° Desdóblese el naipe en una mesa é introdúzcase un cortaplumas alternativamente encima y debajo de las hojas que han quedado entre los cortes de modo que se las separe de dos en dos siguiendo la línea formada por el doblez de los bordes. Hágase lo mismo en el otro borde del naipe, pero cuidando de que la hoja del cortaplumas pase esta vez *por encima* de las hojas bajo las cuales ha pasado poco antes. De este modo se habrán formado dos rejas rectangulares, encajadas una en otra, y figurando, como se ve á la derecha del grabado, una especie de taburete de tijera como los que se usan en los jardines.

6.° Con las tijeras se cortan las hojas del naipe siguiendo las líneas de los puntos, y á cada corte se verá caer un eslabón de la cadena que se quería hacer estando este eslabón enlazado con sus dos inmediatos y el conjunto formará una cadena continua cada uno de cuyos eslabones tendrá una anchura de un milímetro en los lados mayores y de dos milímetros en los menores. Con alguna destreza se logrará ejecutar rápidamente estas diferentes operaciones para las cuales será un precioso auxiliar nuestro grabado.

(De *La Nature*)



Manera de transformar un naipe en una cadena de carton

Barcelona.—Imp. de Montaner y Simón



AÑO VIII ↔ BARCELONA 16 DE SETIEMBRE DE 1889 ↔ NÚM. 403

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EN EL BAÑO, cuadro de Bartolomé Giuliano, grabado por Weber

SUMARIO

Texto. – *Nuestros grabados. – El esqueleto*, por don Luis M. de Larra. – *Palos y vergas*, por don Federico Montaldo. – *El crimen de la calle de la Hiedra*, por don F. Moreno Godino. – *Crónica científica.*

Grabados. – *En el baño*, cuadro de Bartolomé Giuliano. – *Monumento nacional erigido en Worth-Froschweiler á la memoria de los bávaros muertos en la guerra de 1870 á 1871.* – *Carreras olímpicas*, cuadro de José Sciuti, grabado por G. Sabattini. – *El collar de la miseria*, cuadro de Mr. Geoffroy (Salón de 1888). – *Fiesta en conmemoración del noveno aniversario de la fundación de la Escuela de Carlos en Stuttgart, en 14 de diciembre de 1779: primer encuentro de Schiller y Goethe.* – *Lucha por la existencia*, dibujo de Zick. – *Incendio de Roma en tiempo de Nerón*, diorama de Edmundo Berninger y Hermann Schneider.

NUESTROS GRABADOS

EN EL BAÑO, cuadro de Bartolomé Giuliano

El autor de este cuadro ha sabido combinar de un modo admirable los encantos de la naturaleza con los del sentimiento: para expresar los primeros ha copiado un trozo de ese hermoso Mediterráneo que han cantado los poetas de todos los tiempos y de cuyas azuladas y tranquilas aguas han sacado primorosos matices los pintores de todas las edades; para representar los segundos ha acudido á este tema tan prodigado y nunca agotado del amor maternal.

La amorosa expresión de la madre haciendo saltar sobre sus rodillas al desnudo niño recién salido del agua y la grandiosidad del mar ligeramente rizado por suave brisa forman un conjunto agradable y lleno de naturalidad que realzado por una ejecución notable produce en el ánimo del espectador todo el efecto que para sus obras puede desear un artista amante de la belleza por lo que ella es en sí más que por el campo que ofrece á los artificios de la fantasía.

Monumento nacional erigido en Worth-Froschweiler á la memoria de los bávaros muertos en la guerra de 1870 á 1871.

En el cementerio militar de Worth, en el lugar memorable en donde el día 6 de agosto de 1870 ocurrió el terrible encuentro entre bávaros y franceses, levántase desde el 6 de agosto del presente año un monumento nacional dedicado á la memoria de los bávaros que sucumbieron en aquella jornada y cuyos cadáveres cubren casi por completo aquel lugar.

La Unión de veteranos y de militares de Baviera inició el proyecto y allegó los fondos necesarios y en el concurso abierto en 1885 obtuvo el primer premio el boceto del escultor Rumann y del arquitecto Federico Tiersch, artistas ambos de Munich.

El monumento se alza sobre una plataforma cuadrada de donde arranca un pedestal en cuyo frontis se lee: *Baiern seinen gefallenen Sohnen* (Baviera á sus hijos que sucumbieron) y en cuyas caras laterales aparecen cercadas por coronas de laurel las fechas de 1870 y 1871. Sobre el pedestal está echado en actitud vigilante el león bávaro: á ambos lados de la puerta de ingreso al recinto que contiene los restos de los que murieron en el campo de batalla hay unos relieves de bronce representando cada uno dos genios rodeando con palmas unas lápidas en las cuales hay grabados los nombres de las batallas en que los bávaros tomaron parte.

Corona este monumento un hermoso grupo alegórico representando un soldado que abrazado á la bandera nacional muere á los pies de la gloria que levanta con su diestra la corona de la inmortalidad.

El príncipe regente, Leopoldo de Baviera, protector decidido de las bellas artes, prestó su incondicional apoyo y dió una importante cantidad para la erección de este monumento que además de ser una obra artística notable conmemora uno de los más gloriosos hechos de la moderna historia bávara.

CARRERAS OLÍMPICAS, cuadro de José Sciuti, grabado por G. Sabattini

Este valiente artista siciliano que tan señalado triunfo obtuvo en la última Exposición italiana de Londres es uno de los pocos pintores italianos del género histórico y no tiene rival en su patria para las grandes composiciones sobre temas de la antigüedad helena y romana. Los Juegos Olímpicos, única expresión de la unidad nacional de Grecia, fraccionada en tantos Estados á menudo en lucha unos con otros, revestían cierto carácter religioso pero obedecían, al propio tiempo, á un fin puramente mundano, á saber, la conservación y el fomento de la fuerza corporal. En ellos se inspiró Sciuti para el hermoso lienzo que hoy reproducimos y que representa el ejercicio de las carreras á pie: á un lado del cuadro se ven los más ilustres ciudadanos y los sacerdotes sentados delante del templo común á todos los griegos dispuestos á dar la palma al vencedor; la calma que en esta parte de la composición se nota contrasta con la animación tumultuosa que reina en la arena y refleja la importancia que los helenos daban á este ejercicio en el cual no podían tomar parte más que ciudadanos libres y de sangre helénica pura que en sus juegos adquirían aquella robustez, aquella elasticidad elegante y artística á que tendía toda la gimnasia de Grecia.

EL COLLAR DE LA MISERIA, cuadro de Mr. J. Geoffroy (Salón de 1888)

Grabado por Baude

Venció el plazo fatal del alquiler de casa y el infeliz obrero falto de recursos fué arrojado del pobre zaquizamí en que sólo en parte se guarecía de las inclemencias del cielo y se vió obligado á buscar un nuevo albergue de donde será lanzado dentro de poco por la misma causa. Todo su menaje va en el pequeño carretón del cual tira penosamente, llevando pasada al cuello y á la espalda una correa que bien merece ser llamada «collar de la miseria.»

¡Cuán penosa existencia la de estos desdichados que como ciertos enfermos creen que con el cambio de lugares hallarán sino un remedio por lo menos una tregua á sus sufrimientos! ¡Cuán triste espectáculo el que nos ofrece Mr. Geoffroy reproduciendo uno de esos lastimeros grupos en que el infortunio se revela en toda su inmensidad y en que la lucha por la existencia se nos presenta en uno de sus más desgarradores aspectos!

Todo es lúgubre en esta composición: el anciano en cuyo rostro se pintan el abatimiento y la miseria, el niño condenado desde que nació á una vida de dolores y privaciones, el desvencijado vehículo en donde revueltamente confusos se amontonan los distintos objetos que compendian apenas las más indispensables necesidades de la existencia y hasta el sitio de la escena envuelto en las melancólicas tintas del implacable invierno, todo respira melancolía, todo excita la compasión del que de cristiano se precie, tanto más cuanto que esa pintura no es más que reproducción de una realidad, por desgracia harto frecuente.

Primer encuentro de Schiller y Goethe en 1779

copia fotográfica del cuadro al vivo dirigido por G. Graupp

Para conmemorar el vigésimo quinto aniversario del entronizamiento del rey Carlos de Wurtemberg, el poeta Otón Baisch compuso una loa una de cuyas escenas estaba dedicada á la memoria del duque Carlos y de la Escuela por éste fundada en el último tercio del pasado siglo. Al terminar esta escena con las palabras «La escuela del duque Carlos subsiste inmortal en medio de cuanto sus alumnos crearon» apareció en el fondo del teatro de Stuttgart, en donde aquélla se representaba, el cuadro al vivo admirablemente dirigido por Gustavo Graupp que nuestro grabado reproduce y en el cual estaban artísticamente agrupados los principales personajes que tomaron parte en la fiesta del noveno aniversario de la fundación de esa Escuela, fiesta que se celebró en 14 de diciembre de 1779 y en la cual se encontraron por vez primera frente á frente los dos grandes genios poéticos de Alemania del siglo XVIII, Goethe cuya fama era ya universal en aquella fecha y Schiller á la sazón alumno de la Escuela y entusiasta admirador del autor de *Werther* que un día había de tenderle cariñosamente la mano de amigo.

LUCHA POR LA EXISTENCIA, dibujo de A. Zick

De original en su concepción y de elegante y delicado en su factura puede calificarse el dibujo de A. Zick: la imaginación del artista nos presenta una composición fantástica, totalmente apartada del mundo real, por medio de dos geniecillos del mar que se disputan la sabrosa y codiciada presa y nos la presenta con tan primorosos detalles adornada y por modo tal expresiva que no parece sino que resucitando las escenas de las antiguas leyendas mitológicas ha sorprendido la lucha entre los dos pequeños genios marinos de los cuales el uno defiende enérgicamente su propiedad y el otro pugna con no menos energía por arrebatársela sin consideración alguna al derecho del *primi possidentis* que debió ser el único que regía la vida jurídica de aquellos soñados tiempos.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

INCENDIO DE ROMA EN TIEMPO DE NERÓN

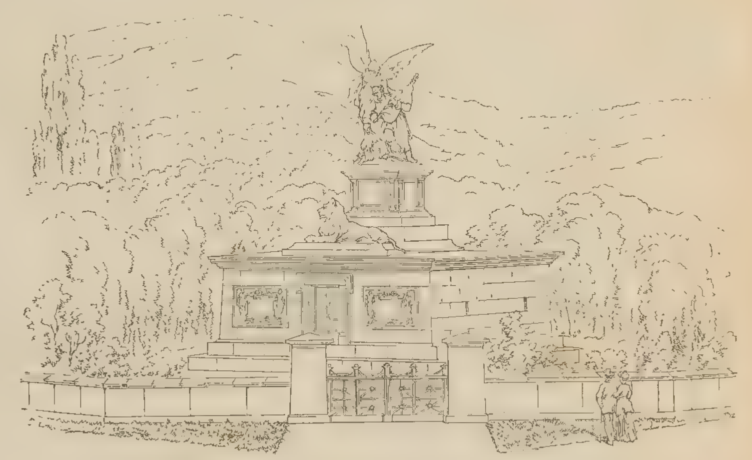
(diorama de Edmundo Berninger y Hermann Schneider)

La popularidad que han alcanzado los dioramas y panoramas ha puesto á los pintores enfrente del difícil problema de satisfacer las exigencias de la curiosidad de las masas populares sin perder de vista las reglas del arte. El diorama cuya copia reproducimos ha resuelto admirablemente esta dificultad; no era de esperar otra cosa de dos artistas como Berninger y Schneider encargados éste de las figuras y aquél del resto del cuadro, para cuya ejecución acudieron á los especiales conocimientos del profesor Buhlman, de Munich, de quien consiguieron la reproducción exacta de la Roma de aquellos pasados tiempos.

El hecho que el lienzo reproduce y que Tácito califica de incendio el más grande y más horroroso de cuantos hasta entonces habían ocurrido en la capital del Imperio, acaeció en el año 64 después de Jesucristo y se supone muy fundadamente producido por la maldad de aquel emperador tan cruel como artista que presenciaba impasible el terrible espectáculo entonando las grandiosas estrofas del «Incendio de Troya.»

El punto de vista en que los autores del diorama colocan al espectador es el palacio de Nerón, en el monte Palatino mirando hacia el Capitolio, que se distingue en el fondo: el espacio hundido que se extiende entre éste y aquél no se ve, pero los resplandores del incendio de esa parte de la ciudad iluminan con siniestros reflejos los edificios del Capitolio entre los cuales sobresale el templo de Júpiter Capitolino. Los hermosos mármoles blancos del palacio á los cuales no ha llegado el reflejo de las llamas aparecen iluminados por la luna y á trozos manchados por grandes sombras, formando de esta suerte magnífico contraste con el fondo del cuadro. En la plataforma del centro se destaca la figura del emperador que se acompaña con la lira los armoniosos versos del poema. En la ancha escalinata hacen centinela dos soldados de la guardia pretoriana, uno de los cuales acaba de hundir su lanza en el pecho de un joven romano que indignado por el proceder del emperador quiso precipitarse sobre él. A la izquierda, al pie del grupo de Lacoón, cuatro senadores revelan en sus actitudes la impresión que en ellos produce el abominable capricho del emperador: el primero encuentra indudablemente *soberbia* la idea de su omnipotente soberano, mientras que el que está más apartado ha arrojado lejos de sí la corona de rosas que ceñía su frente á la salida de un espléndido banquete y lleno de indignación se retuerce las manos al contemplar el alarde de cinismo del emperador.

Los detalles de este diorama están hechos de mano maestra; las figuras hablan, como vulgarmente se dice, los jaspes y los mármoles parecen arrancados de la realidad y el contraste de luces entre el primer término iluminado por la pálida luz de la luna y el fondo en donde se reflejan los rojos tintes del incendio es de lo más grande y original que en ese género se ha producido.



VISTA GENERAL DEL MONUMENTO NACIONAL ERIGIDO EN WORTH FROSCHWEILER Á LA MEMORIA DE LOS BÁVAROS MUERTOS EN LA GUERRA DE 1870 Á 1871

EL ESQUELETO

HALLAZGO

Hay en el hombre, dice el célebre Edgardo Poe, una fuerza misteriosa, que la filosofía moderna no quiere tener en cuenta; y sin embargo, sin esa fuerza desconocida, sin ese instinto primordial, gran número de acciones humanas quedarían inexplicadas é inexplicables. Esas acciones no tienen encanto más que *porque* son malas y perjudiciales, y porque poseen la atracción del abismo; y la fuerza primitiva, irresistible que las causa, es la *perversidad natural*, que hace al hombre sin cesar, y á la vez, asesino y suicida, homicida y verdugo.

La imposibilidad de encontrar una causa razonable suficiente para ciertas acciones malas y perversas, podría conducirnos á considerarlas como resultado de las sugestiones *del demonio* (según el padre Ripalda, el padre Astete y otros cuantos *padres* por el estilo) si la experiencia y la historia no nos enseñaran que Dios suele sacar de esas *infamias* el establecimiento del orden y el castigo de los culpables.

La *perversidad innata* del hombre, es una verdad olvidada, ó mejor dicho, un *hecho* borrado por esos adulado res farsantes de la humanidad, que repiten en todos los tonos y con todas las variaciones posibles: «Yo he nacido bueno, y V. también, y tú y todos nosotros,» olvidando, ó fingiendo olvidar, que el hombre ha nacido con el sello del mal; y que sólo (y no siempre) por la educación, ó el ejemplo, ó las leyes, ó la fuerza, se convierte, de criminal, salvaje y cruel que nace, en sér *domado, civilizado é hipócrita.*

En confirmación de la desconsoladora pero verídica doctrina del Soñador Americano, se nos ocurre una serie de preguntas, dentro del criterio práctico de la vida. ¿Quién ha enseñado al niño de tres meses á pellizcar con terca insistencia el pecho de la nodriza que le alimenta? ¿Quién ha sabido dar á otro niño de medio año la alegría nerviosa con que tira del cabello á su hermanito ó de las barbas á su padre, hasta que ambos rechazan la garra de la fiera, convertida en *caricia* por las comadres optimistas?

¿En qué libro, en qué consejo ha aprendido el párvulo de cinco años á *desplumar vivo* y á ahogar entre sus deditos de cera al pobre pajarillo que ha sacado de la jaula, donde otros verdugos inteligentes le tenían preso, *para siempre*, por el delito de no saber hacer daño al que le cogió primero? ¿Quién ha enseñado á dos rapaces españoles de nueve años á fabricar con naipes una plaza de toros y á pasar la mañana cogiendo moscas, á las que, después de arrancar un ala, las hacen parodiar todas las suertes del toreo, concluyendo por clavarlas á la mesa con un alfiler que atraviesa su cuerpo para imitar la estocada de Lagartijo ó de Frascuelo, á quienes los niños no han visto aun en el redondel?

¿En qué catecismo, en qué tratado de *ética*, en qué lecciones maternas han aprendido los jovenzuelos malayos á hacer pelear á dos gallos hasta el infame asesinato de uno de ellos, y la casi segura muerte del vencedor?

¿Dónde adquiere el *hombre*, el Rey de la Creación (según se llama estúpidamente á sí propio) la indiferente crueldad con que, escondido en un hoyo y pertrechado de un arma mortífera, acecha á la pobre perdiz, inofensiva, incapaz de hacer daño ni al hombre, ni á ningún otro sér, y la apunta con fiera complacencia, y la mata; no para satisfacer su hambre, sino por el placer de matar; y hace lo mismo con otra y con otras diez y con otras ciento, arrojando á un rincón, ó regalando á diestro y siniestro, aquella hecatombe innecesaria?

GRUPO PRINCIPAL DEL MONUMENTO NACIONAL INAUGURADO EL DÍA 6 DE AGOSTO EN WORTH FROSCHWEILER dedicado á la memoria de los bávaros muertos en la guerra de 1870 á 1871

¿No habéis visto siempre abusar de su edad y de su fuerza al niño mayor contra el niño más débil? ¿No habéis visto la alegría infantil de la turba que persigue al ciego, al jorobado, al loco ó al borracho, es decir, al incapaz de defenderse? ¿No habéis visto al hijo del jardinero robar un puñado de pólvora de la canana de su padre; hacer un reguero de aquel grano mortífero al rededor de un hormiguero y prender fuego á la mina, haciendo volar á treinta ó cuarenta mil hormigas de una sola vez, por el solo placer de asesinar una multitud indefensa? ¿Y qué me decís de los labriegos que apedrean á un tren cuando no puede detenerse en su carrera? ¿Y qué os parece de los *aficionados* á la música, que enseñan á cantar piezas de ópera á un canario, después de haberle dejado ciego, atravesando sus ojos con un hierro candente? ¿Y qué juzgáis del gastrónomo que se fabrica el apetitoso *foie-gras*, hipertrofiando el hígado de los patos que encierra vivos en una caja, donde los ceba sólo para ese objeto?

¡Oh filósofos *humanitarios*, *bíblicos* y *frenológicos!* Sabido es que en el planeta terrestre, sólo la muerte y el asesinato imperan por *necesidad ineludible*. Desde la infeliz golondrina, que para nutrirse necesita matar al día *diez millones* de mosquitos, que no la han hecho daño ninguno, hasta la hiena, que desentierra los cadáveres humanos para alimentarse, todos los seres de la creación viven de la muerte y del asesinato. Esa es la *ley necesaria*. Dilucidar si el *Creador* de todas las cosas podía haber escogido otro medio de vida, ó si éste es el más perfecto, ni es de nuestra incumbencia ni de nuestro siglo. Ya vendrá otro que lo dilucide. Hoy no se trata de la *ley necesaria* ni de los verdugos *inconscientes*. Hoy hablamos de la maldad á sabiendas, de la crueldad *de lujo*, de la *perversidad humana*, como *instinto*, como *idea innata*, como *albedrío responsable*.

Esa *perversidad* es la que ha fabricado en todas las épocas de la tierra las armas *de ataque* (las de defensa hubieran sido lógicas dada la *necesidad vital de la muerte*); la que ha inventado los instrumentos de tortura y de suplicio, llevando hasta la perfección la crueldad del dolor; la que da cincuenta ó sesenta puñaladas á la víctima que muere con la primera ó la segunda; la que envenena, la que despelleja, la que incendia; la que coloca á un caballo enfermo ó viejo, pero siempre inofensivo, ante un toro furioso; la que reglamenta la lucha de los *boxadores* ingleses, como reglamentaba en Roma la de los gladiadores; la que hiere por el placer de herir, la que mata por la alegría de matar.

¡Nerón! ¡Tiberio! ¡Caracalla! no son monstruos excepcionales; son más visibles que el resto de los humanos y nada más. Pápas, reyes, generales, hombres de la plebe, en todas las épocas y en todos los países pueden proporcionar una estadística de *crueldad* y *perversidad* innecesarias que horrorizaría al mundo, si el mundo pudiera horrorizarse por pequeñeces. Desde la degollación de los Inocentes, hasta la sierra de Iyusquiza; desde la noche de San Bartolomé hasta el fusilamiento de Torrijos, de Mariana Pineda y de la madre de Cabrera, la religión y la política han sido grandes pretextos para el ejercicio de la *perversidad* humana; pero ni el fanatismo, ni la Inquisición, ni la tiranía han llegado donde la *iniciativa particular*, cuando se ha dado gusto á sí propia, en el secreto de la impunidad y en la irresponsabilidad del misterio.

Y como puede asegurarse que de cien crímenes que se cometen, cincuenta por lo menos quedan ignorados, y casi los otros cincuenta impunes, la teoría de Edgardo Poe no puede ser más consoladora para la humanidad.

Entre esas expansiones perversas individuales é ignoradas, que la casualidad descubre uno ó dos siglos después de cometidas, recordamos una de cuyo hallazgo hemos sido testigos hace pocos años.

En una de las galerías cortas, pero más apartadas de la calle central, de una magnífica bodega de Jerez de la Frontera, se notó un pequeño hundimiento de la bóveda. Los albañiles de la casa procedieron á derribar un tabique que servía de sostén á las pipas, y que estorbaba para reconocer el estado de uno de los arcos. A la mitad llegarían de su faena, cuando la alcotana de un peón se enganchó en algo que no la dejó salir del tabique. Cuanto más tiraba hacia sí, de la herramienta, más parecía ésta empotrarse entre los ladrillos. Llamó á sus compañeros; derribóse un gran trozo de pared, y á sus gritos y sus llamadas acudimos el dueño de la bodega y tres amigos que hablábamos con él en su despacho. El espectáculo que se ofreció á nuestra vista y á las atónitas miradas de los albañiles no podía ser más extraño.

El tabique era doble y hueco. Lo que todos habían creído hasta entonces tabique de *panderete*, ó sea de una sola hilada de ladrillos de canto, tenía otra doble hilada construída posterior y más toscamente que la primera, fuera del plomo del arco, sin duda con el objeto extraño que estaba á nuestra vista. En el hueco que formaban los dos tabiques, á cuatro pies de distancia uno de otro, aparecía de pie un esqueleto, que sólo conservaba sobre el cráneo el suficiente cabello para dar á conocer que pertenecía al sexo femenino, y en los dedos de los pies y las manos uñas de cerca de media cuarta de longitud. En las muñecas se veían dos aros de hierro sujetos á una cadena, y ésta, rodeando las dos tibias, concluía en una argolla ó anilla mayor que las otras, sujeta en el suelo con una escarpia cerrada á martillo. Al lado de la argolla grande, había un plato de madera carcomido y una vasija de barro cocido, parecida á los pucheros blancos que aun se fabrican en Andújar, panzudo y sin asas. Todo aquello indicaba un crimen, y no nuevo por cierto, pues son muchos los *emparedados* que en distintos países, y sobre todo en los subterráneos de los conventos, se han encontrado en diversas épocas. El ser mujer la víctima, y la cadena y argollas aumentaba nuestra natural curiosidad; cuando al sacar la alcotana del albañil de la escarpia en que había hecho presa, apareció un cofrecito pequeño de hierro. No hubo necesidad de romperle para ver su contenido, pues no tenía cerradura; y sólo vimos dentro de él un papel escrito por ambos lados, con esa escritura rasgueada y redonda de fines del siglo XVII ó principios del XVIII.

Ordenamos á los albañiles que suspendieran su tarea: dejamos intacto el esqueleto y nos dirigimos al despacho del cosechero jerezano con el cofrecito y el manuscrito. Este, perfectamente conservado, por su incomunicación con el aire exterior sin duda, pudo ser descifrado por nosotros completamente. Este era su contenido:

«No puedo sufrir más la dulce mirada de sus negros ojos. Ni la amo, ni jamás ha hecho nacer en mí su hermosura deseos de poseerla. Por sus consejos me sacó su marido, hermano mío, de la abyección y la miseria en que mis vicios me habían arrojado. Siempre ha sido para mí afectuosa, tolerante y buena. Sufre con paciencia mis duras palabras y no parece notar mi ingratitud ni mi desvío. Estoy harto de su virtud, del amor que profesa á mi hermano, de la admiración que causa á todos y del afecto que inspira. Adulándola y fingiendo quererla, conseguiría yo de su esposo cuanto quisiera. Pero la odio; me es repulsiva y yo necesito, para vivir á gusto, su muerte, y lo que es más dulce para mí, su deshonra. Es preciso que todo el mundo la desprecie, la maldiga y la olvide. No me basta por lo tanto, ni tal es mi deseo, conseguir su posesión de grado ó por fuerza. De grado no es posible, dada su virtud; por la fuerza recaería en mí el crimen y todos la compadecerían. ¿Por qué existe en mi corazón este odio, que me perjudica, que me arruina y que me impide ser feliz? Es preciso concluir y así lo he decidido. Mi plan es magnífico. Mi hermano tiene que estar ocho días fuera de Jerez. He dicho á mi cuñada que debemos bajar á la bodega para examinar el estado de las pipas de esta galería, donde nos esperan el capataz y dos mozos. Esta tarde bajaremos juntos; no habrá nadie; la cadena está preparada; el nicho dispuesto; no he dado aviso ninguno á los hombres, y estaremos solos. La sujetaré los brazos con pulseras de hierro; la pondré una mordaza en la boca, que la quitaré después, cuando la haya sujetado con la cadena al suelo, para tener el placer de oir sus gritos. La pondré comida y agua, para que pueda verlas, cuando sienta el tormento de la sed y del hambre, sin que su mano pueda alcanzarlas. Taparé el muro; veré su agonía, y cuando me canse acabaré de tapiarla, y de noche huiré sin que nadie me vea, para que al saber nuestra mutua desaparición, crea su marido y el mundo entero que ambos nos hemos escapado; que yo era un vil, pero ella una adúltera y una infame. Ya es la hora; voy á buscarla...

—Ya está hecho. ¡Cómo grita! ¡Cómo llora! ¡Cómo me pide por Dios que la desate! ¡Me jura no decir nada á mi hermano! ¡Me habla de la Virgen! ¡Me cuenta que dentro de seis meses va á ser madre!—Yo la oigo y sigo colocando ladrillo sobre ladrillo... La tapia sube... y sube... Hace 24 horas que la miro y la escucho.—He comido mirándola. Ya no llora. ¡Me pide agua! Se abrasa... Yo lleno la vasija y se la coloco á los pies. No puede cogerla ni hacer el menor movimiento... ¡Qué suplicio tan horrible... y qué placer el mío!

Han transcurrido cuarenta y ocho horas. He dormido. Como la tapia ha subido vara y media, y todas las puertas están cerradas, nadie más que yo puede oirla.—¡Cómo grita! Se ha puesto ronca. El movimiento de sus manos sólo ha conseguido desgarrar su vestido, y tiene el pecho descubierto. Es preciosa, y su cutis parece de nieve.—¡Tiene sed! Yo también. Bebo, y la arrojo al rostro el agua que queda en mi vaso.—Quiere beber las gotas que resbalan por su frente. ¡Está hermosísima!... Podría perfectamente, si quisiera, hacerla ahora mía.—Pero ¿para qué? —¿Qué me importa á mí una mujer más ó menos? Yo no quiero más placer que el de su agonía.

—¡Otro día más!... ¡Ya delira!... ¡Ha conseguido acercar una mano á su boca y la muerde hasta que brota la sangre y se la bebe!... Continuemos la tapia... ¡Ya sube más! Sólo falta un ladrillo... Asomo la cabeza por el hueco, la escupo á la cara... y... ¡Chilla! ¡chilla! Jamás lo descubrirá nadie... Arrojaré este escrito con la cajita de hierro dentro del agujero... Pondré el último ladrillo y ya soy feliz!... *Requiescat in pace.*»

Al concluir la lectura del manuscrito, todos nos miramos absortos.

—¿Habrá algo más grande en el mundo que la *perversidad humana?* exclamé yo, aturdido.

—El mundo no existiría, me contestó un amigo, si no hubiera otra cosa más grande.

—¿Cuál es? preguntamos todos.

—*¡La misericordia divina!*

LUIS M. DE LARRA



CARRERAS OLÍMPICAS, cuadro de José Sciuti, grabado por G. Sabattini



EL INCENDIO DE ROMA EN TIEMPO

expuesto en el Palac



DE NERÓN, DIORAMA DE EDMUNDO BERNINGER Y HERMÁN SCHNEIDER

o de Cristal, de Leipzig

SALON DE PARIS DE 1888



EL COLLAR DE LA MISERIA, cuadro de M. Geoffroy, grabado por Baude

PALOS Y VERGAS

BOCETO MARÍTIMO

Si yo fuera hombre dado á onomatopeyas y otras figuras de dicción, más ó menos extravagantes, llamaría á este artículo *palique*, puesto que de *palos*, colocados vertical ú horizontalmente en el buque, voy á tratar en él; pero no se lo llamo por tres razones principales: la tercera es que en el primoroso semanario *El Madrid Cómico*, ilustrado por dos conceptos, usan de esa palabra ya hace tiempo como epígrafe de algunos artículos que... «nadie las mueva,» etc.; la segunda es que lo que yo juzgo palique, es decir, «conversación de poca importancia, y que pudiera ó debiera excusarse,» lo guardo para matar el tiempo entre cuatro amigos íntimos, no para contárselo al respetable público en letras de molde; si juzgo mal y paliqueo á veces, complicando á la imprenta en mis paliques, conste que lo hago equivocándome, sin intención de faltar á nadie; con la idea, por el contrario, de que todos aprendan sin gran trabajo algo que cuesta muchos el aprenderlo de *visu;* la primera razón ya la habrán adivinado mis habituales lectores: es porque no quiero.

Llamemos, pues, á cada cosa por su nombre, que nada cuesta cuando se le conoce, y no digamos nunca, como yo lo he oído decir, que un buque tiene muchos palos, – siendo así que el que más, y para eso en contado número, tiene cinco, – confundiendo con ellos á las vergas, que pueden ser muchas, en efecto, y que son todas las piezas de la arboladura colocadas trasversalmente y que sirven para colgar las velas, encima y delante á diferentes alturas de las piezas verticales, únicos *palos* que hay á bordo... en la acepción náutica de la palabra palo, que en otras acepciones pudieran darse más.

Lo mismo que en este detalle de la arboladura sucede con otro del aparejo: para muchísima gente el de los barcos no tiene más que cuerdas y llaman así á los cabos que lo constituyen ignorando que en los buques no se llama *cuerda* propiamente más que á la mecha y á unos tablones especiales. Y en estos errores que no tienen más importancia, ni menos, que decir codicilo por testamento, robo por hurto, basa por capitel, fiebre por calentura y otros por el estilo, no sólo incurre la totalidad casi de los españoles, sino que los cometen también, con agravantes circunstancias, muchos señores de esos que en cuanto habla cualquiera de economías empiezan á despotricar en los papeles públicos, y hasta en las mismas Cámaras, diciendo que «si la Marina por aquí» y «si los marinos por allá,» y lo suprimirían todo, menos el monopolio del trigo, sin saber de la misa la media y sin haber visto más barcos que el Barco de Avila, ni conocer otra Marina que la de Arrieta y Camprodón. Esos tales sí que merecían llevar más palos que tiene, en su opinión, cualquier barco, y salir en una cuerda, como galeotes, para Fernando Póo, Annobón ó Corisco, para una de *nuestras posesiones* (date tono) del golfo de Guinea.

Pero observo, con profunda pena, que esto va saliendo excesivamente didáctico ó didascálico, como dirían los *sesudos homes* que en vez de semanal dicen hebdomadario, y no me conviene; no, no me llama Dios por el camino del profesorado; el tono campanudo me aturde y encocora antes de lo que tardaría en atronar á cualquier discípulo y sabido es que sin mucho énfasis no se puede ser buen catedrático entre nosotros; pero se me debe perdonar lo pasado porque este artículo es una despedida y siempre las despedidas tienen algo de necrología, como las cátedras españolas tienen algo de necrópolis, ora por las antiguallas que se enseñan, ora por el método de enseñanza generalmente seguido, ora *pro nobis*.

Si los palos hablaran, como «oyen las paredes,» según dicen algunos, que deben de sentir crecer la hierba, llegarían á nuestros oídos desgarradoras lamentaciones; en efecto, los palos se van y, de esta vez, creo que para siempre, que ya no volverán, diferenciándose de las golondrinas también en eso. Aquellas gallardas arboladuras que, entre otras cosas, constituían un espeso bosque en los puertos concurridos, un vistoso tendedero para la blanca lona de las velas y una dificultad más para los pintores de marinas, van desapareciendo y como fundiéndose en las chimeneas que ya de dos en dos, como los guardias civiles, son los únicos objetos que, por lo general, se hierguen sobre las cubiertas inmensas de los grandes buques modernos: ya no se pide á Eolo, ó á sus representantes en la tierra, que una brisa bonancible y favorable hinche suavemente las velas del bajel y lo conduzca al ansiado puerto, – como en tiempos se pedía; – hoy el viento propulsor del buque se obtiene del carbón de piedra, al igual que el ácido fénico y la sacarina, y el viento es un estorbo, más bien que un auxiliar ó un servidor, como no sirva para forzar el tiro de la máquina avivando el hogar con sus corrientes; aquel palo mayor famoso, más famoso que la *cayesica Mayol* de Cartagena; aquel fuerte trinquete; aquel palo de mesana, con su verga *de gata ó seca*, son arrojados ignominiosamente de los buques de guerra, sobre cuyas cubiertas blindadas se levantan ahora los desairados *palos militares*, que así se llaman, y que no sirven más que para izar banderas de señales, en lugar de velas, y para soportar cofas, erizadas de ametralladoras, en vez de vergas, cubiertas de tersa lona.

Estas innovaciones serán, y sin duda lo son ya, muy científicas; pero no tienen nada de artísticas; quizás con ellas adquiera el buque un aspecto más imponente y temerón, aparte de las ventajas intrínsecas que consigo lleve el cambio; pero pierde toda, ó casi toda, la esbeltez y elegancia que le daban los enhiestos palos con sus cruzadas vergas proporcionalmente distribuídas en longitud y altura. Entre las fragatas antiguas y sus equivalentes en las escuadras actuales hay las mismas diferencias, miradas sólo desde el punto de vista de la forma, que entre el galgo y el perro de presa; en éste, aunque tenga la boca cerrada, se adivinan los dientes y se temen los mordiscos; como en la mujer hermosa, sólo con verla, se adivina el placer y se temen las veleidades; en aquél se revelan la agilidad y la soltura, como «al pájaro, hasta cuando anda, se le conoce que tiene alas;» puede haber, sin embargo, según los más acreditados veterinarios, *bulldogs* desdentados y galgos reumáticos, pero eso no quita fuerza alguna á mi aserto de que el galgo, es decir, la fragata antigua, con sus palos y vergas, tiene un aspecto mucho más artístico, elegante y, hasta si se quiere, distinguido, que el que presenta el perro de presa, el crucero ó aviso modernos, de mi pleito, con sus chimeneas amarillas y sus palos militares mochos.

Pero *¡quantum mutatus ab illo!* diré yo ahora, como decía Eneas en sus ratos de amargura, ¡cuántos cambios! ¡cuántas alteraciones en esto de los palos, como en tantos otros lances de la vida! Hoy se les tira al degüello (perdóneme Virgilio la crudeza), y ayer, como quien dice, hicieron los ingleses esos enormes acorazados de cinco palos, el *Minotaur*, el *Agincourt* y otros, que figuran todavía en su escuadra del Canal y que, preciso es confesarlo, ni han hecho nada de particular, ni tantos palos les sirven para maldita de Dios la cosa.

Posible es que esta exageración haya contribuído al retraimiento presente, porque no sé yo que la Marina se exima de esa ley que los sabios, más ó menos conspicuos, llaman acción y reacción, flujo y reflujo, y otras cosas por el estilo, y que es la ley eterna del estira y afloja, dicho en romance; me han asegurado dos ó tres personas que me merecen entero crédito, entero y verdadero, que la emoción que se experimenta con más intensidad en lo alto de la torre Eiffel, de ese palo mayor de la Exposición de París, es el deseo de bajar inmediatamente: y así debe de ser y lo mismo ocurre en el amor, que es lo más universal que yo conozco, aunque indigno: cuando se ama con exceso, según sean el amor y las naturalezas, sobrevienen el hastío ó la consunción, que ambos á dos son tíos Pacos con sus rebajas correspondientes. Eso pasó con los palos; estábamos bien con tres, mayor, trinquete y mesana; vienen unos y ponen un cuarto, se pica otro y añade el quinto, el quinto ese que si en algunas ocasiones es «no matar,» ha sido en ésta la causa determinante de la muerte militar, ya que no civil, de todos sus antecesores y compañeros.

Y hoy se ve un buque enorme, que desplaza muchos miles de toneladas, que lleva algunos cientos de éstas en acero hecho cañones, cuya coraza compite, ó competir pudiera, como dicen los arcaicos, con las murallas ciclópeas más ciclópeas; y ese buque, expresión la más genuina y convincente de la autonomía en el mar, no lleva palos ni vergas, utilizables para los usos corrientes de estos históricos aditamentos; siendo posible, por no decir seguro, que las flotas militares supriman en breve plazo y por completo todo rastro de palo ú otra cosa, hasta las chimeneas, que tienda á elevarse sobre cubierta produciendo con ello dos efectos seguros, por el pronto: primero, aumentar el tamaño del blanco que ofrece el buque á su enemigo, y segundo, aumentar también la resistencia que es preciso vencer en la marcha, oponiendo un obstáculo más al viento cuando sopla de proa. Los dos efectos son muy dignos de que se los tenga presentes, pues evitando el primero ganan en probabilidades los testigos presenciales de poder contar lo que ocurra en un combate naval, que acabará por suprimir los cronistas si los explosivos continúan progresando como lo hacen al presente, y es de presumir que sigan, por los brillantes resultados que están dando, ¡es un encanto ver cómo destruyen! sobre todo para los filántropos (!) que confían en acabar con las guerras por inanición, es decir, reventando al contrario en el primer encuentro; el otro efecto, la velocidad en la marcha, es muy interesante también, no sólo para desempeñar pronto las comisiones, sino para tropezar con más fuerza cuando la comisión sea «echar á pique al buque enemigo» por el procedimiento de la trompada, otro de los que encantan á los filántropos citados que están muy en boga; cualquiera diría, y quizás acertara, que ellos se proponen ver los toros desde un globo, cuando más cerca.

Los barcos mercantes, en cambio, no abandonan su prístino entusiasmo por el aparejo y los palos correspondientes, aunque algo lo han disminuído, porque así como en un buque de guerra la cuestión está en «navegar de prisa» y nada más, en otro mercante hay que añadir «y barato» siempre que se pueda, por lo cual los de esta clase procuran hacerse un amigo del viento, si es favorable, para que dándole velas los conduzca pronto y bien á donde desean ir, ahorrándoles carbón, que es hoy, digan lo que quieran *los termómetros*, ó los teóricos puros, el verdadero oxígeno de la navegación. En Francia hay varios barcos mercantes, de hierro y de construcción moderna, que llevan muchísimo aparejo, y hace poco tiempo fué botado al agua en el Clyde, para una casa francesa, uno de acero, con 6.000 toneladas de desplazamiento y CINCO palos, sin más máquinas, ni más medio propulsor que la vela de nuestros mayores. Uno de éstos, persona sensata, si las hay, y aferrada como es de rigor, á todo lo tradicional é histórico, que suele ser fantástico también, se entusiasmó lo que no es decible con el submarino *Peral*, que nos iba á devolver ó haría polvo á Gibraltar, según decía, y fué á verlo á La Carraca, en la propia grada; pero se desencantó extraordinariamente al notar que no llevaba ningún palo ni una triste vela para un remedio: ya los llevará, le dijeron para tranquilizarle, y, en efecto, creemos que á estas horas estará ya más tranquilo.

En fin, y para terminar, porque debemos estar molidos ya con tanto palo: hoy los buques de guerra, dando un alto ejemplo que á todos nos conviene imitar, hacen lo posible y toman todo género de medidas para no llevar palos; pero procuran, á toda costa también, hallarse en disposición de darlos formidables al primero que se meta con ellos. Lo que nos interesa hacer á todos los nacidos en esta rudísima *struggle for the life* en la que estamos obligados á ser actores y en la que somos víctimas si nos descuidamos siquiera el canto de una peseta: todo el secreto para vencer en esa tremenda *lucha por la existencia* se reduce á esto:

Ofrecer poco blanco y pegar duro.

FEDERICO MONTALDO

EL CRIMEN DE LA CALLE DE LA HIEDRA

POR DON F. MORENO GODINO

El célebre crimen de la calle de Fuencarral, que tanto ha preocupado á toda España, me ha hecho recordar otro proceso que hubo en Madrid hace muchos años, cuyos detalles sé por un amigo mío, ya setentón, que intervino en las actuaciones como amanuense.

He aquí el relato de esta causa, que á haber acaecido en esta época, y dados los medios de publicidad actuales, hubiera tenido gran resonancia.

I

La calle de la Hiedra (hoy del Doctor Fourquet) está situada en uno de los extremos de Madrid, y colindante con las afueras. En el año de 1831 era todavía más destartalada que ahora, y sus escasos edificios estaban separados en algunos sitios por terrenos despoblados.

En el que hoy ocupa la casa señalada con el núm. 4, había en la época á que me refiero un casarón que sólo tenía dos pisos y dos guardillas. Una tienda á un lado del portal, que no estaba en medio de la fachada, y un chiribitil, especie de portería, constituían el piso bajo. La tienda servía de almacén de carbón y leña á un carbonero que tenía su despacho en la calle de Lavapiés, y siempre estaba cerrada. Componíase el piso principal de dos habitaciones. La de la izquierda estaba ocupada por un pasante de la Escuela Normal y su mujer, y la de la derecha por una señora viuda de un teniente coronel y su criada.

Los porteros (fenomenales en aquella época) eran un matrimonio viejo. El marido, algo achacoso, se pasaba casi todo el día en el chiribitil del portal. La mujer vendía por la tarde en la Plaza del Lavapiés, torrados, majuelas y demás comistrajos.

Dormían ambos en uno de los dos desvanes ó guardillas que había en el último piso de la casa.

Doña Carmen Ripalda, inquilina del cuarto principal de la derecha, era una señora habanera de cuarenta y tantos años de edad. Su difunto marido, el teniente coronel Galindo, habíase unido á ella en la Habana, dejándola viuda dos años antes, á su regreso de América. Esta señora habría sido bastante agraciada en sus mocedades, y ofrecía la particularidad de ser tan diminuta de cuerpo que parecía una niña de trece años. La criada de doña Carmen tenía veintiséis de edad, se llamaba Marta, era extremeña y su aspecto bonachón y humilde predisponía en su favor: sus facciones no ofrecían saliente alguno, si se exceptúa el vello bastante pronunciado que las cubría en las mejillas y sobre el labio superior.

II

Una mañana, cuando á las siete ó siete y media (porque corrían los primeros días de diciembre y amanecía tarde) bajó el portero del camaranchón donde dormía, hallóse á Marta en el portal, que exclamó con voz sobresaltada:

– ¡Gracias á Dios que baja V.!

– ¿Pues qué ocurre? – preguntó el portero.

– Una cosa muy extraña, que mi señora no ha vuelto á casa desde ayer que salió.

– ¡Que no ha vuelto! – dijo el portero admirado.

– No señor. Figúrese V. qué noche habré pasado. No he querido incomodar á Vds. ni á nadie, pero no sé qué hacer.

– ¿No le dijo su señora dónde iba?

– A visitas y luego á casa de su prima doña María.

– Pues estará allí.

– Eso es lo que voy á saber ahora mismo. No he querido ir antes, por si entretanto venía mi señora. Tenga usted las llaves del cuarto por si viene, que yo vuelvo al momento.

Fuése la criada á la calle de Santa Isabel, en donde habitaba una prima de su señora, llamada doña María. Esta no había visto á doña Carmen el día anterior, y experimentó la sorpresa y sobresalto consiguientes al oir el relato de la criada.

Puesto que hemos de saberlo después, suprimo ahora detalles. Doña María dijo á Marta:

– Vuelve á tu casa. Así que avíe el desayuno, iré yo, y si no ha parecido mi prima, veremos lo que hemos de hacer.

Volvió la criada á la calle de la Hiedra. Su ama no se había presentado. Media hora después llegó doña María. Marta estaba en el portal con el portero y la portera, que ya había bajado de su camaranchón.

Después de diversos pareceres, se convino en que doña María fuese á dos ó tres casas, cuyas familias estaban relacionadas con su prima, por si ésta se hallaba allí ó sabían de ella, y si en este tiempo no se averiguaba nada, se daría parte al alcalde de barrio.

Ya antes habían preguntado á los vecinos del cuarto principal: el pasante habíase ido al colegio; con su mujer no había medio de entenderse porque era sorda como una tapia.

En cuanto al almacén del piso bajo, estaba cerrado.

Volvió doña María. Sus pesquisas habían sido infructuosas: nadie sabía de la desaparecida señora.

Poco después llegó el marido de aquélla, y se encargó de pasar por casa del alcalde de barrio, á tiempo que iba al Ayuntamiento, en donde estaba empleado. El alcalde dió parte al comisario de policía del barrio, y éste al juez del distrito, que á las doce se presentó en la casa de la calle de la Hiedra acompañado de un escribano, un amanuense y tres alguaciles, porque entonces no había agentes ni guardias municipales.

El juez ordenó que nadie saliera de la casa y se encerró con doña María y la criada Marta en la habitación de doña Carmen.

Antes de reconocerla, y después de enterarse del nombre y estado de la señora que la habitaba, procedió á un interrogatorio.

III

– Cuente V. – dijo á la criada, examinándola con atención, – todo cuanto en el día de ayer hicieron su señora y usted.

– Pues lo mismo que todos los días, señor. Me levanté después de las siete, porque amanece tarde. Me fuí á la compra, dejando á mi señora en la cama, y llevándome la llave y picaporte. Volví á las ocho, dí el chocolate á mi señora, que lo tomó en la cama, y siguió en ella según costumbre. Hice mis faenas y preparé la comida, hasta que me llamó mi señora para ayudarla á vestir y peinar.

– ¿Su señora de V. se levanta tarde? – preguntó el juez.

– Al rededor de las diez.

– ¿Sale por las mañanas?

– A misa los días festivos, y algunos otros que no lo son.

– ¿Salió ayer?

– No señor.

– Continúe V.

– Después de peinar á mi señora, barrí y limpié las piezas interiores y mi alcoba, y después que mi señora salió á la sala, hice lo mismo con su gabinete y dormitorio...

– ¿Qué hizo entretanto su señora?

– Puso el brasero, que yo había encendido, junto á los cristales del balcón. Hizo parte del dobladillo de un pañuelo de seda, y luego leyó en un libro.

– ¿En cuál?

– Yo no sé cómo se llama; pero ahí está sobre la cómoda del gabinete.

El juez mandó al amanuense que le trajera el libro, miró el título: era, *Los Trabajos de Pérsiles y Segismunda.*

– Prosiga V., – dijo á Marta.

– Así se pasó la mañana. A la una, poco más ó menos, mandó la señora que la sirviera la comida. Comió en esa camilla, y luego yo lo hice en la cocina. Cuando supuso que había yo acabado de fregar, me llamó y me dijo que iba á salir á hacer algunas visitas, antes de que se metiese el tiempo en agua. La ayudé á vestirse...

– ¿Se puso algunas alhajas? – interrumpió el juez.

– Las de siempre. Unos pendientes de coral, que tenía puestos, una sortija con una piedra verde, y un reloj chiquito que lleva siempre cuando sale.

– ¿No suele usar otras?

– Algunas veces se pone además otra sortija y cambia de pendientes.

– Bueno, prosiga V.

– Salió mi señora, diciéndome que antes de anochecer *recalaría* en casa de su prima doña María, que está aquí presente, y que volvería á la hora de costumbre.

– ¿Cuál es esa hora?

– Las nueve, nueve y media ó diez menos cuarto: antes de que los porteros se suban á dormir.

– ¿A qué hora salió su señora de V.?

– Me parece que un poco antes de las tres...

El juez hizo subir al portero y le preguntó:

– ¿Vió V. salir á la señora inquilina de este cuarto, á las tres de la tarde, poco más ó menos?

– No señor.

– Pues cómo! ¿no estaba V. en la portería?

– Sí señor.

– ¿Y cómo no la vió V.?

– Puede que se me *escapase.* Mi mujer se había ido á vender á la *prazuela.* Yo estaba solo, muy acurrucado porque hacía mucho frío, y calentándome á un barreño de lumbre.

– Retírese V. – dijo el juez, y luego repuso dirigiéndose á Marta: – Siga V.



LUCHA POR LA EXISTENCIA, dibujo de A. Zick

– Se fué mi señora...

– ¿Y V. no salió á algún recado?

– No señor, no me moví de casa.

– ¿Vino alguien?

– No señor.

– Siga V.

– Hasta que fueron las diez ó cosa así estuve tranquila, pero después empecé á extrañar que no viniese mi señora. Los porteros cierran la puerta al anochecer, pero están abajo hasta las diez y abren á quien llama. Cuando supuse que se habían subido á dormir, preparé las llaves y estuve con cuidado para abrir á la señora...

– ¿Su señora de V. se retardaba algunas veces?

– Una sola noche vino cerca de las doce, pues según parece hubo enfermo en casa de esta señora...

– ¿Es cierto eso? – preguntó el juez á doña María.

– Sí señor, – contestó ésta. – Una noche, ya algo tarde, se puso malo mi marido, y mi prima no quiso retirarse hasta venir el médico que avisamos, y dejarnos tranquilos.

– Cuando su prima va á casa de V. ¿vuelve sola á la suya?

– No señor, pues aunque el trayecto es corto, como esta calle es tan retirada y oscura, siempre la acompaña mi marido ó mi hijo que tiene diez y siete años y mi criada.

– ¿Y esta noche pasada, no ha estado su prima de usted en su casa?

– No señor, no la he visto desde hace dos días.

– ¿Cómo no extrañó V. su ausencia?

– Porque mi prima no va todos los días á casa, ni tiene días fijos para ir.

– ¿Dónde vive V.?

– Calle de Santa Isabel, 43.

– ¿Suele ir gente á su casa de V. por las noches?

– No señor. Sólo algunas suelen bajar los vecinos del cuarto segundo: una señora con dos hijas.

– ¿Estuvieron anoche?

– Sí señor.

– ¿A qué hora?

– Desde anochecer hasta las nueve ó nueve y media.

– Siga V. contando, – dijo el juez á la criada.

—Pues como iba diciendo, – repuso ésta, – esperé á la señora, con el balcón entreabierto y abrigándome con un mantón. La cena estaba á la lumbre, pero yo no probé bocado ni me desnudé.

– ¿Se durmió V.?

– Creo que no, pero aunque me hubiera *traspuesto,* habría oído á mi señora.

– ¿Qué más?

– Que así pasó la noche...

– ¿Cómo, inquieta como estaba, no avisó V. á los vecinos ó porteros?

– No quise incomodar á nadie, suponiendo que todos se hallarían recogidos. Esperé al día; cuando entró bien, bajé al portal, que aun estaba cerrado, y me quedé en él á esperar al portero.

– ¿Y así que bajó le dió V. noticia de lo ocurrido?

– Sí señor, y luego fuí á casa de esta señora á preguntar por mi ama.

– Retírese V. á su cuarto.

IV

Marta salió de la sala.

El juez entonces preguntó á doña María:

– ¿Sabe V. cuánto tiempo hace que esa chica sirve á su prima de V.?

– Unos dos años, desde que Carmen vino de América.

– ¿Ha oído V. á su prima si estaba ó no satisfecha de su criada?

– Muy satisfecha, señor. Marta es hacendosa, honrada y fiel. Si peca por algo es por santurrona.

– ¿Cómo santurrona?

– Quiero decir que es algo beata. Siempre está hablando de cosas santas, y su cuarto está lleno de estampas de imágenes.

– ¿Es rica su prima de V.?

– No señor. Vive de su viudedad.

– Pero ¿se sabe si tiene algún dinero ó alhajas?

– Algo debe tener que trajo de América, pero no será mucho. En cuanto á alhajas, yo le he visto tres ó cuatro sortijas, una pulsera, y dos ó tres pares de pendientes. Además usa cubiertos de plata para comer.

– ¿Y V. no sospecha ó calcula el motivo de la ausencia de su prima?

– No señor. Esta mañana he estado en dos ó tres casas que Carmen suele visitar, y en ninguna me han dado razón de ella.

El juez se quedó pensativo.

Un alguacil vino á decirle que un caballero deseaba entrar. Era el marido de doña María.

El juez le hizo varias preguntas, á las que contestó acorde con ésta.

Iba anocheciendo. El magistrado mandó escribir estos interrogatorios, que se leyeron á los declarantes, los cua-



Fiesta en conmemoración del noveno aniversario de la fundación de la Escuela de Carlos en Stuttgart, en 14 de diciembre de 1779: primer encuentro de Schiller y Goethe
(De un cuadro al vivo dirigido por Gustavo Gaupp y reproducido fotográficamente por C. F. Schmid, fotógrafo de la corte en Stuttgart)

les los firmaron, excepto los porteros que no sabían hacerlo.

No quiso actuar de noche, y suspendió las diligencias hasta el día siguiente.

Se le ocurrió una idea y preguntó á doña María:

– ¿Sufría su prima de V. alguna contrariedad?

– Ninguna que yo sepa.

– ¿Está enferma, es de carácter triste?

– No señor. Goza de buena salud y su genio es chancero; tanto que á su criada suele llamarla Marta la Piadosa.

El juez desechó la idea de un suicidio de doña Carmen. Mandó á su prima que se retirara, y que al día siguiente, á las diez, compareciera en la casa. Estaba perplejo respecto á lo que había de hacer con la criada, dudando de su culpabilidad en atención á sus declaraciones; así es que adoptó un temperamento medio, siempre esperando que se presentase quizá la desaparecida señora. Ordenó, pues, que los tres alguaciles quedasen en la casa, reteniendo las llaves, que se encerrara á Marta en su cuarto, encargando á los porteros que le trajeran los alimentos que deseara, y tomadas estas determinaciones, salió el juez de la casa de la calle de la Hiedra.

Volvió al otro día á las diez. Doña María ya le esperaba en compañía de los porteros.

Excusado es decir que doña Carmen no había parecido ni nada se sabía de ella.

Poco después de llegar el juez, fueron presentándose algunas personas relacionadas con aquélla, que sabían la novedad por haber ido doña María á tomar informes á sus domicilios, pero tuvieron que retirarse, porque el magistrado dió orden de que nadie entrase en la casa.

Subió al cuarto principal, con doña María. Marta estaba encerrada en su dormitorio. No se había desnudado, y no había tomado más alimento que la cena preparada para la noche de la desaparición de su señora.

Hízola el juez presentarse. Estaba muy pálida, y al parecer con los ojos hinchados de llorar.

Su primera palabra fué preguntar por su señora.

Se procedió á un registro de la habitación. Era ésta de pocas piezas, pero bastante extensas.

Lo primero que se registró fué el cuarto de la criada, que era grande. Había allí, además de la cama y una percha con ropa de mujer, un cofre de regulares dimensiones.

– ¿Es de V. este baul? – preguntó el juez á Marta.

– Sí señor.

– Abrale V.

La criada sacó una llave del bolsillo del delantal y abrió el cofre.

Desde que llegó, el juez no había cesado de observar á Marta. La halló con el aspecto que la situación requería: afligida sin afectación.

Registrado el baul que contenía ropas y objetos propios de mujer, se encontró una caja de madera y en ella cuatro duros en plata y un ochentín con el sello de Carlos III.

(Continuará)

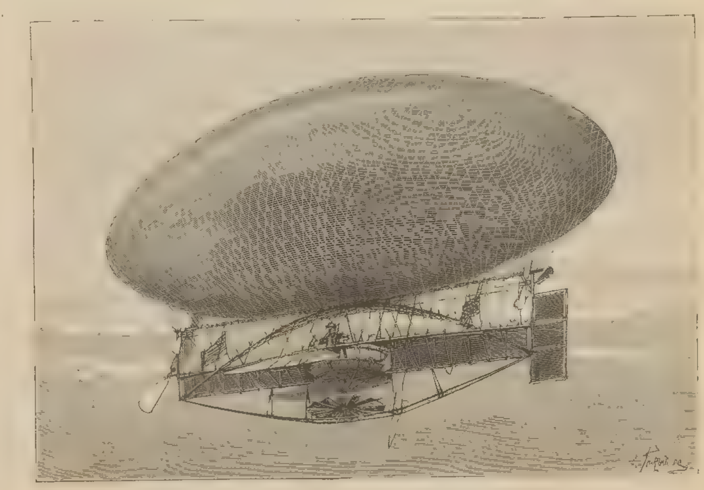
CRÓNICA CIENTÍFICA

AEROSTATO DIRIGIBLE DE M. C. CAMPBELL ELEVADO EN BROOKLIN (ESTADOS UNIDOS) Y PERDIDO EN ALTA MAR EN 10 DE JULIO DEL PRESENTE AÑO. – Desgraciado en extremo ha sido el éxito de una nueva tentativa hecha recientemente en Brooklin para resolver el problema de la navegación aérea.

Un ingeniero americano, Mr. Peter C. Campbell, construyó en el curso del presente año un aerostato dirigible por el mismo sistema de los que se han probado en Europa desde el globo de forma prolongada de Giffard (1852) hasta el *La France* que por vez primera volvió á su punto de partida en 1883. El aerostato de Mr. Campbell que representa nuestro grabado era de forma ovoide, llevaba en su parte inferior una barquilla prolongada é iba provisto de varios sistemas de hélices de los cuales sólo mencionaremos los dos más importantes, el de la proa que era vertical con dos paletas para la propulsión del globo y el del centro que era horizontal con muchas paletas para los movimientos de ascensión y descenso. Un timón rectangular funcionaba en la popa. El aerostato era de seda de China, sumamente ligero y de pequeño volumen, pues su longitud no excedía de 18 metros, se llenaba con gas del alumbrado y no podía elevar más que á un aeronauta: no llevaba motor mecánico sino que el aeronauta era el que debía hacer funcionar las hélices. Ahora bien; la potencia de un hombre no excede de 8 á 10 kilográmetros por segundo, de suerte que este motor humano era á todas luces insuficiente, cosa que debió preverse en tiempo oportuno.

Mr. Campbell confió el encargo de hacer el experimento de su sistema á un aeronauta ya conocido en los Estados Unidos, Mr. E. D. Hogan. El globo se elevó á las diez de la mañana en una fábrica de gas de Broocklin y al llegar á las regiones superiores el viento lo empujó hacia el Atlántico. Varios buques lo vieron por los aires en la dirección del Sud de *Long Island,* á las doce y media del día se le perdió de vista: dos capitanes de buque han dicho que en alta mar habían distinguido un globo á gran altura, pero después no se han tenido más noticias del aerostato dirigible ni de su infortunado piloto que seguramente habrá encontrado la muerte en las profundidades del Océano.

(De *La Nature*)



Aerostato dirigible de Mr. C. Campbell, elevado en Brooklin (Estados Unidos) y perdido en alta mar en 10 de julio del presente año.

BARCELONA.—IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

AÑO VIII — BARCELONA 23 DE SETIEMBRE DE 1889 — NÚM. 404

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



CRISTIÁN PABLO VAN BERRSTEYN retrato de Rembrandt (cedido al museo de Nueva York)

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

CRISTIÁN PABLO VAN BERRSTEYN,
retrato de Rembrandt

Grabado por Baude

Cuando se ha visto un cuadro del insigne pintor flamenco, es imposible confundir las obras del pincel de éste salidas con las de ningún otro artista ¡tanta y tan especial es la impresión que producen! En los retratos de Rembrandt no ha de buscarse la variedad de colores ni la riqueza de detalles, así de ornamentación como de indumentaria: modelos de sobriedad, de sencillez y de naturalidad, no hay en ellos nada que pueda distraer el ánimo del espectador y aun los mismos contrastes entre los tintes claros y los obscuros, casi negros, atraen con más fijeza la mirada y dejan indeleble recuerdo en la memoria del que los contempla.

El retrato que reproducimos y cuyo original ha sido ofrecido por un rico aficionado americano al Museo de Nueva York puede figurar entre los mejores pintados por el incomparable maestro, cuyos cuadros ocupan lugar preferente en los Museos de todo el mundo.

EN LA CASA MORTUORIA,
cuadro de Walter Firle

(Exposición Artística internacional de Munich 1888)

Cuando se expuso este cuadro en la Exposición Artística Internacional de Munich de 1888, los críticos alemanes opinaron á una que esta obra de un compatriota suyo era una de las que más brillantemente representaban en aquel certamen la nueva tendencia de la pintura alemana á buscar fuera de los antiguos y obscuros moldes la luz y la riqueza de colorido que por regla general faltaban en los lienzos de anteriores aunque recientes épocas.

Mas no creemos que sólo bajo este concepto excitara la admiración de todos el cuadro de Firle, pues por encima de las perfecciones técnicas aparecen en él la delicadeza de la concepción y el sentimiento de que toda la obra está impregnada: aquella pobre y limpia estancia bañada por el sol que penetra á través de grandes ventanas, aquel cadáver cubierto por transparente gasa y encerrado en modesto ataúd, aquellas figuras animadas por la curiosidad unas, otras por la tristeza y por cierto temeroso respeto todas, y sobre todo aquella madre que con nuestro Campoamor podría exclamar «¡Me ahoga el llanto!» tanto es el dolor que su actitud revela, y que no quiere separarse hasta el último momento de los inanimados restos de su hija, son, en nuestro concepto, detalles muy superiores á las excelencias de ejecución que, con ser muchas, quedan obscurecidas por las bellezas que emanan del sentimiento.

EN LOS ARENALES DE JONA,
cuadro de J. Clarke Hook

Setenta años va á cumplir el ilustre pintor inglés Clarke Hook que á los veintiséis ganaba su primera medalla de oro en la Real Academia de Londres y á los cuarenta y uno era por unanimidad nombrado individuo de ésta.

Difícil sería enumerar los infinitos cuadros que su pincel ha producido é imposible hacer la lista de los dibujos y croquis que su lápiz ha trazado. Su carrera artística en la que los triunfos se suceden con increíble rapidez, puede dividirse en cuatro períodos perfectamente distintos: en el primero, sus cuadros no se apartan de la escuela inglesa y acusan la influencia de su maestro, el insigne Hilton; en el segundo, que coincide con su excursión por Italia (1846 á 1848), el estudio de los grandes maestros Fra Angelico, Ghirlandopo, Ticiano, Tintoreto, Palma Vechio y sobre todo Carpaccio y Manzueti le hace entrar de lleno en la escuela italiana y entonces salen de su pincel sus obras verdaderamente grandiosas de asuntos casi siempre románticos tomados de la historia de la Edad media italiana; en el tercero, que empieza en 1853, vuelve á sus antiguas aficiones, á los temas ingleses, pero los desarrolla con arreglo al género de la pintura que aprendió en Italia; y en el cuarto una larga permanencia en el campo, á donde fué á vivir en 1857, le identifica de tal manera con la naturaleza, de tal suerte le hace adorables las bellezas de que ésta es fuente inagotable que abandonando el género histórico se consagra exclusivamente á pintar escenas campestres ó episodios de la vida de mar: hoy por hoy, retirado en su magnífica quinta *Silverbeck*, son sus tipos favoritos los labradores y los pescadores y sus lugares predilectos las campiñas y las playas.

A este último período corresponde el cuadro que reproducimos y en el cual no sabemos qué admirar más, si el delicioso grupo del primer término formado por delicadas figuras ó la inmensa superficie de agua que le sirve de fondo y que nos presenta en toda su grandiosidad la naturaleza característica del grupo de las Hébridas de que forma parte la isla de Jona.

DAMA DE LA ÉPOCA DEL DIRECTORIO,
cuadro de Francisco Masriera

La distinción y la elegancia son indudablemente las notas características de la inmensa mayoría de las obras de Francisco Masriera: examínense sus retratos, sus odaliscas, sus tipos de fantasía, sus figuras todas, en una palabra, y casi en ninguna de ellas se encontrará la menor nota discordante que empañe el tinte de buen tono que en tales lienzos campea.

La *Dama de la época del Directorio* dibujada con extrema delicadeza y pintada con singular maestría constituye una nueva prueba en pro de nuestro aserto: su rostro más que hermoso es distinguido, su cuerpo más que esbelto es elegante y la actitud que guarda, las telas que viste y el tapiz sobre que destaca su figura más que otra cosa acusan cierto no sé qué aristocrático que cautiva.

¿Hemos de decir que además de estas bellezas tiene el cuadro de Masriera un colorido brillante, rico y simpático? Es tan natural en este artista el perfecto conocimiento del arte de combinar y aplicar los colores que basta indicar que una obra es suya para que se sobreentienda que como pintura nada deja que desear.

LA NIÑA TERCA, cuadro de Bouguereau

(Exposición Universal de París)

En una sola palabra se han resumido las cualidades que adornan á Mr. Bouguereau: la perfección. La obra más insignificante de este maestro concienzudo é irreprochable ofrece tales encantos que es preciso convenir en la justicia del calificativo de perfecto que se le ha dado y que sólo quieren negarle desdeñosamente aquellos á quienes ciega el despecho de no poderse parecer á él.

La niña terca es una escena íntima tomada de la realidad y fijada con tanta sinceridad como arte: quizás pudiera reprocharse al pintor el haber impreso un sello demasiado elegante en esas dos muchachas campesinas; quizás alguien diga que la pureza de líneas del rostro de la hermana mayor que intenta hacer sonreir á su hermanita y decidirla á acometer una tarea que no es de su gusto, y que la delicada carita de la testaruda niña que no quiere dejarse convencer con halagos y caricias como antes no quiso ceder á las amenazas y á los castigos, quizás alguien diga – decimos – que aquella pureza de líneas y esta delicadeza no son precisamente lo que más abunda en los campos y en las chozas de humildes labradores; pero después de todo ¿qué importa? ¿Por ventura no es propio del artista idealizar sus modelos? Y siendo esto así ¿puede censurarse á Bouguereau porque nos muestra al través de un prisma encantador lo que su inspiración le dicta, sobre todo si al hacerlo crea una realidad seductora?

LOS FUNERALES DE BRITANICO
cuadro de J. Mazzioli (grabado por Cantagalli)

Los funerales del infortunado hijo de Claudio y de Messalina envenenado por Nerón en el año 56 de la era cristiana han inspirado á Mazzioli su mejor cuadro que es, á la vez, uno de los más notables de la escuela italiana histórica moderna. Desde la galería del palacio de los Césares de Roma dos mujeres contemplan el entierro de Británico que en confuso tropel desciende por la escalera del fondo iluminado por innumerables antorchas cuyas rojizas llamas azota el viento: Octavia, la más joven, esposa de Nerón, procura ocultar el dolor que en ella produce la vista del cadáver de su hermano; Domicia, tía materna de Nerón y mortal enemiga de Agripina, apenas puede disimular la satisfacción que siente al ver inutilizado al infeliz mancebo á quien ésta quería hacer servir de instrumento para sus ambiciosos planes contra su propio hijo, el emperador.

Esta obra que retrata gráficamente el efecto que produjo en la corte de Nerón el triste fin de Británico, obtuvo un éxito asombroso en la Exposición de Bolonia de 1888 en donde no cesaron de admirarse la exactitud de sus detalles arquitectónicos, el movimiento y expresión de sus figuras y la verdad y fuerza de su colorido.

Juan Mazzioli, que sólo cuenta treinta y cinco años, es profesor honorario de las Academias de Módena, de Florencia y Turín, posee una instrucción vasta y una sólida educación artística, concibe con facilidad y ejecuta con espontaneidad suma, cualidades que explican por qué pinta tanto y por qué son tan estimadas sus obras así en Italia como en el extranjero.

NICOLAS ALEXANDROVITCH, GRAN DUQUE HEREDERO DE RUSIA

El primogénito del Czar Alejandro III nació en San Petersburgo en 18 de mayo de 1868, es atamán de todos los cosacos de Rusia (título que lleva el heredero del gran Imperio moscovita), jefe del regimiento de guardia de Volynia, del de infantería de Moscou, propietario del regimiento austriaco de hulanos núm. 5, jefe del regimiento prusiano de húsares de Westfalia, etc., etc.

A pesar de todas estas jefaturas carece hasta el presente de historia militar, pero por desgracia para Europa no está, según todas las probabilidades, lejano el día en que podrá demostrar sus cualidades como guerrero, sólo manifestadas hasta ahora en revistas y maniobras.

EL CRIMEN DE LA CALLE DE LA HIEDRA

(Conclusión)

– ¿Es de V. este dinero? – dijo el juez.

– Sí, señor. Son mis ahorros.

En este momento el amanuense que acompañaba á aquél, presentóle una punta de cigarro hallada en el suelo.

– ¿De quién era este cigarro? – volvió á preguntar el juez á la criada.

– Mío, señor, – contestó ésta bajando la cabeza.

– ¿Fuma V.?

– Sí señor, algún cigarrillo en mi cuarto. La señora me ha pegado esta debilidad.

– ¿Fuma su prima de V.? – dijo el juez á doña María, que estaba presente.

– Sí señor, como buena americana.

V

Desde el cuarto de la criada pasaron al gabinete. Había allí una sillería, un espejo grande y una cómoda, de cuyos tres cajones, sólo el superior estaba cerrado con llave. Registraron minuciosamente los abiertos, hallando sólo cintas, abanicos, y adornos propios de señora.

– ¿Tiene V. ó sabe de la llave de este cajón cerrado? – preguntó el juez á Marta.

– No señor, debe habérsela llevado el ama, como acostumbra.

El juez hizo descerrajar el cajón. Encontróse allí en un lado un legajo de papeles, que entre otros contenía la fe de bautismo de doña Carmen Ripalda, la fe de defunción de su marido, y su padrón de vecindad. En el otro lado había una cajita con dos sortijas de escaso valor, una pulsera muy sencilla de oro, y unos pendientes, también de oro, metidos en su estuche. Además, en un saquito de piel se hallaron 340 reales en oro y alguna plata.

– ¿Son éstas todas las joyas de su señora de V.? – dijo el juez á Marta, que presenciaba el registro.

– Yo no he visto otras, sin contar las que mi ama llevaba ayer puestas.

– ¿Cuáles eran?

– Unos pendientes de oro con una piedra cada uno, un brazalete, dos sortijas, y un reloj chiquito con su cadena.

– Pues á mí me parece – observó doña María – que mi prima debía tener algunas alhajas más.

– Yo no las he visto, – repitió la criada.

Del gabinete pasaron á la sala. En ésta no había ningún mueble cerrado.

Entraron en una pieza grande, situada á un lado del pasillo. Había allí un armario con la llave puesta, que tenía tres tablas arriba y dos cajones abajo, que no estaban cerrados con llave.

Registráronlo todo, no hallando más que ropas de cama, chambras, pañuelos, dos vestidos de seda tendidos en las tablas y algunos objetos insignificantes.

Pendientes de dos perchas, había otros vestidos y pañuelos de abrigo.

En un rincón de la pieza encontraron un cofre grande chapeado de metal, como los que se usan para viajes marítimos. Estaba cerrado, y no dando razón la criada de la llave, se descerrajó. Encontraron en él un uniforme de teniente coronel de infantería y varios legajos de papeles, pero nada más.

– Según afirma esta señora, – dijo el juez indicando á doña María y dirigiéndose á Marta, – su ama de V. usa cubiertos de plata para comer.

– Sí señor.

– ¿Dónde están?

– Pues deberán estar en el cajón de la mesa de la cocina.

Efectivamente, en el sitio indicado encontraron seis cubiertos de plata y un cucharón.

– Creo que mi prima debía tener, por lo menos, una docena de cubiertos.

– ¿Qué dice V. á esto? – preguntó el juez á la criada.

– Que yo no he visto nada más que los que están ahí.

Omito detalles. Se hizo un escrupuloso registro de la casa, y no se halló nada de particular ni de sospechoso. Todo estaba en orden.

– Señor juez, – dijo doña María, – echo también de menos dos retratos en miniatura con marco de oro, uno que representaba á mi prima, y el otro á su difunto esposo el coronel Galindo.

– ¿Ha visto V. esos retratos? – dijo el magistrado á la criada.

– El de mi señora le he visto hace mucho tiempo porque ella me lo enseñó.

– ¿Y el otro?

– Nunca, señor.

VI

Iba ya cayendo la tarde.

El juez dió por terminado el registro, y se sentó en un sofá de la sala, á reflexionar.

Primeramente había sospechado, como es natural, de la criada y de doña María; pero eran tan terminantes y precisas las declaraciones de ambas, que el magistrado se inclinaba á creer en la inocencia de las dos.

Doña Carmen podía haber sido víctima de una agresión ó de un lazo; las condiciones del Madrid de aquel tiempo se prestaban á ello; pero ¿cómo, cuándo? Esta suposición no era verosímil, supuesto que la señora desaparecida había salido de día y por las calles de Madrid, y tenía costumbre de volver á su casa ó ir á la de su prima, antes de ser de noche. Además, la policía, aunque escasa y deficiente en aquellos tiempos, estaba advertida, y en cerca de dos días nada había descubierto.

La idea de un suicidio era inverosímil y más la de una fuga ó viaje repentino.

En la casa no había robo aparente, supuesto que se encontró todo en orden y además alhajas y dinero.

La criada tenía buenos antecedentes y un aspecto que alejaba las sospechas.

Pero lo cierto era que una mujer había desaparecido.

El juez estaba preocupado, y fiándolo todo al tiempo, hizo lo que todos los jueces. Necesitaba una base, buena ó mala, para descubrir el crimen (si lo había) y determinó reducir á prisión á la criada.

Cuando la notificó esta resolución, Marta, protestando de su inocencia, puso el grito en el cielo, como suele decirse. El juez, aunque dándola á entender que se inclinaba á creer en su inculpabilidad, se sostuvo en su resolución.

Llevóse las llaves de la casa, selló la puerta, y siendo ya de noche, hizo que condujesen á la criada á la cárcel de mujeres, dejándola incomunicada.

Excitó el celo de la policía, libró exhortos á todas las cabezas judiciales de partido, y en fin puso en juego todos los escasos recursos de investigación de aquellos tiempos.

Pero los días pasaban y nada se descubría. Marta se sostenía siempre en su primera declaración, y las de los amigos y relaciones de doña Carmen no arrojaban ninguna luz.

El magistrado estaba perplejo y admirado. Nunca había tropezado con un suceso semejante. Cuando en un crimen, por muy misterioso que sea, hay víctima ó víctimas, y aunque no se identifiquen las personas agredidas, el reconocimiento de los cadáveres, y las condiciones de la muerte, dan algunos indicios; pero es el caso que allí ni aun se sabía si había crimen.

Como es consiguiente, investigáronse los hospitales y casas de asilo, en la suposición de una enfermedad repen-

tina de doña Carmen, así como también las casas de dementes.

Pero nada se averiguó; parecía como que á aquella señora se la había tragado la tierra.

Aquella esfinge irritaba al juez.

Transcurrieron dos meses. Se cerró el sumario de la causa *pro fórmula*, porque sólo se sabía lo mismo que el primer día.

Marta, que hacía tiempo estaba en comunicación, era una presa ejemplar. Tranquila y resignada, aunque no enteramente buena de salud, se hacía notar por la asiduidad con que cumplía los preceptos de la religión.

Recibía algunas cartas que leía el alcaide de la cárcel. Todas eran procedentes de Badajoz y en ellas una tía suya la daba consuelos y la aconsejaba la resignación, y sin duda para distraerla, la hablaba de los acontecimientos de la localidad: un pariente que había muerto, una amiga que se casaba, la ausencia ó regreso de alguna persona. En una de ellas decía:

«Diego, el hijo de la tía Petrona, ha venido. Ha comprado un cajón de quincalla, y vende por los pueblos inmediatos.»

En otra de las últimas decía también:

«Diego, aburrido de sólo sacar para mal comer, se ha enganchado en una empresa, que lleva gente á Buenos-Aires. Ayer salió de aquí, despidiéndose de todos.»

Desde que Marta recibió esta carta varió de aspecto. Perdió su tranquilidad y á veces tenía crisis nerviosas. Una enfermedad del corazón de que padecía, fuese agravando, y tuvo que ser trasladada á la sala de enfermas.

Pasados ocho ó diez días, mostró deseos de ver al juez que había actuado en la causa de la calle de la Hiedra, y de buenas á primeras, le dijo:

«Señor juez, he perdido toda esperanza. La conciencia me mata. Voy á confesarlo todo.»

A consecuencia de esta confesión, abrióse de nuevo el proceso que estaba casi archivado; pero cuando comenzaban sus trabajos el fiscal y el abogado defensor nombrado á Marta, murió ésta repentinamente de la rotura de un aneurisma.

Ahora, he aquí el relato de la confesión que Marta hizo al juez, ampliado con las deducciones consiguientes.



EN LA CASA MORTUORIA, cuadro de Walter Firle (*Exposición Artística Internacional de Munich* 1888)

VII

Antes de salir de Badajoz, lugar de su nacimiento, para venir á Madrid, Marta había tenido amoríos con un mozo llamado Diego. Era éste, según se deduce, holgazán y aventurero, y después de haber servido en la milicia provincial, y luego en la Isla de Cuba, hallábase en Madrid reducido á la mayor miseria. La casualidad que á veces es también la fatalidad, hizo que Diego encontrase á Marta, una mañana en que ésta hacía la compra diaria. Había servido aquél en Ultramar en el mismo cuerpo que el difunto coronel Galindo, y sabía que doña Carmen Ripalda al casarse con éste, le aportó un mediano dote, y esto sin duda le sirvió de base para suponer que el ama de Marta debía tener algún dinero, y fué como el embrión del proyecto que después llevó á cabo.

Fingió que el amor que había sentido por Marta en su primera juventud, renació en él al verla, y aquélla, crédula como la mayor parte de las mujeres, dejóse engañar, con más facilidad por cuanto Diego era un guapo y arrogante mocetón de 36 años de edad.

Es de suponer lo que sucedió. Cuando Diego estuvo seguro de la pasión que inspiraba á su antigua novia, fué labrando en ella y familiarizándola con el golpe de mano que fraguaba. No hay conciencia de mujer enamorada que resista á esta prueba, y la de Marta dejóse vencer.

Maduraron su proyecto, por el cual se comprende que Diego tenía una inteligencia superior para el mal.

Una noche, á las altas horas, cuando todos estaban recogidos en la casa de la calle de la Hiedra, la criada abrió sigilosamente la puerta á su amante, provisto de cuanto era necesario para el logro de su objeto.

Diego y Marta sorprendieron á doña Carmen dormida en su cama, y la estrangularon.

Seguramente, para robarla no hubieran tenido necesidad de llegar á tal violencia, pero Diego era previsor, y como en aquella época la fuga era más difícil que ahora, por la carencia que entonces había de medios de locomoción, quiso asegurar la impunidad, y optó por las resoluciones extremas.

En el resto del día, ambos cómplices se entregaron á detalles que horrorizan y admiran por lo bien pensados. Ya sabemos que la desdichada señora era enjuta de carnes y de exigua estatura; pero sin embargo, Diego la serró las piernas por la parte de las rodillas, á fin de poder doblárselas con el propósito que sabremos después. En esta operación procuraron derramar la menos sangre posible, que recogida en un barreño, y mezclada en porciones en varias vasijas, con grandes cantidades de agua, fué vertida por el albañal del común, sin dejar rastros de coloración.

La noche anterior Diego había ido á la casa del crimen, vestido con una blusa sobre la chaqueta y con un pantalón de lienzo blanco sobre el suyo de pana. Con este traje parecía un mozo de tahona, de los que reparten pan al rayar el día. Llevaba puesto un pañuelo á la cabeza y



EN LOS ARENALES DE JONA, cuadro de J. Clarke Hook, propiedad de sir John Pender



DAMA DE LA ÉPOCA DEL DIRECTORIO cuadro de Francisco Masriera.

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS DE 1889



LA NIÑA TERCA, cuadro de Bouguereau grabado por Baude

sobre ésta un serón grande, como los que se usan para llevar pan, medio lleno de serrín y tapado con una manta.

Doblaron las piernas de doña Carmen y envolvieron sus restos en un gran paño de estameña, con la idea que luego se aclarará. Hecho esto, colocáronla en el serón, cubriéndola después con una capa de serrín, para el caso improbable de que alguno apartase la manta con que debía ir cubierto aquél. El serón fué colocado debajo de la cama de la criada hasta el momento de sacarle.

Hecho esto procedieron al robo, teniendo cuidado de hacer el menor ruido posible, aunque esta precaución era casi inútil, puesto que los porteros estaban en el piso bajo, y en el único cuarto habitado, que era el principal de la izquierda, el marido estaba fuera todo el día y la mujer era muy sorda.

Doña Carmen sólo tenía cerrado el primer cajón de la cómoda, cuya llave encontraron en el bolsillo del vestido que tenía puesto la desgraciada señora. En el cajón hallaron varias alhajas y la llave del cofre grande de que ya se ha hablado. En éste encontraron también cerca de mil duros en onzas y medias onzas de Carlos III y Carlos IV, repartidas en cuatro bolsas de lona; y media docena de cubiertos de plata sin estrenar.

Diego, que lo había previsto todo, hizo varios paquetes de las monedas de oro, y los colocó en un cinto-bolsillo, para poder ceñírselo al cuerpo. Empaquetó también los cubiertos, de dos en dos, hizo lo mismo con las alhajas de más precio, que eran una cruz de brillantes, un brazalete con un diamante grueso, y dos sortijas de bastante valor. Dejó las joyas de menos valía para disimular el robo, así como también parte de una cantidad en plata suelta, que había en el cajón de la cómoda.

El objeto era desorientar á la justicia, y Diego por esto resistió á su codicia que le impulsaba á llevárselo todo. Tenía además necesidad de dar garantías á Marta, que difícilmente se resignaba á quedarse en la casa. Tenía absoluta confianza en ella, y necesitaba un cebo que arrojar á la justicia mientras él se ponía en salvo.

Del dinero robado sólo la dejó ciento sesenta reales, á fin de no excitar sospechas.

Había dicho á su cómplice:

«Si huimos los dos, seremos seguramente cogidos. Quedándote tú, como nada podrá descubrirse, sufrirás algunos meses de cárcel, y no tendrán más remedio que ponerte en libertad, por falta de pruebas. Yo te aguardo en Badajoz, y allí nos casaremos y seremos felices.»

Los amantes asesinos esperaron á las altas horas de la noche. Diego tuvo la bárbara tranquilidad de saborearse con la comida destinada á doña Carmen. Hora y media antes de amanecer hizo aquél sus preparativos.

Ciñóse el cinto con el dinero, repartió los paquetes de alhajas y cubiertos en los bolsillos de la chaqueta y pantalón. Púsose uno blanco encima, así como también una blusa, cargó con el serón en que estaban los restos de la infeliz señora, y abierta por Marta la puerta de la calle, salió á ésta, después de cerciorarse de que no andaba por allí, alguno de los escasos serenos que entonces había. En aquel traje de repartidor de pan no podía ser sospechoso.

Salió de la calle de la Hiedra por un rompimiento que había (y hay) que da á la Ronda del Casino, llegó á una alcantarilla honda y oscura situada al pie del cerro en donde está el arrabal de Atocha, y allí arrojó los restos de la señora asesinada, que como sabemos, estaban envueltos en un paño de estameña, para que se confundieran con el oscuro suelo de la alcantarilla. Lejos de aquel sitio, hizo pedazos el serón, desparciéndolos á trozos por distintos terrenos, y hecho esto se volvió á su casa, que la tenía en la calle del Gobernador.

Vivía en un cuartucho en compañía de un barrendero y su hijo, que también tenía este oficio, y como ambos estaban ausentes todo el día, Diego usaba una llave para entrar y salir. El día anterior se había despedido de ellos diciéndoles que estaba enganchado para Ultramar. Seguro de que la habitación estaba sola, volvió á salir, compró un cofre grande, llevólo á su vivienda, hizo el equipaje, fué á pagar un asiento de galera, que había dejado apalabrado, á la calle de la Aduana, y á las ocho y media de la mañana salía de Madrid para Badajoz.

Será superfluo advertir que había dado á Marta las más minuciosas instrucciones, respecto á lo que debía hacer y declarar.

Ya en Badajoz, compró un cajón de buhonero, y hacía frecuentes entradas en el fronterizo Reino de Portugal. Es de suponer que allí vendiese las alhajas robadas, al mismo tiempo que la bisutería que llevaba.

Así que pudo, y para mayor seguridad, se despidió casi repentinamente de las personas á quienes trataba más íntimamente, diciéndoles que se iba enganchado á la América del Sur; pero su viaje fué á la Isla de Cuba, con propósito, en caso de peligro, de pasar á los Estados Unidos.

Estos detalles últimos se han sabido por el mismo Diego; pues quizá providencialmente, los dos factores de tan horrendo delito, murieron prematuramente. Aquel desalmado, riñendo en Matanzas con un mulato, recibió una herida de cuyas resultas sucumbió á los dos meses. En sus últimos días se espontaneó con un paisano suyo, primo del entonces amanuense de curia, que me ha referido el relato que acabo de hacer.

Tal fué el crimen de la calle de la Hiedra, tal vez el mejor concebido y perpetrado de cuantos ha habido. Tuvo gran resonancia entre la gente de curia, pero por su rápido desenlace, apenas trascendió al público.

F. Moreno Godino

EL NIETECITO

CUENTO INCLUSERO

Unos nacen con estrella y otros nacen estrellados, – dijo un poeta de segundo orden á mediados del siglo XVIII: y axioma tan vulgar y verdad tan de á folio, puede aplicarse, lo mismo que á los hombres, á todos los productos del ingenio humano. Cuadros, novelas, estatuas, dramas, óperas y cuentos, pueden tener en sí mismos méritos suficientes para alcanzar del público favor y aplausos, pero no á todos acompaña la misma *fuerza del sino*, la misma estrella, las mismas condiciones de brillo y esplendor. Hay obras artísticas ó literarias, que desde su *gestación* en el cerebro que las crea, se ven arrulladas por el céfiro de la publicidad, esperadas con anhelo por la impaciencia pública, juzgadas *á priori* con benevolencia adivinatoria; hay obras artísticas, que aparecen por primera vez al público, en lujoso salón aristocrático, entre perlas y brillantes, princesas y embajadores; hay comedias afortunadas, cuyos intérpretes arrebatan, y cuya *mise en scene* asombra y cautiva; y hay al mismo tiempo, obras que nacen muertas, sea el que quiera su mérito intrínseco, por la pobreza de la exhibición, por la nulidad del *medio ambiente* en que aparecen, por la miseria de que se ven rodeadas. Escríbase hoy un *zorcico* para que lo cante Gayarre, y el tal *zorcico* dará la vuelta al mundo civilizado entre lluvia de flores, atronadores aplausos y vítores sin cuento. Y el *zorcico* será precioso, característico, ideal, único... ¡Cuántos y cuántos millares de *zorcicos*, tan ideales y tan característicos como el afortunado, rodarán oscurecidos por las montañas *euskaras*, fraseados torpemente por las gargantas vulgares de amas en casa de los padres y quintos de caballería!

Canten la ópera nueva *I pescatori di perle* los artistas de la compañía de los Jardines del *Buen Retiro* de Madrid, y se oirán los silbidos y las pateaduras desde la plaza de Oriente.

Si cualquiera de los admirables lienzos que asombran hoy con justicia, en los muros de San Francisco el Grande, hubiera sido comprado por el Ayuntamiento de Ocaña para adornar la capilla de San Pascasio, allí moriría entre los ojos ignorantes de los ocañenses destripaterrones.

Unos nacen con estrella
y otros nacen estrellados

Y lo mismo puede decirse de las novelas; y lo mismo de los cuentos. No aludimos á esas obras, admiración perpetua *per se*, de pueblos y edades. No puede hacer pañales más pobres ni *decoración* tipográfica más asquerosa que la primera edición del *Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, obra, después de muerto su autor sobre todo, la más leída, la más admirada, la más reproducida por la imprenta, por el pincel, por el buril, de cuantas ha producido el ingenio humano. Pero de esas obras, hay una *lo más* en cada nación. Excepto esa *obra única* de cada país, sin contar los países que no tienen ninguna, todas las demás sufren la suerte ó la desgracia de su cuna.

¡Cuentos! Expresión literaria la más vulgar del arte de escribir. ¡Cuántos serían, no sólo no aplaudidos, sino perpetuamente ignorados, á no tener por padres ilustres á *Bocaccio*, á *Hoffman*, á *Lafontaine* ó á *Edgard Poe!* Y ¡cuántos y cuántos yacen ocultos, anónimos, condenados á oscuridad perpetua, encerrando bellezas intrínsecas, lecciones profundas, chistes inimitables y verdadera sabiduría! De entre estos he escogido hoy uno al azar, corto, sencillo, tierno y filosófico.

¿Dónde ha nacido? ¿Qué sé yo! – ¿Quién me le ha contado? ¡Vaya V. á saberlo! – ¿De quién es? Mío, tuyo, suyo! de todo el mundo. Precisemos algo más. – ¿En qué país pasa la acción? Aquí, allí, en cualquier parte. – ¿Quiénes son los que en él intervienen? Yo, tú, aquel, nosotros, vosotros, aquellos.

No se cansen mis lectores en averiguaciones. Es un cuento sin patria, sin nacionalidad, sin autor, sin aparato escénico; sin ambiente, sin auras ni brisas; sin nombre y sin nombres. ¿Es un símbolo? ¡Puede! ¿Es un *sucedido?* Acaso. Lo que es indudablemente es... un cuento inclusero. Y va de cuento.

– Hijos míos, – decía á su hijo y á su nuera, recién casados, un pobre anciano, – he aquí cuanto poseo; tomadlo para que podáis atender mejor á vuestras obligaciones; yo ya no tengo fuerzas para trabajar, y ese dinero me es inútil. No tengo necesidades, y para los pocos días que he de vivir, con pan y tranquilidad tengo bastante. Ambas cosas las tendré si queréis darme un sitio en vuestra mesa y otro en vuestro hogar. Así moriré contento; – y tendió los brazos á sus hijos que se arrojaron en ellos llorando.

– Sí, padre mío, – le dijo el hijo; – siempre viviréis con nosotros.

– Sí, – continuó la esposa, – ambos nos disputaremos la dicha de serviros. ¡Qué dichosos seremos en vivir los tres juntos! Siempre contentos el uno del otro; siempre de acuerdo.

El anciano al escuchar tan dulces palabras, estrechó á sus hijos contra su corazón y se oyó un inefable concierto, en el que se confundieron los juramentos más sagrados y las más santas promesas.

En el primer año, nada vino á turbar la unión, tan piadosamente jurada. El marido estaba siempre ocupándose de su padre, y la mujer no escaseaba los cuidados que había jurado prodigar al anciano. Nada había hecho aún entibiar el fuego que hacía mirar á los hijos como una felicidad, lo que luego mirarían quizá como un deber, y más tarde como una carga.

El matrimonio á los dos años tuvo un hijo, y nadie le recibió con más alegría que el anciano. Los abuelos quieren tanto á sus nietos! La debilidad de los seres cercanos al sepulcro, simpatiza tanto con la de los seres que acaban de nacer! Hay una inteligencia tan íntima entre la vejez y la infancia, estos dos crepúsculos de la existencia!

La mayor felicidad del abuelo era tener al nieto en sus brazos; mecerle para que se durmiera, y espiar sus dulces sonrisas al despertarse. El buen anciano iba contando por todas partes lo que le hacía tan feliz; necesitaba especificar á todo el mundo las gracias del chiquitín, y recitar á cuantos entraban en casa, las palabras que le había entendido; y se pasmaba de ver que no todos participaban de su alegría, y que entre los vecinos, había algunos, que, testigos de su alegría, parecían compadecerle, y se apartaban de él, volviendo desdeñosamente la cabeza.

Y es, que los buenos vecinos, cuya conducta sorprendió tanto al abuelo, habían reparado en la familia, desde el día del nacimiento del niño, un cambio que él no había advertido, absorto por el único pensamiento de su nueva dicha. No faltó alguna comadre que peroró largamente, sobre cierta variación en la conducta de la mujer para con el padre de su marido, concluyendo de este modo sus reflexiones:

– El pobre hombre, distraído con las gracias infantiles de su nieto, no echa de ver aún el abandono en que yace. ¡Dios quiera que permanezca mucho tiempo en su error y no se aperciba jamás de la indiferencia con que sus hijos empiezan á pagar sus bondades!

Lo que decían era verdad. La nuera, como afirmaban los vecinos, había transformado, de repente, su ternura; de la inmensa parte de amor que daba á su hijo, no la quedaba nada para el abuelo; sin duda su corazón no era bastante grande para encerrar con el cariño maternal, una pequeña parte de su antigua amistad filial.

El hijo, á quien sus negocios tenían fuera de casa, excepto á las horas de comer, no se inquietaba de los cuidados que reclamaba la vejez de su padre. Por la noche, en lugar de hacer, como antes, al anciano, una piadosa lectura, y preparar su espíritu á la oración, cogía al niño sobre sus rodillas, y se pasaba las horas haciéndole reir y bailar. Y entonces, únicamente, sentía el buen viejo, apoderarse la tristeza de su alma; separarle del niño á quien tanto quería, era hacerle sentir el dolor de su aislamiento.

Más tarde, cuando creció el niño y tuvo bastante fuerza para correr y jugar con los de la vecindad, el anciano se quedó cada vez más solo y desconsolado; su felicidad desaparecía, siempre que su nieto pasaba por delante del dintel de la casa, y como su nuera, que se había olvidado tan pronto de los cuidados que antes le prodigaba, no venía á consolarle en su abandono, no le quedaba más recurso, que meditar solo y lleno de tristeza, en los disgustos de su vejez.

– Sí, – decía para sí dando un suspiro; – mi hijo y su mujer, no son ya tan buenos para conmigo: apenas veo, y ni el uno ni la otra me tienden el brazo para sostenerme ni guiarme, dejándome andar á tientas en mi soledad. Estoy sordo, y se impacientan cuando no los oigo, ó no les contesto al instante: quizá – añadió con el acento de la más profunda tristeza – se rían de mis males y se burlen de mí, cuando yo no pueda verlos ni oirlos.

Con este último pensamiento, de la indiferencia de sus hijos, justificada por completo, el anciano se sintió agobiado; y cuando llegó la hora de comer, le dominaba de tal modo este cruel pensamiento, que se sentó á la mesa temblando. Creyó que todos sus movimientos eran espiados por para criticarlos, y entonces sus manos temblaron más, y el temor de cometer una torpeza, que sirviese de pretexto á burlas irónicas dadas á sus movimientos, pesados por la debilidad de la edad, dió á éstos la torpeza que él tanto temía. La cuchara vacilaba entre sus manos, como si estuvieran convulsivamente agitadas por un estremecimiento nervioso, y cada vez que la llevaba á sus labios, dejaba caer, sin notarlo, un poco de caldo que se extendía sobre el mantel. La joven se lo advirtió, y el anciano á pesar de su poca vista, la vió expresar su disgusto en un gesto de desprecio. Entonces el viejo se levantó y con los ojos preñados de lágrimas, cogió su asiento entre sus temblorosas manos, y fué á sentarse en el rincón más obscuro.

Y el hijo no volvió á llamar al padre á la mesa de la familia.

Pero el nieto, que había visto llorar á su abuelo, fué á sentarse á su lado; y poniéndole sus manecitas encima de las rodillas, le hubiera mirado largo tiempo con dolorosa sorpresa, si su madre no le hubiera arrancado de aquel sitio con un movimiento de despecho.

Al día siguiente, el anciano se sentó, como la víspera, en un rincón, cuando llegó la hora de comer, y tuvo sobre sus rodillas el plato que contenía su comida: pero sus manos, cada vez más trémulas, aun cuando quisieron sostener el plato, fueron demasiado débiles y cayó éste al suelo, haciéndose pedazos.

Entonces, se enfadó la mujer, y el hijo no pudo contener un movimiento de impaciencia: el abuelo oyó los gritos de la nuera y vió el gesto de su hijo, y dió un gran suspiro.

Al otro día, cuando volvió á colocarse en su rincón obscuro, vió que sobre el banco que le servía de asiento habían colocado una cazuela de madera, con el alimento que debía comer. La cogió porque tenía hambre, y sin embargo, cuando su mano quiso llevar la comida á los labios, la dejó caer sin fuerza y no pudo continuar: gruesas lágrimas cayeron de sus ojos, y se quedó abismado en un pensamiento triste y profundo. Le sacó de él una manecita que tocaba la suya y una vocecita que le hablaba.

Era su nieto, que empinándose sobre las puntitas de los pies para coger la cazuela que el anciano tenía sobre las rodillas, le decía con su dulce voz:

– Abuelo, ¿es de madera el plato en que te han puesto la comida?

El pobre anciano no tuvo fuerzas para hablar y contestó al niño con un triste movimiento afirmativo de cabeza.

Algunos días después, cuando el padre y la madre estaban en la mesa, y el abuelo, siempre triste, continuaba en su rincón, el niño dejó de comer, y empezó á sacar del bolsillo una porción de pedacitos de madera, y á colocarlos con gran cuidado unos cerca de otros.

– ¿Por qué no comes? ¿Qué haces? – le dijo su madre.

– ¿Por qué no comes? ¿Qué juegos son esos? – le preguntó el padre.

El niño levantó su bonita cabeza, y fijando sobre su abuelo sus hermosos ojos azules, en los que brillaba una mirada inteligente:

– Abuelito, – le dijo, – estoy haciendo una cazuela para que coman papá y mamá, cuando yo sea grande!

Los dos esposos se miraron un momento en silencio y rompieron á llorar. El hijo se levantó, cogió á su padre de la mano y volvió á colocarle en la mesa de la familia. El nietecito echó los brazos al cuello de su abuelo y... *colorín, colorado, mi cuento ya se ha acabado.*

LUIS MARIANO DE LARRA

MIENTRAS FUÉ HERMOSA

LEYENDA HISTÓRICA ARÁBIGO-CORDOBESA (1)

No es posible, decía el Omeya Abderrahman V, que yo llegue á olvidar á Habiba.

Las prevenciones, que ha inspirado en su alma contra mí el pérfido Suleiman, su padre, serán un obstáculo perpetuo para el logro de mis amores. Hoy me abruma con sus desdenes mi prima, segura de que aquél no ha de consentir jamás en nuestro matrimonio, encendido hoy más que nunca su rencor hacia mi persona; porque he alcanzado una soberanía, que él ambicionaba. De buen grado lo sacrificaría todo por Habiba, arrojando á sus pies la corona del califazgo, al punto de abandonar el trono para que lo ocupara mi tío, si no abrigara la convicción de que inutilizaría mi sacrificio la enemistad que me profesa viejo tan caprichoso, siendo de temer, que sólo sirviera para ver más pronto á mi amada en los brazos de un rival odiado. En este abismo de dudas é inquietudes, que perturban continuamente mi alma, ¿qué me aconsejas, Alí, mi cariñoso, mi leal amigo?

Atento á las palabras del príncipe, el insigne poeta é historiador Aben-Hazm había escuchado su razonamiento sentado en un almohadón más bajo de aquel en que se reclinaba el monarca, y después de un corto intervalo de silencio, antes de exponer su opinión al califa, le dirigió respetuosamente esta pregunta: – Muley, le dijo, Al-lah es poderoso é inmutable: ¿recordáis, por ventura, la edad de vuestra prima?

Abderrahman se apresuró á contestarle: – En el próximo mes de Xanel cumplirá veintiséis primaveras.

– Entonces, repuso el sesudo ministro y alguacil mayor, la prolongación de vuestra pasión amorosa tiene plazo señalado. El poeta ha dicho: «La hermosura de la mujer árabe comienza á marchitarse antes de los treinta años, y rara vez conserva su brillo á los cuarenta.»

—Esto no es creíble, – replicó Abderrahman, – que pueda acontecer con la de Habiba; en todo caso, me persuado de que mi amor no se debilitaría, aunque por fallo incontrastable del destino se volviese fea.

– Así lo creéis, y no es imposible que cumpláis vuestro propósito; pero yo quisiera narraros una historia de amor tomada de mi propia vida, según aparece escrita en mi libro, que he dispuesto copiar para vuestra biblioteca (2).

Picada la curiosidad del califa le mandó que le refiriese los pormenores de aquella historia amorosa, mandato que obedeció el insigne historiador de la literatura de los árabes españoles, en estos ó parecidos términos:

«Había en el palacio de mi padre una joven hermosa y de noble alcurnia, la cual recibía en él la educación propia de su clase. Tenía diez y seis años de edad y á juzgar por mis recuerdos, no es posible que ninguna mujer la haya superado así en lo tocante á gentileza, entendimiento, recato y severidad de costumbres, como en lo relativo á la modestia y dulzura de su trato. No gustaba aquella doncella bellísima de donaires burlones ó chanceros, desdeñaba los requiebros de amor y hablaba de ordinario poco. Ninguno se atrevía á levantar su pensamiento hasta ella; su hermosura, sin embargo, conquistaba los corazones de todos; porque aunque altiva é incapaz de otorgar favores, tenía mayor encanto y seducción que la coqueta más astuta. Grave y seria en el gesto, desdeñaba las diversiones frívolas y en el tocar del laúd mostraba destreza incomparable.

Era yo adolescente, entonces, y no pensaba sino en ella. La había visto y oído hablar alguna que otra vez;



LOS FUNERALES DE BRITÁNICO, cuadro de Juan Mazzioli, grabado por Cantagalli (Exposición de Bolonia de 1888).

(1) Traducidos del arábigo y recogidos de la autobiografía de un historiador árabe español poco conocido, los materiales de esta leyenda, parece oportuno advertir que sus pormenores son, á lo menos, tan verídicos como la mayor parte de los que figuran en la relación de los acontecimientos, que se narran en diferentes obras de historiografía árabe.

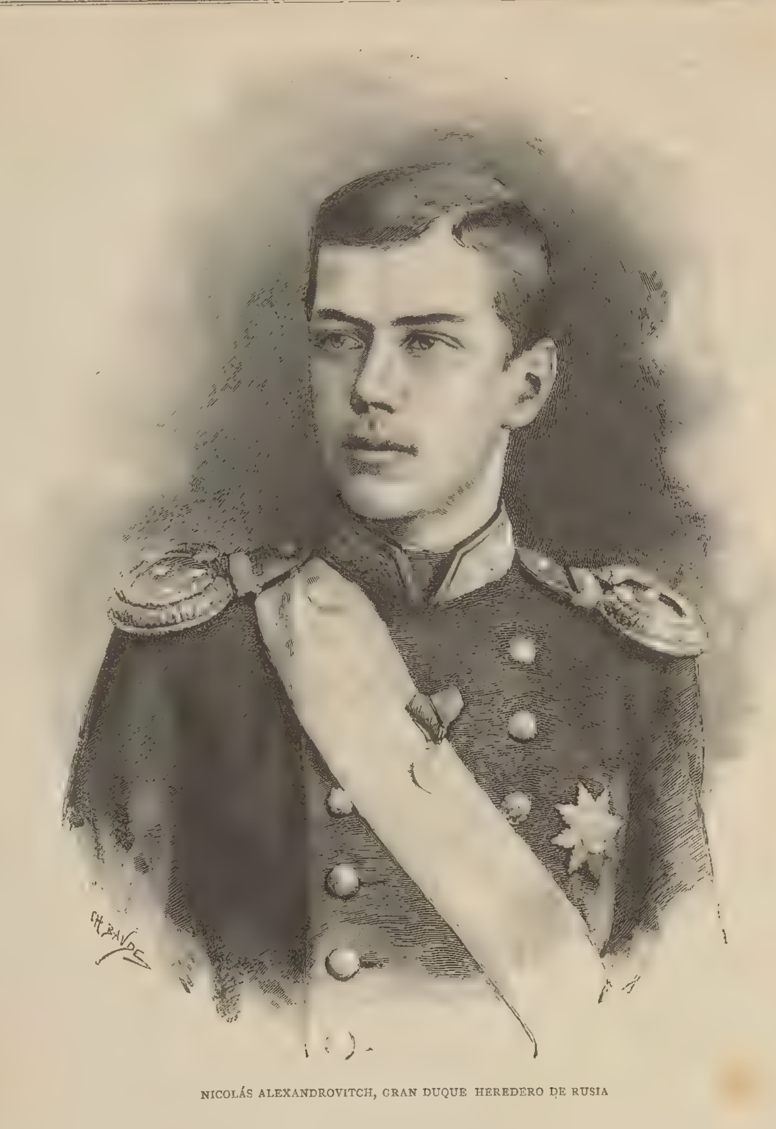
(2) La obra á que se refiere el texto se intitula «Tratado del amor.» Gózase una copia de ella llegada hasta nosotros en el MS. de la biblioteca de Leiden, núm. 927. La historia que se va á referir se halla contenida en los folios 98 r. al 102 vuelto de dicho códice arábigo.

pero siempre en presencia de varias personas, siendo vanos, durante dos años, mis esfuerzos para hablarla sin testigos.

Ocurrió, un día, que nuestra morada fué teatro de una gran fiesta de las que suelen celebrarse en los palacios de los grandes. Fueron convidadas muchas señoras de mi familia y de la de mi hermano, no faltando tampoco en ella las mujeres de nuestros clientes y de nuestros servidores más dignos de aprecio. Después de haber pasado una parte del día en el palacio, se dirigieron las damas á unas galerías de miradores, en cuyos ajimeces se disfrutaba perspectiva agradable de Córdoba y de su dilatada campiña.

Como me hallase allí con ellas, procuré acercarme al alféizar en que se apoyaba la que era norte de mis deseos y luz de mis ojos, la cual luego que me vió se dirigió con airosa rapidez á otro lado. Seguíla aún; pero se hurtó de nuevo. Conocía, sin duda, mis sentimientos para con ella; pues las mujeres tienen más habilidad para descubrir el amor, que el beduino para reconocer la huella del camino que debe seguir, entre las arenas del desierto. En cuanto á las demás señoras no sospecharon nada; pues ocupada cada cual en proporcionarse el mejor punto de vista, no fijaron sus miradas en lo demudado de mi semblante.

Dispusieron, luego, bajar al jardín aquellas damas y las que por su posición y edad podían tener influjo sobre mi amada le rogaron que cantase alguna cosa; petición que, como era natural, apoyé con todas mis fuerzas. Tomó ella el laúd, templóle con una delicadeza, que aumentaba sus encantos, y acompañó con él una canción relativa á cierto amante, que sólo vivía pensando en una mujer que había contemplado sólo por un momento. Mientras cantaba, más que las cuerdas del laúd eran heridas por su plectro las cuerdas del corazón mío. Jamás se ha borrado de mi memoria aquel día delicioso, del cual habré de acordarme hasta en mi lecho de muerte.



NICOLÁS ALEXANDROVITCH, GRAN DUQUE HEREDERO DE RUSIA

Desde entonces, no volví á escuchar su voz, ni á verla en mucho tiempo.

Pocos días después, y á los tres de haber sido proclamado califa Mahdí (febrero de 1009), dejamos nuestro palacio nuevo, situado en el cuartel de la Axarquía al Oriente de Córdoba, es á saber en el arrabal llamado de Záhira, fundado y embellecido por Almanzor, para trasladarnos al antiguo que estaba en Balat- Mugueits (1), mas por motivos que sería ocioso exponer no nos acompañó mi amada.

Más adelante, restablecido Hixem II en el trono, los que se alzaron con el poder procuraron que cayésemos en desgracia, nos impusieron exacciones gravísimas y llegaron á encarcelarnos y, aunque pudimos conseguir la libertad, fué indispensable ocultarnos para evitar nuevas persecuciones. Sobrevino la guerra civil en que todos los muslimes padecieron mucho y en especial nuestra familia.

Entretanto, moría mi padre, el sábado 21 de junio de 1012, sin que, en tan terrible desgracia, se parase por un momento la serie de calamidades que llovían sobre nosotros. Poco después, falleció también uno de mis deudos. Asistiendo á sus funerales, llegó á mis oídos la voz de la señora de mis pensamientos que reconocí entre las que lloraban. Aquel día oprimían mi corazón grandes motivos de tristeza; parecían herirme de un golpe todas las desgracias juntas, y, sin embargo, al volver á contemplarla desapareció de mi vista, por un instante, aquel enojoso presente con todas sus penas y disgustos, su semblante me recordaba lo pasado, mi amor de joven, aquellos floridos días ya marchitos, creyéndome en el intervalo de aquella breve contemplación, joven y feliz como en otro tiempo. De aquel momento, desgraciadamente muy corto, me desperté á la realidad triste y sombría, agravado mi dolor con los sufrimientos que me producía un amor sin esperanza, todavía vivo é intenso. Algunos meses adelante, al apoderarse los berberiscos de la capital se fulminó contra nosotros una orden de destierro y tuve que abandonar á Córdoba, á mediados de julio de 1013.

Pasaron cerca de cinco años, sin que volviera á ver á mi hermosa; en fin, cuando torné á la capital en febrero de 1018, fuí á hospedarme á casa de una parienta mía, donde se ofreció aquélla á mis ojos. Estaba tan desfigurada que tuve dificultad en reconocerla, aunque me dijeron su nombre. Aquella flor, que en otro tiempo se contemplaba con asombro y que todos hubieran aspirado á poseer, imponiendo á todos respeto, mostrábase á la sazón ajada, y apenas le quedaban algunas señales que recordaran cuán bella fuera un día. En aquel tiempo calamitoso no había podido atender suficientemente al cuidado de su persona. Criada bajo nuestro techo, en medio del lujo, se había visto forzada á ganar su sustento con labor incesante. ¡Ay! ¡las mujeres son flores muy delicadas, y cuando no se las cuida se ajan hasta perder mucha parte de sus atractivos! Su hermosura no resiste como la de los varones al ardor del sol, á la corriente impetuosa del simun y á la intemperie de las estaciones, sin necesidad de muchos cuidados.

Con todo, aun hallándose de aquella suerte me hubiera hecho el más feliz de los mortales, si me hubiera dirigido una palabra de ternura; mas permaneció indiferente y fría, como lo había sido siempre para mí. Aquella frialdad me retrajo algo de pensar en ella; lo demás fué obra de la pérdida de su hermosura.»

Aunque la narración de Alí Aben-Hazm no respondía categóricamente á la pregunta de Abderrahman V, éste no pensó en reiterarla; tal cúmulo de reflexiones embargaron su alma, cuando cesó de oir la historia de su alguacil mayor. ¿Olvidó luego á Habiba? No tenemos medio de saberlo. Lo que nos consta muy cumplidamente es que, con haber sido brevísima la duración de su reinado, Abderrahman que era poeta como su ministro dirigió á los pocos días de aquella conversación cantos de pasión amorosa á otra bella (2), menos severa que Habiba aunque no menos ingrata.

F. FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

(1) *Balat Mugueits* vale tanto como palacio ó alcazaba de Mugueits y llamábase así en Córdoba el barrio donde estaban los aposentos en que se alojó Mugueits, primer conquistador de dicha ciudad por los muslimes.

(2) Véanse en Almaccari (texto arábigo, ed. de Leiden) t. I, página 285.

NOTICIAS VARIAS

ROSAL GIGANTESCO. – El *Diario de las Rosas* nos da á conocer la existencia, en los Estados Unidos, de un rosal de dimensiones verdaderamente extraordinarias. Plantado hace cincuenta años en Charlestown (Carolinas), su tronco mide hoy 50 centímetros de diámetro en la base y sus ramas cubren dos cenadores ó glorietas cada uno de 52 metros de superficie; además, protegen de los rayos del sol un espacio de 20 metros de largo por 14 de alto, y las más superiores descuellan por sobre el tejado de la casa junto á la cual se levanta. Este gigantesco rosal se cubre literalmente de flores durante una parte de la primavera.

LA PRESIÓN DEL VIENTO EN LAS GRANDES CONSTRUCCIONES METÁLICAS. La construcción de la torre Eiffel y la del gigantesco puente del Forth, cerca de Glasgow, en Escocia, han permitido á los ingenieros civiles hacer utilísimas observaciones relativas á la presión que ejerce el viento en las grandes obras metálicas.

Estas observaciones serán causa de que en lo futuro se puedan llevar á cabo dichas obras con entera seguridad por lo que respecta á la acción de los temporales, y puede esperarse con fundamento que no se volverán á presenciar siniestros análogos al del puente del Tay entre otros, en el cual todo un tramo del puente se precipitó en el abismo con el tren expreso que por él pasaba.

Por lo que hace al puente del Forth, se ha calculado la presión máxima del viento en 272 kilogramos por metro cuadrado. En la obra en construcción se ha instalado un aparato de observación de 28 metros cuadrados de superficie. Durante los violentos huracanes de enero de 1889 este aparato no ha marcado más que una presión máxima de 132 kilogramos por metro cuadrado; otros dos aparatos más pequeños situados en otros puntos extremos han marcado 179 y 200 kilogramos de presión por metro cuadrado. M. Cooper, ingeniero encargado especialmente de estas observaciones, hace notar que las presiones indicadas por los aparatos pequeños son siempre mayores que las señaladas por los grandes, y de ello deduce la conclusión práctica, pero paradójica á primera vista, de que cuanto mayor es la superficie expuesta al viento, menor es la presión por unidad de superficie. En suma, las grandes obras metálicas, en igualdad de resistencia, se defienden mejor que las pequeñas de los embates de los temporales.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



AÑO VIII — BARCELONA 30 DE SETIEMBRE DE 1889 — NÚM. 405

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

GENERAL BARTOLOMÉ MITRE

Notable historiador americano y ex-presidente de la República Argentina

SUMARIO

TEXTO. – *Nuestros grabados.* – *El pie de las damas*, por don Julio Monreal. – *Augusto Rodin*, por Octavio Mirbeau. – *Las mujeres que trabajan*, por don Jacinto Escobar.

GRABADOS. – *General Bartolomé Mitre, notable historiador americano y ex-presidente de la República Argentina.* – *Encuadernación en plata dorada del «Libro de oraciones»*, ilustrado por A. Sinibaldi. – *Decamerón*, cuadro de Cassioli. – *Entrada de primavera*, cuadro de Roberto Russ. – *La edad de piedra*, cuadro de Cormon *(Exposición decenal de Bellas Artes en París).* – *Suplemento artístico. Resurrección de la hija de Jairo*, cuadro de Alberto Keller.

NUESTROS GRABADOS

GENERAL BARTOLOMÉ MITRE

Notable historiador americano y ex-presidente de la República Argentina

En la corta, pero azarosa vida de la República Argentina hay dos periodos culminantes, dos puntos luminosos que señalan el nacimiento y la reorganización de un pueblo, que está llamado á desempeñar un papel principalísimo en la historia del mundo: el primero es el de la guerra de la independencia, el de las luchas heroicas y de los grandes sacrificios; el segundo es el de la organización política definitiva, el que señala el término de las discordias y de las rivalidades entre los pueblos de las diferentes provincias argentinas.

En el primero destacase en medio de una cohorte brillantísima de generales y patriotas la figura del general San Martín; en el segundo sobresale la personalidad del general Mitre.

Entre esos dos períodos hay un densísimo eclipse de más de seis lustros que ni los talentos y las iniciativas del estadista Rivadavia, ni los esfuerzos de algunos hombres de corazon y amantes de su país lograron desvanecer. El general Mitre con esa clara intuicion de las cosas y esa penetración del porvenir que tienen los hombres superiores, comprendió lo urgente que era hacer cesar la situación anómala de la República, con sus divisiones, su fraccionamiento, sus luchas, sus antagonismos; por eso, apenas las circunstancias le pusieron en condicion de perseguir con probabilidades de éxito la reorganización nacional y la unión de todas las provincias, puso mano á la obra con ese ardor y esa fe que animan á los apóstoles de las grandes ideas, de las causas nobles y justas.

El pueblo argentino, que presintiendo sin duda sus altos destinos, ya condenaba íntimamente el triste espectáculo de las discordias y rivalidades intestinas y lamentaba la continuación de un estado de cosas tan perjudicial á sus intereses y á su desarrollo, secundó con entusiasmo los propósitos y los actos del general Mitre; cuando en 1861, después de la batalla de Pavón ganada por aquel sobre las fuerzas del general Urquiza, se incorporó la provincia de Buenos-Aires á las demás de la República, no hubo oposición, ni resistencias, y cuando pocos meses después se convocó al pueblo á la eleccion de un presidente, el voto unánime de sus conciudadanos llevó al general Mitre á inaugurar la primera presidencia legal, puede decirse, de la República Argentina.

Este importantísimo hecho que señala el principio de una nueva éra en la vida de un gran pueblo, la sencillez espartana con que vivió en el período de su presidencia, la honradez acrisolada de su vida pública dan á la personalidad del general Mitre un gran valor histórico y político y le colocan en la serie de los hombres superiores, de los hombres providenciales que, como Washington en los Estados Unidos, Mirabeau en Francia, Bolivar y San Martín en Sud-América, Cavour y Garibaldi en Italia, Bismarck en Alemania, aparecen en las épocas difíciles, en los períodos críticos en medio de los pueblos para salvarlos del naufragio inevitable de sus instituciones, para obtener con rapidez lo que antes se había anhelado inútilmente, para imprimir nuevo rumbo y nuevo carácter á la vida nacional.

Imposible encerrar en los estrechos límites que la naturaleza de la publicación impone á nuestro trabajo, no ya la biografía completa del general Mitre, sino una reseña rapidísima de sus actos, de sus obras, de sus cualidades; es una vida accidentada é interesante bajo el aspecto político, militar, literario y oratorio, una vida llena de luchas, de trabajos, de padecimientos, de contrastes, de nobles ejemplos, de grandes virtudes, de gloriosas derrotas, de legítimos triunfos.

No podemos seguirle en sus peregrinaciones por distintos países de America, ni en su paso luminoso por los ejércitos del Uruguay y de Bolivia, ni en sus numerosos combates contra los soldados del tirano Rosas, ni en todos los sucesos que después de la caída del tirano ilustraron su carrera militar, abrillantaron su carrera política; no podemos relatar las angustias de los destierros y de las persecuciones, las penalidades y estrecheces de la vida errante, las tristezas y las fatigas que abatieron alguna vez su cuerpo, pero nunca su alma enérgica y varonil; no podemos dar cuenta de sus innumerables trabajos periodísticos, ni demostrar su actividad incansable, ni dar una idea de su memoria prodigiosa, de su inteligencia vasta y asimiladora, de su concepción fácil y rápida, gracias á cuyas dotes podía estudiar, escribir, aprender, hacer artículos, poesías, libros en medio de los campamentos, entre las zozobras y las agitaciones de las marchas y de los combates; tenemos que limitarnos á exponer los hechos más salientes de su vida y más que todo á referir sin orden ni método algunas impresiones personales, ya que nos honramos con la amistad de hombre tan ilustre y tenemos la dicha de haberlo tratado.

Su carrera política empezó realmente en 1852, cuando regresó á su país después de quince años de ausencia forzosa y cuando ya se había hecho conocer y admirar en el Uruguay y Bolivia como militar inteligente y distinguido, en Chile como escritor y periodista. Sin embargo sólo tenía entonces 31 años. Tomó desde aquella fecha una parte activísima en todos los sucesos de la República Argentina y aun puede decirse que les imprimió el rumbo que consideraba más conveniente á los intereses y al porvenir de la nación. Su presidencia se citará siempre como modelo de gobiernos honrados y su nombre se colocará entre los nombres de los varones integérrimos que han ilustrado los primeros siglos de las grandes repúblicas antiguas y modernas.

Enemigo de toda imposición y escrupuloso observador de las leyes, capitaneó en 1874 una revolución contra el gobierno nacional que había ejercido en la elección de presidente una presión ilegal, y no dejó de secundar en 1880 otra revolución que estalló casi por idénticas causas; pero el temor de envolver á su patria en una desastrosa guerra civil, la persuasión de que el mismo progreso del país traería una reacción en las costumbres políticas, le hicieron retroceder y sacrificar su popularidad en aras del orden y de la concordia.

Durante el período de su presidencia estalló la guerra con el Paraguay. Fué nombrado general en jefe de los ejércitos aliados de la República Argentina, del Brasil y del Uruguay, cuyos dos países ya se hallaban en guerra con aquella nación, y allí confirmó los talentos militares y las dotes de mando que ya había demostrado en sus campañas contra las tropas de Rosas, contra los indios y contra los ejércitos de Urquiza.

Como orador ha sido una de las figuras más prominentes del parlamento argentino, distinguiéndose de entre una pléyade de oradores notabilísimos, y decimos que ha sido, porque los gobiernos que desde hace años vienen sucediéndose en la Argentina practican las instituciones democráticas de tal modo que sólo permiten entrar en el parlamento á los hombres sumisos que se prestan á secundar sus voluntades y se oponen por todos los medios al nombramiento del general Mitre y de otros que puedan estorbarles.

Como escritor ha publicado la *Historia de Belgrano* y recientemente la *Historia de San Martín*, dos obras voluminosas que le han colocado de un golpe a la cabeza de los historiadores sud americanos y que cuando sean debidamente conocidas y apreciadas en Europa harán se le considere como uno de los grandes historiadores de nuestros tiempos.

Ni son estas las únicas producciones literarias de ingenio tan fecundo, que en medio de las tareas que abruman al jefe de un Estado, al jefe de un partido, al general de un ejército en campaña, no descuidaba el cultivo de las letras y hallaba tiempo para hacer investigaciones históricas y preparar los materiales para sus obras. En su edad juvenil publicó un tomo de *Rimas*, más tarde coleccionó algunas de sus *Arengas* así como algunos trabajos que andaban dispersos en periódicos y revistas. Recientemente, con general sorpresa, dió á luz la traducción de cuatro cantos de la *Divina Comedia* de Dante, anunciando que tenía muy adelantada la traducción completa de la obra inmortal del gran poeta florentino y que la publicará dentro de poco. Eminentes literatos españoles y americanos han emitido juicios halagadores sobre la traducción de los cuatro cantos publicados, considerándola muy superior á la del conde de Cheste, y alentandole á terminar la obra y enriquecer pronto con ella á la literatura hispano-americana.

Las campañas periodísticas del general Mitre no son menos interesantes, ni menos gloriosas que sus campañas militares y políticas. Se pierde la cuenta de los periodicos que ha redactado, de los artículos que ha escrito; pero su mejor título será siempre el de haber levantado á la altura en que se encuentra el diario *La Nación*, que es actualmente el mejor y más poderoso de la América del Sud, y sin duda alguna uno de los mejores y más importantes diarios del mundo. Es verdad que en la empresa difícil de levantar un periódico que durante muchos años, á pesar de la popularidad de su dueño, quedó postrado y languideció en la indigencia, ha sido coadyuvado por hombres expertos, por inteligencias poderosas; pero le corresponderá siempre la mayor gloria, como corresponde á un general en jefe el mérito principal de un triunfo obtenido sobre el enemigo.

El general Mitre tiene ahora 68 años, pero á pesar de los contratiempos y de las borrascas de su vida, es fuerte y robusto, conserva todas sus energías intelectuales y físicas, como lo prueban sus trabajos recientes. Si por una parte parecen quedarle muchos años de vida, que le auguramos de todo corazón, por otra aun caben esperar muchos frutos de su ingenio privilegiado.

Facil es presumir que si pudiésemos relatar algunos rasgos personales, exponer la impresión que nos ha hecho su trato, referir algunas peculiaridades de su fisonomía y de su traje, llenaríamos este y otros números de la ILUSTRACIÓN, escribiendo un libro en vez de un breve artículo; nos limitaremos, por consiguiente, á decir que una herida que recibió en 1853 ha dejado en su frente una cicatriz que parece un signo indeleble puesto allí por una mano providencial para que estuvieran á todas horas de manifiesto los servicios por él prestados á la patria, las luchas sostenidas por la libertad y por el progreso.

Vive retirado en la misma casa que el pueblo agradecido le regaló al terminar el período de su presidencia; era todo el caudal que tenía entonces el que acababa de unir y reorganizar la nación, el que había sido ministro de la guerra, de gobierno y de relaciones exteriores, gobernador de Buenos Aires, general en jefe de varios ejércitos y presidente de la República. Si aquel caudal se ha multiplicado y hoy representa algunos millones, débelo únicamente á sus esfuerzos y á su trabajo.

Hace cuanto puede, dentro del terreno legal, para reducir al buen camino á los hombres que gobiernan y hacer cesar la anómala situación política en que se encuentra desde hace años la República Argentina: si tuviese ambicion, si no antepusiese á todo el bienestar y el progreso de su patria, se habría ido á la emigración, se habría lanzado á la guerra y á la revolucion, y le habrían sobrado elementos para trastornar á su país; pero cree que es preferible tolerar los males que acarrean los abusos y la violacion de los derechos y de las libertades del pueblo antes que alterar el orden y la tranquilidad de un país que tanto necesita de ellas para sus progresos materiales. Sabe que la fuerza misma de las cosas ha de imponerse á los que se niegan á reconocer su realidad tangible; no duda que el choque de los intereses políticos y de los intereses materiales, el contraste que existe entre la vida oficial y la vida nacional han de traer naturalmente una reacción, y por eso espera confiado, y ni el fracaso de sus tentativas, ni la esterilidad de sus esfuerzos le desalientan.

Entregado á sus trabajos literarios y á sus estudios, porque el general Mitre ha estudiado siempre y estudia todavía, estando como pocos al corriente del movimiento político y literario de Europa y América, toma escasa participación en las fiestas públicas, en las solemnidades sociales; pero allí donde hay un hecho plausible que celebrar, una obra fecunda que emprender, un sentimiento noble que enaltecer, una idea generosa que secundar, nunca falta la presencia, ó cuando menos el nombre y el apoyo del general Mitre.

Tampoco toma hace tiempo una participación directa en las tareas de su diario: lo ha puesto bajo la dirección inteligente de sus hijos y lo deja confiado á sí mismo, persuadido de que ya no necesita de su concurso para seguir prosperando, porque su vida robusta y sus elementos poderosos le permiten introducir continuas innovaciones y sostener una redacción numerosa y competente

De vez en cuando, sea por su cumpleaños, sea por otro concepto, se improvisan y se le hacen en Buenos Aires manifestaciones imponentes, ruidosas, entusiastas. En esos días pone de relieve su temple férreo y sus dotes oratorias, hablando con inspiración á las multitudes, improvisando con envidiable facilidad varios discursos en el espacio de breves horas, contestando á las felicitaciones de centenares de personas. También evidencia el dominio completo que tiene sobre sí mismo; como no le han seducido las grandezas del poder, no le ofuscan los elogios, apreciándolos en lo que valen. Es el primero en reconocer los méritos ajenos; su alma grande no puede abrigar, ni ha abrigado nunca, un sentimiento mezquino.

Es popularísimo en toda la América del Sud; en Europa, á lo menos en la Europa latina, es conocido y apreciado por los primeros hombres de letras, por muchos hombres políticos y por todos los que siguen el movimiento político y literario de las jóvenes naciones americanas; pero su nombre merecería ser tan conocido por todos como lo es el de Castelar, como lo son los nombres de otros estadistas europeos que se repiten todos los días y sobre los cuales se concentra la atención general. Cúlpese en parte de este olvido á él mismo, que nunca ha querido – sin duda por causas independientes de su voluntad – venir á recibir los aplausos que los españoles, como los franceses y los italianos, no niegan nunca á los hombres que por sus hazañas, por sus obras, por sus virtudes, por sus talentos, son acreedores á la admiración y á la gratitud de los pueblos.

JOSÉ CEPPI

ENCUADERNACION EN PLATA DORADA del «Libro de oraciones» ilustrado por A. Sinibaldi

Dibujo de la señorita V. M. Herwegen (Biblioteca de Munich)

Entre las preciosidades que contiene la Biblioteca de Munich ocupa lugar preferente el *Libro de oraciones* que para el duque Alberto de Baviera ilustró en 1485 Sinibaldi ó Sinibaldo Ibi, llamado también Sinibaldo de Perusa.

La minuciosa perfección de las miniaturas, la gracia de los personajes en ellas representados y el empleo de tonos francos tales como el verde vivo, el amarillo limonado y el rojo anaranjado, indican claramente que esa obra de arte pertenece á la escuela umbriana y data de fines del siglo décimoquinto. Los marcos de las miniaturas, los florones y las viñetas, á veces demasiado delicadas, estan prodigadas en todo el libro y se suceden sin repetirse nunca presentando en cada página nuevas combinaciones ornamentales.

En cuanto á la encuadernación en plata dorada, basta ver el grabado que reproducimos para comprender su riqueza y para admirar su artística elegancia: la pureza de las líneas generales, la finura con que están trabajados los menores detalles y las innumerables bellezas que ofrece una ornamentación profusa pero en manera alguna recargada, acusan á la legua el cincel de aquella escuela que precedió al Renacimiento y que hacía presentir al gran maestro florentino, al incomparable Benvenuto.

DECAMERÓN, cuadro de Cassioli

En una estancia adornada con todo el lujo de la época hállase reunida al amor de la lumbre y formando un grupo encantador la familia del príncipe congregada para escuchar las picarescas narraciones con que entretiene sus veladas el amigo favorito. Los alegres rostros de los oyentes no permiten abrigar la menor duda sobre el género á que el cuento pertenece: trátase evidentemente de una de aquellas graciosas historietas que reunidas bajo el título de Decamerón han alcanzado universal fama. El narrador, como buen italiano, acompaña con gráfica mímica sus palabras; sus ojos brillan maliciosamente y en su boca se dibuja una sonrisa irónica. ¡Bien puede darse por satisfecho del efecto que su cuento produce en el auditorio! El príncipe sobre todo da rienda suelta á su alegría y a buen seguro que sus estrepitosas carcajadas despiertan á más de un morador del silencioso castillo.

Por satisfecho puede darse también el inspirado autor del cuadro: las sonrisas placenteras que asoman á los labios de cuantos ven su obra tienen tanto valor como los más estrepitosos aplausos y demuestran que el artista ha dado en el blanco, como vulgarmente se dice.

ENTRADA DE PRIMAVERA, cuadro de Roberto Russ

Este cuadro del famoso pintor vienés fué considerado como una de las perlas de la última Exposición Internacional Artística de Munich y en verdad que merece tal calificacion porque difícilmente puede reproducirse con mas verdad, con más delicadeza, con más arte y con más poesía ese hermoso período en que la naturaleza saliendo del invernal letargo cubre de hierba los prados, de capullos las plantas y de retoños y botones los árboles. ¡Cuán bien sentidos el bosquecillo y la extensa llanura, cruzado aquél por pintoresco camino que se pierde en el horizonte y surcada ésta por mansos arroyos en donde de un modo admirable se reflejan los esbeltos troncos y las ramas todavía desnudas de follaje! El cuadro de Russ tiene vida, el paisaje se aleja, la atmósfera es transparente, las pocas y diminutas figuras que contiene se mueven y el sol inunda la tierra con los tibios rayos precursores de la primavera: en una palabra, al contemplar esa obra parece que se respira el ambiente propio de la más bella estación del año y que se asiste al grandioso espectáculo del despertar de la naturaleza.

LA EDAD DE PIEDRA, cuadro de Cormon

(Exposición decenal de Bellas Artes en París)

Fernando Cormon nació en París en 23 de diciembre de 1845 y fué discípulo de Cabanel, Fromentin y Portaels: á la edad de veinticinco años su cuadro *Las bodas del Niebelungo* le conquistó una medalla en la Exposición y á los treinta obtenía el premio del Salón por su *Muerte de Ravana*, rey de Lanka.

Muchos y excelentes cuadros han salido de su pincel, todos notables por el vigor del colorido y por lo atrevido de la composición, pero ninguno acusa de un modo tan maravilloso estas dos cualidades como su *Edad de piedra*, que tan justamente celebrado ha sido en la última Exposición decenal de Bellas Artes, de París.

Grandiosidad y originalidad en el asunto, facilidad y energía en la ejecución, conocimiento científico del tema escogido: tales son las principales condiciones que reune ese lienzo. Todo lo agreste y salvaje de la naturaleza de las edades prehistóricas, toda la rudeza de las primeras armas, de los primeros utensilios, de las primeras viviendas, toda la fiereza del hombre primitivo y de las primitivas costumbres, todo eso lo encontramos condensado en la obra de Cormon, hermoso reflejo de aquella edad que se oculta entre las tinieblas de un remoto pasado.

La paleontología rebuscando en las entrañas de la tierra ha encontrado objetos y fragmentos de esqueletos que le han permitido reconstruir por medio de un procedimiento científico los hombres, los animales y las cosas de aquellos tiempos hasta hace poco completamente desconocidos; la potente imaginación de Cormon ha hecho mucho más, ha reconstruído con la intuición del genio aquella sociedad legendaria pintando una escena y presentando unas figuras que sintetizan el salvajismo, el embrutecimiento, el modo de ser todo, en una palabra, de una época que constituye uno de los primeros eslabones de la inmensa cadena por donde la humanidad ha llegado á la bondad de la cultura moderna que, á su vez, es sólo un punto de partida hacia la perfección de las civilizaciones futuras.

SUPLEMENTO ARTISTICO

RESURRECCIÓN DE LA HIJA DE JAIRO cuadro de Alberto Keller

«Y llegan á la casa del príncipe de la Sinagoga, y ve el ruido, y á los que lloraban, y daban grandes alaridos. – Y habiendo entrado, les dijo: ¿Por qué hacéis este ruido y estáis llorando? la muchacha no es muerta, sino que duerme. – Y se mofaban. Pero él echándolos á todos fuera, toma consigo al padre y á la madre de la muchacha, y á los que con él estaban, y entra donde la muchacha yacía. – Y tomando la mano de la muchacha, le dijo: *Talitha cumi*, que quiere decir: Muchacha, á tí te digo, levántate. – Y se levantó luego la muchacha, y echó á andar: y tenía doce años: y quedaron atónitos de gran espanto...» (San Marcos, 5).

Tal es la conocida escena bíblica que Keller ha reproducido en su magnífico lienzo, admiración de cuantos lo vieron en la Exposición del Jubileo de Berlín, de 1886, así por la perfección de las formas como por la riqueza y hermosura de los colores. Cierto que el pintor ha atendido más que á la verdad arqueológica á los impulsos de su sentimiento pictórico, así es que las principales figuras de su cuadro tienen un carácter de modernismo poco en armonía con el tiempo y el lugar en que ocurrió el milagroso suceso; pero ¿qué significa esto al lado de las infinitas bellezas que el genio, la inspiración y una ejecución prodigiosa han acumulado en esa obra?

Keller es suizo, pero desde muy joven se trasladó á Munich en donde cursó filosofía y derecho, estudios que pronto abandonó para dedicarse á la pintura, arte en el cual ha obtenido grandes triunfos, no siendo el menor el que le valió su *Sueño de brujas* que hace poco reprodujimos en esta ILUSTRACIÓN.

Alberto Keller, que en la actualidad cuenta cuarenta y cinco años, es considerado en Alemania como el primer colorista en el género histórico, pues afanoso siempre por encontrar nuevos efectos ha sabido crearse un estilo propio por ningún otro igualado: para él cada cuadro es un nuevo problema de colorido y el éxito una ve/

logrado no le mueve á cesar en sus esfuerzos, antes bien le impulsa á aumentarlos para que al que ha terminado sobrepuje el cuadro que tiene en proyecto.

La nota característica de Keller es lo que podemos llamar modernismo, la mejor condición indudablemente que puede tener un pintor así para su tiempo como para la posteridad, pero su modernismo está más en su modo de ser que en su manera de expresar, razón por la cual sus obras no son tan apreciadas por el vulgo como por aquellos que buscan en las bellas artes algo más que una reproducción ó una creación vaciada sobre moldes conocidos.



ENCUADERNACIÓN EN PLATA DORADA DEL «LIBRO DE ORACIONES»

Dibujo de la señorita V. M. Herwegen (Biblioteca de Munich) ilustrado por A. Sinibaldi. Florencia, 1485

EL PIE DE LAS DAMAS

El calzado debió ser sin duda alguna, de las primeras cosas que trató de proporcionarse el hombre, para resguardo y protección de su cuerpo; pero desde las pieles toscas y sin curtido que en un principio sirvieron de envoltorio de sus pies, hasta el calzado artístico y primoroso de los pueblos civilizados, hay una inmensa diferencia.

Asimismo entre el que en todo tiempo han usado las gentes rústicas y las de calidad, la diferencia ha sido grande y hasta en el día podemos observarlo todos.

Un siglo en el cual el calzado fué, sobre todo en la mujer, parte muy principal de su aliño, y objeto hasta de la atención del legislador, fué el XVII, tan singular, en nuestra España, en muchas cosas y no poco en lo que al vestido en general se refiere, pues así como en el día es Francia la que da la norma en lo que se llama la *Moda*, fué entonces nuestra patria la que se distinguió por lo caprichosa y mudable en lo que al vestido se refería.

Así lo atestigua el doctor Jerónimo de Alcalá, en su novela *El Donado hablador* (1) cuando dice: «Nuestra España de cada día usa nuevos trajes, no bastando pragmáticas y provisiones para remediar tan innumerables gastos, sacando cada uno nueva traza, nuevo modo de vestir, no más de como le pasó por la cabeza, imitándole todos como á verdadero restaurador de las galas y de mayor curiosidad, ya perdida en el mundo. Usa el italiano, el francés, el flamenco, el inglés, el turco, el indio, desde que tuvo principio su nación, de una misma forma de vestido, sin haber mudado ni el uno ni el otro el turbante y sólo el español es variable.»

El mismo escritor hace notar en el propio pasaje de su libro la diversidad de formas de calzado en su tiempo usado, diciendo de los zapatos: «unos ví redondos, otros puntiagudos, de una suela, de dos, de tres y de cuatro; otros romos, con orejas y sin ellas, largos de pala y corta, y si en el calzado es esto, ¿qué será en lo demás?»

Fácilmente se ocurre que la mujer fué la que en esto de la variedad y singularidad del calzado, había de inventar y discurrir más, ó por lo menos la que debía acoger con más avidez los caprichos de la moda, por extravagantes que pareciesen.

Y ya que nombro la *Moda*, diré que este vocablo constituía por entonces una cosa nueva, y por tanto no era de todos conocido, por más que lo fuese de los *lindos*, como en aquel tiempo se llamó á los que hoy *gomosos* ó *pschutt*, en la jerga de los salones, que también la tienen.

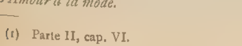
En prueba de ello se ve en la comedia de Moreto *El lindo Don Diego* (como si dijera *El elegante Don Diego*) que el protagonista dice enojado á sus criados Martín y Lope, que le están vistiendo y aliñando:

DON DIEGO. ¡Que no aprendas á poner
Los espejos *á la moda!*
MARTÍN Dí cómo y no te alborotes.
LOPE ¿Qué es *moda?*
DON DIEGO ¡Mi rabia toda!
¡Que no sepan lo que es moda
Hombres que tienen bigotes!
(Jor. I, esc. VIII.)

El mismo poeta dice en otra comedia, en *De fuera vendrá*... hablando de cierto caballero, que iba

Vestido de la flamenca,
Que ahora llaman *á la moda*.
(Jor. III, esc. VII.)

Hasta entonces se había dicho *al uso*, en vez de *á la moda*, frase más francesa que española; por eso, habiendo escrito D. Antonio de Solís su comedia *El Amor al uso*, fué traducida al francés por Scarrón, con el título de *L'Amour à la mode*.



(1) Parte II, cap. VI.

Este fué el siglo de oro de los *chapines*, género de calzado exclusivo de las damas, dejando para las plebeyas, para criadas y mujeres del montón, las *chinelas* y *ponlevíes*, dando este último nombre á ciertos zapatos con tacón de madera, que tenía aquel nombre, y que por extensión al canzaba á todo el zapato.

En *El escondido y la tapada*, de Calderón, dicen don César y el gracioso Mosquito, á los respectivos dueños de su cariño:

DON CÉSAR Hasta llegar á tus brazos,
Hermosa Celia, no sé
Si tuve vida; y así,
Pues que mis ojos te ven,
Dame, señora, á besar
Todo el *chapín* de tus pies.
MOSQUITO Y á mí todo el *ponleví*
De tus zapatos, Inés.
(Jor. I, esc. XII.)

Encomios en verso y prosa de los primeros escritores, mereció la gracia y garbo con que damas y fregonas sabían usar aquellos empinados chapines y redomados ponlevíes, y así decía Quevedo de cierta moza de rejo:

Que solamente Elvirilla,
A quien adora el virote,
Tiene el *ponleví* con vida
Y con alma los talones;

mientras que ponderando lo exquisito de una dama escribió:

Dicen la tierra que pisa
Recienacidas las flores,
Y el ruido de sus *chapines*
Es filomenas y prognes,

comparándole con el gorjeo de las aves.

Y no puede dudarse de que destreza y no poca habilidad eran necesarias para *esgrimir*, como dijo el mencionado D. Francisco, aquel calzado, si se tiene presente su estructura.

Amén de las telas ricas de que se hacían, como el *tabí de plata*, el *chamelote* y *terciopelo* (2), había que observar en ellos tres cosas principalmente, á saber, las *virillas*, los *moños* ó *roscetas* que los adornaban en el empeine, y los elevados *tacones*.

La vira ó *virilla* era en el calzado una tira cosida entre la materia de que estaba hecho el chapín y su suela, y si bien el objeto principal era darle fuerza, á las damas sirvió de pretexto para la riqueza y adorno de aquél.

Porque la virilla había de ser de plata ó la dama no era de las *bien prendidas*, como entonces se llamó á las que hoy *elegantes*.

El seductor D. Juan Tenorio, en *El Burlador de Sevilla*, de Tirso, halaga á la aldeana Aminta, pintándole las galas que ha de regalarle, si accede á su amor, y le dice:

DON JUAN

¡Ay, Aminta de mis ojos!
Mañana, sobre *virillas*
De tersa plata, estrellada
Con clavos de oro de Tíbar,
Pondrás los hermosos pies.
(Act. III, esc. VII.)

El mismo poeta, en *La celosa de sí misma*, hace que el lacayo Ventura diga á D. Melchor, que la dama que le ha cautivado llevaría

Chapín con vira de plata,
Crujiendo á ropa de seda.
(Act. I, esc. III.)

El Padre Fray Tomás Ramón, en su libro *Premática de reformación contra los detestables abusos de los afeites*, censurando el traje de excesiva gala que, para su clase, usaban algunas mujeres, decía: «Señor, que fulana lleva basquiña de raja, manto de soplillo, manguito ó regalillo y *chapines con vira de plata*.»

Los lazos ó *moños* eran otra de las cosas que había que notar en los chapines.

En la comedia *El ofensor de sí mismo*, de D. Diego de Monroy, dice el criado Senacho de una dama que

Chapines traía también
Y *moños* en los chapines.
¡Grande bobería es
Poner sobre la cabeza
Lo que tienen á los pies!
(Jor. II, esc. III.)

El criado Millán, en *La mal casada*, de Lope de Vega, pondera el pie que vió á cierta dama la bajar del coche, y dice:

No con más gallardete y banderola
La galera al salir la jarcia encubre,
Que el chapín, con *virillas* y *lazadas*,
Unas de *plata* y otras encarnadas.
(Act. II, esc. I.)

Pero lo más notable eran los tacones tan elevados que en los chapines se usaban.

Como eran tales, para que no pesasen demasiado é hiciesen por tanto incómodo el calzado, labraban los tacones de láminas de corcho sobrepuestas, y así se decía chapín de cuatro corchos, de seis corchos, etc., habiendo mujer que llevaba hasta doce, dando á los chapines una desmesurada altura.

Así en la novela ya citada *El Donado hablador* se dice de una dama que «salió sobre *media vara de chapines*, con sus virillas *de plata*, de un gran geme» *(Primera parte. Cap.* IV.)

En *Por el sótano y el torno*, del Padre Téllez, reprende doña Bernarda á otra dama, porque ha tropezado, por mirar á hurtadillas á su galán, y le dice:

D.ª BERNARDA. Llevas sin tiento los pies,
Por tropezar con los ojos:
¿De *tres corchos* de chapín
Caes? ¿Qué hicieras *de doce?*
(Act. II, esc. I.)

Por eso, sin duda, en *El celoso prudente* hace decir el mismo poeta á Gascón.

Chapines he visto yo,
De *corcho* y altura tanta,
Que á una enana hacen giganta.
(Act. III, esc. X.)

En cambio, aquella elevación dificultaba el andar á las mujeres, y por eso dijo algún malicioso que

Dió los chapines *el uso*
Porque no puedan correr,
Para alcanzarlas de presto (3).

(2) Según Lope, en su GATOMAQUIA, llevaba Zapaquilda en el sarao *chapines de tabí*. Cervantes pinta á Esperanza, en LA TÍA FINGIDA, con chapines de *terciopelo negro*; en *El villano en su rincón*, del citado Lope, dice Lisarda que siempre usó en la corte *dorado chapín*.

(3) En la ya citada comedia de Monroy *El ofensor de sí mismo*. Obsérvese que, como he dicho, aquí se emplea la palabra *uso*, en la acepción de *moda*, por ser aquélla la corriente en castellano.

Ya Benavente las había motejado en su entremés *El soldado*, con pretexto de los chapines y otros adornos, diciendo de ellas:

Vuestra ligereza
Se ve hasta en las galas:
Corchos en los pies,
En el cuerpo *paja* (1),
En los hombros *humo*,
Vidro en las gargantas;
En todo sois livianas,
Sólo en las condiciones sois pesadas.

Por cierto que Valencia debía tener fama para trabajar el calzado, pues en el *Quijote* de Fernández de Avellaneda, hablando el contrahecho héroe manchego, con don Alvaro de Tarfe, de que la mujer, para no tener defecto, debe ser de elevada estatura, dice: «aunque es verdad que esta falta muchas damas la remedian con *un palmo de chapín valenciano.*» (Cap. I.)

También *La Pícara Justina*, de Francisco López de Ubeda, bajo cuyo nombre parece se ocultó Fray Andrés Pérez, dice que se puso «unas chinelas *valencianas*, con unas medias lunas plateadas.» *(Segunda parte. Lib. II, cap. I.)*



DECAMERÓN, cuadro de Cassioli

La política de entonces autorizaba á los poderes públicos para dictar leyes, que hoy parecerían absurdas y contrarias al desarrollo de la riqueza del país. Tales eran las leyes suntuarias, tan repetidas en nuestros códigos, repetición que por lo menos demuestra que eran inútiles, pues no se guardaban por aquellos leales vasallos, y sobre todo por las vasallas.

(1) En lo de la paja alude á los grandes ahuecadores, llamados *guardainfantes*, que algunas rellenaban de paja. En lo de *humo* se refiere á los mantos llamados de *humo*, por la sutileza de las telas de que se hacían.

Así el Consejo de Castilla, por auto de 1639, prohibió á las mujeres que usasen las faldas de mucho ruedo, como los *verdugados*, cuando calzasen zapatos; y se lo consintió tan sólo llevando chapines, pero estos debían tener, por lo menos, *cinco dedos* de tacón. No anduvo parco el Real Consejo.

Cuando Felipe IV subió al trono, mancebo de diez y seis años, quiso, ó quisieron sus consejeros, que apareciese muy austero con ciertos abusos, y publicó su famosa *Pragmática de reformación de las costumbres*, de 11 de febrero de 1623.

Así hicieron los que le rodeaban, que aquel rey, tan galante después, se enconase principalmente con los usos, galas y afeites femeniles, y en dos ocasiones sobre todo se extremó aquel rigor.

Fué la una en 1621. La calle Mayor y Puerta de Guadalajara de la corte era donde estaban las tiendas ó *lonjas* de los mercaderes de más caudal, y allí tenían las suyas Martín Fernández, Josef de Ontiveros y Quintín Pueyro, norte y guía en aquel tiempo de las damas que presumían de tener la palma de la elegancia (2).

Aquellos joyeros, que en días de entradas de reyes y príncipes ostentaban para adorno de las fachadas de sus tiendas, los verdaderos tesoros que de plata, oro, piedras y telas ricas en ellas guardaban, no sólo vendían alhajas sino también todas aquellas chucherías y dijes que constituían el encanto de las mujeres y eran la pesadilla de padres, maridos y galanes.

Y contra esas lonjas se dirigieron las iras del muy alto Consejo de Castilla, porque seguramente alguno de aquellos graves consejeros habría visto demasiadamente embelesadas ante ellas, ó lo que todavía era peor, dentro de ellas, á sus señoras mujeres ó á sus hijas, y quién sabe si á alguna daifa del daca y toma, que sacase de sus casillas á tal cual severo magistrado, que todavía guardaba su alma en su almario.

(2) De estos mercaderes hace mención Francisco Santos, en su libro *El no importa de España*, y los cita entre los más famosos de Madrid.



ENTRADA DE PRIMAVERA, cuadro de Roberto Russ



RESURRECCIÓN DE LA H



IJA DE JAIRO, CUADRO DE ALBERTO KELLER



CIUDADANO DE CALAIS, fragmento del grupo de A. Rodin

Pero para mejor demostración, transcribiré un párrafo de cierta carta de 21 de octubre de 1621, que archivada se conserva en la Biblioteca Nacional (1).

Dice así: «Dióse rebato en las tiendas de los *joyeros* de la calle Mayor y Puerta de Guadalajara y sacóse por justicia todas las valonas, zapatillas bordadas, almillas, ligas, bandas, puntas, randas, abanillos, puños aderezados y otras galas de mujeres á este modo y otras cosas de que se les había avisado muchas veces por el Consejo que no surtiesen sus tiendas y en rebeldía hicieron los Alcaldes esta diligencia por orden del señor Presidente y aquella misma noche quemaron parte en la calle Mayor, avaluado en valor de muchos ducados, y dícese que será principio para grandes reformaciones en trajes, cuellos y vestidos, por ser cosa supérflua lo que en esto se pasa.»

En 1623, cuando salió en marzo la pragmática ya mentada, se llegó hasta quitar á las mujeres de los pies las virillas de plata de sus chapines (2), violencia que nuestro siglo ha visto repetir, cuando en las calles cortaron las *galgas* de los zapatos á las damas madrileñas.

Teresa, la mujer de Sancho Panza, en el Quijote de Cervantes, señaló bien la diferencia que en las clases sociales demostraba el calzado femenil, cuando dijo al futuro gobernador de la ínsula Barataria, hablando de la hija de ambos: «Eso no, Sancho, casadla con su igual, que es lo más acertado, que si de los *zuecos* la sacáis á *chapines*, y de saya parda de catorceno á verdugado y saboyana y de una Marica y un tú á una Doña Tal y señoría, no se ha de hallar la mochacha, etc.» (Part. II, cap. V.)

(1) Legajo X. – 157.
(2) Así lo refiere otra carta de 12 de marzo de 1623, conservada en el legajo citado.

Por cierto que Sancho Panza, una vez hecho gobernador, entre otras cosas «moderó el precio de todo calzado, principalmente el de los zapatos, por parecerle que corría con exorbitancia.» (Part. II, cap. LI.)

Calzar chapines era frase entonces equivalente á la moderna *vestir de largo*, porque las mujeres no usaban aquel calzado hasta que llegaban á la pubertad. Bartolomé Argensola escribió un soneto á doña María de Aragón, séptima duquesa de Villahermosa, cuando *saliendo de menina se calzó chapines*, y el festivo doctor Juan de Salinas dedicó unas décimas á doña Manuela de Alcázar, *cuando niña se puso chapines la primera vez*.

Mucho más pudiera escribir de chapines y ponlevíes, chinelas y zapatillas perfumadas con ámbar, pero sería dar extensión demasiada á este artículo, y pues de calzado se trata, hora es ya de darle por el pie.

JULIO MONREAL

AUGUSTO RODIN, notable escultor francés, autor del grupo *Ciudadanos de Calais*

Respetables motivos de delicadeza unidos á exigentes susceptibilidades nos impiden escribir la biografía de una persona viva: la existencia del que aun vive tiene derecho no sólo al respeto sino también al misterio. No hablaremos, pues, de la vida de Rodin; únicamente nos limitaremos á fijar en pocas líneas algunos rasgos sueltos de su genio potente é innovador.

Augusto Rodin nació en París en 1840, lo cual equivale á decir que en la actualidad se encuentra en la plenitud de sus fuerzas físicas y de sus facultades intelectuales. Muy joven entró en el taller de Barye, pero éste, como todos los maestros en quienes se agita el monstruo creador, no sabía enseñar. La juventud gusta de los gestos enérgicos, de las palabras sonoras, de la alegría; Barye era todo lo contrario, de aspecto tímido, silencioso y dado á la melancolía. Rodin abandonó, pues, muy pronto ese taller para entrar en el de Carrier Belleuse, capricho juvenil que al recordarlo hoy le sorprende y le entristece; mas no puede decirse que fuese alumno de ese artista, aunque hábil, amanerado y trivial, sino que fué desde luego su colaborador. Acontece algunas veces que en una estatuíta de Carrier á un torso sin vigor, de una elegancia floja y de una ejecución descuidada, van unidas unas piernas admirables; pues bien, estas piernas son de Rodin. Otras veces, cuando el torso es bello y las piernas feas, el torso es de Rodin y de Carrier las piernas. De esta suerte pagó aquél con su talento la hospitalidad que le dió este escultor belga cuyo nombre, según creo, ha quedado ya sepultado en el olvido y á quien se confió la ornamentación de la Bolsa de Bruselas: entre las figuras que componen esta decoración fácilmente se distinguen las que son obra de Rodin por lo que se diferencian de las demás: los ojos encariñados con la forma no se engañan, van hacia ellas como en un grupo de desconocidos van hacia el rostro amigo á quien vuelven á ver tras larga ausencia.

Augusto Rodin mientras trabajaba oscuramente en provecho ajeno no perdía el tiempo, sino que aprendía á vencer las dificultades del arte á que se había consagrado y fortalecía su espíritu. Dominado por el afán de conocer cuanto en este mundo vive y piensa y dotado de un profundo sentimiento de la naturaleza y de sus armonías, dábase á sí mismo una de las más sólidas educaciones que conozco por medio de asiduas y escogidas lecturas acompañadas de una reflexión continua y de una observación profunda. Sus amigos saben que debajo de la dulce, delicada y un si es no es astuta tranquilidad de su rostro se ocultan un alma ardiente, energías mentales poderosas y un organismo cerebral maravilloso y potente. No se limita á la investigación de la vida plástica, sino que del músculo se remonta al movimiento y de éste á la voluntad y á todos los fenómenos psíquicos que de la misma derivan. Y no podía ser otra cosa dada la obra que iba á emprender; porque Rodin habrá sido no sólo el más grande estatuario de su tiempo, sino también uno de los pensadores mejor iniciados en los secretos del alma humana y en los misterios de la vida; no sólo expresará la belleza de las formas sino que modelará los impulsos de la pasión y creará en sus obras el pensamiento. Más aún; valiéndose de un pedazo de barro, de cera, de bronce ó de mármol nos presentará, por medio de geniales concepciones metafísicas, la dolorosa síntesis del estado del alma contemporánea.

La primera figura que envía al Salón es *La edad de bronce*. ¡Bella obra! Algunos fragmentos de la misma son más que bellos, son admirables, tanto que el jurado no puede creer que se encuentra en presencia de una obra de arte y neciamente deduce que se trata de un vaciado hecho sobre el natural. El equilibrio del cuerpo, la posición de los brazos acusan, sin embargo, reminiscencias del arte antiguo; ¿qué importa? El jurado no quiere admitir que un estatuario para él desconocido, sea capaz de poseer tal ciencia; además, entre estas gentes del oficio nadie sabe que el vaciado sobre el natural sólo da una impresión de carnes muertas, de líneas frías. Augusto Rodin no tiene que hacer grandes esfuerzos para justificarse, y hecho público el asunto su nombre empieza á llamar la atención; si las hostilidades no escasean, tampoco faltan los defensores y Rodin sale poco á poco de la oscuridad en que hasta entonces ha vivido.

Viene luego un *San Juan Bautista predicando*: en él rompe el estatuario con la tradición, y su arte, apasionado por lo natural y lo humano, su arte, iniciador de formas y de actitudes, se afirma con irresistible elocuencia. Su San Juan es tal como lo había concebido Gustavo Flaubert: una especie de anacoreta salvaje, de vigorosa osamenta, descarnado por las fatigas y los ayunos, cuyos ijares se ahuecan, cuyos riñones se hunden y cuyo torso de gladiador enflaquecido muestra el armazón dolorido y atormentado. Anda á zancadas y su cuerpo derecho y rígido se apoya en unas piernas nerviosas y en unos pies secos que los guijarros y las arenas ardientes del camino han endurecido; y predicando del mismo modo que se lucha, lanza con violento ademán el terrible anatema. Su rostro refleja todos los fulgores místicos, su boca vomita imprecaciones. Mas á pesar de todas estas excelencias, apenas se hace caso de esta obra maestra: París la ve y no la mira; en Londres, en donde es expuesta, por lo menos se la discute.

Pero he aquí que sucesivamente van apareciendo admirables bustos y el



FRAGMENTO DE LA PUERTA DEL PALACIO DE ARTES DECORATIVAS, esculpida por A. Rodin

público se ve obligado á detenerse delante de rostros conocidos ó populares reproducidos por el artista con una intensidad de vida sorprendente que pone de manifiesto el alma del personaje retratado. El primero que surge es Víctor Hugo, anciano y ya próximo á bajar al sepulcro: fisonomía profundamente expresiva en cuyos menores detalles se refleja la luz de aquella inteligencia colosal y fulgurante para la cual parece sobrado estrecho el espacio de un cráneo humano, desfigurado por las sacudidas y por los formidables empujes del genio que aprisiona. Esta es la única imagen del poeta que interpreta fielmente toda la fuerza, toda la inspiración luminosa que se ocultaban detrás de aquella frente á la vez serena como un cielo y agitada como un mar tempestuoso y sólo en ella encontramos la extraña expresión de fauno que se dibujaba siempre en la contraída boca del venerable anciano. Aparece luego Rochefort con su hermosa testa de César romano envilecida por un grotesco tupé de clown; toda la historia del libelista está condensada en ese pedazo de

EL BESO, grupo escultórico de A. Rodin

barro extraordinario que el capricho del modelo tuvo largo tiempo sin terminar; la frente indica la audacia y las inquietudes de una vida aventurera, la jactancia ríe, gesticula y se retuerce en unos labios cuya doble expresión de malignidad y de indiferencia se extingue entre los pliegues blandos y satisfechos de los mofletes, los ojos despiden reflejos oblicuos, inciertos, vacilantes... Síguele más tarde M. Dalou, fisonomía nerviosa y agitada, en donde se confunden la astucia y la nobleza y cuyo perfil de intachable curva, atrevido, altanero, porfiado, corta como afilada hoja de acero... Y viene después toda la serie de bustos femeninos, figuras inolvidables, vivientes poemas marcados en su tentador modernismo con el enigma eterno y que cantan en una maravillosa sinfonía de la carne el ensueño que hincha las nacientes gargantas ó que surge de la anómala belleza de las nucas.

Esta vez el público no tiene más remedio que admirar, y si bien no acierta á comprender los esfuerzos y el arte conquistador que esas obras revelan, siéntese, al menos, atraído por un encanto sensual, por sacudidas de emociones físicas que á su pesar vencen y subyugan su acostumbrada inercia mental.

Corre en aquellos días la voz de que Augusto Rodin está trabajando en una puerta colosal que le ha sido encargada con destino al Palacio de Artes decorativas y cuya descripción corre de boca en boca antes de que el artista haya elegido la forma y determinado la disposición que habrá de tener, y se hace de dominio público que los asuntos que en ella se desarrollan están tomados del *Infierno* del Dante. En torno de esa empresa gran diosa créase una verdadera agitación que sube de punto á medida que se van conociendo algunos fragmentos aquí y allí diseminados: de cuando en cuando, aparecen en exposiciones libres pequeños grupos, diminutas figuras animadas por una pasión extraña, nuevas por su expresión y por sus actitudes y ajustadas á un simbolismo violento que desvían al público de sus gustos tradicionales por lo *bonito* estúpido y por lo insignificante: todo un mundo de sufrimiento y de voluptuosidad aullando al contacto del látigo de las lujurias y arrojándose desesperadamente á la nada de las posesiones carnales, á los salvajes vínculos de condenados amores y de besos infames. Los cuerpos, estigmatizados con el mal originario, con el mal de vivir, y presas de la fatalidad y del dolor se buscan, se persiguen, se enlazan, se penetran en sus espasmos y mordeduras y de nuevo caen extenuados, manchados, vencidos, en esta lucha eterna de la bestia humana contra el insaciable y mortífero ideal. Lo que causa viva y penosa impresión en las figuras de Rodin es que mucho más que la lucha feroz de los sexos aparece en ellas representada trágicamente la lucha de las almas que en vano se resisten contra el sufrimiento de la negación moderna y del enervado cansancio de las aspiraciones jamás logradas. Si esas figuras nos conmueven tan violentamente es porque en ellas nos vemos reproducidos, porque en ellas miramos retratados nuestros propios desencantos, porque ellas son, según una frase feliz de Mr. Stephane Mallarmé, «nuestros doloridos camaradas».

¿Hablaré del grupo de los *Ciudadanos de Calais* actualmente expuesto en las galerías de la calle de Seze? Menester sería disponer de mucho espacio para poder dar una idea de este drama humano en que va mezclada una admirable visión histórica. Todo es digno de ser estudiado, retenido y admirado en esa obra magnífica, la más completamente bella de cuantas ha producido la escultura francesa por la original sencillez de su disposición, por la exuberancia de vida que de ella se desborda, por la trágica majestad que toda ella respira. En la plaza pública de la ciudad sitiada y acosada por el hambre han deliberado seis ciudadanos; han hecho el sacrificio de su vida y van á entregarse al rey de Inglaterra: he aquí todo el argumento de la obra. Ninguna complicación, ningún cuidado por el agrupamiento escénico, por el arabesco; ninguna alegoría, ningún atributo de los tan en boga entre escultores pobres de ideas para expresar la ilusión de éstas: sólo actitudes, expresiones, estados del alma. Los ciudadanos se van. Y á pesar de esto el drama conmueve. No conozco en ningún arte una evocación de almas que más atraiga y cautive: únicamente, quizás, Michelet tuvo algunas veces esas visiones que iluminan los abismos en que yacen los siglos muertos.

No he podido dar más que una noción incompleta y apenas inteligible de la obra ya tan considerable de Augusto Rodin y por él proseguida con entusiasmo y pasión cada día creciente. Terminaré con las siguientes líneas escritas en 1817 por Stendhal en su *Historia de la pintura en Italia:* «Si en nuestros días de luz existiera un Miguel Angel ¿á dónde no llegaría? ¿qué torrente de sensaciones y goces nuevos no derramaría sobre un público tan bien preparado por el teatro y la novela? ¡Quizás crearía una escultura moderna! ¡quizás obligaría á este arte á expresar las pasiones! Por lo menos, Miguel Angel haría que la escultura expresara los estados del alma».

Stendhal anunciaba, al expresarse así, el advenimiento de Augusto Rodin. ¿Lo presentía tan grande el que admiró á Canova?

OCTAVIO MIRBEAU

(De la *Revue Ilustrée*)



BUSTO DE M. JUAN P. LAURENS, por A. Rodin

LAS MUJERES QUE TRABAJAN

En la mujer, como en todas las cosas, hay tres puntos cardinales: los dos extremos y el *justo medio*. En las altas clases sociales y en la cúspide de la clase media, en ese mundo dorado y brillante, que habita en mansiones suntuosas, que se reclina en los almohadones de Binder, que aspira los perfumes del opoponax, que bebe el rubí desleído en el Borgoña y el rayo del sol poniente en el Jerez ó en el *Champagne;* la mujer generalmente vive ociosa, ocupada solamente en dar mayor realce á sus atractivos.

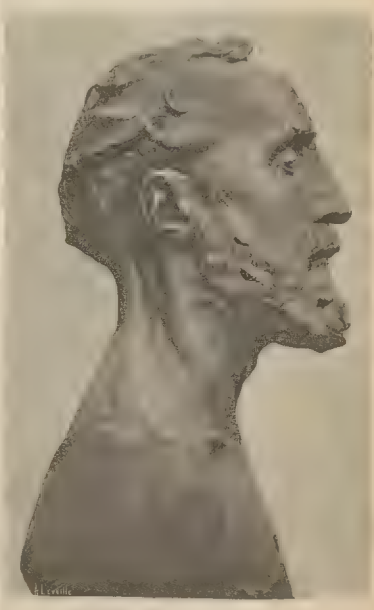
Claro está que en el orden material y aun moral, hasta cierto punto, esta clase de mujeres es la más deslumbrante y apetitosa. El lujo de que se rodea la sirve como de un nimbo esplendoroso, las delicadezas femeniles adquieren mayor relieve, y la mujer es más que hermosa, es punto de intersección de la felicidad á que aspira el hombre.

En esas clases sociales, la mujer admirada y continuamente requerida, afina su entendimiento, y se reviste de todas sus armas para ganar las más victorias posibles. La ociosidad multiplica sus deseos, y por lo general, es lo menos hija, lo menos esposa, lo menos madre posible: es sólo mujer.

Acostumbrada á que todo el mundo se fije en ella, vive para los demás. Para ella no existe el hogar, propiamente dicho, puesto que su casa es sólo como una tienda de campaña en donde descansa de los placeres exteriores de la vida. Su existencia es una continua excitación de los sentidos en la que la mayor parte de las veces se gastan las fibras íntimas y sensibles del corazón.

Los devaneos de esta clase de mujeres, á veces se asemejan á pasiones. A veces ofrecen rasgos extraordinarios, y hasta cometen crímenes que parecen hijos de la energía del sentimiento. A veces también una mujer del gran mundo le sorprende con resoluciones extremas: se retrae de él, y hasta se encierra en un convento; pero en la mayor parte de los casos, estos movimientos obedecen más al hastío ó al orgullo, que á la verdadera sensibilidad: es una exhibición más que toma distinto carácter.

Bajo el punto de vista de la estética, esta clase de mujeres son pues superiores. Conservan largo tiempo los



BUSTO DE M. DALOU, por A. Rodin


CIUDADANO DE CALAIS, fragmento del grupo de A. Rodin

rasgos salientes de su belleza, y los perfiles de ésta son más acabados. Sólo en estas mujeres se hallan las filigranas elegantes que son complemento de su sexo: las manos blancas y delicadas, los pies de líneas esculturales, las cabelleras opulentas y sostenidas á fuerza de cuidados y los atractivos de la imaginación y de la palabra refinadas por el uso constante.

Pero con estas mujeres que están en la cúspide de la sociedad, sucede lo que con la nieve, que deslumbra y enfría.

Dice un filósofo:

«La idea más grande predicada en el mundo ha sido la de la emancipación de la mujer; pero la emancipación de la mujer tal como la explicó Jesús de Nazaret, bebiendo en el cántaro de la extranjera samaritana, conversando en instructiva plática con María, mientras Marta se afanaba en los quehaceres de la casa; dejándose ungir por Magdalena la cortesana; defendiendo á la adúltera contra los hipócritas que la condenaban.

»Reputamos infames las costumbres de los pueblos que hacen á sus mujeres cultivar los campos y que las dedican á todas las faenas de la industria y del comercio. De todos los seres creados, el hombre es el único que pide á su hembra cooperación en el trabajo para procurarse el sustento: á la mujer, ente delicado, impresionable, dotado, sí, de gran pasibilidad para sufrir las contingencias de la reproducción y crianza de su especie, pero incapaz de sobrellevar las fatigas de la fuerza bruta y de la labor activa.

»La mujer debe ser como una cuerda, que para que resulte armoniosa, debe estar templada en su punto: si se sale de él no suena, ó suena mal, ó estalla»...

Los anteriores párrafos se refieren á esa clase de mujeres, que no sólo en los pueblos salvajes, sino que también en los países más civilizados trabajan rudamente; ofreciendo en estos últimos un contrasentido más incomprensible. En Africa, en el extremo norte y en muchas comarcas del Asia y de la Oceanía, todas las mujeres son exclusivamente hembras para la reproducción de la especie, pero *compañeros*, digámoslo así, del hombre para procurarse la subsistencia que comparten. Aunque contrario á las leyes de la naturaleza, esto es explicable; pero ¿cómo comprender que en el mundo civilizado haya tanta desigualdad en la suerte de la mujer?

Unas ociosas enteramente, elevadas sobre un pedestal á cuyo pie se consumen riquezas y pasiones: otras como en Alemania, las provincias Vascas y muchas más localidades, sujetas á las faenas del gañán y de la bestia de carga: ¿es esto comprensible?

Aun en las grandes poblaciones, la mujer se ve reducida á las más rudas faenas, que acortan su vida: expuesta al rigor de los elementos, mal alimentada, y sobrellevando dos cargas; las propias del hombre y las anexas á su sexo. El oficio del lavado de la ropa á brazo, al lado del agua, que es casi exclusivo de la mujer, constituye una ocupación peligrosa para su organismo, y una aberración rutinaria en la civilización moderna.

Como esta tarea podría citar muchas á cual más nocivas. La mujer pobre es la esclava actual. Como se descuida su instrucción, no puede salirse de su esfera. Aunque tenga el don de la hermosura, ésta, acompañada de inteligencia ruda ó sin cultivar, sólo sirve para caer en el vicio ínfimo y degradante, que en breve tiempo la sume en la miseria anticipando la vejez.

He mencionado los dos polos opuestos femeninos: los dos puntos cardinales, cuyos extremos se tocan á veces.

Voy á ocuparme del punto central, del *justo medio*, tan baqueteado por los filósofos de ciertas escuelas, y por las escuelas políticas extremas.

Porque después de torturar la imaginación, buscando las fuentes del bien y del mal; no obstante las declamaciones demagógicas y comunistas, no hay más remedio que apoyarse en el *justo medio* para encontrar la posible perfección.

El *omnia extrema*... será siempre un axioma incontrovertible.

El *justo medio* de la mujer, en la sociedad actual, es la mujer que trabaja en faenas no extremadas y penosas, sino en las que se adaptan á su naturaleza.

La mujer ociosa gasta su corazón y sus sentidos, la mujer ocupada en trabajos rudos y varoniles pierde su delicadeza nativa y se convierte en un ser híbrido.

Entre estos dos polos opuestos, existe la mujer que se atarea moderadamente, que se apoya en el trabajo para encauzar su imaginación, propensa á desbordarse, que siente la satisfacción de ser útil á sí propia y á los demás, que conserva la fuerza de corazón, de que no abusa, y las impresiones del placer en el que no se extralimita.

Sólo esta clase de mujeres pueden proporcionar al hombre la verdadera felicidad, en la relación de los sexos; únicamente esta clase de mujeres ofrecen garantías de ser buenas hijas, esposas y madres.

El trabajo las ennoblece sin ajar su belleza, ni gastar sus sensaciones. La propia estimación, las preserva de los peligros del mundo. Si se unen á un hombre honrado y trabajador, están á su nivel; si tropiezan con un compañero inútil ó vicioso, son sus superiores, y en medio de sus tristezas, sienten las satisfacciones del sacrificio.

Las múltiples exigencias de la civilización moderna han hecho surgir esta clase de mujeres. En la antigüedad y en la edad media, casi no se conocían más que dos tipos femeninos: la señora y la sierva. La primera enteramente ociosa en Oriente, en Grecia y en Roma, y sólo ligeramente ocupada en improductivas tareas en los siglos medios: la segunda afanada duramente en servir á sus señores, reducida casi á cosa, sin esperanzas de salir de su estado, sin casi sentir las expansiones del amor y la maternidad; puesto que era sólo un instrumento de reproducción, que no podía constituir familia.

¡Costureras en casa ó ambulantes, peinadoras, planchadoras, ribeteadoras, bordadoras, modistas: yo os saludo!

Vosotras sois las hadas de este siglo, los genios de *las mil y una noches* que se suceden incesantemente en los mundos de la elegancia. Como las napeas que depuran las aguas corrientes, como las hamadríadas que pulen y entretejen las plantas y las frondas, como los gnomos que sazonan las semillas de la tierra, como los limax, que envueltos en la niebla separan de ésta las materias impuras, como las salamandras que encienden las partículas ígneas; vosotras, modestas y silenciosas, contribuís á la cultura y belleza del mundo. Puede decirse que sin vosotras no habría hermosura y elegancia. Vuestra rara inventiva, vuestro asiduo trabajo, vuestros lindos dedos, crean esas maravillas que luego describen tan minuciosamente los cronistas de los salones.

Estáis en contacto con ese mundo de oro y de fango, sin contaminaros de sus impurezas. No ostentáis galas deslumbrantes, no lucís aderezos heredados, pero tenéis la satisfacción de que todo cuanto poseéis es producto de vuestro trabajo. El traje de cretona, el *fichú* que ciñe vuestro cuerpo, la púa ó el alfiler que se clava en vuestros cabellos, el mantón que os abriga, y hasta el zapatito que os calza, muchas veces es obra vuestra.

Tenéis la alegría que proporciona el deber cumplido, los contrastes del placer y del trabajo, la conciencia de vuestra fuerza que es origen de la virtud. Pasáis con compasivo desdén al lado de esas mujeres vendidas al amor sensual, os rozáis sin envidia con esas reinas ociosas de la moda: no tenéis como aquéllas el hospital ó la galera por porvenir; no sentís como éstas el hastío y la decepción; gozáis de los deliquios del amor sin sus extravíos, y vuestra existencia se desliza como una mansa corriente que sortea los escollos y las sirtes.

¿No da gozo ver las calles de París ó de Madrid cuando suenan las ocho de la noche? cuando *las mujeres que trabajan* suspenden sus faenas, y cruzan por todas partes alegres y satisfechas del empleo del día? Sus pies desentumecidos del trabajo sedentario, apenas tocan la tierra, su talle se cimbrea como una palmera que ha dado valiosos frutos, y sus ojos están llenos de promesas de amor honrado.

Andan de prisa, porque están alegres, y las esperan. Las esperan sus familias de las que son contento y sostén, ó tal vez alguno que murmura á su oído dulces frases de amor.

¡Oh! entonces ¡qué expansiones tan completamente gozadas, qué paréntesis tan sabroso de las cuotidianas tareas, qué días de fiesta tan halagüeños aprovechados en el Parque de Madrid, en el baile Felipe, en las riberas del Marne ó en el jardín Boulier! Estos placeres son gratos porque son justos y merecidos, y no dejan zozobra en la conciencia.

Encajeras, planchadoras, ribeteadoras, costureras, en los tiempos pasados os hallabais escondidas como nebulosas, pero en el siglo XIX habéis aparecido como una pléyade de brillantes estrellas.

Tenéis un mismo padre: el trabajo. Descendéis de una misma madre: la modista...

¡Oh! ¡la modista! Temo ocuparme de ella: de ese conjunto tan raro de aire y de fuego, aéreo, *inasible*, volátil, indefinible como la luz, escurridizo como la anguila, con más facetas que un diamante y tan duro como éste á la apreciación psicológica.

Ante todo protesto y digo que no entiendo ni alcanzo la razón en qué se funda ese tono ligero y hasta sarcás


BUSTO DE M. LEGROS, por A. Rodin



LA EDAD DE PIEDRA, cuadro de Cormon. Agua fuerte de Lecouteaux (Exposición decenal de Bellas Artes en París)

tico á veces, en que se ha escrito y hablado de la modista, cuando ésta, según mi leal saber y entender, es uno de los tipos más beneméritos y hasta magnánimos de todo el sexo femenino.

¿Quién hallará mujer fuerte? ha dicho Calderón, y yo contestaré: cualquiera que ha tropezado con una modista. Porque la modista, además de vencer las contingencias de la vida, se vence á sí misma: quiero decir que lucha contra su temperamento y aficiones. Su cabeza la eleva á los devaneos y distinciones sociales, con los que está en perpetuo contacto; su buen juicio la retiene en el límite de sus deberes.

Sus merecimientos son mayores, por cuanto son más grandes sus luchas y sus victorias. Tiene la indolencia nativa de la gran señora y la imaginación extraviada y exuberante de la *cocotte;* y sin embargo trabaja.

¿Puede pedirse más sacrificio y abnegación?

He dicho que la modista es madre y generadora de *las mujeres que trabajan* en oficios adecuados á su sexo, porque aquélla, en la verdadera y genuina expresión de la palabra, comenzó á diseñarse allí por los tiempos de Goya y de D. Ramón de la Cruz, pues aunque en los anteriores seguramente habría damas que no se confeccionasen sus trajes y se hicieran sus camisas, como la Reina Isabel la Católica, la ocupación de la modista no constituía un oficio (arte, ustedes perdonen) con establecimiento abierto, maestras, oficialas, aprendizas y demás zarandajas.

De la población de los barrios llamados en Madrid *bajos*, aunque estén tan en alto como el de Maravillas, nacieron dos tipos que han adquirido cierta celebridad: la manola y la modista. El primero se ha extinguido como los animales antediluvianos; el segundo existe como todo lo útil unido á lo bello. Manola y modista, ambas hijas del pueblo y teniendo que ganarse más ó menos el sustento, debían procurársele según la aptitud de cada una de ellas. Aquélla, más ruda, más fuerte, más despreocupada, se dedicaba á tareas materialmente trabajosas; ésta, más delicada é inteligente, á ocupaciones sedentarias y más en armonía con su organización.

De aquí el antagonismo entre ambas, ó mejor dicho, por parte de la primera.

Hasta hace algunos años la población ínfima de Madrid se ha singularizado por su antipatía hacia las clases más elevadas, y desgraciados el *señor de levita* ó *la señora de gorro*, que se aventuraban á transitar por las calles de Embajadores, Sombrerete ó Peña de Francia, pues corrían riesgo de sufrir un peñascazo en la cabeza ó por lo menos una silba parecida á la que propinaron al general Murat en la Puerta del Sol, el día 1.º de mayo de 1808. El pueblo bajo de la Corte de España se distinguió también entre los demás de la Península por su odio á todo lo extranjero, y como el gorro (ó sea sombrero de señora) tenía esta procedencia, y como entonces á la confeccionadora del gorro llamábase la modista, de aquí la aversión hacia esta inocente clase, para la cual eran los barrios extremos tan peligrosos, como la barra de Sanlúcar para las embarcaciones.

Los escritores populares siempre han basado sus chistes en el halago de los instintos del pueblo; por tanto no me extraña que D. Ramón de la Cruz en un sainete: *Las castañeras picadas*, pusiese en boca de una de sus protagonistas los siguientes versos:

Conforme otras holgazanas
Se dedican á modistas,
Nosotras á asar castañas.

¿Holgazanas las modistas ¡válgame Dios! cuando son las que tienen el trabajo más transparente?

Una gran parte de *las mujeres que trabajan* lo hacen en la vida privada, como las que cosen guantes, las encajeras, las costureras á domicilio y las peinadoras; pero las modistas y muchas planchadoras con tienda practican públicamente sus faenas, y da gloria ver á través de cristales, esas lindas manos golpeando camisas ó enaguas, ó bien manejando la aguja en corro á lo largo de un mostrador. Esos grupos de jóvenes, conteniendo risas inocentes, ó lanzando hacia la calle furtivas miradas, esa aguja veloz, esas puntadas incesantes, esa imaginación reprimida por el deber; representan el trabajo honrado, la familia alimentada y la salud del alma y del cuerpo.

En los tiempos de D. Ramón de la Cruz, cuando no había tertulianas de café, discípulas del Conservatorio, ni hijas de víctimas de Gandesa ó de cualquiera otra parte, la holgazanería podía disfrazarse de costurera para ocultar su haraganería y los turbios manantiales de su vida; pero ahora la ciencia social ha adelantado, los géneros están clasificados en familias, se conoce el género corista, conservatorio, cuco, pupilero y otros innumerables, más ó menos oscuros, antípodas del de las mujeres que verdaderamente trabajan y que parece como que llevan un fanal en la frente.

Pero ¡cosa rara! estas beneméritas mujeres, por lo general jóvenes, han variado de idiosincrasia en su parte exterior. Antes, todas las que se dedicaban á labores de mano, tenían tendencias á vestir con elegancia: usaban mantillas, velitos de ilusión y hasta sombreros, calzaban guantes y ceñíanse al cuerpo abrigos de corte distingüido: hoy la clase ha declinado: salvas algunas excepciones, hase democratizado.

Domina el tipo chulesco. Grandes mantones ceñidos, faldas con conatos de cola, y hasta pañuelo á la cabeza.

¿A qué se debe esa trasformación?

Si bien es verdad la ha habido en todas las clases. Aun recuerdo cuando en Madrid hasta los aprendices de zapatero usaban sombrero de copa, mientras que en la actualidad, hay grandes de España que guían troncos de sangre pura, cubiertos con el popular *hongo*.

¿Habrá comenzado por el traje la igualdad humana?

Afortunadamente las mujeres, si son bonitas, lo son á pesar de todas las extravagancias; de no, ¿cómo podrían verse, sin espanto, las visiones que, en forma de sombrero, se ponen á la cabeza? esas torres blindadas, esos promontorios de cintas, flores y hasta legumbres? Todavía me acuerdo de la época del miriñaque (Q. E. P. D.). ¿Hase soñado una cosa más antiestética? Las mujeres parecían campanas, y sin embargo nos encantaban.

El miriñaque me hace comprender la siguiente frase de un filósofo amigo mío:

«La mujer no es bonita: nos lo parece. Nuestras miradas la prestan atractivos ficticios.»

¡Mujeres que trabajáis, vuelvo á saludaros con efusión! Seguid esa senda por donde marcháis derechas á la felicidad y al... matrimonio. Si todas fuesen como vosotras, habría menos célibes, porque vosotras no sois carga, sino paladión del hombre. Vosotras con vuestro trabajo encendéis la lumbre del hogar doméstico, y con vuestras honestas y no gastadas caricias la llama del corazón.

Dais vuestra ternura espontáneamente y sin ningún fin avieso. Cuando el hombre se civilice y os conozca á fondo, sólo os buscará á vosotras despreciando á las mujeres ociosas y á las mujeres vendidas.

Porque con razón, después de haberos estudiado profundamente, un gran novelista y pensador ha añadido esta bienaventuranza á las ya conocidas:

«¡Bienaventuradas *las mujeres que trabajan*, porque de ellas es el reino del amor!»

Jacinto Escobar

Imp. de Montaner y Simón



AÑO VIII — BARCELONA 7 DE OCTUBRE DE 1889 — NÚM. 406

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



TOMÁS ALVA EDISON, célebre electricista Norte-Americano

SUMARIO

-

NUESTROS GRABADOS

TOMÁS ALVA EDISON
célebre electricista Norte-Americano

(*véase el artículo*)

FELICITACION AL PRÍNCIPE HEREDERO
cuadro de Juan Lulvés

La corte se ha reunido para felicitar al príncipe heredero que si algún día habrá de ceñir la corona, hoy por hoy no tiene más trono que los brazos de su ama. Si se tratara de un rey hecho y derecho no mostraran los aduladores palaciegos mayor acatamiento que el que rinden al tierno infante, que no puede siquiera agradecerlo porque no lo comprende todavía. Terminada la recepción, no tendrán los cortesanos pasto para su cotidiana comidilla pretendiendo unos adivinar la promesa tácita de regios favores en la graciosa mirada del monarca, buscando otros explicación plausible al torvo ceño con que el soberano correspondió á su profunda reverencia: de la sonrisa ó de la gravedad del príncipe no depende la tranquilidad de ninguna potencia, en su mano no está alterar la paz de Europa; la expresión del rostro del infante no tiene aún importancia sintomática de favor ni de desagrado. Y sin embargo las linajudas damas, los grandes del reino, los altos funcionarios palatinos y los representantes diplomáticos de las naciones extranjeras doblan respetuosamente la cerviz delante del tierno vástago de la dinastía reinante, aun antes de que tenga en sus manos la potestad mágica de distribuir mercedes á cambio de sumisiones más ó menos sinceras.

¡Cuán bien retratada en una sola escena toda la corte de los dos últimos Enriques de Francia y de Navarra!

Lulvés conoce esta época histórica como pocos y la reproduce como ninguno. Francés de origen, pues nació en Mulhouse (Alsacia) en 1834, después de haber ejercido la carrera de ingeniero en Francia, Bélgica y Alemania, adoptó en 1861 la nacionalidad alemana y desde el siguiente año se consagró con verdadera pasión á la pintura, recibiendo las lecciones de Carlos Steffeck. Muy pronto tomóle el pintor ruso Moller por colaborador y juntos decoraron el salón del trono del Kremlín de Moscou. De Rusia pasó á residir en Berlín en donde debutó con sus «Coraceros de Napoleón,» dedicándose muy luego al género histórico en que ha sido maestro sin rival el pintor parisién Comte y cuyos asuntos están tomados de la corte y del pueblo franceses de la segunda mitad del siglo décimosexto. En los últimos años, Lulvés ha ensanchado la esfera de su acción pintando retratos, cuadros de género, animales, etc.

El cuadro que reproducimos fué muy celebrado en la Exposición Artística de la Academia de Berlín de 1884.

LA PEQUEÑA LECTORA, cuadro de E. J. Laurent

La escena se desarrolla en una humilde choza de Bretaña, de ese departamento francés, el más aferrado á las antiguas tradiciones, en donde tienen la religión y la monarquía legitimista sus más hondas raíces y en donde el aficionado á leyendas y costumbres populares de remotos tiempos encuentra rico botín para sus colecciones *folkloristas*. Una anciana de fisonomía bondadosa ha suspendido su faena para escuchar las noticias que de un diario de París le lee su nietecita. He aquí lo que vería en el cuadro quien sólo superficialmente lo mirara.

Pero ¿no dice algo más que esto la hermosa pintura de Laurent? En nuestro concepto, sí; para nosotros no es esta una simple escena íntima de familia sino que con ser aparentemente tan limitada constituye la reproducción de la página eternamente repetida de la historia de la humanidad, es la representación de la incesante marcha del progreso. La ancianidad pendiente de los labios de la niñez, la rueca vencida por el periódico simbolizan el contraste entre el pasado y el presente.

Para tratar este asunto, Laurent ha sabido prescindir de los tan gastados moldes que suelen acumular sobre lo que fué todo género de imperfecciones y presentar lo que es como quinta esencia de lo perfecto. El famoso pintor parisién ha querido que el pasado aparezca á nuestra vista con todos los atractivos que le dan derecho á nuestro respeto y el presente como un peldaño más alto sí, pero al fin peldaño, de la escala infinita por donde asciende el hombre movido por irresistible impulso hacia la perfección. ¿Cómo lo ha conseguido? Pintando por un lado una anciana de rostro tan simpático como inteligente que no sabe leer y por otro una niña que lleva la viveza escrita en el semblante y que conoce aunque no domina el arte de la lectura.

EL LABORATORIO DE EDISON PARA LOS EXPERIMENTOS FONÉTICOS, en Menlo Park

El cuadro de Laurent es uno de los múltiples aspectos en que se nos ofrece el eterno *¡excelsior!* es un *memento* á la humanidad para que, no olvidando que el presente de hoy no tardará en convertirse en pasado, continúe sin desfallecimientos pero también sin soberbia la obra que las edades que fueron le transmitieron y que á su vez habrá de transmitir á las edades que serán.

A esta belleza de fondo del cuadro de Laurent corresponden perfectamente las innumerables bellezas de forma. ¿Se trata de naturalidad? ahí están las actitudes de las dos figuras; ¿se busca expresión? no hay más que fijarse en las caras de la niña y de la anciana; ¿se quiere corrección de dibujo? tiéndase la mirada por el lienzo todo, que mucho hay en él que admirar bajo este concepto.

De lo único que no podemos formarnos cabal idea es del colorido; y sin embargo lo presentimos, sea porque conozcamos la escuela á que pertenece el autor de *La pequeña lectora*, sea porque nos lo hace adivinar el magnífico grabado de Baude, de ese artista que ha obtenido tres medallas en el Salón de París y cuyas obras están, por ende, fuera de concurso, es decir que no pueden ser rechazadas por el Jurado.

LA PIPA DEL ABUELO
cuadro de G. Jakobides

El pobre viejo se dejó olvidada la flamante pipa y el travieso chiquillo, aprovechando el descuido, está ahí chupa que te chupa, ó mejor sopla que te sopla creyendo, como todos los niños, que el fumar consiste simplemente en hacer humo. Por fortuna con la pipa no quedaron olvidados el tabaco y los fósforos, que de lo contrario es de suponer que el rapazuelo no estaría á estas horas tan contento y satisfecho echándoselas de hombre. ¡Con cuánta impaciencia espera el momento de serlo de veras! ¡Pobre niño! Pregúntale á tu abuelo y él te podrá decir mejor que nadie que hay una ilusión superior á la que la infancia siente por llegar á la pubertad y es la que siente la ancianidad por volver á la niñez, con la diferencia de que aquélla casi siempre se realiza al paso que ésta pertenece á la categoría de los ensueños desesperantes, porque su realización es imposible.

TOMAS ALVA EDISON

Imaginad á un hombre de 1830, á uno de aquellos que profetizaban el mal éxito de los ferrocarriles, volviendo del otro mundo y viéndose colocado, sin explicación previa, delante de una placa telefónica por medio de la cual conversara con un belga ó con un marsellés. Fácil es adivinar el estupor que de él se apoderaría. Abusando de su sorpresa no costaría gran trabajo hacerle creer que un hechicero árabe, dormido desde hacía mil años, despertó de pronto, hace poco, é imaginó ese nuevo sistema de correspondencia oral y que, no contento con ello, inventó una especie de caja misteriosa dentro de la que pueden aprisionarse las sílabas, las palabras y los verbos, ni más ni menos que se encierra á los pájaros en una jaula, y encontró el medio de tenerles en ella callados ó hacerles cantar á su voluntad haciéndoles, gracias á este secuestro, eternos, tanto que dentro de mil años dejarán oir sus gorjeos de hoy á menos que para tan larga fecha se haya perdido el secreto de sacarles de su forzado silencio.

Ese político, ese industrial de 1830 se quedaría como quien ve visiones y daría en sospechar, con el escepticismo volteriano tan en boga en su tiempo, que el universo entero se había vuelto loco. Y ¿qué pensaría si se le dijera además muy formalmente que este mago tomado de las Mil y una Noches, este encantador de cuento árabe se apercibe á dar al mundo una lámpara mucho más maravillosa que la de Aladino, una lámpara que permitirá ver á los ausentes á cien ó á doscientas leguas de distancia de modo que mientras hablarán y sus palabras serán transmitidas por un primer aparato mágico y registradas *per in eternum* en una segunda caja misteriosa, sus gestos y sus fisonomías se iluminarán de repente delante de su interlocutor haciéndole sentir la impresión de presencia real producida por seres remotamente apartados?

No lo dudéis; el hombre de 1830 (y conste que me refiero á un hombre corriente no á un espíritu romántico) se desmayaría y pediría que se le condujera nuevamente al sepulcro prefiriendo el reposo de la tumba á las febriles agitaciones de la enajenación mental.

Pues bien, nosotros presenciamos sin enloquecer pero poseídos de una admiración sin límites las maravillas que nos ofrece ese mágico de las Mil y una Noches, ese rey de los genios, ese milagroso encantador que se llama Tomás Alva Edison. ¡Cuán bien sienta ese nombre patronímico de Alva por su extraña estructura y por su sonoridad dulce al poeta de la electricidad cuyo apellido Edison suena luego conciso y claro como una toma de posesión del mundo material!

La vida misma de Tomás Alva Edison no es menos novelesca que su obra. Conocida es la existencia de este hombre que *se ha hecho solo*, que estudiaba química á la edad de ocho años, á los doce era redactor en jefe, impresor y vendedor de un diario en una línea de ferrocarriles de Nueva York á Chicago, y á los quince poseía una biblioteca científica de novecientos volúmenes perfeccionando desde entonces los inventos de sus predecesores en materia de electricidad y de magnetismo y añadiendo á las antiguas nuevas é incesantes invenciones. Después han venido la sucesión continua de maravillas, las sorprendentes aplicaciones de ese agente misterioso que es quizás, la vida universal, el alma del mundo y que el sabio aprisiona y reduce al papel de esclavo, pero de esclavo omnipotente que hace de su amo un dios dentro de la naturaleza. Gracias á Edison, la electricidad no sólo transporta las palabras y almacena la voz sino que, además, se aplica á multitud de trabajos. Si la lista de los inventos del gran sabio no fuese tan larga, la publicaríamos en este artículo y con ella encontraríamos un *gigante magnético* que reduce á polvo el mineral de hierro y aisla el hierro puro y, tras una serie de máquinas destinadas á distribuir el movimiento, hallaríamos un aparato mecánico creado para producir la inmovilidad eterna, un mecanismo fulminante que hiere de muerte á los condenados con sólo hacerles sentar en una silla.

Se asegura que la inmensa gloria de que goza Alva Edison en Francia supera en mucho á la que obtiene en los Estados Unidos. *Nemo propheta in patria;* pero con nuestro entusiasmo, muy justificado en esta ocasión, no hacemos más que pagar una deuda sagrada á los manes de tantos pobres inventores franceses que han desaparecido víctimas de la indiferencia cuando no de las burlas de sus propios compatriotas. Debemos felicitar á Edison porque no nació en París ni en sus alrededores; de haber sido así, si hubiese intentado fundar un diario á la edad de doce años habría sido condenado á pan y agua, si hubiese manifestado la idea absurda de instruirse solo, unos cuantos filántropos se habrían puesto á escote para ofrecerle una beca en un liceo, lo cual le hubiera quizás llevado á la Escuela Politécnica de donde habría salido oficial de artillería; y puede que hoy estaría de guarnición en Vincennes.

Pero volvamos al mago que ha tenido la dicha de nacer en América.

Tomás Alva Edison desciende en línea recta de los holandeses; sus antepasados eran dueños de algunos molinos. Hacia 1730, algunos individuos de la familia Edison partieron para la América del Norte en donde se establecieron. El abuelo de Alva Edison, á la sazón empleado en el Banco Nacional de Manhattan Island, tomó parte muy activa en la guerra de la Independencia en la que se distinguió por actos de profunda adhesión á la causa americana. Este abuelo, rebasando la longevidad característica de los varones de esta familia, murió á la edad de ciento tres años. El padre de Edison tiene ochenta y cinco y disfruta de una salud excepcional: nacido en Digby, County of Annapolis (Nueva Escocia) el día 16 de agosto de 1804, casó á los veinticinco años con una institutriz del Canadá que nacida en 1810 falleció en 1871 sin haber podido ser testigo de la gloria de su hijo. El joven Edison fué educado en Port-Huron y desde sus más tiernos años se consagró con ansia febril al trabajo combinando y soñando de continuo curiosos inventos; de allí partió á los doce años para convertirse, como hemos dicho, en publicista singular de camino de hierro.

Conquistada en el mundo su plaza de joven sabio, Edison, después de haber establecido por poco tiempo su laboratorio en Newark, cerca de Nueva York, fijóse definitivamente en Menlo-Park, residencia que se ha hecho célebre y cuya instalación costó 230.000 dollars. Este laboratorio inmenso, parecido á una grandiosa fábrica, es un edificio construído con rojos ladrillos dentro del cual rugen potentes máquinas y un horno enorme devora hulla para vomitar movimiento. Allí un centenar de mecánicos y electricistas cuidadosamente escogidos de entre lo mejor de su clase y cuyos sueldos importan al año la suma de 150.000 dollars, trabajan á las órdenes del maestro.

Edison se encierra en su espaciosa concha, recinto terrible y sagrado del hechicero que á ningún mortal es dado pisar, y no recibe á nadie si no es á la musa del Polo magnético, al genio del Imán, al hada blanca y azul, fulminante y ligera de la Electricidad que viene á traer



BIBLIOTECA DE EDISON, en Menlo-Park

á su favorito las maravillosas inspiraciones envueltas en cifras cabalísticas.

La biblioteca de Edison merece capítulo aparte: no hay un solo libro, una sola publicación científica, sea cual fuere el idioma en que estén escritos, que no tenga su lugar en ella. Esta biblioteca, obra maestra de madera esculpida, forma una inmensa sala de dos pisos iluminada por treinta y seis ventanas. No faltan allí ricos tapices ni escogidas flores y delante de un pupitre en donde trabaja á menudo el maestro hay tendidas dos grandes pieles, una de león y otra de tigre, sobre las cuales se revuelca voluptuosamente el favorito de la casa, el valiente perro Little Puss.

Al lado de la biblioteca está el depósito químico que contiene todos los venenos conocidos y por conocer, todas las plantas del globo y todos los metales; luego viene la sala de máquinas en donde se agita el hierro en labor gigantesca, después la sala de oro en la que delicadamente se separa de su ganga al precioso metal, como si se despojara á un príncipe de sus harapos de mendigo y, en una palabra, todas las salas que constituyen el inmenso laboratorio de Menlo Park y de las cuales no podemos dar, en este corto artículo, más que una pálida y torpe idea.

Una indicación muy americana recuerda á los visitantes los peligros que oculta el rayo allí almacenado en millares de hilos: *Hands off*, ¡no tocar! ¡Mágico y terrible castillo en donde la vida circula á lo largo de las paredes, en tubos subterráneos, encima de los techos, vida silenciosa que puede dar la muerte!

Y al lado de todo esto el palacio de familia del opulento inventor: en él el gran mágico se transforma en hombre, en esposo, en padre amantísimo. Edison se ha casado dos veces: tiene de su primer matrimonio varios hijos, entre ellos una niña que se educa en París (¡hurra!) y de su segundo un niño todavía en la infancia. Allí, en su palacio chalet, fuera del laboratorio en donde se trituran las obras en construcción, Edison se abandona á la poesía pura y siempre agitado interiormente por sus ensueños piensa en un instrumento capaz de hacer ver á cien leguas y acaricia en su mente la posibilidad de conversar desde París con Nueva York ó de viajar eléctricamente por los aires.

Felicitémonos, pues, de que París haya tenido atractivo suficiente para decidir á Tomás Alva Edison á abandonar su Edén de Menlo Park, su palacio de encantador. Los reyes de la guerra se han negado á visitar la Exposición de 1889. ¿Qué importa si hemos tenido entre nosotros al rey de la Ciencia?

EMILIO DURER

ESTEBAN SÁNCHEZ (el Estiraíllo)

Quién hubiera dicho, al ver á Esteban Sánchez (*el Estiraíllo)* pasearse por la carrera de San Jerónimo, muy *mudao* y muy *planchao*, según frase suya, que era aquel mismo arrapiezo que pocos años antes llevaba pantalones tan risueños que no satisfechos con reirse por las rodillas y partes que el dueño veía, mal intencionados y de suyo burlones hacíanle por detrás, gestos y muecas y á *desgarrón* completo se reían, y no contentos de su regocijo, dejaban al descubierto partes que á risa movían á quien sin querer las veía, denunciando además flaquezas del cuerpo de su señor y dueño y largas ausencias del agua que borra toda clase de manchas originales *traducidas y arregladas* de cualquier acera ó sitio nada limpio. En el momento en que tengo el gusto de presentar á Vds. á *el Estiraíllo*, era éste el más afamado *mataor* de novillos que se paseaba por las calles de esta hidalga villa del Oso y del Madroño, capital de la indomable nación de la lotería y los toros.

Y no se crea que digo esto con ánimo de censurar, no; la patria de los toros y la lotería es mi patria. Por su independencia luchó mi abuelo, vistió mi abuela el vestido de medio paso y aplaudió los volapiés de Costillares, asistieron uno y otra á los rosarios de la Aurora. Dieron á mi abuelo en pago de sus servicios como militar, durante la primera guerra civil, un ejemplar del Diccionario geográfico de Madoz, mientras mi padre seguía su carrera poco menos que de limosna y á mí me adormecía al son del himno de Riego un tío mío que usaba bigote de moco (que así se llamaba) y vestía el traje de miliciano nacional.

Cuando solté la teta materna comí papas, me atraqué después de garbanzos de Fuente Saúco, de chorizos de Extremadura y de verduras de Valencia; tuve en mis primeros años un traje de soldado, que me quitaba para decir misa ante una capillita que mis padrinos, gallegos ellos, me regalaron y en mis ratos de ocio jugué al toro con todos los chiquillos de mi barrio y he puesto en un cesto de mimbres más banderillas y dado más volapiés que bendiciones echa un cura loco en diez años de ma nicomio.

¡Qué de particular tiene, dados estos antecedentes, que cierto día de jueves Santo de hace ya veinte ó treinta, ó más años, me quedara con más de un palmo de boca abierta, viendo pasar por la carrera de San Jerónimo á Esteban Sánchez *(el Estiraíllo)*!

Aquel muchacho de unos veintisiete años, era la esperanza del toreo. Todo el mundo conocía su historia. A los ocho años quedó huérfano de padres; una tía suya revendedora de frutas en la plaza de la Cebada había recogido á Esteban encargándose de su educación. Para cumplir su misión delicada, la *señá* Eufrasia, que así llamaban á la tía de Esteban, no creyó necesario enviarle á la escuela, sino que poniéndole en las manos una docena de naranjas le enseñó á gritar: ¡A cuarto! ¡á cuarto, y por un real diez! Cuando Esteban llegó á cumplir sus doce años tuvo la suerte de que el encargado de la venta de naranjas en la plaza de los toros le tomara á su servicio los domingos, para vender en el callejón su mercancía.

¡Quién pudiera describir las mil distintas emociones que experimentó *el Estiraíllo* la primera tarde en que con su cesto de naranjas al hombro vió las mil peripecias de una corrida de toros! ¡Qué loca alegría sintió al ver la salida de la cuadrilla acompañada de los alegres acordes de un animado paso doble y de los aplausos y gritos de los espectadores! ¡Cómo se escondió su alma atemorizada en el más apartado rincón de su almario al ver al matador, aproximarse al toro y sortearle una y otra vez con la roja muleta! Si en un principio temió por el diestro y por instantes le veía en las astas del poderoso animal, confióse luego y creyó tarea fácil imitar su trabajo. – ¡Qué bonito es eso y qué sencillo! se decía; se presenta al toro la muleta, se le dice, échate á la derecha y el toro se va á la derecha, vete á la izquierda y á la izquierda se va el toro; y mientras esto pensaba y salíasele el alma por los ojos para no perder ni un movimiento del diestro, con su gorra que en la mano izquierda tenía daba magistrales pases naturales de pecho y de talón al cesto de naranjas que había dejado en el suelo.

El toro cuadróse entonces, lió la muleta el matador, metiéndola en el hocico del animal, adelantó el pie izquierdo, y sin moverse de su sitio esperó á la fiera clavándole el estoque hasta los gavilanes. Dobló el bruto la cabeza al sentirse herido y á pocos pasos del matador, paróse en seco; tiñéronse de sangre sus hocicos y narices, comenzó á tambalearse sobre sus patas defendiéndose de la muerte y negándose aun en aquel último trance á darse por vencido, pero al fin vino á tierra y murió sin necesidad de puntilla.

El primer aplauso y el primer *ole* que sonó en la plaza fueron de Esteban. Él no sabía si la muerte había sido bien ó mal ejecutada, pero presentía en aquello algo notable y gritó como un energúmeno y el corazón le bailó en el pecho y casi no sintió que su amo le daba un fuerte cogotazo diciéndole al mismo tiempo: ¡A vender, chiquillo!

Cogió el muchacho su cesto y gritó: – *¿Quién quié naranjáás?*

En la noche de aquel día soñó *el Estiraíllo*, á quien ya llamaban así por lo derecho y bien *plantao*, que peinaba coleta y que tenía un vestido de torear verde y oro como jamás lo tuvieron ni el *Chiclanero* ni el *Tato*.

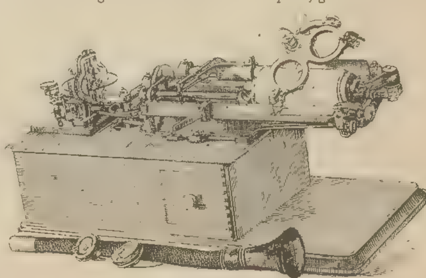
Cuando volvió á la realidad y hubo de vestir su blusilla remendada y sus pantalones sin remiendos porque la blusa se encargaba de cubrir desnudeces que aquellos dejaban al viento, pensó: matando toros tendría pantalones nuevos y me echarían cigarros, y cuando yo saliera á la plaza gritarían: ¡Viva Madrid! porque yo soy de Madrid. – ¡Si yo fuera torero!

Aquella idea no se apartó de su imaginación durante muchos días. – Y la cosa es fácil, – se decía; – yo no tendría miedo; ¡miedo! ¿de qué? – Algunas semanas después se anunció en la plaza una función de novillos muertos á estoque y cuatro embolados para los aficionados que gustaran bajar al redondel. Esteban fué de los que gustó mezclarse entre los aficionados.

Cuando sonó el clarín anunciando la salida del embolado, temblábanle á *el Estiraíllo* las piernas. Trataba el chico de convencerse de que aquel temblor no era señal de miedo, mas lo cierto es que cuando el novillo pisó el redondel cesó el temblor y adquirieron las piernas extraordinario vigor que emplearon en correr en dirección á la valla. Cuando llegó á ella sintió el muchacho que la sangre se agolpaba á sus mejillas, miró á todas partes y á cuantas personas estaban cerca, creyendo que habían conocido su miedo. Al ver que nadie le miraba ni le hacía caso se tranquilizó por el momento, pero en seguida sintióse triste. – ¡Y yo que creí que era tan fácil! pensó. Durante un largo rato permaneció abstraído en sus pensamientos que sólo Dios sabe cuáles serían. Quizá al venir en conocimiento de que era cobarde pensaba que había que renunciar para siempre á peinar coleta y veíase condenado á perpetuidad á pantalones desgarrados, á fumar colillas y gritar eternamente: *quién quié naranjáás.*

Tan sumido estaba en estos pensamientos que no se percató de que el novillo se dirigía hacia el sitio en que él se hallaba; recibió un empujón y otro empujón de chiquillos que huían, y de pronto se vió suspendido en el aire y se vió caer en las astas del novillo y otra vez fué zarandeado como un pelele, hasta que por fin dió con su cuerpo en el suelo. Los espectadores todos lanzaban agudos chillidos; la cogida de Estebanillo había sido terrible y el golpe que recibió hizo pensar que había sufrido algún grave daño. Esteban no oyó nada ni sintió dolor alguno en su cuerpo, pero sí en su alma. Con gran coraje y apretando los dientes se levantó del suelo, y sin dar tiempo á que le detuvieran corrió en busca del toro, colocóse frente á él, el animal fué á embestirle, pero el muchacho dió un quiebro y evitó el derrote quedando detrás del toro; entonces se abalanzó hacia él, le cogió del rabo y dióle en él un mordisco con todas sus fuerzas. Volvió la cabeza el animal, al tiempo que *el Estiraíllo* soltaba el rabo, y quedándose en frente del bicho, adoptó una altiva y elegante postura, dirigiendo al novillo una mirada de desafío. Por un momento quedó parado el animal, pero en seguida embistió al chicuelo quien, girando sobre sus talones, sorteó á su enemigo quedándose en el *terreno de afuera*, como dicen los inteligentes en el arte.

Un aplauso unánime sonó en la plaza. Esteban se retiró



EL FONÓGRAFO DE EDISON



FELICITACIÓN AL PRINCIPE HEREDERO, cuadro de Juan Lulvés

SALÓN DE PARIS DE 1889



LA PEQUENA LECTORA, cuadro de Ernesto José Laurent (grabado por Baude)

á la barrera sin oir siquiera los aplausos que le prodigaban; sólo oía lo que se decía á sí mismo: – ¡No soy tan cobarde como creí!

No referiré detalladamente lo que Esteban sufrió hasta que consiguió entrar de banderillero en la cuadrilla de un afamado matador de cartel; toreó en las mojigangas, unas veces gratis y otras dando dinero para que le permitieran trabajar: recibió más golpes de su tía la *señá* Eufrasia que varetazos y *bolazos* de los toros y eso que estos fueron tantos que á reunir todos los cardenales que en su cuerpo marcaron, hubieran sido más en número que los del sacro colegio: toreó por los pueblos y unas veces no le pagaron y otras tampoco, le explotaron amigos, enemigos é indiferentes y dió por fin varias veces con su cuerpo en el hospital para curarse heridas que recibió en su pelea con los toros. Añádanse á todas estas fatigas muchos días sin pan, y diga quien se atreva que llegar á ser banderillero es cosa hacedera y fácil.

Mas por fin su nombre figuró en los carteles de la plaza de Madrid y desde la primera tarde en que Esteban pareó escuchó palmas y su reputación de torero de corazón y vista creció rápidamente.

Después de dos temporadas taurinas, comenzó Esteban á matar en plazas de provincia y en varias novilladas que en Madrid se dieron. Después de esto, maestros é inteligentes en el arte de Costillares y Montes convinieron en que había que dar la alternativa al chico y la recibió en el día del Corpus del año tal y hete aquí á Esteban Sánchez *(el Estiraíllo)* convertido en matador de cartel y de los más aplaudidos. Aquel que de niño y de adolescente había *nadado* en la miseria, nadaba entonces en oro; el que no tuvo pantalones gastaba brillantes, el vendedor de naranjas zurrado por los municipales (espulga perros los llamó él en aquella época) mimado y agasajado por los señoritos de la *highest life*. Así es el mundo y así seguirá siendo, si Dios no pone remedio, y tengo para mí que no lo pondrá.

Durante los años en que *el Estiraíllo* fué torero de invierno, ó *maleta*, trabó relaciones estrechas de amistad con otro de su misma laya, como él torero y más *maleta* que él. El *Pimplao*, que así se llamaba el amigo de Esteban, era pequeño de cuerpo y más pequeño de alma, chato, de labios tan pronunciados que si me atreviera los calificara de morros, ojos chiquitos y hundidos y uno dos dedos más alto que otro, *por mor*, como él decía, de un chirlo que le hicieron un día en la taberna del señor Gaceta, antiguo picador de toros que había colgado la pica, y por fin más negro el *Pimplao*, que no el Gaceta, más negro que el pan de munición que durante varios años había comido.

Muy feo era el *Pimplao*, pero aun era más sagaz y astuto, y á pesar de su fealdad tenía gran partido entre las mujeres por cierto aquel y cierta labia y porque se tocaba y cantaba *por bajines* unas seguidillas gitanas, que había que oirle.

Esteban profesaba al *Pimplao* una amistad que podía confundirse con fraternal cariño; el *Pimplao* conoció desde los primeros meses en que trabó conocimiento con el *Estiraíllo* que con el tiempo sería un filón explotable y desde el primer momento se dedicó á preparar el terreno para cuando diera frutos comerse parte, de la parte más sabrosa.

Cuando Esteban era ya un afamado banderillero y faltábale poco tiempo para que le dieran la alternativa, conoció á una muchacha á quien llamaban la Perla de la calle de los Estudios porque en ella vivía, y bien pudieron llamarla la Perla de Madrid, y de España y del mundo entero.

Nació la Perla, no entre conchas, sino en el Rastro, en una covacha llena de trastos. Sopló la suerte á la madre de Encarnación, que éste era el nombre de la Perla, y desde la covacha, saltó á la calle de los Estudios, y tanto estudió y con tanto fruto que en pocos años se hizo con una fortuna, siendo prendera y fiadora.

Pero no hace á mi cuento referir la historia de la prendera, ni siquiera la de su mejor prenda, su hija Encarnación. Basta para mi intento decir que *el Estiraíllo* se enamoró de Encarnación; y por si algún curioso pregunta el cómo y el cuándo, respondo que: cuando Dios quiso y como se enamora todo el mundo, es decir sin saber cómo.

Lo importante es referir que cuatro meses después de haber recibido *el Estiraíllo* en la plaza de Madrid la borla de doctor en tauromaquia, se celebró en la parroquia de San Lorenzo (vulgo parroquia de los *chinchos* y sea esto dicho pidiendo antes el debido perdón), celebróse, digo, una aparatosa boda que acabó, en las ventas del Espíritu Santo, con espléndida comilona y tal *bebilona* que no admite adjetivo alguno.

Pasó un mes y luego otro y un año después y siguió corriendo el tiempo y otro año vino, y Esteban que en el primer mes quiso á su mujer, en el primer año la amó, la adoró al comenzar el segundo y al finalizar la idolatraba.

Su ciega pasión por *la Perla* fué generalmente conocida y llegó á ser proverbial entre los amantes la frase de «Te quiero más que *el Estiraíllo* á la Perla.»

No diré yo que todo el que bien quiere celos tiene. ¡Líbreme Dios de asegurar que no quieren bien los confiados! pero sí diré que *el Estiraíllo* bien quería y dolíase de cierto escozor en el corazón cuando Encarnación ponía los ojos en hombre que no fuera él.

Fuera un fundado recelo, ó sospecha con alguna causa, dió Esteban en la manía de imaginarse que su mujer sentía ó demostraba al menos simpatías demasiado vivas por su amigo y banderillero de su cuadrilla, el *Pimplao*. Jamás sin embargo manifestó su recelo, pues como se decía para su coleto (en este caso mejor pudiera decirse para su coleta), era una vergüenza imaginar que su mujer... y además con el *Pimplao*, su mejor amigo y más feo que una noche de truenos. – ¡Eh! estoy loco; como la quiero tanto, los dedos se me antojan huéspedes. Pero ¿por qué da la casualidad de que el *Pimplao* vaya á mi casa en busca mía siempre que yo no estoy en ella? Si él sabe á las horas que entro y salgo, ¿cómo?... Vamos, que soy un bruto... Pero y si no lo fuera; si me engañaran!

Algún tiempo pasó el pobre *Estiraíllo* sufriendo las torturas de la duda, pero al fin cesaron. Se hizo por aquella época más cariñosa la Perla y el *Pimplao* rara vez iba por su casa.

Así las cosas hicieron á Esteban ventajosas proposiciones para ir á torear á la Habana que fueron aceptadas por él.

El día en que firmó la contrata era domingo y por la tarde toreaba Esteban por última vez en aquella temporada en la plaza de Madrid.

Eran las tres y media de la tarde y estaba esperando á que fuera el coche á buscarle para conducirle á la plaza. Al poco rato entró en su cuarto el *Pimplao* gritando:

– Esteban, ¿estás ya vestío? ¿No has oído el coche?

– No; estaba distraído pensando en que de ésta me hago rico y que tú también pescarás una tajada buena.

– ¿Te ha *tocao* la lotería?

– Mejor que eso. He *firmao* la escritura *pa* la Habana; pero echa que es tarde y por el camino hablaremos. – Chiquilla, – gritó llamando á su mujer, – que nos vamos.

– ¿Ya? – respondió Encarnación entrando. – Hola, *Pimplao*, – añadió, – ¿por qué ha subido V.?

– ¡Como no oyeron *ustés* el ruido del coche!...

– Hasta luego, Encarnación, – interrumpió Esteban, y le dió un beso.

– Adiós; buena suerte, y que la tenga V. buena también, *Pimplao*, y adiós, – y al decir esto alargó la mano, que éste cogió, pintándose cierta extrañeza en su feísima cara que aun pareció más fea con aquel gesto.

Salieron el matador y el banderillero.

Llegaron á la plaza y pasó lo de siempre. Mucha animación, mucho ruido, palmas unas veces, silbidos otras, y así llegó el quinto toro que había de ser muerto por *el Estiraíllo* que estaba aquella tarde muy guapo.

Mecharon al pobre animal y sonó el clarín avisando á banderillas. Puso el *Pimplao* un par, siguió después otro banderillero y volvió á tocar el turno al *Pimplao*. El animal se había hecho receloso y de *cuidao*. Esteban dejando la muleta volvió á coger el capote y se fué al lado del *Pimplao*, le preparó el toro y le gritó: – ¡Anda ya! – Abrió el *Pimplao* las banderillas y comenzó á alegrar. Llegó casi al terreno del toro, cuando éste se arrancó de pronto. Huyó el *Pimplao*, pero fué alcanzado y suspendido en las astas del toro que le agarró por la faja.

Como un rayo se lanzó *el Estiraíllo* al toro, le cubrió los ojos con el capote y con la mano izquierda agarró al *Pimplao* por la chaquetilla y logrando sacarle de entre las astas, se llevó al animal *empapao* en el capote. El *Pimplao* cayó al suelo, pero se levantó al instante sin daño alguno al parecer. Obligáronle á ir á la enfermería sin embargo y allá fué resintiéndose de una pierna, por lo cual hubo de apoyarse en el hombro de un compañero.

No es posible ni dar remota idea de la ovación que el público hizo á *el Estiraíllo*.

Tocaron á matar y fué Esteban á armarse de estoque y muleta. Al dejar el capote vió que tenía en la mano un pedazo del forro de la chaquetilla del *Pimplao* y un papel que arrojó al suelo. Cuando iba ya á marchar en busca del toro, vió el papel en el suelo y le saltó á la vista el nombre de su mujer. Encarnación decía, sí, y parecía letra de ella. Sin explicarse porqué, le dolía el corazón agudísimamente. Se inclinó, recogió el papel y leyó: «Si mi marido te propone ir á la Habana, no vayas. Hazlo por tu – Encarnación.» Apenas lo había leído, el torero que había acompañado á *el Pimplao* á la enfermería se acercó á Esteban y le dijo: – *El Pimplao* no tiene *ná*; dos varetazos en la pierna y en la espalda, pero dice el médico que no *pue* seguir toreando.

Nada contestó Esteban. Le miró con asombro y cayóse la muleta de su mano.

– ¿Qué le pasa á V., maestro? ¿Está V. malo?

Tampoco contestó Esteban.

El público llegó á enterarse de que algo pasaba y comenzó á manifestar su impaciencia gritando: – Eh! pero y el toro!

Esteban de pálido que estaba se puso rojo, recogió la muleta, miró al público sonriendo y echó á correr hacia el toro. Paróse junto á él, desplegó la muleta en su misma cara y en menos de una vara de terreno le dió varios pases que produjeron entusiasmo loco.

Esteban sonreíase siempre.

Cuadróse el animal y liando el diestro la muleta levantó el estoque y tiróse á volapié con un coraje y una habilidad y una valentía como nunca se había visto. Quedóse el toro *parao*. Esteban volvió á colocarse frente á él. El animal estaba á morir, pero se resistía y se defendía de la muerte. Mirando al toro volvió *el Estiraíllo* á palidecer; ya no sonreía: apretaba los dientes y contraíanse todos los músculos de la cara. Se arrancó en aquel momento el toro y derribó por tierra al matador, le recogió después con los cuernos y le volteó cuatro veces, después le arrojó al suelo y á los pocos pasos cayó muerto. *El Estiraíllo* quedó inmóvil en tierra. Fueron á levantarle sus compañeros y le condujeron entre dos á la enfermería.

Los médicos dijeron que estaba muerto.

Reconocido cuidadosamente se vió que el toro no le había hecho ni el más ligero rasguño.

. . . .

A los dos meses de la muerte de *el Estiraíllo* la Perla de la calle de los Estudios y el *Pimplao* salían de Santander con rumbo á la Habana.

RICARDO REVENGA

CONCHA

I

El Corcho y Angelote son dos lobos marinos, compañeros de glorias y fatigas y cuya vieja amistad no se ha desmentido nunca á pesar de las rudas pruebas á que la han sometido la proximidad de sus respectivas viviendas y la doble rivalidad de su industria y sus mujeres.

Habitan dos cabañas contiguas, asentadas en la falda del cerro que por el Norte abriga el hermoso puerto de Soller. No estudiaron juntos, aunque se criaron en la misma arena; en la época de su libre infancia aun no había escuela en el Puerto; han llegado á los cincuenta y seis años sin saber leer ni escribir, pero sus manos, rudas y callosas, saben amainar las velas y manejar los remos con más facilidad que la pluma un pendolista.

El día 23 de agosto de 1886 se inició con un sol resplandeciente. Como era la víspera de San Bartolomé, patrón del pueblo, cuya festividad se celebraba con gran pompa y extraordinaria concurrencia de forasteros, la pesca prometía ser muy fructuosa.

Ambos amigos se habían encontrado al amanecer en el muelle.

– Buena brisa y hermosa mar, – dijo el Corcho pasando con sus remos á cuestas. – ¿Vas á salir?

– No sé qué demonios estará haciendo mi hijo, – contestó impaciente Angelote; – hace más de media hora que ha salido de casa y aun no parece con las redes. Vamos á llegar tarde á la pesca... ¡Mil diablos!...

Y el mal humorado pescador acentuaba sus palabras cerrando puños y dientes y golpeando el granítico malecón con su pie descalzo.

– Cuando hay amores por medio, se pierde la chaveta, – dijo el Corcho riendo y apretando con sus dientes la boquilla de su pipa.

– ¿Qué quieres decir?

– Que se me figura que tu muchacho está enamorado de mi chica. Y lo mejor que podemos hacer es dejar que se casen. Así trabajarán con más bríos y tú no tendrás que esperar de ese modo á Miguel, que piensa más en Concha que en su barca.

– ¡Ba, ba! para sufrir miseria, más vale que esperen. Además, Concha es aun muy joven y las mozas de su edad prestan oídos á todo el que las requiebra. Miguel necesita una mujer formal que le cuide la casa.

– ¿Acaso á Concha le falta formalidad? – replicó Angelote algo amoscado. – Si tal piensas, dílo sin rodeos, que á mi hija no le faltan pretendientes.

– No es eso. Pero Concha es tan pobre como Miguel y los chicos necesitan reunir algo para casarse.

En aquel momento se les acercó un robusto joven de unos veintidós años, cargado con las redes de pescar.

– ¿Llegarás al fin? – le gritó su padre, á quien se le apuraba la paciencia. – ¿Qué has hecho en todo ese tiempo?

– Se me enredaron las redes...

– Dí que te enredaste tú, hablando con Concha.

Miguel se puso encarnado como una amapola y echó á andar hacia el bote. Su padre le siguió de cerca, sin atender al saludo de su vecino que le gritaba al embarcarse con otro marinero:

– ¡Buena pesca, camarada!

Diez minutos después, las dos barcas, tripuladas cada una por dos hombres, se alejaban del puerto meciéndose airosamente sobre las olas y desplegando al soplo de la fresca brisa matinal sus velas blanquecinas como alas de gaviota.

II

Era la tarde del mismo día. El cielo, espléndido á los primeros rayos del sol, se había encapotado poco á poco, y los negros nubarrones que, barridos por el viento, se amontonaban sobre el mar, hacían temer una espantosa tormenta.

Una tras otra, las barcas de los pescadores aparecían en el horizonte y abordaban con dificultad, fuertemente sacudidas por las olas espumosas.

Todavía faltaban dos embarcaciones, y dos familias, asomadas al miradero de Santa Catalina, presas de mortal ansiedad, con los ojos fijos en las impenetrables brumas, aguardaban en silencio. De un lado Concha y su madre; del otro la mujer de Angelote con un niño asido de la mano.

Por fin rompen el silencio. Bajo la influencia de la inquietud común, las tres mujeres se han apiñado, y sus ojos atentos, fijos en el horizonte, expresan, con más elocuencia que los labios, las angustias que les atormentan el alma.

– Estas turbonadas de verano son fatales para la gente de mar, – dice la mujer de Corcho; y añade con tristeza después de un rato de silencio: – No puedo ver ninguna sin acordarme de que mi padre y mi abuelo se embarca-

on con bonanza para no volver. Nosotras, las pobres mujeres, nos quedamos aquí para llorar.

– ¡Ah! – exclama Concha dando un grito de contento; – ¡allí viene una barca! La otra no puede estar muy lejos. ¿Es mi padre... ó es Miguel? Las dos mujeres se han apiñado aun más, y sus ojos no se desvían un momento de la barca, á no ser para interrogar en vano el insondable horizonte.

No parece otra embarcación. La que confusamente se divisa, parece luchar, no contra la corriente, que la arrastra con rapidez hacia tierra, sino contra la fuerza de las olas, que tan pronto la levantan sobre movedizas crestas como la sumergen en un abismo en que puede desaparecer para siempre.

La cerrazón aumenta... y con una ráfaga de caldeado viento se precipita una lluvia torrencial. Angulosas barras de fuego hienden las nubes, y el fragor de repetidos truenos que estallan en el espacio completa el horror de la tormenta. Más allá de un estrecho círculo, en que el espíritu se ahoga, todo se hace impenetrable á los ojos.

Las tres mujeres caen de rodillas y elevan al cielo una fervorosa oración, mientras la lluvia les azota el rostro y el viento hace flotar sus ropas como siniestros jirones del infortunio.

Así permanecen un cuarto de hora, entre el temor y la esperanza.

Cesa la lluvia y en breve queda despejada la atmósfera. Y en el mar... sólo sigue viéndose una barca!

Poco á poco, los pescadores que abordaron al principio de la borrasca, se van reuniendo en el mirador de Santa Catalina, ansiosos de saber qué ha sido de los compañeros dejados en alta mar.

Los de vista más perspicaz creen conocer la barca que llega al fin, después de grandes esfuerzos; mas no se atreven á decirlo, por temor de dar demasiado pronto una esperanza á una de las mujeres y desgarrar inútilmente el corazón de las otras dos.



LA PIPA DEL ABUELO, cuadro de G. Jakobides

Por último se escapa un grito de todos los labios: «¡Angelote! ¡Es la barca de Angelote!»

Sólo Concha murmura: «¡Miguel!»

Pero ¿dónde está la otra barca, la del Corcho?

Un secreto temor, un presentimiento terrible hace estremecer de espanto á todos los que allí se encuentran reunidos, y nadie se atreve á decir en voz alta el pensamiento que germina en la mente. ¡Es tan cruel destruir una ilusión, cuesta tanto desprenderse de la última esperanza, en las catástrofes de la vida!

Todos bajan al muelle, unos para ayudar, otros para interrogar á Angelote que atraca con su hijo.

– ¡Ah! ¡gracias á Dios! – exclama el padre de Miguel; – somos los últimos y todo el mundo está en salvo.

– Los últimos, no, – dice la mujer del Corcho acercándose al pescador. – Antonio salió esta mañana al mismo tiempo que vosotros, y aun no ha vuelto!

– ¿Aun no ha vuelto? – exclama Angelote con un sentimiento de terror que no escapa á su interlocutora. – Hace dos horas, al separarnos, su barca se hundía al peso de la pesca, y él se disponía á ganar el puerto inmediatamente al ver que el tiempo amenazaba.

– ¿Y partió antes que vosotros? – preguntó la pobre mujer temblando.

– Mucho antes. Hace por lo menos media hora que debiera haber llegado. Pero no hay que apurarse. El Corcho y su marinero saben dónde tienen la mano derecha. Habrán recalado en algún punto... apuesto á que llegarán sin novedad.

Reanimadas por las palabras y la fingida serenidad del pescador, Concha y Margarita, su madre, suben otra vez á Santa Catalina, donde otro desengaño y nuevos terrores las esperan. Allí permanecen hasta el crepúsculo, inmóviles, silenciosas, abrasados los ojos por hirvientes lágrimas, sintiendo repercutir en el fondo de su alma los bramidos de las enfurecidas olas. Y allí se estarían hasta sabe Dios cuándo, si Miguel y su madre no acudiesen á arrancarlas á su muda contemplación y á su espera probablemente inútil.

Rosa, la mujer de Angelote, coge del brazo á Margarita, mientras Miguel se lleva á Concha. Madre é hija dirigen una última mirada al mar inmenso en que naufragan todas sus esperanzas y que pronto va á quedar envuelto en las sombras de la noche.

Miguel, que es hombre de buen temple, procura tranquilizar á su afligida novia.

– Tu padre volverá, – le dice, – y si no, aquí estoy yo para sustituir á los que falten.

Llegan á su modesta vivienda á tiempo que anochece.

– Gracias, – dice Margarita desprendiéndose del brazo de su vecina. – Concha y yo velaremos toda la noche. Si al despuntar el día veis la puerta cerrada, será señal de que Antonio está aquí. Si no vuelve, nos encontraréis en Santa Catalina.

III

Al amanecer del día siguiente, la puerta de la choza estaba abierta, y Concha y su madre se encontraban en el mirador de sus angustias.

Allí acudieron, durante muchos días, cada vez que se lo permitieron sus faenas. Poco á poco iba debilitándose su esperanza, y por último, más que á ver si aparecía la ansiada barca, iban á rogar á Dios por el que sólo vivía ya en el amor de su esposa y de su hija.

Un día de resaca, llegó á la playa una tabla rota, que llevaba escrita en grandes letras blancas, la palabra CONCHA.

Era el nombre de la barca del Corcho.

La infeliz Margarita lloró mucho, doblando la cabeza como una viuda resignada para quien la lucha de la vida se hace imposible. Los días fueron cada vez más tristes para ella y su hija, pues con la muerte del padre, llamó á la puerta de la choza la implacable miseria.

Acostumbradas únicamente á la venta de la pesca y á la reparación de las redes con frecuencia destrozadas, las dos mujeres no sabían hacer otra cosa. ¿Y qué otro medio de subsistencia hubieran podido hallar donde cada cual es criado de sí mismo para las necesidades de la vida?

A pesar de todo, vibraba siempre una voz consoladora en el fondo del corazón de la pobre huérfana. Concha sabía que Miguel no la abandonaría, y esperaba renovar más ó menos pronto aquella existencia feliz de que había disfrutado tanto tiempo, cuando su padre, jovial y orgulloso, llegaba con una abundante pesca, que ella iba á vender al pueblo.

Eran tan modestas sus aspiraciones, que á la pobre muchacha le parecía que Dios no había de negarle ninguna.

Pero en toda senda se hallan, como fatales obstáculos, seres egoístas que no comprenden la dicha para los demás. A esta clase pertenecía Rosa, la mujer de Angelote.

– ¿Piensas todavía en Concha? – dijo una noche á su hijo que, pensativo y triste, permanecía con los codos en la mesa y la frente apoyada en las palmas de las manos.

– En ella pienso, – contestó el joven alzando los ojos hacia su madre.

– Pues hijo, será menester que cambies de pensamiento, porque tu padre y yo hemos calculado que Concha es hoy demasiado pobre para que te cases con ella.

Miguel hizo un brusco movimiento de protesta.

– Déjame concluir, – añadió Rosa. – Si el Corcho hubiese vivido, tú hubieras sido dueño de su barca, y nosotros hubiéramos podido pasar sin tí, con la ayuda del niño, que crece y pone fuerzas; pero hoy no es posible; nuestra barca no es suficiente para el sostén de dos familias.

– Trabajaré el doble.

– ¡Ba! sé lo que valen esas promesas. Apenas casado, no pensarías más que en tu mujer y en tu casa. Si quieres casarte, busca una chica que pueda ayudarte á ir tirando sin miseria.

– ¿Y mi padre piensa también así?


Corridas landesas en París. De una fotografía instantánea

– ¿Cómo quieres que piense, sino lo mismo que yo? Al principio se oponía, pero yo le hice entrar en razón.

– Mi padre ha podido ceder, porque ello le interesa menos que á mí, – dijo Miguel levantándose; – pero yo no cederé.

Concha y su madre adivinaban lo que pasaba en casa de sus vecinos. Comprendían que no había que esperar á que Miguel, atormentado por su madre, cediese al fin á tan tenaz oposición y abandonase á su novia.

– Ya no me quieres, Miguel, – díjole un día la joven. – No tardarás en fijar los ojos en otra para casarte.

– No digas eso, Concha, porque me lastimas y me ofendes. Te quiero más que nunca, y te prometo no casarme con nadie más que contigo.

– Pero ¿te casarás conmigo, de veras?

Miguel bajó la cabeza, sin contestar.

– Todo lo comprendo, – añadió Concha apoyando su brazo en el del pescador. – Aprecias á tu madre, aunque nos tiene mala voluntad, y compadeces á tu padre á quien no quieres acarrear disgustos.

A cada palabra, la joven bajaba la voz.

– Te querré siempre lo mismo, – repuso Miguel.

– No estaré ya aquí para verlo, – dijo ella exhalando un profundo suspiro, á tiempo que rodaban dos gruesas lágrimas por sus mejillas.

– ¿Qué quieres decir? – exclamó el joven aterrado.

– Mi madre y yo vamos á partir. Abandonaremos nuestro hogar, esta tierra donde fuímos tan felices y donde tanto hemos sufrido.

– No, no, – dijo el joven, – no te irás. Te ruego que no te vayas.

– Bien sabes que no puedo quedarme, so pena de ser objeto de eternas disputas; y sufro demasiado al pensar que al fin no hemos de casarnos.

– Ten un poco de paciencia; tal vez mi madre cambie algún día de modo de pensar.

– No cambiará, y yo no quiero ser tu esposa sin su consentimiento.

El joven pescador bajó tristemente la cabeza.

– ¿Cuándo pensáis marcharos? – dijo él de pronto, volviéndose bruscamente hacia Concha.

– Mi madre quiere arrendar antes nuestra vivienda, puesto que no contamos con otro recurso. Juan Arbós parece dispuesto á tomarla para su hijo, que se casa muy pronto.

– Y ¿á dónde queréis ir?

– Mi madre me ha prohibido que te lo diga.

Miguel sintió apretársele un nudo en la garganta, y Concha vertió dos lágrimas que le caldearon las mejillas. Ambos jóvenes permanecían en triste y mutua contemplación, cuando detrás de ellos se oyó la voz de Rosa que profería enérgicos reproches.

Miguel y Concha se dirigieron una última y expresiva mirada, llena de elocuencia y de promesas infinitas, y se separaron bruscamente, alejándose al mismo tiempo de la enfurecida Rosa.

La infeliz muchacha fué á buscar consuelo en brazos de su madre. Cuando el llanto le permitió hablar, le contó la entrevista amorosa, tan furiosamente interrumpida por la mujer de Angelote.

– Madre, esto no puede continuar así.

– Tienes razón, hija mía; este puerto parece maldito para nosotras, desde el día fatal en que desapareció tu padre para no volver.

– Una esperanza me hacía llevadero el infortunio, y hasta este consuelo se desvanece con la pérdida de Miguel.

– ¿Ya no te quiere como antes?

– ¡Oh! no tengo de él la menor queja. Creo que me ama como al principio de nuestras relaciones. Pero debo renunciar á su amor.

– ¿Por qué?

– Porque no quiero verle desgraciado, y nuestras entrevistas le originan grandes disgustos.

– Sus padres se dejan llevar de la ambición.

– Su madre, sobre todo.

– Pero ella domina á su marido.

– No me quieren porque soy pobre.

– Hija mía, la pobreza es más repulsiva que la fealdad. La afrenta recibida nos obliga á romper con la familia de Miguel. Además, tu salud y tu dicha exigen que nos alejémos cuanto antes de este sitio donde nos persigue la desgracia.

La joven echó á llorar y Margarita respetó su llanto.

IV

– ¡Gracias á Dios! exclamó á la mañana siguiente la mujer de Angelote. Hoy es el último día que las vecinas pasan aquí. Pasado mañana nos veremos libres de esas dos mujeres.

Miguel, á quien iban dirigidas las palabras de su madre, nada contestó. Cogió una silla y fué á sentarse junto á una mesa en que estaban colocadas sus redes.

– ¿Vas á remendarlas? preguntó Rosa.

– Las remendaría con gusto si tuviesen que servir para lo que yo quisiera.

– ¿Y qué quieres tú?

– Que vos y mi padre me dieseis permiso para regalar mi pesca de hoy á Concha y á su madre.

– ¡Vaya una idea! exclamó Rosa dando un salto en su silla. Dar toda la pesca á esas dos monas que se van sabe Dios dónde, y de quienes no volveremos á saber noticias! Ahí viene tu padre. Pídeselo y verás lo que te contesta.

Pero Angelote, á quien su mujer no había tenido tiempo de preparar, no fué tan contrario como suponía ella á los deseos que acababa de exponer su hijo.

– Tienes razón, muchacho, – contestó Angelote con bondadosa sencillez; – hace tiempo que debiéramos haber pensado en eso. – El bueno del Corcho merecía que alguna vez prestásemos ayuda á su mujer y á su hija.

Miguel saltó al cuello de su padre con lágrimas en los ojos.

– ¿Consentís, pues?

– ¡Vaya si consiento! Y yo quiero ir contigo, porque deseo tener igual parte que tú en esta buena acción. Vamos á partir en seguida. Deja esas redes, que nada valen; llevaremos las nuevas; no hemos de encontrar mejor ocasión para estrenarlas.

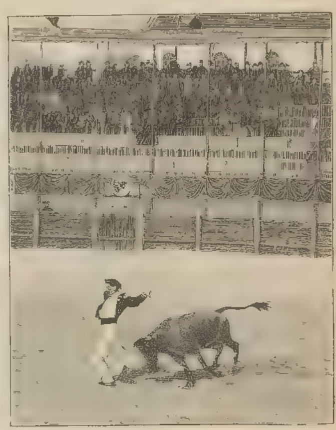
Rosa aventuró algunas objeciones, pero enfrenó su lengua temiendo que su hijo formase de ella un mal concepto.

Los dos hombres cargaron con todos los enseres de pesca y bajaron al muelle con la agilidad que puede dar la satisfacción de un deber cumplido.

JUAN B. ENSEÑAT

(Continuará)


Corridas landesas en París. – Embistiendo al toro.


Corridas landesas en París. – Embistiendo el toro.

LAS CORRIDAS LANDESAS EN PARÍS

Esta diversión menos sangrienta que las corridas de toros españolas, reconoce un origen muy distinto del que á éstas ha dado lugar. Los pastores de las Landas que viven constantemente entre sus vacadas, tienen que habérselas con frecuencia con reses rebeldes y salvajes contra las cuales tienen como principal defensa la destreza: de aquí ha nacido el llamado *écart* (quite) que se ven obligados á hacer á cada paso y que naturalmente les ha llevado á lucir su habilidad en verdaderas corridas. Hay, además, otra clase de corrida, la *Ferrada*, que es resultado natural de la ocupación de los pastores y que encontramos idéntica ó poco menos en las pampas argentinas: esas inmensas boyadas que recorren las Landas han de estar marcadas con las iniciales del propietario á fin de evitar los robos, y para ello es preciso coger á esos animales semi salvajes, derribarlos al suelo y aguantarlos mientras se les aplica la marca de hierro candente. Un hombre montado á caballo y armado de una larga pica terminada en horca es el encargado de derribar al animal.

Pero el género de corrida más común, es el primero que tiene muchos puntos de analogía con las españolas. En el momento en que el animal penetra en el redondel hay en éste, á veces, ocho ó diez *écarteurs* que corren hasta fatigarla la misma bestia, generalmente una vaca landesa de movimientos violentos y de aspecto salvaje. Algunas veces se ponen banderillas, pero por regla general esta suerte está sustituída por la de poner escarapelas untadas de pez que han de quedar clavadas entre las astas del cornúpeto. También se hace uso de la capa. Pero lo verdaderamente original es el quite: el hombre espera á pie firme, y en ocasiones con los pies atados ó metidos en el sombrero, á la vaca que se arranca hacia él y en el momento en que va á ser alcanzado por ésta hace un sencillo movimiento con el cuerpo y se desvía á derecha ó á izquierda rozándole los cuernos del animal pero sin tocarle. A menudo también, con ayuda de una larga percha, salta por encima de la cabeza de la vaca del mismo modo que salva los abismos en sus landas; otras veces espera á la vaca y cuando ésta baja la testuz para embestirle emprende una carrera y la salta por todo lo largo y algunas veces haciendo el salto mortal.

Con frecuencia la vaca está sujeta por una larga cuerda por medio de la cual en cierto modo se la dirige.

Las corridas landesas son tan populares en el mediodía de Francia como las corridas de toros en España: no hay en las Landas una aldea que no tenga su circo, ó cuando menos un cercado, ó un patio de alguna granja convenientemente preparado, y todos los jóvenes se dedican á este ejercicio siendo pocos los que han hecho de él una verdadera profesión.

(Tomado de *La Nature*)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

AÑO VIII — BARCELONA 14 DE OCTUBRE DE 1889 — NÚM. 407

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

LAS DOS COQUETAS, cuadro de E. Lancerotto

Mucho se ha escrito y discutido sobre la coquetería; quién la considera defecto, quién la tiene por gracia; opinan muchos que la mujer nace, creen no pocos que se hace coqueta. Nosotros estimamos que todos tienen razón, según el punto de vista en que cada cual se coloque y según cómo á cada uno le haya ido en la feria.

¿Qué duda tiene que, generalmente hablando, la coquetería es antipática? ¿quién negará que por punto general el mundo hace coquetas á las que la naturaleza hizo prudentes y comedidas? Y sin embargo, contemplando la linda pintura de Lancerotto se comprenderá que estas reglas tienen sus excepciones. Las dos muchachas del cuadro no han aprendido á coquetear en una sociedad en donde reinan la mentira, la farsa y la hipocresía; son hijas del pueblo y en la franqueza y ruda sinceridad de éste se han criado y educado, y esto no obstante son coquetas, lo cual significa que tienen la coquetería en la masa de la sangre. Pero ¿no es verdad que la expresión de sus caras denota que su coquetería es de todo punto inofensiva y que el día en que se decidan á querer de veras á un hombre se le entregarán tan por entero que no tendrán una mirada, un pensamiento, un deseo que no sea para él, para él solo?

Quizás se nos tache de optimistas, mas si de tal pecamos, cúlpese al notable pintor italiano que nos ha presentado á las dos coquetas tan simpáticas, que pareciéndonos imposible sea la coquetería en ellas un veneno nos complacemos en imaginar que es tan sólo un estimulante, un amargo aperitivo.

EL MINUÉ, cuadro de Luis Jiménez

¡Oh tempora, oh mores! exclamarían sin duda los personajes del cuadro de Luis Jiménez si vieran á lo que ha venido á parar en nuestros días la noble y discreta diversión de la danza. ¿Hemos ganado ó hemos perdido en la transformación? Si oímos á las personas mayores, nos convenceremos de que la formalidad y hasta la moral han perdido no poco con la sustitución de las ceremoniosas figuras, de los saludos á honesta distancia del aristocrático minué por las vertiginosas volteretas y los contactos poco convenientes de la infernal polca ó del bullicioso vals. Pero consultemos á renglón seguido á la gente moza y al punto quedaremos persuadidos de que á cambio de esos males (no tantos ni tan graves como los viejos suponen) el baile moderno ha traído inmensos beneficios desde el punto de vista de la intimidad de las relaciones sociales y aun de las afecciones amorosas.

¿Quién tiene razón? En nuestro concepto, los de la generación moderna ya que, en nuestro sentir, la sociedad actual no es ni más ni menos desmoralizada que la de otros tiempos. Han cambiado las formas, pero el fondo es el mismo; los modos de expresión podrán ser distintos, pero los deseos, los apetitos y los vicios son idénticos. Hoy las inocentes niñas se arrojan en brazos de sus galanes para perderse entre las demás parejas que en revuelto torbellino saltan y brincan en salones espléndidamente iluminados; quizás ayer aprovechaban el honesto apretón de manos del minué para deslizar el venenoso billete en que se concertaba la fuga entre las sombras de la noche.

No creemos pecar de exagerados si decimos que *El Minué* de Luis Jiménez – de este insigne paisano nuestro que en la Exposición Universal de París acaba de obtener por su hermoso cuadro *En la sala del hospital* el único gran premio de honor concedido á los pintores españoles – es una obra bien pensada, mejor compuesta y no menos bien ejecutada. El lugar de la escena tiene sabor local y nos transporta á uno de estos elegantes patios de las casas andaluzas que el artista ha embellecido con toda suerte de preciosos detalles: en cuanto á los personajes, el pintor ha estado tan feliz en ellos que al contemplarlos y al pensar en lo que dirían aquellos rostros graves si hoy vivieran, se nos han ocurrido casi involuntariamente las anteriores consideraciones.

LOS FUMADORES, cuadro de C. Hartmann

Después de un frugal almuerzo, han encendido los tres pilluelos sendos cigarros que con fruición aspiran contemplando los caprichosos dibujos que traza el humo y levantando, quizás, al compás de éste sus pensamientos á regiones elevadas. La poco recomendable facha de los tales personajes hace suponer que no cuentan sólo con el trabajo y con los honrados propósitos para llegar á la meta de sus deseos ambiciosos; algo habrán oído, tal vez, de esas eternas predicaciones contra los ricos, de esas furibundas catilinarias contra los burgueses, de esos tremebundos ataques contra los detentadores del



LAS DOS COQUETAS, cuadro de E. Lancerotto
Primera Exposición anual de obras de arte de todas las naciones Munich, 1889

capital y sus ilusiones infantiles les presentarán como cosa muy fácil y de muy pronta realización ese reparto de bienes, esa liquidación magna de todas las riquezas del universo, en que creen muchos infelices soñadores y que tienen interés en hacer creer á los demás algunos sobradamente despiertos. ¡Pobres criaturas! Desechad, ya que aun es tiempo para vosotros que empezáis á vivir, estas quimeras absurdas y buscad en el trabajo y en la honradez la satisfacción íntima, la tranquilidad de espíritu, la paz doméstica que mal se avienen con el desasosiego, los groseros apetitos y las constantes luchas que traen consigo esas doctrinas tan imposibles como demoledoras.

¿Se propuso Hartmann presentar esta premisa del problema social, dejando que cada cual completara el pensamiento y resolviera la cuestión según su propio criterio? ¿Fué su intento simplemente pintar una escena callejera sin ulteriores consecuencias? Sea lo que fuere, es lo cierto que ha pintado un cuadro muy notable y así lo han reconocido cuantos han visitado la Exposición de la capital bávara.

«¡EIA POPAIA!» cuadro de Geza Peske

Constituídos en guardadores de su hermanito durante la ausencia de su madre, esos dos pequeños húngaros entonan la *¡Eia Popaia!* monótona canción popular con que en las provincias transleithanas se hace dormir á los niños, y al compás de sus cantos mecen la pobre cuna en que aquél descansa. Fieles á la misión que les está confiada vencen, no sin grandes esfuerzos, el vivo deseo que sienten de retozar por los vecinos prados, ó de bañarse en el cercano arroyo ó de reunirse con sus compañeros de la próxima aldea. El aburrimiento que empieza á pintarse en sus semblantes claramente indica que cualquiera de estas distracciones les sería más grata que la poco interesante ocupación de velar y mantener el sueño del chiquitín; mas no haya miedo que sucumban á la tentación: el sentimiento del deber y quizás también el amor que profesan al Benjamín de la casa son más poderosos que su comezón por divertirse y resignados esperan el regreso de la madre que les relevará del cargo de guardianes y que de seguro traerá algo con que recompensar su solicitud y cariño fraternales.

El asunto del cuadro es bello, la ejecución magistral. Difícilmente se presentará un conjunto más expresivo con tan pocos elementos. Toda la obra se reduce á tres figuras, pero ¡qué figuras! No puede darse sueño más tranquilo ni actitud más reposada que la del hermoso niño que se quedó dormido con la dulce papilla entre los labios; no cabe mayor naturalidad que la del precioso grupo de los dos hermanos mayores. La ilusión es tan completa, que á poco que esforcemos la imaginación nos parecerá oir el tic tac de la cuna y las plañideras notas de la salmodia húngara.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

EN LA AGENCIA DE EMIGRACION
cuadro de Fernando Brutt

La escena es de actualidad en todas las naciones; la historia es la de siempre, uno de tantos episodios de la triste lucha por la existencia.

Sin más fortuna que su laboriosidad, sin más recursos que sus brazos acostumbrados á rudas faenas, sin más consuelo que su anciana madre, criado en la estrechez y en las privaciones en medio de una sociedad que goza de todos los placeres de la vida y á la cual envidia más que odia, soportó con paciencia sus desdichas mientras pudo encontrar quien á cambio de sus servicios le diera con que poder llevar todos los días un pedazo de pan á su pobre hogar. Pero vino un momento en que la crisis económica diezmó los talleres y el infeliz obrero se vió despedido del suyo; buscó en vano ocupación como tantos otros compañeros de infortunio, llamó inútilmente á cuantas puertas podían ofrecerle una esperanza de salvación hasta que desalentado, viendo desfilar ante sus ojos todos los horrores de la miseria, sobrado valeroso para buscar en el suicidio un reposo que la vida le negaba y demasiado noble para arrebatar á la sociedad por medio del crimen lo que la sociedad no le daba por su trabajo, decidió emigrar á lejanas tierras en donde el hombre puede todavía ganar el pan con el sudor de su rostro y ocultándose de su madre se encaminó á una de esas agencias de emigración en las cuales, aun después de abolida la trata de negros, se hace en grande escala la trata de blancos.

Duras son las condiciones que allí le presentan, terrible es el sacrificio que de su libertad le obligan á hacer. Él desdichado vacila; su pobre madre que le ha seguido desde que salió de su casa, temerosa de que realizara los siniestros designios que su semblante parecía denunciar, le sorprende en el momento en que se resolvía á firmar el compromiso que le convertirá en esclavo. Una lucha terrible se entabla entre la buena mujer que quiere á toda costa conservar á su hijo á su lado y el mefistofélico agente que por la cuenta que le trae traza por milésima vez ante la vista de un desdichado un cuadro lleno de encantadoras promesas, hablando de montones de oro al que no tiene de qué comer y ofreciendo un porvenir brillante al que siempre ha tenido que abrirse paso entre horrores y tinieblas.

¡Pobre madre! La serpiente ha vencido; dentro de un instante tu hijo no te pertenecerá; mañana, tal vez, se desprendera de tus amorosos brazos é irá á buscar en remotos países no la riqueza que aplaque su ambición sino el trabajo que satisfaga sus más imperiosas necesidades, pues la emigración no está hoy fomentada como antiguamente por la sed del oro sino por el hambre de un mezquino jornal que tantos desgraciados no pueden encontrar en su patria.

La obra de Fernando Brutt es acabadísima; los personajes que en ella intervienen reflejan de un modo maravilloso en sus semblantes y en sus actitudes los distintos sentimientos que les animan; el dolor y el cariño de la madre, la sombría desesperación del hijo y la satánica satisfacción del agente que harto bien comprende que en definitiva la victoria será suya, estan magistralmente expresadas. Con razón se considera en Alemania al autor de este cuadro como uno de los pintores de género que mejor han sabido trasladar al lienzo las escenas de la vida social moderna.

CONCHA

(Conclusión)

V

Margarita y Concha acaban de hacer los últimos preparativos para su partida.

Ambas se miran, tristemente sentadas junto á la mesa; aquella misma mesa en torno de la cual se juntaba un tiempo la familia dichosa.

– ¿No tenéis apetito, madre? Poca cosa hay para nuestra cena; pero tampoco es cuestión de acostarnos sin tomar alimento alguno. ¿Queréis comer conmigo el pan que nos queda?

– ¡Mi pobre Concha! nunca comimos pan solo mientras vivió tu padre.

De pronto se oye un discreto golpe dado en la puerta.

– Abre, Concha. Será algún amigo que viene á despedirse.

La joven obedece con lentitud. Pero tan pronto como abre la puerta, retrocede con agradable sorpresa.

-¡Miguel! exclama juntando las manos.

– Sí, Miguel, y algo más á cuestas, replica el joven entrando en la cabaña. Y añade, dirigiéndose á Margarita:

– ¿Queréis hacerme el favor de aceptar nuestra pesca de hoy? Mi padre y yo hemos hecho todo lo posible para que fuese abundante. Dios nos ha favorecido, y con lo que traemos habrá bastante para sacar vuestros gastos de viaje... puesto que os empeñáis en marcharos!...

Los ojos del pobre pescador erraban tristemente de la madre á la hija y hacia los preparativos que anunciaban su irrevocable resolución.

Margarita y Concha le miraban con asombro. Por fin ésta exclamó:

– ¿Es posible, Miguel, que tu madre haya consentido en que trabajaseis todo un día por nosotras?

– Pero ¿qué quieres que hagamos de todo eso? preguntó Margarita, que aun dudaba si debía aceptarlo.

—Haréis mañana lo que hacíais en vida del Corcho, que en gloria esté. Iréis á Soller á vender el pescado, y con el producto de la venta cubriréis algunas de vuestras necesidades.

– ¿Qué dices á eso, Concha?

– Que debemos aceptarlo y hacer lo que dice Miguel. Durante todo el día de mañana me haré la ilusión de que aun no nos hemos separado para siempre...

– Gracias, dijo Miguel tendiéndole la mano; veo que todavía me quieres.

Permanecieron ambos jóvenes mirándose en silencio durante algunos minutos, como si esperaran que algún acontecimiento viniese á anunciarles que quedaban unidos para toda la vida.

Pero la voz de la viuda, por el contrario, apresuró la separación.

– Vamos, hijos míos, hay que alejarse el uno del otro y no pensar más en vuestros amores.

Esto diciendo, los separó con tristeza, y añadió con sentida expresión:

– Miguel, da muchas gracias á tus padres de nuestra parte; diles que nunca olvidaremos el favor que hoy nos hacen. También te las damos á tí de todo corazón; pero es preciso que tú y Concha no os volváis á ver. No vayas mañana á Soller mientras estemos nosotras.

– ¡Oh! vuestra prohibición es muy cruel.

– Tu madre pensaría que tu ida era cosa combinada con nosotras.

– No iré.

– Despídete definitivamente de Concha.

– ¡Oh! el valor me falta. ¡Adiós! – Y sin echar siquiera otra mirada hacia atrás, salió con acelerado paso de la cabaña, cuya puerta cerró Concha lentamente.

Al encontrarse otra vez solas, madre é hija se echaron la una en brazos de la otra.

– Siento que Miguel haya traído esto, dijo Margarita.

– Y ¿por qué, madre?

– Porque ya nunca le podrás olvidar.

– Sin esto, lo mismo hubiera sido. No se arranca tan fácilmente del corazón de una mujer el único amor que en él ha echado raíces.

Margarita se acercó al cesto que Miguel había dejado. Una exclamación de alegría se escapó de sus labios.

– ¡Oh! ¡qué hermosa pesca! Mira, Concha.

– Una verdadera pesca milagrosa.

A pesar de su dolor profundo, la joven no pudo menos de compartir el entusiasmo de su madre.

– Pongamos todo en orden ahora y podremos partir al amanecer. Mañana es día festivo y mucha gente hace su compra al salir de la primera misa. La venta puede ser muy beneficiosa...

– Compraremos muchas cosas que necesitamos.

– De pronto un buen mantón para vos.

– Y un jubón para tí, porque el que llevas ya no sirve.

Así hablando, madre é hija pusieron en una cesta el pescado de más valor y de más peso, con el cual tenía que cargar Concha. En otra cesta, que había de llevar Margarita, apartaron la morralla más ligera.

Después vinieron los mariscos: dátiles, almejas y ostras.

– Estas almejas pesan mucho, y por lo que valen, no cargaría con ellas, dijo la madre.

– Podemos apartarlas para nuestra cena, que al fin algo hemos de comer.

Quince minutos después todo el marisco era servido á la mesa, después de haber dado cuatro hervores en un puchero.

Concha abría con presteza los moluscos y comía concienzudamente la mitad, cediendo la otra parte á su buena madre.

De pronto exclamó con sorpresa:

– ¿Qué es esto que me encuentro en la boca? Es duro y redondo. Ved, madre.

Margarita tomó el objeto blanquecino, pequeño y redondo que le presentaba su hija y lo examinó por complacencia.

– ¡Calla! si es una perla. No la tires; la enseñaremos mañana al platero, y quién sabe si dará algo por ella.

Concha la envolvió en un papel, la ató en la punta de un pañuelo y se la metió en la faltriquera, sin darle importancia alguna.

Las dos mujeres se acostaron luego.

Concha asistió en ensueños á la celebración de su boda con Miguel, que había vuelto triunfante de una nueva pesca milagrosa, y la buena Margarita soñó en el estreno de un magnífico pañolón de lana.

VI

Al despertar al día siguiente, madre é hija cargaron con las cestas y echaron á andar á paso ligero camino de Soller. Aun no llevaban un cuarto de hora de marcha, cuando un carretero de la huerta les obligó á que se acomodaran con las cestas en su vehículo y las distrajo el resto del camino con su conversación llena de graciosas ocurrencias.

Llegaron á la plaza al primer toque de Maitines.

El carretero, al despedirse de las pescadoras, tuvo que aceptar un puñado de boliche y las dos mujeres tomaron posesión de su puesto de venta

Margarita se quedó guardando el pescado, junto al cual no tardó en dormirse acurrucada en el suelo.

Concha oyó, mientras tanto, la primera misa, y sustituyó luego á su madre, que fué á oir la segunda.

Empezó á afluir gente á la pescadería, y como no había quién hiciera competencia á Concha, no tardó ésta en vender á buen precio su provisión.

Cuando Margarita salió de la segunda misa, su hija estaba contando el dinero sobre su grueso delantal tendido sobre uno de los cestos vuelto boca abajo.

– ¿Cuánto has hecho?

– Nueve duros, tres pesetas y un real.

– No esperaba yo tanto. ¿Y lo de ese papel?

– ¡Ah! es mi perla de anoche. Ya no me acordaba. Si nos diesen por ella un par de pesetas... No perdamos tiempo, madre, porque si nos descuidamos, el sol va á freirnos en el camino.

– ¿Qué hacemos por de pronto?

– A comprar vuestro mantón.

– ¿Y tu jubón?

– También.

– ¿Dejamos aquí los cestos?

– Sí: volveremos por ellos cuando hayamos hecho nuestras compras.

Hechas éstas, madre é hija se acercaron á la mesa de un platero, que paraba tienda los días festivos en la plaza.

Deslumbrada por el brillante aspecto del mostrador, Margarita retrocedió un paso instintivamente, y tirando de su hija por la falda, le dijo al oído:

– Vámonos, que se van á reir de nosotras con nuestra miserable perla.

Pero Concha, menos tímida que su madre, se encaró con el platero, que la observaba hacía un rato.

– Señorito, le dijo con una fresca sonrisa en los labios y dos no menos frescas rosas en las mejillas; anoche, comiendo un marisco, me encontré una especie de perla, y como me han dicho que puede ser que valga algo, vengo á ver si me la quiere V. comprar.

– A ver tu perla, dijo el platero mirando á la muchacha en el blanco de los ojos.

Concha sacó su pequeño envoltorio, desdobló el papel y presentó la perla al joyero.

Este, como hombre inteligente y práctico en su oficio, cogió la perla, tanteó su peso, se la miró con fijeza y dijo:

– Como tenga el valor de tus lindos ojos, mucho ha de valer, morenita.

Concha, que no estaba allí precisamente para recibir piropos, y que en aquel momento había sentido agolparse á su imaginación un cúmulo de quiméricos pensamientos, girando como un inmenso cono apoyado por su vértice sobre la perla, se ruborizó un poco y guardó silencio, presa de una ansiedad que aumentaba por instantes.

El platero, que se formalizó al ver la turbación de la pescadora y al apercibirse de que realmente valía algo el objeto que tenía en la mano, sacó un lente y procedió en silencio á un nuevo examen más minucioso. De pronto se dirigió á un mozo que estaba ocupado en desenvolver estuches, y le dijo con viveza:

– Anda, corre á decir á don Nicolás que me haga el obsequio de venir en seguida.

Margarita y Concha miraban y oían lo que pasaba con cierta sorpresa y no sin visos de impaciencia, que notó el joyero.

– Si os hago esperar, dijo éste, es porque así os conviene. La perla necesita ser examinada con muchísima atención por dos personas á lo menos. Puedo equivocarme, á pesar de mi práctica en la materia; por esto he mandado recado á un hombre muy competente para que venga á decirme su parecer. Tened la bondad de esperaros un momento.

Las dos mujeres se apartaron á un lado del escaparate, cediendo el puesto á otras personas que parecían querer examinar las joyas expuestas.

El señor Nicolás no tardó en acudir á la consulta de su colega, quien le cogió aparte y le dijo enseñándole la perla:

– ¿Qué os parece esto?

El tío Nicolás, que era un vejete muy ladino, se afianzó las gafas, y después de haber examinado con atención el objeto que se trataba de justipreciar, preguntó á su joven amigo:

– ¿Cuánto te piden por ella?

– Nada todavía, puesto que vienen á que le ponga precio.

– ¡Ah! hay un buen negocio que hacer, camarada.

– Ya lo creo, sobre todo para esas dos pobres mujeres. Y esto diciendo, señalaba á las pescadoras, que se habían colocado á una prudente distancia. En fin, tío Nicolás, ¿qué os parece que vale esta perla?

– Pero tú no sospechas siquiera el valor que tiene!...

– Precisamente porque me lo figuro he querido consultaros.

– Puedes adquirirla por una miseria.

– Pero soy honrado y quiero pagar su valor.

– ¡Diablos! pensó el viejo. ¿Hase visto tonto?... ¡Qué lástima que no hayan venido á mí con esta perla!

Y la puso en manos del platero haciendo una mueca de profundo pesar y diciendo al mismo tiempo que se rascaba la oreja:

– Es la más hermosa que he visto en mi vida, y vale mil duros como un ochavo.

Al oir estas palabras, Concha y Margarita saltaron de alborozo.

– ¿Has oído? dijo la madre en voz baja.

Concha hizo una señal afirmativa con la cabeza. No se atrevía á hablar.

– Gracias, tío Nicolás, dijo el platero. Me atengo á vuestra apreciación y daré mil duros por la perla.

– ¡Mil duros á nosotras! exclamó Concha, que empezaba á salir de su estupor.

– Sí, hermosa, á vosotras; pero no me es posible entregaros en el acto tan crecida cantidad; os firmaré una letra por valor de cinco mil pesetas, que podréis cobrar pasado mañana en la sucursal del Banco.

Ya no había duda. Era real y positivo aquel golpe de la fortuna propicia, que convertía á las dos miserables mujeres en ricas pescadoras, capaces de comprar una barca nueva, mucho mejor que la de Angelote.

Concha recibió de manos del platero un pagaré en regla, en cambio de la perla vendida.

Provistas de aquel precioso documento, que las aseguraba el cobro de mil duros para dos días después, las dos pescadoras fueron á recoger sus cestos y tomaron alegremente el camino del Puerto.

VII

A pesar de aquel cambio de fortuna, Margarita iba pensativa y seria.

– ¿En qué pensáis, madre, que tan preocupada os veo? Ahora que somos ricas, la madre de Miguel no me desdeñará.

– Hija mía; puesta la mano sobre el corazón y escuchando bien la conciencia, ¿crees tú que este dinero es nuestro?

– ¿Pues de quién había de ser? ¿De Miguel?

– Miguel tuvo la intención de regalarnos su pesca, para que sacásemos de ella un producto ordinario; pero no estuvo en su ánimo el darnos una fortuna. Me parece, pues, que el valor de esa perla no nos pertenece y que debemos entregarlo á Miguel ó á su familia.

Concha seguía andando al lado de su madre sin contestar una palabra. Por su mente cruzaban mil ideas que tan pronto la llenaban de alborozo como la sumían en profundo pesar. La imagen de su novio flotaba como una aureola sobre aquel cúmulo de encontrados pensamientos, pero á la vuelta de cada ilusión, rápidamente acariciada, recaía en los abismos de la duda.

Al llegar al Puerto, dijo á su madre:

– Después de reflexionarlo bien, tenéis razón: esta fortuna no nos pertenece. Creí un instante que aun había dicha posible para nosotras; me engañaba el deseo. Si os parece bien, iré á entregar á Miguel el recibo del joyero, puesto que á él le toca cobrar esa cantidad.

– Estaba segurísima de la honradez de tu corazón, hija mía.

Concha se dirigió sin vacilar á casa de Angelote.

La familia del honrado pescador estaba reunida para el almuerzo.

Miguel se sintió sobrecogido de alegría al ver entrar á la muchacha.

– ¡Hola! exclamó Angelote. Precisamente estábamos ahora diciendo que tu madre y tú debíais hacer los últimos preparativos para vuestro viaje.

– Hace tiempo que debimos haber partido.

– ¡Vamos, vamos! deja esa tristeza y dinos qué te trae aquí.

– Ya sabéis que ayer vino Miguel y nos entregó vuestra pesca y la suya.

– Sí, ya sé, y ¿qué más?

– Pues hay, además, que en una de las conchas que comimos, encontramos una perla.

– ¿Y qué mal hay en ello, hija mía? Esto pasa con frecuencia.

– Sí, pero esa perla, que hemos enseñado al joyero de Soller, tiene un valor que no tienen las que ordinariamente se encuentran; por esto mi madre y yo hemos pensado que no debíamos quedarnos con su valor, puesto que quien pescó los mariscos fuisteis vosotros; y he venido á entregaros el recibo del joyero.

Al terminar estas palabras, dichas sin pausa alguna, Concha sacó de su faltriquera un talón de cuenta corriente firmado por el platero, y se lo entregó á Angelote.

– ¿Qué demonios estáis diciendo y qué significa todo eso? repuso el rudo pescador.

– Presentando este papel, añadió Concha, os entregarán mil duros.

Estas palabras produjeron un efecto asombroso.

Los ojos de Miguel resplandecieron de alegría.

La mujer de Angelote se precipitó sobre su marido y exclamó, arrancándole el precioso documento:

– ¡A ver, á ver! ¡Vaya una ventura que nos llega de improviso! ¡Qué hermosa barca y qué redes vamos á poder comprar! Bien mirado, tu madre y tú sois dos mujeres honradas.

En aquel momento entró Margarita, seguida de Juan Arbós.

– ¡Hola, vecinos! exclamó éste. ¿Qué es eso que me acaban de contar? Por ahí se dice que os ha venido una riqueza más grande que no sé qué, y que no sería extraño que yo no llegara á instalar á mi hijo en casa del Corcho, que en gloria esté.

– ¿Quién ha dicho eso? preguntó Rosa.

– Todo el mundo. Y también se sabe que si os veis ricos de la noche á la mañana, debéis dar gracias á Dios, á Margarita y á Concha.

– Esta fortuna les pertenece más á ellas que á nosotros, repuso Angelote levantándose. Y añadió, dirigiéndose á la viuda del Corcho: Margarita, no aceptamos vuestro sacrificio; y estoy seguro de que mi buen amigo, tu difunto esposo, hubiera hecho lo mismo en mi lugar.

– Todo eso son cuentos, objetó Rosa. Margarita y su hija han comprendido perfectamente de parte de quién estaba la justicia, puesto que nos han traído el dinero.

En esto Miguel y Concha se habían juntado cerca de la puerta y hablaban en voz baja.

– ¿Sabéis lo que yo haría en vuestro lugar? preguntó con decisión el bueno de Arbós.

– ¿Qué harías? dijo Angelote.

– Miradme ese par de tortolitos. ¿No os dice eso lo que debéis hacer?

Margarita y Angelote aprobaban en el fondo de su alma la solución propuesta por su vecino; mas no se atrevían á manifestarlo abiertamente, temerosos de provocar una explosión de cólera en la irascible Rosa, que parecía muy contrariada.

Estaba escrito que el bueno de Arbós había de allanar los grandes obstáculos que se oponían á la felicidad de los antiguos novios.

—Vamos, Rosa, dijo después de una breve pausa; me parece que ya sois la única que no ve claro en todo esto. Casadme en seguida á esos muchachos; hoy tienen de sobra para vivir tranquilos. Y no digáis que me meto en cosas que no me importan. El Corcho era mi mejor amigo, y como que oiga aquí, en el pecho, su voz que me dice: ¡Bravo, Juan! tú eres un hombre como Dios manda... Gracias por el bien que demuestras querer á mi pobre Margarita y á mi inocente Concha...

La emoción le ahogó la palabra, y se pasó rápidamente la mano por los ojos, como avergonzado de que viesen saltar de ellos una lágrima.

El dolor sincero es muy comunicativo. De pronto la emoción se dibujó en todos los semblantes.

– ¡Pues no estoy á punto de haceros llorar! ¡Ea! Dios os envía la fortuna para que al fin sean felices los que hasta ahora han sufrido...

– ¡Madre! exclamó Miguel en actitud suplicante.

Rosa no estaba aun muy dispuesta á ceder; pero al ver clavados en ella los ojos de todos los demás, que expresaban tanta reconvención como súplica, no se atrevió á seguir luchando sola contra todo el mundo, y exclamó:

– Concha, ven á mis brazos!

La alegría hizo explosión en todos los humildes personajes de aquella escena íntima. Concha se echó en brazos de la que había sido hasta entonces su enemiga irreconciliable. Miguel abrazó á la vieja Margarita, que lloraba por encontrados sentimientos de alborozo y de tristeza, pues la dicha de aquel feliz enlace no le hacía olvidar á su difunto esposo. Angelote dió un fuerte apretón de manos á su generoso vecino, que tan buen sesgo había sabido dar á las cosas con su oportuna intervención.

Tres meses después, la barca más hermosa que jamás hubiese surcado las aguas de Soller, se balanceaba airosamente en las olas, frente á la casita en que moraban Margarita, Concha y Miguel.

Sobre un fondo negro, bordado de varillas doradas, se leía en la popa y en grandes letras blancas, este nombre lleno de recuerdos:

CONCHA

JUAN B. ENSEÑAT

LA DOBLE VISTA

(Fantasía)

Enrique era feliz.

Casado con Gertrudis, y embellecida su unión por tres hermosos vástagos, uno de los cuales había ya cumplido diez y nueve años, y estudiaba con cierto aprovechamiento la carrera de ingeniero, dentro de su hogar, no le faltaba nada para la felicidad.

Gertrudis era complaciente, buena, cariñosa; sus hijos un encanto; su hijo mayor, Alfredo, aplicado y pundonoroso, aunque algo gastador. Pero, como decía D. Enrique, que era muy dado á lo extranjero, *il faut que jeunesse se passe;* y como si en su interior hubiera querido Dios derramar la dicha en absoluto, le había conservado su madre, anciana octogenaria, que vivía dedicada á sus oraciones.

En la vida social, D. Enrique era enteramente dichoso. Hombre de negocios, respetadísimo en la plaza, su firma se cotizaba más alta que los billetes del Tesoro. Los amigos le estimaban de veras. Tenía un socio, D. Vicente, en quien había logrado un verdadero amigo en toda la extensión de la palabra.

No se podía ser más feliz que D. Enrique.

* *
*

Pero como la felicidad no consiste en la posesión del bien, sino en la esperanza de obtenerlo, D. Enrique se dió á pensar y á desear el más grande dislate que ha cabido en humana inteligencia.

Deseó ardientemente leer el pensamiento de las personas con quienes hablase.

Y el milagro, porque tal fué, se realizó, y el día que D. Enrique se vió dueño de aquella doble vista, se consideró el *ser* más dichoso de la tierra.

Llamó á su hijo Alfredo á su despacho, y deseando, en el colmo de su felicidad, que los suyos fueran muy dichosos, determinó doblar su pensión; pero antes y para descubrir el corazón de su hijo, le dirigió este discurso:

– Hijo, si bien es cierto que estudias, que estás llamado á hacer una fortuna, es necesario que moderes tus gastos; los negocios no marchan como yo quisiera, y es necesario hacer economías...

– Padre, – respondió Alfredo, – yo...

– No sigas, vete, – le interrumpió furiosamente D. Enrique.

Salió Alfredo, y su padre, con la cabeza entre las manos, derramaba lágrimas de fuego.

Había leído el pensamiento de su hijo, que allá en los últimos senos de su conciencia decía en cuanto él acabó de hablar:

– Mi padre es bueno, pero es un avaro: algún día podré disponer de su fortuna, y, cuando él se muera, gozaré á mis anchas.

D. Enrique se horrorizó, y, con el corazón hecho pedazos, buscó á Gertrudis para encontrar consuelo.

– Soy muy desgraciado, – la dijo; – nuestro Alfredo, que yo creía un modelo de honradez, piensa en la muerte de su padre para disipar nuestra fortuna; no es sincero contigo ni conmigo, y cuando en el amor queda algo en el alma de uno de los que se aman, que no conoce el otro, el amor no es completo.

– Enrique, – respondió su mujer, – te atormentas por fantasmas; la vida de los negocios, siendo muy bueno, te ha materializado con exceso y...

– Déjame, Gertrudis; quítate de mi vista; me horrorizas, – respondió D. Enrique, saliendo apresuradamente del cuarto de su esposa.

Había visto su alma: Gertrudis se lamentaba de veinte años de impasibilidad y de haber pasado la juventud con honradez pero sin emociones, y aun se arrepentía de no haberse casado con cierto capitán de artillería, guapo y mala cabeza, con quien hubiera sido menos rica, pero más feliz.

Enrique, en su despacho, maldecía aquella doble vista que había deseado, y reflexionaba amargamente.

– ¿Es posible, – decía, – que ese amor infinito y sublime, y esa absoluta confianza de un espíritu en otro, sea tan sólo una quimera? Mi mujer y mi hijo, que me han dado indudables pruebas de afecto y de cariño, ¿han sido *sólo* buenos por *deber*? A pesar de serlo, la bondad humana es tan pobre cosa, que aun los mejores no pueden ser sinceros con aquellos que más aman, sin que les ofendan y les hieran. ¡Qué es la humanidad entonces, Dios eterno! Esa pelota de carne que se llama corazón ¿es una inmunda entraña, podrida en vida, ó hay en sus latidos algo de divino...?

Le interrumpió en sus reflexiones su amigo y socio D. Vicente, el corazón cariñoso que merecía su confianza absoluta, y que durante veinte años venía siendo el depositario de sus secretos.

– Oye, Vicente: soy muy desgraciado; mis afecciones de toda mi vida, los cariños á que he dedicado toda mi existencia, no tenían la sinceridad que yo les suponía; me voy á retirar de mis negocios, y tú solo liquidarás mi casa y seguirás los que hay pendientes: no puedo decirte y explicarte todo lo que sufro; lo que me sucede es espantoso. – Y al decir esto, D. Enrique miraba á Vicente con furor y espanto; y era que había leído en su pensamiento, y que el amigo íntimo decía para sus adentros: «Gracias á Dios que me quedo solo con la casa; afortunadamente, todas las cuentas corrientes de América é Inglaterra están sólo á mi nombre; recobraré mi personalidad, y dejaré de estar supeditado á este imbécil, que hace veinte años es la primera persona de la casa.»

D. Enrique cayó desplomado en un sillón y Vicente salió presuroso y, *al parecer*, acongojado á avisar á la familia.

Tres días estuvo el banquero entre la vida y la muerte, atendido y cuidado por Gertrudis, Alfredo y Vicente, que no eran malos, aunque eran humanidad y por ende no eran perfectos.

Al cuarto, sin haber apenas desplegado sus labios, Enrique, que había reflexionado mucho, determinó morir.

Cuando un hombre tiene la dicha de leer el pensamiento ajeno, lo lógico es morir.

Firme en su propósito, determinó ponerlo en práctica, y, sin ver á nadie, pensó subir á su biblioteca, donde recordaba que tenía un revolver de *Eibar*, con incrustaciones de oro, regalo de su amigo Vicente.

Al salir de su cuarto entraba en él su madre, marchando trabajosamente apoyada en el hombro de una criada.

– ¿Estás mejor, hijo mío?...

– Madre, soy muy desgraciado; todo lo que creía es mentira; el trabajo sentimental de toda mi vida ha sido inútil; la humanidad es mala, todo es falso... – Y al decir esta frase abrazaba y besaba á su pobre madre que lloraba con él.

Leyó en su pensamiento, y he aquí lo que vió:

– ¿Por qué seré tan vieja que me quede tan poco tiempo de sacrificarme por mi hijo?

JUAN VALERA DE TORNOS



EL MINUÉ, cuadro de Luis Jiménez



EN LA AGENCIA DE E



MIGRACIÓN, cuadro de Fernando Brutt



LOS FUMADORES, cuadro de C. Hartmann
(Primera Exposición anual de obras de arte de todas las naciones, Munich, 1889)

«EIA POPAIA»—cuadro de Geza Peske.
(Primera Exposición anual de obras de arte de todas las naciones, Munich, 1889)



La enorme masa avanza lentamente y se desliza hacia el mar

DE PARÍS Á NUEVA-YORK

I

Nada hay tan triste como ver uno partir á sus amigos; nada más alegre que partir uno mismo. Es un sentimiento que se revela en mí á vista de lejanos horizontes y aun viendo partir un tren de los afueras ó de la ronda. Esa necesidad que los hombres sienten de cambiar de sitio, unos por aquí, otros por allá, me afecta en cualidad de espectador, á la vez que me hace desear seguirlos, no importa á dónde, para ver.

Porque si yo mismo formo parte de la multitud que se va, siento una alegría sin mezcla, la felicidad del cambio, y miro con piedad á los infelices enclavados á orillas del camino, esas pobres gentes que se ven en el cuadro de las ventanillas tendiendo hacia el tren en marcha ojos tristes é indolentes.

Así bien comprenderéis qué alegría fué para mí cuando una mañana recibí un telegrama de mi amigo Renouard, el hábil dibujante, avisándome que partiríamos aquella misma noche para el Havre, en el tren transatlántico, y de allí á Nueva-York, á bordo del paquebot *Bretaña*.

Sentí un estremecimiento de entusiasmo, tanto más, cuanto que hasta este último momento, mi partida había sido problemática. Bendije pues á mi destino y también á la *Revista ilustrada*, que me procuraba esta ganga, ben dije á Renouard, bendije... en una palabra, agoté mi provisión de agua bendita, á la vez que arreglando mi maleta. En aquel momento, Stanley, el valiente explorador, no podía compararse conmigo, que de buena gana hubiera tuteado al mismo Cristóbal Colón.

No hay que decir que llegué á la cita dos horas antes de la señalada. En vano quise matar tiempo leyendo algunos periódicos: cerniéndome sobre las olas, me sentía ya desligado de la política y miraba las mezquinas contiendas del parlamento con la desdeñosa mirada de una gaviota y la profunda indiferencia de un tiburón. Convertido ya en lobo marino, antes hubiera mascado un chicote que interesarme por las cosas de la tierra.

Por fortuna, encontré al fin una ocupación digna de mí. Los emigrantes estaban encerrados en los salones de espera por la parte de la calle de Amsterdam: fuí pues á ver á aquellos desterrados voluntarios.

Al débil resplandor del gas rebajado al azul, aquel rebaño humano de siete ú ochocientas cabezas bullía tímidamente: apenas salía de aquella multitud un murmullo confuso; la mayor parte guardaba un silencio que parecía fiero á los espectadores, y no era acaso sino el resultado de la fatiga. Era un recogimiento físico, que daba á aquellos vivientes, á la media luz de la estancia, un aspecto de fantasmas taciturnos. Por aquí y por allá, un sombrero apuntado, venido sin duda de las Calabrias ó de los Abruzos, un harapo en otro tiempo rojo, un pañuelo de seda, salía de la sombra; á veces relucían también algunas medallas colgadas al cuello, una hebilla de acero y también el siniestro fulgor de un cuchillo, cuyo trágico aspecto era súbitamente desmentido por un fuerte olor á ajo, á cebolla y á salchichería, indicando que aquel seudo puñal llenaba simplemente las funciones de un cuchillo de mesa.



El piloto del Havre

Una verdadera piedad embargaba el corazón enfrente de aquellos parias, en su mayoría italianos, que parecían poner en acción los versos de Virgilio: *dulcia linquimus arva*. Una joven de unos diez y seis años apenas, bella como una Fornarina, de pie junto á la balaustrada, tenía en brazos á un niño de cuatro ó cinco meses que también guardaba silencio. Tan inmóvil, aislada y derecha, parecía servir de modelo para un cuadro de maestro, desempeñando al natural algún drama de pasión y de odio. Tan bella con sus ojos negros, á los cuales la mezquina luz del gas daba reflejos de incendio, había debido huir de la casa paterna, á consecuencia de un amor desgraciado ó culpable, yéndose á buscar allá lejos, en América, un rincón de tierra hospitalaria y un estado civil para su pequeñuelo.

Aquí llegaba yo en mis reflexiones, cuando vino á mí Renouard, en compañía de otro camarada, que llamaré el amigo F., el cual debía acompañarnos hasta el Havre.

Muy luego estábamos los tres instalados en un wagón del tren transatlántico, que al punto de las diez y media, silba, se mueve y hace sonar las planchas giratorias bajo los pesados y largos coches cargados de emigrantes.

Mis compañeros de viaje, después de algunas palabras vagas entre el humo de los cigarros, no tardaron mucho en acomodarse bien y dormirse. En cuanto á mí, mi alma de explorador no se rindió tan fácilmente al sueño y me puse á mirar por la ventanilla del wagón el negro paisaje que huía hacia atrás.

En fin, al salir el sol entramos en el Havre, y luego, desde la estación, fuímos á través de los *docks*, por un *railway* especial, hasta las dársenas. Este *railway* afecta un giro serpeante, que parece torcer los inmensos coches transatlánticos. El tren se muerde la cola y hace gracias de serpiente, lo que evocaba en mi alma de explorador el fantástico recuerdo del ferro-carril de Sceaux que va siempre en círculo.

Y hétenos ya en la estación especial apeándonos frente por frente del estribor del *Transatlántico*, que acaba de recibir su última ración de carbón, mientras una escuadra de marineros acaba de lavarle el cuerpo á fuerza de esponjas.

El poderoso monstruo, inmóvil aún pero estremeciéndose, endereza hacia el cielo sus tubos semejantes á torres, que se empenachan ya de negro humo, sus mástiles como cuernos y sus mangas de ventilación semejantes á tamañas orejas, que la formidable bestia dirige hacia el horizonte, como un caballo inquieto, mientras sus innumerables ojos, abiertos en forma de troneras redondas ú ovaladas, parecen profundos, dulces, muy asombrados y circuídos de oro como los del mochuelo.

Penetramos en el seno de esta ballena con menos dificultad que Jonás, y atentos auxiliares nos guiaron al comedor, donde humeaba el café con leche al lado de tostadas con manteca, mientras por debajo de nosotros se almacenaba á los emigrantes. Después de haberlos contado como carneros, se pusieron vigilantes á la salida para evitar que poseído alguno repentinamente de la locura nostálgica, saltara al muelle y huyera hacia los *dulcia arva*, de que habla Virgilio, hacia el hogar paterno, reanimado de pronto enfrente del duro Océano, que lleva allá, muy cerca, sus enormes y verdosas olas.

No muy rudas, sin embargo, á lo que dicen los marinos: ¡la mar es buena! Lo que no impide que el amigo F. que no ha frecuentado aun más que las canoas de Argenteuil y la vuelta del Marne, palidezca al olor de la brea y de la hulla y se sienta un tanto inquieto con su café con leche. Nosotros lo confortamos con buenas palabras, porque había de acompañarnos á la rada. El capitán, en vista del buen estado del mar, autorizó á los parientes y amigos para seguir á los viajeros durante una ó dos millas. Por fin el amigo F. se tranquilizó un poco; pero tuvo la singular idea de dejar su sombrero, su paraguas y su manta de viaje en el remolcador, que debía llevarlo á tierra y que por el momento se balanceaba á babor del Transatlántico como un gracioso canastillo al brazo de una pesada comadre.



Nos detuvimos en la rada y los parientes y amigos regresan á bordo del remolcador

Nos instalamos en nuestras cámaras; sino que como no habíamos de partir hasta las dos, lo más tarde, visitamos lo que en noble estilo llamaba el amigo F. *nuestra habitación flotante*. De proa á popa y de popa á proa, lo visitamos todo: admiramos las numerosas y enormes mangas de ventilación, que vistas de cerca, así reunidas hacia el centro del barco, tienen el aspecto de un sistema desconocido de órganos monumentales, cuyo espantable organista debe ser la tempestad.

El amigo F. se estremece por nosotros. Por fortuna, contamos con las canoas de salvamento, y elegimos desde luego la que nos pareció mejor para ir á buscar en todo caso una isla desierta, devorándonos mutuamente como se acostumbra en los naufragios. A esta idea se puso pálido el amigo F.

Oyense luego llamadas, y muge de repente el monstruo. Es un bramido de minotauro, que repite el eco oceánico allá lejos en el vientre de la mar. En el cuadrante del piloto se fija la aguja en la palabra *atención*. Se desarrollan cables, se iza la escalera, y en el muelle algunos curiosos, un centenar á lo más, se escalonan para ver pasar el monstruo.

El remolcador toma la delantera, y su agudo silbido responde á la recia voz de la sirena. La señal *adelante* reemplaza en el cuadrante del piloto la palabra *atención*. Y la enorme masa, de que tiran á la derecha el remolcador y á la izquierda los cables de hierro, se agita, se aleja del muelle, se inclina, se balancea, avanza luego lentamente y se desliza entre los dos muelles hacia la mar, cuyas verdes olas ondulan sin espuma bajo un sol de



El concierto á bordo de un Transatlántico

primavera. En el momento en que lanzado el paquebot, va el remolcador á dejarlo para que siga por su propio impulso, se produce un accidente. El cable no se desarrolla bastante pronto y el débil barco viene á dar violentamente de popa contra el costado de babor. Un fotógrafo, que estaba ya encaramado en la toldilla, se agita y tiembla á punto de caerse; pero se agarra y asegura como puede. En el paquebot se corre y se grita un poco, con alguna confusión. Consultado el carpintero, contesta que es insignificante la avería.

Pero aquí del amigo F.: persuadido de que el remolcador tiene la popa quebrantada, no sabe qué va á ser de él, pensando en que si no viene á buscarlo, tiene que ir á la América sin manta, sin paraguas ni sombrero. Su cómica desesperación sube de punto cuando le decimos, que una canoa vendrá por él y que tendrá que bajar por una escala y acaso descolgarse por un cable.

Por fortuna nos detuvimos en la rada. A lo lejos, brilla el Havre al sol en una límpida atmósfera y el pequeño y valiente *steamer* se dirige hacia nosotros y atraca, en fin, al costado del paquebot. Los parientes y amigos se abrazan por última vez, y por una escalera demasiado móvil acaso, á su parecer, el amigo F. recobra á bordo del remolcador, su manta, su paraguas y su sombrero. El débil barco se aleja del grande: el fotógrafo dispone su aparato y saca dos pruebas. Después: *¡All right!* cada cual se va por su lado; el paquebot, cabeceando y corriendo moderadamente toma al fin su andar y su rumbo, mientras se toca al almuerzo y allá lejos, hacia el puerto, el remolcador no más grande que una mosca, prolonga una humareda gigantesca por vanidad y por competir con su enorme compañero.

II

Reflexionando bien, ante mis recuerdos de viaje, reconozco que sería ilusorio y engañoso echármela de Cristóbal Colón y aun de príncipe heredero de Mónaco y pretender dar al mundo el espectáculo de un viajero grandioso, elocuente y sagaz. Sé muy bien que desde la invención del naturalismo en literatura está muy en moda descubrir á Asnieres ó los Cerros Chaumont, y esto durante la longitud de unas trescientas páginas; pero como el espacio es restringido en esta revista, perdería mi trabajo, tratando al por menor, con descripciones en apoyo, la vida especial de ese monstruo errante que se llama un *Transatlántico*.

A la partida, en el Havre, con el alma llena de ambición poética, enfrente de ese Océano, que iba yo á pasar de una zancada, ó sea en once días, pude dejarme mecer por el ingenuo orgullo de un parisiense intransigente, que se cree de buena voluntad heroico en cuanto abandona á Tortoni é imagina circular de otra manera que en los omnibus Batignolles-Clichy-Odeón.

Pero debí muy luego reconocer que los pasajeros, viajantes de comercio, franceses, ingleses ó americanos, trataban á los transatlánticos con la misma desenvoltura que á un fiacre, y que se instalaban en el buque sin elevar su alma á Dios ni tomar al cielo por testigo de un heroísmo que no creían deber permitirse por una travesía tan trivial.

Habiéndome vuelto así á la evidencia, guardaré para mí solo las poesías homéricas que me sentía capaz de componer, reduciéndome á las simples notas que puede recoger de aquí para allá en el paquebot la *Bretaña*, á la ida, y en la *Champaña* á la vuelta, notas tomadas á la ventura, mientras Renouard, egoísta y fiero, acumulaba en su cartera dibujos preciosos como tesoros.

Simples notas. El tiempo es hermoso, la brisa fresca, y se fuma sobre cubierta después de almorzar. Primera hora: el mareo es una preocupación, cuyo verdadero y delicioso antídoto es la espuma del champaña. – Segunda hora (esto se mueve un poco): una dama se inclina y escupe á Neptuno. Creo que no es por desprecio. Cúbrese la cara y desaparece á buen paso por la escalera que conduce á las cámaras. – ¡Hum! la brisa refresca. Bajemos al fumadero. – De paso reconocemos á la dama ya indicada, agarrándose un poco, al sesgo, mientras un mozo que lleva una fuente, da un paso oblicuo y se sirve del codo contra la tablazón para restablecer su equilibrio. – ¡Hum! ¡esto rueda!... ¡esto rueda!...

No insistamos. El silencio y recogimiento de la cámara parecen preferibles al sabor del cigarro fumado en el *smoking-room*. La mar es de aceite á veces, pero muy á menudo, de aceite de ricino, ó sea de higuera infernal.

Esto pasará... ya ha pasado. El tiempo no es mejor; pero se hace uno á él. Renouard y yo somos de bronce, en compañía de una docena de pasajeros de buen temple que no desean más que una cosa: tempestad: «Sí, dicen estos hombres sin entrañas (y que no se marean nunca, por consiguiente), sí, que el barco cabecée, que el viento sople y la ola como el dorso de una ballena venga á estrellarse contra el costado del buque, no es sino una ganga para nosotros que nos comeremos y beberemos la parte de todos los comensales, retenidos en sus camarotes por los calambres y ascos del mareo; mientras ellos arrojan, nosotros nos llenamos; carguemos nosotros, ya que ellos descargan. Así parece que lo dicen estos tremendos egoístas.











Hay entre ellos un comisionista de vinos, un buen mozo, que lleva sobre sus robustos hombros un ilustre apellido con partículas y todo. Este antiguo vividor, hecho representante de una gran casa de Burdeos, hace honor á la mesa y aun á la cocina y vacía su vaso con alegría de pirata. Ha conservado esto de sus valerosos antepasados, y aprendido en su nuevo oficio el dialecto profesional. ¿Es para hacer flaquear los ánimos para lo que refiere en el fumadero sus numerosos viajes, en cuyo tráfico, fuera de las casas de comercio, de las fondas, de las mesas redondas y de algunas casas hospitalarias, no ha estudiado nada sino lo que llama la *miseria cosmopolita?* Ha hecho, en efecto, grandes estudios ontológicos (sección de los insectos) sobre las diferencias, el tamaño, el color, la fuerza y la agilidad de los diversos parásitos que se adhieren á la humanidad con toda clase de mandíbulas, tenazas, chupadores, ganchos, etc. Esto lo ha hecho filósofo internacionalista é igualitario.

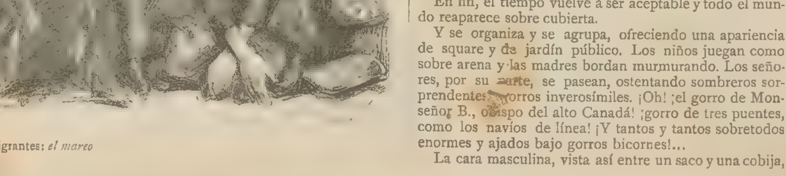
¡Negad pues que instruyan los viajes! Y este hombre come y bebe y se ríe bajo el azote de la tempestad, á la que debe considerar como una miseria de colosal especie, pero que nada puede contra su piel curtida por todos los soles y todos los vientos

En fin, el tiempo vuelve á ser aceptable y todo el mundo reaparece sobre cubierta.

Y se organiza y se agrupa, ofreciendo una apariencia de square y de jardín público. Los niños juegan como sobre arena y las madres bordan murmurando. Los señores, por su parte, se pasean, ostentando sombreros sorprendentes, gorros inverosímiles. ¡Oh! ¡el gorro de Monseñor B., obispo del alto Canadá! ¡gorro de tres puentes, como los navíos de línea! ¡Y tantos y tantos sobretodos enormes y ajados bajo gorros bicornes!...

La cara masculina, vista así entre un saco y una cobija,





Los emigrantes: *el mareo*



Dos hombres encapuchados velan en la proa

tendera de artículos de moda? ¡Oh filosofía! Esta mujer hace por sí sola el doble papel del conde de Perrault, la *Bella y el Monstruo*.

Al rededor de ella, semejantes á zánganos en torno de una malvarosa, los señores solos hacen gracias. Hay uno de estos allá que redondea el brazo y la pierna en el banco tomando una actitud de modelo, porque ve á Renouard coger su cartera.

Por desgracia suya, se detiene el incisivo lápiz del realista, porque un fotógrafo aficionado instala sobre cubierta su aparato enfrente de los grupos, entre los cuales se distingue vivaz y juguetón el regimiento de los niños á los enternecidos ojos de las madres.

—¡Vamos! ¡vamos! — exclama el fotógrafo. Y cubierto con su velo negro, mira el conjunto. Y vuelve á gritar: — ¡No hay que moverse! ¡Quietos!...

Pero á un brusco movimiento del barco, hiere una cabeza del grupo, que se disuelve: tal haría una catapulta de tres patas sobre un rebaño de corderos espantados. Se disuelve, pero se reune otra vez para volver á empezar. Son las sanas alegrías de á bordo. Sino que algunos chuscos (los que se lo comen todo) cansados de la gazmoñería de las primeras, se van más bien hacia las segundas, entre las cuales algunas familias de comediantes de la legua, y algunas señoritas, que anduvieron también de legua, se resignan á estar alegres; y de aquí ha salido el concierto... el concierto fatal.

Es preciso hablar inmediatamente de este inevitable concierto, porque á bordo de los Transatlánticos, la organización de este festejo forma parte del barco con el mismo título que la máquina.

¡Ah! señores míos, aquello fué una gran cosa. Un joven, agregado consular, se dignó poner sus facultades al servicio de los artistas y los presentó al público, tomando para el caso las maneras de un director de ópera bufa. No hablaré de otros aficionados que gorjearon algunas romanzas, monólogos y poesías; no, dejaremos en paz el recuerdo de aquellos enojosos momentos. Sólo quiero recordar á un artista vigoroso y á dos del sexo débil, que verdadera y justamente se llevaron los honores de la sesión.

El artista era un hombre *poderoso*, un tremendo tenor que hubo de engordar por la higiene de la voz, un tonante bonachón, cuyo *ut dieze* era muy capaz de cubrir en agudo los graves mugidos de la sirena.

Era además notable por otros conceptos este Arnoldo de Buenos Aires, este Fernando de Chicago. Contaba de muy buena voluntad, historias de bastidores exóticos y terminaba siempre su narración con este rasgo final: «Esto es lo que me ha *matado*.»

Por lo demás, nada se igualaba al chistoso buen humor de aquel tolosano (¿he dicho que era de Tolosa? En todo caso, debía serlo), de aquel redondo epigastro, de aquel enorme vientre que sostenían con cómico abrumamiento la confesión de haber sido *matados* incalculablemente.

Las proporciones de este Raoul, visto de espaldas, desmentían tan categóricamente esta aserción, que Renouard, desternillándose de risa, no pudo nunca dibujarlo.

El mastodonte tenía una mujer bastante agradable, artista singular, que vino en el traje de Valentina de los *Hugonotes* á cantarnos *Le Temps des Cerises*. ¡Oh qué efecto tan pintoresco! La otra artista era una americana rubia y muy linda por cierto, pero dotada de una voz de carraca sobreaguda imperturbablemente falsa.

El agregado consular nos había advertido que Mlle. X. discípula de Mma. M. cantaba al gusto francés y que sobre todo se hacía notar por la desenvoltura de sus maneras parisienses. ¡Buenas fueron las maneras parisienses! Siempre que quería hacer un primor, descomponía su figura, desmadejaba sus miembros dispersos y nos hacía asistir á un enojoso espectáculo.

Menester era también por otra parte que las ligaduras fueran sólidas para atraer al cuerpo sus descoyuntados brazos y sus hundidas piernas. Pero en fin, el fastidio del secuestro entre cielo y mar, el profundo *spleen* de las horas de prisión flotante, era tal, que solía uno divertirse, y mucho á veces, con muy poco.

La navegación no carece absolutamente de recursos cuando no es uno quien lleva el timón. Aquel voluminoso barco que como una golondrina volaba rozando las olas, me hacía recordar casi con pena las canoas de Argenteuil y los *océanos* de Poissy.



Una tarde se dignó el sol ponerse en medio de un deslumbramiento fantástico, tiñendo el cielo de un color verde pálido por encima de una zona de rojo incandescente y derramando á puñados sobre las olas cequíes de oro, topacios y rubíes. El resto del tiempo fué brumoso bajo un celaje ceniciento y opaco.

Fuimos á visitar á nuestros emigrantes, y digo nuestros, porque verdaderamente nos interesaban los pobres diablos desterrados de la miseria que la vieja Europa agotada é incapaz de mantenerlos, confía á la joven América. Pues bien, salvo raras excepciones, aquellas míseras gentes acostumbradas á la dureza de la suerte, bien que conservando sus graves fisonomías de bestias pasivas, parecían haberse aclimatado ya.

Los primeros días, había divagado el pobre rebaño, habiendo perdido para siempre esa especie de cayado que se llama el campanario de la aldea ó la chimenea de la fábrica. En su extravío y asombro habían intentado muchas veces invadir las localidades reservadas de los señores de primera y de los burgueses de segunda. Parece que estoy viendo aún á los mozos de servicio expulsando á golpes con las blancas servilletas, trasformadas en látigos vengadores, á los negros italianos, que volvían avergonzados á su cueva flotante.

Ahora estaban ordenados reconstituyendo súbitamente su existencia primitiva. En la parte que sobre cubierta les estaba reservada, no formaban corros de conversación, ni á manera de jardines públicos como los elegantes y privilegiados de la primera clase; pero recordaban la larga calle de la aldea, donde se paseaban el domingo y demás fiestas de guardar, y formando pequeños grupos iban de un extremo á otro, dándose al paso los buenos días y volviendo en línea recta, mientras que las mujeres, sentadas como es costumbre sentarse en los pueblos del mediodía, á la puerta de las casas, se prestaban mutuamente el necesario servicio de peinarse, á la vista grave y amorosa de los paseantes. Solamente la joven de los diez y seis años, que ya conocemos, llevando débil madona su pequeñuelo en brazos permanecía obstinadamente sentada aparte, abriendo sus grandes y hermosos ojos tristes hacia un horizonte perdido.



Allá lejos el remolcador prolonga una humareda gigantesca

toma aspectos graciosos por grotescos: algunos rostros plácidos suelen tomar tonos fieros y hay hombre inteligente que se asemeja á una mona vieja ó á Sardou. Verdad es que las señoras están un poco averiadas. ¡Qué malos efectos produce el mareo! Una señorita, bastante evaporada, que se había embarcado con cierta audacia abriendo los ojos llenos de fuego y haciendo ver una sonrisa halagüeña, se apoya ahora en la borda y mira con expresión melancólica huir el humo del paquebot: lánguida como una romanza, dirige á las nubes tétricas miradas y á las ondas muecas tristes y dulces parecidas á elegías, y á los que intentan hablarle en prosa un tanto ardiente contesta ella en poesía, lánguida también.

Hay también otra dama muy bella, alta, elegante, de cabellos teñidos de alheña y los ojos de color de violeta. Renouard pensaba ya en amarla (¡oh! como un sueño). En la mesa habla un dialecto pesado, bajo normando acaso; y para reparar el desastroso efecto de este acento trivial, se da por extranjera. ¿Y por qué no? A bordo de un barco todo puede ser. Por desgracia, ni ruso, ni italiano, ni valaco es este sabor de terruño; suponemos que es de Poissy. ¡Extraña persona! Tiene las maletas llenas de flores contrahechas. ¿Será ella misma una muñeca, una criatura facticia, bella exteriormente, en quien se haya alojado antes de tiempo (es tan joven) el alma de una



A veces, cuando verdaderamente era demasiado crudo el cierzo, las pobres gentes se acurrucaban junto al fogón y las chimeneas, aspirando á plenos pulmones el nauseabundo pero cálido aliento de las calderas, semejante al siroco natal.

Pero basta de elegía. Luego volvíamos al *smoking-room*, donde mirábamos á los buenos obispos del Canadá con sus caras de momias, jugar al dominó fumando al mismo tiempo cigarrillos ó puros habanos.

III

Para distraernos, escuchamos con placer ¡oh! con más placer que si hubiera sido en el patio de alguna casa parisiense, la serenata improvisada por emigrantes *pifferari*, acompañando con sus violines, arpas y acordeones las bellas y ardientes voces de muchos calabreses, que ponen luego sus sombreros para hacer una fructuosa cuestación.

El canto al aire libre parece contagioso. He allí precisamente dos enamorados, que se encuadran enlazados en el pabellón de una manga de ventilación, cantando coplas á la luna. La mujer es una americana, alegre como unas pascuas; ella es la que la otra noche, estrechada por un elegante audaz que se excusaba diciendo: — Es una *flirtation*, — contestó con sencillez: - Pues todavía no hemos empezado.

EMILIO GOUDEAU

(Concluirá)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 21 DE OCTUBRE DE 1889 — NÚM. 408

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ADVERTENCIA

Con el presente número, repartimos á nuestros suscritores á la *Biblioteca Universal* la prometida oleografía

LA RENDICION DE GRANADA

copia de la famosa obra del insigne pintor español Francisco Pradilla y uno de los más celebrados lienzos del arte contemporáneo.

Si alguno de los señores suscritores dejara de recibir este regalo con el expresado número, puede reclamarlo al señor corresponsal encargado del servicio de suscriciones de esta casa editorial, quien cuidará de la entrega de los mismos.

Se previene que para mayor comodidad se han fabricado

ricos á la vez que económicos marcos, todos de una sola pieza, á propósito para encuadrar tan notable lámina

que nuestros favorecedores pueden ver expuestos en la librería de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, núm. 5, á quien pueden dirigirse los correspondientes pedidos.

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

HOSPITAL-ASILO ESPAÑOL DE MONTEVIDEO

PROYECTO DEL ARQUITECTO PABLO SANTÍAS

El terreno propiedad del Hospital-Asilo Español está situado en uno de los puntos más elevados de la novísima ciudad de Montevideo, rodeado por cuatro calles; linda por el Norte con la calle del Ceibal, por el Sud con la calle de la Figurita, por el Este con la calle de Rocha y por el Oeste con la calle de Pando; su superficie es de 5652,90 metros.

El edificio constará de sótano, planta baja y planta alta con sus correspondientes galerías, patios y jardines.

Los sótanos tendrán una superficie de 906 metros, la planta baja 2250 metros y la planta alta 1609 metros; los patios y jardines abarcarán una extensión superficial de 3402,90 metros.

En la disposición del edificio, después de haber tenido en cuenta la buena situación y comodidad de las salas para los enfermos pobres, piezas independientes para pensionistas, enfermerías para mujeres, cuerpos de asilo para hombres y mujeres, piezas de aislamiento y dependencias destinadas para alojamiento de los empleados, se ha procurado situar en los puntos más convenientes la administración, piezas para médicos y practicantes, sala de operaciones, depósitos de ropa limpia, un vasto establecimiento de baños, botica y laboratorio, sala para labor y plancha, una espaciosa cocina, bodega, despensas, depósitos para útiles necesarios á todo establecimiento de esta clase, panadería, depósito aislado de ropa sucia, desinfectores, lavadero y depósito de cadáveres, pabellones para porteros y jardinero.

En el Hospital Asilo Español podrán albergarse 36 pensionistas enfermos, 104 enfermos pobres y alojarse cómodamente en los dos cuerpos del Asilo 40 pobres. Se ha tenido especial cuidado en dotar al establecimiento de lavaderos, desinfectores, incinerador, estufas, ventiladores, buen sistema de inodoros, un completo y bien dispuesto servicio de aguas y alumbrado.

La buena disposición de los patios, jardines y fuentes con juegos de agua, contribuirá al recreo y expansión de los convalecientes.

De los tres planos presentados, el que obtuvo la aprobación unánime de la Junta Directiva fué el proyecto que hemos descrito, cuyo autor es el arquitecto D. Pablo Santías.

El primero de enero, con el ceremonial acostumbrado, se colocó la primera piedra y el dos de mayo dieron principio los trabajos de construcción.

CABEZA DE ESTUDIO, cuadro de C. Stuchlik

Por más de un concepto nos parece notable la obra de Stuchlik: el correcto y precioso perfil de esa cara demuestra cuán identificado está el que la pintó con las líneas y contornos que mejor reproducen la noción de lo bello; la distinción y elegancia del busto todo prueban que el autor está familiarizado con cuanto se relaciona con el *chic* y con el buen gusto.

No menos primoroso que el cuadro mismo es el grabado que lo reproduce, en el cual las medias tintas y los tonos vagos y esfumados contribuyen á idealizar un tipo que ya de sí puede estimarse como modelo de delicadeza.

EL PRETENDIENTE RECHAZADO, cuadro de J. Margitay

Aunque la boda gustaba á los padres de la pretendida porque el pretendiente era un partido más que regular, y aunque entre las dos



HOSPITAL-ASILO ESPAÑOL DE MONTEVIDEO, costeado por la colonia española

Proyecto del arquitecto Pablo Santías

familias se consideraba la cosa como asunto concluído, creyóse conveniente para cumplir con todas las formalidades de costumbre, consultar la voluntad de la presunta novia con la cual hasta entonces no se había contado. Convínose al efecto que el aspirante á marido acompañado de su padre formularía con toda ceremonia su petición en presencia de la interesada y que ésta sería la que otorgaría el solemne sí que de antemano se tenía por más que seguro. Y sin embargo, llegó el momento decisivo, expuso el padre del postulante su demanda, acogiéronla con la natural satisfacción los padres de la otra parte interesada y cuando se esperaba la conformidad de ésta, el mas rotundo *no* vino á desvanecer las esperanzas acariciadas y á echar por tierra todos los proyectos concebidos. Quiso el pretendiente rechazado exigir una explicación del agravio recibido y la joven se la dió en las siguientes palabras: «Sabíais que no os amaba y á pesar de esto habéis insistido en pedir mi mano. Pues que podíais evitarlo culpaos á vos mismo del desaire que, en vuestro sentir, os doy con mi negativa.»

¿Quién sería capaz de pintar la escena que se produjo pasado el primer momento de sorpresa y de turbación? Ibamos á decir que nadie, pero el precioso cuadro de Margitay nos desmentiría. Si nosotros describiéramos lo que el autor del cuadro pinta, nuestras frases resultarían deficientes y difícilmente podríamos dar al lector idea del conjunto de la escena, de la actitud de los grupos, de la expresión de cada personaje. En la pintura de Margitay encontramos todo esto y basta mirarla para comprender lo que sienten todas y cada una de las figuras que en ella entran, y á buen seguro que así como adivinamos los pensamientos que por cada mente cruzan, acertaríamos también con facilidad las palabras que de cada boca se escapan.

El pincel, fuerza es confesarlo, deja en este punto muy atrás á la pluma, sobre todo cuando este pincel obedece á un talento y á una inspiración como los del famoso autor de *El pretendiente rechazado.*

UN VETERANO DEL TRABAJO,

dibujo de A. Fabrés, grabado por Sadurní

Bien ganado tiene el título de veterano el viejo carpintero del hermoso dibujo de Fabrés. Ni el peso de los años, ni las fatigas de los rudos trabajos de su oficio han podido amortiguar su laboriosidad: su cuerpo empieza á doblegarse, pero su espíritu conserva aún toda su energía; su encallecida mano tiembla al empuñar la azuela, mas no por eso descarga con menos seguridad los golpes; su vista se fatiga cuando se fija con insistencia en la pieza que trae entre manos ¿qué importa? el instinto, el hábito y la voluntad le permiten todavía vanagloriarse con razón de la pulcritud de sus obras y mirar con cierto aire de compasión á más de cuatro jóvenes colegas. Y aunque los años de servicio le dan derecho al descanso, nadie consigue arrancarle del banco que tantas veces regó con su sudor y del cual no se separará mientras conserve un resto de fuerza. Trabajando ha sido dichoso toda su vida; ¿á qué, pues, exponerse á sentir en la ociosidad la nostalgia del trabajo?

La figura en cuyo simpático y expresivo rostro hemos creído ver reflejado cuanto decimos, está colocada con notable naturalidad y dibujada con la espontaneidad y corrección que tan acostumbrados estamos á admirar en las obras que llevan la firma de nuestro insigne paisano.

ARQUITECTURA Y ESCULTURA

DEFICIENCIAS EN SU ENSEÑANZA OFICIAL

Ha comenzado para nuestra España un período crítico de renovación artística, en que es menester resolver con prontitud y energía si los monumentos arquitectónicos de las pasadas edades que sufren deterioros y amenazan ruina, han de ser restaurados con arreglo al estilo en que fueron erigidos, ó si, prescindiendo en absoluto de su antiguo carácter, las restauraciones que en ellos se hagan deberán llevar el sello de la edad que los ejecuta, aprovechando los medios, los recursos y las formas que el progreso científico del siglo impone al genio del artista.

En nuestra humilde opinión, las restauraciones deben hacerse como verdaderas y escrupulosas *reintegraciones;* para nosotros la restauración es una restitución del objeto artístico á su ser y estado primitivo. Comprendemos que las restauraciones entendidas de esta manera sean imposibles en la esfera política: la experiencia nos dice, en efecto, que aunque se habla de restauraciones monárquicas, semejantes restauraciones no fueron más ni menos que meras transacciones, porque el mundo marcha y las instituciones se modifican, y si las que dejaron de ser renacen, cuando esto sucede, ó se acomodan á las nuevas exigencias de los pueblos, ó, perseverando en la antigua forma, se hacen tiránicas, pierden su prestigio y vuelven á morir.

Pero en la esfera del arte no pasan las cosas de la misma manera: el arte no es constantemente progresivo, y el retroceso á las escuelas y estilos abandonados es á veces un verdadero adelanto. Entendámonos bien: hablamos del arte como concepción estética, no del arte como obra científica. Es innegable que un edificio gótico puede ser bello como forma y defectuoso como construcción, y ejemplo de esta verdad, harto elocuente por desgracia, es la insigne catedral de Sevilla, que tantas alarmas nos está causando y tan considerables gastos ocasiona á nuestro empobrecido tesoro nacional. Análogos defectos desde el punto de vista de la ciencia de construir, presentaba la bellísima catedral de León, superior á la hispalense como concepción artística; mas nadie pretenderá que sea hoy ningún arquitecto español capaz de idear un templo que supere en grandeza mística á la catedral de Sevilla y en elegancia estética á la catedral de León; y de consiguiente toda transacción entre lo antiguo y lo moderno al proyectar la restauración de estos inapreciables monumentos, sería conato bárbaro. Es, pues, indispensable, á nuestro juicio, respetar escrupulosamente la forma original y primitiva, y tener muy presente que como lo bello nunca envejece, cuando se trata de rehabilitarlo, hay que hacerlo restituyéndole por completo su verdadero carácter, su genuina fisonomía, las líneas que marcan la pureza de su raza, sin censurables contemporizaciones y acomodamientos, sólo propios de las épocas de eclecticismo en que parece aceptable todo, aun lo más contradictorio.

Aprovéchense en buen hora los adelantos científicos del siglo en la parte de mera construcción: la mecánica, la metalurgia, la química, proporcionan hoy al arquitecto preciosos recursos de que antiguamente no disponía, y con el bronce, el hierro galvanizado, la piedra artificial y otros materiales, auxiliado además con los progresos de la estática y de la dinámica, puede, economizando fuerzas, tiempo y dinero, erigir las moles que han de revestir formas artísticas dándoles una estabilidad y una magnitud á que no podían aspirar los antiguos constructores con su escasez de medios y su ciencia deficiente.

Resulta de aquí que cada uno de los dos agentes que concurren á la obra de la restauración de un monumento antiguo, tiene asignada su misión privativa: el constructor saca partido de cuantos recursos le ministra la ciencia para hacer su obra duradera, y el artista se inspira en las necesidades morales que la obra tiene que satisfacer, para hacerla bella. Claro es que el artista y el constructor son uno mismo, pero se dan casos en que el artista que imagina y traza el edificio no es quien lo construye; mas siempre la idea nace del sentimiento estético y del buen gusto del artista arquitecto.

Ahora bien, como en la arquitectura son con frecuencia los materiales que se emplean los que sugieren la forma, sucederá muchas veces en la práctica del arte moderno, que el artista constructor se sentirá estimulado por las leyes de la materia de que se sirve, á alterar las formas recibidas y respetadas como clásicas dentro de los diversos estilos típicos de las edades que han sido; pero de este estímulo debe defenderse el arquitecto restaurador, el cual, respetando escrupulosamente todas las formas y accidentes característicos del estilo en que el monumento fué construído, puede sin embargo utilizar los adelantos científicos en los trabajos de mera consolidación. En las obras de la Edad-media no se empleaba casi nunca el hierro para las trabazones interiores de las masas, pero ¿qué inconveniente hay en usarlo ahora cuando su empleo no haya de aparecer al exterior? Como este ejemplo pudiéramos aducir otros.

Si se admite, pues, que en toda obra de restauración debe respetarse hasta con nimiedad el gusto, estilo y carácter de la edificación primitiva, saltará desde luego á la vista la necesidad absoluta de crear escuelas donde se formen arquitectos y escultores especiales capaces de restaurar concienzudamente nuestros monumentos de la Edad-media, tan amagados hoy de destrucción: conclusión que como fin principal nos hemos propuesto al trazar estas líneas.

Sabido es que en las construcciones románicas, góticas y platerescas, la escultura tiene casi tanta importancia como la arquitectura: es, pues, evidente que si no se estudian de una manera muy especial, y paralelamente digámoslo así, la arquitectura y la escultura de los siglos X al XVI, no hay que esperar que de los estudios de nuestros artistas, formados en los antiguos moldes clásicos, salgan los hábiles restauradores que nuestra maltratada riqueza monumental demanda con urgencia. Queremos suponer que en la Escuela de Arquitectura de Madrid se enseñen todos los géneros y todos los estilos conocidos desde el asirio y el egipcio hasta el seudo-clásico del Imperio; lo que no podemos conceder es que á la arquitectura de la Edad-media, á la española sobre todo, se consagre la preferencia debida, esto es, la que reclama la triste situación de algunos de nuestros más insignes monumentos románicos y ojivales; los que si España no se resigna á pasar por nación de vándalos, habrán de ser forzosamente atendidos por el Estado en cuanto la poderosa, la incontrastable exigencia de la opinión pública ilustrada se abra camino en las Academias, en la prensa y en las Cámaras. Años atrás organizábanse por cuenta del Estado utilísimas expediciones de alumnos aprovechados de dicha Escuela, que, dirigidos por celosos y entendidos profesores, recorrían nuestras provincias y estudiaban artística y científicamente los más notables monumentos nacionales. Existía además una comisión encargada de publicar los *monumentos arquitectónicos de España*, la cual llegó á dar á luz cerca de 300 soberbias láminas, estudios esmerados, concienzudos, notabilísimos la mayor parte, de nuestra mal conocida y menos apreciada riqueza arquitectónica. Pues esta interesante publicación, la primera de Europa en su género, según confesión de los arqueólogos extranjeros más ilustrados, y aquellas fructuosísimas expediciones, fueron suprimidas como gastos de puro lujo, al mismo tiempo que se dejaban subsistir escandalosos despilfarros, y el estudio de los bellísimos monumentos de la Edad-media española, tan original y tan característica, ha quedado abandonado á la curiosidad y al celo individual de unos pocos profesores y aficionados.

Y con la escultura acontece otra cosa peor. En las escuelas oficiales se desdeña todo lo que no se tiene por arte perfecto y maduro: se admira á Fidias, se celebra á Praxiteles, se copia tal vez á Miguel Angel, y aun se proponen como temas para los concursos y oposiciones motivos tomados del arte del renacimiento; pero ¿quién sería el profesor atrevido que mostrase á sus alumnos las estatuas bárbaras de Sta. María de Sangüesa, de S. Vicente de Ávila y de la catedral de Tarragona? ¡Nada de bizantino, nada de románico, nada de gótico! Imbúyase bien el aprendiz de escultor en las grandes máximas del clásico griego y romano: contemple uno y otro día la Venus de Milo, el Discóbolo, el Hércules Farnesio, el Apolo sauroctono; extasíese horas y horas ante las maravillas del arte antiguo y ante las creaciones de los escultores neopaganos del siglo de León X; que si algún día la informe iconística cristiana de los templos que el Estado se ve precisado á restaurar, requiere reparaciones y obras complementarias, harto sabrán ejecutarlas los acreditados profesores de la Escuela que sostiene la nación y sus aventajados discípulos.

¡Qué error! ¡qué decepción! Nadie puede restaurar bien lo que no conoce, lo que no siente, lo que no comprende; y en apoyo de esta tesis podemos citar ejemplos de deplorables esculturas ejecutadas por profesores de grande y merecida celebridad, para hacer juego, en templos del XIV y del XV, con esculturas de las que llamamos *bárbaras*, debidas á ignorados cinceles. Estas, aunque de artistas sin nombre, llenan admirablemente su objeto, acompañan y realzan la decoración arquitectónica, dan al templo la augusta y majestuosa elocuencia de su simbolismo; y las de los célebres estatuarios modernos, nada dicen, nada significan en las hornacinas que como á disgusto ocupan y entre las molduras cuyas líneas rompen, y si de algo nos hablan es de la pobre vanidad del presuntuoso arte moderno.

No nos hagamos ilusiones: necesitamos restauradores para nuestra mutilada imaginería religiosa, y no los tenemos: la contemplación de los mármoles antiguos y de sus vaciados en yeso, no es aprendizaje adecuado para producirlos. Bueno es que los vaciados de las obras clásicas se estudien, porque todo lo que sea levantar y ennoblecer el sentimiento natural de lo bello, que nunca con más eficacia se despierta que ante esas inimitables creaciones, siempre es obra digna y civilizadora; pero el cultivo del arte escultórico en abstracto y en su más sublime concepto, no debe ser obstáculo para que el cultivo de la escultura cristiana en concreto y en su aplicación á la decoración iconística de los templos, obtenga del Estado la protección que ya de un modo apremiante reclaman tantos centenares de capiteles románicos destrozados, tantos tímpanos y pórticos ojivales destruídos.

Otro día trataremos de las escuelas y museos de iconística cristiana que creemos indispensable y urgente organizar en nuestro país.

PEDRO DE MADRAZO

TAL PARA CUAL

POR DON FLORENCIO MORENO GODINO

I

Un día de mayo del año de gracia de 1715 pasó un extraño suceso en la calle del Sacramento, en Madrid.

Terminada la misa de las seis de la mañana en la iglesia del mismo nombre, salió de ella una señora seguida de dos criados con librea, porque ya había pasado el tiempo de las dueñas y de los rodrigones. Tendría unos veinticinco años de edad y era una arrogante moza en toda la extensión de la palabra.

Alta, llena pero esbelta al propio tiempo, andaba con un porte majestuoso que indicaba la alteza de su clase. Era de una blancura deslumbrante, de facciones finísimas y correctas, y tenía unos ojos *con mucho negro y con mucha luz*, como dicen en Andalucía.

Marchaba reposadamente seguida de sus criados, y los pocos transeuntes que pasaban quedábansela mirando, impuestos por su hermosura y por su altivo ademán.

Al llegar al comedio de la calle, un joven que venía en sentido contrario, púsose delante de ella y la dijo con acento extranjero:

– Señora marquesa de Orellana, yo soy el vizconde de Vandome y os amo.

La dama midió á aquel atrevido con ojos chispeantes de cólera y alzando el brazo derecho dejó caer la mano, dándole un sonoro bofetón, que resonó no obstante el ruido de un coche de colleras, que pasaba por allí en aquel crítico momento, y á cuya ventanilla se asomaron dos jóvenes caballeros, que habiendo presenciado el lance le celebraban con ruidosas carcajadas.

Quedóse el joven abofeteado inmóvil de sorpresa y de cólera, el coche se perdió de vista y la altanera dama prosiguió su camino sin volver atrás la vista, entrándose en un palacio que había en la próxima plaza del Cordón.

El que se había titulado vizconde de Vandome, no lo parecía ciertamente á juzgar por su apariencia. Llevaba un modesto traje sin bordado alguno, ninguna joya y su espadín de vaina de cuero era de los más sencillos: se asemejaba al hijo de un curial y sólo mirándole despacio podía observarse la gracia y distinción de su aspecto.

¿Por qué el vizconde de Vandome hallábase en Madrid y tan sencillamente ataviado? Vamos á saberlo.

El joven francés, que tenía veintitrés años de edad, era un calavera desenfrenado, de carácter tan irreflexivo y voluntarioso que le impulsaba á cometer los mayores excesos. Su verdadero título, por muerte de su padre, era el de marqués de Briancourt; pero llevaba el de vizconde de Vandome, por exigencias del gran general duque de Vandome, de quien era sobrino y heredero.

Estalló la guerra de sucesión, en la que el archiduque Carlos de Austria y el duque de Anjou, sobrino de Luis XIV, se disputaron el trono de Castilla; y en el momento preciso en que el ejército francés comenzaba á entrar en España, el vizconde de Vandome tuvo á bien encapricharse por una linda arlesiana, de paso en París, y la siguió locamente á su ciudad natal, desertando, así puede decirse, del regimiento del Delfín, en el que servía

como capitán. Entretúvose en Arles largo tiempo al lado de su amante, y sólo cuando se enfrió su pasión, comprendió la enorme falta que había cometido, y quiso á toda costa repararla.

«No hay más remedio que morir ó cubrirse de gloria», se dijo, y se entró en España sin presentarse en ningún cuerpo del ejército francés, en donde probablemente hubiera sido fusilado. Concibió un plan. El núcleo de la guerra estaba entonces hacia la provincia de Valencia y frontera de Portugal. El vizconde llegó á Madrid de incógnito, y allí esperó á que el mariscal de Francia Tessé, grande amigo que fué de su padre, se corriese hacia Castilla, dándole ocasión de incorporarse á su ejército.

En los seis ó siete días que el vizconde estuvo en Madrid, se exhibió lo menos posible, porque la Villa y Corte estaba bajo la dominación austriaca.

Una tarde el joven francés vió á la marquesa de Orellana asomada á un balcón de su palacio de la Plaza del Cordón, y concibió por ella una de sus frecuentes pasiones ó caprichos. Acechó ocasión oportuna de hablarla, porque no pudo ganar á ninguno de sus criados, y ya sabemos el fin que tuvieron sus amores, con el bofetón recibido en la calle del Sacramento.

Dos días después de este lance dejó el vizconde á Madrid, presentóse al mariscal de Tessé, no atreviéndose á hacerlo á su tío el duque de Vandome, y llegó á tiempo de tomar parte en la batalla y toma de Brihuega. Rindió Felipe V esta población, haciendo prisioneros á los que la defendían incluso el general Estanhope; el de los alemanes, general Estaremberg, marchó á su socorro, no persuadiéndose de que seis mil ingleses, bien atrincherados dentro de una población pequeña, pudiesen ser forzados en el corto espacio de un día, y á haberse reunido ambos cuerpos de ejército, era dudosa, tal vez fatal la suerte del español y francés.



CABEZA DE ESTUDIO, cuadro de Camilo Stuchlik

Avanzaba Estaremberg por la izquierda de Brihuega por un terreno muy quebrado; llegó cerca de un ancho y profundo barranco, sobre el que había un puente de madera, único sitio accesible al paso de la artillería; el rey comprendió el peligro y destacó algunos batallones con objeto de cortarle; pero ya era tarde, los imperiales habíanse apoderado de las alturas que había en la parte opuesta y desde allí hacían un vivísimo fuego.

Entonces el vizconde de Vandome hizo una hazaña digna de los tiempos heroicos.

Adelantóse solo, con dos teas encendidas, y sufriendo una lluvia de balas, puso fuego al puente.

Esto salvó al ejército español-francés: el rey, rendida Brihuega, tuvo tiempo de llegar y derrotar á los imperiales.

Puede decirse que esta acción decidió el éxito de la campaña. Casi todo el ejército alemán fué muerto ó prisionero, y con tres mil hombres, miserables reliquias de sus tropas, huyó Estaremberg precipitadamente camino de Zaragoza.

El rey D. Felipe supo el admirable comportamiento del vizconde de Vandome, pero no el nombre de éste, porque hasta rehabilitarse había adoptado uno supuesto.

– Mariscal, – dijo al de Tessé el monarca, – presentadme á ese valiente.

El vizconde presentóse en efecto y arrodillóse ante el rey diciendo:

– Señor, soy un desertor: fusíleme ó perdóneme V. M.

El rey perdonó al vizconde, é hizo que le perdonara su tío el duque de Vandome.

II

Desconfiando ya los aliados de restablecerse en España y no pudiendo arrancar de las sienes del victorioso monarca la corona tan tenazmente defendida, desalentáronse por completo. Muerto el emperador José I, sin dejar descendencia masculina, correspondía el trono de Austria á su hermano el archiduque, y este acontecimiento decidió á los aliados á poner fin á las hostilidades, por el temor de que se reuniesen en una misma cabeza las coronas que en otro tiempo había llevado el emperador Carlos V, que tanta preponderancia dieron á la casa de Austria. No obstante, el nuevo monarca alemán pretendió continuar la guerra, pero vencidos sus aliados por Francia en Flandes, con pérdida de las plazas de Bethune, Douay y Bouchain, pensó en la paz. Se conferenció en Utrecht, pero los alemanes no quisieron firmar por entonces el tratado que se concluyó después.

Se agarraban como á postrera esperanza á la sublevación de Cataluña contra Felipe V, no obstante haber tenido que evacuar á Barcelona.

Esta y toda Cataluña resistiéronse tenazmente contra las armas reales, después de haber declarado la guerra á España y Francia. Estas contestaron sitiando á la ciudad condal por mar y tierra, los socorros que los mallorquines trataban de introducir en la plaza fueron interceptados y ocupáronse las fortificaciones exteriores no obstante la vigorosa defensa de los sitiados.

Por fin rindióse Barcelona y luego Mallorca: en ambas partes esperábase un acto de justicia real; pero con gran sorpresa fueron perdonados por D. Felipe V, que supo adunar el valor á la generosidad, dando muestras de ser un magnánimo monarca.

Persuadidos de la injusticia con que habían combatido contra un soberano de tan eximias dotes, depusieron las armas sometiéndose á un príncipe que la experiencia les hizo conocer que merecía absoluta sumisión y fidelidad.

El vizconde de Vandome se portó bizarramente en el sitio de Barcelona y terminada la guerra entró en Madrid con el rey, el cual volvió á la capital de la monarquía el día 3 de diciembre de 1709, siendo recibido y aclamado con júbilo indescriptible.

En la Villa y en la Corte no cesaban los regocijos. El rey, que ya había concebido el proyecto de edificar el actual palacio, eligió por morada provisional el del Buen Retiro, que fué como una espléndida sucursal de la corte de Versalles.

Los bailes y conciertos se multiplicaban, las cacerías en el Pardo y Riofrío eran frecuentes, y el vizconde de Vandome se divertía grandemente en todas partes. La heroica acción llevada á cabo en la campaña habíale hecho adquirir una boga indisputable. Como era guapo, cortés, alegre y generoso, todo el mundo le quería, y es de suponer que no le faltarían aventuras amorosas.

El vizconde volvió á encontrar en los salones regios á la marquesa de Orellana que brillaba en el cielo cortesano como una estrella de primera magnitud, pero no volvió á ocuparse de ella. Nadie, al verle tan indiferente, hubiera podido sospechar el lance de la calle del Sacramento, lo cual, por otra parte, no era de extrañar en un hombre tan frívolo como el vizconde.

La altiva dama, á su vez, apenas se fijaba en éste, ni prestaba atención al coro de alabanzas del joven francés, que en todas partes se oía; pero á veces le miraba de un modo extraño y particular.

¿Por qué?

III

Una noche, el vizconde de Vandome, que había llegado algo tarde á palacio, encontró á la marquesa sentada en un canapé, en un salón intermedio entre *la sala de los refrescos* y la sala de juego.

Apenas le hubo visto, púsose en pie y se dirigió hacia el vizconde, que pasaba de largo, haciéndole una profunda reverencia.

– Señor vizconde, – dijo la dama, – ¿tenéis la bondad de oirme cuatro palabras?

– ¡Señora!

– Venid, hablaremos sentados mejor.

Ambos se sentaron en el canapé que antes había ocupado la marquesa.

Después de una breve pausa dijo ésta:

– Verdaderamente, señor vizconde, no sé cómo comenzar, pues lo que tengo que deciros es algo raro.

– Hay cosas que efectivamente parecen raras, pero en realidad ninguna lo es.

– Pues bien, señor vizconde, quisiera haceros una pregunta.

– Estoy á vuestras órdenes, señora.

– A propósito os hablo en vuestro idioma para que me entendáis con toda claridad.

– Es una amabilidad que tengo que agradeceros, porque todavía no estoy fuerte en el español.

– Señor vizconde, – repuso la marquesa, después de un momento de vacilación, – ¿os ha hablado alguien mal de mí?

– ¡Ah! señora, ¿por qué me preguntáis eso?

– Voy á decíroslo con mi franqueza aragonesa aunque corra el riesgo de que la interpretéis mal.

– No os comprendo.

– Señor vizconde, tenéis fama en la corte de ser no sólo muy galante, sino que también muy cortés.

– Señora, me congratulo de esa reputación.

– Se dice de vos, que aunque prefiráis á alguna ó á algunas, tratáis á todas las damas con perfecta cortesía.

– Es mi deber.

– Pues bien, señor vizconde, yo no soy ni de las más feas ni de las más tontas ni de las de peor alcurnia: ¿por qué en la igualdad y amenidad de vuestro trato, hacéis conmigo una excepción?

– ¡Señora!...

– No vayáis á negar una cosa que salta á la vista. Si no sabéis de mí nada que pueda rebajarme en vuestra consideración; aun cuando os sea antipática, deberíais ocultarlo.

El vizconde inclinó la cabeza en silencio.

– Espero que me contestéis, – dijo la marquesa.

– Bueno, señora, – repuso aquél, – casi me alegro de esta explicación; pues lo que más temo es pasar por descortés.

– Explicaos.

– Señora marquesa de Orellana, – prosiguió el vizconde mirándola fijamente, – ¿no me conocéis de antes de presentarme en la corte?

– No, ciertamente, – contestó la marquesa sorprendida.

– Puede ser y no tiene nada de extraño. La primera vez que me visteis iba casi disfrazado. Además los disgustos que se dan se olvidan fácilmente.

– ¿Os he dado yo alguno?

– Aquí, en esta mejilla, – y el vizconde señaló á la suya izquierda.

– ¿Yo?

– Recordad, señora.

La marquesa pensó un instante, y sin duda recordando el lance de la calle del Sacramento, exclamó:

– ¡Ah! ¿erais vos?

– Entonces os dije mi nombre.

– Lo olvidé pronto.

– Ya lo noto.

– No creí que un caballero pudiera desmandarse hasta tal punto.

– Señora, ignoro las costumbres españolas; pero las nuestras autorizan á un caballero para decir á una señora que la ama.

– Pero no en la calle como un menestral que se dirige á una fregona.

– Quizá tengáis razón, pero es lo cierto que me habéis abofeteado. Fuí tal vez frívolo y atrevido, pero lo he pagado sufriendo una afrenta y siendo objeto de burla.

(Continuará)



EL PRETENDIENTE RECHAZADO cuadro de J. Margitay



UN VETERANO DEL TRABAJO, dibujo de A. Fabrés, grabado por Sadurní



LA RADA DE NUEVA YORK

DE PARIS Á NUEVA YORK

(Conclusión)

Es una mujer que ha de dar qué hacer al comisario, porque no ignoráis que este personaje tiene entre sus atribuciones la guarda de la moral. El es quien debe vigilar de cerca la influencia de la espuma de mar, que no ha suministrado la materia de las pipas *kummel*, como cree el vulgo, pero dió origen á Venus, que de esa espuma nació, lo cual es mucho más ardiente que el *kummel*. Y bien, Miss Betsy, ¿queréis bajar de la manga de ventilación? ¿Qué dirá la luna, cielo santo?

De los tres poderes que coexisten á bordo del barco el del jefe maquinista ó maquinista en jefe comprende más personal, unos ciento diez hombres, pero menos responsabilidad y menos aparato también que el poder superior y general del capitán, que manda directamente seis oficiales y cuarenta marineros.

El maquinista en jefe no frecuenta el comedor y vive aparte con su estado mayor. De él dependen los fogoneros, una sección de hombres desnudos, semejantes á cíclopes, encerrados en un negro antro y chorreando de sudor negro, sudor de tinta. La electricidad los alumbra de azul, pero á veces, cuando abren una de las puertas del fogón, un rojizo y diabólico reflejo envuelve su desnudez y los transforma en estudios de hematites, y también, por lo flacos, en siluetas de desollados vivos.

Este espantoso trabajo de Jonás hundidos perpetuamente en el caldeado vientre de la ballena, no cesa sino cuando los fogoneros se relevan; y entonces por una escalera que sube por encima del piso en que se encuentra el agua, corren estos hombres, cubiertos de polvo de carbón coagulado con el sudor, y se lanzan con violencia sendos cubos de agua, que humea sobre ellos y se eleva en vapor.

Más bien querría ser emigrante que fogonero: á pesar del horror que me inspira el entrepuente, semejante á un círculo del Dante, más dantesca es aun la visión de estos Vulcanos enharinados de negro, y asados como pavos, sin aire ni sol verdadero, mineros de la marina.

El comisario está encargado de la parte material: camarotes, instalaciones, provisiones, cocinas; es el administrador de un colegio flotante; pero, como ya he dicho, añade á esta función el cargo de censor y vigilante de la moral pública. Debe pensar que tal ó cual pasajero célibe, que sale de una sesión de fumadero demasiado larga, sale más audaz de lo que acaso conviene con el humo del habano y el espíritu del champaña, que son dos humos, en la cabeza, y podría invadir un camarote en que reposa una inocente cómica de la legua soñando que no es sino la misma Sara Bernhardt.



UN TRAGALUZ

Pero el comisario está alerta; su vista de argos llega á todas partes, hasta á los *squares* ó jardines sin flores, que se improvisan con sillas y bancos sobre cubierta; sino que hay momentos en que este moralista dictatorial no está muy satisfecho de sus facultades visuales, y es cuando se llega á la región de las nieblas.

En efecto, un inmenso vapor húmedo, debido al encuentro de la corriente de agua fría y la corriente del agua caliente, llamado *gulf stream:* una bruma densa y opaca lo envuelve todo, haciendo muy peligrosa la marcha del barco. El capitán que en su puentecillo siente millones bajo sus pies, no abandona su puesto, en el que almuerza, come y pasa la noche. La sirena no cesa de lanzar su formidable y lúgubre mugido. Y velan también en la proa dos hombres encapuchados, que hunden la parda oscuridad con su aguda y penetrante mirada. Estos dos vigilantes, dispuestos siempre á dar la señal de alarma, tienen un aspecto fantástico allá en el extremo de la proa. ¿En qué piensan durante las largas horas de este cuarto nebuloso? Como Pedro Loti nos lo afirma ¿piensan en el Barco Fantasma de los holandeses? Taciturnos, miran y parecen soñar. Acércome á ellos, y me pongo por mi cuenta á poblar la bruma de creaciones amenazadoras ó halagüeñas.

De pronto, uno de ellos, con una voz de sombra, fría, habla y dice:

– ¿Cuánto tiempo tienes tú que hacer aun?

Media hora larga pasa después de esta pregunta.

Después, no sin esfuerzo, abre el otro la boca á su vez y contesta:

– Yo tengo aún para dos años.

Tal es, en la niebla, la conversación de los dos hombres en la proa.

En el fumadero se está muy bien para beber y jugar. El mozo que duerme en el mismo fumadero, no desea más en su interior que los jugadores lo obliguen á permanecer de pie.

Se juega, en efecto, la moza, ó más propiamente el mozo, la mano ó jugada que se destina á su provecho; y añadiendo este á otros muchos gajes y utilidades, gana más que todos los de á bordo, y á buen seguro podrá retirarse muy pronto para establecerse de traficante de vinos en Belleville ó en otra parte haciéndole competencia ventajosa al laboratorio municipal.

Ahora se juega frenéticamente al *juego del piloto*, que consiste en apostar si el piloto será rubio ó moreno, picado de viruelas, aguileño, etc. Se apuesta igualmente sobre qué costado abordará al paquebot, representando estas apuestas cantidades considerables.

Los pilotos americanos á bordo de un gran buque propio, van muy lejos por la mar, cien leguas y aun más, á espiar los demás barcos. En cuanto avistan uno, echan al agua un bote, y el designado por la suerte va á atracar. Se le echa un cable, cuélgase de él y trepa como mejor puede hasta la escala. Se le apresa, no sólo para hacer constar si nos ha hecho ó no ganar la apuesta, sino también por tener noticias de Europa. Pero ¡oh decepción! sólo ofrece las noticias que ya se han leído y releído en los periódicos; porque los pilotos también están mucho tiempo hace en la mar y no ponen á nuestro servicio sino telegramas atrasados.

Pero el piloto, aun á cien leguas de distancia, indica con su presencia que va á terminar el viaje. Hay un obispo, sobre todo, que parece estar ya de agua hasta las cejas.

Descúbrese ya en el horizonte el enorme faro de la *Libertad alumbrando el mundo*, cuya cúspide sube poco á poco sobre las aguas. *¡Evviva la libertà!* cantan los emigrantes italianos.

Y nosotros también.



UN DIPUTADO EN EL PARLAMENTO

IV

¡Hela aquí ya! ¡Nueva York!... Es Nueva York en su isla, entre su *Hudson* por un lado y su *East-River* por otro... ¡Esto va bien! Hemos echado el ancla... He aquí la visita de sanidad. Se ausculta y se palpa á los emigrantes... ¡Bien! tenemos muchas ganas de ver, en fin, rodar un carruaje; sí, este espectáculo nos atrae: un verdadero carruaje rodando tranquilamente sin sacudidas ni mareo... ¡qué bello sueño!

Contemplamos el panorama. ¡Magnífico! ¡Soberbio! Casas, muchas casas que humean, tres ciudades separadas por el *Hudson* y el *East-River*, y un puente asombroso, el puente de Brooklin... Ya habréis leído esto en alguna parte, si no me engaño. Me contento pues con gritar: ¡Panorama! ¡Panorama! (aire conocido)...

Se levan anclas y avanzamos en la rada, y en el Hudson, en medio de un espantoso ruido, de sirenas en brama que mugen hasta más no poder: por fortuna, estamos nosotros mitridatados. Pero veamos, veamos, ¿cuándo podremos contemplar el inefable espectáculo de un fiacre rodando por terreno sólido?

He aquí ahora la aduana... un poco abrumadora la tal aduana. Pero, á dicha, no tenemos que pagar el 33 % impuesto á las obras de arte: nuestras obras de arte están encerradas en nuestro cráneo, ¿no es verdad, Renouard? y la aduana más *yankee* no se ha atrevido aún á trepanar á los artistas para cobrar los derechos de los cuadros que imaginan.

Por fin veo rodar *cars*, muchos *cars*. Desde la Batería que está abajo hasta el *Central-Park*, que está en lo alto de la ciudad, veo gran número de ellos, y también tramways, y también el *elevated rail-road*, el ferro carril metropolitano de allá abajo, que se desliza sobre aquellos mástiles y va á tomar el Central-Park entre los extremos de sus dos tenazas de cangrejo gigantesco. Y también, tengo el asombro prodigioso y trivial de ese aislamiento que se sufre en medio de gentes cuya lengua se desconoce.

No es esto decir que no sepa yo todo el inglés necesario para hacerse comprender en París, ciudad inglesa: yo digo: *turf*, *handicap*, *steeple chase*, y también *rumps teak*, *beefsteak*, *cock-tail*, *pale ale*, *half and half*, y hasta *water-closet*, como conviene; pero cuando los demás pronuncian palabras exclusivamente inglesas, sin mezclar nada del francés que hablaban nuestros padres, me quedo confun-


POR TODAS PARTES CESTAS DE FLORES QUE SE DEPOSITAN EN EL PAQUEBOT

dido y mudo y casi sordo, sin comprender nada de lo que dicen. Por fortuna, hay en la fonda boys de cara avispada que sirven de intérpretes. Esta fonda de mucho lujo que se parece al lujo del *Printemps* ó de la *Place Clichy*, tiene mucho y alegre movimiento. Por los largos corredores, en los gabinetes y salones, en todas partes persiguen las *house maids* los más pequeños granos de polvo, y muy gentiles de sus personas, no parece sino que persiguen mariposas.

Aquí, por de contado, ascensores, telégrafo, teléfono, tabaquería, de todo hay á mano; pero además, hay un banquero, un librero, un escritor público y hasta un notario... sí, un notario también. ¿Y para qué? ¡Pardiez! Los habitantes del país viven tan bien en la fonda como los extranjeros de paso, y puede alguno tener la idea de morirse en la fonda, lo cual no podría hacer sin entenderse previamente con el notario para sus disposiciones testamentarias.

Abajo están los comedores: se puede fumar en el uno, pero en el otro, reservado á las *ladies*, está prohibida la entrada á los fumadores. El *bar: cock-tail, sherry-cobbler, wisky, gin and ginger-ale*, y aun *corn-beef* para merendar de pie.

¿Cómo encerrar en diez líneas á Nueva York? Probemos. *¡Broad way!* plateros, grandes almacenes, lindas *ladies and misses*, que se detienen en las pastelerías y gustan de pasteles pesados como el plomo. Broadway, principal arteria, análoga á nuestros grandes bulevares, que termina como estos en los laboriosos arrabales de la ciudad baja: bolsa y negocios. Nuestros bulevares, pero con muestras, de que no puede dar sino una débil idea la del *Old-England;* allá, una asombrosa confusión de cromolitografía, un arco-iris en embriaguez, una juglería de tonos chillones que dejan sordos los ojos, y en el suelo, después de una buena lluvia un barro negro y viscoso que me recuerda los peores días de la calle *Galande*.

Pasemos, pasemos pronto... ¡más pronto!

Renouard, semejante al rey de los Aulnes, me arrastra hacia el campo... Corro pues... *¡Hop! ¡hop!*... Estamos en Wáshington, después de un viaje de cinco horas en un cómodo wagón, donde hemos girado en nuestras butacas giratorias para ver el paisaje.

¿Por qué á Wáshington? Porque es la capital, el Versalles que posee siempre si no un Rey-sol á lo menos un presidente de la república, y también cámaras con diputados y senadores más ó menos parlamentarios. Renouard sorprende á uno en una actitud bien cómoda; y yo veo á muchos que se entretienen cortando un palo con sus cortaplumas. Esto es esencialmente nacional: poseer un cortaplumas y servirse de él para estropear los bancos, las mesas, las entabladuras delicadas y hasta las molduras más artísticas, es el signo de la actividad *yankee*, así como comer perpetuamente manzanas es la marca del estómago americano.

Los diputados, después de un *shake-hand*, se sientan. Un orador habla con una volubilidad extraña. ¿Estará?... Sin embargo, en la cantina de esta cámara no se sirven bebidas alcohólicas. Entonces, antes de entrar... Probablemente. En fin, es una manera como otra cualquiera de soltar la lengua y no hablemos más de ello.

La Casa Blanca, habitación de M. Cleveland en aquella época y donde vive ahora con toda sencillez M. Harrison, es toda blanca. Esto me ha sorprendido: tan falaces creo las promesas políticas. Y bien, aquí reina seguramente la sinceridad: la Casa Blanca es verdaderamente blanca, bien que en ella sean acogidos fraternalmente los negros: se les ruega buenamente que no se destiñan.

¡Pronto!... ¡pronto!... ¡más pronto!...

Volvemos á Nueva-York. Sin demora, una excursión á Brooklin por el famoso puente de ochenta metros de altura, pero que desciende á una categoría secundaria entre las maravillas de hierro, después de la audaz torre Eiffel... Brooklin, país de iglesias, país de cementerios. Excursión á *Central-Park*, ese bosque de Boloña de Nueva York.

Volvemos á Broadway, merendamos, bebemos, tomamos un carruaje á un dollar por hora; volvemos á comer y á fumar y... ¡pronto! ¡pronto!... ¡Diablos! es demasiado para un poeta. Y medito estas palabras del *yankee* Mark Twain, en *The Innocents abroad:*

«Aquí, dice, nos agitamos sin cesar, y acabada la tarea cuotidiana, no sabemos, como los europeos, que se toman un helado oyendo buena música, pasar una velada agradable, preludio de una buena noche. Nuestros cuidados é inquietudes nos siguen á la cama. Allí calculamos nuestras pérdidas, computamos nuestros beneficios; nos quebramos la cabeza, y nos sentimos viejos á la edad en que el europeo apenas alcanza la madurez. Ni reposo ni tregua; exigimos más de nosotros mismos que de un campo que reposa el invierno después de haber rendido la cosecha del verano; nosotros nos fatigamos sin piedad. Y sin embargo, ¡qué vigoroso pueblo! ¡qué nación de pensadores seríamos, si supiéramos concedernos algunos ocios para recobrar aliento!»

Sí, sí; recobremos aliento.

Es de noche. A bordo de un *yacht* que se balancea en la rada, dirijo una última mirada á la ciudad empavesada de luces, al puente de Brooklin, semejante á una avenida de iluminaciones suspendidas. Voy á recogerme y á dormir por la última vez en la *Fonda Confortable*, después del *sherry cobbler* final.

Partida. Todo son flores y más flores, flores brillantes á manojos, á gavillas. Por donde quiera, canastillos de flores adornados de cintas, que llevan los criados al paquebot transatlántico, la *Bretaña*.

Una multitud en el muelle, una multitud que da gritos guturales de una alegría feroz. Es un delirio de perfumes y de ruidos. ¡Qué diferente esta partida de Nueva York de la salida del Havre! Recuerdo aquella triste mañana en que abandonamos á Francia. Se acababa de embarcar el carbón y todavía se estaba lavando el barco; escasos curiosos taciturnos divagaban por el muelle esperando el cañonazo del *exeat*. Parecía que aquellas gentes de Europa nos compadecían porque las abandonábamos.

Pero allá, en Nueva York, la alegría de los pasajeros era febril, no menos que la de la multitud que los aclamaba entre flores y más flores. Se conocía cuánto celebraban los americanos venir á Francia, y entre los que se quedaban, muchos aclamaban con más fuerza, pensando que ellos también muy pronto, dentro de seis semanas, ó seis meses, ó un año, gracias á la inteligente dirección dada á su fábrica, á su banca, á su comercio, ellos también se embarcarían á bordo del paquebot en medio de una apoteosis de flores y de estridentes aclamaciones.

Y los ramos de rosas rojas, blancas, amarillas, las magnolias, las daturas de cálices enormes, se mezclan con las resedas, con los heliótropos y todos los jazmines de la flora de la Florida sobre cubierta, en las cámaras, en los salones, tapando los tragaluces y rodando por las escaleras. Notada al paso, en una enorme canasta adornada de cintas, la divisa de Miss H...: hela aquí en su inocencia. «¡Oh!»

Y partimos. Un cañonazo, un mugido de sirena... hemos partido. Bajo el montón de flores no he visto á los pobres emigrantes.

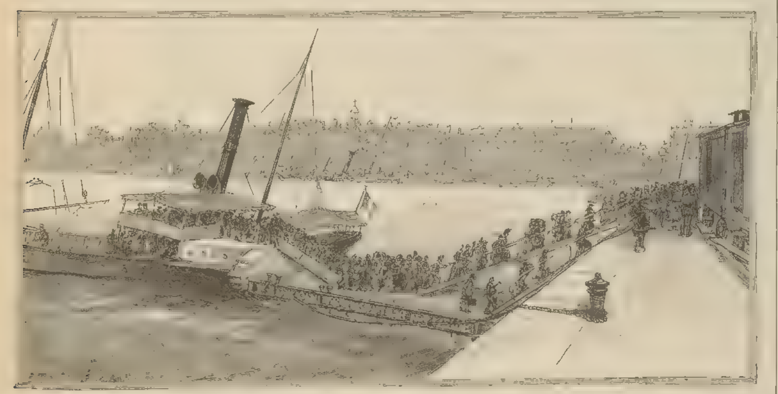
Hay, sin embargo, emigrantes para Europa, poco numerosos, á decir verdad. Entre ellos, una especie de *gentleman* averiado: el sombrero redondo, de buena forma, pero abollado, un vestón en otro tiempo elegante, buen aire... algún sobrino de América que viene á encontrar un tío en Europa.

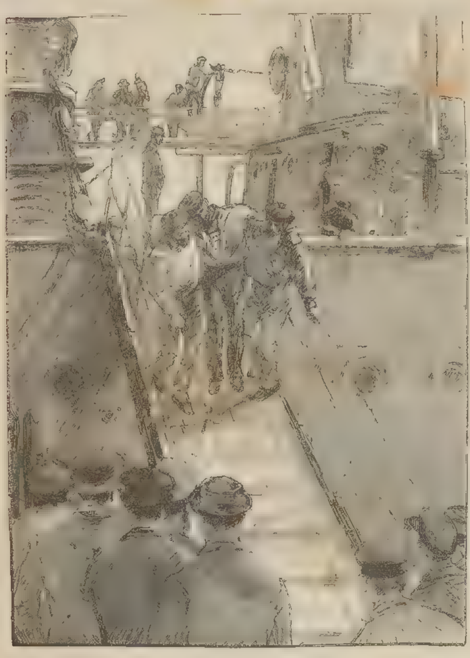
Se vuelve á hablar francés. Una lady es interrogada por un pasajero: ¿Habla V. francés? Y ella le contesta en inglés: No he probado nunca.

Otra anécdota. «Entrando un capitán en un puerto de América, gritó al marinero que tiraba del cable: *¡Let go ton amarre ou je te la coupe!* – ¡Pardiez! exclamó un asistente, ¡qué bien habla V. el inglés, capitán! – Es preciso, repuso el capitán sin tropezar, es preciso hablarles en su lengua á estos hombres porque no saben el francés.

Hace buen tiempo y se come sobre cubierta. Se hace el amor también. El comisario encargado de la moral me parece menos severo en cuanto á las exactas delimitaciones del simple requiebro y su exageración. Hay también un concierto y el comisario es quien toca el piano con elegancia y talento. ¡Bravo!

Los conocimientos se hacen pronto. Un caballero encantador trinca en el fumadero con otros señores, mientras un gentleman, muy frío, permanece silencioso y poseído de *spleen* en un rincón. Los señores salen y el caballero encantador los conduce á un camarote, y les ofrece licores finos y habanos que exhalan un aroma delicioso. De pronto, el gentleman frío avanza y dice: «Aquí, José, basta.» Y se lleva al caballero encantador que no es sino su criado. Ironía de un mistificador melancólico y estra-


LLEGADA AL HAVRE


DESEMBARCO DE UN FOGONERO ENFERMO

gado: hacer pasar á su ayuda de cámara por un gran señor.

Durante el viaje bajo al antro negro y polvoroso que se llama pañol del carbón ó carbonera. El hombre que vive en esta sombría Tebaida es á menudo un San Antonio huido de las vanidades del mundo. A veces es un notario desgraciado ó un cura no más feliz, hombres que quieren sustraer al sarcasmo de la tierra su decadencia irremediable. Yo mismo pudiera citar á uno de estos carboneros de los Transatlánticos, el cual fué en París un banquero brillante, y cuando bajo el bulevar Malesherbes, veo el palacio que ofreció en otro tiempo á una dama galante. Ahora está en el negro pañol.

Un buen tipo. Un americano adornado de una cartera en que están anotadas sus impresiones. Ha visto ya á París, ¡oh! ha visto mucho á París Nos refiere lo que ha comido en casa de Ledoyen: salmón en salsa verde, chateaubriand con patatas, etc.; en casa de Marguesie, un cangrejo mayonés, vaca modo frío, etc.; en casa de X. esto; en casa de Z. lo otro: es una nomenclatura culinaria. No se detiene aquí: ha visto en París muchas otras casas que no son de comidas, y nos exhibe las fotografías de Camelia, de Florina, de Malvina, y se asombra de que nosotros, parisienses de nacimiento, no conozcamos á ninguna de las nombradas. Entonces se enternece y saca la última fotografía de mujer: «He aquí mi futura, dice, con la cual voy á reunirme en Suiza, donde nos casaremos.» Todo esto en la misma cartera.

Vuelta alegre. Llegamos al Havre. Bajamos al remolcador adonde nos precede un pobre fogonero enfermo. Tocamos, en fin, el suelo natal y las flores de América están marchitas. Volveremos cualquier día á coger otras, á las cuales consagraremos acaso notas menos ligeras.

Hasta la vista, Renouard.

EMILIO GOUDEAU

NOTICIAS VARIAS

LA CAZA DEL ELEFANTE EN EL CONGO. – Con fecha de 25 de julio último ha decretado el rey de Bélgica que, en interés de la conservación de la raza de los elefantes y de la subsistencia de los derechos del Estado independiente del Congo sobre los elefantes capturados ó muertos en sus dominios, queda prohibida la caza del elefante en todo el Estado á todos los que para ello no obtengan un permiso especial, siendo los contraventores castigados con una multa de 25 á 500 francos y con una servidumbre penal de un mes á dos años, ó con una sola de estas penas según los casos.

LA ESCLAVITUD EN AFRICA. – Italia é Inglaterra acaban de firmar en Londres un tratado para la represión de la trata de esclavos, que en lo sucesivo será considerada como acto de piratería y apresados y llevados ante tribunales especiales los buques que á ese tráfico se dediquen. Los puertos á donde serán conducidos los barcos negreros son, por parte de Inglaterra, Sierra Leona, Suakim, Aden y Zanzíbar. Las dos partes contratantes se conceden recíprocamente el derecho de visita.

Desde el momento en que el litoral mediterráneo queda excluído del convenio, la trata de esclavos podrá hacerse en él en condiciones bastante favorables!

– Un decreto del Sultán de Zanzíbar concede á la Gran Bretaña y á la Alemania el derecho de visitar todos los *dhows* (chalupas) y buques de sus súbditos, y declara, además, que todas las personas que entrarán en el territorio del Sultán, á partir de 1.º de noviembre próximo, serán libres.

HAITÍ Y LOS ESTADOS UNIDOS. – *El muelle de San Nicolás.* – Según una correspondencia fechada en 6 de setiembre último en Nueva York que inserta el *Journal des Débats*, si el presidente Legitime ha sucumbido, ha sido únicamente por la hostilidad de los americanos á quienes se había convencido de que este general estaba protegido por Francia. Los Estados Unidos temían la cesión á Francia de una parte del territorio haitiano y algunas casas alemanas de Nueva York expedían periódicamente armas y municiones al jefe de la insurrección nortista, Hippolyte, á despecho de las protestas de Mr. Stephan Preston, representante del general Legitime. Hippolyte tendrá, pues, que saldar una cuenta considerable con esos armadores germano-americanos los cuales, mientras esperan el pago en especies, se harán otorgar varios privilegios que ayudarán al comercio alemán á apoderarse del mercado de Haití con gran detrimento del comercio francés hasta hace poco preponderante en esa república negra.


EN VÍSPERA DE ELECCIONES

Pero no es esto todo. Hippolyte habrá de pagar los servicios recibidos del gobierno de Wáshington cumpliendo la promesa que tiene hecha de ceder á los Estados Unidos el muelle de San Nicolás. ¿Quién saldrá con ello más perjudicado? España, puesto que el muelle de San Nicolás, situado en un punto elevado de la costa Noroeste de Haití, viene á ser el Gibraltar de las Antillas porque domina el estrecho de Windward al otro lado del cual está Cuba, como la Florida domina el paso que separa á los Estados Unidos de la Habana. La colonia española se verá, pues, amenazada al Este y al Oeste por los cañones de la república americana que tantas veces ha intentado apoderarse de ella para cumplir lo que llama su *destino manifiesto*, es decir, la absorción de todas las Antillas mientras espera algo mejor.

Indudablemente se trata sólo de un depósito de carbón que se establecería en el muelle de San Nicolás para el abastecimiento de los buques de guerra americanos que estuviesen de crucero por aquellos sitios, pero ¿no se necesitan, por ventura, algunas fortificaciones convenientemente artilladas para proteger, en caso necesario, ese depósito?

¿No ha sido suficiente el establecimiento de un depósito de carbón en Pago-Pago, en las islas de Samoa, para motivar el protectorado americano que Inglaterra y Alemania se han visto obligadas á reconocer?

Quizás dentro de poco tiempo oiremos hablar de concesiones á los capitalistas neo-yorkinos de minas, bosques y otras riquezas de la isla de la Tortuga, á una legua al Norte de Haití, que ya en 1865 había sido objeto de un arreglo análogo que, sin embargo, fracasó á pesar del largo crucero que una fragata americana hizo por esos lugares.

EL GUANO DE PESCADO.—Nadie ignora que desde hace mucho tiempo se utilizan en las pesquerías de Francia y más aún en las de Noruega, los despojos de pescado para convertirlos en un abono que empieza á ser muy estimado. Desde hace muchos años, la extraordinaria abundancia de arenques en las costas de Suecia y de Noruega ha movido á ciertas compañías, organizadas para la pesca en esos sitios, á transformar los arenques en abonos, á consecuencia del ínfimo precio á que ha llegado la primera materia. Los resultados obtenidos son excelentes y la influencia de estos abonos en las cosechas, de todo punto satisfactoria. También es muy apreciado el guano de bacalao que con una dosis de 8 á 9 por ciento de ázoe, de 12 á 13 por ciento de ácido fosfórico y de 1 á 2 por ciento de potasa, constituye un abono completo que se vende más barato que los guanos del Perú y cuya acción es tan eficaz como la de éste, sobre todo en las tierras calcáreas y arenosas. El ázoe orgánico procedente de materias animales es, como nadie ignora, mucho más asimilable que el ázoe de las materias vegetales, los orujos por ejemplo, y sin embargo, por una extraña anomalía, éstos son mucho más caros que los abonos resultantes de pescados como el polvo de bacalao, polvo de arenque, etc.



EL CANAL DEL ADRIÁTICO AL MEDITERRÁNEO.—Este canal, destinado á unir el Adriático con el Mediterráneo, ha sido proyectado por el ingeniero italiano Víctor Bocca: tendrá unos 200 kilómetros de longitud, 262 pies ingleses de anchura y 40 pies de profundidad; arrancará de un punto de la costa Oeste de Italia, cerca de Montalto-di-Castro, en la provincia romana, y terminará en Fano, al Sud de Pésaro, en el Adriático. En cada extremo del canal habrá un puerto de unos 12 acres de superficie. Los materiales destinados á la construcción de este canal, por el cual podrán navegar los mayores acorazados á una velocidad de 10 á 12 nudos, se encuentran en abundancia en los mismos lugares que ha de atravesar.

La construcción implicaría el drenaje de todo el país pantanoso por donde pasaría, gracias á lo cual se harían cultivables 657.000 000 de metros cuadrados. Este trabajo dará ocupación á 200.000 obreros y vendrá á costar unos 600.000.000 de pesetas.

(De la *Gaceta Geográfica*)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



AÑO VIII — BARCELONA 28 DE OCTUBRE DE 1889 — NÚM. 409

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Á LA SOMBRA DE LA CRUZ, cuadro de Severo Altamura, grabado por Weber

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

A LA SOMBRA DE LA CRUZ
cuadro de Severo Altamura, grabado por Weber

La afligida madre que llora su soledad ó su abandono no por lo que á ella la afecta sino por su adorado é inocente hijo, ¿qué mejor amparo podrá encontrar para éste que la Santa Cruz, símbolo de la redención de la humanidad conseguida por el amor divino? ¿en dónde hallará mejor consuelo para sus tribulaciones que en la oración?

Severo Altamura, inspirándose en esta hermosa idea ha pintado un cuadro lleno de sentimiento: las dos poéticas figuras que lo constituyen revelan en sus rostros y en sus actitudes que el bálsamo consolador de la fe y de la esperanza ha llegado hasta sus apenados corazones, calmando los agudos dolores de su desesperación y llevando á sus almas el dulce convencimiento de que sus preces serán escuchadas por Aquel que dijo: «Bienaventurados los que lloran, porque de ellos será el reino de los cielos.»

REGRESO DE LA FERIA, dibujo de B. Galofre

El bonito dibujo de Galofre que hoy publicamos viene á aumentar la colección de los que del mismo género hemos publicado en anteriores números: esta consideración nos releva de prodigar á su autor nuevas alabanzas, pero no de consignar que en estos momentos nuestro distinguido paisano y querido colaborador acaba de regresar de un verdadero viaje triunfal por Italia y que á su paso por Milán, Turín, Roma y otras ciudades de la península artística por excelencia los más importantes periódicos de esas localidades han llenado sus columnas con sentidos homenajes de cariño y de admiración hacia el ilustre pintor, que tan alto como merecido puesto ha conquistado en el mundo del arte.

EL TRIUNFO DE LA REPÚBLICA
obra del escultor Dalou

inaugurada en la plaza de las Naciones (París) el día 21 de setiembre

Mr. Dalou nació en 1839: perseguido por los sucesos de la Commune de 1870, en los cuales tomó parte cuando no era más que uno de los mejores discípulos de Carpeaux, hubo de huir á Londres en donde, al poco tiempo, asombraba á los ingleses con sus magníficas esculturas que le valieron tanta honra como provecho. Gracias á la amnistía, pudo volver á París y en el Salón de 1883 expuso un *Mirabeau* y un alto relieve, *La República*, que le conquistaron la medalla de honor. De entre sus muchas obras posteriores, todas muy notables, merecen especial mencion su *Blanqui mort* y su busto de Mr. Vacquerie.

En cuanto al *Triunfo de la República*, con razón ha sido calificado de poema hecho al cincel: es, en efecto, el poema de la Revolución que Dalou ha representado magistralmente por medio de una arrogante República montada en el carro que guía el Progreso y que empujan un obrero y dos matronas, la Paz y la Justicia.

PESCADORA DE CANGREJOS, cuadro de Caffieri

¡Pobre niña! Bien se adivina en tu semblante que la pesca no corresponde á tus deseos, ó mejor dicho á tus necesidades; el mar que mansamente besa tus desnudos pies muéstrase avaro de sus tesoros, sus olas te acarician y te arrullan con sus monótonos rumores, pero desgraciadamente para tí tu cesta no se llena con arrullos ni con caricias que de buena gana trocarías por algunas docenas de cangrejos.

Caffieri pinta tan bien como siente, así es que la figura de su bella é interesante pescadora parece salirse del cuadro, gracias á la habilidad con que el pintor ha sabido hacerla destacar sobre un mar rizado cuyas ondulaciones van perdiéndose hasta confundirse con la línea del horizonte y gracias á la perfecta disposición de los términos debidamente separados por el aire, ese elemento tan difícil de distribuir en una pintura.

Cuartel general de la Expedición alemana de Wissmann al Este de Africa

La estación de la Sociedad este-africana de Bagamoyo emplazada en una colina á unos dos minutos de la costa ha sido convertida en cuartel general de la expedición del comandante alemán Wissmann. A este efecto se ha construído á su alrededor una muralla con las correspondientes troneras y demás obras de defensa. Dentro de ese recinto están las habitaciones de los oficiales y de 80 askaris, en su mayoría de la tribu de los uniamwesi, que con sus mujeres é hijos dan gran animación á la ciudadela y ofrecen un cuadro sumamente pintoresco.

VOL D' ALBA (costumbres catalanas)
cuadro de Francisco Torrescassana

Don Francisco Torrescassana, entusiasta admirador de las costumbres de nuestra tierra y enamorado de las bellezas de nuestras pintorescas comarcas, sabe reproducirlas con notable fidelidad llenando así uno de los fines de la pintura, á saber, el que mueve á los artistas á imprimir en sus cuadros el color local y de época que permita algún día reconstruir los usos y el modo de ser de un país, de una región, de una localidad en los pasados tiempos.

Buena prueba de ello es el *Vol d' Alba*, escena llena de vida cuya verdad, así en el conjunto como en los detalles, reconocerán los que en cualquiera de las playas catalanas hayan presenciado el animado espectáculo de retirar la primera redada cuando asoman por el horizonte los alegres tintes de la aurora.

GUILLERMO WILKIE COLLINS

Célebre novelista inglés nacido en enero de 1824 y † en 23 de setiembre de 1889.

Acaba de fallecer en Londres uno de los más populares novelistas ingleses, Guillermo Wilkie Collins, cuyo retrato reproducimos. En casi todas sus novelas encontramos algún misterio social ó doméstico, algún crimen tenebroso, algún fraude ó alguna impostura que magistralmente conducidos ó desarrollados por el autor interesan á los lectores como si se tratara de un crimen real con sus indagatorias, interrogatorios y veredicto, y en los cuales aparecen con especial habilidad diseñados los tipos de conspiradores, espías y traidores, trazados con toques reales, nunca melodramáticos.

Fué colaborador del gran novelista Dickens, en los últimos años de la vida de éste, y en cierto modo infundió en él su manera peculiar de concebir los asuntos y de tramar las intrigas.

Su fecundidad corrió parejas con su talento: el largo catálogo de sus obras y la indiscutible bondad de las mismas justifican el luto que hoy viste la literatura inglesa por la muerte del eminente escritor que tantos días de gloria ha dado á su patria.

SUPLEMENTO ARTISTICO

SUEÑO DE AMOR, cuadro de W. J. Martens

El *Sueño de amor* se separa de las tendencias artísticas en la actualidad predominantes, puesto que la escuela moderna y sobre todo la contemporánea procura ajustarse lo más posible á la naturaleza y á la vida real creyendo que en una y en otra hay sobradas bellezas para que el artista no tenga que apelar á los recursos de pura imaginación. Sin negar las excelencias de este naturalismo que no es nuevo sino que, por el contrario, tiene precedentes y modelos en la misma edad de oro de la pintura, hay que confesar que algo y aun mucho bueno pueden producir los que rinden culto, siquiera por vía de excepción, al idealismo. De ello es buena prueba el cuadro de Martens que reproducimos. La idea que lo ha inspirado no puede ser más delicada y en la manera de exponerla, amén de la elegancia y corrección que en la factura se admiran, difícilmente cabe expresar con más acierto la pureza del amor que impulsa á una mujer á unir en sueños sus labios á los del hombre amado. Martens ha puesto especial cuidado en despojar á su cuadro de todo carácter sensual y con sólo contemplar la placidez y la calma del rostro de la hermosa dormida y la inocencia que se refleja en el semblante que amorosamente recoge su beso hay lo suficiente para convenir en que el éxito más completo ha coronado su arriesgado propósito.

TAL PARA CUAL

(Conclusión)

– ¿Burla de quién?

– Bien se ve que todo lo habéis olvidado. En aquel momento pasaba un coche, señora, y si yo hubiera podido saber quiénes eran los que le ocupaban, alguno quizá no se hubiera mofado más.

– ¿De suerte que me guardáis rencor por una falta que vos cometisteis?

– Señora marquesa, – contestó el vizconde lentamente, – llegamos á la parte más vidriosa de esta explicación; vale más que la suspendamos.

– Como gustéis, señor vizconde; pero conste que no me arrepiento de lo que entonces hice. En mi familia somos muy orgullosos.

– Entonces comprenderéis lo que voy á deciros.

– Hablad.

– En la mía hay una frase tradicional, que mi padre el marqués de Briancourt me ha repetido algunas veces.

– ¿Y es?

– Esta, señora. Mi padre me decía: «si alguien pone en tí la mano airadamente; si es hombre, mátale, si es mujer no la trates jamás.»

– ¿Y por eso no queréis tratarme? – dijo la marquesa haciendo un mohín altivo y desdeñoso.

Este gesto irritó al vizconde que no era muy sufrido.

– Señora, – dijo con acento que procuró hacer tranquilo, – cuando recibí aquella... insinuación vuestra, quedéme tan poco dueño de mí mismo, que no supe qué hacer. Posteriormente me informé respecto á los hombres pertenecientes á vuestra familia, y supe con contrariedad que parientes allegados sólo teníais á vuestro padre, anciano y achacoso, y un hermano que entonces se hallaba en Lima.

– Queríais exigirles satisfacción...

– Naturalmente, pues ya comprenderéis que no podía entenderme con vos, aunque según mis ideas, las manos blancas ofenden lo mismo que las negras.

– ¡Ah!

– Sí, señora. Ya veis que soy franco y que nada os oculto.

Aquella noche había baile chico en palacio y en aquel momento oyóse la música de un minué.

La marquesa se puso en pie así como también el vizconde.

– Señor vizconde, – dijo, – estoy comprometida para bailar. Me he enterado de cuanto deseaba averiguar y os dejo. ¿Veis esta sortija? – repuso enseñándole una que llevaba en el dedo corazón. – En ella está grabado el blasón de mi casa...

– ¿Y bien, señora?

– ¿Alcanzáis á leer la inscripción de la orla?

– Perfectamente.

– ¿Cómo dice?

– *Hierro al hierro*, si no me equivoco.

– No, seguramente. Ahora bien, señor vizconde: este lema me ahorra las últimas palabras. Seamos enemigos, puesto que según creéis, y yo creo, hay motivo para ello.

Y dichas estas palabras, la marquesa, irguiéndose con altivez, iba á abandonar el salón; pero el vizconde la detuvo diciendo:

– Un momento, señora. Cuando os conocí me parecisteis muy hermosa y seguís pareciéndomelo. Después del agravio recibido no puedo ser vuestro marido, pero...

– ¿Qué vais á proferir, caballero? – interrumpió la marquesa, poniéndose lívida de enojo, – el fin ha sido digno del principio.

– Señora...

– Ni una palabra más ni ahora ni nunca.

Y salió del salón.

IV

Desde aquel día las cosas siguieron en el mismo ser y estado. La marquesa y el vizconde de Vandome se encontraban en la corte y ni siquiera se miraban. Parecían completamente indiferentes el uno al otro.

Pero en la corte se observa todo y de todo se murmura. Notábanse mudanzas radicales en el carácter de la dama que por su belleza y altivez atraía naturalmente la general atención. Antes aunque altiva era alegre y deferente con todo el mundo, demostrando un exquisito tacto social. Al presente, tenía rarezas que nadie se explicaba, profería á veces frases inconvenientes, y á veces, sin motivo, se retraía de los sitios públicos durante muchos días.

La reina misma notó este cambio de carácter de la marquesa de Orellana.

Bajo frívolos y repetidos pretextos faltaba á las guardias que la correspondían hacer como dama de honor que era de S. M.

Sabíase también que esta trasformación había alcanzado al interior de su casa. Antes, aunque severa, era benévola para con su servidumbre; ahora ésta no podía aguantar sus incesantes genialidades.

Proferíase una frase que resumía el general pensamiento:

¿Qué mosca habrá picado á la marquesa de Orellana?

Porque el estado de su espíritu trascendía á su parte física.

Ya no era la arrogante dama rebosando salud y hermosura. Palidecía cada día más y su soberbio busto se encorvaba como bajo el peso de una inquietud desconocida.

Gustábala dar paseos solitarios por las afueras de Madrid, y hasta se decía que frecuentaba los cementerios.

Atribuíase á la condesa de Cervellón que era aguda y observadora la siguiente frase:

«Antes de tres meses la marquesa de Orellana se encierra en un convento.»

¿Por qué?

He aquí el problema. Ni desaires recibidos, ni enfermedades, ni reveses de fortuna podían justificar tal resolución.

El vizconde de Vandome no sabía ó no prestaba atención á estos rumores. Estaba en su apogeo como cortesano. Se divertía en grande en Madrid é indudablemente pensaba hacer lo mismo en París, porque su tío el duque de Vandome había anunciado ya su regreso á Francia.

Triunfaba en los salones y con las mujeres, y era tan agradable y tan simpático que los hombres le perdonaban sus éxitos.

Por fin el duque de Vandome encargó á su sobrino que hiciese sus visitas de despedida.

La noticia de la próxima ausencia de éste produjo general consternación, porque en la corte no podían pasarse sin él.

El rey le propuso una coronelía en el ejército español, pero el vizconde rehusó lo mejor que pudo; sin duda recordaba las fiestas de Versalles y del Trianon.

Además, ¿quién sabe?

– ¿Por qué os lleváis á vuestro sobrino? – preguntaban al duque.

– No me le llevo, – contestaba, – probablemente le echarán de Madrid sus compromisos amorosos ó sus acreedores. Hasta ahora, en apariencia ha estado correcto; pero me temo que muy pronto se descubra algún pastel.

V

Tres días antes de su ya fijado viaje, un criado con la librea amarilla de la casa de Orellana llevó una carta á la del vizconde, dirigida á éste, y que le fué entregada por su ayuda de cámara.

La carta estaba sellada con un escudo de armas, que el vizconde examinó, notando con sorpresa que era el de la familia de la dama que habíale abofeteado.

Leyó el lema de la orla: *hierro al hierro* y recordó su coloquio con la marquesa.

Al abrir la carta, sonrió con fatuidad, diciendo:

– La marquesa se rinde.

Pero al comenzar á leer vió que se había equivocado en su suposición.

La carta decía así:

«Señor vizconde de Vandome.

»De regreso en Madrid, después de una larga ausencia, he sabido que mi hermana, la marquesa de Orellana, tiene grandes motivos de resentimiento con vos. Los ignoro, pero los presiento. He sabido asimismo, que habíais mostrado deseos de demandar satisfacciones á algún individuo de mi familia, y estando ambos acordes en este punto, tengo el honor de proponeros un encuentro. Me hallo en Madrid en un estado excepcional, y me tomo la libertad de rogaros que accedáis á algunas condiciones. Como entre personas de nuestro rango no puede sospecharse felonía, desearía que sólo os acompañara uno de vuestros servidores de confianza, que junto con el que yo lleve, serán suficientes para nuestro lance. Además, estas mismas circunstancias en que me encuentro, me obligan á indicaros otro deseo mío, raro si se quiere, pero preciso. Desearía que nuestro duelo se verificase de noche y para efectuarle con más seguridad, os propongo que el sitio sea el patio de una alquería que poseo en el camino de Alcalá. Así nos batiremos á puerta cerrada, la oscuridad

equiparará la destreza, y se cumplirá mejor el juicio de Dios.

»Si como no dudo accedéis á lo que os propongo, esta noche á las nueve en punto, un criado mío irá á buscaros en un coche y os conducirá al sitio designado.

»Entre tanto, aun tengo que suplicaros otro favor: no habléis á nadie directa ni indirectamente de mí.

»Espero respuesta inmediata.

»Soy, con la mayor consideración, vuestro servidor,

»*Luis, conde de Villafuerte.*»

P. D. «Nuestras armas serán espadines de combate.»

Esta misiva causó profunda sorpresa en el vizconde; pues frívolo como era, quizá había olvidado su desgraciada aventura con la marquesa de Orellana.

Es excusado decir que no titubeó un momento, ni desconfió á pesar de los misteriosos términos de tan extraño reto. El francés no conocía el recelo, y hallaba todo aquello casi natural. Medía á los demás por su propio rasero, y su orgullo explicaba el orgullo de aquella familia que creíase ofendida. Por otra parte aquel duelo halagaba su vanidad. «Dejaré un recuerdo más en Madrid – se dijo – y me ausentaré con *eclat.*»

Supo que el criado portador de la carta esperaba y contestó estas lacónicas líneas:

«Acepto todas las condiciones. Aguardo á las nueve.

»*Raoul, vizconde de Vandome*»

VI

A la hora marcada, el coche que esperaba el vizconde se detuvo á la puerta de su casa.

Un criado de buen aspecto, especie de ayuda de cámara, hízose anunciar á aquél, que estaba ya prevenido.

Momentos después subieron al coche el vizconde, su ayuda de cámara y el criado que había venido á buscarlos.

– ¿Tardaremos mucho en llegar? – preguntó aquél.

– Con el ganado que llevamos, cuestión de media hora, señor vizconde.

Con efecto, el carruaje, guiado por un cochero sin librea y tirado por cuatro vigorosas mulas, comenzó á rodar con la mayor rapidez.

Salieron de Madrid por la puerta de Alcalá.

Aunque el coche era de colleras, las mulas no las llevaban, y el conductor las avivaba con frecuentes latigazos.

Antes de la media hora paró el coche frente á la puerta de una tapia sobre la que asomaban algunos árboles.

Apeóse el criado que les había conducido, abrió la puerta con una llave que sacó del bolsillo, y dijo:

– Podéis bajar, señor vizconde. Hemos llegado.

Los tres hombres entraron por la puerta que conducía á un gran patio enarenado, en donde había algunos álamos y tres ó cuatro bancos rústicos. No se veía luz ninguna y sólo la de la luna iluminaba aquel sitio, y esto á intervalos, porque á veces se ocultaba tras de espesos nubarrones que á trechos encapotaban el cielo.

– Señor vizconde, – volvió á decir el criado, – tened la bondad de sentaros mientras anuncio vuestra llegada.

Y dicho esto se dirigió hacia un edificio que se veía en el fondo del patio.

El vizconde se sentó en uno de los bancos, su ayuda de cámara permaneció en pie á su lado.

Aquella aventura misteriosa encantaba al joven caballero, que, como sucede á todos los valientes, en todo pensaba menos en el riesgo que podía correr.

Quizá supuso que había sido atraído á un lazo de amor, y que en vez de un enemigo, iba á presentarse la marquesa de Orellana enamorada y rendida.

Momentos después oyóse ruido de pasos: el criado conductor venía precediendo á un caballero de gentil talante y de aspecto juvenil. Era de corta estatura, llevaba puesto el sombrero, y en la penumbra que allí había podían distinguirse apenas sus facciones y el fino bigote que sombreaba su labio.

Saludó al vizconde, que se había puesto en pie, quitándose á medias el sombrero.

Entonces el criado, con cierto apresuramiento, dijo:

– Señor vizconde, urge que concluyamos pronto. Aquí traigo dos espadines, elegid.

– Yo tengo el mío; pero es igual, venga cualquiera.

Tomó una de las espadas, y desprendiendo la suya de los cordones que la sostenían, dejóla sobre el banco.

– ¡Pues en guardia! – repuso el criado dirigiéndose al vizconde y al joven caballero que estaba algo apartado.

Todo esto parecía extraño al vizconde. Hubiera querido hablar; pero suponiendo que no se quería escucharle, imitó aquel orgulloso silencio, y sólo dijo:

– Sea enhorabuena. Esto es batirse á oscuras, pues hasta la luna, por no vernos se ha ocultado detrás de un nubarrón.

Los dos jóvenes cruzaron los estoques. El vizconde *tanteaba* á su adversario, cuando éste se fué á fondo con ímpetu pero sin vigor.

El vizconde paró fácilmente el golpe, pensando:

«Es poco fuerte.»

Desde este punto el duelo apenas obedeció á las reglas de la esgrima: el caballero español acometía con una especie de furor nervioso, el francés ayudado por la claridad de la luna y tal vez compadecido de la poca destreza de su contrario, limitábase á parar los golpes y á rendirle.

Pero al marcar una cinta para hacer un quite, no alzó el acero lo suficiente y la punta se hundió en el pecho de su enemigo.

Oyóse un ¡ay! el joven caballero soltó el espadín y cayó al suelo.

El vizconde y los dos criados se apresuraron á socorrerle, querían desabrocharle la chupa, pero él se oponía agitando convulsamente las manos. Se había batido con el sombrero puesto, que al caer en tierra se desprendió de su cabeza, esparciendo un monte de largos y negros cabellos.

– ¡Ah! ¿qué es esto? – exclamó azorado el vizconde.

– Esto es, – dijo el criado sollozando, – que habéis dado muerte á mi señora la marquesa de Orellana.

El vizconde quedóse petrificado.

– Caballero, – dijo entonces la marquesa con voz apenas perceptible: – *¡Hierro al hierro!* Cúmplase la voluntad de Dios.

F. MORENO GODINO



REGRESO DE LA FERIA, dibujo de Baldomero Galofre

LA ESTATUARIA

Y EL ESPÍRITU CRISTIANO

¿En qué relación se encuentra el arte escultórico, en su más elevada representación, la estatuaria, con el espíritu de la doctrina difundida por Cristo y sus apóstoles? ¿Existe entre esta doctrina y aquel arte alguna incompatibilidad esencial, ó son por el contrario armónicas las aspiraciones y principios de una y otro? Afortunadamente estamos harto lejos de aquellos tiempos en que semejantes cuestiones se resolvían, más que por medio de razones, por medio de violencias, y en que los partidarios de una ú otra solución constituían formidables banderías político religiosas, ensangrentando con sus ruidosos altercados las calles y los templos de las más populosas ciudades del decrépito imperio bizantino. La relación que entre la escultura y el cristianismo pueda existir constituye en la actualidad un problema histórico que, por curioso é interesante que sea, puede resolverse con entero desapasionamiento sin suscitar aquellos lamentables y escandalosos conflictos que harán eterna la memoria de los Coprónimos y de las Irenes.

Habiendo sido para mí tan interesante materia objeto de especialísimo estudio al escribir la *Historia de la Escultura en España* (1), nada más fácil que resolverla, reproduciendo los datos y argumentos aducidos en la obra indicada.

Cuando en los primeros días de la propaganda cristiana – decía yo, en efecto – el apóstol San Pablo fué á visitar la ciudad de Pericles, engalanada todavía, á pesar de la insaciable rapiña de los romanos, con multitud de obras maestras de escultura, restos de su pasado esplendor, su alma ardiente y fervorosa no pudo contemplar aquellas estatuas de divinidades y héroes sin sentirse profundamente impresionada. Comprendió, de una sola ojeada, el inmenso peligro que corría la nueva religión, si dejaba subsistir aquellas encarnaciones del paganismo; adivinó la seducción que aquellas formas correctas habían de ejercer en los espíritus, convidando á realizarlas en la vida y protestando contra los ayunos y maceraciones, penitencias y sacrificios del Cristianismo; no se le ocultó la incompatibilidad del culto cristiano con aquellas imágenes, y sin vacilar ni un momento, pronunció su decreto de muerte llamándolas *ídolos*. El ideal pagano, la belleza puramente sensible y plástica de la forma, quedó desde entonces condenada, y con ella su más fiel representación: el arte escultural.

No hay que perder de vista lo que la religión del Crucificado significaba enfrente del paganismo agonizante. El carácter típico y saliente del paganismo había sido la concepcion antropomórfica de Dios, y la diversificación, en cien diversas formas y maneras, de los atributos, faculta-

(1) Obra premiada en público concurso por la Real Academia de San Fernando, y publicada por tan respetable corporación. Madrid.—1889.—Un tomo en 4.º de 640 paginas.



EL TRIUNFO DE LA REPUBLICA
obra del escultor Dalou, inaugurada en la plaza de las Naciones (París) el día 21 de setiembre



SUEÑO DE AMO



DE,



PESCADORA DE CANGREJOS, cuadro de Caffieri

des, acciones, y aun pasiones de la divinidad, concebida del modo que los paganos la concebían. Podría definirse el paganismo como un politeísmo naturalista antropomórfico; de esta apoteosis del hombre, ser individual, sólo por los sentidos perceptible, procedía el culto ferviente tributado por el griego y el romano á la belleza de la forma, culto á que se encontraba naturalmente predispuesto por toda su educación y por toda su vida, pública y privada, en el gimnasio y en el foro, en el gineceo y en los balnearios, en los famosísimos juegos de Olimpia y de Nemea, de Delfos y Corinto; el aprecio en que se tenía la belleza corporal, los exquisitos cuidados con que se procuraba obtenerla mediante una educación consagrada en casi su totalidad al fácil desarrollo de las facultades físicas, son harto conocidos para que insistamos más en ponerlos de relieve.

El Cristianismo venía á representar otros intereses, mostrándonos muy distintos ideales. El Dios del cristiano es un Dios único, soberanamente perfecto, absolutamente infinito; nada es capaz de representarle por su misma perfección é infinitud, jamás accesible al hombre, ser imperfecto y finito; ni siquiera es susceptible de una representación simbólica adecuada, porque no existe ni puede existir símbolo alguno capaz de representar á Dios con los atributos que el cristianismo le reconoce. Su divino Hijo, enviado para redimirnos, vino á indicarnos, con su abstinencia en el desierto, y con el inefable sacrificio de su vida, cuál era el camino de salvación, lo despreciable y efímero de la existencia terrestre, y la aspiración á lograr la eterna bienaventuranza, norte de todos los pensamientos, guía de todas las acciones, é insustituíble meta de todos los esfuerzos del cristiano. Mediante todo linaje de sacrificios, constituyó Jesús desde entonces regla indiscutible de vida, y la sangre de miríadas de mártires, y los ayunos y maceraciones de todos los fieles, y la abnegación portentosa de tantísimos santos, y la fundación de centenares de monasterios, vinieron á autorizar y vigorizar tan arraigada creencia: miróse el cuerpo como cárcel del alma, y se le odió; vióse en la carne al servidor del demonio, y se la castigó; consideróse la belleza corporal como seducción peligrosa, y se vió en ella una enemiga; para evitarla huyó el hombre al desierto, ó se aisló entre cuatro paredes, expulsando de la mente, como diabólicas, cuantas imágenes pudieran representarla perturbando al cristiano en sus oraciones.

«¿Qué podían ver los primeros fieles – exclama don Antonio Gil de Zárate – en esos monumentos que por todas partes ofendían sus ojos? El consentimiento de la idolatría, y la consagración de un perpetuo escándalo para los adoradores del verdadero Dios; la apoteosis de los crueles tiranos que durante más de tres siglos habían apurado toda clase de tormentos para ahogar en sangre la voz del Salvador. Semejantes testimonios de impiedad y de adoración eran intolerables para los que, animados de firmes creencias, ansiaban purificar el suelo de tantos horrores, y purificarlo con el nuevo culto. Así el cristianismo ayudó, y aun se anticipó, á la obra de los septentrionales, con tanta más eficacia cuanto que, no movido por ignorancia pasajera, hubo en su odio sistema y perseverancia.»

No cabe cerrar los ojos á la evidencia: entre el arte escultórico y el espíritu cristiano existe innegable incompatibilidad. No hemos vacilado en escribir la palabra incompatibilidad, aunque algo fuerte y quizá excesiva parezca, porque no hay otra que exprese, con la misma precisión y exactitud, la verdadera relación entre el ideal cristiano y la escultura. ¿Cuál es, en efecto, el ideal genuinamente cristiano en materia de escultóricas representaciones? Acudid á la Biblia, de donde emana, como el agua de su fuente, la doctrina de Jesús, siquiera se aparte en capitales puntos de ella; interrogad á los Apóstoles, sobre todo al más activo, al depositario más ilustrado y entusiasta de la santa palabra; preguntad á los primeros Concilios; estudiad algunas lamentables pero inevitables escisiones de la Iglesia; repasad los decretos de los primeros emperadores cristianos; consultad el espíritu que á los mártires anima; asistid á las ceremonias solemnes y conmovedoras de las catacumbas; analizad en esta parte las doctrinas muslímicas, rama desgajada del tronco monoteísta mosaico; y sobre todo, atended al espíritu, al verdadero espíritu del cristianismo, y llevaréis á vuestro ánimo el más profundo convencimiento de que la escultura y el cristianismo son radicalmente incompatibles.

¿Qué os dice, en efecto, la legislación mosaica? Que no hagáis obra de escultura ni figura alguna, ni de lo que hay arriba en el cielo, ni de lo que hay abajo en la tierra. ¿Qué os contestan los Apóstoles? Que huyáis de los simulacros escultóricos, porque son engendros idolátricos. ¿Qué ordenan los primeros Concilios? La proscripción de las estatuas. ¿Qué significa la herejía de los iconoclastas, sancionada por centenares de obispos en solemnísima asamblea? Que contra la relativa laxitud de muchos cristianos, contaminados todavía con el virus de las costumbres y de las tradiciones paganicas, había otros, rígidos é inflexibles, reñidos con toda complacencia para con las representaciones escultóricas. ¿Qué mandan los edictos imperiales? Que se rompan y destruyan las creaciones de los Fidias y Praxiteles. ¿Qué enseña la historia de los mártires? La repugnancia invencible por toda idolátrica figuración. ¿Qué indican las ceremonias de las catacumbas? El culto puro y directo de la Divinidad, sin interposición de paganicas imágenes. ¿Qué resulta del análisis de las doctrinas muslímicas? Que Mahoma arrebató al mosaísmo su dogma artístico, siendo en esto más consecuentes con sus principios los Califas árabes que los Pontífices cristianos. ¿Qué nos manifiesta, en fin, el verdadero espíritu del cristianismo? Que, siendo su credo la existencia de un solo Dios, absolutamente infinito é infinitamente absoluto y puramente espiritual sin mezcla alguna de materia, no cabe se le represente en ninguna forma, que ha de ser por fuerza eminentemente material y finita; que, constituyendo para él un dogma la creencia en la inmortalidad, y la consideración de la vida terrestre como insignificante parte de la eterna vida de los humanos, los cuales se encuentran encadenados por la materia á este valle de lágrimas, siendo la materia la que les induce al pecado, la que les hace sufrir, la que les priva del eterno goce, la que en todos sentidos persigue y combate su felicidad verdadera, no cabe en el cristianismo la apoteosis de la materia, que no otra cosa es la estatuaria.

El Cristianismo no puede representar á Dios, y priva con esto á la escultura de verdadero ideal; no puede representar al hombre, por ser muestra su simulacro de pecaminoso orgullo; no puede representar á los ángeles, porque son puros espíritus; no puede representar la belleza de las vírgenes y de los santos, porque esta belleza es puramente espiritual, y lo corporal, sobre ser despreciable, constituye tentación peligrosa; no puede representar nada, porque en realidad toda representación es idolátrica: esta es la pureza del dogma artístico cristiano, sin distingos ni componendas. Si después, como desenvuelto en el seno de una sociedad pagana y teniendo su asiento principal precisamente en la misma Roma de los Césares, relaja un tanto su pureza é inflexibilidad, primero por vía de tolerancia, más tarde de condescendencia, y de complacencia y protección por fin, no se ha de perder de vista que esta relajación coincide con la relajación de las instituciones que convierte al Jefe espiritual de los fieles, al sucesor del pescador Pedro, en señor temporal de fastuosísima corte con aspiraciones al universal dominio; con la relajación de las costumbres, que hace necesaria la celebración de tantos concilios y la promulgación de tantos decretos contra la simonía y contra el barraganato sacerdotal; con la relajación de las ideas, que hace olvidar al clero su sagrada misión, trocándole de virtuoso y desinteresado en vicioso y avariento; con la relajación, en fin, del modo total de ser de la Iglesia, que llega á producir en el siglo XVI la escandalosa escisión de la Reforma protestante, al mismo tiempo que el Renacimiento alcanza todo su esplendor en la corte verdaderamente pagana de León X.

No se crea, sin embargo, al hablar de esta incompatibilidad entre la escultura y el cristianismo que pretendamos ponernos en contradicción con los hechos. La existencia de la escultura en el cristianismo, efecto de la indicada relajación, es innegable; pero al pedir su sanción al dogma, y al suplicar se la otorgase un puesto entre las artes cristianas, no pudo menos de doblegarse á las nuevas exigencias, impregnándose del nuevo espíritu y sufriendo radical transformación; entonces nació la escultura cristiana – llamémosla así – con sus peculiares caracteres, sin que por eso se borrase la incompatibilidad originaria que encadenaba desde un principio su vuelo, y en este sentido es como únicamente puede hablarse de escultura cristiana; harto sabido es que si en alguna ocasión logró el escultor cristiano remontarse en sus obras, fué echando mano de elementos paganos, más ó menos espiritualizados y cristianizados por su genio artístico.

La escultura es el arte pagano por excelencia. El politeísmo, haciendo pedazos al Dios único, ponía al alcance del hombre sus fraccionados restos, los Joves y los Apolos, las Junos y las Venus, los Eolos y los Vulcanos, las Minervas y las Ceres, y convidándole á reproducirlos en el mármol, le proporcionaba el ideal más asequible al arte escultórico: la belleza de la materia y de la forma. Sus creencias le hacían idólatra de la belleza formal; sus juegos olímpicos, píticos, ístmicos y nemeos le suministraban, en la apoteosis de los triunfantes atletas, magníficos modelos para sus héroes; las bellísimas Frinés, descendiendo á las orillas del mar, enteramente desnudas, y saliendo de sus espumas sin túnicas ni velos para celebrar ansiadas fiestas, le facilitaban acabados modelos para sus hermosas Citereas; desde la cuna misma comenzaba en el griego, ateniense ó espartano, su educación para el arte escultórico, y en toda su vida cesaba su aprendizaje y perfeccionamiento; ejércitos de estatuas, de dioses y de diosas, de náyades y ninfas, de héroes y de atletas embellecían sus templos y jardines, sus paseos y caminos, sus plazas y sus campos; hermosas jóvenes saltaban y corrían con ellos enteramente desnudas, ofreciendo á su contemplación las correctísimas formas de sus cuerpos seductores; en la casa, en la calle, en las fiestas religiosas, en los juegos nacionales, en todas partes se ofrecían al griego motivos de estudio; la belleza de la forma era la más apreciada, y no se perdonaba medio alguno para conseguirla. ¿Cómo no había de florecer en aquel suelo, en aquella atmósfera saturada de emanaciones artísticas, de en medio de aquellas divinidades que se dignaban hablar con los mortales, tomar activa parte en sus contiendas y aun enamorarse de ellos, de aquellas costumbres tan eminentemente á propósito para la cultura artística, el arte consagrado á la apoteosis de la forma plástica, el arte escultórico?

Aunque careciéramos de otras enseñanzas y pruebas, bastaría la sola afirmación de que la escultura es el arte pagano por excelencia, afirmación de innegable exactitud é incontrovertible solidez, para producir el convencimiento de la incompatibilidad del arte escultórico con el cristianismo. Todo en el politeísmo greco-romano favorece, en efecto, á la estatuaria, como todo en el cristianismo tiende á su anonadamiento. ¿Puede ser de otro modo si se considera que la escultura es la encarnación artística del politeísmo, derivado del panteísmo egipcio-aryo, mientras que el cristianismo, el verdadero cristianismo, procedente de la única religión monoteísta del Oriente, nació para aplastar al paganismo, concluyendo con todas sus legiones de divinidades terrestres, infernales y celestes, semidioses y héroes? En Grecia y Roma los dioses se multiplican, y se individualizan sus atributos, haciendo de ellos otras tantas divinidades; en el cristianismo un solo Dios existe. Los dioses paganos sólo se diferencian del hombre en su mayor poder y en el don de la inmortalidad; por lo demás tienen todos sus vicios, cometen adulterios, estupros é incestos como el hombre, comen y beben lo mismo que él, se engañan y calumnian mutuamente, y están sometidos como el hombre á los implacables decretos del Destino; el Dios del cristiano, por el contrario, se diferencia del hombre lo que el infinito de la nada, está exento de toda mancha, es puro espíritu y nada hay sobre él; la única cualidad que el Dios de Moisés tenía acaso de común con el hombre, el ser vengativo y rencoroso, desaparece en el Dios de Jesús, que es todo bondad y misericordia, todo amor y santidad, que podrá castigar, pero jamás vengarse. El pagano todo lo subordina á los goces de esta vida, porque con la muerte todo se acaba para él; el cristiano todo lo subordina al futuro goce de la otra, porque para él ésta nada significa ante la eternidad. El griego apacenta sus miradas en la contemplación de las desnudas vírgenes de seductoras formas que asisten á los sacrificios y á las procesiones porque espera poseer sus encantos y contar en su vida un goce más; el cristiano aparta la mirada de la más leve desnudez, porque teme caer en lujuriosa tentación que le prive de la eterna bienaventuranza, cambiando sus exquisitos é inenarrables goces por pasajero deleite. El pagano multiplica las ocasiones de hacer ostentación y alarde de su belleza corpórea, y el cristiano huye de manifestarla y se avergüenza de verla. El pagano cuida con solícito esmero de su cuerpo, le alimenta, le robustece, le regala, le limpia, le baña, le perfuma, le adora; el cristiano desprecia lo que llama no sin razón cárcel del alma, le castiga, le marchita, le azota, le ensucia, le aborrece. El griego diviniza á los triunfantes héroes de sus juegos olímpicos, radiantes de hermosura atlética y de belleza muscular, paseándolos victoriosamente ante los entusiasmados espectadores, y despertando por doquiera el ardiente afán de emularlos; el cristiano reverencia á los mártires y ascetas, de cuerpos llagados y empobrecidos por los ayunos y los sufrimientos, y acude fervoroso á contemplar á Simeon Stilita, lamentando no tener bastante fuerza de ánimo para imitar su increíble vida de maceraciones y torturas corporales. El pagano atiende siempre al desarrollo de la belleza plástica; el cristiano la repugna y huye de ella. El pagano pasa las mejores horas de su vida viendo luchar á los atletas en el circo ó encenagándose en todos los placeres sensuales imaginables en casa de las más hermosas y lascivas cortesanas, y el cristiano cuenta como sus momentos más felices los que ha consagrado á la oración y á los sacrificios y los que ha pasado en las catacumbas ó en el templo, en el retiro y la abstinencia. Religión, usos, costumbres, instituciones, cultura, todo es antitético entre el cristianismo y el paganismo; y si es vivo reflejo de éste, su más fiel expresión y encarnación en el arte la escultura, y principalmente la estatuaria, ¿cómo no habían de ser incompatibles la estatuaria y el cristianismo?

¿Cómo es, sin embargo que, sobre todo desde los siglos XI y XII, encontramos en el seno mismo de las sociedades cristianas cierto movimiento de reacción hacia la cultura de la estatuaria, y vemos paulatinamente crecer este movimiento hasta el punto de producir, durante el siglo XVI, aquella artística resurrección que, con el adecuado nombre de Renacimiento se conoce en la Historia? Si existe esa radical incompatibilidad entre el cristianismo y la escultura, ¿cómo llega ésta á cultivarse, triunfante en todas partes aquél, hasta el punto de remontarse á las alturas de los Miguel Angel y Berruguete?

Nada más fácil, para quien penetre en los secretos de la historia, que contestar cumplidamente á semejantes objeciones. El cristianismo, en su lucha con el gentilismo greco-romano, había ido quizá, consecuente consigo mismo, demasiado lejos: el gentilismo había divinizado la naturaleza y no perdía ocasión ni perdonaba medio de rendirla ferviente culto; el cristianismo, al reivindicar los derechos del espíritu, impulsado por la fuerza de la contradicción, llegó á desconocer los fueros de la naturaleza: la despreció por baja y grosera, la combatió como enemiga, la castigó como culpable, la persiguió donde quiera y la ultrajó de mil modos diferentes; para aniquilar su soberbia, creó la humildad; para abatir su gula, inventó el ayuno; para concluir con su lujuria, divinizó la castidad; para contener sus arrebatos, santificó la paciencia; para acabar con su egoísmo hizo bajar del cielo á la caridad; y atacándola de esta suerte en todas partes con pujante brío, concluyó por anonadarla hasta el extremo que nos revelan los voluntarios suplicios de los ascetas y stilitas.

Pero no se desconocen impunemente los derechos de la naturaleza, como no pueden olvidarse tampoco los del espíritu; la misma exageración de aquel celo que creaba el celibato religioso, multiplicaba los ayunos y las disciplinas, exaltaba el misticismo, hacía anhelar la muerte y el martirio, negaba los derechos de la razón y de la conciencia individual, producía el absoluto abandono de los bienes terrestres, y hacía brotar donde quiera entusiastas penitentes que llamaban goce al sufrimiento y á la muerte

vida, tenía necesariamente que producir una reacción y la produjo en cuanto, terminado el período de prueba, las sociedades cristianas se formaron y desenvolvieron, libres de temores y enemigos. Síntesis armónica de cuerpo y alma, determinaciones individuales de la naturaleza y el espíritu, no puede el hombre en manera alguna sacrificar el uno á la otra sin que el equilibrio se rompa, y el ultrajado y vilipendiado clame, hasta hacerse oir, por sus olvidados fueros.

Cuando pasado, en efecto, el período de contradicción y de lucha que había arrastrado á los cristianos á los excesos del misticismo ascético, acatada en todas partes la autoridad de los Concilios y Pontífices por príncipes y pueblos, comenzó el fervor á desmayar y la exaltación á decaer; después, sobre todo, del terrible año 1000, tan temido y esperado, en que había de llegar el fin del mundo, entonces comenzó á dejarse oir la voz de la despreciada naturaleza, y el movimiento de reacción se inició. La lucha entre el Pontificado y el Imperio prueba concluyentemente el mucho terreno que había perdido el entusiasmo de los primeros siglos; las Cruzadas pusieron tregua á la lucha, y si por un lado sirvieron para devolver al espíritu cristiano parte de su decadente exaltación, su resultado, contrario en definitiva á los ejércitos cristianos, vino por otro á dar fuerza á la duda y al naciente escepticismo religioso; poco á poco el movimiento se iba pronunciando, favorecido por las circunstancias y por las costumbres del clero, hasta que, por fin, al principio del siglo XVI, alimentado por aquella atmósfera creada por todos los hechos que contribuyeron á caracterizarle, la reacción pagánica se ostentó triunfante en los palacios mismos de los Pontífices y de los purpurados romanos, con escándalo de las almas sinceramente cristianas.

Porque no hay que equivocarse sobre el alcance y significación del Renacimiento: el Renacimiento antes que ninguna otra cosa, significa la rehabilitación de la naturaleza, desdeñada y ultrajada en sus más sagrados derechos por las exageraciones místico-ascéticas del Cristianismo; el impulso de esta reacción hubiera llegado, si por desgracia la ley del progreso no fuese una verdad, á sustituir al Dios de los cristianos por las divinidades gentílicas. ¿No se ve, no se siente la reacción en favor de la naturaleza en aquellas marmóreas estatuas desnudas de los escultores italianos; en aquellos cuadros y frescos licenciosos de los mismos templos romanos; en aquellas fiestas gentílicas, presididas por el Papa, y tan pintorescamente descritas por Cellini; en aquella afición por los estudios mitológicos; en aquellos Consejos del cardenal Bembo, que proscribía la lectura del apóstol San Pablo, porque corrompía el lenguaje; en aquellas disputas entre aristotélicos y platónicos; en aquella famosa Academia de Florencia; en aquella tentativa de resurrección del culto de Júpiter en un palacio cardenalicio; en aquel entusiasmo sin límites por los autores clásicos, que llevaba al sapientísimo Erasmo de Rotterdam al desvarío de incluir en el número de los santos á Citerón; en aquellas traducciones multiplicadas de sus obras; en aquellas costumbres de la corte romana; en toda la manera de ser de aquella sociedad? La figura más saliente de aquella época, su personificación, por decirlo así, era el Pontífice León X, hijo de Lorenzo de Médicis, y educado enteramente á lo pagano; pues bien: aquel Príncipe de la Iglesia, que se sentaba en la silla de los Sixtos y Gregorios, era á los siete años abad, á los ocho arzobispo, á los trece cardenal y á los treinta y siete Papa. Si tal era el piloto de la nave de San Pedro ¿cómo sería el resto de la tripulación?

No hay, pues, que extrañarse de la exageración y magnitud de aquel movimiento, exigido por la ley de las compensaciones y que venía por otra parte preparado desde mucho tiempo antes: le vemos invadir todas las esferas, desde la religión hasta la poesía, desde las costumbres hasta las instituciones, artes y ciencias. La naturaleza ha recobrado sus derechos y entona donde quiera cánticos de placer; la atmósfera se impregna de efluvios pagánicos y todo respira amor á la naturaleza, en Italia como en España, en Francia como en Alemania, pero en Italia más que en parte alguna, y en Roma sobre todo, centro de irradiación de la cultura artística y religiosa.

¿Cómo por tanto, extrañar que en aquel ambiente, tan saturado de emanaciones gentílicas, el arte pagano por excelencia, la escultura, floreciera vigorosamente? Lo anómalo y lo incomprensible sería precisamente lo contrario. No invalida ni debilita, por consiguiente, nuestra afirmación de la incompatibilidad del Cristianismo y la estatuaria, el florecimiento que ésta alcanza, después de haber pasado por el bizantinismo y el goticismo, en el siglo del Renacimiento y que es en cierto modo una nota extraña en el pentagrama cristiano, un paréntesis abierto en el arte que se inspira en la doctrina del Crucificado. Lo que sí prueba este florecimiento, perfectamente explicable, es la decadencia del espíritu cristiano en aquella sociedad, decadencia de todo punto innegable que á su vez justifica aquel florecimiento.

FERNANDO ARAUJO
(Toledo.) Correspondiente de la Real Academia de la Historia


CUARTEL GENERAL DE LA EXPEDICIÓN ALEMANA DE WISSMANN AL ESTE DE ÁFRICA


VOL D' ALBA (costumbres catalanas) cuadro de Francisco Torrescassana



GUILLERMO WILKIE COLLINS, CÉLEBRE NOVELISTA INGLÉS, nacido en enero de 1824. † en 23 de setiembre de 1889

¡BUENA LETRA!

Desde que para escribir se inventaron los *estilos* de hierro (con que martirizaron á san Casiano sus salvajes discípulos) hasta que la civilización ha descubierto las flexibles plumitas de acero, han sido casi inútiles los consejos y las lamentaciones de los que consagran su vida entera al desarrollo de las disposiciones y aptitudes de sus semejantes; de aquellos que como dijo Cicerón, «de salvajes nos hacen hombres; y de una vida agreste y bestial nos reducen á vida racional y sosegada.»

Y es que la moda, que todo lo invade, durante siglos y siglos ha mantenido á los ignorantes en el error de que el tener mala letra era signo de buen tono y de distinción; que el escribir garabatos en lugar de letras era propio de sabios y personas principales.

Afortunadamente á grandes males, vienen hoy, aunque á paso lento, grandes remedios; esa misma moda que hasta ahora ha protegido á los calígrafos desaplicados, les vuelve las espaldas y les pone en ridículo.

Va pasando ya la moda de escribir con descuido, negando á las letras el dibujo que les pertenece y suprimiendo los espacios entre palabra y palabra.

La moda comprende ya que este desaliño es cosa harto fácil, que muchos necios han querido imitar esta mala costumbre de algunos sabios, y que ha llegado ya la hora de que queden solos con su mala letra esos ignorantes y desaplicados.

El tener mala letra no sólo supone desaplicación, sino también falta de educación. El hombre bien educado ha de evitar á los demás todas las molestias posibles y es molestia y muy grande, verse obligado á adivinar el sentido de una carta, sólo por conjeturas y suposiciones.

Ya por lo general los que *perpetran* esas cartas-jeroglíficos llevan la penitencia en su propio pecado, porque los que las reciben no tienen siempre humor y espacio para *traducir* escritos, y dejan por consiguiente la carta sin leer y por lo tanto sin contestar.

No sólo es indispensable dibujar las letras de modo que no puedan confundirse unas con otras, es necesario además dejar entre palabra y palabra la distancia de la letra del alfabeto que ocupa más espacio, la *m*, (según está tan sabiamente dispuesto.)

Es también falta imperdonable la supresión de los puntos en las *íes* y en las *jotas*, porque esta supresión dificulta en gran manera la lectura rápida de los manuscritos.

No hablaremos aquí de faltas ortográficas porque no tenemos espacio para meternos en más dibujos que los que á las letras corresponden. Como los acentos forman parte complementaria de la forma de estas letras, necesitamos recordar que no deben hoy acentuarse las voces castellanas que terminando en *n* ó en *s* llevan en la pronunciación acento en la penúltima sílaba como: *Carmen joven, orden*, etc.

Deben acentuarse todas las palabras cuya última sílaba acentuamos al pronunciarlas y que terminan en vocal ó en las consonantes *n* ó *s* (en este último caso si la palabra consta de más de una sílaba), como *Tomás Bretón*.

Más, se acentúa, cuando es adverbio y no se acentúa cuando es conjunción adversativa.

Aun, se acentúa cuando viene después del verbo: *no sé escribir aún*; y no se acentúa si antecede al verbo: *aun no sé escribir*.

Consignamos aquí estas reglas porque son las que se infringen con más frecuencia.

Es también necesario dejar en los manuscritos los blancos indispensables para que resulte el texto con la holgura y claridad convenientes.

Son muchos los que aprovechan tanto y tanto los espacios que no parece que escriban en hojas de papel sino en láminas de oro.

Procura que tus escritos resulten con toda la claridad posible: si escribes á tus inferiores dándoles órdenes, recuerda que si las trasmites en buena letra, podrán ellos obedecerlas más fácilmente.

Si escribes á alguno solicitando su protección, recuerda que aun con los mejores deseos del mundo, no podrá atenderte si tú no explicas claro lo que solicitas.

No hay duda alguna de que han fomentado en gran manera esta epidemia caligráfica los ininteligibles autógrafos de tántos y tántos monarcas que han legado á sus sucesores el *yo el rey* formado de una sola pieza y de un solo garabato.

De esta ridícula extravagancia se lamentaba ya hace siglo y medio el célebre calígrafo Fr. Luis de Olod.

Decía el sabio capuchino «que no tienen en ello poca parte los príncipes, que desestiman la belleza del escribir, casi apreciándose de ser malos escribanos, caracterizando el lustre de su grandeza por el desaliño de su pluma, haciendo nobleza de su persona el desaire de su letra y gloria de su mano el desaseo de su firma.»

También llorando este aristocrático desaliño, el sapientísimo y originalísimo Ilmo. Sr. D. Antonio de Guevara, obispo de Mondoñedo, acusó á D. Enrique Enríquez el recibo de una de sus cartas en esta forma:

«Magnífico Sr. y mi amigo antiguo: Valdivia vuestro solicitador me dió una carta, la cual parecía ser de su mano escrita, porque traía pocos renglones y muchos borrones.

Si como os hizo Dios caballero, os hiciera escribano, mejor maña os diérades á entintar cordobanes que á escribir procesos.

Siempre trabajad, Señor, en que si escribiérades alguna carta mensajera, que los renglones sean derechos, las letras juntas, las razones apartadas, la letra buena, el papel limpio, la plegadura igual y el sello claro; porque es ley de corte que en lo que se escriba se muestre la prudencia y en la manera de escribirse se conozca la crianza.» Medina del Campo á 5 de junio de 1532.

El tener buena letra es cosa más fácil de lo que algunos temen.

Yo que no creo pueda aprenderse una lengua en 30 lecciones (ni en 300), he podido ver con mis ojos una vez y ciento que en 30 lecciones se pueden corregir perfectamente todos los vicios caligráficos, adquiridos por desaplicación de los discípulos ó por insuficiencia de sus maestros. ¡Buena letra!

ALBERTO LLANAS

LOS ACREOS.—Una de las curiosidades que han podido admirar los que han visitado la Exposición de París son los acreos, originarios de Acra, país situado á la entrada del golfo de Guinea. Estos africanos pertenecen á una raza afable, dulce y simpática y han sido exhibidos en París en las condiciones de su vida ordinaria habiéndose transportado una parte de su propia aldea en donde trabajan cinco joyeros, un escultor de maderas, otro de calabazas, un tejedor, un cestero, un herrero y siete mujeres escogidas entre los tipos más bellos de su raza: un cariñoso niño de dos años es la admiración de todos los visitantes y constituye una nota alegre en esas familias de trabajadores. Las mujeres son tratadas con mucha dulzura y sólo se ocupan de guisar para toda esa colonia, excepción hecha de una que fabrica el *piton* (bebida de maíz fermentado) y de otra que hace el pan.

Los organizadores de esta exhibición son los hermanos Gravier, comerciantes en Gabón y en Acra (Costa de Oro), únicos representantes de los franceses en aquellos territorios. Su propósito ha sido hacer que los acreos, después de admirar las maravillas de París y de la civilización europea puedan, al volver á su país, entretener á sus compatriotas con narraciones favorables á Francia y preparar una acogida benévola á los futuros colonos franceses.

El hermoso territorio de la Costa de Oro produce oro, goma, cauchú, marfil, ébano y otros artículos menos importantes que aseguran suficientes elementos de prosperidad á los que vayan á explotar aquellas tierras.

(Tomado de *La Nature*)



Hombres acreos (De una fotografía de M. Mauricio Buquet)



Mujer acrea y su hijo (De una fotografía de M. Mauricio Buquet)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



AÑO VIII — BARCELONA 4 DE NOVIEMBRE DE 1889 — NÚM. 410

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

LA MUSICA, cuadro de Gile

Exposición Universal de París. Bellas Artes. Sección Austro húngara

SUMARIO

Texto. – *Nuestros grabados.* – *De la luz y de su significación en las fiestas religiosas civiles*, por don Emilio Castelar. – *La leyenda del faro de Eddystone*, por don M. A. – *La oración fúnebre de la rosa*, por M. Fernando Beissier. – *Sobre el uso de algunos refranes y frases proverbiales*, por don Julio Monreal. *Noticias varias.*

Grabados. – *La música*, cuadro de Gile.—*Marina (Amsterdam)*, cuadro de J. M. Marqués. – *Cuento gracioso*, cuadro de C. Ekwall. – *Bodas del duque de Frías celebradas en Burgos en* 1805, cuadro de L. Alvarez. – *Antes del ensayo*, cuadro de Federico Fehr.

NUESTROS GRABADOS

LA MÚSICA, cuadro de Gile

Exposición Universal de París. Bellas Artes. Sección Austro húngara

El autor del cuadro que reproducimos ha simbolizado la música huyendo de la severidad de las antiguas escuelas clásicas, materializándola por decirlo así, y sin embargo no ha podido menos que poner en su obra un alado geniecillo como para indicar que hay en el divino arte algo superior á todas las reglas de la composición, del contrapunto, de la armonía, etc., y que ese algo no es otra cosa que la inspiración, el genio que podrá no resolver problemas pero que hace sentir.

Desde el punto de vista de la ejecución distínguese este cuadro por la elegancia y distinción con que están tratadas las figuras y por la verdad y finura así del frondoso arbusto del primer término en cuyas ramas se mece el pequeño músico como de los esbeltos árboles que en el fondo se destacan.

MARINA (Amsterdam), cuadro de J. M. Marqués

Lo que dijimos en uno de nuestros anteriores números á propósito de unas marinas análogas de nuestro distinguido colaborador que entonces publicamos, ténganlo por reproducido nuestros lectores y nos ahorrarán repeticiones que podrían parecer inútiles; los aplausos que en aquella ocasión prodigamos al autor háyalos éste por nuevamente otorgados, con lo cual nos evitará la tarea nada fácil de buscar nuevas palabras que expresen una misma idea, un mismo sentimiento, cual es de admiración hacia sus obras. ¡Es tan difícil la variedad en las alabanzas!

CUENTO GRACIOSO, cuadro de Canuto Ekwall

Los fisiólogos y los psicólogos han escrito y discutido mucho sobre la diversidad de risas según las causas que las promueven y el temperamento ó estado de ánimo de los que se ríen, mas de todas estas disquisiciones especulativas en su mayor parte solo resulta: primero que cada cual tiene su manera de reirse y segundo que son pocas las cosas que hacen reir á todos los que las ven, oyen ó sienten.

Una de estas pocas es indudablemente, á juzgar por el efecto que en todo el auditorio produce, el cuento que narra el protagonista del cuadro de Ekwall, pintura que, además, confirma el otro de los dos principios sentados. En efecto, examínese atentamente la expresión de las dos docenas de rostros que en el cuadro figuran y se encontrarán otros tantos matices de la risa desde la mas franca y descarada á la más disimulada y pudorosa, todos ellos reproducidos con tanta gracia y habilidad que casi llegan á hacer mirar como secundarias otras muchas bellezas que la obra contiene.

BODA DEL DUQUE DE FRIAS EN BURGOS, 1805 cuadro de L. Alvarez

La ceremonia, los personajes que en ella intervienen y la época y el lugar en que se verifica se prestaban para un hermoso cuadro en que los trajes, la agrupación de las figuras y los detalles de ornamentación compitieran en distinción y en belleza. Alvarez ha sabido apoderarse de tan valiosos elementos y combinarlos con exquisito gusto y gran riqueza de colores dando con ello una nueva prueba de lo mucho que vale como pintor de género. El cuadro que hoy reproducimos de este ilustre compatriota es digno *pendant* del que hace poco publicamos del mismo autor con el título de «Oficiales de Napoleón I obsequiados por damas de la aristocracia italiana.»

ANTES DEL ENSAYO, cuadro de Federico Fehr

Una bailarina novicia tan bella como inexperta en ciertos lances ha recibido una carta en la que á vuelta de mil apasionadas protestas se le hacen otras tantas proposiciones deslumbradoras: la tentación es grande y el medio ambiente en que vive no es el más á propósito para resistirla y por si algo falta para inclinar la voluntad la compañera avezada á este género de aventuras á la que ha acudido en demanda de consejo, no dejará de echar el funesto peso de su influencia en el platillo de la balanza.

El autor del bellísimo cuadro en que esta escena está tan hábilmente reproducida nació en Werneck (Baviera) en 1862: en 1878 entró en la Academia de Munich, en donde estudió bajo la dirección de Strahuber, Gyula Benczur y Luis Loffiz hasta 1884, época en que habiendo ganado una pensión pasó á completar sus estudios en Italia. Allí permaneció cuatro años pintando entre otros cuadros de género y de paisaje los titulados *Calle en la Riviera*, *Borriqueros romanos*, *La Campagna de Roma*, etc. Desde 1888 reside en Munich y se dedica con gran éxito á reproducir escenas de la vida moderna.

DE LA LUZ Y DE SU SIGNIFICACION en las fiestas religiosas civiles

A los cuarenta días justos de la Natividad, celebró la Virgen su purificación. Rivadeneira explica muy clara y elocuentemente la ceremonia judía, cumplimentada por los padres de Jesús con arreglo á las antiguas leyes. Disponían éstas la oblación del primogénito á Dios. Cuando no pertenecía el hijo primero de un matrimonio á la sacra tribu de Leví, los padres suyos hallábanse obligados en su presentación al templo y en su oferta consiguiente al Eterno, de rescatarlo por cinco siclos, moneda correspondiente con los francos de ahora. En el rigoroso código litúrgico de los hebreos, tal disposición emanaba de otra no menos importante, de aquella que disponía entregar también al sacerdote los animales primogénitos para su inmolación y sacrificio. Muy obligados los israelitas á Dios, por haberlos extraído con su fuerza del cautiverio egipcio, conmemoraban todos los actos recordatorios de su libertad. Y así como celebraban la noche del Exodo con pan ázimo, cordero pascual, báculo en las manos y cinto en los riñones, también celebraban aquel acto de la cólera divina que inmoló todos los primogénitos de sus tiranos y llenó toda la región de lloro y terror, facilitándoles, con misericordia para ellos y terror para los demás, aquella su redentora fuga. El Talmud guarda las ordenanzas dispositivas de todo el ceremonial usado en matrimonios y partos. Por autoridad imperiosa de tales ordenanzas, toda mujer que pariera hijo debía retirarse una cuarentena seguida, con el fin de purificar su cuerpo, la cual cumplida estaba en la obligación de ir al templo y ofrecer un recental, un pichón y una tórtola. Esta cuarentena se doblaba, sumando hasta ochenta días, en caso de parir la mujer hija. Cuando los recursos no alcanzaban á comprar un recental, disponían las leyes que se comprasen ó un par de pichones ó un par de tórtolas. San Lucas refiere así todo lo que nosotros referimos ahora. «Y pasados los ocho días del parto dispusieron los padres la circuncisión del niño, poniéndole por nombre Jesús, el cual nombre habíanlo dicho los ángeles, mucho antes de que fuese concebido en el claustro materno. Y como se cumplieran los días de la purificación, conforme con las leyes de Moisés, trajéronlo á Jerusalén y presentáronlo al Señor. Está escrito en las leyes: todo varón primogénito será consagrado al Eterno. Y queriendo presentar la ofrenda conforme con lo preceptuado en las liturgias, María y José ofrecieron un par de tórtolas. Y como viviera entonces en Jerusalén un hombre santo, llamado Simeón, esperaba éste las consolaciones mesiánicas para Judá y la venida indeclinable del Espíritu Santo. Y el Espíritu Santo le anunció como no moriría sin ver cumplida la llegada ó advenimiento de Cristo. Y cuando introdujeron al niño Jesús los padres en el templo para obedecer las leyes y seguir las costumbres, tomólo en sus brazos, y bendíjolo en el cántico, alzado á la continua por las iglesias nuestras, y que se llama, como aquel que lo entonó, cántico de Simeón. Ya puede morir tu siervo, dijo, conforme, Señor, á tu palabra, en paz; porque han visto sus ojos la salvación, aparejada en presencia de todos los pueblos, y venida para revelarse á los gentiles y ser la gloria de Israel. Y José y María maravillábanse de las cosas que iban escuchando. También se hallaba allí por aquel entonces Ana, profetisa, engendrada por Fanuel, perteneciente á la tribu de Aser, la cual había venido á edad muy crecida y vivido siete años con su esposo. Mas, viuda, y de ochenta y cuatro años, no se apartaba del templo, sirviendo á Dios noche y día con ayunos y oraciones, y sobreviviendo á él en la hora misma que Simeón confesaba juntamente al Redentor y hablaba de él á todos los que aguardaban la redención en Jerusalén.»

Encontrándose Rivadeneira con la purificación, para él extraña, de María, Virgen purísima, y con el cumplimiento, para él incomprensible, de leyes dictadas por el Antiguo Testamento, explica el caso de la siguiente manera, en el capítulo que titula: Fiesta de la Purificación de la Virgen María, Nuestra Señora, y de la presentación de su Hijo en el templo. «Claro está, dice, que el bendito Niño Jesús, y su gloriosa Madre, no estaban obligados á la guarda de estas leyes, porque el Hijo era Dios, y legislador, y Señor de la ley; y la Madre era Madre de Dios, y Reina, y Princesa de todo lo criado. Y además de esto, las mismas leyes con sus palabras los eximían y exceptuaban de aquella obligación, porque la ley de los primogénitos decía: que el primogénito que abriese camino para salir de las entrañas de su madre, fuese ofrecido al Señor, y Cristo salió por aquella puerta oriental de la Virgen, profetizada por Ezequiel, dejándola cerrada y sellada. Y la segunda ley no obligaba sino á la mujer que concebía por la vía ordinaria, y la Virgen sacratísima concibió al Verbo eterno por virtud del Espíritu Santo, sin detrimento de su natural pureza. La purificación de las paridas era para limpiarlas de las inmundicias del parto; mas la que quedó más limpia que el sol y más hermosa que la rosa y que la clavellina, no tiene esa obligación, porque ¿cómo puede purificarse la pureza, esclarecerse la luz, blanquearse la blancura y hermosearse la belleza? Y por esta causa el Evangelista sagrado, diciendo que se cumplieron los días de su purgación, añadió divinamente aquellas palabras, según la ley de Moisés, dando á entender que aquella purificación era según la ley, y no según la Virgen, porque, según ella, no podía llegar ese día, porque era la misma limpieza y más resplandeciente que el sol. Ofreció asimismo la Virgen un par de tórtolas ó palominos, para cumplir con la ley de la purificación. No ofreció cordero figurativo, así porque ofrecía el verdadero é inocente cordero, que quita todos los pecados del mundo, como porque era pobre y amiga de la pobreza, como lo era su benditísimo Hijo, el cual, siendo Rey de la gloria, había tomado hábito y figura pobre para enriquecernos, y era justo que apareciese lo que era, y con esta humildad reprimiese nuestra presunción y soberbia, que, siendo pobres, queremos parecer ricos, y siendo pecadores, queremos que nos tengan por inocentes y santos.» Hasta aquí el P. Rivadeneira.

La festividad hermosísima de la Purificación trae aparejada en el culto y liturgia nuestros, un reparto de velas que indica la devoción de todos los pueblos arios al resplandor de su día y al éter de su luz. Desde los tiempos más apartados, cuando en la pagoda india se inicia la religión de nuestras razas arianas, brilla sobre las aras el fuego, que todo lo esclarece y que á la manera de Dios, en quien se juntan muerte y vida, todo lo devora y lo depura. Ningún elemento en la Creación significa tanto la pureza y sirve tanto á las purificaciones como la llama. Cuando queréis aligerar el sordo é inerte metal, descomponer su fortísima cohesión, volatilizarlo, hacerlo aeriforme, lo arrojáis á un horno candente, de muy altos é intensos enrojecimientos. Pues bien, las culpas nuestras, los errores nuestros, las humanas impurezas, purifícanse de suyo en las llamas; por lo cual explicamos el cirio, el candelabro, el incienso, el fuego sacratísimo, el ardiente lampadario, las luces místicas brillando al pie de todos los dioses. Nuestra fiesta de la Purificación se denomina también fiesta de la Candelaria; y se denomina fiesta de la Candelaria, porque las mujeres, muy especialmente, llevan este día ofrendas al templo, y en cambio reciben albas candelillas. Y así como las verdes velas del tenebrario sirven á conjurar las tempestades, por su parte sirven estas candelas en los partos. El hábito de repartir velas y luminarias por febrero data de muy lejos, pues ya lo tuvieron sus habitantes en la Roma primitiva. Muy pobladas las antiguas riberas del Tíber por lobos asoladores, erigieron templos á un dios campestre, que persiguiese las manadas múltiples de animales tan dañosos y preservase á los inocentes rebaños de su voracidad. Unas fiestas celebraba el paganismo romano por febrero; y en tales fiestas repartíanse antorchas, cual se reparten candelas hoy, en la Candelaria nuestra. Cierto que de todo cuanto nos parece propio y original nuestro hay antiguas y seculares tradiciones en el mundo. Celebramos nosotros el solsticio de invierno con cenas y comidas abundantes, mientras el mundo antiguo también solía celebrarlos de igual suerte con una festividad llamada saturnal, por la que damos el nombre de saturnales á todos los excesos en comer y beber. A donde quiera que volvamos los ojos vemos patente señal de las devociones consagradas por los fieles arios al resplandor de la madre luz. Todos los inspirados profetas hebreos nos dicen á una en cánticos armoniosos y corales, que los cielos narran la gloria de Dios. Todas las voces, desde aquellas que despiden las aves hasta las que despiden los espíritus, entonan á las alboradas y á los amaneceres un himno. Al Oriente atribuímos así la cuna del sol como la cuna del pensamiento. El brahamán indio, el judío levita, el sacerdote latino, el cura católico, se vuelven todos á Oriente, pues nuestras iglesias colocan su altar por regla general hacia la parte del cielo, por donde viene la vivificadora luz. Esa colocación de las fuentes bautismales á la izquierda siempre de nuestras iglesias, los rayos de oro y las constelaciones de pedrería que circundan nuestras custodias, la hostia de harina pura colocada entre cristales resplandecientes, el tabernáculo aromado de incienso, el blanco lino extendido sobre la tabla del altar, la grande lámpara pendiente de los cruceros y encendida con tanto cuidado, las seis velas, tres á la derecha y tres á la izquierda, en representación de los escasos planetas conocidos en el antiguo sabeísmo, indícanos bien claramente porqué usamos las albas candelas en la purificación de María, luna de nuestro cielo espiritual, que nos recoge dulcísima en el seno suyo la claridad sobrado viva para nuestros ojos del resplandor divino, enviándonoslo mitigado y poético, á fin de que podamos recibirlo en lo más hondo y esencial de nuestro ser sin recelo alguno de que nos ciegue y nos abrase. ¿Comprendéis ahora toda la razón suficiente que preside á festividad tal como la Candelaria?

Emilio Castelar

LA LEYENDA DEL FARO DE EDDYSTONE

Este faro, del que con razón se muestra orgullosa la Gran Bretaña, es el primero que el hombre ha elevado en medio del mar y el que mejor resiste hasta ahora la incontrastable furia de las olas. Está situado en la bahía de Plymouth, á diez y siete millas de la costa y en uno de los muchos arrecifes que surgen á flor de agua en aquel sitio.

Colocóse la primera piedra el 12 de junio de 1727 y la última el 24 de agosto de 1759, siendo de advertir que el estado del mar, proceloso con frecuencia en aquellas costas, no permitió trabajar más que ciento doce días. Pero el ingeniero Smeaton, su constructor, supo vencer todas las dificultades que á su empresa se oponían, y gracias al sistema de construcción que consiste en ensamblar todas las piedras de una misma hilada por el método llamado de *cola de milano*, y merced también á la precaución de reunir todas las hiladas entre sí por medio de cuñas de mármol que las atraviesan de parte á parte, construyóse el edificio, por decirlo así, de una sola pieza. De este modo puede resistir sin menoscabo los embates de las olas que, en ciertos momentos, suben terriblemente arremolinadas hasta á 8 ó 10 metros por encima de la cúpula luminosa, fuera de que el relieve particular de la torre amortigua los choques, pues en lugar de estrellarse las olas sobre una superficie rectilínea, tropiezan con una curva, por la que trepan deslizándose, sin ningún daño para el edificio.

Al divisar desde un buque aquella torre esbelta y solitaria, saliendo de entre un círculo formado por mugidoras masas de espuma, se comprende la etimología del nombre de Eddystone dado al escollo que la sostiene (*eddy*, torbellino, y *stone*, piedra).

Esta monumental construcción tiene, como otras muchas, su leyenda, que vamos á narrar, extractándola de la *Revista británica* y que, prescindiendo de su parte dramática, dará al lector una idea del triste género de vida que deben sobrellevar los torreros ó vigilantes de los faros.

«Al escribir estas líneas, dice el protagonista de este episodio semi-marítimo, semi-terrestre, no me propongo referir un cuento, sino hacer una confesión para aliviar mi alma de la pesada carga que sobre ella gravita muchos años há.

La de marino fué mi primera profesión. Después de vacilar entre varias, cierto día me contraté á bordo de la fragata mercante *Neptuno* que, después de hacer un viaje redondo, me llevó al puerto de donde había partido. ¡Qué oficio tan rudo es el de marinero! Esto no obstante, cuando tuve que arbitrar de nuevo medios para vivir, pensé en pedir otra vez trabajo al mar; sólo que como el servicio del *Neptuno* me había disgustado de la marina



MARINA (Amsterdam), cuadro de J. M. Marqués

mercante, resolví alistarme en la militar, con cuyo objeto fuí á Plymouth.

La ocasión no era propicia, pues al llegar á Devonport, supe que no había ningún barco de armamento. Por fortuna me quedaba algún dinero, el suficiente para aguardar diez ó quince días. Entré pues resueltamente en *Admiral Rodney's Tavern*, donde tomé un cuarto bastante bueno, y como no conocía los alrededores, me entretuve en recorrerlos, pasando así agradablemente el tiempo.

Trascurrieron de este modo quince días, y de buen grado habría consagrado el resto de mi vida á este *far niente;* pero no contaba con la huéspeda, ó mejor dicho, con el huésped, el cual me volvió á la triste realidad, presentándome la cuenta. La pagué como era natural, pero esto aligeró mi bolsa lo suficiente para hacerme comprender que el tiempo de los ensueños había pasado. Por fortuna, mi patrón era hombre honrado y compasivo, y me dió buenos consejos, entre otros el de que marchara inmediatamente á Bristol, donde me sería fácil encontrar colocación en un buque mercante, determinación mucho más cuerda que esperar indefinidamente el armamento de un barco del Estado.

Estaba reflexionando en lo que el posadero me aconsejaba, cuando penetró en la sala un hombre ya entrado en años.

– Amigo Juan, ha volado otro pájaro, – dijo al posadero; – el nuevo gorrión se ha escapado también de la jaula, y van tres en dos meses.

– El señor llega á propósito,—me dijo el patrón. – Se le ofrece á V. una colocación magnífica, á no ser que le cause á V. asco el aislamiento y la regularidad en el trabajo.

– ¿De qué se trata? – le pregunté.

– El señor es inspector de faros. El guardián del Eddystone se ha marchado de pronto. ¿Quiere V. su plaza? Este destino será muy á propósito para V., porque, – añadió riendo,—ó mucho me equivoco, ó me parece que no le gusta á V. sobremanera el trabajo.

La proposición me agradó y la acepté inmediatamente. Aceptáronme también con gusto porque presenté buenos certificados y no había ningún aspirante á aquel destino, cosa que no dejó de extrañarme un poco. El inspector me dijo que debía firmar un contrato por seis meses, porque ya estaba cansado de que desertaran los empleados nuevos á los pocos días de servicio. Yo estaba tan contento que me brindé á firmar el contrato por un año; pero el inspector se sonrió y me dijo que bastaban seis meses.

Según lo había indicado el posadero, aquel empleo me cuadraba, y allá para mis adentros me daba el parabién por mi suerte. Buen sueldo, víveres en abundancia, habitación abrigada, vida fácil, ¿qué más podía desear? Al pensar en ello, no acertaba á comprender la causa que había obligado á mis predecesores á dejar el servicio, y como no atinara con ella, supuse que serían de esos hombres que no se contentan con nada, ni se encuentran bien en ninguna parte.

No dejaba de presumir que la residencia en un faro tendría algo de monótona, mas para obviar este inconveniente, compré algunas cosas propias para distraerme, entre ellas una baraja, una caja de música y un libro de chistes y de canciones populares. Además, como todavía me quedaba algún dinero y sabía que en mucho tiempo no tendría ocasión de gastarlo agradablemente, dí una fiesta, es decir mandé venir tres músicos, y á los chillones sonidos de una flauta y dos violines, pasamos la noche bailando en una sala interior de la posada. ¡Cuántos años han transcurrido desde entonces! ¡No he vuelto á pasar una noche tan feliz!

A la mañana siguiente me despedí de mi patrón, y me embarqué en una lancha destinada al servicio del faro. Por el camino, un marinero me hizo observar que iba á empezar mi tarea en viernes.

– ¿Qué me importa? – contesté. – ¿Soy acaso una mujerzuela para temer los viernes?

– Allá veremos, – replicó el supersticioso marinero.

Reíme de él, y para demostrar cuán poco cuidado me daban sus palabras, añadí que en adelante no llevaría otro nombre que el de *Friday* (viernes) como el negro compañero de Robinson Crusoe. ¿Acaso no iba á habitar una isla desierta como él? Recuerdo muy bien este incidente. ¡Oh! entonces estaba yo lleno de esperanza.

Hacía muy buen tiempo y soplaba una leve brisa. A las tres horas de navegación llegamos á la roca de Eddystone y desembarcamos sin dificultad. Transportaron á la torre las provisiones que llevaba la lancha, después de lo cual enderezó ésta el rumbo á Plymouth, dejándome solo, ó mejor dicho, con mi compañero de guardia.

Era éste un viejo escocés, de cara de pocos amigos, aspecto sombrío y al parecer nada comunicativo. Sin embargo, me enseñó mi nueva vivienda, la cual me convino.

Yo no había visto nunca el interior de un faro: el pie ó base de la torre era una robusta y maciza mole de mampostería; sobre ella había cuatro pisos y por remate la linterna. Los dos pisos inferiores servían de almacenes; el tercero de cocina y en el cuarto teníamos las camas. Reinaba allí la misma economía de espacio que en un buque, y, lo propio que á bordo, observé que allí predominaba la misma limpieza. La única diferencia consistía en el reducido espacio que quedaba para moverse, por lo menos en sentido horizontal; no se podía hacer ejercicio sino subiendo y bajando, mas al pronto no reparé en ello.

– Viviré aquí cómodamente y con todo el sosiego apetecible, – pensé. – Después de andar por el mundo, como lo he hecho cuando navegaba en el *Neptuno*, debo tenerme por dichoso con encontrar semejante asilo. Y en efecto, no es muy grato estar de cuarto á bordo de un buque, durante una noche fría y lluviosa, desagradablemente zarandeado por los cabeceos y bandazos de la embarcación, ó encaramarse á las vergas para coger rizos á las velas durante un temporal. Precisamente recordaba que el año anterior, hacia la misma época, doblaba el cabo de Hornos en el *Neptuno;* pasamos tres semanas arrostrando fatigas y zozobras continuas, sin que nos fuera posible desnudarnos ni dormir siquiera una hora con tranquilidad. El proceloso mar, con sus olas cortas y duras, no nos daba punto de reposo, mientras la brisa glacial del polo antártico nos azotaba el rostro y las manos con heladas partículas de nieve. Cuando no achicábamos el agua con las bombas, teníamos que estar día y noche atentos á la maniobra, y para colmo de desdicha, se iban agotando las provisiones y no podíamos pasar... Y ahora, ¡qué contraste! Sólo tenía que ocuparme de cuidar una lámpara y de velar algunas horas en un cómodo sillón; contaba con buena comida y buena cama; estaba á cubierto de las tempestades y podía dormir con toda seguridad. Nadie negará que la diferencia era notable.

¡Cuán ajeno estaba yo de creer que muy pronto echaría de menos la vida que con gran satisfacción había dejado, y que muy pronto trocaría las dulzuras presentes por las rudas tareas de mi antigua profesión!

Después de ver los pisos inferiores de la torre, mi guía me hizo subir á la linterna, y me explicó el mecanismo del aparato y mis nuevas funciones, con cuyo motivo descendió á detalles tan minuciosos, aun cuando el asunto no se prestaba á largos discursos, y habló tanto, que sus explicaciones me aburrieron soberanamente. En seguida bajé á nuestro cuarto, donde me ocupé en mi instalación.

Al anochecer, mi compañero y yo volvimos á subir á la linterna, y allí me enseñó á encender el aparato y á dirigir su luz. Después de esta lección, bajé de nuevo al cuarto, pues como debía velar la mitad de la noche, juzgué necesario prepararme con un buen sueño. Sin embargo, no pude conciliarlo en seguida; empezaba á experimentar el sentimiento de la soledad. Al pronto supuse que esto procedía de lo nuevo de mi situación, y buscando algo en que entretenerme, fijé la vista en la biblioteca de mi compañero, si tal nombre puede darse á media docena de libros colocados en un estante. Cuando niño había leído algunos de aquellos libros; los otros no me parecieron interesantes, porque nunca he sido aficionado á las lecturas religiosas; así pues, dejé en paz la biblioteca del viejo guardián.

En la pared había colgados dos anteojos de larga vista; los cogí, los desarmé y me entretuve en limpiarlos, no porque lo necesitasen, sino por pasar el tiempo de algún modo. En seguida abrí los cajones de los muebles que había en la habitación y no encontré en ellos más que una serie de grabados que representaban las señales del faro, un libro en que estaban explicadas, la ropa de mi compañero, muchas herramientas de carpintero y otras fruslerías; pero nada á propósito para distraerme. Con todo, formé empeño de no ceder al abatimiento, y aunque no tenía apetito, bajé al piso en que estaban nuestras provisiones, y cogí un pedazo de carne salada: lo comí con gusto, me hice un vaso de grog, encendí la pipa y dí cuerda á la caja de música.

Púseme entonces á pensar en mi vida y en mis aventuras pasadas, y vine á deducir que la ocasión era á propósito para acometer una empresa que más de una vez me había propuesto realizar: la de escribir mis Memorias. Aquella idea me agradó, y al punto empecé á reflexionar cómo empezaría; pero cuando hube fumado dos ó tres pipas y mi caja tocado muchas veces todas sus piezas, noté que había pasado el tiempo bastante de prisa, y que dentro de una hora debería entrar de guardia. No era, pues, cosa de poner tan tarde manos á la obra; y pensé que sería mejor subir á la linterna y aguardar la hora de empezar mi servicio, haciendo mientras tanto compañía al viejo escocés.

Le encontré leyendo la Biblia, lo cual me hizo poca gracia, no porque haya ningún mal en leer la Sagrada Escritura, sino por contrariarme el que mi único compañero fuese un hombre grave, fastidioso, insociable y por añadidura beato. Casi me arrepentí de haber aceptado mi nueva plaza, y desde luego me vituperé por no haber tomado informes sobre mi futuro comensal. Creo que echó de ver mi mal humor, porque dejó á un lado su libro, metiendo sus anteojos á guisa de señal entre las hojas que estaba leyendo.

—¿No se aburre V. nunca en esta roca? —le pregunté venciendo mi repugnancia y sentándome á su lado.— Esta torre es una residencia algo triste y solitaria.

—Sí,—me respondió,—á veces me encuentro algo solo aquí; pero lo mismo me sucedería en todas partes, porque no tengo parientes ni amigos sobre la tierra: he aprendido á bastarme á mí mismo.

—Entonces también podrá V. prescindir de mi compañía ahora y siempre.

MANUEL ARANDA

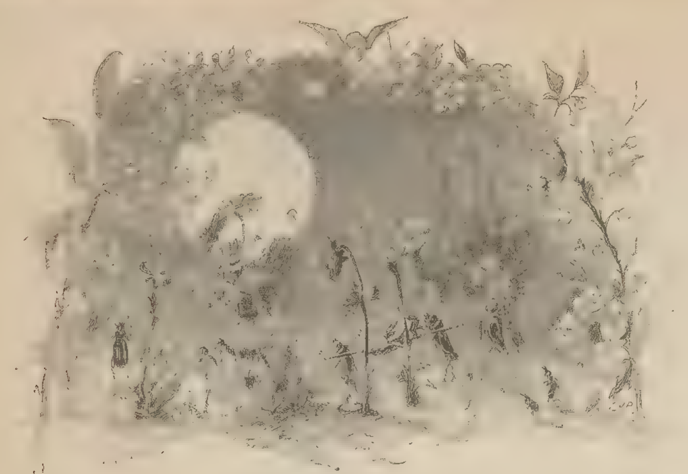
(Continuará)



CUENTO GRACIOSO, cuadro de Canuto Ekwall



BODAS DEL DUQUE DE FRIAS CELEBRADAS EN BURGOS EN 1805, cuadro de L. Alvarez



La oración fúnebre de la rosa. - UN PAUSADO CORTEJO IBA Á DARLE SEPULTURA

LA ORACIÓN FÚNEBRE DE LA ROSA

POR M. FERNANDO BEISSIER

Dibujos de las Srtas. A. J. y M. Pariset

I

Una rosa se moría.

Su tallo se doblaba lentamente y poco á poco palidecía su corola.

En vano habían intentado las mariposas y las abejas reanimarla con el suave calor de sus caricias; en vano se inclinaban las blancas lilas dejando caer sobre la pobre flor algunas gotas de rocío piadosamente conservadas que heridas por el sol brillaban como perlas misteriosas.

En vano había procurado el viento levantar su caído tallo. ¡La rosa se moría!

Poco á poco, desaparecían sus bellos colores, sus hojas caían y los pétalos de su corola se iban apartando como para dejar más libre el paso al alma de la flor que con su último perfume se escapaba.

Las margaritas rezaban inclinando sus virginales coronas; las violetas lloraban ocultas entre la hierba, no atreviéndose, sin embargo, á renunciar á su última esperanza y pensando que la rosa era demasiado bella para morir cuando el sol brillaba y las hojas brotaban todavía, cuando tanto faltaba aún para la llegada del invierno y cuando seguían murmurando sus armoniosos cantos los límpidos arroyos.

En las ramas de los árboles los pájaros permanecían silenciosos en sus nidos: presa de ansia mortal todos esperaban fijos sus ojos en la rosa cuya palidez aumentaba por momentos. Las currucas estaban inquietas, los ruiseñores inclinaban la cabeza; las cigarras, de ordinario tan charlatanas, permanecían en absoluto mutismo. Era aquella la primera rosa del año que de tal modo desaparecía y decíanse todos que no tardaría en llegar el momento de ir, como ella, á dormir el sueño eterno.

En el cielo las espesas nubecillas se quedaban inmóviles sin saber porqué el viento interrumpía su perpetua marcha hacia lo desconocido.

De repente, en medio de ese general silencio, dejóse oir un suspiro apagado y un misterioso perfume se esparció por el ambiente envolviendo á todos, seres y objetos inanimados, en su delicioso aroma. Era el alma de la rosa que volaba al cielo.

La flor se había desprendido de su tallo esparciendo por el suelo sus mustios pétalos. La infeliz yacía sobre el césped al pie del rosal en donde había vivido y brillado; las demás flores habían simultáneamente doblado la cabeza cual si quisieran darle el postrer adiós; las mariposas habían cerrado sus pequeñas alas. Pronto circuló la noticia entre los pájaros que se posaban en las ramas y en las malezas. La Rosa, la primera rosa de la estación había muerto.

II

Y al llegar la noche, á la luz de la luna cuyos rayos plateaban alas y cálices, un pausado cortejo iba á darle sepultura.

Caminaban en primer lugar las lilas levantando sus altas cabezas á guisa de banderas y en pos de ellas un escarabajo de aspecto grave y de verde raso vestido ostentaba entre sus manos la varita de maestro de ceremonias

Los claveles con sus trajes de terciopelo rojo precedían á las belloritas que inclinaban tristemente sus elegantes gargantillas bordadas en rosa y azul y á dos cigarras que al compás de sus címbalos entonaban una lenta y dulce melopea. Venían luego las margaritas y las prímulas formando larga fila de inmaculada blancura y las violetas con sus enlutados vestidos é inmediatamente detrás de ellas la rosa muerta que colocada en una ancha hoja verde llevada por dos grillos, más que muerta parecía dormida. Cuatro botones de oro sostenían orgullosamente las cuatro cintas que pendían del féretro.

Seguían después las demás flores entre dos filas de langostas armadas de largos tallos de hierba, las mariposas tan desconsoladas que daba pena verlas, los paros, las currucas, los ruiseñores cantando una marcha fúnebre y todos los demás pájaros de los lugares vecinos. Cerraban la marcha blancas ramas de ogiacanto sirviendo de orla al fúnebre cortejo á cuyo paso las hojas de los almendros movidas por el viento dejaban caer sus lágrimas en forma de gotas de rocío...

III

Al pie del mismo rosal donde vivió la rosa, una hormiga había cavado en la tierra húmeda un pequeño agujero en el que podría aquélla dormir tranquila el eterno sueño. La luna iluminaba toda la escena sin dejar un solo rincón oscuro, y á la luz de sus claros reflejos la rosa, tendida sobre su hoja verde, parecía por instantes resucitar animada por un soplo de vida lejano y misterioso. Los grillos que la conducían la depositaron suavemente en la fosa mientras las cigarras repetían más lenta y tristemente aún que la vez primera su melopea y las violetas, los claveles, las prímulas y las margaritas se arrodillaban y rezaban. Después, todos depositaron uno á uno un poco de tierra en la tumba, no sin antes haber tomado de manos del escarabajo una brizna de hierba mojada en el cercano arroyo que cada uno sacudía piadosamente tres veces sobre la rosa. Muy pronto quedó completamente tapado el pequeño agujero; las lilas y los ogiacantos se inclinaron por la última vez ¡todo había concluído! El césped cubriría de nuevo el sitio en donde reposaba la flor y quizás cuando el sol brillara de nuevo en el ancho cielo azul no se distinguiría el lugar en donde acababa de ser enterrada; quizás nadie se acordaría de ella, ni siquiera las mariposas que tanto la lloraban.

IV

Iba á disolverse el acompañamiento cuando uno de los ruiseñores hizo signo de que quería hablar. El escarabajo levantó su varita é inmediatamente todos se aproximaron guardando un profundo silencio. Hasta el arroyo cesó de murmurar. El ruiseñor, posado en el tronco de un acebo, comenzó lanzando un trino brillante que pareció remontarse al cielo como extraña sonata; después batió sus alas, alzó la cabeza y cantó:

«¿Por qué lloráis, hermanas queridas, flores compañeras de nuestra existencia? ¿Por qué interrumpís, oh currucas, vuestros cantos? ¿Por qué, cigarras, no reanudáis vuestras alegres estrofas? Secad vuestras lágrimas, tended vuestras alas. No es hora ya de llorar; vuestro último lamento debe extinguirse con la noche, al aparecer el día que ya se anuncia.

»Nacemos con la primavera acariciados por el sol y con nosotros despiértase la naturaleza entera. Como ella somos eternos. Nosotros somos el perfume, la alegría, la canción; somos la gran primavera que nunca muere. Cuando llega el invierno y la nieve cubre la tierra con su inmenso sudario, las flores y los pájaros se van, pero se van para volver: no mueren, no hacen más que dormitar. El primer rayo de sol abre las alas y reanima las flores; los arroyos corren, brotan las hojas, reverdécense los zarzales y se renuevan las canciones.

»Por esto os digo: no lloréis. La rosa no ha muerto puesto que otras rosas nacerán en la misma rama en que ella se abrió; duerme tan sólo y no tardará en despertar. Lanzad, por el contrario, un grito de alegría y de amor para saludar y bendecir ese incesante renacimiento de las cosas que nos hace inmortales.

»Nosotros no perecemos, sino que somos y subsistimos: Dios nos creó para el mundo y con él y por él vivimos. No importa, oh rosas, que os marchitéis en vuestros tallos, y vosotras, violetas, podéis sin temor exhalar vuestro último perfume; si sucumbís, es para renacer luego mucho más bellas.

»Cesad, pues, oh cigarras, de entonar vuestras lentas y tristes melopeas; cantadnos, por el contrario, vuestras mejores canciones. Cantad á Dios, al sol, á las flores y á su perfume; cantad á la rosa que ya no existe, cantad á la que en breve florecerá.

»Mirad, la noche toca á su fin; á lo lejos aparece en el cielo la aurora, el día renace y el sol se prepara á enviarnos sus reflejos. Las yemas de las plantas se abren ya: es la vida que empieza nuevamente, es la rosa que vuelve á nuestro lado La muerte no es más que una apariencia. La vida, como Dios, es eterna.»

V

Y como si de repente se hubiesen desgarrado las tinieblas, el sol apareció en el firmamento inundándolo todo con sus rayos de oro.

Las flores se enderezaron en sus tallos, los arroyos continuaron su interrumpido curso arrastrando sus aguas límpidas como cristal, los pájaros llenaron los aires con sus cantos, las hojas se cubrieron de rocío, y en la rama en donde muriera la rosa surgía una nueva flor que de repente había rasgado el verde capullo que la encerraba.

F. BEISSIER

SOBRE EL USO DE ALGUNOS REFRANES y frases proverbiales

Frecuente es el uso de la frase *Ni rey, ni roque*, y casi tan frecuente es escribirla mal.

Hácelo la generalidad poniendo *roque* con inicial mayúscula, cuando ni esta palabra ni la otra *rey* deben llevarla en este caso, porque ambas en él son simplemente dos nombres apelativos.

Roque no es en tal frase nombre propio de varón, que tenga por patrono al santo abogado contra la peste, sino el de cosa que nada tiene que ver con aquel bienaventurado.

Es pues *roque* en el caso de que se trata ni más ni menos que una pieza del juego de ajedrez, hoy más conocida por el nombre de *torre*, por tener ordinariamente esta figura. *Roqueta* se llama cierto torreón ó caballero de las antiguas fortalezas.

Hoy mismo dicen los jugadores *enrocar* á determinada manera de jugar el *roque*.

El refrán úsase diciendo que á uno no han de valerle *ni rey ni roque*, ó que cualquiera no teme *ni rey ni roque*.

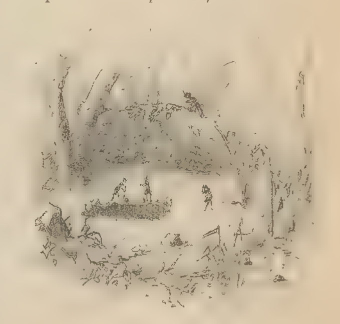
La referencia al juego del ajedrez es evidente, porque al jugador torpe ó de mala suerte, no le sirve tener el *rey* ni el *roque* para dejar de perder, así como el hábil ó afortunado no teme ni *rey* ni *roque* de su adversario.

Esto demostrado no puede quedar duda de que las palabras *rey* y *roque*, cuando esta frase proverbial se use, deben escribirse con inicial minúscula, como nombres apelativos.

***

Castígame mi madre y yo trómpogelas.

Este refrán es ya muy poco usado, seguramente porque no se comprende bien su aplicación, á consecuencia del arcaísmo de su último vocablo, verbo anticuado, no sólo en su significación, sino en la forma gramatical con que en el refrán se emplea.



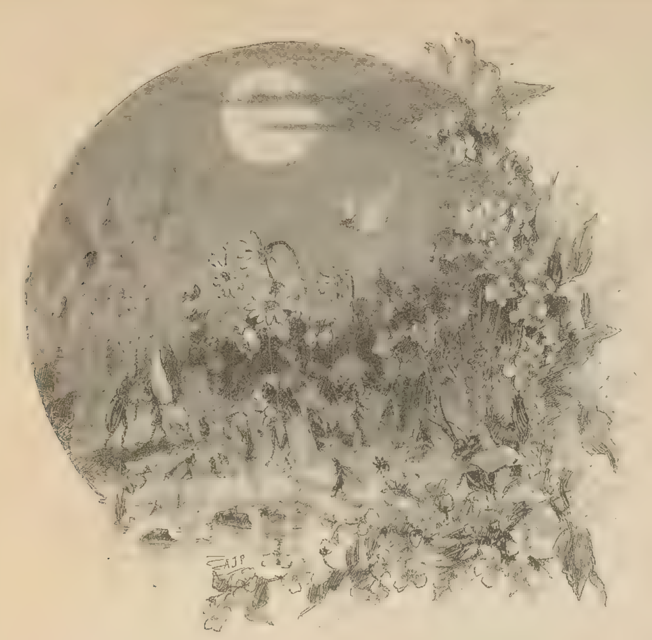
La oración fúnebre de la rosa

UNA HORMIGA HABÍA CAVADO EN LA TIERRA HÚMEDA UN PEQUEÑO AGUJERO

De aquí que cuando se escribe se ponga en *trompógelas* el acento en la segunda *o*, siendo así que debe llevarlo en la primera.

Este refrán está usado en el *Quijote* (Parte II, c. LXVII) y en *La Dorotea* de Lope de Vega (Acto I, esc. VIII).

La palabra *trómpogelas* está sin duda compuesta de



La oración fúnebre de la rosa. — DESPUÉS TODOS DEPOSITARON UNO Á UNO UN POCO DE TIERRA EN LA TUMBA

trompo (yo), primera persona del singular del presente de indicativo, en su voz activa, del verbo anticuado *trompar*, que significa *burlar*, *engañar*, como el *tromper* francés.

Trompar significa también tañer un instrumento músico llamado trompa. Así en los libros de cuentas del rey don Sancho IV se mencionan los vestidos y raciones que se daba en palacio á quince «*tamboreros* ú omes de atambores, á cuatro *tromperos*, á dos saltadores y á los joglares ó músicos del *tamboret*.»

En *El rimado de Palacio* del caballero Pero López de Ayala, tratando de los letrados de aquel tiempo, dice en la estancia ó copla 319:

Pero non vos enojedes si el pleyto se alongare,
Ca non podrían los términos menos se abreviare,
Veremos qué vos piden ó qué quieren demandare,
Ca como ellos *tromparen* así convien danzare.

Amor trompero era frase *civil* ó sea grosera, que debía quitarse de la moda de decir, según Quevedo, en su pragmática del año 1600. Significaba amor *burlador*, *engañador*.

Usábala no obstante Tirso de Molina, que en *La Villana de Vallecas* hace decir á uno de sus personajes:

¡Ay, pobre de vos, Don Juan!
Mucho el zapato os aprieta,
Cogido os ha la carreta,
Zarazas os dió en el pan.
¿Así, á las primeras chispas,
Os quema el *Amor trompero*?
Pero es hijo de un herrero,
Es abeja y pare avispas.

(Act. II, esc. III.)

Continuando con la composición de *trómpogelas*, se ve que, además de *trompo*, se forma del pronombre personal *ge*, en su forma anticuada, en vez de *se*, y *las*, acusativo del plural del pronombre demostrativo *la*.

El refrán se aplica á los que siendo reprendidos repetidamente, se *burlan* ó no hacen caso de las reprensiones. Es como si dijera: «ríñeme mi madre y yo búrlome de sus riñas» (*trómpo-ge-las* ó *búrlo-se-las*).

Es indudable por tanto que se escribe el acento en la sílaba *tróm* y no en la siguiente *po* y menos en *ge*, como algunos hacen, ignorando lo que es la palabra.

* * *

Cual digan dueñas.

Gran fama de bachilleras, entremetidas, murmuradoras y chismosas tuvieron las dueñas, mientras existieron en el mundo.

Así, cuando caía uno entre sus embustes lo ponían que, como suele decirse, no había por donde cogerle.

Tanto fué, que dieron ocasión á que se formase el refrán, poner á uno *cual digan dueñas*.

Este parecía el mayor encarecimiento del murmurar, porque el *decir* de las dueñas, en punto á deshollar con sus viperinas lenguas al prójimo, era el *non plus* de la difamación.

Parecióle á alguno poco la hipérbole y reformó el refrán añadiéndole un *no*, con lo que vino á quedar así: poner á uno *cual* NO *digan dueñas*, esto es, que ni las dueñas, con ser tan lenguaraces, podían llegar á tanto.

De ambas lecciones usaron nuestros clásicos. Tirso de Molina es partidario del primer modo, así escribió:

Ya los vestidos y señas
Del amo y criado sé,
Callad, que yo los pondré,
Lariso, *cual digan dueñas*.

(*El vergonzoso en Palacio*. Act. I, esc. VIII)

Y en *Amar por arte mayor*, dijo:

BERMUDO. . . . . . señora mía.
D.ª ELVIRA Yo os pondré...
BERMUDO. *Cual digan dueñas.*
Falta sólo, pues usía
Dueña se vuelve de dama,
Que eternamente gruñizan.

(Act. II, esc. V.)

Cervantes, que compitió con Quevedo en zaherir á tales marimantas, usó del refrán de la segunda manera. *Cual* NO *digan dueñas* escribió en la parte II, capítulo VIII de su *Don Quijote*.

Con tales autoridades bien podemos usarlo en una ú otra forma, pues siempre resultará el encarecimiento verdaderamente hiperbólico.

* * *

Tiene más fantasía que Rodrigo en la horca.

Muy general es usar este refrán diciendo: *tiene más orgullo que D. Rodrigo en la horca.*

Los que así lo hacen tienen por averiguado que tal refrán se originó á causa del suplicio que en la plaza Mayor de Madrid sufrió el 21 de octubre de 1621, el famoso ministro D. Rodrigo Calderón.

Autoriza esta opinión el historiador D. Modesto Lafuente (1) que escribió estas palabras: «Murió, dice un testigo que podemos llamar ocular (se refiere al historiador Vivanco), no solamente con brío, sino con gala, de donde vino el refrán castellano, *andar más honrado que D. Rodrigo en la horca.*»

Lo mismo afirma el erudito escritor D. Aureliano Fernández Guerra, en una de las notas con que ilustró las obras en prosa de D. Francisco de Quevedo, en el tomo XXIII de la *Colección de autores españoles* de Rivadeneyra (pág. 202).

Esto no es, sin embargo, exacto. Aparte de que Calderón, como caballero, no murió en la horca, sino degollado, antes de nacer aquel personaje existía ya en castellano el refrán, tal como se escribe á la cabeza de estas líneas, ó sea: *tiene más fantasía que Rodrigo en la horca.*

(1) Historia general de España. Parte III, lib. IV, cap. I.

Basta para convencerse de ello leer el raro libro titulado: *Laurentii Palmireni. De vera et facile imitatione Ciceronis, cui aliquot opuscula studiosis adolescentibus utilissima adjuncta sunt, ut sequenti pagella cognosces. Cæsaraugusta* 1560.

Entre los opúsculos añadidos se halla una colección de refranes de varios idiomas y entre ellos está el citado.

La coincidencia que existe entre el texto del refrán y lo acontecido con D. Rodrigo Calderón, debió ser causa de que, andando el tiempo, se creyera originado en el fin trágico del puntilloso marqués, que en el momento de ser degollado advirtió al verdugo Pedro de Soria, que no lo ejecutase por la espalda, pues no moría por traidor.

Una variante de este refrán se lee en la novela *Estebanillo González*, publicada bastantes años después de la muerte de Calderón. Dice así: «Había ido el capitán de nuestra compañía á la ciudad de Palermo á ciertos negocios suyos, por cuya ausencia mi amo, como su alférez, metía la guardia, llevando yo su bandera *con más gravedad que Perico en la horca*» (Cap. II).

* * *

Llamarse altana

Llamarse *antana* ó *andana*, según el diccionario de la Academia, es frase familiar, que significa *desdecirse uno de lo que dijo ó prometió*.

No explica la significación peculiar de las voces *antana* ó *andana*, para que pueda venirse en conocimiento de porqué se les ha dado por el uso aquel sentido.

El diccionario incluye también la palabra *altana* y dice que en el lenguaje de *germanía*, que era algo así como lo que hoy se ha dado en llamar *flamenco*, significaba *iglesia* ó *templo*.

Nadie ignora que en los pasados siglos ciertas iglesias fueron lugares de asilo para los delincuentes, que burlaban, acogiéndose á ellos, las persecuciones de la justicia.

La gente germanesca y arrufianada, los llamados en los siglos XVI y XVII *valientes*, dictado que se les dió más que por antonomasia, por ironía, los Escarramanes, los Villodres y Maladros, que *garlaban* ó hablaban la lengua de *germanía* para comunicarse sus fechorías, inventaron sin duda la frase *llamarse altana*, que entre ellos significaba, no desdecirse de lo dicho ó prometido, sino ponerse en salvo, acogiéndose á sagrado, cuando la autoridad los perseguía.

Quevedo, que en sus inimitables y agudísimas jácaras, nunca bastante estudiadas, se valió frecuentemente del lenguaje y modismos de los jácaros ó rufianes, demuestra bien lo que la palabra *altana* significaba.

A alguno de los valientes que pinta, llama *flor de la altana*, ó *flor de todas las altanas*, sin duda porque á todas las iglesias se acogía ó en todas *florecía*, obligado á ello por sus muchos desaguisados.

De uno dijo:

De un torniscón de una losa,
Pantoja, *flor de la altana*,
Murió, llorándole todos
Los que navegan en ansias.

Y escribió de otro:

Armándose está en Utrera
Ese buen Miguel de Silva,
Flor de todas las altanas
Y el que otras flores marchita.

En el romance anónimo, señalado con el número 1764 del romancero de Durán, se lee:

En Toledo en el *altana*
Un lobo (2) mayor se ha entrado,
Que salía de la trena (3)
Por diez años desterrado.



La oración fúnebre de la rosa. — ¿POR QUÉ LLORÁIS?

Más adelante añade, hablando del jaque y su verenda:

El lobo se va á la *altana*,
Su hiza (4) se entra en el cambio (5).

(2) *Lobo*, en germanía, significa ladrón, según el diccionario de Juan Hidalgo, autor también de jácaras agermanadas.
(3) *Trena*, cárcel.
(4) *Hiza* ó *iza*, ramera.
(5) *Cambio*, burdel ó mancebía.

En el romance 1765, una moza del trato germanesco dice de sí misma:

Tengo para ir á la *altana*
El cernícalo (1) guardado,
Con pumente (2) guarnecido
Y rico alcorque (3) dorado.

Siendo *altana* la palabra germanesca equivalente á iglesia, explican bien el significado de la frase de que trato estos versos del citado Quevedo, cuando en otra jácara hace decir al jaque Villagrán:

Tienen la tirria conmigo
Los confesores de historias,
Mas sólo *iglesia me llamo*,
Pueden hacer que responda.

Así como el que se acogía á sagrado se desentendía de la justicia, de igual manera el que se desentendía de cualquier otra cosa decía, por semejanza, imitando á la gente de la carda: *iglesia, ó altana me llamo.*

Julio Monreal



Antes del ensayo, cuadro de Federico Fehr.

NOTICIAS VARIAS

Hawái: *Colonos japoneses.* – La Sociedad de Kinshu-kwai (Sociedad de abstinencia de toda bebida alcohólica) creada en Hawai por iniciativa de M. Ando, cónsul del Japón, en beneficio de los colonos japoneses, ha dado, al parecer, resultados excelentes. M. Ando tiene á su cargo, desde 1866 la vigilancia de los millares de japoneses establecidos en las islas Hawai: habiendo observado que sus nacionales se entregaban á una vida disoluta apeló á todos los medios posibles para combatir tales tendencias. En 1887 tuvo la suerte de que se asociara á su obra el misionero protestante, M. Miyama, quien, apenas llegado de San Francisco, inauguró una serie de conferencias contra los abusos de las bebidas alcohólicas. MM. Ando y Miyama fundaron una Sociedad de templanza; al principio treinta personas á lo sumo frecuentaron esta Sociedad, pero los organizadores de tan saludable institución no desmayaron y en menos de año y medio han visto aumentar hasta 2000 el número de sus adeptos. Esta Sociedad tiene también por objeto inculcar el espíritu de economía en los japoneses que habitan en estas islas.

La feria de Nijni-Novgorod. – Se ha observado este año un progreso notable en el movimiento de los negocios de la feria de Nijni. Las antiguas construcciones de madera han sido reemplazadas por casas de piedra, el número de hoteles ha aumentado á pesar de lo cual casi no bastan para atender á las exigencias del público. Los teatros, los circos, la iluminación eléctrica y los acueductos son otros tantos indicios de la prosperidad de esta feria, en la cual se ha operado con el transcurso de los años un cambio en el sistema de comercio, pues así como antes dependía este por entero de un pequeño grupo de grandes capitalistas, ahora dominan los pequeños comerciantes. Las tres cuartas partes de los mercaderes se dedican á la venta al por menor y muchos hacen el comercio de cambio vendiendo las mercancías que han llevado á la feria y comprando otras para revenderlas en sus habituales residencias. El número de visitantes aumenta de día en día elevándose en la actualidad á cerca de 200.000, sin contar los que allí acuden procedentes de Nijni y de los pueblos más inmediatos. Merecen ser estudiadas las operaciones que se hacen en vinos rusos; la venta de éstos en aquel mercado alcanza ya grandes proporciones y las casas extranjeras empiezan á comprarlos, cosa hasta ahora nunca vista. El corresponsal de *Novoié Vremia* señala el estado próspero de la feria de Nijni fijándose especialmente en la gran actividad que se observa en la sección de hierros. Desde hace cuarenta años, dice, el mercado de hierro no ha cesado de desarrollarse y ha adquirido al presente proporciones considerables. En los últimos años se llevaban á la feria diez millones de *pouds* de hierro y todo hace creer que pronto se pasará de esta cifra. Entre las medidas provisionales adoptadas hace tres años para mientras dura la feria hay una que funciona con buen éxito y que ha conquistado gran popularidad: nos referimos á una comisión especial destinada á resolver las cuestiones que se suscitan entre los mercaderes y el público. La rapidez con que dicta sus sentencias le ha ganado las simpatías de todo el mundo. El número de negocios que le han sido sometidos en el espacio de 45 ó 50 días asciende á 1300 ó 1400 y á lo sumo treinta de ellos no han podido ser resueltos amistosamente.

(De la *Gazette Geographique*)

El ferrocarril resbaladizo de la Explanada de los Inválidos.— Entre las pocas novedades mecánicas que ha ofrecido la Exposición de París merece llamar la atención el ferrocarril resbaladizo establecido por Mr. Barre en una extensión de 165 metros y cuya ventaja estriba en la economía de fuerza de tracción que significa la disminución del roce de la rueda con el rail sustituyendo la primera por un patín é interponiendo entre éste y aquél una ligera capa de agua.

Los primeros estudios de este sistema se deben al eminente ingeniero hidráulico Mr. Girard, quien llegó á construir un modelo de pequeñas dimensiones: víctima de la guerra franco-prusiana, no pudo hacer las pruebas en grande escala en la línea de Calais á Marsella que para ese objeto le había concedido el gobierno en 1869.

Mr. Barre que había sido colaborador de Mr. Girard ha reproducido ahora el invento de éste introduciendo en él algunas modificaciones. Las figuras que reproducimos representan la vista exterior del tren resbaladizo (fig. 1.ª) y la vista detallada de los principales órganos del sistema, que son: el patín del wagon, el rail y el propulsor, cuya descripción minuciosa no hacemos porque además de salirse del terreno de esta Ilustración, ha sido publicada por innumerables revistas y periódicos técnicos.

Sólo diremos que á pesar de ser muy ingeniosa, la aplicación del ferrocarril resbaladizo quedará probablemente limitada durante mucho tiempo á casos especiales en líneas de corta extensión, pues para una explotación en largos trayectos se presentan una porción de dificultades hoy por hoy casi imposibles de vencer, siendo la principal de ellas la de obtener un motor independiente de la vía que permita suprimir el conducto de agua que corre á lo largo de ella y los propulsores en la misma fijos, que con su chorro á gran presión ponen en movimiento el tren cuyos wagones primero y último los abren y cierran respectivamente por medio de un juego de agujas.

La idea es ingeniosa y económica y merece ser estudiada, pues el día que pudiera perfeccionarse y recibir aplicaciones variadas tendríamos un nuevo sistema de tracción sumamente cómodo para los viajeros especialmente y sin duda más barato que el de los actuales ferrocarriles.

(De *La Nature*)

(1) *Cernícalo*, manto.
(2) *Pumente*, refajo ó faldellín.
(3) *Alcorque*, chapín ó zapato.

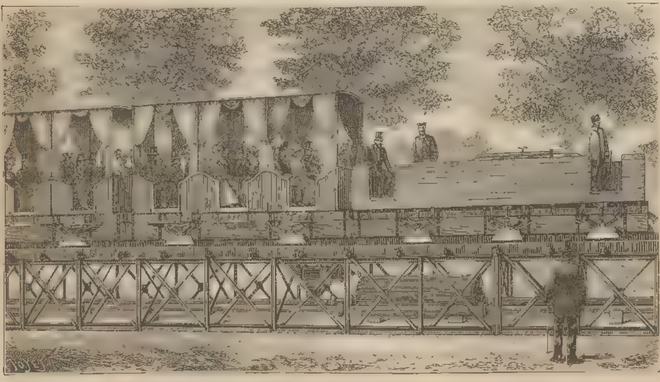


Fig. 1.—Ferrocarril resbaladizo de la Exposición Universal (Explanada de los Inválidos. París)

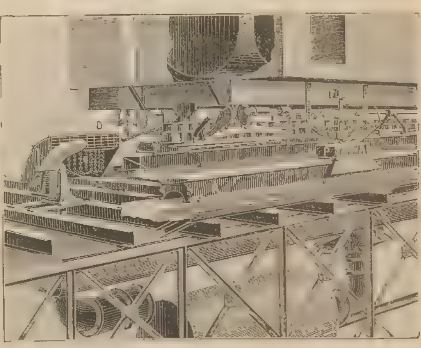


Fig. 2.—Detalle del mecanismo. – P. Patín de los wagones. – R. Rail de deslizamiento. – A. Alabes del wagón que reciben el chorro de agua de propulsión. – B. Extremo del propulsor por donde sale el agua. – D. Amortiguador. – C. Cadenas colgantes sin fin.

Imp. de Montaner y Simón



AÑO VIII — BARCELONA 11 DE NOVIEMBRE DE 1889 — NÚM 411

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EL CIEGO Y SU HIJA, grupo escultórico de Jef Lambeaux, grabado por Weber

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

EL CIEGO Y SU HIJA
grupo escultórico de Jef Lambeaux

Si fuese posible dar vida y movimiento al hermoso grupo de Lambeaux, si una niña de mirada dulce como la que está apoyada en la rodilla del infeliz ciego nos dijera con vocecita triste señalando á éste: «¡Una limosna por amor de Dios para mi pobrecito padre!» ¿quién no se consideraría dichoso socorriendo tal infortunio por mediación de tan inocente como bella peticionaria?

Pues si esto es así, no necesitamos hacer mejor elogio de la obra cuyas dos figuras ofrecen de un modo maravilloso el triste contraste entre el vigor abatido por la desgracia y la debilidad fortalecida por la idea del cumplimiento del más santo de los deberes. ¡Cuánto dolor y cuánta resignación en el inválido condenado á buscar en la caridad el mísero sustento que no puede pedir al trabajo! ¡Cuánta amargura, cuánta belleza en la pobre niña que en la edad de los juegos y de las ilusiones ha de tender sus manecitas implorando una limosna y servir de guía al que no tiene más amparo que ella!

En cuanto á las bellezas de forma, fácil tarea sería señalarlas, no porque no sean muchas en número, sino porque saltan desde luego á la vista del más novicio en materias de arte, pero por esta misma razón conceptuamos innecesario detenernos en su examen y creemos que después de haber hablado de lo que la escultura de Lambeaux nos hace sentir es ocioso indicar los primores de ejecución que en ella hay que admirar.

EL REGRESO, cuadro de Enrique Bource

La travesía no ha sido larga y sin embargo cualquiera que se fije en los semblantes de los personajes del cuadro de Bource podrá creer que se trata de un regreso después de una prolongada ausencia. Y esto se explica perfectamente: el padre embelesado en las caricias de su pequeña y en las amorosas demostraciones de su esposa y de su madre y el muchacho gozoso de volver á ceñir con su brazo el talle de su amada ¿acaso sabían al embarcarse si volverían á pisar la arena de su hermosa playa? El mar esconde en su seno á la traición y en un momento sepulta en sus abismos á los que pocas horas antes surcaban su casi inmóvil superficie. ¿Qué tiene, pues, de extraño que al reunirse sientan todos igual alegría que si hubieran estado mucho tiempo separados?

TRISTE NOTICIA, cuadro de Pinfold.

(*Salón de París de* 1889)

La obra de Pinfold con ser de una composición sobria encierra un sentimiento dramático de primera fuerza. Cada una de sus figuras es un poema y basta contemplarlas para comprender el argumento del cuadro. La familia del infortunado náufrago escucha de los labios del compañero de éste la triste noticia que la sume en profunda aflicción y los detalles del terrible suceso que arrebató para siempre al hijo querido, al adorado esposo, al cariñoso padre, que hace poco se había despedido de todos con el más tierno ¡hasta la vuelta!

El rostro y la actitud del narrador expresan admirablemente la embarazosa situación en que se encuentra teniendo que desempeñar una misión tan impropia de su modo de ser y al mismo tiempo la conmiseración que siente hacia la pobre familia á quien comunica la fatal nueva: el grupo formado por el anciano y por las dos mujeres no puede ser mejor sentido ni con más verdad ejecutado y nos presenta el dolor en formas tan distintas como naturales que demuestran lo bien que ha sabido Pinfold identificarse con la conmovedora escena y con los distintos sentimientos que animan á cada personaje.

INSTRUCCIÓN RELIGIOSA EN MARRUECOS
cuadro de Hirsch, grabado por Baude

(*Salón de París de* 1889)

La enseñanza del Alcorán reviste excepcional importancia en los países sometidos al Islamismo, comprendiéndose que así sea porque aquél es no sólo un libro de dogma sino también un código civil y religioso donde se regulan las prácticas del culto y las relaciones legales de los muslimes unos con otros y con la sociedad civil.

Hirsch, en su «Instrucción religiosa en Marruecos,» nos presenta á un anciano ulema dando lección á dos pequeños muslimes de los cuales el uno escucha con fervorosa atención de los labios del maestro las máximas contenidas en las *aleias* que han transmitido á la posteridad las revelaciones de Mahoma, mientras el otro se halla absorto en la lectura de los divinos preceptos.

El cuadro resulta severo así en el conjunto como en sus detalles, destacando la figura del venerable sacerdote y la expresión inteligente de los semblantes de los dos niños, y todo en él acusa un estudio detenido del natural, un espíritu profundamente observador y enamorado del buen realismo y un pincel hábil en los toques vigorosos y en la combinación de los brillantes colores propios de los asuntos orientales.

LA OCASIÓN HACE AL LADRÓN
dibujo de H. Lefler

Los dos novios han quedado solos por unos momentos: embebecida escuchando las protestas amorosas que por milésima vez repite su gentil prometido, olvida la muchacha la labor que tiene entre manos, cae el ovillo al suelo, inclínase él para recogerlo y al tender ella la mano para tomarlo recibe en vez del ovillo un beso en que se confunden la pasión y el respeto. La ocasión ha hecho al ladrón, pero digamos en honor de la verdad que ni éste se ha apoderado de cosa ajena, pues por suya la considera desde hace tiempo, ni ha empleado violencia ni intimidación en la persona robada, pues bien demuestra el rostro de la protagonista del dibujo de Lefler que el atrevimiento del osado galán no le causa gran sorpresa ni mucho menos gran disgusto: al fin y al cabo ¡le quiere tanto y faltan tan pocos días para que sea su marido!

CANDELABRO, JARDINERA Y VASO
expuestos en la Exposición de París

Los tres objetos artísticos que en nuestra última plana reproducimos han figurado en el gran certamen recientemente cerrado en la capital francesa.

La elegancia del candelabro modelado en bronce plateado según el dibujo de Mr. Mathurin Moreau justifica el renombre universal de la casa Christofle y Compañía, de París, que cuenta entre las obras salidas de sus talleres el magnífico servicio de mesa llamado *del Emperador* fabricado en 1852 por encargo de Napoleón III, quien pagó por él 1.300.000 francos, que sólo se usaba en los grandes banquetes de gala.

La jardinera de granito salida de la fábrica de Thiebaut hermanos está montada en bronce dorado y es de un dibujo elegantísimo y de una labor primorosa.

El vaso expuesto por la casa Brownfield é hijos de Cobridge (Staffordshire) constituye un verdadero *tour de force*, pues es sin duda el objeto de mayores dimensiones que ha presentado la industria de la cerámica. Tiene más de tres yardas (unos 3 metros) de altura y dos de diámetro y representa á la madre tierra recibiendo los dones de la naturaleza en forma de granos, flores y frutos: alrededor de la esfera hay cuatro figuras, las cuatro estaciones, y en la base una procesión simbolizando las distintas ocupaciones del hombre. El color del vaso es verde pálido y las figuras y los adornos son de porcelana de *biscuit* blanca.

SUPLEMENTO ARTISTICO

Proyecto del Nuevo Teatro de Buenos Aires
presentado por el empresario Sr. Ferrari, trazado por el ingeniero Sr. Tamburini

De entre los tres proyectos que se han presentado al concurso abierto recientemente en Buenos Aires para la construcción de un nuevo teatro ha llamado especialmente la atención el presentado por el empresario Sr. Ferrari y trazado por el ingeniero Sr. Tamburini. De su grandiosidad y belleza da perfecta idea la lámina que con el presente número repartimos: su estilo es severo, las proporciones justas y las líneas armónicas.

El edificio, según el proyecto, ocupa una vasta manzana, correspondiendo la fachada principal á la plaza de Lavalle, las laterales á las calles de Tucumán y del Cerrito y la posterior á una calle para cuya apertura habría que expropiar algunos terrenos: sus dimensiones son 70 metros de frente, 120 de fondo y 45 de altura máxima. En el interior hay todas las dependencias que las actuales necesidades exigen en los modernos coliseos como escenario inmenso montado según los últimos adelantos, vastos sótanos, talleres, sastrería, depósito, taller de pinturas, cafés, departamentos para la empresa, amplio vestíbulo, grandes foyers, tocadores, salón de conciertos, salones para los artistas y para la prensa, etc. etc. El teatro está rodeado de galerías con numerosas salidas y la circulación es tan fácil que el desocupo del local, en caso necesario, se haría en breves momentos, tanto más cuanto que por medio de un mecanismo eléctrico con la sola presión de un botón se abrirían todas las puertas.

La capacidad total del teatro es para 4000 espectadores cómodamente sentados: los asientos son anchos y los palcos grandes y con espaciosos antepalcos. La herradura de la platea es exactamente igual á la de la *Scala* de Milán.

El término de explotación sería, de aprobarse el proyecto, de 40 años que es el máximo que autoriza la ley de licitación: el costo total del teatro sería de 3.400.000 duros.

La prensa bonarense, después de un detenido estudio del proyecto, ha colmado de elogios al Sr. Tamburini y ha proclamado el suyo como muy superior á los otros dos proyectos presentados, lo cual hace esperar que será el aprobado en definitiva.

TIMOS CIENTÍFICOS

De cuando en cuando y por intervalos regulares como si alguna ley especial y desconocida los rigiese, se desarrolla en nuestro país la fiebre de los inventos caprichosos y disparatados. Entre éstos, tienen lugar preferente por el ruido que en la prensa promueven y por la gran ignorancia de sus autores la cuadratura del círculo y el movimiento continuo. En este orden de preferencia pueden citarse también la dirección de los globos y la navegación submarina.

Pero entre estas dos categorías de inventos é inventores hay que establecer una diferencia esencialísima. La cuadratura del círculo y el movimiento continuo son problemas cuya resolución exacta es absoluta y ciertamente imposible. Por esto, á resolverlos solamente se dedican los que en la ciencia no pasaron de los conocimientos más elementales y que por una chifladura cuyos prodromos son fáciles de explicar, se empeñan con tan pobres armas y recursos en hacer posible lo imposible, y en dar apariencias de razonamiento acabado y juicioso á un loco y tristísimo desbarrar. Por estas consideraciones, todas las Academias científicas de Europa y América, con muy buen acuerdo han cerrado las puertas en absoluto á toda pretensión de los buscadores de la cuadratura y del movimiento continuo.

La dirección de los globos y la navegación submarina son problemas importantísimos cuya solución se estima razonablemente como posible, y por esto se acogen con aplauso todas las tentativas que se hacen cuando los autores en sus escritos revelan método de investigación y conocimientos científicos suficientes.

De lo dicho se desprende que en los dos primeros problemas la imposibilidad de la resolución no es accidental sino esencialísima y absoluta; en tanto que la resolución de los dos últimos lucha con dificultades accidentales que es presumible desaparezcan cuando las ciencias y las industrias aporten al caudal de los conocimientos humanos nuevos principios y más poderosos recursos.

La prensa política con rarísimas excepciones ofrece ciegamente su apoyo á todos los extravíos de carácter científico; y ella que tan insignes servicios presta al país en todas las cuestiones de la vida social, ya en la esfera del derecho, de la moral, de la libertad y de las costumbres, en las cuestiones científicas, sin duda por deficiencias de organización que no es nuestro ánimo señalar, se presta á mistificaciones inauditas y á propagandas absurdas que provocan ilusiones vanas y crueles desengaños.

No hace mucho tiempo que un periódico de gran circulación é inmenso crédito daba por centésima vez en sus columnas la estupenda noticia de haber descubierto un hombre de ciencia el movimiento continuo por medio de un ingenioso sistema de palancas, y el gran misterio de la cosa, estriba, según dicho periódico, en el recurso ingenioso de que el autor se vale para bajar el brazo más corto de la palanca.

Sin duda ni el desdichado autor del invento ni el ilustrado redactor de la noticia se han cuidado de recordar lo que estudiaron en los tratados de Física y Mecánica que se cursan en la segunda enseñanza. Y si bien el extravío es disculpable en el autor á quien hay que suponer obsesionado por una idea fija y perturbadora, no es lo mismo tratándose de un redactor, imparcial y severo en los demás asuntos, que da asentimiento y crédito á patrañas que á veces originan dispendios y disgustos.

No hace muchos años tampoco que la prensa publicó *urbi et orbi* la resolución de la cuadratura del círculo ó en otros términos la rectificación de la circunferencia. El autor dedicaba su *Memoria* escrita en magnífico papel y con hermosísima letra al monarca D. Alfonso XII que suponemos haría con ella lo que muy acertadamente hizo con los problemas de Algebra que para mayor provecho en sus estudios le propinó el respetable señor Barbery. No leerla. Tuvimos ocasión de conocer y hablar al autor de la *Memoria* y con la prudencia y mesura que caso tal requiere exploramos su capacidad y la altura de sus conocimientos. Le dijimos que puesto que se atrevió con este problema, cuya resolución se tiene por imposible, conocería los trabajos de Wallis y de los analistas modernos como Sturm, Cauchy, Darboux, etc. ¡Santo cielo! ¡qué ignorancia más profunda! No conocía tales trabajos ni de nombre siquiera, y sus estudios no pasaban de la trigonometría elemental mal estudiada: que si más hubiera estudiado, su mayor saber hubiera sido garantía contra su petulancia y atrevimiento.

Parecía, por el silencio que sobre estos asuntos siguió á la publicación de la noticia, que ya había pasado para no volver nunca, la época de los cuadradores; pero ¡qué desengaño! Luego se presentó en la palestra nada menos que un respetable sacerdote, director del Instituto de Soria, con otra Memoria impresa – más metida en carácter, vamos – dedicada al señor Cánovas del Castillo que quizás le haría algún caso, porque cuadraturas necesitaba don Antonio en aquella ocasión para cuadrarse contra las oposiciones que con fiereza suma le atacaban en el Parlamento. Pero si esta atención no mereció aquella Memoria, puede decirse que no mereció otra alguna de los hombres de ciencia y el tonsurado autor antes que demostrar la cuadratura del círculo demostró la cuadratura de su cabeza.

¿Habrá por ahí todavía algún cuadrador y algún periódico que lo patrocine, ó por fortuna habrá pasado el tiempo de los émulos del que con tanta gracia – aunque por cierto algo sucia – se burlaba Bretón de los Herreros en la composición que empezaba:

> De Cacabelo es el chulo
> Que ha llegado á descubrir
> La cuadratura del cír-
> culo.

Dios lo haga y por su bondad divina lo obtengamos.

Como al principio de este artículo dijimos, son de un orden distinto la cuadratura, la dirección de los globos y la navegación submarina. En éstos el problema estriba en vencer dificultades técnicas ó industriales. Pero no por esto es menor el extravío, la obcecación é insuficiencia de casi todos los inventores. Y en este pecado, justo es decirlo, han incurrido en todos los países del mundo.

El sacerdote italiano, Francisco Lana, que vivió en el siglo XVI, inició el problema de la navegación aérea y lo planteó con sumo ingenio ateniéndose en los medios de ejecución á los que ofrecía la ciencia y la industria de aquella época. En los comienzos de este siglo, volvió á plantearse el problema, y desde entonces no cesan los hombres de ciencia de todos los países, especialmente los italianos, en estudiar el asunto ya teóricamente ya por la vía experimental. Hay tentativas muy serias. Pero en cambio ¿cuántos ensayos ridículos ó desacertados? En el año de 1854, un Mr. Petit ideó un aparato de ascensión formado de tres globos y una plataforma á ellos unida; y pretendía el autor que disminuyendo la fuerza ascensional de uno de los globos extremos el aparato correría por la dirección inclinada que tomaría la plataforma. ¡Si estaría fuerte el señor Petit en las leyes del descenso de los cuerpos y en la teoría del centro de gravedad y del plano inclinado! No obstante de que el absurdo del razonamiento saltaba á la vista, no hubo periódico ilustrado que no publicase el grabado del aparato y la explicación detallada del invento, preparando así, sin saberlo, un gran timo científico en que cayeron algunos incautos.

Los italianos idearon los aero-planos como disposición más adecuada para la propulsión. En Francia se hacen grandes esfuerzos, pero hasta ahora sin resultado satisfactorio. En España acaba de publicarse en la *Gaceta Industrial* que dirige el señor Alcover un hermoso artículo debido al señor Cabanyes, oficial de artillería.

Pero aparte de estas tentativas plausibles por su seriedad y por su objeto, aquellas que más resonancia han tenido, son justamente las menos atendibles, y por compensación desgraciada, las más perjudiciales. No pocas



EL REGRESO, cuadro de Enrique Bource

personas se han interesado en el proyecto absurdo del señor Cazorla, que pretendía dar movimiento y dirección al globo, poniendo ¡oh ignorancia atrevida y desatentada! la potencia actuante, la resistencia y el hipomoclio en el mismo aparato que trata de movilizar y dirigir. El señor Cazorla ha fallecido. Gran suerte la suya. La desgracia ha sido de los socios que aprontaron un capital considerable.

Para cumplir el objeto de este artículo quédanos que hablar de la navegación submarina. Y lo haremos resueltamente aunque con cierto temor porque, aunque hablemos palabras de verdad, incurriremos en apasionadas censuras de los que no quieran ver la rectitud de nuestras intenciones.

Toda la gloria de esta empresa corresponde por entero al señor Monturiol. Él fué el primero que con admirable ingenio resolvió el problema de la submersión y propulsión en el año 1856, mucho antes de que se descubriese el principio del aparato servo-motor. Los ensayos se hicieron en la bahía de Barcelona á presencia del general O'Donnell que asistía por orden de doña Isabel II. El ictíneo se sumergió; navegó por la bahía durante media hora y se repitió el experimento cuantas veces lo creyó necesario el delegado regio. Pedía Monturiol con vivas instancias recursos al Estado para proseguir sus admirables ensayos. Pero los ofrecimientos capciosos que se le hicieron le desalentaron, se retiró á su hogar y en él tranquilo y resignado falleció hace tres ó cuatro años ¿Qué ocurrió de desagradable en este asunto? Oficialmente hubo un ensayo; un ofrecimiento y una negativa de aceptación. Realmente hubo una consulta secreta de O'Donnell á un personaje científico; un informe apasionado de éste contrario al proyecto y una encubierta oposición al mismo en las esferas oficiales que, como siempre, dió tiempo y ocasión á tentativas más felices en el extranjero. ¡Coincidencia singular! Hace cuatro siglos en la misma bahía de Barcelona, á presencia del tesorero Rávago delegado por el emperador Carlos V hizo Blasco de Garay los primeros ensayos de aplicación del vapor á la propulsión de los buques. El ensayo fué satisfactorio. El informe desfavorable de Rávago dió á Fulton la gloria debida á Blasco de Garay. ¡Tal vez, siglos andando, habrá algún Arago que niegue á Monturiol la gloria que de justicia le corresponde!

La semilla ya estaba echada. Aprovecháronse de ella en el extranjero; y pocos años después se hicieron ensayos con mediano éxito en los Estados-Unidos. Luego en Inglaterra y Dinamarca aplicando la electricidad como motor. Un nuevo principio de física permite aplicar á la navegación submarina la aguja libre de perturbaciones del hierro del casco. El principio del servo-motor simplifica considerablemente la propulsión, la submersión y la dirección. Con todos estos elementos se aborda nuevamente el problema en Dinamarca. En el segundo ensayo, en que se proponían atrevidamente realizar la navegación submarina, el ictíneo y los tripulantes quedaron para siempre sumergidos en el fondo del mar. En Francia Kreb hace nuevos ensayos en Tolón; y con modestia suma dice y confiesa que de ninguna manera se resuelve á tentativas de navegación porque la pérdida es segura. ¡Como que el foco eléctrico sólo da un radio de visibilidad de 40 metros y necesita cuando menos una milla!

Por esto se ve que así como en la navegación aérea la visibilidad no ofrece problema alguno y sí lo suscita – y muy grave – la propulsión, en la navegación submarina, por el contrario, la propulsión está resuelta y el campo de visibilidad es la gran dificultad aun no resuelta ni salvada.

Es sabido que poco después del acontecimiento de las Carolinas, el ilustrado oficial de Marina señor Peral ofreció al gobierno y al país resolver este problema. La prensa política con grandes alardes de patriotismo acogió irreflexivamente el proyecto como cosa hecha que nos había de poner á la cabeza de las modernas potencias debeladoras del mundo. Amigos imprudentes de Peral le comprometieron horriblemente presentándolo como descubridor de siete inventos; entre ellos un foco luminoso que daba un radio de visibilidad de siete millas bajo el agua. ¡Ciérrate boca porque la risa estalla!

Todos sabemos lo que hasta hoy se ha hecho. Navegación por la superficie y submersión á un metro. Esto ya se había efectuado en América, Dinamarca y Francia á mayores profundidades y mucho antes que nadie lo hizo Monturiol en Barcelona.

En resumen; el señor Peral ha ofrecido la navegación submarina, que no ha realizado porque las dificultades de visibilidad son hasta ahora insuperables. Los medios de que ha dispuesto el señor Peral son estos:

Propulsión con motor eléctrico de acumuladores. – Estaba hecho antes que lo hiciera el señor Peral.

Instalación de la aguja libre de perturbaciones. – Estaba resuelta en virtud de un nuevo principio.

Aplicación del servo-motor. – La aplicación no tiene nada nueva.

A pesar de todo, nosotros más amigos del Sr. Peral que aquellos que nos aturdieron con su chillería de gritos patrióticos, esperamos que este distinguido oficial de nuestra Marina perseverará en su empresa con la fe necesaria para conseguir la realización de sus proyectos, cosa que, á decir verdad, consideramos difícil.

RAMÓN ESCANDÓN

EL PRIMER VIAJE

POR DON AUGUSTO JERÉZ PERCHET

Episodio

I

– Insisto, señor cura. La teoría tiene bastante fuerza para suplir los efectos de la práctica en todos los casos.

– Amigo mío, está V. en un error y tanto, que si alguna vez procede según ese modo de discurrir, sufrirá graves desengaños.

– No lo espero.

– Sin embargo, lo que digo es perfectamente exacto.

– Entonces ¿de qué sirven los estudios?

– De mucho; pero entre las ideas que con ellos se adquieren y la aplicación de esas mismas ideas, hay gran distancia

– No nos entendemos, señor cura.

– Claro que no. Como que cada uno de nosotros va por distinto camino.

– Pues yo me atrevo á demostrar á V. que estoy en lo firme.

– Ojalá sea yo el equivocado.

– Y confío en que, Dios mediante, la demostración ha de tener lugar muy pronto.

– ¿De qué manera?

– Vamos á pasar en Málaga la temporada de baños de mar.

– ¿Qué dices, Prudencio? – gritó una voz de mujer.

– ¿Es posible, papá? – preguntó otra voz femenina, menos grave que la primera.

– ¡Papá!... – gruñó, por último, una tercera voz infantil, pero robusta y entonada.

– ¡Ja! ¡ja! – dijo riendo el cura. – Ha puesto V. en conmoción á la familia.

– Como que ignoraba mis propósitos, – repuso el llamado D. Prudencio.

– Bien, muy bien. Me agrada la determinación, aunque no la estime completamente oportuna.

– Málaga tendrá pronto un atractivo que ha de permitirme completar todo lo que me han enseñado varios libros de Julio Verne.

– ¿Cuál?

– He leído en un periódico de Granada que dentro de seis ó siete días llegará el vapor *Alfonso XII* á aquel puerto.

– ¿Y V. piensa?...

– Pienso visitarlo y conocer la realidad de las cosas marinas que tan admirablemente describe Julio Verne. Ya sabe V. que soy un marino consumado.

– Pero si no ha visto V. el mar!

– Eso no importa. Sin conocerlo, aseguro que lo miro como un antiguo amigo y compañero.

– ¡Vuelta á las andadas! Siempre el mismo tema de la práctica y la teoría.

II

La conversación precedente había tenido lugar en un pueblo de la Vega de Granada.

Vivía en el susodicho una familia ricachona, de buenas costumbres y de candidez rayana en la necedad, compuesta de un matrimonio y dos hijos. Era aquel D. Prudencio y doña Angustias; y eran estos Nicolasa y Pascual, á quien deudos y conocidos llamaban *Pascualico*.

Don Prudencio y su esposa tenían, respectivamente, cincuenta y dos y cincuenta años, y no ofrecían rasgo



TRISTE NOTICIA, cuadro de Pinfold, grabado por Baude (Exposición Universal de París)



EL NUEVO TEATRO

proyecto presentado por el empresario Sr. Fer



DE BUENOS-AIRES

rari, trazado por el ingeniero Sr. Tamburini



INSTRUCCIÓN RELIGIOSA EN MARRUECOS, cuadro de Hirsch, grabado por Baude (Exposición Universal de París

alguno notable. Habían engordado un poco, merced á la edad, y sobre todo, la señora presentaba un delicioso tipo de característica, según las aficiones de nuestro Teatro, cuando estaban en boga las comedias de Moratín. Verdad es que el olvido de la moda contribuía á dar un acentuado relieve al personaje, puesto que se identificaban á maravilla con el aspecto físico de doña Angustias sus gustos en el vestir.

Menos montaraz que su esposa, cifraba D. Prudencio su orgullo en ser hombre del día, pero por su desgracia y aunque otra cosa creyese, mediaba un abismo entre sus pretensiones y el realismo de la exactitud.

Ni D. Prudencio ni su familia habían viajado. Nacieron á orillas del terruño, crecieron en el pueblo y limitaban sus aspiraciones á contemplar los próvidos campos de la Vega, á deleitarse en el panorama de Granada que surgía en el lejano horizonte y á recorrer la hermosa capital el día de la *Toma* y el del *Corpus*. He aquí las novedades que rompían periódicamente la existencia monótona de aquellos individuos y que un demonio tentador, imbuído en la imaginación de D. Prudencio, quería modificar ahora.

Nicolasa, joven de diez y siete años, sólo gustaba en el concepto de placeres y distracciones, la prosa del cuotidiano paseo en coche á tal cual predio rústico, y el cuidado de las aves de corral.

La tertulia de su casa limitábase á los notables del pueblo, y allí se hablaba siempre lo mismo: Si llueve; si no llueve; si el tiempo es bueno para aventar; si hogaño *cargan* los olivos; si el cáñamo presenta este ó el otro aspecto, etc., y para que todo contribuyese al sopor intelectual, la pobre muchacha apenas tenía atractivos naturales que pudieran servir de estímulo á la gente moza, en eso de requerirla de amores.

Pascual contaba catorce años, y á juzgar por su desarrollo de atleta, se le podían asignar casi otros tantos; pero, según suele acontecer, el cuerpo crecía á costa de la inteligencia.

Oyó mencionar varias carreras y, olvidando que ganaba penosamente en el Instituto de Granada los cursos de latinidad, cifraba sus ilusiones en ser ingeniero agrónomo, así para satisfacer un vehemente deseo, cuanto por lo que pudiera servir á la posición de su padre.

III

Poco después del toque de *Animas* retiróse la tertulia que llenaba en el domicilio de D. Prudencio una anchurosa estancia, mitad cocina y mitad salón, donde en invierno ardían poderosos troncos, bajo la campana de chimenea descomunal.

– Oye, Prudencio, – preguntó doña Angustias, luego de despedirse los amigos y cerrar la puerta de la calle, – ¿qué has dicho de Málaga y de los baños de mar y de un barco que quieres ver?

– Lo que has oído, – repuso D. Prudencio.

– Pero, hombre de Dios, ¿qué necesidad tenemos de baños de mar? Ninguno de la familia los ha tomado nunca, y á ninguno le hacen falta, y todos estamos saludables y gordos.

– Mujer, los baños son un pretexto; la verdad es otra.

– Y ¿hemos de sufrir, por un pretexto, los peligros de un viaje?

– Yo te diré...

– Por mucho que me digas, no veo la precisión de ese viaje. ¡Cuidado con el capricho de exponernos á seis ó siete horas de ferrocarril, á vivir en la fonda, cosa que jamás hemos hecho, á tratar gentes desconocidas y á entrar en un barco, que es invención del mismo diablo!

– Mira, Angustias, hay varias razones que justifican mi proyecto. Es indispensable, para alternar dignamente en la sociedad, tener experiencia de la vida y demostrar con datos aquello que se dice. Lo contrario, equivale á ser un majadero.

– Pues, hijo, yo creo que tú eres el majadero, si te propones tantas lindezas, por figurar como un hombre extraordinario en nuestra sociedad, reducida al cura, al alcalde, al secretario y á media docena de labradores.

– Déjate de exageraciones. El saber no ocupa lugar y conviene adquirirlo cuando se presenta la ocasión.

– La ocasión no se presenta ahora; es que tú vas á buscarla.

– Tanto da.

– Te equivocas.

– Me obligas á que lo aclare todo.

– Y yo me alegro mucho de que te decidas á ser franco.

– Aun suponiendo que este viaje ofrezca motivos de alarma, hay que sacrificarse por nuestros hijos.

– No entiendo.

– Ellos empiezan á entrar en el mundo, y les ha de servir eficazmente una lección de geografía práctica. Me parece que el pensamiento no puede ser combatido.

– Mamá, – interrumpió Nicolasa, – yo quiero ir á Málaga.

– Y yo, – repitió Pascualico.

– ¿Lo ves? – añadió gozoso D. Prudencio. – La mayoría está en contra tuya.

– ¡A Málaga! ¡A Málaga! – gritaron los dos hijos, y en presencia de semejante actitud, acaso precursora de un motín casero, la buena madre exclamó:

– Está bien; me resigno. Vamos á Málaga, y á los baños, y al vapor.

– Yo te aseguro que no te pesará, – insistió D. Prudencio, mostrando una sonrisa de superioridad, como del hombre que disculpa la ajena ignorancia.

IV

Difícil fué la tarea de colocarse en condiciones de hacer la expedición. Además de no haber viajado, carecía la familia de D. Prudencio de relaciones con personas peritas en el particular, de suerte que, por intuición antes que obedeciendo á la necesidad ó la conveniencia, salió del apuro. Verdad es que al delicado gusto suplía el alarde rumboso y á la elegancia el chocarrero atavío; pero al cabo y tras multitud de visitas á Granada, todo quedó listo.

La noticia del próximo viaje corrió por el pueblo y seguidamente engendró distintos comentarios. ¿Qué había sucedido para que aquella familia adoptase tal resolución?

– Yo creo, – decía uno, – que eso de dejar la casa propia y meterse en aventuras es un desatino.

– Pues yo, – advertía otro personaje, – no critico la conducta de D. Prudencio. En los viajes se ve mucho.

– Desengáñese V., – replicaba un nuevo interlocutor, – por mucho que se vea, no encontrarán en parte alguna estos olivares, ni estas tierras de pan llevar.

– Sin embargo, – observaba un aristócrata exhausto de rentas, – yo envidio á D. Prudencio; y aseguro que si mis negocios me lo permitiesen no me habría tomado la de lantera.

– Por mi parte, – decía el indispensable misterioso de la localidad, – difiero de todo lo que Vds. creen. Ese paseo á Málaga tiene otro objeto.

– ¿Qué está V. hablando?

– La verdad. Aquí se trata de un asunto de trascendencia.

– ¿A ver? ¿A ver?

– Se trata de casar la niña

Y con murmuraciones y diálogos tan insulsos como éste, los desocupados del pueblo mataban el tiempo, abriendo por este sistema un paréntesis á su existencia uniforme y reposada, en la que no entraban como factores las impresiones constitutivas del claro-oscuro á favor del cual las facultades del hombre se ponen en juego y cumplen sus respectivas misiones.

V

La aparición de D. Prudencio, su esposa y sus hijos en la estación del ferrocarril ofreció un espectáculo de novedad. No de otro modo que si se tratase de abandonar para siempre el hogar querido, acudieron en son de despedida los criados de la casa y hasta la gente de los cortijos.

Cada cual, recordando lo que había oído, se atrevía á dar un consejo, siempre escuchado con respeto, pues la gente aquella creía asunto de trascendencia empaquetarse en el coche y dejarse llevar por el vapor; esto es, por una fuerza que no acertaba á comprender á pesar de las noticias (sobrado confusas) de D. Prudencio, quien alarmado como su familia, procuraba sonreir de manera heroica, para inspirarle valor en tan críticas circunstancias.

Rugió la locomotora, y á su estridente sonido lanzó doña Angustias un grito y balbuceó estas palabras, dirigiéndose á su esposo:

– ¡Cuando te he dicho que es una locura este viaje!...

– ¿Por qué? – preguntó D. Prudencio, amarillo como la cera.

– Porque esto no se parece á nada. A mí me gustan las cosas muy claritas, y aquí no sabemos quién tira de todos estos carromatos.

– Ya te lo he explicado mil veces.

– Pues tu explicación no entra en mi reino.

Volvió á sonreir D. Prudencio y para dar ejemplo, subió á un coche de primera y colocó los variados objetos de viaje, entre los cuales figuraban sacos de mano, el lío de bastones y paraguas, y una cesta panzuda y de dimensiones extraordinarias.

La campana dió la primera señal y D. Prudencio, que estaba al tanto de los detalles reglamentarios, exclamó:

– ¡Arriba!

Obedecieron hijos y esposa, despidiéronse de cuantos habían ido desde el pueblo para darles el adiós postrero y á poco un silbido imponente, agudo y desgarrador, fué el último preludio de la marcha. Gimieron las cadenas, extendidas con rigidez, y el convoy comenzó á deslizarse sobre la vía.

– ¡Dios nos saque con felicidad! – exclamó doña Angustias, mientras se santiguaba temblando.

Nicolasa imitó á su madre y Pascualico limitóse á abrir la boca.

En cambio, D. Prudencio, algo trémulo pero afectando sangre fría, encendió un cigarro, pasó las piernas desde su asiento al de enfrente y entregóse á la contemplación del paisaje, con indolencia musulmana.

Un poco más allá de Loja cruzaron el primer túnel, tan corto, que no hay necesidad de encender las lámparas de los coches; y al advertir doña Angustias la transición de la luz á la oscuridad y el cambio de ruido del tren, ahora profundo y medroso, le fué imposible reprimir una frase de espanto y desfallecimiento. Palpando en las tinieblas logró agarrarse á su marido y llorosa exclamaba:

– ¡Esto es el fin del mundo!

– ¡Vámonos á Granada! – decía Nicolasa.

– ¡Papá! ¡papá! – repetía Pascualico.

– Tranquilizaos; no es nada, – replicó D. Prudencio más muerto que vivo.

De pronto se hizo la luz, apareció á uno y otro lado de la vía la feraz campiña, y entonces el viajero se apresuró á murmurar, no repuesto del susto:

– ¡Era un túnel!

En Bobadilla el estupor de los expedicionarios llegó al colmo.

– ¡Bobadilla, veinte minutos!

He aquí las palabras que primeramente hirieron sus oídos.

Allí había movimiento desusado; locomotoras que caminaban en distintas direcciones; mucha gente en el andén de la estación; camareros del restaurant, que se acercaban á los coches preguntando si los viajeros iban á almorzar.

El caso no estaba previsto por D. Prudencio y hasta el mismo Julio Verne quizá había omitido su mención

Los excelentes lugareños se miraron silenciosos y aquella mirada equivalía á una interrogación.

– ¡Seguidme! – dijo súbito D. Prudencio.

Todos bajaron sin titubear, llevando consigo la *impedimenta* que descansaba en el enrejado y en el suelo del carruaje.

– Vamos al restaurant, – añadió en tono imperativo.

Y fueron, efectivamente, al restaurant.

Allí los dejó perplejos otra sorpresa. Una de las mesas mostraba sencillo aspecto y la otra aparecía engalanada con centros, flores y diferentes accesorios que acusaban buen gusto. ¿Dónde se sentarían?

– Oye, Prudencio, – advirtió doña Angustias, – la mesa de tanto lujo me parece que será para algunos convidados

– Así lo creo, – repuso el marido.

– Entonces, nos colocaremos en la modesta.

Lo hicieron y la expectativa del almuerzo borró las impresiones de terror.

– ¿Qué va á ser? – preguntó un camarero.

– Hombre, – contestó D. Prudencio, – para *hacer el estómago*, empezaremos por unas sopas de ajo.

– No hay, caballero.

– Entonces, una sopa cualquiera y un guisado de cabrito.

– No tenemos cabrito.

– Hombre, hombre, ¿y á esto le llaman un restaurant?

– Caballero, estamos perdiendo el tiempo, y dentro de diez minutos sale el tren para Málaga.

– Bueno, – dijo con filosofía D. Prudencio; y dirigiéndose á Pascualico le pidió la cesta. Diósela el mocetón, sacó el padre de las profundidades de aquella especie de tinaja un trozo de longaniza perfumada y roja, que parecía una culebra, y quiso entregárselo al camarero, diciendo:

– Tome V., y que nos frían eso.

El camarero, impacientado, se limitó á observar:

– Aquí no preparamos las comidas que nos traen.

– Y ¿qué hemos de hacer? – arguyó doña Angustias.

– Las frioleras que vienen en la cesta son para luego. Nosotros estamos en ayunas y toda esa gente, sean ó no convidados, se atracan en la mesa grande.

– Precisamente iba á indicar á los señores que debían sentarse á la mesa redonda y tomar lo que los demás viajeros.

La familia invadió la mesa vecina y comenzó la tarea de saciar el apetito. Pero ¡oh desencanto! Habían desperdiciado el tiempo de que les hablaba el mozo y apenas colocados los forasteros en las sillas, oyeron las palabras de ritual:

– Viajeros para Málaga; faltan cinco minutos.

Casi á la vez, uno de los camareros, provisto de la tradicional bandeja, empezó á pedir el importe del almuerzo.

– ¡Esto es un escándalo! – vociferaba doña Angustias.

– Todavía no hemos abierto la boca y ya nos asustan con que se va el tren, y nos exigen el precio de un almuerzo que no hemos probado.

– Hay que resignarse, – contestó D. Prudencio, y se apresuró á pagar la cuenta.

Los viajeros salían, entretanto, del comedor y la familia de la granadina Vega hizo lo propio, renegando de Bobadilla y del restaurant.

Sonó la campana y el tren volvió á partir.

Era necesario reparar las fuerzas, y después del triste desengaño recién sufrido, D. Prudencio y su gente tuvieron que recurrir á la cesta. Apareció de nuevo la apetitosa longaniza y no hubo más remedio que devorarla cruda, con lo cual dejaba en las manos sanguinolentas huellas.

(Concluirá)

LA LEYENDA DEL FARO DE EDDYSTONE

(Continuación)

—No debe V. ofenderse, cuando no ha habido motivo para ello. Estoy muy satisfecho...

—¡Oh! no me ofendo por tan poco,—dije interrumpiéndole.—Además nuestra situación es muy parecida: al desembarcar hace un mes en Inglaterra, encontré á mi madre, mi hermana y mis dos hermanos enterrados y hacía ya tiempo que mi padre los había precedido en la tumba, así es que estoy solo, enteramente solo en el mundo.

—¡Mala suerte! – contestó el escocés con voz gangosa; —pero El que cuida de las avecillas del cielo...

—Sí, sí, es verdad;—interrumpí temiendo un sermón; —los hombres no pueden vivir siempre, tarde ó temprano han de morir; y no hay que apesadumbrarse por ello.

—Siempre es un consuelo expresarse así, cuando se está bien penetrado del sentido de esas palabras.

Había en aquel hombre cierta cosa que desanimaba y que había influído en mí al verle por primera vez: ¡eran tan fastidiosas sus palabras y sus miradas! Pero no queriendo dejarme llevar de aquella impresión, me puse á charlar animosamente; canté, bromeé y conté toda clase de anécdotas sobre mis aventuras en el transcurso de mi agitada vida, algunas de las cuales eran muy divertidas.

Pero nada me valió, y aunque el viejo devoto dijera que mi conversación le parecía agradable, lo cierto era que no le gustaba. Escuchóme con mucha calma sin interrumpirme una sola vez; pero ví que mi jovialidad le cuadraba tan poco como á mí su humor atrabiliario.

Entre tanto pasó la hora, y después de hacerme una porción de encargos sobre la lámpara, los reflectores y el servicio, me dejó solo. Así que se hubo marchado, pensé cuán duro é injusto era que un hombre como yo, dotado de talentos naturales y que había recibido una buena educación, tuviese la misma suerte que un escocés viejo, ignorante y estúpido, y me lamenté de no saber cuándo llegaría el tiempo en que ocupara en la sociedad el puesto que me correspondía. ¡Ah! este tiempo todavía no ha llegado. Muchos años han transcurrido desde que era yo guardián del faro de Eddystone y en este largo intervalo he desempeñado muchos empleos indignos de mí.

A pesar de todo, convenía conmigo mismo en que estaba mejor en aquel escollo solitario que en la cubierta del *Neptuno*, donde no solamente tenía que soportar toda clase de padecimientos físicos, sino las burlas y el carácter pendenciero de mis groseros camaradas. Y al pensar en que, no poseyendo un céntimo, hubiera tenido que buscar otra vez una colocación al lado de aquellos salvajes ó ponerme á mendigar, consideré mi situación con mejores ojos.

Pasé algún tiempo entregado á estas ideas y haciendo otras consideraciones análogas: luego procuré acomodarme para pasar la noche del mejor modo posible, pero en vano; todas las posiciones me parecían molestas; sentía una especie de inquietud, y me decidí á ir abajo á hacerme un vaso de grog y á buscar la caja de música. El viejo guardián dormía, pero un leve ruido que hice al pasar cerca de su cama, le despertó sobresaltado.

—¿Qué sucede? —preguntó con acento de terror. —¿Qué quiere V.?

—No es nada, no se asuste V., —le contesté. —He bajado á buscar un vaso de grog y mi caja de música.

—¿Y por tan poca cosa se atreve V. á separarse de la linterna?

Y así diciendo, subió por la escalera como un loco.

Cuando hube preparado mi bebida y cogido la caja de música, subí á mi vez riéndome del espanto y del enojo del escocés. Hice mal sin duda en abandonar mi puesto, pero el daño no era grande y su conducta me parecía absurda por demás.

—Vamos, buen viejo, —le dije al llegar á la linterna, —no ponga V. esa cara tan hosca. No parece sino que he cometido un crimen por querer beber un vaso de grog. Vuélvase V. á la cama, ó atrapará un resfriado, y entonces tendré que cuidarle como á una criatura. Ea, márchese V.; no me separaré más de mi puesto.

—¿Puedo contar con ello? —me preguntó con un aire de angustia que me hizo reir.

—Sí, hombre, sí; ya no necesito nada. Baje V. y métase entre sábanas. Le juro á V. que hará mal en estar intranquilo.

Guardó silencio y volvió á su cuarto. Yo hice marchar mi caja de música algún tiempo y apuré el grog; y ya fuese que este licor me produjese el efecto de un narcótico ó que estuviese cansado de resultas del baile y la broma de la noche anterior, lo cierto fué que me dormí profundamente y no me desperté hasta el amanecer. Cuando abrí los ojos y ví que despuntaba la aurora, me apresuré á apagar la lámpara, y en seguida bajé á reunirme con mi compañero. Almorzamos, y para postres me echó la reprimenda que esperaba.

—Joven, —me dijo, —anoche hizo V. muy mal en separarse de la linterna, y no debe V. cometer otra vez la misma falta.

—¡Bah! no hay que hablar de ello. El mal no fué grande ni podía serlo.

—Usted, que ha navegado, debe saber muy bien que no podía abandonar su puesto estando de guardia.

—Es verdad, —le repliqué; —pero un faro no es un barco. Aquí no hemos de temer los golpes de viento; las rocas que nos rodean no tienen nada de amenazadoras para nuestras personas ni para nuestra vivienda.



LA OCASIÓN HACE AL LADRÓN, dibujo de H. Lefler

—¡Excelente modo de pensar! —exclamó. —Es muy cierto que nosotros no corremos peligro alguno, joven aturdido; pero si en la linterna ocurriese algún desperfecto y cesara de servir de aviso á los marinos, ¿qué sería de los hombres en cuyo favor se ha elevado este faro sobre las olas tumultuosas?

—Pero por cinco minutos tan sólo...

—No debe V. abandonar sus funciones ni un momento. Tanto V. como yo estamos aquí para cuidar de la lámpara. Si por negligencia nuestra llegara á estrellarse un buque contra las rocas que nos rodean, podría imputársenos como un crimen la muerte de cada hombre; seríamos homicidas, asesinos! No, no busque V. una disculpa imposible; demasiado sabe V. que ha obrado mal. Si pudiera suponer... pero por ahora no ha sido más que un simple aturdimiento, y confío en que no se repetirá. Olvidemos pues un momento de error.

Por mi parte no pensé más en él. Desgraciadamente, no tardó en ocurrir una circunstancia trágica que me hizo recordar estas palabras: «Si por negligencia nuestra llegara á estrellarse un buque contra las rocas que nos rodean, podría imputársenos como un crimen la muerte de cada hombre.» Mas por el momento, estas frases no me hicieron impresión alguna, mejor dicho, me burlé de ellas y de la gravedad del escocés, aunque para ello aguardé á estar solo, porque á la sazón había en su mirada, en su acento y en su fisonomía un no sé qué de solemne que me imponía á mi pesar.

Estaba escrito que aquel día habíamos de reñir. Había yo bebido muchos vasos de grog, no tanto por necesidad cuanto por hacer algo, y como mi compañero lo notase en vista de lo que bajaba el nivel del ron en la botella, cerró el armario en que estaban los licores y se metió la llave en el bolsillo. Fingí no verlo; pero deseando poco después otro vaso, me acerqué al viejo, que estaba en la galería circular de la linterna, y le dije cortésmente:

—Tenga V. la bondad de darme la llave del armario.

—No, joven, no puede ser. Veo que no sabe V. contenerse; en adelante tendrá V. su ración diaria y ni una gota más.

—¿Con qué derecho me tasa V. la bebida? —exclamé.

—Déme V. la llave, viejo chocho, ó sabrá V. quién soy yo.

Le cogí del brazo; pero con la rapidez del relámpago y sin que me fuera posible impedirlo, tiró la llave al mar.

—Ha querido V. valerse de la fuerza, —me dijo con brusquedad, —porque es V. más joven y robusto que yo. Ahora toca V. las consecuencias de su mal propósito: vea usted lo que me ha obligado á hacer. En adelante no tendrá V. ni una gota de grog, porque no se atreverá V. á romper la cerradura; por lo menos supongo que no lo intentará V. porque la fractura quedaría bien patente. Pero si tiene V. juicio, no diré una palabra de lo sucedido, porque no me gusta delatar á nadie.

Por toda respuesta, dí al viejo un violento empujón y desde aquel momento fuímos enemigos.

Estaba en lo cierto al decir que no me atrevería á romper la cerradura del armario, porque se hubiera echado de ver tan luego como hubiese venido la lancha, y el lance quedaría descubierto. Probé todas las demás llaves, pero ninguna iba bien. Para colmo de desdicha, había pleamar en el momento de nuestra disputa; y cuando las aguas bajaron, hice toda suerte de pesquisas para encontrar la llave, pero en vano.

Trascurrió el día sin aburrirme; verdad es que el enojo me impedía pensar en mi posición. Tocóme de vigilancia durante la primera mitad de la noche; presté mi servicio, y cuando dieron las doce, bajé á mi cuarto y me dormí profundamente.

Por espacio de dos ó tres días mi tristeza fué en aumento, y al fin me convencí de que mi situación era insoportable: al ver la inutilidad de mis esfuerzos para resistir al desaliento, me dí por vencido en la lucha. Había procurado distraerme leyendo el libro de chistes y cantando las canciones en que terminaba; había hojeado algunas de las obras de la biblioteca de mi compañero, cuando él no estaba allí; pero nada de esto produjo el efecto deseado. Necesitaba violentarme mucho para comprender el contenido de las páginas que tenía á la vista, tan vagas eran mis ideas; y cuando quería cantar, mi voz producía un sonido tan hueco, tan triste, tan monótono, que me asustaba, pareciendo agravar mi desdicha. Mi caja de música, con su eterna uniformidad, me irritaba y acabé por no hacer caso de ella... Renuncié á mi proyecto de escribir mi biografía, pues como jamás estaba en la disposición de ánimo necesaria, no pude redactar más que la primera página. No tenía absolutamente nada que hacer, nada que esperar, nada que temer, nada que desear, nada en fin que pudiera causarme una preocupación ó inspirarme una idea. Mi cuerpo y mi imaginación estaban condenados por igual al reposo. Tampoco me era posible distraerme haciendo ejercicio, porque en aquella torre estrecha estaba encerrado como en una jaula: empecé á comprender la inquietud, la agitación perpetua de los animales cautivos y á simpatizar con su dolor; pero me parecían más dichosos que yo, porque no tenían un alma para sufrir, como la mía, los tormentos de un encarcelamiento moral.

A veces pensaba en la vida que llevaban los habitantes de Plymouth, de los que sólo estaba separado por algunas millas de distancia. ¡Qué cruel diferencia entre nuestra respectiva suerte! Me los figuraba en toda la actividad de su existencia, moviéndose entre la muchedumbre, saludando á sus conocidos, hablando, bromeando, comprando, vendiendo, leyendo periódicos, yendo á los teatros, y disfrutando de todo género de placeres. Veía en mi imaginación el arsenal, lleno de operarios activos que atronaban el espacio con el ruido de sus hachas y martillos; veía la alegre multitud de marineros y grumetes, el puerto donde se cargaban y descargaban los barcos, etc. etc., y mientras todas las escenas en que pensaba sucedían realmente, yo estaba cautivo en una torre aislada, sin otra cosa para distraerme más que el rumor monótono del Océano, y la vista, más monótona aún, de sus oleadas sin límites!

Cada hora del día reproducía en mí estas ideas; por la mañana me representaba el despertar de la industriosa ciudad, la apertura de las tiendas, la circulación naciente de las calles, las caricias de las familias antes de dar principio á los trabajos del día; por la noche pensaba en las reuniones junto al hogar, en las conversaciones íntimas, y en el momento de darse unos á otros y con repetición las buenas noches. Y á mí, ¡desdichado! aquellos instantes no me recordaban otra cosa sino mi soledad, mi dolor, mi desaliento y mi miseria, con la abrumadora uniformidad de un inmóvil porvenir!

Los barcos que pasaban no podían inspirarme el interés y la simpatía que se sienten cuando uno está mecido como ellos por el movimiento de las olas. Yo envidiaba á los marineros, reunidos fraternalmente en ellos, alegres y sin cuidados: el buque los llevaba á un puerto; su existencia tenía un objeto! Ninguno de ellos pensaba en el pobre custodio del faro; y sin embargo, este custodio velaba y sufría por ellos. Así era que la aparición de un buque me contristaba más y más; considerábame como un infeliz proscripto, abandonado en una isla desierta, que columbra un barco sin que la tripulación lo divise. La vista de la tierra me producía el mismo efecto: con un telescopio




Candelabro dibujado por M. Moreau y fabricado por M. Christofle y C.ª


Jardinera de granito, (Thiebaut hermanos)


Vaso fabricado por M. W. Brownfield é hijos, Cobridge

distinguía algunas casas: el labrador encontraba en ellas, al regresar de sus diarias faenas, una familia, unos compañeros de su modesta existencia, mientras que yo estaba solo, enteramente solo, porque un viejo insoportable no constituía sociedad alguna para mí.

A veces me ponía á llorar y me desesperaba horas enteras como una criatura; pero las lágrimas no me deparaban consuelo. Los días me parecían interminables, y sin embargo, al terminar cada uno no sentía la menor satisfacción, pues sabía que al día siguiente me había de consumir el mismo tedio. Tenía mi reloj colgado de un clavo para apreciar mejor la rápida marcha del tiempo, mas parecíame que no se movían las saetas: entonces decía entre mí: «Voy á pasar un gran rato sin mirarlo,» y cuando creía transcurrido un buen intervalo, volvía á contemplarlo y veía que sólo habían pasado unos cuantos minutos. Al fin su monótono tic-tac acabó por ponerme nervioso, y me lo metí en el bolsillo para apagar su ruido, pero siempre seguía oyéndolo ó me figuraba oirlo. Para librarme de aquel suplicio, guardé el reloj en diferentes sitios; ¡inútil tentativa! su acompasado rumor no dejaba de perseguirme, hasta que en un rato de mal humor, lo hice pedazos. Arrepentíme en breve, porque desde entonces me fué imposible calcular el tiempo, ó únicamente podía hacerlo por el movimiento de las sombras que proyectaban los objetos al ser heridos por los rayos del sol, cuando el astro brillaba, cosa rara en aquella estación tempestuosa.

Tuve noticia de que algunos curiosos solían venir á visitar el faro, y los aguardaba con impaciencia, pero ninguno se presentó durante mi permanencia en Eddystone.

De este modo iban transcurriendo los días: no necesito describir ninguno de ellos, fuera de que no me sería posible aunque quisiera, porque no han dejado en mí ningún recuerdo. Aquella época se presenta á mi imaginación como un vacío; hasta cesé de calcular el tiempo, y acabé por ignorar en qué día del mes ó de la semana estábamos. Me parecía que vivía eternidades, y sin embargo, me engañaba torpemente, porque sólo había transcurrido una pequeña fracción de los seis meses de mi contrato.

En cierta ocasión logré vencer la repugnancia que me inspiraba mi compañero hasta el punto de resolverme á proponerle que jugáramos una partida de naipes. Había titubeado mucho tiempo antes de decidirme á ello; pero el fastidio pudo más. No creía ni remotamente que fuera posible negarse á tal proposición, por lo cual contaba ya con una distracción.

—¡Jugar á las cartas! — exclamó el viejo escocés. — ¿Está usted en su juicio? ¿No sabe V. que los juegos de azar son invención del demonio? ¿Quiere V. comprometer la salvación de mi alma por proporcionarme un placer frívolo, aun admitiendo que me gustase barajar esos pedazos de cartulina pintarrajeada? No, no: Dios me libre de semejante locura.

Tan brusca respuesta me sacó de tino. La presencia del viejo me fué de todo punto intolerable, y me habría encontrado mejor sin él. Ya me causaba horror, y le consideraba como la causa principal de mi infortunio. Si hubiese contado con un compañero alegre y jovial como yo, no me habría quejado tanto; por consiguiente, todos mis sinsabores procedían de su sequedad y de su egoísmo; por lo cual sentí hacia él un odio tan profundo, que aun detesto su memoria.

Por mi mal comprendí la causa de que se sonrieran cuando propuse firmar mi contrato por un año, y la de que hubieran desertado todos mis predecesores. El faro de Eddystone era una morada cruel. Había momentos en que me daban intenciones de romperme la cabeza contra las paredes y acabar de una vez mi vida miserable; otras veces quería arrojarme al mar, y en más de una ocasión bajé á las rocas durante el reflujo, con el propósito decidido de tirarme desde una de ellas; pero en el instante de ir á realizarlo, retrocedía, deteniéndome la vaga esperanza de un porvenir mejor. Parecíame oir una voz misteriosa que me decía: «Aguarda aún; todavía no ha llegado la hora.» Y sin embargo, pasaba el tiempo sin depararme el remedio supremo. Mi situación era cada vez peor. Una calentura lenta me abrasaba la sangre; tenía calambres en todo el cuerpo y atormentaban mi cerebro continuos vahidos. Me acosaba un inextinguible deseo de ocuparme en algo; el vigor natural de mi temperamento se rebelaba contra el sopor en que estaba sumido.

A veces creía volverme loco: notaba incoherencia en mis ideas; asaltábanme pensamientos raros y fantásticos, y costábame un trabajo inmenso desecharlos. Mi inteligencia vagaba sin cesar de un asunto á otro; en mis variadas reflexiones no había conexión alguna, ningún objeto les servía de base ni de centro. Creo que perdía efectivamente la razón, y á decir verdad hubiera querido estar convencido de ello, porque de este modo no tendría responsabilidad moral. A veces, en aquellos terribles días, no sabía si estaba despierto ó soñando; y confiaba en que todo era una especie de pesadilla que sacudiría en breve, riéndome luego de mi quebranto y mi zozobra. Pero los días se sucedían y la pesadilla continuaba.

Tal era mi vida en el faro de Eddystone. Con frecuencia había creído que el mayor suplicio corporal debía ser el de permanecer indefinidamente en una misma postura. Pues bien, lo que este tormento significaba para los órganos materiales, mi situación lo era para mi espíritu. Si yo tuviera un odio implacable á un hombre y se me diera la elección de mi venganza, me contentaría con encerrarle en una celda privándole de todo contacto con sus semejantes; le impediría oir el sonido de una voz humana, le prohibiría dedicarse á todo trabajo y á toda ocupación; en una palabra, haría el vacío en torno de su espíritu.

Manuel Aranda

(Concluirá)

Aparato para registrar en el fonógrafo un solo de cornetín. — Cuantos oyeron el fonógrafo en 1878 y le comparan con el de 1889 no pueden menos que admirar los progresos en él realizados durante este período de 11 años: las promesas hechas por Edisson se van realizando una tras otra y con razón puede esperarse el cumplimiento de otras que á primera vista pudieran parecer prematuras ó exageradas. El actual fonógrafo reproduce con maravillosa claridad no sólo las palabras sino los trozos ejecutados en el piano ó por medio de instrumentos de viento para lo cual se emplea una especie de trompeta acústica que recogiendo los sonidos los trasmite al receptor, según puede verse en nuestro grabado, y cuyas dimensiones varían según la clase de instrumento que se toca.


Aparato para registrar en el fonógrafo un solo de cornetín

(Tomado de *La Nature*)

Imp. de Montaner y Simón

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 18 DE NOVIEMBRE DE 1889 — NÚM 412

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

ÁRABE DE LA CALLE DEL CAIRO
Acuarela del natural, de Vicente Volpe
(Exposición Universal de París)

No vayan á figurarse nuestros lectores que se trata de un verdadero hijo del desierto; nada de esto, el Arabe de la calle del Cairo que tan bien ha pintado el artista italiano Volpe no es ni más ni menos que su modelo, un joven italiano que utilizando sus conocimientos en la lengua árabe, de la que posee bien que mal un centenar de palabras, y explotando la desenvoltura con que lleva el turbante (unos y otra aprendidos durante una estancia de cuatro años en Túnez) fué ajustado por un mercader marroquí y se ha ganado la vida este verano vendiendo turrones en el Campo de Marte.

¡Cuántos como este habrán pasado por exóticos de pura sangre en la Exposición recientemente cerrada!

BUSTO DE BRONCE:
estudio para el grupo «Sagunto» de A. Querol

Notable en extremo así por la expresión como por la verdad del modelado es el busto de Querol que le sirvió como estudio para el magnífico grupo *Sagunto*, que obtuvo medalla de oro en nuestra Exposición Universal del año pasado y que hace algún tiempo reprodujimos, por cual razón no entraremos acerca de él en detalles que ya entonces consignamos limitándonos á reiterar nuestros aplausos al distinguido compatriota.

Querol acaba de ser premiado con medalla de plata en la Exposición de París por el busto de Tulia que publicamos en uno de nuestros anteriores números.

Felicitámosle cordialmente por tan merecida como honrosa recompensa.

LA LECCION DE ESCRITURA,
cuadro de Enrique Pastelini

La lección de escritura entra de lleno en las tendencias de la escuela moderna que buscando la belleza en la verdad va dejando á un lado los asuntos que califica de relumbrón para trasladar al lienzo las escenas de la vida real moderna sin desdeñar siquiera aquellas que en no remota fecha hubieran sido, por su sencillez extrema, tachadas de eminentemente pueriles. Pastelini ha probado que aun dentro de éstas pueden encontrarse temas que impresionen agradablemente, pues nadie negará que las dos figuras de su cuadro sorprendidas por el pintor en un momento que bien puede llamarse prosaico forman un grupo encantador gracias á la expresión de los dos rostros, de los cuales el del niño es obra maestra, y á la admirable combinación de las cuatro manos: la ilusión es tan completa que, sin querer, espera uno ver correr la pluma y acabar la palabra empezada por el infantil pendolista guiado por la mano de la humilde profesora.

UN IDILIO EN LA ARCADIA
cuadro de C. Wunnenberg

Apoyada en un largo palo, llevando en la mano izquierda el cántaro de barro y acompañada de sus cabras favoritas, encamínase la gentil pastora á la cercana fuente pensando en el pastor amado que ha hecho nacer en su alma las dulces sensaciones del amor más puro. Distraída en tales pensamientos desciende los escalones del rústico sendero cuando llegan á sus oídos los tiernos trinos de melodiosa flauta. ¡Es él que escondido entre las ramas del frondoso laurel acechaba su paso para sorprenderla y repetirle una vez más sus amorosas protestas! Hasta aquí el cuadro, pero bien podemos suponer, sin temor de equivocarnos, que la hermosa Filis no irá sola hasta la fuente y que sus fieles compañeras habrán de mirar con envidia cómo prodiga al bello Amintas las caricias que para ellas creyeron exclusivas.

El pintor alemán ha atendido más á la leyenda poética que á la verdad histórica, pues sabido es que la Arcadia distó mucho de ser el país de los idilios tal como hoy lo imagina el vulgo y tal como en algún tiempo lo describieron los poetas bucólicos. Pero de todos modos su cuadro resulta una composición bellísima en la que un fondo pintoresco hábilmente trazado contribuye á hacer destacar la clásica belleza de la principal figura.

COCHEROS DE PLAZA,
dibujo á la pluma de G. de Ankarcrona

No es necesario haber estado en Alemania, de donde parece tomada la escena tan hábilmente dibujada por Ankarcrona, para apreciar la naturalidad con que este artista ha sabido reproducirla:



ÁRABE DE LA CALLE DEL CAIRO (Exposición Universal de París)
copia de una acuarela tomada del natural de Vicente Volpe

donde quiera que haya un paradero de coches de plaza, allí han de encontrarse tres ó cuatro modestos automedontes formando corro, enterándose de las noticias del día y esperando quien demande sus servicios, mientras sus flacos rocines descansan de sus fatigas y de los golpes apenas sentidos á fuerza de prodigados, sacudiendo de cuando en cuando sus morrales para hacer llegar hasta sus bocas los granos que yacen en el fondo casi perdidos entre una excesiva cantidad de paja.

MI RETRATO,

cuadro de Carlos Verlat. Vista de Jerusalén

Animado por la idea de que la pintura religiosa moderna sólo podría adquirir nueva vida y nuevas fuerzas rompiendo los gastados moldes del antiguo convencionalismo y estudiando práctica y detenidamente los Santos Lugares, emprendió Verlat un viaje de estudio por una parte de Egipto y por Palestina recorriendo á pie las áridas comarcas del desierto de Judá y las orillas del mar Muerto, montando su caballete en pleno campo donde quiera que veía algo digno de ser apuntado y pintando algunas veces bajo una temperatura de 45 grados Reaumur. Durante esta excursión, que duró dos años, pintó en el año 1875 su propio retrato, tal como lo reproducimos, en actitud de estar tomando apuntes de la ciudad de Jerusalén que en el fondo del cuadro se extiende. Resultado de este viaje fueron treinta cuadros que expuso en Amberes en 1877 con motivo del tercer centenario del natalicio de Rubens, y que causaron verdadera sensación, especialmente los de grandes dimensiones titulados *Vox Dei* y *Vox populi*, en los cuales desarrolló dos pensamientos originalísimos y magistralmente ejecutados.

Carlos Verlat que en 1869 y durante algunos años dirigió la Escuela de Artes de Weimar es actualmente director de la importante Academia de Artes de Amberes. Cuenta sesenta y cinco años, pero todavía conserva la plenitud de sus excepcionales facultades artísticas.

EL OSO POLAR «LILLIMORE»
cachorro del Jardín Zoológico de Londres

Este oso fué cogido en Spitzberg y enviado á los jardines de la *vía* Aberdeen llegando á Londres el día 2 de junio del presente año. Tiene unos siete meses y ha sido ofrecido á la Sociedad Zoológica por Mr. Arnold Pike: cuando llegó á la capital inglesa, su tamaño era el de un perro regular de Terranova y no se le colocó con los demás osos sino que se le puso en una jaula aparte y no se le permitió que se bañara á su antojo, dándosele de cuando en cuando algunas duchas. Durante su viaje á bordo del *Lillimore*, de donde tomó su nombre, fué muy atormentado por los grumetes á consecuencia de lo cual se volvió algo fiero.

CABEZA DE ESTUDIO, cuadro de E. Harburger

Edmundo Harburger pertenece á la escuela de los que en Alemania se denominan «pequeños pintores» calificación que sólo puede traducirse exactamente por «pintorores de escenas generalmente populares presentadas en cuadros de pequeñas dimensiones.» El posadero, el bebedor, el tendero y otros por el estilo son sus tipos predilectos; el interior de una bodega, el comedor de una posada y otros lugares análogos son los sitios que con preferencia reproduce; la minuciosidad, la exactitud en todos los detalles son su característica. Mas no se crea que sean estas las únicas cualidades del insigne artista, pues por encima de todas ellas está el color local, la vida que sabe imprimir en todas sus obras y que con razón le han hecho comparable con el ilustre Teniers.

La cabeza de estudio que reproducimos es un conjunto de primores que acredita cuanto llevamos dicho y al cual no hubieran desdeñado de poner su firma los grandes maestros de la antigua escuela flamenca, cuyos cuadros alegran la vista y regocijan el ánimo de cuantos visitan los mejores museos de pinturas.

LA LEYENDA DEL FARO DE EDDYSTONE

(Conclusión)

Así me vengaría si semejante castigo no fuese sobrado infernal, aun para la ofensa más grave; porque, aun admitiendo que ciertos crímenes merezcan la muerte, no hay nada que deba inducirnos á ejercer la misión del demonio, á viciar, á mutilar, á destruir las almas.

Durante este terrible período, busqué en lo posible un refugio en el sueño. Aparte de la época de mis comienzos, cuando me tocaba de guardia la segunda mitad de la noche, me tendía en el pavimento de la linterna y dormía á pierna suelta: la lámpara ardía como podía. Esta negligencia sistemática fué causa de otra riña con el escocés.

Haría poco tiempo que estaba yo de guardia cierta noche, cuando mi compañero subió y me encontró dormido. Esto sucedió unas tres semanas después de mi llegada á la torre, según pude conjeturar posteriormente, pues en el momento de entablarse la querella, había perdido yo toda noción del tiempo. Cuando me desperté, ví á mi escocés sentado tranquilamente á mi lado y leyendo su Biblia sempiterna. Contentóse con decirme que podía retirarme á descansar, si así era de mi agrado, y yo le cogí la palabra y bajé á mi cuarto.

A la mañana siguiente me preguntó si no me avergonzaba de haberme dormido y no haber desempeñado mi cometido, extrañándose de que tan poco celo me inspirasen mis deberes. Le respondí que, en cuanto á lo segundo, era una cuestión de conciencia que á nadie incumbía sino á mí, y en cuanto al sueño, le dije que dormía tan ligeramente, que de seguro me habría despertado si hubiera ocurrido algún desperfecto en el reflector.

– ¿Todavía pretende V. defenderse y justificar su conducta? Suponga V. que se hubiera incendiado la linterna. ¿No sabe V. que ya ha sucedido este percance y que el plomo derretido de la techumbre cayó en la boca de un torrero en términos de que cuando el médico hizo la autopsia del cadáver, le encontró ocho onzas de plomo en el estómago?

– ¿Y cree V., viejo marrullero, asustarme con esos cuentos ridículos? ¿Habrá quién crea que el plomo derretido ha corrido por el gaznate de un hombre hasta su estómago? No seré yo quien dé crédito á semejantes patrañas: guárdelas V. para un oyente capaz de digerirlas. Además, ni las mentiras ni las miradas furiosas de V. me impedirán dormir cuando me plazca; en lo cual no puede haber ningún daño, y siempre que esté cansado, dormiré; ¿lo oye V.?

Fijó en mí largo rato una mirada penetrante, pero no me contestó. Cogiendo entonces el libro de señales, lo consultó, escogió dos y subió á la galería. Al poco rato volvió, y poniendo sobre la mesa tintero, plumas y papel, me dijo:

– Acabo de hacer la señal convenida para que venga la lancha, y voy á escribir á la administración; tengo el deber de avisarle que V. no me ayuda.

– Haga V. lo que guste, – contesté con indiferencia.

Alegrábame en efecto de que las cosas hubieran tomado aquel giro, pues aunque debiera sufrir un castigo, la esperanza de salir de mi horrible prisión me enajenaba de júbilo. Subí al punto á la galería y dirigí afanosas miradas hacia el sitio por donde debía venir la lancha, y así pasé dos horas sin ver nada. Tan preocupado me tenía el deseo de recobrar mi libertad que no eché de ver hasta entonces la profunda agitación del mar, el cual azotaba el escollo de Eddystone con tal furia que la barca no hubiera podido acercarse á él. Grande fué mi desaliento, porque los vientos del equinoccio reinaban con toda su intensidad y al parecer aun continuarían mucho tiempo así. Sin embargo, me hice la cuenta de que aun cuando soplaran del mismo modo quince días, al fin y al cabo dos semanas no eran seis meses.

Reanimado con esta reflexión, bajé á reunirme con mi compañero.

– Vejete delator, – le dije, – puede V. guardar su carta para mejores días. No se acercará aquí ninguna lancha con el tiempo que hace, y esa carta no saldrá de aquí, ni yo tampoco, cosa que siento á fe mía.

– Lo veremos, – me replicó.

Y así diciendo, enrolló su misiva, y en seguida la metió en una botella que tapó y lacró cuidadosamente.

– ¡Calla! – exclamé; – he ahí un sobre de nuevo género; comprendo su intención de V., pero confieso que no le creía tan ingenioso.

Por la tarde apareció á lo lejos la lancha hendiendo con trabajo las olas para acercarse á la torre, y mi compañero hizo á los marineros seña de que se pusiesen al pairo á sotavento. Cuando se hubieron detenido, echó al mar la botella, que fué navegando hacia ellos, y tuve la alegría de saber que ya se conocía enteramente mi falta.

Por tres días consecutivos se mantuvo la lancha á la vela procurando en vano acercarse al faro. El cuarto y el quinto días un viento duro del sudoeste la impidió salir del puerto. Mientras tanto, el viejo hizo solo el servicio de noche, porque no quiso ya fiarse de mí, y yo estaba contentísimo de que me librara de una tarea enojosa. Pero en mi satisfacción no advertía que mi compañero iba perdiendo rápidamente las fuerzas; aquellas vigilias continuas minaban su salud. Si le hubiese mirado, habría visto impresas en su rostro las huellas de sus fatigas, pero yo apartaba constantemente los ojos de él.

El temporal duró dos días más. En la noche del segundo, me eché á dormir como de costumbre poco después de ponerse el sol. A las pocas horas me despertó el sonido de la campana de alarma, puesta con un alambre en comunicación con la linterna. Levantéme al punto, me vestí á toda prisa y subí rápidamente por la escalera, no sin halagarme la idea de que habría ocurrido algún percance mientras el celoso viejo estaba de guardia. «Quizás voy á ver, decía para mí, la famosa prueba del plomo derretido.» Pero el espectáculo que se ofreció á mis ojos modificó totalmente mis presunciones.

El anciano torrero estaba tendido á la larga en el pavimento de la linterna. Se había indispuesto de pronto y parecía padecer mucho.

– ¡Por fin ha venido V.! – me dijo. – Ha sucedido lo que temía... ¡Me muero, joven, me muero!

– ¿Está V. en su juicio? – le contesté no sin cierto terror: – no puede V. estar tan malo como cree: ca, anímese.

– Me faltan las fuerzas... He pasado muchas zozobras, y ya no puedo vivir mucho; pero no nos ocupemos de esto, sino del faro. ¿Qué será de él cuando se quede V. solo?

– No se cuide V. ahora del faro, sino de su salud. ¿Qué puedo hacer por V.? ¿Qué remedio podrá aliviarle? Hable usted y disponga de mí.

– Será inútil todo remedio, – contestó el anciano, que empezaba á expresarse con trabajo; – acérquese V. y óigame. Tendrá V. que vigilar esta noche, en mi lugar, aunque me haya muerto. Tan luego como empiece á amanecer, consultará V. el libro de señales que está ahí, debajo de mi Biblia, y avisará V. á la administración que venga la lancha á toda costa.

– Bien, bien, – le dije sin hacer gran caso de sus palabras, porque el recelo de verle morir me tenía perturbada la mente. No había previsto semejante desgracia.

Me arrodillé junto al pobre hombre y le así una mano, que estaba fría y húmeda, y que, en mi sorpresa y angustia, volví á soltar sin saber lo que hacía. Trascurrieron uno ó dos minutos, durante los cuales permanecí inmóvil, no atinando con lo que debería decir ó hacer. De pronto, y con gran terror mío, una expresión extraña animó el rostro del paciente, cuyo estado empeoraba sin duda alguna.

– ¿Qué va á ser de mí? – exclamé. – Vamos, ánimo, sobrepóngase V. al mal, muévase V.

Intentó decir algo, pero no pude oir nada distintamente. De pronto, exclamó con voz clara é inteligible:

– He cumplido mi deber; no he podido hacer más.

Pareció iluminarse su rostro; tuvo un estremecimiento convulsivo, y procuró levantarse, pero faltándole las fuerzas, cayó de espaldas murmurando con ronco acento:

– ¡El faro! ¡el faro!

Y expiró.

Le llamé varias veces, levantando progresivamente la voz; mas tan sólo me contestó mi propio eco. Le alcé la cabeza, y ví que tenía los labios contraídos y los ojos vidriosos. Aquella mirada empañada, inmóvil y sin expresión me estremeció; jamás la olvidaré. Brotó de mi frente un sudor frío, y lleno de angustia, salí precipitadamente de la linterna. Bajé la escala, cuidando de cerrar la escotilla, me tendí en la cama desesperado, y me tapé los oídos para no oir el silencio formidable y solemne que reinaba en torno mío, el silencio de la muerte. Habíame quedado aislado, sin compañero. Turbó mi razón una especie de insensatez que me obligó á estar largo rato encogido, pareciéndome oir murmullos, cuchicheos, suspiros y roces como si hubiera alguien en la estancia: me arrimé á la pared temeroso de que me cogieran por detrás, y contuve el aliento para que no revelase mi presencia allí. Pero la mirada fija y vidriosa del cadáver no se apartaba un momento de mi imaginación, persiguiéndome hasta en la oscuridad profunda que me rodeaba. De vez en cuando corría por todo mi cuerpo un calofrío de horror, y parecíame que mi sangre circulaba con más lentitud. Estaba abatido, anonadado; me encontraba solo con la muerte.

Creí que aquella noche no iba á tener fin. Sin embargo, empezó á clarear, y logré dormirme abrumado de miedo y de cansancio. ¡Cosa extraña! tuve sueños agradables y me desperté sonriendo cuando era ya muy entrado el día. Pasé algunos segundos sin acordarme del terrible acontecimiento, mas de pronto acudió á mi memoria como un relámpago y volví á caer en la cama como si alguien me hubiera empujado con violencia.

Comprendí de nuevo el horror de mi posición: lo que la soledad me había hecho padecer anteriormente no era nada en comparación de lo que á la sazón sufría. Antes, tenía por lo menos un ser humano junto á mí; aunque mediaran pocas palabras entre aquel anciano y yo, siempre era una sociedad para mí, y podía reunirme con él cuando me pareciera: por lo común no quería hablarme, pero rompía el silencio en caso necesario. Ahora sucedía todo lo contrario; veíame enteramente abandonado: la muerte era mi única comensal, mi compañera de lecho; la muerte compartía conmigo aquella vivienda en un escollo azotado por la tempestad.

Traté de cumplir la última recomendación del escocés, á lo cual me estimulaba el deseo de salir cuanto antes de mi prisión. Subí á la escala para hacer las señales, procurando olvidar que tenía que pasar por junto al cadáver; pero á los pocos peldaños, me detuve; érame imposible seguir adelante y bajé. ¡Entrar en la linterna, ver otra vez aquella fisonomía descompuesta, aquellos ojos siniestros, era empresa superior á mis fuerzas!

Ocurrióseme sin embargo dominarme, coger el cadáver y echarlo al mar; me parecía que de este modo aquellas terribles ilusiones que me perseguían se desvanecerían por sí mismas. Pero caí en la cuenta de que si sepultaba en el fondo del mar aquel cuerpo muerto sin que alguien lo hubiese visto, me exponía á que me acusaran de haber asesinado al viejo, con tanto mayor motivo, cuanto que su aviso debía hacer suponer que no nos llevábamos bien.

De este modo pasó el día, que me pareció eterno; y cada vez que me acuerdo de él, me lo parece todavía. Empezó á anochecer, pero no encendí la lámpara; bien hubiera querido hacerlo, pues sabía que tal era mi deber, y conocía mi responsabilidad y las funestas consecuencias que mi negligencia podía acarrear; mas en vano habría intentado efectuar aquella operación; la sola idea de que tendría que pasar la noche al lado del muerto, me llenaba de terror.

Llegó la noche; noche que jamás olvidaré, aunque viviera más años que los patriarcas de la Biblia. Soplaba con furia el viento; el cielo, aunque velado, daba paso á través de las nubes al pálido resplandor de la luna. Me asomé á una ventana que abrí para que la brisa me refrescara el rostro, pues á causa de la fiebre tenía la sangre arrebatada á la cabeza, y contemplaba cómo se estrellaban las olas contra la roca, viéndolas engrosar, formar masas enormes, precipitarse estruendosas sobre el escollo, y luego retirarse convertidas en sábanas de espuma fosforescente. Observábalas hacía algún tiempo con vaga mirada, porque á mi agitación había sucedido una especie de estupor, cuando me pareció vislumbrar una luz hacia la parte de donde soplaba el viento. Aquella luz desapareció, por lo cual creí haberme engañado, pero brilló de nuevo. Miré con más atención, y después de dos ó tres alternativas semejantes, me convencí de que era el fanal de un barco que la ondulación del mar ocultaba y dejaba ver sucesivamente. Cuando volví á divisarlo, esperé con afán que atravesara la línea de mi rayo visual; mas ¡ay! no fué así; siempre que reaparecía, lo veía en el mismo sitio relativamente al horizonte, y adquirí la certidumbre de que navegaba directamente, ó poco menos, hacia el fatal escollo en que me hallaba situado. Tuve entonces un horrible presentimiento y en mi conciencia se elevó una voz acusadora. Culpa mía era si la fiel linterna no servía de aviso á los marinos, si no los desviaba del camino por donde corrían á su perdición; mi pusilanimidad esterilizaba la utilidad del faro, y la terrible consecuencia de mi falta se iba á tocar muy en breve. Más le hubiera

valido al desdichado buque que no se hubiese construído nunca el faro de Eddystone, pues los navegantes no habrían contado con su luz ni creídose lejos de la funesta roca, que por mi culpa iba á ser una valla mortal para ellos.

Mi primer impulso fué correr á encender la lámpara, y probablemente hubiera arrostrado el espanto que me causaba la linterna; pero reflexioné que no bastaría media hora para arreglarla, porque la noche anterior había ardido mientras le quedó aceite y se había apagado por falta de este líquido. Así pues, hubiera sido menester ante todo remediar con mucho trabajo los efectos de mi negligencia. ¡Media hora, cuando tenía la seguridad de que dentro de pocos minutos el buque se estrellaría contra el escollo ó pasaría por muy cerca de él!

La luz se acercaba rápidamente: ¡con qué emoción la veía aproximarse! Mi inquietud era tanta que hasta perdí el sentimiento de mis propios dolores.

El barco seguía avanzando, y la luz sólo estaba á medio cable de mí. No era ya posible que los marineros esquivasen las peñas, cuando precisamente se dirigían al punto del escollo en que yo me encontraba. Me puse á gritar con todas mis fuerzas, pero inútilmente: el ruido del temporal y el de las espumosas olas se sobreponían á mi voz. De pronto ví que la luz se desviaba; los marinos habían columbrado el escollo y cambiado la posición del timón; sin embargo, era ya tarde: y aunque no por falta de vigilancia, la desdichada tripulación corría á la muerte. Llegó á mis oídos el choque de las vergas contra los palos y el traqueteo de las velas agitadas por el vendaval; ví también pasar por delante de mí una cosa blanca, que era probablemente una vela arrancada violentamente de su relinga.

Casi en el mismo momento oí un estruendo espantoso; la luz desapareció, y el siniestro crujido de los mástiles que caían por encima de la mesa de guarnición se mezcló con los silbidos de las rachas. Hubo un momento de silencio; luego, la tripulación entera prorrumpió en un grito terrible y resonó la campana de alarma: fué su fúnebre toque de agonía, pues hombres, lanchas, aparejos, mercancías, todo quedó sepultado en el seno de las olas!

Cerré la ventana y me dejé caer en una silla, en la que perdí el conocimiento casi inmediatamente, porque no me acuerdo de nada, sino de que me desperté ya muy entrado el día. Levantéme y me puse á arreglar el cuarto, deteniéndome una ó dos veces para maldecir la memoria del viejo escocés, causante principal, en mi concepto, de todo lo acaecido, y para infundirme ánimo contra los recuerdos de aquella noche. «El mal ya está hecho, decía para mí, y lo que no tiene remedio no debe dejar tras sí pesadumbre. En último resultado, todo lo que ha sucedido es que se ha perdido un buque, como tantos otros antes que él: fuerza es que el hombre muera un día ú otro.»

Hablábame así á mí mismo, mientras arreglaba los muebles del cuarto, removiéndolos, cambiándolos de sitio, sin más objeto que el de ocuparme en algo. Hacía mal en comentar tan ligeramente una desgracia tan grande; pero aquel peso, que al pronto soportaba mi alma con una soltura culpable, se ha ido haciendo más onusto de día en día y ha acabado por gravitar sobre mi conciencia de un modo intolerable. Aun oigo resonar de continuo en mis oídos las formidables palabras del anciano torrero: «Si por negligencia nuestra llegara á estrellarse un buque contra las rocas que nos rodean, podría imputársenos como un crimen la muerte de cada hombre; seríamos homicidas, asesinos!»

¡Homicidas, asesinos! Estas palabras me persiguen aún día y noche.

El secreto que llevo en mi conciencia, porque nadie sino yo es sabedor del triste fin del barco y de su tripulación, ese terrible secreto no me deja sosegar. Constantemente temo revelarlo por inadvertencia ó soñando; siempre me parece que se alude á él y que se sospecha de mí; y sin embargo, deseo confiárselo á alguien; siento que muchas veces acude á mis labios, y aun cuando creo que experimentaría algún alivio dándolo á conocer, no me atrevo y aun hoy mismo no sé si publicaré estas páginas.

Poco después de haberse perdido el barco, amainó el temporal; el viento perdió casi toda su fuerza, y el mar abonanzó lo bastante para que la lancha pudiera salir del puerto. Dos ó tres hombres desembarcaron al pie del faro; el primero de ellos era el mismo que al conducirme allí había hecho la observación de que estábamos en viernes.

– Me lo figuré, – dijo al verme; – ya ve V. lo que se gana poniéndose en marcha en viernes. ¡Hola! ¿con que dormía V. mientras estaba de guardia? ¡Valiente perezoso es V.! ¿Qué hubiera sucedido si la lámpara se hubiese apagado?

Al oir esto, dejé escapar un gemido involuntario; pero el marinero, equivocándose acerca de la causa que me obligó á exhalarlo, añadió:

– Sí, hace V. bien en gemir y avergonzarse de su conducta. ¿Dónde está el escocés?

– Ha muerto, – contesté.

Todos se estremecieron.

– Su cadáver está en la linterna, – repuse. – Le he dejado en el mismo sitio en que ha expirado.

Referí detalladamente las circunstancias de su muerte, diciendo que si no lo había tocado, fué, no tan sólo por una especie de terror supersticioso, sino porque no se me pudiera imputar su muerte.

– Mala noche ha debido V. pasar en la linterna velando junto á ese difunto, – dijo el oficial; – el cometido era bastante desagradable; no le creía á V. anoche en tan enojosa posición cuando ví brillar el fanal en medio de las tinieblas.

¡Cuando vió brillar el fanal! ¿Se estaba burlando de mí? ¿Se tenía noticia de la pérdida del barco? No, nadie lo sabía. Por extraño que parezca, el oficial estaba tan seguro de haber visto la lámpara encendida, que hasta lo hubiera jurado.

Nadie sospechó mi criminal negligencia. Súpose que el *Júpiter*, buque de la Compañía de las Indias, se había ido á pique cerca de la costa; pues algunas reliquias y tablones en que estaba pintado su nombre, aparecieron en la playa al cabo de uno ó dos días; pero nadie presumió que se hubiera estrellado contra las rocas de Eddystone.

Los magistrados, considerando lo que yo habría padecido, no quisieron mostrarse rigorosos conmigo, y se contentaron con retenerme el sueldo y despedirme. Yo vendí mi reloj roto á un judío por veinticuatro chelines y un vaso de grog: me desprendí de él con sentimiento, porque era un recuerdo de mi madre. Por desgracia, no me quedaba más recurso. Aquella reducida suma me permitió vivir miserablemente unos quince días, hasta que pude encontrar colocación en un barco de cabotaje.»

MANUEL ARANDA

EL PRIMER VIAJE

(Conclusión)

En fin, olvidóse el mal rato y, salvo el instintivo horror que doña Angustias, Nicolasa y Pascualico experimentaban cuando el convoy desaparecía en las cavidades de los túneles, pasó alegre la mañana y á poco, tras los montes calvos y escuetos, apareció el valle de Alora con sus plantaciones de naranjos, limoneros y granados, como feliz contraste de las desoladas cumbres de los Gaitanes, que quedaban lejos.

Acostumbrada la familia de D. Prudencio á los maravillosos esplendores de Granada y de sus campos, no podía admirarse de la graciosa decoración, pero en cambio, buscaba con empeño el mar azul, que debía estar próximo, según las emanaciones que traía la brisa; emanaciones en nada parecidas á las de valles, montañas y llanuras.

VI

Tenemos, pues, en Málaga la familia que hasta aquel momento vivía tranquilamente en la Vega de Granada. Ocupa cómodas habitaciones en un hotel; ha visto el mar, experimentando las inexplicables emociones de quien por primera vez se encuentra frente al gigante de la creación, y, ya extinguidas las amarguras del viaje, empieza á comprender que hay un encanto indudable en recibir impresiones y conocer el mundo, sin limitarlo al pedazo de tierra donde se ha nacido y donde se espera morir.

Don Prudencio y su respetable esposa, ni más ni menos que los simpáticos niños, estaban en Málaga como en su centro y casi tenían pretensiones de llamar la atención.

Sin embargo, contra el unánime sentir de la familia, la presencia de estos honrados tipos rurales pasó desapercibida en el paseo y en los baños y sólo algún guasón dirigía requiebros humorísticos á Nicolasa, la cual bajo el peso de su sombrero engalanado con flores, sudaba la gota gorda, no de otra suerte que si llevase en su cabeza un *carmen* de Granada.

Todo marchaba á las mil maravillas, y aunque aquella gente no aprendía con la expedición veraniega, pues á nadie conocía y de nadie adquiría datos y ese cúmulo de pequeñeces que sirven para formar un caudal en el que teoría y práctica se confunden, es lo cierto que á las revelaciones del carácter inculto y á los asombros de la naturaleza huraña, sucedían la inspección reposada y el razonamiento siquiera mediano.

Pero llegó el instante de la prueba y fué cuando don Prudencio entró un día en el hotel, diciendo con infantil regocijo:

– ¡Ya ha venido! ¡Ya ha venido! ¡Viva!

– ¿Quién? – preguntaron doña Angustias y sus hijos.

– ¿Quién ha de ser? El *Alfonso XII*.

– ¡Bravo! ¡bravo! – repitieron Nicolasa y Pascualico, dando saltos de alegría.

– ¡Vaya una pieza! – añadió D. Prudencio. – Ni el *Nautilus* de que habla Julio Verne, ni el vapor en que fueron los hijos del capitán Grant en busca de su padre, se le igualan.

Doña Angustias recordó en un momento las congojas sufridas en el tren, y preguntó:

– ¿De modo que estás resuelto á que vayamos á ver ese barco?

– ¡Ya lo creo! – repuso el marido.

– Y ¿lo has reflexionado?

– ¡Qué ocurrencia!

– Me parece que antes debías informarte de alguna persona que sepa lo que son esas visitas.

– ¿Para qué?

– La prudencia no está reñida con la curiosidad.

– Yo considero que no supone una temeridad el hecho de entrar en un vapor.

– Y yo pienso lo contrario.

– ¿Qué dirás entonces de los que navegan?

– Son una docena de locos.

– ¿Y los que prestan al comercio importantes servicios, dedicándose á la profesión de marinos?

– Son hombres acostumbrados.

– Pues para acostumbrarse hay que pasar un noviciado.

– Pero nosotros no estamos en ese caso; de manera que sobra la visita.

– Vamos, mamá; no insista V., – interrumpió Nicolasa; – yo quiero ir al *Alfonso XII*.

– Y yo también, – añadió Pascualico.

– Iremos, hijos míos, – repuso la madre con mansedumbre; – mas la Virgen de las Angustias sabe que os acompaño como si fuera al matadero.

– Tranquilízate, que nada nos sucederá, – observó don Prudencio; y con júbilo de los jóvenes se convino la hora de ir á bordo; esto es, de que aquel hombre realizase uno de sus ensueños. Y, no obstante, desde su llegada á Málaga habíase limitado á contemplar en la Cortina del Muelle el inquieto mar, sin decidirse á poner el pie en un bote. El coloso le imponía, y esta fué la causa de que se abstuviese de hacer relaciones con el Mediterráneo azul.

Ahora surgía un caso de dignidad y no debía retroceder.

VII

El *Alfonso XII* se destacaba majestuoso, fuera de puntas, y su arrogante mole recortábase poderosa, mostrando las dos chimeneas y los cuatro mástiles, rematados por banderas izadas á los topes.

Los inteligentes en construcciones náuticas y los simples aficionados á las cosas de mar, miraban con interés aquel modelo de buques, ya admirando la gallardía del casco, de fina proa, ya sus proporciones extraordinarias.

Don Prudencio llegó con su familia al embarcadero, y extendiendo un brazo hacia la nave, exclamó en actitud dramática ó poco menos:

– ¡Aquel es!

Doña Angustias, Nicolasa y Pascualico respondieron con frases de asombro, pero antes que pudieran saciarse en la contemplación del objetivo, una nube de boteros rodeó á los lugareños ofreciéndoles sus servicios. Ajustado el pasaje, comenzó la tarea, sobrado peligrosa, de saltar á la pequeña embarcación. Don Prudencio fué el primero y, aunque con trabajo y torpeza, lo siguieron sus hijos. Llegó el turno á doña Angustias y entonces estalló el conflicto. Hubo necesidad de numerosos brazos para empujarla al bote y cuando tocó la frágil navecilla que se mecía con alarmantes movimientos, lanzó un grito de *¡socorro!* tan terrible, que al oirlo acudió el carabinero de la explanada del muelle, y algunos transeuntes, ignorantes de lo que sucedía, tocaron pitos de alarma y corrió al embarcadero la pareja de Seguridad, hasta que averiguada la causa del escarceo, trocóse en risas y en silbidos la pública expectación.

Entretanto, los dos remeros bogaban vigorosamente, alejándose del muelle.

– ¿Qué hemos hecho? – murmuraba doña Angustias, llorando á lágrima viva.

Don Prudencio no pudo contestar, porque la emoción se lo impedía; y en cuanto á Nicolasa y Pascualico, permanecían mudos de miedo, formando un grupo con sus padres.

El bote se deslizaba sobre las aguas, movidas á favor del sudeste, y en ocasiones algunas gotas salpicaban á los viajeros. Llegados éstos al pie de la escala del *Alfonso XII* volvieron las dificultades para que doña Angustias lograse saltar á los peldaños; mas vencidos los contratiempos remataron felizmente la expedición.

Doña Angustias, dueña ya de sus facultades, dijo á su esposo, entre iracunda y avergonzada:

– ¡Esto es una imprudencia! Aquí no hay quien nos reciba.

Y fijando luego la vista en la arboladura y en las escalas que parecían ascender al cielo, cambió de tono y exclamó con espanto:

– ¡Virgen Santísima! Es imposible subir tan alto. Lo que es yo, me quedo aquí abajo.

Don Prudencio le hizo conocer el error de sus apreciaciones y seguidamente comenzó la visita.

La imaginación más fecunda sería incapaz de hacer la reseña de las impresiones que experimentaron D. Prudencio y su familia. Todo les causaba extrañeza, pues jamás habían visto aglomerados tantos detalles de comodidad, riqueza y elegancia. Los mármoles, las maderas talladas, la profusión de luces eléctricas, la magnífica escalera de popa, el suntuoso comedor, el mobiliario, las máquinas, las múltiples dependencias, les arrancaban exclamaciones de asombro.

El oleaje de la bahía no afectaba al *Alfonso XII*. Ceñíase á las bandas, en ondulante línea, pero el casco permanecía inmóvil, de suerte que sin esfuerzo juzgábanse los forasteros como si estuvieran en su propia casa.

Llegó la hora de volver á tierra. Había muchos visitantes á bordo, y doña Angustias y sus hijos siguieron la acción de varios de los que iban á embarcarse y tomaron las escalas, en la creencia de que D. Prudencio formaba parte del grupo, toda vez que llamado por Pascualico, respondió un momento antes.

Confundidos, según acontece en los sitios de aglomeración de gente, entraron en el bote, y sólo entonces notaron la falta de D. Prudencio. La mar engrosaba por instantes y los remeros deseaban llegar al embarcadero; así es que al preguntar doña Angustias por su marido, contestó uno de los boteros, mientras los expedicionarios se alejaban del *Alfonso XII*:

– *Ma paesío veslo* en aquel bote que se *satraca* del *vapó*.

– Pues yo no lo veo, – advirtió doña Angustias.
– Vamos otra vez al barco, – añadió Pascualico.
– Por mi *salucita*, le digo á *osté* que no podemos, – observó el marinero.
– Le daremos á V. doble de lo tratado, – insistió la pobre señora.
– *Manque mos* diera *osté* más perros chicos que vale el *vapó*.
– Pero, hombre de Dios, ¿por qué es V. tan terco?
– Señorita, ¿no está *osté* mirando que la mar *mos* come?
– ¿Y mi marido?
– Ahí detrás viene.
– ¿Y si no se ha embarcado?
– Entonces, estará tan ricamente, porque ese buque no hace agua.

Los forasteros desembarcaron y se decidieron á sentarse en la Cortina del Muelle, aguardando el regreso de D. Prudencio. Por desgracia, éste no volvía y la situación empezaba á ser en extremo violenta.

Cerró la noche. La masa del vapor borróse entre las brumas, y la atribulada familia aun miraba con ojos espantados aquel mar inmenso que, en vez de los brillantes colores con que se embellecía por la tarde, mostraba en la proximidad del embarcadero acerados y fugitivos reflejos, semejantes á diabólicas sonrisas.

Doña Angustias derramaba lágrimas como ciruelas; la niña sollozaba y Pascualico berreaba de tiempo en tiempo:

– ¡Papá!

Transcurridas algunas horas de desesperación y cuando no sabían qué partido tomar, pasó al lado de la infortunada familia un guardia de Seguridad y creyendo ver doña Angustias en aquel hombre la solución del problema, lo detuvo y le dijo llorosa:

– ¡Mi esposo se ha perdido!

El agente abrió tanta boca, y pidió explicación de lo sucedido; pero al saber que se trataba del vapor apresuróse á replicar:

– Señora, el *Alfonso XII* ya no está en el puerto.
– ¿Que no está?
– Se ha ido, hace más de dos horas.
– ¡Ay, San José bendito! Málaga va á ser mi sepultura.
– Vamos, señora; no se ponga V. así. ¿Qué es lo que V. desea?
– Que me indique la residencia del señor obispo, porque somos forasteros.
– Con mucho gusto; pero en lo del esposo que se ha perdido, nada puede hacer el obispo.
– ¿Cómo que no?
– El asunto corresponde al gobernador civil.



BUSTO DE BRONCE: ESTUDIO PARA EL GRUPO *Sagunto* de D. Agustín Querol

– Y ¿qué tiene que ver el gobernador en las cosas de las familias?
– Puede dar orden para que busquen á ese caballero, que es, sin duda, lo que V. solicita.
– Sí, sí.
– ¿Quiere V. que vayamos á la Aduana, donde vive el gobernador?
– Yo lo que quiero es encontrar mi marido.
– Tranquilícese V., que lo encontrará.

Fueron á la Aduana y contaron el caso al gobernador quien telegrafió á su colega de Cádiz en demanda de noticias que debía adquirir en el *Alfonso XII*, tan luego llegase el vapor al puerto.

VIII

Omitimos la mención de las amarguras y las terroríficas visiones que acompañaron á doña Angustias y sus hijos, durante la noche pasada en el hotel sin la compañía de D. Prudencio. Era la primera vez que estaban privados de su vista, y esto por intervención de un azar incomprensible; pero en lo sucedido figuraba un tremendo factor, el mar; y acaso sus veleidades inicuas habrían destrozado la fastuosa embarcación, arrojando á la costa sus restos informes y arrebatando la existencia al excelente padre de familia.

¡Qué diferencia entre la agonía de las hora presentes y el plácido reposo gustado hasta entonces en el humilde pueblo de la Vega de Granada!

El día transcurrió de la manera más cruel que puede imaginarse. Pascualico fué dos ó tres veces á la Aduana, pero el gobernador no había tenido noticia alguna, trasmitida por su compañero el de Cádiz.

La situación se hacía insostenible, mas á la noche doña Angustias recibió un telegrama, que decía así:

«Llegué Cádiz sin novedad. Salgo mañana Málaga.

»Prudencio.»

Hubo sus dificultades para traducir aquel parte, de abreviada redacción, y á la postre doña Angustias y sus hijos lograron penetrarse de su contenido. Sin embargo, una duda los asaltaba: ¿era de D. Prudencio el parte? ¿No podía ser de otra persona? Y puesta la imaginación en el terreno de las suposiciones, divagó á placer, aunque aceptando con preferencia lo inverosímil y lo absurdo.

– Vamos en busca del gobernador, – dijo por fin doña Angustias. – Yo quiero que conozca este papel.

Y la afligida esposa, con la reata de sus hijos, corrió al despacho de aquella autoridad.

El gobernador estaba en el teatro-circo de la Opera, y los forasteros se encaminaron allí, tomaron las respectivas entradas, preguntaron por el palco donde se encontraba el representante del Gobierno, y lo invadieron en masa. Miró el gobernador con disgusto semejante visita,



LA LECCION DE ESCRITURA.—Copia del cuadro de Enrique Pastelini.



UN IDILIO EN LA ARCADIA, cuadro de C. Wunnenberg



COCHEROS DE PLAZA, dibujo á la pluma de G. de Ankarcrona

mas antes que hubiera podido hablar una palabra siquiera, exclamó doña Angustias, mostrándole el telegrama:

– Lea V.

Leyó la autoridad, y se encogió de hombros, con lo cual añadió la esposa de D. Prudencio:

– Mire V., señor gobernador; mi esposo ha sido secuestrado.

– Señora, repare V. que eso es imposible.

– La gente de mar no me inspira confianza.

– Pero...

– Mi marido, aunque me esté mal el decirlo, es primer contribuyente en nuestro pueblo; tiene muy cubierto el riñón, y nada hay de extraño en que algunos pícaros, enterados de éste viaje, quisieran dar un golpe de mano.

– Tranquilícese V., señora. Su marido está libre y contento, en Cádiz. Claramente lo dice el despacho telegráfico que V. ha recibido.

– Pero, señor gobernador, – insistió doña Angustias agitando el papel, – ¡si esta no es la letra de mi marido!

El gobernador hizo un esfuerzo para reprimir la risa ante aquel alarde de ignorancia, y al cabo logró calmar la familia, recomendándole que á la hora oportuna del día siguiente fuera á la estación del ferrocarril, donde tendría el placer de abrazar á D. Prudencio.

Doña Angustias y Nicolasa se despidieron del gobernador suspirando y Pascualico, más vehemente, lanzó un *¡Papá!* que interrumpió en una escena culminante la representación y fué contestado con un enérgico *¡Fuera!* por el público sorprendido.

Los lugareños, rojos de vergüenza, atropellándose y taconeando, abandonaron el teatro entre la rechifla general y corrieron al hotel á ocultar sus lágrimas y su quebranto.

IX

La familia acudió á la estación del ferrocarril, y como no llegó D. Prudencio, estuvieron doña Angustias y sus hijos á punto de enloquecer. Por fortuna, repitieron el paseo al otro día, desolados y temerosos de recibir un desengaño.

A la hora reglamentaria mostróse el tren entre las hiladas de árboles de la vía, y latieron á un mismo tiempo los corazones de la madre y los hijos.

– ¡Míralo! ¡Míralo! ¡Allí viene! – exclamó doña Angustias.

– ¡Ay qué gusto! – añadió Nicolasa.

– ¡Verdad que está ahí! – observó Pascualico.

Y, en efecto, la mitad del cuerpo de D. Prudencio asomaba por una ventanilla, así como una mano que agitaba el sombrero de paja.

Excusamos describir la efusión de la familia, al verse confundida en un abrazo expansivo, monumental; en uno de esos abrazos que sólo resisten las complexiones robustas.

Un chaparrón de preguntas cayó súbito sobre D. Prudencio; y como era imposible satisfacer con una sola respuesta la curiosidad de la esposa y de los hijos, tuvo que decir el viajero:

– Poco á poco. Vamos por partes. Tomemos el coche que ha de llevarnos al hotel y hablaremos en el camino.

– Bueno, bueno, – replicó doña Angustias; – pero ¿por qué no llegaste ayer, conforme habías anunciado?

Guiñó D. Prudencio un ojo con aire de conquistador; echóse el sombrero sobre la ceja izquierda; púsose en jarras y á media voz comenzó á cantar:

A mí me gusta Sevilla
por los toreros,
la puerta de la Carne
y el Matadero.

– ¡Hombre! ¡hombre! – observó su esposa estupefacta.

– Calla, – insistió D. Prudencio mudando de actitud y haciendo palmas al estilo de los bailes y los cantos *flamencos*. - Sevilla es la tierra de *buten*.

– ¿Qué dices?

– Pues, nada. Que subamos al coche.

Así lo hicieron y, ya en marcha, habló D. Prudencio de este modo:

– Cuando visitamos el *Alfonso XII*, distraído con las curiosidades de tan hermoso barco, no advertí que se ponía en movimiento. Había yo bajado á la cámara y estaba tomando cerveza y hablando con el mayordomo.

– ¡Cerveza! una bebida que, según dicen, sabe á... demonios, – interrumpió doña Angustias.

– Noté por último, – siguió su esposo, – que el vapor se movía demasiado y, la verdad, incurrí en la prosa de marearme. Parecía que el aire me faltaba y subí al puente en su busca. Entonces miré con espanto á todos lados y... en lugar de Málaga, hallé una línea confusa de tierra y en sustitución de las olas apacibles de aquel puerto, olas verdes coronadas de espuma, que se abrían á la manera de medrosos valles.

– ¡Qué horror! – dijo temblando doña Angustias.

– No lo creas; todo ello se reducía á la *mar bella* de que habla Julio Verne.

– Pero, papá, – observó Pascualico, – ¿de qué le han servido á V. las lecturas de ese autor? Yo creía que después de aprenderse, casi de memoria, tantas cosas de mar, estaría V. libre del mareo.

– Eso creía yo también, – repuso D. Prudencio, – sólo que me he equivocado.

– ¡Para fiarse de los libros! – añadió sentenciosamente doña Angustias.

– En fin, hija, tuve que resignarme.

– Y ¿por qué no se detuvo el barco? – preguntó Nicolasa.

– No seas ignorante. Un buque en marcha es una cosa muy seria.

– Pero si V. iba allí por equivocación debieron remediar lo sucedido.

– ¡Vaya si lo remediaron! Como que desembarqué en Cádiz.

– Hombre, tiene gracia. Si allí iba el vapor no te hicieron ningún obsequio, – arguyó doña Angustias.

– En Cádiz pagué mi pasaje, me despedí del capitán y pensé, únicamente, en llegar á Málaga lo más pronto posible.

– Se conoce, hijo, se conoce.

– Vamos, Angustias, haya indulgencia. Figúrate que en la fonda, después de ponerte el parte anunciando mi próxima salida, me llenan la cabeza de cosas de Sevilla, en términos que no era posible resistir la tentación.

– ¿Y el recuerdo de tu familia?

– En el mismo sitio; en el alma.

– Pícaro, eso no se hace.

– Entré en deseos de conocer esa capital y tomé billete sólo hasta Sevilla, para dedicarle siquiera algunas horas.

– Y ¿por qué no avisó V. el cambio? – preguntó Pascualico.

– Porque hubiera sido alarmante trasmitir un telegrama á los pocos minutos de enviar el primero, – contestó D. Prudencio.

– Un buen esposo y un buen padre no se pára en esos temores, – advirtió doña Angustias.

– ¡Lo que se aprende en los viajes! – exclamó don Prudencio, como si no hubiese oído la filípica de su mujer.

– Ya lo veo, – insistió ésta; – se aprende á tunantear.

– ¡Ay qué barrio de Triana! ¡Qué barrio de San Bernardo! ¡Qué orillas del río!

– Papá, – dijo Pascualico entusiasmado, – yo quiero ir á Sevilla cuando sea ingeniero agrónomo.

– Es una cosa muy puesta en razón, – respondió su padre; y como habían llegado al hotel, se dió por terminado el tiroteo de quejas y reconvenciones, nacidas del cariño, y sólo pensaron todos en regresar al pueblo, lo que efectuaron al otro día.

X

– Y bien, amigo mío, – preguntaba algunas noches después el cura á D. Prudencio, sentados en la habitación donde los conocimos al empezar esta historia; – ¿sostiene usted las ideas que antes de emprender el viaje?

– Calle V., señor cura, – interrumpió doña Angustias.

– ¿Por qué, señora?

– Porque se me sublevan los nervios cuando se habla de viajes.

– ¡Bah! – repuso D. Prudencio, – esas son exageraciones. Todo el mundo viaja, y á nadie se le ocurre estremecerse por semejante asunto. En cuanto á la pregunta de V., señor cura, he de ser franco. Reconozco, lealmente, que anduve equivocado.

– Me place la manifestación, – dijo sonriendo el párroco. – La teoría siempre se nos presenta como el camino llano, y si queremos convertirla en práctica, se transforma en áspera pendiente.

– Convenido; pero en tal caso, y concretándome á nuestro viaje, ¿cómo se explica que antes y ahora juzgase usted que realizado por nosotros iba á resultar un fiasco?

– La razón es muy sencilla.

– No la adivino.

– Pues consiste, simplemente, en que esa expedición estaba informada por la vanidad.

– Y ¿acaso la mayoría de las expediciones de recreo no obedecen á igual móvil?

– Sin duda; mas hay una diferencia. Las expediciones de que V. habla las hacen personas acostumbradas á la sociedad; y la que V. y su familia llevaron á cabo fué una serie de contratiempos y accidentes, porque faltaba la práctica de aquella base, precisa para los detalles y para lo que supone algo esencial.

– Pues yo, – atrevióse á observar Pascualico, – he notado que en los viajes se aprende mucho.

– Cierto que sí, – contestó el sacerdote.

– Mire V., señor cura, ¿qué dirá V. que me ha llamado la atención?

– Habla y lo sabremos.

– Es una cosa que me hace pensar y pensar, y me da una guerra... Vamos, que cuando yo sea ingeniero agrónomo veré si consigo sacar adelante mi idea.

– Bueno, hombre; pero ¿de qué se trata?

– Pues de que en Málaga tienen yo no sé cuánta agua en el mar, delante de las casas, y no se le ha ocurrido á la gente aquella convertir en tierra de labor un pedazo de quince ó veinte fanegas.

– ¡Ave María Purísima! – exclamó el párroco, riendo á más y mejor.

– ¿Qué dice V., padre cura?

– Nada, Pascualico, nada. Que tocan las *Animas* en la iglesia.

AUGUSTO JERÉZ PERCHET

UN MÁRTIR DESCONOCIDO

La política tiene el triste privilegio de cubrir su camino de innumerables víctimas.

Pero no lo son tan sólo aquellos que en extranjero suelo, ó en el presidio tenebroso, ó en el sangriento campo de batalla, sucumben en aras de una idea. Hay mil y mil víctimas, que viven oscurecidas y mueren ignoradas, sin pasar su nombre á la posteridad con la corona de los héroes ni con la aureola de los mártires.

Es la política, en nuestra desgraciada nación, torrente que todo lo arrastra, fuego que todo lo consume, mons-



MI RETRATO, copia del cuadro de Carlos Verlat.—Vista de Jerusalén

truo que todo lo devora. Enerva las fuerzas, debilita los afectos, roba las inteligencias, esteriliza todo. Predicaciones que seducen, ideales que arrebatan, utopias que fascinan, llegan á las masas en impetuosas oleadas, que no pocas veces las sepultan. La imaginación meridional es siempre seductora, y casi siempre seducida. Y fácilmente esas predicaciones y esos ideales y esas utopias llevan á la exaltación, al delirio, y, sobre todo, al fanatismo.

Y el fanatismo no se arredra ante las persecuciones, ni las cárceles, ni los cadalsos; y menos puede arredrarse ante las privaciones y las desgracias, que suelen ser sus inseparables compañeras. Es infinito el número de los fanáticos que, alucinados por ideas de difícil realización y seducidos por principios de imposible práctica, pueden clasificarse entre las víctimas oscuras de la política. Ilusos que viven en perpetuo pacto con la adversidad y con el hambre, imponiéndose sufrimientos inútiles y sacrificios estériles, obtienen por recompensa única el dictado de «un hombre consecuente,» ó el de «un hombre de buena fe,» sinónimos, en realidad, de tonto ó de fanático. Por esto, sin duda, se repite que «la política es para los bribones,» á modo de apotegma ó axioma popular.



EL OSO POLAR «LILLIMORE», cachorro del Jardín Zoológico de Londres

Entre otras mil historietas que pudieran narrarse en confirmación de esta tesis, puede bastar la de uno de tantos mártires ignorados, deslumbrado y ciego por los espejismos de la política.

León, que así se llamaba el protagonista, creía que España debía ser un pueblo de leones. No sabía que, al decir de sesudos historiadores y cronistas, fué más bien un pueblo de conejos – en fenicio, *span* – y que por tal razón se llamó *Cunicularia*, ó *Conejera*. Pero León, que creía personificada en la fiera de su nombre á la nación, la hubiera convertido de buen grado en una selva de leones. Era uno de tantos entusiastas que se enardecía al leer ó al escuchar aquello de «nuestros fueros venerandos,» y «nuestras sacrosantas libertades,» y «la degradante esclavitud,» y «el execrable despotismo;» era, en fin, uno de tantos fanáticos que v ven en los lugares comunes de la oratoria y se nutren con las frases de fiambre de la elocuencia malamente llamada popular.

Nuestro hombre, como tantos otros caballeros andantes de los partidos avanzados, se pasaba los días de claro en claro y las noches de turbio en turbio, soñando despierto y delirando dormido, con la palanca revolucionaria, y la piqueta demoledora, y tronos que se derrumban y pueblos que se levantan. El fanatismo vive fronterizo de la locura, y nuestro protagonista tenía la locura de las conspiraciones; una de las pocas manías no clasificadas ni estudiadas por frenópatas y alienistas. Porque creía, como otros muchos impacientes, que es inútil y estéril el «período de propaganda,» y que «debe acelerarse el período de acción,» ó, lo que viene á ser lo mismo, que para madurar la fruta no hay cosa mejor que sacudir el árbol.

Así es que no había reunión secreta, en más ó menos grado, á que no perteneciese León, ni plan más ó menos tenebroso á que no coadyuvase, ni conspiración de mayor ó menor cuantía á que no estuviese afiliado. Tienen las llamadas «sociedades secretas» algo que atrae y que seduce... á los que encuentran algo atractivo y seductor en las sombras y en los misterios. Pero esas sombras y misterios se disipan las más veces á la luz siniestra del desengaño. Los «fondos secretos» destinados á pagar «confidencias,» más ó menos fidedignas, arrojan luz bastante para disipar esos misterios y esas sombras.

No pocos disgustos y sustos le había deparado su afición. Proyectos que se malogran, planes que abortan, empresas que fracasan son las escenas más repetidas en la comedia en mil actos de las conspiraciones. Comedia que repetidas veces se convierte en tragedia, porque su escena final es la catástrofe.

Es una vida de inquietudes y sobresaltos sin número la de los enajenados que padecen la manía de la revolución. En sus vigilias esperan con afán indescriptible ver ú oir la señal del alzamiento. En sus sueños vislumbran con frecuencia el espectro del delator, cuando no la silueta del verdugo. Su libertad depende de una indiscreción ó una deslealtad; su muerte, de una traición ó una venganza. No en balde, pues, se llama «hombres consecuentes» ú «hombres de buena fe» á esos ilusos ó fanáticos, que tienen el fanatismo de la ilusión y la ilusión del fanatismo.

Pero, aparte de estas inquietudes y sobresaltos, de esos riesgos y peligros, suelen vivir como proscritos en su sociedad, como desterrados en su tierra, como extranjeros en su patria. Los fanáticos políticos llevan una especie de sambenito por sus opiniones avanzadas. Se huye de ellos, se evita su contacto, se rehusa su compañía, se teme su confianza, se rechaza su amistad. Y esto sucede en el taller, en el obrador, en la oficina, en la calle, en el paseo, en todas partes. Son locos peligrosos, aunque sean pacíficos. Y la sociedad huye ó finge huir de los locos, aun no siendo otra cosa que un manicomio suelto.

León había pasado por todas esas inquietudes y zozobras, por todos esos riesgos y peligros. Había recorrido paso á paso, cayendo y levantándose, la calle de la Amargura, y estado no muy lejos del Calvario. Su partido estaba en la desgracia; sus amigos, en la proscripción ó en el presidio; sus adversarios, en las alturas del poder. Y León había ido descendiendo la escala de los partidos vencidos, haciéndose el vacío en torno suyo, desde el taller hasta el hogar.

En los talleres se reputan como peligrosos estos fanáticos, porque un fanático es un loco, y «un loco hace ciento,» ó hace mil. Perturban el trabajo, porque los que hablan mucho hacen muy poco. Combaten al patrono, porque los fanáticos consideran irreconciliables enemigos el trabajo y el capital. Soliviantan los ánimos de sus compañeros, porque traman planes, conciertan proyectos, forman sociedades, fraguan conspiraciones, organizan huelgas, promueven asonadas y motines, y hacen estallar revoluciones. – Por esto se hace el vacío en torno suyo, ó se les expulsa y se les cierra las puertas del taller.

En el hogar doméstico sucede igual, más tarde ó más temprano. La vida azarosa del conspirador perturba, empobrece, arruina, disuelve la familia. El informe del delator, el registro domiciliario, el auto de prisión, la sentencia de presidio, son otros tantos fantasmas que ciernen sus negras alas en el cielo antes sereno del hogar. Y en él se refleja, en plazo más ó menos largo, lo ocurrido en el taller. Cuando se cierran las puertas de uno, difícilmente se abren las de otro, contra lo que afirma el refrán. El revolucionario es un ser que contagia y contamina, y todas las puertas se le cierran, hasta las puertas del hogar. Cuando el trabajo disminuye, aumentan los trabajos. La paz reina cuando reina el dinero en el hogar doméstico; pero cuando el dinero falta, la paz falta también. A la abundancia sigue la escasez; á la satisfacción, las privaciones; al aplauso, las censuras; y la escasez y las censuras y las privaciones son heraldos de la guerra. – Por esto se hace el vacío en torno suyo, como primero en el taller, después en el hogar.

Por todo esto pasó el pobre León. Señalado como revolucionario impenitente y conspirador incorregible, no tardó en hallarse sin trabajo y en buscarle, aunque en vano, en todas partes. Principiaron las privaciones, y aumentó el malestar. A las privaciones acompañaron las reconvenciones, siguieron los denuestos, y estallaron las disensiones y los disturbios. La paz cesó de ser reina de aquella casa; y el reinado de la paz es de muy difícil restauración.

Las recriminaciones por sus aficiones políticas era lo que más exasperaba á León.

– La política no es para los pobres. La política del trabajador es no ocuparse de la política. La política del obrero es el trabajo. Cuando los partidos triunfan, el triunfo es de los jefes, y los trabajadores siguen trabajando. Cuando los partidos son vencidos, los jefes emigran y se salvan; y los soldados de fila son fusilados ó son presos.

Todo esto, con infinitas variantes, le repetían á León, haciéndole perder lo único que le quedaba: la paciencia.

Lo único que le quedaba, ó poco menos; porque, en semejantes ocasiones, muy poco ó nada queda. Primero se acaban los ahorros; después, las alhajas y ropas menos necesarias; después, las más precisas; después, el crédito. ¡Ah! ¡el crédito! Desgraciadamente para el trabajador, su crédito se acaba al mismo tiempo ó poco después que su trabajo. Y el que ostenta el sambenito de la política tiene poco trabajo y menos crédito. ¿No se ha deparado él su mala suerte por sus pecaminosas aficiones?... ¿No se ha buscado su malestar y su ruina por sus ideas revolucionarias?... ¿No sabe que la suerte de los redentores es ser crucificados, y que el destino de los «descamisados» es no tener camisa ni destino?...

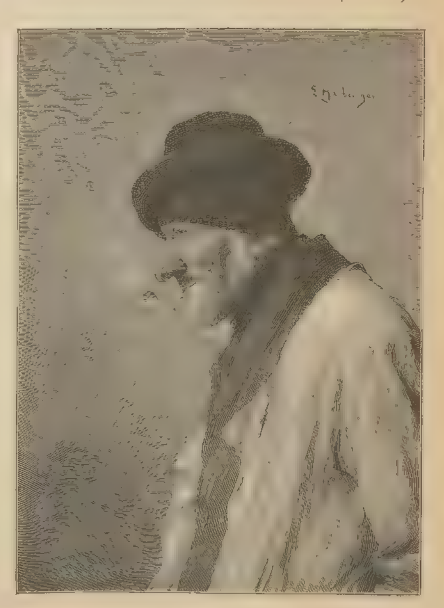
Ello es que todo fué acabándose; y cuando en la casa se acaba todo, se acaba hasta la casa. Cuando no había nada qué empeñar ni qué vender, ni nadie á quién pedir, León se vió demandado de desahucio. Es lo último que se puede tener el no tener casa. Los que no tienen casa, nada tienen. Es decir: pueden tener el asilo, el hospital, la cárcel; tres casas que, por ser casa de todos, no son de nadie.

La desesperación de León no tuvo límites. Le iluminaba, sin embargo, una esperanza, última luz que se extingue entre las tinieblas de la vida. Se esperaba de un instante á otro «un movimiento.» Sabía que «los suyos» iban «á echarse á la calle,» y no podían menos de triunfar. Contaban, según creían, según creen siempre, con numerosos batallones, y su triunfo era seguro. Pidió al casero y obtuvo una breve tregua. Se había salvado, pues no debía tardar en resonar el grito de guerra...

Y resonó por fin. Y León, en unión de «los suyos,» se batió con heroísmo digno de mejor causa. Pero de nuevo fueron vencidos, y de nuevo principiaron los fusilamientos, las prisiones, las deportaciones; todo el séquito de medidas de rigor obligadas en tales casos.

León lo había perdido todo, menos el honor... y la vida, que había sacado sana y salva; y asimismo perdió la libertad. Aunque había logrado ocultarse después de la derrota, no faltó un miserable delator que le hizo caer bajo las garras de la policía. León fué preso. Y se probó que había conspirado y que se había batido, y los señores de la curia escribieron largo y tendido acerca del revolucionario relapso y contumaz.

(Concluirá)



CABEZA DE ESTUDIO, copia del cuadro de E. Harburger

CRÓNICA CIENTÍFICA

FUENTE LUMINOSA PARA UNA MESA DE COMEDOR.—La mesa en que come M. Gastón Menier merece ser calificada de mesa mágica pues, entre otras cosas, las fuentes circulan por ella sobre un ferrocarril eléctrico deteniéndose delante de cada comensal: de hoy en adelante contará con el nuevo atractivo de una fuente luminosa para cuyo establecimiento ha tenido que vencer no pocas dificultades aquel distinguido aficionado á las ciencias.

Para ello ha practicado en el centro de la mesa un agujero de 1'10 metros de largo por o'90 de ancho y colocado en él un receptáculo de zinc ZZ (fig. 2) de forma poligonal y de anchos bordes inclinados: en el centro del fondo está el proyector de la luz eléctrica compuesto de



Fig. 1.—Fuente luminosa para comedor, de M. Gaston Menier

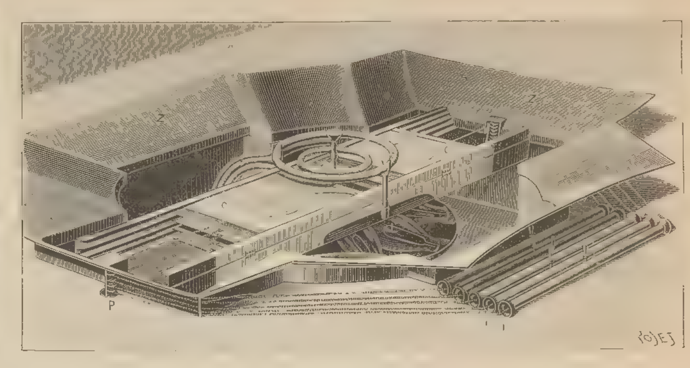


Fig. 2.—Mecanismo de la fuente luminosa de M. Gaston Menier

una caja redonda de metal cuyo fondo está formado por un cristal azogado y cuya tapa es de cristal claro. Dentro de la caja hay colocadas en círculo seis lámparas incandescentes, tres de las cuales se ven en la fig. 2. Para evitar que al contacto del agua fría se quiebre el cristal calentado por las lámparas se ha colocado encima de él y á una distancia de algunos centímetros otro cristal sin azogue. Sobre el proyector hay un juego compuesto de dos coronas concéntricas y en el centro una roseta de regadera que reciben el agua por un tubo principal disimulado por la tabla de la mesa. Los diferentes conductos van provistos de una llave colocada al alcance del dueño de la casa, quien puede de esta suerte cambiar los efectos á su antojo. Los cambios de color se obtienen por medio de cristales puestos entre el proyector y el salto de agua, cada uno de los cuales va montado en un marco especial de unos tres decímetros de lado que se desliza por una ranura especial: los cristales están reunidos dos á dos dejando entre ellos un espacio de 30 centímetros para dejar paso á la luz blanca. Cada par de marcos tiene atada una cadenita que pasando por pequeñas poleas P da la vuelta á la mesa y va á parar delante del que ha de hacer funcionar el aparato quien por medio de las manecillas T, cada una correspondiente á una cadenita, puede acercar uno ú otro de los cristales: de éstos hay cinco pares y de su combinación pueden resultar muchos colores. Un cristal con una abertura en el centro en la que encaja otro cristal de color distinto permite iluminar el chorro central independientemente de los laterales, apareciendo de este modo dos colores diferentes á la vez.

La fig. 1 da una idea del aparato funcionando: este centro de mesa, rodeado de flores, puede competir por su novedad y por su elegancia con las mejores piezas de orfebrería.

(De *La Nature*)

EL PUENTE SOBRE EL CANAL DE LA MANCHA. – La idea de unir á Inglaterra con el continente por medio de un puente no es nueva, sino que data de principios del siglo; pero de todos los estudios y proyectos desde entonces realizados el de los señores Schneider (contratista de obras públicas francés), Hersent (francés también y director de la gran fábrica de Creusot), Fouer y Baker (ingenieros ingleses) es indudablemente el que mayores garantías ofrece así por la competencia de sus autores y por los grandes progresos hechos en la industria del acero y en los sistemas para los trabajos submarinos como por haber sido adoptado por una poderosa compañía inglesa, *The Channel Bridge*, y contar con el apoyo de los más ilustres hombres públicos de Inglaterra y de Francia.

El puente que arrancará de la costa francesa, cerca del cabo Gris Nez, y terminará en las inmediaciones de Folkestone, tendrá 38 kilómetros de longitud y no será completamente rectilíneo porque para facilitar la obra se utilizarán dos escollos, el Varne y el Colbart, en donde la profundidad es de 6 á 7 metros en la bajamar: descansará sobre 55 pilas cuyos cimientos de mampostería, construídos en cajones metálicos, alcanzarán profundidades que variarán entre 6 ó 7 metros en los citados escollos, 24 cerca de la costa inglesa, 40 cerca de la francesa y 55 en el centro del estrecho; las distancias entre pila y pila serán alternadas de 300 á 500 metros, de 200 á 350 y de 100 á 250. Las pilas que se establecerán en la profundidad de 55 metros tendrán en su base una superficie de 1604 metros cuadrados; las demás tendrán como mínima una anchura de 25 metros.

En el proyecto se calcula que el total de la obra de mampostería de las pilas no bajará de 4 millones de metros cúbicos y que se emplearán en ellas 70.000 toneladas de hierro: la construcción de cada pila, inclusos los trabajos que se hagan en tierra, exigirá 477 días laborables y 160 de huelga en previsión de las fiestas y del mal tiempo. Entre la superficie del agua en la pleamar y la superficie interior del puente mediará una distancia de 54 á 57 metros, suficiente para permitir el paso de los buques de más alto bordo. El puente será de acero economizándose así un 50 por 100 de peso con relación al hierro.

El costo total de la obra se estima en 860 millones de francos.

(De *La Nature*)

NOTICIAS VARIAS

LONGEVIDAD DE LOS ELEFANTES. – Los periódicos de la isla de Ceilán se han ocupado hace poco tiempo de la muerte de un elefante muy conocido allí, y que lo ha sido también por muchas generaciones de ingleses; este elefante llevaba el nombre de Sello, había pertenecido al último rey de Kandy, Sriwi Krema-Rajah-Singha, y era uno de los cien elefantes de que se apoderó el gobierno inglés en 1815, cuando cayó la dinastía kandiense, y la isla entera pasó á poder de la Gran Bretaña.

Por aquella época se aseguraba ya que Sello tenía quince años, por consiguiente, si esta cifra es exacta, habrá fallecido de muerte natural á la edad de ochenta y nueve años. Casi toda su vida se le empleó en las obras públicas de la isla, como construcción de caminos, acarreo de fardos, empedrados, roturación de terrenos, etc.; vendiósele en 1880 y lo compró un habitante de la isla. A veces sirvió en los campos donde se reduce á domesticidad á los elefantes salvajes. Era sumamente manso, inteligente y obediente; hace unos dos años se quedó enteramente ciego á pesar de lo cual, continuó tirando el arado hasta el fin de su vida.

Después de su muerte se le arrancaron los colmillos, que tenían cinco piés de largo. La talla del animal era de ocho pies.

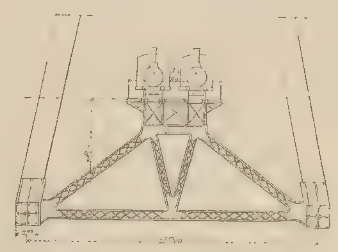


Fig. 1.—Sección transversal en el centro del tramo de 500 metros. (Puente sobre el canal de la Mancha)

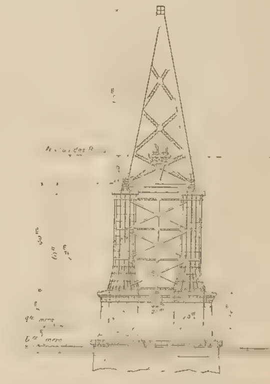


Fig. 2. Sección transversal en una pila



Fig. 3. – Vista general del puente sobre el canal de la Mancha. Según una acuarela que acompaña al anteproyecto de los SS. Schneider y Hersent (franceses) y Fowler y Baker (ingleses)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

Año VIII — BARCELONA 25 DE NOVIEMBRE DE 1889 — Núm. 413

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



PIERRETTINE, cuadro de Clairin, grabado por Baude (Salón de París de 1889)

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

PIERRETTINE, cuadro de Clairin

Salón de París de 1889

Hay bellezas seductoras por lo dulces y otras temibles por lo atrevidas: la pintada por Clairin pertenece á esta segunda categoría. Su boca es la propia malicia condensada en dos rojos labios, su nariz ligeramente arremangada es toda una tentación y sus ojos son la provocación misma encarnada en dos negras y brillantes pupilas. Clairin ha sacado gran partido de este picaresco rostro encuadrándolo en vaporosas muselinas, caprichosos lazos y sedosos y rubios rizos, agregándole un busto de combas irreprochables y un cuerpo esbelto y de admirables proporciones, vistiendo esa figura con el elegante traje de *pierrette* y envolviendo ese dechado de gracias en gasas transparentes que aumentan la ilusión que produce tan hermoso conjunto.

El tinte general del cuadro es simpático y fino, el rostro de la linda joven rebosa expresión y la actitud, aunque á primera vista parece un tanto forzada, resulta natural si se tiene en cuenta que la *Pierrettine* está preparada para el baile y cuidadosa, por esta razón, de hacer la menor presión posible sobre las delicadas telas de su traje.

EL DUQUE DE WELLINGTON, grupo escultórico de Boehm

El escultor ha modelado con tal acierto el rostro y la figura del ilustre general inglés que, al decir de sus compatriotas, es imposible dejar de reconocer el carácter de raza y los rasgos físicos del héroe de Waterloo llegando aquéllos hasta afirmar que la estatua con su actitud reposada y su semblante atento y grave expresa fielmente las cualidades morales que distinguieron al vencedor de Napoleón I.

No menos bien ejecutado está el hermoso caballo que le sostiene; pero en donde más se admiran la originalidad y el talento del escultor es en los soldados puestos en los cuatro ángulos de la base del monumento que saliéndose de los moldes generalmente aplicados á esa clase de figuras secundarias, tienen vida propia, por decirlo así, y atraen la atención casi tanto como la figura principal gracias á la naturalidad de sus posiciones, á la expresión de sus caras y al vigor con que el artista ha sabido modelarlos.

LIMPIEZA DE ARMAMENTO, cuadro de Hocker

El pintor alemán, cuyo cuadro lleno de verdad y de vida reproducimos, nos transporta á bordo de un gran acorazado. El momento escogido para el cuadro es el en que la tripulación, después de haber hecho los ejercicios de tiro, se ocupa en limpiar las armas con la febril actividad que caracteriza á los marinos y que es indispensable en ellos si han de practicar regularmente los múltiples trabajos que el servicio exige. El tripulante de un barco de guerra tiene que estar familiarizado como el marino mercante con las maniobras del velamen, de la cabuyería y del timón; debe conocer el manejo del fusil como un soldado de infantería y el del cañón como un artillero; ha de tener conocimientos de carpintería, saber nadar y remar y hacer otra porción de cosas de que el hombre de tierra apenas puede formarse idea. La limpieza, los ejercicios de vela, de combate y de batería, la instrucción y las guardias le ocupan casi todo el día y algunas noches, pudiendo decirse que no tiene más descanso que las horas de comer y de dormir, que por cierto no pecan de excesivas, y como complemento de tantas fatigas está sujeto á una disciplina mucho más severa que la del ejército territorial que castiga las menores faltas con rigurosísimas penas.

TIGRE CON SU PRESA, dibujo de Ricardo Friese

Es indudable que para apreciar en toda su belleza y casi diríamos en toda su majestad á una fiera hay que verla obrar impulsada por el más natural de sus instintos, la lucha por la existencia, y acosada por la más imperiosa de sus necesidades, el hambre. Así lo ha comprendido Ricardo Friese, autor de otro dibujo «Leones acechando á una caravana» no menos celebrado que el «Tigre con su presa» que hoy publicamos.

El tigre, una vez dueño de su botín, emprende desatentada carrera tronchando cuanto á su paso encuentra y salvando con la ligereza y la elasticidad que le son propias así las altas vallas como los anchos fosos hasta llegar á sitio seguro en donde pueda devorar tranquilamente su presa.

Friese nos presenta el terrible felino en el instante de internarse entre las malezas de un rincón solitario que poniéndole á cubierto de la codicia de sus congéneres le permitirá refocilarse en sangriento festín después de despedazar á su inocente víctima: el dibujo está ejecutado con una valentía y una naturalidad que justifican la fama que el autor se ha conquistado en esta especialidad en que muy pocos han logrado igualarle.

EL GENIO DE LAS ARTES, estatua de Adolfo Cencetti

Esta estatua cuyo original fué esculpido por el reputado escultor italiano Cencetti se alzó en el frontis de la galería de Bellas artes en la Exposición nacional italiana de Roma de 1883, y más tarde una reproducción de la misma figuró en la Exposición italiana de Londres que en 1888 organizó M. Whitley en Kensington Garden á semejanza de las que en los años anteriores se habían celebrado allí mismo bajo el patronato del príncipe de Gales.

La figura es de proporciones colosales y está ejecutada con gran acierto y en su actitud y expresión revela la grandiosidad del genio que representa.

PARTIDA DE CAMPO AGUADA, cuadro de H. Hotschenreiter

El día había amanecido esplendoroso y el protagonista de nuestro cuadro seguido de su fiel perro había abandonado desde muy temprano la aldea con el propósito de pasar la mañana recorriendo el campo convertido ya en verde y mullida alfombra salpicada de flores de vivos colores y suave fragancia. De repente una ligera nubecilla aparece en el horizonte, poco á poco se agranda, júntase con otras que en distintas direcciones se han formado y el cielo, momentos antes límpido, se ennegrece y sin dar tiempo á que el buen hombre se guarezca en lugar seguro descarga una lluvia torrencial que el infeliz sufre mal resguardado debajo de la copa de un árbol, contemplando la aldea que á lo lejos se ofrece á su vista y renegando de sus aficiones campestres que le han puesto en tan duro trance.

Tal es el asunto del lindísimo cuadro de Hotschenreiter: si lo ha tratado bien, díganlo por nosotros nuestros lectores después de haberse hecho cargo de la verdad con que está ejecutada la interesante figura del desdichado excursionista en cuyo semblante se adivina toda la congoja que su comprometida situación le causa.

DESDE LA MURALLA, cuadro de Meifrén, grabado por Sadurní

Ya en otras ocasiones hemos dicho que Meifrén no contento con vencer las dificultades naturales que el mar ofrece parece complacerse en crearse otras de que con facilidad hubiera podido prescindir sólo para darse el gusto de dominarlas. Así lo demuestra su cuadro «Desde la muralla» en el cual logra hacer grata á la vista la más antiestética de las líneas, la línea recta, y dar vida y belleza á una figura perfectamente geométrica que tan rebelde se ha mostrado siempre á la pintura: para obtener este resultado le ha bastado colocar en primer término dos bonitas figuras, señalar en el fondo como manchas apenas perceptibles las velas latinas de algunas lanchas y pintar un cielo de informes nubes que al confundirse con el mar en el horizonte suaviza la crudeza de la línea horizontal y al reflejarse en el agua rompe la monotonía de color de la superficie.

JARRONES de la Exposición Universal de París

Magníficos son, cada uno en su género, los tres jarrones que en el presente número reproducimos y que están tomados de entre los mejores ejemplares de la sección inglesa de la Exposición Universal de París.

El primero representa un grupo de ninfas pescando y está ejecutado según el elegante dibujo de M. Solón, por el procedimiento de pastas sobrepuestas *(pâte sur pâte)* que consiste en sobreponer á la pasta de un color otras de diferentes colores para obtener, siguiendo un dibujo trazado de antemano, un adorno polícromo inalterable sin el auxilio de la pintura.

El segundo más sencillo que el anterior no le cede en belleza ni en elegancia así por su forma como por los bonitos grupos de flores y de hojas trazados con exquisita delicadeza y con una finura de colorido que honra á la casa Haviland y C.ª que lo ha expuesto.

El tercero, salido de la Real fábrica de porcelanas de Worcester, mide 24 pulgadas de alto y es del más puro estilo oriental: el cuello, el pie y la tapadera están cincelados primorosamente; el fondo es de un color de marfil pálido y los realces son de color de marfil viejo; las asas, de forma algo extraña, figuran ser de bronce antiguo con incrustaciones de cobre y la parte inferior encaja aparentemente en un adorno de bronce aplicado al jarrón que sirve de base á tres magníficos pavos reales. El tono general del jarro es suave y agradable en extremo y el conjunto ofrece un aspecto tan elegante como rico.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

UN GRITO DE VENGANZA, cuadro de Gabriel Nicolet

Los desalmados beni m' guild han sorprendido el miserable aduar de una pobre tribu árabe y después de haber saqueado á sabor sus ruines cabañas han pasado á cuchillo á algunos de sus habitantes quizás por el enorme delito de oponer débil resistencia á sus desmanes: las viudas y los deudos de los infelices inmolados al furor de los rebeldes prorrumpen en alaridos de venganza cuando, alejados los asesinos, divisan á las tropas del sultán que avanzan por el fondo.

Nada hemos de añadir á esta ligera descripción de nuestro grabado: cuanto pudiéramos decir acerca del asunto y del modo cómo lo ha tratado Gabriel Nicolet habría de ser una repetición de lo que dijimos en el número 393 de esta Ilustración al ocuparnos de la «Cadena de prisioneros de una tribu rebelde en Marruecos» que entonces dimos también como Suplemento artístico y que es el complemento de «Un grito de venganza.»

La que tomó el sultán de sus súbditos insurrectos fué digna – dentro del orden de ideas dominante entre aquellos pueblos bárbaros – de las crueles hazañas por ellos realizadas.

¡Desgraciados países los que de tales crueldades dan ejemplo! ¡Cuántas responsabilidades no pesan sobre ellos y más aún sobre los pueblos cultos que no han dirigido todavía sus esfuerzos á iniciarles siquiera en los goces de la civilización!

EL VESTIDO DE MI HIJA

– Sesenta pesetas de alquiler de casa, diez á la muchacha, veinticinco al sastre, cuarenta y tres á la tienda de ultramarinos; gastos menores como: sereno, aguador, suscripción á «El Liberal» etc., pongamos diez pesetas: total, ciento cuarenta y ocho; restan hasta doscientas cincuenta, ciento dos. ¡Ah! se me olvidaban veintisiete pesetas al zapatero por las botas de mi mujer y de la niña; ciento dos menos veintisiete, son setenta y cinco; setenta y cinco pesetas, es decir, quince duros justos. Estoy divertido: con quince duros es imposible que coman treinta días cuatro personas; mejor dicho, cinco, porque la muchacha, esa asturianota incivil, come por dos, y si la dejaran, por dos docenas. ¡Bonito porvenir! Y nada; no hay solución; ¡yo no sé de dónde diablos sacar dinero! En fin, comeremos, hasta que comamos, y después... después Dios dirá y dirá tal vez que no comamos.

Estas cuentas tan poco galanas hacíalas Filiberto García, y al conocer por los números su situación, comenzó una serie de reflexiones, mientras mordía el extremo de su pluma y se rascaba nerviosamente la frente, buscando la solución de un problema más difícil que el del movimiento continuo: el de convertir quince duros en cuarenta.

Barajóse los sesos sin que brotase una idea salvadora, y cuando iba á pedir ayuda, esto es, cuando iba á llamar á su mujer para que ella hallara la solución, apareció en la habitación en que Filiberto se hallaba, la que iba á ser llamada.

– ¿Te ha pagado el editor? – fué la pregunta que hizo Filomena, que así se llamaba la mujer de aquel desdichado, que elevaba los ojos al cielo en demanda de un milagro semejante al de la multiplicación de los panes y los peces.

– Sí, – respondió Filiberto, – me ha dado cincuenta duros.

– ¡Cincuenta! ¡Ay, cuánto me alegro! ¿De manera que no te ha descontado los diez que le pediste?

– He logrado que se espere al mes que viene. Me los descontará cuando le lleve traducida la novela en que ya estoy trabajando.

– Vamos, respiro; mañana mismo le compro un vestido á la niña; la pobrecita no tiene qué ponerse.

– ¿Qué? ¿qué dices?

– Ya lo has oído; creo que ya es hora de que mi hija tenga un vestido al menos con el cual pueda salir á la calle.

– Sí, mujer, sí; hora es, ya lo creo que es, pero lo malo es que aun siendo hora, esa hora no tiene cuartos.

– Pues aun cuando no coma, la niña no se queda sin vestido, – replicó Filomena, mal humorada.

– No te apures, que no comerás, pero tampoco tendrá vestido la niña. ¿Pedías una cosa? pues ya tienes dos.

– ¡Pero, hombre!

– ¡Pero, mujer!

– Pensabas con cuarenta duros que se comprara el vestido, y ahora con cincuenta...

– Antes de tenerlos, imaginé que cuarenta duros eran cuatro mil reales y ahora que tengo cincuenta he averiguado, merced á unas sencillas operaciones de adición y sustracción, que cincuenta duros no son más que mil reales y que con esa cantidad pagando todas esas partidas, comeremos quince días de este noviembre, dichoso mes que empieza con Todos Santos, y ayunaremos los otros quince días de este noviembre, dichoso mes que acaba con San Andrés y acabará con mi paciencia, y con todos nosotros.

– A ver, trae esa cuenta.

– Toma, y que Dios te ilumine.

Examinó Filomena la cuenta, y cuando llegó al total, se pintó en su cara una profunda tristeza.

– ¡Quince duros! – dijo; – ¡quince duros! Es verdad, con quince duros no podemos vivir todo el mes. Y yo que había consentido á la niña... ¡Pobrecita!

Después guardó silencio durante largo rato.

Filiberto apoyó los codos sobre la mesa delante de la cual estaba sentado y cubrióse los ojos con las manos.

Filomena sintió que dos lágrimas resbalaban por sus mejillas. Apresuradamente secó sus ojos con el extremo de su delantal, y al fijarse en su marido, le miró un instante con cariño inmenso; hizo un esfuerzo para que la tristeza desapareciera de su rostro y para que una sonrisa asomara á su boca. Separó las manos de su marido, que le cubrían los ojos, y obligándole á levantar la cabeza dijo:

– No te apures, hombre; te ahogas en un dedal de agua. Se salvó la situación.

– ¿Cómo? – contestó Filiberto asombrado.

– Tú sabes sumar, pero no sabes restar. Mira, de las veintisiete pesetas del zapatero, resta veintisiete; de las veinticinco del sastre resta diez, y como en la tienda de ultramarinos pagas cuarenta y tres, claro es que adquieres un crédito de otro tanto, con lo cual podremos vivir todo el mes sin que ni un solo día te falte tabaco, partida que habías olvidado y que es de importancia, pues todos los días te fumas un real.

– Hija mía, no te entiendo del todo.

– ¡Qué torpe eres en cuestiones de hacienda! Oye; como el zapatero tiene gran confianza en mí, porque fué zapatero de mamá y me calza desde que tenía seis ó siete años, puedo no pagarle hasta el mes que viene; por ese lado, adquiero veintisiete pesetas; al sastre no se le deben más que veinticinco pesetas de cuarenta y tres duros que se le debían; dándole tres durejos se quedará tan contento; ¡qué más quisiera él si todos le pagaran como nosotros! Al ultramarino se le paga y vuelta á empezar; de manera que contamos con setenta y cinco pesetas y veintisiete: ¿cuántas son?

– Ciento dos.

– Ciento dos y diez, ciento doce; esto en efectivo metálico y cincuenta en *créditos* contra el ultramarino, ciento sesenta y dos, con lo cual será dichoso el mes que media con San Eugenio y acaba con San Andrés. ¡Qué tal! ¿tengo ó no tengo talento? – preguntó Filomena irguiéndose y aparentando orgullo.

– Déjame que te abrace, – dijo Filiberto abrazando á su mujer; – eres un Necker, un Figuerola, un Camacho. ¡Qué! mucho más; en cuanto haya una crisis te propongo ministra de hacienda, y si no salvas la situación de España, doy á mi patria por tan desahuciada que ni el mismo Doctor Garrido la salva. Eres una joya, mujercita de mi alma. Otro abrazo y otro y otro, y como premio á tu talento ahí va este beso y de adehala estos mordisquitos en la punta de la nariz.

Y mientras esto decía acompañaba la acción á la palabra.

– Se salvó el país; pero ahora que caigo, mi hija se queda sin vestido por ahora. ¡Pobre niña de mi alma! ¿Para eso no hay solución?

Calló Filomena y nuevamente se pintó en su rostro profunda tristeza; mas pronto se repuso y dijo:

– ¡Qué importa que lleve el vestido remendado y feo si en cambio tiene una cara de ángel!

–¡Ay! á mí me hace mucho daño pensar que la niña va á sufrir y á llorar cuando sepa que el domingo no podrá salir con su prima por no tener vestido.

–No sufrirá, ni llorará; es tan buena y tan inocente que con cualquier cosa se la engaña. Yo la engañaré diciéndola que no podrá tenerlo hasta más tarde, porque se lo hemos encargado á París para que sea más bonito, y el domingo jugaré con ella á visitas.

Estas últimas frases las oyó la interesada, la niña á quien sus padres no podían comprar un vestido.

Matilde, – que este era su nombre, – saliendo de entre un *portier* que cubría la puerta de la habitación en que se hallaban sus padres, se dirigió hacia el sitio en que estaba su madre, muy despacito, y se colocó junto á ella, sin que se notara su presencia hasta el momento que apoyó su linda cabecita sobre las rodillas de su mamá.

–Hija mía, –dijo Filomena acariciando los rubios cabellos de la niña, – ¿dónde estabas?

–Ahí, – respondió Matilde señalando al *portier*.

–¿Y qué hacías allí? – repuso la madre con cierto tono de severidad.

–Nada, – dijo la niña asustada al ver la seriedad con que la hablaba su mamá.

–Escuchabas nuestra conversación. Eso es una cosa muy fea, y las niñas que tal cosa hacen...

–Pero, mamaíta, – interrumpió la niña con voz ahogada por las lágrimas que comenzaron á correr por sus mejillas, – si no escuchaba.

–¿No sabes lo que decíamos?

–Sí, sí, decías que para engañarme, jugarías conmigo y que...

–Pues si sabes todo eso, ¿cómo dices que no escuchabas? Habré de castigarte severamente, por escuchar tras de las puertas y por mentir.

–No, mamaíta, no, si yo no escuchaba, pero oía sin querer.

–Salga V. inmediatamente de aquí, bribonaza, – dijo la madre esforzándose por aparecer incomodada.

–¡Ay, mamá! – dijo la niña llorando silenciosamente, – ya me voy, ya me voy, pero no me riñas.

Se llevó la pobre niña las manos á los ojos enturbiados por las lágrimas, y á pasitos cortos, muy cortos, se dirigió hacia la puerta, volviendo de cuando en cuando su celestial carilla, más interesante en aquel momento por el infinito dolor que en ella se pintaba. Al llegar á la puerta volvió por última vez la cabeza, esperando que la llamara su madre, ó bien que la dirigiera una mirada, que ella conocía y sabía que anunciaba el perdón; pero su madre ni la miró ni desarrugó aquel tan temido ceño de juez inexorable. Salió entonces la niña de la habitación, y quedándose tras de la puerta, comenzó á sollozar y suspirar tan tristemente que conmovió á su padre, quien dijo en voz muy baja y dirigiéndose á su mujer:

–Eres demasiado severa con la niña; la pobrecilla se queda sin vestido y para consolarla...

–Matilde, – interrumpió Filomena

–¿Qué quieres, mamá? – dijo la niña, apenas había sonado la última sílaba de su nombre, apareciendo en el dintel de la puerta. – ¿Me vas á perdonar?

–Sí, hijita mía, sí; tu mamá y yo te perdonamos. Ven aquí, sobre mis rodillas, dame un beso y repite á tu papá que tú no escuchabas sino que oías sin querer ¿verdad?

–Sí, papá.

–Pero otra vez no volverás á oir, ni aun sin querer, – dijo la madre.

–No, mamá. ¿Me quieres?

–Sí, te quiero, hija mía, cuando eres buena.

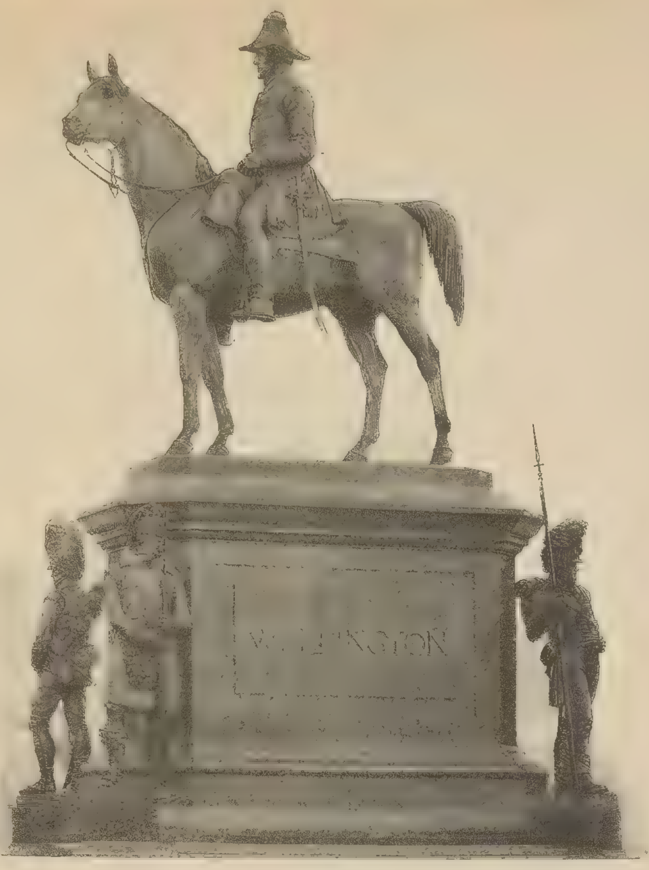
–Yo seré siempre buena para que me quieras mucho, mucho, aunque no me compres vestidos y quieras engañarme.

Al oir esta frase que probaba la inocencia de la niña, no pudieron sus padres evitar que la risa saliera á sus labios. La madre en un momento de entusiasmo, cogió á la niña en sus brazos y comenzó á besuquearla en toda la cara diciendo:

–Pero, Dios mio, ¡qué hija más hermosa la mía! ¡Qué cara y qué ojos y qué boca y qué todo! tienes más talento...

–Pero mira, no tengo vestido, – replicó la niña, ya sonriente y conociendo que se había hecho dueña de la situación.

–Ahora no lo tienes, pero ya lo tendrás, – dijo Filiberto, y añadió: – Escucha, hija mía; tu papá es pobre y no tiene dinero para comprarte el vestido, pero eso no debe importarte. ¿Qué prefieres? que tu papá te quiera mucho ó que te compre un vestido?



EL DUQUE DE WELLINGTON, grupo escultórico de J. E. Boehm

–Las dos cosas, – contestó la niña haciendo un gracioso mohín.

–Pero es que hoy no puedes tener más que una, – dijo Filiberto besando los dorados cabellos de la niña.

–Yo quiero lo que tú me dés, papaíto.

–¿Y no llorarás por no tener vestido para ir á paseo el domingo?

–No lloraré si mamá juega conmigo á visitas y tú me cuentas todos los días un cuento, muy largo, muy largo y muy bonito.

–Te contaré todos los que quieras.

–Pues cuéntame uno ahora, anda!

–¿Ahora?

–Sí, papá.

–Bien, hija. ¿Quieres que te cuente el del Pulgarcillo?

–No, ese ya lo sé.

–¿El de Las tres bolitas de oro?

–Tampoco; uno nuevo, anda, papá.

–Bueno, vamos á ver lo que sale. Pues señor; érase que se era allá por los años en que los animales hablaban y en que la Santa Virgen bajaba de cuando en cuando á este valle de lágrimas á repartir dones á los pobres y á los buenos.

En un lejano país que está al otro lado del mar, vivía en una modesta choza una familia compuesta de padre, madre y una niña que tendría siete ú ocho años. Era el padre, á quien llamaban el tío Juan, un pobre leñador, que cortando leña y yendo á venderla á la ciudad próxima apenas si podía ganar lo bastante para sostener á su mujer y á la pobrecita niña. La madre de la niña, que como el padre era ya viejecita, estaba muy enferma, por lo mucho que durante su vida había trabajado y por las muchas privaciones que había sufrido. Llamábase la niña...

–¿Cómo? – interrumpió Matilde.

–Pues se llamaba Filomena.

–¡Como mamá! ¡Ay, qué gusto! todavía no sé si es buena y ya sólo por eso la quiero.

–Muy buena era la pobrecilla Filomena. Cuando su padre iba al monte á cortar leña, acompañábale su hija y le ayudaba á cargarla sobre los lomos de un borriquillo que constituía con la choza en que habitaban, toda su fortuna. Cuando marchaba á la ciudad á vender la leña, hacía Filomena todas las labores de la casa, cuidaba á su madre paralítica, con el esmero de una persona mayor, y tenía siempre dispuestas para cuando su padre volvía, las sopas de ajo que constituían su cena. Para aquella pobre niña no había horas de descanso ni de juego. Llegó un crudísimo invierno, el frío atería el delicado cuerpo de Filomena cuando para ayudar á su padre subía á la sierra vecina. Como no hay mal que por bien no venga, aquel frío que tanto mortificaba á la niña llevó cierto bienestar á su choza, pues como apretaba el frío vendíase más leña y á más precio. Aumentaron los ingresos hasta el punto de que la madre de Filomena se vió un día poseedora de la exorbitante cantidad de veintiocho reales que destinó á comprar un pañuelo con el cual se abrigara su hija. No solicitó Filomena tal regalo, sino que por el contrario se opuso á que en ella se gastara el dinero tan penosamente ganado alegando que jamás tenía frío, por más que en ocasiones el frío la hiciera llorar. No desistió la madre de su empeño y ordenó á Filomena que fuera á la ciudad vecina á comprar el susodicho pañuelo. Partió sola la niña, pues por su parálisis no podía acompañarla su madre, y su padre tenía aquel día y los siguientes que cortar leña. Llegaba la niña á las primeras casas de la ciudad, cuando vió á unos chicuelos que estaban martirizando á un pobre pajarito al que habían cortado las alas y al que casi arrastraban tirando de un hilo que habían atado á una de sus patas. El pobre animalito piaba tristemente y al pasar Filomena le dirigió con sus ojillos negros y redondos una mirada como de súplica para que le librara de aquellos bárbaros tormentos.

¡Pobre pajarito! pensó Filomena y en voz alta dijo:

–Chicos, que le hacéis mucho daño; quitadle ese hilo que le martiriza y devolvedle su libertad, para que cante por los campos y vaya á su nido en donde le esperan sus hijuelos.

Los chicos la miraron con asombro y la respondieron con dureza.

–¿Quién te mete á tí, puerca, en lo que nosotros hacemos? – dijo uno de ellos; – el pájaro es mío y puedo matarlo si me da la gana.

–¡Ay! pero no lo matarás, ¿verdad? – dijo Filomena asustada.

–Cuando quiera. ¿Apuestas algo á que lo estrello contra esa piedra?

–No, no lo mates y yo te daré...

–¿Cuánto me das por él? – dijo el perverso chicuelo.

–Lo que quieras si lo has de matar.

–Dame una peseta.

Titubeó un instante Filomena, pero al ver un ademán del chico amenazando estrellarlo y al oir que el pajarillo piaba, dijo sacando una peseta de las siete destinadas á comprar el mantón que había de resguardarla del frío:

–Toma; el pájaro es mío.

Lo tomó con gran cuidado entre sus manos, desanudó el cordón que le sujetaba por una de sus patas y le soltó. Emprendió el pájaro un rápido vuelo, causando gran asombro en los chicuelos que dijeron:

–Mira cómo vuela! y eso que tenía las alas cortadas!

Subió y subió el pájaro hasta perderse de vista allá en el cielo. Continuó Filomena su camino hacia la ciudad y al poco rato sintió un ligero golpe en su hombro izquierdo; miró y vió al pájaro á quien había dado la libertad parado en su hombro y dirigiéndola una mirada de agradecimiento; trató de ahuyentarle, pero el pájaro no se movió. Hasta aquel momento no había pensado en que para adquirir el pájaro había gastado una peseta que necesitaba para comprar su pañuelo. – Ya me lo darán por seis, pensó para consolarse; pero llegó á la ciudad y no pudo encontrar quién le vendiera un pañuelo por el dinero que tenía. Ocurrióseles entonces una idea luminosa: por seis ó siete reales compraré una vara de bayeta, me haré un cuerpecito, y para qué necesito pañuelo? de este modo aun con la peseta gastada en el pájaro produzco un ahorro á mi madre. Hizo lo que había pensado, volvió á su choza, refirió á su madre cuanto había pasado, le enseñó el pajarito, y su madre enternecida dióla un larguísimo beso.

A los pocos días de esto ocurrió una gran desgracia.

Iba el padre de Filomena montado en su borriquillo en dirección á la sierra; trepaba el animal por junto á un barranco, cuando dió un paso en falso y cayó arrastrando en su caída al pobre tío Juan.



LIMPIEZA DE ARMAMENTO, cuadro de Pablo Hocker



UN GRITO DE VENG



GANZA, cuadro de Gabriel Nicolet



TIGRE CON SU PRESA, notable dibujo de Ricardo Friese, grabado por B. Doring



El genio de las artes, estatua de Adolfo Cencetti

El asno quedó muerto y el tío Juan quebróse una pierna. La más espantosa miseria tomó posesión de la choza de Filomena; ya ni un mendrugo de pan había. La valerosa niña tomó una resolución extrema. Iré yo al monte, se dijo, cortaré leña é iré á venderla á la ciudad. Una mañana muy temprano el sol con sus rayos no besaba aún la tierra; aprovechando un momento en que sus padres dormían vencidos por el dolor ó debilitados por el hambre, salió Filomena de su choza. Apenas pisó el campo, el pajarito, que no la había abandonado, se posó sobre su cabeza. Llegó la niña al monte armada de su hacha; con sus manecitas comenzó á dar golpes sobre las ramas de los árboles, pero inútilmente; le faltaban las fuerzas.

Al ver su desgracia, comenzó á llorar. El cansancio, el hambre y el sueño la rindieron y quedóse dormida junto al tronco de un árbol, teniendo entre sus manos el hacha. Al poco tiempo despertó y con gran extrañeza vió á su lado un inmenso montón de leña. Su alegría fué inmensa. Esto, pensó, lo menos vale veinte reales. Dios me ayuda.

Intentó echarse aquella carga á la espalda, pero era demasiado pesada. Nuevo desaliento se apoderó de ella; alzó los hermosos ojos al cielo en demanda de socorro, y entonces el pajarito cogió con el pico la carga de leña, colocó á la niña sobre sí, y alzando el vuelo, en pocos segundos llevó á la niña á la ciudad, en donde vendió la leña trasportada también por el pajarillo mágico.

Esto mismo se repitió muchos días. Por fin sanó el padre de Filomena. El primer día en que el tío Juan pudo ir al monte á trabajar, fué Filomena á ver al pajarillo que dormía siempre en un rinconcito junto á su cama y el pájaro había volado; en su lugar encontró un papelito y un clavo. El papelito decía: «Este clavo atravesó los pies de Jesús en la cruz; si sigues siendo tan buena como hasta ahora lo fuiste, pide, que el clavo dará; que Jesús dijo: Dejad á los niños que vengan á mí, y ama á los niños que son como tú!»

Filomena pidió al santo clavo la salud para su madre y el bienestar para todos y el clavo le concedió cuanto deseaba.

– Y ahora, – dijo Filiberto, – colorín, colorado, este cuento se ha acabado.

– ¡Ay, qué bonito, papá! – dijo Matildita; – pero dime, ¿sabes si Filomena pidió al clavo un vestido bonito para ir el domingo á paseo con su prima?

– Creo que sí, – respondió Filiberto.

– ¡Ay, quién tuviera ese clavo! – repuso la niña.

Durante un momento guardó silencio Filiberto, mas de pronto, dándose una palmada en la frente, dijo:

– Yo tengo ese clavo. ¿Sabes cómo se llama? Amor filial. El domingo tendrás el vestido; – y pensó:

– Esta escena y este cuento de niños, los escribo, y quizá algún periódico me compre el artículo que resultará si acierto á trasladar cuanto se me ha ocurrido.

. . . .

EPÍLOGO

La hija de Filiberto estrenó al siguiente domingo un precioso vestido.

Ricardo Revenga

UN MÁRTIR DESCONOCIDO

(Conclusión)

La causa y la prisión depararon nuevas privaciones y nuevos sufrimientos al infeliz León. Su mujer trabajó para ocurrir á tantas necesidades. Pero el trabajo de una mujer es insuficiente para sostener una casa, un marido encausado, unas niñas de poca edad. León se dirigió á sus antiguos jefes; pero estaban en extranjero suelo, comían el pan de la emigración, no amargo para todos, y nada, según aseguraban, podían hacer por el ignorado mártir de la política... León fué condenado á muchos años de presidio.

Separado de su familia, abandonado por todos, son indecibles los sufrimientos de León. Por sus malhadadas aficiones políticas, se veía condenado á presidio; y su familia, á la miseria. ¡Cuántas veces maldijo sus ideas y á los que las habían predicado! ¡Cuántos ilusos como él se veían sepultados en el presidio, mientras sus jefes vivían como príncipes destronados, pero al fin y al cabo como príncipes! Si él cumpliera su condena y se viera de nuevo en libertad, no se lanzaría jamás á las quijotescas aventuras de los revolucionarios... Así pensaba León; que siempre es tardío el arrepentimiento y el propósito de la enmienda.

Los presos políticos, al menos los de ciertas clases, son objeto de burla y enemistad de los demás presidiarios. Tal vez esa repulsión se explica por la ley física y moral de no poder asimilarse elementos heterogéneos. Ello es que los ladrones y los asesinos se creen con derecho – ¡triste derecho en verdad! – á ser los únicos moradores de las cárceles, siendo, según ellos dicen, «los hijos de la casa.» No comprenden que los pobres, «metidos á políticos,» sean tan cándidos que se lancen á la revolución, á no ser «para robar á dos manos y cortar muchas cabezas.» Por lo demás, son revolucionarios á su modo.

– Los pobres – afirman – deben hacer guerra á los ricos: pero guerra á su bolsa y á su cuello.

Y dirigen á «los políticos,» según se les llama en tales casas, las bromas y burlas más groseras.

Así, es frecuente oir diálogos como este:

– ¿Con que tú eras político?...

– Sí.

– ¿Y estás en presidio?...

– Ya lo ves.

– ¡Bah! tú «no sirves para el paso.» La verdadera política es robar con política: robar «á lo ministro,» y no «caer preso.»

Los moradores de las cárceles no entienden gran cosa en achaques de desinterés y puritanismo. No comprenden que nadie se lance «á cosas serias» sin que le quede «carne entre las uñas,» aunque se «manche» las manos.

– Vamos á ver: ¿qué eras tú antes de «meterte» á político?...

– Albañil.

– ¡Vamos! viene á ser lo mismo. Estás harto de tejados, y querías subir á otras alturas. Aquí tenéis un aspirante á ministro, y ya sabéis que todos los ministros son buenos albañiles... para limpiar las arcas del tesoro.

Otras variantes del mismo género.

– ¿Tú querrás la redención social?

– Naturalmente.

– Y te han crucificado por meterte á redentor. ¿Y no querías comer del presupuesto?

– Ni querré.

– Y ahora comes del rancho del Estado, que no comen los que se van «de naja» al extranjero. ¿Y tampoco querrás la esclavitud?

– Claro que no.

– Y ahora vas cargado de cadenas. ¿Y habrás predicado contra el robo y contra la prostitución?... Y ahora, si quieren comer, tus hijos robarán; y tu mujer y tus hijas... ya sabes.

– Justo castigo á su necedad, – añade algún compañero ó «consorte.» – Si cuando se arma una buena «tremolina» supieran «enfangarse»... Pero ¡que si quieres! No saben más que poner letreros de – «Pena de muerte al ladrón,» y no saben añadir: – «de la Nación.»

Pocas veces son contestadas tan groseras bromas y tan pérfidas insinuaciones, pero no dejan de producir sus efectos en los pobres fanáticos políticos. Así sucedía á León, que al principio recibió de su mujer frecuentes cartas y algún socorro. Pero después las cartas escasearon; y los socorros, más. Hasta que llegó un día en que no hubo ni una ni otra cosa. En sus últimas cartas le hablaban de lo imposible que les era la vida. Su mujer ganaba escasamente para comer, no podía cuidar de sus hijos ni educarlos, hacía de su porvenir funestas predicciones, y revelaba su desaliento y su impotencia para lucha tan ruda y continuada... ¡Pobre León!

Pero no hay plazo que no se cumpla, y se cumplió el de su condena. Recobró su libertad, y salió curado de sus antiguas aficiones. Ya no se proponía pensar más que en el trabajo y en el bienestar de su familia. Si no sabía de ella, no se debía sorprender. Su angustiosa situación, su absoluta carencia de recursos, la había obligado á no escribir, á no atormentarle con noticias tristes, á ocultarse de él. Buscó, pues, á su familia, pero en vano. Trató de inquirir noticias, de averiguar su paradero, pero en balde. Unos nada sabían. Otros no querían hablar.

Entretanto buscó trabajo, pero fué también vano propósito. Se conocían bien sus aficiones, y se dudaba mucho de su curación. Por otra parte, no es en la clínica en que había estado donde se obtienen mejores curaciones. Se sabía que había estado en presidio; y, aunque se vaya por política, de presidio suelen traerse malos hábitos. Además era viejo; y ni los viejos ni los presidiarios son los predilectos de los talleres. Se sabía igualmente que, sin fuerzas para luchar con la desgracia y la miseria, sus hijas se habían entregado al vicio y sus hijos al crimen, mientras había desaparecido su mujer, tal vez para no presenciar tanta degradación... Y León huyó también, creyendo que en tierras lejanas le sería posible ocultar el sambenito del presidio y la deshonra

No dice la historia si lo consiguió. Lo que sí dice es que nunca pudo acallar los gritos de su conciencia, que le acusaba despiadada de haber labrado su desgracia y la desgracia de su familia, por su malhadado fanatismo. Su exaltación política había ocasionado su pobreza y su prisión, la prostitución de sus hijas, el crimen de sus hijos, la deshonra de todos. Y ¿quién agradecería su inútil y su estéril sacrificio?... ¿Quién lo conocía siquiera?...

Por lo demás, ni aun se sabe cómo murió León, pues pocas veces se sabe cómo, ni dónde, ni cuándo han muerto esos mártires ignorados. Es más: ni suele saberse si viven, ó si han muerto.

Héroes sin corona, mártires sin aureola, esos fanáticos políticos, alucinados por teorías que deslumbran y predicaciones que fascinan, acaban por morir oscuramente, ó por *vivir* en un manicomio. Sólo Dios sabe lo que deben sufrir á solas con su conciencia.

En el oleaje de la sociedad no suele notarse la *desaparición* de ciertos hombres. Y cuando desaparece alguno como León, los más de sus amigos se concretan á decir:

– ¿Qué habrá sido de él?... Era «un hombre consecuente;» un hombre de buena fe.

Y esta frase, cuando más, le sirve de oración fúnebre.

Luis Coll

LOS DIOSES DE AYER, Y LOS DIOSES DE HOY

CUENTO.

I.

Después de tantos siglos de holganza, los dioses del Olimpo dieron en aburrirse del modo que conviene á su alta categoría: soberanamente.

Era natural, y hasta de prever, que algún día les sucediera aquel percance; por caprichosos y antojadizos que fuesen ¿quién diablo, ó quién dios, no se cansa de hacer tonterías un año y otro año, un siglo y otro siglo, sin interrupción, paseando por el universo su inmortal majadería? Resolvieron, pues, dedicarse al *dolce far niente*, que como toda dulzura asaz prolongada, cuanto más eterna, acabó por degenerar en insufrible aburrimiento.

El caso era grave, y reuniéronse los dioses para discutir el peliagudo problema de hacer más llevadera su empecatada inmortalidad. Propusiéronse, al efecto, grandes



Partida de campo aguada, cuadro de H. Hotschenreiter



DESDE LA MURALLA, cuadro de Meifrén, grabado por Sadurní

fiestas para divertir á aquellas señoras diosas, que dormían perezosamente en sus lechos de nubes, y sólo se despertaban para bostezar de una manera escandalosa; tratóse de celebrar una carrera de caballos... (y aun hay quien asegura que se llegó á ensillar el Pegaso); Apolo y las Musas brindáronse á disponer, *gratis*, una velada literaria en honor del señor Publio Ovidio Nasón, autor de las *Metamorfosis;* Saturno se ofreció graciosamente á devorar, delante de la concurrencia, un par de criaturas; y, en una palabra, se redactó un programa variado y prometedor de múltiples encantos.

Pero ya porque los pareceres fueran opuestos, ya porque á Júpiter, sin el incentivo de otra Danae, se le hubiera olvidado la receta para convertirse en lluvia de oro (por cuya razón no se encontró ni un céntimo en las arcas del tesoro olímpico), el resultado fué que las cosas quedaron como estaban, y *todo dios* tornó á verse cariacontecido y cabizbajo como los simples mortales cuando no hallan medio de conjurar una crisis de trascendencia.

De pronto, Juno, que es diosa de arranque y gran inventiva, dió por resuelto el problema presentando una proposición que á todos pareció de perlas. Tratábase de tomar las de Villadiego y marcharse por ese espacio infinito en busca de aventuras; tiempo hacía que los dioses no se mezclaban en los asuntos de los mortales, y un viajecito de recreo siempre resulta ameno, instructivo y agradable cuando se hace con comodidad.

Aplaudióse el pensamiento, y comenzaron los preparativos.

Cada dios unció á su carro el animal que le está consagrado: mochuelos, águilas, cabritos, asnos, dragones, hidras, perros y gallos, leones y grifos..., no quedó un bicho para un remedio en la casa de fieras del Olimpo, y después de muchos saludos y despedidas, cada cual tomó la ruta que mejor le pareció, quedando al cuidado de la casa los dos únicos domésticos de que nos hablan los libros: Hebé y Ganimedes.

Júpiter se decidió á viajar por la tierra, donde sabía que era á la vez adorado y temido; esperaba encontrar á cada paso por el mundo, grandiosos templos consagrados á su divinidad, y restregábase las manos gozando anticipadamente con la ovación que esperaba obtener.

Tales pensamientos bullían en la mente del terrible Júpiter mientras atravesaba el espacio que separa el cielo de la tierra, aguijoneando sin cesar el águila, que ya era muy vieja y no estaba para aquellos trotes; cuando de pronto fijáronse sus miradas en un ser de pequeñas dimensiones que se movía rápidamente, merced á unas alitas doradas que le nacían cerca de los omoplatos.

Iba ya á interrogar al transeunte; pero deteniendo éste el vuelo y mirándole á su vez, exclamó alegremente:

– Salud, papá Júpiter.

– ¡Hola! ¿eres tú, Cupido?

– Unos me llaman así, y otros el *Amor;* pero soy el mismo.

– ¿Y por qué me llamas papá?

– ¡Toma! porque lo dijo Cicerón en su libro tercero *De Natura Deorum.*

– ¡Vaya una razón, hombre!

– ¿Te parece floja? Si citándote un texto autorizado no te convences, es que eres ó muy testarudo, ó muy ignorante.

– Escucha, pequeño; lo que tú llamas textos autorizados pueden decir muchas sandeces... Pero por lo visto ¿te dedicas á la erudición?

– ¡Psh! algunas veces me trae Mercurio algún librote de allá abajo.

– ¿Hace ahora ese zascandil el comercio de libros?

– ¡Ya lo creo! Y no le va mal,... entiende muy bien el negocio; la experiencia le ha enseñado que ni la historia, ni la geografía, ni la ciencia, ni las grandes obras clásicas, son materias que mire con cariño la gran masa de los lectores (en algunos países, por lo menos); en los mercados se cotiza con ventaja el género ligero, alegrillo, con sus ribetes de pornográfico... Con esto que te digo ya puedes ir formando juicio, querido papá, de algo de lo que por allá abajo ocurre.

– Verdaderamente que excitas mi curiosidad.... Pero mira, no me llames papá, porque no me gusta cargar con culpas ajenas.

– ¿De quién soy hijo, entonces?

– Que te lo cuente tu abuela.

– ¿Y quién es mi abuela?

– ¡No lo sé!

– La verdad es que en el Olimpo hay tal galimatías en materia de parentescos que nadie se entiende. Y hablando de otra cosa ¿adónde vas?

– A la Tierra.

– ¡Feliz casualidad! también yo voy á ese planeta. Si te parece, podemos hacer el viaje en compañía.

– No tengo inconveniente. ¿Y dónde has dejado á mamá Venus?

– No sé qué dios le hacía guiños y se marchó con él.

Hablando de esta suerte Júpiter y Cupido volaban á más y mejor, dejando atrás millones de leguas, hasta que fueron á parar sobre la cima del Monte Blanco.

Allí se abrazaron cordialmente y cada uno tomó distinto camino, no sin hacerse antes promesa de reunirse en aquel mismo lugar transcurrido un año.

II

Había dado ya Ceres una vuelta entera en derredor de Febo, por no perder la costumbre que contrajo al nacer, cuando puntuales á su cita se encontraron Júpiter y Cupido en el Monte Blanco.

Pero ¡qué caras traían! Júpiter con un entrecejo que parecía una montaña, los brazos cruzados, gruñendo por lo bajo como un jabalí... El aspecto de Cupido era el de un niño contrariado, fruncidos los frescos y rojos labios, encendidas las mejillas, húmedos y brillantes los ojos...

Ambos trataron de disimular, para no parecer menos, que á eso y mucho más obliga la dignidad de dioses; pero al querer Júpiter ensayar una sonrisa dió al traste con las conveniencias y se desató en improperios contra los mortales, poniéndolos de vuelta y media. A Cupido se le soltaron las lágrimas, haciendo pucheros como una criatura....

Aliviados con aquel desahogo, sentáronse sobre un ventisquero y mutuamente se pidieron explicaciones del viaje.

– Tú sabes (comenzó diciendo Júpiter) que en la Tierra era yo objeto de especial veneración; excuso recordarte el papel que yo representaba por acá *in illo tempore,* el número incalculable de templos y sacerdotes dedicados á mi culto, el espanto que mi voz de trueno infundía á los humanos, y el miedo que tenían á mis flamígeros rayos...

Con semejante poder era natural que al pisar este pobre mundo de hormigas me revistiera de cierta majestuosa superioridad; pero no bien inaugurada mi excursión quedéme absorto al advertir que esos miserables hombrecillos no se cuidan para nada de mí. Mucho tiempo hace ya que ni un solo templo me levantan, y de los antiguos sólo se consevan las ruinas, cubiertas de jaramagos, zarzas y malezas, refugio predilecto de murciélagos y lagartos.

Semejante espectáculo dejóme confundido, y me llenó al pronto de zozobra y luego de ira... ¿Para cuándo son los rayos? me dije. Ardiendo en sed de venganza me subí á las nubes; tomé unas, dejé otras, escogí esta, rechacé aquella y reuní las mejores y más negras, organizando una magnífica tempestad, digna de mis mejores tiempos. ¡Si hubieras visto, muchacho, qué marimorena armé en aquellas alturas! Volaban por el espacio en informes y apretadas masas los oscuros nubarrones, como ejércitos de gigantescas furias en dispersión; comencé á tronar con todas mis fuerzas, retumbando el eco en las concavidades de los valles y perdiéndose á lo lejos con sordo ruido. Después inauguré el aguacero, mandando de vanguardia á la tierra algunas gotas grandes, y cada vez que hacía así con los ojos.. ¡chis! ¡chis!.. relámpago va, relámpago viene. ¡Y qué modo de llover! Aquello no era lluvia, sino catarata...

Yo pensaba: á estas horas ya están esos hombrecillos muertos de terror; pero miré hacia abajo, y ví que cada cual atendía á su negocio, sin importársele un bledo de las nubes, ni de los truenos, ni de la lluvia, y por única providencia enarbolaron unos aparatos muy ridículos, que llaman paraguas y sirven para preservar la cabeza de una mojadura... ¿Sí, eh? Pues aguardad un poco, miserables (me dije), que ahora vais á saber quién es Júpiter tonante.

Y empuñando un manojo de rayos los lancé sobre una gran población que bajo mis plantas se extendía... Pero ¡oh, sorpresa! Costábame trabajo creer lo que mis ojos veían: ningún rayo me obedeció.... Intentaba destruir algún edificio, y afinando bien la puntería los largaba bien derechos; pero los malditos rayos, como si un poder superior al mío les condujera, se dirigían siempre hacia unas varillas metálicas enhiestas y puntiagudas que hay en todos los edificios grandes, en todas las torres, en todas las cúpulas..., y se me escapaban por allí, desvaneciéndose y dejándome con un palmo de narices...

Lleno de coraje me dirigí á la isla de Lemnos, donde sabes que Vulcano tiene establecida su fragua; y, en efecto, allí estaba luciendo su cojera de un lado para otro, animando á los cíclopes á que trabajaran de firme. ¡Como si hicieran algo de provecho!

– ¿Sabes (le dije sin saludarle) que puedes estar orgulloso de los rayos que forjas? ¡Tanto te valiera ponerte



Jarrón fabricado por el procedimiento de pastas sobrepuestas, dibujado y modelado por M. Solón para los Sres. Good y C.ª
(*Exposición Universal de París*)

á hilar copos de lino, como hizo Hércules á los pies de Omfala!

– ¿Y á qué viene todo eso? – me contestó con poquísimo respeto, poniéndosele la cara aun más fea de lo que ella es de por sí.

– Viene – le dije con voz que hizo temblar la fragua – á que ya eres muy viejo, y que te sucede lo que dicen en España que le sucedió al herrero de Arganda, que machacando se le olvidó el oficio. Mejor te fuera dándote de baja, porque no lo entiendes, ni sabes una palotada de hacer rayos..

– ¡No me faltes, Júpiter, que hoy no está el horno para bollos, y si te descargo un hachazo en la cabeza vas á estar pariendo Minervas durante un siglo! Si mis rayos no son de buena calidad me importa un pito, y para lo bien que me los pagas no merece la pena de escuchar tus necias reclamaciones!

– ¡Insolente!

– ¡Majadero!



Jarrón de porcelana de la fábrica Haviland y C.ª
(*Exposición Universal de París*)

Nos fuimos enzambrando de una en otra palabra, y allí fué Troya; qué tal sería el alboroto que Plutón y Proserpina abrieron un boquete en la Tierra para enterarse de lo que pasaba.

Salí de las fraguas desesperado, y dejé pasar los días, sin realizar ningún hecho digno de mención, aguardando la época de nuestra cita; pero me enteré por el mundo de que ha surgido, de no sé dónde, creo que de la mísera inteligencia humana, un dios moderno, que es quien me hace tan terrible competencia.

– ¿Es posible? – preguntó Cupido admirado.

– Como lo oyes.

– ¿Y cuál es su nombre?

– El *Progreso;* él es el inventor de esas varillas metálicas que anulan mis rayos; él ha dado al hombre una fuerza mil veces superior á la de los Hércules y Anteos, por medio de unas máquinas que llama de vapor; él le fabrica rayos más obedientes que los míos, que le sirven para comunicarse casi instantáneamente á inmensas distancias, y para proporcionarse una luz competidora de la de Febo; él le ha facilitado medios para sondear las profundidades de los espacios celestes, y mediante su ayuda ha podido analizar los elementos materiales de que los astros se componen, y las leyes que rigen sus movimientos... Con que no hablemos más del asunto. He perdido el pleito, y me vuelvo á vegetar al Olimpo, que estoy temiendo ver convertido á mi regreso en una fábrica. Despacha tú contándome tus aventuras, muchacho.

III

– ¡Pues bonitas son mis aventuras, papá Júpiter! – exclamó Cupido. – Yo entré en el mundo, como sabes, con el carcaj lleno de flechas, y la cuerda del arco bien tirante, dispuesto á no dejar títere con cabeza; pues aunque me esté mal el decirlo, á pesar de ser un chiquillo, he dado más que hacer en la tierra que otros dioses barbudos y de pelo en pecho, sin que esto sea una alusión.

Los primeros amantes (si de tales merecían el nombre) con quienes tropecé, comenzaron por arrancarme la venda, para ver de qué color tenía los ojos, y me montaron en la nariz unas monumentales antiparras, de modo que ya no soy el niño cieguecito á quien has conocido en mejores tiempos, sino que veo crecer la hierba. Al contemplarme privado de mi legendaria ceguera me irrité, y quise vengarme arrojándoles infinidad de flechas; pero ¡ca! tenían el corazón más duro que una roca y no logré clavar ninguna.

Al pronto me figuré que la casualidad me había hecho tropezar con una excepción; no tardé en convencerme de que, por el contrario, aquello era la regla general. Por todas partes corazones de granito, de madera, de hielo, de estopa, metalizados, empedernidos, blindados, resistentes como murallas inexpugnables... De nada me servía afilar á cada paso la punta de mis flechas en los guijarros del camino: ningún corazón humano se dejó clavar.

Rodando por el mundo, y tan triste y cariacontecido como puedes figurarte, acabé por sospechar que alguien me hacía la guerra.

– ¿Te salió también otro dios competidor?

– Ni más, ni menos que á tí; pero este no ha surgido, como el tuyo, del fondo de la inteligencia humana, sino de las profundidades de la tierra, de donde lo extraen los hombres arrostrando serios peligros. Se llama *Oro* esta deidad moderna, y en todos los países del mundo le han erigido soberbios templos denominados *fábricas de moneda*.

Aun me resistía á creer que tan vil metal tuviera poder suficiente para destronarme; pero acabó de convencerme un poeta á quien conocí viajando por España. Este poeta se llama Vázquez, y como me viera pensativo acercóse á mí, y sostuvimos el siguiente diálogo:

POETA. . . Tu imperio ya se acaba;
Guarda, niño, las flechas en la aljaba.
CUPIDO. . Pues y los corazones
¿Como han de conquistarse?
POETA. . . – Con doblones.

Desde entonces perdí toda esperanza de prosperar en este despreciable pedrusco, que da vueltas como un peón, llevando consigo unos cuantos millones de infusorios humanos que ni saben á dónde van. Llegué á verme en la indigencia, sentí frío, hambre, pedí limosna...

– Pero dime, Cupido, – interrumpió Júpiter, – de nuestros compañeros del Olimpo ¿ni uno solo ejerce poder en este detestable planeta?

– Ya te lo he dicho: á Mercurio le va muy bien por acá. Quisiera yo que en vez de vagar por los desiertos (como sin duda has hecho) hubieras visto los innumerables barcos que á su servicio tiene y cruzan de continuo los dilatados mares. ¡Qué de vías férreas se han construído para él! ¡Qué fábricas, qué almacenes más ricos! Pues nada digamos de las plantaciones de café, azúcar, trigo, tabaco, cepas y otras mil producciones agrícolas, cuya explotación crece cada día como la espuma... El *Oro* y él están á partir un piñón y siempre se les encuentra juntos. A Mercurio, más feliz que nosotros, aun se le erigen templos, que se llaman *Bolsas*, *Bancos*, *Sociedades de Crédito*, *Mercados*, *Empresas*, etc., y allí van sus sacerdotes á mascullar extrañas plegarias ó evocaciones en las que se nombra el *alza* y *baja*, el *tanto por ciento*, los *billetes*, las *acciones*, los *dividendos*, las *anualidades*, los *cambios*, el *papel*, de esto y lo otro, y muchas más jerigonzas incomprensibles...

Otros dioses de los nuestros viven también en la tierra perfectamente, y sino ahí tienes á Marte, que logra mantener á la humanidad en continuo estado de guerra; con ayuda de nuestros contrincantes el *Oro* y el *Progreso*, ha facilitado al hombre poderosos medios de destrucción y defensa, pólvora, dinamita, cañones monstruosos, blindajes, espadas, machetes, bayonetas, torpedos, graníticos fuertes inexpugnables... ¿Quién podrá enumerar las máquinas, artefactos é industrias de que se vale para asegurar su preponderancia?

Mamá Venus hace también su papel en la tierra, y sus doncellas, las tres Gracias, están más mimadas y atendidas que nunca. He podido observar en mis excursiones, que toda mujer bonita y graciosa es capaz, si se empeña, de producir los mayores trastornos en un pueblo entero, y hasta de convertir en parciales suyos á los jueces que se las echan de más rectos é incorruptibles. Por eso Themis, la pobre diosa de la Justicia, no ha podido prosperar en este suelo. ¡Los jueces que absolvieron á Fryné han dejado una larga descendencia!

Yo me maravillaba de que los hombres se dejaran seducir por la belleza, é hicieran tantas locuras, cuando me constaba que no les había herido ninguna de mis flechas; pero supe que mi amada Psiquis nada tiene que ver en este asunto, y que el reblandecimiento del cerebro, y no del corazón, es lo que produce aquel fenómeno.

Para concluir: también Caco hace fortuna, sobre todo cuando se dedica á grandes empresas, pues las de menor cuantía son penadas severamente. A Jano le va muy bien con sus dos caras. Baco posee en la tierra millones de templos y de sacerdotes que le adoran. Apolo y las musas andan bastante tronados, refugiándose en algunos Ateneos y Universidades; y finalmente, á la Verdad no la permiten salir del pozo, donde hace mucho tiempo la han arrojado.

– Veo que el viaje te ha servido de provecho, – exclamó Júpiter



El jarrón del pavo real. De la Real fábrica de porcelanas de Worcester (*Exposición Universal de París*)

– Sin duda; pero lo he pasado muy mal. Algunos días manteníame sólo con el *pan y cebolla* de algunos escasísimos amantes que aun me adoraban, pero que concluían por renegar de mí cuando llegaban á convencerse de que no había mentido el poeta que les dijo:

Sed con cebolla felices,
que ya el diablo tentador
pedirá amor y perdices;
y luego... perdiz y amor;
y luego... solo perdices.

– De lo que hemos visto, – exclamó el soberano de los dioses, – deduzco, mi pobre Cupido, que los hombres no han hecho mal en aceptar al *Progreso* como dios moderno; él les da comodidades materiales sin cuento, y les hace la vida más fácil y agradable. Pero todo cuanto han adelantado bajo el punto de vista puramente material, lo han perdido en lo referente á la parte moral, desdeñándote por el *Oro*... Eso de postergar la verdad, la justicia y el verdadero amor, ha de traerles males sin cuento, y esa será nuestra venganza. ¡Huyamos, Cupido, á refugiarnos en nuestro Olimpo, que sólo para nosotros existe, y no volvamos más á pisar este desdichado suelo!

– ¡Vámonos! – murmuró el dios de los amores.

Y quedándose un momento pensativo, exclamó de pronto:

– ¿Sabes lo que me parece la sociedad humana?

– Dilo, hijo mío.

– Pues una sociedad... protectora de los animales.

RAMIRO BLANCO

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

AÑO VIII — BARCELONA 2 DE DICIEMBRE DE 1889 — NÚM 414

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA DESPEDIDA, cuadro de Juana Bauck, grabado por Bong

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

LA DESPEDIDA, cuadro de Juana Bauck

La autora de este cuadro, después de haber visto premiados en su patria (Dinamarca) con varias medallas algunos de sus lienzos, se ha trasladado recientemente á Munich, ese emporio de las artes bellas en donde tanto pueden aprender y tanta inspiración pueden recibir los verdaderos artistas como Juana Bauck.

La despedida puede contarse en el número de las mejores obras de ésta: su autora, dejándose llevar de una imaginación potente, ha pintado con enérgicas pinceladas un fragmento de naturaleza casi salvaje de admirable realismo y obedeciendo á los impulsos de su sentimiento ha colocado en tan agreste sitio una figura extraordinariamente simpática cuya tristeza se adivina en su sola actitud y cuya mirada se siente flotar, aunque el rostro no se vea, al través de aquella atmósfera impregnada de aire, de luz y de vida hasta posarse sobre el ser querido de quien acaba de separarse y que se aleja hasta perderse de vista en el horizonte.

LA FIESTA MAYOR DEL ALBIOL cuadro de Galofre-Oller

(Exposición Universal de Barcelona de 1888)

Como cuadro de costumbres populares no ha de buscarse en *La fiesta mayor del Albiol* lo que podemos llamar toques efectistas, sino la belleza resultante de la poética sencillez que caracteriza á las fiestas de las pequeñas aldeas catalanas. Desprovistas de todo aparato, aparece en éstas el sentimiento puro sin artificios que lo desfiguren ni mistificaciones que lo maleen y de aquí que las modestas procesiones que celebran en honor de su santo patrono causen en el ánimo una sensación suave y gratísima que muchas veces no logran producir las más pomposas ceremonias.

El Sr. Galofre-Oller ha reproducido con gran acierto uno de estos pintorescos asuntos comunicando vida y movimiento á la escena por medio de una colección de figuras bien tomadas del natural que dan cabal idea de la devoción y respeto que en los pueblos de la alta montaña, como el Albiol, inspiran los actos religiosos, especialmente los que tienen lugar con motivo de la fiesta mayor.

EL VINO NUEVO De una fotografía publicada por E. Schroder

Para comprender la significación de este grabado es preciso saber que en todas las poblaciones vinícolas de Alemania y aun de otros países de origen germánico, la recolección del vino del año es celebrada con grandes fiestas que, á pesar de la causa que las motiva, nunca se salen de los límites de la inocente alegría para trasponer los umbrales de la bacanal repugnante.

Esto sentado, creemos difícil que pueda encontrarse una alegoría más bella ni más gráfica que la que ha sabido componer el autor de la fotografía que reproducimos con pocos y bien sencillos elementos: un barril con la fecha de 1889 como indicando que el vino en él contenido es de la última cosecha, y un hermoso niño coronado de pámpanos y con la copa en la mano cuyo rostro se anima y alegra con las libaciones del sabroso líquido, le han bastado para formar un encantador conjunto en el cual el verdadero artista resulta ser el pequeño Baco que tan bien ha sabido identificarse con el asunto por el fotógrafo concebido.

RECONVENCIÓN CARIÑOSA cuadro de F. Morgan

La joven madre embriagada con los nuevos goces que en su alma ha despertado su primer hijo, se ha olvidado del antiguo amigo, del pobre perro que antes se veía siempre halagado y que hoy, no pudiendo resignarse al desvío de su ama, tímidamente se le acerca, fija en ella sus inteligentes ojos y lame cariñosamente su mano como reconviniéndola por su olvido y suplicándole que de cuando en cuando le recuerde con alguna caricia aquellos tiempos para él tan felices que por desgracia no han de volver.

El cuadro de Morgan es interesante así por el asunto (que también los sentimientos expresados por animales interesan), como por la espontaneidad con que está ejecutado y por la expresión de cada una de las figuras: la inocencia del niño, el éxtasis de la madre y la solicitud del olvidado perro júntanse para formar un grupo de indiscutible belleza.

ENTRE FLORES, cuadro de Roberto Beyschlag

Roberto Beyschlag es considerado en Alemania como especialista en la pintura de figuras femeninas y de escenas de familia y de la vida ordinaria; pero á juzgar por su cuadro *Entre flores*, bien puede asegurarse que con igual maestría que este género domina el del paisaje: la verde colina de suave pendiente que á un lado se alza, los esbeltos troncos que sobre ella se destacan, el pintoresco *chalet* que medio sepultado entre frondosa arboleda en el fondo se distingue, la luz que inunda el lienzo y el aire que invade los espacios intermedios no presentan el menor punto vulnerable á la crítica del más exigente.

¿Qué diremos del grupo para el cual parecen haber sido pintadas tantas bellezas? Creemos bastante consignar que en nuestro concepto justifica la antes expresada opinión que de este pintor tienen formada sus compatriotas.

LA ESTATUA DE JUAN B. DUMAS, EN ALAIS, obra del escultor M. Pech

Juan B. Dumas nació en Alais en 14 de julio de 1800, estudió farmacia en su villa natal y en 1817 se dirigió á Ginebra en donde se dedicó con verdadera pasión al estudio de la botánica, de la física y de la química teniendo por maestros á De Candolle, á Pictet y á De la Rive. En unión de Prevost publicó entonces numerosas memorías sobre la sangre, la transfusión, las secreciones, la generación, etc., siendo uno de los más notables resultados de sus trabajos el descubrimiento de que el riñón no es el órgano de la secreción de la urea, hecho plenamente confirmado por la ciencia moderna. En 1823 se estableció en París y con Audouin y Brongniard fundó los «Anales de las ciencias naturales;» en 1828 empezó la publicación de su gran «Tratado de química» obra que por sí sola hace la fama de un sabio é inmortaliza á su autor, y en 1829 creó la Escuela central de Artes y Oficios. Fué profesor agregado de química en 1832 en sustitución de Gay Lussac, profesor titular de esta asignatura en 1841 y decano de la facultad de ciencias en 1842. Ya antes, en 1834, había obtenido en un brillante concurso la cátedra de química de la facultad de medicina. Desde 31 de octubre de 1849 á enero de 1851 desempeñó la cartera de Agricultura y Comercio y más tarde fué miembro de la Comisión Consultiva, senador y finalmente vicepresidente del Comité de Instrucción pública.

Este sabio ilustre, el primero que arrojó cierta luz sobre la química orgánica antes envuelta en tinieblas y el que más contribuyó á simplificar su estudio, falleció en Cannes á la edad de 84 años.

Su villa natal le ha erigido un monumento, que uno de nuestros grabados reproduce; la estatua que lo corona es obra del célebre escultor M. Pech, quien ha sabido animar el bronce y hacer revivir en el metal la fisonomía del sabio químico: éste está representado de pie con el brazo extendido en la actitud que le era familiar cuando enseñaba en su cátedra ó cuando pronunciaba alguna de aquellas elocuentes oraciones que le abrieron las puertas de la Academia Francesa.

En el acto de la inauguración el insigne Pasteur, discípulo predilecto de Dumas por encargo del cual estudió y venció la terrible enfermedad que amenazaba acabar con la industria de la sericultura en el departamento del Gard, pronunció un sentido discurso en el que hablando de su querido maestro dijo, entre otras cosas: «... Hay, por último, un número reducido de individuos tan aptos para el trabajo silencioso como para los debates de las grandes asambleas. Además de los estudios personales que les aseguran un sitio aparte en la posteridad, tienen el espíritu atento á todas las ideas generales y el corazón abierto á todos los sentimientos generosos. Estos hombres son los espíritus tutelares de una nación. M. Dumas fué, desde muy joven, el perfecto tipo de esta clase de hombres.»

MENSAJERO DE AMOR, cuadro de H. Fechner

El artista parece haber querido demostrar que en la primavera de la vida las mujeres se hallan dispuestas á escuchar benévolas las insinuaciones del amor. Para dar forma á esta idea ha trazado un paisaje y unas figuras en estado de perfecta calma; las pasiones no han hecho presa aún en esa joven que se entrega por completo á la contemplación de la naturaleza. Un idilio más... ¡Lástima grande que esa Arcadia no exista sino en la mente de los poetas y de los artistas!

EXPLORACIONES EN CABO JUBY

Los retratos que en nuestro grabado reproducimos son el de Donaldo Mackenzie, famoso explorador inglés que en 1879 fundó en la costa de Africa la colonia de Cabo Juby; y los del barón Lahure y de M. Fourcault, coronel del ejército y teniente de la marina belgas respectivamente, que acompañaron á aquél en una de sus varias expediciones para asegurar el libre desenvolvimiento de la factoría amenazado por los ataques de los marroquíes.

Las cuatro vistas, copiadas de los croquis sacados durante su viaje por el barón Lahure, representan el puerto de Cabo Juby, una parte de la plaza y el castillo que fué terminado en 1882 y constituye una excelente defensa; la llanura de Dowrah que cerca de la colina se extiende; la ciudad de Tarfaya que proyecta construir Mackenzie y que estará defendida por una batería y una extensa muralla; y una porción del Sahara en el delta del Saghiet El Hamra, gran afluente del Wadi Draa: las figuras que en este último dibujo se ven son las de los tres citados exploradores que quisieron recorrer y examinar aquella comarca próxima á Cabo Juby, hoy casi inhabitada, pero en extremo fértil y muy propia para el cultivo.

LAS CUATRO ESTACIONES.

No voy á imponerte, lector carísimo, ningún estudio climatológico, ni la leyenda de esas alegorías que tan á menudo vemos en las cuatro paredes de cualquiera habitación. Voy á hablarte de las Estaciones..... para contarte su historia.

Porque ellas tienen la suya, como tú y yo y mi vecino de enfrente; con la diferencia de que la tuya y la mía no pasarán á la posteridad, y mucho menos la de mi vecino, que es el procurador más enteco y estúpido del reino curial; al paso que la historia de las Estaciones se perpetuará á través de las edades, si no escrita en páginas más duraderas que las mías, conservada por la tradición oral, mientras haya hogares (que los habrá siempre) donde se escuchen narraciones al plácido amor de la lumbre.

Cuando Dios hubo creado el mundo (nadie dirá que no me remonto al origen de las cosas); cuando las flores ostentaban por primera vez sus matices en praderas y montañas, y los árboles extendían sus robustas ramas en los bosques, y las brisas y los pájaros lo llenaban todo de armonías, y á tan maravilloso concierto se unían los resplandores de la luz celeste y el mágico espejismo de los ríos y los mares, llamó Dios á las Cuatro Estaciones y les dijo:

– Ahí tenéis mi obra. Estoy satisfecho de ella, porque realmente me parece hermosa.

Las Estaciones se inclinaron en señal de respetuosa conformidad.

– Oidme, pues, continuó diciendo el Autor de tanta maravilla. Mi voluntad es entregaros el mundo tal como ha salido de mis manos. Distribuíos ambiente y luz, árboles y flores. Pero cuidadlo todo con amor, pues quiero que el amor sea el alma de todo lo creado.

Las Estaciones recibieron con júbilo aquellos dones inapreciables, y no pensaron más que en gozarlos en común, sin acordarse de la distribución aconsejada por Dios.

Durante algún tiempo, vivieron felices y exentas de todo cuidado. Pero aquella dichosa calma duró poco, pues no tardó en nacer entre ellas la discordia.

La Primavera, osada y veleidosa, no podía soportar la fría calma del Invierno. El ardoroso Estío se avenía muy mal con el flemático Otoño, quien á su vez estaba celoso de la Primavera, por su constante coqueteo con las flores.

La situación se puso tan tirante, que entre todas se armaba un cisco, á cada rato, por un quítame allá esas pajas, y raras veces sucedía que árboles y flores no pagasen los platos rotos.

Un día en que se le apuró la flema, exclamó con inusitada resolución el Otoño:

– ¡Ea! esto no puede continuar así. No cabemos juntos en un mismo saco.

– En saco podrán ir los frutos que apeteces, pero no las flores que yo idolatro, repuso la Primavera.

– Dejémonos de equívocos y de metafísicas, continuó diciendo el Otoño. Mientras dure este comunismo que nos tiene en perenne y mutua guerra, no habrá paz posible.

– Es verdad, dijeron á un tiempo las otras tres Estaciones.

– Pues si así lo reconocéis, ¿por qué no buscamos una solución que nos devuelva la tranquilidad perdida?

El Otoño, eminentemente positivo, llevaba al cónclave la solución preparada, y después de explanar su pensamiento, cual no lo haría mejor el más hábil de los oradores parlamentarios del día, consiguió fácilmente que su proposición fuese aprobada por unanimidad.

¿Y en qué consistió la solución de aquel conflicto?

Sencillamente, en el reparto de la tierra.

El ideal de muchos socialistas modernos, que creen que el sistema es de reciente invención. *Nihil novum sub sole.* Y dispensa, lector, el latinajo, que te suplico no tomes por alarde de erudición.

Decíamos, pues, que las Estaciones se repartieron el globo terráqueo, de conformidad con la proposición del Otoño.

El Invierno estableció dos misteriosas residencias y marcó sus dominios en ambos Polos.

En la zona tórrida sentó sus reales el Estío.

Y el Otoño y la Primavera se quedaron con las regiones intermedias, que se amoldaban á su carácter y á su gusto.

No faltaron infracciones al convenio, que no hay ley que no las sufra en nuestro globo, ni fueron pocas las violaciones de la propiedad de que dieron triste ejemplo las Estaciones, siempre en mutua y continua lucha.

Pero á través de tantas vicisitudes, la división ha subsistido cuasi en la primitiva forma. Las usurpaciones del Invierno en menoscabo de la Primavera, con ser las más largas y frecuentes, han tenido sus revanchas y no han logrado modificar las demarcaciones de los respectivos dominios.

Aunque invada con sobrada frecuencia la templada zona en que por fortuna se halla situado nuestro patrio suelo, el Invierno sigue instalado en su antigua residencia polar, donde reina constantemente en absoluto.

Quejóse de los atentados cometidos contra su legítima propiedad, y tal vez dominada por su carácter veleidoso, la Primavera propuso una modificación trascendental de las estipulaciones vigentes.

Convocadas las Estaciones, se reunieron en solemne cónclave para escuchar las proposiciones de la caprichosa Primavera.

Esta se adelantó, primorosamente adornada de flores, y con aire coquetón y melosa voz de sirena, concretó sus pretensiones en estos ó parecidos términos:

«De buena fe procedimos, en un principio, al reparto de la tierra que nos pareció más acertado, dados nuestro gusto y temperamento respectivos. Aquella división parecíanos destinada á establecer entre nosotras la armonía y buen acuerdo que deben reinar entre vecinos, para el desenvolvimiento natural de las propias fuerzas y su aplicación constante al mejoramiento de su condición. La experiencia ha demostrado que en esto, como en otras muchas cosas, la práctica no ha correspondido á nuestros ideales. La augurada paz se ha visto alterada por frecuentes luchas. El respeto á la ley planteada, la mutua consideración, han sido vanas fórmulas de fallidos deseos. La ciega ambición ha atropellado por todo, y hemos pasado entre sobresaltos y luchas, el tiempo que hubiéramos podido emplear en el goce de los bienes terrenales.»

Aquí hizo una pausa la oradora, dirigiendo á sus oyentes una mirada que lo mismo atendía á escudriñar el efecto en ellas producido por sus palabras, que á ganarse su voluntad á fuerza de provocativa ternura. Algo satisfecha de su observación, prosiguió diciendo:

«Esta tirantez de relaciones, esta desavenencia continua, esta mutua desconfianza, este perenne estado de guerra, decidme, ¿puede continuar?

»Aunque la negativa no salga á vuestros labios, la leo en vuestros ojos, donde se reflejan los sentimientos del alma. Procedamos, pues, al establecimiento de un nuevo orden de cosas. Sin vacilaciones ni desconfianzas, sin egoísmos ni recelos, tomemos hoy mismo una resolución definitiva y salvadora. Sin necesidad de ponéroslo yo en evidencia, el tiempo ha demostrado que es indispensable proceder á una nueva división de dominios, menos expuesta á contingencias como las que han seguido al primer convenio.

»En un principio, Dios nos dió en común los bienes de la tierra. Fuímos bastante presuntuosas para atrevernos á enmendar la plana al mismo Criador del Universo. Quedan castigadas nuestra vana presunción y nuestra rebeldía. Pero nunca es tarde para volver de un error y dejar la senda del mal para seguir la que al bien conduce. Pues si Dios nos favoreció con la comunidad de tantos bienes ¿por qué hemos de estar sujetas cada una á una zona invariable? Lo que cada una de nosotras debiera tener, es un espacio de tiempo determinado, durante el cual po-



LA FIESTA MAYOR DEL ALBIOL, cuadro de Galofre-Oller, grabado por Sadurní (Exposición Universal de Barcelona.—1888)

seería la tierra entera, ejerciendo en ella absoluto dominio.»

Observarás sin duda, mi querido lector, la manifiesta contradicción de la antojadiza Primavera, quien después de atribuir grandes males á la circunstancia de haberse repartido bienes que por mandato divino debieron haberse disfrutado en común, proponía como gran remedio otro reparto que implicaba una nueva desobediencia al Ser supremo.

Pero las demás Estaciones no advirtieron seguramente aquella falta de lógica en el discurso de su compañera, pues dieron señales de aprobar sus conclusiones.

La idea del poder absoluto, aunque sólo fuese por un tiempo determinado, ejerció en su ánimo una impresión tan dominante, que no dejó paso á reflexión alguna. En esto, como en otras muchas cosas, aquellas misteriosas entidades demostraron tener muchos puntos de contacto con el común de los mortales.

Hubo un corto silencio que el fogoso Estío rompió luego diciendo en actitud resuelta:

– Me declaro conforme con la proposición tan lógica y elocuentemente formulada por la Primavera, y me adhiero á su plan, con la condición de que se me reserve el Ecuador como residencia fija. Porque supongo que una vez expirado el tiempo de su respectivo dominio, no ha de quedarse cada una de nosotras á vivir de prestado y á merced de la que impere.

– Claro está que no, replicó el Invierno; y por lo que á mí toca, también acepto la nueva división, si me reservan los Polos.

La Primavera irreflexiva consintió en admitir aquellas enmiendas, sin reparar en que desnaturalizaban esencialmente su proyecto, dejando á las Estaciones privilegiadas terreno expedito para volver á los abusos que se trataba de evitar.

El Otoño, sesudo y práctico, nada reclamó por el momento, reservándose los medios de resarcirse con creces en ocasión más oportuna. Haciendo ya sus cálculos positivos para su capote, se inclinó en señal de asentimiento.

Quedó, pues, estipulado el nuevo convenio.

La Primavera quería desde luego tomar posesion de su reino. Pero el huraño Invierno se apresuró á poner un freno á su impaciencia.

– Calma, señora mía, le dijo. He aprobado tu proyecto, en espera de resultados más satisfactorios que los obtenidos hasta el presente. Pero si, dejándonos llevar de optimismos halagüeños, caemos en errores idénticos á los pasados, se presentarán otros inconvenientes y sufriremos nuevos desengaños. Es preciso tomar contra nuestras propias flaquezas, precauciones suficientes para que otra vez no seamos víctimas de los males que á toda costa tratamos de evitar.

– No acabo de entender tus sentenciosas vaguedades, objetó la Primavera. Concreta tu pensamiento y sepamos de una vez lo que pretendes.

– Si nuestro convenio permite que una sola de nosotras se apodere de cuanto en la tierra es tenido por gracioso y bello, veremos surgir las mismas dificultades y se reproducirán los celos y ambiciones que durante tanto tiempo nos han tenido en guerra.

– ¿Quieres, entonces?...

– Que nos distribuyamos también las galas de este hermoso planeta.

Entablóse, con tal motivo, una larga y calurosa discusión en que el testarudo Invierno llevó la mejor parte.

Procedióse, por fin, á la estipulación de un artículo adicional al nuevo convenio, en virtud del cual se cedieron á la Primavera los retoños y capullos, al Estío las flores, al Otoño los frutos y al Invierno las hojas de las plantas.

El codicioso Otoño no pudo menos de exclamar:

– ¡Ajá! los frutos son míos! Lo cual le valió una ardiente sátira del Estío.

El Invierno se contentó, al parecer, con lo que en el reparto le cabía, puesto que no hizo ninguna observación en contra.

La impaciente Primavera tomó incontinenti posesión de su reino.

A su contacto, germinaban los retoños en los árboles, y brotaban á millares los capullos entre las verdes hojas. En la rozagante naturaleza todo le sonreía.

Cuando los capullos se hubieron desplegado, engalanando las plantas con infinita variedad de colores, llegó el Estío y ocupó el trono de la tierra.

Pero antes de que les tocase el turno á las otras dos Estaciones, hubo quien atentara contra el orden establecido. Con lo cual quedó una vez más probado que el espíritu de rebelión está encarnado en todos los seres, visibles é invisibles, del planeta que habitamos.

El Otoño, imbuído siempre en ideas positivistas, que llevaba siempre que podía al terreno de la práctica, concibió el proyecto de pactar secretamente con el Estío, y el pacto bi-lateral fué pronto un hecho.

El Estío se comprometió á cederle parte de las flores, en cambio de algunos frutos.

Inútil es decir que el codicioso Otoño se hubiera quedado con la parte del león, si el Estío no se le hubiese impuesto con ardorosa energía. Este abusó del poder que aun ejercía para escoger y apropiarse los frutos de más fresco y delicado jugo.

Pero sucedió una cosa inesperada y á consecuencia de la cual el pobre Invierno, á pesar de su carácter reposado y frío, quedó lastimosamente burlado.

Según el último convenio establecido, le pertenecían de derecho las hojas de las plantas.

Pues bien; durante la época del año en que el ambiente se llena de efluvios de amor; cuando en la copa de los árboles juegan todavía las hojas con la inquieta brisa, y, en el suelo, hierbas y musgos se hallan esmaltados de brillantes flores, sucedió que entre éstas y las hojas se desarrolló una verdadera fiebre de coquetería y amoríos.

Como suele acontecer entre todos los seres de la tierra, aquellos amores empezaron por bromitas y retozos.

Si el sol procuraba enaltecer con sus raudales de vivificante luz los múltiples matices de las flores, se le interceptaban á veces con maliciosa impertinencia las juguetonas hojas.

Otras veces, para que los ardorosos rayos del astro rey cayesen sobre ellas como lluvia de fuego, se inclinaban para abrirle paso, y las delicadas flores, lastimadas por tan súbita y fuerte impresión, doblaban su corola hacia la madre tierra, que las besaba, amorosa y triste, al ver el mustio aspecto de sus tiernas hijas.

Y entonces las pícaras hojas se reían estremeciéndose de gozo y manifestando además su diabólica alegría con cuchicheos cantados al céfiro sutil.

En otras ocasiones, después de una benéfica lluvia, las flores dejaban evaporarse las gotas de agua que ya no les servían, y cuando, saturadas de frescura, se disponían á que el ambiente y el sol las favoreciesen con el calor necesario para las funciones vitales, las pícaras hojas sacudían sobre ellas otra lluvia inesperada, con las gruesas gotas de agua que adrede habían tenido en suspenso.

Pero todas estas travesuras, que al principio únicamente denunciaban exceso de buen humor, con un tantico de malicia, se fueron complicando con síntomas de amor, y acabó todo por ponerse al servicio de esta ciega deidad.

El sol era cada vez más ardiente, y las delicadas flores se hubieran marchitado del todo, si las hojas, menos impertinentes y más amables, no les hubiesen servido de escudo, amortiguando el golpe de los rayos solares.

Después de tan elocuente prueba de los sentimientos de ternura que iban dominando á las hojas, éstas y las flores se desvivieron por acortar la distancia que las separaba, aspirando al beso sublime con que el amor perpetúa la vida.

El problema parecía de difícil solución, por cuanto las hojas pendían en general de altas ramas y las flores apenas conseguían erguir su corola sobre el nivel de la verde alfombra.

¿Cómo vencer los obstáculos? ¿Cómo suprimir aquella

distancia? El amor, que en todos tiempos y en todos casos se ha mostrado el más hábil y sagaz de los dioses, no tardó en encontrar los medios de satisfacer sus ardientes aspiraciones.

Hojas y flores hallaron pronto un mensajero para su mutua correspondencia amorosa. Más que mensajero era una especie de telégrafo viviente, por el cual de continuo subían y bajaban juramentos y suspiros. La honrada Celestina del reino vegetal era la Hiedra.

Vió la luz entre las flores, y apercibiéndose de que, sin apoyo alguno, su destino era arrastrarse por el suelo, se fué acercándose á los árboles y trepando por el tronco se encaramó en las ramas y se enredó con las hojas. Ella fué la inventora del refrán que dice: *Quien á buen árbol se arrima...* Ya sabes, lector, lo demás.

Desde entonces, la hiedra fué una poética escala de sentimentales juramentos, una dulce cadena de ternura, un discretísimo telégrafo de amor.

¿Quién, al verla por primera vez, no reconoce en ella tan simpático destino? ¿Quién no adivina en sus verdes espirales la misteriosa vía de corrientes magnéticas, de callados suspiros y de vibraciones de amoroso entusiasmo?...

Las hojas y las flores se contentaron, pues, con aquella discretísima mensajera.

Todo eran deliquios de amor, cuando expiró el reinado del Otoño; y éste quiso, antes de abandonar el poder, llevarse consigo las últimas flores.

Ante aquel monstruoso abuso de autoridad, que implicaba una expoliación irritante, y una violación de la ley, las hojas se pusieron pálidas y amarillentas, é imploraron del Otoño que al menos una vez les permitiese juntarse con sus amantes moribundas.

Aunque el dominio de la tierra pertenecía ya al Invierno, el Otoño cometió su última usurpación de poder otorgando á las hojas la gracia que pedían. Al efecto sacudió rudamente á los árboles y las hojas desprendidas vinieron al suelo.

¡Ay! entonces principiaron verdaderas locuras de amor...



EL VINO NUEVO, de una fotografía publicada por E. Schroder

El Otoño, á quien aquel juego causaba una salvaje alegría, se entretenía en desencadenar todos los vientos sobre las pobres hojas, que se revolvían bailando una danza frenética en medio de las flores, sin que les fuese permitido prolongar un beso ó una caricia.

Fácilmente abatidas por aquel torbellino, las débiles flores inclinaban su corola para no volverla á erguir jamás, al paso que las hojas, arrulladas al fin por las últimas caricias del Otoño, se entregaban al sueño eterno.

Llegó pausada y friamente el grave Invierno, quien al tomar posesión temporal de la tierra, se encontró con que bosques y campiñas le recibieron desnudos y desiertos.

Los árboles, que tan majestuoso ramaje habían ostentado durante el dominio de las anteriores Estaciones, eran ahora esqueletos inmóviles, cuyas siluetas se destacaban siniestramente sobre el fondo gris de un cielo brumoso. Eran muy contados los oasis de verdura en los extensos páramos donde venía á reinar el Invierno.

Veíase algún grupo de pinos y abetos, conservados por la virtud forzosa en que vivían, merced á la triste circunstancia de que á causa de sus piñas y afiladas hojas, ninguna flor quería tener con ellos amorosas relaciones. En las laderas de altos montes y en los repliegues de umbrosos valles, animados por las aves que en ellos habían establecido sus cuarteles de invierno, se veían oscuros bosques de encinas, cuyas ásperas hojas, erizadas de púas, les enajenaban también las caricias de las flores.

En extensas llanuras, la muerte parecía haber sembrado la soledad y el abandono en todo el reino vegetal.

Los únicos vestigios de vida los presentaba la verde hiedra, ya recostada en alguna roca, ya entrelazada con desnudas ramas, como amante fiel al ídolo de sus amores aun después de la muerte.

En más de un punto, se abrazaba á las ramas para ocultar la ingratitud de las hojas, las cuales habían abandonado á los árboles que les dieran vida, para correr, aturdidas y veleidosas, de flor en flor, en busca de fugaces amores.

A veces aparecía enlazada de un árbol á otro, como formando un arco triunfal en honor del soberano Invierno, y revestía generosa los escuetos árboles con un hermoso adorno de verdura que suplía con ventaja al perdido follaje.



RECONVENCIÓN CARIÑOSA, cuadro de F. Morgan



ENTRE FLORES, cuadro de Roberto Beyschlag, grabado por Bong

Absorto contempló el Invierno sus dominios, que á la sazón ofrecían triste y desconsolador aspecto.

Irritado contra las hojas antojadizas é ingratas, azotó con furia las que, amarillentas y solitarias, aun pendían de alguna que otra rama; las derribó al suelo y las hizo rodar por caminos y eriales hasta sepultarlas en algún rincón bajo una losa de nieve.

Entonces reparó en la hiedra. Detúvose ante ella conmovido y habló en estos términos á sus hojas:

– No temáis. Mi justa cólera únicamente se desata contra las que, profanándolo todo, incluso el amor, alma del mundo, vivieron en la ingratitud y en la lascivia. A vosotras, fieles y constantes, generosas y tiernas, os quiero amparar y proteger. No quiero que perezcáis en la podredumbre del suelo. Vuestra misión, caritativa y dulce, se cumplirá mientras yo empuñe el cetro de la tierra Seguid siendo fieles mensajeras de ternura; llevad y traed misteriosos saludos de la flor á la hoja y del Otoño á la Primavera, Estaciones condenadas á no verse juntas mientras subsista la actual división de los terrenales dominios. Vosotras seréis las que yo elija como intermediarias para mi correspondencia con el apartado Estío. Sed un puente eterno, echado sobre el abismo del olvido, por donde puedan pasar, de una Estación á otra, sentimientos é ideas, ilusiones y esperanzas, amores y recuerdos.

Y efectivamente, la hiedra ha tenido desde entonces la misión de enlazar y unir, y es, en medio de las crudezas del invierno, un perenne recuerdo de las Estaciones floridas y una esperanza de próximas galas y venturas para la tierra.

Mientras todo duerme en la Naturaleza, el Invierno hace germinar en los espíritus las concepciones más sublimes; aplaca las pasiones y adormece los apetitos de la materia, para que el alma triunfante y vigorosa se purifique en las serenas regiones de lo ideal, y conciba inmortales obras que modifiquen la condición del hombre, contribuyendo á su perfeccionamiento moral y dejándole entrever lo infinito y lo eterno, esencia de Dios hacia el cual dirige su aspiración suprema.

Merced al Invierno, se han librado de eterno olvido los hechos de las razas primitivas. Sin las tradiciones, transmitidas de generación en generación, al amor de la lumbre, la humanidad no tendría historia.

Ni la tendrían tampoco las Estaciones, si allá, en los tranquilos hogares del Norte brumoso y frío, durante las interminables horas de las veladas de invierno, no se hubiese transmitido de padres á hijos, y más aún de abuelos á nietos, la poética é interesante leyenda que acabo de referir.

JUAN B. ENSEÑAT

UN DUELO SINGULAR

I

No pretendo decir nada nuevo al consignar que los hombres y por consiguiente las mujeres y los niños, esto es, toda la especie humana estamos plagados de pasiones y rarezas inconcebibles. Sócrates lo ha dicho muchos años antes que yo, añadiendo *que estos desequilibrios ó irregularidades son necesarias para que se cumpla la ley de la vida basada en la diversidad.*

Pero hay excentricidades tan salientes y tan nimias que chocan hasta al filósofo más convencido.

Cualquiera que conozca á Pepito y sepa el *tic*, como dicen los franceses, de que se halla poseído, se quedará tan admirado como el que á través del microscopio estudie los misterios de una gota de vinagre ó de agua corrompida.

Empavaor es una palabra de origen andaluz que no está admitida en ningún diccionario del mundo, y que sirve para clasificar á la especie más rara de los piratas callejeros ó séase perseguidores de mujeres al aire libre.

Pepito, que no hace nada más que comerse una corta renta de que es poseedor, se levanta temprano, se viste con esmero pero sin pretensiones y se echa á la calle en busca de mujeres á quienes... empavar.

Por las costumbres de Pepito el lector irá enterándose de la significación de este verbo.

Primero acude á los mercados y plazuelas en donde pululan las fámulas de servicio, después acecha la entrada en las tiendas y talleres de las *muchachas de labor*, y por último más tarde espera á que circulen por Madrid las jóvenes ó viejas de buen ver, que van á compras, visitas, misas ó paseos.

Usa con todas los mismos procedimientos, se las come con los ojos, las sigue con encarnizamiento á todas partes hasta que las deja en la casa, propia ó ajena, á donde van. Es, permítaseme la expresión, el cabestro del amor.

Algunas, especialmente entre las de primera hora, que son las más fáciles, viéndose seguidas por Pepito, le alientan con sus miradas, se paran bajo cualquier pretexto por ver si él se las acerca; pero Pepito, situado siempre á honesta distancia, nunca las habla.

Ha habido más: alguna descarada, ó astidiada de aquella persecución, hase aproximado á él y le ha dicho:

– ¿Se le ofrece á V. alguna cosa?

– Nada absolutamente, – ha contestado Pepito.

– Como parece que viene V. siguiéndome.

– Será ilusión de V...

Este es el género *empavaor*: en Andalucía y aun en Madrid existen varios ejemplares, pero ninguno tan culminante como Pepito.

Si este se concretara á esta inocente manía, nada habría que decir, ni yo hubiera escrito este artículo; pero como donde hay mujeres suele haber hombres, Pepito ha sufrido algunos disgustillos con algún marido ó amante escamados, con tanta más razón por cuanto aquél las echa también de bravo y peleador, y usa un aire petulante y lleva el sombrero algo inclinado hacia la oreja derecha.

Consignados estos preliminares, entro en materia.

II

Yo tengo un amigo llamado Pepe, esto es, José, y advierto que no hay que confundirle con Pepito, el cual no puede confundirse con nadie. El susodicho amigo tiene á su vez una novia, ésta, á su vez, tiene un genio algo levantisco y caprichoso; y como mi amigo tiene también un carácter algo vidrioso y celoso en demasía, resulta de todas estas combinaciones que ambos enamorados andan siempre á la greña riñendo y haciendo las paces continuamente. Yo creo que ambos se quieren, lo cual no obsta para que traten de disgustarse entre sí todo lo más posible.

Cuando están reñidos, él sigue á ella y la espía subrepticiamente, y ella, que lo sabe, coquetea y se hace la melindrosa.

En uno de estos momentos de crisis, una mañana apacible y serena, mi amigo Pepe seguía á su adorado tormento que iba *á tiendas* con su tía. Llegaron á la calle del Carmen, ella delante y él muy detrás, y cuando Pepe se hacía todo ojos para no perderla de vista, he aquí que le corta el paso el célebre Pepito, diciéndole:

– Oiga V., noto que viene V. siguiendo á esa joven del vestido verde.

– ¿Y á V. qué le importa?

– ¿Cómo que qué me importa? Ahora mismo va V. á largarse de aquí en dirección contraria.

Pepe es poco sufrido y además comenzó á sentir la comezón de los celos, así es que sólo contestó propinando á su interlocutor una tremenda bofetada, tan tremenda que hizo despertar de su pacífico sueño á una fosforera establecida en la antedicha calle. Pepito, aturdido, recogió del suelo el sombrero que se le había caído, y un tanto repuesto volvió á atajar el paso á su agresor, que continuaba su camino, diciendo ó más bien gritando:

– ¡Es V. un cafre, exijo una satisfacción!

Tratándose de sitio tan concurrido excuso decir que pronto se aglomeró un grupo de gente entre la que se hallaba mi humilde persona. Traté de mediar entre los contendientes, pero Pepito no escuchaba á razones, sino que sacando de un bolsillo un pedazo de cartulina, se la alargó á Pepe diciendo:

– Ahí va mi tarjeta, deme V. la suya.

– No tengo nada que dar á V. como no sea un segundo bofetón, si se empeña.

Temiendo que se prolongara aquel espectáculo callejero, cogí á Pepito del brazo y conseguí llevármelo, asegurándole que yo era amigo de su contrincante y que todo se arreglaría.

– No hay más arreglo, – dijo Pepito, – que un duelo á muerte. Dígame V. el nombre y las señas de ese hombre.

Procuré apaciguarle, pero viendo que me las había con un majadero, le dejé con la palabra en la boca, subiéndome á uno de los ómnibus de oliva.

Había ya olvidado este incidente, pero una noche me buscó mi amigo Pepe en el café Suizo y me dijo de sopetón:

– ¿Sabes que aquel de la bofetada me ha mandado sus padrinos?

– ¡Hombre!

– Él y ellos son tres moscas de las que no puedo zafarme. Como tú comprenderás, no abrigaba ningún resentimiento contra ese títere; pero en vista de su ridícula insistencia, se me ha abierto el apetito de romperle cualquier cosa.

– No hagas caso.

– Tengo que hacerle, si quiero verme libre de escenas como la del otro día. Como tú presenciaste el lance, me he acordado de tí. Arregla eso, con ayuda de Ramiro, que está ya advertido. Ahí tienes las señas de esos tres señores... pollos...

Ramiro y yo vimos á los aludidos pollos, que en efecto casi lo eran; pero la buena voluntad de los cuatro se estrelló contra la tenacidad de Pepito, que á toda costa quería batirse. Convinimos, pues, en que el duelo se verificaría á sable, como arma menos peligrosa, con prohibición además de usar la estocada; y puestos de acuerdo, respecto á la hora y sitio, esperamos el desenlace.

III

Había ya despuntado el día, pero aun el rubicundo Febo no destrenzaba la crencha de sus hermosos cabellos, cuando Pepe, Ramiro y yo, dejando las ociosas plumas que nos servían de lecho (como diría Cervantes) esperábamos en un coche junto á la Puerta de Alcalá, la llegada del terrible Pepito y de sus padrinos. No tardaron éstos en llegar en un landó amarillo, tirado por dos soberbios caballos que se tambaleaban de hambre, y todos nos dirigimos al sitio elegido para el duelo.

Pepe estaba cabizbajo y como pensativo.

– ¿Qué tienes, hombre? – le dijo Ramiro; – supongo que no será miedo?

– Creo que no.

– Pues entonces?...

– Será la madrugada, – observé yo. – ¡Sienta tan mal madrugar! Sólo por esto y en venganza, desearía que hicieses un buen rasguño á ese mamarracho de Pepito.

Hubo un intervalo de silencio. Pepe seguía preocupado.

– ¿Has hecho testamento? – le preguntó en broma Ramiro.

– Habría que tomarle á beneficio de inventario, por causa de los ingleses, – contestó Pepe que comenzaba á animarse.

– ¿Qué dejas á tu novia? – dije yo procurando alegrar la situación.

– Opino que debería dejarla la cabeza de Pepito conservada en alcantor, – observó Ramiro.

– Habéis dado en el *quid*, – dijo Pepe. – Leocadia es lo que me preocupa.

Leocadia era la novia de Pepe.

– ¿Y te encomiendas á ella como los caballeros andantes á sus damas, antes de pelear?

– No es eso.

– ¿Pues qué?

– A vosotros puedo decíroslo como buenos y antiguos amigos que sois. He recibido una carta de Leocadia que me escarabajea.

– ¡Hola, una cartita!

– Sí.

– ¿Llena de protestas de amor, y por consecuencia temes dejarla sola en el mundo *por mor* del temible Pepito? – dije yo.

– No, hombre, sino que estoy algo escamado.

– ¿Pues cómo?

– Oid y juzgad, – repuso Pepe sacando del bolsillo una carta que trascendía á opoponax.

Leyó:

«Adorado Pepe...»

– ¿Con que te adora, con que eres adorado, con que mereces adoración? – interrumpió Ramiro.

– Oye y calla, – repuso Pepe, prosiguiendo su lectura: «Tengo una feliz noticia que comunicarte, tan feliz, que al hacerlo me estremezco de gozo. Mi tía, que te tenía entre ojos, consiente al fin en que seas presentado en casa. Mi amabilísimo primo Alejo es el encargado de esta maniobra. Búscale. Ya sabes que va casi todas las noches al teatro del Circo ó al Billar universal á jugar carambolas; pues él está dispuesto á hacer una contigo, con la tía y conmigo. ¡Es tan bueno y tan complaciente! Al pensar en los buenos ratos que vamos á pasar este invierno, se me estremecen los nervios...»

– Ya se ha estremecido dos veces, – observó Ramiro.

«Al amor del brasero, cabe la camilla, mi tía, mi primo, tú y yo, formaremos un cuadro delicioso. Ya verás qué conversación tan chispeante tiene mi primo...»

– Omito el resto por su poca importancia, – dijo Pepe interrumpiendo la lectura.

– Bueno, ¿y qué? – pregunté yo, – ¿para qué nos has leído esos párrafos?

– ¿No os parece, – observó Pepe, – que este primo de quien tanto se ocupa Leocadia, es demasiado complaciente?

– ¿Te ha presentado ya?

– No ha habido tiempo. Ayer recibí la carta.

– Le buscarás, por supuesto.

– Sí, le buscaré probablemente para romperle la cabeza.

– ¡Hombre!

– Pues mira, chico, – dijo Ramiro, – si sigues por ese camino, te pronostico graves disgustos soltero y casado.

IV

Nuestro coche, que seguía al de Pepito, se detuvo en el camino que conduce á la Plaza de Toros, y cargados con cuatro sables enfundados nos dirigimos á pie al sitio en que debía verificarse el duelo.

Los alrededores del Circo Taurino (estilo Santa Coloma) son notables por su desolación; aquello se asemeja á un desierto de la Arabia Pétrea, salvo algunos cercados y unas cuantas casuchas campestres. Es un terreno inculto interrumpido por varias hondonadas que las lluvias trasforman en sucias lagunas.

En los días de trabajo aquellos lugares están tan solitarios como las ruinas de Palmira cuando las visitó Volney.

Durante el trayecto yo observaba á Pepito que iba delante de todos, por ver si sorprendía en él alguna impresión de miedo, pero nada, fresco, colorado, fumando un inmenso cigarro puro, y casi risueño; el célebre *empavaor* presentaba un aspecto tranquilo.

Aquella serenidad me fué simpática y comprendí que se puede ser tímido con las mujeres y valiente con los hombres.

Exploramos el terreno y hallamos un sitio á propósito detrás de un casarón, especie de granero desmantelado, en donde había una pequeña planicie.

Yo reflexionaba. Los dos futuros combatientes me resultaban simpáticos: el uno por amistad, el otro por su incauta juventud.

Pensaba además en el fútil motivo del duelo: batirse por tan poca cosa era una chiquillada.

Cuando ya nos habíamos detenido, descubrimos en lontananza los tricornios de una pareja de la guardia ci-



LA ESTATUA DE J. B. DUMAS, EN ALAIS (GARD), obra del escultor M. Pech

vil, y la sorteamos, dando vuelta al edificio, bien así como hubiéramos podido hacer en Madrid, *girando* en derredor de un coche parado, para evitar el encuentro con un acreedor.

Pasó la nube, esto es, la pareja, y entonces yo, movido de las anteriores reflexiones, intenté un postrer esfuerzo á fin de que no se llevara á efecto aquel duelo tan injustificado. Conferencié con los padrinos de Pepito, que permanecía un tanto apartado fumando imperturbablemente, éstos á su vez trataron de convencer á su apadrinado de que no había razón para que por una niñería, se expusieran los contendientes á perder un ojo, una oreja ó *ainda mais;* pero Pepito se encerró en esta frase, tomada quizá de alguna novela: *yo nunca suspendo un lance, mucho más habiendo llegado ya al terreno.*

—¡Pues adelante! —dijimos Ramiro y yo, enterados de esta irrevocable resolución.

Elegimos dos sables. Entretanto Pepito, con resuelto ademán, quitóse la americana y el chaleco que llevaba puestos, y los colocó sobre un gran pedrusco que había en el suelo. Después entreabrióse la pechera de la camisa, sin duda para demostrarnos que no llevaba ninguna cota de malla.

En vista de este ejemplo, Pepe hizo lo mismo.

Dimos un sable á cada uno de los combatientes. Pepito blandió belicosamente el suyo, como probando la seguridad de la empuñadura.

Colocamos á los adversarios frente á frente.

—¡En guardia! —dije yo.

—¡Ahora! —exclamó uno de los padrinos de Pepito.

Esperábamos ver cruzarse las armas, pero ¡oh asombro! Pepito tiró la suya con un movimiento rápido y emprendió una vertiginosa carrera en dirección hacia la Plaza de Toros: no hubiera corrido más á ser perseguido por uno de los miuras enchiquerados para la corrida que debía verificarse al día siguiente.

Quedámonos todos estupefactos.

Uno de los padrinos del raudo *empavaor* lanzó un grito de indignación, y poniendo en juego sus monumentales zancas, salió en persecución del fugitivo, y le halló, según supimos, pugnando por salir de un lago formado por las lluvias, en el que, ciego por su impetuosa carrera, habíase precipitado.

¿Supondrán ustedes que á consecuencia de este último percance, Pepito se ha enmendado? Pues nada de eso: ayer le ví siguiendo á una ex-horchatera (hoy esterera) de la Plaza de Isabel II.

F. MORENO GODINO

LA IDEA ERRANTE

I

Parece mentira que, siendo como es tan antigua la existencia de muchas de mis compañeras, y que teniendo todas ellas un don de palabra perfecto y claro para poder contaros lo que somos, el cómo hemos nacido, y la vida que llevamos, hasta el día permanezcamos ignoradas de todo el mundo como lo están los misteriosos arcanos.

Tal vez no es debido todo esto sino á la imperfección de vuestros sentidos, impropios para poder comprender lo que expresan tan delicados acentos.

Hoy que por una feliz circunstancia mi voz se ha hecho más clara é intensa, hoy que me puedes entender, voy á sacarte de esa ignorancia en que vives acerca de nuestra existencia (y que es común á los tuyos), relatándote en breves términos mi historia, que es análoga en su forma á la de todas mis hermanas.—Escucha pues.

Así murmuraba á la caída de una hermosa tarde, cuando, entregado á mis pensamientos, meditaba, rodeado por la soledad en el frondoso bosque, una voz suavísima, un rumor apenas perceptible; voz ó rumor tan sutil y delicado como suele serlo aquel que emana de una idea que anda errante por el espacio.



II

Mi nacimiento, continuó diciendo aquella voz, no proviene sino de la contracción que experimenta el cerebro humano, cuando por efecto de una sensación más ó menos profunda se alteran vuestros nervios.

Nacemos con una exuberancia de vida excepcional; en nuestro ser se agita fuerte y vigoroso un pensamiento; estamos poseídas en fin, de una viveza tal, que apenas nacidas nos revolcamos en nuestra cuna pugnando por salir, y luego tendiendo nuestras alas, en rápido vuelo ansiamos lanzarnos al espacio.

Pero ¡ay! que no siempre nuestros deseos se ven coronados por el éxito; que hay antes de llegar á las puertas de nuestro encierro una garganta estrecha y en ella establecido un fielato, donde para poder salir tenemos que dejar como recaudo nuestra preciada alma y entregarla por capricho del que nos dió la vida, á un ser estúpido que nace allí sin ella y que se llama voz.

Esta es quien, merced al ruido que produce, una vez apropiada de la esencia de nuestro ser os lleva á vosotros el conocimiento que tenéis de nuestra existencia.

Pero (y he aquí porqué te hablo) ese conocimiento es imperfecto: padecéis un lamentable error. Conocéis tan sólo el fondo de la cosa, mas nó la cosa misma. El conjunto que la constituye y que se halla representado en aquellas que como yo han podido salir y volar por los espacios, libertadas de pagar un tributo con su alma; alegres, bulliciosas, dueñas de un cuerpo que se salvó de desaparecer para siempre cerca de unos labios, y que es inmaterial, invisible, pero siempre perfecto, representa en el mundo un papel más elevado: es además una sublime armonía que surca el éter purísimo, contribuyendo con sus delicadas notas á realzar más y más el colorido que ostenta en sus cuadros la madre Naturaleza.

III

Yo nací, como me estaba reservado, merced á la contracción que hicieron experimentar al cerebro de un pobre diablo, falto de dinero pero exuberante de sentimientos, sus nervios impresionados por la influencia de unos ojos preñados de encantos mil.

Al instante fuí bautizada con el tan tierno nombre *Te amo*, y no bien hube recibido la bendición, cuando con movimiento extraordinario me revolqué en mi cuna, pugné por salir, y desplegando mis alas penetré en la estrecha garganta á que atrás me he referido.

Sin embargo, la salida con que había soñado no pudo ser salvada por mí. Sólo me encontré antes de llegar á ella con un nudo, con un obstáculo imprevisto que me cerraba el paso y contra el cual me estrellé con gran violencia.

Quedé atontada. Así permanecí un momento; y luego me sentí arrastrada hacia abajo por una fuerza superior á las mías, y después introducida en un corazón muy tierno y que latía violentamente.

En el fondo de él, un risueño amorcillo comenzaba á nacer, y yo le ayudé con mis débiles fuerzas en tan penosa faena.

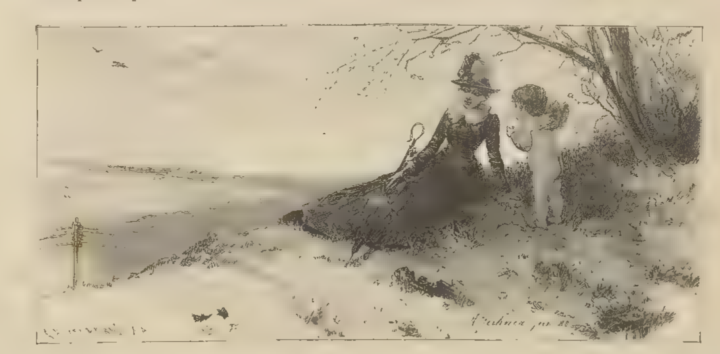
. . . .

Ocurría esto cierta tarde del mes de las flores, y al pie de un castaño, donde, sentada la niña de los ojos preñados de encantos mil, se entretenía en deshojar una blanca margarita que poco antes le había prendido en los cabellos mi enamorado creador.

IV

Algún tiempo después, cuando más distraída me encontraba jugando con mi compañero el amor, que ya crecido era rubio, melancólico y discreto, sentí que la fuerza de la otra vez me arrastraba cual antes, y que de nuevo era conducida á la garganta de donde había sido primero arrastrada.

Al encontrarme allí, tuve de nuevo deseos de volar. Sacudí mis alas ya por entonces perezosas, extendílas or-



MENSAJERO DE AMOR, cuadro de H. Fechner



LAS EXPLORACIONES EN CABO JUBY, COSTA NOROESTE DE AFRICA

1. Puerto de Cabo Juby
2. M. Donaldo Mackenzie, fundador de la colonia de Cabo Juby
3. La llanura de Dowrah
4. El teniente Fourcault
5. La proyectada ciudad de Tarfaja, Cabo Juby
6. El coronel barón Lahure
7. Viajeros atravesando el Sahara

gullosa, subí más,... pero bien pronto ví alzarse á mi presencia el obstáculo que me impidió salir en la ocasión primera y que allí, detenida otra vez, de nuevo quedaba entontecida por efecto de un segundo choque, y después arrastrada hacia abajo y encerrada también en mi prisión.

En tanto allá en la puerta algunas compañeras mías, detenidas también, esperaban desapareciese el obstáculo para poder volar como volaron encarnadas en las formas de un lenguaje que no ostentaba sino estudiadas frases.

. . . .

Era otra tarde aquella en que, juntos también los dos, fijas la mirada en la mirada y el pensamiento en el pensamiento, se estrechaban las temblorosas manos, ciegos, sin ver que entre ellos se levantaba gigante y sombría la tantas veces insuperable barrera que separa al pobre de la vana riqueza.

V

Y siguió pasando más tiempo; y por ya repetirse varias veces las mismas idas y venidas, hube de comprender al cabo que mi destino era un perpetuo encierro.

Por esto mi desesperación era espantosa. No podía acostumbrarme á permanecer allí eternamente. Yo había nacido para volar, para tener por reino el espacio inmenso, y no para morirme en él de envidia, viendo que otras hermanas mías, que llevaban para mayor tortura mi dulce nombre *Te amo*, salían después uno y otro día, alegres y bulliciosas, á enloquecer nacientes amores con los armoniosos sonidos que adquirían al tomar las formas del lenguaje.

Mas ¡ay! que estúpida entonces no comprendía que me estaba reservado un destino más envidiable aún. ¡Tonta mil veces que me quejaba cuando era la verdadera idea, que vuela y piensa al mismo tiempo y posee una forma que es la suya, y una armonía dulce y suavísima con que poder sembrar de notas delicadas las alas de los vientos y las superficies de las cristalinas fuentes!

VI

Y el tiempo continuó volando, y llegó el día aquel en que al morir mi dueño, pude recobrar la libertad.

Era de noche, me acuerdo bien. Allá lejos daba un reloj las once, cuando de repente y como si obedeciesen á una fuerza única, todos los nervios de aquel ser se agitaron convulsivamente. Cesó el corazón, en donde permanecía yo encerrada, de producir aquel latido constante que tan alterada me tenía á todas horas; un frío intenso penetró en mi cuerpo después de haber ya recorrido el suyo; y sin saber cómo, en un momento me ví lanzada al espacio en alas de su alma, libre, sin que nada se opusiese al deseo de remontarme á mi vez.

Dejé al alma que continuó subiendo; poséme un instante sobre aquella frente de mármol que había sido mi cuna en otro tiempo, y después de derramar una lágrima por la memoria de aquel hombre, besé la calenturienta mejilla de su desconsolada madre que junto á él rezaba y abandoné aquel sitio para siempre.

VII

Desde entonces mi vida se desliza tranquila y venturosa, recorriendo estas selvas que tan alegres son. En ellas he encontrado la soledad que siempre anhelé, y en sus claras fuentes me he posado varias veces, y me seguiré posando, que son pródigas como ningunas en delicados besos que dan hermosura á la forma é intensidad al sonido de nuestra voz.

Cuando en el silencio de la noche, en la soledad de las selvas, en la escondida fuente, creéis murmullos del céfiro y de las aguas los sonidos que llegan hasta vosotros, padecéis un lamentable error.

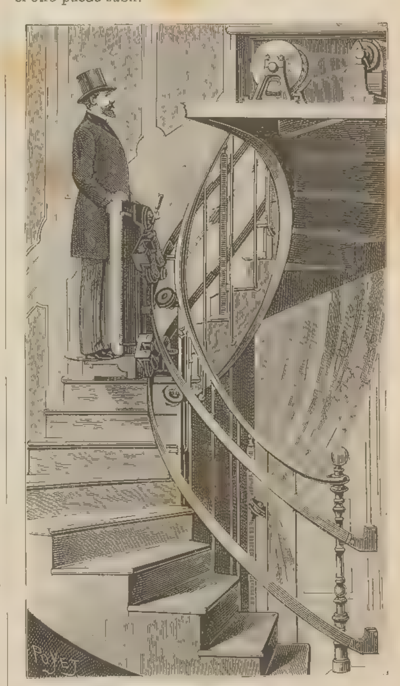
Esa música armoniosa, que por suavísima tan sólo se oye en esas soledades, complaciendo vuestros oídos, no proviene, nó, del viento ni de las aguas, que éstos son mudos como lo es la luz. Ese sonido es producido por el canto tierno de las invisibles ideas, mis hermanas, que como yo no gustan de otro placer que el ir volando de allá para acá, repitiendo sus nombres en alegres cantos.

JOSÉ CUENCA

APARATO PARA SUBIR ESCALERAS, DE M. J. ALAIN AMIOT. – En la galería de máquinas de la última Exposición Universal de París llamaba la atención un aparato para subir escaleras destinado á sustituir con ventaja en algunos casos al ascensor común y que se basa en la adaptación en las escaleras existentes de una especie de asiento móvil que siguiendo las mismas evoluciones de aquéllas pueda transportar de un piso á otro á una persona sin ocupar más sitio que el que ésta ocuparía subiendo ó bajando á pie.

La instalación puede resumirse en los tres siguientes órganos: 1.º el *guía*, generalmente constituído por dos hierros planos sostenidos de trecho en trecho por pequeñas columnas y que siguen á pocos centímetros del pasamanos las mismas evoluciones de éste; 2.º el *asiento móvil conductor*, compuesto de una especie de carretón vertical con ruedas que encajan en los hierros planos que hacen las veces de rails y de un banquillo sobre el cual se coloca el que quiere subir ó bajar; y 3.º del *motor*, que puede ser hidráulico, eléctrico etc. y que comunica movimiento al carretón por medio de una cadena ó de un cable pudiendo, según las circunstancias, variar en él el modo de transmisión ya ejerciendo una tracción directa ya impulsando un árbol transmisor del cual tome cada aparato la fuerza necesaria y en el sentido que se quiera.

En una escalera se colocan tantos aparatos como pisos haya en ella y de esta suerte cada uno puede funcionar independientemente, de modo que mientras el uno baja, el otro puede subir.



Aparato para subir escaleras de M. J. Alain Amiot

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILVSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 9 DE DICIEMBRE DE 1889 — NÚM. 415

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

A FALTA DE ALMAS...

figura de bronce de Augusto Sommer

Exposición artística de la Academia de Berlín

Nacido en Coburgo en 1839, Augusto Sommer hizo sus primeros estudios artísticos en Stuttgart y en Munich y después de haber trabajado en Viena y en Budapesth por espacio de doce años establecióse en Roma, en donde ha llegado á ser el gran maestro hoy por todos admirado. Sin perder un ápice de su individualidad propia supo identificarse con la belleza antigua y con el mundo de ideas que la antigüedad nos ha legado en sus incomparables obras y al propio tiempo con el naturalismo de la plástica italiana moderna y con la vigorosa frescura de la vida popular de Italia. Sus obras respiran poesía y gracia al par que verdad y vida y algunas de ellas pueden ser calificadas de humorísticas.

Entre estas últimas merece un puesto preferente la que reproducimos: el diablo con alas de murciélago y la cola recogida bajo el brazo inclina el cuerpo para coger las moscas posadas en su pierna que irán á engrosar el número de las que guarda prisioneras en su cerrada mano. La estatua en conjunto y en sus menores detalles es admirable sobre todo por la manera magistral con que están estudiadas y ejecutadas la complicación de movimientos, la posición forzada de toda la figura y en especial de la pierna y la diabólica expresión del rostro de ese espíritu del mal que á falta de almas se dedica á cazar insectos.

¡SIN COMER! cuadro de Otón Piltz

El pintor sajón autor de este estudio de la vida escolar es uno de los muchos pintores alemanes que se dedican á pintar escenas infantiles y que consiguen producir en este género obras más completas que los artistas de otros países quizás por la razón – frívola, si se quiere, pero razón al fin – de que siendo Alemania la nación que fabrica juguetes para media Europa, por lo menos, es también la que más se presta á la reproducción de las escenas de la vida infantil. Sea por esta ó por otra causa es lo cierto que en los museos alemanes es en donde más abundan los cuadros que tienen por asuntos los juegos, las distracciones, las *pasiones* mismas, las ocupaciones escolares de los niños.

En el cuadro que hoy publicamos el autor ha inundado la escena de aquella luz que hace intolerable la prisión y ha marcado de una manera original el contraste entre la cárcel y la libertad, que no otro es el que ofrecen el chiquillo castigado y los bancos vacíos.

En cuanto al infeliz prisionero, su actitud rebosa naturalidad y revela una mezcla de rabia y de fastidio, y quizás también de hambre, capaz de conmover al *domine* más empedernido: lo que no expresa es arrepentimiento. ¿Habrá querido Otón Piltz con la ausencia de este efecto, que debería ser el efecto principal de todo castigo, demostrar lo absurdo é inútil de ciertas correcciones disciplinarias cuando se aplican á la irreflexiva infancia?

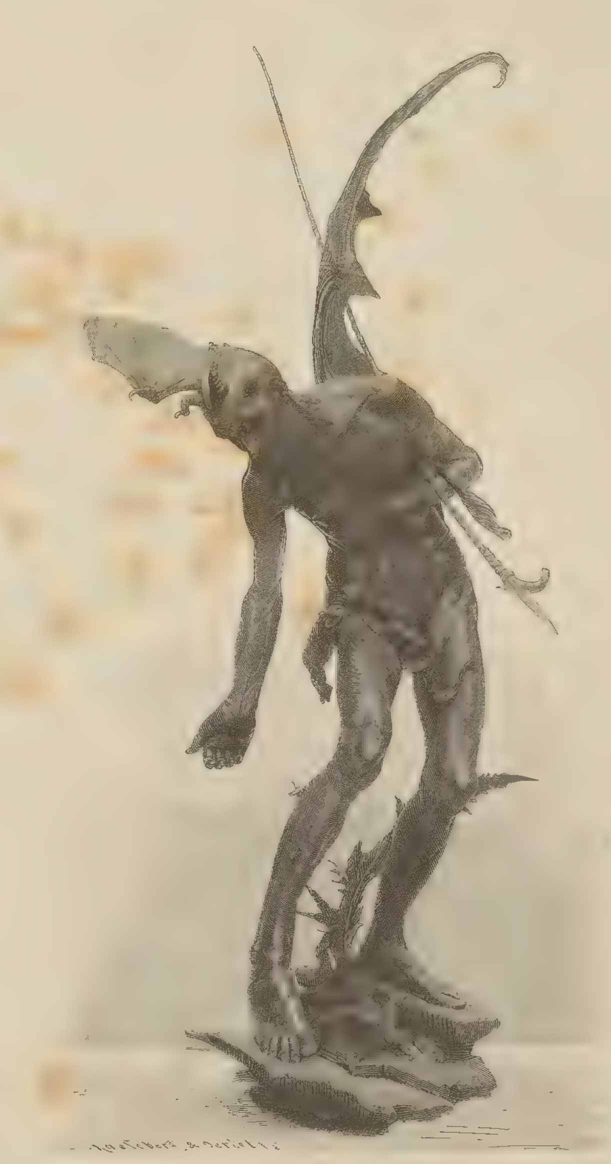
REGRESO DE LA FIESTA, cuadro de Cannicci

El pintor toscano Cannicci busca los asuntos de sus cuadros en el sentimiento de las gentes de estado y corazón humildes, pero no siente el lado alegre y brillante de esa poética existencia sino que la estudia en su aspecto serio y de aquí que en sus pinturas la alegría vaya siempre acompañada de cierta gravedad y reserva y que todas sus figuras lleven impreso el sello de la unidad moral conservada por el sentimiento religioso que hoy diferencía al pueblo de la ciudad de la población rural de muchas regiones sustraídas á la influencia de las ideas modernas. El sentimiento de esta unidad moral con las expresiones que lo reflejan es el sentimiento dominante en el *Regreso de la fiesta* como en todos los demás cuadros de Nicolás Cannicci.

1789.—ALDEANOS SUBLEVADOS

cuadro de Pablo Swendomsky

Era á mediados de 1789: la Revolución francesa acababa de sellar con la toma y demolición de la Bastilla sus primeras victorias sobre la monarquía débilmente representada por el infortunado Luis XVI; las poblaciones rurales, ansiosas de romper las pesadas cadenas que las oprimían como habían roto ya las suyas las de las grandes ciudades, negáronse á pagar los derechos feudales, persiguieron á los señores que más se habían distinguido por su despotismo y por sus crueldades, incendiaron castillos, quemaron títulos de propiedad y en algunas comarcas se entregaron á venganzas atroces.



Á FALTA DE ALMAS.... Figura de bronce de Augusto Sommer

(Exposición Artística de la Academia de Berlín)

Tal es á grandes rasgos la explicación del cuadro de Swendomsky que ha sido objeto de general admiración en la sección rusa de la última Exposición Universal de París. Que el pintor ruso gusta de las situaciones dramáticas bien lo demuestra la composición conmovedora del lienzo que reproducimos: á un lado una infeliz joven, aristócrata sin duda, maltratada y arrojada en medio del camino por los mismos que poco tiempo antes se inclinaban humildemente á su paso, en el centro y extendiéndose hasta perderse en el horizonte un abigarrado grupo de campesinos vestidos con las prendas más heterogéneas y armados de los más extraños instrumentos ostentando negras banderas en señal de sus instintos exterminadores, en el fondo un castillo presa de las llamas, en el aire algunos cuervos cerniéndose sobre tanta desolacion y en el cielo densas nubes que envuelven en sombrías tintas la luctuosa escena, he aquí los elementos que con arte portentoso ha sabido combinar el autor de ese cuadro ante el cual siéntese sobrecogido el ánimo más sereno.

Pablo Swendomsky ha estudiado en Roma: su estilo grandioso y original y su poderosa imaginación hacen de él un artista de excepcional mérito cuyo nombre puede figurar dignamente al lado de sus compatriotas, los insignes maestros Makowski y Siemiradski.

Monumento en honor del emperador Guillermo I que se ha de erigir en Berlín

Entre los muchos proyectos que se han presentado al concurso para la erección en Berlín de un monumento nacional en honor de Guillermo I ha merecido el primer premio el de Rettig y Pfann de cuya grandiosidad y belleza pueden formarse idea nuestros lectores por los grabados que reproducimos y que representan la vista general del monumento y el interior del dombo central. El proyecto premiado tiene todo el carácter majestuoso y severo de un templo nacional, carácter que se aviene perfectamente con la idea que en la obra ha de reflejarse, á saber el testimonio de gratitud y de admiración del pueblo alemán hacia el héroe vencedor en cien combates, el inolvidable restaurador del Imperio germánico. El sitio escogido para el monumento es la inmensa Plaza del Rey, en Berlín, en donde se alza también el palacio de la Dieta.

Guillermo Rettig nació en Heidelberg en 1845 y estudió arquitectura en Carlsruhe: apenas obtuvo el título de arquitecto fué ayudante del famoso Adolfo Schroder; más tarde se trasladó á Berlín en donde trabajó muchos años en el taller de Ende y Bockmann, arquitectos de la Real Casa. Tomó parte en el concurso abierto para la construcción de las Casas Consistoriales de Hamburgo y aunque no obtuvo premio su proyecto llamó la atención por su originalidad y por la riqueza de ideas que demostraba en su autor. Intervino en la construcción del palacio de la Dieta de Berlín y la práctica que durante dos años hizo al lado del consejero constructor imperial Wallot y su asociación con su amigo Pfann le han permitido realizar de una manera tan perfecta el proyecto de monumento de que nos ocupamos.

Pablo Pfann, autor de la parte ornamental y de las figuras del proyecto, nació en 1860 en Heidelberg, hizo sus estudios en la Escuela superior técnica de Munich y se perfeccionó en el taller del arquitecto de esa ciudad, Federico Thiersch. En 1886 se trasladó á Leipzig y un año después pasó á Berlín entrando en el taller de Wallot, bajo cuya dirección trabajó en la confección de los planos del palacio de la Dieta. Ha obtenido varios premios en algunos concursos de Berlín y de Leipzig y su talento brilla especialmente en la parte pictórica.

BUSTO DE M. BUTERFIELD, esculpido en mármol por D. Agustín Querol

Si el modelado de un busto-retrato se redujera á trasladar al mármol, al barro etc., las líneas fisonómicas de la persona retratada de manera que sólo se viera en ellas el parecido material, por acabada que la obra fuese únicamente llenaría una parte de los fines de la escultura. Otra cosa sucede cuando el busto tiene vida, cuando el cincel del artista le anima haciendo brotar como por encanto miradas en los ojos, movimiento en los labios, elasticidad y morbidez en las carnes, expresión en el rostro todo, cuando, en fin, á la fiel reproducción de los caracteres físicos viene á juntarse el reflejo exacto de los rasgos morales.

Todas estas cualidades brillan en el busto de M. Buterfield de nuestro paisano don Agustín Querol cuyo privilegiado talento han podido apreciar tantas veces los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

SUPLEMENTO ARTISTICO

Después de la pantomima: «Exeunt omnes,» cuadro de Luciano Davis

El animado cuadro de Luciano Davis representa una multitud de acomodadas familias londonenses que, terminada la función, esperan sus carruajes en el pórtico del teatro: el número considerable de niños que se ven en el cuadro y la alegría que sus semblantes revelan son indicios claros de que la pieza representada ha sido graciosa y de aparato, dos cualidades que se avienen perfectamente con las aficiones infantiles. En efecto, ante los asombrados ojos de la gente menuda han desfilado palacios encantados, bosques poblados de hadas, cavernas habitadas por gnomos, jardines espléndidos en donde se han desarrollado las aventuras del gallardo príncipe y de la hermosa princesa; pero de fijo que lo que más les ha gustado á esas inocentes criaturas ha sido la extravagante pantomima final en la que han lucido sus habilidades la gentil Colombina, el ágil Arlequín, el cómico Pantalón y el malicioso Pierrot, y si en sueños recordarán con deleite los prodigios de la magia y de la tramoya, al despertar se reirán todavía de las bufonadas de los cómicos personajes que de seguro entrarán como parte principal en sus juegos.

La obra de Davis es un verdadero *tour de force* por el número y la clase de elementos que constituyen aquella compacta masa en la que son de admirar la hábil agrupación de tantas figuras, las expresiones distintas de tantas caras y la elegante combinación de tantos trajes sin que de todo ello resulte la menor confusión ni la más leve inarmonía.

CUENTOS DEL PELEK (1)

INTRODUCCIÓN

Desde la cúspide del viejo Butchdech que tantas cosas ha visto ya y que de nada puede extrañarse, se lanza y rueda un torrente tan salvaje, tan arrebatado, que en su exuberancia parece quiere atravesar el mundo como un torbellino: soberbio compañero es el Pelek con su cabellera suelta y sus ojos de azul oscuro, y si tan alegre y tan fuerte se muestra es que ha nacido del seno de una poderosa montaña. Se asegura que parte de un inmenso lago subterráneo habitado por ondinas, y cuando se permanece algún tiempo sentado cerca del Pelek, pero tanto tiempo que se llegue á olvidar el mundo, se puede oir muy claramente cómo cantan las ninfas.

Algunas veces una ondina desciende tambien por el Pelek, sobre una ancha hoja que salta las cascadas y se va á contemplar el mundo con sus ojos alegres, pero sólo puede verla el que haya nacido al son de las campanas y no haya tenido ningún mal pensamiento. Las ondinas acarician con sus rosados dedos la ondulante cabellera del torrente y en voz baja hablan con él de la comarca; después él les presenta espejillos para que contemplen sus graciosos rostros. Forma un dulcísimo murmullo como el del viento que juguetea entre las hojas y el Pelek nunca se muestra cansado; tan grande es su fuerza, tan delicioso es su viaje.

Sus olas espumosas las da por masas eternamente nuevas: ¿cuántas da? Jamás lo pregunta, pues bien sabe que allá en las profundidades está el inmenso lago que no se agotará jamás en tanto que el Butchdech no se convierta en polvo y el mar no cubra los Cárpatos.

El Pelek no sabe contar y jamás dice «no quiero agotarme; llegará un día que sea pobre.» ¡Oh! no; ardiente y generosamente hace saltar sus ondas al través del mundo que Dios crió, á fin de que los hombres, los animales y las plantas puedan refrescarse.

Algunas veces sin embargo se irrita cuando la primavera tarda en llegar ó el otoño se va demasiado pronto; entonces tórnase amarillo y se hincha en su cólera hasta el punto que rompe y destroza cuanto puede alcanzar. Pero la tempestad se ríe de él, ó bien lo azota para castigarlo ó arroja en su camino grandes árboles á lo largo de los cuales tiene que arrastrarse con fatiga él, el niño impaciente de malévolos caprichos. Pero ¿cómo no se irrita también cuando el invierno viene demasiado pronto?

El no puede soportar que los árboles le arrojen sus hojas y que se vea obligado á arrastrar muertas las cosas con que ha jugado todo el estío, y la camisa de hielo que le oprime y quiere reducirlo al silencio le agrada mucho menos.

Sobre todo tiene un gravísimo defecto; parece que le es necesario murmurar siempre y siempre con las flores, los pájaros, los vientos, con el musgo de sus guijarros y consigo mismo cuando nadie lo escucha. Pero ¿quién ha de querer hablar siempre consigo mismo? El de mayor inteligencia no tardaría en encontrarse personalmente más enojoso que lo encontrara jamás su mayor amigo que sin embargo ha debido dar prueba de mucha paciencia con él.

Y el Pelek gusta de que se maravillen con sus historias; no encuentra censurable revelar lo que le han contado, cosa que muchas veces le han vituperado las montañas llamándole «mujerzuela!» Al escuchar esta acusación ha sacudido su encrespada cabeza y arrojado á la selva una maliciosa mirada como para decirle: «¿Verdad que me escuchas gustosa?»

Durante muchas horas me he sentado junto á él y lo he escuchado: algunas veces me parecía ver las puntas de los dedos de alguna ondina ó sus rosados pies ó un bucle de sus sedosos cabellos y frecuentemente he oído un canto y un murmullo maravilloso. Os quiero contar todo esto.

Lo que dice el Pelek no es un secreto ni mucho menos, por cuanto muchas personas lo saben y por cuanto los musgos, las miosotis y los álamos lo saben también y por cuanto aquellos que lo ignoran lo llegan á saber por el viento que agita las hojas hasta que lo han contado todo para que los pájaros puedan repetirlo á su vez por encima de nuevos países y nuevos mares, hasta allá, donde cesan las tempestades, hasta más allá donde no existe aire.

Pero como yo no tengo alas, no puedo llevar hasta muy lejos estas historietas y os las quiero contar para que también hagáis una visita al Pelek.

Tal vez á vosotros os contará más que á mí y al que aun no haya tenido un mal pensamiento las ondinas se mostrarán seguramente.

Entre tanto vais á escuchar lo que ha sido como nunca fué y que si no hubiera sido el Pelek no lo contaría nunca.

CETATEA BABEI

Cuando se sube el valle de Prahova, no se distingue Cetatea Babei, el Castillo de la Hechicera, porque se encuentra detrás del Butchdech. Este se levanta como un aguzado cono y parece cubierto de ruinas; desde allí hasta los Tipis se extienden nieves eternas.

Hace ya muchos años, cuando los lobos guardaban los rebaños y las águilas anidaban con las tórtolas, se elevaba en aquel sitio un soberbio castillo en el que reinaba la mayor actividad: siempre mucha gente, siempre mucho ruido y centenares de pies que entraban y salían á cada instante.

Todas las noches se veía brillar una luz en la torre y se oía el zumbido de una potente rueca: casi marcando el compás de este ruido se escuchaba un canto dulce y extraño. Los que pasaban miraban hacia arriba con espanto y murmuraban: «Ella hila siempre.»

La que hilaba allá en lo alto era la castellana, una malvada hechicera á la que los gnomos llevaban todo el oro de las entrañas de la tierra: con él hilaba el velo de oro con que todas las desposadas se adornaban la cabeza el día de boda. En su casa el oro entraba en grandes cantidades; ella lo pesaba, lo clasificaba y desgraciado el gnomo que no llevaba la cantidad señalada: lo colocaba entre la corteza y el tronco de un árbol estrujando hasta sacarle la última partícula ó lo colgaba por la barba de la misma manera, y ya podía agitarse y gritar; la vieja se hacía la sorda. Por esta razon, ó más bien aun, porque era dura como una corteza de pan y áspera como añosa encina, le habían dado el nombre de Baba Coaja, «la Madre Corteza.» Sólo ella sabía preparar los velos de oro y los preparaba con anticipación para muchos centenares de años.

Baba Coaja tenía una hija admirablemente hermosa, que se llamaba Alba «la blanca;» en efecto era blanca como la nieve que casi constantemente cubría la cima de la montaña. Tenía el cutis como el raso, los ojos aterciopelados y sus cabellos parecían hilos de oro de los que hilaba su madre.

Siempre estaba encerrada; Baba Coaja la hacía trabajar mucho y no la dejaba ver de nadie temiendo que la pidieran en matrimonio. Ella era la que separaba los velos de oro y los colocaba apilados en la cueva donde los había para muchos siglos.

Penoso era este trabajo para la hermosa joven porque su madre al mismo tiempo que hilaba cantaba y murmuraba toda clase de maldiciones á fin de que cada casada recibiera la parte de desgracia tan luego como adornaran sus cabezas con los velos de oro: Alba pensaba tristemente en todas aquellas desventuras preparadas y fijadas de antemano. Un día que su madre estaba ausente se puso á la rueca é hiló una pieza entera deseando únicamente bienes y felicidades; pero cuando volvió Baba Coaja se encolerizó grandemente arrebatándose hasta el punto que golpeó despiadadamente á su hija y le dijo:

– No te casarás hasta que hayas encontrado tu tela en medio de las demás. – Diciendo esto arrojó su tejido en el confuso montón en que estaban los otros.

En el fondo la vieja quedó sumamente contenta por haber hallado un pretexto para conservar á su hija junto á sí, pues le habían predicho que Alba sería desgraciada y moriría pronto. Su hermosa hija era la única criatura á quien amaba en el mundo, pero por más esfuerzos que hacía para infundir alegría en Alba, comprándole ricos vestidos y gran cantidad de joyas, no conseguía que sus mejillas se colorearan ni que se animaran sus ojos, pues la única cosa que la joven deseaba era la libertad, lo único que no tenía.

¡Cuánto deseaba pasear bajo los árboles que daban sombra á la falda de la montaña en cuya cúspide ella vegetaba! Allí en lo alto crecía sólo una raquítica hierba y el invierno duraba más que el verano. Cuando alrededor del castillo el viento silbaba tempestuosamente, como si quisiera hacerlo pedazos, su corazón estaba muy triste; con frecuencia sentada ante la chimenea miraba fijamente el fuego siguiendo el revoloteo de las chispas sin pensar en nada.

Algunas veces escuchaba el extraño canto de su madre en tanto que el zumbido de la rueca se mezclaba á los bramidos de la tempestad; entonces se preguntaba por qué su madre hilaba á las desposadas tantos velos cuando el sol era tan bello y cuando su brillar le parecía tan alegre. Pero no pudiendo encontrar la razón se dormía fatigada de tanto pensar. Los rollos de doradas telas almacenadas en la cueva tenían todos la misma apariencia: sin embargo ella les prestaba figura humana y contaba sus historias imaginando todo lo que podía ocurrir á las desposadas que llevaran el velo de oro; pero como no sabía nada del mundo, sus historias eran más inverosímiles las unas que las otras.

– Madre, – dijo ella en una ocasión apoyando la barba en la mano, – los hombres ¿son exactamente como tú y yo ó tienen otra forma y otros pensamientos?

– ¿Qué te importan los hombres? todos son muy malvados y tan sólo daño te harían si te pudieran coger.

– Sin embargo, el otro día un animal maravilloso ha subido nuestra montaña: alguien estaba sentado encima, uno más hermoso que todos los gnomos; tenía los cabellos negros y rizados, no llevaba barba y cubría sus espaldas un manto de púrpura. Dí, ¿esto no era un hombre?

La vieja tuvo un sobresalto de terror y dijo:

– Si ese extranjero sube hasta aquí otra vez, le romperé la cabeza y los del valle no lo volverán á ver.

– ¡Oh! madre mía, no hagáis eso; ¡era tan hermoso!

– Si vuelves á pensar en él te encerraré en la cueva, te lo aseguro; te haré pesar oro día y noche. Además, desde hace algún tiempo no te ocupas en nada, estás ahí haciéndome preguntas inútiles. ¿No tienes cuanto tu corazón desea?

– No, madre mía, yo quisiera tener también un hermoso animal y sentarme encima. Aquí sólo veo carneros sobre los que no me puedo subir.

– ¡Cuán loca eres, niña! ¡Ahora echas de menos un caballo! ¿No sabes que cuesta la vida montar á caballo aquí arriba? El césped es resbaladizo; los abismos son profundos, un paso en falso basta para que se ruede deshecho hasta el fondo.

Alba se preguntó durante mucho tiempo porqué existía este peligro para los caballos, cuando los carneros podían caminar con pie seguro; pero no pudiendo preguntar tuvo que resignarse á no salir de la duda que la mortificaba.

Los gnomos le parecían mucho más feos que antes y

(1) Creemos que hasta ahora no ha sido traducida á nuestro idioma ninguna composición de la reina de Rumanía, que con el pseudónimo de Carmen Silvia, ha publicado tantas y tan buenas. Señora en toda la extensión de la palabra, si no fuera reina merecería serlo y siempre lo será en la conciencia de todos, cualesquiera que sean las vicisitudes por que pasen los pueblos, en el lento desarrollo de la historia, pues en toda época se dará más al que más merezca.

Conocemos á Carmen Silvia sólo por sus obras y podemos afirmar que es bastante para juzgarla: atestiguan alteza inconmensurable de pensamientos, purísimo sentir y la encantadora sencillez reveladora del genio. Bien hayan los que de cerca puedan tratarla: es fiel ejemplo de que aun quedan grandes de la tierra, á quienes la gloria hubiera elevado si en la tierra hubieran nacido pequeños.



¡SIN COMER! cuadro de Otón Piltz

el oro le repugnaba de tal manera que no podía sufrirlo. Pensaba únicamente en el magnífico caballo y en el joven á quien había de costar la vida una segunda visita. ¿Por qué su madre quería romperle la cabeza? Este era otro problema que no podía aclarar aunque pensó en él mucho tiempo.

Algún tiempo después el hermoso joven volvió á la montaña: se sentía atraído por el deseo de saber quién habitaba la soberbia fortaleza cuyas murallas estaban hechas solamente de grandísimas rocas.

Aquel joven era hijo de un rey; se llamaba Porfirio y no tenía costumbre de que ningún género de resistencia se opusiera á sus voluntades: cualquier dificultad encantaba á su ardiente naturaleza. Cuando le hablaban de matrimonio decía que su deseo era arrebatar su esposa á un dragón, cogerla de lo alto de una roca, en vez de pasar por las mediaciones habituales de enviar embajadores y casarse sin ninguna molestia.

Precisamente estaba Alba ocupada en hacer su tocado para entretener sus ocios después de haber estado clasificando oro toda la mañana. Se había lavado rostro y manos, había peinado sus largos cabellos con ebúrneo peine, ciñó su frente con doble hilo de perlas y al lado se puso una rosa de los Alpes. Su vestido era blanco con cinturón de oro y por encima caíale un manto de terciopelo verde sujeto de un hombro al otro con sartas de perlas. Alrededor de su garganta blanca como la nieve ajustó esmeraldas gruesas como huevos de paloma, regalo de los gnomos. Miróse al espejo después, pero no podía ver cómo brillaban sus dorados cabellos sobre los tonos verdes del terciopelo. Verdaderamente debía ver mal, ó el espejo era defectuoso, porque al cabo de un instante se golpeó el rostro exclamando:

– ¡Oh! ¡cuán fea soy! ¡Oh! ¡soy bastante fea! Sin duda por esto mi madre me oculta á todos los hombres y me da bellos vestidos y ricas joyas como á una reina, para hacerme olvidar mi fealdad.

En aquel momento resonaron en las rocas las pisadas de un caballo; con los ojos fijos por el espanto vió que caballero en él avanzaba el hermoso joven á quien debía costar la vida el aventurarse hacia el castillo. Era menester advertírselo á toda costa. Se lanzó hacia el valle como una gacela, suelto al aire el manto, dejando flotar sus cabellos en los que parecían aprisionarse los rayos del sol. El joven rey la vió volar hacia él por encima de las rocas; sus pies apenas tocaban el suelo. Poseído de gran admiración, detuvo su caballo: preguntóse qué hija de rey, qué hada de la montaña volaba á su encuentro: entre tanto ella le hacía señas con ambos brazos, gritándole con todas sus fuerzas:

– ¡Atrás! ¡atrás! no subas aquí, pues te costaría la vida.

– Aunque cause mi muerte, – gritó él, – moriría contento, porque he visto la joven más hermosa que viera en la tierra.

Alba se detuvo ante él; un ligero rubor cubrió sus mejillas y mirándole con sus brillantes ojos le preguntó:

– ¿Soy hermosa?

– ¡Oh! sí, maravillosamente bella, tan admirable con tus cabellos de oro, que te amo á partir de este instante

– Yo te amo también, – dijo la inocente joven que ignoraba que entre los hombres no se debe decir ordinariamente lo que se piensa. – Pero no digas que mis cabellos son de oro: ¡el oro es tan feo!

– ¡Feo! – respondió el príncipe riendo: - he aquí una cosa que nunca había oído decir. ¿Tan habituados están tus ojos á ver oro que lo encuentras feo?

– ¡Oh! ciertamente, apenas veo otra cosa que oro; en lugar de verdes árboles, oro; en lugar de hombres, oro; montañas de oro! – Alba extendió los brazos y giró sobre sí misma. – ¡Oh! ¡cómo preferiría sentarme sobre este hermoso animal! Aun no había visto un caballo. ¿Puedo tocarlo?

– ¡Oh! sin duda! hasta acariciarlo y montarle aquí conmigo: podrás cabalgar tanto tiempo como quieras.

Hizo que pusiera los pies sobre los suyos y cogiéndola de ambas manos la colocó en la silla, le pasó el brazo alrededor de la cintura y picó espuelas al caballo. «Tal vez tenga miedo», pensó, pero la graciosa inocente era ajena á este sentimiento, pues no conocía el peligro. Tan pronto como el terreno fué menos pedregoso el príncipe aflojó las riendas de su corcel y galoparon por la umbría selva, por en medio de prados de flores.

Alba lanzaba gritos de alegría y batiendo las manos exclamaba:

– Más de prisa, todavía más de prisa!

Así llegaron hasta cerca de la ciudad que tenían que atravesar para ir al castillo real situado en una colina. La joven se manifestó inquieta.

– ¿Son hombres los que veo allí? – preguntó yendo al paso por las calles. – ¿Y estas casitas no las tira el viento?

– No, – respondió riendo Porfirio, – el viento no sopla aquí tan fuerte como allá arriba. ¡A mí los míos, – gritó, – venid todos, traigo á vuestra reina! Es una flor maravillosa que he cogido en lo alto de una roca.

– Pero yo no soy reina! – dijo Alba espantada.

– Yo soy rey, y como tú vas á ser mi esposa, eres la reina.

– ¿Tu esposa? Según mi madre, yo no debía tener marido.

– Decía eso sabiendo que sólo yo debía poseerte.

– ¿Tú no serás un malvado?

– No, no soy un malvado.

– Entonces, ¿no eres un hombre?

– ¡Oh! ya lo creo!

– Mi madre sin embargo me ha dicho muchas veces que todos los hombres eran malos y que no debía tener relación con ellos.

– ¿Y quién es tu madre?

– No lo sé: ella hila oro.

– ¿Hila oro? ¿para qué?

– Para los velos de las desposadas, pero yo no quiero velo en mis bodas, – añadió rápidamente Alba llevándose las manos á la cabeza como para protegerse contra el pernicioso contacto.

– Sin embargo, casi no será posible de otra manera, – dijo Porfirio; – todo el mundo se extrañaría. Ya estamos en casa; entremos en el patio; voy á presentarte á mi madre á quien hablarás amistosamente.

– ¿Es vieja y fea?

– No, es muy hermosa y altiva

– ¿Qué es eso de altiva? – preguntó Alba.

Porfirio la miró fijamente en los ojos; eran tan claros y puros como el sol; la estrechó contra su corazón; entregó las riendas á sus criados, saltó á tierra, levantó tiernamente á Alba y le ofreció la mano para ayudarla á subir la ancha escalera de mármol.

Entraron en un amplio salón; allí estaba sentada una alta y majestuosa señora á la que rodeaban muchas jóvenes ocupadas en hilar bella seda amarilla. Todas suspendieron su trabajo y contemplaron con alegre extrañeza la magnífica pareja que aparecía bajo el pórtico, alumbrada por los destellos del sol poniente.

– ¡Oh! mujer maravillosamente hermosa, yo te saludo! – exclamó Alba y cayó á los pies de la reina, que la levantó con benevolencia y la besó. – Tú también hilas, pero tu trabajo es más bello que el de mi madre; lo que hilas es tan delicado y tan fino como copos de nieve ó pétalos de flores.

– ¿Qué es pues lo que hila tu madre?

– ¡Oh, siempre oro! un duro y feo metal.

– ¡Oro! – repitieron todas las jóvenes con sonrisa incrédula.

– ¿Sabes tú también hilar oro?

– Sí, lo sé, pero no me atrevo á hacerlo.

– ¿Por qué?

Abría ya los labios para contar lo que su madre hacía mientras hilaba, pero la asaltó repentinamente un temor, pensando en la mala opinión que aquellas jóvenes formarían de ella, sólo al sospechar la cantidad de desgracias que estaban hiladas con los velos de oro de las desposa-



REGRESO DE LA FIESTA, cuadro de Nicolás Cannicci, grabado por G. Sabattini



DESPUES DE LA PANTOMIMA:



«EXEUNT OMNES,» CUADRO DE LUCIANO DAVIS



1789.—ALDEANOS SUBLEVADOS, cuadro de Pablo Swendomsky, grabado por Bong

das. Aquellas malvadas criaturas contra las que su madre la había puesto en guardia le parecían todas amables y alegres, cien veces más que su madre tan horriblemente temida de los gnomos.

Una de ellas la sacó del difícil estado en que se hallaba murmurando:

– Su vestido es de terciopelo, de verdadero terciopelo blanco.

– Y las joyas ¿quién te las ha dado? – dijo otra un poco más alto.

– Mis amigos, – respondió Alba; – ¿las queréis? Aun tengo en casa una gran cantidad de estos juguetes.

Desatando las esmeraldas de su cuello ofreció una á cada joven. Lo mismo hubiera hecho con el collar de perlas si la reina no se lo hubiera impedido.

– ¿Tus amigos son pues muy ricos? – le preguntaron.

– ¡Yo no sé qué es eso de rico! Ellos lo traen todo del fondo de la tierra en un saco, y cuando lo que traen es poco son castigados.

Por el rostro de la reina pasó una nube; llamó aparte á su hijo y le dijo:

– Esta joven es la hija de la horrible hechicera Baba Coaja. Vuélvela pronto al sitio de donde la trajiste, pues no atraerá sobre nuestra casa más que desgracias.

– No me pidáis eso, madre mía, – dijo palideciendo el joven rey. – Amo á esta graciosa é inocente niña con todos mis pensamientos, con la sangre de mis venas, con cada aliento de mi vida, y aunque fuera Baba Coaja en persona no podría separarme de ella.

La reina suspiró é hizo preparar á la joven una estancia cerca de sus habitaciones: la boda se fijó para la mañana siguiente. Quiso la reina adornar por sí misma á su nueva hija, mas tuvo que sostener con ella una lucha, pues no quería que le cubrieran la cabeza con velo de oro. Corrió á través del castillo como una gacela asustada, se arrojó sobre los tapices que adornaban los divanes y vertiendo lágrimas á torrentes rogó y suplicó que le evitaran aquel tormento. La reina podía muy bien ponerle su hermoso velo de seda y no aquel oro funesto.

En tanto que rogaba y gemía, la reina hizo una señal: dos del acompañamiento le sujetaron las manos en tanto que una tercera colocaba sobre su cabeza el velo de oro. Todas aguardaban una explosión de cólera y desesperación por su parte, pero Alba quedó completamente impasible. Pálida como la muerte inclinó la cabeza bajo aquel peso.

– Eres más cruel que mi madre, – dijo: – ella no quería darme á ningún hombre para que no fuera desgraciada y tú misma atraes sobre mí el dolor.

Nadie comprendió aquellas palabras, ni pudieron conseguir que Alba las explicara, lo cual aumentó la desconfianza general. Apareció tan triste que el pueblo no reconoció en ella la brillante joven de la víspera y todas las palabras de amor de su joven esposo no pudieron alejar las nubes de su frente.

Bien pronto en la corte no se habló más que de los innumerables tesoros de la joven reina y muchos instigaron al rey para que fuera á verlos de cerca. El no se preocupaba de tesoros sino únicamente en hacer sonreir de nuevo á su bella esposa: pensó pues que yéndole á buscar las cosas que había tenido placer en poseer, hallaría de nuevo su alegría, pues ella miraba con desdén las piedras pequeñas que adornaban las joyas y no podía comprender que aquellos juguetes tuvieran ningún valor.

Sin embargo cuando supo que Porfirio tenía intención de volver á su castillo se manifestó espantada y le rogó y lo conjuró para que no hiciera tal cosa.

– Eso sería tu muerte seguramente, – le decía.

El no se dejó persuadir, y tanto más ella le pintaba los peligros que iba á correr, más se sentía atraído por aquellos peligros: se puso en camino secretamente una noche cuando ella se hallaba sumida en un profundo sueño. Se lanzó hacia el castillo de Baba Coaja con algunos compañeros, pero ésta los apercibió desde lejos y les gritó:

– Maldito seas tú que me has robado á mi hija para hacerla desgraciada. Toma, sacia la codicia que te trae hacia mí, desgraciado! Yo no te he llamado, ¿por qué vienes á buscarme?

Al decir estas palabras arrojaba sobre los caballeros una considerable cantidad de joyas, pero las piedras preciosas se cambiaron en el aire en copos de nieve girando de tal manera que los infelices no podían preservarse y cegados perdían el camino. La mayor parte cayeron en los precipicios; pero el joven rey que caminaba hacia el castillo sediento de venganza para degollar á la vieja, fué envuelto de tal modo que bien pronto le fué imposible mover ninguno de sus miembros y antes que hubiera podido pronunciar ni una palabra estaba profundamente enterrado bajo la nieve. Baba Coaja prorrumpió en una carcajada de odio y exclamó:

– Ahora vendrá hacia él y no hacia mí; pero es á mi casa y no á la suya donde irá! Tendré de nuevo á mi hija que no debe permanecer en ese mundo malvado en medio de los hombres á quienes detesto.

En verdad que no tuvo que esperar mucho tiempo: Alba corrió bien pronto á la cima de la montaña, bien que cansada por tan pesada marcha y manchado de polvo su traje de terciopelo blanco.

– ¿Dónde está? ¿dónde está? – preguntó con los labios pálidos.

– ¡Ah! – dijo la vieja, – has huido con un hombre extraño; vuelves ¿y es por él por quien preguntas y no por mí? No está aquí.

– Sí, sí, he encontrado sus huellas hasta la nieve... ¡allí!

– No ha llegado más lejos, – contestó la vieja riendo. – Se ha ahogado entre tus piedras preciosas.

Alba lanzando un grito terrible, se arrojó sobre la capa de nieve y se puso á escarbar con las manos, pero todo fué inútil. La envoltura que cubría á su bien amado era demasiado pesada, estaba muy duramente helada, y sin embargo gritaba: – Madre! madre! ¿qué has hecho? – Alba cayó muerta sobre el hielo y la nieve. Baba Coaja lanzó un grito tan formidable que la montaña se abrió y su castillo se deshizo enterrándose ella y su oro en las ruinas.

En el sitio mismo en que expiró Alba creció una blanca flor, blanco adorno de terciopelo que se ha llamado después Alba Regina, en alemán Edelweis (inmortal), tan blanca y pura como lo era la joven; florece sólo cerca de las nieves eternas que cubren al bien amado.

Tal vez un día la nieve se cambiará en piedras preciosas cuando una casta virgen la huelle con sus pies.

Aun hoy se busca solícitamente el velo de oro que tejió Alba y todas las desposadas esperan hallarlo; por esto ninguna teme los terribles velos, cada una se cree la elegida y espera tener la felicidad por lote.

A. Fernández Merino

LA MILITARA

Huérfana de un comandante de marina, nacida en el Ferrol y criada en San Fernando, Emilia Seijas, después de haber sido novia de varios militares, casó con Diego López, teniente de caballería; y como al poco tiempo perdió á su madre, ha seguido á su marido de guarnición en guarnición, hasta hoy, que es comandanta, y es tan varonil y tan marcial y conoce la ordenanza y la remonta de tal manera que les digo á Vds. que da envidia á los mismísimos oficiales generales.

Para ella no hay más mundo que el mundo militar. Ya siendo tenienta, y cuando tuvo el primer niño, tenía aterrorizado al asistente. Cierto día, por más señas en Morella, aquél – que se llamaba Rubio y era más moreno que un zapato – volvió á casa con el crío en el brazo izquierdo y una aceitera en la mano derecha, y porque no había lavado al angelito, le amenazó con volver á echarlo al escuadrón. ¡Pobres asistentes los que han servido con Emilia! A uno que se llamaba Suárez, y que la destetó el segundo niño, porque á todos los ha destetado el asistente, le enseñó á manejar el biberón con tal arte que el físico del regimiento, hombre muy divertido, cuando el niño echó un diente propuso que á Suárez se le echasen unas arracadas.

Emilia es honrada; un día el abanderado del escuadrón, oficial de colegio y chico de muy buena familia, se atrevió á hacerla indicaciones, y le pegó dos guantadas de cuello vuelto que se fué cantando bajito con bandera y todo.

Diego López, á pesar de que tiene carácter, ha pasado su vida metido en un zapato, y cada vez que ha perdido la coyuntura de un grado ó de un ascenso, Emilia le ha llamado mandria y le ha dicho: «¡Si yo tuviera calzones!»

Dos veces que se ha pronunciado ha sido instigado por su mujer, que cuando no ha residido en el punto en que su marido estaba de guarnición ha acometido á todos los capitanes generales y á todos los ministros de la Guerra manifestándoles que «López es un oficial brillantísimo y pundonoroso y que no hay justicia en la tierra y aun en el cielo si no se le asciende pronto y mucho.»

De un pabellón que parezca un palomar es capaz á los ocho días de hacer una residencia confortable.

Cuelga en el testero los sables, las botas de montar y las espuelas de Diego; vuelve del revés, y cubre con colchas, los cajones que han servido para traer el equipaje; clava tres ó cuatro cuadros con retratos de generales de los que han protegido á Diego, enfunda las sillas, hace que el asistente friegue los suelos y las puertas con jabón y estropajo, y, aunque militarmente, convierte la sala de destartalada que era en un cuarto tan arregladito, que como ella dice, ni el cuarto de banderas.

Conoce toda España, ha estado en Burgos, Vitoria, Palencia, Valladolid, Ecija, en todas partes, y hasta una vez con motivo de la guerra carlista como ella dice «nos mandaron con una sección á los Picos de Europa.»

En cuestiones hípicas está á una gran altura; sólo con oir trotar un caballo sabe si es semental, entero ó potro; en el poco tiempo que estuvo en la remonta adquirió tales conocimientos que los mariscales no se desdeñaban de consultarla.

Es fina y amiga de visitas, y aunque repito á ustedes que es honradísima, se deleita oyendo contar los chismes y galanteos de otras oficialas y jefas.

Lo que la tiene preocupada es haberse casado de teniente porque no tendrá viudedad, y ese López, con los jolgorios del cuarto de banderas y el café y el tabaco, no hará en su vida cuatro cuartos.

Además los sueldos son mezquinos, cada asistente destroza dos libretas, la ración de los caballos viene tan mermada, que «crean ustedes que ya en el ejército lo único que tiene cuenta es ser sargento»

Ella cuida de la ropa de López como un perro; le limpia las levitas, y le tiene la de gala con aspecto flamante, pasa los botones por el *paspartú* y con los polvos blancos los deja lo mismo que un espejo; pero cuando ve que López mancha unos guantes demasiado ó se excede en el tabaco y el café, lo trata peor que á un recluta. Si transige con el café es porque Diego le suele traer terroncitos de azúcar que no se come, sino que guarda cuidadosamente para hacer casa. Todavía conserva algún azúcar de cuando estuvo en Jaca.

El caballo lo cuida más que López. Cualquier día se lo pueden presentar con los cascos que no estén bien embetunados, ó sin limpiar, ó con la cincha floja. Un día que en Palencia iba á montar López para ir al ejercicio y observó Emilia que estaban los estribos desiguales, se encaró con su esposo – siempre lo llama así, mi esposo, – y le dijo:

– ¿Pero vas á montar así, bragazas? A ver (dirigiéndose al asistente), García, suba V. tres puntos el estribo derecho; y como siga V. así tan descuidado va V. á volver al escuadrón, hoy antes que mañana.

A los niños los tiene montados militarmente; á las siete los acuesta el asistente; á los dos mayores les pasa revista de policía todos los días; cuando les encuentra una mancha les suministra media docena de bofetadas, y al asistente tal serie de desvergüenzas que el hombre se gasta la mitad del plus en bencina

A la menor, que es niña y acaba de salir de la lactancia, la tiene entregada también al asistente, que pasa las de Caín para quitar á la niña, á fuerza de aceite de almendras dulces, un casquete de caspa que tiene en la cabeza sin que la niña llore, porque en oyéndola berrear, y la criatura es muy aficionada, la comandanta amenaza nuevamente con la ida al escuadrón, y es además capaz de cualquier atropello.

Está enamorada de su Diego y tiene temporadas en que le da por ser celosa; entonces Diego nos ha confesado que su cara mitad se pone irresistible, no le deja ir solo al café; en cuanto el hombre mira á alguna mujer, apretándole el brazo le dice: «Vista al flanco derecho;» y una vez que no volvió la vista tan á tiempo como Emilia deseaba, exclamó: «¡Rompan filas!» y lo dejó plantado en medio de la calle de Sevilla, dirigiéndose como una fiera al cuartel de S. Francisco, donde tenía el pabellón; por más señas, que estaba el asistente limpiando la caspa á la niña, y no solamente le increpó, sino que le tiró una espuela á la cabeza.

Esta militara acaba generalmente en viuda, porque los años que lleva de matrimonio, para el marido se cuentan como los de campaña, servicio doble, y no hay quien resista más de veinte, por lo que, las de las condiciones de Emilia, fuertes y varoniles, algunos años después todavía manejan al asistente de su hijo mayor, montan militarmente la casa de su nuera y tienen tales condiciones de marcialidad y bravura, que yo no veo inconveniente en que se las alojase en el Cuartel de Inválidos.

J. Valero de Tornos

PULCINELLA

El Carnaval de Roma es interminable y monótono, á pesar de la sucesión de coriandoli, marzolini y mocoletti que le vienen á dar cierta variedad, llenando primero los trajes de yeso, después de agua, y por último de gotas de cera.

Once días seguidos de Carnaval son para aburrir al más aficionado; once días viendo á todas horas y en todas partes la enojosa blancura de los *Pulcinelle*. Durante aquellos días fueron mi constante pesadilla; al salir á la calle, al entrar en el café, al comprar tabaco, al recogerme por la noche me era imposible evitar su encuentro, escapar de sus piruetas, dejar de oir su charla interminable. Me sentaba de veras con temor á la mesa, temiendo encontrar algún maldito pulcinella en la sopa.

¡Y cuántas variedades del mismo tipo se ven discurrir por las calles de la ciudad de los papas! Desde el polichinela elegante, limpio, de frac primorosamente cortado, al polichinela pobre, raído, vestido de desechos comprados á algún ropavejero judío; desde el charlatán inagotable, voceador terrible que vomita sermones sin solución de continuidad, al pacífico, silencioso y callado como trapense del convento de le *Tre Fontane*.

Y en verdad se comprende esta afición desmedida al Polichinela, ya que este personaje es la viva encarnación del espíritu italiano que ha penetrado en todas partes bajo tal forma, llamándose Pierrot en Francia, Arlequín en España y Punch entre los ingleses, no muy aficionados á perder el tiempo con nombres largos, y que por lo mismo ejercieron esta contracción, que ha convertido el polisílabo costoso en monosílabo de fácil pronunciación.

Polichinela es todo un temperamento como dirían los naturalistas; es el tipo sintético de los italianos del mediodía; entre cínico y honrado no abandona su buen humor, aun en los trances más apurados; indolente y perezoso se lamenta continuamente del hambre que sufre sin que se decida á trabajar; tercero en toda clase de negocios es la cabeza de turco, blanco de todos los golpes.

Su vida transcurre entre bostezos y costaladas, amenizando los intermedios con sus agudos chistes.

Como todo buen gracioso es serio por naturaleza, y jamás se le ve reir. Su máscara negra y su nariz deforme son sus más preciados timbres de nobleza; que en todos tiempos ha sido y es la nariz prolongada signo de aristocrática estirpe. Y Polichinela, para que se sepa, desciende nada menos que de los antiguos romanos; ya hacía reir en grande á los dignísimos patricios y á la plebe de Roma, bajo otro nombre sí, pero con su máscara y su na-

riz exagerada en forma de interrogante.

Hoy su patria clásica es Nápoles; desde allí se desparrama por todo Italia, siempre el mismo donde quiera. Tiene un fetiche al que rinde culto: los macarrones; posee una virtud excelente, la de no olvidar nunca su patria ni á sus compatriotas. Recorre infatigable las bellas ciudades de la península adriática y en todas partes habla el dialecto napolitano, doquiera mezcla su acento nasal oscuro al claro acento labial de la lengua toscana.

En el teatro ha conseguido tener magna influencia. En medio de la seriedad de una comedia, cuando la acción parece tomar verdadero cariz dramático, entonces aparece Polichinela con su aire grave y meditabundo, lamentándose del hambre que sufre ó de la paliza que ha recibido, y con su jerigonza napolitana hace retozar la risa en los labios de los espectadores. Muchas veces, y mal que les pese, obliga á soltar la carcajada aun á los mismos actores que debieran mantenerse formales.

El Polichinela en el teatro es una verdadera institución; para llegar á ocupar el sitio que se le destina se requiere extraordinario ingenio y verdadera gracia, porque no todo consiste en hablar napolitano y en hacer payasadas, sino en improvisar á tiempo buenos chistes, en saber aprovechar el hecho del día ó la idea que preocupa á la opinión pública para sacarlos á relucir con maliciosa intención en la escena.

En épocas de opresión política, el Polichinela puede alcanzar influencia decisiva, porque es imposible atajar su charla trotadora ni evitar sus alusiones mal intencionadas.

Imagínese cualquiera para formarse cabal concepto del Polichinela en el teatro, una comedia alegre sí, pero cuya acción se desarrolle naturalmente y en nuestra época; pues bien, la Compañía en la que figura Pulcinella se apodera de esta comedia, la ensaya cuidadosamente y encarga uno de sus papeles, el más serio tal vez, á nuestro héroe, quien con su original traje y su dialecto especial viene á ser una nota discordante en medio de los trajes que usan los demás y del idioma que hablan.

Los demás actores no se permiten la más mínima variante en sus papeles, pero Polichinela varía cuanto se le antoja, habla de lo que se le ocurre, perturba la acción si le conviene, provocando la risa y el aplauso, levantándose tan sólo la mascarilla negra cuando saluda al público que le premia con sus palmadas.



ESTATUA ECUESTRE EN BRONCE DORADO DEL EMPERADOR GUILLERMO I EN EL INTERIOR DE LA CÚPULA DEL MONUMENTO QUE EN SU HONOR DEBE ERIGIRSE EN BERLÍN

Los napolitanos, que son los provenzales de Italia, tienen extrema propensión á la nostalgia y en esos días tristes de la ciudad eterna en que recuerdan su ciudad querida, después de darse un atracón de macarrones, se van á oir los dichos de Pulcinella que con su acento napolitano, que se nota desde lejos como el acre olor del yodoformo, les llena el corazón de grato consuelo, haciéndoseles visibles ilusoriamente la espléndida Passegiatta de Posilipo y el ondulante penacho del Vesubio.

Pulcinella es revolucionario y escéptico; en él se ha encarnado el espíritu vivaz del mediodía que invade lentamente la Italia toda. Con Pulcinella los napolitanos se desparraman por toda la Península, y van adquiriendo pertinaz influjo. Como esos provenzales que son el alma y la vida del París artístico y político, como nuestros andaluces que dominan en las altas esferas del poder, y son los poetas brillantes y los pintores coloristas, de igual modo los napolitanos van apoderándose del campo político, y muestran indudable superioridad artística. Ellos vienen á demostrarnos la preeminencia de los que dominan la palabra, el grande influjo de la vivacidad y del ingenio, las excelencias del buen humor, la victoria del sol brillante sobre la niebla pertinaz y hastiadora.

Pulcinella es inmortal como el azul espléndido de los países meridionales, como la indolencia que se infiltra con sus rayos en el cuerpo, como la sonrisa de las gaditanas y de las sorrentinas, forma suave con que devuelve el alma las caricias de la luz esplendorosa del cielo andaluz y del firmamento napolitano.

El Punch inglés es una creación exótica; padece spleen y tiene amarguras ocultas en su risa; su buen humor posee el sabor insípido de esas uvas que se crían en la famosa cepa de *Hampton Court* (cerca de Londres) prisionera en inmenso invernáculo, que crece y alienta al continuo calor de la estufa.

FEDERICO RAHOLA

RESIGNACIÓN

¡Pobre Eduardo! La desgracia se cebó en él con ensañamiento. Su vida fué una serie no interrumpida de



CÚPULA Y PÓRTICOS del monumento en honor del emperador Guillermo I que se ha de erigir en Berlín *(Proyecto de Rettig y Pfann que ha obtenido el primer premio)*



BUSTO DE M. BUTERFIELD, esculpido en mármol por D. Agustín Querol
(Exposición Universal de París, de 1889)

infortunios: la fatalidad le perseguía sin tregua ni descanso.

Tuvo valor, constancia y fe; luchó con ardor y entusiasmo, y, á pesar de estas cualidades y de su buen talento, fué siempre vencido por su mala estrella. Y es que había nacido para sufrir, para experimentar contrariedades; es que tenía *mala sombra*, como me dijo muchas veces con aquella sonrisa de resignación y de tristeza que le era tan peculiar.

¡Pobre Eduardo! No conoció á sus padres: no disfrutó de completa salud ni un solo día; no encontró una mujer que le fuese fiel; no ganó ni en un solo negocio.

Murió joven; pero ¡qué larga le parecía la vida al considerarse enfermo, pobre, lleno de desengaños, sin seres que le amasen ni á quienes amar!

Su última desgracia fué la que más le afectó: la que á mi juicio le llevó al sepulcro.

Había perdido casi todo su patrimonio en negocios de esos que los comerciantes llaman *infalibles*, de *ganancia segura*. Restábale sólo una pequeña hacienda y una casa en una retirada villa, y allí vivía en la mayor estrechez. En esta situación enfermó de la vista; los médicos del pueblo hicieron esfuerzos para atajar el mal, pero la ciencia fué insuficiente y Eduardo quedó completamente ciego.

Ante esta nueva desgracia, quiso tener valor y lo tuvo; se presentaba á sus escasos amigos sereno y resignado como siempre, pero en la soledad de la noche sollozaba y al estrechar mi mano brotó de sus labios una sonrisa triste, excesivamente triste.

– Un célebre oculista amigo mío – le dije – se encuentra de paso en esta población y quiero que te vea á todo trance.

– ¿Para qué? – contestó.

– Para lo que Dios quiera. Al menos para complacerme, para que tenga esa nueva prueba de tu amistad. Yo pensaba regresar mañana á Madrid, pero me detendré hasta que conozca su diagnóstico, y en caso necesario estaré á tu lado todo el tiempo que sea preciso.

Eduardo estrechó mi mano con efusión y aquel mismo día lo reconoció el facultativo cuyo dictamen fué relativamente favorable. Los ojos habían perdido por completo la *córnea* y, por lo tanto, todo tratamiento era inútil; pero podía intentarse un medio descubierto recientemente, una operación que era de esperar tuviese un éxito satisfactorio: la implantación de la córnea de los ojos de un perro á los ojos de Eduardo.

¿Cómo describir la incertidumbre, la esperanza, la duda, el temor que mi pobre amigo experimentó después de esta resolución?

Era hombre de corazón; tenía una gran firmeza de ánimo y un valor ilimitado; pero atravesaba un período tan crítico, tan solemne que era imposible pasar por él sin inmutarse. Del resultado de la operación dependía su porvenir. Era joven, de salud se encontraba relativamente bien; recuperando la vista podía emprender nuevos negocios, entrar en una nueva era, ser feliz.

Un instante más y, ó perdería para siempre la esperanza de recobrar la vista, teniendo que resignarse á pasar el resto de su vida en aquella doble oscuridad moral y física, ó se abrirían sus ojos á la luz, y con su juventud, su talento, su fe y su amor al trabajo, podía aspirar á todo género de felicidades.

Sobre un velador estaban convenientemente preparadas hilas, paños y vendajes; el estuche de operar abierto; el facultativo en pie, eligiendo instrumentos; un practicante y yo dispuestos á auxiliarle. Todos guardábamos completo silencio.

Estaba Eduardo sentado en una butaca, junto al balcón; y aun en aquellos momentos tan críticos, tan solemnes, conservaba toda su serenidad, toda su sangre fría, todo su valor.

El perro destinado para la trasfusión, el que iba á dejar de ver para que mi amigo viera, era corpulento, de artística cabeza, de largos y sedosos mechones de lana negra. Estaba tendido, precisamente á sus pies; tenía la respiración anhelante, la boca abierta; agitaba la cola en señal de alegría, y paseaba su tranquila mirada por la habitación deteniéndola con cariño en cada uno de nosotros. Al moverse Eduardo, chocó, por casualidad, uno de sus pies con el cuerpo del pobre animal, el cual, creyendo que le acariciaban, y deseando pagar la supuesta manifestación de afecto, se levantó de un salto, colocó sus manos sobre los hombros del ciego y le lamió y besó la cara repetidas veces.

– No insistáis, amigos míos, – dijo Eduardo levantándose y acariciando al perro; – no insistáis porque sería inútil; acabo de formar la resolución inquebrantable de no dejarme operar. Dios ha dado vista á este pobre animal, y á mí me la ha quitado; respetemos sus designios; cúmplase su santa voluntad.

J. ALFONSO ROCA DE TOGORES

EL MUSEO GUIMET

Este Museo que acaba de ser abierto al público en París y que está consagrado á la historia de las religiones y de las civilizaciones orientales, ha sido regalado al municipio de la capital de Francia por Mr. Emilio Guimet, quien al donarlo, sólo pidió un asilo para sus colecciones que antes tenía en Lyon, y se ofreció á costear una parte de los gastos de construcción del edificio sin más condición que la de que el Museo llevara su nombre.

Posee este Museo un número considerable de antigüedades y curiosidades indostanas, chinas, japonesas, thibetanas, egipcias, griegas, romanas, galas, alejandrinas etc., muchos y muy ricos ejemplares de las cerámicas japonesa y china y una biblioteca de unos 13,000 volúmenes impresos ó manuscritos que tratan de asuntos de Oriente. Todas estas riquezas han sido recogidas por Mr. Guimet en sus viajes al través del mundo, y su valor se estima en muchos millones de francos.

En la planta baja del Museo están expuestas las cerámicas china (á la derecha) y japonesa (á la izquierda): la china dividida en tres salas, dos que contienen los objeros agrupados por materias y por géneros de ornamentación y una en la que están los ejemplares clasificados según la fecha de su fabricación, y la japonesa clasificada según los lugares en que los objetos han sido fabricados.

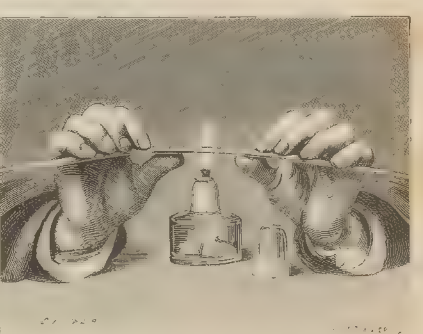
En el primer piso hay tres salas que comprenden: la primera los cultos de la India (budhismo, culto de Ceva y culto de Visnú); la segunda los cultos de la Indo China (Cambodje, Siam y Birmania), el culto del Thibet, el de Ceylán, el de Anam y las religiones de la China (budhismo, taoismo, confucionismo); y la tercera, llamada de los Jades, que encierra los objetos preciosos de Oriente, tales como jades, cornalinas, cristales de roca, lacas, en forma de vasos, cetros, copas etc., cuyo valor total es de un millón de francos.

Una sala especial contiene los objetos relativos á la religión del Japón es decir, al Shintoismo (budhismo japonés), cuyas principales sectas están representadas en distintas vitrinas, en el centro de esta sala se ve el Mandara, facsímile hecho con gran cuidado por Yamamoto, escultor de Kioto, para Mr. Guimet bajo la vigilancia del gran sacerdote del templo de Toodje, en Koo'boo-Daishi, y en el fondo se admiran objetos históricos de gran valor.

El segundo piso comprende, á la derecha, los cultos de Grecia, de Etruria, de Roma y de las Galias y, á la izquierda, la sala egipcia y varios cuadros que representan escenas de la vida pública en Egipto y pinturas de las tumbas de Sakkara y de las Pirámides y que fueron expuestos en la Exposición Universal de París de 1878.

Tales son, en brevísimo resumen, las inapreciables riquezas acumuladas en el Museo que lleva el nombre ilustre de Mr. Guimet, á quien deben eterno agradecimiento por la inteligencia con que supo formar sus colecciones y por el desinterés con que se ha desprendido de ellas en beneficio de su patria todos los que se interesan por los estudios históricos.

MODO DE ENCORVAR UN TUBO DE CRISTAL. – Hácese á menudo necesario, cuando se ha de montar algún aparato químico para hacer un experimento, encorvar tubos de cristal: en los laboratorios empléanse para ello mecheros de gas en el centro de cuya llama se insufla aire con lo que el cristal puede ser fácilmente trabajado; pero no siempre se tiene uno de estos aparatos á mano y en este caso puede bastar una sencilla lámpara de alcohol, verificándose la operación del modo que indica el grabado, es decir aplicando la llama á la parte del tubo que se quiere encorvar. No se ha de calentar siempre el mismo punto, pues de hacerlo así se rompería seguramente el cristal, sino que se ha de pasear el tubo por la llama haciéndolo girar sobre sí mismo y moviéndolo sucesivamente de derecha á izquierda y viceversa: cuando está caliente, se aplica la llama al sitio que se quiere encorvar y al poco rato el cristal se ablanda y puede ser encorvado como si fuera un pedazo de lacre, y aun estirado y fundido.



Modo de encorvar un tubo de cristal

Es conveniente calentar el tubo en la parte superior de la llama, en lo que los químicos denominan *llama oxidante*, por ser ésta más caliente que la parte central.

(De *La Nature*)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



AÑO VIII — BARCELONA 16 DE DICIEMBRE DE 1889 — NÚM. 416

¡MURAMOS POR NUESTRO REY MARIA TERESA!
celebrado cuadro de Laslett J. Pott, expuesto en la Real academia de Londres

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

¡MURAMOS POR NUESTRO REY MARIA TERESA! cuadro de Laslett J. Pott

Expuesto en la Real Academia de Londres

El autor de este cuadro se ha inspirado en el tan conocido incidente ocurrido en el Parlamento húngaro en 11 de setiembre de 1741 cuando María Teresa hizo un apasionado llamamiento á sus leales vasallos para que defendieran el reino contra la formidable invasión de los aliados que capitaneaban los prusianos. Entusiasmados por las dignas y patrióticas frases de la reina, conmovidos ante la presencia del inocente cuanto querido príncipe que vestido con el traje nacional llevaba en sus brazos la soberana, los nobles magiares juraron defender y proteger al tierno infante y como movidos por un resorte pronunciaron todos á una la famosa frase *¡Moriamur pro rege nostro María Theresia!* (¡Muramos por nuestro rey María Teresa), votando inmediatamente la «Insurrección» ó sea el armamento general de Hungría.

Gracias al patriotismo que tan bien supo excitar la reina y la madre y á los heroicos esfuerzos de aquel pueblo que juró antes morir que sojuzgarse al extranjero, pudo María Teresa conservar la corona húngara y transmitirla al que fué más tarde emperador José II.

La majestuosa figura de la soberana, la inocencia y belleza del archiduque José, que á la sazón contaba seis meses, y las dramáticas actitudes de los fieles y bravos magiares han sido tratadas por el pintor inglés con perfecto conocimiento de la escena y de los distintos sentimientos que á los personajes animan.

ORILLAS DEL LÉREZ (PONTEVEDRA), estudio al carbón de D. B. Galofre

En su guía de Galicia dice D. Cesáreo Ribera: «El Lérez cuyo nombre de blando sonido recuerda á los ríos mitológicos, ofrece en sus márgenes deliciosas bellísimos modelos al artista. Una excursión fluvial río arriba hasta el lugar llamado *La Cascada* es de las más agradables que se pueden hacer en esta hermosa tierra de Galicia.» Nuestro ilustre compatriota ha hecho buena la afirmación del referido escritor reproduciendo con su acostumbrada maestría un rincón de esas poéticas riberas cuya vegetación exuberante se refleja en las cristalinas aguas del manso río.

En presencia de este hermoso estudio nos explicamos la *morriña:* quien en medio de tantas bellezas se ha criado ¿cómo no ha de sentir horrible nostalgia estando lejos de ellas?

Dícese que á los que de *morriña* padecen se les alivia y aun se les cura haciéndoles oir los aires de su tierra tocados por la gaita gallega: nosotros creemos que el dibujo del Sr. Galofre podría producir iguales resultados, que si el corazón del ausente se ensancha y alegra al escuchar las dulces melodías de la muñeira, no menos se dilataría y regocijaría contemplando reproducida del modo maravilloso que lo ha hecho el artista la poesía encantadora del bosque, del río, del monte, de la aldea, testigos que fueron de sus juegos, de sus amores, de sus dichas y de sus penas.

VIAJE ALEGRE cuadro de Alfredo Kobalski-Wierusz

(Primera Exposición anual de obras artísticas de todas las naciones celebrada en Munich, 1889)

La alegría que la primavera comunica á los campos ha invadido también los corazones de los dos jóvenes aldeanos polacos que montados en su tosca *pritschka* y ajenos por completo á cuanto les rodea, procuran hacer más corto el camino prodigándose las más tiernas caricias. Por fortuna para ellos, los dos robustos caballos que tiran de la rústica carreta conocen el terreno palmo á palmo, y no haya miedo de que se desvíen un ápice de su ruta á pesar de las bruscas sacudidas de las riendas que harían desesperar á otros animales que no estuviesen tan acostumbrados como ellos á sentirlas cada vez que la mujer se encarga de guiar el vehículo, dejando por ende al marido libres las manos para rodear su talle, mientras sus labios roban un beso á sus frescas mejillas.

Kowalski ha pintado un cuadro lleno de gracia por su intención, de composición sobria y de ejecución bellísima: la vasta y un tanto árida llanura acusa un notable conocimiento de la perspectiva y un dominio de los recursos de que dispone el arte para suplir en los cuadros la luz y el aire de la naturaleza.

SEGADORAS, cuadro de Alfredo Seifert

(Primera Exposición de obras artísticas de todas las naciones celebrada en Munich, 1889)

Hay cuadros que por la sencillez de sus asuntos y por su carácter impresionista exigen del que quiere apreciarlos debidamente un examen tranquilo, atento, minucioso porque el efecto que han de causar es una sensación producida por infinidad de detalles, algunos de ellos á primera vista insignificantes sino indiferentes. A este género pertenece el de Seifert titulado *Segadoras:* el regreso de las aldeanas después de cumplida su pesada tarea, los pequeños y animados grupos en que aquéllas charlan y bromean, la suave luz de los últimos momentos de una tarde de verano, todo se junta en una dulcísima armonía que el artista ha sabido sorprender y reproducir creando una obra delicada como un idilio, pero como un idilio sin convencionalismos, arrancado de la gran maestra del realismo en el arte, de la naturaleza.

AVES DE RAPIÑA cuadro de Felix Eybel (grabado por Bong)

Allá en el fondo una bandada de repugnantes pájaros que revolotean en torno de la horca, en primer término dos merodeadores que llevando sobre sus monturas abundante botín huyen á uña de caballo del teatro de sus fechorías, dejando en pos de sí la muerte, la deshonra y el pillaje: un cielo plomizo y preñado de nubes apenas iluminado en el lejano horizonte por los últimos reflejos del sol poniente y un terreno yermo, despoblado y triste completan este cuadro de interesante realismo, en el que las verdaderas aves de rapiña no son sin duda las que hambrientas se disputan los últimos despojos del infeliz ajusticiado, sino los dos malhechores de siniestro aspecto que se gozan en referirse los detalles de sus sanguinarias hazañas y llevan su cinismo hasta el extremo de hacer burla del instrumento de muerte en que quizás algún día hallarán castigo sus horribles crímenes.

FIESTA DE SAN BARTOLOMÉ EN SITJES, cuadro de Felipe Masó

Comprendemos que un pintor, y un pintor tan notable como nuestro distinguido paisano, se haya enamorado del asunto que sirve de tema á este cuadro: la villa de Sitjes, una de las más pintorescas poblaciones de nuestra hermosa costa, se engalana como pocas con motivo de su fiesta mayor y despliega en todas las funciones que con ocasión de la misma celebra una magnificencia y un gusto en que casi ninguna otra población de su categoría la iguala. La tradicional procesión de San Bartolomé es uno de los principales episodios de la fiesta y con ocasión de ella animanse las calles, puéblanse los balcones y las azoteas de lindas jóvenes elegantemente prendidas y forma todo ello el hermoso espectáculo que tan fielmente ha reproducido Masó en su pintura llena de mil primorosos detalles y de innumerables bellezas de composición, de dibujo y de color.

EN LAS LAGUNAS, cuadro de Meifrén

El tema principal del cuadro de Meifrén que hoy reproducimos es, como en casi todos los de este pintor, el agua; pero ¡cuán distinta nos la presenta ahora de la que estamos acostumbrados á admirar en otras obras suyas! No es el mar encrespado levantando montañas coronadas de espuma cuya blancura contrasta con el tono rojizo de las aguas, no es la playa suave en donde van á morir las azuladas olas que allá lejos, en el horizonte, riza una brisa ligera; no es la belleza en lo grande, no es la sublimidad en lo infinito; es el agua mansa, encharcada, prisionera, es la dulzura de la calma, la poesía de un paisaje tranquilo animado tan sólo por una vegetación pobre, por unas cuantas vacas y por dos molinos cuyas aspas destacan sobre un cielo límpido, única nota alegre en esa pintura que Meifrén ha ejecutado con la habilidad que le es propia y con la delicadeza que hace tan simpáticas cuantas obras llevan su firma.

LA VENDIMIA. Jarrón fabricado por Mrs. Minton y Compañía según dibujo de Mr. Solon

(Exposición Universal de París)

Este jarrón que, como otros que llevamos publicados en anteriores números, figuraba en la sección inglesa de la última Exposición Universal de París, representa el antiguo procedimiento para fabricar el vino y en él se ven varias ninfas recogiendo uvas mientras otras vacían sus repletas cestas en una cuba en donde tres graciosos amorcillos pisan los racimos. La composición de este grupo, así como el de la cara opuesta á la que reproduce el grabado formado por varias tazas de las que salen lindos geniecillos, es delicadísima: las figuras son un modelo de gracia y el follaje de pámpanos constituye una ornamentación dispuesta con gusto exquisito que el procedimiento de pastas sobrepuestas hace resaltar sobre un fondo obscuro dando gran realce á los bellísimos detalles que en la obra abundan.

SIN CORAZON!

I

Carmen, delante de un espejo, daba la última mano á su traje de amazona; su padre, el marqués de Guadalimar, sentado en su sillón, la contemplaba con delicia.

La jóven arregló con coquetería su sombrero de flexible castor, bajo del que caían sus largos y sueltos cabellos castaños, envolviéndola como un velo tupido, al que el sol de la mañana teñía de ráfagas luminosas. Se puso sus guantes de gamuza que no bastaban á desfigurar las aristocráticas líneas de sus finísimas manos, y tomando un látigo que había sobre un velador, se aproximó á su padre, diciendo:

– ¿Estoy bien, papá?

– Estás como siempre, encantadora, – contestó el anciano. – Cuando te vea tu primo acabará de volverse loco.

– ¡Pero, papá! – exclamó Carmen, haciendo un gracioso mohín; – ¿es posible que nunca me has de hablar más que de mis pretendientes?

– Mira, Carmen,—repuso el marqués, – aprovechemos este momento, será la última vez; pero es preciso que hablemos con seriedad. Siéntate aquí, á mi lado.

La joven lanzó una rápida mirada hacia la abierta ventana, y se sentó.

– Tienes ya veinticuatro años, – repuso el anciano con acento grave, – es decir que hace tres por lo menos que deberías estar casada... déjame hablar, no me interrumpas para decirme lo que tantas veces. Has tenido muchos pretendientes, entre ellos algunos que sólo una loca como tú ha podido desdeñar...

– Pero, papá...

– ¿Qué esperas, á qué aspiras? ¿Supones que tu juventud y tu belleza van á ser eternas? ¿Crees que yo, anciano y achacoso, puedo morir tranquilo dejándote sola en el mundo?

– ¡Oh padre mío! – interrumpió Carmen, – aun vivirás muchos años.

– Por acceder á tus raros deseos de omnímoda libertad, vivimos largas temporadas en estos sotos de Arganda, como si fuéramos reses bravas, y yo cumplo malamente mis deberes de senador...

– Pero, papá, ¿por qué quieres privarme de mi felicidad? Soy rara, excéntrica, distinta de las demás mujeres, bueno; pero ¿tengo yo la culpa de ver la existencia por un prisma diferente? ¿Puedo yo acaso vencer mi repugnancia á esos goces de familia que proporcionan tan vulgares cuidados? Ya sé que se dice que no tengo corazón, que no amo á nadie. ¡Oh! sí, yo amo los esplendores de la naturaleza, la hermosura de los caballos, la libertad, el espacio infinito, las ardientes carreras á través de los campos que me embriagan de aroma y de alegría y... bajo pretexto de que todas lo hacen ¿debo renunciar á mis goces, encadenarme á un hombre, rodearme de seres débiles á los que haré y me harán participar de sus dolores? ¡Ah! eso es injusto. Déjame sola contigo, con mi noble caballo Spartaco; ¡qué importa que pase la juventud cuando el corazón es feliz!

Al hablar así, Carmen estaba encantadora, moviendo la cabeza con un ademán de leona joven, que hacía ondular sus magníficos cabellos.

– Tu primo Luis está tan enamorado que si le desdeñas morirá por tí.

– ¡Bah!

– Ayer me decía con lágrimas en los ojos: «si Carmen no me quiere, moriré.»

– No será tanto...

Un ruido que provenía del exterior interrumpió á Carmen, que se asomó á la ventana precipitadamente, satisfecha de eludir aquella enojosa conversación.

– Ya está aquí Luis,—dijo.—Adiós, papá; no quedes enfadado conmigo; ¡si supieras lo que me voy á divertir!

Y besando en la frente al anciano, bajó casi corriendo la escalera de la quinta.

– ¡Ah! – murmuró el marqués, – es imposible hacerle comprender que una joven no puede estar siempre á caballo, vagando por los campos, como una heroína de los libros de caballerías.

II

Carmen y Luis se alejaron al paso de sus caballos.

Ya á alguna distancia, la joven se volvió para mirar al edificio, admirablemente situado en una extensa pradera, no lejos del río Jarama.

Ambos jóvenes constituían una admirable pareja. Luis era guapo y esbelto, algo afeminado quizá, y tenía en su semblante una expresión de franqueza que atraía. Montaba con elegancia, pero con poco vigor, un precioso caballo ubedano. De vez en cuando miraba con ternura á su linda compañera, que era irresistiblemente fascinadora. Porque Carmen, en efecto, parecía haber nacido para estar siempre á caballo. Thalistris, la más varonil de las reinas de las amazonas, hubiera envidiado la firmeza y desembarazo con que la joven *caía* sobre su negro, gigantesco y vigoroso caballo Spartaco, *esclavo* de su dueña. Spartaco era un animal hermoso y terrible á la vez, y adivinábase su prodigiosa velocidad por la altura de su crucero y por el acerado vigor de sus corvejones.

Pero Carmen era un centauro, permítasenos la expresión, y cabalgaba sobre aquel rudo caballo tan tranquilamente como en un manso palafrén.

Eran las nueve de la mañana de una deliciosa de mayo. Hacía calor, el sol brillaba espléndido, y sin embargo de vez en cuando soplaba una brisa húmeda.

– Debe seguir por ahí cerca el temporal de estos días pasados,—dijo Carmen aspirando con delicia las frescas ráfagas de aire.

– Hay cerrazón lejana, hacia Toledo, – observó Luis, – y el aire sopla de ese lado.

Conforme adelantaban, la joven, quizá inconscientemente, avivaba el paso de su caballo. En cuanto á Luis no se daba cuenta de nada, embelesado en contemplar á su prima. Carmen apenas le miraba; su vista se fijaba en todas partes, parecía querer abarcarlo todo.

Cesó por completo la brisa; hízose sentir más el calor y la joven amazona se enjugó la frente con su pañuelo y dijo:

– Vamos á la laguna á descansar un momento.

La laguna está en un bosquecillo bastante espeso. Se ignora de dónde emana aquella agua clara y azulada; en el interior debe haber un manantial, porque el agua está siempre inmóvil, y no obstante se oye un ruido como el que produce una corriente subterránea.

Los dos jóvenes llegaron á la orilla. Carmen desmontó y ató su caballo á la añosa raíz de una encina, y se sentó, apoyando la espalda en ella, sobre el tronco de un árbol derribado. Luis, seguro de la docilidad de su jaca, dejóla enteramente libre y se sentó al lado de su prima.

Hablaron un momento, y Carmen quedóse medio dormida. Su primo no pudo menos de pensar:

«La veo, como todos, completamente indiferente; no tiene corazón más que para los caballos.»

Carmen despertóse como sobresaltada, y desatando lentamente su caballo, dijo:

– Luis, acabo de tener una pesadilla. He soñado que me volvía tan horrorosa, que me veía precisada á encerrarme en un sepulcro de piedra.

– ¡Sueños! – contestó Luis, – ¿cómo volverse fea la que es la más hermosa del mundo? Al menos por una vez permíteme que desahogue mi corazón. Carmen, escúchame: ayer se lo dije á tu padre, hoy lo repito delante de tí. Carmen, yo no puedo vivir sin tí; es preciso que atiendas á mis ruegos, que me ames, que seas mi esposa. Mira, Carmen; desde el primer momento en que te ví, después de tres años de viajes y de ausencia, comprendí que mi destino estaba ligado á tí irremisiblemente. Tengo ansia de tí, tus ojos me atraen y me fascinan; cuando me ausento de tí me parece que me falta aire respirable... ¡Oh! no te rías, no me mates, no tritures mi corazón. Sé mía! por Dios, sé mía; no me hagas que muera, pudiendo ser feliz!... No me contestas, – repuso Luis cada vez más exaltado, – no me dices una palabra, no me das una esperanza siquiera... ¡Oh! dime que dentro de un año, de veinte, todo el tiempo que tú quieras... Pero que seas mía, que pueda estrecharte entre mis brazos, besar tus cabellos que me enloquecen... Si no quieres unirte á mí para siempre, concédeme un instante de tus caricias en cambio de mi vida; yo te juro morir á tus pies... pero no; no concibo una dicha que puede acabarse; la gloria de los elegidos dimana de la idea de saber que es eterna.

Al decir estas palabras, Luis estaba pálido, en sus ojos brillaba una llama febril; sus brazos se extendían hacia adelante, como queriendo asir algo.



ORILLAS DEL RIO LEREZ, estudio al carbón por Galofre (D. Baldomero)

Carmen quizá tuvo miedo; aquella pasión inaudita se le reveló en toda su grandeza. No sabía qué decir y sólo se la ocurrió esta frase banal:

«Luís, no seas loco.»

– Oye, Carmen, – repuso el joven aproximándose más á su prima, – desde esta mañana me inquieta un pensamiento incesante; siento en mí la convicción de que el día de hoy decidirá del destino de mi vida Cuando anoche al despedirnos me dijiste: «Primo Luis, mañana te espero para dar un paseo á caballo,» esta frase usual me produjo un efecto indecible; sentí como un golpe en el corazón; luego, ¡cosa inusitada! cuando me dormí pensando en volver á verte, tuve también pesadillas terribles; te ví mujer y espectro; me ví contigo en un lecho nupcial que de repente se trasformó en una inmensidad de abismo, en que caí impulsado por una vorágine espantosa... Carmen, hoy es el día, hoy tienes que contestarme: ¿quieres ser mi esposa?

La joven estaba perpleja; aquella pasión no la conmovía; pero la soledad de aquel sitio, la exaltación de aquel amor, los ojos de Luis en los que se retrataba el extravío, la asustaron.

– Carmen, – repitió Luis, – ¿quieres ser mi esposa?

Ella no contestó. Tenía á su caballo de la rienda. Súbito, apoyando un pie en el tronco en que antes había estado sentada, saltó sobre la silla, y dijo:

– Primo, seré tu esposa si me alcanzas.

Y se lanzó precipitadamente por el estrecho sendero del bosquecillo, que conduce á la llanura.

Luis no tuvo tiempo de detenerla. Montó en su caballo que vagaba libre, y corrió en pos de su prima.

III

Cuando salió al llano, Carmen se hallaba á alguna distancia. La joven marchaba al galope de su caballo, pero al ver á su primo le puso al escape.

Entonces comenzó una carrera loca.

Luis espoleó su caballo, que era un noble y vigoroso animal. A los pocos momentos consiguió acortar considerablemente el espacio que le separaba de su prima. Esta volvía de vez en cuando la cabeza, y al verse casi alcanzada, se inclinó hacia adelante gritando. Entonces Spartaco, el negro y gigantesco caballo irlandés, hizo un movimiento parecido á un bote, y cortando el aire como una flecha, volvió á ganar la distancia perdida. Dos veces Luis adelantó terreno hasta el punto de llegar á dos cuerpos de caballo de su fugitiva amada, y otras tantas vióse separado de ella. Comprendió que su jaca andaluza comenzaba á flaquear; y la rabia, la humillación de ser vencido por una mujer, causáronle una excitación nerviosa que hacía temblar sus manos, que sacudían violentamente las riendas.

Carmen, en tanto, proseguía su carrera. Sus ojos brillaban de un modo extraño. Iba contra viento y su flotante cabellera hacíale peso hacia atrás. Entonces, y durante un momento, se colgó la brida del brazo, y recogiendo sus cabellos, se los anudó por debajo de la barba. Marchaba al acaso, sin dirección fija, poseída también de un vértigo nervioso; quizá experimentaba una cosa parecida á las punzantes sensaciones del juego.

Spartaco lanzaba hondos resoplidos.

Por tercera vez la joven fugitiva vió á su primo que ganaba terreno, y preocupada con esto, no reparó en un obstáculo que se alzaba ante ella; era el linde de una heredad, formado de piedras y coronado de cambrones; Carmen conocía su caballo y no titubeó. Excitóle con la rienda y con la voz, y el animal, encogiéndose sobre sus corvejones, traspuso la valla de un limpio y vigoroso salto. A pocos momentos llegó Luis é hizo saltar también á su caballo; pero la jaca andaluza no era como Spartaco: saltó sí, más habiendo tropezado el casco de uno de sus remos traseros con una cambronera muy entrelazada y consistente, caballero y caballo vinieron á tierra.

Viendo el golpe, la amazona, que ya se hallaba algo distante, se paró y hasta dió algunos pasos para venir hacia su primo; pero al notar que éste se levantó instantáneamente, volviendo á montar á caballo, supuso que la caída era sin consecuencias, y prosiguió su carrera.

De repente Luis dió un grito de alegría.

Al trasponer un montecillo, Carmen, en su fuga, encontróse en situación apurada; en frente de ella y á muy corta distancia, había un río: el Jarama; á su izquierda, y casi encerrándola, en un ángulo muy agudo, se extendía una pared; su primo avanzaba por el lado derecho, y si intentaba retroceder, indudablemente la cerraría el paso. La pared constituía la cerca de un patio, en medio del que se elevaba una fábrica de fundiciones de hierro. El Jarama, apacible en su estado normal, aquel día ofrecía un aspecto extraño. Su nivel había subido, su corriente era más impetuosa y sus aguas estaban turbias y coloradas, arrastrando ramas, troncos de árboles y espesos vellones de légamo.

La amazona no tuvo tiempo de hacer estas observaciones, ó si las hizo en nada influyeron en ella; pues aproximándose á la orilla del río, hizo penetrar en él á su caballo. Spartaco no vaciló ni un instante; era un valiente animal *esclavo* de su dueña y además conocía el Jarama, por haberle vadeado varias veces.

Luis lanzó otra exclamación, no de sorpresa, porque conocía la loca temeridad de su prima; pero sí de despecho y de inquietud; el aspecto del río le sobresaltaba.

Pero aquel día, al entrar en el Jarama, Spartaco no halló tierra, como otras veces, y tuvo que nadar. Carmen no lo notó hasta que se halló á alguna distancia de la ribera, y siempre confiada en el vigor de su montura prosiguió impávida cortando la corriente; y mirando hacia atrás, hizo una graciosa mueca á su primo, que excitaba á su caballo á entrar en el río.

A medida que Spartaco avanzaba hacia el medio del Jarama nadaba con más dificultad, porque la corriente era cada vez más impetuosa. La audaz amazona conoció la imprevisión con que había obrado, pero ya no era tiempo de retroceder; además esto hubiera sido más peligroso, pues Spartaco tendría que *virar* casi en redondo, y por otra parte, orilla por orilla, tan distante se hallaba la una como la otra. Entonces sintió un impulso generoso; comprendiendo que el caballo de su primo no era tan resistente como el suyo, temió por él y volviendo la cabeza gritó:

«No pases, Luis; el río viene muy crecido.»

Era ya tarde. A fuerza de excitaciones y espolazos, Luis consiguió que su jaca penetrase en el agua, y nadaba á alguna distancia de la ribera. Spartaco cejaba y desde entonces Carmen sólo se ocupó en animarle y en salir de aquel mal paso. El caballo resistía, se dejaba á veces dominar por la corriente; pero recobrando fuerzas volvía á nadar ganando terreno poco á poco. Alzaba la cabeza como para tomar aliento; resoplaba, no de miedo, sino de cólera; decididamente Spartaco era un animal incomparable.

Era digno de su ama.

¡Qué hermosa estaba la amazona! ¡Cómo brillaban sus ojos, dominando con su mirada aquella corriente vertiginosa! ¡Qué altiva expresión de desdén plegaba sus finos labios! ¡Con qué gracia y desenvoltura levantaba la falda de su vestido para librarlo en lo posible del agua!

Spartaco perdía fuerzas. Faltándole solamente algunos metros para llegar á la orilla, no pudo más y se rindió á la corriente. Carmen sintió encogerse el cuarto trasero del noble bruto, con la convulsión que anuncia el cansancio supremo.

«¡Adelante, mi valiente Spartaco, adelante!» gritó la amazona, poniéndose casi en pie sobre el caballo. Al oir aquella voz tan conocida, el animal lanzó un resoplido y dió un avance de pecho, vigoroso; saltó el agua cubriéndole casi la cabeza; al mismo tiempo un tronco arrastrado por la corriente le golpeó en el anca; y entonces, al sentirse ciego y golpeado, su instinto hízole comprender que de aquel instante dependía su salvación; dió otro empuje hacia adelante y llegó á la ribera. Afortunadamente el río se desbordaba y Spartaco no tuvo que subir ni trepar.



VIAJE ALEGRE, cuadro de Alfredo Kowalski-Wierusz

(Primera Exposición anual de obras de arte de todas las naciones celebrada en Munich, en 1889)



SEGADORAS, cuadro de Alfredo Seifert

([illegible] Exposición anual de obras de arte de todas las naciones celebrada en Munich, en 1889)



AVES DE RAPIÑA, cuadro de Felix Eybel, grabado por Bong

El primer movimiento de Carmen al verse en salvo, fué acariciar el cuello de su admirable corcel, luego desató el nudo con que antes había recogido sus cabellos, se limpió el sudor con el dorso de la mano... miró hacia el río y exhaló un grito de angustia.

IV

Luis y su caballo iban arrastrados por la corriente.

Caballo y caballero habían luchado valerosamente, avanzando casi hasta la mitad del río, pero la pobre jaca, fatigada de la pasada carrera, menos fuerte que Spartaco y llevando más peso encima, no pudo resistir y se dejó llevar por el agua, insensible ya á las excitaciones de su jinete.

Este era nadador, y comprendiendo lo inútil y peligroso de arrojarse á la corriente, permaneció montado para ganar tiempo y esperar cualquiera incidente que pudiese salvarle. Pero el caballo se hundía en el río, arrastrando con él á Luis, que abandonó la silla, pero no la brida del animal. Este, desembarazado de su peso, volvió á nadar algunos momentos, pero estaba rendido y fué sumergiéndose otra vez en el agua. Luis le vió desaparecer, y soltó la rienda que hasta entonces había tenido asida

En este momento, Carmen, ya en salvo, le vió y exhaló aquella exclamación de angustia y quizá de remordimiento.

Luis nadaba, pero la corriente íbale llevando poco á poco. Carmen, que había pensado en desmontarse para aliviar del cansancio á su caballo, permaneció en la silla, siguiendo por la ribera la misma dirección en que su primo era arrastrado río abajo. Miraba hacia todas partes, por ver si descubría algún edificio ó persona á quien pedir socorro, pero aquella parte de campo es la menos poblada. Ni un campesino ni un pastor; todos, sin duda, celebraban en sus hogares la festividad del domingo.

Luis medio nadaba y medio se dejaba llevar por el agua. Súbito la amazona, que hasta entonces no había perdido su presencia de ánimo, palideció y detuvo su caballo. Casi en el comedio del río había cuatro postes de madera. Cuando la corriente conservaba su natural nivel, aquellos postes sobresalían del agua cerca de dos metros; pero en esta ocasión escasamente dejaban descubierta una cuarta. Carmen conocía el Jarama, sabía el destino de aquellos maderos, que indicaban la proximidad de una hoya, vió á su primo impulsado hacia aquel abismo inevitable y se estremeció.

¿Qué hacer, cómo salvarle? Al menos debía advertirle el peligro é hízolo así gritando. El aviso era inútil. Luis había visto los postes y sabía porqué estaban allí. Lo que era para Carmen causa de espanto, fué para él motivo de esperanza. Se consideraba perdido, pero si podía llegar á uno de aquellos maderos, asirse á él, resistir la corriente durante algún tiempo, daba tregua á la catástrofe y espacio para ser socorrido. Carmen estaba allí, pediría auxilio, vendría gente en su ayuda y le salvaría. El joven era muy alentado y no había perdido la serenidad.

Así, pues, fijó su conato en llegar al poste más próximo, y aunque *flotaba* y no nadaba, hizo un postrer esfuerzo, y se asió al madero. Por desgracia éste era grueso, y no pudo abarcarle con una mano, pero logró al cabo asirse á él, y trepó al extremo del poste, saliendo del agua hasta la mitad del cuerpo.

– ¡Carmen! – gritó – aquí espero, sálvame.

La joven oyó aquella voz y miró nuevamente hacia todas partes. Nada, ni un ser viviente.

No sabía qué hacer.

Por último se decidió á pedir socorro en un molino que se descubría á lo lejos.

– ¡Luis! – exclamó – resiste y espera.

Y espoleando á su caballo, se dirigió hacia el molino. Pero Spartaco estaba cansado, y apenas pudo salir del galope.

Carmen llegó al molino. Una mujer estaba sentada á la puerta.

– ¿No hay aquí ningún hombre, no hay nadie que pueda socorrer á uno que se ahoga? – preguntó aquélla.

– Aquí no hay nadie más que yo. Mi marido y mi hermano están en la acequia de más arriba.

– Corra usted á avisarles; dígales si quieren ganarse cien duros, salvando á un hombre. Vaya usted pronto.

– Al momento, – dijo la mujer, deslumbrada por la oferta y por la elegancia de Carmen.

La mujer se alejaba. – La joven, que no podía dominar su impaciencia, le gritó:

– Dígales usted que sigan la orilla, río abajo; allí les espero. Que vengan cuantos más puedan.

Y volvió al sitio en donde había dejado á su primo.

V

¡Horror! espectáculo terrible! Cuando llegó vió á Luis, ó mejor dicho, sólo vió la cabeza de Luis y una de sus manos que se asían convulsivamente al extremo del poste.

El río iba creciendo incesantemente.

El desgraciado joven estaba lívido, los ojos se le salían de las órbitas, tenía erizados los cabellos.

No había perdido el conocimiento. Vió á Carmen, y un relámpago de ira brilló en sus pupilas.

Hizo un postrer esfuerzo; se apoyó en la punta del madero, y sacando del agua casi todo el busto, exclamó:

– ¡Muero por tí, por tu egoísmo, por tus locos caprichos; maldita, maldita seas!

Y se hundió en el río.

Entonces ¡cosa inaudita! Carmen espoleó con furia á su caballo, y éste, antes tan fatigado, salió al escape á campo traviesa...

Caía la tarde, las nubes del poniente se tiñeron de un color encendido; sopló la brisa precursora de la noche.

El anciano marqués de Guadalimar estaba inquieto y disgustado. Había hecho sacar un sillón á la puerta de la quinta, y sentado en él, esperaba impaciente el regreso de su hija y de Luis. Habían salido á las once de la mañana; Carmen sabía que su padre tenía la costumbre invariable de comer á las cuatro en punto, y no obstante sus largos y frecuentes paseos, nunca la joven amazona habíase retrasado.

El marqués miraba hacia la senda que atraviesa la pradera, aguzaba el oído para percibir los pasos de los caballos... nada.

Por fin, oyó un ruido casi imperceptible; luego en la lejanía se diseñó una figura ecuestre, que se aproximaba con rapidez.

– Ya están ahí, – pensó el anciano. – ¡Gracias á Dios!

En efecto un jinete se acercaba. El marqués vió flotar una falda de amazona. No había duda, era Carmen.

Pero, ¿cómo sola? ¿qué había sido de Luis?

Carmen llegaba en una carrera vertiginosa.

– ¡Loca! – exclamó el anciano, pero quedóse asombrado al notar el aspecto de su hija. Esta gesticulaba y movía el látigo con ademanes de demente. Llegó junto á su padre, y sin detenerse, gritó:

– ¡Padre, no me esperes, no sé adónde voy!

Después su caballo describió un círculo inmenso, y llegó junto al puente colgante que hay sobre el Jarama, y Spartaco, ciego y desbocado, se estrelló contra uno de los pilares extremos.

Carmen fué lanzada un buen espacio, chocó con la cabeza en el borde del basamento del pilar, y quedó tendida en el suelo é inmóvil.

Tres días después, uno de los periódicos de más circulación publicaba el siguiente suelto:

«Una doble desgracia pesa sobre la distinguida familia de nuestro respetable amigo el señor marqués de Guadalimar. Trasladóse éste, según costumbre, en el pasado mes de abril, á la magnífica quinta que posee en el soto del Jarama, en compañía de su bella y elegante hija Carmen. Hace dos días la señorita de Guadalimar y su primo el vizconde de Jara-Real, que accidentalmente reside en Arganda del Rey, salieron á dar un paseo á caballo; y bien sea por causa de algún accidente fortuito, ó por imprevisión juvenil, el joven vizconde hase ahogado en una hoya del Jarama, y la simpática amazona, impelida por su caballo desbocado, se ha dado un violento golpe contra un pilar del puente colgante, de cuyas resultas ha perdido el ojo derecho. Omitimos comentarios y daremos detalles. Por ahora sólo apuntamos el rumor de que la bella y joven lesionada, tan pronto como se restablezca tomará el velo de religiosa en las Comendadoras de Santiago.»

F. MORENO GODINO.

FUEGO AL JUEGO!

¡El juego!

¡Qué de vituperios no ha llevado! ¡Qué de anatemas de moralistas y legisladores!

En todos los tiempos unos y otros se han levantado severos, indignados á perseguir ese monstruo de áureas escamas, que traidoramente se introduce en la sociedad y que, como la sirena, tiene también su música seductora para arrastrar incautos. ¡Y qué música! El *retenir de los dineros*, como decía el arcipreste de Hita.

No debemos por tanto extrañar que una vez más, que de seguro excede de la millonésima, en estos días se haya fulminado un nuevo *anathema sit* contra ese salteador de la paz de las familias, que en nuestros tiempos ha conseguido tener alcázares suntuosos en Mónaco, Baden y..... aun *aquende los puertos*.

Y perdiéndose su persecución en la noche de los tiempos, como dicen los sabios del origen de las cosas que ignoran, no será mucho que ahora corran también y se afanen infructuosamente los sacerdotes de Temis, empuñando su terrible espada contra el monstruo, sin mejor resultado que esgrimió la suya otro noble pero infortunado mejorador de abusos, el héroe manchego, contra el gigante Pandafilando de la Fosca Vista, á quien descabezó en forma de cuero de vino, cuando pensó hacerlo en su propia y descomunal persona.

Las pasiones no se suprimen: harto será que se refrenen.

Pero ya que está ahora la persecución sobre el tapete, ó *contra* el tapete, digamos cuatro palabras de otras y añejas cruzadas hostilizándole, y algo de cosas de antaño, al juego y los jugadores atinentes, y veremos que ni de perros, ni casi de collares se ha cambiado.

Pónese ahora, como novedad, en tela de juicio si el juego en vez de prohibido debiera ser reglamentado. ¡Medrados estamos con la novedad!

¡Aquí del rey!

Nada menos que todo un don Alonso el *Sabio*, el legislador inmortal de las Partidas, se ocupó ya en eso y mandó al egregio jurisconsulto maestro Roldán, que coordinase la obra titulada *Ordenamiento en razón de las tafurerías*.

Es decir, que aquel rey quiso ya en su tiempo que se formase un reglamento que rigiese en las *tafurerías*, ó casas de *tahures* ó jugadores.

Y aquí, apoyados por el sabio monarca y por otros escritores más modernos, hemos de volver todos por los fueros de la lengua castellana, por lo menos en lo que al *tecnicismo* de cosa tan importante como el juego se refiere.

Ser *tahur* constituirá un delito, pero no una deshonra.

Me explicaré.

En aquellos ya pasados tiempos en que en España se hablaba bien el castellano, aun remontándonos á cuando se resentía de cierta rudeza en la forma, no se confundía,

como hoy, la palabra *tahur*, con la palabra *fullero*, y hasta en el lenguaje bajuno de germanía, se contaba con la voz *florero*, para designar al último.

Harto lo sabía ya el rey de las *Querellas* y las *Cántigas*, que no hubiera mandado escribir un Ordenamiento para reglamentar tramposos, pero sí á los que tenían la flaqueza de dejarse llevar de la pasión del juego.

Hecha nos da un escritor del siglo XVII, don Juan de Zabaleta, la definición del *tahur*. Escribe en su *Día de fiesta:* «la palabra *tahur* dice jugador de naipes continuo y desenfrenado.»

Rojas en su comedia *La traición busca el castigo*, habla también del *tahur*, no del *fullero* cuando dice·

MOJICÓN Ella se fué y yo he quedado
Más solo en aqueste puesto
Que *tahur* á media noche
Cuando ha perdido el dinero.

Cuando Sancho Panza, ya gobernador, rondaba cierta noche en su ínsula, topó con un jugador y un mirón que le exigía barato, y aquél para negárselo aducía como razón que «los que esperan barato han de ser comedidos y tomar con rostro alegre lo que les dieren, sin ponerse en cuentas con los gananciosos, si ya no supiesen de cierto que son *fulleros* y que lo que ganan es mal ganado» (Parte II, cap. XLIX).

Estas autoridades tan valiosas y otras muchas que pudiera aducir, demuestran la verdadera diferencia que en castellano existe entre las palabras *fullero* y *tahur* y que si esta última, como dice la Academia, tómase comunmente por el jugador fullero, no debe tomarse, en lenguaje correcto, porque no la tomaron los autores clásicos, que son autoridad en la materia.

Por cierto que también Cervantes, tan conocedor de su época y del corazón humano, estaba más por permitir, en ciertas condiciones, que no por perseguir el juego, y decía en el pasaje ya citado, que «pues el vicio del juego se ha vuelto en ejercicio común, mejor es que se juegue en casas principales, que no en la de algún oficial, donde cogen á un desdichado, de media noche abajo, y le desuellan vivo.»

A estos jugadores trasnochados llamábase entonces *modorros*, porque solían hacerse primero el dormido, para mejor *engarruchar* á los novatos ó *albillos*. Pero lo cierto es que por regla general nuestras leyes han perseguido desde muy antiguo á los jugadores, dictando severas disposiciones contra las *tahurerías* ó *tablas de juegos*, á las que el vulgo llamaba también *tablajerías*, comparándolas con las carnicerías, sin duda porque los jugadores se hacen en ellas pedazos unos á otros.

El rey Don Alonso el *onceno*, en el año 1367 prohibió jugar á las *tablas* ó dados á sus vasallos que iban á servirle á la guerra, so pena de 600 maravedises por cada vez. Asimismo mandó, hallándose en Madrid, que cualquiera que tuviese en su casa para jugar *dados* ó *naipes*, pagase pena de cinco mil maravedís cada vez ó cien días de cadena.

Este castigo era, como se ve, para los que tenían establecidos los garitos y así mandó que se quitaran los *tableros de juegos* y *tahurerías* de todas partes y no los hubiera en la corte.

Don Juan I, hallándose en Zamora en 1434, y Don Juan II en Toledo en 1468, dictaron disposiciones análogas.

Los Reyes Católicos en Toledo en 1480 prohibieron los *tableros públicos* para jugar juegos de *tablas*, *naipes*, *azares y chuecas*, prohibición que repitieron en Granada en 1494.

Muerta la reina Isabel, ordenaron Don Fernando y su hija Doña Juana I en Burgos, en 1515, que no se hicieran *dados*, ni se vendieran, ni se jugase á ellos.

Como se ve, por entonces era el juego de preferencia los *dados* y las *tablas*, hoy completamente en desuso, eso que pocos juegos ganarán en rapidez al de los dados.

Las tablas, si hemos de creer los poemas caballerescos antiguos, era juego en que se entretenían los paladines y no se desdeñaba de ver el mismo emperador Carlo Magno, y aun de echar su cuarto á espadas, según aquella estancia que dice:

Jugando está á las tablas don Gaiferos,
Que ya de Melisendra está olvidado,
Cuando el famoso *Carlos* y Oliveros
A ver el juego juntos han entrado,
Con otros valerosos caballeros
De aquellos de los Doce, que á su lado
Jugaban, y á su lado los ponía,
Porque esto su valor lo merecía.

Pero libros de caballerías á un lado, tenemos que la dicha reina Doña Juana y el emperador su hijo, mandaron en Madrid, en 1528, que no se pudiese jugar á crédito ni fiado, aunque fuese á los juegos permitidos.

Aquellos monarcas no eran favorables á lo que hoy llaman los prácticos *jugar de boquilla*.

Don Felipe, siendo todavía príncipe, en ausencia de su padre el emperador, dispuso á 22 de noviembre de 1553, que en un mismo día no se pudiesen jugar más de treinta ducados á la pelota y otros juegos permitidos.

En 1528 prohibió que se jugase á rifar, ni se echasen suertes, bajo pérdida de lo que se rifara, el precio y otro tanto.

Pero como el vicio del juego se había convertido en un *ejercicio común*, según hemos visto que decía Cervantes, las prohibiciones y persecuciones servían de poco y era preciso menudearlas.

Así Felipe II en 1575 dispuso que á los que se hallara jugando á juegos prohibidos, ó en más cantidad de la permitida, se les castigase con diez días de cárcel la primera vez, treinta la segunda y la tercera destierro de un año; y á los tablajeros, ó dueños del garito, dos años de destierro y 15,000 maravedís de multa.

Por cierto que por entonces debió introducirse el honrado juego de la *carteta*, á que Cervantes llamó *andaboba* en el Rinconete, por cuanto la pragmática de Don Felipe ordena que aquellas penas «se extiendan al juego que *agora* llaman de la *carteta.*» Estas penas quiso que se aplicasen también á otro juego de naipes llamado *los vueltos*. El vicio siempre fué muy fecundo en invenciones.

Corrían los tiempos y Felipe II seguía dictando disposiciones contra el juego, así que en 1593 hizo extensivas las penas de dados, vueltos y carteta, á los que jugaren *bolillo*, *trompico*, *palillo* ó *instrumento* que tenga encuentros, azares ó reparos.

No sin razón se llamó á tal rey el *Prudente*. Como por esto se advierte, preveía desde su celda del Escorial, el advenimiento de la *ruleta* y los *borregos*.

Juan Tarafe llamaban los jugadores en su jerga á los dados, que los fulleros sabían preparar cargándolos ó sea rellenándolos de plomo, para que cayesen como mejor les convenía; á estos daban el nombre de *fustas* y los llevaban «de reserva entre los dedos, para valerse de ellos cuando lo hubiesen menester (1),» pues este juego de dados tenía para el fullero mucho de juego de *Masicoral*, como entonces se llamaba á lo que ahora decimos prestidigitación.

Las barajas sufrían también en manos del fullero máculas, que las preparaban para la ganancia ilícita.

Entre estas *flores*, como se llamaban, contábanse el *raspadillo*, el *garrote de moros*, la *ballesta*, de que habla el citado Estebanillo, el *humillo*, para el que Rinconete se jactaba de tener buena vista, y otras.

Los naipes recibían, entre otros nombres, el de *bueyes* y las barajas el de *huebras*. A uno y otro se refiere un romance germanesco que dice:

Diez *huebras* lleva de *bueyes*,
Cada cual es con su flor,
Con la *raspa* y *cortadillo*,
Tira, *panda* y *ballestón*,
El *alademosca* lleva
Y también el *cigarrón*,
También llevaba las *ocho*
Y las *doce*, por mejor.
Otras gracias porta el *baile* (2),
Otras gracias y otra *flor*.

En el entremés de Cervantes, *La Cárcel de Sevilla*, el preso Barragán llama también *bueyes* á los naipes.

Aunque del rey Felipe III se cuenta que era muy aficionado á jugar á los naipes, en su tiempo se persiguió también el juego, y jugadores de alto copete fueron por entonces castigados.

Así al famoso don Juan de Tassis, conde de Villamediana, se le hizo salir de la corte, lo mismo que á don Rodrigo de Herrera, porque el conde había ganado más de 30,000 ducados, y Herrera, menos afortunado, perdido más de 20,000, sumas harto crecidas para entonces. También del marqués de las Navas se refería que tuvo pérdidas semejantes, sufriendo por ello asimismo el destierro.

A otros cuyas pérdidas ó ganancias no fueron tan cuantiosas, no los mandaron salir, pero, añade el autor contemporáneo que todo esto refiere (3): «con el ejemplo de la demostración que se ha hecho, se reformarán de aquí adelante en el juego los demás.»

La historia demuestra que á los jugadores no se les extermina, y que las múltiples cabezas del monstruo del Juego son inextirpables, como las del Cancerbero de la fábula.

Hallar un medio que encauce todo lo posible las funestas consecuencias de esta pasión, es lo más á que pueden llegar moralistas, políticos y legisladores.

JULIO MONREAL.

(1) Así lo refiere *Estebanillo González* (Cap. I).
(2) *Baile*, significaba en aquel lenguaje, lo mismo que *ladrón*.
(3) Don Luis Cabrera de Córdoba, en sus *Relaciones*.



LA FIESTA DE SAN BARTOLOMÉ EN SITJES, cuadro de Felipe Masó

NOTICIAS VARIAS

PROYECTO DE UNIÓN CENTRO-AMERICANA

La reconstitución de la antigua República de la América Central ha dado un paso de avance en el tercer Congreso centro americano reunido recientemente en San Salvador. Ante los delegados de las cinco repúblicas de Costa Rica, Guatemala, Honduras, Nicaragua y Salvador el representante de Guatemala ha presentado un proyecto de unión cuyos puntos substanciales son los siguientes:

Los delegados provistos de plenos poderes de sus respectivos gobiernos proclaman la unidad de los pueblos bajo la denominación de República de Centro-América regida por un Ejecutivo nacional.

El servicio diplomático y consular se hará en nombre de la República de Centro-América y los funcionarios que desempeñarán estos cargos serán designados indistintamente entre los individuos de los diversos Estados.

Queda, sin embargo, decretado que los Estados no renuncian á su autonomía é independencia en todo lo que concierne á la gestión de sus asuntos interiores.

El poder Ejecutivo nacional que se creará estará revestido de todas las facultades necesarias para que pueda perseguir eficazmente la unificación definitiva unificando los distintos intereses.

Inmediatamente después de instalado el gobierno de Centro-América, los Estados redactarán una ley expresa que proteja y garantice la propaganda en pro de la unión, ora en la tribuna ora en la prensa, y que fomente la creación de asociaciones que sean el núcleo alrededor del cual se agrupen todos los partidarios de aquélla.

Fundado en la consideración de que las relaciones comerciales son el más poderoso lazo de unión entre los pueblos, dispone el pacto que se invite á los gobiernos de Salvador y de Guatemala á construir sobre el río Paz un puente que facilite el cambio de sus productos. Desde que empiece á funcionar el nuevo gobierno, la correspondencia de ó para los Estados pagará únicamente dos centavos sobre el peso mínimo que reconocen las tarifas y se concederá una prima de 60.000 pesos á la Compañía que establezca el servicio de cuatro vapores de 500 toneladas lo menos para el cabotaje entre los puertos de Centro-América y los de Acapulco y Panamá. El Ejecutivo nacional se entenderá con la *Pacific Mail* para la reducción de fletes y pasajes, promoverá la construcción de ferrocarriles de uno á otro extremo del istmo y tomará la iniciativa de exposiciones centro-americanas que estimulen el comercio, las industrias y las relaciones interiores.

Además será libre entre los Estados el tráfico de productos naturales y de los manufacturados con primeras materias originarias de Centro-América á menos que sean artículos de comercio ilícito en los países en que se quiera introducirlos ó que el gobierno los explote por su propia cuenta.

Para completar las atribuciones del nuevo Poder Ejecutivo nacional, éste no sólo está encargado de acreditar y recibir á los agentes diplomáticos y consulares y de firmar tratados ó convenios que interesen á toda la América central, sino que también tendrá el derecho y el deber de resolver como árbitro las diferencias que surjan entre los Estados, de proveer á la defensa y á la integridad del territorio y á la independencia de la República, á cual efecto los Estados concurrirán con las fuerzas y los recursos que el Ejecutivo nacional les señale, y de nombrar las comisiones que elaborarán los Códigos del Centro-



EN LAS LAGUNAS, cuadro de Meifrén (grabado por Sadurní)

América para unificar todas las ramas de la administración pública.

El período de duración de la presidencia de la República de Centro América será de un año: este poder será ejercido por uno de los jefes de los cinco Estados designado por la suerte y será reemplazado, dentro del orden riguroso que de antemano se fije, por los jefes de los otros Estados.

Habrá un cuerpo consultivo compuesto de cinco consejeros, uno por cada Estado, cuyas funciones durarán asimismo un año: el voto de la mayoría de este cuerpo será indispensable para la validez de los actos del Ejecutivo.

La Dieta centro-americana continuará reuniéndose cada año, pero á partir de 1890 los delegados serán en número de quince, tres por cada Estado; uno como representante del jefe del Estado, y dos como delegados del respectivo Congreso.

El día 15 de setiembre de 1890 se inaugurará de hecho el gobierno nacional y á partir de esa fecha las Repúblicas renunciarán á esta denominación para llamarse *Estados de la República de Centro América*, en cuyo nombre serán autorizados todos los documentos y actos oficiales de cada Estado, y se restablecerá la antigua bandera centro americana que será la insignia del gobierno en los Estados extranjeros. También la adoptarán los Estados pudiendo cada uno de éstos poner en el centro de la misma como signo distintivo su escudo particular.

Créese que en los diez años que seguirán al 15 de setiembre de 1890 la idea habrá echado hondas raíces en los espíritus más refractarios, y en el caso de que la mayoría de los centro americanos manifieste el deseo de hacer definitiva la unión provisional, el Ejecutivo convocará una Asamblea Constituyente compuesta de veinticinco representantes de cada Estado.

Si ese movimiento de la opinión no se realizara en el intervalo de diez años, esa convocación se hará sin falta el día 15 de setiembre de 1900. Si el pacto no fuese entonces ratificado por unanimidad, pero lo aprobara la mayoría de los Estados, éstos se unirán bajo la denominación de «República Mayor de Centro América.»

Este proyecto leído en la sesión que celebró la Dieta el día 22 de setiembre fué aprobado en su totalidad. La Asamblea nombró inmediatamente una comisión encargada de examinar las estipulaciones de este pacto.

(De la *Revista Sud-Americana*)

LAS GOLONDRINAS MENSAJERAS

Se ha presentado al ministro de la Guerra de Francia una proposición para confiar á las golondrinas el papel que hoy desempeñan las palomas mensajeras.

La idea es buena pero no nueva. En efecto, Plinio nos habla de un caballero romano llamado Cecina, propietario de una cuadra de caballos de carrera, que se llevaba de Volterra, ciudad de Toscana, á Roma algunas golondrinas y las soltaba oportunamente para telegrafiar á sus amigos el resultado del concurso y la distribución de los premios corridos. Los pájaros volvían á sus nidos llevando las plumas teñidas del color del partido vencedor (1).

Este pasaje del naturalista es interesante en cuanto nos enseña que los romanos tenían carreras de *quadrigas* (carros tirados por cuatro caballos de frente) como hoy tenemos carreras de caballos, y que sus cocheros llevaban, como nuestros jockeys, colores distintivos. Del hecho de este uso de las golondrinas mensajeras puede conjeturarse, que á propósito de aquellas carreras se cruzaban importantes apuestas. Quizás había en Roma agentes parecidos á los modernos *bookmakers*.

Lo cual prueba, una vez más, que los inventos verdaderamente originales son rarísimos.

En tiempo de guerra, los antiguos empleaban ya la golondrina tal como se la quiere emplear actualmente, es decir como mensajera. «Fabio Pictor -dice también Plinio – refiere en sus Anales que un puesto romano bloqueado por los ligurios le expidió una golondrina arrebatada á sus pequeñuelos para que atándole un hilo á la pata indicara por un número de nudos el día en que llegaría su ejército de socorro, fecha en la cual los sitiados verificarían una salida combinada (2).»

Los actuales promotores del uso de las golondrinas para los fines de la guerra, pretenden que se necesitan de dos á cinco semanas para amaestrar á estos pájaros, en lo cual no están de acuerdo con los antiguos que consideraban á la golondrina como indócil (3).

(1) Plinio, *H. nat.* X. xxxiv
(2) Plinio, *loc. cit*
(3) Plinio, *Hist. nat.* X, lxii

Esta cuestión de adiestramiento merece ser detenidamente estudiada.

(De *La Nature.*)



LA VENDIMIA, jarrón fabricado por Mrs. Minton y C.ª según dibujo de M. Solon, por el procedimiento de pastas sobrepuestas (*Exposición Universal de París*)

Imp. de Montaner y Simón

LA ILVSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 23 DE DICIEMBRE DE 1889 — NÚM 417

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

CELEBRIDADES EUROPEAS



ANTONIO RUBINSTEIN, copia de una fotografía

SUMARIO

Texto. – *Nuestros grabados.* – *El 4 de agosto de 1808. ¡Zaragoza! ¡Palafox!* por don Rafael de Nieva. – *Las impresiones de un muerto... vivo (Autozanatografía)*, por don Víctor Navarro. – *Literatura peligrosa (Artículo correspondencia)*, por D.ª Francisca Sánchez de Pirretas. – *Noticias varias.*

Grabados. – *Antonio Rubinstein.* – *De sobremesa*, cuadro de Girardet. – *San Francisco de Paula*, dibujo de J. M.ª Marqués. – *Regreso al convento*, cuadro de Eduardo Zamacois. – *Día de fiesta*, cuadro de J. F. Engel. – *La tentación de San Antonio*, cuadro de Pedro Saenz. – *Suplemento Artístico: En el harem. cumplimiento de una sentencia*, cuadro de Bouchard.

NUESTROS GRABADOS

ANTONIO RUBINSTEIN

Diez años contaba apenas Antonio Rubinstein cuando se presentó por vez primera en público: era el día 30 de noviembre de 1839; la sala en donde debía hacerse oir el pequeño artista estaba llena de una concurrencia numerosa é inteligente que deseaba escuchar y juzgar al discípulo predilecto del célebre Villoing. Aquella noche obtuvo el pianista niño el primero de los triunfos que no habían de abandonarle ya más en su larga carrera artística; cuando los ruidosos aplausos y entusiastas aclamaciones ahogaron las postreras notas de la última pieza del programa, un joven avanzó hacia Rubinstein, levantóle en alto y dirigiéndose á los sorprendidos espectadores, exclamó: «¡Este será mi continuador!» Era Francisco Liszt, que en noble y reñida lid con el famoso Thalberg, acababa de conquistarse el título de primer pianista del mundo. El insigne autor de la *Sinfonía de la montaña* fué profeta.

Cuatro años más tarde pasó Rubinstein á Inglaterra, en donde Mendelsohn y Moscheles le prodigaron sus más calurosos elogios, y de allí regresó á su patria, no sin antes recoger abundantes lauros en Holanda y en Suecia; pero al poco tiempo su madre, señora de gran talento músico y de una instrucción vastísima, comprendió que Moscou no ofrecía elementos suficientes para completar la educación de su hijo, y decidió llevarle á Berlín, en cuya universidad recibió las lecciones del excelente profesor Sigifredo Dahn. Muerto su padre, y ausente por esta causa su madre, Rubinstein se dirigió en 1846 á Viena, y había conseguido ya crearse allí una posición independiente, cuando los sucesos de 1848 le obligaron á abandonar la capital de Austria y á encaminarse por Leipzig y Berlín á San Petersburgo. Al llegar á la frontera rusa ocurrióle un percance que pudo tener para él fatales consecuencias, de las cuales se vió libre gracias á su arte: la policía rusa, suspicaz siempre, pero más que de costumbre en aquel entonces, le prendió por no llevar pasaporte, que junto con sus originales de música había perdido, y tomándole por espía, disponíase á deportarle á Siberia, cuando la gran princesa Elena, por recomendación del conde Miguel Milhorski, llamóle á su presencia, y encantada al oirle en el piano, mandó ponerle inmediatamente en libertad.

Desde entonces fué Rubinstein el favorito de la noble dama, que le nombró músico de cámara y le abrió de esta suerte la senda de honores que le condujo al cargo de maestro de la capilla imperial, y en 1888 al alto puesto de consejero de Estado con el título de Excelencia.

En 1854 emprendió una gran excursión artística por Alemania, Francia é Inglaterra, cosechando en todas partes inmarcesibles laureles, y en 1858 regresó á Rusia, en donde por espacio de algunos años se dedicó, con ardiente entusiasmo, á fomentar y realzar la música en su patria, fundando en 1859 la Sociedad de Música y el Conservatorio, instituciones que bajo su dirección influyeron de una manera tan rápida como profunda y beneficiosa en la vida musical del resto del Estado.

En 1867 emprendió un nuevo y más largo viaje artístico por el antiguo y el nuevo mundo. ¿Hemos de decir que, como siempre, las ovaciones se contaron por conciertos y los triunfos por piezas de los programas? Poco después de su regreso á Rusia díjose que Rubinstein, fatigado de tanta agitación, pensaba entregarse á un relativo descanso, y en efecto pasó una temporada en su patria consagrado á trabajos tranquilos; mas al fin vencióle de nuevo su pasión favorita y se presentó nuevamente en todas las principales ciudades de Europa, dando aquellas series de conciertos que con fruición recuerdan cuantos á ellos asistieron y en los cuales pasaba revista de todo el repertorio clásico antiguo y moderno.

Sin entrar en el estudio y crítica de Rubinstein como pianista y compositor, que ni este es lugar á propósito para ello ni hace falta que digamos una vez más lo que es de todos bien sabido, condensaremos cuanto en tales conceptos podríamos exponer, copiando la siguiente frase de un reputado crítico alemán: «Rubinstein es el más gran pianista de entre los compositores de hoy día y el más gran compositor de entre los pianistas actuales.»

DE SOBREMESA
cuadro de Girardet, grabado por Bong

Una mañana de primavera, un sitio ameno, un almuerzo escogido y una compañera joven, alegre y bonita, ¿no es verdad que todos estos elementos justifican la satisfacción que se refleja en el semblante del apuesto oficial? Mas no se crea que las delicias de Capua hagan olvidar á éste sus instintos militares, nada de eso; aunque no lo parezca, tiene puesto sitio á una plaza cuya defensa se va debilitando por momentos y que no será difícil acabe por rendirse á discreción ante el fuego nutrido é incesante de sus miradas ardientes y de sus palabras seductoras.

Mr. Girardet, pintor suizo, ha reproducido en sus cuadros muchos episodios de la Revolución francesa, y en la última Exposición Universal de París ha expuesto varios de ellos, que han hecho honor á su gran talento y á su notable originalidad.

SAN FRANCISCO DE PAULA
dibujo de J. M.ª Marqués

Hay ciertos asuntos que sólo sintiéndolos muy hondamente pueden ser trasladados al lienzo de modo que causen ilusión completa. ¿Quién negará que entre los tales merecen figurar en primera línea los religiosos? Para reproducir los distintos afectos del alma humana en las más encontradas situaciones de la vida ordinaria (desde las más sencillas á las más dramáticas) puede el artista acudir á la observación de los modelos y escenas que en abundancia le ofrece la sociedad moderna; pero cuando se trata de estados psíquicos hoy raros sino del todo desaparecidos, ¿á dónde acudirá en busca de inspiración? Cierto que el estudio de los grandes especialistas de los períodos clásicos puede allanarle gran parte del camino que ha de recorrer, pero si á ese estudio no agrega algo de su propio y exclusivo dominio, algo que esté dentro y no fuera de él, la obra resultará profana por religioso que sea el sello impreso en el original que la inspirara.

Pues bien, Marqués, que en su *San Francisco de Paula* ha tenido que ceñirse á los preceptos de la historia y de la tradición religiosa y no ha podido apartarse en el fondo de la senda por otros trazada, ha logrado, sin embargo, que su cuadro no sólo resulte original, sino que refleje lo que él quiso que reflejara, el más puro misticismo, esa contemplación por medio de la cual el hombre llega á identificarse con el Ser infinito, y lo ha logrado haciendo que la imagen que sus ojos vieron y su mente retuvo pasara por su corazón antes de llegar á la mano que había de reproducirla.

Nuestro distinguido paisano ha dado una nueva prueba de su talento abordando un género bien distinto de los á que nos tiene acostumbrados y venciendo con asombrosa seguridad dificultades ante las cuales tantos artistas, y no de los adocenados, han venido á estrellarse.

REGRESO AL CONVENTO
cuadro de Eduardo Zamacois

Don Eduardo Zamacois nació en Bilbao en 1842 y empezó á los doce años á estudiar dibujo en su ciudad nativa, desde donde, á los catorce, pasó á Madrid ingresando en la Academia de San Fernando, cuyo director, el ilustre D. Federico Madrazo, le profesó desde luego paternal cariño y le dispensó su protección valiosa. Contaba diez y ocho años cuando marchó á perfeccionar sus estudios á París, teniendo la satisfacción de que Meissonier fuese primero su maestro y después su amigo. Tras muchos años de privaciones y de sacrificios que en vez de desanimarle enardecieron su pasión por el arte y su sed de gloria, logró en 1867 su primera medalla por su cuadro *Los bufones*, y obtuvo en la Exposición Universal de París en 1870, por su tan conocido lienzo *La educación de un príncipe*, el premio que puso el sello á su legítima reputación. Desde entonces la vida fué para Zamacois un sendero de flores, la fortuna y la gloria le colmaron con sus preciosos dones; pero ¡cuán poco duradera fué tanta ventura! La guerra franco-prusiana y los sucesos de París obligáronle á trasladarse á Madrid, en donde falleció el día 12 de enero de 1871.

Zamacois es de los pocos pintores españoles á quienes se admira incondicionalmente; sobre sus obras no hay discusión posible: la crítica más severa no halla en ellas la más pequeña falta y los censores más rigoristas se descubren al verlas, desarrugan el sempiterno ceño y exclaman satisfechos: «¡Dios sea loado; he aquí un pintor!»

En los cuadros del malogrado artista no cabe hacer diferencia entre el conjunto y los detalles, entre lo principal y lo accesorio, entre lo grande y lo pequeño, entre la forma y el colorido, entre el paisaje y la figura; todo es en ellos hermoso, todo es verdad, todo atrae y cautiva.

¿Se quiere una prueba de que no exageramos? Véase *El regreso al convento*, pásese revista de cada uno de los personajes que en él figuran, desde el fraile de facciones contraídas no tanto por el esfuerzo que hace para reducir á obediencia al testarudo jumento como por la ira de verse blanco de las risas y cuchufletas de sus compañeros de comunidad hasta el que se aprieta los ijares y suelta la más franca y ruidosa carcajada; tiéndase la vista por la ciudad que se divisa en el fondo y al través de unos árboles que cuesta trabajo suponer dibujados; deténgase la atención sobre todos y cada uno de los objetos, aun de los más insignificantes, de que el cuadro está lleno, y dígase luego si nuestras alabanzas son simplemente golpes de incensario ó si resultan no ya justas sino pálidas al lado de lo que en realidad merece una de nuestras más legítimas glorias nacionales.

DIA DE FIESTA, cuadro de J. F. Engel

La joven tan delicadamente pintada por Engel regresa á su casa después de oir misa en la iglesia del vecino pueblo llevando en el semblante retratado el efecto producido en su ánimo por la palabra divina que ha escuchado con piadoso recogimiento.

¡Cuán bien armoniza la placidez de su espíritu con el poético paisaje que la rodea!

Un silencio solemne reina en la campiña; los aldeanos cumpliendo el santo mandamiento que ordena santificar las fiestas consagran el domingo al descanso y á la oración buscando en aquél la quietud necesaria para el fatigado cuerpo y en ésta la satisfacción del irresistible deseo que siente el alma identificada con la naturaleza de elevarse hacia Dios entonando himnos de amor y de gratitud al creador de todas las cosas, al dispensador de todos los bienes.

¡Felices los que de tal suerte logran al par que el descanso físico la paz moral, beneficio el más precioso de cuantos la Providencia ha concedido al hombre!

LA TENTACIÓN DE SAN ANTONIO,
cuadro de Pedro Saenz

Asunto es este que ha servido de tema á innumerables cuadros de pintores de todas las épocas y de todas las escuelas; y la verdad es que como pocos se presta á grandes concepciones ora el artista dejando volar su imaginación libremente acuda á su fantasía para personificar la tentación en las más caprichosas formas, ora acudiendo al estudio del natural y ciñéndose á los preceptos de la escuela realista trace una escena en la que el elemento humano prepondere de tal modo que á su lado palidezca, sino se borre por completo, el carácter religioso que generalmente suele destacar por encima de todo en las obras del género de *La tentación de San Antonio.* ¿Cuál de esas dos tendencias es preferible? He aquí una pregunta que sólo nos atrevemos á contestar diciendo que ambas pueden producir obras dignas de ser admiradas.

Pedro Saenz se ha amoldado á la segunda de las escuelas indicadas para presentarnos el interesante episodio de la vida del santo asceta: de composición atrevida, dibujado con gran conocimiento del desnudo y pintado con seguridad y valentía, el lienzo del distinguido pintor madrileño fué con justicia alabado por cuantos lo vieron en el Palacio de Bellas Artes de nuestra Exposición Universal, no sólo por las bellezas de ejecución que dejamos señaladas, sino también por el sello de originalidad que ha sabido imprimir á un asunto nada nuevo y por la habilidad con que ha salvado algunas dificultades anejas á la índole un tanto escabrosa de la escena reproducida.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

EN EL HAREM: cumplimiento de una sentencia. Cuadro de Bouchard

El pintor francés Bouchard es bien conocido en el mundo artístico por sus cuadros representando escenas bíblicas y de la vida oriental: en el de grandes dimensiones que reproduce nuestro Suplemento Artístico, describe un episodio típico de la vida del harem cuya explicación se adivina con sólo contemplar la pintura. El sultán, hastiado de sus odaliscas y no queriendo que sean de otro las que una vez siquiera han sido suyas, las ha condenado á muerte obligándolas á que se estrangulen con los cordones de seda que para cada una traen distintos eunucos. En vano las hermosas cuanto desdichadas criaturas presas de la mayor desesperación prorrumpen en desgarradores lamentos; su señor no puede oir sus sentidas quejas y aunque las oyera no moverían de fijo su ánimo á compasión. En vano pretenden escapar del suplicio á que han sido sentenciadas; todas las puertas están guardadas por repugnantes esclavos cuyos alfanjes despiden siniestros reflejos y en cuyos corazones no han de hacer mella lágrimas ni súplicas. La sentencia es irrevocable.

Este asunto eminentemente dramático ha sido tratado por Bouchard con notable maestría: prescindiendo de los primorosos detalles y fijándonos sólo en los dos grupos principales, no podemos menos de admirar el contraste que ofrece la rudeza brutal de los eunucos insensibles así á los encantos físicos como á los impulsos morales y la belleza interesante de las infelices víctimas inmoladas en aras del capricho de su amo y en virtud de una bárbara costumbre de la mal llamada civilización oriental.

El *Cumplimiento de una sentencia* produjo gran sensación en la Exposición Internacional de Munich de 1888.

EL 4 DE AGOSTO DE 1808

¡ZARAGOZA! ¡PALAFOX!

(Recuerdos de agosto de 1869)

Para comprender tu grandeza ¡oh mil veces heroica ciudad! ciudad sagrada y santa para todo corazón español, es preciso verte como yo te ví, cuando ardía en mis venas el fuego de la juventud, y abrasaba mi alma la vehemente fe de los grandes ideales.

¡Cómo yo te ví!... ¿Quién puede definirlo? ¡Yo solo, si para ello bastase el amor que me inspiras! ¡Yo solo que sentí, contemplando tus venerandas ruinas, lo que nunca había sentido; el asombro de la resurrección gloriosa de España, herida de muerte por la más inicua de las perfidias; en tus muros, en los de tu sublime *hermana* Gerona, y en las calles de la *Villa* coronada con la *doble diadema del martirio y del heroísmo*, en que el pueblo del *2 de mayo* dió fe con su sangre, de que la raza española aun no había fenecido!

¡Y tú, Zaragoza, me lo revelaste todo: todo lo que yo no había sentido, viviendo desde niño en aquellos barrios bajos de Madrid, donde el pueblo conservaba aún desde entonces la religión de sus gloriosos recuerdos: tú me revelaste el culto de la patria; y en los vetustos muros de Santa Engracia, acribillados de balazos, destrozados por la metralla, agrietados por las descargas de artillería... pero en pie, como testigos de tu indomable fiereza; en aquellos muros donde permanece ingrávida la huella de aquella lucha de titanes, comprendí yo que en lo más recóndito de mi alma, perturbada todavía por las luchas á que me arrastraba mi tiempo, ardía oculto el fuego santo del amor patrio!

Unos cuantos libros sin mezcla de extranjería, unas cuantas visitas al archivo de la Corona de Aragón, á la Aljafería, á *la Seo*, al Pilar, y mis continuos paseos nocturnos por el *Campo de la lealtad* y por el puente del Ebro, completaron lo que yo llamo mi conversión á la religión de la patria.

Mis paseos por el puente sobre todo: porque el Ebro, que yo pasaba contemplando horas enteras, como si la gran historia de Aragón y la preclara de Castilla, en donde el Ebro nace, se reflejasen en el movible espejo de sus ondas; el Ebro que se deslizaba bajo mis pies á una altura formidable, majestuoso, sombrío, imponente como la leyenda heroica que había visto esculpida en los muros del convento de Santa Engracia; leyenda que él me repetía murmurando no sé qué notas graves y melancólicas, que en el solemne silencio de la noche resonaban en mi alma, alternando con el eco lejano de las enérgicas estrofas de la jota, con los ayes dulcísimos de la morisca guitarra y los penetrantes tonos de la bandurria; el Ebro, era para mi espíritu el misterioso trasmisor de la épica leyenda del pasado.

¡Qué leyenda! ¡Ante mi fantasía juvenil exaltada; ante mi vista, que se deleitaba en el color local de aquel gran cuadro, evocaba yo las imágenes de la Zaragoza de 1808. Las imágenes de aquellos frailes terribles, dignos no del pincel místico de Zurbarán, sino del pincel realista de Goya, que daban ejemplo batiéndose en la brecha como soldados, y sosteniendo con la fe sublime del sacerdote, el entusiasmo patrio, en aquel pueblo modelo, religioso y libérrimo como ninguno. Las imágenes de aquellos heroicos *baturros* de las campiñas aragonesas, que sin más armas que los bieldos ó las navajas, se arrojaban sobre las formidables columnas francesas y sobre los cañones enemigos que vomitaban la muerte, invocando á España, á Aragón y *á la Pilarica*, muriendo como buenos defendiendo á la agonizante patria. Las imágenes de aquellos bravos voluntarios de Huesca, de aquellos provinciales de Soria, de aquellos pundonorosos Guardias españoles y walones; de aquellas mujeres, de aquellos niños, de aquellos ancianos enfermos, hambrientos, espectrales, que para oponer aun resistencia al invasor infame, se arrojaban en masa sobre los granaderos franceses, batiéndose hasta morir; porque ni en la agonía dejaban de luchar con sus asesinos y...

¡Dios sólo sabe cuántas veces creí ver cruzar ante mis ojos las gallardas siluetas de Agustina de Aragón y de Manuela Sancho, y la figura épica del general Palafox, protagonista de aquella epopeya!

Pero como ciertas ambiciones cuando se apoderan del alma son insaciables, pronto no me bastó ni con las descripciones que leía asombrado en los documentos del archivo, ni con la historia del sitio, que sabía ya de memoria, ni con mi propia imaginación que, espoleada por el deseo, buscaba algo más; algo que me trajese un eco palpitante, *vivo*, de la Zaragoza de 1808, y Dios me lo concedió.

El padre de mi patrona, un septuagenario robusto como una encina, se había batido en Santa Engracia; tenía entonces diez y siete años, y se salvó por milagro de una carga á la bayoneta de los granaderos de Lannes, haciéndose el muerto entre un montón de cadáveres.

Cuando yo le conocí, era un Hércules *Farnesio*... que no podía moverse del carretoncillo en que sus nietos le llevaban todas las mañanas, lloviese ó soplase el viento del Moncayo, á oir su misa en la próxima iglesia del Pilar: pero su cabeza estaba serena, su imaginación despejada, su corazón de aragonés, *entero* para odiar á los franceses y adorar á España y á *la Pilarica;* y cuando comprendió mi entusiasmo, pasábamos los días y las noches, él hablándome y yo, con los ojos cerrados para perder de vista la triste realidad, que ya entonces empezaba á parecerme menos importante que mis ensueños, asistien-



DE SOBREMESA, cuadro de Girardet, grabado por Bong

do con mi patrón el septuagenario Ferrandiz, al sitio de Zaragoza.

¡Horrendo sitio! ¡Largo tiempo los invasores no lograron penetrar en la plaza: cuando lo consiguieron, para apoderarse realmente de la ciudad invicta, tuvieron que sostener el sitio casa por casa, batiéndose día y noche cerca de seis semanas!...

¡Cuaresma pavorosa! Los enfermos y los heridos se aglomeraban en montones en las calles, por las que corrían, como único rocío de aquel calor tórrido, arroyos de sangre; las iglesias estaban convertidas en hospitales; los edificios se desplomaban sobre sitiados y sitiadores, destruídos por las bombas é incendiados por las camisas embreadas de las baterías francesas; los invasores, locos ya de furor y de asombro, saqueaban, destruían, asesinaban, profanaban lo más santo, y morían también como ebrios, víctimas del último esfuerzo de la agonizante Zaragoza; los muros que quedaban en pie, agrietados, fatídicos, asquerosos, ostentaban aquí y allí jaspeaduras horribles, pintadas al estrellarse en ellos los sesos de los combatientes, y el somatén no dejaba de tocar á rebato en la torre de *la Seu!*...

Al fin, el día 4 *de agosto* – ¡día inolvidable! – el general Lefebre-Desnouettes, asombrado y compadecido, admirado, y furioso de aquella ruina, de aquella resistencia *homérica*, de aquel estrago, envió un parlamentario *al campo enemigo*, y la frase merece subrayarse, porque Zaragoza cuyos dos extremos se designaban con aquel nombre no era ya más que una inmensa charca, donde sitiados y sitiadores bebían sangre.

El parlamentario llevó el siguiente escrito:

«Cuartel general de Santa Engracia, 4 agosto de 1808. – Paz y capitulación.»

«Cuartel general de Zaragoza, 4 de agosto de 1808. – *¡Guerra y cuchillo!*» – respondió Palafox.

***

Y transcurrieron nueve años: en ellos, Zaragoza insigne, pocas veces te recordé, al menos como tú mereces ser recordada. Verdad es que aquella incompleta década era para mí la postrer jornada de la juventud; esa jornada rápida como el vértigo, en que algo nos grita en lo más hondo del alma: «vive por completo el presente, porque para tí todo se convertirá pronto en pasado.»

Además, la época á que me refiero, no era la más á propósito para ciertos recuerdos: el sainete y la epopeya no tienen punto alguno de contacto.

En fin, al terminar el año 78 me fué preciso salir de Madrid para largo tiempo; yo creí que para siempre!

Madrid ha sido para mí, como para tantos otros, sangriento campo de batalla: vencido en la lucha, no por eso le amo menos; ¿ni cómo no he de amarle cuando en él están sepultadas mis esperanzas, mis aspiraciones, mi fe, mi juventud... lo más esencial de mi ser?...

Caí en una especie de anonadamiento sombrío: dediqué los últimos días que me quedaban, á recorrer la inmensa *Villa* en todas direcciones, como recorremos los cementerios hasta que damos con los epitafios de los que amamos en vida y también después de muertos; y una mañana... la víspera de emprender mi viaje, me dirigí sin objeto determinado, sin propósito fijo, hacia el paseo de Atocha, antipático para mí siempre, sin que jamás haya podido darme cuenta de la repulsión que me inspira; y más solitario y triste en aquel día de diciembre en que el radiante cielo de Madrid estaba velado por la cenicienta penumbra de la niebla.

Y sin embargo, yo aspiraba con delicia y con ansia, tal vez porque tenía fiebre, aquel ambiente saturado de humedad, y contemplaba conmovido los arbolitos deshojados que se extendían á lo largo del camino hasta la histórica Basílica de Atocha; aquellos arbolillos que ya no volvería á ver reverdecer, fiel imagen de la desolación de mi espíritu.

Luego... quise volverme: cuando niño, mi madre solía llevarme al Santuario siempre que iba la Reina: de hombre pocas veces entré en él, y la última en ocasión bien aciaga: cuando depositaron en la bóveda el cadáver del general Prim: así es que nunca más había pasado de la mitad de aquel triste camino.

La víspera de mi viaje seguí adelante.

El templo estaba desierto, si se exceptúa el sacristán mayor que al fijarse en mi perplejidad, dijo, juzgándome forastero:

– Viene V. á ver el sepulcro del general, ¿no es cierto?...

– ¡Pues! – repuse maquinalmente.

El sacristán me condujo á la capilla del enterramiento, que yo no conocía.

Pocos no la han visto.

Alta cancela la separa de la nave: en el centro, sobre ancho zócalo de mármoles y jaspes, está la estatua yacente del héroe de los Castillejos, del invicto y desdichado general Prim.

En los cuatro frentes del zócalo, sobre argentadas planchas, se destacan en bajos relieves de extraordinaria limpieza y valentía, las escenas militares más culminantes del ilustre difunto; y profusión de escudos, trofeos de armas, emblemas heráldicos, gárgolas y otros adornos esculturales, convierten aquel inmenso sarcófago de preciosas piedras y preciosísimos metales, en estuche de filigrana, que contrasta con los tonos sombríos de la augusta Basílica.

Pero yo apenas me fijé en tales adornos ni en la estatua, que sin quitarle valía, no me pareció ni con mucho, digna semblanza de aquel hombre, cuyo rostro era de los que no se olvidan nunca.

Mi pensamiento no estaba allí; recorría la extraña historia de aquel *D'Artagnan* de la realidad; y con el ánimo contristado por la memoria del *héroe de Africa*, con el corazón comprimido por los abrumadores recuerdos de nuestras últimas luchas civiles, seguí perturbado y confuso al sacristán por el centro de la nave, y de pronto me quedé inmóvil.

A la derecha del altar mayor, bajo el cúmulo inmenso de banderas turcas y francesas, agarenas y británicas, que como jirones de nuestro antiguo poderío, penden del alta bóveda, distinguí un nicho con lápida negra, en la que se destacaba un solo nombre:

¡PALAFOX!

¡Aquel epitafio severo, fué para mí una segunda revelación de los muros de Santa Engracia; aquel nombre, mil veces glorioso, elevándome de las miserias del presente, me arrastró de nuevo al sitio de Zaragoza... *después del sitio;* cuando los franceses, violando las leyes de los pueblos civilizados, pisoteando la honra de su misma patria; profanando las cenizas de aquellos *sesenta mil mártires* que murieron defendiendo tus muros, sublime Zaragoza, asesinaron á bayonetazos al patriota D. Santiago Sas, y fusilaron friamente al P. Basilio Boggiero, y saquearon el templo de tu Santa Patrona, y completaron su obra abominable aherrojando en el castillo de Vincennes á aquel héroe, ante cuya sepultura me hallaba en la iglesia de Atocha!...

Ciertas impresiones no se definen: la que yo sentí entonces pertenece á este número.

Pero... es lo cierto que, después de elevar desde el fondo de mi corazón una plegaria ardiente por el alma del ilustre Marqués de los Castillejos, caí de rodillas ante el sepulcro de Palafox!

RAFAEL DE NIEVA

LAS IMPRESIONES DE UN MUERTO...... VIVO

(AUTOZANATOGRAFIA)

Para cosas nuevas, palabras nuevas.

No estoy muy seguro de mi griego, pero sí de que la palabreja que acabo de inventar, corresponde perfectamente por su extrañeza, á lo extraño del caso que voy á referir.

Estoy dispuesto á creer que no he sido ni el único, ni el primero, que se ha hallado en la anómala situación de muerto vivo, pero dudo, y casi estoy por decir, niego, que otro alguno se haya encontrado en condiciones para referir, al recobrar todos sus sentidos y potencias, las impresiones recibidas durante el paréntesis intercalado en



SAN FRANCISCO DE PAULA, dibujo de J. M.ª Marqués, reproducido fotográficamente



EN EL HAREM: CUMPLIMIENTO D

(Exposición Internac



E UNA SENTENCIA, COPIA DEL CUADRO DE BOUCHARD

al de Munich de 1888)



REGRESO AL CONVENTO, cuadro de Eduardo Zamacois

su existencia por la suspensión temporal de todas sus funciones vitales.

Ignoro si en la especie de los catalépticos habrá algún grupo ó sub-especie que se llame de los *semi catalépticos*, pero si no lo hay, mi ejemplar podría servir de base para constituirlo, pues, efectivamente: yo no soy un cataléptico completo, sino un *semi*, ó *casi* cataléptico.

Robusto y perfectamente constituído, no recuerdo haber estado enfermo en mi vida, y hasta he oído referir á mis padres que, ni sufrí por la dentición, cuando niño, ni he pasado el sarampión; y que el trance para otros tan sensible y peligroso del destete, fué para mi tan fácil y sencillo que anochecí mamando y amanecí comiendo solomillo.

Pero, á cambio de tanta salud, ó quizás por exceso de ella, fué siempre mi sueño, desde el materno regazo, más que extraño, asombroso, por lo fenomenal. No sólo le tenía pesado y duradero, de una manera excepcional y sorprendente, sino que, á las veces, solía ocurrirme que era el despertar lento y trabajoso como si saliese de un letargo narcótico. Tenía los ojos abiertos, oía perfectamente lo que se hablaba á mi alrededor, pero sin poder articular palabra ni hacer movimiento alguno; sin darme cuenta de mi situación; amortecida la memoria, velada la inteligencia y totalmente sin fuerzas la voluntad.

Las primeras manifestaciones de este padecimiento fueron causa, como es muy natural, de gran susto para mi familia, que consultó el caso con los mejores médicos de la población en que á la sazón vivíamos. Estos, aunque no supieron hallar explicación satisfactoria á aquel desarreglo fisiológico, no quisieron, con todo, confesarse vencidos, y me recetaron tantas drogas, y tal régimen me prescribieron que, si bien es verdad que no produjeron resultado alguno favorable, en cambio, y como suele suceder con alguna frecuencia, estuvieron muy cerca de dar al traste con mi hasta entonces inquebrantable salud. Los accesos siguieron repitiéndose de tanto en tanto, y, sea que mis padres se fueron acostumbrando á ellos, puesto que ninguna mala consecuencia traían en pos de sí; sea que se aburrieron del gasto de las medicinas y de las molestias del régimen, que para nada servían, poco á poco llegamos todos á no hacer caso -ni yo mismo—de aquella especie de enfermedad que, si lo era, en nada me molestaba.

Mas, por una inclinación fatal, que no pude resistir, me aficioné andando el tiempo á la lectura de la sección espeluznante de los diarios, y entre el sinnúmero de atrocidades que con harta frecuencia daban pasto á mi insana curiosidad, atrajeron preferentemente mi atención los varios casos de catalepsia que, con detalles y observaciones más ó menos científicos, pero siempre maravillosos, se solían referir en dicha sección. De este modo, no sólo llegué á aprender la crónica de la catalepsia contemporánea, sino que, además, quedé tan fuertemente impresionado por los horrores que casi siempre acompañan á aquella muerte aparente, que adquirí como una especie de monomanía *catalepsiaca* (si me es permitido expresar me así), por la que, exagerando las anómalas condiciones de mi sueño, me creía condenado á sufrir la catalepsia y á ser enterrado vivo.

Poseído de un verdadero terror, fuí discurriendo todo linaje de precauciones para evitar tan horrorosa catástrofe. Comencé por no querer pernoctar nunca fuera de mi casa; si alguna vez había de realizar algún viaje preciso, procuraba ir acompañado, ó de amigos de mi intimidad, conocedores perfectos de mis accidentes letárgicos, ó de un criado antiguo en cuyo afecto tenía completa confianza.

Redacté una especie de reglamento para mi entierro, é hice sacar varias copias; una de ellas estaba guardada en el cajón de mi mesa de noche; otra en mi secretér; otra formaba parte de mi equipaje en todas mis excursiones. Además fué aquél incluído entre las cláusulas de mi testamento.

En cuanto los médicos anunciasen la inminencia del peligro de mi muerte, ó ésta sobreviniese, de cualquier modo que fuera, deberían ser llamados á mi cabecera los dos albaceas y tres íntimos amigos míos además, constituyendo todos con mi más arriba dicho criado, una especie de junta ó consejo funerario. Su objeto, casi es inútil decirlo, era cerciorarse de la realidad de mi muerte, en primer término; y en segundo, cuidar de que fuesen cumplidas con rigurosa exactitud todas las prevenciones por mí establecidas para mi entierro.

Este no debería verificarse hasta tres días después de mi fallecimiento, y durante ellos, estaría mi cadáver custodiado día y noche por una guardia de doce hombres que se relevarían de hora en hora, y de uno en uno, bajo la dirección de los miembros de la junta arriba mencionada que desempeñarían por turno este servicio. No hay para qué advertir que en mi testamento dejaba dispuestas largas recompensas á todos estos cuidados.

Mi ataúd había sido construído bajo mi dirección: era de madera de cedro, tenía ocho pies de largo, cuatro de ancho y seis de alto; se hallaba interiormente forrado de damasco y acolchado en todas direcciones; á fin de que cualquier movimiento ó esfuerzo que allí dentro se hiciese, no resultase nunca duro ni menos doloroso.

La tapa, formada de dos hojas unidas á la caja por medio de bisagras de bronce, se cerraba sobre la parte superior en el sentido del eje longitudinal; y á virtud de un fuerte resorte, dispuesto de manera que, desde el interior, y oprimiendo un grueso botón de marfil convenientemente colocado para ser encontrado con facilidad á tientas, se abrían instantánea y violentamente las dos hojas de la tapa.

Híceme construir un panteón en forma de templete griego, con su esbelta y graciosa cúpula; (todavía puede verlo el lector que tenga esta curiosidad, en el cementerio de ***). En su espacioso recinto no había más que una media mesa de mármol destinada á contener mi féretro. Suspendida sobre ella, y rozando con su borde, había una cadena de eslabones de hierro, que era llamador de una sonora campana establecida, con evidente anacronismo, sobre la cúpula del templete. Aquella campana se oye, no sólo desde la habitación del conserje del cementerio, sino que también desde todos los caseríos y alquerías situados en un radio de tres kilómetros en contorno.

La puerta del sepulcro era – y es – de encina chapada de hierro; y su fuerte cerradura, que resistiría toda violencia exterior, se halla dispuesta de modo que con la mayor facilidad puede abrirse desde la parte de adentro.

Juntamente con mi cadáver, se habían de depositar en el panteón, sobre una ménsula de piedra adosada al testero, á modo de altar, una botella de Jerez, un cajoncito de galletas, un frasco de éter, y una caja metálica de cerillas inglesas. Sobre un candelero, un grueso y largo cirio, y sobre un sillón de hierro, una amplia y mullida manta de lana.

Yo debía ser amortajado en traje de casa: mi gorro de terciopelo guatado, mi hermosa bata de paño bordado, también acolchada y forrada de seda; mis anchos pantalones, y mis pantuflas de piel. Al interior mi traje de punto de lana inglés. Prohibición absoluta de atarme las manos, ni sujetarme las mandíbulas, ni ponerme cosa alguna que pudiese pesar sobre mi cuerpo, ó entorpecer mis movimientos.

Además de esto, dejaba consignado en mi testamento, y una vez muerto yo, debería hacerse público por bandos, pregones y periódicos, que se daría un premio de mil duros al primero que acudiese en mi auxilio cuando sonase la campana de mi sepulcro.

Tomadas todas estas precauciones, que me costaron no poco tiempo de combinar, me sentí más tranquilo, y recobré poco á poco mi libertad de espíritu y mi buen humor. A mayor abundamiento, resolví no leer más relatos terroríficos de enterramientos prematuros, y casi llegué á olvidarme de la catalepsia y sus consecuencias.

Pero ¡cuán vana es la previsión del hombre contra su destino! A pesar de todo el anterior fárrago de precauciones, yo he sufrido los horrores inconcebibles, las angustias imponderables del enterrado en vida!

Al despertar cierta vez de uno de mis letargos, me encontré en medio de la oscuridad más profunda y el silencio más absoluto. Un acre olor de tierra húmeda me envolvía. Por mis manos, colocadas simétricamente sobre mi estómago, sentía el repugnante cosquilleo que sobre la piel produce el paso de algún insecto microscópico. Súbito, me asaltó la idea de la catalepsia, y por un movimiento instintivo extendí los brazos, que chocaron sobre unas tablas rudamente labradas, y húmedas. Quise incorporarme, y dió mi frente contra otro madero que servía, al parecer, de cubierta. Lleno de un terror que embargaba todo mi ser, quise gritar, pero la voz se ahogó en mi garganta, pues una especie de venda sujetaba mis mandíbulas.

Este último detalle, que recordaba yo haber observado en algunos cadáveres amortajados, acabó de anonadarme. Era indudable que, sorprendido por mi accidente letárgico en medio de personas desconocidas, yo había sido enterrado vivo. Aquel tosco ataúd no era mi elegante, rico y cómodo féretro; aquel pronunciado olor de tierra húmeda, me demostraba que yo no había sido enterrado en mi espacioso panteón, sino en una fosa común. ¡Sabe Dios cuántos pies de tierra gravitarían sobre mi caja!

Las ropas con que estaba vestido no eran tampoco las prescritas en mi testamento. Inútil era buscar el botón de marfil, llave maravillosa de mi ataúd, ni la cadena con que había de sonar el toque de alarma. ¡Toda esperanza era imposible! La horrible desgracia que tanto había temido siempre, era ya una realidad. Mis mejores amigos, lejos de mí, no podían acudir en mi auxilio. La junta funeraria, con tanto pulso por mí escogida, ignorante de mi situación, nada podía hacer por mí!

En un segundo, pasaron por mi imaginación todos los recuerdos más queridos de mi vida: el horror de aquel momento entonces presente, me hacía aparecer, por contraste, con más brillantes colores, y más atractivo aspecto, cuantas cosas había amado yo en el mundo, cuantas me hacían apetecible y venturosa la existencia! Y todo, todo perdido para siempre, y sin remedio!!

Ya en brazos de la desesperación, ya sin ninguna idea de ser oído, ya sin ninguna aspiración de socorro, rompiendo el dolor toda valla, subieron á mis ojos torrentes de llanto, y á mi garganta oleadas tales de sollozos, que al esfuerzo, aflojóse la ligadura que me sujetaba la barba, y rompí en ayes tan desgarradores, tan estridentes, tan estrepitosos, que...

A una clamaron varias voces:

–¿Qué es eso? ¿Qué ocurre? ¿Qué pasa? ¿Qué sucede?

Y de improviso, penetró la luz en aquel antro, y muchas manos me agarraron á un mismo tiempo, y mi cuerpo fué transportado en vilo al aire libre, bajo el cielo azul y el sol espléndido.

Yo, todavía sin poder hablar, sacudido por los sollozos, velada mi vista por las lágrimas, no me daba cuenta de lo que me sucedía, no recordaba nada de cuanto me rodeaba y apenas si conocía las facciones, para mí tan queridas, de uno de mis mejores amigos que, con el rostro inclinado sobre el mío me contemplaba con ansiedad, cogidas cariñosamente entre las suyas, tibias y suaves, mis manos frías y crispadas por el terror.

***

No sin esfuerzo recobré la calma, quedando aún por mucho tiempo quebrantado de cuerpo y de espíritu. Esto hizo que pasasen algunos días antes de que yo tuviese la explicación del terrible enigma.

Mi amigo Juan y yo, habíamos oído hablar tanto de las *tiradas* en la Albufera de Valencia, que entramos en deseos de asistir á una de ellas. Acompañados de un propietario de *marjales* en las cercanías de aquel hermoso y pintoresco lago, salimos de la ciudad en la tarde de un viernes del mes de noviembre, en un desvencijado y maltratado vehículo nombrado tartana, con dirección á un punto llamado el Puente de la Esperanza. Allí hubimos de tomar un barquichuelo plano que nos condujo á una *barraca* del pueblecito que se conoce con el nombre de *El Saler*, y teniendo por asiento una pequeña isleta húmeda y fangosa, está formado por chozas de pescadores y apeaderos de cazadores ricos de la capital. Cenamos tan copiosa como alegremente, oyendo los cuentos y agudezas de los *barqueros*, verdaderos prácticos del lago, tan diestros en el manejo de la escopeta como en el de la *percha*, y que si tienen extraordinario acierto para derribar piezas al suelo, no es menor su maña para hurtar las que otro hirió, bien sobrenaden, bien se zambullan hasta el fondo de cieno que forma el lecho del lago.

Era bien entrada la noche, y como la cacería se ha de hacer precisamente al romper el día, que es cuando las aves acuáticas dejando sus alcobas de espadañas levantan el vuelo en busca del cotidiano pasto, resolvimos irnos á dormir.

La barraca donde nos hallábamos, no era de ninguno de los allí presentes: un amigo del nuestro le había facilitado la llave, protestando de lo desmantelado de la casa; y con efecto, era ésta una pequeña construcción de madera que constaba de una sola pieza en la planta baja, con una chimenea en uno de los ángulos, y dos puertas simétricas, una á levante y otra á poniente. Allí estaba guardado el barquichuelo que tenía para su servicio el dueño de la casa, y que por medio de una suave y pequeña rampa era botado al agua y retirado de ella.

Un techo de tablas, bastante bajo, formaba el piso del departamento alto, especie de buhardilla á que en el país dan, si no recuerdo mal, el nombre de *sostre*. A lo largo de ambos lados de esta pieza, había construídos unos cajones á modo de literas de camarote, destinados á camas de los cazadores, y que se solían llenar de paja de arroz para darles alguna blandura, pero que en aquella ocasión estaban completamente vacíos. Casi inmediatamente sobre ellos venía el arranque de la cubierta ó techo de la barraca, y si en el centro, donde se hallaba la máxima altura, cabía andar de pie, aunque encorvando el cuerpo, en los lados, y sobre todo para meterse en las literas, era indispensable ponerse á gatas.

Uno de aquellos cajones fué mi lecho, sin visos de colchón ni cabecera, pues la manta de campo que llevaba, preferí echármela de cubierta, porque el frío era algo intenso.

Llegó la hora de partir, todavía de noche, y en vano trataron de despertarme: conoció mi amigo Juan que me hallaba sufriendo uno de mis accidentes letárgicos, y explicando á los demás, en breves palabras, lo que me sucedía, después de haber dudado si renunciarían á la tirada, en que no podía tomar parte, tranquilizados por Juan, que aseguró la ausencia de todo peligro derivado del letargo, resolvieron partir, cerrando con llave la barraca, y persuadidos de que estarían de regreso antes de que yo hubiese podido despertar.

Por accidentes propios de la tirada, que fué buena, retrasaron algo su vuelta, y dieron ocasión á que yo despertase completamente solo y en absoluta oscuridad y silencio. Las tablas con que mis manos habían tropezado, fueron las de la litera; el olor de tierra húmeda era el que en aquel país pantanoso se siente por doquier; la supuesta venda que me ataba las mandíbulas, no era sino un pañuelo que, en sustitución de mi gorro de dormir, me había puesto, atando sus puntas por debajo de la barba. Como la manta se me había caído, por no haber medio de sujetarla, yo, con el frío de la mañana, me había quedado rígido; la colocación de mis manos sobre el estómago, era debida á la estrechez del cajón, y á la posición en decúbito supino que forzosamente tenía que guardar.

Mi completa falta de memoria en tales accidentes, me había impedido recordar al punto todas las circunstancias de mi situación; y como la idea terrorífica de la catalepsia absorbió bruscamente, y de una manera avasalladora, toda mi actividad cerebral, ya no tuve juicio, ni reflexión, ni nada. Durante mis angustiosos esfuerzos llegaron mis amigos, y aunque bastante ruido hicieron al entrar, yo nada oí, presa como me hallaba del espanto. Juan y nuestro amigo valenciano habían subido á verme con cariñoso interés, y por mera curiosidad, dos de los barqueros, cuando yo rompí á sollozar, y esta fué mi fortuna de hallar tan pronto su auxilio y su consuelo.

Excusado es decir que allí terminó la jira, que se dispuso en seguida la vuelta á Valencia, y que tras dos días de reposo, guardando cama, me restituí á mis lares, donde necesité, como ya he dicho, bañarme durante algún tiempo en aquel ambiente de doméstico bienestar, de familiares recuerdos y de amistosos cuidados, para recobrar por fin, y para siempre, la más perfecta tranquilidad.

El ataque en la Albufera fué el último que he tenido.

y hace ya tantos años de esto, que me considero curado de mi *semi-catalepsia* y sobre todo de mi manía *catalepsiaca*. He roto mi testamento y las copias de mis instrucciones funerarias; he *disuelto* la junta que, por fortuna, no tuvo necesidad de constituirse jamás, y me he abandonado al destino, en cuanto al trance fatal é inevitable de mi muerte se refiere, no conservando como reliquia de tantas cavilaciones más que el famoso panteón, vacío.

Por muchos años que lo esté, si he de ser yo quien lo ocupe.

P. E. – VICTOR NAVARRO.



DIA DE FIESTA, cuadro de J. F. Engel

LITERATURA PELIGROSA

(ARTÍCULO CORRESPONDENCIA)

CARMEN Á EULALIA

Noviembre 1886

«Héteme aquí, mi querida Eulalia, definitivamente instalada en la casa paterna, bajo la férula de un padre que sueña en proporcionarme diversiones, al lado de un hermano, que aunque mayor que yo, me honra con el título de confidente y amiga y al cuidado de una respetable señora, que si gracias á los maravillosos inventos del siglo no peina canas, cuenta por lo menos diez sabrosos lustros cuidadosamente conservados.

Mimada por los tres, adulada en todas partes (se me antoja que no tanto por mi figura como por la buena posición de que goza papá) y circundada de la poética aureola que prestan los diez y ocho abriles, he de confesarte á tí, que eres mi hermana del alma, que graciosamente me aburro.

Dos meses apenas van transcurridos desde aquel venturoso y no menos aciago día, marcado con rosa y negro en el catálogo de las fechas memorables de nuestra vida, en que por una rara coincidencia abandonamos ambas á la par nuestro convento-colegio después de haber vivido, casi sin interrupción, diez años juntas, y ya he derramado sino las únicas lágrimas, las más amargas de toda mi vida. Tú, marchaste á sepultarte en la farmacia de tu cariñoso padre, entre ungüentos, pócimas y lenitivos, para vivir olvidada con tu espléndida belleza de inglesa entre los vericuetos de tu humilde lugar, y yo, vine á aturdirme entre el torbellino y el bullicio de la capital y á embriagarme, altivamente engalanada con mi tipo meridional, entre las emanaciones de la lisonja y de la adulación.

¡Cuántas ilusiones desvanecidas! ¡Cuántas esperanzas defraudadas! ¿Aquellos maravillosos proyectos, aquellas fantásticas escenas que de mancomún forjaba la soñadora fantasía de ambas? Pura quimera. ¿Recuerdas aquel poético *Trovador* que en una época de vacaciones leí en casa, que enternecida te relataba yo durante los ratos de asueto y que á ambas nos hacía derramar abundantes lágrimas? Vana ilusión. Ignoro si existe alguna Leonor, pero puedo asegurarte que desapareció por completo de nuestra insípida sociedad la raza de los Manriques. Ya no hay delirios de amor, huyó para siempre la época caballeresca Ah, ¿por qué no nací algunos siglos antes? No te rías de mis quiméricos deseos, pero en medio de cuanto me rodea, únicamente soy feliz cuando lejos de la sociedad, me encierro á solas con mis favoritos *Oscar y Amanda*, *Corina*, *Quintín Durward*, nuestro favorito *Trovador* y algún otro. Entonces mi soñadora fantasía se traslada á esas épocas caballerescas y mi alma embriagada en aquella deliciosa atmósfera, toda sentimiento, toda amor, toda poesía; es durante algunas horas completamente feliz. ¿Me dirás sin duda que el despertar ha de ser doloroso? No te engañas. Después de estos deliciosos éxtasis, es cuando más me hastía, más me aburre, esta prosaica sociedad que me rodea.

¿Pudiera yo, toda sentimiento, toda ilusión, enamorarme de alguno de esos zánganos cuidadosamente empaquetados entre el flotante pantalón y el ajustado chaqué, invariablemente calzado el guante color calabaza, prendida del ojal la indispensable florecilla, colgados aun ayer de las sayas de mamá y cometiendo hoy las mil necedades por sentar plaza de gastados calaveras? No y mil veces no. En los teatros, en las reuniones, á la puerta de la iglesia, en todas partes, te aguarda lo mismo: cuatro frases huecas y algunos gastados piropos repetidos hasta la saciedad.

Esto es abrumador. Si al menos te tuviera á mi lado, ¡ah! entonces tal vez se transformara en color de rosa lo que hoy veo con cristales ahumados.

No me faltan amigas, pero llenan tan poco esas amistades de cumplimiento... ¿Y cómo pudiera yo, hallar otra cual tú, mi Eulalia? Juntas crecimos, juntos corrieron los bulliciosos juegos de nuestra infancia, la igualdad de edades y caracteres afirmó más nuestro cariño y hasta esa misteriosa melancolía que envuelve á los hijos que vienen al mundo perdiendo á su madre la llevamos las dos impresa en nuestra frente.

Hace unos días... ¡bah! me había propuesto no decirte nada, porque no fuera la primera vez que creyendo hallar un algo, tropezara con la mayor de las vulgaridades. Piensa tan sólo que hay dos potentes *focos*, que con ser muy negros, alumbran y abrasan más que el sol, que se turban al tropezar con mi mirada, que mudos pero elocuentes leo en ellos, ora los vea melancólicos y tristes, ora animados y llenos de esperanza, un mundo de delirio y de pasión.

Exploremos. El hombre que no defina el amor como á puro sentimiento del alma, está perdido en mi concepto.

Adiós, mi querida perezosa; quedo estudiando el proyecto de olvidarte pronto, al mismo tiempo que aguardo impaciente esas impresiones *silvestres* que tanto te cuestan de hilvanar.

DE LA MISMA Á LA MISMA

Febrero 1887

Mi Eulalia, al fin soy feliz. ¡Amo y soy amada!

Tú que me conoces podrás pesar el valor de estas palabras dichas por mí. Creo no equivocarme, es nuestro tipo, ¿me entiendes? demasiado sé que sí. De fascinadora y lánguida mirada, negro cabello, elegante sin presunción, amante por naturaleza, sufrido sin ser cobarde, poeta sin pretensiones, canta con sentimiento y domina como maestro el violín y el piano; un pequeño lunar tiene sin embargo, es algo recio de cuerpo y no se llama Manrique, Gualberto, ni Arturo; se llama simplemente Pedro Lavalle, pero es tanto lo que me ama que he llegado á olvidar estos defectos.

El otro día... ya conoces mi carácter, me aburren las cosas sin sensaciones. Un amor sin peripecias, sin sobresaltos, se me antoja un jardín sin flores, ó por lo menos una flor sin olor. Salir, entrar, verse sin interrupción todos los días y jurarse amor todos los instantes, comenzaba ya á serme monótono. (Porque ya comprenderás que es el niño mimado de la casa, á papá lo tiene bobo con su talento y sus buenas notas, estudia el cuarto año de derecho; á Pepe, mi hermano, le da lecciones de violín y á doña Amparo, nuestra bondadosa ama de gobierno, la tiene enternecida ofreciéndole agua bendita en la iglesia y aguantándole las madejas de la calceta.) Te decía que el otro día (no me riñas, comprendo que soy muy loquilla) le impuse á trueque de un rizo de mis cabellos (por el que há mucho tiempo suspira) la condicion de no verlo por casa en quince días Fuí inexorable. Ni súplicas, ni promesas, ni juramentos, nada fué bastante á hacerme variar de resolución. ¿Qué hará? – pensaba entre mí gustando la punzante zozobra de la inquietud. – ¿Infringirá la orden? ¿Romperá la consigna?.....

Salí al balcón á contemplar la luna momentos antes de acostarme. Eran las doce. Un bulto se recostaba en la esquina cercana; su negra silueta se dibujaba en la acera, una mirada sombría pareció atravesar la distancia que nos separaba y clavarse en mis pupilas en ademán suplicante. Contemplé breves momentos el astro de la noche y cerré el balcón sin darme por aludida.

Así pasaron ocho días. En el paseo, en misa, en el teatro, en todas partes donde yo me hallara, estaba él, frío, inmóvil, con sus negros ojos clavados en mí. Llovieron cartas, billetes y al fin mi hermano reprochando mi proceder me obligó á levantarle el destierro.

¡Oh mi encantadora rubia, cuán feliz fuí en aquellos momentos!

Estaba horriblemente pálido; en sus ojos se leía el insomnio y la desesperación. Tomóme ambas manos en un arranque de mudo dolor y dos ardientes lágrimas rodaron por sus mejillas produciendo al caer un ruido seco cual amargo reproche á mi cruel proceder.

– Un día más – dijo con voz ahogada – y ya era tarde.

– ¿Cómo? – exclamé yo temblando. – Un nuevo alistado en el banderín de Ultramar, ó un ser más levantándose la tapa de los sesos. – ¡Loco! – grité estrujando sus manos entre las mías temiendo se me escapara.

Y como justo galardón á tan heroico sacrificio le entregué mi retrato y un ramalito de mi trenza sujetos con la siguiente inscripción: «tuya ó de nadie; tu amor ó la muerte.» Trémulo, delirante de pasión, juróme un amor eterno, sin límites, y desde aquel día veo en él el verdadero ideal de mis ensueños de adolescente.

Cuéntame cuanto te ocurra con esos buenos lugareños, que por tu interminable silencio colijo cuán por completo te roban á mi cariño.

EULALIA Á CARMEN

Mayo del mismo año

Mi inimitable cómica, mi gran artista. He reído y he llorado leyendo tu deliciosa epístola. ¡Cómo juegas con la pasión de ese pobre joven cual si fuera una pelota! Ten cuidado no te lastimes, porque esas armas de dos filos suelen ser de peligroso manejo y estaría inconsolable si tal sucediera.

Aquí, mi caprichosilla, simplemente vegetamos, cambiando de tono como el tiempo.

Lo primero que encontré al llegar á casa sobre el velador de mi cuarto ¡pásmate! fué el *Quijote* del inmortal Cervantes. ¡Pobre padre! creyó sin duda proporcionarme un buen pasatiempo y no hacía más que bostezar cada vez que lo abría. ¡Cuán grabadas estaban aún en mi mente aquellas deliciosas escenas que tú me describías entre



LA TENTACION DE SAN ANTONIO, cuadro de Pedro Saenz, grabado por Sadurní

Premiado en la Exposición Universal de Barcelona, 1888

el enamorado Manrique y la sentimental Leonor, para que pudiera yo saborear los refranes de ajo y gazpacho del buen Sancho! Nada, que lo empecé cien veces y otras tantas lo tuve que dejar, y eso que en toda la casa no hallé más que un tratado de medicina legal de Mata y otros *librotes* por el estilo, que maldito si me importaban un ardite.

Por la noche (y ahora sí que te ríes de tu provinciana) se reunen en torno del clásico tapete unos cuantos amigos viejos y jóvenes de papá, se juega al solo, á la mona y alguna vez (si hay faldas) á prendas.

Y precisamente en ese juego fué... ¡bah! no es como el tuyo, elegante, músico, poeta; es simplemente el notario de la población, con sus veintisiete años, de mediana estatura, cabello castaño (descuidadamente alisado), ojos del mismo color (ni grandes ni pequeños), escaso bigote, vestido á la usanza del país y con una conversación... antes indiferente para mí, pero armoniosa y persuasiva hoy que comprendo habla el lenguaje de la verdad.

Le gusté, no me desagradó, y entre sacarme á salvo de las peripecias del juego, y hacerme el blanco del rescate de sus prendas, nos llegamos á comprender. No le pido sacrificios, ni me los pide; no nos hacemos juramentos, ni deliramos con nuestra pasión; sencillamente procuramos complacernos y amarnos.

Papá, que se fastidia de verse siempre tan solo, ha fijado nuestra boda para el próximo otoño.

Y mientras tú con tu poeta te elevas por las nubes de tu fantasía embelesada con sus odas y sus arias; yo me abato por los suelos de la realidad, entre los citratos y los sinapismos de papá y los protocolos de mi notario.

Mi Andrés (que en gusto literario es tan prosaico como su figura) me regaló el otro día con unos tomitos de algunos artículos escogidos de las *Escenas Matritenses* de Mesonero Romanos. ¡Qué naturalidad! ¡Qué elegancia de estilo! ¡Qué castizo en el lenguaje y cuánta verdad! Estoy radicalmente curada. Chica, comprendo que estábamos enfermas de imaginación; así que no tardes en leerlos y tal vez te reirás de lo mismo que hoy aplaudes. Yo de mí, sé decirte, que me ha quitado hasta el más pequeño resabio de aquellas románticas ideas que tan embobadas nos tenían á entrambas.

Y hasta aquel mismo *Quijote* (no há mucho tiempo tan maltratado por mí) es hoy (por doquiera que lo abro y que lo leo) un manantial de deleites y una fuente inagotable de melodiosos modelos literarios.

Si no me quitan el gusto pienso hacerte una visita con mi futuro en cuanto me case. Aguardo tu opinión.

CARMEN Á EULALIA

Agosto del mismo año

Todo acabó para mí. Aun resuenan en mis oídos cual sardónicas carcajadas mis placenteras frases de ayer. ¡Ah mi Eulalia! temo empezar, porque de cualquier manera que empiece lo he de hacer maldiciéndole. Mide por ello la eterna noche de mi pecho, lo terrible de mi dolor y la inmensidad de mi pena.

¡El pérfido!... ¡el perjuro!... ¡el fementido!... ¡el ingrato!... Todo es poco, Eulalia mía, para anunciarte su inicuo proceder.

¡Y yo que le amaba tanto!...

Llegó la temida época de vacaciones, marchó al hogar paterno, nos juramos cuanto se puede jurar, fué fiel breves momentos, decayó su constancia á los pocos días, y cuando anhelosa, agonizante, aguardaba la fatal nueva de una penosa enfermedad, sé, por quien le conoce y le ha visto, que posponía mi amor, mis juramentos, mis ilusiones... ¡ah!... me tiembla la pluma al trazarlo, me olvidaba por los rosados calzoncillos de una bailarina... ¡Eulalia!... ¡Eulalia!... tú que sabes cuánto le quería y á qué altura rayaba mi orgullo, comprenderás qué herida habré recibido con tal afrenta.

Mi sentencia está firmada. Mi pobre hermano habrá sido el inconsciente instrumento de mi última resolución. Trajo el otro día la famosa novela de Pachot *Las ruinas de mi convento*, y yo, anonadada, autómata de tanto sufrir, abro el libro, recorro maquinalmente la vista por sus páginas, leo después y lloro al fin.

Seré monja. Aunque su amor no haya sido el de Manuel, yo seré una nueva sor Adela en el claustro. ¿Te acordarás de tu desdichada amiga?.....

No vengas á verme, porque á pesar de las furtivas lágrimas de mi pobre padre y de la actitud sombría de mi hermano, estoy resuelta. Antes de terminar el año habré entrado en un convento. Allí tu amiga, sin amor, sin ilusiones, con un abismo en el alma y un cadáver en el pecho, rogará también por tí.

EL AUTOR AL LECTOR

Carmen no llegó á atravesar los umbrales del claustro. La terrible sacudida que acababa de experimentar conmovió de tal manera su delicada naturaleza que la condujo á las puertas de la muerte. Llegó á tiempo un joven doctor de creciente fama, que al arrebatar su presa á las parcas, salvó el abismo de su alma casándose con ella.

Curada Carmen de su romántica pasión, quiso hacer auto de fe con aquellos libros (motor principal, según ella, de su pasado desvarío), pero una mano experta, que bien pudo ser la del médico redentor secundado por el buen sentido de Eulalia (que al saber la infausta nueva voló al lado de su amiga), los salvó de la catástrofe, alegando en su defensa, que si alimento sobrado fuerte para su débil cerebro, no por eso dejaban de ser preciadas joyas literarias.

FRANCISCA SANCHEZ DE PIRRETAS.

NOTICIAS VARIAS

EL TRABAJO MUSCULAR DE LOS ASCENSIONISTAS. – La energía muscular desarrollada por el hombre en determinadas condiciones es á menudo sorprendente, pero hasta ahora no ha sido, que sepamos, expresada en cifras que faciliten la comparación. El doctor Buchheister ha calculado recientemente el trabajo realizado por los que hacen la ascensión de una elevada montaña. Suponiendo que un hombre cuyo peso sea de 75 kilogramos suba á una altura de 2.135 metros, producirá un trabajo efectivo de 160.000 kilográmetros efectuado principalmente por los músculos de las piernas. Pero es preciso también contar el trabajo de los músculos del corazón cuya función consiste en producir la circulación de la sangre por las arterias y por las venas. La velocidad inicial comunicada á la sangre es de unos 45 centímetros por segundo y representa, teniendo en cuenta el volumen de la sangre puesta en movimiento á cada pulsación, un trabajo de 0'55 kilográmetros. El término medio de las pulsaciones de un adulto es de 62 por minuto, pero con la ascensión aumenta considerablemente este número: suponiendo, pues, 100 pulsaciones por minuto, el trabajo de la circulación durante las 5 horas (duración media probable) de la ascensión es de 16.500 kilográmetros. A estas cifras hay que añadir el trabajo de los músculos respiratorios que cabe estimar en 0'55 kilográmetros por aspiración: contando 25 aspiraciones por minuto, aquél representa 4.125 kilográmetros. De modo que el trabajo efectuado en las 5 horas de ascensión es por lo menos de 180.000 kilográmetros. Agregando á esto el trabajo que representan el roce con el suelo, los esfuerzos para guardar el equilibrio etc., etc., cuya estimación precisa es difícil, el doctor Buchheister deduce que una ascensión de 5 horas á una altura de 2.135 metros representa 190.000 kilográmetros desarrollados con una potencia media de 10'5 kilográmetros por segundo.

(De *La Nature*)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



AÑO VIII — BARCELONA 30 DE DICIEMBRE DE 1889 — NÚM 418

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

LA MANZANILLA, cuadro de Francisco Masriera, grabado por Bong

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

LA MANZANILLA

cuadro de Francisco Masriera, grabado por Bong

Una guitarra, una chaqueta de torero, una caña de manzanilla y una hermosa maja, es decir: la música popular de nuestra tierra, el espectáculo nacional de nuestro pueblo, el vino que alegra nuestras típicas *juergas* y la belleza indígena de nuestro suelo, orgullo de propios, admiración de extraños y encanto de todos. El cuadro *La manzanilla*, resulta una joya artística, un tesoro de gracia, un modelo de género español dibujado con corrección y elegancia irreprochables y pintado con la brillantez de colores que ya es proverbial en Masriera.

MENDIGO, dibujo de A. Fabrés

Con su nuevo dibujo justifica Fabrés una vez más los elogios que en distintas ocasiones hemos tenido el gusto de prodigarle y que por no incurrir en repeticiones no reproducimos ahora.

La figura de su mendigo es por demás interesante: su venerable rostro, bajo cuyos cerrados párpados se ocultan unos ojos sin vida, inspira respeto y lástima profunda, porque á falta de otra tiene la melancólica expresión del que vive condenado á la más terrible de las tristezas, á la oscuridad eterna, y los que tenemos la dicha de extasiarnos ante las prodigiosas bellezas de la creación, no podemos menos de estremecernos al pensar en los martirios del que se ve privado de gozarse en la contemplación de tantas maravillas.

INVIERNO, PRIMAVERA, VERANO, OTOÑO

dibujos de F. Urgellés de Tovar

Las inspiradas poesías que acompañan á los dibujos de nuestro distinguido colaborador nos relevan de entrar en explicaciones de estas composiciones bellísimas, llenas de sentimiento y ejecutadas con verdadero amor.

¡Qué podríamos decir nosotros para describirlas que no lo digan infinitamente mejor las armoniosas estrofas del Sr. Chaves!

BUFFALO BILL

La presencia en Barcelona de la compañía que dirige el intrépido coronel Cody, más conocido con el nombre de Buffalo Bill, y el interés que sus nuevos y arriesgados ejercicios ofrece, nos han movido á publicar la lámina que en su lugar reproducimos y á consignar en esta sección algunos datos acerca de la personalidad del director y algunos detalles sobre el espectáculo.

Buffalo-Bill (ó sea Guillermo el Búfalo, sobrenombre que se le dió á causa del número considerable de búfalos que mató durante su accidentada existencia de cazador y de jefe de exploradores) es de elevada estatura, de musculatura de acero, mirada franca, rostro bondadoso, cabellera larga flotando sobre sus espaldas, gracioso, esbelto y elegante: en suma, un cumplido caballero.

Dueño de una gran fortuna, miembro del Parlamento á donde le llevaron los sufragios de sus compatriotas agradecidos á los inmensos servicios que les había prestado, concibió el coronel Cody la feliz idea de reproducir en todos sus aspectos, con la más escrupulosa exactitud, la vida original y peligrosa de sus compatriotas del Far-West y las luchas que hubieron de sostener con sus implacables enemigos, los pieles rojas, y asociado con M. Note Salsbury, eminente actor americano, y con M. Crawfort, renombrado escritor y periodista de gran talento, ha podido ver realizado su proyecto organizando una compañía completa y presentando un espectáculo cuyas principales escenas reproduce nuestro grabado, en donde, además, se ven los retratos del coronel y de *Camisa encarnada*, jefe de los salvajes.

El cambio de caballo es un episodio del sistema de correo tal como se hacía en aquellas inmensas llanuras americanas antes de que por ellas circulara la locomotora; la captura de los caballos salvajes y de los búfalos por medio del lazo es uno de los cotidianos ejercicios de esos cow-boys en cuyas manos es el lazo un arma tan terrible como el rifle: finalmente las danzas de los pieles rojas simulan cazas con arco y flecha y encarnizados combates en los que los gritos más estridentes desempeñan un papel tan importante como las armas mismas.

La reproducción de estas escenas constituye un espectáculo extraño y original que interesa y sorprende. Con tales elementos y con la manera admirable cómo los ejercicios se ejecutan es natural que Buffalo Bill y su compañía hayan obtenido extraordinario éxito en todas las ciudades en donde hasta ahora han trabajado.

LA FUENTE DE LA TORRE EIFFEL

No nos encargaremos de hacer la descripción de esa obra, que no es en realidad brillante, y mejor será reproducir la más corriente, que dice así: «Sobre un gran pilón, cuatro figuras prolongadas, en actitudes que recuerdan el estilo de Miguel Angel, representan los cuatro puntos cardinales: en el centro, sobre un globo terrestre medio oculto entre nubes, la Noche está echada, tratando de retener al genio de la Luz, adolescente que empuña la sagrada antorcha; y debajo se ve el genio de la Verdad, con un espejo en la mano, sumido entre sombras. Es la noche que domina al antiguo mundo, meciendo á los hombres con sus engaños; pero el día nace sobre el mundo nuevo.»

No se comprende muy bien la propiedad de esta alegoría trascendental en una fuente destinada tan sólo á refrescar el aire, formando perspectiva. La más simple lógica exige que los accesorios decorativos se hallen en relación con el objeto á que se aplican. Por lo demás, esa fuente, singularmente inspirada por la tumba de los Médicis y las manoseadas fantasías de Carrier Belleuse, no se presta bien á los juegos de agua, y parece por sus disposiciones generales el ensanchamiento desmesurado de una bandeja de orfebrería ó de un péndulo de Serres en ramillete.



PALACIO DE LA ALIMENTACIÓN EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS DE 1889

EL PALACIO DE LA ALIMENTACIÓN en la Exposición de París

LOS JURADOS

Había pasado dos horas visitando el Palacio de Bellas Artes de la última Exposición Universal de París en compañía de mi mejor amigo; y tal fué el vago sentimiento de indignación que se apoderó de mí desde que entré en aquel recinto, que al cabo de ese tiempo no pude resistir al deseo de manifestar mis impresiones. Parecíame que la supervivencia obstinada del arte en una época racional en que nadie le necesitaba ya, era un escándalo de los más aflictivos. ¿No nos resignaríamos á reconocer muy pronto que nuestro siglo puede ocuparse en algo mejor que en estimular á los artistas, puesto que cuanto hacen se reduce á una forma anticuada de la civilización, forma que ha dejado de responder á todo hace mucho tiempo? Cuando nos es preciso correr y luchar durante todo el día para que nadie nos aventaje en el gran *steeple chase* de la existencia ¡cómo obligarnos á pensar en cosas absolutamente inútiles, buenas tan sólo para la época de los *dilettanti* y de los ociosos! No; es forzoso que esto concluya! El arte de hoy no se aviene ya con nada, como no sea con Abelardo, de cuya esterilidad participa.

Pensaba todo esto, y se lo dije á mi mejor amigo, confidente habitual de mis convicciones, y que es lonjista. Ha elegido esta profesión porque ha comprendido muy bien que hoy día era la única que, sin acaparar todo el espíritu, dejaba algún tiempo para las meditaciones elevadas. ¿Cómo ocuparse de cosas que no interesan cuando uno es funcionario público, obrero, soldado ó letrado? Es preciso pensar continuamente en sus propios asuntos, ó bien reposar, reflexionando sobre los venideros. Sólo el lonjista se entrega á la meditación; la casa sigue progresando poco á poco; la mujer procura hacerla prosperar; los dependientes le sirven con las mayores señales de respeto; y mi hombre, teniendo tiempo de pensar, aprovéchale con frecuencia.

–¡Ah! me contestó mi amigo, ¡cómo se conoce que usted es poeta! Todas sus ideas se fijan en un punto, y no echa de ver lo que pasa alrededor. Sin duda ha caído en desuso el arte de que V. habla; pero solamente ese arte, porque es herencia de los tiempos antiguos, y no ha podido adaptarse á las nuevas necesidades de la vida. Ese arte no es el único: junto á él se ha elevado lentamente otro más apropiado á nuestra sociedad moderna. Dice usted que es inútil, y por desgracia se ha de reconocer, en efecto, que el arte de otra época no sirve hoy de nada. El mundo prescindiría muy bien de todos esos hermosos cuadros, de esas estatuas de mármol ó de bronce, y ganaría con ello; pero ¿quién le probará á V. que el arte no puede llegar á ser útil, sin dejar de ser agradable, recreando la vista sin perjudicar los intereses de cada cual? Sígame V.; voy á enseñarle el arte futuro.

Mi amigo me condujo por el arco, en lo sucesivo legendario, de la torre Eiffel, cuya altura me hizo admirar al paso. Una vez en el muelle, nos dirigimos por la derecha, y después de haber dejado atrás el Panorama Trasatlántico se me invitó á entrar en un enorme edificio con una fachada enfrente del Restaurant Húngaro y otra, de deslumbradora blancura, sobre el Sena que le daba cierta semejanza con un palacio veneciano.

– He ahí, díjome mi amigo, el verdadero Palacio de las Bellas Artes modernas.

Habíamos entrado por la parte de dicho restaurant, y por lo pronto ví dos inmensas salas, una á la izquierda y otra á la derecha de la puerta; la primera parecía una fábrica, donde varios obreros hacían funcionar innumerables ruedas, poleas y máquinas de vapor; el conjunto era notable, mas no ví arte alguno.

– Esa fábrica no existe, dijo mi amigo; esto ha sido para V. una ilusion de óptica. A la derecha no hay más que un gran cuadro, pero pintado con tanto genio, que usted cree ver el interior de una fábrica verdadera.

Reconocí que tenía razón: los obreros, las máquinas, las ventanas y el humo, todo esto se había pintado en el fondo de la sala; y debí confesar que los cuadros del Palacio de Bellas Artes no me habían producido una ilusión semejante.

– Pues los cuadros no deben servir para otra cosa, observó mi amigo, puesto que la pintura no ha tenido hasta ahora más objeto que producir la ilusión. Y advierta V. que ese cuadro es muy instructivo, porque representa el interior de una de las fábricas de chocolate que más honran á Francia.

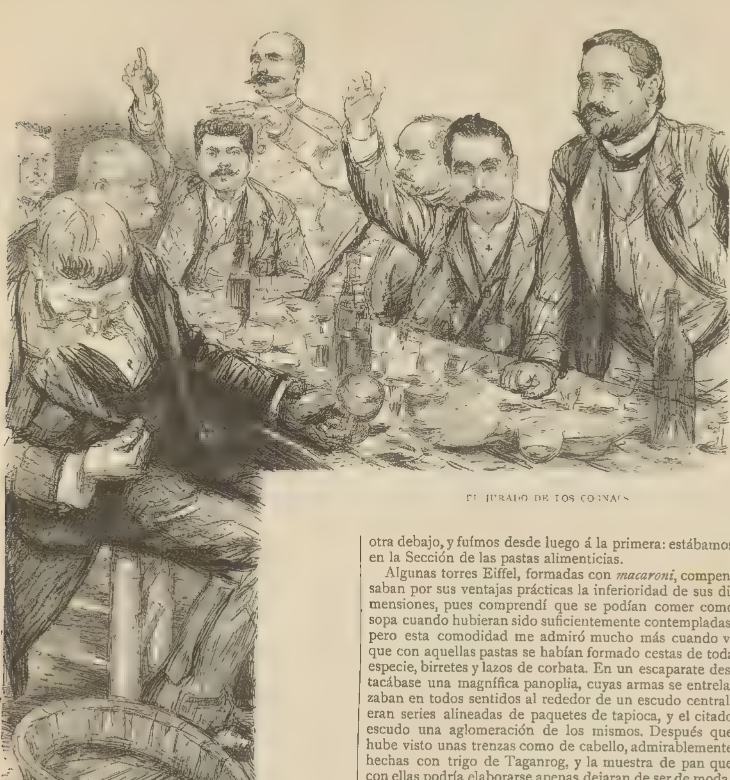
Avanzábamos por la sala de la izquierda, y mi amigo me mostró una colosal cafetera roja, cuyo cañón, muy largo, la enlazaba con otra.

—Ahí tiene V. más arte, díjome mi compañero; el fabricante de alcohol no tenía necesidad de dar esa forma á su retorta, y solamente lo ha hecho para recrear la vista, mezclando lo agradable con lo útil.

Apenas acababa de hablar, fijé la atención en un arco



FABRICACIÓN DE BIZCOCHOS EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS



EL JURADO DE LOS COÑACS

de triunfo, cuyo variado color atrajo mis miradas; los cuatro pies eran de un tinte verde oscuro, con puntos dorados y plateados; la bóveda tenía forma redondeada, y en el centro habíanse esculpido dos hermosas mujeres que invitaban á beber. Los pies se componían de botellas de champaña mezcladas con ramaje, y la bóveda era un gran tonel lleno del mismo líquido, formando el interior del arco otro tonel más pequeño, en el que cualquiera podía sentarse y apagar la sed mediante algunos céntimos.

Desde aquel momento mi amigo no me dijo ya nada: me había convencido.

Continuando nuestra marcha, llegamos á un vasto salón, cuyas paredes ostentaban pinturas al fresco, representando tahoneros, pasteleros y barquilleros, con tal naturalidad, que parecían vivos. ¿Por qué me impresionaron tanto aquellos frescos, y cómo pude apreciar su mérito? Fué sin duda porque mientras los miraba percibí un apetitoso olor de tahona y de pastelería; y era que debajo de aquellas figuras se elaboraban verdadero pan y verdaderos pasteles que mujeres encantadoras se encargaban de vender. La obra de arte se me aparecía bajo su verdadero aspecto y salí de allí comiéndome un barquillo.

La sala que yo acababa de visitar tenía otra encima y otra debajo, y fuímos desde luego á la primera: estábamos en la Sección de las pastas alimenticias.

Algunas torres Eiffel, formadas con *macaroni*, compensaban por sus ventajas prácticas la inferioridad de sus dimensiones, pues comprendí que se podían comer como sopa cuando hubieran sido suficientemente contempladas; pero esta comodidad me admiró mucho más cuando ví que con aquellas pastas se habían formado cestas de toda especie, birretes y lazos de corbata. En un escaparate destacábase una magnífica panoplia, cuyas armas se entrelazaban en todos sentidos al rededor de un escudo central: eran series alineadas de paquetes de tapioca, y el citado escudo una aglomeración de los mismos. Después que hube visto unas trenzas como de cabello, admirablemente hechas con trigo de Taganrog, y la muestra de pan que con ellas podría elaborarse apenas dejaran de ser de moda, comprendí que las pastas alimenticias eran para el arte futuro una materia inapreciable.

¡Cuánto les aventajan, sin embargo, el alajú, ó pan de especias, y el hojaldre! He visto un águila apoyada en dos globos terrestres, símbolo de ambos mundos; este grupo dominaba un majestuoso pedestal en que los tonos rojos y amarillos se confundían en mil tintes delicados; el pedestal componíase de cajas de hojaldres, que constituían el color amarillo, y que festoneadas de felpa, variaban á lo infinito las líneas de puntos rojos. Un poco más lejos pude reconocer que los bizcochos servían muy bien para formar rosetones, y que los hojaldres reconstituían admirablemente, sin auxilio alguno, castillos del Renacimiento, bastando así un poco de azúcar y de angélica, con un pedazo de alajú, para representar la Exposición de 1889, el Campo de Marte, las verdes praderas y las damas paralíticas que van en cochecitos.

La Sección de conservas me reservaba otras alegrías, y solamente allí híceme cargo del alto valor artístico de los guisantes, de los nabos y de las cabezas de ternera. Jamás había visto armonía de colores tan diversos ni tan esencialmente estéticos: los montones de guisantes, elevándose junto á otros de cangrejos y langostas, mezclados con cabezas de ternera, confundían sus diversos tonos; mientras que los manojos de legumbres, reproduciendo en pequeño el mismo efecto del kaleidoscopio, impresionábanme agradablemente, como debió suceder á los fieles del siglo XII al contemplar los vidrios de sus catedrales. Un negociante se había excedido, agregando la línea al color, como lo hizo en otro tiempo Leonardo de Vinci: en sus grupos, los nabos estaban cortados en forma de rosas; las cabezas de ternera representaban estrellas; en los tomates veíanse esculpidas las señas de la casa; y en el fondo blanco de las alcachofas destacábanse manchas rojas y negras, como los corazones de los grandes místicos de la Edad media. En otro lugar se habían dispuesto las cajas de conservas de manera que formaran un salón; admirables colgaduras de terciopelo azul y sonrosado tapizaban las paredes; en el centro elevábanse jarrones de flores y grandes arbustos; y acá y allá, algunas cajas derechas similaban en cierto modo señoras en visita, que hablando mal de los ausentes esperan la hora de tomar el te.

Naturalmente estaba reservado á las más grandes cosas hacer gala de las más elevadas ideas en semejante concurso artístico; y bien podemos decir que jamás los colores fueron elegidos por mano de pintor más hábilmente que los frutos confitados por la mano de nuestro célebre lonjista nacional. Columnas de todos los estilos, desde el romano más austero hasta el más churrigueresco, fuentes y urnas de toda especie, presentan un conjunto de aspecto sensual y de singular atractivo, con los granos de azúcar que brillan acá y allá como un tenue polvo de plata. En un escaparate que hay más lejos se ve el triunfo de la pintura, es decir un admirable cuadro hecho con pequeños hojaldres de color de rosa, amarillos, blancos y azules, circuídos de un marco de estilo Luis XV construído con azúcar, en el cual se destacan guirnaldas de angélica y de almendras.



UN CATADOR

Acababa de ver escaparates formados con bizcochos; y la restauración de ese antiguo ramo de nuestra industria nacional me impresionaba agradablemente, cuando de pronto observé que otro expositor intentaba á su vez la resurrección de un arte no menos antiguo y no menos precioso: el mosaico. Permanecí largo tiempo extasiado ante dos grandes mosaicos de una riqueza de tonos tan vibrante y armoniosa, que apenas podía creer que se hubiesen hecho únicamente con *julienne*, es decir con esos pedacitos de legumbres que mi cocinera se obstina de continuo en servirme como sopa. Sin embargo, no se podía dudar; aquello era *julienne* y nada más, y confieso que la obra me dejó estupefacto. Entonces reflexioné cómo la gente de otro tiempo había deteriorado los más hermosos mosaicos de las iglesias italianas, hollando sin escrúpulo su suelo con los zapatos llenos de lodo; y pensé que el mosaico que veía, á la vez que era una obra artística, sería útil en lo sucesivo para mejorar ciertas costumbres. Todos tendrán cuidado de limpiarse los pies antes de apoyarlos, pensando en los futuros banquetes en que se ha de comer una parte de ese maravilloso pavimento. Un mausoleo de cacao, rodeado de ramas pendientes del árbol de este nombre, formaba sauces llorones; y esto me contristó un momento. ¿Por qué las ideas lúgubres se han de asociar siempre con nuestras más hermosas fiestas?

Por fortuna, pronto me sacó de mi melancólica meditación un admirable conjunto arquitectónico: en todos los ángulos de un cuadro de escaparates, en cuyo centro se elevaba una gigantesca columna de Julio (los leones eran de chocolate descubierto, y la columna de chocolate envuelto en papel de múltiples colores), pude contemplar templos egipcios en pilones de azúcar, *chalets* suizos formados con almendras garapiñadas, y castillos feudales construídos con albaricoques confitados.

Me bastó después pasar por una enorme puerta romana, construída con tabletas de chocolate, para ver diversas concepciones deslumbradoras. Una Juana de Arco de grandes dimensiones, también de chocolate, empuñaba altivamente una colosal bandera de la misma sustancia; y apenas hube saludado con cariñoso respeto á la viril heroína de nuestra historia, divisé una de mis obras artísticas predilectas. Era el niño con blusa, que sonríe maliciosamente, cerrando á medias los ojos, mientras chupa una apetitosa barrita de regaliz; mas el chico no era de esta sustancia, sino el original de que había visto ya mil reproducciones, y que como ellas, estaba vaciado en barro, es decir esculpido por un individuo del Instituto. La presencia inmediata de barritas de regaliz, semejantes á la que el niño chupaba, me hizo apreciar mejor que antes la intensidad de la alegría que aquél debía experimentar.



M. STEURS (de Bélgica) PRESIDENTE DEL COMITÉ DE DEGUSTACIÓN

Entonces ví las obras maestras del licor: frascos de las más graciosas é históricas formas mezclaban sus bonitos colores verdes, amarillos, azules y rojos, formando un conjunto deslumbrador de brillantes matices, bajo la presidencia benévola, pero digna, de Mr. Carnot, cuya cabeza formaba el cuerpo de una botella de curazao.

—¡Basta! exclamé; hasta el sentido de lo bello tiene sus límites; estas son demasiadas maravillas para verlas de una vez.

Mi amigo no contestó, pero hízome bajar dos pisos, y penetré en una sala baja situada á orillas del Sena: allí me esperaban las maravillas de la bebida.



¡EXQUISITO!

Los cerveceros franceses tienen demasiado qué hacer en su lucha contra la terrible competencia de las cervezas salicilatadas de Alemania para que podamos censurarles por no haber tomado parte muy activa en ese movimiento de progreso que tanto hace brillar á los demás represen tantes de las industrias alimenticias. Mientras que los fabricantes de chocolate y de pan de especias construyen con sus productos péndulos ó estatuas, los cerveceros se limitan á ofrecer á los visitantes sus líquidos por la ínfima cantidad de 15 céntimos el vaso. Yo he probado todas las cervezas, y puedo decir que son excelentes; las alemanas deprimen la imaginación, mientras que las otras la alegran, á menos que esta feliz consecuencia deba atribuirse á los coñacs, que también probé después en una cripta romana, formada toda ella con frascos de aperitivos, ó á las guindas en aguardiente, de las cuales probé varias especies frente á una columna funeraria construída únicamente con botellas de digestivos.

Los vinos del Mediodía no habían faltado á la reunión, y hallábanse allí bajo la forma arqueológica de una de las puertas de la ciudad de Narbona. Aunque los alemanes supieran fabricar tan buen vino y tan seductoras botellas, siempre les faltaría el arte para servirse del uno y de las otras en la construcción de tan magníficas puertas.

Largo tiempo me detuve en un salón adornado con divanes de terciopelo color oscuro que invitan á dormir la siesta, y donde se prueba el champaña. Salí de allí para penetrar en el último compartimiento de aquella galería inferior, donde creí ver, á través de los recuerdos de mis catas, algunas de las más asombrosas obras maestras del arte moderno que mi amigo me había revelado: era una fortaleza formada con tapones, en que varios grupos de cera figuraban obreros con verdaderas botellas de verdadero vino en las manos, y todo cuanto puede sugerir á un industrial de genio el doble deseo simultáneo de contribuir al progreso del arte de su país, dando á conocer su fábrica de champaña.

Poseído de entusiasmo salí al fin de allí. Mi amigo había catado menos que yo, y mis movimientos parecían inquietarle.



EL VICE-PRESIDENTE CATANDO COGNAC DE 1815

De pronto tropezamos con un numeroso grupo de caballeros de alegre semblante y aspecto sumamente simpático sino por otra cosa por el aire de satisfacción que todos ellos revelaban.

– ¿Quiénes serán? – pregunté á mi acompañante.

– ¡Son los jurados! – contestóme con acento en que se mezclaban el respeto y su poquillo de envidia.

– ¡Felices ellos! – No se me ocurrió otra exclamación.

Pero más tarde recordando las fisonomías de aquellos individuos que quedaron grabadas en mi memoria y reconstituyendo en mi imaginación las escenas de la degustación en que fueron los principales actores, me he complacido en reproducir unas y otras por medio del lápiz para que los que lean estas líneas puedan conocer á esos respetables miembros del Jurado encargados de emitir su fallo sobre las armas más esenciales para sostener la lucha por la existencia.

Una vez en el coche que debía conducirnos, no cesé de manifestar mi admiración por todo cuanto había visto, tanto que al llegar á la esquina de la calle, el cochero, que me había oído, detuvo su caballo y díjome, inclinándose en el pescante:

—¡Ah, caballero, con que ha visto V. el Palacio de la Alimentación! Yo también le visité el día de nuestra famosa huelga, y estuve allí algunas horas. ¡Ah, qué fiesta! Me comí una bandera de Juana de Arco, parte de un marco Luis XV, y el capitel de una columna corintia. En cuanto á la bebida, apuré una centésima parte del Arco de Triunfo, media barba del presidente Carnot, y una buena porción de la puerta de Narbona. ¡Y me quedo corto!

T. DE W.

NIHIL NOVUM SUB SOLE

Hace unos días, ó unas semanas, ó algunos meses, ó años quizás, pues esto poco le importa al lector, que los diarios extranjeros y también los nacionales se han ocupado de una atrevidísima operación quirúrgica llevada á cabo por sabios profesores, operación que ha llamado poderosamente la atención de la Academia de Medicina de París.

¡Ahí es nada lo del ojo!

O por mejor decir, de los ojos.

Se trata nada menos que de injertar ojos.

¡Casi nada es lo que han descubierto los sabios injertadores!

Ya no habrá ojo ciego, ni ojo tuerto. Lo que todavía no se ha descubierto es evitar que haya ojo bizco.

Pero el fin del progreso nadie lo ha visto ni verá.

Quién sabe si con el tiempo se hablará de la raza de los *bizcarrondos* como hoy hablamos del paraíso; es decir, como de cosa perdida.

Y esto de perdida, no se tome como alusión á la amante de la *culebra*, y mal año tenga quien no adivine quién es ella.

El hecho es que gracias á la ciencia, ya no habrá vistas de aduanas ciegos, ni ciegos con vista de lince. Para siempre se habrá concluído la casta de los tuertos de *mala sombra* y todo el mundo verá.... lo que le convenga, y cuando así no sea será por lo que Dios quiera.

Mas basta ya de preámbulos y vamos al caso, que es peliagudo; caso séptimo de la declinación gramático capilar.

Ha dicho la ciencia médico-quirúrgica que si por cualquier accidente se pierde un ojo, cualquiera que sea, basta para verse curado, buscar á la suegra, caso que la tenga el interesado, arrancarle el mejor de los que posea, y sustituir el perdido con uno de los de la amantísima mamá política.

Esto tendrá un pequeño inconveniente, el de quedarse bizco (enfermedad incurable como ya se dijo), pues es seguro que el ojo primitivo se *huirá* huyendo del postizo. Pero en cambio qué inefable dicha no sentirán los yernos viendo á su suegra con un ojo de perro ó gato!

Porque ha de saberse que lo que la cirugía ha descubierto ha sido que pueden injertarse en el hombre, ojos de cualquier animal.

Los sapientísimos profesores extranjeros creen haber descubierto algo nuevo, y se equivocan grandemente.

Nihil novum sub sole. La operación de injertar ojos es ya antigua, muy antigua, antiquísima.

Varios siglos hace que los médicos árabes la practicaban y tuvieron que abandonarla por los muchos inconvenientes que presentaba.

Los injertos y sustitución en el hombre de miembros muertos por los miembros de animales vivos estaban muy en boga en los tiempos de la dominación árabe en España; y si hay alguien que lo dude, tómese la molestia de hacer un viajecito al archivo de Simancas, y en el estante 254 ó 452, pues mi memoria no es muy feliz, y bien pudiera ser el 542 ú otro cualquiera, encontrará escrita en pergamino ó papel de estraza, la siguiente historieta que prueba la verdad de mi aserto.

Vivía allá por el siglo XII, en Córdoba la Sultana, un médico llamado Abul Bey Zatán, admirado de todos por su sabiduría y virtudes.

El tal Abul Bey Zatán estaba perdidamente enamorado de su esposa la linda Zoraida, y para que su felicidad fuese completa, faltábale sólo que el cielo le concediese fruto de bendición.

Un día ¡dichoso día! Zoraida conoció que su hermano iba á ser tío, su esposo padre y ella madre. Desde aquel momento ¡cuántos cuidados, qué desvelos para que el sobrino de su hermano é hijo de su padre no se malograse!

Llegó el anhelado día, y un grito estridente de la madre y el vagido de un niño anunciaron que un descendiente de Abul venía al mundo.

Sólos hallábanse los esposos cuando sobrevino el parto; el padre recibió en sus brazos á la criatura, la reconoció, y lanzando un ¡ay! prolongado pronunció estas palabras: Sin mis cuidados hubiese muerto en el seno materno.

Llamó en seguida á sus esclavos y encerróse en su gabinete de estudio llevando al niño en sus brazos.

Cuarenta días trascurrieron sin que el sabio doctor saliese de su habitación.

Los habitantes de la casa notaron que el mismo día del nacimiento desapareció un magnífico perro de caza.

Salió por fin el padre y pudo todo el mundo contemplar al vástago que era un hermoso niño.

Siete años pasaron y fué el niño creciendo, y el padre mirándose en sus ojos y deseando que volase el tiempo para ver á su hijo hombre; mas no quiso Mahoma que sus deseos se cumpliesen; una apoplejía cortó la vida de aquel sabio que supo curar á tantos, y no logró detener á la muerte cuando le llegó su turno.

Un día, hallándose *Abulito* jugando en su jardín y buscando en un árbol un nido de ruiseñores, se desgajó una rama y el niño vino al suelo, quedando sin sentido.

Cuando su madre vino á levantarlo, vió con dolor que el infeliz niño había perdido un ojo y se había roto el brazo izquierdo.

Inmediatamente llamaron al doctor Muley Alubias, que no todos los Muley han de ser Habas, quien se ofreció á sustituir el ojo perdido por el de un precioso gato que en la casa había.

Llevóse á cabo la operación, y con gran extrañeza se notó que el paciente movía nerviosamente el brazo izquierdo y que trataba de llevarse la mano á la cara, como queriendo impedir la sustitución del ojo.

Vendáronle y sujetáronle el rebelde brazo, y por fin con gran alegría de Zoraida, quitáronle una noche la venda de los ojos y vieron que la operación había tenido un éxito feliz.



¡ANTE TODO OLER!

El ojo del gato brillaba en la oscuridad, y se encendía con relámpagos de ira, recordando sin duda el carácter de su primitivo dueño.

En aquel momento un ratoncillo atravesó la sala y el ojo encendióse más, y sin que nadie pudiese evitarlo, el niño arrojóse del lecho, se abalanzó al ratón y le devoró en un instante.

Dos días después quitaron al niño el cabestrillo del brazo que se había roto, y cuál no sería la sorpresa del doctor Muley al ver que en cuanto el brazo se vió libre se dirigió al ojo y lo sacó con gran furia de su órbita!

¿Dónde encontrar la explicación de este hecho? El doctor la halló al fin, registrando un día los papeles del difunto Abul.

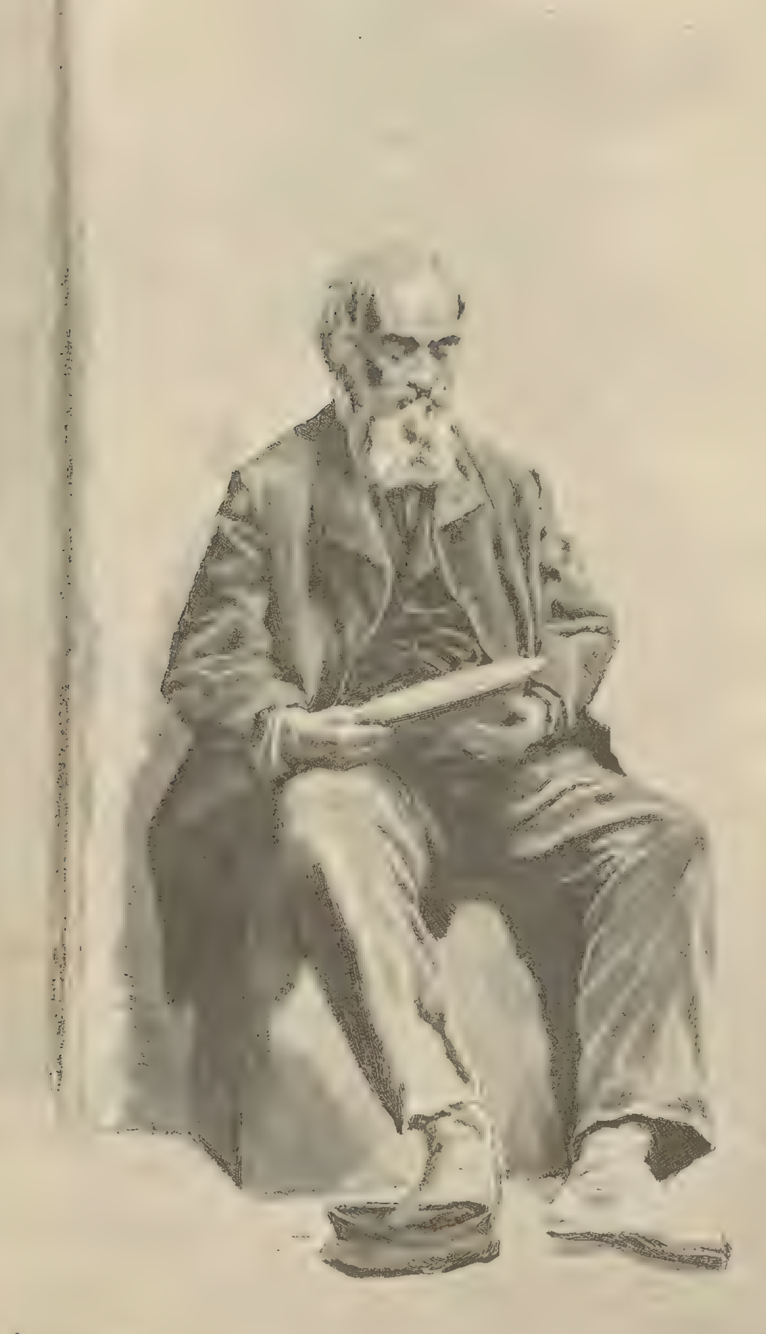
Su hijo había nacido sin brazo, y el padre le había injertado el de su perro de caza.

El niño quedóse tuerto, pero sano y bueno; no presentaba más que una anomalía, explicada por la influencia del brazo perruno.

Tenía gran afición á determinadas palabras, que pronunciaba tartamudeando, tales como *gua gua guasón; gua gua guapito*, y saludaba siempre diciendo:

Dios *gua gua gua...rde* á V., caballero.

LEANDRO ORDOÑANA



MENDIGO, dibujo de A. Fabrés



Este cristal me separa del común de los mártires

EL CLUB EN LONDRES

Siguiendo Piccadilly en dirección á Hyde-Park, casi enfrente de Bond-Street, en la altura de una larga calle que desciende hacia St James's, éntrase en el país de los clubs, *Cluband*, como se dice en Londres; tierra prometida de los solterones, y por consecuencia, de los maridos.

Todo, en esta calle, respira lujo y elegancia. Las tiendas, poco numerosas, están exclusivamente ocupadas por sastres, zapateros, plateros, vendedores de bastones, de corbatas y de artículos para fumar. Las casas, altas y extensas en su mayor parte, adornadas de columnatas, de frisos y de mascarones, son, propiamente dicho, palacios. Casi todas tienen historia. Esta, por ejemplo, llamada *Brook's*, fué de donde salió Shéridan, una tarde en la que encontró al futuro Príncipe regente, en compañía de su hermano el duque de York.

– Precisamente estábamos hablando de vos, – dijo el más joven de los dos príncipes, – y á punto de discutir si sois un tonto ó un pillo...

– Estoy en un término medio entre *ambas cosas*, – replicó Shéridan, tomando al uno del brazo derecho y al otro del izquierdo.

Esto era algunos días después de la sesión, en la que obligado á ponerse de rodillas ante el parlamento pidiendo perdón, se levantó, y tapándose la nariz con su pañuelo, exclamó:

«¡Qué sucia es esta cámara!»

Sobre los escalones de mármol de este palacio, veíanse á la sazón un mayordomo correcto y grave, un paje con botones de plata, un lacayo con calzón de pana y medias de seda. Frecuentemente la maciza puerta abríase sólo á los iniciados que la empujaban. Si se alza la vista hacia el elevado primer piso de cualquiera de aquellos edificios, es raro no reparar en algún gentlemán, viejo ó joven, que á través de una ventana ó de una *bow window* mira hacia la calle sin verla, con aspecto distraído y ocioso.

No creáis que se halla allí por casualidad ó de pasada; al contrario, está en el ejercicio de sus habituales funciones. Su prolongada permanencia detrás de los cristales de su club, forma parte de sus costumbres, y constituye una parte de su idiosincrasia. Se hipnotiza allí todos los días, con una sensación especial y enteramente inglesa, que es la del hombre que se dice con delicia á sí mismo: «Este cristal me separa del común de los mártires; estoy en palco de proscenio para ver correr la vida.»

El *suave mari magno* del escéptico, la salvaje alegría del pescador de caña, que ha tomado posesión de un buen rincón sobre el arco del puente, la inefable serenidad del canónigo de San Dionisio, ó del senador vitalicio, que se instala en su banco; de todo esto hay en la satisfacción cuotidiana que experimenta nuestro hombre al situarse allí, saboreando las horas duraderas. Solo por él St-James's y Pall-Mall prolongan hasta perderse de vista su doble línea de marmóreas fachadas, y los trabajadores lioneses tejen sus cortinas de brocado, y las mujeres de Smirna sus muelles tapices. Por él las muchachas granjeras recolectan huevos en los lejanos gallineros, y el sol dora los cuchillos bordeleses. Para él se elaboran las primicias de las sierras de Niza ó de Argel, y las máquinas humean, los artistas producen, los pensadores inventan, y el *Times* ó el *Daily News* costean en la China ó en los Balkanes corresponsales de cien mil francos anuales.

Todo esto es para él. Si no es de su propiedad es para su entretenimiento... y nada caro: acaso treinta guineas de ingreso en el club, después doce ó quince cada año: no llega á 25 francos mensuales.

Da gusto verle cuando llega por la mañana á su club, y se instala en una mesa de almuerzos, servida con coquetería, en el sitio de preferencia que una larga posesión ha hecho suyo. Abre su correo que siempre recibe allí, y todos se apresuran á adivinar sus deseos. Una chuleta á la parrilla, un pedazo de jamón de York, fino como encaje, un huevo pasado por agua y una taza de te constituyen su primera comida. Todo esto, en su punto, perfecto, servido en una vajilla espléndida, sobre mantel deslumbrante, en platos de plata con las armas del club, por camareros solícitos y silenciosos. Total de gasto: once peniques – veintidós sueldos; lo cual no le impide gritar como si fuera por veintidós libras, si se encuentra de mal humor: «¿Cómo os atrevéis á servir esto á un gentlemán? fijaos en esta chuleta y atreveos á negar que es un escándalo. Y este huevo! cuando sabéis muy bien que le había pedido blando!... El *steward*, ¿dónde está el *steward*?... decididamente es necesario que me queje á la junta directiva!»

La servidumbre terrorificada forma círculo al rededor del cuerpo del delito... Llega el steward, obsequioso y apesadumbrado.

«Hopkins, el servicio va de mal en peor... examinad esta chuleta... esto es escandaloso!»

Hopkins la examina bajo todos sus aspectos, la encuentra admirable; pero se apresura á mandar que la reemplacen por otra al instante, riñendo á todo el mundo, y diciendo:

«Qué queréis, señor: es imposible hacerse servir.»

De una á tres se sirve el lunch del Club, *From The joint*, que cuesta nueve peniques; es decir, que por diez y ocho sueldos se tiene rosbif ó pierna de carnero á discreción, con las berzas y patatas clásicas, pan, excelente cerveza y postres.

Además hay una lista variada para los pródigos.

Por la noche, nuestro clubman come también fuera de su casa, si no le retiene alguna obligación, como la del obligado ramillete, ó la caja de castañas heladas de fin de año. Si por casualidad no está convidado, lo cual es raro, el clubman, á las siete de la noche próximamente, entablará con Hopkins el siguiente diálogo:

– Hopkins, voy á la ópera y quisiera comer temprano. ¿Teneis alguna cosa ligera?

– Señor, tenemos sopa de leche de almendras, truchas de río, sterletes del Volga y mollejas de ternera.

– Ah!... ¿y de caza?

– De caza?... codornices con lechuga, lengua al asador, perdices con limón, pepitoria de chochas.

– Y en clase de vinos ¿qué hay en este momento?

– Recomendaré al señor, nuestro pamard de 1869 y nuestro leoville de 1872, que están ya hechos. Por supuesto, que además hay siempre el gran margaux del Club, y el primer corton... pero quizá el señor prefiera vino de Champagne... Me tomaré la libertad de recomendarle nuestro Clicquot seco.

– A fe mía, bien considerado, me daréis una lonja de vaca fría, una copa de cerveza fuerte y un vaso de Oporto. No tengo apetito.

Y he aquí que por veinte sueldos cabales, que hacen con los diez y ocho del lunch y los veintidós del almuerzo, la suma total de tres francos, nadie tendrá nada que decir en cuanto al régimen económico; y considerad, por el contrario, que si le place á nuestro clubman propinarse ú ofrecer á sus amigos una comida de príncipe, puede tenerla al instante, admirablemente servida, al precio de los mercados.

Sin contar que además disfruta, durante su vida, de un palacio espléndido, con todos los periódicos y revistas, libros antiguos y modernos, cuadros, estatuas, salas para fumar y de juego, gabinete de estudio y de tocador...

Puede recibir visitas en el Club en un salón especial, del mismo modo que recibe su correspondencia, lo cual le ahorra la necesidad de habitación personal, permitiéndole, si lo cree conveniente, el pasar la noche en un cuarto con cama, silla y un *tub* ó velador inglés.

¿Quién se admirará, pues, de que el clubman de Londres esté satisfecho de su suerte, y que detrás de los dobles cristales de su ventana, tenga lástima del género humano *no cluband*?

(*Cluber* es una palabra que faltaba hasta ahora á la lengua francesa. Nosotros se la regalamos, tomándola de la inglesa *to club*, que quiere decir: reunirse, cotizarse, asociarse.)

La vida de París, propiamente dicha, se resume en quince ó veinte cafés, restauranes y teatros situados entre la plaza de la Concordia y la encrucijada de Montmartre.

La de Londres, se resume del mismo modo, en un centenar de clubs, situados entre Hyde Park Corner y plaza de Waterloo. Nosotros somos un pueblo al aire libre, de fáciles apretones de manos y de gustos variables. Nuestro clima y nuestras costumbres nos permiten comer sobre una acera, en un jardín público, ó tras de los cristales de un cuarto bajo. Nuestros instintos democráticos nos hacen hallar agradable el encanallamiento del establecimiento banal, á donde cualquiera puede entrar mediante seiscientos sueldos.

Los ingleses se constipan bajo las brumas de su cielo, si tratan de reunirse en un aireado comedor, y el orgullo aristocrático, así como la hipocresía nacional, les impiden solazarse en la taberna, si temen ser vistos. París es, ante todo, una ciudad de convidados; Londres se asemeja enteramente á una ciudad de clerizontes que se disfrazan para correr la caravana.

Cualquiera recién venido puede apearse en el Gran Hotel con un saco en la mano, y en el mismo día llevar á sus labios, mediante el dinero, todas las copas parisienses. En Londres puede vivirse veinte años con el obligado millón, sin siquiera acercarse á la eucaristía británica; porque el solo camino para esta iniciación es el Club y el Club es el aparato por excelencia para la selección mundana.

Pero se dirá: París tiene también sus clubs, y algunos muy exclusivos.

¿En París, clubs? Ni siquiera hay idea de lo que son. Excepto dos ó tres, todos los círculos ni aun están amueblados. Y además ¿qué son estos círculos? garitos más ó menos abiertos, viviendo casi exclusivamente de los inseguros productos del juego, ayer pletórico, hoy día exhausto, y medio cerrados por orden de la policía, que se roza, con justo motivo, con las rameras y los estafadores.

París tiene Nuestra Señora, la Santa Capilla, el Museo de Cluny, la Opera de Garnier, la Comedia Francesa, el Circo de Verano y el café de Embajadores. Londres tiene sus clubs. No le exijáis otros monumentos; sólo aquellos y la cárcel de Newgate son verdaderamente hermosos, característicos del suelo y de la raza, y apropiados á su objeto.

Y no porque se vanaglorien en el exterior de verdadera originalidad. La fachada del *Carlton* es copia de la biblioteca de San Marcos, la del *Reform*, del palacio Farnesio, la de *Army and Navy* del palacio Cornaro, y el *Conservative*, del de Strozzi. Pero esta concha italiana está envuelta en cierta cosa eminentemente británica, cómoda y firme.

Se habla del confortable inglés. No le busquéis en el



Hopkins, el servicio va de mal en peor... examinad esta chuleta...; esto es escandaloso!

home, donde no existe. Hallaréis cuartos sin cortinas y sin fuego, camas rellenas de huesos de melocotones, almohadas que huelen á gallina, á mechero de gas y á patatas mojadas. No le busquéis en la calle, en la que no hallaréis un solo banco, ni una mesa, en la que tomar un sorbete. Sobre todo, no le busquéis en *Hansom Cab*, á menos que no tengáis una predilección mórbida por las carretas desvencijadas... Entrad en el primer club que encontréis, si tenéis un amigo tan influyente que os haga abrir las puertas.

He aquí el oasis del bienestar, el solo terreno donde florece, el inolvidable paraíso... Cualquiera que haya vivido allí, será en todas partes, fuera de allí, un desterrado.

No hay más que allí esos beefteaks enteros y tiernos á la vez, esos vinos venerables, esos tapices serios, esos sofás profundos, esos periódicos abundantes, esos cigarros auténticos, esos billares en que las bolas van por sí solas, una tras de la otra: buenos compañeros á mano, si se quiere conversar. Tocadores silenciosos, biblioteca llena de libros recién publicados, si se prefiere leer á soñar. El correo y el telégrafo al alcance de la mano, jugadores competentes de whist, ó de los cientos. Nada de visitas, nada de negocios, nada de mujeres... La soledad en compañía y la independencia en comandita: el derecho de hablar á quien os agrada ó de poner mala cara al que os fastidia. ¿Se sabe á dónde van hoy día todos los cocineros de París y todos los mejores vinos de Francia? pues á Londres, para el servicio de los clubs. ¿Se sabe por qué tantos de nuestros restauranes agonizan? pues porque el clubman inglés, que fué su huésped asiduo, ahora se encuentra mucho mejor en su club.

Sin contar que tiene la satisfacción de pagar con doce francos, en su club, la fina comida que ahora cuesta tres luises, entre la Magdalena y la ópera.

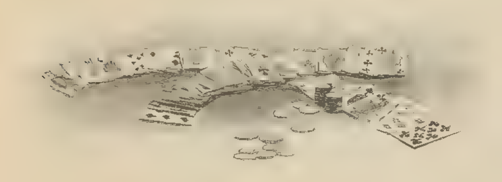
El secreto del club estriba en esto: es la vida elegante y lujosa, por ocho mil francos anuales. Es la asociación, el principio cooperativo, el falansterio si se quiere, y en todo caso el sistema ingenioso que consiste en agruparse para contribuir á los gastos de una empresa y aprovecharse de los beneficios, en vez de abandonarlos tontamente á envenenadores de frac negro.

Dados quinientos hombres, provistos de trescientos ó cuatrocientos luises de renta, hacerlos vivir en el restaurant ó en el café, conduce á la miseria, á la desesperación, á la gastritis ó al matrimonio á toda prisa. Agrupadlos en sociedad de consumo bajo el nombre de club, y es la opulencia, la dicha y la salud.

Con una condición, sin embargo, que los ingleses saben cumplir, cual es la de que el club sea club, y no una casa de juego.

Todo círculo que cuenta con la baraja para sostenerse, está condenado de antemano. Jugad, si queréis, pero que el juego sea gratuito y no aproveche al establecimiento; sin esto, el tapete lo absorbe todo y vosotros os quedáis en seco. El garito no es solamente la falsificación del club, sino su negación.

Felipe Daryl



EL TRANVIA DEL ESTE

Fuí, no hace mucho tiempo, testigo de un drama callejero cuyos detalles referiré después, drama que la suerte me permitió utilizar para convencer á mi amigo Julio, sainetero en moda, de lo perjudiciales de las aficiones que no sé por qué han dado las gentes en llamar flamencas y que no sé por qué tampoco privan de tan exagerada manera entre el público de nuestros teatros.

– Es el género flamenco, – me decía Julio, – algo que responde á las tradiciones y á las costumbres de un pueblo. Puede un extranjero asistiendo unas cuantas noches al teatro *Felipe*, – añadía – formar cabal idea de lo que es el pueblo español.

– Gravísimo error, – le respondí. – Ese pueblo que pintáis todos los días en vuestros sainetes no es el pueblo español; es un pueblo embrutecido, un pueblo sensual y miserable que os habéis forjado para divertir á los imbéciles. No he de negar que tiene el pueblo sus momentos de alegría; pero ¿con qué objeto le presentáis siempre cantando peteneras, bebiendo vino y ejerciendo el robo? Creo que la literatura, como todas las artes, si no ha de proponerse en primer término una utilidad material, no ha de abandonar tampoco por completo el camino de lo provechoso. Es un error negar que el arte tiene un fin social, moral y político, y ese fin que, siéndolo de todas las artes, no lo es de ninguna en particular, no debe jamás perderse de vista.

– El realismo... – murmuró mi amigo defendiéndose.

– ¡Qué realismo, ni qué ocho cuartos! El realismo es el reflejo de la realidad y la realidad no está en exagerar aquello que es más deforme y repugnante. Estudiad el realismo en Shakspeare ó en Tirso de Molina, estudiadlo en Cervantes y aun en el mismo Quevedo, calcad vuestros sainetes sobre los de Ramón de la Cruz; pero no prostituyáis el teatro llevando á él obras, que aun siendo todo lo reales que queráis carecen de una condición esencial cual es la de la belleza, obras antiliterarias que, además de estragar el gusto del público, no logran otra cosa que alentar á nuestro bajo pueblo, hoy más falto de ilustración que de otra cosa, por el sendero de esa malhadada flamencomanía en la que figuran como primeros personajes los *ratas* de la Gran-vía y los borrachos de todos los sainetes.

– Eso quiere decir que destierras del teatro los cuadros de costumbres.

– No los destierro, antes los aplaudo y me muestro partidario de ellos; pero quiero los cuadros de costumbres en toda su pureza, los acepto en todas sus manifestaciones. ¿Me negarás que el pueblo también llora? ¿Me negarás que en él también acontecen dramas? He aquí un medio de matar la flamencomanía: elevarla. El pueblo se ríe y canta. Presentadle cantando y riendo; pero estudiad las consecuencias de su canto y de su risa y presentad también esas consecuencias en el teatro. Haced por que el pueblo que escucha y admira vuestros sainetes, contemple en ellos retratados al vivo sus defectos, y en vez de salir del espectáculo envidiando la suerte del famoso *rata* que tan grande popularidad ha adquirido, salga oprimido el corazón, con el más ferviente deseo de que ni el pincel del pintor, ni la pluma del poeta puedan volver á encontrar asunto en tan tristes costumbres. Hay en Madrid veintiún teatros que funcionan entre las dos temporadas. De estos veintiún teatros hay sólo cuatro, y es mucho decir, que se dedican á lo que se llama el género serio y de estos cuatro, que son el Real, el Español, la Comedia y la Zarzuela, dos son líricos y uno de éstos no siempre está abierto, otro se dedica al género francés y sólo en el Español se representan dramas y comedias dignas del arte. No creo que caigas en la vulgaridad, tan generalizada, de decir que al teatro va uno solamente á divertirse y que más vale emplear el tiempo riendo las gracias de Gedeón que escuchando las bellezas del Don Carlos de Schiller. Pase que digan esto los que no se precian de inteligentes, ni amantes del arte; pero no que lo sostengan quienes se juzgan dignos de pertenecer á las clases más ilustradas. Ya sé que nadie va jamás al teatro con el deliberado propósito de pasar un disgusto; pero hay, amigo, muchas maneras de gozar. Elevarse por un momento de la esfera, del círculo material y prosaico en que uno vive, ennoblecerse, sentir en sí algo superior, ver agigantarse dentro del alma pasiones y sentimientos sublimes; esto busca en el teatro, además de la imprescindible cultura, quien no tiene una inteligencia vulgar y viciada. Dentro del género cómico hay también grandes asuntos para grandes goces; pero no dentro de ese género cómico destituído de arte y de belleza, de moral y de sentimiento. Además ¿quiénes son los que sostienen esa peregrina opinión de que al teatro debe irse sólo para solazar el espíritu con grotescas bufonadas? ¿quiénes son los que huyen de las emociones violentas de un drama de Echegaray? Los que no faltan ningún domingo á los toros, los que gozan sintiendo palpitar su corazón en el momento en que un banderillero hace una salida falsa, un matador sufre un desarme ó un picador cae al suelo bañado en la sangre de su caballo; los que no faltan á las fiestas del Hipódromo, donde les sobrecoge á cada paso el brusco movimiento del corcel que al saltar un obstáculo lanza fuera de la silla al jinete que se revienta contra una valla, se quiebra los huesos contra la tierra ó se despedaza arrastrado por la furia del caballo que se desboca; los que acuden todas las noches al circo donde un público brutal exige á una pobre saltimbanquis (y esto que voy á decir ocurrió en Madrid no hace mucho tiempo) que exponga su vida, ya en peligro, en un ejercicio bárbaro y ve después cómo aquella pobre mujer embarazada, se descuelga sin fuerza de un trapecio para hallar su muerte en la arena del redondel, mientras ese público ó ríe ó grita como fiera mole de zorras sin entrañas. Estos son los que vociferan contra el arte en sus más sublimes manifestaciones.

– Confieso que no sé ver al pueblo de Madrid con cara triste.

En esto estábamos de nuestra conversación cuando oimos á un lado del camino una algazara y un estruendo raro.

Distraídos con nuestra polémica habíamos llegado al final de la Carretera de Aragón, hoy prolongación de la calle de Alcalá. Estábamos cerca de las Ventas del Espíritu Santo.

El tranvía del Este bajaba la cuesta del camino completamente lleno. Iban dentro multitud de hombres y mujeres entonando un aire popular y acompañándose con pies y manos.

Cuando el tranvía llegó á las Ventas, aquella gente lo abandonó con júbilo para entrar en una de las muchas fondas que al aire libre hay por allí establecidas.

– ¿Qué significa tanta gente? – me preguntó mi amigo.

– Es una boda, – le contesté.

Y así era. Por incidencias que explicaré muy de ligero, conocía yo á los novios y conocía también y seguí cono ciendo de cabo á rabo su trágica historia.

Os la voy á referir. Es un drama con peteneras y todo.

Con objeto de estudiar algunos tipos del pueblo bajo de Madrid por si de ellos acertaba á sacar en la novela ó en el teatro más partido del que comunmente solían los más de los autores, dióme un año por concurrir todas las mañanas á las plazas y mercados públicos.

Pasaron allí ante mi vista multitud de tipos distintos, unos graciosos, otros bufos, otros miserables, otros tristes. Desde la criada desvergonzada que juega con el verdulero y le da brutales empujones que siempre encuentran atrevida respuesta, hasta la señorita que ha *venido á menos* y se decide por primera vez á ir á la compra con el rubor en las mejillas y las lágrimas en los ojos. Desde el cocinero de casa grande generoso y señorón hasta la vieja gruñona y regateadora que arma por dos céntimos un cipizape. El asistente, el pinche, el aprendiz, la verdulera, el carnicero, las vendedoras ambulantes, el ciego, el ama de huéspedes, el cambista, el conquistador de plazuela, el avaro, la señora tacaña, todos en fin, compradores, vendedores y espectadores, pasaron ante mis ojos como pasé yo ante los suyos. Ellos quizá no repararon en mí; yo jamás los ví con indiferencia, no dejé un día y otro de observarlos, no cesé un momento de clasificar y estudiar aquellas especies sociales.

En esas plazuelas conocí á Crisanto, el ciego de más gracia, al decir de las gentes, que recorrió jamás las calles de la corte. Celebradas eran y mucho sus chanzonetas y sus romances, sus relatos y sus coplas. Tenía un repertorio escogido y completo. Había en él composiciones que hacían reir á mandíbula batiente al *melitar* con más vocación para presidir el Consejo Supremo de Guerra y Marina. En cambio cuando recitaba el romance relativo á algún crimen asombroso y espeluznante, no dejaba una sola cocinera sensible de derramar abundantísimo llanto.

En esas plazuelas conocí también á Juana, mujer fresca y ancha que rayaba en los cincuenta, más mujer de bien que una santa y más enemiga de lo ajeno que el más escrupuloso moralista de los primeros siglos. Tenía una hija que valía un sol. Se llamaba Carmen y según la madre todos los cármenes de Andalucía no podían con todas sus flores embellecer más de lo que lo estaba el rostro de la moza. En verdad la chica merecía estos elogios. Morena, robusta, con unos ojos como el azabache y unos labios más rojos que la púrpura. Era también Juana madre de un mozo que valía un Potosí: enamorado y generoso, buen hijo y buen hermano; pero eso sí, con más sangre que un potro andaluz. Constituían los dos mozos el encanto de Juana. Estaban, según Juana, muy bien educados, aunque ella no había intentado nunca hacerlos renegar de su origen. El padre de los chicos había sido verdulero. A su muerte se encargó del oficio Juana y los muchachos del puesto y á su lado vivían. Al mozo, á Tomás, que así se llamaba, le gustaban las muchachas y su madre se lo había reprendido muchas veces. Este era el único defecto del chico. Por lo demás estaba Juana muy satisfecha de él. En cuanto á Carmen era una bendita. Así lo creía su madre. Sin embargo Carmen no había dejado de comprender sus encantos y alguien murmuraba que un tal Julián, mozo cruo también, había sabido con ella sacar partido de la aplicación del *ars amandi* que Ovidio inventó. Esto no había llegado á oídos ni de Juana, ni de Tomás.

Este último había sostenido amistosas relaciones y pretendía sostenerlas más amistosas aún con Estrella, hija del tío Andrés, empleado del matadero de Madrid.

Estrella era un tipo distinto de Carmen. Más delicada y más espiritual, adquiría siempre cierto ascendiente, cierta superioridad sobre los que la trataban. Había conocido á Tomás desde pequeña. Los dos jóvenes se querían; pero con un cariño puro y desinteresado. Estrella no pensó nunca en Tomás como marido y quizá Tomás tampoco nunca la hubiera presentido como esposa si las pícaras circunstancias no hubieran precipitado los acontecimientos y ascendido á pasiones afectos é impulsos generosos y modestos.

Pero cátate que un día corren por la plazuela rumores de que Estrella se casa con Julián. Llega esto á oídos de Carmen y de Tomás. Carmen se siente ruborizada al escuchar las noticias y reprime con valor sus primeros impulsos para darles más tarde estrepitosa libertad.

No conoce á Estrella; pero la odia desde aquel instante.

Tomás disimula su asombro; pero se dice:

– ¡Cómo! Estrella, la que conozco casi desde niño, mi amiga de toda la vida, ¿se atreve á contraer un enlace sin consultar antes mi corazón, mi corazón que hace ya tanto tiempo es suyo?

El pobre Tomás creía que Estrella estaba segura, que Estrella le amaba.

Se encamina una mañana á la casa de Estrella y la ve salir. Va en dirección á la plazuela. Tomás la sigue. Parece que no se atreve á hablarla. Espera llegar á la plaza. En ella, á la vista de los puestos mugrientos y sucios á cuya sombra ha conocido á Estrella y pasado con ella tantos ratos de broma, se armará su corazón de energía. Sí, en esa plazuela en que nació su amistad tomará su repentinamente sublevado amor todo el incremento preciso para reñir una furiosa batalla.

Entre tanto Carmen ha ido también á la plazuela. Son las doce. El mercado está desierto y muchos de los puestos cerrados. Algún que otro mercader hace sus cuentas al sol.

Juana está guardando en su bolsillo montones de calderilla.



PRIMAVERA

Abre la flor su virginal corola,
el ave se revuelve en su nidada,
y se asoma el insecto á la enramada
que el sol con sus cambiantes arrebola.

—

Adorna con la rústica amapola
su frente la zagala enamorada
y al fin mira el pastor su sed calmada
en la fuente que corre oculta y sola.

—

¿Quién dirá que tal paz, tanta alegría
basta á tornar en torva malandanza
una noche de cierzo cruda y fría?

—

Lo digo yo que en sin igual mudanza
florecer y morir en solo un día
he visto mi ventura y mi esperanza.

INVIERNO

Ni un nido en los secos troncos,
ni hoja alguna entre las ramas,
ni una brizna de verdura
asoma en la dura escarcha.
El sol sus rayos oculta
en las nubes apiñadas
y blancos cendales cubren
del monte las crestas calvas.
Ni aun las aves de rapiña
en los altos picos graznan,
ni en la soledad del llano
tímidos corderos balan.
Todo sombras y silencio,
todo miedos y amenazas,
que el ronco bramar del viento
es sólo lo que no calla.

—

Imagen es el invierno
de nuestra vejez cansada,
en que no brilla siquiera
un mal rayo de esperanza.
Nieve cubre nuestra frente,
heló el corazón la escarcha
y son nuestras ilusiones
hojas que el viento arrebata.
Sólo señales de vida
da allá en el fondo del alma
del rugir de las pasiones
la no extinguida borrasca.

—

Mañana la primavera
cubrirá el campo de galas
y nuevo nido las aves
harán de las verdes ramas...
¿Cuál será el remoto clima
en que hallará ese mañana
el que hoy de esta vida cruza
la más triste y dura etapa?





OTOÑO

No llores de tu dulce primavera
aquellas flores que besó el rocío,
ni de las breves pompas de tu estío
recuerdes con dolor la edad primera.

En tu faz la hermosura no se altera
y estás aún lejos del invierno frío;
prueba de ello es que en loco desvarío
la pasión en tus ojos reverbera.

Siempre contigo la franqueza he usado,
y sabes qué en amor no soy bisoño
y que mi paladar es delicado.

Pues no temas, que es caso averiguado
que el dulce fruto con que brinda otoño
fué siempre más sabroso y sazonado.



VERANO

¿Te acuerdas?... Era una tarde
de julio abrasada y seca
en que todo parecía
languidecer en la tierra.
Del sol los rayos de fuego
iban quemando la yerba
y hasta las aves callaban
vencidas por la pereza.
¡Qué de votos de tus labios
oyó la verde floresta!
¡Qué de juramentos míos
se perdieron en la selva!
Mas ¡ay! era yo soldado,
partí á las flamencas tierras
y á mi vuelta de otro hombre
te hallé en otros brazos presa.
Para olvidar tu falsía
me dí también nueva dueña
y entrambos nos olvidamos
de las promesas aquellas.
. . . .
Hoy soy libre, tú eres libre,
también el estío quema
en los árboles las hojas,
en la llanura las yerbas.
Pero al querer nuestros labios
reverdecer las ternezas
que conmovieron el soto
y estremecieron la selva,
sólo nuestros ojos hablan
pero enmudecen las lenguas,
que si el campo nuevas galas
todos los años encuentra,
nada hay que vuelva á la vida
á las ilusiones muertas.

ANGEL R CHAVES

Carmen se acerca á su madre y se arroja en sus brazos llorando.

El despecho y la vergüenza estallan.

–¿Qué te pasa? – le pregunta Juana sorprendida por tan patético saludo.

– Julián se casa, – contesta Carmen.

–¿Y qué nos importa?

Una breve pausa intercalada con frases de despecho y sollozos de amargura sigue á este corto diálogo, después del que traban hija y madre otro aun más rápido, más lacónico, más significativo y más interesante.

Carmen cuenta á la pobre madre su deshonra. Disculpa su ligereza, pide venganza y perdón y su furia no encuentra límites.

Juana, en vez de reñirla, llora también, y madre é hija se disponen á ocultar á Tomás lo sucedido y á conseguir el anhelado desquite.

Si Tomás supiese lo que ocurre, ¡quién sabe lo que haría!

Llega Estrella en esto á la desierta plazuela y se para cerca del puesto de Juana. Tomás entonces se aproxima á la joven que le pregunta molestada por aquella persecución:

–¿Por qué me sigues?

– Porque te quiero y tengo derecho á saber lo que piensas, – contesta el galán.

– Es inútil, – replica Estrella. – Yo no tengo ningún compromiso contigo. Hemos sido amigos y nada más. Nunca hemos hablado ni tú ni yo de amor. Soy, pues, enteramente libre. Quiero á Julián y con él me caso. ¿Para qué había de consultarte lo que á tu gusto ó disgusto he de hacer de todos modos?

– Me has engañado. Tú ya has podido comprender hace tiempo que te quiero. No te lo he dicho porque te juzgaba tan segura y penetrada de mi pensamiento que me parecía inútil.

– Sí, he adivinado que me quieres; pero como nos conocemos desde niños, he supuesto que me querías como amigo de toda la vida, no como novio. Yo también como amigo te quiero.

– Es preciso que tu boda se deshaga.

– No puede ser.

– Será.

– Cállate y no armes pendencia. Julián se acerca.

Y efectivamente Julián se acercaba por un extremo de la plaza. Al ver á Julián Tomás grita mirándole:

– ¡Mi rival!...

Y Carmen que ha vuelto la cabeza y también le ha visto exclama:

– ¡Mi seductor!...

Tomás no se separa de Estrella. Julián está ya junto á ellos. Estrella insiste en que Tomás se vaya. Este no obedece y el otro tercia en la cuestión. De palabra en palabra llegan á los insultos, de los insultos á las manos y de las manos á las navajas. Juana y Carmen salen de su cuchitril. Se arma una jarana de mil diablos. La gente se aglomera, separa á los contendientes, que se juran odio eterno, y el primer acto de este drama termina.

La hoguera de las pasiones continúa encendida y aun ha de abrasarse alguno con su fuego. La lucha está solamente aplazada.

Al día siguiente han de celebrar su boda Estrella y Julián. El programa de la fiesta recorre la plazuela en boca de los convidados: primero la ceremonia; después la expedición en tranvía á las Ventas del Espíritu Santo; allí el baile y la comida, acompañado el primero y amenizada la segunda por la música y el canto de Crisanto. Por último la vuelta en tranvía también, todo rebozado con gritos y carcajadas de alegría y animado por algún episodio cómico, reído á costa de los novios ó de cualquier mozo ó moza que beban más de lo regular.

Entre tanto Carmen medita por un lado su venganza y Tomás piensa por otro en la suya.

Tomás celebra una detenida conferencia con Crisanto, le habla de una broma que quiere dar á los novios, gasta unos cuartos en catequizar al ciego y éste cede al fin y le deja sus ropas para que haga en la boda el papel de coplero. Tomás se sonríe de su triunfo. Cuando los comensales estén más animados y cuando el vino se haya subido ya á las cabezas y haga concebir al novio y á la novia atrevidas ilusiones de cercanos placeres, Tomás se lanzará sobre Julián y el drama tocará á su fin.

En cambio la venganza de Carmen será más moral que material. Juana opina que lo que debía hacerse era estorbar la boda: armar un escándalo en la misma iglesia; dejar á los novios corridos, evitar, en fin, á todo trance el matrimonio. Carmen no acepta estos consejos y Juana obedece á su hija. Carmen comprende que no podrá conseguir ya el amor de Julián, mas no se resigna á que otra lo disfrute: por eso no se opondrá á la boda; pero abrirá entre los esposos un abismo que los separará para siempre. Encenderá los celos en el corazón de Estrella y hará más amargo que ninguno, para esta pobre niña, ese día que debería serlo de felicidad y de ventura.

El día de la boda Juana acompaña á Carmen á las Ventas y allí convenientemente ocultas observan lo que acontece.

Ya han venido los novios y los convidados.

Eran los que ocupaban el tranvía que interrumpió nuestra conversación. Mi amigo y yo seguiremos adelante paseando. Al anochecer subiremos de las Ventas á la Plaza de Toros y bajaremos de ésta á la Cibeles para subir á la Puerta del Sol. Pero mientras nosotros tranquilamente paseamos, la tragedia se sigue urdiendo y enmarañando y la situación final se acerca por momentos.

Ni los convidados, ni los novios reconocen que el Crisanto es falsificado. El los felicita con voz aguardentosa.

La alegría más franca llena todos los corazones.

El baile comienza.

Julián ofrece el brazo á Estrella; pero Estrella en cuanto da los primeros pasos se siente fatigada y se reclina triste sobre unas piedras.

– No es, – dice á su esposo, – que ceda mi amorosa pasión, es que un negro presentimiento pesa sobre mi alma.

El recuerdo de la riña del día anterior entre su Julián y Tomás y el espectáculo de esta fiesta, contristado á cada paso por los ataúdes y los fúnebres carros en que trasladan los cadáveres al cementerio del Este, trazado á poca distancia del lugar de la jira, entristecen el corazón de Estrella.

Julián trata de calmarla y distraerla; pero no lo consigue.

El almuerzo comienza. Todos quieren que el ciego cante algunas coplas compuestas *ad hoc* para aquella *juerga*.

El fingido Crisanto templa su guitarra, escupe, anuncia unas peteneras sacadas de su cabeza y canta:

Dos días, Julián amigo,
has de pisar este suelo:
uno el día de tu boda,
otro el día de tu entierro.

Que no permita tu suerte
que en uno, Julián amigo,
por tu desgracia se junten
esos días tan distintos.

Estas coplas caen como un jarrón de agua fría sobre el ardiente corazón de Estrella. Sus presentimientos encuentran eco en todo.

Las coplas del ciego han impresionado mucho á los convidados y aun á Julián.

Una mozuela joven y desgarbada se coloca en el punto mejor para que todos la vean, reprende al ciego sus lobregueces y se arranca por todo lo fino al tenor de estas conocidas coplas:

Cuando yo esté en la agonía
siéntate á mi cabecera,
que en estando tú á mi lado
puede ser que no me muera.

—

Dos besos tengo en el alma
que no se apartan de mí.
el último de mi madre
y el primero que te dí.

—

Antiguamente eran dulces
todas las aguas del mar;
escupió mi niña en ellas
y se volvieron saláas.

Etc., etc., etc...

Cuando las coplas se acaban, una salva de alegres aplausos saluda á la improvisada Patti, mientras un mozo del ventorrillo acerca su boca al oído de Julián para anunciarle que una joven le aguarda á pocos pasos de allí.

A Julián le sorprende dolorosamente esta noticia. Teme que Carmen no le perdone la mala partida que le está jugando. Estrella adivina algo del extraño secreto, nota la impresión que á su Julián le ha producido y trata en silencio de detenerle; pero él, comprendiendo que lo mejor será abordar con franqueza la situación, se desprende de los brazos de la esposa y sale de la venta. Estrella quiere seguirle. Una inoportuna convidada la atrae bruscamente hacia sí y comienza á hablarla.

Julián está ya al lado de Carmen que es la joven que le esperaba.

– ¡Eres tú! – le dice.

– Yo soy, – contesta secamente la interpelada.

– Por Dios, no me apures.

– Cálmate y hablemos.

– Perdona mis ofensas: ya te daré explicaciones en lugar y momento más oportunos; pero ahora tenme compasión.

– ¿La has tenido alguna vez conmigo?

– Carmen, todos los asuntos tienen muchas fases. Las exigencias de la sociedad obligan á veces á cometer sinrazones.

– Ya te disculpas, ya te arrastras á mis pies como una culebra vencida, como un perro á quien su amo va á castigar. Ten dignidad para resistir, ya que no la tuviste para ofender.

Carmen va insensiblemente levantando la voz y Julián exclama:

– ¡Más bajo! Me vas á perder. Ten calma.

Carmen no le hace caso y gritando más continúa:

– ¡Calma! ¿Para qué? ¿Qué puede importarme á mí lo que suceda?

– Piensa que es este el día de mi boda.

– ¿Y he de calmarme yo ante esa circunstancia? ¿Quieres con un segundo crimen disculpar el primero?

– ¡Más bajo, por Dios! – repite sin cesar Julián.

– ¡Infame!

– ¡Perdón!

– No puedo darlo á quien así me ofende.

– Sé que te he faltado. Soy un miserable. Todo lo que tú quieras; pero déjame.

– Cuando acabe de decirte á lo que he venido.

– ¿Qué quieres?

– Que me sigas.

– Imposible!

– Volverás pronto.

– Cuando vuelva, Estrella habrá muerto de celos.

– No se morirá. Piensa en que ella podrá sentirlos un día: yo no dejaré de sentirlos nunca.

– No voy.

Los convidados se impacientan. La ausencia del novio es demasiado larga. Ya comienzan á llamarle. Estrella también le busca.

– ¡Julián!... ¡Julián! – gritan desde dentro del ventorro muchas voces.

– ¿Ves? – dice Julián á Carmen, – me están llamando.

– ¡Julián!... ¡Julián! – repiten las voces.

Carmen ríe sarcásticamente y sujeta por el gabán á su antiguo amante.

– Suéltame, – grita éste, cada vez con más furia.

– No te suelto hasta que obedezcas.

Las voces siguen con insistencia llamando al novio.

Julián se desespera. Los brazos de aquella mujer son de hierro.

– Voy, – responde Julián á las voces.

– No vas, – dice Carmen.

– Que no?...

Y Julián se prepara á descargar su furia sobre aquella mujer indefensa. Ya lo habría realizado si la presencia de Estrella en el umbral de las puertas del jardín de la venta no le hubiera detenido.

– ¿Qué haces? – pregunta agitada Estrella.

Carmen suelta entonces á Julián y éste corre á su esposa aparentando indiferencia, pero Carmen le sigue hasta el mismo corro que forman los convidados.

– ¿Quién es esa mujer? – exclaman algunos.

Carmen llena de improperios á Julián. Sus ojos echan chispas. Sus manos crispadas se retuercen en medio de la mayor angustia. Ya están todos enterados de la seducción de Carmen. El cuadro se anima por momentos. Juana aparece también allí y el legítimo Crisanto se abre paso entre aquella multitud que profiere asustada en voces de asombro.

Cree el ciego ser el único motivo de tanta inquietud y dice:

– No hay porqué asustarse. Sé que alguien se ha propuesto dar una broma. La broma habrá concluído ya y el verdadero Crisanto viene á participar de la alegría de esta fiesta.

El fingido Crisanto se adelanta con majestuoso paso. Esconde en una mano algún objeto. Es una navaja.

– ¿Quién eres tú? – le pregunta Julián encarándose con él.

– Soy el hermano de tu víctima y el enamorado de Estrella, – responde el incógnito.

Da un paso hacia atrás como para apartarse de Julián, después avanza con la navaja abierta, dibuja con rapidez en las mejillas del reciente esposo dos curvas que se tiñen en seguida de sangre y luego, con más rapidez aún, hace bajar la navaja hacia el pecho y la clava en el corazón de su enemigo.

La escena toma caracteres horribles.

Sobre un charco de sangre se revuelca en la agonía el protagonista de aquella fiesta. Estrella y Carmen sollozan junto al que amaron.

El matador, la navaja aun abierta y ensangrentada, contempla á un lado y con faz sombría los efectos de su venganza.

Un corro inmenso va rodeando aquel fatídico grupo.

Ya es casi de noche.

La pareja de la guardia civil no ha llegado todavía.

Todos contienen la respiración sobrecogidos y asustados por el triste acontecimiento.

No se escuchan más que los quejidos del moribundo y los sollozos de la joven viuda.

Se ve á lo lejos subir un tranvía. Sus lucecillas coloradas alumbran el camino.

El tranvía va lleno de gente que entona un aire popular y se acompaña con pies y manos. ¡Cuánto bullicio!

Es otra boda más feliz que vuelve ya de sus fiestas.

. . . .

De vuelta hacía rato de nuestro paseo habíamos visto ya el final de tan horrible drama.

Yo no estaba en aquel momento enterado de toda esta historia como ahora lo estoy. Me conmoví sin embargo.

Cuando el tranvía se alejaba y las voces de los alegres viajeros venían todavía á nuestros oídos para mezclarse con los ayes y los sollozos del cuadro descrito, los dos amigos nos apartamos de allí.

– ¿Sigues ahora creyendo que ese pueblo, sin ilustración, no puede inspirar más que bufonadas? – pregunté á Julio.

El, juzgando sólo por el sangriento contraste que acababa de observar, me contestó con voz entrecortada:

– También ocurren dramas en las Ventas. Tienes razón.

F. Pi y Arsuaga.



LA COMPAÑIA DEL CORONEL CODY (BUFFALO BILL)

1. Relevo de caballo. – 2. Caza de búfalos en el Far-West. – 3. Caza de caballos salvajes con lazo. – 4. Danzas guerreras de los pieles rojas. – 5. Reed-Shirt (Camisa encarnada), jefe de los pieles rojas – 6. Domadura de un caballo salvaje por un cow-boy. – 7. El coronel Cody (Buffalo Bill).

UN METAL NUEVO

DESCOMPOSICIÓN DEL NÍQUEL

Regístrase entre los recientes adelantos científicos el descubrimiento del cuerpo simple nombrado *germanio*, realizado gracias á los admirables trabajos del insigne químico alemán Winckler, y en los anales de la ciencia acaso aparezcan descompuestos este año el *teluro*, al presente poco estudiado, y el *níquel* y el *cobalto*, metales bien conocidos, cuyas sales tienen ahora importantes aplicaciones. Pertenecen ambos cuerpos á uno de aquellos grupos naturales mejor definidos y caracterizados. De propiedades muy semejantes, apenas distintos los medios analíticos de investigarlos, á la continua asociados, formando sales de notable parecido, ocupando casi el mismo lugar en las escalas de dureza, maleabilidad, ductilidad, capacidades térmicas, conductibilidad eléctrica y poder magnético, bien pueden calificarse de hermanos gemelos, que contadas veces van separados, antes al contrario, de tal suerte se unen, que escasísimos minerales de níquel se encuentran sin cobalto y es aquél obligado compañero de éste.

No es raro ver en la naturaleza semejantes agrupaciones de elementos afines y aun en formarlas parece haberse complacido, como si quisiera juntar lo producido en cada una de las fases de la nunca interrumpida evolución de su prepotente energía. En esos grupos el carácter individual de los seres, aquello precisamente que más los distingue, parece haberse fundido en el de la familia, y así á pesar, muchas veces, de la diferencia de cualidades externas y de las apariencias de cada cuerpo, dijérase que son aspectos diversos de una sola substancia y no elementos diversos, si dotados de la característica de la familia y desempeñando la función peculiar en ella determinada, poseyendo tal suma de condiciones propias que son bastantes á dotarlos de su individualidad, quizá distinta de la de otros cuerpos menos afines y menos ligados también á los demás de una serie. Quizá estas analogías y semejanzas indiquen la existencia positiva de la *familia natural*, base de la clasificación de Dumas, tratándose de los metaloides, fundamento de lo mejor del sistema de Tenhardt, y cuya expresión más cabal vese acaso en la ley periódica de Mendeleeff, que resume el conjunto de los actuales y posibles cuerpos simples de la Química. Adquiere la conjetura cierto grado de fijeza y certidumbre en aquellas ideas, bellamente desarrolladas por el ilustre sabio inglés William Crookes, en su famoso *Génesis de los elementos*. Para este profesor, que estudió con gran detenimiento la ytria-óxido de un metal perteneciente á uno de estos grupos, el peor conocido y caracterizado, al pasar el *protelo* ó substancia primordial por diversos y sucesivos grados de enfriamiento, hubo de producir y determinar los diversos elementos comenzando la serie en el subtil hidrógeno. Cuando los períodos de enfriamiento fueron largos, la lenta acción del tiempo y de la energía produjo los cuerpos que á semejanza del cloro, el carbono y el oro tienen su individualidad bien definida. Al contrario, los enfriamientos rápidos no dieron tiempo á formaciones acabadas y completas. Entonces no se produjeron los elementos químicos perfectos, sino aparecieron los estados intermedios de una evolución sin terminar, los períodos de un trabajo no concluído, cuerpos que son al cabo también elementos; pero *menos elementos*, si vale decir así, que los reconocidos resultados del lento y detenido trabajo de las fuentes naturales en período determinado. De ahí su poca individualidad, la semejanza de sus propiedades y caracteres, hasta el punto de no acertar con las que los distinguen, como sucede en el confuso grupo de los nombrados *metales terrosos*, el encontrarlos juntos en los mismos minerales, la dificultad de separarlos, la posibilidad del desdoblamiento de cada uno de ellos y de la transformación de unas sales en otras, que respecto de las de níquel y cobalto asegura el notable químico Kruss, haber realizado, empleando sus novísimos y hasta ahora muy poco conocidos procedimientos.

Buenos ejemplos de esto que Crookes llama «almacén cósmico donde se han reunido los elementos detenidos en su desenvolvimiento, faltando los anillos de un darvinismo inorgánico,» ofrece el conjunto de los cuerpos simples de la Química. Ya Dumas, al agrupar, en lo que llamaba familias naturales, los antiguos metaloides, indicaba las relaciones del fluor, el cloro, el bromo y el iodo, siempre juntos, las semejanzas del azufre, el selenio, el teluro y el oxígeno, las del nitrógeno y el fósforo y las del boro y el silicio. Después Tenhardt, estableciendo los grupos de metales, aunque no extendía tanto las analogías, indicaba lazos de parentesco tan estrechos como los que unen al zinc y al cadmio, al níquel y al cobalto. Si consideramos la llamada familia del platino, á cuya cabeza va este metal, poco se distinguen entre sí el sodio, el rutenio, el osmio, el paladio y el iridio que le acompañan; las asociaciones del zinc, el galio, el iridio y el cadmio son harto frecuentes; no hay caracteres que distingan el ytrio, el didimio, el cesio, el samasio, el escandio, el holmio, el tulio, el erbio, el iterbio, el decipio y el filipio, cuerpos simples siempre juntos y cuya respectiva individualidad está puesta en tela de juicio. El cromo, el manganeso, el hierro, el níquel y el cobalto, constituyen acaso el grupo más natural y mejor determinado de los hasta ahora conocidos y basta fijarse en que sus propiedades físicas forman serie y sus afinidades para el oxígeno se determinan en la constitución de óxidos, cuyo número es mayor tratándose del hierro, el manganeso y el cobalto.

Apenas se diferencian éste y el níquel: sólo las sales del último son amarillas ó verdes y azules ó rosáceas las de aquél; en cuanto á lo demás y fuera de la abundancia del níquel, ahora fabricado en grande escala gracias al mineral de Numea, no hay un carácter marcado que los diferencie y determine la individualidad de cada uno. Sus equivalentes iguales, sus pesos atómicos casi idénticos, las escasas diferencias de densidad, poder conductor térmico y eléctrico, y la circunstancia de hallarlos juntos, hicieron sospechar si se trataba en realidad de dos estados alatrópicos de un solo cuerpo, meras apariencias que reconocerían por causa diferencias más leves que las reconocidas entre el boro amorfo y el diamantino; mas en vano se buscaban medios de sintetizar el elemento que debieran formar el níquel y el cobalto, cuyas sales tampoco se convertían unas en otras, bien es cierto que jamás en la Química se consiguió unir dos cuerpos simples y formar un tercero, ni desdoblar un elemento en otros y que el pelopio, el danio y el wasio, tenidos alguna vez como cuerpos simples, no se redujeron á otros para demostrar que eran óxidos de algunos ya bien conocidos y determinados.

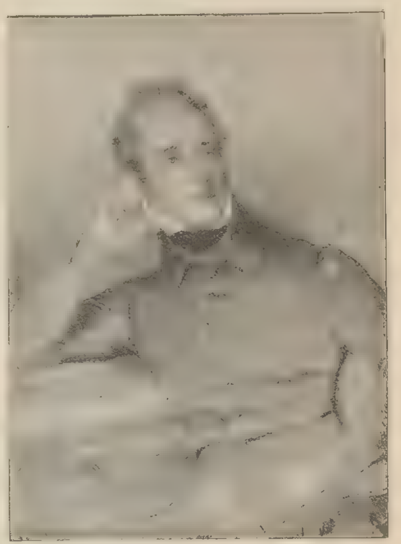
Cada cuerpo simple de la Química se caracteriza siempre mediante un número, expresión tan fiel cuanto es posible de su valor en las combinaciones: este número es, por decirlo así, su propia individualidad química, se obtiene mediante experimentos, se rectifica muchas veces y representa el límite hacia el cual tiende el peso del volumen de ese cuerpo capaz de combinarse con el peso unidad de un volumen de hidrógeno. Este número – llamado equivalente refiriéndolo sólo á cantidades ponderales y peso atómico si se refiere á volúmenes–es igual ó casi igual en el níquel y el cobalto, y de aquí viene suponer ó que los equivalentes y pesos atómicos de muchos cuerpos estaban mal determinados ó que eran un solo y único elemento químico. No era la primera vez que esto se decía á propósito de otras substancias y aun este mismo año el *teluro* fué objeto de nuevo estudio y resultó que su equivalente estaba mal determinado, de tal suerte que para entrar en la serie de Mundeleeff es menester considerarlo formado de dos cuerpos simples, uno el teluro conocido y el otro sin nombre todavía.

Tomó á su cargo el famoso químico alemán Winckler rectificar los pesos atómicos y los equivalentes del níquel y su hermano gemelo el cobalto. Habilísimo analista, apto en las más delicadas operaciones de la Química y tan sagaz investigador que logró, poco ha, descubrir y aislar el elemento *germanio*, consagróse al trabajo, inventó un procedimiento fundado en el empleo del cloruro de oro, á fin de poder pasar este cuerpo al estado metálico y deducir, al punto, la cantidad de níquel y cobalto que pudieran substituirle en sus combinaciones: los números resultaron casi iguales á los conocidos é idéntica su relación, lo cual parecía indicar que era menester desistir de la idea de transformar en un solo cuerpo el níquel y el cobalto. El químico de Munich Kruss, ensayando el procedimiento indicado, encontró repetidas veces anomalías en el peso del oro, y como empleaba en sus minuciosos trabajos sales purísimas, hubo de atribuirlas á la presencia de un cuerpo nuevo contenido en el níquel y en el cobalto. Desde luego anunció su existencia, diciendo que en ambos cuerpos se halla en la proporción de dos á tres por ciento. Winckler, seguro de la eficacia de su método, sometiólo á nuevas pruebas y de nuevo trató de hallar el peso atómico de los metales en cuestión, llegando á los mismos números antes determinados, sin haber encontrado las anunciadas anomalías. Entonces Kruss presentó nuevas é importantísimas notas á la Sociedad Química de Berlín, en las que se consigna, de manera terminante y categórica, el desdoblamiento del níquel; mas, poco explícito en sus comunicaciones, el químico de Munich no entra en los pormenores de sus trascendentales trabajos, y he aquí algunos detalles.

Cuando á la disolución de una sal verde de níquel se añade otra de sulfhidrato amónico, se forma un abundante precipitado negro de sulfuro de níquel, cuyo cuerpo, después de recogido y seco, puede someterse en un crisol á la temperatura del rojo vivo y se transforma en óxido, no soluble totalmente en algunos ácidos, sino dejando un residuo que es la combinación oxidada del nuevo metal contenido en el níquel: las sales de éste son verdes, las de aquél amarillas, y no se precipitan con los mismos reactivos. Se trata, pues, de un nuevo cuerpo simple, ya aislado al decir de Kruss, bien diferenciadas sus sales, capaz, á lo menos, de una combinación muy estable con el oxígeno y bien distinto del níquel y el cobalto que lo contienen. Este nuevo cuerpo simple no tiene nombre todavía, ni pasa, en el momento actual, de mera curiosidad científica y muestra de la eficacia del experimento en todo linaje de investigaciones. Son, no obstante, dignos de atención ciertos particulares: la identidad del níquel y el cobalto no se establece ahora reduciéndolos á un cuerpo nuevo, sino extrayendo de ambos un elemento común y quedando en cada uno otra substancia distinta, simple ó compuesta. Cierto que es la primera vez que se consigue desdoblar un elemento químico; pero no lo es menos, al sacar de dos el mismo cuerpo, que éste determinaba sus semejanzas y analogías y de ello ha dado el mismo químico Kruss la prueba anunciando, á la citada Sociedad Química de Berlín, sus procedimientos para transformar las sales rosadas de cobalto en sales verdes de níquel y viceversa, inaugurando acaso nuevos métodos de conseguir buenos esmaltes y finas pinturas sobre porcelana á que se destinaban las sales de cobalto.

Desdoblar un metal no es transmutarlo en otro, ni puede significar nunca el comienzo de trabajos experimentales para llegar á la unidad de substancias, que ha de verse demostrada precisamente en la indefinida variedad de sus formas y apariencias: lejos de tal idea, el desdoblamiento del níquel, la descomposición de lo tenido hasta aquí por simple é indescomponible, significa y demuestra la eficacia y alcance de los medios de análisis y cómo sus términos y límites van ensanchándose á medida que á nuevas cosas se dirigen. La electrolisis primero, el espectroscopo después y ahora las rectificaciones de equivalentes y pesos atómicos, que tanto necesitan ser comprobados, revelan la existencia de nuevas formas de la energía, que tomamos por las más definitivas y representan, en el momento, un límite; por eso se les llama cuerpos simples. Muchos de ellos, acaso todos, aparecerán, pronto ó tarde, compuestos ó mal conocidos, como lo son hoy el teluro ó el ytrio; siempre quedarán en pie la eficacia de los métodos y el valor de este trabajo experimental, labor fecunda y magnífica, cuyos resultados á cada punto admiramos.

JOSÉ RODRIGUEZ MOURELO



LAMARTINE, acuarela de Enrique Dupont
(Exposición central, París)

ESTADO DE LA POESIA FRANCESA EN 1889

I.

Lejos está ya el tiempo en que un volumen bastaba á Teófilo Gautier para resumir y describir el estado de la poesía, cuando en una Memoria dirigida al emperador Napoleón III sin timidez ni arrogancia, se atrevía á alabar á su maestro, el poeta de los *Castigos*. Actualmente tales acontecimientos se han sucedido, tales revoluciones se han desencadenado, tales cataclismos se han producido, que para hacer su historia serían menester veinticinco volúmenes y hasta una enciclopedia. Ahora bien, no pudiendo decirlo todo, debo atenerme á las principales indicaciones y á las líneas iniciales. En esta confusión, en este tumulto, en este acumulamiento de ruinas, de vegetaciones, de despojos, de ramas y de hojas en desorden, hay que avanzar con el hacha en la mano, como en un bosque virgen. Pero lo esencial es avanzar, pasar adelante, siquiera tengamos que estropearnos los brazos y aun la cara.

Es repetir un lugar común reiterar esta verdad incontestable: ningún siglo fué tan grande como el nuestro en poesía. Sin contar los jóvenes cantores, los nuevos, los recién venidos, esta edad cuenta treinta poetas acaso, de los cuales uno solo hubiera bastado para ilustrar una época. Abrese esta edad con Andrés Chenier, que nos muestra el cielo azul, los dioses, los puros horizontes; Lamartine se cierne, vuela, se lanza al infinito con las alas de la Inspiración y de la Plegaria; Musset canta con puro y divino acento el dolor humano. No hablo de Víctor Hugo todavía, porque muy luego he de hablar de él solo.

Así, grande por el sentimiento y por la idea, artista más puro sin duda ninguna que sus predecesores, Teófilo Gautier es un vidente, un sabio, un ingenuo, un cantor de la raza de Homero. Sainte-Beuve, que se le adelanta medio siglo, expresa ya los matices, los sentimientos delicados, las impresiones sutiles de que se preocupará más tarde la Poesía tan ardientemente. Sus *Pensamientos* tienen en sus alas ese polvo de azul y de púrpura que se ve en las alas de las mariposas y la Musa puede tocarlos sin que esta púrpura se pegue á las puntas de sus divinos dedos.

Y al lado de estos, ¡cuántos otros poetas excelentes y

encantadores! Beranger, Houssaye, Hegesippe, Moreau, sonriendo y llorando, inclinado sobre la clara onda de Voulzie. Y al lado de ellos se oye también cantar y gemir con lágrimas de amor á esa ilustre princesa, á esa moderna Safo, á la gran Valmord.

II.

¿Y quién se atreverá á decir que después de ellos se ha debilitado la poesía? Amplio, puro, inteligente, desplegando las grandes alas de su genio, Leconte de Lisle es un creador, ciertamente bien moderno, pero cuyos poemas tan seguros están de la inmortalidad, como si el poeta hubiera vivido en otro tiempo. Teniendo en sí la varonil tristeza, la sublevación, el desgarro de la vida moderna con la precisión que le enseñaron Agripa de Aubigné y Regnier, sabiendo pintar con palabras la suntuosidad de las telas, la singularidad de la belleza femenil, la triste voluptuosidad en la calma y en el orden, el columpio de la agitada y halagüeña mar, un Baudelaire, ¿no sería por sí solo toda el alma de un tiempo inquieto y complicado, ávido de emociones deliciosamente divinas y que no logran ya encantar las ficciones malamente llamadas clásicas?



Baudelaire en 1844: retrato de Emilio Deroy.

(Exposición central, París)

Lo repito é insisto: no conozco época más magnífica y poderosa que la nuestra. Extraordinariamente chistoso y lírico y al mismo tiempo servido por una nulidad verdaderamente francesa, Augusto Bacquerie bebió en la fuente de Shakespeare y su *Tragaldabas*, una de las grandes comedias de este siglo, vivirá con la poesía además al lado de *Robert Macaire* y de los *Saltimbanquis*. José María de Heredia se hizo dueño del Soneto, se lo hizo suyo y dijo con su orgullo oriental: Este poema es mío; amalgamó sus metales en su ardiente fragua y este forjador de oro hace sus obras maestras con el entusiasmo y delicadeza de un Benvenuto.

Francisco Copee, el gran dramaturgo, es al mismo tiempo el que lleva la palabra por los que sufren, por los humildes, por los abandonados, por los pobres, y este pintor exquisito de las tristes calles, de los bulevares exteriores, de las niñas enamoradas, es también el brillante romántico del *Passant* y con ruda y violenta bravura ofrece sus labios al rojo, al sangriento beso de la historia.

Nada ha peligrado. Un paisaje, una escena doméstica de Andrés Lemoyne, con sus detalles minuciosamente estudiados, vale por los mejores cuadros de los flamencos. Sully Prudhomme, tan poéticamente filósofo, arroba las almas con su canto puro como el sonido de una flauta y armonioso como una voz de cristal. Entre los más jóvenes, he aquí á Francisco Fabié, animalista de la raza de Barye, pintor de los campesinos y de la naturaleza, de la familia de Millet. La lengua cómica del verso, que Racine buscaba ya en los *Plaideurs*, la voz que suena atrevida y valiente en la obra artística del llorado Alberto Glatigny y aun después las quejas de Valmore pudieron escuchar las de Malvina Blanchecotte que conmovían tiernamente á Lamartine.

III.

Y todavía pudiera citar otros cien poetas, todos ellos con invención, talento, habilidad de ejecución, el apetito de lo moderno y la nostalgia de los países lejanos y de las edades desvanecidas; y en primera línea, entre éstos, Juan Richepin y Mauricio Bouchor, ambos á dos jóvenes, bien que ya hayan hecho una carrera ilustre.

Pero ¡ah! mientras me deleito así en admirar nuestras riquezas, oigo alaridos, clamores, grandes gritos de dolor y desesperación. — ¡Todo está perdido! ¡Todo se hunde! He aquí á esos revolucionarios, á esos jacobinos y nihilistas de la poesía, á los decadentes, á los delicuescentes, á los simbolistas, á los instrumentistas de todos los otros sublevados. Acabó el ritmo, la rima, todo lo que se adoraba: todo lo han roto y pisoteado; sí; han pisoteado las reglas, como los caballos de los bárbaros pisotearon la loba y sus cachorros. ¿Y quién tiene la culpa de todo esto?

El discreto, el audaz y paciente Víctor Hugo había renovado, refundido, creado de nuevo la poesía. Para llegar al progreso necesario é inevitable, bastaba que todos, amigos y adversarios, quisieran de buena voluntad seguirlo, aprovecharse de sus conquistas, hacer otras á sus huellas é imitar su espíritu pacificador. No sucedió así, por desgracia; mientras los jóvenes en su fogosa impaciencia, querían inmediatamente y sin demora los perfeccionamientos cuya realización exige años, la estúpida reacción clásica, de cuya inepcia puede aun juzgarse por escritos recientes, se obstinaba en combatir á Víctor Hugo.

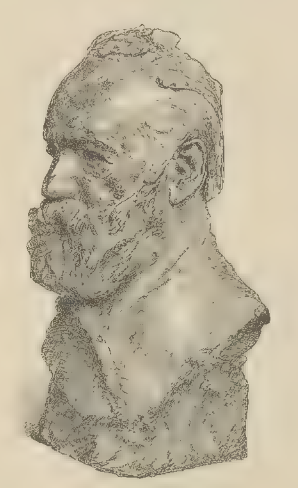
Pero se me preguntará qué es lo que entiendo por la palabra *clásico*, y se tendrá razón, porque para entendernos bien, es preciso, ante todo, definir claramente los términos.

Los modelos que preconizan los clásicos persistentes y empedernidos, ¿son Corneille, Racine, Molière, Boileau? De ninguna manera, porque estos hombres son grandes genios, es decir lo que execra muy particularmente el espíritu ó la falta de espíritu académico y universitario. Lo que ellos alaban con insistencia, lo que adoran rencorosamente es la innoble, la abominable cola de Voltaire versificador, es la versificación de los trágicos, de los idílicos, de los didácticos del siglo XVIII, muelle, incolora, bivertebrada, sin sangre en las venas, y que se puede cortar impunemente en tantos pedazos como se quiera, como los infusorios y la galleta.

IV.

Ciertamente, no era menester más. Bastaba ¡en 1888! sustraerse á la tiranía de Le Notre, á la cual no obedecen ya los jardineros mismos. Las cosas han pasado en poesía, como habían pasado ya en política. Negándonos la adjunción de las capacidades, se nos dió el sufragio universal: de igual manera, rechazando las victorias de Hugo, el espíritu universitario ha desencadenado la anarquía. Y bien, la anarquía; en hora buena: todo vale más que la insulsez á que se llega por todos los caminos en nuestra lengua clara, pero fácilmente seca, y á la que nos anima Molière, porque este gran combatiente aparenta ignorar que el énfasis forma parte de lo sublime y á menudo hiere la frente descubierta y divina de Esquilo pretendiendo herir sólo al marqués de Mascarilla.

Para destruir un pasado persistente, aunque podrido, los jóvenes lo atacaron brutal y violentamente, sin respetar nada; pero como dice Racine: Todo era justo entonces. Ello es cierto que, queriendo renovar la poesía fueron demasiado perfilados y sutiles; pero ¿no tenían razón en estar exasperados por la interminable revista de los bomberos clásicos, insoportables, aunque muertos? Como agua encerrada y comprimida, el genio poético rompió los tubos, los receptáculos, los diques: no vemos más que desorden, despojos y escombros; pero el agua volverá buenamente á su nivel y volverá á correr magnífica y limpia á los rayos del sol.



Víctor Hugo: bronce de A. Rodin.
(Exposición decenal, París)

En suma, todas las reivindicaciones de los recién venidos eran justas y lo son. Las resumiré rápidamente. Toda poesía es música, y esta música, absolutamente ausente de la poesía clásica, es preciso que resucite con sus voces, sus gritos de triunfo, sus sollozos y sus murmurios. Todas las supuestas reglas que quieren cortar en el mismo punto el ritmo del verso y el sentido de la frase son estúpidas, porque la lengua de los versos existe desde el principio del mundo, y nunca se ha cortado la frase con el ritmo, excepto bajo la tiranía del jardinero Le Notre. En todos tiempos, salvo éste, el pensamiento y el canto han sido libres, independientes uno de otro. Ved los derechos de una sola letra, de un tercio de palabra, de media palabra en Píndaro. Ahora bien, para que un cocodrilo exista en esta cualidad es indispensable que sea semejante é idéntico á otro cocodrilo del tiempo de Amenotep ó de Ramsés Sestesu-Ra. Por más que digáis ¡genio particular de la lengua francesa! este genio no hará nunca que las carpas galopen en la llanura, ni que los elefantes vuelen por los aires.

Una de las más justas reclamaciones tiene por base una verdad que la novela moderna ha desconocido en su daño, y es esta: Ahora que la imprenta existe desde hace siglos, y que cada ciencia tiene su lenguaje especial, preciso y técnico, la poesía no podría ya, por ningún título, ser didáctica, ni la ciencia ni la moral tienen que ver ya con las canciones. Pintar impresiones de la naturaleza, estados del alma, detalles infinitos del sentimiento, magnificencias de sonido y de luz, tal es el oficio de este gran arte, que gana en altura y profundidad lo que pierde en extensión.

El primer poeta moderno que ha sentido todo esto, solicitado por el alma musical, es Esteban Mallarmé. Después de él, el delicado Verlaine ha querido emancipar el canto de toda materialidad, habiendo proscrito hasta la rima, que es la vida, la idea, la energía del verso francés, y de que tenemos rigorosamente necesidad para huir de la insulsez no teniendo el recurso de las sílabas breves y largas.

No sin razón acusa Verlaine á la rima de haber servido para muchas infamias y no pocos crímenes; pero ¿no puede decirse lo mismo de todas las nobles armas? Sin embargo, la espada viene á ser divina, cuando Aquiles la hace resplandecer al sol para reconquistar á Elena, la de los hermosos cabellos; y el arco también es divino, cuando Apolo se sirve de él para exterminar las hidras de los apestados pantanos.

V.

No puede reprocharse á la Revolución de haber sido demasiado impaciente ni de haber sabido reprimir el enojo que le inspiraba el funesto y detestable espíritu universitario; y sin embargo, lo repito, hubiera valido más creer en Hugo, seguirlo, obedecerlo y confiar en él, como quiera que lo tenía todo hecho, todo trasformado y reunido en sus poderosas manos. El encontró con toda su amplitud, con todo su arranque y gracia esta música del verso que nuestra alma quiere y reclama. Es propio de la estrofa lírica llegar de un golpe á su perfección, y el Hugo de las *Orientales* es tan grande y completo como el de las últimas obras.

Mas para llegar á ser lo que es ahora el alejandrino, que entre nosotros reemplaza el hexámetro heroico y debe servir para la tragedia, para la comedia y el drama burlesco, exigía muchos otros esfuerzos. Materialmente demasiado corto con sus doce sílabas, sólo con el más prodigioso artificio llega á ser tan amplio como es necesario, y al mismo tiempo ligero, atrevido, rápido, ágil, prestándose á todas las libertades y á todos los cortes, debe, sin dejar de ser grande, plegarse á todos los sobresaltos, á todas las fantasías y á todas las gracias. Inspirándose en los antiguos, en los grandes franceses del siglo décimoquinto, y también en los maestros del renacimiento, hubo de invertir Víctor Hugo más de medio siglo en crear, en perfeccionar, en hacer superior á todo, este instrumento poderoso y extraordinario que hace todos los milagros y al que nada resiste.

El alejandrino era bello, sólido y rico en las *Hojas de Otoño* y *Luz y sombra*. ¡Cuánto más no lo sería en las *Contemplaciones*, donde se parece á un río caudaloso! En el *Torquemada*, y en el *Fin de Satán*, llega á una fuerza, á una majestad, á una flexibilidad que no se sospechaba; pero su expresión definitiva está en ese *Teatro en libertad*, donde es variado, diverso, inmenso, infinito como la naturaleza. Allí tiene la fuerza del gigante y la gracia infantil, la fronda de la encina secular y la gentileza de la florecilla recién abierta. Como la lengua de La Fontaine, hace hablar á todos los seres de la manera que les es propia.

Amigos y enemigos, nadie ha estudiado bastante, ni bastante conocido ni consultado á Víctor Hugo. Todo lo que queremos tenía para nosotros; todo lo que reclamamos, todo nos lo daba: conciliaba el esplendor y la regla, la libertad y la ley. No había más que fiarse de él; pero todavía es tiempo. Es menester, no imitar á aquella águila, lo que sería absurdo, sino seguirla también, hasta donde nos sea posible, y ya sería bastante para entrar en la verdad y en la luz.

Teodoro de Banville

UNA DEDICATORIA

Anduve como un azacán buscando un editor para mi tomo de poesías; mas todos, con distinta melopea, pero con el mismo tono, me decían:

«No publico versos.»

Si les preguntaba la razón, me replicaban con respuestas capciosas; y como todos estaban acordes, yo cada vez más asombrado me hacía el siguiente dilema:

Puesto que no publican versos, es que no se leen, *ergo* los poetas huelgan, ó la humanidad ha estado y está equivocada coronando al Dante, á Tasso, á Corina, á Quintana y á Zorrilla.

Por si acaso los editores eran los equivocados, insistí, con el empuje que dan los veinte años de edad y una primera colección de versos, y por fin encontré un editor que me recibió amablemente y me dijo:

«Si quiere V. dejarme su original y volver dentro de unos días, veremos.»

Dejéle aquellos pedazos de mi corazón, ó sea mis versos, y volví al séptimo día.

Me recibió en el templo, porque una librería es el templo de las letras, más ó menos profano, según se escurra menos ó más por las pendientes del realismo y de la pornografía.

El bonzo de aquel templo llevóme á un rincón y me dijo:

«Mi querido poeta...»

¡Su querido poeta! ¿Comprenden Vds. la importancia de esta frase, que fué para mí de feliz augurio?

– Mi querido poeta, los versos de V. no valen un comino.



Mi querido poeta, los versos de V. no valen un comino.

– ¡Ah! – exclamé yo haciendo una mueca horrible.

– Se parecen – prosiguió él – á los de todos sus compañeros de Parnaso. No debe V. esperar de ellos ni rentas ni capellanías. Sin embargo, en toda cosa, hasta en los versos, puede haber negocio comercial.

– ¿Negocio?

– Sí, negocio de gloria, aunque sea falsa, ó de posición social ó de lo que V. quiera.

– No comprendo, – dije con profundo desaliento viendo desvanecerse mis sueños de poeta.

—¿Tiene V. relaciones?

– Conozco á todos los poetas, escritores, músicos y danzantes.



¡Mis coplas!

– No es eso, me refiero á relaciones importantes; por ejemplo, un personaje á quien pueda V. dedicar sus coplas.

– ¡Mis coplas!

– Siempre es conveniente una dedicatoria; por lo menos hay probabilidades de colocar algunos ejemplares, bajo los auspicios del destinatario. Veamos, repase V. la memoria.



– Se trata de buscar un barbián á quien dedicar sus versos.

– Pero...

– Teodoro de Banville ha tenido la bondad de alentarme, y espero...

– ¡Bah! todos lo mismo! – me interrumpió. – Es imposible hacerles comprender una idea práctica. – Después, suavizándose, repuso:

– Se trata, incauto joven, de encontrar un personaje eminente: un *barbián*, como dicen en Andalucía.

– Pero...

– Nada, amiguito, ahorremos palabras, porque tengo prisa. Si V. halla un barbián ó una barbiana, puede que me decida á publicar las coplas de V. Adiós! y hasta la vista, si nos vemos. Ahí tiene V. su original.

Y devolviéndome mi tomo manuscrito, se marchó precipitadamente, dejándome, como vulgarmente se dice, con un palmo de narices.

Desde entonces, sentí intermitencias de confianza y de desaliento. A veces creía efectivamente que mis versos no valían un *comino*, en otras por el contrario estallaba mi orgullo de poeta.

Pero en el fondo aquel hombre tenía razón: buenos ó malos, para ser aquilatados, mis versos necesitaban ver la luz pública, y para esto era preciso buscar un *barbián* ó *barbiana* á quien dedicárselos.

Algunos días después vagaba al acaso, pensando, siempre pensando.



¿Cuánto costará la edición?

Mirando distraído al escaparate de un editor de música, me fijé en una pieza musical: *El soneto de Arvers*, de Jorge Bizet.

Aquello fué un rayo de luz.

Había encontrado *la barbiana*, que era una marquesa de contrabando, pero rica, pretenciosa, sentimental y poética.

La escribí, me contestó con una carta bastante abultada. Corrí á casa del editor y le dije:

– ¿Publica V. mis versos?

– No me atrevo.

– Ni hace falta, los imprimo por mi cuenta.

– ¡Ah! eso es otra cosa.

– ¿Cuánto costará la edición?

– ¿Cuántos ejemplares?

– Cuatro mil.

– ¿Qué papel quiere V.?

– Superior.

– ¿Qué portadas?

– Superiores.

– ¿Con grabado?

– Sí, un mar azul...

– El mar suele ser verde...

– Un mar azul, porque mi colección se titulará: *Rimas azules*.

– ¡Qué bien sentaría el verde!

– Eso es una inconveniencia.

– No se incomode V., será azul el mar. ¿Qué más?

– Un cisne hundiéndose en el mar.

– ¿Y qué quiere significar eso?

– Aunque á V. no le importa, voy á explicárselo. El cisne soy yo, el poeta...

– Ya.

– Y el mar es el de la pasión...

– Entendido, entendido. He procurado calcular el precio del dibujo y grabado.

– Total ¿cuánto?

– ¿Cuánto... cuánto?... Cuatro mil francos. Dos pagados al contado.

– ¡Caramba!

– Quizá otro se lo hará á V. por menos, pero será un buñuelo indigno de un cisne del Parnaso que se hunde en el mar.

Cuatro mil francos era precisamente la cantidad que me había enviado la marquesa; me quedaba sin un cuarto; pero no vacilé, porque aquella casa editorial tenía fama de imprimir primorosamente. Ante todo el decoro poético.



Hice mi viaje...

– Sean los cuatro mil francos. ¿Cuándo estará la edición?

– Lo más pronto posible, aunque mi imprenta está muy atareada.

– ¿Cuatro mil ejemplares?

– Por supuesto. ¿Tiene V. dedicatoria?

– Sí, aquí está, – dije desdoblando un papel. – Primero el título del libro, con el nombre del autor.

– Claro.

– Luego esta frase: *A la que no puedo nombrar.* Más abajo, este cuarteto de un soneto de Bizet:

Siento dentro de mí la eterna llama
De un amor tal vez sombra, quizá estrella.
Yo sufro, pero nunca sabrá *ella*
Que existe un corazón que sufre y ama.

– Perfectamente.

– Tirará V. las pruebas, para corregirlas inmediatamente, porque quiero descansar en el campo algunos días. Usted no sabe lo que fatiga el hacer versos, aunque, como los míos, no valgan un *comino*.

– Me lo figuro; ¡eso de buscar consonantes! Gloria, pepitoria, palinodia.

– Palinodia es asonante.

– Dispense V., soy profano...

– Antes de arreglar toda la edición, me manda V. tres ó cuatro ejemplares.

– Bueno.



Cuadro sinóptico.



¡Es usted un mamarracho!

– Pues no hay más que hablar.

Hice ademán de marcharme, pero el editor me detuvo.

– Dispense V. En casa se hace arqueo por año nuevo y por San Juan, y quisiera que arreglásemos cuentas.

– ¿El dinero adelantado?

– Si á V. no le molesta.

– Está bien, – dije, sacando la cartera y dándole dos billetes de mil francos.

Reprimí un suspiro, pero ¿qué hacer? Ante todo la gloria.

Algunos días después corregí las pruebas de mis versos. ¡Qué pruebas! Habían puesto, entre otras cosas, *melequetón* por melocotón. Hallábame rendido de emociones, y me acordé de una viudita, amiga mía, que estaba de temporada en el Vesinet y me había invitado á pasar allí algunos días. Era ella muy amante de la poesía y además estaba muy triste. Determiné consolarla, si podía, y pasar á su lado el tiempo que faltaba hasta la publicación de mi libro. Me parecía de efecto, eclipsarme como una estrella errante, para aparecer de nuevo rodeado de deslumbrantes prismas líricos.

Hice mi viaje, pero aquel idilio de la viudez duró poco. En el Vesinet recibí una esquelita del editor, que decía: «Ya tiene V. corrientes cuatro ejemplares: el resto á toda prisa.»

Volví á París, murmurando el verso de Musset:

Ser poeta es ser rey del cielo y de la tierra.

Recogí los ejemplares, los mandé á su destino, y esperé...

No tuve mucho que esperar. El editor fué un prodigio de actividad.

Un día... *dies iræ*, salí á las diez de la mañana, pensando en almorzar en un restaurant por un franco cincuenta céntimos. Fijé mi vista en el escaparate de una librería y ¡oh! ¡momento supremo! allí estaba mi libro, flamante, coquetón, irresistible, con una portada de color de caña dulce, y mi nombre encima, y más abajo esta inscripción en letras de color de cielo:

RIMAS AZULES

Y más abajo, un cisne de elegante cuello medio sumergido en un mar borrascoso.

¿Comprenden Vds. mi emoción?

Ya no pensé en el chiscón de franco y medio: era indigno de mí. Aunque sólo poseía un luis, decidí almorzar en casa de Brevant, con ostras verdes de Marennes.



¿Cómo en la cueva?

Mientras saboreaba aquel almuerzo digno de Apolo y de Víctor Hugo, me tracé mi plan.

Desde hace tiempo sentía una afección de corazón hacia una joven encantadora, rubia como Margarita y tierna como Ofelia, huérfana de un coronel muerto en el sitio de París, y que vivía en compañía de su tía, señora antigua y consagrada por el uso. Nunca había declarado á mi amada Elodia mi amorosa simpatía, pues temía caer en las redes del matrimonio, porque francamente, un poeta de veinte años, inédito, no debe pensar en semejante maniobra. Hacía tiempo que no veía á mi dulce tormento. Habíala enviado uno de los cuatro primeros ejemplares de mi libro; y aquella mañana un poder irresistible me llevó á su casa:

CUADRO SINÓPTICO

La tía. — *Apretón de manos silencioso, mirada lánguida. Toma mi libro de encima de un velador, y me señala la dedicatoria, diciendo «¡Hijo, querido hijo: puede V. nombrarla!»*

La sobrina. — *Entra como un huracán y dice: Sí, amado mío: «puedes nombrarla.» Y se arroja á mi cuello. La tía se desmaya.*

Yo. — ...Me voy.

Después del amor la gratitud. Ardía en deseos de demostrársela á la amable marquesa, mi amiga y mi Mecenas. Habíame limitado á mandarla mis versos, pero titubeaba en ir á su casa, por recelo de hallarme con su marido, hombre violento, mal encarado y escamón. Pero supuse que aquel día debía estar en la Cámara, donde había una sesión borrascosa, porque era senador, y me decidí á visitar á su generosa consorte.



Puede usted llevarse la edición mediante la entrega de dos mil francos...

Nunca lo hubiera hecho. *Ella* estaba en cama con un fuerte catarro y me recibió él, el marido, el más feroz de todo el gremio.

Saludóme friamente y con voz cavernosa me dijo:

«Hay reticencias que equivalen á las más amplias declaraciones. La dedicatoria del libro de V. es un atrevimiento y una impertinencia. ¡Es V. un mamarracho!»

Mi orgullo de poeta en escaparate se exaltó; le contesté mal, nos enzarzamos, al siguiente día nos batimos, y aquel ostrogodo me propinó un sablazo en un costado, que me hizo ver las estrellas. La herida me produjo fiebre y la fiebre delirio, de suerte que durante mes y medio no pude dar cuenta de mi persona.

Cuando me restablecí volé á casa de mi editor.

– ¿Y mi libro?

– En la cueva.

– ¿Cómo en la cueva?

– Sí, allí está toda la edición, porque los libreros me han devuelto los ejemplares expuestos. No se ha vendido ni uno. Puede V. llevársela, con la entrega de los dos mil francos que faltan para el completo pago de la edición.

¡Ay! sí, me la llevé. Está en mi casa. Aviso á los aficionados.

¡Cuatro mil francos tirados á la calle y un sablazo! ¡Ah! ¡Poetas líricos, aprended de mí!

CLAUDIO COUTURIER

LOS MODELOS

ESCENAS DE LA VIDA ARTISTICA

Supone la generalidad de las gentes, que *un modelo* es un individuo, dotado por la naturaleza de formas irreprochables, y de un vivo sentimiento de la belleza de las actitudes, que ora desnudo, ora disfrazado con los trajes que le proporciona el artista sirve á éste de tipo para la ejecución de una obra plastica ó gráfica. Ayudan á formar esta creencia, las historietas y anécdotas, que se refieren en los estudios y academias, acerca de la superioridad y travesura de los modelos parisienses, y del carácter é inteligencia estética de los italianos, especialmente romanos, que se dedican á este oficio.

Y sin embargo, en nuestra patria esta creencia no es del todo exacta: por regla general y salvo contadas excepciones, la profesión de modelo no es tal profesión sino simplemente un recurso que toman algunos sujetos acosados por la necesidad y que abandonan tan pronto como encuentran otro medio más seguro de ganar la subsistencia. Esto se comprende fácilmente, pues á pesar del gran desarrollo que de algunos años á esta parte ha adquirido el arte nacional, no puede compararse ni por el número de artistas ni por la importancia de las obras ejecutadas, con el movimiento y la vida que existe en las grandes capitales del extranjero, donde un modelo que ofrece buenas condiciones puede estar seguro de encontrar ocupación continua y bien retribuída.

Por otra parte, la diversidad de tipos que exige la pintura moderna y las tendencias realistas de la misma, ha disminuído en gran manera el aprecio de los modelos clásicos que han tenido que refugiarse en las clases de las Academias, pues en los estudios particulares, apenas se necesitan ya Adonis, Hércules ó Apolos. Esto con relación á los hombres, que en cuanto al bello sexo ofrece el asunto caracteres distintos que merecen por sí un artículo especial.

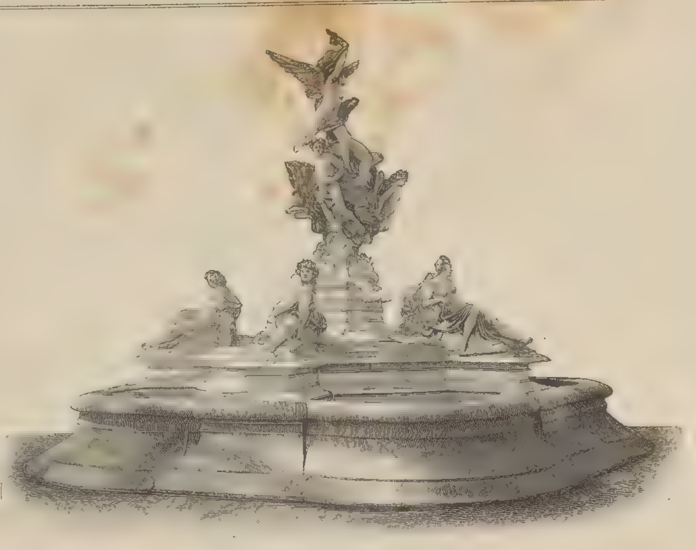
Sentados estos precedentes fácilmente comprenderá el lector cuántas fatigas y sinsabores tendrá que sufrir el artista que, no contentándose con los modelos conocidos y cien veces copiados en las clases, se forja un tipo en su imaginación y se decide á buscarlo por esos mundos de Dios. Una vez hallado algo que se aproxime á lo que desea, entra la gravísima tarea de hacer comprender á una persona ignorante qué es lo que de ella se espera, y una vez convencida, falta lo mejor; es decir que sirva para el caso, siendo algo más que un cuerpo inerte y rígido sin más expresión que la del fastidio ó la imbecilidad.

Todo esto parece sencillísimo y sin embargo en la práctica está erizado de dificultades. Un distinguido pintor de historia, honra de la escuela valenciana, se encontraba, no ha mucho tiempo, enfrascado en la ejecución de un gran cuadro de género religioso y necesitaba un tipo característico de mendigo para una de las figuras del primer término de la composición. Cierta tarde después de recordar los lugares frecuentados por los pordioseros más notables de la ciudad del Turia, que por cierto no carece de ellos, se encaminó en su busca seguro de que la perspectiva de un buen jornal, ganado descansadamente, le permitiría escoger como entre peras. En las inmediaciones de una iglesia de las afueras tropezó con un grupo de desvalidos, ocupados en tomar el sol pintorescamente agrupados, y que tanto por los harapos que les cubrían como por sus típicas fisonomías hubieran causado las delicias de un Callot ó de un Ribera. No sin cierto temor dirigióse á un anciano de luenga y encrespada barba que con triste y lastimero acento imploraba la caridad de los transeuntes, y empleando las frases más apropiadas para que entendiera el caso le expuso sus pretensiones. Comenzó el viejo marrullero por manifestar su extrañeza de que hubiera en el mundo quien quisiera *hacer su retrato*; objetó luego que estaba muy delicado de salud para tan pesada tarea, que parecía una burla, y por último, estrechado por los argumentos y seguridades que le dió el artista, declaró con el mayor cinismo, que no le convenía el negocio, pues él ganaba mucho más pidiendo limosna, y se exponía, si abandonaba el sitio, á perder los parroquianos que diariamente le socorrían. Análogas respuestas recibió el pintor de otros camaradas del viejo venerable, pues todos preferían la explotación de su desgracia á las más seductoras proposiciones. Desconcertado é indignado al propio tiempo, tentó nuestro amigo el último esfuerzo cerca de un inválido, á quien sin duda no producía tanto el oficio, ó á quien sedujo la novedad de la empresa, y después de regatear el tanto por hora que excedió bastante á lo que gana un buen artesano, quedó convenido el sitio en que debía presentarse. En efecto al siguiente día el mendigo con un gran crucifijo de bronce colgado del cuello, cubierta la cabeza por un viejísimo sombrero y envuelto en destrozada capa que apenas ocultaba los harapos del traje, apareció en el estudio, apoyándose en un robusto garrote. El asombro del miserable ante el gran lienzo á medio pintar que ocupaba el fondo de la estancia y ante la extraña decoración de cuadros, tapices, telas, maniquís y cachivaches de todo género, no tuvo límite; su vista sobre todo, no se apartaba de una gran panoplia de armas filipinas de extrañas formas colocadas en torno de un casco de madera, de una isla de la Polinesia, horrible remedo de una cabeza humana adornada de plumas. El presunto modelo sin abandonar el garrote, ni aceptar el escabel que se le ofrecía, volvía la cabeza con recelo hacia todos los ángulos del estudio y sólo con monosílabos contestaba á las frases que se le dirigían. En tanto el artista, terminados los preparativos propios del caso, acercóse hacia el pordiosero llevando en una mano el cuchillo con que había limpiado la paleta, indicándole subiera á la plataforma á fin de colocar la figura. Por toda contestación el interpelado lanzó una interjección nada culta y precipitándose hacia la puerta del estudio desapareció escalera abajo, con el mismo espanto y ligereza que si le persiguiera un toro de Veraguas, dejando asombrados y sorprendidos con aquella huida inexplicable al maestro y á los amigos que presenciábamos la escena.

Este y otros incidentes de índole análoga, que pudiera referir, indican las dificultades que lleva consigo el conquistar á ciertas gentes para que sirvan de modelos Pero en fin, suponiéndoles ya conformes en prestar el servicio que de ellos se solicita, ¿cuál es su actitud durante la sesión artística? Respecto á este punto he presenciado casos notables. La primera vez que asistí á una clase de dibujo del natural, el modelo, para mejor resistir la actitud impuesta por el catedrático, había hecho larga estancia en una taberna inmediata á la Academia y se hallaba en un estado deplorable, que sin embargo supo disimular en los primeros momentos que estuvo colocado sobre la plataforma. Pronto comenzó á hacer muecas á los alumnos,

bromeáronle éstos á media voz, contestó él en tono mayor, abandonando la postura para gesticular á sus anchas; acudió el profesor é increpó al beodo, que se puso á cantar armándose el tumulto que puede imaginar el lector de una clase de cerca de un centenar de muchachos y concluyó la funcion con la ayuda de los porteros que haciendo vestir al adorador de Baco le arrojaron á empellones del local.

En otra ocasión algunos de los artistas, que concurrían á la clase de Acuarelas que sostiene el Ateneo de Valencia, se concertaron con dos gitanas, de típicas facciones y pintorescos trajes que recorrían las calles de la ciudad diciendo la buenaventura, para formar un grupo de estudio en las sesiones nocturnas. *La Aurora* y *la Chata* – que así se llamaban las individuas – acudieron al Ateneo puntuales y solícitas, pero no solas sino acompañadas de toda su numerosa parentela, sin olvidar varios chiquillos y dos escuálidos canes. Aquella noche fué imposible hacer entrar en cintura á la tribu gitanesca que creía haber sido contratada para una *juerga* flamenca; así mientras un viejo socarrón rasgaba la guitarra, un mocito *se arrancó* por el *cante hondo* y las muchachas comenzaron á bailar unas *peteneras* con acompañamiento de *jipíos* y tal pataleo que no había más que pedir. No hubo otro medio de sosegar el tumulto que satisfacer el precio convenido á la alegre tropa, y enviarla con la música á otra parte.



LA FUENTE DE LA TORRE EIFFEL

En cuanto á lo que en términos técnicos se llama *sentir la figura*, ó sea la expresión de determinada actitud ó afecto, son escasísimos los modelos, que comprenden la idea del artista y menos los que saben traducirla. Verdad es que por una módica retribución no cabe exigir el talento mímico de Romea ó Vico; pero de esto á la fisonomía estúpida ó indiferente de los sujetos en cuestión al menos en su mayoría, al desaliño con que se colocan los trajes y á lo rígido y absurdo de la postura, hay una gran distancia. En este punto nadie como un viejo conocido en los estudios por «Don José» que tenía la facilidad más pasmosa para dormirse en cualquier actitud que se colocara, sin alterarla en lo más mínimo. Alguna vez el pintor ó escultor que utilizaba sus servicios, le interpelaba sobre su somnolencia y D. José respondía indefectiblemente: «No duermo, no señor, medito; porque ¿qué diablos he de hacer sino meditar?» A otros les da por cansarse cada cinco minutos y variar la postura, creyendo que el artista no se apercibe y que la cosa no tiene importancia, porque, como decía cierta muchacha que no podía estarse quieta ni un momento: «Ya que me ha copiado V. por un lado, me copia por el otro, y así saldrá la figura completa.»

Los modelos más complacientes y serviciales se encuentran generalmente entre los amigos que frecuentan el estudio del artista. A algunos de estos aficionados al arte, que casi siempre son verdaderos entusiastas, les encanta ver reproducidas sus facciones en una obra que ha de ser expuesta al público, y así no es raro sorprender á una persona respetable por su edad ó posición social, vestida de mosquetero ó de santón moruno, sirviendo concienzudamente de modelo al maestro que ha de inmortalizarle á cambio de algunos ratos de paciencia.

En materia de desazones, hasta los muertos suelen ocasionarlas al artista que los tomó por modelos, y en prueba de ello citaré un ejemplo. Con motivo de la Exposición nacional de Pinturas de 1884 ocupábase el conocido pintor Joaquín Sorolla en la ejecución de un cuadro representando la *Defensa del Parque de Madrid;* lienzo notable, que obtuvo merecido premio por las excepcionales facultades que revelaba en el autor que á la sazón contaba poco más de veinte años. Deseaba Sorolla para caracterizar á una de las figuras de su composición, hacer el estudio de algún sujeto muerto violentamente, y habiendo sabido cierta tarde que en el depósito judicial de cadáveres se hallaba el de un célebre valentón, asesinado en una riña tabernaria, acudió allá con su caja y con pasmosa facilidad reprodujo escrupulosamente la cabeza del difunto desfigurada por tremenda herida y medio cubierta de sangre y fango. El estudio aunque repugnante por su horrible realismo resultó una obra notable por el vigor de la ejecución y la franqueza del toque. Mientras duró su pintura el artista se vió rodeado de unos cuantos sujetos de rostro patibulario, que á porfía encomiaban la valentía del asesinado y sus gloriosas hazañas dignas de ser referidas por los romanceros populares. Terminada la tarea, aquellos individuos acompañaron al joven hasta su casa con no poco disgusto de aquél, disgusto que se acentuó al ver que tras él subían al estudio, en donde apoyándose en la amistad ó parentesco que les unían con el fúnebre modelo, concluyeron por decir que deseaban adquirir el retrato costara lo que costara. Pudo el artista que no estaba descontento de su obra excusar por el pronto la pretensión, pero desde el día siguiente comenzó su casa á ser el punto de cita, no sólo de los matachines que le habían escoltado, sino de todos los parientes, amigos y admiradores del héroe, que después de ensalzar el retrato en cuestión, concluían por pedir su donativo, llegando á ser tales las exigencias y las molestias que ocasionaron al autor, que éste para librarse de tales visitas, hubo de regalar la tabla original á la familia del difunto.

Para terminar este artículo con una historieta, según acostumbran algunos escritores, referiré una anécdota, de la que puede decirse aquello de que *si non é vero é ben trovato*. Cuéntase, con referencia á Fortuny, que durante su estancia en Granada, necesitó un gitano que le sirviera de modelo, y al efecto entró en tratos con un viejo conocido por el Tío Caliche. Encarecíale el gran pintor la necesidad de ser formal y de no dejar de ir al estudio hasta terminar la figura.—«Pierda su mercé cuidado, contestó el gitano. En mi familia somos todos muy formales. Un cuñado mío tenía que matar á su suegra y lo fué deteniendo más de quince días, porque estaba sirviendo de modelo á un inglés, y no quiso que por su culpa quedase el cuadro sin concluir; con que no digo más.»

Todo esto no quiere decir, que aunque muy escasos no existan en determinadas localidades algunos modelos inteligentes, que ya por la esbeltez y corrección de las formas, ya por lo característico de su fisonomía, ya por su vigor para resistir las posturas más difíciles, no sean dignos de servir de tipos de la clase y de punto de comparación con los más afamados del extranjero; pero en cuanto á la mayoría, estoy seguro de que todos los que por su profesión necesitan de sus servicios reconocerán la verdad de cuanto dejo expuesto.

A. Danvila Jalderö.

LA CIENCIA EN EL TEATRO

LA MOSCA DE ORO

En el teatro del Chatelet de París se ha reproducido con ocasión de la representación del baile *El príncipe sol* el espectáculo de la *Mosca de oro* consistente en elevar por los aires á una bailarina por medio de un alambre invisible para el público. Este ejercicio, sencillísimo en teoría, exige en la práctica una porción de requisitos para que los movimientos de la que ha de volar no resulten bruscos y faltos de toda gracia. Para ello se emplea un aparato colocado en lo alto del escenario sobre la parte central de éste en lo que se denomina telar y compuesto de una cábria (figura 2), de dos poleas T y P de distintos diámetros soldadas á un eje en forma de tornillo de ancha espiral: una pieza E guiada por espigas H forma tuerca con el eje y está unida á los extremos de la cábria por fuertes cautchús GG cuyo número varía á voluntad, aunque generalmente no pasa de quince á veinte. Nuestro grabado sólo reproduce (para evitar la confusión) dos cautchús tirantes, uno á cada lado de la tuerca, y dos sueltos que penden en el extremo de la cábria.

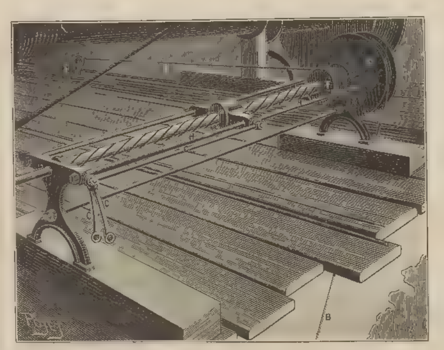


Fig. 2. – Mecanismo de la *Mosca de oro* en el teatro del Chatelet, en París.

He aquí ahora la manera cómo el aparato funciona: en la pequeña polea T se arrolla un cable AA que atravesando el telar va á parar á una galería situada un poco hacia abajo (figura 1); en la polea grande se arrolla un alambre de acero B que desciende hasta la escena y sirve para enganchar á la *Mosca de oro:* su pequeño diámetro (1 milímetro) y su color negro hacen que no sea visible para el espectador. Cuando este alambre está completamente



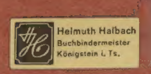
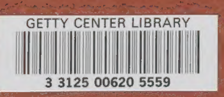
Fig. 1. – Ascensión de una bailarina, la *Mosca de oro*, por medio de un alambre.

desarrollado, el cable A está, por el contrario, arrollado: gracias á la diferencia de diámetros de las poleas T y P se obtiene una gran longitud del alambre B con sólo un pequeño desarrollo del cable A: éste termina en un trapecio que un maquinista hace descender en los momentos necesarios hasta el suelo ó ascender levantando los brazos y subiendo dos ó tres peldaños de una escalera. Mientras el maquinista ejecuta estos movimientos la tuerca E se enrosca ó desenrosca en el eje tirando ó aflojando los cautchús que hacen las veces de amortiguadores y que comunican á la *Mosca* movimientos suaves, ligeros y elegantes, dirigidos por una persona situada junto á la cábria que gobierna el freno F y sigue desde allí las evoluciones de la bailarina.

Para el salto rápido vertical se emplea otro aparato igual al anterior pero sin la polea T y sin el cable A: por medio de un engranaje especial se da vueltas á la polea P de manera que se desarrolle el alambre B en toda su longitud y se enrosque al propio tiempo la tuerca E que arrastra consigo y estira treinta grandes cautchús, hecho lo cual se frena la polea por medio de una fuerte pieza de hierro. Para lograr esa tirantez de los cautchús se necesita un cuarto de hora de trabajo. Ya se comprenderá que al quitar el freno á la polea los cautchús hacen gran fuerza y obligan á la tuerca á hacer girar la polea con gran rapidez y entonces el salto vertical que da la *Mosca de oro* apenas dura uno ó dos segundos.

(De *La Nature*)

Imp. de Montaner y Simón


Helmuth Halbach
Buchbindermeister
Königstein i. Ts.

GETTY CENTER LIBRARY
3 3125 00620 5559

